





HISTORIA DE LAS MISIONES

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EN EL MARAÑÓN ESPAÑOL

HISTORIA DE LAS MISIONES

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

EN EL

MARAÑÓN ESPAÑOL

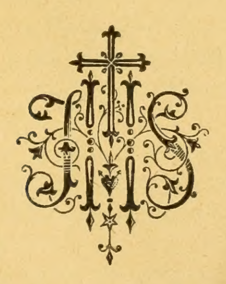
POR EL

P. JOSÉ CHANTRE Y HERRERA

DE LA MISMA COMPAÑÍA

1637-1767

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA



MADRID
4753 -IMPRENTA DE A. AVRIAL,
Calle de San Bernardo, 92.
1901

Cum opus, cui titulus est: HISTORIA DE LAS MISIONES DEL MARAÑÓN ESPAÑOL, *por el P. José Chantre y Herrera, de la Compañía de Jesús,* aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint et in lucem edi posse probaverint, facultatem concedimus ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras, manu nostra subscriptas et sigillo muneris nostri munitas, dedimus. Matriti, die 2 Junii 1900.

L ✠ S.

JACOBUS VIGO S. J.
Praepositus Provinciae Toletanae.

Imprímase.

Madrid 6 de Junio de 1900.

† JOSÉ MARÍA Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.

PRÓLOGO

Hay en la América española, en las regiones fronterizas al Brasil, y regadas por los numerosos afluentes del Amazonas, bosques vírgenes, que, recorridos ahora tan sólo por el leopardo americano, por alguna tribu salvaje, ó tal vez por algún atrevido explorador, fueron un tiempo teatro de evangélicas conquistas y asiento de numerosas reducciones, en donde, merced al celo de infatigables misioneros, florecieron todas las virtudes cristianas.

Así como la exuberante vegetación de los trópicos, invadiéndolo todo, ha borrado hasta los últimos restos de los numerosos y bien construidos pueblos; así las guerras intestinas, la peste, los vicios todos, á una con la vida nómada y errante, han concluido casi por completo con poderosas tribus y razas americanas, que, faltas del misionero que las evangelizaba, y era, por consiguiente, el alma de su vida civil, han ido disgregándose hasta consumirse y perecer.

Nada hubiéramos sabido de esos pueblos y razas extinguidas, y el viajero nada hubiera podido arrancar al silencio de los bosques, si el mismo misionero que llevó á esas regiones el Evangelio y la verdadera civilización, no hubiera interrumpido sus tareas apostólicas para narrar á las generaciones venideras ó á las falanges de misioneros que le debían suceder, ora sus triunfos y combates, ora las observaciones de su experiencia y la sencilla historia de los pueblos que cultivaba.

Merced á ese afán de los antiguos misioneros del alto Amazonas y al exquisito cuidado que ellos pusieron en defender sus escritos, tanto de la persecución de los hombres como de la fuerza destructora del calor y humedad de los trópicos, han podido llegar hasta nosotros algunas escasas obras de inestimable mérito artístico y literario en que se refiere la historia de esas gloriosas misiones de la Compañía de Jesús.

Una de estas joyas, la de más relevante mérito, sin duda, es la HISTORIA DEL MARAÑÓN ESPAÑOL, del P. José Chantre y Herrera, que ahora damos á luz por la primera vez.

Esta obra ocupa, á nuestro juicio, el primer puesto entre todas las últimamente publicadas por sabios americanistas, tanto por el interés, autenticidad y correcto estilo de sus relaciones, como por la copia de noticias históricas y geográficas.

Ella nos da á conocer multitud de cosas y personas hasta ahora desconocidas; traza con viveza y sencillez las heroicas virtudes de los Santa Cruz, Majanos, Luceros, Fritz, Uriartes y demás apóstoles del Marañón; describe los martirios de los PP. Ferrer, Figueroa, Suárez, Real, Richter y otros varios; da cuenta minuciosa del paternal gobierno de las misiones; nos pinta los atropellos sin ejemplo de la inicua expulsión de los misioneros, debida á la fatal pragmática de Carlos III; contiene, en fin, tales datos de aquellos ignorados países, que bien pueden sacar de ellos

partido, tanto la antropología é historia y prehistoria del hombre salvaje, como los fastos de las glorias del apostolado católico.

Para el que sepa lo poco que hay escrito sobre estas materias, y que una obra del siglo pasado viene á ser, sobre todo en América, hasta una curiosidad arqueológica, es indudable la gran importancia de la obra del P. Chantre, dotada de inmenso valor documental.

Por esto nos ha parecido que, publicando tan precioso manuscrito, contribuiríamos á llenar un gran vacío en la historia de América y de la civilización cristiana, y secundaríamos las miras de su autor, que escribió su historia con la intención y deliberado propósito de que no se perdiesen las memorias de los misioneros, consignadas á la sazón, como él dice, en papeles sueltos mal escritos y peor guardados.

El autor, por otra parte, para escribir su historia se aprovechó de todas las noticias que le dieron los misioneros venidos de América y residentes entonces en Bolonia y Faenza, consultó los autores que pudo, y la compuso con la cooperación muy inmediata del P. Manuel Uriarte, superior por largos años de aquellas misiones (1); de modo que, aunque habla por referencia, la autenticidad de sus noticias está asegurada suficientemente por los escritos traidos de América, por la cooperación y censura de los misioneros desterrados, y por su conformidad con las relaciones que de esas mismas misiones han publicado abonados escritores, ó se conservan todavía inéditos en varios archivos de Europa y América.

Deslindado así el valor histórico de la obra, resta indicar algo acerca de su mérito literario. El P. Chantre no es un mero recopilador: estudió mucho y por largos años el asunto que trata; llegó á poseerse de él, y escribe con sano criterio y entusiasmo, con orden y unidad, en estilo homogéneo, llano y sencillo; nunca se deja llevar del mal gusto de la época: á veces arrebata por sus ingenuas y conmovedoras relaciones, y casi siempre deleita sin cansar; hemos creido que vale la pena de imprimirlo, y desenterrar con él infinidad de hazañosos hechos de los misioneros de la Compañía de Jesús.

Cuanto llevo dicho no quita que la obra del P. José Chantre tenga sus defectos y lunares, y que aparezcan en algunos puntos ciertas lagunas que quisiéramos ver llenas y colmadas.

Con todo, á pesar de esas deficiencias de que el mismo autor se lamentaba por falta de documentos, creemos que es la más completa é interesante, y dignísima de que salga á la luz pública, esperando que Dios suscitará otros escritores que completen lo que al P. Chantre falta, y otros misioneros que renueven en la Iglesia las conquistas de celosos apóstoles de otras edades.

AURELIO ELÍAS MERA, S. J.

Madrid, 25 de Febrero de 1899.

(1) También el P. Martín Iriarte le ayudó: «*Iriarte noster, qui missionarius fuit apud illas gentes, suis narrationibus et ms. juvit multum Josephum, sibi amicissimum.*» RAYMUNDUS DIOSDADO CABALLERO, *Bibliothecae script. S. J. supplementa, supplem.* I, pag. 117.

NOTICIAS ACERCA DEL AUTOR DE ESTA OBRA

Nació el P. José Chantre Herrera en Villabrájima, de la provincia de Palencia, el 18 de Marzo de 1738, y entró en la Compañía de Jesús en Mayo de 1755. Era profesor de metafísica en el Real Colegio de Salamanca al ser desterrado de España con los demás jesuítas de la nación por Carlos III. Cogióle la muerte el 20 de Agosto de 1801 en Piacenza, donde con sumo aplauso enseñaba teología en el Real Colegio, erigido por Fernando I de Borbón, duque de Parma.

Muy al vivo nos pintó el retrato moral del P. Chantre su íntimo amigo y compañero el P Manuel Luengo, al darnos cuenta de su fallecimiento, con las siguientes palabras (1): «El día 20 (2) del mes de Agosto [de 1801] murió en la ciudad de Plasencia, del estado del duque de Parma, el P. José Chantre, condiscípulo mío en el siglo, connovicio, condiscípulo en la Religión varios años, conmaestro otros varios, y, después de la extinción de la Compañía, compañero en una casa por veinte años, hasta que una forzosa necesidad nos separó. Siempre juntos y siempre amigos de corazón y de confianza, habíamos llegado á ser verdaderamente hermanos, y más si es posible. Por aquí se puede entender cuánto habrá sido mi sentimiento en su muerte; y añadiéndose á otro, poco menor, por la muerte de mi querido discípulo, D. Pedro Gil, forman una sobrecarga no ligera á la carga pesadísima de mi segundo destierro con sus atropellados viajes y con otras dolorosísimas circunstancias. El Señor me aflige por todos lados, y yo hago mis esfuerzos por conformarme con sus disposiciones y con su santísima voluntad.

En dos palabras presentaré un carácter moral, sublime y poco común de mi grande amigo, el P. Chantre. Protesto que entre nuestros contemporáneos no he conocido entendimiento más pronto para penetrar las cosas, y más profundo para llegar á lo más hondo y más escondido de ellas; y por consiguiente, oportunísimo para todas las ciencias graves, sin estar reñido con las amenas. Y no obstante, era en todas las demás cosas cándido, inocente y casi niño. Este candor é inocencia de su corazón y de su alma, juntamente con un proceder siempre y en todos los estados en que se ha visto, piadoso, grave, sin saber más que sus ejercicios espirituales y sus libros, forman un hombre verdaderamente justo, ejemplar y muy cargado de méritos para el cielo. Otros muchos ha atesorado en su larga y penosa enfermedad, y todo en ella de su parte ha ido tan bien, que el P. José Ruiz, de nuestra provincia [de Castilla], que está en la misma casa de Plasencia, y le ha asistido en todo, en todas sus cartas hasta después de su muerte no ha hablado de él sino como de un ángel; y siempre le ha pintado obediente en todo, como un niño, sufridísimo, sin oírsele una queja por cosa ninguna, perfectamente resignado en la voluntad del Señor, y muerto como un santo. En la iglesia de aquella casa ó colegio se le ha hecho el oficio con toda decencia, y sus discípulos, de quienes era muy amado, disponen hacerle algunas honras.

Con su pronto y penetrante ingenio estudió con grande aprovechamiento y enseñó con magisterio y con dominio la filosofía y la teología escolástica y moral, y antes había enseñado bien letras humanas, estando bien instruído en las griegas y latinas.

Con la extinción de la Compañía el año de sesenta y tres, se acabaron nuestros

---

(1) *Diario* ms., tom. 35, pág. 551-560.

(2) El P. Diosdado Caballero, supplem., I, pag. 117, dice que murió el 21, y lo mismo repiten los PP. Backer y Sommervogel.

magisterios y enseñanzas. En nuestra casa no se pensaba en otra cosa que en pasar una vida quieta y obscura. Ni el P. José, aunque tenía talento, instrucción, y aun gusto para escribir bien en varios ramos de literatura, jamás pensó por sí mismo en dar á luz libro alguno.

Por mi consejo y de otros amigos, con el único fin de que se ocupase y de que divirtiese la hipocondría de que estaba muy dominado, emprendió escribir en castellano una historia de las misiones de los Mainas, de la provincia de Quito, en la América meridional; y habiéndose provisto de los convenientes documentos, la escribió muy bien en un grueso tomo, que no se ha dado á luz, porque no se tiene por conveniente en estos tiempos hablar como se debe de tales asuntos.

Al acabar su historia de los Mainas, apareció el nuevo Sistema de la caridad, del jesuíta italiano Vicente Bolgeni, y siendo este asunto el más conveniente á sus estudios y á su talento, escribió una impugnación de él, fundada, sabia, vigorosa, y con a conveniente cultura en el estilo, en la crítica y en el gusto. A ella no se ha dado ni se dará jamás una mediana respuesta, aunque me inclino á que respondieron alguna cosa en términos generales Hervás Panduro y Bolgeni, ó uno de los dos.

Sin esta disertación sobre la caridad, era suficientemente conocido el padre Chantre entre los jesuitas españoles, para ser buscado para maestro de teología en el nuevo convictorio y casa de estudios públicos, abierta por el duque de Parma en el colegio de la Compañía de la ciudad de Plasencia. Desde el año de noventa y dos, si no me engaña la memoria, empezó el P. José á ser maestro de teología en Plasencia, y lo ha sido hasta su muerte, con particular crédito y estimación y con un gran concurso de discípulos de varias provincias de Italia.

En estos años ha escrito y dictado los convenientes tratados ó materias de teología y ha defendido á sus tiempos conclusiones públicas con no pequeño aplauso y honor, y en el mismo tiempo ha escrito y dado á luz una compendiosa disertación de *Infallibilitate Romani Pontificis*, en la que se vale oportunamente del estado de abatimiento, de tribulación y de compunción del clero galicano para hacerle ver la falsedad é inconvenientes de hacer reformables con sus famosas proposiciones las decisiones dogmáticas de los Romanos Pontífices.

Escribió también algunos papeles sobre asuntos importantes, por encargo del duque de Parma, D. Fernando, que tenía particular estimación del P. José. Y es una prueba segurísima de ella el haberle dado secreta y confidencialmente la comisión de darle él mismo en persona é inmediatamente aviso de cualquiera persona en quien descubriese máximas y doctrinas jansenistas...»

Hasta aquí el P. Luengo. El códice que hoy reproducimos es un volúmen en folio de 740 páginas numeradas, encuadernado, con este título al dorso: *Historia de las misiones del Marañón español*, por el P. Joseph Chantre y Herrera, de la Compañía de Jesús. En trece folios no numerados, que preceden al texto, se hallan los preliminares y el índice. Sigue el mapa, hecho á pluma con tinta negra y algunas rayas de colores para señalar los límites de la Misión. Fué trazado en las cárceles de Lisboa por el P. Francisco Javier Weigel, misionero desterrado del Marañón por el decreto de Carlos III.

La obra toda está escrita de una mano algo temblona, con leves correcciones de otra letra, ambas españolas. El papel es de hilo y lleva la marca *Parma*. Tiene buenas márgenes y en ellas hay á veces añadiduras y correcciones.

TITULO DEL AUTOR

Historia de la misión de los indios Mainas y de otras muchas naciones situadas en el Marañón español y en otros varios ríos que desembocan en él, distribuida en doce libros, sacada principalmente de las apuntaciones de los misioneros de la Compañía de Jesús, que por el espacio de 130 años trabajaron en aquellas partes de la América meridional predicando, plantando y extendiendo la fe de Nuestro Señor Jesucristo hasta derramar, varios de ellos, su sangre en defensa de la ley santa que predicaban y en testimonio del Evangelio que anunciaban.

DEDICATORIA DEL AUTOR

GLORIOSÍSIMO PADRE Y PATRIARCA SAN JOSÉ

No vengo á presentaros obsequios ni á ofreceros dones ó á dedicaros mis trabajos, vengo á vos, santo mío, cargado de plegarias, con el solo fin de haceros presentes las súplicas justas de unos pobres necesitados que se hallan en el mayor olvido y desamparo. La misión de los indios Mainas pocos años há lozana y floreciente, que plantada por la diestra del Omnipotente extendía sus vástagos por 300 leguas de tierra, y tendía sus vistosos sarmientos por muchos ríos, se halla en el día de hoy talada, destruida y desolada. *Exterminavit eam aper de sylva.*

El infernal jabalí la devastó, y ha sido, sin duda, la causa de un exterminio tan deplorable la falta de guardas y la ausencia de sus antiguos operarios.

Muy bien preveían su ruina los indios mismos en medio de su corto modo de entender, y aun por eso entraron en el pensamiento de hacer sus representaciones, para que les dejasen sus Padres. Mas hallando cerradas todas las puertas y conociendo que no era fácil el que llegasen sus súplicas al trono de su rey, se retiraron por la ninguna esperanza de ser atendidos ó escuchados.

Pero si á los pobres y desdichados en el mundo son inaccesibles los tronos de los reyes de la tierra, les están patentes y abiertas de par en par las puertas del cielo, y no puede menos de oir sus voces, su clamor y sus quejas el Rey de la gloria. ¿Y de quién se valdrán aquellos pequeñuelos tan faltos de pan y de doctrina para que presente su memorial ante el divino acatamiento y dé valor y mérito á las rendidas súplicas con su intercesión y patrocinio? Paréceme que les dice el corazón. *Ite ad Joseph;* recurrid á vuestro glorioso Padre y Patriarca San José, cuyo favor y amparo experimentasteis por tantos años en dos pueblos consagrados á su augusto nombre.

Yo, santo mío, con todos los indios Mainas, y en nombre de todas las naciones del río Marañón, postrado en vuestra presencia, busco vuestro amparo, imploro vuestro sufragio, solicito vuestra poderosísima intercesión para el buen despacho de un memorial en que tanto se interesa vuestra gloria, tanto la de vuestra benditísima esposa María y tanto la de vuestro hijo putativo Jesús. Acordaos de las dos naciones de Pinches y Ataguates que vivían en paz y en inocencia bajo vuestra protección

y amparo. Mirad á tantas naciones que á la sombra del manto de vuestra purísima Esposa vivían en diez pueblos consagrados á tan Augusta Señora. Echad vuestros ojos benditísimos sobre la numerosa nación de los indios Encabellados que pasaban sus días alegres y serenos en la reducción del augustísimo Nombre de Jesús, sin pensar en otra cosa que en arraigarse más y más en la fe, en crecer en la esperanza y en aumentar la caridad. Toda esta viña florida que llevaba frutos muy sazonados, desapareció en un momento, *Et singularis ferus depastus est eam.*

El lobo infernal la devoró y apenas hay vestigio de lo que fué en otro tiempo, ni de que hubiere sido cultivada. No se vé en ella cerca alguna, y lejos los guardas y obreros; á la abundancia de sus frutos ha sucedido la maleza, los espinos y cambroneras. Pues, ¿cómo no se conmoverá vuestro ternísimo corazón ¡oh Padre amoroso! á la vista de tan notable mudanza y exterminio? ¿Cómo será posible que os hagáis sordo á nuestras súplicas y clamores, y que no las presentéis añadiendo las vuestras á Jesús y á María? Yo sé que si tomáis la causa por vuestra será muy bien despachada, consolados los pobres y oídas nuestras peticiones. Ya veo que en lo humano se descubren bien pocas esperanzas. Pero, ¿qué hombre cuerdo puso jamás límite á vuestro patrocinio, qué corazón piadoso estrechó los términos á la intercesión de vuestra Esposa, y quién hubo tan temerario que se atreviese á atar las manos al que cuidasteis como á hijo vuestro Jesús, negándole su omnipotencia? *Non erit impossibile apud Deum omne verbum.* Dignaos, santísimo Patriarca, de volver esos ojos amorosos á los operarios desterrados de vuestra viña, que suspiran con ansia por el cultivo de ella; y teniendo á sus indios dentro del corazón, no piensan en otra cosa, noche y día, que en volver al trabajo, sin que sea parte para entibiar sus fervores, ni la travesía de los mares, ni lo largo de los caminos, ni lo destemplado del clima. ¿A quién acudirán en este destierro sino á quien supo muy bien y fué probado en este género de trabajos y fué consolado finalmente con el aviso de un ángel? *Surge, et accipe Puerum et Matrem ejus et vade in terram Israel?*

Por el pesar y consuelo que sintió vuestro piadoso corazón en este lance, haced también, Padre nuestro, que pues los misioneros de Mainas han probado, por el espacio de diez y ocho años, el llanto de su destierro, gusten finalmente del consuelo de oir aquellas palabras que tanto esperan. *Ite, angeli veloces, ad gentem convulsam et dilaceratam.* Id, ángeles míos y enviados, daos prisa, tomad el crucifijo en las manos, caminad bajo la protección de María conquistadora de los Mainas y poned paz en las naciones del Marañón, que ardiendo ya en odios entre sí, se deshacen y despedazan. Reparad las quiebras ocasionadas en tantos años; ó por mejor decir, plantad de nuevo la viña, casi del todo desolada.

Así sea, santo mío, así lo espero de vuestra poderosa intercesión y aun me atrevo á decir, que siento ciertos presagios de que no ha de ser vana mi esperanza. El más indigno de vuestros devotos,

J. Ch. H.

PROLOGO DEL AUTOR

Bien ajeno estaba yo de emprender este trabajo, cuando llegaron á mis manos ciertos papeles sobre las misiones de los indios Mainas ó del Marañón español. Leílos no sin trabajo, primero por curiosidad, después por afición, y últimamente por aprovechamiento. Que ésta es la propiedad de las cosas piadosas y edificativas, escritas con candor y sencillez (cuya eficacia embota comúnmente el artificio descubierto), dejar en los lectores buenos efectos, aun cuando se empiecen á recorrer por deseo de novedad. Leidos y considerados los papeles, entré en el pensamiento de reducirlos á orden, no se me levantando por entonces el ánimo á formar una historia, contento sólo con disponer una relación clara y metódica, en que leyesen otros sin trabajo lo que había leído yo con tanta dificultad. Movíanme á tomar esta tarea las cosas que contenían por interesarse en ellas la utilidad de los indios abandonados, la gloria de los misioneros que por tantos años habían trabajado con ellos, el bien de nuestra santa religión, y aun la curiosidad y satisfacción de aquellos que gustan aprovechar el tiempo en la lección de varones ilustres en virtud y celo, y de la propagación del Santo Evangelio en las partes más remotas y escondidas de la América.

Mas al poner las manos á la obra se me ofrecieron de golpe tantas dificultades, inconvenientes y obstáculos, que no tenía coraje para escribir cuatro renglones seguidos ; y es así, que acobardado con el tropel de dificultades que tocaba más de cerca, por dos veces arrinconé los papeles sin esperanza de salir con la empresa. Entre otras dificultades que se me ofrecían eran las principales estas tres:

1.ª Que siendo tan extranjero en las cosas de la América y tan peregrino en las misiones de Mainas, lejos de haber registrado con los ojos aquellos sitios apartados ú observado la multitud de ríos ó tratado á los indios del Marañón, no entendía siquiera muchos de los términos que leía en los apuntamientos de los misioneros, ni estaba impuesto en las cosas que por sabidas en la América Meridional suponían en sus diarios. De donde parecía preciso que se me escapasen algunos yerros, y que en vez

de dar luz y orden á alguna relación perspicua y verdadera, sacase un compuesto de obscuridades y borrones.

La 2.ª dificultad que palpaba era el no estar hecho á este género de obras ó composiciones, y como ya barruntaba desde entonces que la presente había de ser bien larga, pues había de abarcar los hechos de ciento treinta años, me encogía de hombros, casi sin libertad, aterrado del trabajo, y me daba casi por concluido con los preceptos de Horacio:

«*Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam*
Viribus; et versate diu quid ferre recusent,
Quid valeant humeri.......................
Tu nihil invita dices faciesve Minerva.»

Mayor era la tercera dificultad, que consistía en la falta de muchos papeles necesarios para la perfección de la obra, y en la calidad de los que tenía conmigo; pues una y otra cosa se oponía á una relación seguida y continuada. Encontraba desde los años 1686 un claro en que se perdía la vista de más de treinta años, á causa de un desgraciado incendio en que perecieron las memorias de aquel tiempo, y no era fácil suplir ó llenar tan largo tramo con las pocas noticias que, de mano en mano, nos habían dejado nuestros mayores. Por otra parte, los papeles que tenía en mi poder estaban tan maltratados, tan llenos de borrones y remisiones, los unos sin data de tiempos ni lugares, y los otros tan encontrados, que no parecía posible acertar con la cronología y con el orden y sucesión de los hechos y conquistas espirituales, sin cuya diligencia y averiguación, los mayores esfuerzos, más que en una clara relación, pararían en un embolismo verdadero.

Estas eran, entre otras, las dificultades que me obligaron á volver atrás ó á no continuar en la obra que me había figurado. Pero, como me daba lástima dejar perecer unas memorias ya casi olvidadas y de tanta edificación, por no querer ninguno tomar el trabajo de avivarlas y renovarlas, volví por la tercera vez á pensar sobre los inconvenientes que me habían apartado de la empresa, para ver si encontraba alguna salida á tantas dificultades. Ya fuera que en esta ocasión me hallase en mejor disposición de ánimo, ó ya fuese que se me ofrecieron nuevas razones con que deshacer las ataduras que me tenían como aprisionado, me resolví eficazmente á romperlas, atendiendo más á la utilidad que podía traer la obra, que á su perfección y cumplimiento. Y á la verdad; si al presente era bastantemente dificultosa la obra en que pensaba, dentro de veinte, treinta ó más años sería punto menos que imposible, siendo el tiempo el enemigo mayor que acaba con las Memorias que se hallan en papeles sueltos, mal escritos y peor guardados.

No me faltaron reflexiones para mantener la eficacia de la resolución y deshacer en algún modo las dificultades insinuadas. Es así (decía yo), que yo no he atravesado los mares del Sur y del Brasil, ni he observado

aquellos sitios meridionales de la América, y mucho menos tratado los indios Mainas; pero no entra la ciencia, ni se adquieren los conocimientos por el sentido sólo de la vista, que aunque tan principal entre los demás, como la prudencia entre las virtudes, sin embargo, nos da lugar y permite que nos informemos de las cosas por medio de los otros sentidos. ¿Cuántas cosas nos entran por el oído, cuántas por el olfato, por el gusto y por el tacto? Y sin recurrir á noticias ó principios que nos hayan entrado por los ojos, de ellas disputamos, discurrimos y tratamos, sacando conocimientos no menos claros y ciertos, que los que tienen su principio de las especies que se nos entran por la vista.

Bien pocas fueran las Historias, si sus autores hubieran sólo de referir las acciones que pasaron á su vista, ó de hacer únicamente mención de los parajes, sitios ó provincias en donde se hallaron. Mucho socorro les diera este conocimiento práctico, y yo también le tuviera grande, para disponer mi obra; pero aunque falte este socorro, no por eso me hallo destituido de otras ayudas en el sitio en que ahora vivo. Pues habiendo tantos misioneros de Mainas en la Italia, con su trato y comunicación, y con respuestas que darán á mis preguntas, me darán la luz necesaria y me comunicarán los conocimientos que no encuentro en los papeles. Y si con todo eso incurriere en algunos errores, no faltará quien los corrija con el tiempo, lo que sería fácil encontrando ya hecho el trabajo. Además de que no es fácil darme una Historia en que no haya algunos errores, equivocaciones ó descuidos, no tanto por malicia de la voluntad, que no presumo tanto, como por la cortedad del entendimiento humano. Así pretendía deshacer la primera dificultad.

Mayor embarazo hallaba en la segunda; pero quizá desaparecerá á la reflexión siguiente: No es lo mismo emprender uno cierta especie de obra en que no se ha tenido alguna práctica, y querer ensayarse en ella según su talento grande ó pequeño, mayor ó menor, que el caminar cuesta arriba ó el ir contra la corriente, que esto quiere decir «invita Minerva». Que unos empezaron á ensayarse en algún género de composiciones, en las cuales, si no llegaron á lo sumo del gusto ó á la perfección del arte, tocaron por lo menos cierta medianía. Pues de este género de obras pienso yo que sea una Historia de cosas edificantes, como la de la misión de los Mainas, de la cual se sacará siempre utilidad y habrá de tener su precio, aunque no apure los ápices del arte, como llegue á estar escrita con una naturalidad que se deje entender y no desagrade. Ni se opone al modo de pensar el precepto arriba insinuado de Horacio, el cual habla particularmente de la Poesía, en la cual sólo lo sumo parece permitido, y da la razón, porque

...mediocribus esse poetis
Non homines, non Dî, non concessere columnae.

Que es decir, como se explica un poco después el poeta, que el que no arriba á lo sumo, es tenido por pésimo.

Si paulum summo discessit, vergit ad imum.

Pero no niega, antes enseña claramente que en otras materias, artes y facultades en que más se atiende á las cosas que se dicen que al modo de decirlas, puede tener estimación una medianía; como es en realidad estimado un abogado que sabe proponer con claridad su derecho, aunque no tenga la elocuencia de un Demóstenes ó de un Tulio.

..... Certis medium et tolerabile rebus
Recte concedi. Consultus juris, et actor
Causarum mediocris abest virtute diserti
Messalae, nec scit quantum Casaellius Aulus:
Sed tamen in pretio est.

Sobre la tercera dificultad que me embarazaba tanto, echaba los ojos sobre muchas Historias que no caminan con igualdad en la relación de los hechos, por haber tenido sus autores la misma desgracia que experimentaba yo mismo, de falta de papeles y memorias pertenecientes á varios años. Pues, así como éstos pasaron casi en claro algunos tramos, contentándose con insinuar como de paso, algunas pocas cosas que supieron por tradición; creí que yo también podía practicar eso mismo, valiéndome, á falta de noticias escritas, de algunas memorias que los misioneros conservaban. De esta manera, ya que no se continuaba con igualdad el hilo de la historia, se ataba por lo menos un cabo con otro, sin particular deformidad. En la cronología empecé á probarme, y aunque con muchísimo trabajo salí al fin con ella, no reparando en algunos inconvenientes de poca consideración, colocando algunos hechos de data obscura é inaveriguable en aquel tiempo y lugar y sitio, adonde me pareció más probable que pertenecían.

Alentado con este primer paso, continué mi trabajo, pretendiendo ya reducir á un cuerpo de Historia la que pensaba á los principios que apenas podía llegar á relación. Parecióme distribuirla en XII libros. En el I trato de los primeros descubrimientos que intentaron hacer los españoles del gran río Marañón, en cuyas márgenes estaban puestas las misiones de Mainas; y en él se descubre cómo la divina providencia fué proporcionando suavemente á los jesuítas para que bajasen al cultivo de aquel innumerable gentilismo. En el II se describe la calidad de las gentes, su modo de vivir, usos, costumbres y supersticiones, y se da una historia natural del país, de los frutos que lleva, y de las aves y peces, fieras y bestias que mantiene. Los ocho siguientes comprenden toda la materia de las conquistas espirituales que hicieron de las almas los misioneros del Marañón, desde los años 1638 hasta el de 1768, en que por orden superior salieron del Mainas. Han sido necesarios tantos libros, para poder proponer con claridad y distinción los principios y progresos de la predicación del Evangelio, no sólo en el río Marañón, pero aun en otros muchos colaterales, que en él desaguan, así por el norte ó por la banda de Quito, como

por el sur ó por la parte de Lima. Concluída esta materia se da en el libro XI una idea cabal y muy exacta del gobierno político-cristiano en las misiones, según se hallaban bajo la dirección de los jesuítas en el año en que salieron de la América. Pone fin á la obra el libro XII en que se refiere el arresto de los misioneros, su viaje por la vía de Portugal, sus cárceles, apreturas y miserias, hasta que lograron entrar en la ciudad de Ravena, lugar destinado para la provincia de Quito.

He procurado en cuanto he podido, que el estilo sea natural y claro, no teniendo otro fin, que el darme á entender de un modo sencillo, porque no quisiera yo que por querer levantarme sin saber encubrir el arte, como sucede á muchos, declinase el estilo en afectación empalagosa; pues sería cosa muy fea, que por mi boca perdiesen mucho de su eficacia los cosas grandes y admirables que hicieron en favor de la Religión tantos hombres celosos de la gloria de Dios. Por esa misma razón soy bastantemente franco y liberal en referir varios lances con las mismas palabras de que usaron los misioneros en sus diarios, apuntaciones y cartas; persuadido á que no los podría yo contar con aquella lisura, sinceridad y candor con que los cuentan ellos mismos.

El método de la Historia se reduce á libros, y los libros se dividen en capítulos, á lo cual me han movido, entre otras, dos razones. La primera es, porque la distribución en capítulos sirve no poco á retener en la mente lo que se va leyendo; pues con sólo hacer alto sobre la cabeza ó título, se viene fácilmente en conocimiento de lo que se ha recorrido en el capítulo más á la larga, como nos enseña la experiencia. Por el contrario, cuando leemos un libro, seguido de muchas hojas, sin tomar, por decirlo así, aliento, ni hacer pausa, no conservamos con tanta distinción y claridad las especies pasadas. La segunda razón es, porque, como á un caminante en su jornada le sirve de consuelo y toma nuevo esfuerzo en su viaje al encontrar de trecho en trecho alguna lápida que señale las millas que ha caminado según aquella discreta advertencia,

Intervalla viae fessis praestare videtur,
Qui notat inscriptus millia multa lapis:

de la misma manera á quien toma el empeño de leer una historia, particularmente si es larga, le sirve de consuelo el encontrar nuevo título, y si no prosigue la lectura con mayor gusto, por lo menos no siente tanto fastidio.

Sobre todo he puesto mucho cuidado en la verdad, que debe ser el alma de la Historia. He sacado la mayor parte de ella de las cartas, apuntamientos y diarios de los mismos misioneros de Mainas, hombres ciertamente de toda verdad y crédito, que notaron lo que pasó por ellos, ó lo que sucedió á sus compañeros. Y caería ciertamente en la nota de temerario el que quisiere ponerles alguna excepción, presumiendo que una cosa obraban y que otra escribían.

Es verdad que he tomado algunas cosas del P. Manuel Rodríguez en

sus «Descubrimientos del río Marañón,» otras del P. José Casani en el tomo tercero de «Varones Ilustres,» que añadió á los que escribieron los padres Nieremberg y Andrade, y tal cual noticia de los «Viajes» de don Antonio Ulloa; pero aun éstas las he procurado examinar y sólo se ponen las que han parecido conformes al sentir de los misioneros; á los cuales por haber vivido más de asiento en aquellas tierras y estar más informados de todo, pienso que se debe deferir más que á las demás historias escritas por autores que ó no registraron aquellos países, ó sólo los observaron de paso, y sin detenerse mucho tiempo. Por último no debo disimular que el primer descubrimiento que intentó hacer D. Gonzalo Pizarro, del río Marañón lo tomo todo de los autores del Perú, sin alterar nada en la sustancia; porque aunque hallo en él tal cual cosa que no dice muy bien con la Geografía que me he visto precisado á observar cuidadosamente de aquellas tierras, y por consiguiente con el mapa que presento al fin de la obra, sin embargo no me pareció conveniente detenerme en impugnar lo que no es de mucha importancia, y por otra parte refieren bastantemente concordes los autores del Perú.

PROTESTA

Siendo el asunto de la Historia que escribo, referir las conquistas espirituales de las almas por varones excelentes en virtudes y celosos de la gloria de Dios, ha sido preciso hacer á las veces algunos elogios y tocar algunas cosas que tienen visos de milagros, de profecías, de revelaciones ó de prodigios singulares. Por lo cual obediente á los varios Decretos, Bulas y Declaraciones Pontificias, digo desde luego, aseguro, y como hijo rendido de la Santa Madre Iglesia, protesto que esta mi relación y escrito no merece más fe y crédito que la que merecen humanos fundamentos, inciertos en realidad y falibles y que sólo pueden fundar una fe humana. Añado no ser mi intención prevenir el soberano juicio de la Iglesia, á la cual me sujeto, en cuanto digo y escribo, así por lo que toca á las personas que alabo, como por lo que pertenece á las acciones que refiero.

JOSEPH CHANTRE.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

MAPA TRAZADO EN LAS CÁRCELES DE LISBOA POR EL P. FRANCISCO JAVIER WEIGEL

La linea con cruces blancas señala el límite de las misiones de los Padres Franciscanos; la continuación de ella, parte con puntos blancos y parte sin ellos, indica el término de las misiones de la Compañía de Jesús.

LIBRO I

CAPÍTULO PRIMERO

DEL TIEMPO Y DE LA OCASIÓN EN QUE LOS ESPAÑOLES ENTRARON EN LA AMÉRICA

Llegado ya el dichoso tiempo, en que el Padre de las lumbres había determinado alumbrar con la luz de la verdad á las gentes de la América, por tantos siglos sepultadas en la noche de su gentilidad, dispuso la entrada de los católicos españoles en los dilatados reinos de México y del Perú, en tal ocasión y coyuntura, en que fuese fácil á pocos hombres la conquista temporal de tan grandes imperios, y en que había menos estorbos para la espiritual de las almas. Tenía el gran Moctezuma el dominio absoluto en México, y con ser obedecido y respetado de muchas numerosas naciones que le estaban rendidas y sujetas, no faltaba una república valiente y esforzada de Tlascala, que le hacía frente; y, amante de su libertad, conservaba con el consejo y las armas una entera independencia. Y ésta fué la ocasión favorable de que se valió la Providencia para que el célebre Hernán Cortés, asistido de las fuerzas de Tlascala, se apoderase de México y tomase posesión de sus anchurosos dominios. Reinaba en el Perú desde su corte del Cuzco, por ochocientas leguas, el Inca poderoso Guainacapac; pero, introducida la ambición después de la muerte del padre entre sus dos hijos, Guascar y Atagualpa, ésta misma abrió la puerta á D. Francisco Pizarro para que con bien poca resistencia entrase en la vasta extensión de los reinos del Perú.

No fué menos rápida, si bien se considera, la conquista espiritual de muchas de aquellas gentes, que lo había sido la temporal de las tierras. Porque, puestas ya en alguna sujeción las naciones bárbaras, y hechas á cierto género de obediencia á sus soberanos, rindieron más fácilmente el cuello al yugo del Evangelio, contribuyendo no poco á la propagación de la fe, el florecer ya en uno y otro imperio una lengua casi general: la mexicana en los dominios de México, y en los del Perú la lengua del Inca. Como no entra la fe sino por el oído; sin el socorro de una lengua, entendida de la mayor parte de las naciones, que facilitase la enseñanza, no hubiera sido posible la instrucción de tantas almas en tan pocos años y en tan extendidas tierras.

Por tan notables circunstancias se deja bien entender que el Dueño y Señor de todas las cosas, no tanto ordenaba las entradas de gente tan católica á la posesión de reinos temporales, cuanto á la reducción de las almas al gremio de su Iglesia. Se hará más creíble este pensamiento á cualquiera que observe con atención el tiempo en que se dignó el cielo de ofrecer á los Reyes Católicos, D. Fernando y D.ª Isabel, las llaves para entrar en las Américas. No bien habían arrojado de España los moros y judíos, queriendo más privarse voluntariamente de tantos millares de súbditos, que recibir obsequios ni tributos de gente rebelde á Dios y á su Iglesia; cuando el Rey de reyes, en vista al parecer de resolución tan heróica, les pone bajo de su corona un mundo entero, en que sus celosos vasallos planten la fe católica de sus padres y extiendan el reino de Jesucristo hasta los últimos términos de la tierra. Y es bien de advertir, como notó un diligente autor, que en el año de 1491, en que D. Cristóbal Colón heredó de Alonso Sánchez de Huelva, marinero de las Canarias, las primeras noticias de la América, y dando la vuelta á la Andalucía, prevenía embarcaciones para su descubrimiento; en ese mismo año prevenía la Providencia en el nacimiento de San Ignacio de Loyola un esforzado caudillo, y Padre venturoso de muchos hijos que, en calidad de soldados de la Compañía de Jesús, habían de extender su glorioso Nombre en tantas y tan retiradas tierras, y con sólo el estandarte de la Santa Cruz, sin otras armas ni pertrechos, vencer el fuerte armado que por tantos años tiranizaba aquellas almas.

No se descubre menos la piedad divina con aquella gente desamparada, en enviar al mundo para tanto bien suyo al glorioso San Francisco de Borja por los años de 1510, cuando ya Cristóbal Colón había llevado á cabo sus ideas, dejando ya descubierto y reconocido el otro mundo; porque se puede asegurar con toda verdad que apenas hubo persona que más contribuyese á la conversión de las Américas, que este tercero General de la Compañía. Él introdujo sus hijos en el reino de México; él los despachó al Perú; él los enderezó á las Filipinas, enviando á todas las partes descubiertas y que se esperaban descubrir, varones apostólicos, llenos de zelo de la conversión de todo el mundo, que, sucediéndose unos á otros, sujetaron con la espada de la divina palabra más almas á Dios y á la corona de España, que rindieron los primeros conquistadores con el fuego y estruendo de las armas. Por esta causa, no sin razón, llaman muchos á San Francisco de Borja, Apóstol del Occidente, como allá San Francisco Xavier lo fué del Oriente. Siendo cierto, como lo es, que la conversión de aquel Nuevo Mundo se reconoce deudora á su ardiente zelo y vigilancia en elegir ministros fervorosos, en enviar operarios infatigables, y en facilitar las entradas á las más escondidas naciones.

Es verdad (y lo confesamos con gusto, dando de corazón gracias al Señor de todos), que otras sagradas religiones trabajaron gloriosísimamente, en especial á los principios, reduciendo infieles, instruyendo rudos hasta dar no sólo asiento, pero aun mucho lustre á la Religión Cató-

lica en innumerables provincias; pero como el campo era vastísimo, y no se reconocían términos en la viña, estaba sin cultivar la mayor parte de ella, y entrando de refresco los religiosos de la Compañía, tuvieron lugar para extender su zelo por tierras impenetrables y nada conocidas, abriendo caminos nuevos, pasando ríos caudalosos, venciendo montes ásperos, y atravesando bosques enmarañados. Buena prueba es de lo que decimos el rio Marañón, cuyo curso es de más de mil leguas, sobrándole mucho para atravesar el continente de la América Meridional. Porque, con ser ya tan conocido de los españoles y portugueses que le han navegado muchas veces, y con haber trabajado en él por tantos años muchos y fervorosos operarios, sin embargo, fuera de las reducciones cristianas de una y otra corona, puestas en las orillas del río, son tantos los infieles escondidos en lo interior de sus montes, que no bastaran á desbastar el terreno muchos operarios por trabajadores que fuesen. Y es cosa que quiebra el corazón cristiano, el entender que se hallen tan olvidadas y desamparadas infinitas almas, criadas á imagen de Dios y redimidas con la Preciosísima Sangre de su Hijo Santísimo. Quiera este benignísimo Señor acordarse de ellas y mover el corazón de muchas personas celosas del bien de las almas; pues teniendo una buena voluntad y caudal bastante para enseñar gente ruda, harían, si se dedicasen á tan santo ministerio, un grande y señalado servicio á su Majestad, y el mayor bien que imaginar se puede á una gente abandonada y necesitada de toda instrucción.

Este es el verdadero fin, si he de hablar ingenuamente, que me propuse desde los principios, en escribir ésta, tal cual, Historia de las Misiones de los Mainas ó del Marañón Español: el animar á las personas religiosas que sienten en su corazón algún celo de la salvación de las almas, á un ministerio tan alto y tan divino, como es la reducción de los gentiles. En ella verán los que tuvieren el trabajo de leerla, cómo el santo temor de Dios, la buena voluntad, el deseo de la salvación de las almas y la confianza en su Majestad, que va creciendo cada día con los efectos visibles de su Providencia, son las armas seguras ofensivas y defensivas para tan gloriosa conquista, mucho más que la erudición y doctrina y otros grandes talentos naturales. Porque, si bien estas partes naturales y humanas sirven de mucho cuando se juntan con un zelo verdadero, pero una virtud sólida y maciza da más ánimo y confianza en los riesgos y peligros que se hallan en este ministerio tan penoso, que la mucha literatura con poca virtud cristiana y celo de las almas.

Mas, para proceder con el debido orden y la claridad que pide la Historia, antes de entrar á referir los hechos de los operarios del Marañón y los frutos que lograron con sus sudores y fatigas, nos ha parecido necesario anticipar algunas noticias sobre los varios descubrimientos de aquel río, en donde veremos cómo la divina Providencia fué encaminando las cosas y proporcionando á los religiosos de la Compañía para la entrada en tan dilatado campo. Ni hemos creído menos á propósito á

nuestro asunto, el dar á los principios alguna idea de las gentes que habitaban en sus riberas y montañas, de las costumbres y modo de vivir que tenían antes que recibiesen la luz del Evangelio, como también, de la calidad de las tierras, de las fieras, aves y peces y de otras cosas curiosas que se observan en aquellos países, siguiendo en todo los comentarios y apuntaciones de los misioneros. Lo primero se irá declarando en este primer libro, y en el siguiente se contará lo segundo. Sobre estas noticias, que vienen á ser como lo material ó tabla de la Historia, iremos dibujando lo más principal y como formal de ella, que se reduce á las conquistas espirituales de las almas, que lograron en 130 años los misioneros de Mainas.

CAPÍTULO II

FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE SAN FRANCISCO DE QUITO.

Después que hubo vencido en batalla D. Francisco Pizarro al Inca Ataguálpa, y apoderádose del reino del Perú, procuró extender sus conquistas por todas aquellas partes adonde habían llegado las armas de los Incas. Logrólo sin mucha dificultad, porque, rendida la capital, se fueron dando las naciones que de ella dependían, las cuales eran muchas en número y ocupaban inmensos espacios. Porque, aunque el imperio del Perú se ceñía á los principios á solas seis leguas en contorno, mas se habían dado tan buena maña sus emperadores, que con su valor, consejo y prudencia, le habían extendido por ochocientas leguas á lo largo. Tantas se cuentan desde el reino de Chile hasta lo último del distrito de la ciudad de Pasto; bien que la anchura, desde el mar del Sur por el Poniente hasta los campos de la cordillera que es la raya de los Andes, abraza poco más de cien leguas, no dando lugar á mayor extensión, por una parte lo montuoso de las sierras y lo empinado de los tajados peñascos, y por la otra las grandes lagunas y pantanos que dejan en vegas y valles los ríos caudalosos y frecuentes vertientes de las sierras.

Logradas tan grandes conquistas, se aplicó Pizarro á restaurar y hermosear la corte del Cuzco y á formar nuevas ciudades, así para dar mayor estabilidad á lo conquistado, como para repartir con mayor acierto y más justa proporción encomiendas entre los que le habían ayudado. Porque, si bien era muy crecido el número de los indios, pero eran pocas las poblaciones y mal formadas. A ejemplo del conquistador, fueron otros españoles, ricos y poderosos, levantando otras ciudades, entendiendo desde luego que, sin estos lugares de refugio, poca sería la utilidad de las tierras ya ganadas, y ninguno el interés que sacarían de tantos indios.

Uno fué D. Sebastián de Velalcázar que, observando un sitio ameno y delicioso entre varias montañas, fundó en él por los años de 1534 una bella ciudad, que llamó San Francisco de Quito. El fundador tenía sus miras é intereses puramente temporales, pero el Señor le dirigía y ayu-

daba en la ejecución, queriendo poner en aquella parte del mundo un castillo roquero, como veremos, contra el poder del infierno, que por tantos años tiranizaba un gentilismo innumerable.

Está situada la ciudad de San Francisco de Quito, como á medio grado hacia el Sur de la línea equinoccial, y casi á los trescientos grados de longitud. El sitio es ameno, fresco y apacible, de suerte que parece una continua primavera; por lo cual llamaron después á la ciudad «el siempre verde Quito.» El temple, generalmente fresco por todo el año, como no da lugar á los excesivos calores, tampoco admite los rigores del frío, y así dicen los naturales de la ciudad; «en Quito, de uno y otro enemigo, poquito». Sus campiñas son buenas y fértiles, por ser tierra de buen miajón, la cual con el cultivo descubrió ser abundante de trigo, de maíz y de ganados. Y ésta pienso yo haber sido la causa de no haberse dado tanto los quiteños á las inciertas ganancias de las minas, que tienen mejores y de metales más refinados que las otras provincias. Pues, teniendo tierra pingüe y lográndose tan bien los sudores de los labradores y pastores, no quisieron poner en aventuras las ventajas que lograban. Concurrieron desde luego á sitio tan ventajoso muchos españoles, y procuraron establecerse en la cíudad que, distante trescientas leguas de Lima y otras trescientas de Santa Fe, venía á ser como el centro del Perú y del Nuevo Reino.

Con esta frecuencia y concurso de habitadores se hizo la ciudad de Quito una de las principales de aquellas partes de la América, y la segunda después de la de los Reyes ó Lima. Porque los españoles que llegaron á avecindarse en ella, arribaban á 4.000, y los indios tributarios á 30.000, no contando los de la comarca y distrito de más de 200 leguas, que por los años de 1600 eran de 200.000. Tan poblados de indios eran y estaban aquellos países, cuando la mayor parte estaba retirada y escondida en los montes y bosques, por no caer en manos de los españoles. Con tanto número de gentes no es extraño que se hiciese en poco tiempo celebérrima la ciudad de Quito, por el mucho comercio que fué entablando de sus paños, estameñas y lienzos, y por los otros géneros de que abundaba, concurriendo á sus ferias los mercaderes de Lima y de Santa Fe, y dejando en sus contratos para la utilidad y ganancia de sus vecinos la plata y el oro del Potosí, de Mariquita, de Popayán y de Barbacoas.

Sólo se ofrece al pensamiento la duda, cómo, estando la ciudad de Quito debajo de la zona tórrida, puede lograr, como logra, temple tan apacible, gozar de aires tan frescos y saludables, y tener campiñas, no sólo hermosas á la vista, pero abundantes de granos y de pastos para los ganados. Porque parece que los rayos solares, desplomándose perpendicularmente sobre aquellas tierras, debían de abrasar con sus ardores, no sólo los frutos que llevasen, sino los habitadores que se atreviesen á vivir en semejantes parajes. Pero á todo proveyó el Autor de la naturaleza, que supo templar las cosas de manera, que las calidades contrarias, peleando entre sí, se hermanasen á favor de los hombres por quienes se cria-

ban. En efecto; el mucho calor del sol, y el mucho frío de las nieves congeladas son los dos contrarios que contribuyen á formar un clima tan dichoso. Puesta la ciudad de Quito entre muchos cerros y montañas nevadas, no respira sino aires frescos, templados con la vecindad del sol. Tiene casi al Poniente y como á sus espaldas el famoso cerro Pichinche, y toda su cordillera que, encerrando en sus entrañas volcanes de fuego, mantiene siempre cubiertas de nieve sus altas cumbres. Por frente está mirando los Páramos de Pinta y de Antisana, que hacen la figura de unos montes continuados de nieve. A un lado se registran las montañas de Sincholagua y Cotopaxi, y al otro se ven las de Cayambé, de Otavalo y de San Pablo, no contando otras muchas, que van siguiendo hacia la ciudad de Lima, las cuales están no menos cubiertas de nieve que los montes más cercanos. De aquí nace, como se deja bien entender, la frescura del aire, lo apacible del temple y lo delicioso del clima.

No es tan fácil dar una razón convincente de tantas nieves en sitios al parecer tan contrarios á su formación y permanencia por mucho tiempo. Pues los rayos calidísimos del sol no parece que debían dar lugar á que se formase la nieve y mucho menos á que se congelase y casi se petrificase. El P. José de Acosta, varón erudito en todo género de literatura y particularmente en las cosas naturales y más secretas de la América, donde vivió tantos años, y de quien cantó con mucha verdad un célebre poeta:

«*Est Acosta novo, veteri quod Plinius orbi,*
Sed magis exactus veridicusque magis»

dice en su Historia natural de las Indias, que una cosa tan singular y prodigiosa nace, á lo que él entiende, de la mucha altura de aquellas cordilleras bañadas de la región media del aire, y discurre que son las cimas extremo frías por cierta especie de antiperístasis, como puestas entre la región del fuego y los vapores cálidos que despide la tierra. Por esta causa, estrechándose y apretándose el frío en aquella región, huyendo de sus contrarios y haciéndose fuerte contra ellos, basta para formar la nieve en aquellas alturas, y para mantenerla por mucho tiempo helada y constreñida. A favor de ese modo de pensar de un hombre tan grande se pudiera añadir, que concurriera no poco para una antiperístasis tan extraordinaria, el mucho fuego subterráneo de las cordilleras mismas del Pichinche, del Cotopaxi y de otros cerros. Porque este fuego reconcentrado podrá muy bien causar el efecto á que acaso no bastaran los vapores cálidos de la tierra que levanta el sol; y por otra parte no se puede negar que estos volcanes despiden muchos vapores sulfúreos, y espíritus nitrosos, que no se oponen, antes contribuyen á la formación de la nieve.

Pero sea lo que se quiera la causa de tantas nieves, como se experimentan en aquellas alturas, nosotros debemos reconocer en esto la infinita sabiduría del Criador del mundo, el cual supo trazar sus partes en número, peso y medida, moderando un contrario con la eficacia y virtud

del otro, y dándonos no sólo por habitables, sino también para lugares de recreación y de delicia aquellas mismas partes que la humana sabiduría con su corto alcance tuvo por tanto tiempo por inhabitables.

CAPÍTULO III

SALE DON GONZALO PIZARRO CON BUEN EJÉRCITO DE ESPAÑOLES É INDIOS Á LA CONQUISTA DEL MARAÑÓN

Fundada la ciudad de Quito, y aumentada, desde luego, en vecindario, fué como la ciudad del sol, de donde se fué comunicando la luz del Evangelio á las partes más remotas y escondidas del gentilismo, hasta penetrar por los montes espesos y bosques cerrados de una y otra banda del río Marañón. Como desde este sitio se había de comenzar á propagar la fe de Jesucristo, que había de florecer por tantos años en las riberas de este gran río, determinó la Providencia que desde el mismo paraje comenzasen á intentarse sus descubrimientos. El primero que se emprendió, á los seis años de la fundación de Quito, fué tan infeliz en los principios, como trabajoso en el medio y desastrado en el fin; de suerte, que no se harían creíbles tantas miserias, si no las contaran uniformemente los historiadores del Perú. Reduciremos á dos ó tres capítulos lo que aquéllos escribieron difusamente, y daremos una breve noticia del desdichado viaje, cuanto baste para que se forme el debido concepto de los trabajos y desdichas que sucedieron, y de la constancia de los españoles é indios en aguantarlos.

Sosegadas las alteraciones del Perú, ocasionadas de D. Diego de Almagro y sus compañeros, y dado ya algún asiento á las cosas, pensaba D. Francisco Pizarro en ilustrar más sus valerosas hazañas, adelantando las conquistas, y pretendía que sus soldados pasasen con su valor mucho más allá de los límites del imperio de los Incas. Con este pensamiento llamó desde el Cuzco á su hermano D. Gonzalo que se hallaba en los Charcas, y le habló en esta substancia: «Ya vés, hermano mío, las inmensas tierras que hemos ganado con el valor y las armas, y no ignoras cómo nos ha favorecido siempre la fortuna, ó por mejor decir, el Señor de los ejércitos, en cuyas manos están las coronas y los imperios, en cuanto hemos emprendido, dándonos cuantas provincias han llegado á pisar nuestros soldados. Mas todo me parece poco, al considerar que es mucho más lo que se descubre y se presenta á nuestras armas. He sabido cómo desde los confines de Quito hacia el Levante se hallan dilatadísimas tierras no conquistadas, las cuales, de buena gana, te cedo si te resuelves á su conquista, como de tu valor espero, y de tu prudencia me persuado. Para fomentar la empresa te hago desde luego gobernador de Quito y de toda su jurisdicción vastísima. En esta rica ciudad bien poblada de españoles, numerosa, como la que más, de indios forzudos y bien trazados,

abundante de víveres y socorrida de atrezos militares, hallarás todos los socorros necesarios para la grande conquista.»

Oyó con gusto D. Gonzalo la propuesta de su hermano, y sin dudar un punto se resolvió con aliento generoso á la conquista que se le encomendaba. Determináronse á seguirle en la misma fortuna más de 200 caballeros del Cuzco, deseosos de adelantar sus hazañas y movidos de la esperanza de riquezas que por todas partes encontraban. Número al parecer bien pequeño para tamaña empresa, mas se tuvo por grande en las circunstancias, y más cuando llegaron á juntar hasta 100 caballos, en que mucho confiaban. Salió la compañía de españoles en alas del valor y de la esperanza hacia la ciudad de Quito, á cuyos términos llegaron felizmente, vencidas 500 leguas de camino, áspero sí, pero tratable, sin haber tenido otro contraste que el de algunas refriegas de poca consideración con los indios alzados. Tomó en Quito D. Gonzalo posesión de su gobierno, y como lo estimulaba su grande corazón á la meditada conquista, comenzó luego, sin divertirse á otra cosa, á prevenirse para la empresa. Juntó otros 100 españoles y áun algunos más, según lo que yo entiendo; los cuales se ofrecieron de buena voluntad á acompañarle en el peligro. Adquirió otros 50 caballos y nombró 4.000 indios de los más alentados y briosos para que cargasen con armas, bastimentos y bagaje. Tuvo por necesario tanto número de conductores, por haber de llevar consigo hierro, clavazón, hachas y maromas con otras muchas cosas que se creyeron necesarias para salir bien del empeño que pedía, si fuera posible, seguridades.

Dispuestas ya todas las cosas y nombrado por teniente en el gobierno de la ciudad D. Pedro de Puelles, persona fiel y de prudencia, partió D. Gonzalo á su empresa con un ejército lucido para aquellas tierras, por Navidad del año 1539, llevando en su corazón esperanzas ciertas de hacer fortuna, nada inferior á la del marqués su hermano. Marchó el ejército en buena paz y bien asistido de los indios, mientras caminó por los términos conocidos de Quito. Pero, luego que entró por la provincia de los Quixos, descubrió muchos indios armados en lo interior de las montañas, que, reparando en tantos paisanos suyos como acompañaban á los españoles, y mucho más en los caballos que, como cosa nunca vista, les causaban espanto, se retiraron más adentro de las montañas, sin dejarse ver de los nuestros. Libre el ejército de enemigos que les cortasen el paso, marchaba sin impedimento por parte de los naturales, mas á pocos días de viaje comenzó á experimentar otros mayores enemigos en que no había pensado. Abrióse la escena de las desgracias con un horrible temblor de tierra que, abierta en muchas bocas, presentaba precipicios á los caminantes. Siguieron al terremoto espantoso truenos horrorosos, relámpagos vivos y varios rayos, todo lo cual causaba temor y espanto en los corazones más valientes, creciendo más el susto al ver la grande copia de agua que se desgajaba de las nubes, la cual parecía haber de anegar toda la tierra.

Desde luego empezaron á recelarse de malos sucesos, temiendo tener por contrarios á la empresa el cielo y la tierra, pues de una y otra parte se empezaba á declarar el contraste. Pero como hombres de corazón y ya resueltos al empeño, previnieron los ánimos á mayores trabajos, teniendo á menos valer el desistir de lo comenzado, firmes en la resolución de morir antes en la demanda, que de volver pie atrás con nota de inconstancia y cobardía. Pasados cuarenta y más días de tormentas continuas y peligrosas tempestades, se empeñaron en atravesar una cordillera nevada, abriendo camino por donde pudiesen, pero fué tanta la nieve que sobre ellos cayó y tan grande el frío que experimentaron en la travesía, que con ir bien apercibidos, sustentados y vestidos, no pudieron resistir rigor tan grande ni temporal tan contrario. Muchos de los indios, hechos á poca ropa, y no muy bien alimentados, quedaron muertos del frío y del hielo en la cordillera, y era tanta la dureza é inflexibilidad de los cadáveres, que parecían otros tantos troncos de árboles cortados.

Deseando huir el ejército de tan contrario clima, y de verse libre de una vez de la nieve, que tanto les molestaba, se dió priesa á caminar, desamparando el ganado y las provisiones que llevaba, persuadido á que no le faltaría comida en las primeras poblaciones de indios que encontrase. Pero, después de la mucha fatiga en vencer á duras penas la cordillera infausta, no consiguió otra cosa que el topar con otro enemigo aún mayor que el que les había molestado. No hallaron de la otra banda del cerro ni habitadores que les agasajasen, ni víveres con que sustentarse. Era el único arbitrio en tanta necesidad pasar adelante, darse prisa y doblarlas jornadas. Vinieron todos en ello, porque aquejados del hambre, no pensaban en proponer sino en satisfacer á la necesidad con alguna comida. Llegaron al fin como pudieron, desfallecidos y cansados, á un pueblo llamado Zumaco, el cual estaba puesto á las espaldas de un volcán. Encontraron en él algunos víveres, aunque bien escasos para tanta gente, y les costó muy cara la detención, porque en dos meses enteros que permanecieron en él, fatigados del cansancio, no dejó de llover ni un día sólo, á cuya causa se les pudrió á muchos la ropa que sobre sí traían, concurriendo á tan extraordinario efecto no sólo la humedad de las continuas aguas, pero también el calor excesivo del temple sobre manera ardiente, ya sea por hallarse cerca del dicho volcán, ya por hallarse debajo de la zona tórrida, ó ya por la una y otra causa. Notan los historiadores que el país era abundante de canela, por donde juzgamos que este pueblo pertenecía á las tierras que después llamaron *de los Canelos*, tomando el nombre del fruto que dan con más abundancia.

Determinó D. Gonzalo dejar en este sitio la mayor parte de la gente, y tomando algunos soldados más ágiles y esforzados, salió á reconocer la tierra y á observar si se descubría camino más tolerable por donde se pudiese pasar adelante, porque en cien leguas que había caminado, á lo que pensaba, el ejército, no se habían encontrado sino montañas cerradas y espesos bosques, sin apariencia de caminos ó veredas; y era el trabajo

doble, pues lejos de caminar y subir cuestas sin tropiezo, era preciso abrir senderos con hachas y cuchillos para penetrar por la espesura. Reconocido el contorno, que era casi el mismo, rompió Pizarro con su escuadrón volante, por aquella parte que creyó menos incómoda para el tránsito de su gente, y después de muchas molestias pudo arribar á una provincia llamada Coca, algo más poblada que la antecedente y más socorrida de mantenimientos. Salió luego el cacique de ella á recibirle de paz, y agasajó con víveres á los españoles, que recibieron con mucho agradecimiento los socorros que les ofrecían los indios. Pasaba por la provincia un río que se creyó por entonces ser uno de los principales que descargan en el Marañón. Pero si era el río Coca, como parece por el nombre de la provincia, éste desagua primero en el río Napo, é incorporado con él por muchas leguas, se junta finalmente con el Marañón. Detúvose D. Gonzalo en este paraje por dos meses descansando del camino, y dando lugar á que el ejército que le venía siguiendo por el rastro, y no había podido caminar con tanta priesa, arribase al mismo sitio.

Juntos ya todos en la provincia de Coca y tomado algún aliento de las fatigas pasadas, continuaron su viaje por las riberas del río, sin tanto afán y trabajo como habían experimentado en los bosques y montañas que dejaban atrás, pero sin encontrar vado ni hallar puente para pasar al otro lado, como deseaban. De esta manera caminaron por una de las orillas del río como cincuenta leguas, cuando empezaron á oir un ruído sordo como á alguna distancia, el cual se dejaba sentir con más viveza mientras más andaban. Pareciöles, desde luego, y se iban confirmando en el mismo pensamiento, que un tan continuado estruendo sólo le podía causar alguna grande cascada, en que el golpe de las aguas del río se precipitase desde alguna altura sobre tajados peñascos. No se engañaron en la conjetura, porque, como á seis leguas del sitio en donde comenzaron á percibir el ruido, vieron que las aguas, precipitándose de un peñón de más de doscientas brazas, causaban un estruendo inexplicable, admirándose todos de cosa tan extraña y prodigiosa. No quedaron menos sorprendidos, cuando, vencidas otras cuarenta leguas en seguimiento del río, observaron que todo el golpe inmenso de aguas se estrechaba entre dos peñas, y se reducía á un tan angosto canal, que de una á la otra banda sólo habría como veinte pies, sobreponiéndose tanto á las aguas los empinados peñones que desde su cima á la corriente creyeron contarse á poco más ó menos otras doscientas brazas.

CAPÍTULO IV

FORMA PIZARRO UN PUENTE Y HACE UN BERGANTÍN CON QUE EL CAPITÁN ORELLANA SE VIENE Á ESPAÑA DEJANDO Á LOS ESPAÑOLES EN GRANDE NECESIDAD.

Considerando Pizarro y los demás capitanes la estrechura del sitio por donde, haciendo un puente, podría pasar la gente al otro lado, como mucho deseaba, se dispusieron luego á formarle y á poner manos á la obra. No faltaban de la otra parte del río algunos indios que, prevenidos con sus armas, querían impedir el paso á los nuestros, pero huyeron al punto asombrados del ruido de los arcabuces, y mucho más cuando notaron el estrago que hicieron desde lejos en algún otro, y, pregonando por sus montes que venía una gente feroz é invencible, cuyas armas eran truenos, relámpagos y rayos, intimidaron á los demás sin atreverse á parecer ninguno á tiro de los nuestros. Por tanto, libres del embarazo de los indios, pudieron los españoles atender sin recelo á la formación del puente. No era poca la dificultad de asentar la primera viga en una y otra parte, porque siendo tan prodigiosa la altura, con sólo mirar á la profundidad del río, se desvanecían las cabezas. Dícese que un soldado más curioso ó temerario que los demás, en observar con mucha atención la distancia desde lo alto, pagó con lástima de los presentes, el atrevimiento ó descuido, cayendo, por faltarle la cabeza, en el torrente impetuoso de las aguas, sin parecer más ni vivo ni muerto. Sirvió la desgracia de aviso á los del más, para que anduviesen más recatados ó no fuesen tan curiosos en medio de los trabajos. Vencida la primera dificultad de colocar una larga viga, se facilitó el modo de asentar las demás, hasta formar un puente mediano, por donde pasaron con seguridad las personas y caballos, con las otras cargas que llevaban, dejando armado el puente para volver por él si fuese necesario.

Puesto el ejército de la otra parte del río, emprendió su viaje por aquella banda, no sin fatiga, por las montañas ásperas y cerradas que se iban abriendo con las hachas y otros instrumentos, como lo habían hecho en mucha parte del camino pasado. Y sin interrumpir una ocupación tan molesta, llegó finalmente la tropa á una tierra que se llamaba Guima, tan pobre, estéril y desdichada, que ni parecían habitadores, ni se hallaban frutos de que alimentarse. Es verdad que á los principios avistaron algunos indios; pero vistos los españoles, y que venían caminando con tanto equipaje, de tal suerte se hundieron en lo más cerrado de los bosques, que no volvieron á parecer, por más que los nuestros, obligados de la necesidad y miseria, los buscaban. Huían los indios por miedo de los españoles, deseando conservar su vida, y los nuestros andaban en su busca por conservar la propia. Unos y otros pretendían el mismo fin, aunque

por caminos contrarios. Era preciso entretener la vida con hierbas, raíces silvestres y renuevos tiernos de los árboles, pues no se presentaba otro medio para evitar la muerte. Y con ser grande este trabajo, no era la única miseria que los molestaba; porque, continuando los aguaceros que ya antes habían comenzado, y no teniendo chozas, ni cubiertas que les defendiesen de un enemigo tan importuno, traían siempre los vestidos mojados; de donde nació, que cediendo ya la naturaleza, áun de los más fuertes, á tanto trabajo, no sólo enfermaron y murieron muchos indios, pero aun varios de los españoles tuvieron la misma suerte. No cayeron por eso de ánimo los demás, antes rompiendo por dificultades, dándoles fuerzas la necesidad misma, avanzaron muchas leguas hasta tomar por buena dicha cierto país en que encontrasen gente de alguna policía. Comían estos indios pan de maiz, vestían ropa de algodón, y tenían sus casitas formadas para defenderse de las lluvias y malos temporales: ya sea porque hubiesen vivido en otro tiempo en tierras más pobladas, ó ya sea porque fuesen algunas reliquias de los soldados retirados del Inca, los cuales llegaron á vivir en otro tiempo de un modo muy diferente de los otros salvajes que habían encontrado en el camino.

En este lugar como el más oportuno y ventajoso que hasta entonces se había descubierto, mandó hacer alto D. Gonzalo, y enviando corredores por todas partes, quiso hacerse cargo de las tierras, explorar los sitios y registrar los montes colaterales, esperando hallar algún camino abierto para proseguir adelante con menos fatiga, y para no verse en la necesidad de alimentarse de raíces y renuevos. Al poco tiempo volvieron los exploradores con la misma respuesta, diciendo todos, que el contorno era uno mismo, montaña espesa y cerrada, llena de lagunas y pantanos sin que se descubriese salida á parte alguna, y sin que se pudiesen vadear muchos de los lagos. Efecto, sin duda, ocasionado de las muchas lluvias en tierras tan cerradas por la espesura de los árboles, que ni el aire ni el sol pueden jamás penetrar hasta el suelo y enjugarlas.

En tan triste situación, dieron en el pensamiento de fabricar un bergantín para pasar adelante, logrando por este medio atravesar el río, que ya tenía en este pasaje dos leguas de ancho, y hacer su camino por la orilla que pareciese más abierta y despejada. No es fácil decir con palabras las dificultades que se ofrecían en la ejecución del proyecto. Pero como la necesidad todo lo vence, y no hay arte peregrino á su talento, habilidad y eficacia, empezaron á poner manos á la obra. Asentaron en primer lugar la fragua para la formación de la herramienta y se ensayaban en hacer carbón; pero en este trabajo adelantaban bien poco, por estar la leña muy verde y resistir mucho al fuego; hasta que levantando unos cobertizos que defendían los trabajos de las aguas y á las personas de los ardores del sol, fueron amañándose más que medianamente, y saliendo con lo que pretendían, hicieron la clavazón del navío del hierro que llevaban, aprovechándose también de las herraduras de los caballos que habían muerto, y de otros que mataban de propósito para dar alguna

substancia á los enfermos. Otros cortaban maderas y las pulían y ajustaban según las medidas que se habían propuesto para el buque de la embarcación. Pizarro, como tan gran soldado, echaba mano á los oficios más bajos y trabajosos, animando á todos con su ejemplo y siendo el primero en desbastar leña, hacer carbón, y trabajar en la fragua. Viendo los demás al capitán que no excusaba trabajo, se aplicaban con empeño á la formación del bergantín, en que tenían puesta su esperanza. Con aplicación tan continua llegaron á fabricar en poco tiempo una embarcación razonable, sirviéndole de brea la mucha resina que encontraron en los árboles, y de estopa las mantas y camisas medio podridas de la humedad. Echáronle al agua con grandísimo regocijo, dando ya por acabados sus trabajos. Tanta era la confianza que tenían en su bergantín. Pero se engañaron de todo en todo, y lejos de poner fin á sus trabajos, cayeron en una nueva serie de mayores disgustos y apreturas.

Dió orden D. Gonzalo de que se acomodase en el bergantín toda la carga y se embarcasen los enfermos, para que fuesen por el río todos los impedimentos, mientras los sanos, sin perder de vista la embarcación, podían caminar sin embarazo por las orillas del río. Ejecutóse el orden puntualmente y pusieron en el navío todo el oro, que arribaría como á 100.000 pesos, gran cantidad de esmeraldas escogidas, y algunas otras cosas de precio y estimación, lo cual iba al cuidado de los enfermos y de algunos pocos sanos que debían gobernar el navío. Estando todo á punto, se dió la señal para salir de aquel sitio, que les parecía estar distante de la ciudad de Quito como 200 leguas, y empezaron á caminar con una molestia grande, que no se les había ofrecido hasta que la palparon. Porque mientras los de tierra iban abriendo camino con sus hachas, los del navío, no pudiendo resistir á las corrientes que arrastraban la embarcación, trabajaban, sudaban y forcejeaban por mantenerse á la vista de los compañeros, y era una faena insoportable la de contener el navío, no logrando, por otra parte, sino el hacer jornadas muy cortas. Por la noche hacían rancho todos juntos, asegurando el navío con maromas muy fuertes. Cuando una orilla del río no permitía por su fragosidad el paso á los de tierra, pasaban en el bergantín á la otra, y siendo tan ancho el río, empleaban dos y tres días en el pasaje, sin que bastaran para la ejecución más pronta cuatro canoas que llevaban de reserva y de que se aprovechaban en la ocasión. De esta manera fueron siguiendo el río por más de dos meses, padeciendo hambres, miserias y necesidades, que juntas con la continuación del mal camino, sin mejorar de sitio, en algún tiempo eran sobradas para hacer caer de ánimo á los más valientes.

Pero se alentaron con las nuevas que aquí les dieron ciertos indios que encontraron, los cuales, por señas ó por alguna otra palabra que se entendía, les significaban cómo, á diez jornadas del paraje en que se hallaban, había una muy buena tierra, bien poblada y abundante de comida, rica de oro, y abastecida de cuantas cosas podían buscar, pedir y desear. Daban por indicios de tan dichosa tierra la junta de otro gran

río, que se unía con el que iban siguiendo. Con esta noticia se les abrieron os cielos. Tan afligidos estaban los ánimos del trabajo, y tan consumidos los cuerpos de la hambre, que luego creyeron lo que mucho deseaban. Resolvió Pizarro que se adelantase el bergantín hasta la junta de los dos ríos y que, dejado allí todo el fardaje, cargase de bastimentos y volviese río arriba para socorrer á la gente que perecía de hambre y de miseria: pues, fuera de los muchos indios, iban ya faltando algunos españoles, al rigor de este enemigo tan cruel. Nombró por capitán de la jornada á uno de los principales soldados, llamado Francisco Orellana, y le dió otros cincuenta para prevenir á lo que pudiese suceder en el camino. En solos tres días, sin velas, ni remos, con sólo dejarse llevar de las corrientes, llegó á descubrir Orellana la junta de los dos ríos, y halló haber caminado ochenta leguas en tan corto tiempo, lo cual le pareció más extraordinario, por estar hecho en pequeñas jornadas.

En este pasaje no encontraron los navegantes ni poblaciones ni bastimentos, como habían creído, lo que dió ocasión á la desobediencia del capitán. Veía, por una parte, que no podía caminar en muchos meses ó deshacer el camino contra las corrientes impetuosas que no se hallaba en estado de vencer. Consideraba, por otra, que el esperar en aquel sitio á D. Gonzalo y su ejército era sin provecho de unos y otros, pues no se mejoraba de sitio sino se empeoraba. Dando y tomando sobre estos pensamientos, se resolvió sin consultarlo con nadie á soltar vela y seguir su viaje, creyendo hacer algún descubrimiento notable y áun acaso arribar á España, en donde se apreciarían sus observaciones y sería agradecido su valor y coraje. Encubría este último pensamiento con cuidado, y sólo declaraba que era conveniente, en las circunstancias, proseguir adelante. No dejaron de entender lo que tenía oculto en el pecho sus mismos compañeros, que se le opusieron con gran fuerza, sospechando de mala intención y amonestándole que no excediese las órdenes de su legítimo capitán, ni desamparase en tanta necesidad al ejército, quitándole el bergantín, único socorro de tanta gente afligida. Instábale mucho, entre otros, un religioso llamado fray Gaspar de Carvajal, que iba en la comitiva, á que no pasase adelante; pero le apretaba más un caballero de Badajoz, por nombre Hernán Sánchez de Vargas, el cual hubiera venido á las manos con Orellana, si éste por entonces no hubiera blandeado con palabras solapadas. Mas al fin, ganando á unos con palabras, animando á otros con promesas, no haciendo caso del religioso y arrojando por fuerza del navío al caballero Vargas, dejándole aislado en aquellas montañas, prosiguió su navegación Orellana, habiendo renunciado los poderes de Pizarro, por no hacer cosa como súbdito suyo.

Descubierta á todos su intención, se hizo elegir de los soldados por capitán de su majestad. Hazaña ó facción que hicieron otros en semejantes conquistas, y que no será la última que repetirá la ambición humana. Navegando ya Orellana en calidad de capitán, que no reconocía órdenes

superiores, tuvo varias refriegas con indios que salieron á las riberas, y una bien reñida con mujeres que, armadas de arcos y flecha, tiraban á cortarle el paso. Llamáronlas Amazonas, para engrandecer la jornada. Al fin, después de muchos trabajos y desastres, con peligro de perecer todos en tan larga navegación, vinieron á pasar los exploradores por un ramo del río principal á la isla de la Trinidad, 200 leguas distante de la boca mayor del río Marañón. En esta isla pudo comprar Orellana con el dinero que llevaba, un navío, con que se enderezó y llegó con felicidad á España. Aquí lo dejaremos contando sus aventuras y haciendo sus pretensiones, mientras volvemos á Pizarro, que con sus españoles é indios queda ochenta leguas más atrás de la junta de los ríos, en donde sucedió la memorable facción del capitán Orellana.

CAPITULO V

Sigue don Gonzalo su viaje cada vez más desgraciado, y por no acceder con el ejército, vuelve á Quito, á donde llegan muy pocos con la vida.

Detúvose Pizarro por algún tiempo en el lugar desde donde había partido el bergantín para traer el socorro de que tanto necesitaba el ejército. Pero como en las necesidades y apreturas los días se hacen semanas y las semanas meses, determinó el capitán pasar adelante como pudiese, no dejando de extrañar la tardanza de Orellana, mas creyendo de buena fe que las corrientes le retardaban la vuelta. Mandó hacer diez ó doce canoas y aun otras embarcaciones menores y en ellas pasaban de una parte del río á la otra, para evitar las peñas que impedían el paso. Hacíase el camino parte por agua y parte por tierra, y la esperanza del socorro de que no dudaban les aligeraba las molestias, en especial la del hambre. Pero como el viaje era largo y no les venía el esperado socorro, se iba rindiendo la gente á la necesidad, y murieron varios de miseria y desfallecimiento.

Al cabo de dos meses de penalidades dieron vista á la junta de los dos ríos y tomaron aliento, persuadidos á que allí los esperaba el bergantín con bastimentos, y que por las corrientes del río no les había podido socorrer. Pero cuál sería su asombro, cuando, reconocida la junta de los ríos, examinados los recodos y registradas todas las vueltas y ensenadas de las aguas, lejos de descubrir navío ó bergantín, ni parecía gente ni se veían señales de lo que pensaban encontrar. Pasó el asombro á indignación, cuando, topando con el hidalgo Hernán Sánchez, que había sufrido el hambre por tanto tiempo sustentándose de raíces, supieron de su boca la resolución de Orellana, su descortesía con el religioso, y la venganza cruel que había usado con él por haberse opuesto á su temeridad. Bramaba de cólera el ejército y levantaba los alaridos hasta el cielo. ¡Oh,

cruel Orellana!, decía, ¿cómo has tenido atrevimiento para tan enorme atentado? ¿cómo has sido tan ingrato á quien de ti tanto se fiaba? ¿no veías, inhumano, nuestra necesidad extrema? si no tenías respeto á Dios, ni te movía el deber para con tu capitán, miraras siquiera á tantos españoles amigos tuyos, y á tantos pobres indios que perecen sin remedio por tu causa». Pizarro, más sobre sí que los demás españoles, aunque experimentaba, muy á costa suya, lo mal que le había salido la confianza que había hecho de Orellana, pero como hombre de corazón en los peligros, y de constancia en los mayores contrastes, procuró consolar y animar á la gente, que estaba á punto de desesperar por la grande pena y dolor vivo de verse burlado de quien menos lo esperaba. Decíales que á medida de los trabajos y desgracias crecía el nombre y fama de los grandes varones; que era de corazones viles y apocados caer de ánimo en los peligros y dejarse arrastrar de la cobardía en las adversidades; que antes debían tenerse por dichosos, como escogidos de la Providencia, para la conquista de un Nuevo Mundo, y que siendo ésta una empresa tan grande, era preciso que hubiese dificultades.

Animada la gente con estas palabras, y mucho más con el ejemplo de su capitán que tanto coraje mostraba, prosiguió el viaje, siguiendo con dificultad el río, por tener que pasar frecuentemente del uno al otro lado. Y era cosa molesta, y no poco peligrosa, el haber de pasar en tan débiles embarcaciones, no sólo los españoles y los indios, que todavía eran muchos, pero áun los caballos, que serían entonces como unos ochenta. De esta manera anduvieron otras 100 leguas, siempre por tierras estériles y desdichadas, sin encontrar gentes ni mejorar de fortuna. Todos llegaron á persuadirse que la jornada iba de mal en peor, y que el insistir en el viaje era caminar á la muerte y acercarse á ella á toda priesa. Conociendo esto Pizarro, por el semblante caído de los soldados y por las palabras que con el dolor se les escapaban, juntó consejo de guerra para resolver con los demás capitanes el partido que se debía tomar. Todos fueron de parecer, que por no acabar con el ejército, convenía volver á Quito, si la vuelta no era del todo imposible, por estar ya distantes de aquella ciudad más de 400 leguas. En realidad, no había menor peligro en volver atrás, que en proseguir adelante. Porque, ¿cómo habían de vencer las corrientes del río las barcas y canoas? Por otra parte, no estaban en circunstancias de poder fabricar embarcaciones más fuertes, cuando tuviesen esperanza de subir con ellas contra el ímpetu de las aguas. Sólo restaba el arbitrio de buscar rumbo por tierra, abriendo sendas y caminos por bosques y montañas. Pero áun esto, ¿cómo se podría ejecutar por tan largo trecho?

Como no podían detenerse mucho tiempo en el sitio en que se hallaban, tomaron, finalmente, el último partido, que sólo se les representaba posible, y comenzaron á caminar por la banda del Septentrión, en donde echaron de ver que no se descubrían tantos pantanos y lagunas. Iban atravesando montañas, rompiendo árboles, cortando malezas y cami-

nando con la mayor priesa que podían por no perecer todos á manos del mayor enemigo, que fué siempre un hambre rabiosa. Al principio de este viaje, los indios, que serían todavía dos mil, se dieron muy buena maña en buscar algún alimento, trayendo hierbas, raíces, frutas silvestres, sapos, culebras y otras sabandijas, que nada se despreciaba, y todo hacía, como dicen, buen estómago. De esta manera, aunque exhaustos y consumidos se daban buena diligencia en caminar. Pero picando las enfermedades á pocas jornadas, era mucho mayor el trabajo, y tan grande la miseria, que llevaban á cuestas los enfermos por los lodazales, y ninguno se excusaba de esta obra de caridad, porque D. Gonzalo era el primero en cargar con ellos. Era muy largo el trecho antes de subir á Quito, y los trabajos iban subiendo de punto, porque faltando los indios que iban cayendo á cada paso, y no hallando ya raíces ni frutas silvestres, mataron los lebreles y alanos que llevaban, y poco después los caballos hasta acabar con todas las bestias, y estuvieron, como dice Gomara, para comer á uso de los bárbaros las carnes de los que iban muriendo. En tanta necesidad y apretura en que ya unos no podían socorrer á los otros, aquí dejaban tres expirando, allí cuatro, sin detenerse los demás, por escapar con la vida, y no perecer todos. En suma, cuando llegaron á tierras abiertas habían ya muerto los cuatro mil indios y sólo venían unos ochenta españoles, desnudos desde el menor hasta el mayor, mojados, descoyuntados y desollados de las zarzas y espinos del camino. En este sitio hallaron alguna caza de aves y animales que mataron con las ballestas que conservaban, y haciendo algunos de sus cueros cierta especie de calzoncillos para la decencia, prosiguieron su camino con mucho esfuerzo por el alimento que encontraban.

Luego que reconocieron los términos de Quito, besaron todos la tierra y dieron á Dios Nuestro Señor mil gracias de que los había sacado á salvo de tantos peligros y trabajos. Ofrecíanles comida en abundancia los indios pacíficos, pero unos se contenían de propósito y se iban con mucho tiento en el comer por temor de repleción, y otros, aunque querían satisfacer el hambre, no podían del todo conseguirlo porque, hecho el estómago por tanto tiempo á tan riguroso ayuno, no podía retener el alimento. No lejos de la ciudad de Quito, dieron aviso de su llegada y de la desnudez y estado miserable en que venían, pidiendo algún socorro, particularmente de vestidos para entrar con alguna decencia. Estaba á la sazón la ciudad bien despoblada de españoles por las guerras que se habían levantado entre los nuestros en el tiempo de las jornadas, y por haber acudido en gran número los vecinos de Quito con los caballos que tenían. Pero los pocos ciudadanos que quedaron enviaron el socorro que pudieron de ropa y de camisas, con abundancia de víveres y doce caballos, excusándose de no enviar más número de bestias por estar ocupadas en la guerra. Señalaron también doce vecinos que saliesen á recibir al gobernador y demás españoles, y les introdujesen en la ciudad, con un acompañamiento decoroso.

Cuando llegaron los diputados á la vista de los conquistadores, quedaron éstos llenos de asombro, viendo unos hombres tan negros, secos, flacos y desollados y más desnudos que los mismos bárbaros, sin más insignia que unas espadillas sin vaina y cubierta de herrumbre. No conocían á sus amigos y parientes en estado tan miserable, que era capaz de mover á compasión á las mismas piedras, cuanto más á sus allegados y conocidos. Después de un breve rato en que la admiración y asombro no les permitía acción alguna, comenzaron sin hablar palabra á deshacerse en lágrimas, viendo á sus amigos en carnes, sin talle ni figura de soldados, más antes cadáveres que hombres vivos. Al fin se avalanzaron á ellos con tiernos y lastimosos abrazos, en que no se oía otra cosa que suspiros y sollozos, señales del grande dolor y sentimiento que les causaba una vista tan horrorosa y no esperada. D. Gonzalo, habiendo dado lugar á que se desahogasen sus amigos, agradeció el socorro que traían y gustaron todos del pan, como fruta nueva, y de los demás regalos. En cuanto á los vestidos, ni Pizarro ni otro alguno, quiso ponérselos, puesto que no alcanzaba la ropa para todos. Tampoco quisieron subir á caballo, por más que les instaban los vecinos de Quito, que viendo uniformidad tan hermanable, ellos mismos llevados de la compasión y queriendo tener alguna parte en el padecer con sus amigos, determinaron acompañarlos en su desnudez, y quitándose los vestidos, quedaron en calzoncillos para entrar á pie y desnudos, como los demás, en señal de dolor y sentimiento. Agradeció mucho esta demostración de sus embajadores la ciudad de Quito, que toda ella salió á las puertas á recibir á su gobernador y compañeros, acogiéndoles con la mayor ternura y solemnidad que pudo, siendo las lágrimas y gemidos de ver un espectáculo tan compasivo, los músicos que festejaron la entrada. Hízose ésta á principios de Junio de 1542, después de haber gastado en la desgraciada jornada dos años y medio, pues, como dijimos, fué la salida por Navidad de 1539.

CAPITULO VI

DE OTRAS ENTRADAS QUE SE INTENTARON SIN FRUTO EN EL RÍO MARAÑÓN

De la infeliz jornada de Pizarro quedaron tan escarmentados los quiteños, que no pensaron en repetir experiencias, habiendo probado tan mal la primera en que habían perecido todos los indios y la mayor parte de los españoles, de los cuales á unos consumió el hambre, á otros acabó lo fragoso de los caminos, y una buena parte llevó consigo el traidor Orellana. No había por entonces otra esperanza del entero descubrimiento del Marañón y de su conquista, que la que tenían algunos puesta en aquel soldado fugitivo; el cual, llegando á España y enderezándose á la corte, comenzó á entablar sus pretensiones. Contaba grandes cosas de

su largo viaje, y cómo había navegado más de mil leguas por un caudaloso río, que no estaba muy distante de la ciudad de Quito, vencidas muchas dificultades de los indios guerreros, que se le habían opuesto en el camino. Ponderaba mucho que en la boca de otro grandísimo que desaguaba en el que venía siguiendo, no ya indios, sino unas mujeres varoniles con arcos, flechas y otras armas, le habían hecho cruda guerra y querido atajar el paso. Que él tenía para sí que eran amazonas valientes y una nación guerrera de hembras varoniles, continuada con otras muchas hasta lo más alto del río. Añadía, que eran grandes las riquezas, minas y tesoros que abrigaban en su seno aquellas extendidas tierras, y que no era razón dar de mano á cosas tan preciosas, cuando era fácil su conquista.

De esta manera hablaba Francisco Orellana, como testigo de vista, engrandeciendo su jornada, ponderando sus trabajos y dando á entender el mucho conocimiento que había adquirido en su viaje de las naciones que poblaban el río. Muchos daban crédito á las noticias de Orellana, porque los corazones humanos, después de un notable acontecimiento que les sale bien, se revisten de cierta grandeza y autoridad, se les oye con gusto y son creídos á ciegas. Pero los más cuerdos se iban con tiento en asentir á las grandezas que contaba. Finalmente, no le faltando brazos en la corte, á que ayudó la novedad que siempre llama, logró conseguir de Carlos V la facultad que pedía de conquistador de aquel río, con el título glorioso de conquista de las Amazonas; para acreditar con este renombre lo que decía haber visto con sus mismos ojos, y que no podía persuadir á muchos. Conseguida esta licencia, hizo muy buena provisión de bajeles, armas y gentes con que bien equipado, y armado con despachos de su Majestad Católica, salió en busca del río de las Amazonas y logró llegar felizmente hasta donde desagua en el mar del Brasil. Pero dispuso el Señor que su prevención parase en destrozo, las pretensiones en amarguras, y las esperanzas en desgracias; porque no pudiendo subir por el río, como pensaba, por ser grandes los bajeles que traía de España, se deshizo la expedición como la sal en el agua, no hallando los que le siguieron más que desgracias é infortunios que remataron en la muerte despechada de Orellana. Justo castigo del cielo, que cayese en los mismos trabajos y aflicciones que con su villanía causó á Pizarro y demás españoles, dejándolos sin arrimo, ni consuelo y sin poder subir por las corrientes del río. Con hecho tan infame sólo consiguió este soldado eternizar vanamentes un ombre en las aguas del Marañón, que llamó desde entonces Orellana, por haber navegado el primero, y de las Amazonas por las historias que contaba de aquellas valientes varonesas.

No fué ni más útil ni menos desgraciada la entrada que se intentó en el mismo río después de algunos años por la parte de Lima. Habían corrido por esta corte las primeras voces de Orellana, y hecho grande eco en los corazones de los españoles, deseosos de honra y de riquezas, las noticias de unas mujeres guerreras, y de las muchas minas de oro que se

hallaban en sus tierras. Como va creciendo la fama, según corre, y más de estas cosas que siempre se pintan mayores de lo que son, fueron tomando cuerpo las esperanzas lisonjeras de apoderarse de tantas riquezas, atribuyendo la desgracia de D. Gonzalo á la poca prevención y experiencia ,y el infortunio de Orellana á su poca advertencia y reflexión. Determinó el virrey del Perú enviar en el año de 1560 al general D. Pedro Orsúa, persona de mucho valor y prudencia, á la conquista de aquellas grandes provincias y al descubrimiento de los ricos minerales que se decía haber en los montes y orillas del río Marañón. No se negó á la empresa el capitán valeroso, que con toda la prevención necesaria entró con un lucido ejército por uno de los ríos principales que por la parte de Lima viene á parar y sepultarse en el Marañón. No era poco haber dado en el pensamiento de caminar por ríos y traer las embarcaciones necesarias, que por no habérsele ofrecido á Pizarro perdió el ejército, y la experiencia lo mostró con el tiempo que no hay otros caminos en aquellas tierras, sino el canal de las aguas. Pero ¿qué pueden las providencias de los hombres, cuando la del cielo es contraria? Apenas llegó Orsúa á ver las aguas del Marañón que buscaba, cuando fué muerto á traición de Lope de Aguirre, que desde esta infame alevosía se alzó con el nombre de tirano, y se le pegó tan bien, que nunca le nombran los autores sin hacerle la honra de apellidarle tirano. Desembarazado de Orsúa se alzó con las embarcaciones y se hizo nombrar por general de los soldados, queriendo temerario reinar, aunque fuese entre montes, y gozar de las muchas riquezas que se prometía conseguir sin dificultad alguna. Prosiguió su viaje por el río, tratándose como señor absoluto y soberano independiente de los soldados que llevaba consigo. Pero queriendo Dios humillar tanta soberbia y abatir su terca altanería, no permitió que acertase con el canal principal del río, ni que pudiese registrarle hasta su boca en el Océano, antes confundido con los muchos brazos y ramas vino á parar por una de ellas cerca de la isla de la Trinidad, sin encontrar oro ni plata y sin topar con las riquezas que se prometía.

En esta isla tuvo tan mala fortuna como merecía su atrevimiento, porque levantándose contra él los soldados, se retiró con algunos por la costa de tierra firme á una provincia, llamada Venezuela, en donde finalmente fué vencido y muerto por orden de su Majestad, verificando con su desastrado fin, que quien á hierro mata, á hierro suele morir. No dejó de alcanzar parte del castigo del cielo á los soldados que le siguieron en la culpa, porque padecieron tales desdichas, confusiones y trabajos, así al bajar en su compañía como al subir después hacia el Perú, que por las muchas miserias, enredos y marañas en que se vieron dando vueltas por el río, sin acertar á pasar adelante, quieren algunos que el río se llamase Marañón. Aunque parece muy creíble, que se le pusiese aquel nombre por las muchas vueltas y revueltas que hace entre varias islas y montes, y por los frecuentes brazos, saltos y despeños que forman un confuso y enmarañado laberinto de aguas y corrientes. El P. José Acosta, investi-

gador exacto de las cosas de la América, dice que averiguó cómo algunos de los soldados que se retiraron con Aguirre, se vieron precisados, para salir al Perú, á pasar por el canal del Pongo (de que hablaremos después) contra las rapidísimas corrientes, y que no pudiendo vencer este violento remolino de aguas, subieron trepando por las peñas, clavando las dagas y asiéndose fuertemente de raíces con un afán terrible y peligro grandísimo de perecer. Desde este tiempo no pensaron los españoles en nuevas conquistas ruidosas y con armas, ó por parecerles difíciles, ó por tenerlas por inútiles y sangrientas, como habían sido las de Pizarro, Orellana y Orsúa.

CAPITULO VII

FUNDAN LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA COLEGIO EN LA CIUDAD DE QUITO

No quería el Señor que se hiciese la conquista del gentilismo del río Marañón con el estruendo de las armas y por medio de soldados que miraban á sus particulares intereses, llevados de la codicia del oro y de las riquezas. Tenía reservada esta empresa á la virtud de la palabra divina, más penetrante que la espada de dos filos, manejada de unos pobres religiosos, que dando de mano á todo humano interés y con el fin puro de ganar almas al cielo, habían de plantar la fe y extender el reino de Jesucristo entre las muchas naciones de gentiles que fueron descubriendo, no sólo en aquel río principal, pero áun en otros muchos que en él desaguan. Y como no era tan difícil la entrada por la banda del Norte ó desde la parte de Quito, la divina Providencia fué disponiendo suavemente las cosas para que los PP. de la Compañía se estableciesen en esta ciudad.

Habiendo sabido S. Francisco de Borja, General de la Compañía, la mucha mies que se descubría en la América y los pocos operarios que se empleaban en echar la hoz en tan dilatado campo, abrasado del celo de la gloria de Dios y del bien espiritual de tantas almas necesitadas, envió muchos de sus hijos á varias partes de la América. Llegaron algunos á Lima, y fueron tan bien recibidos de sus vecinos, que en el año mismo de 1567 en que entraron, consiguieron fundar un colegio para bien y adelantamiento de todo el reino. Aplicáronse desde luego á reformar las costumbres de toda la ciudad, introduciendo la frecuencia de sacramentos, enseñando á la juventud y criándola en virtud y letras. Catequizaban á los indios, asistían á los pobres, visitaban hospitales, frecuentaban cárceles, repartiendo á todos el pan de la divina palabra. Aunque eran pocos en número, pero trabajaban por muchos, porque el celo de las almas les daba fuerzas para hallarse en todas partes y no negarse á ninguno que pidiese su ministerio.

No se podía ocultar á los vecinos de Quito el grande fruto que hacían en Lima los PP. de la Compañía, la mejora que habían introducido en las costumbres y las ventajas que experimentaban los limeños en la crianza y enseñanza de la juventud. Admirados de la singular aplicación de los jesuítas y mucho más de su natural despego y notable desinterés en tan penosos ministerios, pidieron y lograron llevar á su ciudad algunos de los PP. que habían venido de España á la capital del Perú. Hiciéronles en Quito, con licencia de su Majestad, una fundación pobre en realidad en aquellos principios, aunque con el tiempo fué su colegio bien cumplido y ricamente dotado. Corría, cuando entró la Compañía en aquella ciudad, el año de 1585, cincuenta y un años después que D. Sebastián Velalcázar había echado los primeros fundamentos. En este tiempo había crecido mucho el número de españoles, y aunque los indios tributarios y de su jurisdicción eran innumerables, por ser esta parte del mundo la más poblada, no hallo en particular hasta dónde llegase el número de ellos. Sólo encuentro, como indico en el capítulo 2.°, que al principio del siglo siguiente se contaban, en su jurisdicción, doscientos mil indios, y como á la mitad del siglo, treinta mil tributarios que vivían dentro de la ciudad. Mucho campo era éste para tan pocos obreros, pero se dieron tan buena maña á trabajar, y se ingeniaron de manera que correspondió el fruto, ó por mejor decir, excedió á las esperanzas que habían formado los ciudadanos.

Desde luego se aplicaron á enseñar la doctrina cristiana á los niños en las escuelas, y á los indios en las iglesias. Eran continuas las pláticas y sermones y oían de confesión, con mucho agrado, á todo género de personas. Creyeron, y no se engañaron, que el medio más eficaz para reformar las costumbres, era el introducir la frecuencia de sacramentos, la asistencia á los templos y los ejercicios públicos de piedad y caridad cristiana, que á todos entrasen por los ojos. Para esto establecieron seis congregaciones, que todas miraban en sus estatutos y constituciones, á comulgar frecuentemente, á oir la divina palabra, y á ejercitarse en obras de caridad y misericordia con los pobres y necesitados. En ellas entraban toda clase de gentes que había en la ciudad. Porque una era de estudiantes, otra llamaban de seglares, la tercera era de mestizos, la cuarta de indios ladinos y morenos, la quinta era más universal y daba mucho más que hacer que las demás, porque entraba en ella todo género de indios, gente ruda y más necesitada de instrucción. Pero á todo atendían con mucha vigilancia aquellos primeros PP., viéndose precisados á predicar cada uno tres y cuatro veces al día á diversas personas, fuera de la tarea continua de sus confesiones, que eran muchas, habiendo de comulgar por estatuto cada uno de los congregantes á lo menos una vez al mes; y áun á los indios que no eran todavía capaces de llegarse á la sagrada comunión, se les iba disponiendo poco á poco, hasta ponerlos en estado de poder acercarse á este celestial convite.

Pero la congregación más ejemplar y señalada era la de los señores

sacerdotes, en la cual se ponía muy particular cuidado, por ser como la levadura que sazonaba la masa de todo el pueblo. Tenía sus reglas especiales y de mayor perfección, que todos observaban inviolablemente sin que se disimulase con ninguno por grado ó autoridad que tuviese. Era grande el miramiento en la elección de personas que debían admitirse en congregación tan respetable, en donde no se admitía sujeto alguno, sino por todos los votos de los congregantes. Ayudó mucho este gremio escogido de sacerdotes ejemplares con su modestia, gravedad y compostura á que las demás congregaciones creciesen en fervor y frecuentasen los ejercicios de comunión, de asistencia á los sermones y demás obras de piedad y misericordia. De esta manera, en pocos años mudó de semblante la ciuda de Quito, porque, quitados los escándalos, y desterradas las borracheras antiguas, era grande la compostura en las costumbres, el orden en las casas, la asistencia en los templos y sobre todo muy particular la frecuencia de sacramentos, de cuyas fuentes bebían las aguas de la gracia y de la salud espiritual de sus almas.

No eran menos notables los progresos que se fueron experimentando en las letras, porque, luego que pudieron los pocos PP. que habían entrado en Quito, abrieron escuelas de enseñanza pública para todo género de personas. Siendo ya once los sacerdotes que formaban el colegio, dos escolares y algunos coadjutores. Leía un sacerdote teología moral, bien necesaria en tiempos en que no eran muy antiguas las conquistas, y en que las gentes, atentas á sus particulares intereses y ganancias, suelen dar mucho lugar á la ignorancia. Otro, comenzó á leer un curso de filosofía para que los hijos, que iban allí naciendo de los españoles, aprendiesen los fundamentos para las ciencias más altas y sagradas. Y como los demás PP. estaban tan ocupados en sus ministerios de predicar y confesar y atender á tan numerosas congregaciones, señalaron por entonces á los dos escolares para que enseñasen en dos clases la gramática. Tomaron tan á pechos los maestros la enseñanza de la juventud, que pasando un P. por visitador al colegio de Quito en el año de 1595, tuvo grande consuelo al observar el aprovechamiento de la juventud en las letras, y celebra en su informe los estudios de Quito, por estas palabras: «Los es»tudios florecen en número y fervor, serán por todos ya ciento y ochenta »estudiantes y á una mano de buenas habilidades. Comenzóse un curso »de artes con cuarenta discípulos y se dió principio á la lección de teo»logía con una prelección muy docta y curiosa, á la cual asistió el señor »Obispo, Corregidor y todas la Religiones, y á todas satisfizo mucho. Pro»siguióse lo uno y lo otro con aprovechamiento de los estudiantes, con »muestras de él en conclusiones y actos, que en tierras tan nuevas pare»cen bien y despiertan el gusto y apetito de las letras, que por acá estaba »muy postrado.» Hasta aquí el P. visitador. Pero así las letras como la virtud tomaron nuevo aumento en aquella ciudad con la erección de un seminario ilustre, que fué como el caballo troyano, de donde salieron en todos los tiempos varones muy señalados para la Iglesia y república, y

muchos fervorosos operarios para la viña del río Marañón. El modo y causa de su fundación y el fruto que se experimentó desde luego, se contará en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII

FUNDACIÓN DEL ILUSTRE SEMINARIO DE SAN LUIS

Obra fué de grande servicio de Nuestro Señor para el bien del obispado, aumento de las sagradas Religiones, lustre y ornamento del reino de Quito, y un medio muy eficaz para extender la fe de Jesucristo en las tierras más retiradas, la fundación de un insigne seminario, dedicado á San Luis, que en el año de 1594 hizo en la ciudad de Quito su gran prelado el doctor D. Fray Luis López de Solís, religioso, que fué, de la esclarecida orden de San Agustín. Gozoso el celoso Pastor del mucho fruto que habían cogido en tan corto tiempo los Padres de la Compañía, de su gracia singular en criar la juventud y del modo tan desinteresado en ejercitar todo género de ministerios, puso los ojos en ellos, para que se encargasen de la dirección de un seminario que formaba, poniendo á su cuidado la enseñanza y educación de los más escogidos jóvenes de la provincia. Aunque eran pocos los de la Compañía, y se excusaba el rector de admitir aquella carga por no tener maestros y directores bastantes para satisfacer cumplidamente á la grande confianza que se hacía de la Religión, fueron tan eficaces las súplicas é instancias del señor Obispo, que hubo de ceder finalmente y tomar á su cargo el seminario, que de propósito se había fundado, calle en medio de nuestro colegio. Nombró luego rector de aquella juventud, y señaló los maestros y directores necesarios para el gobierno, que pensaba ser de mucha gloria de Dios, aunque de aquí nacía doblarse la carga á los demás sujetos que apenas podían resistir ya á tanto trabajo, como vimos en el capítulo antecedente.

La memoria de tan ilustre prelado y la grande confianza que hizo de la Compañía en encargarla su estimado seminario, en una ciudad en que había religiosos de su orden, está pidiendo el que mostremos nuestro agradecimiento á tanto aprecio y estimación, refiriendo, siquiera en este lugar, los motivos y causas que tuvo para entregar esta su obra, más antes á la dirección de la Compañía, que á la de otras sagradas Religiones. No las diría yo tan bien como las declara Su Ilustrísima en la cláusula de su erección por estas palabras en que descubre su celo y su prudencia y el deseo ardiente de la gloria de Dios.

«Para que esta obra, de la cual esperamos tanto servicio del Señor y »bien de nuestro obispado alcance su fin, es necesario que las personas »que la tuviesen á su cargo sean de mucho ejemplo y suficiencia en le- »tras, y tengan experiencia de cómo se ha de criar la juventud, por lo »cual acordamos, con parecer de esta Real Audiencia y del Cabildo de

»esta ciudad, que así nos lo pidieron, encargar este seminario á la Compa»ñía de Jesús, por concurrir en los Padres de ella las dichas calidades, si»guiendo en esto las pisadas de los Sumos Pontífices, los cuales han encar»gado á la dicha Compañía los principales seminarios que hay en toda la »Iglesia, que son los cuatro de Roma, el Seminario Romano, el Germánico »para Alemania, el Ánglico para ingleses, el Griego para griegos; y otros »muchos Prelados, señores y ciudades, han erigido y fundado colegios, y »los han encomendado á la dicha Compañía y últimamente las ciudades »de Sevilla, Lisboa y Valladolid, que los han fundado muy principales, »han encomendado la administración de ellos á la dicha Compañía de »Jesús: y la Sagrada Congregación de Eminentísimos Cardenales, en las »respuestas é interpretación del Concilio de Trento, tiene ordenado que »donde los de la Compañía pudiesen ser habidos, se les encarguen las lec»ciones y enseñanza de los dichos seminarios, por el gran fruto que se ha »cogido en la Iglesia y se coge de todos los que tiene á su cargo. Y así, or»denamos y mandamos, que mientras la Compañía de Jesús y Superiores »de ella nos quisieren hacer esta gracia á Nos, y á todo este Obispado, de »tener á su cargo el gobierno de dicho seminario, no se le quite, como está »capitulado. Y pedimos y rogamos á los dichos Superiores de la Compa»ñía por la Sangre de Cristo, y el amor que en Nos han conocido, no se »exoneren de él en tiempo alguno.»

Esta es la cláusula de la fundación y entrega que nos dejó este memorable prelado de la obra de su mayor estimación, escrita con palabras de tanto aprecio de la Compañía; y, lo que más importa, que no respiran otra cosa que la mayor gloria de Dios y celo del bien de las almas. Y aunque nos llena de confusión y vergüenza por los muchos elogios que contiene de la Compañía, no han sido parte tantas alabanzas para que el agradecimiento no las traslade. Quiera el Señor, como esperamos, haberla trasladado en el libro de la vida, en donde nada se borra ni acaba con el tiempo, ya que los de la Compañía no podamos corresponder bastantemente á tanto afecto, estimación y aprecio.

No contento este prudente prelado con haber fundado el seminario de San Luis, de tanta utilidad en la república eclesiástica y civil, obtuvo en el año siguiente de Su Majestad Católica, D. Felipe II, la aprobación y protección de esta obra y consiguió una Real Cédula, para que no se mudase ni alterase áun en Sede vacante en la más mínima parte su gobierno, sino que siempre se estuviese en todo á lo determinado por su fundador. Las razones que tuvo su Majestad para tomar bajo su amparo y protección el seminario, las esprime su Real Orden por estas palabras: «Por la mucha importancia de que es ese Colegio, demás de lo »que Nuestro Señor se servirá de que allí se críen y enseñen buenos su»jetos, que puedan ser de provecho en la predicación del Evangelio, edi»ficación de los españoles y enseñamiento de los naturales, por el bien »universal de la Religión, ornamento y ennoblecimiento de ella.» Motivos dignos de tan católico rey, y es de notar que pone en primer lugar *la*

predicación del Evangelio, que cumplieron tan abundantemente los alumnos de aquel colegio, como veremos en adelante; porque criados en virtud y letras, y transplantados muchos de ellos á la Compañía, hicieron prodigiosos descubrimientos, conversiones y reducciones, esparciendo la luz del Evangelio en las tierras más escondidas y apartadas del cristianismo, llevando sobre sus hombros el mayor peso y carga de las misiones de Mainas.

Pero no se ciñó el fruto y utilidad del seminario á la propagación de la fe entre los gentiles, antes logró esta grande obra todas las ventajas que se insinúan en la cédula de Su Majestad y que pretendía su fundador. Porque la catedral de Quito se mostró luego reconocida al beneficio de su buen Pastor, por los sujetos ilustres, alumnos del seminario que ocupaban sus prebendas y lograban sus canongías. Y lo que más es, apenas hubo curato á poco tiempo de ia fundación que no se diese á colegial de San Luis. Tanta era la satisfacción que se tenía de la crianza y educación de aquella juventud, que tan bien fundada en virtud y letras salió del colegio. ¿Qué diré de los bienes que recrecieron á la república civil de aquel dichoso establecimiento? Porque muchos siguieron las togas y las ilustraron, como es constante en aquel reino, por su pericia, desinterés y buen ejemplo. Las sagradas religiones para cuya subsistencia, honor y aumento parece que la Providencia había dispuesto aquella obra, lograron sujetos muy escogidos en letras, juicio, virtud y prudencia. «Si hubiera de decir los sujetos grandes del seminario de San Luis, dice el P. Manuel Rodríguez en el libro I de su *Historia del Marañón,* al capítulo VIII, las dignidades, los catedráticos y predicadores de que tengo noticia en los no conocidos, y experiencia de los que he comunicado, necesitara escribir no pequeño volumen.

No es de omitir otro fruto muy señalado que se extendió al nuevo reino de Granada, con la ocasión de haberse fundado en Quito el seminario de S. Luis. Porque como su fundación fué la época de las letras en el reino de Quito, y con el mucho trato y comunicación lo veían y admiraban y observaban los ciudadanos de Santa Fe, se resolvieron y obtuvieron el llevar jesuítas á su ciudad y fundar un seminario, que llamaron S. Bartolomé, por la misma norma y con las mismas reglas, instrucciones y oficios que el de S. Luis. Fué la fundación de mucha importancia y tan necesaria en aquellos tiempos de ignorancia, que no se puede encarecer con palabras; porque, cuando ya en Quito florecían las letras y se iban cultivando los ingenios de los criollos, estaban los de Santa Fe al cabo de ochenta años después de la conquista en una noche obscura sin entender siquiera latín, cuanto menos moral, teología ni otras facultades; tan arraígada estaba la ignorancia entre los clérigos, que se puede decir de ellos que á una mano no habían abierto el arte de la lengua latina: y para que ninguno piense ó se persuada que hay exageración en lo que escribimos, he aquí dos ejemplos bien sabidos en aquel reino de Granada que refiere en esta substancia el P. Rodríguez. Cuando se iban ya poniendo las co-

sas en policía y estaban ya establecidos los estudios, quiso el Sr. Presidente que fuesen llamados á examen ciertos opositores á un beneficio. Uno de los principales, admitido al examen, protestó desde luego abiertamente, que en el tiempo en que le habían ordenado, no se usaba estudiar, y que le habían dado las sagradas órdenes sin saber la lengua latina. Y así suplicaba, que si le querían hacer merced le diesen el beneficio, pues había tenído otros muy buenos. Si este caso no prueba la ignorancia del latín en los clérigos, el que se sigue da demasiado á entender una estupidez asombrosa, no digo en las materias morales, pero áun en los primeros principios de la doctrina cristiana. Un sacerdote que residía no muy lejos de Santa Fe, cura y vicario de españoles, que tenía otros párrocos sufragáneos, viendo que no cabía en el viril preparado para la procesión del Corpus, la Hostia consagrada, mandó traer unas tijeras y con ellas (cosa increíble entre cristianos) la cercenó hasta que pudo acomodarla. Estos horrores y crasísimas ignorancias nacidas de la falta de maestros, desaparecieron en poco tiempo, con la luz de la doctrina que esparcieron por todo el reino los nuevos directores, que de tal suerte entablaron el convicto de Santa Fe y criaron á sus alumnos, que no cedió en sujetos ilustres en virtud y literatura al de Quito, siendo los dos seminarios de S. Bartolomé y de S. Luis, como los dos polos de aquella parte tan considerable del Nuevo Mundo, en que después de una noche obscura de ignorancias y errores, amaneció un día claro de luces y verdades.

CAPÍTULO IX

REDUCE EL P. RAFAEL FERRER Á LOS INDIOS COFANES, BAJA HASTA EL RÍO MARAÑÓN. Y MUERE AHOGADO DE LOS BÁRBAROS EN OTRO RÍO CAUDALOSO.

Fundado ya el colegio de Quito, y entablados los ministerios en la ciudad y contornos, cuando esperaban los PP. lograr en su seminario sujetos que ayudasen á la conversión de las almas, se animaron á probar en la reducción de gentiles. Ha parecido poner en este lugar esta primera misión en tierras de los infieles, así para seguir el orden del tiempo, como porque en ella se descubrieron las naciones del río Marañón, y dió con el tiempo ocasión á una demarcación cumplida y exacta de este río. Muchas eran las naciones de gentiles de que había noticia en Quito, y que tenía ocultas el demonio en cerradas montañas, para que no entrase en ellas la luz del Evangelio. Entreo tras, era bien sabida la de los indios Cofanes, distante setenta leguas de Quito, y por los Quijos, Zumbos y Macas, ya reducidos, no se tenía por dificultoso el pasar y entrar en aquella bárbara nación, por no distar de los Zumbos, que eran los más apartados, sino doce leguas de camino. Sólo se entendía haber un impedimento no

pequeño, que era el atravesar un río caudaloso que venía á ser como la raya entre los Zumbos y Cofanes.

Digerida bien esta noticia, que cada día se iba confirmando, determinaron los superiores de la Compañía que entrasen algunos de ella á los indios Cofanes. Porque habiendo llegado la Compañía á la viña evangélica más tarde que las demás religiones, debía doblar en ella el trabajo para merecer igual jornal, y conseguir tanto premio como los primeros, rompiendo tierra nueva, disponiéndola y sembrándola para que llevase el fruto deseado. Ofrecióse luego á la entrada el P. Rafael Ferrer, valenciano de nación, que de la provincia de Aragón había pasado á Lima, y de Lima á la ciudad de Quito. Admitieron los superiores la oferta con mucho gusto por ser el P. Rafael respetado y venerado en toda la provincia, como un varón santo, y que parecía tener en sus misiones poder sobre el corazón de los oyentes. Era su celo ardiente, las palabras todas del cielo, y las cartas echaban rayos de amor de Dios. Estaba reciente el suceso memorable que acababa de pasar en Cali, del obispado de Popayán. Porque haciendo misión en esta ciudad en ocasión en que se hallaba bien necesitada por los muchos daños espirituales que la oprimían, envidioso el demonio del fruto que temía, dió en una invención suya, para divertir á los oyentes de la predicación fervorosa del misionero. Indujo á ciertos ciudadanos á que hiciesen una comedia profana en la iglesia, con el pretexto que algo se había de dar á la diversión y desahogo. Hizo lo que pudo el siervo de Dios, que conocía muy bien ser el demonio el autor de la comedia, por impedir acción tan disonante, especialmente en tiempo tan santo; mas nada pudo conseguir ni con ruegos ni con súplicas de los que prevenían aquella función profana; hasta que llegado el día en que se había de representar, cuando ya todo el pueblo estaba junto en la iglesia para oir la comedia, poco antes de comenzar, saltó de repente al tablado con Cristo en mano, y predicó con tanto fervor y espíritu contra aquel escándalo, que toda la expectación, alegría y regocijo paró en llanto, confusión y dolor de los pecados, volviéndose á su casa contritos y confusos, los que habían venido olvidados de sus culpas á gozar de la comedia, que no se hizo entonces, ni pensaron en hacerla después. Porque al día siguiente fueron tantas las confesiones y se vió tal mudanza en los corazones, que comenzaron á respirar en sus trabajos y á experimentar consuelo en sus necesidades. Duró por muchos años en aquella ciudad la memoria de este caso, y de él tuvo principio el grande aprecio que tienen en ella á los PP. de la Compañía.

Salió varón tan señalado, todo encendido en el amor de Dios y del celo de las almas, á la empresa que le encargaban de los Cofanes, en el año de 1602, deseoso de dar buen principio al siglo en su primer ensayo, y que otros siguiesen su ejemplo en la predicación de los gentiles. Proporcionó el tiempo á la entrada en aquellas tierras poco accesibles, á las cuales sólo se puede penetrar en algunos meses del año, con guías y gente que hagan puentes de palos en los muchos ríos que se pasan. Caminaba

el P. Rafael á pie por tierras ásperas y montuosas que no daban lugar á mulas ni á caballos. Su ordinaria comida era maíz; la cama, el duro suelo con una pobre manta. Escribía por el amor grande que tenía á la pobreza, en unos pequeños retazos de cartas viejas, cuanto iba observando á sus superiores. No llevaba consigo más libros que la Biblia y el breviario; y en tanta necesidad y falta de todo, entró tan gustoso y contento á los Cofanes, que rebosaba de alegría entre aquellos bárbaros; tan lejos estaba de temer los peligros de la vida que tenía jugada, rodeado de tantos gentiles, que no pensaba en otra cosa que en ganarles las voluntades, acomodándose á su modo de ellos, y en hacerles todo el bien que podía. Con estos medios, cuya práctica es más trabajosa de lo que parece á los que no lo han experimentado, se hizo dueño de los corazones de aquellos infieles. Comenzó á instruirlos en nuestra fe, dándoles noticia de un Dios, Creador de todas las cosas, que premia á los buenos con su felicidad eterna en el cielo, y que castiga á los malos, con fuego que tiene preparado en las entrañas de la tierra. El primer fruto de su apostolado fué bautizar muchos párvulos que le ofrecían sus padres, y por medio de ellos, tomó posesión de aquella tierra para Jesucristo. Finalmente, al cabo de año y medio, en que padeció grandes hambres, necesidades y peligros, logró con su tesón, aplicación y constancia, formar una reducción de indios cofanes, enseñándoles á vivir en población como racionales y con algún género de gobierno.

No estaba satisfecho el siervo de Dios con el fruto que un solo misionero podía coger en tierras tan dilatadas; volvió al colegio de Quito en busca de compañeros que le ayudasen á recoger tanta mies como se presentaba. Llevó consigo al P. Fernando Arnulfino, aunque el vice-provincial, en una carta, da á entender que en esta segunda entrada le siguió un sacerdote secular, y que Arnulfino le acompañó en la primera, sin poder volver con él en la segunda. Como quiera que fuese, los dos misioneros hicieron muchos progresos en la conversión de aquellos gentiles, obrando Dios grandes maravillas con ellos por medio del P. Rafael. Cayendo enfermo en los caminos en que andaba continuamente, y no pudiendo dar un paso, no por eso desistió de sus correrías, ni los indios le dejaron; antes, por el amor que le tenían, le llevaban en hombros por aquellas montañas. Llegó á registrar muchas naciones y descubrir las provincias que están hacia las juntas del río Napo y Marañón, en donde el pérfido Orellana negó la obediencia, como vimos en el capítulo IV, á su capitán legítimo D. Gonzalo Pizarro, y pudo después, volviendo á Quito, dar razón de las innumerables gentes que habitaban en aquellas riberas.

No podía menos el infierno de darse por sentido al ver las muchas almas que estaban ya libres de su cautiverio por la industria y predicación de este varón apostólico. Procuró por medio de los españoles mismos apartarle de aquellas tierras y cortar el hilo de su predicación. Conocía bien el P. Rafael que no estaba bien á los indios la entrada de los españoles de un presidio que no estaba muy distante, porque como á tan tier-

nos en la fe, les servían ciertamente, de escándalo los malos ejemplos de los cristianos viejos. Ya desde entonces preveía la ingeniosa caridad de este ministro de la gloria de Dios, lo que acreditó, con ruina de los recién convertidos, la experiencia. Por esta causa estorbaba cuanto podía la entrada de los soldados en los Cofanes. El demonio, que siempre está á la mira contra el género humano, y más en particular contra los predicadores celosos que le quitan de sus garras las almas que tiene por suyas, levantó con esta ocasión una horrorosa persecución contra el siervo de Dios. Dieron los españoles muchas quejas á Quito contra el proceder del Padre, y escribieron á su viceprovincial, que impedía la comunicación de los cristianos con los Cofanes, pintando, como suele inspirar el ardor de las pasiones, las cosas como querían y á su modo. Tanto hicieron y dijeron los del presidio, que se vió precisado el superior á llamar á Quito al padre misionero. Vino luego á la ciudad el celoso ministro, dió razón de su persona, expuso llana y sencillamente las providencias que tomaba para impedir el daño que temía, y satisfaciendo cumplidísimamente á cuanto se le oponía, hizo callar á sus contrarios. Siempre la virtud es respetada, y á su presencia suele calmar el tumulto de las pasiones que todo lo obscurecen: nada, finalmente, la virtud sobre la mentira y la razón se sobrepone al engaño.

Deshecha la tempestad, volvió con denodado fervor á su misión, dejando mejor entabladas las cosas para que no se diese oídos en adelante á sus perseguidores. Todos admiraban su tesón en proseguir con la reducción de los Cofanes, y le veneraban por hombre santo, viendo que llevaba sacrificada su vida en tantos peligros de agua y tierra y mucho más de los mismos gentiles que, aunque le querían comúnmente y estimaban, suelen á las veces encubrir con destreza sus corazones doblados, hasta que viendo la suya los descubren con traición y alevosía. Esperaban en el camino al P. Rafael algunos de sus indios, que habían venido á buscarle, para acompañarle en el viaje y ayudarle á pasar los ríos. Llegaron á uno bien caudaloso, y al pasar el soldado valeroso de Cristo, por una puente de palos, bien ajeno de lo que dos bárbaros habían pensado, trastornaron éstos, instigados del demonio, las vigas mal asentadas, y dieron con el siervo de Dios en lo profundo de las aguas. Los indios tiraron á escapar cuanto antes temiendo algún castigo, y ellos mismos contaron que estuvo algún tiempo sobre las aguas con las manos levantadas al cielo predicándoles su destrucción, como parece se cumplió; porque faltando este varón, no se llevó adelante la conversión de aquella nación, ó á lo menos, se interrumpió por muchos años. Su cuerpo no pareció jamás, y es creíble que fuese rodando hácia el Marañón, en donde entra aquel río, como para señalar á sus hermanos el sitio y lugar de sus sudores apostólicos.

Asi se vengó el demonio de quien le había hecho tanta guerra, y el Señor se lo permitió para mayor gloria de su fiel siervo, coronándole, como parece, con la gloria del martirio, por haberle quitado los bárbaros

la vida, en odio de nuestra santa fe que con tanto celo predicaba. Por esta causa, muchos hombres de grande circunspección y prudencia le tuvieron desde luego por mártir, y lo nombraron con el título respetable y glorioso de venerable, y no pensaron que era indigno de aquella singular gracia, el que por toda su vida no respiraba otra cosa en sus palabras, conversaciones y pasos, que fuego de amor de Dios y celo del bien de las almas. Sucedió su preciosa muerte, por el mes de Marzo, otros dicen de Junio, de 1611, después de haber empleado en la conversión de los Cofanes nueve años, pues hizo la primera entrada en aquellos gentiles, como apuntamos arriba, en el de 1602. El vicario de aquella provincia hizo en el año de 1620, información jurídica de las circunstancias de la muerte del venerable padre, pero de su resulta y de las demás acciones de este fervoroso ministro, no han llegado á nuestras manos otras noticias más individuales; y, perdidos los papeles, en que habría mucho que añadir á nuestra historia y á la general de la provincia de Quito, hemos recogido las pocas que hemos podido del P. Eusebio Nieremberg, en su tomo cuarto de «Varones Ilustres,» en donde refiere sumariamente los trabajos de nuestro misionero. Y áun el mismo P. Eusebio se reconoce deudor en parte de lo que dice, al licenciado D. Bernardo Montesinos, historiador diligentísimo, que peregrinó más de mil leguas, por averiguar de archivos y papeles originales, las cosas que escribe en la segunda parte de su «Ofir de España» ó «Anales Peruanos», en que se hace mención de algunos hombres señalados de la Compañía de Jesús. Yo sólo añado, en confirmación de la muerte gloriosa del venerable P. Rafael, que en el colegio de Quito estaba pintado predicando á los Cofanes desde las aguas en que le habían arrojado, con los brazos extendidos y levantados en alto. Prueba bastantemente clara de que cuando estaban frescas las noticias, se averiguó bien esta particular circunstancia de su muerte. Pues no hubieran pasado los PP. de aquel colegio á una demostración exterior tan visible, sino estuvieran muy ciertos de que la pintura se conformaba con el original.

CAPITULO X

DESCUBRIMIENTO CASUAL DE LA PROVINCIA DE LOS INDIOS MAINAS

Desde el año de 11, en que faltó el principal misionero de los Cofanes, se interrumpió el curso de la predicación de la fe por aquella provincia, rebelada la nación por el horrible atentado y enagenada á los españoles.

Pero como el Señor, por medio, al parecer, de casualidades y accidentes, dispone suave y eficazmente las cosas hasta conseguir con certidumbre su fin, dió traza y modo cómo se abriese otro camino al Marañón con un singular acontecimiento, cuando ya los jesuítas iban creciendo en número, y el seminario de San Luis daba jóvenes señalados en vir-

tud y bien fundados en letras. En el año 1616 en que se formó de los padres existentes en Quito, y en el nuevo reino de Granada, provincia separada de la del Perú, quiso el Señor mostrar la provincia de los primeros gentiles del Marañón, por donde había de comenzar aquella grande conquista. El caso sucedió de esta manera. Hicieron algunos indios varias muertes en la ciudad de Santiago de las Montañas, que pertenece á la provincia de Yaguarzongo; y temiendo el merecido castigo, se huyeron de la ciudad y retiraron tierra adentro, bien seguros, á su parecer, de no ser hallados.

No creyendo los españoles que se debía dejar sin castigo tan pernicioso ejemplo, salieron veinte soldados con veinte indios de confianza en busca de los fugitivos por el mes de Febrero del referido año. Armaron sus canoas, y siguiendo la corriente del río cercano á la ciudad, de unos en otros vinieron á descubrir unas rancherías de infieles. Alteráronse al principio los indios con la vista de los españoles, que en forma de armadilla bajaban ya por el río Marañón y acudieron á las armas; pero con las muestras de paz que les ofrecían los nuestros, y señales de amistad que pretendían, se sosegaron los gentiles y recibieron gustosos en sus casas á los soldados, acudiendo, como podían, á su regalo, y trayéndoles varias frutas de la provincia. Llamábanse los indios de esta provincia Mainas, y parece que tenían ya alguna noticia de los españoles. Viendo éstos tan buen natural en los Mainas y el deseo grande de agasajarlos, se detuvieron en sus casas por algunos días, y tratando con modo cariñoso y agradecido con los caciques y principales de la provincia, lograron que se entablaran paces entre la nación y la ciudad de Santiago.

Dado este primer paso, les propusieron las conveniencias y ventajas que tendrían si daban la obediencia á Su Majestad Católica. Vinieron en ello los indios, ofreciéndose de su voluntad á ser súbditos del rey católico, y áun prometieron volver con los nuestros hasta la ciudad para verla y conocer á sus amigos; tanto puede el trato cariñoso y la buena manera con los indios más salvajes.

En efecto: subieron con los españoles en sus canoas y los acompañaron en parte del viaje; pero como el indio es naturalmente tímido, no pasaron esta primera vez de los últimos términos de su provincia. Aquí se despidieron tiernamente y con mucho sentimiento de sus huéspedes, mostrando gran deseo de que volviesen á sus tierras y les trajesen padres, porque querían hacerse cristianos y aprender el camino del cielo, como lo habían hecho otros indios con la asistencia de los misioneros.

Esta fué la ocasión de que se valió Su Majestad para salvar las almas del Marañón, y este fué el principio de la Misión de los Mainas, debido, en parte, al buen modo de unos soldados españoles que, buscando indios fugitivos, los llevó la Providencia á una grande nación de gentiles, situados en lo más alto del río, desde donde era más fácil el bajar á la reducción de las demás naciones.

Llegaron los españoles á Santiago sin los indios que buscaban, pero lo

llenaron de alegría y de contento con la relación de su aventura y hallazgo. Contaban el buen recibimiento de los Mainas, su natural excelente, la paz establecida con ellos, el trato y comunicación que habían prometido, y, sobre todo, celebraban la buena voluntad con que se daban por vasallos del rey y los grandes deseos de hacerse cristianos. Corrió luego la voz del caso sucedido por las ciudades más cercanas, y llegando á oidos de D. Diego de Vaca y Vega, vecino de la ciudad de Loja, pensó en aprovecharse de tan buena noticia. Informóse muy á fondo de todo lo que había pasado con los soldados de Santiago, pensó mucho sobre las palabras que habían dado los Mainas, y averiguó muy en particular el camino por donde se había abierto la comunicación con los gentiles. Asegurado bien de todas las circunstancias del suceso, determinó acudir al virrey del Perú y capitular la conquista de la nación descubierta y de las demás que se continuaban por las riberas del río Marañón. Era D. Diego de Vaca caballero muy señalado entre los demás, de tan nobles pensamientos como acciones generosas. Había sido capitán de infantería en el presidio del Callao y servido mucho al rey católico en la conquista y pacificación de Santa Marta. No había mostrado menos valor y fidelidad al real servicio en la defensa de Panamá, invadida de los ingleses, y en otras varias conquistas de indios; pero con ser tantos los méritos de D. Diego, era el mayor de todos para con Dios y para que lo tomase por instrumento de una conquista más espiritual que temporal, su mucha piedad y católico celo de la extensión de nuestra santa fe en tan dilatada gentilidad; por lo cual era tenido de todos y respetado como hombre de singular juicio y prudencia, de valor extremado y de cristiandad nada inferior á las otras prendas de su persona.

Era virrey de Lima por los años de 1618 el príncipe de Esquilache D. Francisco de Borja, y habiéndose presentado D. Diego de Vaca, y pedido á su excelencia la conquista de los indios Mainas ya descubiertos, y el título de gobernador de los lugares que á su costa fuese fundando por aquella provincia; vistos por el virrey los señalados méritos, maduro proceder y celo conocido de un caballero tan ilustre, le concedió desde luego con ciertas capitulaciones que le propuso, todo cuanto pretendía y deseaba, entendiendo que no podía caer en sujeto más cabal el título de gobernador de los Mainas, y la facultad y licencia de establecer poblaciones en aquella provincia. Volviendo D. Diego á su patria tan bien despachado, pensó en las disposiciones necesarias para la fundación de una ciudad en la entrada misma del territorio de los indios Mainas. Pedían éstas algún tiempo, por ser necesario enlazar en la empresa algunos españoles que concurriesen á la formación de la ciudad y de los lugares en que se pensaba. Entre tanto, se cultivaba la comunicación y crecía el trato de los indios con los vecinos de Santiago, que los recibían en la ciudad con agasajo, y diciéndoles que podían venir á visitar á sus amigos cuando les pareciese; con lo cual se iban civilizando, aprendiendo los usos y costumbres de los españoles y entrando en algún género de policía.

CAPITULO XI

NOTABLE RESOLUCIÓN DE LA VENERABLE VIRGEN MARIANA DE JESÚS, DICHA COMUNMENTE LA AZUCENA DE QUITO, DE BAJAR POR SÍ MISMA Á PREDICAR Á LOS MAINAS.

Como la ciudad de Quito iba creciendo en grandeza, población y riquezas, llegando casi á competir con la capital de Lima no sólo en el buen orden y establecimientos políticos, sino también en las letras y en la religión y virtud, tuvo ya en estos tiempos una venerable virgen, llamada Mariana de Jesús, que con el glorioso título de lirio ó azucena de Quito, bien merecido por sus raros ejemplos y virtudes, ilustró á su patria, como había ilustrado á Lima la esclarecida virgen Rosa de Santa María. Es verdad que no ha subido hasta las aras el culto de Mariana, como subió el de Santa Rosa; pero tenemos muy fundadas esperanzas de que la veremos algún día colocada en el catálogo de las santas vírgenes, habiendo ya la santidad del Pontífice reinante Pío VI, declarado sus virtudes en grado heroico con decreto de 19 de Marzo de 1776. No podían ocultarse á la venerable virgen Mariana, que no pensaba noche y día en otra cosa que en las glorias de su esposo Jesucristo, las providencias y esfuerzos de los jesuítas sus directores para extender el nombre de Jesús entre los muchos gentiles que se iban descubriendo. No contenta con las oraciones, lágrimas y suspiros con que pedía al Señor continuamente que enviase operarios á su viña, se determinó por sí misma, siendo de solos doce años, partir al Marañón y predicar el Evangelio en aquellas partes, como allá Santa Teresa de Jesús, siendo niña, emprendió una resolución semejante.

El caso lo refiere de esta manera D. Juan del Castillo, canónigo de la catedral de Santiago de Chile, en el capítulo IV de la vida que escribió de esta esposa querida de Jesucristo, y dedicó al mencionado Pontífice Pío VI:

«Habiendo la santa virgen (por los años de 1630) oído hablar de las »misiones de las grandes islas del Japón, de la Morea y de otras partes »de la India, así oriental como occidental, se encendió en el celo de la »conversión de los gentiles, y en particular quedó profundamente herido »su corazón con las noticias de las extendidas provincias del Marañón, »dichas de los Mainas.

»Encendióse mucho más este su celo con ocasión de celebrar en el co»legio máximo de Quito las glorias de los tres mártires del Japón, de la »Compañía de Jesús, y haber oido el panegírico en que se contaban sus »trabajos, penas y persecuciones. Dando y tomando sobre estos pensa-

»mientos, se resolvió prontamente á tomar la más heroica resolución, »como allá la virgen Santa Teresa de Jesús. Llamó aparte dos parienti- »tas suyas, y otra su confidente que la imitaban en sus ejercicios y modo »de vida, y las declaró el pensamiento y resolución que había formado »de ir á predicar á los Mainas, no pudiendo sufrir por más tiempo que se »perdiesen eternamente tantas almas, y no lograsen el fruto de la reden- »ción de su Esposo. Que ya veía que el mundo la tendría por loca, y ca- »lificaría de necedad y simpleza esta su determinación; pero que á ella »le bastaba agradar en esto á su Esposo, que allá en el fondo de su alma »y corazón la pedía este sacrificio. Que así como las daba parte del ver- »dadero fin y motivo de su partida, así también les pedía que disimulasen »la noticia y no la fiasen á ninguno hasta tanto que hubiese puesto en »ejecución lo que pensaba.

«No sufrió el corazón de sus compañeras el apartarse de Mariana, á »quien se ofrecieron con generosa resolución en el empleo de misioneras »de Mainas. Determinaron la noche en que habían de salir; hicieron un »fagoto de poca ropa y pan para el camino, y Mariana, enviándolas á »recoger á la hora acostumbrada para disimular mejor la fuga de la »noche, recogió las llaves de la casa antes de irse á la cama, con la in- »tención de despertar á las compañeras, poco después de la media noche, »en cuyo tiempo se levantaba siempre á tener oración. Pero contento su »Esposo Jesucristo con el sacrificio verdadero de su querida esposa, dis- »puso que no despertase Mariana hasta bien salido el sol, y buscando »los de casa las llaves que estaban en poder de Mariana, entendieron la »resolución que, puesta en movimiento la casa, declararon las compañe- »ras. Quedó confusa Mariana, viendo ya imposible la huida, pero conten- »ta en haber hecho de su parte el sacrificio á su Esposo.»

Hasta aquí el autor de su vida. Ejemplo verdaderamente heroico en que se declara la fuerza del amor que el Espíritu Santo imprime en los corazones de las verdaderas esposas de Jesucristo. ¿Quién no ve en esta resolución de una niña tierna que el amor es fuerte como la muerte, emprende cosas imposibles, no atiende á las fuerzas de la naturaleza, todo le parece fácil y hacedero, sin dar lugar á excusas ni dejarse vencer de impedimentos, porque siempre tira hacia arriba y pone su confianza en el Amado, y en llegando á entender su voluntad, rompe por todo, creyendo que nada hay imposible á quien llama y mueve, y á quien así le aviva y enciende en lo interior del alma?

Pero ya que la venerable virgen no pudo poner en ejecución por sí misma su santo pensamiento, pedía é instaba continuamente á su Esposo con encendidas oraciones para que se apiadase de tantas almas ciegas, y enviase ministros evangélicos que les alumbrasen con la luz de la fe; y como tan parecida en el espíritu á santa Teresa de Jesús, encargaría apretadamente á sus compañeras que rogasen continuamente por la conversión de los Mainas, como la misma virgen santa Teresa de Jesús, herida del mismo amor dejó á sus hijas por estatuto y constitución el que

hiciesen frecuentemente oración por la reducción de los bárbaros y gentiles. Yo tengo por cierto que á las oraciones de la penitentísima é inocentísima virgen Mariana debe en gran parte la Compañía el que tuviesen buen éxito los medios y diligencias que en esta sazón practicaba en orden á la conversión de los gentiles y para facilitar la entrada en el río Marañón, como veremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO XII

PRESENTA EL COLEGIO DE QUITO UN MEMORIAL AL REY CATÓLICO, FELIPE IV, PIDIENDO SU FAVOR Y AMPARO PARA LA CONVERSIÓN DE LOS GENTILES.

Eran tantos los infieles que se iban descubriendo en este tiempo por la jurisdicción de Quito y sus confines, que se creia arribar el número á algunos millones. Manifestáronse los Gíbaros, nación copiosa y que parecía no hallarse en mala disposición para recibir el Evangelio. Tenía esta nación la ventaja de poder entrarse á ella por el camino conocido de los Quijos, por la ciudad de Cuenca y por un caudaloso río, llamado Paure. Hacia la ciudad de Pasto se descubrió una multitud grande de naciones de Sucumbios, Tamas, Zeños, Abaricos y otras más crecidas que las de los Paeces, Guanacas y Natagaimas del Nuevo Reino. Los gobernadores de los partidos, y mucho más el obispo de la ciudad de Quito, pedían á la Compañía que se encargase de recoger tanta mies, como se presentaba, empleando su celo en tan abundante cosecha. Pero mucho más lo deseaba la Compañía, y más viendo que las mismas naciones clamaban, al parecer, por entrar en el gremio de la Iglesia. Mas ¿cómo podrían atender á tantas partes con alguna esperanza de fruto permanente los pocos jesuítas, empleados unos en el seminario de S. Luis, otros en la enseñanza de la juventud y otros en los ministerios indispensables de predicar y confesar á los españoles y de enseñar la doctrina á un prodigioso número de indios tributarios y de tantos otros reducidos en tierras sobremanera distantes, no sólo de la ciudad, pero entre sí mismas? No tenían entre Lima y Santa Fe, camino de más de quinientas leguas, otro colegio que el de la ciudad de Quito, y era imposible en la distancia de doscientas y trescientas leguas, acudir con sujetos y enviar las cosas del todo necesarias para empezar, proseguir y llevar adelante misiones tan apartadas del centro de su colegio.

En medio de tantas dificultades, ensanchando el corazón los jesuítas del colegio y encendidos en deseos de convertir tanta gentilidad, comenzaron á pensar sobre los medios más eficaces de socorrer á tanto número de almas, en tanta necesidad y en tan buena coyuntura. Despacharon,

sin dejar por eso á los Paeres y demás naciones, dos misioneros á la nación gíbara, en cuya reducción empezaron á trabajar con mucho tesón y empeño, atendiendo también á observar las distancias de aquellas tierras y á demarcar los montes, ríos y valles, para facilitar los caminos, porque sin esta precaución y conocimiento necesario, no pueden durar los nuevos pueblos ó reducciones de los nuevamente convertidos. No contentos con este socorro, que era el único que podían enviar en las circunstancias, determinaron anticipar la congregación provincial con la mira de elegir un procurador general que viniese á España, recogiese cuantos operarios pudiese y solicitase de su majestad católica licencia de fundar algunas casas ó residencias de la Compañía, en las ciudades ó lugares más cercanos á las entradas y misiones que se pensaba. Sin esta conveniencia de algún colegio que estuviese menos remoto, no se podían emprender reducciones que diesen alguna esperanza de la consistencia que se deseaba.

Cayó la elección sobre el Padre Francisco Fuentes, sujeto muy á propósito para el encargo, así por su gran juicio y religiosidad, como por la grande experiencia y mucho conocimiento de aquellas tierras, como quien había misionado por algún tiempo á los Paeces y había hecho largos viajes, observando los sitios y distancias. Pasó con su comisión á España el año 1632, y llegado con felicidad á la corte, presentó á la majestad católica de Felipe IV un memorial bien razonado, en que declaraba los motivos de su venida y exponía las pretensiones de la provincia de Quito, todas muy conformes al pecho católico de tan gran monarca. Y porque en él se declara con toda distinción el estado del gentilismo en aquel tiempo, los deseos de los españoles de su conversión, el celo de la Compañía de remediar tantas almas, y lo que de su parte prometía, si conseguía la facultad de fundar en los sitios que pareciesen convenientes, lo pondremos al pie de la letra, persuadidos á que será del gusto del que leyere la Historia oir hablar á un misionero que por sí mismo estaba tocando el estado de las cosas. El memorial comienza de esta manera:

SEÑOR:

«Francisco de Fuentes, de la Compañía de Jesús, procurador general de la provincia de San Francisco de Quito en los reinos del Perú, suplica á V. M. se sirva dar licencia á la Compañía para que en algunas partes de aquel reino y lugares, que son puertas para las provincias de gentiles, pueda tener algunas casas ó residencias de asiento, con media docena de padres siquiera en cada una, para el socorro y entradas á ellas. Para lo cual representa á V. M. lo siguiente: Dejando, señor, por brevedad muchos servicios de ambas Majestades y trabajos muy gloriosos que la Compañía pudiera expresar, que son muy sabidos y comunes donde asiste, como son la cultura de los españoles, tan necesitados en aquellas partes, la enseñanza de la juventud y la doctrina y predicación á más de quinientos mil indios, que hay en todo aquel reino, ya cristia-

nos y no del todo instruídos en nuestra santa fe; sólo pone á V. M. delante la razón principal, que es la que siempre tiene el primer lugar en el cristianísimo pecho y católico celo de V. M. Esta es el mucho aumento de nuestra santa fe católica y extensión de la religión cristiana en un nuevo mundo de gentiles que se descubre cada día más, á que siempre se han seguido crecidos aumentos de la real corona, que podemos ahora prometernos otros mayores de la gloriosa empresa que se espera.

Hay en aquella provincia de Quito (que sin duda es la más poblada de indios que tiene el Perú), muchas puertas, y cada día se abren otras de nuevo para la conversión de más de veinte provincias y naciones de gentiles, como son los Gíbaros, Xeveros, Quilibitas, Mainas, Plateros, Zaparas, Cofanes, Abigiras, Encabellados, Iquitos, Omaguas, Acareos, Atuaras, Becabas, Sucumbios, Baduaques, Abaticos y Miscuaras, con las provincias de las Esmeraldas, Barbacoas, Paeces, Guanacas y Coyamas, que actualmente se van reduciendo, sin otras muchas de que hay noticias y no se saben los nombres. El número y copia de gentiles de todas estas provincias es tan grande que, según los testigos de vista y relaciones ciertas, son muchos millones. Es gente pacífica y de naturales dóciles y muy dispuestos á recibir nuestra santa fe, por no ser dados á muchos géneros de idolatrías, y solamente se conoce en algunos que ofrecen á sus tiempos oro, plata al sol en un adoratorio grande, que le llaman «la casa del sol». Las entradas y caminos se conocen así por tierra, como por los ríos que se navegan en canoas; hay noticias de minas de oro y plata, la provincia de los Plateros se llama así, porque labran orejeras y narigueras de oro y plata con que se adornan, y así salen á veces á nosotros vestidos algunos de algodón que tejen y pintan curiosamente.

Todo lo dicho, con otras muchas circunstancias, consta sin sospecha de encarecimiento ó menos verdad, de muchas relaciones é informaciones que se envían á V. M., y principalmente de las que ahora por orden y provisión de la Real Audiencia de Quito, á instancia del licenciado Melchor Suárez de Poago, su fiscal, y del gobernador de los Quijos, Vicente de Villalobos, se ha hecho en virtud de una cédula de V. M., despachada el año de 1621, en que manda se hagan con todo cuidado y diligencia, como vienen hechas, y sobre que informa aquella Real Audiencia.

Siendo, señor, la conversión de innumerables almas tan cierta, el progreso de nuestra santa fe tan seguro, y los aumentos de la Real corona de V. M. tan sin duda, claman por ellos con humildes súplicas algunos gobernadores, para que por varias partes se les deje entrar, para reducir á Dios y á vuestra real corona tantas provincias y reinos, sin reparar en propias expensas ni peligros, ni pedir otro premio que el servicio de ambas Majestades, y que les den padres de la Compañía que catequicen, bauticen y enseñen á los que fueren ganando, por la satisfacción que de esta religión tienen, y porque la conquista con que V. M. ha reducido todo aquel nuevo mundo de las Indias, ha sido más con obreros del

Evangelio que con soldados y con armas, trofeo que jamás olvidarán los siglos y corona digna de inmortal memoria.

Claman, asimismo, los obispos que como pastores de las almas, sienten el verlas perder, siendo tan fácil su remedio. Claman los cabildos, ayuntamientos y repúblicas, viéndose tan vecinas á un nuevo mundo, y cada día piden á la Compañía tome á su cargo tan gloriosa empresa, como lo ha hecho en Méjico y otras partes, y sobre todo, clama la misma Compañía con continuas lágrimas y suspiros, viéndose por una parte cercada de tantos millones de almas redimidas con la sangre de Jesucristo, que sin remedio perecen, y por otra, tan sola en aquel reino por no tener en el espacio de más de quinientas leguas que hay desde el Nuevo Reino hasta Lima más colegio que sólo el de Quito, distante de las entradas y de poder acudir al socorro de las misiones que desea.»

CAPITULO XIII

PROSIGUE EL MEMORIAL Y SE RESPONDE Á UNA RAZÓN CONTRARIA QUE IMPEDÍA SU DESPACHO

Hemos visto en la primera parte de la memoria que acabamos de trasladar, las muchas ocupaciones y empleos de la Compañía en los reinos del Perú, de Quito y de Granada; las infinitas naciones de gentiles que se iban descubriendo y los clamores y deseos de toda la gente española de su conversión á la religión católica; veremos en la segunda que reservamos para este capítulo una razón distinta de los pueblos y ciudades de la jurisdicción de Quito, los motivos urgentes para fomentar las misiones de los infieles, y finalmente, la súplica que á S. M. hace la Compañía para poder entrar en tan gloriosas conquistas. Sigue, pues, el memorial de esta manera:

«Está, señor, la provincia de Quito en medio de la ciudad de Lima y de Santa Fe, corriendo de Norte á Sur; extiende el espacio de su gobierno á trescientas leguas poco más ó menos de travesía de asperísimos caminos, y es la más poblada, así de indios como de españoles, que tiene todo el Perú, pues en el espacio dicho, tiene doscientos y trece pueblos de indios, ya cristianos con sus doctrineros de que tiene dados testimonios, y de ciudades, villas y lugares de españoles casi treinta; en toda esta distancia de latitud, y en más de quinientas leguas de longitud (como se dijo) desde Lima hasta Santa Fe no tiene la Compañía sino sólo el colegio de Quito, deseando para ayuda de tanta mies tener siquiera algunas residencias en algunos lugares cercanos á sus entradas. La primera cómoda puerta es la ciudad de Cuenca de la banda del Sur hacia Lima, que dista sesenta leguas de Quito, de donde á tres jornadas se llega á la provincia de los Gíbaros, á donde actualmente están dos padres, que irán

pasando á las demás que se continúan de Quilibitas, Mainas, Abijiras, Plateros y otras. Más adelante, cuarenta y cinco leguas de Cuenca, está la Tacunga, que es entrada para la provincia de los Zaparas, Omaguas, Baduaques y Miscuaras. Luego se sigue Quito, que es puerta también para las provincias de los Cofanes, Encabellados, Iquitos y otros.»

«Después de Quito, á la banda del Norte, está la villa de San Miguel de Ibarra, diez y ocho leguas distante, que es entrada para las provincias de los Acaneos, Neguas, Tuaras y para la de las Esmeraldas, que han empezado á reducirse. A ocho días de camino desde la villa, y á sesenta leguas de Quito, está la ciudad de Pasto, que es de las grandes de aquel reino, y es entrada para las provincias de Mocoa y Sucumbios, Becabas, Tamas, Zeños, Abalicos y también para los Barbacoas. Finalmente, á otros quince días de camino de lo peor que tienen las Indias, y más de ciento y veinte leguas de Quito, está la ciudad de Popayán, cabeza de gobierno y obispado, y á cuatro días de camino están las provincias de los Paeces, Guanacas, Charuallas, Coyamas y Natagaimas consecutivas, en las cuales al presente trabajan dos padres, que con la ayuda del cielo han convertido y bautizado á muchos, y el informante ha estado en ella algunas veces.

»Todas estas naciones casi dan clamores por el agua del santo Bautismo, que á los fieles obreros del Evangelio lastiman el corazón, y aunque desde el colegio de Quito se han enviado en varios tiempos algunos padres á muchas de estas provincias, de cuyos trabajos han resultado muchos pueblos de cristianos y que hoy goza V. M., y sazonádose tanto la mies en algunas, que ellas mismas, con las noticias de estas misiones, han salido á pedir el Bautismo; con todo, no se consigue tanto fruto como se debía, por ser estas misiones como de paso, gastando más en el viaje de ida y vuelta, que en la asistencia, por la distancia del único colegio que hay en Quito, para cuyo remedio desea y procura la Compañía tener enlas partes referidas, las casas ó residencias dichas, de las cuales entren dos ó tres padres, ciento, doscientas ó más leguas de los gentiles, quedando los otros dos ó tres trabajando fuera con un superior que cuide de todos en lo espiritual y temporal, y á sus tiempos llamen á los unos para que descansen y respiren del continuo trabajo, y envíen á los otros de refresco á la labor evangélica, pudiendo también socorrerlos con algún bastimento para alivio, de cuando en cuando, de las comidas groseras de los bárbaros, y lo demás necesario, como harina para hostias y vino para celebrar, á todo lo cual no puede acudir un sólo colegio de Quito y tan distante.»

«Para esta representación y remedio de tan grande mal se vió obligada la provincia del Nuevo Reino y Quito á juntar una congregación aun antes del tiempo ordinario para elegir un procurador general que con la diligencia y cuidado que pide negocio tan grave, suplique á vuestra majestad, como lo hace con todo encarecimiento, se sirva conforme á su acostumbrada piedad y santo celo, de dar á la Compañía para el in-

tento referido la dicha licencia para que tenga en algunas partes de aquel reino más vecinas á aquel paganismo, algunas casas ó residencias de asiento, donde siquiera estén media docena de padres misioneros para más permanencia en el fruto de sus gloriosos trabajos, con que sea Dios Nuestro Señor más glorificado, V. M. más servida y la Compañía se dé por muy premiada con que V. M. la ponga en ocasión de hacerle mayores servicios y ganarle más almas para Dios, que ha sido y es el blasón de los gloriosos intentos de V. M. en la conquista de aquel nuevo mundo de las Indias.»

Un memorial tan convincente y circunstanciado, y que todo él era muy conforme á las entrañas piadosas del grande rey Felipe IV, ¿quién creyera que había de hallar oposiciones en la corte? Pero muchas veces lo más conveniente suele tener mayores dificultades, por lo cual se vió precisado el padre Fuentes á disponer otro memorial más extenso para informar más á la larga al Real Consejo de Indias, y allanar las dificultades que encontraba en condescender con las súplicas de la Compañía. Hízolo fácilmente, por no ser de momento las razones que exponían los ministros. Era la principal de todas, y que hacía más fuerza en dicho Consejo, que no convenía gravar las ciudades y lugares de indios con nuevas fundaciones de religiones. Así se engañan los hombres de mayores talentos, aun cuando desean acertar, por la falta de conocimiento práctico de las materias sobre que se deben tomar las convenientes providencias, si es que acaso no se mezclaban en este negocio algunos ocultos intereses y pasiones solapadas de algunos particulares, como sucede frecuentemente en las Cortes y Consejos.

Como quiera que esto fuere, el procurador enviado, como práctico de las tierras de las Indias, deshizo fácilmente las razones que alegaban, haciendo evidencia al Consejo de la nulidad de los inconvenientes que se proponían. Y en particular respondió al mayor de todos, que no debía nivelarse la grande anchura y extensión de las tierras de Indias con la estrechura de las de España, en donde no sin causa se había puesto modo y tasa en las nuevas fundaciones de religiosos por la multitud y diversidad de religiones que se contaban en solas doscientas leguas de travesía que tendría toda España. Pero que en las Indias sería la longitud de tres mil leguas, de manera que algunos particulares lugares gozaban de tan dilatada comarca como toda España junta. Fuera de esto, en la América, eran solas cinco religiones las que habían pasado del Continente á las Indias y hecho allá sus establecimientos, y aun éstas no se hallaban en muchas ciudades y en otras sólo tenían un convento.

Añadió que no se podían ni debían estrechar las fundaciones de religiosos, y mucho menos si eran pedidas y deseadas para la utilidad de los pueblos, siendo tanta y tan sabida á todos la necesidad de la enseñanza, en donde no estaba la fe tan arraigada como lo estaba en España. Que no importaba el que fuesen algunos lugares y aun ciudades de trescientos ó cuatrocientos vecinos, porque sobre este número, en realidad pe-

queño, tenían más de ocho ó diez mil indios dentro de su recinto, y otros tantos á lo menos en su distrito, los cuales, sin la continua instrucción y no interrumpida enseñanza, quedarían tan bárbaros y brutos como fueron hallados en el tiempo de la conquista. Y si se miraba al fin principal para que enviaba S. M. misioneros á Indias, era constante al mundo todo, que no había otros en aquéllas que cumpliesen con este ministerio, sino los religiosos, á quienes se debían todas las provincias ganadas para Dios.

Concluyo, finalmente, con que entre todas las religiones nunca sobraba la Compañía para la enseñanza de la juventud, y que en los reinos del Perú y de Granada parecía del todo necesaria para la mucha gentilidad que se descubría, y que no hacían poco las otras sagradas religiones en mantener la fe católica en los pueblos ya reducidos y formados, en donde estaban las doctrinas puestas á su cuidado. Pero siendo tantos los gentiles que hacia todas partes se iban hallando, eran precisos nuevos operarios para romper y cultivar tan dilatados campos y plantar la semilla de la religión católica en bosques, selvas y montañas retiradas del trato de los españoles y de los indios reducidos.

Vista la fuerza de razones tan justas y conformes al pecho católico de Felipe IV, fué S. M. servido de conceder licencia para que en dos lugares ó ciudades, las más convenientes al juicio de la Real Audiencia de Quito y de su ilustrísimo prelado, fundase la Compañía dos casas ó colegios para el efecto de las misiones en las tierras de los gentiles, como lo ordenó por cédula de 12 de Marzo del año de 1633. Habida esta licencia, salió luego el procurador de la corte de Madrid y llegó con un refuerzo de obreros evangélicos á su provincia de Quito, porque los deseos grandes de dar calor á la fundación de colegios, medio necesario para remediar tanta almas con el agua saludable del santo Bautismo, no le permitieron que se detuviese por más tiempo.

CAPITULO XIV

FUNDAN LOS JESUÍTAS UN COLEGIO EN LA CIUDAD DE CUENCA

Fué recibido el padre Francisco Fuentes en la ciudad de Quito con mucho contento y alegría de sus hermanos, así por los nuevos operarios que traía consigo, como por la real cédula de S. M., en que se concedía á la Compañía el hacer dos establecimientos en los sitios más oportunos para la reducción de los infieles. Vista la cédula de la Real Audiencia en Quito, conferido el negocio con el señor obispo, y pedido parecer á los superiores de la Compañía, se determinó de común acuerdo que fundasen los padres dos colegios, el uno en Popayán, ciudad rica de buen suelo

y de un clima saludable, la cual por su situación ventajosa ofrecía entrada cómoda á los Paeces y otras muchas naciones confinantes; el otro en la ciudad de Cuenca, como cercana á la grande nación de Gíbaros y escala proporcionada para pasar al Marañón, y que con sus muchos ríos tenía comunicación con los indios Mainas.

Dejando aparte la fundación de Popayán, que se concluyó en pocos años, en donde el mucho fruto que desde allí cogieron los de la Compañía en las naciones bárbaras, mostró el mucho agrado de Dios de la fundación del colegio; diremos algo del establecimiento que hicieron los padres en Cuenca para el paso á la provincia de Mainas y para la reducción de los Gíbaros, cuya conquista se procuró con el tiempo por los misioneros de Marañón. Envió de su mano el padre Francisco Fuentes, siendo ya viceprovincial de Quito por los años de 1637, á dos sujetos de grande celo y prudencia para que procurasen establecerse en la ciudad de Cuenca. Recibiéronlos con gusto sus vecinos y se tuvieron por dichosos en lograr algunos padres que hubiesen de vivir de asiento en sus pueblos. Fué tanto más gustoso el recibimiento, cuanto eran más de su cariño los padres enviados á la fundación, porque así el padre Cristóbal de Acuña, que iba de rector, como el padre Francisco de Figueroa que le acompañaba, eran personas conocidas en el reino, no sólo por su virtud y letras, sino también por la nobleza de su sangre. Circunstancia que hace más visible y estimable en los ojos de los seglares la pobreza voluntaria y suele dar mucho realce á los ministerios apostólicos.

Hecha la fundación, aunque pobremente, se aplicaron los padres al cultivo de los españoles y á la instrucción de los indios. Es verdad que duró poco la junta de los dos jesuítas en el nuevo colegio, porque á poco tiempo de la fundación fué llamado el padre Cristóbal de Acuña, de la obediencia, para otro empleo de mayor utilidad para las misiones del Marañón, como veremos, y cargó todo el peso de la ciudad y de los indios sobre el padre Figueroa. Aquí vió muy cumplidos sus deseos, que eran de perfeccionarse en la lengua general del Inga con el trato y comunicación con los indios, para pasar, maestro en ella, á las misiones de Mainas que tenía en el corazón. Predicaba fervorosamente en la lengua de los españoles á los vecinos de Cuenca, y en la del Inga á sus indios, y con ser tan numerosa la ciudad, que en dos parroquias que había, contaba seis mil personas, y con tener dentro de sí un número muy considerable de indios, á todos atendía, de manera que uno de los párrocos, el licenciado D. Juan de Morantes, decía abiertamente: «Mientras el padre Francisco de Figueroa ejerza sus ministerios en Cuenca, no tendré el más leve escrúpulo de que no estén bien apacentadas mis ovejas.» Así se ensayaba este varón apostólico para las largas y penosas misiones que le esperaban y se consolaba entre tanto con estar á la puerta de ellas para entrar cuando se abriese.

No parece que se podía haber escogido sitio más oportuno y ventajoso para la reducción de un número casi infinito de gentiles y para el fomen-

to de las misiones que el de la ciudad de Cuenca, porque fuera de ser su planta hermosa, grande su fertilidad y las frutas regaladas, tiene la ventaja de ser como la puerta por donde se ha de entrar en muchas naciones por estar colocada entre dos ríos apacibles, uno que llaman Matadero y otro Machangara, de donde se puso á la ciudad la advocación de Santa Ana de los Ríos. En la junta de aquellos dos que cercan la ciudad, se unen otros dos de igual caudal y grandeza, que son el Duncay y el Tarque, y de todos cuatro sale un río que á media legua de las juntas es mayor que el Tajo, Xarama y Guadiana juntos. A cuatro ó cinco leguas de su curso recibe el de los Azogues y el nombrado de Santa Bárbara, que vienen de los valles fecundos de Gualaveo. De manera que al entrar en el valle Paute es ya navegable, y tan diferente río de lo que parece á los principios, que muda hasta el nombre y se llama Paute, del mismo valle por donde se dilata. Por este río se entra á tres ó cuatro jornadas en la provincia de los Gíbaros, de tanto nombre en las Indias por el mucho oro que dicen hallarse en las playas del Paute, que es persuasión común ser aquellas tierras las más ricas de minerales entre todas las descubiertas desde Quito.

A esta persuasión de las gentes, mucho conduce un cerro que se halla en aquellos países y se llama Supayurcu ó cerro del demonio, que, según sus tradiciones antiguas, es muy rico y abundante en oro. Contaré un caso que, puesto que á mí me huele á fabuloso, no me atrevo á despreciarle por ser voz al parecer constante en la ciudad de Cuenca de padres á hijos. Tiene este levantado cerro dos valles colaterales. En uno de ellos, que es abundante de trigo, tenía su hacienda un español, natural de Extremadura, y se dice que una mañana se halló sin pensar con un paisano suyo y comió hogazas recientes de su tierra. El caso lo cuentan de esta manera: afligido en España de la mucha pobreza un extremeño, y viéndose á punto de desesperación, se le apareció el demonio, aunque en disfraz, y, comunicados sus intentos, le dijo el maligno: ¿quiéres que te lleve á un monte muy abundante de oro en que, á poco trabajo, puedas tenerle?—Sí, respondió el extremeño; y disponiéndose para seguir al diablo por la noche, cogió unas hogazas. Luego se halló adormecido y, volviendo en sí cuando ya amanecía, se vió en las faldas de un monte sin saber qué tierras eran aquellas que pisaba; fué bajando poco á poco y vino á dar con la estancia de su paisano que, conociendo ser chapetón (que así llaman á los recién idos de España), le convidó á almorzar. Sacó el huésped de la alforja sus hogazas, y poniéndolas á la mesa reconoció el otro que eran traídas recientemente de España, y apretando sobre esto á su compatriota, conoció el misterio, sacando los dos en limpio, que todo este enredo había sido por obra del demonio. De aquí, dicen, que se puso á los principios al monte el nombre de Supayurcu que quiere decir cerro del demonio, porque Supay, en lengua del Inga, significa demonio, y Urcú viene á ser lo mismo que cerro ó monte. Pero sea lo que fuere de esta tradición de los de Cuenca, y de la firme persuasión del mucho oro de los

Gíbaros, lo cierto es, que en este tiempo ya se conocían en los contornos de la ciudad otros minerales más seguros de oro y plata, aunque sólo se labraban los de oro en Zuruma y se empezaban á beneficiar los de plata en las vetas de Malal, poco distante de Cuenca.

CAPITULO XV

BAJAN DOS PADRES DE LA COMPAÑÍA AL MARAÑÓN

Parece que la Divina Piedad, como á dos manos, disponía que entrase la luz del Evangelio en los obscuros montes del Marañón, valiéndose de religiosos y seglares, de las armas y de la predicación para entablar la grande obra que todos deseaban. Mientras el P. Francisco Fuentes había trabajado por su parte, como vimos, para abrir entradas á la conversión de los gentiles, y se había dispuesto y efectuado la fundación en Cuenca, D. Diego de Vaca y Vega, gobernador de los Mainas, no se había descuidado en su empresa y tenía en buen estado y disposición aquella provincia. Entró á los Mainas con sesenta escogidos españoles y les propuso el fin y motivos de su entrada que se reducía á que, como ministro de su majestad católica venía á tomarlos en su nombre debajo de su amparo y protección, si querían reconocer por su soberano al rey de las Españas y le prometían fidelidad, obediencia y sujeción. Respondiendo los Mainas que en todo venían y aun se tenían por dichosos en ser súbditos y vasallos de tan poderoso monarca, tomó posesión D. Diego de todas aquellas tierras en nombre de su majestad con las formalidades necesarias.

Trató después de elegir sitio para la fundación de una ciudad, y no pareciendo á los españoles que le acompañaban el fundarla en el centro de las tierras de los indios, por no quedar expuestos á alguna sorpresa, volvieron todos con gran trabajo contra las corrientes del río Marañón hasta el principio de la provincia. Aquí, en un sitio llamado Pongo, enfrente de un cerro dicho Manzanique, descubrieron unas tierras altas que presentaban una llanura extendida y hermosa para la fundación de la ciudad y para las sementeras que parecían necesarias para el sustento de un vecindario numeroso. No faltaban buenas aguas por la parte de tierra, ni camino por la boca de una quebrada ó torrente en que ideaban también hacer su puerto al Marañón con todas las comodidades necesarias. Viene á ser el Pongo un canal ó estrecho como de 50 varas de ancho y tres leguas de largo, por donde corren las aguas con una precipitación tan grande, que pasan las canoas sin remos, como si fueran saetas, y es necesaria mucha destreza y prontitud para evitar con varas largas el choque de los peñascos con cuyo golpe se hicieran pedazos. Cuando es feliz el paso, en un cuarto de hora se atraviesan las tres leguas y en un abrir y cerrar de ojos sale del susto el navegante que por lo regular entra con miedo por tan peligroso canal.

Al salir del Pongo eligieron el sitio para la nueva ciudad, pero hallaron grandes dificultades en la ejecución, porque todo el país era de arboleda gruesa y de bosques enmarañados y era necesario abrir campo con hachas é instrumentos, no sólo para la capacidad de un pueblo desahogado, sino para las sementeras y heredades. Sorprendió á los nuevamente entrados la calidad de la tierra, donde no podían valerse de arados y no podían excusar el molesto y prolijo trabajo de desmontar á puño y brazo el sitio necesario para casas, calles, plazas y huertos, y para sembrar á lo menos el maíz necesario para sustentarse. Crecía la dificultad por no ser por lo común gente hecha al manejo de hachas y mucho menos á un modo tan pesado de trabajar y layar la tierra. Viéndolos el gobernador acobardados, los animó con palabras y con el ejemplo, y dió en un pensamiento que facilitó mucho el modo de adelantar la obra y concluirla en poco tiempo. Señaló á cada familia un sitio determinado para armar casa y formar su huerto, poniendo entre unos y otros linderos fijos y mojones señalados. Con esta sabia providencia se evitaron discordias, pretensiones y pleitos, puesto cada uno en la posesión de su terreno y atendiendo cada familia al suelo que la tocaba, se fué formando suavemente la ciudad, que llegó á concluirse en el año de 1634.

Dió el gobernador á la ciudad la advocación de S. Francisco de Borja, ó por hacer este obsequio al príncipe de Esquilache, D. Francisco de Borja, descendiente del Santo, que le había concedido la conquista, ó por la devoción especial que ya profesaba desde entonces á San Borja. Y es cosa bien digna de reparar que ilustrase este varón esclarecido por tantos años aquella ciudad con el epíteto de Santo antes de ser colocado por la Iglesia en el catálogo de los Santos; pues el padre Rodríguez, que escribió su «Historia de Marañón» muchos años antes de su canonización, apellida la ciudad fundada con el título de San Francisco de Borja. Era ya mucha la devoción que profesaban al Santo aquellas gentes retiradas de la Europa y le miraban desde entonces como el Apóstol de la América, no de otra suerte que llamamos todos á San Gregorio Apóstol de Inglaterra. Y parece que el cielo quiso glorificar al Santo en aquellas tierras y confirmar el nombre de Apóstol de las Indias Occidentales, porque no sólo dispuso que Borja enviase á sus hijos espirituales en Cristo á la conversión de aquel Nuevo Mundo, sino hizo también que sus mismos descendientes según la carne, contribuyesen por su parte á la reducción de muchísimos gentiles. Porque si el príncipe de Esquilache dió la licencia y facultad para que se abriese la puerta al gran río Marañón, como hemos visto, otro descendiente de San Borja, presidente de Santa Fe en el nuevo reino de Granada, D. Juan de Borja, procuró con todas sus fuerzas la conquista del Chocó y de otras naciones; y dió mucho en que entender á todos en el tiempo de su presidencia un prodigio y milagro bien auténtico de un lienzo de San Francisco de Borja, que sudó repetidas veces en la ciudad de Tunja. Ya fuese para animar á sus hijos á los sudores y fatigas del apostolado entre aquellas gentes ó ya para significar á nuestro

tosco modo de entender, el peso y fatiga que tomaba en la protección de tanto gentilismo como tenía á su cuidado.

Acabada la fábrica de la ciudad, eligió luego el gobernador ayuntamiento; nombró regidores y demás oficiales, hizo elegir alcaldes ordinarios, dió títulos de capitanes, alféreces y de otros oficios de milicia, atendiendo á los méritos y dignidad de las personas, y declaró á todos los vecinos por soldados milicianos con obligación de servir á su majestad en las expediciones ocurrentes de conquistas de gentiles. Últimamente repartió la nación Maina en 24 encomiendas á favor de los vecinos de más mérito y conforme á los empleos que tenían en la nueva ciudad. Para evitar los daños que se pudieran temer ó del rigor de los señores y amor de los indios, ó de la pereza de éstos en trabajar por aquéllos, declaró lo que pedían las encomiendas de unos con otros, que se reducía á que debiesen los indios ayudar á sus amos en el trabajo de hacer ó reparar sus casas, de disponer las sementeras y de mantener con pesca y caza á la familias.

Arreglados de esta manera los derechos de las encomiendas con consentimiento de las partes, nada parece que faltaba para la felicidad y aumento de la ciudad y para disponerse á la conquista de otras naciones; mas poco duró la nueva inteligencia entre los españoles y Mainas, porque la práctica difícil de las leyes de las encomiendas, siempre expuestas á discordias y disensiones, lo turbó todo, no permitiendo en la ciudad calma, tranquilidad y sosiego. Es verdad que ayudó mucho á las alteraciones la calidad de la tierra, que no daba lugar á otro género de sustento que el que usaban los indios de alguna caza ó pesca.

Los vecinos de Borja hicieron repetidas pruebas de entablar crías de ganado vacuno y ovejuno para la subsistencia. No probaban mal á los principios; pero como no había más campo abierto que el que se disponía á fuerza de brazos y trabajo muy pesado, y por el vicio del país brotaba luego ramazón y maleza, que ahogaba la hierba, paraba luego en bosque inútil y de ningún provecho. Cansados de porfiar sin fruto en mantener sitios limpios de arboleda para sustento del ganado, se hubieron de contentar de conservar pocas vacas para leche y para recurso en los mayores aprietos, y ya desengañados se acomodaron al modo que tenían de mantenerse los indios. Toda la carga del sustento de la ciudad, cayó sobre estos miserables que, hechos antes á vivir á sus anchuras y libertad, sin que los apremiase ninguno, llevaban muy á mal aquella dura sujeción de emplear los días enteros en buscar caza y pesca para las familias. Allegábase á esto el trato duro y áspero de los encomenderos, que los trataban como á esclavos, sin que fuese parte para mitigar tanto rigor y ponerlo en razón toda la vigilancia y autoridad del gobernador mismo. Ultimamente entre el párroco secular que tenía á su cargo la ciudad y enseñanza de los Mainas, y entre los señores de las encomiendas, eran continuos los pleitos y disensiones por no dar lugar á los indios á que viniesen á la doctrina y fuesen instruídos en los misterios de nuestra

santa fe; porque como muchos de los Mainas estaban bien distantes de la ciudad, si asistían á la doctrina cristiana los días señalados, no podían en esos trabajar para sus amos. De aquí nacía que los indios estaban en la misma ignorancia de las cosas de la fe en que les encontraron los españoles, y que la ciudad, estragada en las costumbres con tantas discordias y altercaciones, se viese desde luego en términos de acabarse aún antes que comenzara.

En situación tan triste y estado tan lastimoso, pensaba mucho el gobernador sobre el medio eficaz de remediar tantos desórdenes y violencias, y asegurar su reputación en la empresa comenzada. Bien veía que su autoridad no bastaba para dar algún asiento en cosas tan alteradas, porque no se daba lugar al respeto, no se hacía caso de la razón, ni la dureza de los españoles cedía á casi necesarios movimientos de compasión con los pobres indios. Dió, finalmente, en el pensamiento de llamar en su ayuda á los jesuítas, cuya prudencia, buen trato y celo de las almas creía ser el único medio de sosegar los ánimos de los vecinos, de instruir á los Mainas y concordar las voluntades de los españoles y de los indios. Salió á la ciudad de Quito con este pensamiento, y expuso á los superiores de la Compañía, al señor presidente, á la Real Audiencia y al señor obispo sus motivos y pretensiones. Tuvo que vencer algunas dificultades de parte de algunos ministros, que habían embarazado poco antes á los jesuítas, como veremos en el capítulo siguiente, otra misión semejante; pero allanadas finalmente, porque el Señor quería introducir la Compañía en el Marañón, obtuvo una provisión real de la Audiencia en que se encargaba á los padres de la Compañía la conversión de los gentiles, pertenecientes al gobierno de Borja, que se declaraba como misión suya, sin que pudiese algún otro introducirse en toda la extensión del gobierno.

En fuerza de la provisión, el señor presidente, como vice patrón, nombró para el curato de Borja al P. Gaspar Cuxía á quien propuso el provincial para el empleo, como persona de gran prudencia y juicio y de mucha experiencia en el trato con los indios, por haber misionado en los Paeces. Dióle la colación el obispo y se aplicó por ambos fueros, dicho curato á la Compañía para escala y fomento de las misiones que esperaban ver con el tiempo florecientes en el río Marañón. Y á esta causa le dieron por compañero al P. Lucas de la Cueva, que venido de España había comenzado á trabajar con mucho fruto en el colegio de Quito, y dado muestras de paciencia en los trabajos, y de corazón en los peligros. Dispuestas las cosas conforme á las ideas y pretensiones del gobernador Vaca, él mismo quiso ser el conductor de los padres hasta la ciudad de Borja, aunque es verdad que el viaje, como todos los demás que se hicieron por casi cien años, se hizo á expensas de la Compañía, que éstas son y fueron las proclamadas minas que tantos caudales acarrearon al colegio de Quito. Tomaron el camino por la ciudad de Loja, patria del gobernador; de aquí pasaron á Jaén, desde donde tiraron al sitio que llaman el

Embarcadero. Caminaron después río abajo en sus canoas, y pasado felizmente el rapidísimo Pongo, por la industria y destreza de los Mainas en tan peligroso paso, entraron en la ciudad de Borja, el día 6 de Febrero de 1638, después del largo viaje de cincuenta dias. Aquí dejaremos á los dos misioneros á la vista del gran río Marañón contemplando sus dilatadas orillas, y la muchedumbre de gentiles que las habitaban, hasta que sea tiempo de comenzar á referir sus fatigas que darán principio á la misión de los Mainas.

CAPITULO XVI

CÉLEBRE DEMARCACIÓN DEL MARAÑÓN POR DOS JESUÍTAS

Las misiones que empezó la Compañía por los Cofanes y Paeces, regadas, como vimos, con la sangre de su primer apóstol el venerable padre Rafael Ferrer, dieron ocasión ó motivo á una demarcación exacta del río Marañón que por los años de 1639 hicieron los padres Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda de la misma Compañía. Parece que la divina Providencia quería luego descubrir á los misioneros de Borja el campo grande á donde los había llamado, y darles entera noticia de las infinitas naciones que ponía á su cuidado, para que con sus fatigas y sudores plantasen en ellas la única y verdadera fe de aquel Señor que había derramado por ellas su preciosa sangre. No se olvidó del todo la Compañía de los Cofanes, después de la muerte de su misionero, y mucho menos de los Paeces, aunque tan salvajes, y de otras naciones confinantes; antes bien, extendieron sus hijos por esta banda sus conquistas, de manera que entrado el siglo diez y siete, estaban ya en estado de fundar un pueblo de indios Omaguas en la boca de un río llamado Aguarico, que hará con el tiempo mucho papel en esta historia. Tenian además de ésta dispuestas otras naciones para hacer en aquellas partes nuevos establecimientos. ¿Pero qué estragos hace la codicia, mala bestia y raíz de todos los males? Había ya probado sus dientes en la fama y crédito del venerable padre Rafael, y ahora se ensangrentó contra sus hermanos, y cortó las buenas esperanzas de una lucida cristiandad en la nación Omagua, una de las mejor dispuestas para recibir la luz del Evangelio.

Miraban algunos españoles las conquistas de los nuestros como contrarias á sus intereses, creyendo que tantos indios se les quitaban á sus negras encomiendas, cuantos ganaban á Jesucristo los de la Compañía, celosos siempre de la libertad de aquellos miserables. Adelantaron sus manejos de manera que se vieron precisados los jesuítas á retirarse de la empresa y volver á la ciudad de Quito. Aquí alegaron sus razones, y vencidas después de algún tiempo las dificultades que oponían los interesados, tornaron á la comenzada conquista con las licencias del presi-

dente y obispo y con las facultades respectivas de las cabezas eclesiástica y secular. Al pasar por la provincia de los Quijos, que era el cami no único para los Omaguas, sospechando el gobernador lo que intentaban los padres, les preguntó sobre el destino que llevaban en su viaje. Mostraron ellos prontamente las facultades que traían de Quito, y como quienes iban derechos delante de Dios y de los hombres, dijeron abiertamente la verdad. Poco puede la razón cuando se ha dado lugar á la avaricia, y las potestades superiores en tierras tan distantes de la cabeza del reino no se hacen esperar como en Europa. *Pie atrás*, dijo el gobernador, que no estaba en términos de ceder: *Yo tengo órdenes en contrario y no puedo permitir el pasaje.* Cedieron á la violencia los religiosos y el gobernador supo ganar por medio de algunos oficiales á los señores de la Real Audiencia, y obtuvo un despacho para reducir á encomiendas las naciones de los ríos Napo y Aguarico. Puso los ojos en los padres de San Francisco para que se hiciesen cargo de las conquistas, persuadido á que con estos religiosos se entendería mejor para el fin de reducir los indios á encomiendas. Así quieren los mundanos componer á Dios con el mundo, haciendo servir el Evangelio á sus intereses y no los intereses al Evangelio.

En consecuencia del conseguido despacho, fué nombrado un capitán, llamado D. Juan de Palacios, para que con algunos soldados acompañase á los misioneros franciscanos, que llegados el año de 1637 á las tierras de la nación Omagua, hicieron una población de esta gente y la dieron el nombre de Ante, acaso por estar algo más arriba de la boca por donde desagua en Napo el Aguarico. No pareció del agrado del cielo esta conquista, tan violenta y tumultuaria, porque entendiendo á poco tiempo los padres de San Francisco los bárbaros designios de los encomenderos, y viendo por otra parte que no podían continuar en aquellas tierras sin grave peligro de sus vidas, se retiraron á Quito dos sacerdotes de cuatro que habían salido con otros dos frailes legos. No duraron mucho más en la conquista los que habían quedado, porque los indios se mostraban cada día más descontentos de sus señores y parece que andaban buscando causa ó pretexto para sacudir el yugo pesado de la encomienda. Hallaron luego, en la inconsideración del capitán Palacios, que dando un pescozón al hijo del cacique, se halló al punto rodeado de Omaguas que, enristradas las lanzas, le atravesaron á porfía, y dejándole tendido y muerto en el campo, se retiraron á los montes. Pide mucho modo el trato con indios bárbaros, con quienes más puede el ruego y la buena manera que las amenazas y el imperio.

Volviéronse á Quito los dos sacerdotes franciscanos, mas los dos legos fray Domingo Brieva y fray Andrés de Toledo (que así los nombra Rodríguez en su Historia), se arrojaron á la empresa más ciega y temeraria que imaginar se puede. Entraron con unos pocos soldados en una canoa, y navegando por el Aguarico hasta el río Napo, se dejaron llevar de las corrientes á Dios y á ventura, como dicen, hasta encontrar con tierras de

cristianos. Del Napo vinieron á pasar al Marañón, y sin saber por dónde andaban, llegaron después de muchos días de viaje al gran Pará, distante del sitio en donde se habían embarcado, más de mil leguas de camino. ¡Aventura sin duda tan singular y suceso tan improbable como cierto, atravesar la mayor parte de un río tan largo y enrevesado como el Marañón en una embarcación tan débil y flaca, y por tantas riberas de gentiles bárbaros, con tanto peligro y riesgo sin alguna desgracia! Pero el Señor enderezó la jornada para los fines secretos de su amorosa Providencia con las almas desamparadas de aquel río.

Surgiendo los navegantes en el gran Pará fueron recibidos con humanidad y agasajo, esmerándose los portugueses al verlos tan trabajados del viaje, y al oir contar la temeridad y aventuras del camino, en acogerles con cariño y socorrerles con regalos. Repuestos ya los religiosos de la jornada, no querían otra cosa que volver á Quito, y aunque en esto se descubrían muchas dificultades, y no era la menor el surcar un río tan grande contra las corrientes poco sabidas en aquellos tiempos, pero el genio portugués, resuelto en los peligros, se ofreció á conducir á los españoles al destino deseado. Formóse una escuadrilla de pequeños vasos bien equipada, y subiendo en ella un capitán de valor y prudencia, llamado D. Juan Texeira, con algunos oficiales y soldados, salió del Pará con los españoles, y tomando el río Marañón, fué siguiendo su rumbo hacia la ciudad de Quito. Es verdad que el portugués llevaba también su mira en esta navegación, queriendo medir el río, tomando lenguas de los españoles y observar atentamente los límites del dominio de Castilla para proporcionar y alargar por aquellas partes sus conquistas. El suceso mostró con el tiempo las intenciones del Pará, pues en este viaje fundan los portugueses el dominio que pretende Portugal sobre aquel río, por donde han extendido y ensanchado contra la línea divisoria los términos de su corona.

Llegó la escuadra, como escriben los autores, á las cercanías de Quito, y yo entiendo que, dejando el río Marañón y subiendo por el Napo, que desagua en él, pudieron acercarse á la ciudad. Desembarcaron, á lo que parece, hacia la desembocadura del Guayoya, en el Napo, religiosos y españoles, y dejando el capitán Texeira los soldados portugueses en guarda de la escuadra, subió con otros oficiales suyos á Quito, en donde dió razón de su comisión y viaje, pidiendo al mismo tiempo que se le aviase con todo lo necesario para volver al Pará. Agradeció el presidente y la Real Audiencia la bizarría á los portugueses, y tomó tiempo para consultar al señor virrey que, conformándose con el parecer de la misma Audiencia, determinó que se le asistiese al portugués con todas las cosas necesarias para la vuelta, con sola la condición de que llevase consigo dos españoles, personas de juicio y práctica, que observasen bien el curso y vueltas del Marañón, y se hiciesen cargo y notasen las muchas naciones que habitaban en sus orillas. Bien entendido que en llegando al Pará se debía dar lugar á los demarcadores españoles en los navíos portugueses

para que pasasen á Europa, en donde serían más útiles las noticias del río que en la ciudad de Quito. En todo vino el capitán Texeira y se empezó á pensar en la ciudad sobre la elección de dos sujetos capaces de dar el lleno á la comisión.

No faltaban seculares celosos del servicio de su majestad que, atropellando por todo, deseaba cada uno ser de los nombrados para tamaña empresa. Señalóse, entre todos, para continuar en los muchos servicios que habia hecho al rey católico, D. Juan Vázquez de Acuña, caballero del hábito de Calatrava, corregidor y teniente capitán general en la ciudad de Quito, el cual ofrecía no sólo su persona, pero también su hacienda para levantar gente á su costa, disponer pertrechos y hacer todos los gastos necesarios para el viaje. Mas no surtió efecto su liberalidad y buen deseo, á que se opuso constantemente la Audiencia, por la mucha falta que haría en la ciudad dejando el oficio que ejercía con acierto y ventaja de los vecinos. No quiso el Señor que deseos tan honrados quedasen del todo frustrados, y así dispuso que, ya que no iba D. Juan á la pretendida empresa, fuese nombrado en su lugar el P. Cristóbal de Acuña, de la Compañía de Jesús, hermano suyo, lo cual sucedió de esta manera. Viendo el licenciado Melchor Suárez de Poago, fiscal de la Real Audiencia, que estaba ya de partida el capitán y soldados portugueses, y considerando, como fiel ministro de su majestad, las utilidades sin ningunos inconvenientes, que se podrían seguir de que dos religiosos de la Compañía de Jesús fuesen en la armada portuguesa, notando con cuidado (como personas celosas del bien de ambas Majestades, divina y humana) todas las cosas dignas de consideración en aquel río, y que pasasen con las noticias á España, á dar cierta relación de todo en el Real Consejo de Indias, ó al rey nuestro señor en su real persona; lo propuso como lo había pensado en el Real Acuerdo y, pareciendo á todos bien aquella propuesta, se le dió noticia de lo acordado al provincial de la Compañía.

Tenía á la sazón este empleo el P. Francisco Fuentes que, estimando la honra que se hacía á la religión en fiar de ella cosa de tanta importancia, se holgó mucho de que por esta vía se abriese la puerta á sus hijos para entrar á la predicación del Evangelio á tanto número de almas, á quienes por camino más difícil había enviado otros dos padres, como contamos en el capítulo antecedente. Señaló en primer lugar para la empresa al P. Cristóbal de Acuña, rector actual del Colegio de Cuenca, y en segundo lugar al P. Andrés de Artieda, maestro de teología en el de Quito. Aceptado, con estimación de la Audiencia, el nombramiento de los dos jesuitas, se les dió amplia y honorífica provisión para que fuesen en compañía de Texeira, demarcasen el río, observasen el número de naciones, pasasen á España y diesen cuenta, como personas autorizadas del Gobierno, de todo lo que juzgasen conveniente al servicio de su majestad.

Obedeciendo los padres á lo que se les mandaba, se embarcaron en la armada portuguesa á 16 de Febrero de 1639, y dieron principio al largo viaje que duró diez meses, hasta entrar en la ciudad del Pará á 12 de Di-

ciembre del mismo año. Después de haber notado con particular cuidado todo lo que hallaron ser digno de advertencia en el río Marañón, demarcaron con mucho acierto todas las alturas, delinearon los montes, señalaron con sus nombres los ríos que en el principal desaguan, reconocieron las naciones que se sustentan en sus orillas, y experimentaron los diferentes temples, procurando, en todo cuanto pudieron, ser testigos de vista sin fiarse de relaciones. Cumplieron los portugueses fielmente lo que habían prometido, dando en sus naves lugar á los exploradores que pasaron á la corte de Madrid para la prosecución de su empeño. Formó el P. Cristóbal de Acuña una extendida memoria en que declaraba con toda distinción cuanto había observado en la navegación del río Marañón, notando el sitio de las naciones, las entradas de los ríos, las muchas islas, la diversidad de alimentos, los géneros de frutos que había visto por sí mismo, añadiendo algunas cosas que no tenía por tan ciertas por haberlas entendido solamente de boca de los gentiles. Pedía en ella humildemente á su majestad, que puesto que las cosas que aseguraba eran ciertas, y que había grandes ventajas y oportunidad en lo que suplicaba, se sirviese de dar órdenes para el resguardo y población del río Marañón, lo cual se podía ejecutar sin gravamen de la real hacienda de Quito, porque muchos caballeros del Perú se ofrecían á ello, y estaban prontos á la ejecución con sólo preceder el real orden y beneplácito de su majestad.

Estaba la corte de España muy ocupada por este tiempo en otros negocios diferentes, y sucediendo por entonces el levantamiento de Portugal, perdieron los padres las esperanzas de que se diese en la materia alguna favorable providencia. Volvieron á su provincia, y uno pasó á Lima para tratar del negocio con el virrey; pero la muerte que, recién llegado, le sobrevino, no dió lugar á entablar pretensiones; el otro entró en su colegio de Quito, en donde afervorizó notablemente á sus hermanos con la noticia y relación de tanta gentilidad como había visto con sus mismos ojos y aun tratado á muchos de ellos en las márgenes del río Marañón. Pero ya que el memorial del padre Acuña no logró en España el efecto deseado de poblar el río y hacer algunas fortalezas para su resguardo (que acaso no se pondría en ejecución, sino con armas, muertes y violencias), logró él dar mucha luz á los ministros evangélicos, que con suavidad y blandura, y con medios pacíficos y de caridad cristiana, extendieron por aquellas partes el reino de Jesucristo; pues en las entradas y salidas del Marañón y en las distancias de los ríos y provincias, se gobernaron por la demarcación de Acuña que hallaron siempre ajustada, y la miraban como una pauta fiel y arreglada que nunca les engañó en la conquista de aquellos infieles.

CAPÍTULO XVII

DESCRIPCIÓN DEL RÍO MARAÑÓN

Después de tantas entradas en el río Marañón, desgraciadas unas y sangrientas, y otras felices y prósperas, parece ya tiempo de cerrar este primer libro con una idea general y descripción de aquel río, mayormente convidándonos á ello la oportunidad que en su relación nos presenta el padre Cristóbal de Acuña y D. Antonio de Ulloa en sus «Viajes» en el libro VI, cap. V, y tanto número de misioneros que le han navegado por tantos años y observado su curso con atención y cuidado.

El río Marañón ó Amazonas ú Orellana, que viene á ser el mismo, como insinuamos en el cap. V., es, sin duda, el mayor que se ha conocido en el mundo. Con razón le llaman los indios en su lengua *Apurimac, que quiere decir rey, que habla entre los demás ríos.* Y puede ciertamente hablar y dar la ley, no sólo á los muchos que depositan en él sus aguas, de los cuales varios han corrido ya centenares de leguas antes de juntarse con el Marañón, sino á todos los descubiertos en las demás partes del mundo. Porque ni el Ganges en la India, ni el Eufrates en la Siria y Persia, ni el Nilo en el Africa, con ser tan grandes y caudalosos, pueden mantener la corona al lado del Marañón. La casualidad, dice D. Antonio de Ulloa, parece que le señaló los tres nombres en disimulado enigma, para darnos á entender que con cada uno de ellos abraza y corresponde á los que corren con celebridad por las otras tres partes del mundo, que son: en Europa el Danubio, en Asia el Ganges y el Nilo en Africa. Aunque la reflexión parece un poco galana, pero no carece de fundamento, siendo el curso del río Marañón tan dilatado, que la menor longitud que se le señala, es de mil y cien leguas marítimas.

Sobre el origen del río Marañón hubo á los principios muchas dudas, siendo tantas las raíces de este gran río y tanta la abundancia de sus fuentes y nacimientos, que sin error alguno se pudieran llamar tales los que vienen de la cordillera oriental de los Andes, desde el gobierno de Popayán, de donde nace el Caquetá y el Yapurá. Por la misma razón se pudiera tomar el origen desde el cerro Cotopaxi, de donde baja el río Napo, ó desde el Cuzco, por donde viene el Ucayale. Mas la opinión recibida entre los modernos que han atendido al nacimiento más remoto, coloca el origen del Marañón en la provincia ó corregimiento de Tarma, empezando á correr desde la laguna de Lauricocha, cerca de la ciudad de Guanuco, y en la latitud austral de 11° con corta diferencia. Desde dicha laguna, distante de Lima como 50 leguas, dirige su curso al S. hasta la altura cuasi de 12° atravesando el país, que pertenece á aquel corregimiento, y formando insensiblemente una vuelta se encamina al oriente,

pasando por el gobierno de Jauca vuelve luego á tomar la dirección del norte, después de haber salido al oriente de la cordillera real de los Andes, y, dejando al occidente las provincias de Moyobamba y Cacha-Poyas, continúa hasta la ciudad de Jaén de Bracamoros, que está á los 5° y 25′. Aquí, haciendo un recodo, se dirige y sigue siempre al oriente por una línea casi paralela con la equinoccial, sin apartarse más que 5° en la mayor distancia y sin acercarse más de dos en la mayor cercanía, hasta que desagua en el océano. Pero dentro de estos tres grados admite tantas vueltas y revueltas, tantos giros y regiros, que parece á las veces un enmarañado laberinto; y acaso de aquí se le dió á los principios el nombre de Marañón.

Su distancia desde la laguna Lauricocha hasta Jaén es, en sentir de Ulloa, como de 200 leguas; desde esta ciudad hasta su boca que es por 30 grados de diferencia en longitud hace como 900 leguas, por donde concluye que será su curso como 1.100 leguas marítimas. El cómputo de Orellana es bastante diferente del de Ulloa, pues le da aun después que empieza á correr permanentemente hacia el oriente 1.800 leguas; conforme á lo cual debía exceder su curso, 2.000 leguas. Uno y otro cómputo tiene mucho de arbitrario. Porque ¿quién podrá medir las vueltas, círculos y redobles con que va serpenteando á cada paso dentro de más de 40 leguas, en que ya se acerca, ya se aparta de la línea que no pierde de vista desde la ciudad de Jaén? Dos cosas ciertas se pueden decir en esta materia. La primera es que, si lo que corre el río Marañón hasta Jaén formara una línea derecha del poniente hacia el oriente y se continuase con lo restante del curso, le sobraba mucho, para abarcar de parte á parte todo aquel vastísimo continente; la segunda, que prueba más la longitud de su carrera, es que, habiéndose embarcado los misioneros de Mainas, en el año de 1768 desde San Pablo, pueblo de los dominios de Portugal, donde ha corrido ya ese gran río á lo menos 500 leguas, tardaron en llegar á su boca 40 días remando noche y día con grande diligencia y ayudados los barcos del empuje de las corrientes, por donde formaron juicio aquellas personas prácticas que fué mucho más sin comparación lo que navegaron por el río que quedaba atrás en los dominios de España.

Su anchura es varia según las rocas ó montañas que le estrechan, y según las arenas que ha podido tragar para extender sus márgenes. Hay parajes en donde sólo se ensancha media legua, y aun mucho menos, como en el estrecho del Pongo y en el de Pauxis, y hay sitios en donde se extiende dos leguas: lo que se debe entender del canal más noble ó ramo principal porque tiene dentro de sí muchas islas, ya de cuatro ya de cinco leguas, otras, aunque no tantas, de diez y de veinte, y la que llaman de Tupinambas se dice que tiene como cien leguas. Otra de las cosas que causó más admiración á los españoles que con el P. Acuña le pasaron, fué el observar, cómo un rio tan caudaloso se estrechaba á pasar todo entre peñas ó rocas que se cortan casi tocando con sus cimas, de

manera que á la vista solo parecían distar entre sí como un cuarto de legua. Parecíales un sitio muy oportuno para cerrar el Marañón á cualquiera potencia extranjera con sólo formar dos castillos ó fortalezas que no diesen paso á ninguna embarcación, como era fácil por las cercanías de las baterías. El pensamiento era tanto más ventajoso á la España (si lo permite la línea divisoria), cuanto menos dista el estrecho de la barra, que será como de 300 leguas, quedando por la corona de Castilla la mayor parte del río Marañón. Y por este descuido, inadvertencia ó flojedad ha sucedido con el tiempo todo lo contrario, porque extendiendo sus límites Portugal casi hasta donde le ha parecido, se han estrechado los de España, á la menor parte del río.

Es grande su profundidad y no se halla fondo en muchas partes junto al río Chuchunga, que es donde empieza á ser navegable el Marañón, y por donde entró en él Mr. de la Condamine: en su famoso viaje de observación halló que aun en su mismo principio no encontraba fondo á las 28 brazas de sonda si no era al tercio de su anchura. Pasados los ríos Napo y Coani probó ser tanta su profundidad, que no pudo hallar fondo con 103 brazas de cordel. Pues ¿cuánta será su profundidad en el estrecho de Pauxis que está más adelante y en donde las márgenes se estrechan mucho más? Vese claramente que disimula el Marañón su grandeza, y que oculta el golpe de sus aguas con el exceso del fondo; porque muchos ríos de los que recibe, engañando en la apariencia por la ostentación que hacen de mayor anchura, en entrando al Marañón descubren el poco momento que causan en él sus raudales, prosiguiendo este gran río sin mudanza sensible, ni en la anchura ni en la profundidad.

Los ríos que tiran al Marañón como á su centro en carrera tan larga son tantos, que apenas tienen número; pues parece que, próvida la Naturaleza, ocurrió á los calores ardientes del clima con el refrigerio de tantas aguas. Véalos quien quiera en la relación del P. Acuña y en la del viaje de Ulloa en el lugar citado. Nosotros apuntaremos algunos en el libro siguiente, que más harán á nuestra historia por estar comprendidos en los confines de las misiones de Mainas. Por ahora nos contentamos con dar alguna razón de su embocadura, y con ella concluiremos la descripción del Marañón.

Antes de acabar su carrera, empieza desde un río llamado Xingu á inclinarse al nordeste, ensanchando la madre para que sus aguas salgan al mar por más desahogada puerta, y en este anchuroso espacio deja islas muy capaces y fértiles, entre las cuales se lleva la primacía la de los Joanes ó de Marayo, para cuya formación se desata del río como veinticinco leguas más adelante de la boca del Xingu un brazo llamado Tagipuru, que corriendo al sur con dirección opuesta á la que lleva el principal, conduce una parte de las aguas del Marañón al río dicho de Dos Bocas, compuesto de otros dos por nombre Guanapu y Pacayas; á ellos se une después el río de los Tocantines y después el de Muiu, á cuya oriental orilla está fundada la ciudad del gran Pará. Desde el río Dos

Bocas corren las aguas de éste con el dicho canal de Tagipuru, casi al oriente, en figura de arco, hasta el río de los Tocantines, desde el cual continúan al nordeste, como el otro canal más principal del mismo Marañón, dejando en medio la isla de los Joanes, y haciendo una figura algo triangular de más de 150 leguas. De esta manera se dividen las dos bocas con que el Marañón sale al mar, de las cuales, la principal, entre el cabo de Maguari y cabo del Norte, viene á ser de 45 leguas, y la del canal de Tagipuru con los ríos que se le juntan, de 12 que son los que se cuentan entre el cabo de Maguari y entre la punta de Tigioca.

CAPITULO XVIII

DEL MODO DE PASAR LOS RÍOS EN LAS PROVINCIAS DE QUITO

Ya que hemos hablado de tantos ríos como se hallan en las provincias de Quito, que casi todos vienen á parar en el río Marañón, será bien dar alguna razón del modo de pasarlos, y servirá la narración de apéndice al capítulo antecedente.

El Marañón, por ser tan ancho, ni admite puentes, ni maromas, ni tarabitas, y sólo se puede atravesar en canoas y balsas, como le pasaban nuestros misioneros siempre que les era necesario. Mas otros ríos que no permiten vado y son de una anchura proporcionada, tienen sus puentes en los sitios necesarios. Estos son de tres especies: unos de piedra, que son bien pocos; otros de madera, que son los más comunes, y algunos de bejucos. Para formar los de madera, buscan el paraje donde se estreche más el río, entre dos rocas ó peñascos, y atravesando cuatro palos bien largos, forman un puente de vara y media de ancho, por el cual pasan las personas y cabalgaduras, no sin grande peligro de las vidas y caudales.

Cuando la anchura de los ríos no permite el que los palos, por largos que sean, puedan descansar en sus orillas, echan mano de los bejucos, tuercen y cachan muchas de estas varitas ó mimbres y forman maromas gruesas del largo que necesitan; tienden seis de éstas de una y otra banda del río, dejando las dos algo más altas que las otras cuatro; colocan después unos palos atravesados, y poniendo encima ramaje, queda formado el puente, sirviendo las cuatro maromas de suelo y las dos más altas y de las orillas de pasamanos para la seguridad del que pasa; porque sin esa precaución sería muy fácil el caer á causa del continuo bamboleo que se experimenta cuando se anda por el puente. Esta especie de puentes de bejucos sólo sirve para las personas, pasando á nado las mulas, y sin carga; y llevando los indios á hombro hasta los aparejos, porque las corrientes suelen ser tan impetuosas que es necesario echar las caballerías á pelo, y media legua antes del puente para que puedan salir al otro lado.

En el río del Cuzco ó Ucayale, que también llaman Apurimac por su grandeza, hay un puente de esta calidad, pero tan firme y seguro que pasan por él recuas cargadas sin que se tema peligro.

Hay ríos donde en lugar de puentes de bejucos se pasa por tarabita, como sucede en el de Alchipichi, por donde no sólo pasan personas, sino caballerías, porque la mucha rapidez del agua y los peñascos que arrastra la corriente no consienten el que se pase á nado. La tarabita consiste en una cuerda ó maroma de bejucos ó correas de cuero de vaca, compuesta de muchos como hilos de seis á ocho pulgadas de grueso, la cual está tendida de una orilla á otra, con alguna inclinación y sujeta fuertemente en ambas á dos palos: en uno de éstos hay un torno ó molinete que templa y deja tirante la maroma, cuanto es necesario para el efecto que se pretende. Descansa sobre la cuerda gruesa un zurrón de cuero de vaca capaz de recibir un hombre y de que en él pueda recostarse. Está suspendido el zurrón, en dos horcones que corren por la maroma, y de cada lado tiene su cuerda para la seguridad del que va encima. Puesto el que ha de pasar en el zurrón, le dan á éste, desde tierra, un empujón fuerte y pasa con el caballero prontamente al otro lado.

Para pasar los bagajes hay dos tarabitas, una para cada banda del río, y la maroma debe ser mucho más gruesa y más pendiente. No tiene más de un horcón del cual cuelgan la bestia, bien sujeta con cinchas por barriga, patas y pecho. Estando ya pronta y bien amarrada, la empujan y pasa con tanta violencia que en corto tiempo se halla al otro lado. Las caballerías que están acostumbradas á pasar en esta forma no hacen ningún movimiento, antes, ellas mismas, se ofrecen á que las aten; pero las que son nuevas en ello, se embravecen huyendo, y cuando se ven en el aire cocean y dan corcobos sin entender lo que les pasa. La tarabita del río Alchipichi, tendrá de ancho cerca de 40 toesas ó 90 varas, y desde la maroma hasta el agua habrá sus 25 toesas ó 60 varas, que es muy bastante para que á primera vista cause horror este modo de pasar el río, por precipitación.

LIBRO II

CAPITULO PRIMERO

TÉRMINOS DE LAS MISIONES DE MAINAS Y NÚMERO DE LAS NACIONES QUE SE CONTENÍAN EN ELLAS

La misión, que es la materia de nuestra Historia, abrazaba un número considerable de varias naciones, puestas en las riberas del río Marañón y de otros muchos que en él desaguan por una y otra banda. Su extensión sería de casi 300 leguas y empezaba desde la ciudad de Borja, poco después del Pongo, hasta el fuerte de San José, que es el primer pueblo de la corona de Portugal. No es tan fácil decidir su anchura por la multitud grande de ríos que se atraviesan, pero no cedería mucho á la extensión, especialmente en algunas partes. Los ríos que en carrera tan larga vienen á parar en el Marañón son innumerables; nosotros haremos mención de aquellos por donde se fué propagando el Evangelio, los cuales son por la banda del sur: 1.°, el Cavapanas; 2.°, el Guallaga; 3.°, el Cuzco ó Ucayale, que viene á ser como un árbol con muchos brazos ó ramas, que todos se esconden y sepultan en el principal. Por el norte tiran al Marañón: el Pastaza, que viene ya caudaloso con las muchas aguas que de otro recoge; el Morona, que es muy respetable, y el caudalosísimo Napo, después de haber corrido algunos centenares de leguas y haberse enriquecido con las aguas del Aguarico, del Curaray y otros varios.

Las provincias de gentiles, que antes que entrase á ellos la luz del Evangelio se hallaban en tan dilatadas riberas y en lo interior de los bosques, eran muchas. Daremos una idea general de ellas, para que se entienda el número de infieles que habitaban en aquellas partes. La primera provincia corría desde la ciudad de Borja, siguiendo las riberas del Marañón por setenta leguas, y abarcando en su distrito varios torrentes, quebradas y lagunas, particularmente al norte del río. Esta provincia se llamaba de los Mainas, que por ser los primeros que se encontraron dieron el nombre á la misión de Mainas, puesto caso que en el año de 1768 en que fueron traídos los misioneros del Marañón, lo menos que tenía dicha misión era de la nación Maina, ya casi consumida y acabada

de epidemias y pestes, como sucedió á otras varias. A los Mainas seguía la segunda provincia de Roamainas, Chapas, Ciures y Miscuaras, los cuales, con los Coronados, se extendían por el río Pastaza y otros menores, subiendo por ellos y habitando también en los montes interiores. Treinta leguas más abajo de la boca del Pastaza, y á la mano derecha por donde entra en el Marañón el río Guallaga, estaban dos numerosas naciones de Aguanos y Barbudos, gente valiente y guerrera y temida de los demás gentiles. Decíanse Barbudos por tener barba bien poblada, cosa extraordinaria entre los indios del Marañón. Ocupaban estas dos naciones más de cien leguas; á lo largo de este río, y por una y otra orilla del río Guallaga, se extendían hacia el sur. Siendo tan numerosos los Aguanos y Barbudos, y ocupando tanto terreno, ellos solos hacían la tercera provincia.

Enfrente de los Barbudos, y más propiamente en el río Guayaga, estaban los indios Guayagas (que daban el nombre al río), que con los Cocamillas que habitaban varias islas, y con los Xeveros á quienes á poca distancia seguían los Cutinanas, Churitunas, Muniches y Tavalosos componían una cuarta provincia. La quinta era de Ugiaros, Aunaras y Uñonos, que vivían bajando por el río Marañón, algunas leguas después de la boca del Guallaga y antes de llegar al gran río del Cuzco ó Ucayale. A orillas de éste y del Marañón, que se comunican entre sí por medio de una anchurosa laguna, que á veces desagua en ellos y á veces se aumenta con las crecientes de uno y otro, vivía una nación numerosísima, llamada de los Cocamas, y venía á formar la sexta provincia con el nombre Gran Cocama.

Aunque los misioneros del Marañón descubrieron desde los principios las seis provincias referidas, no contento su celo con tan grandes descubrimientos, penetraron más adentro por el río Ucayale á otras muchas naciones que se nombraban Panos, Chepeos, Pirros y Cunivos. De la misma manera por el Guallaga abrieron camino á las Chayavitas, Paranapuras, Xitipos, Maparinas, Otanavis, Tivilos y Chamicuros. Por la banda del Norte pasaron desde los Roamainas, navegando por Pastaza, hasta los indios Andeas, Pinches, Gayes y Semigayes. Y para que por todas partes se extendiera el celo de los primeros misioneros, llegaron á tomar posesión del río Napo, en aquella parte donde se le junta el Curaray, y donde se descubría innumerable gentilismo. Formaron aquí algunos pueblos de indios Oas y Abigiras; mas como gente en extremo bárbara y por genio traidora, se retiró á sus escondrijos, dando la muerte á su misionero. Pero se consolaron los padres con otras dos naciones copiosas que encontraron en lo más bajo del Marañón, las cuales mostraron otra índole y condición más humana con algunos resabios de policía. Estas fueron la insigne nación Omagua, y otra muy parecida de Zurimaguas, que antes del año de 1700 vivieron con grande ejemplo de cristiandad en siete pueblos, fundados en aquella parte del Marañón que está ya en el día por la corona de Portugal.

No se esmeraron menos los misioneros del Marañón en cultivar el extendido campo de las riberas y bosques desde el año de 1700 hasta el de 1768, en que por orden superior se les impidió continuar el cultivo á que sacrificaban con gusto sus sudores. Porque fuera de conservar lo conquistado de sus mayores y dar firmeza y establecimiento á los pueblos ya formados, hicieron nuevas conquistas y redujeron otras muchas naciones, aunque con diversa fortuna, porque algunas se lograron del todo y fueron constantes en la fe, mas otras la recibieron dando grandes esperanzas de formar una cristiandad floreciente; pero ya fuese el genio traidor y voluble de algunas de ellas, ya las revoluciones y contratiempos que sobrevinieron, no correspondieron ciertamente al infatigable trabajo y aplicación cuidadosa de los padres, cuyos afanes se lograron solamente en los párvulos y en una parte mediana de los adultos.

Descubriéronse al principio de este siglo los indios Payaguas en lo más bajo del río Napo, y se formaron dos pueblos en esta nación. Poco más arriba, en el mismo río, se hallaron los Icaguates, que también se redujeron á vivir en otro. Subiendo á donde se junta con el Aguarico, recibieron la luz del Evangelio muchas naciones ó parcialidades de indios, llamados Encabellados, y fundaron un número considerable de reducciones. Prosiguieron las conquistas en otros ríos que se encuentran antes del Napo, como en el Tigre, en el Masa y en el Nanaî, ganando para la fe en el primero á los Zameos, en el segundo á los Masamaes y en el tercero á los Napeanes, que formaron un pueblo muy lucido en la boca del mismo Nanai. Y desde este tiempo y con esta ocasión de la conversión de los Napeanes, que sucedió poco antes de los años de 40, se comenzó á trabajar con mucho celo y constancia en la nación Iquita, que habitaba sobre las fuentes del río Blanco y se extendía hasta el río Curaray. Casi por el mismo tiempo se extendieron los padres por lo más bajo del río Marañón hasta los confines de Portugal, y ganaron los Pevas, los Zavas, los Caumares y los Cavachis, de que se hizo un pueblo numeroso, como también á los indios Ticunas, que recibieron la fe de Jesucristo algunos años antes de la partida de los misioneros, y vivían en reducción aparte con mucha cristiandad. Últimamente se consiguió abrir camino, cerrado por mucho tiempo, á la valerosa nación de los Gíbaros, la más copiosa entre todas las descubiertas en este siglo y puesta en las riberas del río Paute, al poniente del río Pastaza. Pero cuando empezaba á rayar la luz del Evangelio, en estas gentes ciegas, por juicios inescrutables de Dios Nuestro Señor, faltaron los ministros que habían comenzado felizmente esta grande obra, y se hallaron privados los pobres indios, deseosos de entender las verdades de nuestra santa fe, del socorro que se prometían en los padres.

Éstas eran en general las naciones que comprendía la misión de los Mainas, y éstos eran los sitios que ocupaban cuando entró á ellos la luz del Evangelio, como veremos, contando particular y distintamente por su orden las conquistas, y notando con la puntualidad que nos sea posi-

ble, el año en que se fueron ejecutando. Por ahora, ha parecido conveniente apuntar en este lugar la noticia general de las naciones y de los parajes en donde vivían; la cual, no puede menos de parecer algo obscura, así por la multitud de ríos y extensión de las tierras, como por el número grande de naciones, cuyos nombres enrevesados y bárbaros se resisten á la pronunciación y á la memoria. Por lo cual, haciéndonos cargo de la confusión indispensable y deseando facilitar al lector la inteligencia de la geografía de nuestra misión, ponemos al fin de la obra un mapa claro y harto más ajustado que lo que suelen ser los mapas comunes, de todo el distrito de las misiones con una descripción cabal de los ríos, pueblos, reducciones y límites de la jurisdicción del gobierno de Borja. Con este socorro podrá el que leyere, á un golpe de vista y sin trabajo, hacerse cargo de las naciones convertidas y de los sitios en que vivían.

La misma multitud de naciones diferentes, hizo también más dificultosa su conversión á nuestra fe, por el número grande y diversidad notable de las lenguas que hablaban; y no es fácil que en ninguna misión de las muchas que estuvieron á cargo de la Compañía, se hablasen tantas lenguas como en la de Mainas. Pero ni éste, ni otros muchos impedimentos, fueron parte para que no trabajaran en esta viña con singular empeño tantos varones apostólicos por el espacio de 130 años, sin hacer caso de los peligros frecuentes de la vida, de la escasez y falta de alimentos, de la destemplanza de los climas y de la calidad de las gentes, sobremanera bozales y dispersas en extremo. Fué sin duda triunfo de la gracia del Señor el haber podido reducir naciones tan tercas y obstinadas en sus antiguas supersticiones, y tan arraigadas en aprensiones extravagantes, como veremos en este libro, donde se tocará lo perteneciente á la condición de los indios, á la calidad de las tierras y á la diversidad de frutos, peces y fieras.

CAPITULO II

DEL TALLE, FIGURA, VESTIDOS Y ADORNOS DE ESTAS GENTES

La estatura ó talle de las naciones de Mainas, aunque no es igual en todas, es por lo común mediana. Su color es obscuro, bazo y tostado, ni tan blancos como el de los europeos, ni declina mucho al de los negros de Angola. No faltan naciones de color bien claro, especialmente en mujeres y niños, como la Pana, la Cunive, la Payagua y Mayoruna, entre quienes se ven mujeres de tan clara tez como la de las señoras más blancas de Europa; es más común esta blancura en los niños y niñas, pero creciendo en edad prevalece luego el color tostado, así por la fuerza de los rayos del sol, como por el uso frecuente de bañarse. El cabello es or-

dinariamente negro y duro, aunque hay naciones cuyas mujeres le tienen rubio y delgado. Pocas veces le dejan crecer los varones de manera que pase del pescuezo, ni las mujeres usan de trenzas; tráenlo suelto, y apenas le llega á los hombros. Los Ancutenas del Napo cuidan del cabello con mucho aseo y por eso los llaman Encabellados. Peínanse todas las tardes, hacen trenzas y las envuelven con un tejidillo en la cabeza. Es gala de esta nación dejar á sus tiempos, suelto y bien peinado el cabello sobre las espaldas y algunos hasta la cintura. Con la comunicación de las demás naciones, le iban cortando y se acomodaban á ellas.

La nariz es comúnmente chata, gruesa y proporcionada á las caras regularmente llenas y anchas. Firme la dentadura, y por todo igual, cuando no la dañan con el mascar continuo hierbas de zumo negro; es sumamente blanca y la conservan hasta la vejez. Tienen, algunas naciones, por adorno y por moda teñir los dientes y labios de color negro, y á este fin, mascan hierbas y tallos cuyo zumo, mezclado con ceniza que meten en la boca, hace, con el beneficio de la saliva, un negro que dura por muchos días. Mas, no contentos con una tintura, dan á lo menos cada dos días este barniz á dientes y labios para conservarlos así más lustrosos. Causa grima el ver cómo refriegan los labios con lo más áspero de la hoja del maiz para quitar el tinte antiguo hasta desollarlos, y echar sangre para que de esta manera asiente mejor el nuevo, y brille más por fresco y reciente. La frente es angosta y á poca distancia de las cejas. Los ojos, comúnmente pequeños, vivos y sin lagrimales. Es fealdad entre ellos dejar crecer el pelo de cejas y párpados, y así le arrancan con destreza y expedición con ciertos hilos que, afianzados á los dedos de ambas manos, abren y cierran con ligereza y, cogiendo los cabellos, tiran hacia arriba. Los Iquitos y Zameos los arrancan con una resina pegada á los dedos que lleva consigo todo el pelo.

Usan el pintarse caras y cuerpos las más de las naciones. Algunas se valen de espejos que hacen de copal derretido en un platillo algo hondo, que aunque no muestra claramente el rostro, sirve lo bastante para ver donde han de variar los colores. En este uso exceden á los demás los Encabellados, de cuya nación es vanidad característica pintarse los rostros así los hombres como las mujeres. Todas las tardes han de pintarse, necesariamente los jóvenes y sólo excusan este aliño los avanzados en edad. Causa risa ver á estos hombres, empeñados en pintarse las caras al acercarse á los pueblos, á cuya causa llevan consigo sus espejuelos y colores en ciertos coquillos pequeños. Excusa el misionero de querer impedir esta necia usanza, porque serán vanos todos sus esfuerzos. Pero si mueve á risa este loco empeño, mucho más mueve la deformidad con que quedan después de pintados, porque parecen unos demonios: tan fieros y horribles están, cuando más galanos. Las mujeres, como por genio, dan comúnmente más aire á la vanidad con sus invenciones, pintándose con más arte, gusto y simetría.

Rara es la nación que no tenga su distintivo en alguna deformidad,

en sus rostros. Atraviesan unas en la ternilla de la nariz cierto palito del tamaño de una pluma de escribir. Otras, hacen un agujero en el labio inferior, en derechura de la nariz, y así la encajan su palito. En las fiestas y danzas le quitan, y ponen en su lugar una piedrecita blanca á manera de un bolillo de hacer encajes. Asegurada la piedra en el labio, queda colgando hacia abajo, y con los movimientos del baile, da sus golpecitos en la barba. Abren algunas la ternilla de las orejas, y en vez de zarcillos ó arracadas, traen atrevesados palillos colorados. Tienen por gala los Zameos y Masamaes viejos, abrir el agujero poco á poco, hasta encajar una rodaja de la grandeza de una hostia grande, de manera que toquen las orejas con los hombros por medio de aquel ridículo cascabel. Así unos como otros, andan cargados de tan impertinentes adornos.

La nación Omagua, aplasta la frente hasta levantarla por arriba de seis á ocho dedos, y hace una figura parecida á la de los tupés, que suelen usarse en pelucas y peinados de moda. Para conseguir esto, comprimen con dos tablitas, una por delante y otra por detrás, el casco de los niños y niñas cuando tiernos, y para hacerlo con más suavidad y sin daño de las cabecitas, acomodan entre las tablas y el casco sus almohaditas de algodón, bien escarmenado. Al principio, aprietan poco, pero cada dos ó tres días, comprimen más por frente y cogote, y de esta manera alargan la cabeza, según la figura que pretenden. Es hermosura, entre ellos, tener un casco bien aplastado y levantado, y lo que más es, se rien de las demás gentes que tienen, como dicen ellos, cabezas de monos. Tan extravagantes son los gustos de los hombres. Ya no se veía sino tal cual Omagua de los viejos ó viejas con esta deformidad, y en los pueblos lo habían dejado enteramente.

La nación Mayoruna era, en el adorno de la cara, la más monstruosa de todas. Los varones tenían claveteado todo lo que corresponde á la barba de un hombre, bien cerrado y poblado de barbas entre los españoles. Desde mocitos, empezaban á hacer agujeritos en la barba, y clavar en ellos pedacitos de *chonta* negra, madera muy fuerte y dura; de manera, que vistos desde lejos, parecían hombres de barba negra y muy poblada. En la frente tenían dos rayas negras, en los dobleces de la nariz, abrían sus agujeros, en que clavaban dos plumas de la cola de guacamayo, pájaro vistoso, y otras dos en el labio inferior en que á correspondencia ponían otras dos plumas, que con las otras de arriba, hacían la figura de una cruz aspada. Aunque las mujeres de esta nación eran, por lo común bastantemente blancas y de buenas facciones, pero afeaban también monstruosamente los rostros con lo que añadían á la naturaleza, porque tenían en la frente tres ó cuatro rayas de una parte á otra, y las teñían de color negro y firme de una yerba, cuando hacían las cortaduras que atravesaban la piel con abrojos y espinas. Otras tantas rayas hacían en las dos mejillas de arriba hacia abajo, y otras atravesaban desde el labio inferior por las quijadas, hasta las orejas; fuera de tantas rayas negras, de que estaban acribillados, tiraban unas

como pinceladas gruesas del mismo zumo, que dejaban unas cintas negras que jamás se borraban.

Era propiedad de la nación Mayoruna el distinguirse los de una tribu ó familia de las otras por algunas rayas ó señales particulares que adoptaban ó miraban como hereditarias.

Los Iquitos llevaban en las orejas atravesados unos palitos largos, como de seis dedos, y en el extremo de ellos una planchita de concha como un real. Tenían los hombres el cabello tan corto, que se descubría el pescuezo; pero el casco lo cubrían con una plancha de achote y cierta resina cocida, que hacía una figura como de corona de fraile. Y como era tan colorada como el carmín más fino, los vecinos de Borja, al verla, le pusieron el nombre de birreta de cardenales. Tenían el cuerpo cruzado de rayas gruesas de la anchura de dos dedos; lo mismo hacían en piernas y muslos. Finalmente, las demás naciones usan también de varios adornos en las orejas, unas de un modo y otras de otro, como la Pana y Ticuna, que en vez de zarcillos traen planchitas triangulares, y la Maina flores hechas de plumas de varios colores,

Es común la desnudez á hombres y mujeres, aunque por lo común todos llevan alguna cosa con que cubren lo preciso para la decencia, y es una especie de tonelete que llaman pampanilla, y amarrado á la cintura, si cubre no pasa de las rodillas. Suelen hacer esta pequeña cubierta de un tejido de palma ó algodón; los Omaguas y Zurimaguas son más mirados que los demás indios, y traen sus pampanillas hasta media pierna, pintadas con mucho aseo. No es menos aseada la de los Encabellados, así por el tejido como por la pintura, aunque es más corta que la de los Omaguas. Usan estas tres naciones de mantas como basquiñas para sus fiestas y danzas. Los Urarinas, Roamainas, Muratas y otras naciones, que tejen *cachivanvo,* andan decentemente cubiertos, así hasta la cintura, como de medio cuerpo hacia abajo. Viene á ser el *cachivanvo* una tela que hacen de la corteza exterior y más delgada de una palma que llaman *achua*. Los Xeveros y Encabellados hacen sus vestidos de *lanchama,* que es una corteza de árbol ablandada en agua, la cual, golpeada con una macanilla, queda como el cuero de un ciervo.

No faltan naciones cuyas mujeres cubren solamente la distinción del sexo con sartas de pepitas de frutas entreveradas con dientes de monos ó con una concha. Y como hay varias gentes que andan del todo desnudas, uno de los principales cuidados de los misioneros era tener consigo en los pueblos estopa ó lienzo para cubrir luego á los que venían de nuevo, á las veces del todo desnudos, y otras muchas muy mal cubiertos. He hablado muchas veces con un misionero de Mainas, que estando en una ocasión en la iglesia de su pueblo haciendo sus Oficios, vió venir una mujer gentil del monte, y entrarse por la iglesia del todo desnuda; afligióse el buen hombre por no tener lienzo para cubrirla; pero luego se le ofreció que de un enceradillo que tenía en su ventana la podía hacer una pampanilla; hízola luego al punto y quedó aquella infeliz remediada y el padre muy consolado.

5

En su misma desnudez tienen estos bárbaros sus aliños particulares; el más general es el de los brazaletes. Los Encabellados llevan dos en las pulseras y otros dos en las piernas: aquéllos en distancia de tres dedos, y éstos en distancia de seis. Los tejen de hilo de algodón con mucha curiosidad, y forman unas rosetas parecidas al tejido de damasco blanco y fino para servilletas y manteles. Los Pevas y Ticunas hermosean sus brazaletes con plumas de varios colores. Los Omaguas usan de unas como fajas de cuatro dedos de ancho, y llevan por gala en sus altas cabezas unos *llautos* vistosos por la figura que hacen de guirnalda y por la variedad de plumas de muchos colores, distribuidas con aseo y entretejidas con gusto. Tan natural es al hombre querer parecer bien á los que les miran, pues aun estos salvajes, en tanta miseria y desnudez, hacen lo que entienden por engalanarse á su modo.

CAPITULO III

CÓMO VIVÍAN ESTAS GENTES; DE SU GOBIERNO Y DE LA AUTORIDAD DE SUS CACIQUES

Admiró á Europa la primera noticia que dieron los conquistadores de Indias sobre la calidad de sus habitadores. Pintábanlos comúnmente como hombres en la apariencia, y como brutos en la realidad. Apenas les concedían una racionalidad semejante á la de los niños de ocho á diez años de la Europa, y lo que no puede menos de extrañarse es que llegasen á persuadir efectivamente que se podía dudar de su capacidad en juzgarlos perfectamente racionales. Pero condenó este juicio quien podía, declarando la Silla Apostólica que los indios eran racionales y capaces de obrar bien ó mal, según el uso del libre albedrío que concedió Dios al hombre. Por consiguiente, se declaró que eran capaces de todos los demás derechos que como tales podían y debían gozar. Véanse las leyes de la Recopilación de Indias y las Bulas de Alejandro VI y de Paulo III; esto se llegó á pensar de los mejicanos gobernados por los Motezumas, y de los peruanos vasallos de los Ingas, cuyas leyes y modo de gobierno han hecho dudar á varios, si tenían que ceder á las leyes de los emperadores romanos.

Yo tengo por cierto que fueron á los principios muy grandes las exageraciones en esta materia; pero veo también que aquellas gentes hacían grandes ventajas y conocidos excesos á los que vivían en los bosques y montañas del río Marañón. Aquéllas sujetas á soberanos, éstas sin reconocer señorío ni dependencia. Aquéllas gobernadas por leyes bien formadas, y las más, según el dictamen de la razón; éstas sin ley ni freno, entregadas á los desórdenes de las pasiones más bárbaras. Aquéllas reducidas á repúblicas con orden y método de gobierno económico, político

y militar; éstas esparcidas como fieras en los bosques sin avenirse, sin ayudarse y sin comunicarse unos con otros. Esta generalidad descubre mucha diferencia entre unas y otras gentes, y aun se verá que es mayor por lo que iremos insinuando de sus poblaciones, modo de vivir, costumbres y extravagancias.

Por numerosas que sean las naciones del Marañón, de ninguna se ha encontrado propiamente población en aquellos bosques. Unas pocas familias en dos, tres ó cuatro casas medianas ocupan el sitio correspondiente. Hacen en el contorno sus siembras, que llaman *chagras*, y procuran que sea cerca de algún torrente ó riachuelo que suministre el agua necesaria para bebidas y baños y algún poco de pesca para el sustento, aunque no dejan de valerse á veces de la caza, según los instrumentos ó armas propias de la nación. En todas partes hallan materiales para sus casas, que se componen de palos gruesos por pilares, de varas para la armazón del techo y de hojas de palma para cubrir la fábrica. Cada uno es carpintero y hace por sí mismo lo necesario hasta dejar su choza perfecta y acabada para los usos que se figura.

Pocas naciones usan de catres ni de mesas para comer. En lugar de cama tienen una red colgada que llaman hamaca y la labran con curiosidad y solidez. En los Zameos, Macamaes, Pevas y otras naciones es oficio de las mujeres el hacerla, previniendo los hombres la *chambira* ó cáñamo que tuercen ellas. En los Encabellados está al cargo de los varones buscar el material, torcerlo y formar las camas. Cada uno duerme en la suya, fuera de los casados, que duermen acompañados en una que se hace mucho mayor que las demás. Esta especie de cama, colgada en el aire en dos palos, es cómoda y descansada en temples ardientes como son aquellos en que no arma bien el uso de colchones. Aun los españoles seglares y misioneros se acomodan á dormir en esta especie de camas ó sobre unas esteras por el gran calor.

El ajuar de la casa cabe casi todo en un cesto ó canasto mediano, con que carga la mujer en las mudanzas que hacen frecuentemente á otros sitios. Todo se reduce á la cama ó camas para dormir, un par de ollas, algunas cazuelas y platos, una tinaja para la bebida y un vaso que llaman *pilche*, el cual se cría en los árboles, como las calabazas de los peregrinos, y abierto y limpio y bien secado al sol, se endurece y sirve cómodamente para beber. Su mantenimiento se reduce á plátanos, maíz y yuca, de que hablaremos á su tiempo largamente. Usan también de varias raíces que se dan con abundancia en los montes, y algunas veces tienen algún pez, mono ó ave que han cogido. Comen dos veces al día: por la mañana á cosa de las ocho, y por la tarde entre cuatro y cinco. Como no usan de mesas ni manteles, se arriman los hombres, puestos de cuclillas, alrededor de una cazuela ó barreñón, y las mujeres, separadas, se sientan en el suelo alrededor de otra. El comer lo hacen muy al natural, y el verlos era materia de gusto y recreación para los misioneros. Los dedos les sirven de tenedores, y de cucharas unas conchas. Acabada

la comida, los ancianos se tienden en sus camas y los jóvenes escapan á bañarse y refrigerarse en el río; pero tienen la precaución de apartarse los hombres de las mujeres.

La ocupación de los varones entre día es cuidar de sus sementeras, cazar y pescar (si han de traer algo para la familia), hacer armas, aderezar lanzas, rodelas y anzuelos para la guerra, caza y pesca. Lo demás del tiempo, que es mucho, se están ociosos y bien hallados con su pereza que les acarrea tantos males y daños, como veremos. El oficio de las mujeres es hacer de sus raíces y fruto la bebida usual á la familia que á todos debe estar franca en cualquiera hora del día, y apenas se levantan los hijos y maridos, van corriendo á la tinaja y se echan á pechos su pilche ó vaso. No dejan de ayudar las mujeres á sus maridos á limpiar sus heredades, acarrear los frutos y acomodarlos en la casa; pero es peculiar de ellas hacer la loza necesaria, pues son, por lo común, olleras á mano; y sin torno y con grande tino, hacen todo género de utensilios, ollas, cazuelas, platos, tinajas, tales cuales han menester para los usos de casa. Sacan estas piezas tan bien figuradas, tersas y templadas como los mejores alfareros. Las Encabelladas hacen loza más fina y delicada que las Omaguas; pero son éstas más hábiles para piezas grandes, como cántaros y tinajas. Unas y otras saben dar á la loza un barniz permanente, vistoso y fino, de manera que se limpian las piezas con mucha facilidad.

Hasta aquí llega el gobierno económico de estas gentes. En todo lo demás sólo se ve el desorden, la behetría y confusión. La sujeción de unos á otros en esta dispersión es ninguna, porque no reconocen señorío ni tienen leyes de sociedad. Los hijos no se sujetan á sus padres, ni éstos les dan alguna crianza. En manteniéndoles cuando pequeños, á que se extiende todo su cuidado, les dejan cuando pueden mantenerse por sí mismos, sin pensar en corregir ó castigar sus excesos. Los maridos ruegan, más que mandan á sus mujeres, ni éstas sufren imperios ú otro lenguaje en sus maridos. No hay recursos para que se haga justicia, porque no se observa entre ellos. Cada familia y cada persona de ella se atribuye á sí misma una plena libertad para cuanto se le antoja, sin que piense ninguno en irle á la mano, porque todos se niegan á la menor sujeción. Crecidos los hijos y las hijas, en llegando á casarse se apartan de sus padres, y los hermanos se separan unos de otros, acomodándose en sitios más ó menos distantes según la mayor ó menor avenencia entre sí y entre los parientes de sus consortes. Y es prueba de buena correspondencia y amistad, cuando no se alejan unos de otros más de uno ó dos días de camino. Los misioneros tenían por una avería ventajosa, cuando en sus entradas y descubrimientos hallaban algunas familias así repartidas y tan poco distantes unas de otras, especialmente en estos últimos tiempos en que no había ya tanta gente como en los principios.

Dispersos los indios y vagabundos por los montes, fijan por lo regular por poco tiempo su residencia en el sitio que mejor les parece. Porque

fácilmente hallan motivo ó causa para nueva mudanza, aunque hayan de hacer nueva casa, y plantar nuevas sementeras. Basta que se avecine una familia aun de la misma nación á las cercanías, para abandonar el sitio y alejarse enteramente, en especial si hay en ella algún soltero ó soltera que cause alguna inquietud y dé ocasión de celo entre marido y mujer. Basta también que en los contornos se halle algún indio que se figuren les mira de mal ojo y que les pueda hechizar. Basta que no lejos de sus campos descubran algunos rastros de gente no conocida ó de que puedan temer; y aun sin esto, basta la muerte de alguno de la familia para dejar la casa y escapar á otra parte á donde no les siga la desgracia. Y como todos han de morir, fácil cosa es el conjeturar cuán estables serán sus habitaciones. Parece que aun en sus mismas mudanzas quieren ejercitar su libertad y dominio viviendo ya en una parte ya en otra, porque tienen por país y tierra propia todos aquellos montes, y así se lo repetían muchas veces á los misioneros, cuando entraban á ellos diciendo: «estas tierras son nuestras, y nosotros podemos disponer de ellas sin que ninguno nos lo pueda impedir.» De esta manera viven señores de sí mismos, y con plena libertad para tomar satisfacción de cualquier agravio, cuya pena, sea el que fuese el delito, no ha de ser menor que de muerte, y sólo puede excusarla el no tener fuerza ó no hallar astucia para ejecutarla.

Aun aquel principal que reconocen como cabeza de la parcialidad, está muy lejos de tener aquella autoridad que significa el nombre de cacique, con que suelen llamarle los españoles. El es un mero capitán ó comandante para sus guerrillas, y esto significa el nombre que le dan de *curaca* en lengua Inga, *zana* en la Omagua, *raitín* en la Zamea, *ejatain* en la Encabellada y *acumerario* en la Iquita. En lo demás no se le sujetan ni le reconocen por superior, y con la misma facilidad con que se arriman á uno, se apartan de él siempre que les parece; y se juntan con otro aunque haya sido contrario y enemigo. Son estos capitanes, por lo regular, los más valientes y que se han hecho temer y respetar ó por su brío y resolución en acometer á los enemigos, ó por su valor y animosidad en defenderse cuando han sido acometidos ó perseguidos. Tal vez se alzan con el nombre algunos brujos más insignes, á quienes temen como á dueños de su salud y vida, figurándose neciamente que al menor disgusto que les ocasionen pueden consumir y aniquilar á todos á fuerza de hechizos y brujerías. Aprehensión tan poderosa en los indios, que se deshacen de cuanto tienen y aprecian por no disgustarlos. Si bien, como son muchos los encuentros de la vida, tarde ó temprano vienen á pagar los brujos sus embustes con la vida á lanzadas, en venganza de alguna muerte que se les atribuye de alguno de la parcialidad.

En tanta independencia y libertad se miran sin disonancia los mayores desórdenes, los vicios más bestiales y las costumbres más bárbaras, corriendo impunemente hasta llegar á ser comunes y como naturales. No se aprecia la honestidad, no se guarda el recato que prescribe la na-

turaleza; no hay respeto que los contenga, ni hay freno que modere el torrente de las pasiones de la naturaleza viciada. De donde nace que tantos excesos vienen á parar finalmente en odios, disensiones y encuentros y ninguno debe extrañar que hubiese entre aquellas gentes una continua guerra, conque unos á otros se perseguían y acababan.

CAPÍTULO IV

DE SUS CASAMIENTOS

En los casamientos de los indios del Marañón no se ven aquellas formalidades que hacen un contrato claro, formal y expreso, pero no faltan aquellas que parecen bastantes para fundar un consentimiento verdadero de las partes, y para dar al matrimonio alguna firmeza según sus estilos. El modo más ordinario es, que el pretendiente de alguna mujer ponga por algún tiempo á la puerta de la casa donde vive la pretendida un brazado de leña. Todas las tardes va el pretendiente al monte, recoge la leña y la pone sin hablar una palabra en el sitio dicho. Los primeros días afecta la mujer poco aprecio, y, sin darse por entendida, deja con todo cuidado de recogerla hasta que se lo avisa la madre ó el padre ó algún hermano mayor. Continúa el pretendiente en hacer la misma diligencia á la hora acostumbrada, y poco á poco se insinúa ella, como algo inclinada. Y cuando quiere darlo á entender espera al que la pretende en el tiempo en que sabe ha de venir con la leña, y ve cómo la pone á la puerta en su presencia, pero no le habla palabra. Esta demostración le basta al pretendiente para llevarla ya todas las tardes algo de pesca en una sarta, que deja colgada en la puerta sin decir palabra, ni á ella ni á otra persona alguna. Dura, cuando menos, un mes entero esta asistencia en cuyo tiempo se miran en público los pretendientes tan sin afecto, que ni se hablan palabra, ni dan señal alguna de inclinación, aunque se entienden muy bien y conocen cuando se quieren y hay esperanza de concluir el casamiento.

Toca al padre de la novia, hermano mayor ú otro pariente cercano, explicarse por ella, y lo hace de esta manera. Manda un día entrar al pretendiente en la casa, y le da una información de la que ha de ser su mujer, diciéndole que la moza ha de ser mujer casera, que es hacendosa, que sabe hacer bebidas, tejer pampanillas, hermosear brazaletes, formar ollas y platos, que sabe cuidarse á sí misma y sabrá también cuidar á su marido. El que ha de serlo, responde por sí mismo y se abona diciendo: que es cazador, sabe pescar y trabajar, que no tiene pereza al trabajo de hacer sementeras, cuidarlas y limpiarlas, que es valiente y animoso, y puede mantenerse á sí y á su mujer, cuidándola y atendiéndola en todo. Entre los Imaguas todo es al contrario; el padre de la moza

dice que es una mujer ociosa, inútil y que para nada sirve, pero el novio la alaba y abona todas sus cualidades. A estas pláticas están presentes todos los de casa, y á vista de todos, se levanta el pretendiente de su asiento, y sin hablar palabra, pone en manos de la que ha de ser su mujer, una sarta de abalorios para las pulseras. Ella se mantiene quieta, con los ojos bajos, y vuelve el hombre á su asiento; se levanta, toma un pilche de bebida y se lo da para que beba. Todo se hace sin chistar ni pestañear de parte de los que contraen el casamiento, y así se acaba la función, y no resta más que la última ceremonia ó formalidad que cada nación ó parcialidad tiene diversa.

En algunas, acostumbran colgar una cama en medio de la casa, y juntos todos aquellos á quienes toca en alguna manera la función, se sienta primero en ella la mujer, vueltas las espaldas al asiento de los hombres, luego se sienta el marido en la misma cama, al lado opuesto, y vuelto de espaldas á la mujer. Estando los dos en esta postura, una de las mujeres, más ancianas, toma un vaso de bebida y se le alcanza á la novia, que volviéndose de medio lado, se le da al novio diciendo: «toma, bebe». Recíbele el hombre diciendo: «beberé», y en efecto, bebe. Vuelve el vaso, por manos de la novia, á la anciana que está esperando en pie, y llenando segunda vez el vaso, vuelve á entregársele á la novia diciendo: «toma y bebe tú, como ha bebido tu marido». Recíbele la mujer, bebe y entrega el vaso á la vieja. Otras naciones tienen el estilo de que el novio mismo amarre y cuelgue la cama en medio de la casa, y se siente en ella, manteniendo conversación con los demás hombres. En esto, la madre, hermana ó tía de la novia, que va á su lado, lleva de beber al novio que, después de haber apurado el vaso, dice: «ya he bebido»; entonces responde la madrina: «pues ésta es bebida que ha hecho la novia, que es diestra en hacerla, y en adelante te la hará y beberéis ambos». Diciendo estas palabras, hace que la novia se siente al lado del novio, y le encarga que la quiera, la cuide y la alimente. Sí, haré, responde el marido, y hacen que se entienden ambos. En otras naciones usan de otras formalidades, que vienen á significar lo mismo. Sólo añado, que los Ticuras concluyen sus casamientos con una borrachera de dos ó tres días, y en el último, salen todos bailando al rededor de las casas, llevando en medio á los recién casados, que con esta función quedan ya declarados por tales, sin que tengan libertad de separarse.

Hemos referido por menudo estas formalidades de los indios, para que ninguno dude del valor de sus casamientos; pues claro está, que cualquiera de las ceremonias, arriba dichas, que intervengan, son verdaderas señales del consentimiento. Y así, ellos mismos tienen á los casamientos hechos con ellas, como autorizados y firmes, sin que pueda faltar ninguno de los casados. Pero como son tan inconstantes, y á poco tiempo se enfadan unos de otros, se apartan con facilidad á poca desazón que entre sí tengan, pegándose á quien le parece mejor. Ni los ancianos desaprueban tanto la separación antes de tener hijos, como después de

tenerlos. Si la mujer, á quien dejó su marido, queda embarazada, se venga después en la criatura, haciéndola matar recién nacida, ó ella misma la entierra viva, cargándola de oprobios, por ser hija de quien la dejó ó no mereció vivir con ella. Tanta es su rabia y despecho por verse despreciada. Cuando los misioneros las afeaban tan bárbara crueldad, respondían luego, que no tenían cara para tener en sus brazos ni criar á sus pechos un hijo sin padre al lado, ni aguante para sobrellevar las molestias que trae el mantener una criatura, sin la ayuda del que le había engendrado. Pero la verdad era que querían librarse del embarazo, para arrimarse á otro sin el estorbo, y pensaban así tomar venganza del que las había despreciado.

Entre los Iquitos y Zameos había una práctica bien singular. Algunos hombres tomaban á su cargo el criar una niña para que con el tiempo fuese su mujer. Llevábala el hombre á su casa, y jamás la dejaba de su lado á donde quiera que fuese; la llevaba en brazos á ella, le seguía en las cazas, pescas y trabajos del campo. En suma, haciendo el oficio del más amante padre ó madre más cariñosa, la iba criando á su modo, gusto y genio. No podía menos la niña de tomarle mucho amor, y al paso que crecía se le inclinaba mucho más. Hizo esto disonancia á los misioneros, y dieron á entender que no les agradaba el que desde tan tiernas las tuviesen consigo para el fin de casarse con ellas. Pero ellos no se aquietaban, y hacían inducción de varios que tenían mujeres criadas á este modo, cuyos casamientos eran los más firmes y duraderos, y aseguraban que hasta que fuesen bien crecidas y de edad proporcionada, solamente las criaban como á hijas, y que no pasaban del cariño propio de un padre. No les convencía esta razón á los padres, pero entre los gentiles disimulaban lo que no podían remediar, y á la verdad el efecto mostraba que por aquel medio tan singular, aunque tan peligroso, conseguían el fin de hacer permanecer los matrimonios.

En estos últimos años llegó á un pueblo de las reducciones un indio que venía del monte con una niña de seis á siete años, y se presentó al misionero. Pensando éste que era hija suya, le pidió su consentimiento para bautizarla. «Bautízala, dijo el indio, que yo también me bautizaré después, y nos casarás cuando tenga más edad, como he visto que se han casado hoy en la iglesia fulano y fulana.» «Mira, padre, añadió con mucha precisión, ésta es ahora mi hija; poco después será mi hermana, y cuando sea grande será mi mujer.» Con esta graduación se explicaba el indio; y como lo dijo, se fué viendo con el tiempo que lo cumplió. Así formó este gentil la mujer conforme á su genio.

Otros casamientos solían ser seguros y firmes; pero por otro camino muy diferente, y al parecer opuesto. Eran éstos los que se hacían con mujeres de nación distinta ó parcialidad enemiga, las cuales cogían después de matar á título de guerra á sus maridos ó padres en cuya compañía vivían. Traídas estas mujeres, tenían mucho que aguantar y sufrir para avenirse con aquellos que habían quitado la vida á los que má

querían, haciéndoseles á los principios intolerables la sociedad y vida maridable con los mismos matadores. Pero al fin, con el buen trato que las daban, y con la experiencia de ser estimadas tanto ó más que las de la propia nación, cobraban amor y agradecimiento, y no saltaban fácilmente. Los casamientos que se hacían con el consentimiento de los padres, eran generalmente los más duraderos, y los menos firmes y constantes los de los huérfanos, sin querer sujetarse ni fijarse sino después de varias mudanzas; pero aun estos últimos, en llegando á tener hijos, eran bastantemente firmes y permanentes.

La multitud de mujeres en los indios del Marañón no es tan común ni frecuente como han querido dar á entender algunos que han escrito de las costumbres de estas gentes. Es ésta una distinción y regalía de los caciques, y no tan general que la tengan todos, aun antes de reducirse á la fe. Raros de éstos mantienen dos ó tres ó más mujeres, no tanto por desahogo ó pasión, como dicen ellos, cuanto porque cuiden de hacer la bebida en la casa para los huéspedes que concurren. Pero mientras cría la una á su hijo se arrima á la otra, y de ambos cuida igualmente el príncipe sin denotar preferencia. De esta manera se avienen las dos fácilmente en una misma casa, anda la una al lado de la otra y comen siempre juntas. No se mete una con los hijos de la otra, y en la casa todos parecen hijos de un padre y de una madre, sin hacer distinción de unos á otros. A todos da el cacique de comer, y previene cama para dormir, que es el todo de su providencia para la familia. En una ú otra nación se ve alguna semejanza de la ley del Viejo Testamento, que mandaba que muriendo el primogénito sin sucesión, tomase el segundo á su viuda por esposa para asegurar la sucesión. Porque muerto el cacique ó principal ó capitán, entra el hermano segundo, á quien toca de suyo la dignidad, y se casa con la mujer de su hermano, cuyos hijos, si los tenía, los adopta por propios, aunque sea necesario dejar á su misma mujer y á los hijos que haya tenido de ella.

CAPITULO V

DE LOS GEMELOS, CONTRAHECHOS Y DEFECTUOSOS

Dió mucho en que entender á los misioneros del Marañón, no ver entre tantos gentiles algunos gemelos, contrahechos ó defectuosos. Y pareciéndoles imposible tanta uniformidad en los partos y en la entereza é igualdad de miembros entre tantas gentes, pensaban seriamente sobre la causa de aquella novedad. Tardaron algún tiempo en descubrirla, porque el indio tira mucho á ocultar sus cosas y no suele bastar á descubrir sus abusos la mayor vigilancia del misionero. Pero luego, hallaron los primeros padres, cuando fueron adquiriendo práctica de las tierras, que

no se encontraban gemelos en ellas, porque los gentiles miraban aquellos partos como efecto de algún influjo del demonio. A la verdad, no culpaban á la mujer que daba á luz dos criaturas á un tiempo ni echaban la culpa á su marido. Y aunque no sabían dar razón de dónde aquello proviniese, pero reparaban en lo que veían, y como no era común, y lo raro y singular entre ellos es cosa del demonio, á su malignidad atribuían el parto de los gemelos. Por eso decían que el parto de dos era infamia de la mujer y del marido, y que no se podía borrar hasta que la mujer no tuviese un parto regular y ordinario.

Lo más común entre ellos, cuando nacían dos criaturas, era el matar una de ellas, dejando á elección del padre cuál había de quedar con vida y ser criada de su propia madre. No dejaban de disculparse en aquella crueldad con la mucha molestia y trabajo de criar dos á un tiempo; pero no era éste, sino el insinuado arriba, el verdadero motivo de deshacerse de la criatura, y tal vez las mataban ambas si podían ocultar de algún modo la causa de la infamia en que incurrían. Alguna otra nación quita sin remedio alguno la vida á los gemelos de un modo bruto y bárbaro. Porque juntas las dos criaturas y bien ataditas, las entierran vivas, no sin haberlas golpeado para que mueran cuanto antes en la hoya ó gotera en donde las sepultan.

En el año de 1752, en un pueblo de Encabellados, llamado de la Trinidad, desenterró el P. Manuel Uriarte, que olió esta crueldad, dos criaturas así sepultadas, en el sitio donde caían las goteras de la casa, por el mismo padre que las había engendrado y golpeado sus tiernos muslos. Pero quiso el Señor, que había por ellas derramado su sangre, que las sacase de la hoya todavía palpitando y con señales de vida, y administróles el santo Bautismo y volaron al cielo con la estola de la gracia.

La nación Omagua tiene por crueldad el matarlas á sangre fría, y se figura poderse librar de tan infame nota con un estilo que guarda en deshacerse de una de las dos recién nacidas. Es muy curioso el modo, y no puedo menos de referir tan singular extravagancia. Luego que alguna india ha dado á luz dos criaturas de un parto, previenen los de casa una tinaja grande, de las que trabajan con más aseo y pintan con más curiosidad. Dentro de ésta acomodan á la criatura sobre una porción de algodón bien escarmenado. Pónenla por colcha un pedazo de manta pintada, dejándole descubierta la carita para que pueda respirar. Cubren después la boca de la tinaja con otra manta vistosa y bien atada que la defienda del sol, aire y agua, con la precaución de hacer en la cubierta ciertos agujeritos con arte y simetría para respiradero, á fin de que no muera sofocada la criatura.

Dispuesta de esta manera la tinaja, la llevan como en procesión desde la casa de la madre á orillas del río con acompañamiento de algunos jóvenes, que al son de un pífano y tamborcillo, van dando saltos y brincos delante de la tinaja: alrededor de ella van bailando las mujeres, y los parientes cierran la procesión vestidos de gala. En el puerto está preve-

nida una canoa en donde asientan la tinaja y la aseguran escrupulosamente con cuerdas. Hecha esta diligencia, sacan la canoa tirada de otras hasta la mitad del río y la dejan llevar de la corriente. No hacen alto sobre el peligro de muerte á que exponen á la criatura, porque se figuran que alguno de sus *zumis* (sacerdotes adivinos que creen tener comunicación con el demonio) la tomará á su cuidado y sabrá á quién ha de dar el trabajo de mantenerla y criarla. Satisfechos de su providencia, vuelven alegres y con algazara á dar noticia á la madre de lo que con toda diligencia han practicado para que se consuele y atienda únicamente á la otra criatura que le queda en casa. Las mujeres la consuelan amonestándola que en adelante procure parir como buena Omagua que, sin ocasionar molestia á los zumis, que no están para eso, sabe criar cada una sus hijos. Y que no imite otra vez á los ratones, monos y otros animales que paren á montones. Tanto disuena á estas gentes lo singular y raro, que dan en tan necias extravagancias.

No para en esto la superstición de las Omaguas; hay también en este caso una molesta é indispensable ceremonia que coje á todas las mujeres. Al primer rumor que se esparce en la parcialidad de haber nacido dos criaturas de un parto, se alborotan todas ellas y como sorprendidas de un terror pánico de que se les pegue el contagio, sacan á plaza todos sus utensilios, y á golpe de palo de ciego rompen ollas, quiebran platos y hacen pedazos cazuelas, cántaros y tinajas, apagan el fuego, echan al río tizones y cenizas, sacuden el polvo de los toldos, barren las casas y varean muy bien la ropa de mudar: últimamente corren exhaladas al río y con toda la ropa que llevan á cuestas se echan en el agua, se chapuzan, se lavan con mucha prolijidad, y así purificadas, vuelven á sus casas á mudarse, seguras de que no se les pegará la roña: toda esta baraunda ocasiona á las mujeres el parto de los gemelos.

Mantuvo esta superstición la nación Omagua con la mayor tenacidad, y costó á los misioneros la industria y el trabajo de muchos años el arrancarla, y no se consiguió del todo hasta que los viejos más tenaces de estos abusos se fueron acabando. Después confesaban llanamente su ignorancia, se reían de su simpleza y se avergonzaban de la necedad de sus antepasados. Criaban con mucho gusto sus gemelos, y las madres agradecidas los mostraban con alegría á los padres misioneros, como prueba del mejor modo de pensar que debían á su enseñanza y dirección. Nunca tiene más fuerza la razón que cuando está el corazón libre de vicios y pasiones: y esta nación de Omaguas mostró no tener mal entendimiento al paso que se fué haciendo cristiana.

Del mismo principio de inhumanidad y barbarie que no daba lugar á los gemelos entre aquellas gentes, nacía el no verse entre ellas, ciegos, mancos, tullidos y contrahechos. Algunos misioneros piadosos creyeron á los principios que nacía esto del amor y cuidado con que criaban las madres á sus hijos y de una particular providencia del cielo, que quería librar á estos infelices de los trabajos que habían de padecer necesaria-

mente, entre unas gentes que ni se compadecen de cuitas ajenas, ni se mueven de miserias, ni saben de obras de misericordia. Mas poco duraron en estos piadosos sentimientos, porque luego se descubrió el execrable abuso de padres y madres. Apenas veían una criatura recién nacida con una falta natural que les parecía fealdad, al punto la condenaban á muerte, y sin humanidad, compasión ni reparo, la enterraban viva. Esta era la única y verdadera causa de no verse entre ellos algún contrahecho ó defectuoso.

El P. Francisco Figueroa refiere, en un informe manuscrito, que las mujeres Cocamas mataban con la mayor crueldad los hijos que les nacían contrahechos ó con alguna monstruosidad, lo cual hacían de un modo que horroriza sólo el contarlo. Llevaban las mismas madres la criaturita á la orilla del río y, cogiéndola por las piernecitas, la dividían por medio, como tan tierna, de un fuerte tirón y la arrojaban, partida en dos partes, á las aguas. De los gemelos dice que, reservándose uno para criar á sus pechos, metían el otro en una cestilla abierta y la echaban río abajo como á Moisés. Los Cocamas, ya reducidos á la fe, no podían oir en paciencia la crueldad que se atribuía á sus mayores en el hecho sangriento de partir los niños por el medio y de arrojarlos al río, y se quejaban de algunos malignos y rivales que, en odio de su nación, habían levantado esta calumnia y se la habían hecho creer al P. Figueroa. Tan mal les asentaba, al confronto de la mansedumbre cristiana, la nota infame de sus mayores, que pensaban cundía su mancha hasta los hijos y nietos, por más que quisiesen lavarla.

La costumbre de matar á los defectuosos no hablaba sólo con los niños recién nacidos, se extendía también á los adultos que, por alguna casualidad ó desgracia, quedaban estropeados, ciegos, cojos ó mancos. En esos ejecutaban la misma crueldad que en los niños, si no les contenía el amor que con los años le cobraban sus padres ú otros allegados, ó tal vez la resistencia que podía hacer la misma persona defectuosa, peleando por su vida. No fué poco triunfo del celo y vigilancia de los misioneros el haber podido desterrar este uso bárbaro, no sólo en los pueblos antiguos de la misión, pero aun de los más modernos, en donde se veían ya tuertos, mancos y cojos, con otras deformidades. En estos últimos tiempos se criaba en una de las reducciones nuevas un niño sin piernas y sin manos, rematando sus piernas y brazos en dos zoquetillos redondos y carnosos. Pero tenía tantas gracias, que era el embeleso así del misionero como de todo el pueblo. Con sus zoquetillos andaba, corría, jugueteaba y bailaba con extrema ligereza á compás de los tonos que le tocaban. Cantaba como un ángel; tanta era su gala y la suavidad de la voz. Leía manteniendo firme el libro y volviendo con sus zoquetillos las hojas con ligereza y expedición. Escribía no sólo llevando y asentando la pluma sobre el papel, sino sacando los renglones tan derechos y de buen carácter, como si nada le faltara. A todos los indios excedía en la prontitud y facilidad de aprender de memoria las oraciones y el catecismo, que decía con una

pronunciación que cautivaba por su lengua limpia y tono de voz agradable. Con tan buenas partes se merecía el cariño de todos, y parece que la divina providencia había puesto este niño entre aquellas gentes tan tenaces en sus errores y aprensiones, para que se desengañasen viendo con sus ojos lo descaminados que andaban en sus juicios, preocupaciones y extravagancias.

CAPÍTULO VI

DE LA SUPERSTICIÓN MÁS PERJUDICIAL DE ESTA GENTE Y DE LOS HECHICEROS, ADIVINOS Y CURANDEROS

Están puestos los indios del Marañón en otro error y abuso más perjudicial que los antecedentes, así por ser causa de muchas muertes, como por haber sido siempre uno de los principales impedimentos á su reducción y á que vivan juntos en los pueblos. Se puede decir francamente que no hay nación alguna de cuantas se han descubierto en las misiones, que no viva en la persuasión extraña y porfiada creencia de que no hay muerte natural. Ellos ven con sus ojos que muere el chico y el grande, el joven y el viejo, porque al fin mueren como en todas partes, de todas edades. Y sin embargo de esto, todos sin exceptuar á ninguno, mueren á su parecer hechizados, ó de muerte violenta, porque se figuran que si no les mataran á lanzadas sus enemigos ó con hechicerías los brujos y hechiceros, vivirían hasta una vejez muy decrépita, y acabarían de vivir por pura vejez ó podredumbre, como caen de puro podridos aquellos árboles que no tienen la suerte de ser cortados con sus hachas ó de ser derribados de algún huracán furioso. Apoyan éste su juicio errado con el que hacen de los animales terrestres, de las aves y de los peces, que á su modo de pensar tendrían vida muy larga, si no se persiguieran unos á otros, ó no los consumieran los hombres. De aquí nace que no reparan en andar al sol, al aire, al agua, ni á otras inclemencias del tiempo, y si se resguardan algo ó se defienden de estos contrarios, lo hacen solamente porque les incomodan, desazonan y mortifican, no porque teman de ellos algún daño á su salud. Echanse á dormir frecuentemente á cielo descubierto y en sitios cenagosos ó en lugares cercanos á lagos pútridos; vánse á bañar sudados, y lo que es más, con calenturas ardientes y malignas. Y siendo tan natural la destemplanza y alteración de humores en su poco resguardo y ningún cuidado, contraen enfermedades frecuentes por sus muchos disparates, y se agravan y hacen incurables las contraídas.

Lo extraño y raro es que, siendo muchas veces clara la causa de su enfermedad, y aunque sea solamente un dolor de cabeza ú otra leve indisposición, luego empiezan á cavilar sobre quién les hechizó, si será

éste, si será aquél, si el otro, y con la variedad y confusión de pensamientos se consumen de melancolía. Lo más ordinario es atribuir el hechizo que suponen cierto á algunas de las naciones ó parcialidades confinantes. Bien que no pocas veces lo atribuyen á algún viejo de la misma parcialidad. Basta que el enfermo ó la enferma tenga una cierta aprensión de que fulano ó zutano le miró en cierta ocasión de mal ojo, ó que pudo resentirse de alguna acción suya, para que se veguen de él los parientes del miserable paciente, como causa que suponen del hechizo ó fascinamiento. Ni aun es menester tanto; un vano ofrecimiento que le venga á un yerno ó nuera de que su suegro quiere hacer el daño de quitarle su consorte, no repara en atribuirle la muerte. Es lance repetido más de una vez en aquellas misiones.

Mas si el enfermo se descuida en explicarse á quién atribuye la muerte, el padre, la madre, marido ó hermanos se echan encima luego sobre él, para que descubra quién le ha hechizado ó sido causa de la enfermedad. Sucede no pocas veces que el pobre no sabe á quién atribuir el mal y se excusa diciendo que á nadie ha dado ocasión de que le haga tanto daño, ni se ha visto en lance de disgustar á ningún hechicero. No quedan satisfechos ni se aquietan los parientes, preguntan y repreguntan al infeliz sobre el hechicero con tanta porfía y terquedad, que á veces le molestan más con sus importunaciones que la enfermedad misma. Así respondió una indiecita de catorce á diez y seis años á su misma madre, la cual mientras el misionero trataba de disponerla para la muerte, instruyéndola para el Bautismo en aquella hora, se introducía frecuentemente y la importunaba y apretaba á que declarase quién la había hechizado. Apurada la niña de tanta importunidad y loco empeño: déjame—dijo—madre, que me molestas más con tus preguntas que el mal que tengo. Yo quiero bautizarme para morir como cristiana, y no tengo otro consuelo que oir al padre que me enseña y me dispone. Poco faltó para que la madre furiosa, y echando fuego por los ojos, no acabase de matarla. Irritada como una fiera, la cargó de baldones, la amenazó de dejarla sin enterrar y llorar, y á mí mismo, dice el padre Martín Iriarte en sus apuntaciones, casi me echó á empujones de casa. Siempre fueron los viejos y viejas terquísimos en dejar sus antiguas supersticiones, que no se desarraigaban de todo punto en los pueblos, hasta que los niños criados al lado de los misioneros llegaban á tener autoridad y mando.

A esta persuasión común á todas las naciones, dan motivo los mismos que se jactan de brujos y de hechiceros, que por hacerse temer y respetar de aquellas pobres gentes, les amenazan francamente con el hechizo, si no condescienden á sus peticiones ó si les quieren hacer algún agravio ó desaire. Engañados los indios, los respetan y les conceden cuanto piden por temor del daño con que amenazan, juzgando que pueden cuanto afectan. Los brujos más advertidos y más habladores sobresalen en sus artificios y saben hacer creer que comunican con el demonio, que éste les ayuda, y que con su influjo quitan á quien quieren la vida, causan enfer-

medades y ocasionan otros daños. Pero en realidad, bien examinados y tanteados de los misioneros no exceden todas sus artes los límites de unos solemnísimos embusteros, que con la arrogancia en las palabras y con la afectación en los gestos y meneos, tienen atemorizadas las gentes.

Hubo dos de éstos muy famosos entre los demás por estos últimos tiempos. El uno en el partido de la misión de Napo, llamado Marcial, y el otro entre la nación de los Omaguas. Quiso Dios que á los dos los ganasen finalmente los misioneros. Bautizados, confesaron luego llanamente que todo cuanto hacían y daban á entender poder hacer con la virtud del demonio, era un puro embuste y verdadera maraña con que buscaban su interés. El de Napo dijo, en particular, que había deseado muchas veces matar á varias personas por vengarse de ellas, y que por más diligencias que había hecho, jamás había conseguido su intento, que á la verdad, le tenían por famoso hechicero, pero que se había alzado con la fama, con amenazar á todos francamente y no mostrar miedo á ninguno en lo exterior, aunque en lo interior quedaba con tanto miedo como otro cualquiera de que le hiciesen daño; que se había metido en el oficio por haber observado que no había personas entre ellos ni más temidas, ni más respetadas. «Somos también, añadió Marcial, los hechiceros muy »atendidos y gratificados por ser los únicos curanderos á quienes acude »la gente en sus enfermedades. De manera, que por sanos y por enfermos »á todos los tenemos embaucados, y para esto sirven los embustes, en que »yo he sido tenido como por maestro de todos, porque además de haber »aprendido lo que otros usaban, he inventado ya otras muchas marañas »de engañar á la gente.» Esto confesó el otro hechicero de Napo, que era el terror de la tierra. En donde se ve que, por lo regular, no tienen pacto con el demonio, como pensaron muchos, sino que son unos pobres hombres algo más despejados que los demás, á quienes envuelven y atemorizan con sus aspavientos y mentiras.

CAPITULO VII

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO ANTECEDENTE

No hay nación alguna, ni aún parcialidad en la misión, que no tenga brujos y embusteros, y éstos mismos tienen también la plaza de adivinos. Como los indios son naturalmente curiosos, tímidos y suspicaces, les consultan frecuentemente, si les sucederá ésto ó les acontecerá aquello. ¿Por qué causa les vino tal desgracia? ¿Quién dió motivo á la epidemia ó calamidad? y otras cosas á este modo. Para responder los adivinos, tienen varios estilos según el genio de la nación. En unas se retiran antes de responder, á ciertas chozas que tienen para este efecto dentro del monte, en donde dicen ellos á la gente que ayunan, invocan al demonio y le

aprietan con sus conjuros y ensalmos para que venga á parlarlos y descubrirles lo que pretenden saber. Entre tanto que el adivino está retirado tratando con el demonio, no se atreve ninguno á acercarse á la choza porque les hacen creer que se enoja el maligno y los matará sin falta: lo más á que tal vez se atreve algún indio es á atisbar desde lejos al adivino y sólo llega á entender que grita, que habla mucho y que hace ademanes de hombre que se afana. Si sale el brujo de la choza para alguna necesidad, mira primero á todas partes por si lo observan, corre como atolondrado y vuelve del mismo modo gritando, si le pueden oir, que ya viene, que esperen, que no se vayan. Al cabo de algunos días vuelve finalmenmente á su casa y comunica á los interesados lo que el demonio le ha dicho en su retiro, que por lo común, es alguna cosa contra sus enemigos ó contra quienes están dispuestos los consultores á creer fácilmente que han sido causa de los daños. Y si esta respuesta no les parece bastante en las circunstancias, da otra dudosa y que tenga varios sentidos para reservarse el derecho de interpretarla á su modo, conforme á lo que el tiempo descubriese.

En otras naciones se destina una noche entera para la adivinación. Para este efecto señalan la casa más capaz del contorno porque ha de acudir mucha gente á la función. Disponen bancos por un costado de la casa para los hombres y dejan desembarazado todo lo demás para las mujeres. El adivino cuelga su cama en medio ó hace su palco ó tabladillo y pone al lado un infernal brebaje, que llaman *ayaguasca,* de singular eficacia para privar de sentido. Hácese un cocimiento de *vejues* ó hierbas amargas, que con el mucho hervir ha de quedar muy espeso. Como es tan fuerte para trastornar el juicio en poca cantidad, la prevenida no es mucha, y cabe en dos pocitos pequeños. El hechicero bebe cada vez una pequeñísima poción, y sabe muy bien cuántas veces puede probar del cocimiento sin privarse de juicio para llevar con formalidad la función y regir el coro, porque todos responden á la invocación que hace al demonio.

Dispuestas así las cosas, toma su asiento el adivino en medio de los hombres y á vista de todos echa en un vasito pequeño del cocimiento prevenido y bebe una ó dos veces sin hablar palabra. A poco tiempo hace operación el ayaguasca, empieza á calentarse y da principio á una cantinela con estas palabras: *Viña caie, viñare caie. Que en su lengua es lo mismo que; empieza la función de adivinar. Todo el coro responde de la misma manera, diciendo: viña caie, viñare caie*, y lo mismo debe hacer en las invocaciones que se siguen repitiendo todas las palabras del adivino, el cual prosigue: «*Achaje, achaje, oye. oye: Revarachaje, revaachaje, oye bien, oye bien. Raige, raige: ven luego, ven luego. Panzi cagi, panzi cagi: no haré lo que me mandas, no haré lo que me mandas.*» Todos quedan pasmados y llenos de temor pánico al oir estas últimas palabras, pensando que está enojado el demonio. Pero el adivino, que sabe bien que no tiene por qué temer, hace mano del cocimiento y bebe otra vez, diciendo: *Acha coegi acha coegi: no quiere oir, no*

quiere oir. Míranse unos á otros espantados y temblando de miedo. Repite muchas veces el embustero las mismas palabras, y empieza un murmullo entre la gente en voz baja y temerosa de lo que sucederá. Cuando el hechicero ve al auditorio bien clavado y poseído del miedo, da un grito, diciendo: *Acharibi, acharibi, oirá, oirá*, y queda la gente consolada y con buenas esperanzas.

Recobrados todos del susto con la promesa del adivino, bebe éste otra vez y carga más la mano; transportado casi enteramente, empieza como loco y furioso á gritar, parlar sin concierto y hacer ademanes y visajes, hasta que cae redondo en la cama ó tabladillo; todo lo que dice cuando está ya privado lo tienen por oráculo, porque piensan que el demonio ha llevado consigo el alma del adivino, y que es sola la boca la que habla por arte del diablo. Si se queda dormido le guardan con mucho cuidado el sueño, y en volviendo en sí, le preguntan con ansia qué noticias trae, qué nuevas les da; que les anuncie lo que ha entendido. Este es el tiempo que esperan los embusteros para hacer sus misterios y ponderar cuánto les cuesta el darles gusto. Cuentan entonces las visiones que han tenido y las inteligencias á que ha llegado el alma, después de tanto trabajo. Dicen lo que se les antoja ó lo que habían pensado, pero con reserva, confusiones y artificio, de manera que siempre se verifique la predicción, venga lo que viniere. En esto para la temerosa función de adivinar, cuya ciencia se reduce á emborracharse, tener cara para mentir desvergonzadamente y hallar arte para descifrar á su modo los enigmas, lo cual no es ciertamente difícil entre aquellas gentes rudas y bozales.

De la misma calidad son las mañas y los embustes de que se valen para ejercitar con arte y aprobación el oficio de médicos ó curanderos. Acuden á ellos las pobres gentes y les llaman en sus enfermedades con una persuasión y confianza cierta de que, si quieren curarlas, lo pueden hacer fácilmente. Los modos que tienen de curar estos embaucadores son varios. Unos, por decirlo así, solemnes y extraordinarios, en que cuesta mucho más la cura; otros simples y ordinarios, en que con poco se contentan. Los solemnes y extraordinarios requieren las funciones nocturnas, propias de la adivinación de que acabamos de hablar. Acabada ésta viene al amanecer del día el adivino que hace ahora de curandero á la casa del enfermo, y trae consigo en la mano un pilche de agua sobre el cual ha hecho ya sus exorcismos, ensalmos y conjuros. Pónese pegadico al enfermo, de cuclillas y con el vaso en la mano, repite sus conjuros entre dientes sin que se le perciba sino tal cual palabra en su idioma, que equivale á estas: *vete de aquí, sal de aquí, déjale libre*. Así habla con la enfermedad y la conjura. Hecho esto, aplica los labios á la parte lesa y á veces por todo el cuerpo del enfermo, chupa con fuerza hacia arriba como quien saca la enfermedad, y volviendo la cabeza á un lado escupe con fuerza en ademán de quien echa de la boca lo que ha sacado del cuerpo.

El simple y ordinario es llegar con el agua conjurada adonde está el

enfermo, ponerse de cuclillas, repetir el conjuro, chupar al modo dicho y dar á entender que echa á soplos por la boca la enfermedad que ha sacado del paciente. En esta última ceremonia está lo sustancial de la cura, y el arte del buen médico ó curandero; por lo cual usan de varios embustes y marañas con que se engaña la gente. Unas veces meten en la boca antes de entrar á la cura varias piedrecitas menudas que recogen de los riachuelos; otras meten unos trocitos de plátanos ó de raíces duras y asadas, tal vez pican y hacen un gigotillo de huesos de aves, ó de las espinas de peces, y aun previenen allá á sus solas cabellos de diferentes colores, ya negros, ya bermejos, ya blancos de canas de algún viejo.

Estas cosas ó las meten de antemano en la boca, ó las encajan en ella con grande ligereza y disimulo, cuando van á chupar, y las echan con el soplo de manera que lo vean con pasmo y admiración los de casa, porque queden persuadidos que ha salido el hechizo con la virtud y eficacia del conjuro. Por última diligencia de la cura debe beber el enfermo el agua que el hechicero lleva prevenida con que le hace creer que no sólo queda bien curado, pero aun preservado en adelante contra todo maleficio.

Pero es bien extraño y singular que no caigan los indios en cuenta de los embustes y embelecos de sus curanderos, viendo como ven continuamente que todas estas ceremonias no alivian al enfermo, que prosigue la enfermedad, que se agrava y muere finalmante el miserable. Más difícil de entender es cómo puede caber en aquellas cabezas la satisfacción y contento que tienen de estar curado el enfermo, mientras no le ven morir, con el juicio que inmediatamente forman de que le ha muerto el mismo hechicero, á quien muchas veces quitan rabiosamente la vida atravesándole á lanzadas. Tampoco deja de causar admiración el que los hechiceros emprendan esta carrera de médicos, sabiendo muy bien que los más de ellos vienen á morir desastradamente en las puntas de las lanzas. Parece que les bastaba el ser tan aborrecidos de las gentes, como lo son por sólo el nombre de hechiceros, para no entrar en otra nueva carrera tan peligrosa y arriesgada de curanderos. Porque las madres continuamente aconsejan á sus hijos que huyan cuanto puedan de los brujos, y los niños corren y se esconden cuando los descubren de lejos. Lo mismo encargan los maridos á sus mujeres que no se pondrán jamás delante de ellos si están embarazadas. Por esto el mayor apuro que puede suceder á una mujer es verse solicitada de algún hechicero, porque si condesciende, queda, á su parecer, hechizada; si se niega, no duda que se vengará de ella haciéndola grave daño. En medio de todo esto, son muchos los que se dan á tan odiosos y peligrosos oficios; porque la vanidad de ser respetados, aunque por miedo y temor, y el interés de ser bien gratificados, les arrastra y saca del poco seso que tienen. Además de que algunos por este camino llegan á ser nobles y aun al oficio de caciques ó capitanes.

CAPÍTULO VIII

DEL MODO QUE OBSERVAN EN DECLARAR LA NOBLEZA

Por rústicos y brutos que sean los indios del Marañón, no dejan de hallarse algunas familias en que reconocen las demás cierta distinción y superioridad, que podemos llamar nobleza, por conservar un aire señoril que les concilia mayor estimación y aprecio. Será difícil que un joven ó una como señorita de esta clase superior case con quien no sea igual en la estimación de las gentes, ni los ancianos á quienes toca el ajustar los casamientos de los nobles vendrían en ello fácilmente. Descubrióse esta superioridad y preeminencia de familias en cuatro naciones de las misiones más nuevas, que son los Cavachis, los Ticunas, los Pevas y los Omaguas. Todas cuatro tienen sus ceremonias y disponen sus funciones para declarar solemnemente la nobleza de los niños y niñas de las familias distinguidas, y todas ellas se practican, según su costumbre, con borracheras. Los Ticunas y Cavachis arman sus borracheras de dos y tres días con sus noches, y al fin de ellas salen bailando y los ancianos llevan en medio á los pretendientes gritando que aquéllos y aquéllas son de la raza de los principales de la nación.

De más aparato es la función entre los Omaguas, y es mucho mayor la solemnidad con que se ejecuta, y así merece ser explicada con alguna distinción. Los padres del niño ó niña que pretende la nobleza (la cual se suele dar á dos ó tres á un tiempo), previenen un banquete con variedad de peces, abundancia de cacería y gran cantidad de bebida. Hacen su convite á todos los indios del contorno para un día determinado, en que concurren hombres y mujeres vestidos de gala. El padre del niño ó niños va recibiendo á los que van llegando; y la madre, con algunas otras mujeres que le ayudan á repartir la bebida, les da la bienvenida con un pilche de bebida que las pone en las manos, diciendo: *¿Uripa ené?*, que quiere decir: *¿Vienes tú?*, y equivale á nuestro *seas bien venido*. Toma la bebida el que llega, y corresponde diciendo: *Urí ta. Yo vengo.* Los hombres van tomando sus asientos en dos ó tres hileras de bancos prevenidos á lo largo de la casa por uno y otro lado, de manera que por el medio se pueda andar con todo desahogo. Las mujeres se van acomodando sobre ciertas esteras puestas á los dos extremos, de modo que se mantienen separadas de los hombres.

En otra casa vecina á la de la función están dispuestas unas andas enramadas y vistosas, y en ellas se acomodan sentaditas las criaturas cuya nobleza se va á publicar. Los niños deben ir vestiditos de una cusma ó bata nueva curiosamente pintada; y á las niñas deben de poner las

madres una nueva y primorosa pampanilla y una como manta ricamente aderezada, que prendida de los hombros cubre todo el cuerpo. Unos y otros traen en la cabeza una corona ó guirnalda de plumas bien distribuidas de varios colores de gusto. Antes de salir los candidatos en sus andas, salen seis ú ocho mocitos vestidos de danzantes con cascabeles, y al son de un tamborcillo ó pífano van danzando y haciendo sus mudanzas á compás. Detrás de éstos salen cuatro mujeres con mantas largas muy pintadas y unas varas altas emplumadas en las manos. Siguen en sus meneos el tono de otra mujer que va dando golpes con una maza de caucho sobre un remo que mantiene en la mano izquierda á la boca de una tinaja que lleva colgada como tambor. Por último van las andas en que están sentados los pretendientes, y las llevan las personas que piden la mayor ó menor carga.

Al entrar los niños con este acompañamiento en la casa principal, callan todos y se mantienen sin chistar hasta que den vuelta las andas por detrás de la casa. Entonces, una mujer anciana que venía entre las danzantes, manda parar á los que llevan las andas, y, puestas en el suelo, hace saltar en tierra á los que van en ellas. A cada uno de los chicos ó chicas toma de la mano su padrino ó madrina y la lleva delante del zana ó principal, á quien una doncella presenta al mismo tiempo unas tijeras en una palangana. El zana corta con ellas á los candidatos la punta del cabello y las pone en la misma palangana. Hecha esta ceremonia, el padrino ó madrina lleva á los chicos á su asiento y les corta de sobrepeine todo el pelo. Sírvese entre tanto, segunda vez, la bebida á los que están sentados en los bancos, y compuesto ya el pelo son presentados otra vez los niños al zana, que levantándose de su asiento y llevándolos por delante, los va mostrando á los indios, diciendo á cada uno estas palabras: *Aiquiana ene zana*, que quiere decir: *Este es tu señor*. Mientras el zana da la vuelta por todos los asientos y los indios reconocen á sus nobles, los danzantillos se hacen rajas á bailar al son del pífano y tamborcillo, y al son de la tinaja con la maza y el remo danzan también las mujeres de las mantas largas.

Con la presentación de los nuevos señoritos hecha por el principal, se concluye lo sustancial de la función, que llaman *Usciumata*, que viene á ser lo mismo *que hacer publicar*. Síguese inmediatamente la comida, que sirven las mujeres en fuentes grandes, poniendo en cada una lo que corresponde á cuatro ó seis de los que están sentados, y van tomando de lo que gustan. Empieza la comida por plátanos y yuca cocida, que es su pan ordinario, como veremos. Luego van poniendo varios platos de cacería y los mejores peces que conocen en aquellos ríos, todo con abundancia y ostentación, conforme á sus estilos. Sírvese frecuentemente la bebida en pilches muy curiosos que, acabada la comida, prosigue hasta que se hace de noche. No se experimenta en esta función de los Omaguas, que desde luego mostraron alguna idea, aunque obscura, de policía, aquellos desórdenes que suceden comúnmente en las borracheras de

los indios del Marañón, y aun acaso de esta sola función, se podrá verificar en algún modo lo que escribieron algunos, dando á entender á la Europa que las borracheras de aquellos indios tienen una semejanza de asambleas. Mas están tan lejos de ser tales, que con más propiedad se pueden llamar zahurdas de puercos, conventículos de iniquidad y sentina de vicios. Hablo en boca de un misionero que trabajó, por más de veinte años, con aquella gente, é hizo cruda guerra á sus borracheras, como á raíz de los más vergonzosos vicios que experimentaba en los indios.

Dice, pues, de esta manera: «Rarísimas son las naciones que no sean dadas á la embriaguez. No se verá, es verdad, un borracho, que por pasión á la bebida se prive del juicio, bebiendo sólo y sin compañero, como sucede en muchos dados al vino y al aguardiente; pero esto no prueba más que la falta de ocasión de beber; porque teniéndola no la excusan. Todos sus regocijos, festejos y alegrías se reducen á funciones de borracheras, ármanlas, según los estilos de la nación, más ó menos solemnes, y más ó menos duraderas. Naciones hay que pasan días y noches y aun semanas enteras en borracheras, bebiendo continuamente sin comer ni aun pensar en ello. Son diestrísimos en hacer varias especies de bebidas del maíz, de los plátanos, de la yuca que les sirve de pan y bebida usual y ordinaria, saben disponer bebidas tan fuertes, que no hay cabeza que resista á su fuerza y actividad. Déjanla fermentar por varios días, y al cabo de ellos, basta sólo el tufo para trastornar una cabeza menos fuerte. Fuera de esto, usan algunas naciones de otras raíces de singular virtud para el efecto de privar del sentido. Los Zameos usan de *Chaburaza*, y los Zurimaguas mezclan hongos que se crían en árboles caídos, con cierta especie de telilla colorada, que suele estar pegada á troncos podridos. Es sumamente cálida esta telilla, y no hay bebedor que no caiga con su bebida, á tres pilches. Tanta es su fortaleza, ó por mejor decir, su veneno.

Al principio de sus bebidas, tienen siempre la costumbre de sentarse los hombres separados de las mujeres; mantiénense así mientras están algo despejadas las cabezas. Empieza luego el baile, con algún orden y concierto; pero como prosigue la bebida, y ésta, con los movimientos del baile, se sube más á la cabeza, á poco tiempo se mezclan todos, hombres y mujeres, y como en pelotón, van dando vueltas sin saber lo que se hacen. Rendidos, por fin, á la fuerza de la bebida, aquí caen unos, allí otros y todos quedan tendidos por el suelo, lanzando bebida y arrojando bascosidades de sus cuerpos, hasta quedarse dormidos unos sobre otros. No hay en estas juntas otra moderación que la que guardan las mujeres que reparten la bebida, y tal cual madre que, por tener á los pechos alguna criatura, se abstiene de la bebida, por no exponerla á peligro. Estas son las asambleas de los indios, que celebraron algunos, movidos sin duda de lo que oyeron y no de lo que vieron con sus ojos. En ellas, como hemos visto, ni reina la moderación ni se ve cosa alguna buena, sino el que no empiezan los desórdenes hasta que se calientan con la

bebida. También se ha de hacer justicia á los Iquitos y Encabellados, que jamás han sido dados al vicio de la embriaguez, y sólo acostumbran tomar bebidas dulces y ligeras, que no hacen daño á la cabeza.

CAPÍTULO IX

DE SUS ARMAS Y GUERRAS

Las armas que por la mayor parte usan estas naciones, son lanzas y dardos de palo duro que manejan á golpe de puño. Los Gíbaros las juegan con dos manos, por ser grandes y no poderlas sostener bien con una mano. Los Encabellados usan de unas hojas puntiagudas de una caña muy recia que llaman *guadua*, anchas como cuatro dedos, y largas como palmo y medio, con el filo bien aguzado por los dos lados. Asegúranlas muy bien en un palo de chonta muy fuerte que va estrechándose de mayor á menor hasta la punta, y con este peso recibe mejor el impulso. Tal vez las arrojan á cosa de diez pasos, pero por lo regular las clavan á puño. Los Iquitos, Ticunas y Pevas, pelean con unas lanzas de palo colorado que rematan en puntas de agujas, ó de madera tan fuerte como el hierro. Tienen algunas de estas lanzas puntas por los dos extremos y pueden causar estrago en el mismo que las arroja, como sucedió en los últimos años á un iquito; porque, atravesando con una de las puntas á un jabalí que perseguía en el monte, furioso el animal con la herida, revolvió contra el indio y le atravesó por la ingle con la otra punta, quedando el hombre y la fiera tendidos en el monte con una misma lanza. Otras naciones se valen de lancillas arrojadizas del tamaño de una baqueta de escopeta, envenenadas; y para esto las llevan metidas por la punta en ciertos canutillos unidos entre sí. Acomodan en cada canuto seis ú ocho lancillas, y como llevan muchos unidos entre sí, tienen prevenido gran número de baquetas para menudear en sus guerras.

Los Mainas cimarrones ó montañeses usan de flechillas envenenadas que arrojan por cerbatana, arma fatal y de estrago inevitable por el disimulo con que se juega. Viene á ser la cerbatana, ó como llaman ellos, *bodoquera,* un cañón de madera que remeda el de una escopeta ó trabuco. Socavan dos palos bastantemente gruesos y bien unidos entre sí, los visten y ciñen de unas varitas flexibles y fuertes como el bramante. Dan después á todo el cañón por la parte de fuera un barniz ó goma que lo asegura más y no permite respiradero. Metida dentro la flecha, soplan con violencia y aliento por un extremo del cañón y sale por el otro la flecha envenenada, con fuerza bastante para hacer presa en el hombre ó animal á quien apuntan. Si llega á sacar sangre, ya queda envenenada la persona ó bestia y logra el indio su tiro.

Entre los venenos que usaban los indios en la misión, el más fino, activo y celebrado, era el de los Ticunas, cuyo secreto solo llegaron á entender los Pevas, Zavas, naciones confinantes. Hacíanlo de más de treinta hierbas, frutos y raíces, que buscaban en el fondo de ciertas lagunas. De todos estos simples hacían un cocimiento con tanto cuidado y arreglado á su receta, que no faltaban en la menor advertencia, porque el más ligero descuido bastara para impedir la eficacia del veneno. Hecho ya el cocimiento, parece á la vista triaca de Europa, y cualquiera le tuviera por tal, si alguna mayor espesura y el olor ingrato que despide no diese á entender que es cosa diferente. Es tanta la actividad de este veneno, que untada la punta de la saeta con sólo un adarme de la confección reciente, mata á una gallina en un minuto si llega á tocar su sangre. Si no está reciente el veneno (pues dura muchos años), no es tan ejecutivo, pero tampoco tarda en causar el efecto. El P. Xavier Veigel, en una historia manuscrita de varias cosas de Mainas, asegura que una saeta untada de catorce meses con este veneno, mató á presencia suya en medio cuarto de hora una gallina. Es rara la antipatía que tiene con la sangre que, tocada del veneno, se retira toda al corazón, y el primer efecto que causa en la bestia herida, es un deliquio al cual se sigue la muerte causada de la sofocación, echando la bestia sangre por oídos y boca.

Sin embargo de esto, los indios tienen poco reparo en tocar el veneno cuando lo hacen, y después de hecho, como no tengan en las manos alguna cortadura por donde asome la sangre, tampoco reconocen peligro en meterlo en la boca, si está firme la dentura y no sangran las encías. Y lo más es que tragado en poca cantidad, no hace daño si no encuentra algún intestino lisiado; pero en cantidad notable, es mortal si no se aplica luego el antídoto, que es una buena porción de azúcar y de sal deshecha en agua, y en falta de esto, la orina ó excremento, que libra también de la muerte, cuando está reciente la herida de la flecha envenenada. Y esta parece la causa de que no haga tanta impresión este veneno en los puercos, en especial si han comido poco antes de aquellas inmundicias. Los efluvios del caimán y de la tortuga de tierra impiden también la eficacia, y basta el humo de estos animales cuando los asan, para que la confección hecha en el mismo fogón ó cocina no tenga fuerza ninguna. Aunque este género de veneno parece inficionar en un momento la sangre del ave que muere tocada de él; mas la caza se come sin peligro, apartando, como sucede á las veces, con el tenedor la punta de la saeta que viene en el plato, y comiendo lo demás. Es una providencia bien particular del cielo que los indios de la misión no usen del veneno unos contra otros, sino contra la caza, porque en breve se acabarían los pueblos si se les antojara valerse de ello. Están en la persuasión de que el que usa del veneno contra el prójimo pierde toda la provisión que le queda en casa, y se le hace inútil sin poderse servir de él en adelante. Los misioneros les dejaban en esta su creencia, que les era tan saludable, ya que no podían apartarles de otras muchas que les traían tantos

daños. Basta lo dicho del célebre veneno de los Ticunas, quienes por el secreto que guardaban en hacerlo, lograban en su gentilidad muchas ventajas en sus guerras.

Los indios Panos manejaban arcos y flecha en que eran muy certeros, y alcanzaba el tiro como la bala de una escopeta, tan derecho entre árboles espesos como en campo abierto. No tenía esta ventaja la *estolita*, arma propia de los Cocamas y Omaguas, que en campo abierto hacía tiro largo y seguro; mas en el monte tropezaba por lo que blandeaba. Fué la *estolita*, arma muy usada de los guerreros del Inga, y viene á ser un palo tableado, de una vara de largo y tres dedos de ancho, estrechándose á proporción hacia los extremos hasta rematar en punta. En el medio, donde más se ensancha, tiene una figura de rosa, y por la parte interior que se junta á la mano hace una concavidad correspondiente á un dedo que se mete en ella, y con los demás dedos se afianza. En la punta de arriba está fijo un diente de hueso, en que hace presa una caña ó flecha de ocho palmos, y en el extremo de ésta encajan un arponcillo con un palo de un jeme; este arpón y palito es el que hace el estrago. Porque cogiendo la *estolita* con la mano derecha y fijando la flecha con palito y arpón en el diente de arriba, arrojan la saeta con increíble fuerza, y con tanto tino, que rara es la vez que no hacen tiro seguro á cincuenta ó sesenta pasos.

Todas las naciones usan de rodelas, y son diestrísimos en hacerlas con aseo y solidez; pero aunque el uso es general, apenas hay nación que no tenga diversidad, así en la hechura como en los materiales de que las forman. Unas las hacen tan grandes que cubren con ellas todo el cuerpo, y son varias de éstas de cuero fuerte de danta ó vaca marina en forma de campana. Otros las hacen más pequeñas y manejables. Unos las forman de tablas planas, con alguna declinación en el remate, otros las hacen de unas como mimbres, que llaman bejucos, del grueso de un cañón de escribir. Empiezan por el centro con un círculo pequeño, y continuando los círculos bien unidos entre sí, y afianzados con puntos, llegan á formar una rodela de tres palmos de diámetro. Después la guarnecen para mayor seguridad con un cerco grueso por toda la circunferencia, y poniéndola su mango, queda completa, firme y duradera. Los Omaguas en lugar de estos mimbres ó bejucos se valen de hojas de caña que llaman brava, que bien entretejidas, unidas y guarnecidas de buen cerco, forman unas rodelas impenetrables á cuantas armas usan los demás indios.

Su arte militar se reduce principalmente á poner emboscadas, en que son realmente muy diestros y prácticos. Usan de trampas en los caminos que suelen armar en varias maneras. Unas veces disponen fosas llenas de flechas, y lanzas con las puntas hacia arriba, pero bien cubiertas y muy disimuladas con arena, ramaje y hojarasca por toda la superficie. Otras ponen troncos atravesados en los caminos, y los sostienen casi en el aire con cuerdas que apenas se echan de ver, y vienen á parar á

ciertos palos al parecer caídos, en que verisímilmente han de tropezar los caminantes. Movidos estos palos, sueltan un fiador que sirve como de resorte ó muelle, y cae el tronco armado sobre el caminante. Esto mismo practican también con las lanzas y flechas, que atraviesan á los pasajeros, con sólo pisar en ciertas varas ocultas que las sostienen.

Para acometer alguna casa, esperan la noche y entran con gritería en ella y atraviesan con sus lanzas á cuantos se les ponen delante. Rarísima es la vez que provocan á pelear, sostienen la batalla ó hacen cara al enemigo, á no ser que sea muy inferior en el número, en la disposición ó en las armas. Sólo los Iquitos se han hecho distinguir entre las demás naciones en resistir pocos con ánimo intrépido y áun con extraordinario valor á muchos más en número.

Las guerrillas son tan comunes y continuas, que se puede decir que no gozan jamás de la felicidad de la paz, ni admiten más treguas que hasta poder lograr ocasión de vengarse de algún agravio real ó aprendido. Muchas veces declaran la guerra los caciques por hacerse temer de los confinantes, ó por verse respetados de los que se le han agregado. Algunas veces la emprenden por sola la complacencia de ser celebrados de sus mujeres ó por un genio natural de no querer vivir en paz y hallarse mejor en guerra, aunque es verdad que se ha descubierto tal cual nación, como veremos á su tiempo, que ó por genial cobardía ó por cierta natural aversión á hacer daño, no se determinan á hacer ó declarar guerra ni á perseguir otras naciones sin alguna de aquellas causas que generalmente se juzgan por forzosas. Pero las demás fácilmente se determinan, ya por el interés del despojo, ya por desalojar á sus enemigos de los puestos en que viven, ya por no tener cerca de sí quien les dispute la conveniencia de caza y pesca. A todo lo cual da mucha ocasión la continua ociosidad en que viven, de donde toman por ocupación hacer daño, hostilidades y muertes.

Mas la principal causa y seminario de guerras y muertes es, como arriba dijimos é insinuamos, el vivir persuadidos que ninguno falta por muerte natural, sino que muere violentamente ó hechizado por algún enemigo. Y si el hechicero que se figuran haber fascinado al que murió es de otra nación, entonces están del todo implacables, acometen furiosos y fuera de sí y matan bárbaramente cuantos hombres adultos, mujeres ancianas pueden haber á las manos. A los muchachos comúnmente los traen á sus casas, y los mantienen como á hijos; mucho más cuidado ponen en recoger y traer como cautivas á las doncellas para casarse con ellas, las cuales no sienten tanto el morir con sus padres como el ser presa de sus enemigos. Pero, como apuntamos en el capítulo IV, con el tiempo se van ablandando y con el trato bueno que les dan sus maridos, se acomodan al modo, estilos y costumbres de la nación vencedora.

Y aquí nos vemos en la oportunidad de apuntar otra causa bastantemente común de sus guerras. Entre los gentiles del Marañón hay comúnmente más hombres que mujeres. Nacen, sí, más hembras que varones,

como sucede en otras partes; pero mueren más niñas que niños, de donde resulta la falta de doncellas crecidas para los casamientos de los jóvenes que se hallan ya en estado de casarse, y no encontrando mozas en su parcialidad ó nación, se empeñan en procurarlas de las extrañas. Como no entienden de negociación amistosa, todo lo hacen por vía de guerra, de hostilidades y rapiña. De aquí nace también que la otra nación, cuyas mujeres han robado, se halla escasa de mozas y doncellas, y en el mismo caso de hacer guerra y arrastrar hembras para sus casamientos.

Al volver de sus campañas es indispensable el celebrar las muertes hechas en sus enemigos con banquetes y borracheras: ni faltan naciones que se sirven de las calaveras de los que han muerto, como de vasos en que beben todos. Otras guardan las cabezas de los enemigos clavadas en sus lanzas, y las conservan como trofeos é insignias de su valor. Y esto es lo que pudo dar ocasión á lo que se creyó á los principios de los Mainas, Xeveros, Cocamas y otras naciones, notándolos de caribes y de que se alimentan de carne humana. Pero, en realidad, en todo el distrito de la misión son pocas ó raras las naciones que pueden llamarse caribes. La nación de los Iquitos fué una de las más notadas de esta impiedad por los Zameos, sus confinantes por el río Nanai, y por los Encabellados, que no están muy distantes por el río Curaray. La misma tacha ponían á los Iquitos los españoles de Borja. Mas lo cierto es, que desde los años 1740, en que se descubrieron y comenzaron á ser tratados de los misioneros, no dieron jamás muestra de comer ni de haber comido carne humana; y los padres que con ellos vivieron, después de haber observado bien sus modales, y procurado informarse con todo cuidado de unas y otras parcialidades, aseguran que no han hallado fundamento en toda la nación descubierta para semejante nota. Lo mismo afirman los misioneros de los Ancuteres del Napo, que tuvieron por algún tiempo la misma fama. Los Mayorunas son sin duda caribes, cómense unos á otros y aun matan á los enfermos, antes que se consuman, para comérselos.

CAPÍTULO X

DE LA DIVERSIDAD DE LENGUAS EN LA MISIÓN DE MAINAS

La dificultad de las lenguas, que ha sido siempre en todas las naciones de gentiles uno de los mayores estorbos á su conversión, se descubrió desde luego y se tuvo casi por insuperable en la misión de los Mainas, por ser muchas y diversas las lenguas que abarca en su distrito, ceñido á la jurisdicción de Borja. No será fácil señalar otra misión que, en naciones tan poco numerosas, haya puesto en precisión á los misioneros de aprender tantas lenguas como ésta de que tratamos. Pasan de 40 las naciones

en cuya reducción ha trabajado, en estas partes, el celo infatigable de los jesuítas y muchas de ellas hablan lenguas entre sí tan diversas como lo pueden ser la española y la alemana. Esta diversidad, atestiguan los misioneros prácticos de ellas que interviene entre la lengua Omagua y la lengua de los Encabellados; entre la de los Iquitos y la de Xeveros; entre la Pana y la Andoa. Añaden que las lenguas que menos se diferencian entre sí tienen una afinidad semejante á la que se observa entre la latina y española.

De tanto número y diversidad de lenguas y de la grande dificultad que se reconoce en los principios de aprenderlas, y reducirlas á método, nació el juicio común que insinúa Rodríguez en sus *Descubrimientos*, libro III, capítulo II, Casani en sus *Varones ilustres,* Magnín en sus *Manuscritos*, y el P. Luis Coronado en su *Juicio de las lenguas.* Todos estos escritores convienen en que las lenguas de nuestra misión fueron formadas de la casualidad y contingencia, que las ideó la barbarie y que las llevó adelante el espíritu de división para dificultar la comunicación con otras gentes, resultando de aquí una confusión y algarabía por ser lengua sin artificio ni reglas; porque no articulan sílabas claras, y se pierden por el modo de pronunciarlas bárbaro, gutural y narigal, muchas letras las cuales varían cada vez que profieren una misma palabra. Y no es fácil entenderlos sino es atendiendo al gesto, visajes, tono y aire de decir. Este es el juicio, bastantemente común, que se hizo á los principios y se confirmó en virtud de dichas historias y relaciones; y lo que más es, en el día de hoy, prevalece vivo en toda ó á lo menos en mucha parte.

Si los misioneros de Mainas hubieran puesto tanto cuidado en escribir historias ó disponer comentarios, como tuvieron de aplicación en instruir á los indios, en padecer trabajos y en acabar cosas grandes á favor de la Religión, mucho tiempo ha que estuviera el mundo desengañado de un error tan grosero y de un juicio tan evidentemente falso. Nos hubieran dado en cara con el hecho incontestable de haberlas reducido á método, que nos cubriría de vergüenza por haber creído una cosa de suyo repugnante y, por otra parte, tan poco fundada. Porque ¿qué hombre de razón podía persuadirse á que los indios, al fin racionales como los demás hombres, tratasen y comunicasen entre sí por señas y meneos, más que por voces articuladas de algún idioma ordenado que fuese capaz de reglas y artificio? Los misioneros, aunque con mucho estudio, aplicación y trabajo, aprendieron aquellas lenguas, compusieron vocabularios, formaron artes y mostraron la regularidad de aquellas lenguas, y en varias de ellas descubrieron cierta dulzura y armonía que no cede á las más cultas de Europa.

Contra hecho tan evidente y contra la dificultad ya vencida claro es que no hace fuerza lo que nos dejaron escrito en sus relaciones los autores alegados en el número segundo, aunque merecen alguna disculpa por haber contado de buena fe lo que oyeron y entendieron, sin haber tanteado ni penetrado las lenguas, ni aun les era fácil averiguar si hablaba

en los informantes la sinceridad y conocimiento necesario para formar el debido juicio.

Por lo cual otros, fiados de las relaciones que leyeron en la suposición y buena fe de que se hicieron con la debida averiguación y prudente discernimiento, trasladaron lo que hallaron escrito. Otros dejan advertido lo que experimentaron al tomar las primeras noticias de una lengua nueva, y no pudiendo tomar tino en poco tiempo, la calificaron luego por un ininteligible guirigay. Esto último sucedió precisamente al P. Luis Coronado acerca de la lengua Omagua, que tiene en el día de hoy un arte y vocabulario copioso y aun es una de las más fáciles de aprenderse, dulce, suave y armoniosa.

Pero si éstos son dignos de alguna excusa, no lo son ciertamente algunos modernos que se han atrevido á publicar esto mismo, como que lo han observado por sí mismos y á cubierto del crédito de prolijos averiguadores que ganaron en otros asuntos, sin conocimiento de causa dan una sentencia, ó mejor diremos, censura sobre aquellas lenguas con asombro de los misioneros que las han aprendido metódicamente. Tan lejos están de ser efecto de la casualidad y contingencia. Es verdad que no todas las lenguas son iguales y que hay diferencia de una á otra en la dulzura y suavidad, en la expedición y modo más ó menos fácil de pronunciar; *pero no hay una,* dice en sus apuntaciones el P. Martín Iriarte, uno de los mejores lenguajeros y que, por la larga comunicación con los indios, de más de veinte años había corrido toda la misión, *no hay una que no se note con reglas ó se sujete á preceptos.*

Al principio se contentaron los padres con hacer sus observaciones y advertencias gramaticales, llenando muchos pliegos de papel para sacar en limpio los números y las declinaciones más generales de los nombres. Lo mismo hicieron para rastrear y reducir á conjugaciones los verbos más usuales y señalar los tiempos. Poco á poco y á paso lento, sudando y remando llegaron á formar las gramáticas que estaban en uso, por las cuales se ve claramente el artificio de las lenguas. Porque distinguen nombres y pronombres, con sus números, géneros, declinaciones y casos. Tienen sus conjunciones, adverbios y posposiciones en vez de preposiciones, como se usa en la lengua vascongada, y vemos varias veces en la latina. Los verbos se conjugan de un modo regular y tienen sus tiempos: presente, pretérito y futuro. En suma, se observa una construcción cabal de la misma manera que observar se puede en otras lenguas cultas.

Añade el P. Martín Iriarte en sus observaciones sobre las lenguas de las misiones de Mainas, que no faltan entre ellas algunas en que se notan los caracteres propios de lengua matriz, y otras en que se observan las propiedades de hijas ó corruptas, que dimanan de las correspondientes matrices. Entre las que se hablaban en la misión por los años 1768, en que se apartaron los padres de sus indios, y que tenían sus artes bien formados y vocabularios completos, se descubrían estas siete matrices.

1.ª La lengua Pinche, matriz de las lenguas Roamaina, Uspa, Araza y Neva.

2.ª La Xevera, matriz de la Chayavita, Paranapura y Cabapana.

3.ª La Pana, común á otras y matriz de la Chepea y Mayoruna.

4.ª La Zamea ó Masamae, matriz de la Caumar, de la Cavachi y de la Zava.

5.ª La Gae ó Gaie, matriz de la Semigae, de la Iquita, de la Iginorri y de la Panocorri.

6.ª La de los Encabellados, matriz de la Icaguate y de la Payagua.

7.ª La Omagua, matriz de la Cocama, extendida en el Ucayale.

De esta última lengua de los Omaguas dudaban los misioneros si era matriz ó hija de la famosa lengua del Brasil ó de la célebre Guaraní del Paraguay, con las cuales tiene tanta hermandad ó semejanza, que un padre que pasó de Omaguas al Brasil, trataba por medio de ella con aquellos indios y entendía las doctrinas que tenían impresas en su lengua; y lo mismo le sucedió con los misioneros de Guaraníes, cuando hablaban en lengua Guaraní.

No es de omitir una particularidad de la lengua de los Encabellados del Napo, que celebra el P. Casani como excelencia y singularidad de la lengua de los indios de Canadá, y consiste en que el verbo tiene géneros, como el nombre; v. g.: el verbo *Ufaie* significa rezar; pues para decir de un varón que reza, por ejemplo: Pedro reza, se dice: Pedro ufagi; y para decir lo mismo de una mujer: María reza, se dice: María ufaco. La misma diferencia guarda en el futuro imperfecto y pretérito perfecto: como Pedro rezará, Pedro ufacibi; María rezará, María ufacio; Pedro rezó, Pedro ufapi; María rezó, María ufao. Tiene fuera de eso otras singularidades, como la de usar con elegancia de verbos impersonales, que se forman de nombres con sólo añadirles la partícula gi, como de *tutu*, que significa viento, *tutugi*, que es lo mismo que *corre* ó *sopla el viento;* de *mumu*, que significa *trueno*, *mumugi*, que vale lo mismo que *truena*. Otras varias partículas curiosas constaban de las advertencias del arte que tenían de aquella lengua los misioneros, y si hubieran traído consigo los papeles que se hallaban en los pueblos de las misiones, pudiéramos presentar desde los lugares de nuestro destierro, para desengañar á los tercos, más de veinte gramáticas y veinte vocabularios de las lenguas diferentes del Marañón. Mas pareció conveniente y necesario dejar este socorro á los señores clérigos que por orden de su majestad católica sucedieron en el empleo á los misioneros de Mainas, y sería una pérdida digna de llorarse si no se conservasen, como tengo fundamento para temerlo, unos monumentos de tanto trabajo, aplicación y estudio de los jesuítas, y de tanta ventaja para la salud espiritual y conversión de los gentiles.

De lo dicho en este capítulo queda evidentemente demostrada la falsedad del juicio común que se había formado de las lenguas tan poco ventajoso á la misión de Mainas, y tan poco favorable á la cultura y enseñanza de aquellos pobres indios. Porque ¿cuántos operarios, en reali-

dad fervorosos y animados del celo de las almas, no se atrevieron á entrar en el cultivo de aquella viña del Señor, con la causa y pretexto de ser inútiles, y con decir que no les bastaba el ánimo, ni tenían capacidad para aprender tantas lenguas, confusas y bárbaras, cuantas eran las naciones del Marañón? El reparo no dejaba de ser fundado en suposición de que fuese cierta la común creencia que se tenía de las lenguas: porque el instruir ó catequizar por medio de intérpretes, sólo suele usarse en casos particulares de peligro de muerte en que se socorre á los indios del modo que se puede.

Pero á Dios gracias, ya la dificultad de aprender aquellas lenguas no era mayor que la regular y ordinaria que se experimenta en aprender cualquiera otra de las más racionales, cultas y metódicas. No es negocio de un mes el aprender una lengua, por fácil que sea. Aun en la Europa, con tantos medios y maestros, apenas lo conseguirá uno. Es menester más tiempo, y lo que no se consigue en un año se llega á conseguir en varios, especialmente cuando hay aplicación y empeño, y se comienza á tratar desde luego con los indios, como lo hacían los misioneros á quienes no les fué difícil de esta manera aprender no una sino varias lenguas. En Italia viven todavía algunos de éstos, que predicaban, catequizaban y administraban Sacramentos en varias lenguas diferentes del Marañón, no entrando en esta cuenta la lengua general del Inga, que todos sabían. Mucho les ayudaba á esto el hallar ya dispuestas en muchas de las lenguas, pláticas, exhortaciones y modo de confesar; y en todas ellas catecismos con preguntas y respuestas con muchas oraciones.

CAPÍTULO XI

DEL CLIMA DE LA MISIÓN, DE LA CALIDAD DE LA TIERRA Y DE LOS FRUTOS MÁS COMUNES DE ELLA

El clima de las misiones del Marañón, como tan cercano á la línea equinoccial, es extremamente caluroso, y aunque los calores ordinarios no exceden mucho á los del Panamá, algo templados con el agua del mar, y se pueden tolerar por los que han pasado por aquéllos, pero apenas pueden aguantarse los ardores del clima en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero por herir entonces con más fuerza los rayos del sol, que hace su carrera por el cenit de los indios. No fuera posible vivir en estas tierras en los dichos meses, si no dieran algún refrigerio los muchos ríos que previno la Providencia y los innumerables bosques espesos y cerrados á donde no penetran los rayos del sol. Los días y noches son casi iguales, y apenas hay diferencia de media hora en la mayor desigualdad. Las estaciones de invierno, primavera, verano y otoño se notan por la subida de los calores insinuados, y por las lluvias que sue-

len empezar por el Enero y durar hasta el Junio ó Julio. Son bien frecuentes las tempestades, horribles los truenos y vivos los relámpagos; pero rara vez despiden piedras ó arrojan granizos.

Aunque es el clima tan ardiente y tan lleno de fuego, en una de las lunas que suele ser la de Junio, á veces la de Julio, y tal cual vez la de Agosto, se experimentan constantemente tres ó cuatro días de frío continuados. Sopla en este tiempo un viento oriental que declina algo al medio día, y es, sin duda, la causa de refrescar el temple. Pero no se sabe en particular de dónde recibe el viento tanta frialdad, porque otros vientos más recios y violentos que soplan de algunas montañas nevadas hacia Quito, vienen calientes como los demás. Acaso este viento oriental, que tanto refresca, toma su carrera de otras mayores montañas de nieve y puede comunicar su frescura por donde pasa. Los indios esperan con ansia estos días de frío, como señal de buen tiempo y de una serenidad permanente de muchos meses; y de ellos se aprovechan para recoger cuanto pescado pueden, porque mueren con ocasión del frío muchos peces en los ríos y lagunas que, traídos á casa, no se corrompen fácilmente como en tiempo de calor. Atribuyen la muerte de tantos peces al calor intenso del agua que les sofoca. Porque huyendo incautos de la superficie fría del agua que les molesta, bajan al fondo en donde el intenso calor reconcentrado les ahoga.

La tierra de la misión en algunos collados es algo gredosa, pero en islas, playas y en todo lo llano, es arenusca, ligera y de poca sustancia. De aquí nace que no llevan estas tierras trigo, cebada ú otros granos de este género, no tanto por lo ardiente del clima, pues no lo es menos el de la ciudad de Cuenca, que el de la ciudad de Borja, sin que por eso deje de darse bueno y excelente trigo en aquella ciudad, cuanto por la calidad de la tierra que ni tiene jugo ni hace liga y aunque sale la caña, no hay grosura suficiente para formar y sazonar el grano. Los frutos más comunes y de uso ordinario para los indios vienen á ser el maiz, la yuca y el plátano. Con estos frutos se sustentan diariamente, y como les tengan en abundancia en las heredades que forman, no envidian á otras gentes que buscan otras comidas regaladas.

No hay para qué tratar del maiz ó trigo de Indias, que es grano bien conocido en Europa, como sustento bastantemente usado en algunas partes montañosas de ella. Diremos algo de la yuca y del plátano, por ser aquélla muy poco conocida, y éste ignorado de muchos. La yuca de los indios del Marañón es una raíz larga y gruesa como un brazo. Extiéndese por debajo de la tierra muy bien cubierta y guardada de una corteza negra: ésta quitada, queda la raíz blanca y hermosa á la vista. Cocida en una olla sirve de pan, que no sólo aprecian los indios; pero aun los misioneros, sin que les cause jamás fastidio esta comida de buen sabor y de no menor alimento, usan también comer asada la yuca y hacen de ella un género de pan ó torta que llaman *cazave;* las yucas más harinosas tienen el sabor de castañas, y de éstas cocidas forman una pasta ó masa

que se dice *mazato* ó *vedangas* y es de mucha utilidad y provecho á los indios, á quienes ofrece la pasta desleída en agua una bebida que refresca en el calor y conforta en el trabajo. Para sembrar esta raíz no se hace otra diligencia que clavar en la tierra ciertos palillos que son la grana de la yuca y reservan de un año para otro: de ellos, secos al parecer y sin jugo, van brotando á poco tiempo raíces alrededor de la semilla sin asomar de la tierra, por donde se extienden hasta llegar á la grandeza correspondiente.

Algo más conocido es el plátano en la Europa que la raíz de que hablamos; pero todavía desearán muchos alguna noticia de una planta tan nombrada. Los plátanos que se dan por todas las Indias son, á la verdad, muy diferentes de los plátanos que celebraron los antiguos, y vienen á ser una planta ó cepa, la cual echa muchos hijos á un tiempo, como el lirio ó tulipán: el hijo principal ó tronco que entre los demás prevalece, suele crecer como hasta cuatro varas, y como las hojas son grandes, largas y extendidas hacia abajo salen los plátanos frondosos, amenos y de mucha sombra. El fruto parece á los principios un higo, y creciendo se va alargando hasta que rojo y maduro compite en la grandeza con un pepino. Cuando el brazo ó ramo principal está en sazón, se le corta como racimo maduro. Y aunque suele ser tan grueso como el cuello de un hombre, con un golpe de espada, hacha ó machete se corta fácilmente por ser la madera muy floja, jugosa y esponjada. Llámase cabeza del plátano, ó racimo maduro el tronco ya cortado y suele tener cuarenta, cincuenta y á las veces cien uvas, plátanos ó frutos, de manera que un indio solo no puede levantarle muchas veces de la tierra. Después de cortado el primer racimo comienza á madurar otro y cortado éste, otro, y así sucesivamente, hasta que todos se lleguen á madurar y rendir fruto uno después de otro. Tres especies de plátanos se conocían en Mainas: unos llamados *cumenes* que servían de pan, y llevaban frutos largos como el palmo de un hombre. Otros dichos *pintones,* cuyos frutos eran menores. Los terceros eran más celebrados, porque aunque el fruto no pasaba de la mitad en la grandeza, era tan dulce como la misma miel y á estos los llamaban *guineos.*

Fuera de estos frutos que se pueden considerar en los Mainas como de primera necesidad, hay otros muchos árboles que llevan otras frutas de que se aprovechan para comer y hacer sus bebidas. Hay almendros, nísperos, y otros que dan unas como naranjas, pero más gustan los indios de los árboles que llaman *zapotes,* altos y frondosos y de fruta regalada, porque dan unos como melones rojos y de buen gusto, aunque por tener la carne muchas fibras, más se comen chupando que masticando. Dicen que el zapote, en medio de ser tan gustoso, enciende la cólera y que es ocasionado á tercianas. No faltan plantas que llevan una especie de uva que llaman *camairona* que iguala en la grandeza á una buena manzana. Recién cortada, está llena de jugo y es de buen gusto, pero á pocos días se convierte en babas y queda en extremo fastidiosa.

Son infinitas las especies de palmas que se conocen en la misión, grandes, medianas y pequeñas. De sus dátiles y cogollitos se valen los indios para comer y beber, y de su madera para las casas y utensilios necesarios. Los que llevan mejores frutos se reducen á estas seis palmas: chonta, achúa, chambeia, palmito, zarera y ungarave. Por la descripción de la primera se vendrá en conocimiento de las demás.

Es la chonta un árbol alto, todo vestido como de púas, el tronco es fortísimo y grueso, tan recio que de la chonta se valen los indios en muchos casos á falta de hierro. En la cima misma del árbol se cría el dátil bien guardado de una recia cáscara, la cual se abre de suyo cuando madura el fruto, que viene á ser una como piña grande ó racimos de tantos granos que suelen llegar á doscientos. El color del grano es regularmente rojo, la grandeza como de una perita, la carne oleosa y balsámica. Los Mainas comen el fruto cocido ó hacen de él bebida que conforta.

De más utilidad les fuera el grano del cacao, que se da en abundancia por todas aquellas partes, si la distancia de las misiones á la ciudad de Quito y los malos y largos caminos, no impidieran el trasporte de un género de tan buena calidad, porque excede al grano de Guayaquil y es mejor que el del Magdalena, y por lo mismo puesto en Quito ha sido siempre más apreciado. Pero aun así es cosa averiguada después de repetidas experiencias que más importa la conducción que se ha intentado de este precioso género á cualquiera de las ciudades de la América meridional desde las misiones, que el precio, valor y utilidad que se saca, aun cuando todo corra feliz y no suceda algún contratiempo. Puédese decir francamente que el cacao del Marañón español más es para los monos y papagayos que para los indios. Porque fuera de aquel poco grano que para su consumo recogían los misioneros, sólo se aprovechaban los indios de la tela y lana en que está envuelto el grano, la cual tiene el gusto de moscatel. Los portugueses, que tal vez pasan á nuestros términos en busca de cacao para su comercio, suelen cogerlo antes de madurar para que no acaben con ello los monos, que como son tantos no dejan mucho en sazón. Cogido el grano verde y sin llegar á su punto, le dan un hervor y todo pasa. Los demás géneros que se desean para el chocolate se hallan también en el distrito de las misiones porque en las tierras de los Chayabitas y de los Cavapanas se da con abundancia vainilla, aunque es verdad que por incuria de los indios falta muchos años, porque arrancan fácilmente y sin reparo los árboles en que se cría y tardan después años en crecer. Asímismo en las misiones de los Pinches, de los Andoas y de los Muratas se halla mucha canela pero tan babosa por no estar cultivada, que sólo sirve para sazonar las viandas. Su flor que llaman *esvingo* es más suave y menos babosa, y suele servir para la botica.

CAPÍTULO XII

DE LA CERA, RESINA, MADERAS Y MINERALES

Creyeron algunos que en las misiones de Mainas se podían recoger en poco tiempo y con poco trabajo, muchos quintales de cera blanca y exquisita, y de hecho uno de los gobernadores más modernos de aquella jurisdicción, entró en el gobierno con esta preocupación, creyendo hacerse rico comerciando en este y otros géneros del país. Pero se desengañó bien presto viendo con sus mismos ojos la grande dificultad de recoger en muchos días tres ó cuatro libras de cera blanca; porque son pocas las abejas que fabrican aquellos panales y están muy internadas en los montes, y para coger el indio alguna cosa notable de este género, ha de faltar, necesariamente días, y aun semanas, de la doctrina cristiana y de la asistencia á la iglesia, y si se les diera licencia franca ó permitiera andar en busca de abejas y colmenares sería lo mismo que desamparar las misiones. No es tan difícil recoger cera negra por ser más frecuentes las abejas que la trabajan; pero, como es de tan poca estimación, casi sólo sirve para las misiones. Hay otras abejitas, muy pequeñitas, que trabajan debajo de tierra su miel y cera amarilla; y como son tantas las lluvias é inundaciones, es primoroso el instinto que les dió la naturaleza para formar casa resguardada de las aguas y de los infinitos insectos que se hallan por todas partes. La entrada al colmenar suele ser un agujero muy pequeño formado debajo de alguna corteza prominente de un árbol, y está tan disimulado y encubierto que no es fácil á ninguno el observarlo. De aquí empieza el camino de las abejas al colmenar como dos varas dentro de la tierra, pero por líneas tan diferentes al parecer, tan enrevesadas y opuestas que forman un laberinto por donde, solas ellas, pueden acertar á entrar y salir. Todo esto lo observó prolijamente un misionero que, con ocasión de caer un rayo sobre un alto cedro, que tenía delante de la iglesia, halló en sus raices un colmenar de abejitas muy pequeñitas que con admirable orden, economía é industria, habían formado su casita dentro de tierra y hecho su miel y cera de buena calidad, sin acabar de admirarse de lo enmarañado de las entradas y salidas de aquellas prudentes y oficiosas abejitas.

Pero, lo que con más copia y abundancia suministra el ardiente clima de Mainas, es una increible multitud de gomas, resinas y leches, que destilan por todas partes los árboles. Unos llevan copal, ya ordinario, que les sirve como de pez para empegar las canoas, ya fino y exquisito para otros mejores usos. Otros destilan *catana* que viene á ser un aceite betuminoso, á manera del que se saca del terebinto, y es muy bueno para co-

rregir fluxiones, curar reumatismos, y para otros usos de la medicina. No faltan árboles que despiden lo que llaman sangre de dragones parecida á la sangre humana; pero, como no se sabe el secreto de solidarla, como otras gomas, no se ha hallado en esta sangre muchas ventajas. También se ven otros que, dando frutas gustosas como naranjas y como tomates, derraman también sus licores, de que se hace engrudo y con que se da temple á la tierra blanca y colorada para las obras, y bañadas las pinturas con estos licores resisten á las lluvias y malos temporales.

Lo que más aprecian los misioneros por traer mayor utilidad á los indios es el bálsamo célebre de copauva y la leche insigne del *caucho*. La copauva, que es el *sánalo todo* en punto de cirugía, se destila de unos árboles muy altos y duros, por las hendeduras de ciertos tumores sobresalientes del tronco. Al principio sale clara la copauva, pero después sale más espesa. Suelen cortar algunas ramas superiores para dar al árbol respiradero y después punzado y aun socavado hasta el corazón, despide el licor precioso, aunque no tenga desigualdades ni hendeduras el tronco. Sirve este bálsamo para toda herida, no sólo reciente pero aun envejecida. La historia nos dará á su tiempo casos bien singulares de curaciones prodigiosas con la copauva. Sirve para confortar el estómago y tomada en un poco de caldo purga tantas veces, cuantas se toma. Vale, finalmente, para dar hermoso lustre á las pinturas y estatuas y para avivar en las viejas los colores caídos; el sabor de la copauva es amargo, el color rojo, y el olor ingrato.

El caucho es como una leche que suelta un árbol de este nombre por el tronco y raíces, herida la corteza. A poco tiempo de sacado el caucho, se consolida y puesto al sol, toma más consistencia. Hácense de él, en moldes de barro, ciertas jeringas, que llaman tarapotanas, con virtud elástica para comprimirse ó ensancharse como pide la necesidad ó conveniencia de los que usan de ellas. Da un barniz muy duradero á sombreros y capotes, que bien guarnecidos del caucho, son impenetrables á las lluvias. También los indios se entretienen haciendo de él pelotas que saltan como si fueran de azogue. El *añil* y el *achote* pintan muy bien en aquellas tierras si saben sembrarse, y los indios usan de ellos para pintarse. Con el primero aparecen negros, con el segundo encarnados; pero más universal es la costumbre de pintarse con una resina negra que llaman *vito*, y la sacan de una como nuez recién cortada de un árbol grande. Como el *vito* es muy pegajoso y dura por días, hacían los misioneros cuanto podían para que dejasen aquella costumbre los indios, teniendo por algo disonante el que asistiesen á la iglesia tan feamente pintados. Algo conseguían con sus amonestaciones, pero se veían precisados á disimular mucho, especialmente, que los indios defendían su costumbre, como oportuna y áun necesaria para templar los rayos del sol y embotar la picadura de tantos insectos como les perseguían. Y por esta causa no sólo pintaban manos y cara, pero áun todo el cuerpo. Ultimamente, para concluir esta materia que parecerá por ventura un poco larga,

advierto que las mejores resinas y el más oloroso incienso lo sacán en aquellos países debajo de la tierra de las raíces del cedro.

La multitud de árboles que se dan en aquella tierra, todos ellos derechos y altísimos, unos blancos, otros rojos, varios encarnados y algunos de olor balsámico, es tan grande y prodigiosa, que serían la riqueza de aquellos países, si hubiera comodidad para transportarlos á otras partes, en donde el uso de tan preciosas maderas tuviera estimación grandísima. Pero los pobres indios casi sólo se aprovechan de árboles tan exquisitos de *cedro*, de *aguano*, de *ceiva*, de *eveiva* ó *palo de hierro*, para formar sus canoas y para los postes y pilares de las casas. El palo eveiva tiene una ventaja muy particular sobre los demás que le hace más apetecible para los edificios; porque fuera de no ceder en la duración al cedro metido más de dos varas en aquella tierra húmeda, y sirviendo de pilar á una casa, mantiene hasta la corteza fresca por veinte años. Y á esta causa, aunque las mejores casas de la misión se hacían de cedro, como de madera más ligera, pero las fábricas duraderas se fundaban sobre pilares de eveiva. Ya dijimos en el capítulo pasado, cómo se valen los indios del árbol *yanchama* y de la palma *achúa* para sus tejidos, aquí sólo se debe añadir que de otra palma llamada *chambira*, hacen cuerdas excelentes; y de la *pita*, planta bien conocida, hilos de mucha dura. Aunque es verdad que para sus vestidos ordinarios se aprovechan mucho más de un árbol llamado *gamburusi*, que da un algodón finísimo en vainas grandes y proporcionadas á la grandeza del pie.

Era muy grande la dificultad que experimentaban los indios en derribar los árboles grandes ó cortar la madera de que necesitaban para sus usos, antes que los misioneros entrasen en aquellas tierras y les surtiesen de instrumentos de hierro para sus cortas. Los Iquitos se subían en lo más alto del árbol y empezaban desde allí á inclinarle hacia los lados, tirando al mismo tiempo otros muchos desde abajo de cuerdas y ramas que engarzaban, hasta que finalmente, á la fuerza de los vaivenes, rompían por donde con sus hachas de piedra le habían picado ó socavado. Otras naciones, en los desmontes que hacían, dejaban en pie los árboles mayores y quedaba á cuenta de las mujeres y niñas el aplicar palos encendidos al tronco, que al cabo del tiempo penetrado del fuego, y no pudiendo sostener la mole, se rompía.

No parece que se puede dudar que en los términos precisos de la misión de los Mainas hubiese algunos minerales preciosos, particularmente de oro, porque fuera de las minas de la ciudad de Cuenca, que están á la entrada de la última misión, es común persuasión de todas aquellas gentes que en el gran río Paute, que corre por los Gíbaros, se hallan muchas minas de oro por sus riberas, y por esta razón han hecho muchos esfuerzos los españoles por penetrar hasta aquella nación valiente; pero los Gíbaros, siempre fieros é indomables, hicieron inútiles sus entradas. Demás de esto, los indios de un pueblo, llamado Napo, que está en otra parte de la misión, recogen frecuentemente en las arenas del río del mis-

mo nombre muchos granos de oro y con ellos pagan su tributo. Finalmente, este río, el Paute y todos los demás de Cuenca, vienen á sepultarse en el gran río Marañón y no es creíble que pagándole todos este tributo sea menos rico que sus mismos vasallos.

CAPITULO XIII

DE LA CAZA Y AVES

Aunque en la extensión grandísima de las misiones del Marañón se hallaba mucha caza por aquellos cerrados bosques y frecuentes quebradas, pero la más común y regular de los indios era la de los monos, los cuales son tantos que no es fácil el contar aun la diversidad sola de las especies de aquellos animales. Es verdad que no todos son de buen gusto y que son algunos hediondos, pero al indio todos le hacen buen estómago. El más celebrado por su buena carne es el que llaman *bracilargo* ó *chuba:* es negro, ó del todo ó en gran parte; tiene la barba muy sacada y la nariz como comprimida y muestra una cara como de vieja. Después del *bracilargo* es también estimado el *choro*. Es mucho más grande que los demás, muy lanudo y de color castaño. No son los otros de tan buena carne como los dichos, antes son algunos de un tufo desagradable, pero merecen ser nombrados por sus particulares propiedades. Porque el *machimblanco* es divertidísimo y no hay cosa que no remede castañeteando con los dientes. Traído á casa, luego se hace como señor de los perros, gatos y de cuantos animales encuentra, sin que se atreva ninguno á disputarle nada. El *bariza* ó *frailecillo*, así dicho porque se parece á un monje barbado con su capilla calada, despide de sí un olor malísimo, pero es de diversión por traviesísimo, y si se hallan dos juntos se están jugando todo el día como volatines. El *clara* todo se reduce á pelo y apenas tiene carne; el *tutacusillo* estáse durmiendo todo el día, pero no cesa de enredar y travesear toda la noche.

Es singular entre todos el mono que llaman *chichico*, así por su figura particular como por sus habilidades. Su cuerpo es menor que el de una ardilla. En medio de ser tan pequeño, es fiero y airoso porque tiene la cara, ojos, uñas y colmillos y cola de león; divertido y sobremanera ligero, canta como si fuera un pajarito; y si alguno se burla de él ó le llega á sacudir, se la tiene siempre guardada, sin olvidarse jamás de la burla; mira siempre con ceño al que se la hizo, y en logrando la ocasión luego se venga y desquita mordiendo. Todos estos monos usan de la cola como de manos para agarrarse de los árboles. A la casta de los monos parece pertenecer otra bestiezuela de singular estructura, que por ironía llaman *periquito ligero*, la figura parece de *fauno*, la contextura como de hombre

y la cara como de una persona que está llorando. Es lanudo á manera de perro de aguas, y tiene dos brazos largos de singular fortaleza, los cuales rematan en dos uñas de la figura de colmillos de león. Vive comúnmente en los árboles y se alimenta de hojas. Es cosa divertida ver cómo los indios le cazan, porque luego que le descubren en el árbol, suben con no menor ligereza que los monos mismos, y unos por un lado y otros por otro, persiguen al pobre animal con sus garrotes; mas él se defiende muy bien mientras está en el árbol aguantando algunos palos que no le hacen mucha impresión por la mucha lana, y evitando otros con los brazos largos con que se agarra de las ramas y anda saltando con ligereza de vara en vara. Su mira principal está en no soltar la rama, mantenerse en el árbol y no llegar á tocar la tierra en que es perdido. Mas los indios insisten tanto, que le obligan al fin á desamparar el árbol. Si cae en el agua, como suele suceder, todavía se mantiene en la pelea, y jugando con ligereza los brazos, aparta de sí los palos con que le quieren sacar á la orilla. Pero si el desdichado cae en tierra aunque sea en el borde mismo del río, se da por vencido. Porque ni puede usar de los brazos, ni puede escapar, y la mayor jornada que por un día entero hace por tierra, es como de cuatro pasos con tanta dificultad, que cada vez que se menea da un quejido lastimoso. Sin duda porque le falta el agarradero del árbol á que la naturaleza proporcionó sus uñas. Cogido el *periquito*, por más golpes y porrazos que le den los cazadores, no le quitarán la vida; tanta es la fortaleza de sus huesos y tanta la dureza de sus carnes. El P. Martín Uriarte escribe en sus diarios, que yendo de camino cogieron sus indios un *periquito*, y cansados de golpearle le ataron con fuertes cordeles en la canoa, pero que volviendo al pueblo de su misión después de tres ó cuatro días y hallándole todavía vivo, le puso en un árbol de su casa, y que vivió en él por muchos años. La carne del *periquito* es buena y tiene el sabor del carnero de España; pero como recia, nervosa y dura, necesita de mucho fuego para cocerse.

De otra caza gustan los indios y les sirve de mucha diversión, que es la de los jabalíes ó puercos del monte, y aunque no son tantos como los monos, pero se dan con abundancia y los cazan con facilidad, porque hay ciertos sitios pantanosos que por allí llaman *achuales*, en que rara vez dejan de hallarse jabalíes, y áun en los mismos ríos se ven algunos trechos de ciertas palmas, dichas *chipates*, á donde acuden frecuentemente estos animales. Son los jabalíes como los toros de los indios y la mayor diversión de la tierra; de manera que cuando salen en sus canoas á jugar con ellos sus lanzas hasta rendirlos, apenas queda enfermo en el lugar que no asista al espectáculo; tanta es la afición que tienen á este género de entretenimientos, que no carece de peligro, porque son algunos muy bravos y se vuelven contra los que los embisten. Pasan estos puercos el río Marañón puestos todos en fila y á poca distancia de unos á otros, y los más pequeños se ponen siempre en medio de los demás para ser socorridos si flaquean en el pasaje. Los jabalíes de que tratamos son

en todo parecidos á los de Europa, así en la figura como en la grandeza, y los indios los llaman cuanganas. Pero se halla también otra especie muy particular de puercos que se dicen cahucumares, los cuales son mucho más pequeños, macilentos, sin rabo y casi sin carne; y lo que más admira á los curiosos, es que tienen el ombligo en una espina de la espalda.

No dejan de verse por las riberas del Marañón y por sus bosques algunos venados de la misma grandeza y figura que los nuestros, con la sola diferencia que los cuernos no suelen ser tan largos. Acaso el Autor de la naturaleza les proveyó de cuernos más pequeños para que pudiesen penetrar con menos embarazo por aquellas espesuras. Es cosa bien casual el que los indios cacen algún venado, como también que cojan en tierra alguna danta ó mula marina no menos ligera, de la cual, por ser anfibia y de raras propiedades, daremos algunas noticias cuando tratemos de los peces del Marañón. Aquí diremos algo de las aves que se conocen en aquellas tierras.

Entre las muchas aves que se hallan en el distrito de la jurisdicción de Borja, unas sirven al gusto por su buena carne y otras á la diversión por su canto y figura singular. De las primeras son las perdices, que suelen ser de tres maneras. Unas mayores que gallinas, otras medianas, como el francolín, y otras que sólo se hallan en los lugares altos, más pequeñas que las nuestras, y tienen el pico corvo como las aves de rapiña. Cazan los indios las perdices en los sembrados y riachuelos, armando á ciertos tiempos lazos ocultos y disimulados. Hállanse también garzas de buen gusto y de varias especies y colores, que al entrar el verano pasan á bandadas. Las más señaladas son unas que compiten en la grandeza con los avestruces; pero más aprecian los indios las gaviotas por dejar en las playas abiertas mucha cantidad de huevos como de gallina, de que hacen sus provisiones. El número de patos es muy grande y todos ellos se domestican fácilmente y se hacen á la gente. No faltan tórtolas grandes, como palomas y otras muchas especies de aves que se ven en Europa, fuera de otras particulares de aquella tierra de muy buen sabor y gusto.

Cuando los indios se internan en los bosques en busca de la caza, hallan en ellos sus botillerías y refrescos para el refrigerio en su calor y cansancio. No son éstas cuevas subterráneas, ni helados hechos con arte, sino bebidas colgadas en los árboles, en sus vasijas y vasos vegetales que, resguardados de los ardores del sol y atrayendo la humedad de las plantas, conservan fresco el humor para la necesidad de los caminantes. Vense en ciertas palmas unos cocos grandes llenos de agua fresca y delgada por estar bien resguardados con una dura corteza y cierta masa ó carnaza blanca. A ellos recurren los indios en sus ahogos, y en una sola pieza encuentran agua delicada que gustar, vaso en que beber y comida dulce que les hace más agradable el refrigerio. Pero estas bebidas se hallan más comúnmente en las Mainas En las Misiones de Mainas más fre-

cuentemente recurrían los indios á otros vasos de agua no menos pura y destilada que la de los cocos. Danse por aquellos montes unas cañas recias, altas y derechas, que llaman *guaduas;* su grosor en unas es como el de un brazo y en otras como el de un muslo, de manera que cada cañuto de la caña tiene á las veces el hueco correspondiente á un azumbre de agua, y ésta es la que conservan muy resguardada del calor algunos cañutos, que conocen por la parte de afuera los indios hallarse llenos de aquel humor. Cortan desde luego el cañuto ó cañutos ricos de agua con sus hachetas y se sirven de la misma caña como de vaso para gustar cómodamente de aquel licor fresco y delicado. Porque bajando desde la copa de la caña y pasando destilado por los nudos superiores, siempre defendidos de los vapores cálidos y de los rayos ardientes del sol, queda fresquísimo, sutil y purificado. Estas son las fuentes que dispuso en aquellos parajes el Autor de la naturaleza para la necesidad de los indios, porque si bien los ríos en aquellas tierras son grandes y muy frecuentes, pero muchas veces se meten los indios en lo interior de los montes y por ellos hacen muchos días de camino, y no era fácil en tan largas distancias recurrir siempre á los ríos para refrigerar la sed ó humedecer el cuerpo. Y era cosa bien regular el que, acabada la caza de los contornos de un pueblo, saliesen los de él á lugares muy distantes á cazar algunas aves ó monos, y sin esta seguridad de hallar agua que beber, no se determinarían fácilmente á emprender tanto camino.

Hay otras muchas aves y pájaros, que no tanto sirven para el regalo del gusto, cuanto para la recreación de la vista, ó para la diversión por su figura ó propiedades singulares. Diremos de algún otro lo que hallo escrito en las apuntaciones de los misioneros. Causa mucho gusto la vista de un pájaro llamado *tucupisco,* cuyo plumaje en la cabeza es negro y bellísimo, y en ella forman una vistosa corona ciertas plumitas tan sutiles como cabellos, y ostentando en el pecho una insignia lucida como de escapulario, camina con aire y se presenta con majestad. No dejan de agradar y se hacen notar mucho por la caza unos pájaros que se dicen guacamayos; unos colorados, otros azules y otros amarillos. Aunque son hermosos; pero lo que más lleva la atención es la cara que muestran seria y arrugada, que rodeada de una como toquilla de monja, remeda perfectamente la cara de una religiosa anciana. También divierten mucho unos pajarillos pequeños, como gorriones que se nombran *periquitos,* y tienen las cabecitas ya blancas ya amarillas: se amansan fácilmente y se hacen mucho á la gente; y no hay cosa de que más gusten que de la saliva de la boca que vienen á chupar con sus piquitos. Cuando los *periquitos* se hallan juntos, como suelen, imitan con su canto una niña ó conversación de verduleras, en que todas quieren hablar á un mismo tiempo, y nada se entiende perfectamente.

Es bien singular otro pájaro que llaman *paugi,* de bastante grandeza, y de pico corvo y colorado, el cual tiene la propiedad de bramar de noche como si fuese un toro. En realidad causara grande espanto á los re-

ción llegados de Europa, si no se les previniera que aquellos terribles bramidos nocturnos son el canto del paugi. No es menos extraordinario otro á quien pusieron *trompetero,* porque sin abrir el pico toca como si él mismo fuese una trompeta por un nervio hueco que tiene por todo el estómago. Es pájaro amigo de la gente, y un misionero que tenía dos de éstos, sin haberlos enseñado, lo acompañaban al salir de casa revoloteando y tocando su trompeta. Cuando reñían los gallos acudían prontamente á la riña y á picotazos los ponían en paz. Tiene otra cosa singular el trompetero, que si hay alguna gallina criando pollos, se los suele llevar con mucho tiento en su pico uno á uno y no deja después llegar á ellos á la gallina: él los cría y los mantiene con lombrices, él los arrulla y él los acoge bajo sus alas, y los pollitos le siguen por todas partes con mucha ley como á madre, olvidados de la gallina.

Hay otro pájaro muy bello de color blanco, negro y encarnado: tiene los ojos grandes y hermosos, y el pico es mayor que todo el cuerpo. Mereció por su canto el nombre de predicador, porque su oficio se reduce á estar predicando todo el día en los árboles más altos. Sólo canta tres veces *cua, cua, cua,* en tono de misión, y haciendo una breve pausa vuelve á su tono de misión con el mismo canto. Uno de éstos se hallaba en un pueblo de Mainas y estaba todo el día en el tejado de la iglesia predicando y convocando la gente. Sólo faltaba de este sitio á las horas de comer que tenía bien medidas, y bajando del tejado entraba en el cuarto del misionero, echaba fuera á picotazos los perros y gatos, sin perdonar á los niños que encontraba, comía lo que le cumplía y tornaba al tejado, en donde tomaba con más fuerza el hilo de su sermón.

CAPITULO XIV

DE LOS PECES DEL MARAÑÓN Y DEMÁS RÍOS

La provisión grande que Dios ha deparado de peces de varias calidades y de diversos tamaños en el río Marañón, y en los que á él tiran como á centro, pudiera mantener reinos enteros si se pescasen de un modo conveniente, y se usase de la pesca con aquella economía que se observa en países de buen gobierno. Mas los indios hacen un increible estrago en todo género de peces con ciertas raíces venenosas que llaman *barbasco,* y es esto de manera que fuera del barbasco silvestre que se halla en los bosques, ellos mismos lo siembran, cultivan y benefician en sus heredades para que no les falte este instrumento de su pesca. Con pocos hacecillos de estas raíces envenenan toda una ensenada y laguna, y en menos de una hora se dejan ver por la superficie del agua innumerables

peces de todos tamaños ya borrachos del zumo de las raíces. Los indios cogen á su placer los que más les agradan, cargan de ellos sus canoas, y dejan morir los demás que desechan, que suele ser la mayor parte.

En el año de 1754 en que se hizo la dedicación de una de las mejores iglesias de la misión en un pueblo llamado San Joaquín de Omaguas, vieron esto los varios misioneros que habían concurrido á la función con mucha lástima y sentimiento de tanto desperdicio. Salieron los indios con 50 canoas, á pescar en cierta laguna; y derramando en ella sus raíces de barbasco, con sólo frotarlas con las manos subió luego á la superficie del agua una cantidad increíble de peces atolondrados. Cruzaban las canoas por la laguna, y cogiendo los indios como á brazadas los peces, antes de dos horas llenaron de pesca las 50 embarcaciones y dejaron después de todo esto llena la laguna de peces muertos que no se aprovecharon. Y áun de los peces que llevaron consigo en las canoas, se perdieron muchos, porque no se puede conservar en temple tan húmedo y ardiente lo que no se consume recientemente llevado.

No es menos extraordinaria la calidad de los peces del Marañón, que su abundancia. Entre todos merece el primer lugar el *pez buey* ó *vaca marina,* que solamente se encuentra en este río y no hay noticia de que se haya visto jamás en otros ni en el mismo mar. Es este pez á manera de un becerro de año y medio; su piel es más gruesa que la del terrestre á quien se parece del todo en boca y dientes. Tiene dos brazuelos ó aletas de la figura de remos, con que nada y recoge á las orillas del río hierbas de que se sustenta. Su cola es como un grande y grueso abanico bien extendido que le ayuda para nadar y moverse con mucha velocidad. No tiene cuernos ni pies, y en lugar de orejas sólo tiene un pequeñísimo agujero que cierra cuando quiere con una especie de puertecita. Los ojos son también pequeños para tan grande cuerpo; y debe tener oído muy tardío porque cuando sale á la orilla á comer hierba deja acercarse demasiado á la gente que lo observa. Mantiénese en el fondo del río todo el tiempo que le parece, sin tener necesidad de subir á respirar, como pensó el P. Casani en la Vida que escribió del P. Raimundo de Santacruz. La piel es lisa y no tiene pelos, como creyeron algunos que pudieron equivocarse fácilmente con las barbas que tiene en los labios y con las manchas blancas que suele tener hacia el vientre. No pone huevos, sino pare uno ó dos hijuelos que lleva consigo debajo de las aletas, y con la leche de sus tetas que chupan como terneritos, los mantiene y sustenta hasta que son crecidos.

Pescan los indios este pez con arpones gruesos, y desangrado le meten en sus canoas. Cuando llega ya á nadar el hijuelo por sí mismo, si le clavan á éste el arpón, le aguarda la madre y es causa que se pesquen los dos sin mucha dificultad. La carne es de mucha substancia, sabe á ternera gorda y es algo pesada; salada y seca al sol es apreciada en aquellas tierras. La manteca es buena para guisar y sirve también para lámparas. Tiene dos huesos medicinales en los oídos, y las costillas hervidas

detienen los cursos de sangre. La piel, bien seca y estirada, es como una tabla, y bien curtida sería una insigne vaqueta.

Después de la vaca marina es también singular en su género, por la grandeza y figura, la danta. Su cuerpo, forma y aire es como de una mula; es ligerísima en zabullirse en el agua, y como es anfibia corre por el monte, pero con tanta ligereza, que penetra por lo más enmarañado de él como una saeta, sin que se la pueda, no digo dar alcance, pero ni aun apuntar con arpón ó flecha. No deja de ser sabrosa su carne, y del cuero, bien curtido, se hace el ante más estimado. Sus uñas son las celebradas de la gran bestia, que suelen poner á los niños, engastadas en plata. Un misionero logró la ocasión de llevar á su casa una vaca marina y una danta vivas y sanas. Púsolas en una pequeña laguna que suelen tener en los corrales para las *charapas*, de que hablaremos después; pero aunque comían la hierba que se les daba y hubo esperanzas á los principios de que se conservarían, luego murieron las dos.

Otra especie de peces anfibios se encuentra, que son también harto raros por su hechura y por el aire que están papando en los árboles con sus bocas abiertas. Llámanse *iguanas*, y son de una figura ferocísima, como un dragoncillo, de media vara. Saliendo del rio se suben á los árboles, y en ellos se mantienen sin morder ni dar colazos, y abiertas las bocas están tragando aire y mosquitos. Pero en viendo la suya se desquitan contra los pollos y gallinas, de que son enemigos. Los misioneros los tenían por verdaderos camaleones, de quienes se escriben estas propiedades. La carne de la iguana la comen con ansia los portugueses, mas no la probarán por ningún acontecimiento los Mainas. Dícese que es delicada, gustosa y saludable hacia la cola, y que en ella se encuentran á las veces piedras medicinales contra el mal de piedra. Parece también anfibio el pez *capiguagra,* tan grande como un puerco bien crecido y de su figura. Es especie del castor tan alabado en el Canadá. La piel es finísima, y cuando sale del agua el *capiguagra* busca las cuevas más ocultas y habita en lugares limpios de la maleza del monte, no imitando en esto á los puercos de tierra, que buscan sitios pantanosos y se deleitan en los lugares más sucios.

Hállanse otras muchas especies de peces ya grandes, ya pequeños, ya de muchas, ya de pocas espinas unos de buen sabor y gusto y otros más insípidos. Entre estos aprecian mucho los indios las *gamitanas,* que son como una vara de largo y más de tercia de anchas, sin más espina que la del medio. Frescas y recién sacadas, son preciosas; secas y saladas son nuestro bacalao, aunque de mejor gusto y sin sus espinas. Poco se diferencia de la *gamitana* el *pacu*, que es algo menor; pero no es tenido por tan sano, porque si se come en demasiada cantidad es ocasionado á calenturas. Los misioneros tenían por el más excelente de todos el pez *tucunari* por no tener par en el sabor y por ser el más sano. No excede una tercia en la largueza y no tiene espina alguna. Es medio dorado por todo el cuerpo, y en la suavidad gusto y delicadeza parece trucha. Tampoco

tiene espinas la *mojarra,* más pequeña que una pescada regular y de lindo gusto. El pez que llaman *rumichalga* es estimado por tener en su cabeza, casi ovalada, dos como piedrecitas que raspadas en agua caliente, facilitan la orina.

No faltan otros de más daño que provecho para las gentes, como el pez *torpedo* ó *tremielga,* que por medio del sedal y la caña adormece la mano del pescador; y las que llaman *rañas,* que saben el arte de cortar el anzuelo. De esta calidad son las *larrayas,* anchas como un tambor, y de una cola larga en cuyo extremo tienen un huesecito con que hieren y causan grande dolor, como el *caneto,* pez pequeñísimo que se introduce por las vías y come la carne con voracidad increible. Si se la deja dentro por algún tiempo es cierta la muerte del que ha tenido esa desgracia: es menester para librar la vida echarle luego fuera con la bebida del jugo de *vito* y *xagua*.

Sería cosa de nunca acabar si quisiéramos hacer mención de los demás peces que cruzan por el Marañón y los otros ríos: nos contentaremos con cerrar este capítulo dando alguna más particular noticia de las *tortugas* de agua, que allí se llaman *charapas,* así por ser éstas la pesca más regular de los indios y servirles para muchos usos, como por tener varias y singulares propiedades. Las charapas ó tortugas de agua, aunque son todas de la misma figura, casi redondas, pero son diferentes en la grandeza. Hay unas pequeñas como una tercia que salen á las playas primero que las demás á poner sus huevos. Llámanlas comúnmente *tabiqueyas,* y aunque no son de tan buen gusto como las otras, pero son tenidas por las mejores para los enfermos. Hay otras medianas, y á lo que dicen los indios, como de cuatro años, mayores que las antecedentes, que aunque no han llegado todavía á la grandeza de su especie, tienen ya la perfección del gusto y del sabor en su punto, á manera de las truchas: que no son las mayores las de mejor gusto. Los misioneros que tantas veces han probado esta especie de charapas, dicen que son mejores que pollos y pichones ó perdices en el gusto y en lo sano de ellas. Otras hay mayores que la mayor adarga que imitan en la figura, y pesan regularmente cinco ó seis arrobas y no ha faltado alguna que ha llegado á pesar trescientas libras. Hacen los indios de las charapas muchos géneros de guisos, estiman mucho la carne del pecho, pero aprecian más la tripilla, y mucho más la que llaman *guagamena* en donde se encuentra gran copia de huevecillos.

Es muy difícil de morir la charapa. Hecha ya pedazos, prosigue el corazón palpitando, y áun á veces, cortada del todo la cabeza, se menea y muerde con un dientecillo que tiene; traídas estas tortugas del río y tiradas á la sombra duran meses enteros sin comer ni beber. Cuando los indios las sacan pequeñitas de los ríos, y cargan de ellas sus cestos y canastos, llegan casi todas vivas al pueblo por más apretadas que vengan unas con otras. Es cosa bien singular que se hace mucho reparar que cuando las sacan del cesto, luego empiezan á mirar todas hacia el Marañón, y quedan en esta postura sin mudar la cabeza hacia otra parte, y

áun corren muchas de ellas en derechura al río, aunque las pongan en partes obscuras y retiradas. Tan singular es el instinto que las imprimió el Criador hacia su centro.

Consérvanse por tres y cuatro años en las casas, en unas charaperas ó lagunas que tienen en ellas para este efecto, y comen ciertas hojas que remedan la figura de una lengüeta y que los indios recogen con cuidado; á falta de estas hojas comen también y se mantienen con yerba regular; pero en estos tres ó cuatro años que viven desde pequeñitas en las charaperas, apenas llegan á crecer un palmo.

Los huevos de las charapas merecen también particular expresión. En las crecientes de lunas se juntan en gran cantidad á manera de un ejército y salen á millares á poner sus huevos en las playas. Cavan primero con sus manitas la arena, y hecho un agujero como media vara de hondo, se asientan después de espaldas y deja cada una en su hoyo más de doscientos huevos. Cúbrele otra vez de arena hasta dejar la playa igual por todas partes y escapa al río. Si acierta á llegar el indio cuando está de espaldas la charapa poniendo los huevos, la coge como quiere, porque apenas se puede menear. Los huevos depositados en aquel hoyo se fomentan con el calor del sol, y como á un mes ya están vivas las charapitas, del tamaño de un real de á ocho. Fórmanse de la clara del huevo, y la yema les sirve de alimento hasta que puedan correr. Sucede varias veces que sin acabar de comerla corren hacia el agua y en ella se zabullen. En tiempos de muchas lluvias ó de crecientes del Marañón, como falta el influjo del sol necesario para la formación de estos pececillos, se pierden los huevos.

No conocen los indios en las playas los nidos ó hueveras de las charapas, por más que acicalen la vista. Tan disimulados están en la superficie de la tierra. Pero los conocen luego con el talón del pie, si acierta á pisar por ellos por estar la arena más fofa y menos apretada. Cavan al punto con la mano y puño hasta media vara y empiezan á sacar huevos y más huevos como pelotas de borra, que suelen comer ya cocidos, ya asados, ya en tortillas. No pocas veces los suelen conservar después de ahumados, porque duran mucho tiempo sin corromperse. Cuando los indios salen á sus tiempos, como veremos, á hacer provisión de manteca, cogen sin mucha dificultad ochocientos mil ó un millón de estos huevos, y de ellos deshechos en sus canoas, sacan con conchas la manteca riquísima que sube arriba. Echanla en los tinajones que llevan y vuelven á sus casas hecha la provisión para algún tiempo. Parece que todas las charapas son hembras, pues no se encuentra entre todas ellas un macho, aunque los indios dicen que de un huevo más grande que los demás, y como una bola de trucos que ponen á veces entre los otros, nace su rey, y que éste es á quien toca el salir á registrar las playas, en donde las hembras han de dejar sus huevos. Pero ninguno de los muchos misioneros que tanto vivieron en aquellas partes vió semejante huevo ó alcanzó el nacimiento de este príncipe fabuloso.

CAPITULO XV

DE LAS FIERAS É INSECTOS

Entre todas las fieras de los montes del río Marañón la más terrible y espantosa á los indios es el tigre, por el mucho estrago que suele hacer en ellos, cogiéndoles descuidados en montes, selvas y caminos, y aun á veces viene este fiero animal acosado del hambre, hasta los mismos pueblos, y metiéndose en las casas, arrastra lo que en ellas encuentra. Muchas son las especies de tigres dañinos; unos son negros, otros colorados y varios pintados de muchas manchas que son los peores y más temidos. Los indios para cogerlos arman trampas disimuladas de troncos gruesos y pesados, que con el golpe y peso les sujetan; algunos logran atravesarlos con sus lanzas, ó virotes envenenados. Hay también otra fiera parecida al tigre en su corte y figura, aunque más pequeño, y por eso le llaman *tigrillo* ó gato montés. Mas ese sólo persigue á las aves y anda en busca de monos, sin meterse con los hombres. Parece que la Providencia dispuso el que los tigres del Marañón no se propagasen tanto como pedía su especie, porque no acabasen con aquellos pobres indios. Pues puso en aquel país ciertas moscas que acaban con muchos de ellos. Asiéntanse sobre la espalda del tigre, y pasando con su aguijón la piel, dejan entre cuero y carne una semilla que, convirtiéndose á poco tiempo en un gusano roedor, armado de muchos aguijones, no deja sosegar á la fiera. Y como no puede parar en postura ninguna, ni comer, ni beber, ni dormir, muere finalmente el tigre ya sea de rabia, ya de hambre ó sed, ó ya de falta de sueño. Suelen también picar á los indios estas moscas inexorables, pero como saben el remedio de aplicar á la herida el zumo del tabaco que impide la formación del gusano, no causa en ellos los efectos que se observan en los tigres.

El *caimán*, *lagarto ó cocodrilo* es también formidable en aquellos países, y no le temen menos los Mainas en el agua que temen en los montes al tigre, porque despedaza á muchos cuando están bañándose en los ríos, y no perdona á las canoas cuando van bogando. Unas veces de un colazo echa á un hombre desde la canoa al agua, y otras de una colmillada se lleva una pierna ó un brazo, y suele ser esta dentellada más inocente, que otras con que hace presa en el pecho ó vientre, porque como los colmillos son largos, y las heridas profundas, aunque se mantenga el indio en la canoa, no tiene remedio la cura. El caimán saca de cuando en cuando la cabeza del agua para respirar. Sus colmillos pasan de setenta, y son un insigne contraveneno. El olor es de almizcle fuerte. Déjase ver más comúnmente en los meses de mayor calor y

cuando se secan los ríos, y en este tiempo salen muchos á tomar el sol en la arena de las playas, en donde no suelen hacer mucho daño por ser muy tardos en el movimiento á causa de la grande inflexibilidad del cuerpo que parece un tronco.

Huyen los cocodrilos de los tizones encendidos, y para cazarlos no valen escopetas, porque no hace mella la bala en sus durísimas conchas, si no da por casualidad en los ojos ó debajo de las aletas. El modo común que tenían los indios de pescarle era con anzuelos fuertes ó con un palo envuelto con tripa y soga que engulle el animal y queda preso. Los huevos de los caimanes son delgados y largos como un jeme. Déjanlos comúnmente en las playas más lodosas, pero pocos llegan á manos de los indios, porque los gallinazos, que son los cuervos de aquellas tierras, los huelen luego y acaban presto con ellos. Suélese comer la carne del lagarto que llaman *blanco*, aunque es dura y pesadísima.

Estas son las dos fieras más temidas en el Marañón, y se puede decir que el *caimán* y el *tigre* son los dos ministros de la justicia divina en unas tierras á donde alcanza poco la humana. Veremos en la Historia muchos ejemplos que comprueban esta verdad, y echará de ver el que la leyere, cómo el grande temor de los indios á estos animales sangrientos les ha sido siempre saludable y medio bien eficaz para que dejen sus cazas, pescas y paseos en aquellos tiempos en que deben asistir al catecismo, Misa y rosario con los demás. Así sabe la Providencia convertir en bien de aquellas pobres gentes, aquello mismo que tienen ellas, por el mayor de los males y trabajos.

Hállanse también algunos osos, y tienen las mismas propiedades que los de Europa. Solo el que llaman *hormiguero* tiene la particularidad de sacar una lengua como de tres cuartas, medio que le dió la naturaleza para su mantenimiento. Porque acuden á ella muchas hormigas que gustan de aquella humedad sabrosa, y recogiendo la lengua cuando está bien cargada de ellas, se las traga. Suele también meter la lengua en los colmenares subterráneos y chupa la miel que encuentra. Dícese que el oso hormiguero es muy fuerte y que vence al mayor tigre. No se han visto leones en aquella tierra, pero se encuentran lobos menores que los de Europa y menos dañinos. Más fieros y rabiosos son los perros del monte, aunque no son grandes. Ladran con una ira rabiosa, y muerden con increíble furor. Por más que se haga con ellos, nunca se llegan á amansar, y salen siempre á su maligna casta.

Las culebras son muchas, y muy varias en grandeza, color y propiedades. Hay una especie de culebras bobas y zonzas que no hacen daño alguno y no pican á la gente. Otras se encuentran de color negro como una vara de largas, más antes útiles que dañosas, porque entrando en las casas cogen las cucarachas y lagartijas, y las limpian de estos inmundos animalejos. Pero hay una casta de ellas en realidad no muy grandes, pero tan dañinas que en llegando á picar apenas se encuentra contraveneno eficaz contra la picadura, si no está acaso muy reciente.

Todas estas culebras son pequeñas: las mayores están comúnmente enroscadas en los árboles, y son tan gruesas como el muslo de un hombre. Y no son éstas las que causan más grima á los indios: sino las que llaman *yucumamas*, que son enormes en la longitud como de diez varas y horrorosas en el grosor, en que no ceden á un cuerpo humano.

Para que á ninguno parezca increíble lo que se dice de las *yucumamas*, me ha parecido poner en este lugar lo que el padre Manuel Uriarte, todavía viviente en Rávena y testigo ocular de lo que refiere en estos culebrones, apunta en sus diarios:

«Estando yo, dice aquel misionero, en San Joaquín de Omaguas, mata»ron en mi presencia un culebrón de diez varas de largo. Era el cuerpo »tan grueso como el de un hombre, aunque la cabeza no correspondía; »tiráronle á la cabeza muchos balazos casi á boca de cañón, porque los »de las escopetas estaban en seguro y sobre un paredón. Finalmente, »después de muchos sablazos acabó de morir la fiera achuchada la ca»beza con una cimitarra. Los indios, con sogas de *vaca marina*, llevaron »arrastrando este monstruo á la casa del gobernador.»

No sería menor otra *yucumama* de que escribe en estos términos:

«Yendo yo de camino y pareciéndome entrar en una casa vieja y mal»tratada del pueblo antiguo de Santa Bárbara de los Iquitos, bajé á un »cuarto bajo y reparé que estaba tendida en el suelo una cosa que me »parecía viga y atravesaba la pared. Por más certificarme dí en ella »con el astil de la cruz que llevaba en la mano, y comenzó luego á mo»verse aquella gran máquina. Retiréme al punto, cayendo en cuenta de »lo que era: llamé presto á los indios para matar aquel horroroso cule»brón, que iba ya caminando hacia el río. Todos gritaron: ¿Qué haces »Padre? Déjale andar que esta clase de monstruos se traga un hombre de »una alentada. Con todo eso, poniendo en Dios mi confianza, hice noche »en aquella casa que se había apropiado aquel huésped.»

Todavía es más singular lo que refiere de otra, y en donde se echa de ver el amor de un hijo con su padre, de una manera que no se verá semejante en las historias. «Pasé, escribe, con ánimo de recoger las reliquias »del pueblo de San Bartolomé de Necoya á los bosques donde se habían »retirado, y hallé al cacique y á su gente muy tristes y desconsolados, »por acabar de tragar la yucumama al hijo del cacique, que se halló pre»sente al estrago. Es cosa bien rara la que me aseguraron, que estando »ya en la boca del culebrón el hijo, gritó y clamó á su padre diciendo: «Huye, padre, que á mí ya me traga. Consoléles como pude, y los traje »conmigo.»

Cosas son estas que parecen exceder la fe humana, pero aquél es otro mundo y el testimonio del citado misionero y de los demás es muy autorizado, para resistirse á dar crédito á lo que aseguran hombres de toda verdad.

Algunos dan á la yucumama varias propiedades que necesitan de mayor examen. La primera es que su cuerpo es muy parecido al tronco

grueso de un árbol envejecido á quien ha faltado el nutrimento de las raíces; segunda, que alrededor de todo el cuerpo cría alguna especie de barba; tercera, que contiene en el aliento una virtud atractiva tan singular, que sin moverse de un paraje arrastra á sí á cualquier animal que se halle en los términos á donde alcanza la vehemencia de su atracción, si no se corta la línea con algún cuerpo intermedio. No me opongo á la primera ni á la segunda propiedad, porque siendo anfibia la yucumama y hallándose frecuentemente en lagunas y lodazales, puede formar fácilmente una delgada costra en las escamas y duras conchas que la guarnecen, y puede contribuir á que la costra crezca y tenga permanencia y á la quietud y lento movimiento con que camina, pues mientras la necesidad no la precisa á buscar el alimento, se mantiene en dichos lugares, y cuando muda de sitio es su paso poco perceptible. De aquí es que parece un tronco, como le pareció al misionero citado, y puede tener muy bien aquella especie de barbas pegadizas.

Más dificultad hallo en la tercera propiedad, y no encuentro en los papeles de los misioneros que hablan de semejante culebrón una virtud tan singular y prodigiosa, y no hubieran dejado de notar una cosa tan particular si la hubieran encontrado bien fundada. Paréceme que tiene visos de fábula, y por esta razón no la admiten en sus observaciones Ulloa ni Condamine. Pero caso que algo de esto sucediese, no creo deberse el efecto que se atribuye á la yucumama de buscar el alimento por medio de su aliento ponzoñoso, explicar por la virtud atractiva de atraer á sí á los animales, como supone la vulgaridad para excitar la admiración, sino por la embriaguez que puede causar en la persona ó animal que no está muy distante. Tomada en este sentido la propiedad, no hallo en ella cosa que me parezca increible, pudiendo ser el aliento pestilencial de tal calidad, que embriague á quien lo perciba. Pues sabemos que los orines del zorrillo tienen el mismo efecto de emborrachar, y la misma eficacia se experimenta frecuentemente, como dicen los prácticos, en los bostezos de las ballenas, tan fétidos en algunas ocasiones, que no se pueden sufrir y trastornan el sentido. Esto mismo se cuenta de algunos cadáveres, y no hay duda en que se hallan algunos olores ó vapores tan espesos que trastornan las cabezas. De esta suerte, no parece dificultoso que el aliento de la culebra tenga semejante virtud, y que por su medio consiga el sustento que su gran lentitud no puede facilitar de otro modo. Pues perdiendo los sentidos el animal que percibió el vapor envenenado, y no pudiendo huir, es regular que la yucumama, con su tardío movimiento, se vaya acercando hasta que, teniéndole á tiro, lo pueda coger y engullir. Y de esta manera pudo tragar al indio de que hablamos arriba.

De otros insectos y mosquitos está poblado todo el país, expuesto necesariamente á la corrupción por los dos principios ocasionados de ella, de calor intenso y humedad extraordinaria. Hállanse muchas castas de murciélagos y de varios tamaños que tienen una propiedad que no se ob-

serva en los de Europa, por lo cual se hacen más molestos y áun peligrosos, porque pican con mucha sutileza y desangran á los dormidos de suerte que á las veces causan deliquios. A las bestias y crías llevadas de Europa no las dejan vivir con sus picaduras, y han sido en parte causa de que no se hayan propagado las vacas, pero no llegan á las nativas del país ni encuentran en ellas aquel sabor y gusto que en las forasteras. Moscas, xexenes, cínifes y zancudos persiguen á las gentes á todas horas con sus picaduras, y los zancudos no dejan tomar por la noche el reposo conveniente, hasta que se hace costumbre de aguantarlo. Lo peor es que suelen dejar dentro de la picadura cierta semilla que va creciendo, y no se puede sacar sin arrancar parte de la carne con mucho dolor.

El mismo efecto causa otro animalillo, á manera de pulga, que llaman nigua, que, metido entre cuero y carne, va levantando un tumor, y sacado el animalejo, suele proseguir si no se acierta á sacar la semilla para lo cual es preciso cortar por lo vivo algo más abajo de la parte á donde ha penetrado con su punta. Otro trabajo se experimenta en las casas con la muchedumbre de ratones tan roedores que á nada perdonan. Acabarían bien presto estos voraces animales con todo el maiz, que es la principal cosecha y provisión de los indios, si no tuvieran éstos la prolijidad de untar los granos con zumo de la raiz venenosa de barbasco. Con esta hierba hacen continua guerra á los ratones y los consumen ó impiden que se propaguen.

Dejo la prodigiosa cantidad de ranas y sapos que, en tantas lagunas y pantanos, atormentan los oídos con su música desgraciada. Sólo es digno de notar que un sapo llamado *socto*, el cual únicamente canta prenunciando tempestad, no parece venenoso pues los indios se lo comen sin experimentar daño. Son de varios colores las arañas, entre las cuales hay algunas de grandeza extraordinaria, que labran telas finísimas en los aleros de los tejados. Los indiecitos se divierten en deshacer estas telas y cogiendo una por la hebra que suelta, van envolviendo en palitos el hilo que suele pasar de 30 varas. Otras hay, negras y peludas, tenidas por venenosas, y sin embargo de eso los indios Napeanos andan á caza de ellas, sácanlas de debajo de tierra y se las comen como si fuera mazapán. Bien es verdad que tienen la precaución de asarlas antes sobre unas hojas y con esta diligencia depurarlas del veneno. Si los Napeanos comen arañas no es de extrañar que los Encabellados gusten de las hormigas y que hagan de ellas cazuelas á su paladar muy sabrosas. Hállase entre las hormigas una casta de ellas que llaman *arrieras*, las cuales tienen la mala propiedad de morder como si fueran perros. El dolor dura veinticuatro horas, pero pasa sin dejar mala resulta.

CAPITULO XVI

SI LOS INDIOS DE LA MISIÓN DE LOS MAINAS TENÍAN ALGÚN CULTO PÚBLICO Ó ADORACIÓN

No dejará de extrañar á alguno que habiendo tratado tan á la larga de la calidad y costumbres de los indios del Marañón, y de los frutos y propiedades de las tierras, no hayamos hecho mención alguna de culto, veneración ó sacrificio que ofreciese alguna de las muchas naciones á ídolos ó dioses falsos, porque no parece posible tanta brutalidad ó barbarie, que unos hombres, al fin racionales, no reconozcan como por instinto ó naturaleza algún numen ó deidad á quien acudan en sus trabajos y necesidades. Y, en efecto, el P. Francisco Fuentes, en el Memorial que presentó á su majestad católica, y nosotros trasladamos en el libro I, dice que aunque no son dados á muchos géneros de idolatrías,... se conoce en algunos que ofrecen á sus tiempos oro y plata al sol en un adoratorio grande que le llaman *la casa del sol*. De la misma manera escribe también Rodríguez en la *Historia de los descubrimientos del Marañón*, cuando dice que los ritos de toda esta gentilidad, generalmente son unos mismos. Adoran ídolos fabricados de sus manos y los ponen sus divisas, como de un pez, mas los tienen arrinconados y sólo acuden á ellos cuando los han menester para sus guerras.

Mas los misioneros de Mainas que midieron á pasos toda la jurisdicción de la ciudad de Borja, y trataron todas las naciones que se contenían en ella, aseguran y protestan que en todo el espacio de ciento treinta y ocho años, en que se trabajó sin interrupción en aquel campo, no se vieron jamás vestigios ni reliquias de adoración pública en alguna de las naciones. Solamente encuentro en uno de los papeles que me envió uno de aquellos padres, que en la tierra de los *Zetes*, parcialidad de los Omaguas, se halló algún otro idolillo de barro, pero arrinconado, y de que los indios mismos no hacían caso. A este modo, el que se casase con la mujer del cacique muerto el hermano segundo, como insinuamos, no lo hacían por principio de religión, ni la miraban como cumplimiento ú obediencia á alguna ley que observasen, sino porque creían ó se figuraban haber una especie de razón ó conveniencia en que el hermano segundo sucediese al primero en el oficio y en que la capitana no fuese degradada de la dignidad de que había gozado en vida de su marido.

Es así que el P. Fuentes dice en su Memorial al rey, que algunos indios en un adoratorio dedicado al sol ofrecían á sus tiempos oro y plata á este planeta; pero habla de aquella universalidad de gentiles que se empezaron á descubrir en la América meridional y áun septentrional, por los años de 1620, que eran muchísimos, y hacia todas partes. Y es natural ó creible que en alguna ó algunas de estas naciones, se ofrecie-

sen las oblaciones ó sacrificios de oro y plata que nunca se vieron ni oyeron en el distrito de nuestras misiones. Y ¿cómo pudieran en Mainas hacer estos sacrificios de metales que apenas conocían, porque fuera de la nación Gíbara que se presumía tener mucho conocimiento del oro que abunda, como dicen, en sus ríos (donde no se practicaban ciertamente los pretendidos sacrificios), ninguna otra tenía noticia ni se aprovechaba de aquel metal, fuera de algunos pocos indios en la altura del río Napo, que en rigor no pertenecían á la misión? El mismo Fuentes, en la memoria citada, da bastantemente á entender que algunas ó muchas provincias no reconocían dioses ó ídolos fabricados de sus manos, cuando dijo universalmente: «no son dados á muchos géneros de idolatría.» Rodríguez siguió, á lo que yo pienso, la relación impresa del P. Acuña, el cual, tratando en general de la inmensa gentilidad que se extiende por todo el río Marañón, así español como portugués, pudo muy bien asegurar que adoraban ídolos fabricados de sus manos. Pero no se sigue de aquí que aquella cláusula se haya de entender precisa y determinadamente de los gentiles de las misiones de Mainas. Pues es cosa constante que el viaje de Acuña comenzó desde las juntas del Napo y Marañón hasta el gran Pará, que casi todo ello pertenece á la corona de Portugal, y dejó atrás la mayor parte de la misión española.

Pero aunque nuestros indios no profesaban algún culto, adoración ó ceremonia que oliese á religión ó á idolatría, no por eso es de creer que tuviesen una total ignorancia invencible de Dios, por más bárbaros, brutos ó bozales que se les quiera hacer. Porque es muy difícil de entender que una criatura racional, dotada de libertad en sus acciones, no tenga el juicio necesario ó discreción suficiente para conocer, en general á lo menos confusamente, lo bueno y lo malo, lo conforme á la naturaleza y á la razón y lo que no es conforme ó disuena; no digo en todas las cosas, que esto sería mucho pedir, sino en algunas acciones más claras, obvias é inmediatas que se derivan de los primeros principios. No está Dios lejos de nosotros, dice el Apóstol, y su conocimiento parece que se nos intima por los mismos primeros y universales principios de la razón y conciencia, comunes á todo hombre racional. Por ellos no deja de conocer el entendimiento más obscurecido al Criador de todas las cosas en alguna propiedad, atributo ó prerrogativa, ya sea de juez, ya de criador, ya de legislador, etc., que de tal manera convenga á Dios que no pueda convenir á la criatura.

Para dejar disputas, dos cosas se me ofrecen al presente sobre los gentiles del Marañón, para persuadirme que no ignoraban tan universalmente y tan del todo á Dios como pensó alguno. La primera es, que la experiencia enseñó generalmente á los misioneros que cuando les anunciaban por la primera vez la existencia de un Dios, criador de todas las cosas, que á los buenos premiaba allá arriba en su cielo, y á los malos les quemaba allá abajo con fuego eterno, les asentaban muy bien estas verdades, como que hallaban dentro de sus almas algunas semillas de ellas.

Y si no siempre se reducían á la fe ó perseveraban en ella, no nacía esto de que no les armase esta doctrina, sino de que no se resolvían á vivir juntos en un pueblo, en que perdían su antigua libertad y era necesario irse á la mano cortando vicios, carnalidades y embriagueces. La segunda es, porque por brutos que fuesen, no dejaban de experimentar los remordimientos de la conciencia, que les molestaba, particularmente si habían hecho algunos pecados enormes de los que más disuenan. Buena prueba es de esto un cacique famoso de los Encabellados, llamado Zamaroa. Quiso su Divina Majestad que el P. Manuel Uriarte le trajese á sí, años antes de la expulsión de los misioneros de aquellas tierras, después que había muerto un criado del mismo padre; y estando en pacífica conversación con el misionero, «¡Ah, Padre, dijo Zamaroa, desde que hice aquella muerte, mi corazón está inquieto y no halla sosiego». Estos aguijones y punzadas de la conciencia le avisaban, á lo menos, en confuso, de que había un juez supremo que le había de pedir algún día cuenta de sus acciones y castigar sus delitos.

Más claro y expreso parecía generalmente el conocimiento que tenían del demonio, y no había nación que no tuviese término particular en su lengua con que lo significase. Habíaseles aparecido muchas veces en figura de hombre blanco, porque á los principios llamaban á los españoles y portugueses con el nombre propio del demonio. Y no es mucho que este capital enemigo del género humano, barruntando que por medio de los blancos podía amanecer en aquellos infelices la luz del Evangelio, se les descubriese en semejante figura, para impedir la comunicación con los que podían ser algún día sus libertadores. Aun después que se iba extendiendo el Evangelio, se les aparecía varias veces, y nota un misionero muy práctico, que los indios á quienes una vez se aparecía el demonio, solían vivir muy poco, y que eran los más duros, tercos y difíciles en querer recibir el bautismo, áun en la hora de la muerte. Tan buenos efectos dejaban las apariciones y visitas del enemigo de las almas.

LIBRO III

CAPITULO I

DÁSE PRINCIPIO Á LA MISIÓN DEL MARAÑÓN POR LA REFORMA DE LOS VECINOS DE BORJA Y POR LA INSTRUCCIÓN DE LOS INDIOS MAINAS

Después de haber referido por todo el libro primero los varios descubrimientos del río Marañón, y de haber prevenido en el segundo lo que nos ha parecido necesario para que se forme una idea de sus habitadores y de la calidad de sus tierras, ya es tiempo de entrar gustosos á referir los principios de la misión de los Mainas, adonde, con particular destino, llamó la divina Providencia á los religiosos de la Compañía de Jesús.

Dejamos en el capítulo XV del libro I en la ciudad de San Francisco de Borja, cabeza de la misión á los padres Gaspar Cujía y Lucas de la Cueva, que acompañados del gobernador D. Diego de Vaca bajaron á la ciudad. El primero, en calidad de párroco, autorizado para el oficio por los dos fueros eclesiástico y seglar, y el segundo, en calidad de coadjutor ó compañero en el empleo, que ya desde aquellos principios se reconocía difícil y trabajoso, no sólo por lo estragado de las costumbres de los vecinos de la ciudad, sino mucho más por la instrucción y pasto espiritual de los indios Mainas, que, repartidos en encomiendas, vivían en sitios muy apartados y distantes de Borja.

Luego que llegaron los dos misioneros en el año de 1638 al sitio de su apostolado, empezaron su sagrado ministerio por la instrucción de la gente española, que se hallaba muy necesitada de este espiritual socorro. Hacían frecuentes pláticas espirituales á los adultos, explicándoles los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, y encargándoles la observancia de las obligaciones que pedía el estado de cada uno; pero se empeñaban mucho más en la enseñanza de la doctrina cristiana á los niños y gente ruda, muy persuadidos á que las grandes empresas han de comenzar siempre por los ejercicios más humildes, y que Dios Nuestro Señor echa su bendición copiosa á los que empiezan á fabricar el edificio sobre el sólido fundamento de la humildad cristiana. En la enseñanza de los indios, que tenían en el corazón, hallaron muchas dificultades. Vivían distantes y dispersos á causa de las encomiendas, que se habían estable-

cido á los principios en los sitios que había señalado el gobernador á los vecinos en la distribución de las tierras. Unos habitaban en las riberas del río; otros estaban en isletas, y casi todos, en tan poca proporción para asistir á la doctrina en la ciudad, que no podían los infelices ser instruídos en la fe como deseaban durante el riguroso sistema de las encomiendas. Los menos distantes estaban día y medio apartados de la ciudad, dos días otros, y algunos, tres días de camino. De donde nacía que por una vez que asistiesen á la doctrina, se veían precisados á perder muchos días de trabajo. Doliales esto á los encomenderos, y había ocasionado la situación crítica y distante de Borja contiendas enfadosas entre los dueños de las encomiendas y párrocos seculares. Queriendo aquéllos aprovecharse de los trabajos de los indios, y pretendiendo los párrocos que interviniesen en la explicación del catecismo, llegaban á tanto los debates entre unos y otros, que á influjo de los párrocos, habían sido apremiados, con censuras y excomuniones, los dueños de las encomiendas. Pero era bien claro que, supuesta la distancia entre la única parroquia de Borja y la residencia de los Mainas, ó se habían de despreciar las censuras eclesiásticas, ó los encomenderos no habían de percibir utilidad alguna de los indios.

No les pareció á los padres seguir en las circunstancias el empeño de los curas antecedentes, porque ni se había logrado con él lo que se deseaba, y por otra parte, era un seminario de pleitos y contiendas con que enajenados los ánimos de los vecinos de Borja, no era fácil empeñarlos en el descubrimiento de otras naciones. La caridad, que es muy ingeniosa en los mayores apuros, les sugirió un medio eficaz y poderoso con que lograron la entera instrucción de los indios y el conciliar los ánimos de éstos con los españoles. El medio, como efecto del celo y caridad cristiana, todo cedía en bien de los vecinos de Borja y de los Mainas; pero era muy costoso y de grande trabajo para los misioneros. Convinieron con los dueños de las encomiendas, en que dispusiesen allá en las cercanías algunas capillas en donde se juntasen los indios menos distantes para aprender el catecismo sin perder el trabajo. Y que las ermitas y capillas se considerasen como otros tantos anejos del curato. Ellos tomaban á su cargo el enseñar la doctrina así en Borja, adonde debían concurrir sus vecinos y los Mainas más cercanos, como en las capillas erigidas adonde asistirían los indios repartidos en las encomiendas, según la mayor ó menor distancia en que se hallasen de los sitios señalados.

Bien se deja entender el mucho trabajo que caía sobre los misioneros con la multiplicación de doctrinas, porque uno estaba siempre en la ciudad, como era necesario, para los casos ocurrentes, y el otro andaba en continuo movimiento, y casi siempre en viaje de una doctrina en otra, sin detenerse más de lo necesario, para catequizar en un sitio y con el pensamiento de haber de pasar sin perder tiempo á los otros. Mas entraron en ello con mucho gusto y voluntad, viendo que por este camino, no sólo ganaban á los señores de Borja, y metían la paz entre todos, sino

que lograban instruir á los Mainas en los misterios de la fe y disponerlos á vida cristiana. Pusieron luego en ejecución lo que dispone el obispado de Quito, el cual ordena que en todos los curatos de indios se les explique la doctrina cristiana todos los miércoles y viernes, fuera de la doctrina de los domingos, que debe ser común á todos; y con la continuación no interrumpida de tan saludable ejercicio tres días á la semana, adelantaban los Mainas en la doctrina cristiana y se iban cultivando con mucho gusto de los padres, que daban á Dios muchas gracias de ver el fruto que experimentaban en sus indios.

Más tuvieron que padecer los misioneros en la misma ciudad para quitar escándalos antiguos y moderar la codicia de los españoles que, desatendiendo á las leyes divinas y humanas, no aspiraban á otra cosa que á utilizarse del trabajo de los indios y á satisfacer á sus pasiones. Pero con la humildad y paciencia y la aplicación continua á su ministerio, enseñando y predicando y dando buen ejemplo, lograron reformar las costumbres de la ciudad con admiración de los vecinos; introdujeron la frecuencia de los Sacramentos y establecieron varias congregaciones, así de españoles como de indios, con sus ejercicios de piedad y devoción á que todos acudían voluntariamente. Sirvió esto mucho para que los anejos de indios á que atendían principalmente los padres, por estar más destituidos de socorros espirituales y más necesitados de ser dispuestos para el bautismo, se fuesen formalizando; porque los españoles, más humanos con ellos y menos duros en el trato y en las tareas que les señalaban, les daban tiempo y lugar para enterarse bien de la doctrina.

Los principales anejos de Mainas que ya en este tiempo florecían, eran tres. Uno de San Ignacio, otro de Santa Teresa y de San Luis el tercero. Duraron después por algún tiempo, hasta que, disminuyéndose el número de los Mainas, unos por huir al monte, como veremos, tratados con dureza y rigor por los encomenderos, y otros por las muchas enfermedades y epidemias que sobrevinieron, todos los Mainas se juntaron en el anejo y pueblo de San Ignacio, que siempre estuvo á cargo del párroco de la ciudad de Borja. Mas en este tiempo, aunque dispersos y esparcidos en sitios muy distantes, vivían con mucha paz y estaban en grande armonía con sus amos y no había queja ninguna, pleito ni disensión sobre el punto crítico de la práctica de las leyes de las encomiendas. No es de extrañar que mudadas las costumbres de la ciudad y estando á raya las pasiones, se diese lugar á la razón y entendiese cada uno las leyes de las encomiendas, no conforme á su capricho, sino según las reglas de la equidad y justicia.

El gobernador de Borja, que observaba muy de cerca la prudencia celo y caridad con que manejaban los padres Cujía y Cueva un negocio tan arduo y dificultoso, como era el poner en razón á los vecinos de la ciudad y á los indios en una sujeción tan voluntaria, no acababa de admirarse de tan extraordinaria mudanza y daba á Dios muchas gracias de haber traído consigo los religiosos de la Compañía. Atribuía á la gracia

de su vocación aquella felicidad y destreza con que habían enlazado y unido en tan poco tiempo los ánimos tan discordes que no había podido él mismo con todo su poder y justicia concordar por el espacio de cuatro años; lleno de consuelo por lo que experimentaba, dió luego cuenta á la Real Audiencia de Quito y á su ilustrísimo prelado, y aún con más individualidad al virrey de Lima, del grande fruto que se lograba en la ciudad de Borja con la incesante aplicación y prudente conducta de los padres, suplicando al mismo tiempo á su excelencia se sirviese de confirmar en el curato de Borja y en la empresa de la conversión de los gentiles que se fuesen descubriendo en su gobierno, á los religiosos de la Compañía. Tuvo su efecto la diligencia del gobernador, y aprobó el señor virrey en nombre de su majestad todo lo que se había dispuesto por la Real Audiencia de Quito y por el señor obispo. Desde este tiempo se fijó en la ciudad de Borja la residencia del superior de las misiones de Mainas, siéndole más fácil, viviendo en la ciudad, el empeñar sus vecinos en el descubrimiento y pacificación de las muchas naciones que se creían habitar por las riberas de los ríos Pastaza, Guallaga y Ucayale. Creciendo después la misión y extendiéndose por muchas partes adonde no se podía por la mucha distancia acudir en las cosas más necesarias desde esta primera residencia, se mudó como veremos la estancia del superior á otro sitio más cómodo y oportuno.

CAPITULO II

ENTRA EL PADRE LUCAS DE LA CUEVA Á LOS INDIOS XEVEROS.

Aunque se hallaban ocupados los dos primeros misioneros en el cultivo de los españoles de Borja, y en la instrucción de los Mainas dispersos y reducidos á encomiendas, no estaban olvidados del motivo principal de su venida que era la reducción de los innumerables gentiles que habitaban por aquellos bosques, y por las riberas de los ríos. La primera nación que ofreció la divina Providencia para ser instruída en las verdades de nuestra santa fe fué la nación Xevera, cuyo descubrimiento y pacificación se logró por medio de los indios Mainas. Tuvieron allá en su gentilismo muchas guerras estas dos naciones, no sólo entre sí mismas sino también con otras confinantes. Perseguíanse cruelmente con horribles carnicerías, y sin más motivo que el de su innata propensión á guerrear y el bárbaro gusto de hacer daño, daban frecuentes asaltos, tomando no pocas veces por diversión el provocar á sus vecinos, que no necesitando de mucho motivo para darse por ofendidos, correspondían del mismo modo.

De aquí resultaba el alejarse unas naciones de otras, retirándose éstas por los bosques más interiores, y aquéllas por las lagunas, quebradas

y ríos de uno y otro lado del Marañón. Esto sucedió puntualmente á la nación Xevera que llevando siempre la peor parte en los encuentros con la Maina, había buscado un sitio más retirado para vivir libre de la invasión de sus enemigos. Tenían en uso los Mainas correr y atravesar los ríos en canoas, cuya práctica era desconocida á los Xeveros. Con esa ventaja les cogían descuidados entrándose con las embarcaciones en sus tierras cuando menos lo esperaban, y ésta era la razón de la superioridad de los Mainas sobre los Xeveros, y no porque fuesen estos menos valientes que los Mainas, como lo mostraron bien en las muchas expediciones que hicieron con el tiempo en las ocasiones necesarias. Cuando los indios Mainas se dieron de paz á los españoles, ocupaban los Xeveros los bosques y selvas que median entre el río Marañón, y entre las serranías de los Chayabitas y Cavapanas, y en este sitio lograban alguna quietud y desahogo con las ventajas de vivir sin las zozobras de enemigos que las persiguiesen en tan retirado lugar.

No se habían descuidado los españoles cuando pusieron el pie en las tierras del Marañón de informarse por medio de los Mainas de las naciones del contorno, y habían adquirido noticias de muchas, y muy en particular de la Xevera, que se creía numerosa. El designio de los españoles en procurar su noticia era el de aumentar sus encomiendas; pero el de Dios era prevenir á esta nación para que los religiosos de la Compañía formasen de ella un pueblo numeroso, que fuese como el principio de la misión que se había de extender por trescientas leguas. Para esto movió á los misioneros á que se informasen con toda individualidad de las naciones más cercanas por medio del cacique de los Mainas, indio de más capacidad que los demás y que tenía más noticias de aquellas tierras. Hizo á los padres el cacique una relación tan larga de solas las naciones que él conocía ó había tratado, que quedaron admirados del número y de la diversidad de ellas. Entendieron por su informe que una de las más numerosas, y no muy distante, era la nación Xevera, y el mismo principal de Mainas se ofrecía á conducir á los padres hasta sus tierras, pero negábase á entrar en ellas, á causa de los antiguos encuentros que había tenido con ella y por el valor que tenía bien conocido de los Xeveros.

No detuvo á los misioneros esta circunstancia, que determinados al descubrimiento de aquella nación y á entablar paces con ella, dieron parte de su designio al gobernador. Aprobó este señor, como tan celoso del nombre católico, su resolución, y alabando el celo y caridad de los padres, se ofreció él mismo á ayudarlos en cuanto pudiese para dar principio á la conquista y reducción de los gentiles de su jurisdicción y gobierno, como había prometido. Mandó luego aprontar canoas, señaló vecinos que como soldados acompañasen á un padre en la empresa del descubrimiento, y nombró un cabo de valor y prudencia que con subordinación al misionero mandase á los vecinos é indios de que se compuso una armadilla moderada. Tocó la expedición al padre Lucas de la Cueva,

que en el día señalado para la partida hizo una breve pero eficaz exhortación á la gente congregada en la iglesia para que encomendase á Dios por medio de María Santísima la empresa y se sirviese su Majestad echar la bendición á los principios de la conquista y reducción de los infieles. Dijo después misa en el altar de Nuestra Señora, y desde este día quedó con la advocación de *Conquistadora*. Acabada la misa, entregó el gobernador el estandarte real al oficial señalado y le dió las facultades necesarias y comisión para que en nombre del rey nuestro señor tomase posesión de aquellas tierras y recibiese bajo la protección real la nación ó naciones que viniesen en ello, como se esperaba. Mandó después tomar las armas á los españoles é indios que debían acompañar al padre, y puestos en forma militar, marcharon desde la plaza de la ciudad hasta el puerto al son de cajas y de pífanos y al repique de todas las campanas.

Embarcados todos en las canoas dispuestas, recibieron con mucha humildad la bendición que les echó desde las riberas del río el padre Gaspar Cujía, y empezaron á bajar por el río con banderas desplegadas al disparo de fusiles y á los gritos del buen viaje que les anunciaban los que quedaban en el puerto. Después de algunos días de navegación, llegaron al puerto que tenían los guías destinado para saltar en tierra. Hecho el desembarque y dejados unos pocos indios en guarda de las canoas, entraron los demás con mucho orden por lo interior del monte en busca de los Xeveros. Hubo alguna dificultad en descubrir sus tierras, porque los indios Mainas no sabían á punto fijo el último lugar de su retiro. No faltaron trabajos, como suele suceder en las entradas y caminos por montes ásperos y cerrados de árboles espesos, pero se llevaban con buena voluntad y alegría con la esperanza de hallar los que buscaban. En efecto, á pocos días encontraron algunos rastros, que seguidos con todo cuidado, condujeron á los nuestros á la tierra de los Xeveros. Alborotáronse éstos á la vista de los Mainas, sus enemigos antiguos; echaron mano de las armas, y puestos en orden, hicieron frente á los nuestros, que prevenidos del cabo, se mantuvieron en orden de defensa, sin arrojar flecha y sin disparar fusil.

Entre tanto tiraron los españoles á sosegar á los Xeveros por señales que les daban de paz, y con algunas palabras que un indio Maina sabía de la lengua de los Xeveros. Viendo el P. Lucas que se iban amansando, tomó consigo el Maina y enderezándose á los gentiles les propuso como pudo por medio de este intérprete el fin de su venida, diciéndoles que no buscaba otra cosa en tan penoso viaje, que su mismo bien y felicidad eterna y temporal; que él los asistiría en persona en cuanto pudiere si querían vivir juntos en un pueblo, y que de esta manera lograrían la ventaja de vivir en paz, y sin temores, protegidos de un gran rey que los tomaría debajo de su amparo. Repetíales muy de propósito que él se ofrecía desde luego á vivir con ellos, en sus tierras, cuidarlos, enseñarlos y enderezarlos en todo lo necesario. Con estas razones dichas por el misio-

nero con mucho cariño, afabilidad y deseo del bien de aquellos pobres, aunque traducidas del intérprete con mucho trabajo y dificultad, se pusieron los Xeveros en manos de los españoles. Asentóse la paz entre unos y otros y quedó encargado el cacique de los Xeveros de juntar su gente, convocar á las parcialidades, y dar principio á un pueblo que se debía formar en el sitio que tuviesen por más oportuno. El P. Lucas repartió á los indios para el desmonte necesario, hachas, machetes y otros donecillos que apreciaron mucho y con que los dejó nuevamente obligados, dando muchas gracias á Dios por tomar posesión de aquellas tierras en nombre de Jesucristo con el bautismo de los niños y niñas que le ofrecieron voluntariamente sus padres. También el cabo conforme al orden que del gobernador llevaba, tomó posesión de aquellas tierras en nombre de su majestad católica y dió al cacique título y nombramiento de gobernador del nuevo pueblo, haciéndole los encargos que le pareció convenientes para la buena formación del nuevo establecimiento.

Antes de partirse el misionero de las tierras de los Xeveros, les pidió un muchacho de los más despejados que quería traer consigo, para que aprendiendo la lengua del Inga, pudiese después servir de intérprete en la enseñanza de la doctrina; diósele gustoso el cacique que en todo mostraba muy buena voluntad y deseo de complacer al padre. Hecha esta diligencia que le pareció necesaria en aquellos principios en que no era tan fácil aprender la lengua de los Xeveros, se despidió de ellos con ternura, prometiendo volver al tiempo determinado á vivir con ellos, con que solo formasen su pueblo y dispusiesen los campos necesarios para las sementeras. Volvieron los españoles, llenos de consuelo y alegría por el buen éxito y feliz descubrimiento, y en poco tiempo llegaron á Borja contando cada cual la buenaventura á su modo. El P. Cuevas informó puntualmente al gobernador y al P. Gaspar Cujía de lo que se había logrado y comenzado con la nación Xevera, y de la disposición en que quedaban de recibir misionero. Todos celebraron el descubrimiento y los buenos principios de reducción á la Iglesia de una nación de tan buenas calidades, y dieron gracias á Dios con una Misa cantada, que se celebró solemnemente delante del altar de Nuestra Señora; y en este día se confirmó la advocación de *Conquistadora* del Marañón, teniendo todos desde entonces á tan piadosa Señora por patrona, protectora y abogada de las conquistas de los gentiles.

CAPITULO III

PASA Á VIVIR CON LOS INDIOS XEVEROS EL PADRE CUEVAS

Poco tiempo estuvo el P. Lucas en la ciudad de Borja, trabajando en su ministerio con los españoles y Mainas. Llegábase ya el tiempo destinado á su viaje en cumplimiento de la promesa hecha á los Xeveros. Sentía el gobernador privarse de un sujeto tan cabal y tan celoso en unas

circunstancias en que le importaba mucho su presencia, para la conservación de los Mainas, que iban ya dando algunos indicios de inquietud y descontento; pero se consolaba con la asistencia, áplicación y prudencia del P. Cujía. Este envidiaba la suerte de su compañero, en ser el conquistador primero de gentiles; pero convenía gustoso en darle la preferencia, que á su juicio le competía por el lleno de sus grandes talentos, juntos con una virtud maciza y con un celo ardiente de la conversión de los infieles. Parecióle al gobernador acompañar al P. Lucas hasta dejarle en las tierras de los Xeveros de parte de su majestad católica, que así creía dar mayor autoridad y firmeza á los principios de su misión. Tomando algunos soldados salió con el misionero, y en pocos días, por ser ya sabido el viaje, llegó, sin particular trabajo, al sitio destinado para el pueblo de los Xeveros.

Esmerábanse los indios en agasajar con su pobreza al gobernador y misionero, y no sabían cómo agradecer el bien que veían en sus tierras. El gobernador se aprovechó de esta buena disposición para proponerles por medio del muchacho xevero, que sabía ya medianamente la lengua del Inga, el fin y motivo de su venida: «Hijos míos, dijo al cacique y á la »gente congregada, he venido á vuestras tierras con el que ha de ser »vuestro misionero, para darme á conocer como ministro que soy del rey »de España, á quien os habéis sujetado voluntariamente. Yo os prometo »en nombre de su majestad ampararos en todo y defenderos, ser amigo »de vuestros amigos y enemigo de vuestros enemigos. Os entrego de parte »del rey, mi señor, este ministro de Dios y misionero vuestro, para que os »enseñe el camino del cielo, os instruya, rija y enderece en todo lo necesario para que viváis cristianamente y gozéis juntos en un pueblo de »vida civil y sociable. Pero quiero que entendáis todos que se le debe »grande respeto, estimación y reverencia, por ser sacerdote y ministro »de Jesucristo, cuya ley santa os viene á predicar. Yo mismo, siendo gobernador de la ciudad de Borja y teniendo el lugar primero entre los »oficiales de su majestad católica, le tengo en grande veneración y estima»; (diciendo esto le hizo una grande reverencia) «porque á los sacerdotes del Señor siempre tienen y muestran los cristianos, aunque sean »reyes ó emperadores, la mayor atención y el más profundo respeto, por »tener una señal ó carácter superior á todas las preeminencias de los demás hombres». Dicho esto, hizo que los Mainas mismos que habían venido con él, apoyasen, á su modo, con señas ó palabras lo que ellos practicaban en la ciudad y doctrinas con los padres.

No contento el gobernador con esta primera plática, hizo juntar á la partida toda la gente y les volvió á insinuar la obligación que tenían todos de portarse como buenos vasallos que eran del rey de España, que harían en todo su deber si cumplían con lo que les mandase su misionero, el cual se quedaba con ellos para hacerles el mayor bien que imaginar podían. Añadió que él mismo volvería en persona á visitarlos antes de mucho tiempo, y á examinar si cumplían las cosas siguientes, que

todas eran en bien de la nación y de todos los particulares: 1.ª Deber de asistir á la doctrina chicos y grandes en la forma que dispusiese el padre. 2.ª Se ha de fabricar una capilla para la misa y para la explicación de la doctrina cristiana. 3.ª Se han de juntar en el pueblo todas las parcialidades amigas. 4.ª Al padre misionero se le ha de hacer una casita y acudir con él al sustento necesario en aquellas tierras en donde no tiene de qué alimentarse, ni puede buscar la comida por haber de ocuparse en la enseñanza é instrucción. Para dar más calor á la fiel ejecución de estos cuatro encargos, confirmó al cacique en el oficio de gobernador del pueblo á quien debían todos obedecer, y señaló á otros indios que mejor le parecieron para alcaldes y regidores que ayudasen al gobernador para el cumplimiento de sus órdenes.

Para que la despedida hiciese más impresión en los corazones de los indios, volvió á ratificar la palabra de su vuelta al pueblo á pedir cuenta de lo que dejaba encargado, y muy en particular de lo que pertenecía al buen trato del padre que les dejaba, porque ninguna cosa le sería de mayor gusto ni de mayor agrado que el entender que le cuidaban, obedecían y respetaban; como al contrario le sería muy sensible y desagradable si le faltaban en algo. Hecho este último encargo, con alguna viveza, como quien presentía en el ánimo el trabajo y desamparo en que habían de dejar á su misionero, se volvió á él, y abrazándole tiernamente, le pidió que avisase del modo de portarse de la gente, ofreciéndole enviar después de dos meses alguna gente de Borja para que le ayudasen en algo, si fuese necesario, y le llevasen noticia de lo que pasaba.

Partido el gobernador, quedó solo el nuevo misionero, lleno de consuelo de verse entre tantas gentes como había deseado por tanto tiempo. Hizo nuevo sacrificio á Dios de sí mismo, resuelto y determinado á padecer por su amor, por el bien de aquellos pobres y desamparados indios, las penalidades y trabajos que concebía indispensables en aquellas tierras desiertas sin algún recurso humano, y esto mismo le servía para poner toda su confianza en aquel Señor que le había llamado para tan ardua empresa. A la verdad, tuvo harto que padecer en romper una viña que se resistió, como veremos, á su primer cultivo, y le fué bien necesario en los principios todo el caudal de virtudes de que iba prevenido.

La empresa no era menos que de amansar unas fieras con apariencias de racionales. No conocían á Dios, ni su razón pasaba de la raya de los niños españoles de siete ú ocho años; pero en medio de tanta cortedad del uso de la razón, parece que les sobraba malicia y sagacidad para salir con sus depravados designios. La ninguna sujeción de unos á otros, sin reconocimiento de superioridad alguna, la libertad casi connaturalizada de seguir sin freno sus antojos, la costumbre envejecida de vivir dispersos y separados sin domicilio, y de vaguear por aquellos montes como brutos, y sobre todo la ninguna idea de poder ser apremiados en ejecutar lo que no fuese de su gusto, eran otros tantos estorbos para re-

ducirlos primeramente á ser hombres y vivir con algún orden y concierto, y después á ser cristianos. Solamente los misioneros, que han experimentado lo que cuesta el meter á estas fieras en el camino que les lleve á una sociedad puramente humana, y trasladarlos de su barbarísima rusticidad al estado de racionales, saben comprender perfectamente la grandeza de ánimo, confianza en Dios, desprecio de la vida, tolerancia, disimulación, mansedumbre, suavidad y cariño que se necesitan para llegar á conseguirlo Es verdad que no son tantas las dificultades cuando se sabe la lengua de aquellos con quienes ha de tratar el misionero, porque al ver los indios hablar á un europeo su lengua y pronunciarla á su modo con sus mismos tonos, meneos y modales, se le aficionan y siguen mirándole, sin entenderlo, como á uno de su nación. Pero el P. Lucas no tenía esta ventaja, ni se logró en los primeros años este socorro. Sólo sabía la lengua del Inga, y tenía á su lado el muchacho xevero, por medio del cual, como por intérprete, debía comunicar sus sentimientos, que por ardientes que fuesen siempre se resfriaban y embotaban antes de ser entendidos.

En medio de tantas dificultades empezó su apostolado el nuevo misionero con grande ánimo y coraje, y poniendo en Dios su confianza dió principio á la doctrina cristiana, á cuya asistencia animaba á los Xeveros repartiéndoles para cebo algunos donecillos que había traído consigo para este efecto. Señaló días para los adultos, que eran miércoles y viernes y domingos; pero previno á padres y madres, que á sus niños y niñas debían enviar todos los días. Acudían al principio á la explicación del catecismo ó por interés, ó por curiosidad, ó por complacer al padre, y no mostraron dificultad ó repugnancia por algún tiempo. Rebosaba de gozo el misionero al ver aquella prontitud y rendimiento. Trató de dar principio, viendo la docilidad de la gente, á la capilla que había de servir de iglesia; la idea y plan fué reducido como pedían las circunstancias, y en su fábrica fué el P. Lucas maestro, director, arquitecto y principal peón, por ser la obra del todo nueva á los gentiles. Con tan buenos principios eran grandes las esperanzas del P. Cuevas, y las comunicó por cartas en los primeros meses á su compañero Cujía y al gobernador de Borja. Daba en ellas muchas gracias á Dios y se deshacía en ternuras por las buenas disposiciones que iba observando en sus indios, prontos á la doctrina, dóciles á sus órdenes y rendidos á cuanto les mandaba. Ha sido común esto en los principios de toda misión nueva; pero la experiencia enseñó constantemente que no se ha de fiar mucho de las primeras muestras de rendimiento y obediencia de gentiles, hechos á vivir antes á su antojo y libertad. No tenía el P. Lucas esta instrucción que á los nuevos misioneros daban los antiguos de no pagarse de las primeras apariencias, porque él era el primero, y á costa de su propia experiencia había de aprender lo que no quería saber y le costó tan caro.

Aun antes de acabar la iglesia y capilla se dieron por cansados los Xeveros, y empezaron á faltar á la doctrina. Uno se excusaba con la

caza y pesca que tenía que buscar para la familia; otro con que necesitaba escardar la heredad ó sementera; éste decía que tenía que buscar un árbol para reformar la casa; aquél se ocupaba en aderezar las lanzas y rodelas. Notaba el padre las faltas y disimulaba, hasta que fueron creciendo de manera que ya decían abiertamente unos que tenían pereza y estaban cansados y fastidiados de tanta continuación de doctrina, otros pedían anzuelos, agujas y cuchillos, y no faltó quien le dijese que les quería tener juntos en el pueblo para servirse de ellos á su antojo. Lo que más hería el corazón del misionero era que ni áun á los niños en quienes ponía su principal cuidado, querían enviar los padres y madres á la doctrina. Usaba el Padre del ruego, de la súplica y del cariño, pero no podía reducirlos á que volviesen á la doctrina ni á que enviasen siquiera á los párvulos. Allegábase á esto el poco cuidado de asistir al misionero en el mantenimiento de su persona, sin traerle ni aun lo más necesario para vivir, de manera que reducido á la última miseria, apenas podía conseguir de éstos un pedazo de yuca ó algún racimo de plátanos para conservar la vida.

En tan extraña mudanza de las gentes no tenía otro consuelo el P. Lucas que el volverse á Dios, y ofrecerle aquellos trabajos para que ablandase el corazón de aquellos pobres ciegos. Pedía continuamente al Señor, de quien viene todo acierto, que le diese á entender los medios de que había de usar para traerlos á su conocimiento y no sentía en su corazón otra respuesta que los de la paciencia y mansedumbre, afabilidad y cariño. Con el esfuerzo que daba al alma esta respuesta, se volvía con todo su corazón á los gentiles y á todos acariciaba. Agasajaba en su casa á los ancianos pidiéndoles y rogándoles que persuadiesen y animasen á los jóvenes á no desistir de lo que habían generosamente comenzado. A los niños y niñas daba donecillos para que se le fuesen pegando. Aunque oía muchas cosas de poco gusto suyo, todo lo disimulaba con una cara de risa y á ninguno trataba sino con amor y dulzura y agrado. Pero nada cuanto aguantó su paciencia ó inventó su celo caritativo bastó para meter en camino aquellos bárbaros. Era grande su dolor y pena al ver tanta frialdad é indiferencia de parte de los indios, y por más que se alentaba con la esperanza de lograr con el tiempo los frutos de su paciencia, pero le abrasaba y consumía el celo, por experimentar cada día más desvío y terquedad.

En este trabajoso estado le hallaron algunos Borjeños que, después de diez meses de estancia con los Xeveros, envió el gobernador de Borja para saber cómo lo pasaba y cómo se iban entablando las cosas de la reducción. Compadecidos del olvido y desamparo del misionero, se le quejaron amorosamente de no haber dado antes parte de lo que sucedía al gobernador, que hubiera puesto sin duda remedio á la mala correspondencia de los indios. Hicieron cargo al cacique, alcaldes y regidores, de haber faltado en lo que habían ofrecido al señor gobernador; les riñeron, apretaron y conminaron en su nombre, si no se enmendaban en adelan-

te, y sin perder tiempo dieron la vuelta á la ciudad de Borja, para dar aviso de lo que con el P. Lucas sucedía.

Cuando supo el gobernador la mudanza de los Xeveros y el abandono de su misionero, sintió altamente la inconstancia de los indios y el trabajo del padre, y quiso luego bajar para tratar del remedio. Pero lo estorbaron las súplicas y ruegos del P. Gaspar Cujía á quien el mismo padre Lucas, previendo lo que suceder podría, había escrito apretadamente que procurase disuadir al gobernador toda visita, añadiendo que su venida podría traer grandes inconvenientes; y que él esperaba con el tiempo y sufrimiento ir amansando y domesticando aquellos brutos. Cedió por entonces, aunque de mala gana, el gobernador, y con la novedad que sucedió poco después con los Mainas, le dieron mucho en que pensar otros cuidados que no le permitieron atender tan presto como deseaba al remedio de los Xeveros. Quería Dios fundar el apostolado del P. Cuevas en humildad y paciencia sin recurso alguno humano, y así permitió en la ciudad de Borja, de donde solo podía venir el socorro, un suceso tan notable que así el gobernador como los vecinos tuvieron harto que hacer en mirar por sus haciendas, hijos y personas, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV

SUBLEVACIÓN GENERAL DE LOS MAINAS CONTRA LOS ESPAÑOLES DE BORJA

Entretanto que el P. Lucas de las Cuevas trabajaba en los Xeveros más con la humildad oración y sufrimiento, que con otros medios, como acabamos de contar en el capítulo antecedente, el P. Gaspar Cujía no perdía tiempo en su curato de Borja promoviendo á los españoles á todo lo que conducía á una vida cristiana y continuando su aplicación en el cultivo de los indios. En fuerza de su incesante y no interrumpido trabajo, y con los frecuentes y necesarios viajes á las capillas de las encomiendas, llegó á poner á los indios Mainas en un estado que llenó de gozo al gobernador, y de admiración á los vecinos, y de consuelo al padre. A la verdad, estaban ya los indios tan dóciles, sujetos y obedientes, que podía su aplicación y trabajo contener la codicia de los dueños de las encomiendas, si ella pudiese dar lugar á la razón y contenerse dentro de los límites de la equidad y justicia. Pero esta pasión cuando prende una vez en el corazón humano, va extendiendo por él sus raíces, aun cuando cesan las quejas y murmuraciones, que vienen á ser como las ramas exteriores de un árbol inficionado. Parecían estar contentos y satisfechos de los indios los encomenderos; alababan su aplicación al trabajo, y celebraban su rendimiento: pero ciegos del interés que es el móvil de las almas bajas, y no mirando á otra cosa que á crecer con los sudores de

los indios comenzaron á abusar de su docilidad y rendimiento, oprimiéndoles con más y más trabajo, y crecía el hambre del interés mientras más se utilizaban de sus servicios. En suma, llegaron con las nuevas cargas que imponían, á apurar tanto el sufrimiento de los Mainas, que irritados contra sus amos, tomaron la resolución de sacudir de una vez para siempre tan pesado yugo. No se contenta con medianías la venganza cuando ha precedido una opresión muy violenta contra razón y de mucho tiempo. La resolución que emprende, suele ser muy valiente y el estampido muy grande.

Tramaron los Mainas, con grandísimo secreto, una conspiración y sublevación general contra los españoles; con secreto la fomentaron y con secreto tomaron las medidas necesarias. Vióse de repente alzada casi toda la provincia de los Mainas contra los encomenderos. En una sola noche mataron todos los que vivían fuera de la ciudad en sus respectivas encomiendas, y no contentos con tan buen principio en su meditada conjuración, se enderezaron á Borja, bien armados, con el designio de acabar con todos los españoles. Acometieron al día siguiente á la ciudad con un asalto tan violento, que después de muchas muertes llegaron á concebir esperanzas de dejar asolada de todo punto la nueva población de españoles. Pero, al fin, aunque el número de indios era grande, y un puñado de gente los españoles de Borja, prevaleció contra la muchedumbre de Mainas, el valor de los vecinos, peleando cada uno con grande esfuerzo y coraje en defensa de sus haciendas y personas, de sus hijos y mujeres. Apesar de que los españoles lograron el defender sus vidas y conservar sus casas, no pudieron impedir que los más de los indios se metiesen, como lo tenían bien pensado y prevenido, en sus canoas, con mujeres, hijos y utensilios, y que escapasen río abajo adonde les pareció más conveniente para no volver ya más á caer en manos de los españoles. Para saciar más su rabia y furor en la venganza, al paso que iban atravesando, en la huida, las encomiendas, daban fuego á las casas, talaban las sementeras, é inutilizaban los trabajos que tanto habían costado. Finalmente, vinieron á parar en unos bosques apartados que pertenecían á sus tierras antiguas, y adonde no creían que llegasen, en algún tiempo, los que quedaban en Borja.

Bien se deja entender lo sensible que sería al gobernador una tan grande y no temida desgracia. Fuera de los daños que casi todos experimentaban, veía muy bien el riesgo inminente, en que se hallaba, de que embarazase la empresa, sin esperanza de salir con su intento y de satisfacer de su parte á las capitulaciones hechas con el virrey de Lima. Trató muy despacio, con los vecinos más juiciosos, de lo que habían de hacer en circunstancias tan críticas y, después de haber pensado mucho y haber oído los pareceres de los más sesudos, se resolvió finalmente á buscar á los fugitivos Mainas hasta en sus madrigueras y escondrijos. Parecía la empresa temeraria porque los españoles capaces de entrar en ella, eran pocos, heridos unos de la refriega pasada, y áun de los sanos había algu-

nos que, horrorizados de la fiereza y furor bárbaro de los Mainas, miraban como una gran imprudencia, y verdadero desacierto, ir á buscarlos en sus mismos montes, en donde, prevenidos ya y bien fortificados, harían costosísima su entrega y venderían caras sus vidas. Y es así, que la desesperación ó la ninguna esperanza del perdón, es la más poderosa arma en la defensa.

Pero venció en tantas dificultades el valor, reputación y autoridad del gobernador, que jamás supo acobardarse en los peligros, ni caer de ánimo en los reveses. Cogió unos pocos Mainas fieles, que se ofrecieron á guiarle con toda seguridad, y con algunos españoles bien armados, salió con la firme resolución de no dar la vuelta á Borja sin los indios huidos. Bien necesitó de una determinación tan valiente para vencer las dificultades del camino y para evitar los riesgos y trampas de los Mainas, que son hábiles en disponer emboscadas, y en el presente aprieto se esmeraron en hacer valer su industria. Pero quiso Dios que, después de haber girado mucho los españoles por lagunas, montes, quebradas y pantanos, descubrieran, al fin, el sitio en donde se habían retirado los indios. Fiados en su valor y en la superioridad de las armas de fuego, les asaltaron en sus mismas madrigueras, y tomaron tan bien las medidas que, rindiéndose parte de los Mainas por fuerza, y parte por convenio y capitulación, trajeron á la ciudad de Borja más de la mitad de indios alzados.

Tuvo por conveniente el gobernador alguna demostración sensible de rigor, y así determinó hacer un castigo que sirviese de ejemplo para contener en adelante á los Mainas y de escarmiento á las naciones que se fuesen conquistando y muy en particular á los Xeveros, que le tenían en gran cuidado después de las últimas noticias que había tenido de aquella nación. Informado con cuidado de las cabezas del alboroto, aseguró á los más culpados; formó sin perder tiempo la sumaria del delito, y convencidos y confesos los principales, condenó á unos á muerte infame de horca, y á otros á que fuesen pasados por las armas. Todo se ejecutó con la mayor ostentación y aparato de rigor que cabía, y mandó que descuartizados dos ó tres de los autores del alzamiento, se clavasen sus miembros para ejemplar de los indios en los árboles de las riberas del Marañón y en los de la boca del río Pastaza, sitio bien frecuentado de varias naciones. En esto paró la sublevación de los Mainas, que incomodó tanto á los españoles y puso en tanto riesgo la reputación del gobernador y la conquista de las naciones del Marañón. Pero Dios nuestro Señor de este suceso al parecer contrario á la reducción de los infieles sacó dos grandes bienes que facilitaron su conversión; el primero fué que, escarmentados los vecinos de Borja con lo caro que les costaba el mantener encomiendas no pensaron más en ellas con las demás naciones, y éstas fueron recibiendo el Evangelio, como veremos, libremente y sin temor de caer en manos de algunos señores que con rigor y mal modo tratasen de aprovecharse de sus tareas y trabajos. El segundo bien que se experimentó con el castigo hecho en los Mainas fué el establecimiento fijo y

permanente de los Xeveros, como veremos en el capítulo siguiente. De esta manera la divina Providencia tira derecha á sus fines por caminos á nuestro parecer contrarios, unas veces disponiendo, otras permitiendo, y otras enderezando. Sucedió el famoso alzamiento de los Mainas como á los años de 1640, seis años después de la fundación de la ciudad y casi tres después de la entrada de los jesuítas en el Marañón.

Nada sabían los indios Xeveros de lo sucedido en Borja con los Mainas, hasta que algunos cazadores y pescadores de la nación descubrieron en sus correrías los cuartos de algunos cadáveres colgados de los árboles. Volvieron llenos de horror y asombro al pueblo recientemente formado y contaron luego á sus parientes y conocidos lo que habían observado. A todos inquietó la noticia y les puso en temor el cuidado. Resolviéronse á dar la noticia al P. Lucas á quien tenían abandonado. Luego que se insinuaron con el misionero se le ofreció á éste lo que naturalmente habría sucedido en Borja con los Mainas, y declaró á los Xeveros lo que creía ser causa del efecto y del castigo que habían observado. Con esta respuesta los asaltó de nuevo y con más viveza el temor de su mal procedimiento con el padre. Siempre el castigo al ojo aviva los remordimientos de la mala conciencia. Empezaron á pedir y suplicar al P. Lucas que les favoreciese y amparase, que si el gobernador quería castigarlos por lo pasado intercediese con él, porque se enmendarían en adelante y le atenderían en todo ejecutando dóciles y obedientes cuanto les mandase. Consoló á los indios el padre y procuró aquietarlos y sosegarlos, ofreciendo su mediación con el señor gobernador; pero ellos por ahora sólo se enmendaron de palabra, dejando al misionero en el mismo abandono, ni éste se hallaba en estado de poder reconvenirlos.

CAPITULO V

ESTADO LASTIMOSO EN QUE HALLAN AL PADRE LUCAS DE LA CUEVA UNOS MOZOS ENVIADOS DE BORJA

Ocho meses habían pasado desde la última visita de los Borjeños al padre Lucas de la Cueva, porque el gobernador de Borja ocupado en los negocios de los Mainas, que tanto le habían costado, no había podido atender en este tiempo al de los Xeveros. Entre tanto el padre Lucas, aunque mal asistido y peor obedecido de los indios, no se había descuidado de los gentiles del contorno. Había hecho varias entradas en los montes y entablado paz y amistad con los indios Cutinanas, con los Achaguares y con los Pandabeques; pero por las muchas necesidades que padeció en tan penosos viajes, por las malas noches y las continuas lluvias que le pasaron, llegó á postrarse en su camilla, en donde le dejaron enteramente abandonado los ingratos Xeveros. No pensaba ya en otra cosa

que en disponerse para morir y persuadido á que ya no tenia remedio alguno, tomó las precauciones que le parecían necesarias, así para que no se abandonase aquella empresa, como para que no se castigase á los Xeveros. Esta es la fuerza de la caridad cristiana, siempre benigna y cariñosa con el prójimo, aun cuando no experimenta sino ingratitudes y mala correspondencia.

De esta manera postrado en su pobre lecho ó barbacoa le hallaron algunos mozos enviados del gobernador á saber de la salud del padre, del estado del pueblo, y de lo que había pasado en los Xeveros desde las últimas noticias. Entrados en la chocita del padre misionero, quedaron llenos de compasión y lástima viéndole tendido sin poder moverse, consumido el rostro, hinchado de medio cuerpo abajo, llagadas las piernas y con un semblante más de cadáver que de hombre vivo. Atónitos con esta vista, hicieron juicio que no podía vivir ocho días y el mismo padre Lucas juzgaba lo mismo. A esta causa había ya prevenido á dos Xeveritos que le asistían el modo con que le debían enterrar. Asimismo les había encargado que en dando tierra á su cuerpo llevasen un papel escrito que tenía á su cabecera al padre Gaspar Cujía y al señor gobernador. Es digna de lástima y sentimiento la pérdida de este papel (como la de otros muchos pertenecientes á la misión de los Mainas), pues en él retrataba los afectos encendidos de su alma con aquella gente ingrata; descubría la serenidad con que escribía aquella carta y esperaba la muerte de que no dudaba. Suplicaba, pedía y rogaba al señor gobernador que perdonase á aquellos pobres Xeveros, haciéndose cargo de la cortedad de su juicio en la desatención á sus mandatos, el abandono en que le habían dejado y todo lo demás en que les hallase culpados. Encargaba en particular al padre Gaspar Cujía que atendiese y procurase proseguir la empresa, esperando con el tiempo lograr el fruto de sus trabajos y el de los sucesores. Todo esto hallo que contenía la carta del padre Lucas y quisiera haberla tenido á mano, para trasladar sus mismas palabras, que descubrirían con más viveza las entrañas de su tierna caridad con aquellos pobres infelices.

Los enviados de Borja trataron como mejor pudieron de fomentar al moribundo con algún alimento y con otras cosillas que habían traído como de prevención para lo que pudiese suceder. Quisieron llevar consigo á la ciudad al P. Lucas, pero temían mucho que se les muriese en el camino. Por lo cual, habiendo afeado con palabras muy sentidas al gobernador y alcalde su descuido, y encargándoles apretadamente que le asistiesen con aves y peces y con los fomentos que habían traído, dieron la vuelta á Borja con la mayor apresuración. Contaron al P. Gaspar y al señor gobernador el estado deplorable del P. Lucas, que á su juicio era de bien pocos días de vida. Púsose luego en camino el P. Cujía previniendo remedios conforme á la necesidad, aves, huevos y otras cosas de sustancia, y anduvo noche y día temiendo no alcanzar vivo á su compañero. Mas fué servido el Señor de que no sólo le hallase vivo con mu-

cho consuelo suyo, sino también algo recobrado con los fomentos que había tomado y con la buena asistencia y cuidado que de él habían tenido los Xeveros en estos últimos días. A poco tiempo llegó á ponerse fuera de peligro con la venida y vista del P. Gaspar y con el mayor cuidado y asistencia y mejor alimento.

Desde este tiempo se observó en los Xeveros una grande novedad y mudanza. Acudían frecuentemente, ya unos ya otros, á visitar al misionero; traían éstos yucas, aquéllos plátanos, y muchos llevaban peces y cacería en abundancia. Decíanle que ya las naciones amigas se iban disponiendo para juntarse, y que estaban determinadas á formar pueblos á corta distancia del suyo y que de todas cuidaría. Eran estas pláticas de gran consuelo al P. Lucas, á quien habían ya prometido de antemano hacer sus establecimientos y entregarse á su dirección, como poco después lo cumplieron en la formación de varios pueblos. Pero sobre todo, no cesaban de rogar los Xeveros á su misionero que mirase por ellos, que les acudiese y atendiese sin retirarse del pueblo; hacían grandes promesas y se ofrecían muy de veras á estar en un todo á sus órdenes sin faltar á cosa alguna. No contaba mucho el padre con las promesas que tan inconstantes había experimentado hasta entonces, pero les aseguraba de su parte que se mantendría con ellos, porque les quería y amaba, y pensaba hacerles todo el bien que pudiese, porque estos y no otros eran los deseos que le habían traído á vivir con ellos desde tierras muy apartadas.

Mucho ayudaron para el entero restablecimiento del misionero estas conversaciones de su gusto y genio, y se iba confirmando en su salud con la mudanza que iba viendo en los Xeveros, que aunque á los principios entraron en cuidado por el temor del castigo, pero en adelante, dentro de pocos años se fueron domesticando y haciendo á la doctrina y distribuciones del pueblo, por el deseo de su bien y por las ventajas que fueron experimentando. Recobrado el P. Lucas y lleno de esperanzas de coger muchos frutos en las naciones que había tratado, persuadió al P. Cujía que volviese á su curato, en donde sería necesaria su presencia, y le permitiera quedar en el pueblo continuando en la reducción de aquellas gentes. Vino en ello el P. Cujía y subió á su ciudad de Borja, desde donde determinó pasar á Quito con el designio de pedir socorro de nuevos misioneros para la empresa del Marañón.

CAPITULO VI

SON SEÑALADOS PARA LA MISIÓN DE MAINAS LOS PADRES BARTOLOMÉ PÉREZ Y FRANCISCO FIGUEROA, Y EMPIEZAN Á TRABAJAR CON GRAN CELO EN LAS NACIONES DESCUBIERTAS

Considerando el P. Gaspar Cujía las muchas naciones que se iban descubriendo y la escasez de operarios para atender á tantas partes, se resolvió á subir á la provincia y dar cuenta de palabra, que suele ser más eficaz que la escritura muerta, de la mucha mies del Marañón y del estado del padre Lucas; expuso al viceprovincial de Quito la muchedumbre de gentiles que se hallaba por todas partes, los adelantamientos de su compañero con la nación Xevera, y las paces y amistad que había entablado con sus infieles confinantes, los cuales daban muy buenas esperanzas de formar nuevos pueblos y reducirse á vida cristiana. Pedía operarios que trabajasen en tan dilatado campo, en donde la mies parecía estar madura ,y no pudiendo solos echar la hoz en tan grandes distancias, luego se ofrecieron dos sujetos de la provincia de Quito de insigne virtud y talentos conocidos, que fueron el P. Bartolomé Pérez y el P. Francisco Figueroa que, como dijimos, estaba en el colegio de Cuenca como á la entrada de la misión, adonde le llevaba su celo. Aunque uno y otro sujeto era muy oportuno por no decir necesario á la provincia, no pudo negarse á su demanda el padre Francisco Fuentes que gobernaba la provincia, porque aunque bien veía la escasez de maestros y predicadores, pero tenía puesto el corazón en las misiones de los Mainas.

Partieron los dos nuevos misioneros con la bendición del superior, y desde la ciudad de Cuenca pasaron á la misión por el canal del Pongo, que si bien era peligroso, como insinuamos en otra parte, pero no había entonces otro camino, porque el rumbo que habían llevado los padres Acuña y Artieda llevaba á las juntas del Napo y Marañón casi trescientas leguas más abajo de la ciudad de Borja. Entraron en la capital de la misión á los principios del año de 1641, y sin detenerse en ella más que el tiempo necesario para descansar del penoso viaje, fueron destinados del P. Gaspar Cujía al cultivo de los Xeveros y demás naciones reconocidas por el padre Cueva. Con gentes tan nuevas empezaron su sagrado apostolado.

Parece que el P. Figueroa hizo asiento en el pueblo reciente de la nación Xevera, y que el P. Pérez, ó junto ó separado del P. Cueva, se aplicó á civilizar, catequizar y enseñar las otras naciones amigas. El primer pueblo que se fundó de los indios pacificados parece ser el de Santo Tomé de los Cutinanas, á quienes redujo con su aplicación, afabi-

lidad y cariño el P. Bartolomé Pérez á que formasen casas, hiciesen iglesia y dispusiesen sementeras en un sitio no muy apartado del pueblo de la nación Xevera con quienes estaban bien avenidos.

Aplicáronse los obreros recién entrados á trabajar cada uno en su pueblo, mientras el P. Lucas, en sus continuas entradas y visitas á los demás gentiles, iba sazonando la mies. El escollo principal de los padres era el entablar constantemente la doctrina cristiana de manera que los niños asistiesen todos los días, y tres días á la semana los adultos, porque si una vez se lograba esta constancia en los indios, todas las demás prácticas y establecimientos se miraban como menos difíciles ó menos repugnantes al inconstante genio de los indios. Pero ¿quién podrá explicar con palabras las industrias de que usaron, la paciencia de que se armaron y la mansedumbre de que hubieron menester para introducir la asistencia al catecismo, sin la cual era imposible que tan ruda gente se hiciese capaz del santo bautismo? Ya vimos algo de esto en los primeros esfuerzos que hizo el P. Lucas con los Xeveros, pero dijimos muy poco y apenas apuntamos una pequeña parte del trabajo de los misioneros en vencer una dificultad que no tiene igual entre todas las que se hallan en los ministerios apostólicos con los infieles.

Podemos hacer cuenta que el entablar la doctrina cristiana en un pueblo recientemente formado, viene á ser como abrir una escuela pública para hombres y mujeres de todas edades y de cortísima capacidad, que por precisión han de concurrir todos, pero sin deseo de aprender y sin la ventaja de concebir utilidad ninguna de aquella tarea. Fuera de esto, han de acudir á la escuela con la presunción y aun la seguridad de que el maestro no ha de usar de rigor ni castigo, y de que cuando quisiera valerse de él, tienen en la mano el modo fácil de librarse escapando al monte. ¿Qué maestro quisiera regir una escuela de esta calidad y tratar por días, meses y años con unos discípulos tan incapaces, tan libres y que tampoco pensasen en aprender, no pudiendo por otra parte usar de la más mínima palabra que huela á mandamiento, ni hacer la más leve acción ó meneo que insinúe imperio? Todo el oro del mundo no me parece bastante para señalar un estipendio congruo al maestro que tuviese paciencia, aguante ó insensibilidad para tratar con semejantes discípulos; mostrarles siempre buena cara y enseñarles de buen ánimo y voluntad con deseo de su aprovechamiento; pues nada se pondera si se compara á una escuela pública de esta calidad, la doctrina cristiana, que quiere establecer un misionero en un pueblo nuevo de gentiles.

Propone el misionero cuantas razones alcanza para aficionar á los indios á la doctrina cristiana y les reparte algunos donecillos para que asistan. Estos solos son los que mueven y podemos llamar argumentos fuertes que arrastran aquellos genios interesados y escasos de razón. Hacen luego su efecto los dones distribuidos y parece que asisten con gusto y alegría; de donde nacen las bellas apariencias que á los principios engañan á muchos. Faltan los regalillos, que sólo se pueden dar de cuando

en cuando, y no alcanza á más el caudal del padre; luego se descubre en los indios una frialdad, una languidez, un descuido, un tedio, un continuo faltar, que llena al misionero de congoja, pena y amargura. Hácese fuerza á sí mismo, y pidiendo socorro al cielo, se esfuerza á explicarles en los términos más claros y precisos el fin para que fueron criados; proponerles la necesidad del bautismo, del todo necesario, para conseguir su fin y escapar del fuego del infierno; les dice, les repite, les inculca que no pueden recibir válidamente el santo bautismo sin disponerse con la inteligencia de los misterios de nuestra santa fe. Oyenle por algún tiempo, y lo que más es, preguntados si quieren asistir, aprender y disponerse para el bautismo, dicen que sí. ¿Si creen los misterios?, también dicen que sí. ¿Si quieren bautizarse?, no repugnan. ¿Que es necesario aprender la doctrina?, la aprenderemos, responden. Pues vamos á la práctica; manos á la obra, dice el misionero.

Empieza: «Por la señal de la santa Cruz»; reza las oraciones, comienza el catecismo y empiezan á responder. Pero aquel repetir los misterios, las mismas preguntas y respuestas, las mismas oraciones, oir las mismas cosas un día y otro día (porque sólo á fuerza de repetir infinitas veces una verdad ó misterio se pueden quedar con algo), les desagrada, les fastidia, les cansa; y no lo quieren llevar y sufrir unas gentes que jamás han pensado en otra cosa que en vivir á su gusto, satisfacer á sus pasiones y entregarse al ocio y á una vida bárbara y bestial. Al fin, unos por fastidio, otros por cansancio y otros por cierto odio y aversión, van dejando la doctrina y se van desviando con disimulo del misionero. El marido coge los instrumentos para pescar poco antes del toque de la campana; la mujer previene la señal empezando á disponer la bebida para la casa. Uno se echa en la cama cuando es llamado, diciendo que no quiere concurrir en la doctrina con Fulano que es un brujo y le hechizará; otro, abiertamente, que tiene pereza, que es lo mismo en su lengua que no quiero en la nuestra.

¿Qué ha de hacer el pobre misionero, lleno de confusión, amargura y desconsuelo? ¿Condescender con tanto desvío? Fuera bastante para que se retirasen de la doctrina enteramente. ¿Disimular las faltas, dándose por desentendido á tantas quiebras? Fuera esto poco menos que abandonar la escuela, dejar la enseñanza y desistir de la reducción. ¿Forzarlos por rigor y castigo? Ni puede ni conviene, porque ni sufren fuerzas ni aguantan malos tratamientos. Porque como necesitan muy poco para volverse á sus montes, el menor castigo sería causa sobrada para escaparse luego, cuando no intentasen otra cosa mayor, como veremos en adelante. Aquí quiero yo preguntar al maestro que rigiese una escuela de semejantes discípulos qué haría con ellos, qué partido tomaría en su escuela, de qué medio se valdría para meterlos en camino. ¿Les propondría sin duda las razones más eficaces para persuadirles la enseñanza? ¿Les trataría con blandura y cariño? ¿Procuraría ganarles el corazón y voluntad? En realidad no haría poco en poner estos medios y practicar-

los con aplicación y constancia. Pero aún es mucho más apurado y desesperado el caso de un misionero á quien no le queda la esperanza de meter en camino á los gentiles por vía de razones, porque ni oyen, ni quieren oir, ni desean aprender, ni saben discurrir sino para su bien temporal en cosas groseras, y miran como una algarabía y lenguaje extraño lo que toca á su salvación, y lo que se les dice del infierno ó se les propone de la gloria.

Desengañémonos finalmente, una paciencia invicta, una mansedumbre inalterable, un tesón infatigable juntos con una oración continua al Padre de las lumbres que abre los entendimientos y ablanda las voluntades, son los únicos medios capaces de hacer el milagro grande de que los indios se aficionen á la doctrina, aprendan el catecismo y se dispongan como conviene para recibir el santo bautismo. Estos fueron los medios que practicaron constantemente los dos nuevos misioneros en sus respectivos pueblos, en donde tuvieron la suerte dichosa de topar con una mina abundantísima de merecimientos. Pero lograron con el favor del cielo entablar la doctrina cristiana, no sólo entre los niños que eran sus esperanzas y delicias, sino entre los adultos; de manera que aunque no todos fuesen capaces de recibir en vida el santo bautismo, pero tenían á lo menos algunos principios, para que en la hora de la muerte en que por lo apretado del lance atendían mejor á las verdades de la fe, se les pudiese administrar ó absolutamente ó debajo de condición el santo Sacramento.

Estos ejemplos de mansedumbre, aplicación y constancia de los primeros misioneros fueron más heróicos en aquellos principios por las muchas razones que concurrieron en ello, porque ni sabían más que imperfectamente la lengua particular de los indios, ni tenían indios traídos de otros pueblos antiguos y formados, que con su ejemplo, lengua y modales, y por decirlo así con el mismo modo de pensar, animasen, atrajesen y sostuviesen á los naturales. Eran los PP. Pérez y Figueroa después del P. Cueva los primeros que rompían el terreno, y no tenían otras ayudas y socorros que las que les suministraba su celo. La experiencia enseñó después con el tiempo el grande socorro que da la lengua bien aprendida, lo mucho que contribuyen los indios antiguos traídos de otros pueblos, y sobre todo, cuánto es del caso para entablar la doctrina en un pueblo nuevo, el haber en los contornos otro pueblo antiguo en que se observen constantemente las distribuciones del catecismo y de otras prácticas de la vida cristiana. Porque viendo con sus ojos los indios recientemente reducidos tanta uniformidad en los antiguos, se hacen con más facilidad á sus prácticas, y ésta es la causa de que algunos nuevos pueblos, se vieron, como diremos adelante, en menos tiempo del regular florecientes y arreglados.

CAPITULO VII

ASIENTA PACES CON LOS INDIOS COCAMAS EL PADRE GASPAR CUJÍA

Entre tanto que los tres misioneros se empleaban, como hemos visto, en la cultura y enseñanza de los Xeveros y demás naciones amigas, no estaba ocioso el P. Cujía en su curato de Borja, porque, fuera de los españoles de la ciudad, á quienes atendía con cuidado, y de los indios Mainas que le llevaban muy buena parte del tiempo por estar apartados y distantes del lugar, tenía que atender á todas partes, dar como superior de las misiones las providencias necesarias y acudir con todo lo conveniente para la subsistencia de los demás padres. Y queriendo concurrir también á la reducción de los gentiles de un modo muy provechoso, y no menos eficaz que sus compañeros, ideó, promovió y estableció en la misma ciudad, dos casas en que se juntasen los niños y niñas de las naciones amigas que quisiesen enviar sus hijos á Borja. Una casa era como seminario de jóvenes que aprendían la lengua general del Inga, la doctrina cristiana y se iban haciendo á los usos de los españoles, de quienes tomaban las habilidades, que podían servir de utilidad en los pueblos. La otra casa era como un hospicio de niñas recientemente bautizadas que, fuera de enterarse bien de la doctrina y de la lengua inga, aprendían de algunas señoras piadosas de la ciudad, que se ofrecieron á enseñarlas gustosas, los ejercicios propios del sexo, como hilar, tejer, bordar y otras cosas semejantes.

Siempre fueron estimados en las naciones más cultas estos servicios de jóvenes y de ello se percibieron siempre tantas utilidades en la república eclesiástica y secular, como acreditó en todos tiempos la experiencia. Pero en las naciones del Marañón, destituidas de toda cultura y policía, fueron estos hospicios y seminarios como la levadura que sazonó la masa de aquella gentilidad. Porque de estos seminarios salían los intérpretes para las respectivas naciones y eran los instrumentos más á propósito para introducir en los pueblos la doctrina, el orden y el concierto necesario para el gobierno espiritual y político: y si aprendían, como con el tiempo se fué entablando, el canto, la música y á tocar los instrumentos proporcionados á las funciones de iglesia, eran de mucho decoro y servicio en ella; y sus paisanos les miraban como á hombres de otra clase, los respetaban y seguían en cuanto les decían y aconsejaban: las niñas bien criadas en los hospicios servían igualmente en los pueblos, no sólo en lo espiritual, por estar bien instruidas en la doctrina y enseñarla con celo á las demás, sino también en lo temporal abriendo escuela en que aprendían cuantas querían aquellos ejercicios que eran propios de las mujeres. Procuró el P. Gaspar que los jóvenes y muchachas que se criaban en

Borja volviesen á sus naciones ya casados, para que, unidos entre sí, contribuyesen mejor á los fines de introducir en los suyos la cultura y policía.

Como este medio que inventó el P. Gaspar en su curato de Borja probó á maravilla y fué de grande socorro á los misioneros que experimentaban buenos cooperadores en las misiones, lo fueron poniendo en práctica los padres en los mismos pueblos que después fueron fundando, teniendo en su misma casa varios niños que se criaban á su vista á modo de seminaristas; y cerca de la habitación del misionero otro departamento, á manera de hospicio ó casa de recogidos, en donde una mujer anciana, de virtud y talento, enseñaba á varias niñas las cosas propias de su edad. De uno y otro recogimiento salieron con el tiempo indios é indias que hicieron honor á la misión por su juicio, virtud, edificación y ejemplo. Y todo tuvo principio de lo que el P. Gaspar entabló en Borja en los primeros años de las misiones del Marañón.

No contento el superior de la misión con atender á una obra de tanta importancia á la reducción de los gentiles, pensó también en quitar los estorbos que se atravesaban en los progresos de la conversión. Y lo que le llevó más la atención en el año de 1644, fué el entablar paces y hacer amistades con los indios Cocamas, nación bárbara y cruel que tenían en continuo miedo á los Xeveros, y no dejaban de asustar á los Mainas. Desde que empezaron á poblar el río Marañón los indios Mainas y á juntarse en un sitio los Xeveros, manifestaron el mucho cuidado que les daba la grande nación Cocama. Manteníase ésta en el río Ucayale y desde aquí hacía viva guerra y crueles estragos en ambas naciones, saliendo de sus tierras en armadillas de canoas, con que entrando por el río Guallaga, pasaban al Marañón y cogiendo desprevenidos á los Xeveros y Mainas, lograban la suya matando ó llevando indios, como mejor les parecía. Considerando esto el P. Cujía convino con el gobernador en que era necesaria la paz y amistad de los Cocamas, así para la quietud y sosiego de las naciones pobladas, como para la seguridad de las demás que se esperaba reducir.

Dispuso el gobernador una armada de soldados españoles y de indios Mainas y Xeveros, y dió la comisión de entablar paces con los Cocamas á su teniente y al P. Gaspar Cujía, cuyo parecer debía seguir en la expedición sin apartarse un punto de lo que tuviese por mejor y le aconsejase. Salieron todos con un intérprete de la lengua cocama, y atravesando desde Guallaga á Ucayale, llegaron después de muchos trabajos al sitio en que pensaban hallarse los Cocamas. Vieron estos los primeros á los cristianos que venían á sus tierras caminando en buen orden; y observando las insignias que traían de paz, les esperaron á la banda del río, por donde habían de pasar. No hubo desatención ni acometimiento de ninguna de las partes; antes bien, el cacique de los Cocamas, en viendo el intérprete que traían los cristianos luego se le entregó y le reconoció por cacique; diciendo que sabía muy bien cómo era heredero de otro ca-

cique difunto cuya alma había pasado á su cuerpo. Entre tantas supersticiones y extravagancias de aquellas gentes, esta aprensión tan descaminada cedió en utilidad de los cristianos; porque no fué necesario más para concluir la paz que se pretendía sin haber casi tratado de ella.

Fué grande la complacencia de los Xeveros y Mainas al ver tan amigos á los Cocamas, y mucho mayor el consuelo del P. Gaspar, porque esperaba no estar lejos de reducirse al Evangelio una nación que por bárbara y cruel que fuese, daba buenas muestras de vivir amistosamente con los reducidos. Informóse cuanto pudo del número de los Cocamas, y haciendo su cómputo, según lo que le decían, hizo juicio que llegaba entonces esta nación á once mil almas. Y sería sin duda en la ocasión tan numerosa como pensaba, aunque con el tiempo se fué disminuyendo, de manera que no llegaba á una mitad del número expresado, en particular por una cruel peste que sobrevino después é hizo en ellos espantoso estrago. No pudo por entonces quedarse misionero alguno con los Cocamas, ni era razón que dejasen á los Xeveros, Cutinanas y demás naciones antes descubiertas y no bien arraigadas en la fe. Contentáronse con pasar de cuando en cuando á Ucayale, visitar la nación Cocama y mantenerla en buena correspondencia hasta que, ó el establecimiento más sólido de los pueblos comenzados, ó el mayor número de operarios que irían bajando con el tiempo, facilitase la reducción de aquel río, como se fué practicando con el socorro del cielo y se contará en el año 1651 y en los siguientes.

CAPITULO VIII

FUNDACIÓN DE NUEVOS PUEBLOS Y DESCRIPCIÓN DE LA NACIÓN XEVERA

Asentada la paz con los Cocamas, vivían en quietud y sosiego los Mainas y Xeveros, sin cuidados ni temores de la parte de Guallaga ni Ucayale.

Los misioneros atendían con calor á la enseñanza y cultura de los pueblos comenzados, y fomentaban con visitas continuas, en particular el P. Lucas de la Cueva, los Cocamillas y Pandabeques y los Ataguates que de tiempo antes tenían buena correspondencia con los Xeveros.

Ayudaba al fomento continuo el no estar distantes estas naciones de los pueblos recientemente formados, y como veían con sus ojos las distribuciones, el orden y concierto que se iba introduciendo en ellos, y las grandes ventajas que experimentaban en su junta y población, en breve tiempo se hallaron los Cocamillas en estado de formar un pueblo anejo al de los Xeveros. El mismo P. Cueva, que había dado á la reducción de los Xeveros la advocación de la Concepción, por su devoción á este misterio, dió también á los Cocamillas juntos el año de 1646 en un sitio

cercano, la advocación del apóstol San Pablo, y se llamó el pueblo en adelante San Pablo de Pandabequeo. A su ejemplo se formaron dos años después, es saber, el año 1648, los Ataguates, que hicieron un pueblo llamado de San José, no lejos de la Concepción de los Xeveros.

Los cuatro pueblos formados, siempre se mantuvieron unidos entre sí, y siendo como el centro de los demás la Concepción de los Xeveros, que eran los cristianos primitivos y habían servido no poco á la reducción de los anejos. Estaba situada la Concepción dentro del monte en la parte austral del Marañón, y en sus contornos, Santo Tomé, San Pablo y San José, y así no fué dificultoso con el tiempo cuando ya las cosas se fueron asentando, y hubo escasez de misioneros, que uno sólo cuidase de todos ellos, mientras duraron en aquel paraje, en que según informe del padre Figueroa, escrito en el año de 1661, vivían mil seiscientas almas reducidas.

No les fué posible á los misioneros juntar desde los principios estas naciones en un sólo pueblo como querían; porque descubrieron desde luego la oposición sobrada de mezclarse unas con otras y desistieron de su pensamiento, pareciéndoles mejor el condescender con ellas, logrando la principal ventaja de población y reducción, que el exponerse á perderlo todo, por hacer los pueblos á su modo. La preocupación en que nacen de que ninguno muere de muerte natural sino de hechizos, ó por violencia, fué aquí como en otras muchas ocasiones la causa de no querer juntarse unos con otros y vivir expuestos á los continuos daños que se figuraban.

Pero lo que no pudo entonces la industria de los misioneros, se logró después con el tiempo en que mudándose todos del sitio primero, y perdiendo ya su fuerza las primeras aprensiones, formaron unidos entre sí un hermoso pueblo con la misma advocación de la Concepción de María, en tierras más sanas y abundantes de víveres proporcionados al modo de alimentarse de la gente. Entraron por el río Guallaga en otro llamado Apena, y subiendo por él como cuatro días de camino, toparon con una quebrada ó torrente de poca agua tan angosto y estrecho que con dificultad andaban por él las canoas grandes. A una legua de este riachuelo hallaron una llanura de suelo arenisco muy á propósito para la sementera de yucas, plátanos y maíz. En este sitio se fijaron y formaron tres barrios de casas. El más alto es de Xeveros, que forma un cuadro con calles derechas y plaza despejada en medio. El más bajo de Cutinanas está con menos orden, aseo y simetría y viene á ocupar un trecho largo con algunas casas mal seguidas. El tercero en que viven los demás, está detrás de la iglesia y casa del misionero que están en medio de los tres barrios. La iglesia es de tapia bien hecha, muy capaz, hermosa y bien adornada, y surtida de ornamentos. Fueron después agregándose á este pueblo de los mejor arreglados de la misión, varias familias de otras naciones y fué creciendo en vecinos. Veíanse en estos últimos años Aunales, Gívaros, Ticunas y Mayorunas, y en el del arresto, contaba la reducción como dos mil y quinientas personas.

Siempre miraron los misioneros este pueblo de la Concepción con mucho cariño por ser uno de los principales y más útiles al común de la misión, así por la docilidad que descubrió la gente xevera ya cultivada, como por el mucho número de indios de trabajo. Era el recurso de los gobernadores y de los superiores en las entradas á tierras de gentiles y en los descubrimientos y pacificación de gentes nuevas. Para recoger los fugitivos y castigar á los alzados, siempre se contaba con los Xeveros, porque son indios de constancia en los trabajos, fieles, valerosos, muy prevenidos en los lances y avisados en los peligros, no se rinden á penalidades ni se acobardan en las dificultades. Su rendimiento y subordinación á los que mandan es ejemplar, y en los mayores riesgos y peligros de la vida no saben jamás dejar su puesto, y en él se mantienen firmes hasta morir ó sujetar al enemigo.

Es por otra parte la nación xevera prevenida en sus cosechas, y curiosa, naturalmente, en sus ajuares y maniobras. En las siembras no sólo cargan lo preciso para su mantenimiento, sino también para proveer á los que hacen viajes aunque sean de otros pueblos. Solían, de años á esta parte, hacer harina de yuca, y al menor aviso del gobernador ó superior aprontaban 200 ó 300 ó más tazas (así llaman una especie de cestos muy tupidos y apretados que no permiten que salga ni el polvo de la harina) para cualquier viaje que se ofreciese en la misión. Por esto gustan de tener platanares y yucales mayores de lo que necesitan para su gasto ordinario, sin lo cual no pudieran estar prontos para socorrer con yucas y plátanos cuando se les pide.

Las calles del pueblo las tienen siempre limpias y bien aseadas y airosas; las portadas de las casas están rodeadas de plantas de limones y naranjas; las plazuelas del lugar y el centro de ellas limpio á maravilla. Sobre todo, se esmeran en el despejo y compostura de la delantera y costados de la iglesia, en que hay puertas diferentes para los barrios respectivos de las diversas naciones; aunque tienen algunas hamacas ó redes para descansar entre día, pero todos duermen por la noche en barbacoas. Viene á ser la barbacoa una estera fuerte y bien tejida de cañas, que por su material y estructura cede suavemente al peso con cierta especie de ondulación y por esta razón muy cómoda para el descanso; ésta la ponen en alto para librarse de las humedades de la tierra, y prendida de cuatro horquillas ó dos palos de un lado y dos del otro, la asientan sin peligro de caerse. Los Xeveros andan decentemente vestidos de mantas que tejen las mujeres, y éstas andan aun en las casas con sus anacos á manera de guardapies. Saben las mujeres hacer con primor todo género de loza, ollas, platos, tinajas y cuanto se les pide de varios tamaños. Mucho les ayuda el tener un barro muy fino para ejercitar con tanta hermosura y destreza el arte. Los hombres hacen cerbatanas muy pulidas y apreciadas entre las demás naciones, así por su belleza como por la ventaja grande del instrumento para la caza. Porque como hiere la flecha ó saeta sin ruido alguno y con solo el soplo del que la despide,

derriba fácilmente el indio con la cerbatana toda una bandada de pavas asentada en un árbol, apuntando primero á una y después á otra hasta acabar con todas. Finalmente, es propio de la nación Xevera el hacer canastos y petacas cuadradas, muy ajustadas de ciertos mimbres tan delicados como alambre que llaman bejucos, los cuales tienen mucho uso en la misión y fuera de ella por ser de mucha dura y consistencia.

Ha parecido poner en este lugar estas noticias de la nación Xevera, en parte anticipadas, así porque no hemos podido averiguar ni aun á poco más ó menos el tiempo en que hicieron su mudanza al sitio en que después permanecieron; como también porque no se ha de ofrecer ocasión en adelante de hacer mención particular de esta nación laboriosa, sino en cuanto ayude y contribuya á los adelantamientos de la misión. Y no me pareció razón dejar de dar alguna idea del genio y calidad de una nación tan curiosa y tan trabajadora, á quien tanto debió la reducción de las demás.

CAPITULO IX

ENTRA EL P. BARTOLOMÉ PÉREZ POR LOS RÍOS GUALLAGA Y UCAYALE, Y REDUCE ALGUNOS COCAMAS

Como los tres misioneros que trabajaban fuera de Borja debían andar en continuo movimiento por atender á tantas naciones, así se sucedían mútuamente, ya en el cuidado de los pueblos formados, ya en los viajes y visitas á los gentiles que no estaban lejos de poblarse. Tomaron á su cargo el P. Cueva y el P. Figueroa atender como de asiento á las cuatro reducciones de Xeveros, Cutinanas, Pandabeques y Ataguates, y no sólo trabajaban en perfeccionarlas, y en establecer constantemente las prácticas del gobierno espiritual y político, sino que con sus continuas entradas en los montes cercanos iban trayendo familias nuevas y agregándolas á los pueblos, con que crecía el número de los cristianos y crecían también las tareas del ministerio de los padres. Dividían la carga según las circunstancias, porque siendo cuatro los sitios en que se habían poblado los indios reducidos, se ayudaban mútuamente los misioneros, y á las veces cargaba sobre uno casi todo el peso, mientras el otro andaba por los montes recogiendo gentes. Por otra parte, necesitaban de grande vigilancia en no perderlos de vista, porque á poco que se descuidasen, ó volvían atrás particularmente los más nuevos, ó á lo menos no hacían cosa de provecho, faltando el misionero.

Mientras se ocupaban en esto, no sin grande aplicación y trabajo, los P. Cueva y Figueroa, entró el P. Bartolomé Pérez deseoso de ensanchar las conquistas de los gentiles por el río Guallaga. Fué bien recibido de los Cocamas que habitaban en sus riberas, y logró con su buen

modo y con los donecillos que les repartía que se fueran disponiendo para juntarse en un pueblo. Hizo esta entrada por los años de 1649, y dos años después formaron sus reducciones los Cocamas de Guallaga en tres pueblos, de los cuales el principal se llamó Santa María de Guallaga. Pero le tenían en gran cuidado los Cocamas de Ucayale más crueles y bárbaros que los de Guallaga, porque aunque en las visitas que les habían hecho los padres mostraban buenas intenciones, no se podía contar con ellos, mientras no pasase á vivir con aquella gente inconstante y feroz un misionero propio que los fuese amansando y entablando la doctrina como en las demás partes. Dábale mucho en qué pensar el ser tan dilatada y numerosa la nación Cocama de Ucayale, que á la menor desazón ó encuentro acabaría fácilmente con las naciones reducidas, y el que no se podía contar con la paz y seguridad de los Mainas y Xeveros, mientras no entrase por Ucayale la luz del Evangelio. Por otra parte, se le proponían las grandes esperanzas de una abundantísima cosecha en tanto número de gentiles, y era este un pensamiento que abrasaba su corazón celoso del bien de las almas y no le dejaba sosegar.

Determinóse, finalmente, lleno de confianza en Dios y abrasado de su celo, pasar el río Ucayale y vivir entre aquellos gentiles de asiento y como su propio misionero. El peligro era grande, por ser los Cocamas de Ucayale los más crueles que en toda la misión se conocieron, y á la fama que entonces se tenía de ellos correspondieron puntualmente sus hechos, como á su tiempo veremos. Pero nada le acobardaba al celoso padre; ni el peligro de muerte, ni la falta de sustento, ni la ignorancia de la lengua, ni las demás incomodidades que conocía indispensables, fueron parte para que no entrase á la gran Cocama (así llaman una extendidísima laguna, en cuyas márgenes habitaban aquellos gentiles), y se resolviese á morir en ella por la fe de Jesucristo, ó vivir extendiendo su reino y derribando el imperio de Satanás que por tantos años poseía aquellas almas ciegas. Comenzó á juntar como pudo la gente, ya con palabras cariñosas, ya con donecillos y regalos, sin los cuales no es fácil ganar las voluntades de los genios interesados de los indios. Llegó á entablar la doctrina cristiana que les explicaba por medio de intérprete y fué amansando aquellas fieras con el trato humilde, blando y apacible. Procuraba con grandísimo cuidado que se le pegasen los niños, y ellos, como más dóciles y mejor acondicionados, no se apartaban del padre que era continuo en regalarlos y acariciarlos. Mucho gustaba de esta edad tierna, porque aprendían con facilidad la doctrina cristiana, mostraban viveza y diligencia en hacer lo que les mandaba, y daban grandes esperanzas de que se lograría algún día en la gran Cocama una muy florida cristiandad.

En estos ejercicios tan gustosos y conformes á su celo se empleaba el padre Bartolomé Pérez, cuando á cosa de tres meses después de haber entrado en Ucayale, fué llamado á la capital de Borja para vicesuperior de la misión en ausencia del padre Gaspar Cujía que, como veremos en el capítulo siguiente, debía subir á Quito en busca de misioneros. Obede

ció puntualmente, sacrificando su celo á la obediencia y dejando como trescientos cristianos entre párvulos y algunos adultos bautizados en el artículo de la muerte. Como la doctrina había prendido muy bien en la gente tierna y los adultos habían comenzado á asistir al catecismo, dejó algunos fiscalitos habilitados para que llevasen adelante aquella obra, mientras volviese el mismo padre ó les enviase otro misionero. Pero la falta de operarios fué causa de que no fuesen atendidos los Cocamas por alguno de ellos en persona y como propio misionero hasta el año de 1657. Entre tanto, por seis años enteros suplieron los niños habilitados la doctrina, y los padres les ayudaban con visitas y entradas desde los Xeveros sin poder detenerse con ellos por mucho tiempo.

Hallo que en el poco tiempo que estuvo de vicesuperior en Borja el padre Pérez edificó tres pueblos; pero en ninguno de los escritos encuentro cuáles fuesen ni cómo se llamasen. Yo presumo, atendiendo al hilo y conexión de las relaciones, que el uno fué Santa María de Ucayale, porque cuando se retiró de este río ya dejaba, como vimos, trescientos cristianos en la gran Cocama, y medianamente establecida la doctrina cristiana, y como fruto de sus fatigas y sudores, procuraría llevar adelante aquella reducción y formalizar el pueblo, visitándoles en persona, siendo vicesuperior de las misiones y dándoles la advocación de Santa María de Ucayale, si es que acaso antes de partirse á Borja no se llamaba la reducción con aquel nombre. Otro pueblo fué sin duda el de Santa María de Guallaga, porque, como dijimos, los Guallagas habían prometido dos años antes del de 1651, en que nos hallamos, fabricar su pueblo y ponerse en manos de los misioneros. El tercero pudo ser alguno de los anejos ó tal vez los dos anejos que tuvo á los principios Santa María de Guallaga. En tanta obscuridad y falta de memorias esto es lo que hemos podido rastrear, después de haber pensado mucho y combinado las apuntaciones que tenemos.

CAPITULO X

SUBE Á LA CIUDAD DE QUITO EL PADRE GASPAR CUJÍA, Y TRAE CONSIGO Á LAS MISIONES DE MAINAS TRES OPERARIOS

Son ángeles y enviados del Señor los misioneros que se emplean en evangelizar la paz por todas partes, y los podemos llamar con el mismo nombre por los muchos viajes, peregrinaciones y caminos con que atraviesan montes, vadean ríos y miden con pies ligeros infinitas distancias, que más parecen hacer volando que corriendo ó caminando. Había salido el P. Cujía á la provincia por los años de 40, y recogido dos insignes misioneros que trabajaban con tanto fervor y celo en la viña del Marañón, y ahora sube en el año de 50 hasta el colegio de Quito, camino de

300 leguas en busca de otros operarios nuevos que ayuden á sus hermanos á tirar á la orilla la red cargada de gentiles. Fué muy bien recibido de los nuestros, que se alegraron mucho con las buenas noticias de lo que se iba propagando la fe de Jesucristo por las montañas del Marañón. Su primer cuidado fué retirarse á ejercicios para descansar algún tanto de las muchas ocupaciones, avivar su espíritu y recabar del cielo los compañeros que deseaba.

Luego que concluyó los días regulares destinados á tan santo retiro, empezó á convidar á unos, animar á otros y pegar á todos el celo de la conversión de los gentiles. Y como era persona muy amable, de modestia singular y de palabras dulces y cariñosas, todos se le aficionaban y le oían con particular agrado. Tuvo muchas y largas conferencias con el padre viceprovincial que residía en Quito, y le hizo presente lo que se había trabajado en el Marañón en los doce primeros años por solos cuatro sujetos, que en seis pueblos que estaban ya formados habían reducido á los indios Xeveros, á los Cutinanas, á los Pandabeques, Ataguates, Cocamillas ó Cocamas de Guallaga, y dado buen principio á la conversión de los otros Cocamas de Ucayale. Proponía la importancia de seguir la empresa de la reducción de todo el Marañón, si posible fuese, porque era grande el número de gentiles que se iban dando á conocer y después de los primeros pasos en las tierras menos distantes de Borja en que había ya entrado la cultura, gobierno y cristiandad, no era difícil el extender la luz del Evangelio por las tierras más distantes. Pero que no pudiendo tres misioneros solos asistir á los pueblos ya formados, mucho menos podían acudir al convite de otras naciones que les pedían y deseaban.

Estas razones, tan conformes al espíritu y vocación de la Compañía, encendieron fácilmente el celo del superior para enviar á Mainas cuantos operarios pudiese. Estaba á la sazón la provincia de Quito bien falta de sacerdotes, y sólo se mantenía de las esperanzas de que los procuradores de España trajesen otros de nuevo, para acudir á las ocupaciones de la provincia, y á otras varias misiones que estaban á su cargo. Fiado el superior de la Providencia que no dejaría de enviar las personas necesarias para los ministerios de los colegios, por privarse de otras á quienes llamaba el Señor á las misiones de gentiles, se resolvió á conceder al P. Gaspar Cujía tres sujetos que suspiraban por las misiones de Mainas. Acababan su tercera probación en el colegio de Quito siete sacerdotes, y en un solo día los consagró el superior con mucha generosidad á diversas misiones. Destinó uno á las misiones de los Paeces, que todavía mantenía la provincia. Otro fué señalado á las montañas de Mocoa porque le pedían algunos vecinos de la ciudad de Pasto. El tercero fué enviado á esta misma ciudad para hacer en ella misión y residir por algún tiempo. Al cuarto le cupo la villa de Ibarra para el mismo efecto. Los otros tres sacerdotes se le concedieron al P. Cujía para su misión del Marañón.

Desprendido el padre vice provincial de tantas personas, experimentó una bien particular providencia del cielo en la provincia, pues no faltaron sacerdotes bastantes para los empleos y ministerios de Quito y otras ciudades, como fué sucediendo en adelante, aunque se daban á las misiones los sujetos que se juzgaban necesarios para unas empresas de tanta gloria de Dios y bien de las almas. Es máxima segurísima que Dios socorre más á quien más se le consagra, y que acude con providencia más particular á quien promueve con más desinterés y desapego los negocios de su gloria. El Señor de todos quiere ser servido de sus criaturas no por los caminos que tal vez nos figuramos aunque parezcan buenos, sino por los que su majestad nos muestra, y nos da á entender bastantemente. Si por este dictamen se hubieran siempre gobernado los superiores no hubieran puesto tal vez impedimentos á la vocación de algunos súbditos que deseaban pasar á las misiones de Indias, por la razón ó pretexto de ser necesarios á sus provincias La mano de Dios no está abreviada; si llama á uno de prendas, virtud y talentos para ser servido de él en otra parte, sabrá traer otro tan bueno ó mejor que llenará el hueco cumplidísimamente. Como por el contrario se ha visto más de una vez que por detener en Europa á título de necesario en la provincia al que Dios llama á las Américas, no ha querido el Señor que se logren las esperanzas, haciéndose inútil y flaqueando en la salud el que hubiera sido en Indias utilísimo trabajando por largos años.

La provincia de Quito no sólo atendió á las misiones del Marañón enviando con mucho cuidado y ejemplarísimo celo, operarios insignes que darían por su virtud y letras grande lustre y gloria á los colegios ya fundados, sino que costeó con mucho desinterés y generosidad incomparable todos los gastos necesarios para los largos viajes, entradas y salidas de los misioneros, hasta que en el año de 1725, la liberalidad de Felipe V se sirvió de señalar á cada uno de los misioneros 200 pesos. Asignación en realidad bastantemente congrua, pero que, si bien se mira, cedía más en utilidad de los indios mismos, á quienes las entrañas compasivas de los padres socorrían con mucha voluntad en sus necesidades, y les acudían con los instrumentos de hierro para trabajar la tierra, y con otros dones y regalillos que se llevaban buena parte de la pensión fijada. De donde nacía, que aún después de la asignación de los 200 pesos, se pegasen á la provincia, con ocasión de los misioneros, muchos gastos que hacía voluntariamente.

Volviendo á nuestro asunto; salió el P. Gaspar Cujía del colegio de Quito con todas las prevenciones necesarias para el largo viaje y con las cosas que juzgaba convenientes para la subsistencia de sus súbditos y bien de la misión. Salieron con él los tres misioneros de Mainas. No hallo registrados los nombres particulares de cada uno y solamente encuentro en el P. Rodríguez, que el uno de ellos había venido de Europa, llamado de Dios á las misiones de gentiles, y que los otros dos habían sido alumnos insignes del célebre seminario de San Luis, que ya en estos tiempos

daba sazonados frutos de virtud y letras. Yo no tengo rastro de duda de que uno de estos dos jóvenes, criados en el colegio de San Luis, era el P. Raimundo de Santa Cruz, y conviene muy bien la entrada de este insigne misionero en el Marañón con el viaje del P. Cujía á las misiones de Mainas; porque así la entrada de aquél como el viaje de éste, concurrían en el año 1651.

Un ejército entero le parecía al superior de las misiones que llegaba en los tres nuevos misioneros, y en realidad no se engañaba, porque uno de ellos había de trabajar por muchos, como veremos, y extender el nombre de Jesucristo por tantas y tan diferentes naciones, que acaso no le excedió ninguno de los sucesores. Caminaban con apresuración porque todos tenían el mismo deseo de llegar cuanto antes á las misiones; y llegaron sin azar ninguno al canal del Pongo que, aunque peligroso en extremo, como se ha dicho varias veces, pasaron felizmente con la ayuda de los indios Mainas. Y es mucho de alabar la divina Providencia que, habiendo bajado muchas veces por este canal los misioneros del Marañón y habiendo perecido en él tantos otros, no hubiese peligrado ninguno de ellos, guardándoles el Señor y sus ángeles para el bien de las almas que iban á ganar para el cielo.

Llegados á Borja, fueron recibidos del P. Bartolomé Pérez, con extraordinario consuelo y regocijo, así por verse libre del curato y en estado de volver á nuevas reducciones, como deseaba su celo, como por ver nuevos hermanos, de quienes esperaba estrenas muy gloriosas. La ciudad se alegró con los nuevos padres, como si viese otros tantos ángeles del cielo, y eran grandes las esperanzas de todos, considerando que siendo ya siete los misioneros, no sólo podrían atender con cuidado á las reducciones ya hechas, sino extender sus trabajos á otras muchas naciones de las cuales unas le deseaban, y de otras había buenas esperanzas de que se darían.

CAPITULO XI

ES SEÑALADO EL PADRE RAIMUNDO DE SANTA CRUZ Á SANTA MARÍA DE GUALLAGA, EN DONDE TRABAJA INFATIGABLEMENTE Y CONSIGUE MUDAR EL PUEBLO Á SITIO MÁS SALUDABLE.

Había tratado en Quito el P. Lucas de la Cueva al P. Raimundo de Santa Cruz y conocido á fondo su grande virtud y celo encendido de la conversión de los gentiles. Pareciéndole que era nacido para el trato con los Cocamas, y para establecer sólidamente los pueblos recientemente formados de esta nación, le pidió al superior de las misiones para el cultivo de los Cocamas de Guallaga, que vivían en un sitio húmedo, mal sano é infestado de innumerables plagas de mosquitos, que no dejaban vivir

ni de noche ni de día. Por esta causa era penosísima la residencia de un misionero propio en aquel pueblo, y no dudaba que el P. Raimundo de Santa Cruz, con su paciencia y mansedumbre y con el trato blando y caritativo que había descubierto en él, recabaría de aquella nación el que se mudase á otro sitio más sano, cómodo y despejado.

Vino en ello el P. Cujía y señaló á Santa Cruz para el pueblo de Guallaga, con ciertas esperanzas de que adelantaría mucho la reducción de aquellos indios y de que daría mayor firmeza á lo que se había comenzado. Recibió el P. Raimundo la voz de su superior como un destino particularísimo del cielo, y embarcándose luego en el Marañón y entrando después por el Guallaga, halló á sus Cocamas poblados en la orilla de este río; pero tan expuestos á las crecientes y avenidas de las aguas, que más parecía el pueblo un pantano, cenagal ó laguna, que un lugar ó terreno en que pudiesen habitar gentes. Vióse luego cercado de enjambres de tábanos, zancudos y mosquitos, y rodeado de sabandijas que llevaba en abundancia el lugar húmedo y caluroso, en donde todo se corrompía. Pero nada le acobardó al nuevo misionero; resuelto á padecerlo todo por ganar almas á Dios, sufrió este vivo tormento con grande ánimo y comenzó á cultivar aquella viña con gran denuedo. Entabló las doctrinas diarias, señaló el tiempo que se debía asistir á las oraciones, y comenzó á practicar aquellos medios, que atento el genio de los Cocamas, le parecieron más convenientes para ganarles las voluntades, que este fué siempre en Santa Cruz parto de su carácter, hacerse á los indios de tal manera, que no podían menos de quererle y amarle. Y esta fué la causa porque acompañado de sus indios, acabó cosas muy grandes, como veremos. A todos trataba con el cariño de padre; les enseñaba como maestro; les dirigía como labrador en el cultivo de las tierras. El salía con ellos á rozar los montes, á sembrar el maíz, á plantar la yuca y á disponer los plátanos. Y para que lo hiciesen con más acierto y comodidad, les armó de instrumentos de hierro, dándoles hachas, azuelas y azadones, y todo cuanto su caridad y celo pudo recoger á favor de los indios. Era cosa de ver cómo el padre, que por sola casualidad ó curiosidad había visto ejercitar los trabajos y la cultura de los campos, ahora dirigía á los Cocamas, con tanto acierto en sus labores, poniéndose él delante de todos con su azadón ó hacheta, cavando la tierra y cortando las maderas. Suplía el arte de labrador la caridad ingeniosa de este grande hombre que, animado de ella, todo lo podía, todo lo sabía y á todo se amañaba.

Conoció muy bien desde los principios que no podía hacer en los Cocamas aquellos progresos que le inspiraba su celo, sin aprender su lengua, y que éste era el medio más poderoso para ganarles los corazones; porque viendo el indio su lengua como honrada y ennoblecida en boca de su misionero, se le aficiona mucho, le sigue sin violencia y se muestra rendido á las menores insinuaciones. El empeño parecería á cualquiera temerario, por no decir imposible, pues no era menos que aprender una lengua que se tenía por muy difícil y desordenada y se creía notener re-

glas, cultura y artificios, á que se llegaba la bárbara pronunciación de los indios, que no daba lugar á que se percibiesen distintamente las letras de que debían componerse los vocablos. Mas el misionero tomó tan á pechos este trabajo, que le miraba como uno de los principales de su ministerio. Oía con atención, notaba con cuidado, preguntaba continuamente y observaba la pronunciación sin que se rindiese á molestia, incomodidad ni trabajo. Pero aunque la grandeza de su espíritu, ayudada de la gracia del Señor, le esforzaba á la tolerancia de tanto cúmulo de penalidades, no pudo menos de resentirse el cuerpo con el peso de tantos males. Contrajo, desde luego, una gravísima enfermedad de calenturas ardientes, somnolencia y decúbitos al estómago; pero lo que á otro celo, menos ardiente que el suyo, hubiera sido motivo sobrado para pedir el que le retirasen á mejor clima hasta recobrar por lo menos la salud, no le mereció á Santa Cruz siquiera el hacer cama ó retirarse por algunos días de las distribuciones trabajosas del catecismo, rosario y demás ejercicios. Sin hacer caso de tantos achaques, y como si no pasase nada por él, sin cama, sin medicinas, sin compañía y sin remedio alguno humano, se mantuvo siempre en pié por todo el tiempo de la enfermedad, no atendiendo á otra cosa que á su ministerio. Y como si fuese el más sano y robusto de todos, curaba por sí mismo los enfermos y disponía con especial cuidado para el santo bautismo los que venían á peligro de muerte.

A la verdad, es cosa que parece exceder las fuerzas de la naturaleza más fuerte, lo que hallo escrito concordemente de todos los que han hecho mención de este gran hombre, que habiéndose arrojado en medio de una enfermedad larga y gravísima al estudio de la lengua de los Cocamas, no sólo la aprendió en poco tiempo sin remitir nada de sus tareas ordinarias, sino que llegó á formar con un estudio porfiado y con una aplicación infatigable Arte de la misma lengua, reduciéndola á preceptos y diccionario suficiente para el manejo de los demás misioneros. Quedó el siervo de Dios feo y monstruoso á los ojos del mundo por habérsele caído con la fuerza de la enfermedad y con el mucho estudio los cabellos de la cabeza; pero estaba vistoso al cielo y á sus ángeles, y desde entonces mucho más querido y amado de sus queridos hijos los Cocamas, que oyéndole hablar en su propia lengua le amaban más que á sus mismos padres, hermanos y parientes.

Cuando vió Santa Cruz á sus indios tan pegados y aficionados á él y que no dudaban de su amor, y que éste le mostraban principalmente en la docilidad, prontitud y obediencia con que hacían cuanto les mandaba, pensó que ya era tiempo de tratar del gran negocio de la mudanza del pueblo á sitio más alto, sano y ventajoso. Era punto arduo y demasiadamente crítico en unos bárbaros recientemente convertidos, dejar el paraje en que se habían criado, abandonar las casas que habían hecho con tanto trabajo y formar otras de nuevo en donde ni hallarían campos dispuestos para el maíz y la yuca, ni encontraban plátanos crecidos para el sustento; pero Santa Cruz para jugar sobre seguro, no pareciéndole

todavía bastante la docilidad que había experimentado hasta entonce con los indios, se valió primero de los principales y más capaces, y hablándoles con blandura, cariño y suavidad, les hizo penetrar bien las razones de conveniencia y aun de necesidad que había para la mudanza. «Hijos, les decía, el número de los que van viniendo recientemente al pueblo va creciendo mucho, como vosotros mismos lo estáis viendo. Por esta causa, se ha extendido la población por sitios más húmedos y menos sanos que los primeros, por ser éstos tan expuestos á enfermedades, como experimentamos. Vivimos todos en un peligro inminente de que una ave nida lleve de la noche á la mañana nuestras casas con todos sus utensilios y que apenas nos dé tiempo para librar las personas. Subiendo á un sitio muy alto, más seco y más despejado, cesarán estos inconvenientes y nos veremos libres de estos enjambres de importunos mosquitos que á todas horas nos molestan sin dejarnos tomar continuado reposo. Todos iremos á ganar mucho, porque se harán casas más cómodas, habitaciones más anchas é iglesia más capaz y proporcionada al número de la gente. Yo sé muy bien el modo de fabricar; en todo os dirigiré como siempre lo habéis experimentado, y vosotros no haréis otra cosa que lo que vieseis hacer á vuestro padre que con la dirección, con el ejemplo y con el trabajo irá siempre delante.»

Hicieron fuerza en aquellos entendimientos menos toscos y tupidos las razones del P. Raimundo, y hablando los principales á la demás gente ya dispuesta é inclinada á dar gusto en todo á su misionero, se pusieron todos en sus manos, y vinieron en la mudanza á aquel sitio y lugar que Santa Cruz escogiese. Había ya éste puesto los ojos en un collado no distante, libre por su altura de todas las avenidas, sano por el aire más puro y por el terreno seco y por esta causa exento de mosquitos y demás insectos. No faltaba el agua necesaria para el uso de las casas, y para los baños de los indios por no estar lejos del río mismo el collado. En este sitio determinó el misionero formar el nuevo pueblo, y á todos pareció bien el poblarse en aquel lugar á donde se podrían llevar sin mucha dificultad, por estar bastantemente vecino, muchos de los materiales del pueblo que se dejaba.

Aquí mudó el P. Santa Cruz de escuela y de ejercicio; y el que antes había hecho de labrador y enseñado á los Cocamas á trabajar la tierra, ahora los instruía haciendo de peón y de arquitecto á fabricar casas. Usaban los indios para su habitación de unas malas chozas, compuestas de ramas sin pulir y de cortezas de árboles en bruto cubiertas con paja silvestre. En estas habitaciones vivían casi sin abrigo, pero satisfecha su aprensión que suele ser en muchos la causa de sus incomodidades. Parecióle al misionero atender á la decencia, á la comodidad y al abrigo. Para esto tomó bien las medidas para el nuevo pueblo. Enseñó á los indios á amasar la tierra, formar el barro, hacer adobes y fabricar tapias. Sobre éstas, como ya tenían hachas, azuelas y otros instrumentos de hierro se formaba el techo de árboles desbastados y por techumbre se usa-

ba de lata que se hallaba en las cercanías, cubierta con la paja silvestre que servía para despedir el agua.

La fábrica que emprendió el padre con más empeño que las demás. fué la iglesia. Esta la ideó con mucha consideración, atendiendo principalmente á dos cosas, es á saber, al número grande de indios y á la necesidad y estrechez de las circunstancias; por esto procuró que fuese muy larga y capaz, y al mismo tiempo baja y estrecha. Así logró que hiciese mucha gente y que todos estuviesen á cubierto á la explicación de la doctrina, y por otra parte, se atemperó á los pobres indios que ni podrían cortar ni trabajar vigas muy largas, ni podrían colocarlas sobre paredes muy altas. Quedó la fábrica al parecer fea, tosca y poco proporcionada en sus partes, pero muy conforme á las intenciones del padre, y al cielo muy agradable. Confirmó en la nueva iglesia la advocación de Santa María, que se había puesto á la iglesia del antiguo pueblo y se llamó Santa María de Guallaga, en cuyo nombre se diferenciaba de otras iglesias que tuvieron la misma protectora y abogada.

CAPITULO XII

REDUCE Á LOS BARBUDOS, AGUANOS, MUNICHES, CHAYABITAS Y PARANAPURAS.

No bien había formado Santa Cruz el nuevo pueblo de los Cocamas, y puéstole bajo el amparo y protección de María Santísima, á quien miraba como á conquistadora en sus misiones, cuando comenzó esta piadosa Señora á favorecerle, asistirle y esforzarle á las mayores empresas, y él se arrojaba á ellas con ánimo intrépido, no temiendo con tan poderosa guía y valiéndose siempre de la buena voluntad de sus Cocamas. Era la salutación ordinaria de éstos: *«alabado sea el Santísimo Sacramento y la Virgen Santa María,»* y por la devoción y amor de esta Señora, su protectora, cooperaban cuanto podían á las piadosas intenciones del padre. Tuvo éste noticia de ciertas parcialidades de gentiles, enemigos capitales entre sí, que á distancia de algunas jornadas unos de otros, vivían en continuos odios, enemistades y guerras. Estaba una de las parcialidades cuatro días de camino río arriba del pueblo de Guallaga, y se llamaba de los Barbudos; vivía la otra como otro tanto camino río abajo, y se decía de los Aguanos. Bajaban las dos muy bien armadas á unos valles no muy distantes, y hechas allí horribles carnicerías, se retiraban á sus puestos sin más comunicación entre sí que el de hacerse daño y mal y ofender la naturaleza.

Queriendo el misionero atajar tantos daños y reducir si fuese posible al Evangelio á los Barbudos y Aguanos, comunicó éste su pensamiento con los principales de su pueblo, y haciendo á los Cocamas mismos como

dueños de la acción, emprendió en su compañía la conquista de aquellas naciones. La empresa era muy dificultosa porque no se podía tratar de la reducción de ninguno de los partidos sin meter antes la paz, unión y amistad entre unas gentes crueles y bárbaras que se miraban de tiempo atrás con odio, furor y rabia. Hizo primero Santa Cruz, que todos encomendasen muy de veras á Dios y á su gran protectora este grande negocio, y comenzó después á tratar con unos y con otros. No es fácil decir en pocas palabras los viajes que le costó al misionero ablandar aquellos corazones bárbaros. Iba y volvía acompañado de los principales de su pueblo; valíase de los más conocidos de las parcialidades, les hablaba con mucho amor en lengua cocama, que entendían y les proponía las ventajas de la amistad y buena correspondencia de unos con otros, la seguridad y la dulce y sosegada paz en que vivirían y de que gozarían, si se apartaban de aquellas muertes y carnicerías. Poníales por ejemplo á sus Cocamas, que sin pensar en hacer daño á otras naciones, vivían quietos y gustosos y contentos en su pueblo, se dejaban en todo gobernar, conocían á Dios, Criador de todas las cosas, premiador de lo bueno y castigador de lo malo, y con este conocimiento, dejadas á un lado sus antiguas supersticiones y extravagantes usanzas, vivían como racionales y cristianos.

Rogábales que hiciesen ellos lo mismo, y se alegrarían sin duda si se resolviesen á imitarles, porque él había venido de tierras muy distantes para ayudarles en cuanto pudiere y para hacerles el mayor bien que podían imaginar. «Venid, hijos, en paz, concluía el misionero, y creed en un solo Dios verdadero, que nos crió á todos, que todo lo rige y gobierna, y de cuyas manos vienen á los hombres todos los bienes. Todo esto creen los Cocamas y se hallan cada día más contentos. Preguntádselo á ellos, que aquí los teneis presentes. Confirmaban los Cocamas á porfía todo lo que decía el P. Raimundo, y obrando la gracia de Dios en los corazones antes duros y entendimientos ciegos de los Barbudos y Aguanos, se logró al fin todo lo que de ellos se pretendía Pusiéronse unos y otros en las manos del padre, que formó dos pueblos de aquellos gentiles. A los Barbudos dió la invocación de San Ignacio y de San Xavier á los Aguanos.

Tomó posesión de aquellas tierras para Jesucristo con el bautismo de los niños, y procuró que desde luego se fabricasen iglesias correspondientes al número de los que se determinaron á vivir juntos. Entabló la doctrina y oraciones regulares para que se fuesen los adultos disponiendo al santo bautismo, y él andaba en continuo movimiento de un pueblo á otro, pero teniendo siempre fija su residencia en Santa María de Gualiaga, que estaba en medio de ellos y era como el íris de paz entre Barbudos y Aguanos. Unidos y concordes entre sí, cada día se estrechaban más con las idas y venidas continuas del P. Raimundo. Quitáronse del todo los encuentros y se apagaron los odios, y no pensaban en otra cosa los nuevos catecúmenos que en aprender la doctrina cristiana, en acabar sus casas y en disponer sus sementeras dejándose gobernar en todo por las órde-

nes de su misionero, que aguantando y disimulando con singular agrado su rusticidad y barbarie, á todos ayudaba y en todo lo lícito condescendía con ellos como si fuese uno de los indios mismos. Bien veía el padre que era imposible uno solo atender á tantas cosas en pueblos distantes, y que para entablar con solidez y fruto duradero el catecismo, era necesaria la presencia de otro sacerdote. Avisó luego al superior de las misiones de lo que se había dignado el Señor de obrar por su medio de los muchos bautismos de párvulos y de la propensión de los adultos ya formados en dos pueblos, á ser enseñados en la doctrina de nuestra santa fe, añadiendo que enviase algún misionero para el cultivo de aquellas nuevas viñas que se habían plantado, y que él mismo entre tanto procuraría regar desde el pueblo de Guallaga.

En este tiempo tuvo noticia de los mismos que se acababan de reducir, cómo á distancia de cien leguas río arriba, se hallaban otras naciones que no era difícil dar con ellas. Al primer eco de esta noticia voló el P. Raimundo en busca de ellas, tomando consigo algunos de sus fieles Cocamas y llevando por guía algún otro Barbudo y Aguano, prácticos en el camino. Era el viaje trabajoso, como de seis días de navegación por el río y otros cuatro á pie por tierra. Los seis primeros no fueron tan penosos por ser los indios bastantemente diestros en el manejo de las canoas; pero en los cuatro últimos, todos experimentaron grande fatiga y cansancio. Porque no hallando caminos abiertos en aquellos sitios incultos, el único modo de caminar era cortar árboles para romper por los bosques, atravesar laderas y entrarse por lodazales llenos todos de maleza y muchos de espinas, piedras y troncos encubiertos. A ninguno le era tan molesto y trabajoso este modo de caminar como al P. Santa Cruz, porque iba cubierto de malos trapos, llagadas las piernas, sin otro calzado que el de unas malas alpargatas de espadañas que la necesidad había ideado.

Poco preservativo, por cierto, contra las frecuentes punzadas de las espinas y zarzas, que le lastimaban las piernas casi desnudas, y los pies casi descalzos. Pero daba el ánimo un esfuerzo casi increíble al cuerpo flaco, herido y cansado, y el mismo infundía valor y coraje en los indios que viendo á su misionero en camino tan desastroso incansable, hacían punto de honor en seguirle y no apartarse de su lado. Finalmente, después de mil penas y trabajos dió por buena ventura ó providencia del Señor con las naciones que buscaba, y parece que su majestad dándose por obligado al viaje penoso que había hecho su siervo por su gloria, le concedió sin nueva fatiga y trabajo las naciones que buscaba. Porque á dos palabras que les dijo Santa Cruz, como si fueran poderosas para obrar cuanto pensaba su celo, se redujeron y entregaron á la dirección del padre. Instruyólas y catequizólas cuanto permitía el tiempo y formó de indios Muniches, Chayavitas y Paranapuras, un pueblo con la advocación de Nuestra Señora de Loreto de Paranapuras.

No paró aquí su celo, que como rayo iba dando luz por todas partes y

abrasándolo todo. Pasó más adelante, y de otras dos naciones una de Pambadeques y otra de Cingacuchuscas, así dichas por tener partidas las narices para acomodar sus narigueras, formó otro pueblo que quedó con el tiempo como anejo de la Concepción de los Xeveros, los cuales, como arriba dijimos, se mudaron á estas cercanías, dejando el sitio primero en que los redujo el P. Cueva. Mas por ahora Santa Cruz de todos cuidaba, residía con los Guallagas, asistía á los Barbudos, miraba por los Aguanos, instruía á los Muniches, Chayavitas y Paranapuras, y se extendía su celo á los Pambadeques y Cingacuchuscas, sin que la distancia de los sitios, lo fragoso de los caminos, la multitud de naciones, la sed, el hambre, ni el cansancio pudiesen retardar su celo ó lograr alguna suspensión en tan penosas peregrinaciones.

CAPÍTULO XIII

CASOS SINGULARES CON QUE CONSUELA EL SEÑOR AL P. SANTA CRUZ

En ocupaciones tan santas y penosas, como hemos referido en los capítulos antecedentes, enderezadas todas á propagar la fe de Jesucristo y á extender la mayor gloria de Dios, pasó el P. Raimundo los dos primeros años de su ministerio desde el año de 1651 hasta 1653, y no es fácil de entender cómo un hombre solo en tan corto tiempo pudiese bautizar á todos los Guallagas, reducir tantas naciones, fundar tantos pueblos y hacer tantos viajes por agua y tierra, porque no hubo nación alguna de las convertidas hasta entonces á la fe, á donde no se extendiese su fervor y que no fomentase con su presencia. Es así que el celo es ardiente en extremo y á manera de fuego que, apoderándose de la materia dispuesta ó disponiéndola él mismo, todo lo consume y lo transforma en sí. Mas esto que se dice en pocas palabras, con dificultad se comprende, y no se ejecuta sino á fuerza de sudor y fatiga, y con un cúmulo tan grande de penalidades, que no pueden explicar distintamente las palabras. El sustento diario, escaso y propio de la bozalidad de los indios; la cama el duro suelo, la habitación en una choza, los viajes continuos sin caminos ni veredas, el trato solamente con alarbes; el templar á unos, el condescender con otros, sufrir su fuerza, acechar á sus traiciones, disimular confianza, mostrar siempre amor, reprender libertades, catequizar á unos brutos, pulir unos salvajes, hacerlos racionales para que se hagan cristianos, es una tan pesada carga de penas, trabajos y tormentos, que no pudiera llevar un hombre flaco, macilento, llagado, siempre enfermo y nunca restablecido. Era necesario un apóstol fortalecido de la gracia, sellado con la vocación divina y ayudado especialísimamente de aquel Señor que dijo: «Ecce ego mitto vos.»

Con estas alas del cielo volaba Santa Cruz, y como nube cargada de celestial rocío, fecundizaba las naciones por donde pasaba. No podemos, es verdad, individualizar en estos varones apostólicos sus excelentes virtudes, y mucho menos contar las acciones heroicas que hicieron, porque quedaron escondidas en las breñas y no las supieron explicar los que ó no las conocían ó no las reparaban; pero por los rastros que dejaron impresos, podemos sacar sus pisadas, y por los afanes, incomodidades y fatigas, echamos de ver aquellos pechos generosos que á nada cedían; aquellos ánimos invencibles que lo facilitaban todo, y aquellos espíritus elevados, que, poniendo todas las cosas debajo de sus pies, no aspiraban á otra cosa en sus obras, acciones y palabras que á la mayor gloria de Dios.

Suavizaba el Señor en parte al P. Raimundo sus grandes trabajos, dándole á entender en varios casos particulares, cuán gratas le eran á su majestad las peregrinaciones que emprendía y el trato suave, caritativo y condescendiente con los indios. Dijo un día cierto indio al P. Santa Cruz, cómo había cortado un árbol grandísimo para una canoa, que viniese con él á verle. Luego el padre se puso en camino para darle gusto, mas antes de llegar al término se rindió sin poder pasar adelante por las llagas que tenía en pies y piernas, renovadas con las zarzas y abrojos del camino. El mismo indio que le había convidado á ver el árbol, corrido ya y avergonzado y sentido del que le pareció agasajo, le instó á que tomase huelgo y fuerzas y lo metió en una cabaña que estaba vecina. Dejóse llevar el padre de la necesidad, pero el cielo le dirigía á la choza para otros fines. Porque entrado que hubo en ella, reparó en una niña como de diez años que estaba entre unas ollas, y en su tristeza y rostro manifestaba mucha debilidad ó algún accidente; tomóla el pulso y no le pareció tan débil como mostraba la cara. Con todo eso empezó á catequizarla; oía la niña con gusto y admitía la doctrina, cuando de una cabaña vecina, donde ya eran cristianos, vinieron por el padre para que descansase más cómodamente en su casa. Determinó al principio ir luego adonde era llamado y consolar á los cristianos, con ánimo de volver á concluir el catecismo empezado por la niña. Púsose en pie para el viaje y le sobrevino un interior impulso que le forzaba á fenecer la obra. Obedeció á Dios, y volviendo á sentarse, instruyó á la chica y la bautizó. Hecha esta diligencia, pasó á la cabaña vecina, y aun á otras, y bautizó otra niña enferma que á poco murió. Llamábale el cuidado de la niña de la primera cabaña, y volvió á entrar en ella antes de volverse á casa, y encontró que ya su alma había volado al cielo á la violencia de un accidente que no pudo vencer su debilidad.

Alabó el misionero la inexcrutable Providencia divina que se le manifestó en aquellos casos, que nuestra ignorancia llama contingencias y accidentes, y son unos efectos muy previstos del Señor y ordenados por su divina elección y misericordia. Convite del indio por curiosidad, condescendencia caritativa del padre, rendimiento en el camino, renovación

de las llagas, ranchería donde acogerse, llamamiento de los cristianos de otra choza, todos parecen casualidades, contingencias y accidentes, y todos fueron efectos de la dichosísima predestinación de dos almas, que en menos cúmulo de accidentes hubieran perecido.

Fué semejante á esta Providencia del Señor la que se descubre en los casos siguientes: Habiendo de volver el padre de la Concepción de los Xeveros á su pueblo de Santa María de Guallaga, y estando ya dispuesta la canoa para ir por agua, mudó de repente, sin saber por qué de destino, y siendo más largo y penoso el camino, quiso con todo eso hacerlo por tierra y visitar de paso el pueblo de los Paranapuras. Al entrar en él le avisaron que en una casa estaba una mujer de parto y en mucho peligro de la vida; acudió al punto á la casa, y al mismo llegar parió la dolorida madre un niño. Tomóle luego en las manos el P. Santa Cruz, bautizóle sin perder tiempo, y antes de dejarle ni tener tiempo para ello, murió en ellas y le envió al cielo. Todavía estaba en la misma casa cuando llegó el indio enfermo del mismo pueblo. Preguntóle el padre quién era. «¡Ay padre, respondió, yo me muero; soy catecúmeno, y no quiero morir sin bautismo!» Examinóle, y hallándole bien instruído, le bautizó. Reconociendo de allí á poco por el pulso y la respiración que se le acababa la vida, le administró la Santa Unción. ¡Rara cosa! Al acabar de ungir los sentidos faltaron éstos al enfermo, y voló su alma al cielo.

Es de alabar en estos casos la Providencia amorosa de Dios con aquellos pobres indios; mas en el caso siguiente tiene visos de milagrosa. Llamaron al padre en Santa María de Guallaga para que asistiese á un indio cristiano que, poseído de un accidente apoplético, se hallaba en los últimos términos de la vida. Acudió pronto, y al entrar en la casa le recibió el principal de ella diciendo: «¡Ay, padre, que vienes tarde y en vano, porque ni oye ni habla ya el enfermo!» Acercóse el misionero, y experimentó por sí mismo lo que le decían. Retirado á un aposentillo, suspiraba, lloraba, clamaba á Dios por la salvación de aquella alma. Cuando así sollozaba, se halló interiormente movido á levantarse del sitio y á ver cómo le iba al enfermo, y acercándose á él le dijo en voz baja si quería confesarse. A que respondió el enfermo en el mismo tono de voz con admiración de los presentes: «Sí, padre; sí, padre.» Quedóse solo con él, y se confesó despacio. Hizo después llamar la gente, le administró los Sacramentos y le ayudó á bien morir, oyendo el enfermo todo lo que le decía, y repitiendo los actos que le inspiraban, expiró en paz. Cuando salía el padre, acabado su ministerio, dijo como por despedida al principal: «¿Ves cómo no era sordo y cómo hablaba?» A que respondió el indio prontamente: «Padre, sólo á ti te ha oído y á nadie ha podido hablar sino á ti.» Esto dijo el indio con sinceridad, porque no alcanzaba á más su reflexión; pero nosotros la debemos hacer para alabar la Providencia maravillosa de Dios en sus siervos y en la salvación de aquellos miserables gentiles.

CAPITULO XIV

ESTADO DE LA MISIÓN DE MAINAS POR LOS AÑOS DE 1653

En estos dos años en que el P. Raimundo de Santa Cruz trabajó tanto por la gloria de Dios, extendiendo su celo por diferentes naciones y fundando varias reducciones y pueblos, no estuvieron ociosos los demás misioneros. Porque los padres Lucas de la Cueva y Francisco Figueroa hicieron muchas entradas en varias partes de gentiles, y aun hallo escrito que fundaron otros dos pueblos, y que mudaron á ellos su residencia. Pero como no nos consta del nombre de estas recientes reducciones sólo podemos decir por conjeturas que para esto tenemos, que fuesen algunos principios de la conversión de los Roamainas y de los Zapas, que poco tiempo después, como veremos, vivieron en dos pueblos respectivos de los Angeles de la Guarda y de San Salvador.

El P. Bartolomé Pérez residía en uno de los antiguos pueblos, procuraba aumentarle en familias, y entablar las prácticas espirituales, y establecimientos civiles que desde los principios se consideraron necesarios para la duración y permanencia de la misión del Marañón. Otro pueblo antiguo estaba á cargo de uno de los dos misioneros que habían venido de Quito con el P. Santa Cruz. Finalmente, el otro estaba en la ciudad de Borja en compañía del P. Gaspar Cujía, á quien ayudaba en los ministerios espirituales de la ciudad y en la explicación del catecismo de los indios Mainas que vivían, como dijimos, esparcidos en algunos anejos dependientes del curato de Borja. Los pueblos y anejos que ya en este tiempo estaban á cargo de siete solos misioneros, y que, excepción de la capital de Borja, habían sido fundados de los nuestros desde el año de 1638 hasta el de 1653, son los siguientes:

Ciudad de Borja, de Españoles y Mainas.
San Ignacio, de Mainas.
Santa Teresa, de Mainas.
San Luis, de Mainas.
La Concepción, de Xeveros.
San Pablo, de Pandabeques.
San José, de Ataguates.
Santo Tomé, de Cutinanas.
Santa María de Ucayale, de Cocamas.
Santa María de Guallaga, de Cocamas ó Cocamillas.
San Ignacio, de Barbudos.
San Xavier, de Aguanos.
Nuestra Señora de Loreto, de Paranapuras y Chayabitas.
Anejo de Pambadeques y Cingacuchuscas.

Estos fueron los sudores de los primeros quince años de los misioneros del Marañón, en donde comenzando á trabajar sólo dos padres los primeros años, y agregándose otros dos, después de algún tiempo, abrieron camino para tantas naciones que fué necesario pedir socorro de nuevos operarios, y últimamente, el P. Raimundo de Santa Cruz en los dos últimos años hizo ver á los superiores de la provincia de Quito que era preciso enviar nuevos trabajadores para la cultura de tan dilatada viña, pues no era posible que sólo el P. Santa Cruz atendiese á cinco pueblos tan distantes entre sí y tan recientes en la fe. Los demás misioneros cuidaban á lo menos de un pueblo y algunos de más, y por esta causa era necesario en algunos de ellos, que el catecismo diario se hiciese por medio de fiscales, esto es, por medio de algunos indios más capaces y ya bautizados, que sabiendo bien la doctrina cristiana la podían enseñar con celo y fruto á los indios. Pero este medio que sugería la necesidad y falta de sacerdotes, no era bastante para que los pueblos se arraigasen en la fe y prendiesen en ellos los establecimientos políticos, que se contemplaban necesarios para una misión florida.

Por esto los misioneros clamaban á sus hermanos, y pedían ayuda para tirar á la orilla las redes cargadas de tanta multitud de peces, pero siendo el camino de Quito á la misión tan largo y escabroso, y siendo casi imposible la salida de la misión á Quito, era éste uno de los impedimentos punto menos que insuperable para ser socorridos. Veremos en los libros siguientes los increibles y repetidos esfuerzos del P. Raimundo en vencer este imposible, hasta que hallado y demarcado el nuevo camino, perdió su vida en la demanda.

LIBRO IV

DE LA MISIÓN DE LOS MAINAS

CAPITULO PRIMERO

ES LLAMADO EL SUPERIOR DE LAS MISIONES PARA EL GOBIERNO DE LA PROVINCIA

Hallábase contento el P. Gaspar Cujía en su curato de Borja, no tanto por la autoridad que le conciliaba con las gentes este ministerio, cuanto por los buenos principios de la misión del Marañón en que habían influido mucho los vecinos de la ciudad, particularmente en los dos seminarios que se habían establecido de indios y de indias, para el fomento de los pueblos nuevamente formados. Al cabo de catorce ó quince años de su institución habían salido á las reducciones muchos jóvenes que, aprendida eminentemente la doctrina cristiana, entendida suficientemente la lengua general del Inga, y enseñados á practicar los oficios necesarios en un pueblo de buen gobierno, iban introduciendo en ellas la piedad, cultura y policía. De la misma manera las niñas enseñadas á coser, bordar y otros oficios del sexo mujeril contribuían por su parte al buen orden y aplicación de las indias, abriendo escuelas en los pueblos, en que las enseñaban aquellas habilidades que habían aprendido en la ciudad. El P. Cujía, que había sido el autor de este género de seminarios, estaba muy gozoso de coger ahora los frutos que preveía en su primera institución, y por lo mismo procuraba llevar adelante una obra de tanta utilidad á las misiones.

No parece que faltaba otra cosa para ver cumplidos sus deseos, que una nueva recluta de misioneros que, pasando á los pueblos ya fundados, diesen lugar á los antiguos, para hacer nuevas entradas y ocuparse en nuevas conquistas del mucho gentilismo que por muchas partes se descubría. Estos eran los votos y deseos de los siete sacerdotes que trabaja-

ban en la misión, y ésta era la esperanza del P. Gaspar Cujía, que, como cabeza y superior de todos ellos, echaba de ver en las visitas frecuentes que hacía de las reducciones una tan considerable falta de obreros, á que no era fácil suplir por más que trabajasen sus súbditos. Pero el Señor, que mide las cosas con sabiduría más alta que sus criaturas, dispuso una cosa bien diferente de lo que se pensaba, que si bien á los principios fué muy sensible á los misioneros, y al parecer contraria á los progresos de la misión, vino á redundar finalmente en aumento de ella y á facilitar la venida de nuevos operarios. Llamaron al P. Gaspar Cujía para los empleos de la provincia, y quitándole la libertad de representar ó proponer le señalaron para rector del nuevo colegio de Cuenca. Sintió grandemente esta elección la ciudad de Borja, en donde por su grande prudencia, celo, afabilidad y buen modo era muy bien visto y estimado de los Borjeños. No lo sintieron menos sus compañeros é hijos, porque como superior vigilante y amoroso dirigía todas sus entradas y salidas, y desde la ciudad de Borja estaba sobre todos, á todos acudía y en nada faltaba de cuanto podía enviar á los nuevos establecimientos.

Como era preciso obedecer, llamó desde luego al P. Lucas de la Cueva á la ciudad, y dejándole por superior de las misiones se determinó á la partida, encargando mucho que se hiciesen vivas diligencias para hallar, si fuese posible, camino más breve, que no sólo diese entrada fácil á la misión, sino también que permitiese la salida cuando pareciese conveniente; porque aunque por el Pongo habían entrado hasta entonces á la ciudad de Borja, era esta entrada, como insinuamos, peligrosa y la salida imposible, no pudiendo las canoas vencer la rapidez de sus corrientes. Experimentólo bien el P. Gaspar en la ocasión presente, porque tuvo que andar para llegar á su colegio de Cuenca muchos centenares de leguas, y esas con riesgos evidentes de la vida. Caminó por el Perú hasta cerca de Lima, y de aquí dió la vuelta casi por la costa del mar Pacífico hasta encontrar camino por donde buscar el término de su viaje. En peregrinación tan larga tuvo que atravesar muchos ríos, vencer montañas y seguir veredas peligrosas cuyos paraderos no estaban bastantemente averiguados; mas al fin arribó venturosamente al colegio de Cuenca, y, como llevaba en el corazón sus misiones, procuró socorrerlas largamente en cuanto pudo todo el tiempo que le duró el oficio de superior en aquel colegio. No las socorrió menos en los años siguientes, porque señalado á poco tiempo por provincial de toda la provincia, miró siempre con particular cariño las misiones del Marañón, como quien sabía muy bien el grande fruto que se podía esperar en estas partes con la predicación del Evangelio y las grandes fatigas y trabajos que se habían de padecer entre un número tan grande de naciones como él mismo había conocido en los quince años de su residencia en la ciudad de Borja.

Volviendo á nuestros misioneros, luego que se partió de las misiones el P. Cujía, comenzó á pensar y á deliberar sobre el modo de buscar camino más breve, más fácil y más derecho á la ciudad de Quito. El punto

era muy dificultoso, porque no se veía manera cómo por tierra se pudiese hallar camino transitable, cuánto menos fácil y derecho por tantos montes como cierran la misión de Mainas y continúan hasta la ciudad. Tampoco por agua se podía esperar el conseguirlo, porque dado caso que son muchos los ríos que del norte vienen á parar al Marañón, pero todos ellos se creían tener su nacimiento de montañas altas y cerradas ó de cordilleras inaccesibles é impenetrables. Otro nuevo inconveniente se descubría en este segundo, y eran las corrientes precipitadas con que bajaban los ríos al Marañón, los cuales bien que facilitarían la venida de las canoas, negarían la salida á embarcaciones tan débiles.

Entre tantas dudas y dificultades, le vino á la memoria al P. Raimundo de Santa Cruz el viaje que habían hecho desde Quito hasta el Pará los Padres Acuña y Artieda con el capitán Tejeira, y propuso á los demás que se podía tentar por este medio y averiguar en particular las entradas y salidas de aquel viaje; pues era constante que el capitán Tejeira habiendo salido de Quito con dichos padres, y después de haber vencido algunas montañas, por pocos días había tomado su rumbo por un río grande que viene á buscar el Marañón, y que si se hallaba la junta de estos dos ríos, aunque se creía estar mucho más abajo de la misión, había mucho andado para encontrar la salida por agua, lo que hasta entonces no se había podido conseguir. Añadía el P. Raimundo que él se ofrecía á la empresa, y que no dudaba hallar entre los suyos indios fieles y constantes que le acompañarían en el descubrimiento. Agradecieron los demás misioneros la propuesta del P. Santa Cruz, pareciendo bien á todos su resolución, y el padre comenzó desde luego á tomar las medidas para la empresa de que se encargaba.

CAPITULO II

EMPRENDE EL P. RAIMUNDO DE SANTA CRUZ BUSCAR SALIDA DE LAS MISIONES Á QUITO

Antes de arrojarse Santa Cruz al nuevo y peligroso descubrimiento del camino en que pensaba, hizo que se encomendase muy de veras negocio tan arduo á San Francisco Xavier, cuya protección y amparo había experimentado especialísimamente en las peregrinaciones y viajes. Encargó después á otro misionero el cuidado de su pueblo y de los anejos, y animando á sus hijos los Cocamas, Aguanos y Barbudos á un viaje largo de provecho universal de la misión y de todos los particulares, dispuso de los que le parecían más fieles y constantes una armadilla de canoas con cien indios, todos bizarros y valientes, armados con sus armas y prevenidos de sus provisiones. Hizo también que fuesen parte de la armada dos soldados españoles, que con sus arcabuces podían hacer en aquellas tierras la armadilla dispuesta respetable. Y no se olvidó de llamar algu-

nos Xeveros que ya desde entonces habían mostrado su valor y constancia en los peligros, y celo por la extensión y aumento de la misión.

Estando todo á punto, hizo señal el P. Raimundo, como piloto de la mayor gloria de Dios y descubridor de nuevas aguas y tierras, para llevar muchas gentes al cielo, y empezó á moverse la armada, que á poco tiempo entró en el río Marañón. Desde aquí, bogando por ocho días y ayudada de las corrientes, llegó á la embocadura de un río grande. La distribución diaria ordenada del misionero, era caminar todo el día sin detención ninguna, saltar á la noche en tierra, y hechos ranchos rezar las oraciones acostumbradas; por la mañana muy temprano decía el padre su misa, á que asistían todos, que animados con sus dulces palabras, volvían alegres á tomar las canoas con que caminaban al día como veinte leguas.

Asegurado Santa Cruz que el sitio en que se hallaban, después de los ocho días de camino, eran las juntas que buscaba de los ríos Napo y Marañón, mandó doblar á la izquierda y subir por el río Napo. Fué grande el trabajo y fatiga de los fieles indios para entrar por el río, porque la rapidez de las corrientes, que eran grandes á la misma embocadura, vencían las canoas; pero al fin, con la porfía, valor y constancia de los Cocamas, se consiguió el avanzar á donde no eran ya tan fuertes y se caminaba con más descanso. Navegaron hacia el nacimiento del Napo como un mes (guardando la distribución insinuada sin azar alguno ni desgracia); pero al pasar por la provincia, que se llamó después de los Encabellados, quiso el Señor probar la paciencia, fidelidad y constancia de su siervo Raimundo. Viéronse al pasar por estos gentiles con otro río grande (á lo que yo pienso el Aguarico) que por la derecha desembocaba en el Napo, y hallándose confusos saltaron en tierra, sin advertirlo el padre, cinco Xeveros, que como gente franca y expedita, dejando en las canoas sus armas, se enderezaron sin miedo ni temor á una casa que divisaban en el monte, y encontrando cuatro indios á su portada, les preguntaron, del modo que pudieron, cuál de aquellos dos ríos era el principal. No fué la respuesta como la esperaban, porque apenas habían hecho la pregunta cuando se vieron cercados de una multitud de Encabellados, que por respuesta mataron con sus lanzas á cuatro Xeveros desarmados, y con hachas de piedra les cortaron al punto las cabezas, que llevaron en triunfo de su bárbara valentía. Uno de los Xeveros pudo escapar en la refriega, y corriendo á las canoas dió aviso al padre de lo que pasaba. Atravesado éste de dolor por la muerte de sus cuatro hijos, saltó al punto en tierra con los dos soldados españoles y bastante número de indios armados: disparados al aire los fusiles, huyó la muchedumbre de enemigos con tanta apresuración, que dejaron hasta las cabezas de los muertos, las cuales, recogidas con sus cuerpos, enterró el padre con las preces acostumbradas de la iglesia, y volvieron todos á sus canoas.

Aquí estuvo la prueba y el apuro del P. Santa Cruz, porque los bogas que habían estado hasta entonces tan alentados y animosos, sin ceder á

trabajos ni á peligros, llenos ahora de terror y miedo por la muerte de sus compañeros, y recelando mayores desastres no querían pasar adelante: con la aprensión de mayores males se les caían los remos de las manos, y clamaban todos por la vuelta á sus tierras. Hirió profundamente el corazón del misionero esta resistencia no esperada, y encomendándose por un buen rato á Dios, á la Virgen su abogada y á San Francisco Xavier, protector de la empresa, se volvió con resolución á los indios, y les habló en esta sustancia: «¿Qué es esto, hijos míos; qué es esto que veo en vosotros? Hasta aquí tan fieles, tan constantes y animosos que ni os han acobardado los peligros, ni quebrantado los trabajos, ni vencido las dificultades; ¿y será posible que os derribe ahora una leve incertidumbre, y que os trastorne un temor vano? ¿Cómo ha entrado en esos valientes corazones tan fea cobardía, que más que temor fundado es una pusilanimidad vergonzosa? La desgracia que acaba de suceder debe de encender vuestro celo y dar nuevos estímulos á vuestro valor y esfuerzo. Vuestros hermanos los Xeveros ya recibieron en el cielo el premio de su fidelidad y la corona de sus afanes y trabajos. Sus enemigos no quedarán sin el castigo de aquel Señor que todo lo dispone ó permite á favor de los suyos. No queráis, hijos de mi corazón, caer en una vileza tan grande y dejaros llevar de tan abominable cobardía, que desamparéis al que siempre ha sido vuestro padre, que vino á buscaros con tanto trabajo de tierras tan distantes, y que siempre ha procurado con todas sus fuerzas vuestra salud eterna, vuestro bien y vuestros adelantamientos. Lo más está ya vencido, casi todo está ya hecho. Con poco más de paciencia llegaréis en breve á la capital de Quito, descansaréis y seréis regalados, y acariciados más de lo que podéis pensar de mis hermanos, que son muchos, y todos se desvivirán por vosotros. Allí veréis una hermosa ciudad de españoles y de indios cristianos que os franquearán sus casas y sus haciendas, porque la caridad cristiana les ensancha el corazón con sus hermanos. Ea, hijos míos queridos, resolved lo que quisiereis; que yo sólo y sin compañía estoy determinado, si volvéis atrás, á vadear ríos, trepar por breñas y atravesar montañas, á trueque de hallar camino más breve, fácil y derecho para que mis hermanos los jesuítas puedan venir á vosotros y ayudaros y socorreros más colmadamente.»

Encendiéronse los ánimos de los Cocamas con este discurso, y moviendo Dios los corazones, clamaron todos, á voz en grito, que querían seguir al padre, aunque hubiesen de morir en el camino. Y diciendo y haciendo, llenos de coraje y avergonzados ya de su cobardía, dieron fuerza á los remos y en pocos días llegaron á un puerto llamado *Belo,* habiendo navegado como cuarenta días contra las corrientes del Napo. Descubrieron desde este sitio unas chozas de indios no distantes, que preguntados de los nuestros en dónde se hallaban, respondieron que faltaban como tres días de navegación para llegar á un pueblo que era también puerto llamado Napo, y que de aquí á la ciudad de Archidona era bien corto el camino por tierra. Abrióseles el cielo con esta nueva y die-

ron muchas gracias á Dios, que les había conducido hasta aquel término sin más desgracia que la de los cuatro Xeveros, librándolos de mil peligros de fieras, de precipitados raudales y de indios guerreros, en los cuales habían hallado comúnmente, no sólo humanidad, sino matalotaje. No acababan de entender los indios cómo en tanta confusión de bocas de ríos habían podido acertar sin guía y sin práctico con el puerto deseado. Pero el P. Santa Cruz sabía muy bien que la aguja de marear que le había dirigido y sacado á salvamento, en tanta variedad de rumbos como á una y á otra mano se habían presentado, era la confianza en Dios, en cuyas manos se había puesto y á cuya gloria enderezaba su paso.

Animados los indios con la noticia de las cercanías del pueblo de Napo, de Archidona y de Quito, todo les parecía ya fácil, no sólo llevadero. A los tres días de navegación tomaron el puerto de Napo, en donde dejó el P. Santa Cruz un soldado español con más de la mitad de los indios en guarda de las canoas, prometiéndoles volver en breve con socorros y provisiones. Y con el otro soldado y cuarenta indios, los más recios y briosos, prosiguió su viaje por tierra hacia Archidona, á donde llegó á los tres días, después de haber vencido, pero con alegría de todos, asperísimas montañas. Caminaron otros siete hasta arribar á Baeza, de cuya ciudad llegaron en cuatro á la entrada misma de Quito. No le pareció al P. Raimundo entrar en la ciudad con aquella comitiva sin dar antes aviso al padre rector del colegio, y así se quedó esperando sus órdenes en la parroquia de Santa Prisca, puesta en la amenidad del célebre ejido de Anacquito, que viene á ser un prado vistoso y extendido. Aquí se divirtió, mientras venía la respuesta del superior, en mostrar á sus indios montaraces la hermosura de aquellos campos abiertos y trabajados, la grandeza de la ciudad, el mucho trajín de su entrada, la superioridad en aquel bello país tan diverso del suyo, todo montes, cavernas y soledad; y finalmente, todas aquellas cosas que les podían aficionar á las conveniencias que hay en las ciudades y que se hallan en el comercio de los pueblos.

CAPÍTULO III

ENTRADA GLORIOSA DEL P. SANTA CRUZ CON SUS INDIOS EN LA CIUDAD DE QUITO

Luego que se supo en el colegio de Quito la venida del P. Raimundo de Santa Cruz con sus indios, y que estaba esperando el orden de su superior para entrar en la ciudad, puso Dios en el pensamiento á un hermano coadjutor, de singular espíritu y virtud, que la entrada del padre con aquellas primicias de la fe era propiamente un triunfo glorioso de ella, y que convenía recibir á los nuevos cristianos con la mayor solemnidad, ostentación y aparato. El mismo Señor, sin duda para ensalzar la humildad de su siervo Raimundo, y para confirmar á los indios en la fe, movió al

virtuoso hermano para que comunicase con el superior el pensamiento que le daba, diciendo que le parecía conveniente recibir al misionero y aquellos tiernos cristianos, con una procesión solemnísima para que hiciesen más aprecio de nuestra santa fe y volviesen á sus tierras bien confirmados en ella. Lo que sería sin duda de grande ayuda y provecho para la extensión de las misiones cuando allá en el Marañón contasen á los gentiles el solemne recibimiento que les habían hecho los cristianos. Cuadró al superior el pensamiento, y enviando provisiones al P. Santa Cruz y á sus neófitos, y recado de que esperasen cerca de la ciudad hasta nuevo aviso, fué á verse con el señor obispo, que á la sazón era el ilustrísimo Montenegro, y le propuso su idea Aprobóla desde luego aquel prudente prelado, muy gozoso de que se ordenase un solemnísimo recibimiento á la santa fe que venía triunfante en los nuevos cristianos de tan lejanas tierras.

Llegado el día señalado, se dispuso á placer del señor obispo y catedral, de la Real Audiencia y gobernador, la entrada en la ciudad con cuanta eclesiástica celebridad se pudo disponer la ostentación de un triunfo de la fe. Juntáronse en la iglesia del colegio de Quito sus tres congregaciones, de Nuestra Señora de Loreto, de la Presentación y del Salvador; compusieron sus imágenes, aderezaron los estandartes, sacaron todos los cirios, de que tenían grande abundancia, y trajeron una multitud de cohetes, género muy usado en todas las fiestas de la ciudad. Congregada la gente, y no faltando nada de lo que creyeran necesario para una solemne procesión, comenzaron á caminar los congregantes formados en dos filas y con sus cirios en las manos. Seguían á éstos los padres y hermanos del colegio, de la misma manera. Iba delante de todos una insigne estatua de San Francisco Xavier, Apóstol de las Indias, en su traje regular de peregrino; en medio llevaban una imagen de Nuestra Señora, y cerraba la procesión otra del Salvador, con una buena música de cantores y muchos instrumentos de violines, arpas, chirimías y clarines. Así caminaba la procesión hacia la parroquia de Santa Bárbara, cerca de los muros de la ciudad. Los fuegos artificiales que se echaban al aire, el son de los instrumentos y la voz que había corrido de la entrada célebre, convocaron en breve el concurso de toda la ciudad.

El P. Raimundo estaba ya con sus indios en Santa Bárbara esperando la procesión como se le había ordenado, y les había vestido de aquel traje, que es para ellos la mayor demostración de celebridad y alegría. Tenían todos puestos sus camisetas blancas de algodón hasta media pierna, porque es para los indios el color blanco la mayor gala y regocijo; las cabezas estaban airosamente adornadas de guirnaldas de plumas de varios colores. Tenían todos sus rosarios pendientes del cuello, el arco, flechas y carcax colgados del hombro izquierdo, y en su mano derecha tenía cada uno una vela de á libra.

Llegada la procesión á Santa Bárbara, después de una breve oración que hicieron todos, distribuyó el P. Raimundo sus indios entre los congre-

gantes, y se ordenó la vuelta con la mayor formalidad, orden y modestia en tan gloriosa entrada. Iba el misionero en medio de sus ovejas entonando las oraciones de la doctrina cristiana en lengua inga, á que respondían los indios con acordes voces, enterneciendo aun á las piedras y derritiendo en devoción á cuantos les oían. Todo encarecía la admiración y ternura de la innumerable gente que iba en séquito de la procesión, el repique de todas las campanas de la ciudad, el estruendo casi continuo de los voladores y el son de los tambores y clarines, que resonaban de trecho en trecho, y otros varios instrumentos músicos que estaban alrededor de la estatua del Salvador, significando al vivo el triunfo de nuestra santa fe, victoriosa en los nuevos cristianos de la ciega gentilidad del Marañón. Todo era aplausos, todo aclamaciones. Hombres y mujeres, niños y viejos, eclesiásticos y seculares, todos mostraban en sus semblantes la alegría y regocijo, y cuánto se interesaban en el triunfo glorioso de nuestra sagrada Religión.

Pero lo que más llevaba la atención de todos era el P. Raimundo de Santa Cruz, á quien miraban como á un Xavier entre sus indios. Veíanle en el mismo traje con que vivía en la misión, con una media sotana tosca de algodón negro, que á manera de saco sólo llegaba á media pierna, toda hecha jiras por las espinas y abrojos del camino. Su rostro estaba denegrido, flaco y consumido, la cabeza sin cabellos y las piernas llenas de llagas y los pies con unas malas sandalias. Pero aunque flaco, consumido y acabado, entonaba con tanto esfuerzo, alegría y espíritu las oraciones á sus indios, que sus ecos eran pasmo á la edificación, y movían á todos á ternura, devoción y lágrimas

Entró la procesión en el convento de las monjas de la Concepción, que es la primera iglesia para pasar á la catedral, y la recibió el numeroso coro de aquellas religiosas, con un solemne y devoto *Te Deum laudamus*, á que se siguieron otros oportunos villancicos como en regocijo del triunfo de la fe de su Esposo. Pero si se alegraron mucho las fieles esposas de Jesús con la vista de los nuevos cristianos, derramaron muchas lágrimas de consuelo y de ternura al ver al misionero tan macilento y desfigurado. Pasó de aquí la procesión por la plaza mayor, en donde el señor obispo desde su palacio y el presidente y oidores desde sus casas reales, vieron con singular complacencia aquel triunfo sin comparación más glorioso que todos los triunfos de los emperadores romanos.

Al llegar á la catedral fué recibida de su venerable deán y cabildo que, con sobrepellices y todo aparato, la estaban esperando á la puerta de la iglesia. Cantó su buena música otro *Te Deum laudamus*, y subiendo el P. Raimundo por orden del señor deán hasta el altar mayor en donde estaba expuesto con singular aparato el Santísimo Sacramento, hecha una breve oración de rodillas con sus neófitos, les hizo una fervorosa exhortación en lengua cocama, dirigida á confirmarlos en la fe de aquel Señor que los recibía en sus brazos. Concluyóse la plática con la salutación ordinaria de los indios, que esforzando la voz dijeron: «Alabado sea el San-

tísimo Sacramento.» Apenas dijeron estas palabras cuando todo el pueblo, lleno de ternura, las repitió á voces, y conmovidos todos de tan glorioso espectáculo, clamaban más y más nuevos y antiguos cristianos y se deshacían en alabanzas del verdadero Dios, derramando éstos tiernas lágrimas por ver alabado á su Señor de gentes tan extrañas y que habían estado por tanto tiempo sin conocerle.

Satisfecha á vista de Dios Sacramentado la devoción de tan cristiano concurso, comunicándose unos á otros el consuelo por los ojos y exhortándose á mirar la maravilla que tenían delante, prosiguió la procesión hasta la iglesia del colegio. Cuatro prebendados venerables de la catedral llevaron en sus hombros la imagen de San Francisco Xavier con singulares demostraciones de devoción y afecto, celebrando con el hecho mismo los loores de los que imitaban sus pasos y su gran celo en ganar almas para el cielo. En la iglesia de la Compañía fué recibida como en las otras con el tercero *Te Deum laudamus*, cantado en música y con la mayor solemnidad; colocóse la imagen del Apóstol de las Indias en la capilla mayor, como capitán general de estas empresas, en un altar que estaba dispuesto y ricamente adornado. Cantóse su oración y otras en acción de gracias, y puestas las otras imágenes en sus respectivas capillas, se dió fin á tan gloriosa función, que dió mucho lustre y crédito á los trabajos apostólicos de los misioneros del Marañón.

Al deshacerse el concurso hubo muchos convites de varias personas calificadas que á competencia querían hospedar á los nuevos cristianos, pero no permitió la Compañía que saliese ninguno de su casa, pareciéndole debido concurrir con esmero al regalo de los hijos que había engendrado en el Evangelio. Pasaron los indios de la iglesia al colegio, y no sin dificultad por el mucho concurso de eclesiásticos y seculares que regocijados con la vista de Santa Cruz, todos querían saludarle; unos como á concolega, otros como á condiscípulo, y muchos como á maestro de quien habían aprendido letras humanas y retórica. Pero aunque recibía el misionero los agasajos y plácemes de todos con agrado, lo refería todo á Dios, y atendía principalmente al hospedaje de sus indios, cuya tropa iba conduciendo por lo interior del colegio, alabando sus buenas cualidades, y llamándolos hijos suyos, que con tanta fidelidad y amor habían concurrido al desempeño de sus empresas. Fueron hospedados en un cuarto bajo capaz, donde les repartieron piezas para su habitación; y así en este día, como en los demás, se les dió de comer en abundancia. El P. Raimundo quiso retirarse á su aposentillo, pero no lograba, como se deja bien entender, el retiro que deseaba, ni el olvido de todos que por su humildad pretendía; porque ansiosos los padres y hermanos del colegio de verle á satisfacción y gozar de sus dulces y amorosas palabras, no acertaban á separarse de él: lo que no es fácil explicar con palabras, y dejamos á la consideración de los lectores.

Esta fué la entrada gloriosa del P. Raimundo de Santa Cruz en la ciudad de Quito, acompañado de sus hijos los indios, la cual sucedió en el

año de 1654, día memorable en aquella ciudad y de tanto triunfo, que no parece haberle tenido mayor ninguna hazaña gloriosa de los más valerosos capitanes. Y esto nos trae á la memoria la entrada de D. Gonzalo Pizarro tantos años antes, después de tantas miserias y desastres. ¡Cuán diferente fué la salida y entrada de este pobre religioso, despreciador del mundo á la entrada y salida de aquel conquistador famoso! Sale Pizarro de Quito con 4.000 indios y buen número de españoles, lucidos y valientes, á buscar nombre y fama, y adquirir riquezas y tesoros; y vuelve casi solo, y desnudo y muertos todos sus indios en los caminos, y perdida la mayor parte de los españoles. Sale Santa Cruz de Quito, olvidado y despreciado en los ojos del mundo, en busca de las almas con solo una cruz y un breviario, y vuelve rico como un Jacob, con dos tropas de hijos espirituales, una que deja atrás en el puerto de Napo y otra que trae consigo, con la cual entra triunfante en la ciudad. Sale Pizarro de Quito con todo género de armas, pertrechos y prevenciones, pensando avasallar todas las naciones del Marañón y demás ríos, y vuelve después de haberlo perdido todo sin haber conquistado ni un palmo de tierra y gastado casi tres años en arribar con increíble fatiga á las juntas del Napo, y viéndose al fin burlado de su confidente Orellana. Sale Santa Cruz de Quito sin más armas ni pertrechos que la confianza en Dios y desconfianza de sí mismo, entra felicísimamente por el temido Pongo y conquista para Dios y para el rey muchas naciones de gentiles, emprende con los nuevos indios desde lo más alto del Marañón un viaje dilatado, encuentra sin práctico ni guía las juntas deseadas de los ríos, y en cincuenta y un días de navegación y otros pocos por tierra, entra glorioso en la ciudad sin haber empleado en tantas empresas y caminos mucho más tiempo que el que gastó D. Gonzalo en su desgraciada ida y más desgraciada vuelta de las juntas del Napo y Marañón. Sale, finalmente, Pizarro, como gobernador de la provincia, con toda la potestad que le correspondía pensando eternizar su nombre en la conquista de un nuevo mundo, y vuelve abatido, consumido y afrentado, y perdidos los caudales y muerta su gente, sin haber topado con otros enemigos que los mosquitos y plagas de los montes, y entra en Quito en tiempos de confusión y guerras en que apenas pudo conseguir lo necesario para cubrir su desnudez. Sale Santa Cruz, pobre y humilde en sus ojos, sin ser visto ni atendido de nadie, pensando extender la gloria de Dios á costa de su propia humillación y abatimiento, y le entrega el Señor tanto número de infieles y entra riquísimo en Quito con el tesoro de las almas en tiempos de suma paz, y es aclamado y vitoreado de todos sus ciudadanos como apóstol del Marañón, no pudiendo su humildad huir de tantos aplausos. Tanta verdad es que sigue la gloria verdadera á quien huye de corazón de los aplausos, y que no halla sino confusión y afrenta el que anda en seguimiento de la honra.

CAPITULO IV

ADMINÍSTRASE CON TODA SOLEMNIDAD EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN Á LOS INDIOS Y TRATA EL P. RAIMUNDO DE SU VUELTA

A la entrada gloriosa del P. Santa Cruz en la ciudad de Quito, dispuso la providencia que se añadiese otra solemnidad no menos oportuna para arraigarlos en la fe y para aficionarlos más á los antiguos cristianos. Quiso el señor obispo de aquella catedral confirmar á los cuarenta indios y celebrar la función con el mayor aparato en la iglesia de la Compañía de Jesús. Todos se alborozaron al entender la resolución del prelado. Rebosaba de contento el misionero, conociendo que el Señor había enderezado sus pasos hacia la ciudad de Quito con la comitiva de los nuevos cristianos para el provecho de éstos y para el mucho bien que esperaba seguirse de tan sagrada función en todo el distrito de las misiones, en donde los mismos indios serían los panegiristas de las grandezas de nuestra Religión y de la caridad de los ciudadanos. Alegráronse los gremios todos de la ciudad, el cabildo eclesiástico, la real cancillería, la real audiencia, caballeros y ciudadanos, porque todos pensaban tener parte en obsequiar á los nuevos cristianos, ya que no habían podido lograr el hospedarlos en sus casas.

Concurrieron de todas clases al P. Santa Cruz muchos respetables sujetos, deseando tener el consuelo de que el mismo padre de su mano les señalase algún indio por ahijado en la confirmación, en que tendrían á gran dicha y honra el ser padrinos. Eran tantos los pretendientes que no se pudo contentar á todos, pero se tuvo atención con los que parecían tener más derecho ó conveniencia, como eran el señor presidente, el corregidor, varios oidores, prebendados y caballeros. Compraron luego varias telas preciosas los padrinos para vestir ricamente á sus ahijados, les probaban los vestidos y les enseñaban el modo de usarlos y traerlos. Estaban pasmados los indios de tanto agasajo y de que señores tan grandes les tratasen con tanta afabilidad y cariño; pero se les daba á entender que todo esto les venía por la gran dicha que habían adquirido por el santo bautismo, y por la alteza y dignidad de la Religión que profesaban, y el P. Raimundo se aprovechaba muy bien de lo que entraba por los ojos á sus indios para que formasen un concepto ventajoso de lo que era ser cristiano.

Llegado el día señalado para las confirmaciones de los indios, colgada magníficamente la iglesia, puesto su sitial para el obispo, sillas de carmesí para la real audiencia y muchos asientos para el gran concurso que habían convocado las prevenciones, iban entrando los señores padrinos con los principales personajes de tan vistosa obra, que eran los Cocamas, Aguanos y Xeveros. Venían ricamente vestidos y como de córte los que

poco antes parecían salvajes en sus montañas. Todos traían calzones abiertos, á usanza de Quito, de lienzos delicados con hermosas puntas; las camisas interiores también eran delicadas, las que llaman camisetas, que viene á ser un vestido que coge desde los hombros á las rodillas, eran unas de lama, otras de ormesí, la que menos de seda guarnecidas de puntas ó de encajes de oro y plata. Venían unos con capa, otros con cobija ó manta cuadrada (según el uso), de tejidos lustrosos; y todos con sombreros adornados con cintas de varios colores. Como los indios eran bien hechos y de buena disposición, no les caían mal aquellas galas, y se llevaban los ojos de las gentes. Pero lo que más se dejaba notar de los que les observaban, era lo que ellos mismos se miraban y atendían unos á otros, riéndose cada cual de los demás, no por burla, sino por novedad, aplaudiendo el regocijo de verse tan galanes y bizarros.

Con esta gala y aplauso recibieron al obispo en la iglesia los padrinos y ahijados, y empezaron las confirmaciones, que fué haciendo el ilustrísimo prelado, llegando por su orden los indios con sus velas y colonias en ellas para vendas. Ejecutáronse las funciones que se siguen con ostentación y regocijo de los padrinos é indios, y á todo se dió fin con una buena música que recreó á los oyentes, y con un lustroso paseo que hicieron por la ciudad los indios con sus padrinos, llevando después todos á sus casas á los mismos ahijados para regalarlos; y en esta ocasión les dieron otros vestidos más ordinarios para el viaje, porque no gastasen en el camino las galas y las pudieran enseñar nuevas y lucidas á sus mismos paisanos. Todas estas cosas tenían como fuera de sí á los indios admirados de la ostentación de los españoles, de la celebridad en las iglesias, de las ceremonias sagradas del obispo, de la piedad católica y liberal de los ciudadanos de Quito. Cuando volvieron á casa, mostraban á su padre misionero los dones que traían y le contaban con agradecimiento los agasajos que de sus padrinos habían recibido, y el padre prosiguió regalándolos y acariciándolos de manera que no pensaba en otra cosa que en sus indios y en prevenir las cosas necesarias para su vuelta á las misiones.

Pero aunque Santa Cruz instaba por volver á las misiones, pareció á los superiores conveniente el detenerle por algún tiempo, así porque se recobrase algo de su quebrantada salud y descansase del largo viaje, como porque los indios viesen más despacio las cosas más notables de la ciudad. Y así en este tiempo recorrieron lo magnífico de los templos, la hermosura, que es grande, de sus tabernáculos, la riqueza de los ornamentos sagrados, de que han hecho siempre mucho caso los quiteños, y asistieron á varias funciones eclesiásticas, con las cuales iban haciendo más aprecio de la fe que habían recibido y de la Religión que profesaban. Duró como cosa de un mes la detención en que se recobró algo el misionero, aunque andaba siempre como de leva para el viaje, y haciendo gente con sus encendidas palabras y con la relación de los progresos de la misión para llevar consigo cuantos operarios pudiese al río Marañón. No necesitaba de largas exhortaciones, porque sola su vista

parecía tocar alarma á los de la Compañía que deseaban alistarse á porfía para la conquista de los gentiles. Todo el colegio de Quito se hubiera ido con el P. Santa Cruz, según estaban encendidos los ánimos con el ejemplo del que veían y con el buen logro de sus trabajos.

Pero los que con más instancia pidieron y consigieron acompañarle fueron tres, y no fué poco en tanta escasez de sacerdotes, absolutamente necesarios para los empleos de la provincia. Uno fué el P. Ignacio Francisco Navarro, á quien por su edad y por los achaques contraídos en las misiones de los Paeces, habían los superiores retirado á Quito, para que se restableciese y descansase de los grandes trabajos que había padecido por diez años entre aquellos bárbaros. Mal hallado con la estancia en el colegio de Quito ó pareciéndole estar en ocio, porque no sudaba tanto como con los Paeces, hizo tanto y alegó tantas razones por acompañar á Santa Cruz, que vinieron en ello los superiores. La principal que esforzaba su humildad, era que había venido de España para dedicarse á misiones, y que sus cortos talentos y balbuciente lengua, no eran para ejercitar los ministerios entre españoles, sino para tratar con los indios. Otro fué el P. Luis Vicente Centellas; persona de gran mérito en la provincia y que había comenzado á leer en Quito la cátedra de teología, y tuvo á gran dicha el mudarla con la cátedra de la predicación á los gentiles en las montañas escondidas y apartadas del Marañón.

Con estos dos compañeros del P. Santa Cruz, que habían ya dado buenas pruebas de su vocación en las trabajosas misiones de los Paeces, mereció juntarse el P. Tomás Majano, que aunque era todavía de pocos años en la Compañía y comenzaba entonces á ejercer los ministerios de la predicación, pero era tenido y respetado de todos como hombre santo por su oración casi continua y por su mucha mortificación. Había sido colegial en el seminario de San Luis, y concolega del P. Raimundo. Y viéndole ahora rodeado de sus indios, y con tanto amor y celo del bien de las almas, alegó con singular eficacia que lo que á él le había traído á la Compañía era el deseo de ganar almas, y que no sosegaba su espíritu después de acabados los estudios, mientras no conseguía verse entre gentiles para traer almas á Dios. Conociendo el superior su mucha virtud y encendido celo, y siendo bien sabida de todos los del colegio la grande mortificación del P. Majano, no se atrevió á negarle lo que pedía. Porque, aunque particularmente á los principios no se concedía á gente moza pasar á las misiones de Mainas sin mucho examen, consideración y prueba, mas la vida ejemplar del P. Tomás no dió lugar á tanta espera como se pedía en los demás. Estos tres sujetos fueron señalados para ir con Santa Cruz á los Mainas. El uno catedrático del colegio, enfermo el otro, y el tercero que comenzaba á llevar sobre sí el peso de los ministerios de Quito, por donde se ve el aprecio que se tenía de las misiones del Marañón y lo mucho que sirvió la vista del P. Raimundo para alistar en las milicias de Mainas personas tan necesarias para los empleos de la provincia.

CAPITULO V

SALE EL PADRE SANTA CRUZ CON TRES COMPAÑEROS Y LOS INDIOS Á SUS MISIONES

Ya, finalmente, llegó el tiempo en que permitieron á nuestro misionero volver á sus Mainas. Salió de Quito con sus tres hermanos, dejando llena de edificación á toda la ciudad y con mucha estimación de los empleos de la Compañía en los gentiles. Iban los indios cargados de dones, ricos de vestidos y provistos de otras muchas cosas, así para las misiones como para los compañeros que habían quedado en Napo en guarda de las canoas. Hízose el viaje por Archidona (y á lo que pienso) en cabalgaduras que sirvieron á los padres hasta la ciudad. De aquí en poco tiempo arribaron al puerto de Napo. No es fácil explicar con palabras la alegría y contento de los que habían quedado en el puerto al ver á sus paisanos tan mejorados, ni sabré yo decir el gusto que tuvieron éstos en decirles á su modo todo lo que les había sucedido en Quito, lo que habían visto con sus ojos y cuánto les habían agasajado, no sólo los hermanos del padre Santa Cruz, sino las personas más grandes y principales de la ciudad. Mostrábanles las galas y presentes que traían y repartían con ellos de muchas de las cosas que habían prevenido. Con esto alegres todos y contentos, después de haber comunicado los unos la soledad y penalidades de quien espera y los otros sus festejos aplausos y regalos en Quito, se exhortaban mutuamente al viaje, deseando hacer también sabedores cuanto antes á sus paisanos de unas nuevas tan gustosas para el común de la misión.

Comenzaron la navegación con mucha alegría, y como era ya por rumbo conocido y les ayudaban las corrientes, llegaron en solo quince días á la embocadura del río Napo, en el Marañón, en cuyo viaje habían tardado á la venida casi cincuenta. Hallaron alguna dificultad en subir á la misión por el Marañón y aun se vieron en peligro de que las corrientes volcasen las canoas. Pero con la destreza evitaban los golpes, y á fuerza de remo y remudándose frecuentemente por ser mucha la fatiga, vencieron los raudales en otros quince días, en que llegaron al primer pueblo. Con esto quedó asentado que el camino descubierto era seguro en ida y vuelta, y que abierta ya la puerta con las canoas por el Marañón y el Napo, se lograba la comunicación con Quito, sirviendo de aduana la ciudad de Archidona, cosa del todo necesaria para la subsistencia de la misión y para recibir las órdenes de los superiores, que hasta entonces se habían mirado casi como imposibles.

Muy gozoso el P. Santa Cruz con tan provechoso descubrimiento, y por haber logrado el tener ya (como decía) á los indios mismos por coadjutores en su predicación, los fué dejando en sus pueblos respectivos,

asistiendo él mismo á la entrada que hacían en ellos. Era ésta como un triunfo en que recibían los indios á los navegantes con vivas y aclamaciones, celebrando los descubrimientos, admirando los trabajos, y sobre todo, pasmados y aturdidos de las cosas que les contaban. No podían concebir con sus toscos entendimientos las magnificencias que les referían de Quito, y estaban al oirlas como extáticos ó embobados, pero rastreaban algo por los ricos trajes que les enseñaban y más viendo á sus compatriotas que eran antes como ellos, tan cortesanos, abiertos y despejados, con un aire de novedad que no acababan de entender. No engañó á Santa Cruz el pensamiento en que venía de que los indios confirmados en la fe serían de grande provecho para la propagación del Evangelio en sus montañas y para el más sólido fundamento y establecimiento de los pueblos, porque pasando de unos indios á otros las voces y relaciones de los recién venidos de Quito, afervorizaron á unos y dispusieron á otros para recibir el bautismo.

Llegó el P. Santa Cruz con sus tres compañeros, poco más de un mes después de haber salido de Quito, á la ciudad de Borja, último término de su viaje. Fué recibido con mucho júbilo del superior que estaba muy cuidadoso, y luego que entendió de Santa Cruz lo que se había conseguido en el viaje, dió muchas gracias al cielo que les había descubierto ya salida para Quito, y agradeció al misionero los trabajos que había padecido sin volver atrás de lo comenzado, aunque se había visto en tantos apuros. Ya desde entonces comenzó á pensar sobre la manera de hacer algún establecimiento en Archidona, para aprovecharse con utilidad de la misión del rumbo descubierto. Pero lo que entonces no era fácil ejecutar por la larga distancia y por ser tan corto el número de misioneros, lo facilitó la Providencia dentro de algunos años y de una manera que no se pensaba ni era posible adivinar.

La recluta de los nuevos soldados Navarro, Centellas y Majano, fué de mucho consuelo para los demás misioneros, que remando y trabajando noche y día no podían asistir á tantos pueblos recién formados, como querían ser servidos y adoctrinados. Sin embargo de eso, en este año de 54 en que sucedió, como insinuamos, esta empresa del descubrimiento del camino por Archidona, aunque faltó de sus pueblos el P. Raimundo, y por tanto tiempo, consiguieron los demás misioneros que todos los gentiles reducidos viviesen como cristianos, introduciendo el uso de que los bautizados trajesen siempre al cuello el rosario de María Santísima en señal de que estaban obligados por el bautismo á profesar la santa ley de Jesucristo. Muchos de ellos frecuentaban ya los sacramentos, haciéndose capaces de recibir la Eucaristía que no se concede desde luego que se bautizan, mientras no tengan alguna mayor discreción y conocimiento de los misterios sagrados. Hacían sus procesiones y rogativas en los días festivos, dando vuelta alrededor de los pueblos, y otras veces por los campos, cantando las oraciones y doctrina cristiana.

Con los más nuevos era mayor el trabajo de los misioneros, porque

fuera de la doctrina y oraciones ordinarias en que no se dispensaba jamás, les llevaba mucho tiempo el dirigirlos, como era necesario, en las obras exteriores de trabajar la tierra y en las artes mecánicas, sin las cuales no se podía vivir sin alguna comodidad en los pueblos; porque, como los socorros que venían de fuera no eran bastantes para remediar tanta gente, era preciso que aprendiesen los indios á escarmenar el algodón, á hilarlo, y á tejerlo. Así lograban formar sus telas, no sólo del algodón, sino de la pita y de la palma chambira, y andaban todos decentemente cubiertos y bastantemente defendidos de los temporales. Los mismos padres hacian también con aquellos pobres neófitos el oficio de médicos, sin más estudio que el de la caridad que les dictaba las medicinas en las hierbas, ó por conocidas en la Europa ó por experimentadas en aquellos países. Enseñaron el oficio de sangradores y cirujanos á ciertos indios más capaces que con su habilidad, prontitud y diligencia lograban dar la salud con este socorro á muchos miserables que hubieran, sin duda, acabado la vida en su miseria y falta de todo alivio. Con estos oficios de caridad y misericordia tenían unidos y obligados á los nuevos cristianos, y se iban aumentando en población las reducciones.

CAPITULO VI

ENTRA EL P. RAIMUNDO CON EL GENERAL D. MARTÍN DE LA RIVA Á LA CONQUISTA DE LOS GÍVAROS, Y DE LO QUE PADECIÓ EN ESTA EMPRESA.

Apenas había llegado el P. Santa Cruz con sus indios á los pueblos y con sus compañeros á Borja, cuando se le ofreció hacer otro viaje, en que no tuvo poco que ofrecer á nuestro Señor, no sólo por los trabajos y penalidades y peligros en que se halló, sino aun mucho más por la errada conducta del comandante de la expedición y por la imprudencia de los soldados.

D. Martín de la Riva, gobernador de Caxamarca, tenía en mira la conquista de los Gívaros, cuyas tierras, como hemos dicho más de una vez, se tenían comúnmente por muy ricas y abundantes de muchas minas. Había juntado cien soldados españoles, que no era poco número en aquellas circunstancias, y se lisonjeaba que con ellos, logrando algunos indios montañeses de la misión de Mainas, llegaría á sujetar á los Gívaros, por valientes que fuesen y por orgullosos que se hallasen á causa de la superioridad que habían tenido con los españoles en algunos encuentros. Parecía que el negocio podía tener muy buenas consecuencias, porque la sujeción de los Gívaros, enemigos capitales de los nuestros, redundaría en servicio de ambas Majestades divina y humana. Por esta causa el gobernador de Borja, si bien conocía no tocar á D. Martín aquella

conquista, le concedió el socorro de indios que le pedía, encargando al P. Lucas de la Cueva que señalase un padre misionero que, con algunos indios de los más animosos, acompañase al general en la empresa.

Viendo el P. Cueva que se podía sacar mucho fruto espiritual de la expedición, puso luego los ojos en el P. Raimundo, cuyo celo y valor era tan conocido de todos. Encargóle el cuidado de escoger y juntar los indios que pedía D. Martín y de llevarlos á la provincia de los Gívaros. Admitió la orden Santa Cruz como venida del cielo, en la misma forma con que recibía siempre las órdenes de la santa obediencia, y escogió de las naciones Cocama y Xeveros como cien indios que le parecieron más á propósito y de mayor coraje. Dispuso embarcaciones con que, subiendo desde Guallaga por el Marañón, llegó á las juntas del río Santiago, y navegando por él contra la corriente, dentro de pocos días dió vista á la provincia de los Gívaros, en donde ya los españoles tenían asentado su real. Al descubrir éstos la flotilla del padre con sus indios guerreros, hicieron la salva por orden del general y dispararon toda la arcabucería. Desembarcó Santa Cruz con su gente y fué recibido con singulares muestras de regocijo. Bien les pagó el misionero el agasajo, porque fué el consuelo de todos en sus males, la alegría en sus tristezas y el desahogo en las penalidades. Procuró desde luego la reforma interior y exterior de los soldados; hacíales frecuentes pláticas, así comunes como particulares, conforme al genio de cada uno, componía las diferencias y reprimía las libertades. Y como no pueden faltar discordias entre personas que sólo aspiran á su particular interés en las determinaciones que toman, bien necesitó Santa Cruz de su celo y constancia y de aquella admirable condescendencia con que ganaba los corazones que trataba, para mantener la unión y concordia entre tantas voluntades.

Muchos meses estuvo el P. Santa Cruz en estas tierras con grande deseo de la conquista de los Gívaros, y en ella padeció innumerables trabajos. Porque siendo continuas las aguas y asperísima la tierra andaba siempre á pie, expuesto á las inclemencias del cielo, día y noche, por montes y cerros en busca de gentiles, entre continuos peligros de dar en las emboscadas que hacían, y en que cogieron algunos de los soldados, á quienes quitaban luego la vida los Gívaros. Entre estos desdichados cayeron también cuatro indios de Santa Cruz, muertos á lanzadas como los demás, cuyo infortunio causó gran dolor y quebranto en quien tan de veras los amaba como si fuera su mismo padre. Pero su mayor pena en todo este tiempo era ver la errada conducta del general en la pacificación de los Gívaros, á quienes pensaba sujetar con las armas, con sólo el estruendo de los arcabuces, cuando no hacían tiro en los gentiles que andaban dispersos y bien encubiertos, ó guardados por la calidad del terreno, que tenían más conocido que los españoles; de manera que sólo lograban los nuestros espontanear la caza, y si entraban algunas partidas en lo interior del bosque, volvían atrás sin fruto alguno antes con daño de los que daban en las trampas ó caían en las emboscadas de los Barbudos.

Considerando el P. Santa Cruz el modo poco acertado del general en orden á la pacificación de la provincia y que la experiencia de tantos días no era bastante á desengañarle, se resolvió á hablarle en esta manera. «Muchos días ha, Sr. D. Martín, que estamos en estas tierras sin ver fruto alguno y sin experimentar ventajas en nuestra conquista, antes bien estamos todos exquestos al rigor del hambre, de la necesidad y desamparo. Por no hablar ahora de los que han sido muertos á lanzadas de los gentiles, y de los temporales contrarios á que vivimos todos sujetos sin poder valernos en tantas aguas, la conducta del ejército en sujetar por medio de las armas á los indios Gívaros no me parece acertada. Porque ya tienen desterradas aquellas aprensiones con que en otro tiempo imaginaban ser rayos del cielo los golpes de los arcabuces, y ser monstruos de la tierra los hombres montados á caballo; el trato y comercio de estos indios rebeldes con los españoles les ha hecho abrir los ojos y les tiene desengañados. Saben pelear sin miedo; son hábiles y discretos en emboscadas propias de su genio traidor, tienen en su modo de pelear muchas ventajas; porque viéndose inferiores, acuden á la fuga y sin gasto ninguno mudan á su placer las rancherías, metiéndose por lo más interior de los montes y cansando en valde nuestra gente, que va ya faltando sin haber conseguido en tanto tiempo las ventajas que se figuraba. Mi dictamen es que el corto ejército se acuartele, y que no haga movimiento de hostilidades tercio alguno, sino que se mantenga todo unido en la defensa. No es posible ya conquistar hombres para el rey, sino ganando almas para el cielo. El único medio de atraer á los Gívaros es publicarles la paz, mostrarles cariño, halagarlos y acariciarlos. Por medio de algún indio se les puede hacer saber que no hemos venido á estas tierras sino es para hacerles todo el bien que podamos, para que conozcan á Dios y aprendan á ser cristianos. Que no les pedimos cosa alguna, que nada les queremos quitar, antes bien, que traemos mucho que darles y que repartir á sus niños y mujeres. Sólo de esta manera se puede vencer su obstinación y atraer su esquivez bárbara». Así discurría el experimentado misionero.

Pero no se acomodaban á esta suavidad y mansedumbre el general y los soldados, á quienes parecía que sólo el temor de las armas podía sujetar una gente revelada que no daba lugar á razones ni á propuestas. Pensaban que, ocupados los montes, ellos mismos ó se ausentarían de la provincia dejando libres las tierras, ó vendrían de suyo á dar la obediencia á su majestad pidiendo las paces con los españoles. Siguiendo este dictamen, ocupaban puestos, disponían salidas y trabajaban en vano, sin que los malos sucesos acabaran de convencerlos de su desacertada conducta. El pobre misionero, no pudiendo apearlos de aquel obstinado error, padecía más que todos, tolerando con paciencia y mansedumbre aquella diversidad de estilo y de dictámenes, padeciendo no menos en su espíritu por la inutilidad de sus esfuerzos, que en el cuerpo mismo, por la debilidad y los achaques. Crecieron éstos con las muchas correrías en que no

podía desamparar á los soldados, y por las frecuentes centinelas que se veía precisado á hacer por las noches en el campo.

En una de éstas fué tan grande la tempestad de agua, que derribó un gran pedazo de un cerro; y represada el agua llegó á formar tal turbión, que arrastrando piedras y lodo, por poco no llevó consigo á muchos soldados. Tocóle á Santa Cruz muy buena parte en el peligro, porque quedó de él todo mojado y sin tener más ropa de mudar que la que traía puesta; lo llevaba en paciencia con su cara de risa acostumbrada, hasta que el mismo general le dió prestado para su abrigo uno de sus vestidos. En otra ocasión, habiendo de pasar con los soldados por una estrechura entre dos cerros, advirtió el padre con su pronto ingenio (si no fué por inspiración divina), que ninguno pasase, porque allí podría haber grave peligro. Obedecieron todos, y el suceso mostró que tenían los enemigos en lo más alto de uno de los cerros una emboscada con mucha cantidad de peñascos y piedras, para ir despidiendo á los nuestros aquel refresco cuando fuesen pasando por aquel lugar tan estrecho.

Como nada se adelantaba con los medios de que usaba el general don Martín, hacía el P. Raimundo sus diligencias secretas para atraer algunos Gívaros con los medios de suavidad y blandura. Logró, finalmente, verse con ciertos indios que vinieron á buscarle, y hablándoles con mucho cariño y blandura, les dijo los buenos intentos con que venía á sus tierras, y se esforzó á quitarles los grandes temores y miedos que tenían generalmente á los españoles. Viendo el general este buen principio, les trató también benignamente, y aun les dió algunas hachas y herramientas siguiendo, aunque tarde, los dictámenes del mejor soldado de su empresa. Con los donecillos que llevaban los indios, y con la benignidad y agasajo paternal que contaban del misionero, se ablandaron algo los caciques de los Gívaros; y no tratando por entonces de hacer algún daño á los españoles, salieron de sus montañas y acudieron al general y al padre dando á entender que querían reducirse y fundar un pueblo en aquel territorio, con tal que se les diesen los instrumentos necesarios para trabajar las tierras y un padre misionero que les dirigiese y enseñase la doctrina cristiana.

Grande fué la consolación de Santa Cruz al oir esta resolución de los Gívaros por la gran puerta que se le abría á su fervor, para evangelizar la paz entre aquellos gentiles. Instaba al general para que se pusiese luego por obra lo que prometían los gentiles, añadiendo que él mismo se quedaría con ellos, él los cuidaría y ayudaría en la formación del lugar para el cual tenía ya demarcados buenos sitios. Pero D. Martín, que parecía tener otros intentos, como se descubrió con el tiempo, iba dando largas sin acomodarse á las instancias del misionero, el cual no perdió las esperanzas de poblar á los Gívaros, hasta que la codicia (bestia insaciable) que por querer tragar sin descanso, se ahoga en sus mismas ansias, todo lo precipitó en un momento. Sucedió que algunos cabos y soldados españoles dejasen caer como al descuido delante de los Gívaros al-

gunas proposiciones sobre las minas de oro y plata de sus tierras; y éstas palabras fueron bastantes para que entendiesen los gentiles que el fin de los españoles en todos sus manejos era la codicia y que se enderezaba su mira á hacerlos esclavos para trabajar en las minas que con ansia buscaban. Esta imaginación, que á los principios parecía sospecha, á poco tiempo pasó á certidumbre, y labró en aquella gente ociosa, vagabunda y enemiga de todo trabajo, la desesperación y el despecho. Despidiéronse un día con las armas en la mano, hiciéronse al monte y se retiraron á sus cerros y montañas, sin dejarse ver en adelante sino es en emboscadas en que hacían el daño que podían.

Mucho sintió este lance tan mal logrado el P. Raimundo, porque si bien el general y soldados perdieron con él la esperanza de los tesoros de oro y plata, el celoso misionero perdió la esperanza del tesoro de muchas almas que ya tenía entre las manos, mucho más preciosas que todas las riquezas del mundo. Viendo ya frustrados sus intentos y que era imposible conseguir la pacificación de los indios Gívaros. determinó retirarse á sus misiones, habiendo dado muchas muestras de su celo y padecido seis meses de continuos trabajos, riesgos y peligros de la vida. Llegó en poco tiempo al sitio en donde se hallaba el superior de las misiones, que oyendo de boca de Santa Cruz cuanto había sucedido en la larga expedición, quedó altamente lastimado de la inconsiderada precipitación de los soldados en las preguntas importunas de oro y plata, y más viendo que había llegado la cosa á tales términos, que ya se daban á partido los bárbaros antes de ser vencidos.

El general de la empresa, D. Martín de la Riva, se retiró con poca gloria á su gobierno de Caxamarca, gastados muchos pesos y padecidos grandes trabajos sin haber conseguido oro ni plata, ni haber pacificado á los Gívaros, antes bien, quedando éstos con más enemiga contra el nombre español, y más arraigados en la persuasión de que no pretendían entrar los blancos á sus tierras si no es llevados de la codicia de sus tesoros y riquezas. No quiso Dios dar á este caballero las tierras de los Gívaros, cuya conquista procuraba, porque no pertenecía á su gobierno de Caxamarca, sino al de los Quijos, en cuyo perjuicio se había hecho la entrada, como se declaró en adelante. Ni le salió mejor otra empresa que capituló sobre la conquista de los indios Motilones, Tabalosos y Calzas Blancas. Y no contento ni desengañado de ver siempre inútiles sus esfuerzos, quiso también meterse en la conquista de los Mainas en perjuicio del gobernador de Borja. Mas no tuvieron efecto estas sus pretensiones ni fué admitido al gobierno de esta ciudad, aunque procuró por todos los medios, como veremos, ser elegido entre otros competidores.

CAPITULO VII

VIAJE DEL SUPERIOR DE LAS MISIONES Á LA CIUDAD DE LIMA Á NEGOCIOS DEL BIEN DE LA MISIÓN

El ruido de las armas y los ecos de su estruendo que desde la provincia de los Gívaros, poco distante de Borja, habían llegado á esta ciudad, tenían no poco alborotados á sus ciudadanos viendo que se trataba de guerra con sus vecinos. Puestos en armas los borjeños, se temían otros muchos desórdenes, particularmente hallándose sin cabeza la ciudad, por haber muerto su gobernador D. Pedro de Vaca, que con su juicio, valor y prudencia la mantenía en paz, refrenando la codicia de unos y poniendo modo á la ambición de otros. Viendo el P. Lucas de la Cueva tanto desorden y alboroto, se determinó pasar por sí mismo á la ciudad de Lima y procurar algún remedio para la paz y quietud de los habitadores de Borja. El viaje era largo y penoso, pero lo tomaba de buena gana entendiendo bien que de la elección de un sujeto, á propósito para el gobierno de la ciudad, dependía en un todo la paz y concordia de los vecinos, y, por consiguiente, el adelantamiento de las misiones; y temía mucho no fuese señalado para este empleo, quien, en su modo de pensar, sirviese más á fomentar la división de los vecinos y á cortar los progresos de la misión, que á concordar los ánimos y á propagar el Evangelio por los medios suaves con que se iba extendiendo por el Marañón.

Dejando por superior de la misión al P. Francisco de Figueroa, y repartidos los pueblos entre los otros misioneros, salió el P. Lucas el año de 1656 para Lima con las dificultades acostumbradas de aquellos caminos, ríos y montañas. Su salida fué navegando muchas leguas contra las corrientes de un río que descarga en el Marañón. Y aunque no le nombran en particular las relaciones de los misioneros, tengo por cierto que fuese el río Guallaga, por donde les constaba muy bien á los padres, que había bajado en otro tiempo desde Lima D. Pedro de Orsúa á su conquista desgraciada. Siguió el P. Cuevas este río hasta avecindarse hasta Guanuco, y volviendo desde este sitio los indios de la misión con la canoa, caminó por tierra con cuatro Mainas hasta Lima, y después de muchos trabajos dió fin á su largo viaje, que fué como de 300 leguas, entrando bueno y sano con sus compañeros en aquella capital; fué recibido en el colegio de sus hermanos con grande agasajo y con singulares muestras de veneración, mirándole todos como á un apóstol que por diez y ocho años continuos había trabajado con tanto tesón en la extensión de la fe por las montañas escondidas del Marañón. El P. Lucas, bien hallado en los desprecios y olvido de todos, recibía estas demostraciones con un encogimiento propio de su humildad y sólo atendía á disponer sus cosas en el colegio, de manera que viviese en él oculto en cuanto pudiese y

ejerciendo los ministerios propios de la Compañía mientras durase la estancia en aquella ciudad. Escogió confesonario en la iglesia en donde estaba constantemente hasta medio día. Después celebraba su misa con grande devoción y no se negó jamás á las personas que como á varón tan experimentado le buscaban para el bien de sus almas.

Dispuestas así las cosas interiores de casa para cumplir con las obligaciones de religioso, tomó las medidas que le parecieron convenientes para tratar sus negocios con el señor virrey y satisfacer á su empleo de superior de las misiones. Era á la sazón virrey de Lima el conde de Alba de Liste, el cual se hallaba dudoso sobre la elección de varias personas calificadas que pretendían el gobierno de Borja. Era el primer pretendiente el general D. Gonzalo Rodríguez de Monroy, del orden de Alcántara, que tenía á su favor una real cédula en que se ordenaba al marqués de Macera en el tiempo de su virreinato que oyese á D. Gonzalo sobre la conquista de los Gívaros y Mainas, si es que ésta le pertenecía como gobernador de los Quijos. El segundo pretendiente era D. Martín de la Riva, de quien hablamos largamente en el capítulo pasado. Este alegaba que habiendo él capitulado la conquista de algunas naciones que confinaban con el Marañón, y estando interpuestas las naciones de Cocamas y Mainas, entre las que pertenecían á su conquista, parecía tocarle á él el gobierno de Borja, en fuerza de su misma capitulación. Apretaba más la pretensión, añadiendo no haber cumplido con las promesas hechas sobre la pacificación de los Mainas y demás naciones don Diego de Vaca, primer gobernador de Borja, ni su hijo y sucesor D. Pedro de Vaca. Todo lo cual pintaba á su modo, exagerando la grande facilidad que había en conquistar todas aquellas provincias que eran paso unas á otras, y en que se podían labrar en gran servicio de su majestad las ricas minas de oro que constaba hallarse en algunas de aquellas naciones. El tercer pretendiente era D. Juan Mauricio Vaca, como heredero de los méritos de su padre, el general D. Diego de Vaca, y como hermano de D. Pedro Vaca, que tuvo el gobierno en segunda vista, los cuales habían gobernado las naciones de Mainas, Cocamas, Xeveros y otras muchas ya pacificadas, más con amor de padres y protectores de aquellas gentes, que como señores atentos á utilizarse de los sudores y trabajos de los indios.

El P. Lucas de la Cueva, llevándolo todo bien previsto y considerado, después de haber encomendado á Dios nuestro Señor de veras un negocio de que estaba pendiente el buen progreso de la conquista evangélica, fué á visitar al señor virrey y á darle cuenta de los pasos y motivos de su viaje.

Mucho se alegró el virrey de una visita que le pareció muy oportuna para salir de las dudas en que se hallaba sobre el gobierno de Borja. Movido á veneración y respeto de ver una persona dedicada por tantos años al bien espiritual de los gentiles con tantos afanes y trabajos, le detuvo por largo tiempo en esta primera visita, y se informó muy á fon-

do de todo el ser y estado de las misiones de Mainas, de su extensión, de la calidad de las provincias y de la manera de gobierno de los dos Vacas, D. Diego y D. Pedro. A todo respondió el misionero con la mayor puntualidad y con la verdad más exacta, como quien había visto con sus mismos ojos cuanto se había ejecutado en Mainas en los dos primeros gobiernos de los Vacas. Satisfecho el señor virrey de las respuestas claras y fundadas del P. Lucas, le mandó, por último, que dispusiese un informe por escrito y se lo llevase, porque quería por él resolver el litigio que estaba pendiente sobre el gobierno de la ciudad de Borja.

Hízolo el P. Lucas en poco tiempo y se lo entregó prontamente al virrey, á quien desde entonces no volvió á visitar, si bien el conde de Alba de Liste le buscó algunas veces, hallándole siempre retirado en su aposento y entregado á los ejercicios de oración y lección de la Sagrada Escritura y otros dos libros devotos que tenía solamente consigo. Todos estaban admirados de ver al P. Lucas tan entregado al confesonario y metido en su aposento, de manera que parecía estar olvidado del motivo principal de su venida; pero el siervo de Dios no creía deber hacer otra cosa que encomendar á Dios el negocio que le parecía ser de mayor gloria de Dios, después de haber expuesto simplemente en su informe las razones que tenía. Su resumen, como consta de los autos que se formaron, es de esta manera:

«Después de lo cual el P. Lucas de la Cueva, de la Compañía de »Jesús, cura y vicario de dicha ciudad de San Francisco de Borja y »rector de la misión del Marañón, me representó lo mucho que el dicho »general D. Diego de Vaca había obrado en la conquista y gobierno de »los Mainas que se le había encargado, los riesgos en que había puesto su »persona, gastos y pérdida de hacienda que en ello había tenido, y cómo »el dicho gobernador D. Pedro Vaca de la Cadena, su hijo, había prose»guido en el dicho gobierno y pacificación con mucho adelantamiento y »propagación de la cristiandad en gran servicio de ambas Majestades, é »informándome lo bien y desinteresadamente que había gobernado aque»lla provincia y el buen tratamiento y agasajo que había hecho á los na»turales de ella, aliviándolos de muchas cargas y vejaciones, porque ge»neralmente había sido aclamado de ellos y tenido más en lugar de padre »que de gobernador, suplicándome fuese servido de premiar los dichos »servicios, haciendo merced de aquel gobierno al dicho D. Juan Mauricio »Vaca de Vega, de quien se podría esperar tendría el mismo gobierno »desinteresado que tuvo el dicho general D. Pedro de Vaca, su hermano, »como se podría colegir, pues hacía dejación y no trataba de la parte de »más expectativa que tenía el dicho gobierno, que era la tierra de los »Gívaros, y sólo pretendía y quería aquella en que no podía tener otro »interés más que el servicio de Dios y de su majestad, lo cual como tes»tigo de vista en diez y ocho años que asistía á la reducción de dichos »indios, y, como su párroco, juzgaba era lo más conveniente y necesario »para su estabilidad, progreso y aumento.»

El informe del P. Cuevas pasó por orden del virrey á los señores fiscales de la real audiencia y al protector general de los naturales. Este, desde luego, como amante del bien común de los indios, se acomodó á los sentimientos copiados en el informe del misionero y juzgó dignos del gobierno los méritos de D. Juan Mauricio, en cuya elección no hallaba inconveniente alguno, antes bien mucha conveniencia y utilidad para los indios. No fué de este parecer uno de los señores fiscales, que respondió ser necesario citar al general D. Martín de la Riva, por hallarse, á lo que él decía, en posesión de lo que pretendía el dicho D. Juan Mauricio de Vaca. A esta respuesta, que tiraba á dar largas al negocio, se añadió por parte de D. Martín un memorial sangriento en que se pedía que ante todas cosas fuese declarado por no parte en el litigio ó petición al P. Lucas de la Cueva, pues en realidad no lo era ni lo podía ser, no le tocando esto ni como cura ó párroco de las provincias que no estaban todavía conquistadas, ni como á párroco de los vecinos de Borja, de quien no tenía poder alguno.

Sin embargo de la excepción del fiscal, se le dió traslado al P. Lucas de lo que se le oponía, y se le trató como á parte, y mandó que respondiese. El padre lo hizo de esta manera: «El intento que yo he tenido en »mi informe no ha sido otro que el informar extrajudicialmente lo que »siento en la materia, y no para que se forme litigio, pues en este caso »de ninguna suerte me introdujera á hacer informe. Confieso ingenua»mente no tener engaño en el negocio, ni deseo alguno de mostrarme »parte en él, pero no podía dejar de afirmar, con la verdad que profe»saba, que lo era todo lo que en el dicho informe refería, y lo que conve»nía á la conservación y estabilidad de la fe en aquellos indios, por las »experiencias que tenía adquiridas en los muchos años que me he ocu»pado en su conversión, y ser muy posible que por otro cualquier acci»dente se volviesen á su gentilidad.» Fuera de esto, suplicó el P. Lucas al señor virrey que fuese servido de mandar no corriese el decreto en que se le daba traslado por no ser parte ni pretender serlo.

Finalmente, después de varios debates, obtuvo sentencia favorable, en juicio contradictorio, D. Juan Mauricio de Vaca, siendo referido como parte, entre los demás, el P. Lucas de la Cueva, por más que lo rehusaba, y se le adjudicó á dicho caballero el gobierno de la ciudad de Borja, declarando pertenecer á su jurisdicción los Mainas, Cocamas y demás naciones en que asistían los misioneros de la Compañía.

La cláusula que expresa el título concedido, se formó en estos términos: «A vos el dicho maestre de campo, D. Juan Mauricio Vaca de Vega, »en nombre de su majestad, y en virtud de los poderes y comisiones que »de su persona real tengo, os nombro, elijo y proveo por gobernador y ca»pitán general de la dicha ciudad de San Francisco de Borja que tuvo, »gobernó y pacificó el dicho general D. Diego de Vaca de Vega, vuestro »padre, y de todas las demás provincias, ríos y naciones donde los reli»giosos de la Compañía de Jesús estuvieren haciendo sus misiones, para

»que como tal, teniendo la justicia civil y criminal uséis y ejerzáis, los di-»chos oficios.»

Así consiguió por sus méritos, dados bien á conocer, y por la fundada esperanza de su paternal gobierno, la capitanía general de Mainas de sus antepasados, D. Juan Mauricio de Vaca, constando de las alegaciones lo mucho que se había conquistado en las provincias del Marañón, no tanto con armas cuanto con el agrado, ayudados los gobernadores del celo de los misioneros, que hallaron su quietud y la de los pueblos con el nuevo gobernador, que como por herencia se portó siempre como padre con los nuevos cristianos. Y parece que quiso el cielo premiar á este caballero por su gran piedad y desinterés; porque renunciando después el gobierno en su sobrino D. Jerónimo de Vaca, fué confirmada por seis años la renuncia de su real majestad, y en el año de 1683 se concedió á dicho D. Jerónimo la perpetuidad del gobierno por todos los días de su vida á causa de los buenos informes que constaron de su persona.

CAPÍTULO VIII

VUELVE EL P. LUCAS Á SUS MISIONES.—REDUCCIÓN DE LOS ROAMAINAS, ZAPARAS, AGUANOS Y CHAMICUROS

Ajustado tan felizmente el negocio que había llevado á la capital al P. Lucas de la Cueva, y obtenido el título de gobernador por D. Juan Mauricio, deseó éste volver á Borja en compañía del padre. Mas otros negocios que ocurrieron al general en Lima, no dieron lugar á que volviesen juntos. Determinóse el misionero á dar la vuelta cuanto antes, entendiendo ser necesaria su presencia en la ciudad de Borja, que había quedado algo alborotada á su partida. Instáronle varias personas devotas á que llevase consigo algunas sagradas alhajas para las iglesias de los Mainas, y le ofrecieron ornamentos, cálices y campanas pequeñas, acomodado todo á iglesias pobres de montañas. Recibiólas el misionero con agradecimiento, y las envió en cargas delante para librarse de aquel embarazo, porque no pensaba salir sino con un bordón en la mano y con dos Mainas que le hiciesen compañía. También consiguió con facilidad del señor virrey que el estipendio corto del curato de Borja, que se pagaba mal en las cajas de la ciudad de Loja, se le situase en la caja real de la ciudad de Quito. Ultimamente, suplicó que se añadiese algo á tan escasa renta, ó se consultase á su majestad sobre algún sínodo más para el socorro de los misioneros de tan pobres provincias, lo cual concedió el conde Santisteban, sucesor que fué del conde de Alba de Liste, y quedó asentado por cédula de su majestad fuese de 400 pesos el sínodo de cada año para socorro de las misiones del Marañón.

Aunque pensaba el misionero salir ocultamente sin despedirse de sus conocidos, y sin decir siquiera al señor virrey el día de su partida, pero

se halló sorprendido cuando al bajar á la portería para emprender su viaje, halló toda la comunidad de sus hermanos que, atentos á sus movimientos, querían hacer este agasajo á un varón que tanto respetaban. Hallóse también con muchas mulas dispuestas para el camino y para los que le querían acompañar por algún trecho. Excusábase el humilde padre en subir en una de ellas, diciendo que no usaba de otra cabalgadura que de su bordón, y que con él sólo en la mano sabía caminar muchas leguas, y esperaba en Dios hacer el largo viaje que le restaba. Mas no fué oída en este caso su humildad, porque fueron tantas las instancias de los padres y de los seculares, que se vió precisado á montar en una mula. Montaron en las demás varios padres del colegio y algunos caballeros que tuvieron á bien el acompañarle. Iba en medio el P. Lucas, confuso y avergozado, como si fuese un pregón de infamia el ruido y aplauso de aquel acompañamiento. Muchas leguas de viaje le pareció el trecho que le siguieron, hasta que viéndole tan encogido como quien va penitenciado ó le sacan á la vergüenza, se fueron despidiendo, ya unos, ya otros, siendo los últimos los padres del colegio, á quienes mostró del modo que podía humildes agradecimientos por el agasajo y asistencia.

Quedó con solos dos indios por compañeros, y prosiguió su viaje á pie con su bordón en la mano por los valles de Lima, que son unos arenales ardientes y en dilatados trechos sin gota de agua. Tuvo también que pasar caudalosos ríos, que le dieron mucho que padecer, aunque en su boca nada hallaba que contar, porque todos los viajes por llenos que fuesen de peligros y riesgos les llamaba buenos, como lo eran en realidad para el mérito que cogía de las muchas penalidades. Llegando á las montañas de Jaén, bajó como un rayo, tirado del ardiente deseo de ver á sus misiones, al puerto del Marañón, y de aquí, por el canal del Pongo, tantas veces nombrado, entró en la ciudad de Borja. Todos se regocijaron de su llegada, porque no sólo los misioneros, sino también los españoles y nacionales le miraban como padre, y estaban persuadidos de que sus pasos iban siempre enderezados al bien é interés de todos. Su descanso fué correr y visitar las misiones, dejando en cada iglesia y pueblo lo que necesitaba de las cosas que le habían dado en Lima. Y aun fuera de lo más necesario proveyó también para los días más festivos de algunos ornamentos más que ordinarios. Todo causaba grande alborozo en los indios y mucho consuelo en aquellos solitarios misioneros, y en especial el saber cómo tenían ya por gobernador el que habían deseado, y que pensaban seguiría en su gobierno la suavidad de sus antepasados. No era menor la consolación del P. Lucas, viendo por sus ojos tan adelantados los pueblos, y los indios pacíficos y bien doctrinados. Afirma Rodríguez en sus descubrimientos que á la vuelta de Lima halló el superior otra nueva reducción que se había formado en su ausencia, y no diciendo cuál fuese, ni de qué nación, conjeturo que sería alguna de las cuatro reducciones que ya subsistían en el año de 1656 de Roamainas, Zaparas, Aguanos y Chamicuros, si bien no podemos asegurar en qué año determinado se

agregaron á las misiones. Lo cierto es que el P. Raimundo redujo los unos por sí mismo, y ganó á los otros por medio de sus hijos los Cocamas.

Había comenzado el P. Lucas de la Cueva, mucho antes de su partida á Lima, á tratar con los indios Roamainas y Zaparas, y le parecieron no estar lejos de recibir la luz del Evangelio; pero era no poco embarazo á su reducción la mucha distancia que había entre los nuevos pueblos de la misión y los sitios que ocupaban aquellas gentes. Porque fuera de ser necesario navegar por algunos días contra las corrientes del río Pastaza, se habían de atravesar otras tierras montañosas hasta llegar á los lugares de su morada. Sin embargo de esto, creyendo que el P. Raimundo rompería con valor y celo por estas dificultades, le encargó la empresa de su reducción. Aceptóla el padre, como tan conforme á su celo, y dió principio á las misiones del río Pastaza, que fué desde entonces como el teatro en que se representaron varias escenas con ocasión del grande golpe de gente que habitaba en los bosques interiores de una y otra banda de aquel caudaloso río.

Salió Santa Cruz con sus canoas de Guallaga, y buscando por el Marañón la boca del río Pastaza, navegó por él como diez días hasta encontrar uno como puerto á su banda derecha. Desde aquí caminó por tierra y se internó por los montes hasta descubrir algunos torrentes que, á manera de ríos, descargaban en otro más principal, llamado Tigre. Muchas fueron las naciones que descubrió en la larga travesía, pero halló menos impedimentos para recibir la fe de Jesucristo en dos más numerosas que se decían Roamainas y Zaparas. Detúvose con estos gentiles por algún tiempo, y con sus palabras amorosas y donecillos que llevaba consigo, les fué ganando las voluntades de manera que oyendo con gusto las verdades eternas, y fiados de la dirección de los padres, se determinaron de salir á la orilla del río Pastaza, en donde formaron dos pueblos. El uno se llamó los Santos Angeles de Roamainas y el otro el Salvador de los Zaparas.

Apenas fundó estos pueblos nuestro misionero con ciertas esperanzas de fundar otros no muy distantes, cuando los vecinos de la ciudad de Borja arrestaron en parte los progresos de la propagación del Evangelio que se esperaban por este río. Consideraron siempre los borjeños como provincias propias las naciones de Pastaza, y se creían con derecho de reducirlas á encomiendas; pero escarmentados con los Mainas, se habían contentado con este su derecho imaginado sin hacer diligencia alguna para el descubrimiento y pacificación de algunas de ellas, y menos para sus conquistas. Los misioneros de la Compañía iban entre tanto extendiendo sus conquistas espirituales, como hemos visto, con tesón y empeño sin detenerse en dificultades, embarazos ni peligros de la vida. Y entrando ahora por Pastaza, y comenzando á hacer los primeros establecimientos, tocaron alarma á los borjeños, que, valiéndose de la fuerza y sin atender á las representaciones de los padres, se apoderaron de los nuevos pueblos, repartiendo encomiendas á su arbitrio sin más trabajo

que el de meterse en reducciones ya formadas. Esta novedad alborotó en extremo á los indios nuevamente reducidos, que alegaban, como era verdad, haberse determinado á juntarse en un sitio y población para vivir libres bajo la dirección de los misioneros y no como esclavos, bajo el pesado yugo de los encomenderos. Pero no siendo los pobres indios oídos de los españoles de Borja, muchos de ellos se tomaron la libertad de escapar á los montes sacudiendo el yugo que les imponían. Con esta ocasión y con las pestes que á poco tiempo sobrevinieron, el pueblo del Salvador de Zaparas no pudo subsistir por muchos años; mas el de los Angeles de Roamainas duró hasta el año 14 del siguiente siglo. Esta irrupción ó violencia de los vecinos de Borja, me hacen sospechar que la conquista de estas naciones la hizo Santa Cruz en tiempo que no había gobernador en la ciudad después de la muerte de D. Pedro de Vaca. Porque ni este gobernador ni su padre D. Diego se habían metido jamás en las conquistas de los misioneros, agregando á encomiendas los que voluntariamente se entregaban al Evangelio.

Casi por el mismo tiempo en que se redujeron los Roamainas y Zaparas formaron otros dos pueblos los indios Aguanos y Chamicuros. Su conversión se debió también al P. Raimundo de Santa Cruz, cuyo celo por la reducción de los gentiles iba prendiendo en sus hijos los Cocamas, que hacían también sus entradas por aquellos montes á imitación del misionero. La que hizo D. Felipe Manico, cacique de Santa María de Guallaga, á cierta parcialidad de indios Aguanos fué bien señalada, y trajo, finalmente, la reducción de esos gentiles y de otros confinantes. Aprestóse el capitán de Santa María á pasar con veinte indios escogidos á donde vivían los Aguanos, resuelto á valerse solamente de las armas en su defensa y sin pretender hacer daño. La cosa era bastantemente delicada, como se deja entender, y pocas veces salieron bien estas entradas sin la asistencia de los padres. Como quiera que fuese, D. Felipe sorprendió con valor intrépido á los primeros Aguanos que encontró, pero viéndose al punto cercado por todas partes de muchedumbre de gentiles cedió al mayor número por no empeorar el negocio. Valióle al cacique el trato benigno y amigable con que había recibido y agasajado á los primeros Aguanos que sorprendió y tenía en su poder, usando con ellos todos los medios suaves y cariñosos que había podido conforme á la instrucción del misionero. Porque, asombrados los Aguanos de la humanidad que habían hallado en el Cocama los primeros, que según la costumbre eran prisioneros de guerra ó condenados á muerte, recibieron á D. Felipe y á los suyos con el mismo agrado, y trataron de paces y amistad.

No contento el cacique de los Cocamas con estas primeras apariencias de amistad, pidió á los Aguanos que le condujesen á verse con su principal, con quien quería entablar una perpetua paz y comunicación mutua de ambas naciones. No tuvieron mucho que andar para encontrarle, pero hubo muchísimo que hacer en amansar aquella fiera que á todos amenazaba, llena de furia infernal, sin querer dar oídos ni á sus

mismos indios. No fué poco que desbravando la cólera se redujese á pláticas. Oyó primero á sus indios y lo que con los Cocamas les había pasado, y amasándose poco á poco, escuchó, finalmente, con gusto las proposiciones de nuestro cacique, conviniendo en la paz que le pedía, y quedando en amistad con las gentes de Santa María de Guallaga.

La pacificación y amistad de los Aguanos se tuvo desde luego por un paso feliz, y por principio de la reducción de los indios Chamicuros de la misma nación; pero ellos mismos descubrieron una dificultad que parecía más insuperable, atentas las paces establecidas con los Aguanos; porque aunque unos y otros eran de una misma nación y hablaban la misma lengua, pero eran parcialidades opuestas y encontradas, tan enemigas entre sí que el odio reconcentrado con las continuas guerras y debates, no pudo desarraigarse en muchos años después de reducidas las poblaciones. La parcialidad de los Chamicuros, sobre ser más numerosa era más valiente y su cacique más bárbaro, fiero y animoso que el de los Aguanos. A todos amenazaba y no temía á ninguno, siempre dispuesto á hacer daño y pronto á la venganza, á la hostilidad y acometimiento contra las naciones vecinas, aunque no diesen motivo alguno, aun de los que fácilmente se tenían por bastantes para la guerra entre aquellos bárbaros. Este fiero y orgulloso cacique rechazó constantemente por mucho tiempo los convites de paz de los misioneros, hasta que el P. Santa Cruz, desde Guallaga, le comenzó á ablandar con el cariño, con las dádivas y con el conocimiento práctico que fué formando del trato caritativo y paternal del misionero, y aún más viendo por sí mismo la paz y contento en que vivían gustosas tantas naciones opuestas antes y enemigas, después de haberse reducido á poblaciones y puesto en las manos del P. Raimundo. Por estas razones vino en formar un pueblo dentro del monte mismo, ocho leguas de la laguna de Guallaga, en una llanura hermosa que estaba convidando para ello. Llamóse en adelante el pueblo San Xavier de Chamicuros. Los Aguanos formaron el suyo, más cerca de Guallaga, en una quebrada que da entrada á las canoas por el mismo río. Dióseles la advocación de San Antonio para distinguir la reducción de la de San Xavier de Aguanos, más antigua. Los dos nuevos pueblos duraron así separados por más de un siglo, hasta que el año de 1758 se incorporaron los Aguanos con los Chamicuros, en su pueblo de San Francisco Xavier.

CAPITULO IX

INTENTA EL PADRE CUEVA DESCUBRIR NUEVO CAMINO MÁS DERECHO Á QUITO: NUEVOS MISIONEROS QUE BAJAN Á LA MISIÓN POR ARCHIDONA

Viendo el P. Cueva tan aumentados los pueblos en número y en familias, se encendió en nuevos deseos de traer otros operarios para el

cultivo de tantas naciones. Y considerando que la entrada á las misiones por Archidona y por el río Napo era muy larga, aunque parecía segura, se determinó de subir en persona á Quito por un camino que se figuraba poder descubrir entre Archidona y Jaén por un río de los que descienden de la jurisdicción de Ambato ó Latacunga, entre Quito y Riobamba. El pensamiento era muy oportuno y de grande utilidad para las entradas y salidas de los misioneros por ser el camino que se buscaba una línea casi derecha desde el centro de la misión á la ciudad de Quito. Pero era necesario mucho esfuerzo para no desmayar entre las muchas incertidumbres, que ya se presumían ocasionadas de los ríos, bosques y montañas cerradas, que era necesario romper para llegar al término. Arrojóse á la empresa el P. Lucas con un hermano coadjutor llamado Antonio Fernández, que pocos años antes había llegado á la misión, y servido con piedad y celo en los ministerios propios de su estado. Salieron los dos del pueblo de los Xeveros, por el río Marañón con indios bastantes para la navegación y llevaron consigo los instrumentos necesarios para arrancar malezas, cortar árboles y demarcar el camino que buscaban. Llegados á la embocadura del río Pastaza, enderezaron la proa á la resistencia de corrientes, y entrando después en el río Bohono, navegaron algunos días con aquellos peligros y molestias que lleva consigo el subir contra las aguas, á fuerza de remo, que allí llaman canalete, porque muchas veces es preciso valerse de los árboles, y agarrarse de las ramas inclinadas al río, para vencer el ímpetu de las aguas y traer la canoa.

Llegaron por el río Bohono hasta las tierras más altas, desde donde estrechadas las aguas entre riscos y peñascos levantados, bajaban tan despeñadas que no daban lugar al pasaje. Aquí cogieron puerto, en donde atadas las canoas comenzaron á subir á pie una montaña encumbrada, pensando emprender por esta parte el descubrimiento del deseado camino, y en caso que no les fuese posible el penetrar por la espesura, volverse á las canoas. Arrancaban maleza, rompían ramas, cortaban árboles, y en varios parajes hacían estribos para los pies, con el ánimo de ganar la cumbre de la cordillera. No llevaban otra carga que la de un poco bastimento y los ornamentos para decir misa el misionero, que nunca sin este sagrado esfuerzo del alma emprendían cosa aquellos primeros padres. No podía el hermano Antonio Fernández, que era ya de alguna edad, seguir al P. Lucas, que en tan áspera subida iba como á gatas, más á fuerza de puños y asiéndose de ramas y raíces que valiéndose de los pies. Viendo el P. Cuevas fatigado al hermano, y que no era posible seguir á los demás, determinó que con dos indios volviese al lugar de las canoas, y que deshaciendo el viaje tomase el pueblo de los Xeveros, como lo hizo el hermano confundido de su debilidad y flaqueza, y admirado de la fuerza más de espíritu que de cuerpo de su compañero.

Por más que hizo el padre y sus indios no pudieron abrir camino por donde pensaban, y vinieron á parar después de mucho trabajo al camino

de Patate, que baja al puerto de la Canela. De aquí con gran fatiga salieron á la comarca de Ambato en ocasión en que aquí se hallaba de visita el señor obispo de Quito, D. Alonso de la Peña Montenegro. Fué luego á visitarlo, como era razón, el P. Lucas con la compañia de diez ó doce indios que llevaba consigo. Recibióle el celoso prelado como á un San Francisco Xavier, viéndole tan parecido en el traje y en el empleo, pues llevaba su esclavina y bordón, el rostro sudado y las piernas bien lastimadas del camino. Oyó muy gustoso de boca del misionero los progresos de la misión y el aumento tan considerable de las cristiandad en el Marañón. Tratóse ya desde entonces cuán conveniente sería para su fomento y para la entrada y salida de los padres, el que administrase la Compañía el curato de Archidona en las montañas, por donde dijimos que había salido el año de 54 á Quito el P. Raimundo de Santa Cruz. Pero aunque veía la conveniencia el señor obispo y le armaba el pensamiento, costó el ajustarlo después no pocas controversias, porque de ordinario tiene sus contradicciones lo que conoce el demonio que ha de ceder en daño suyo, como lo era el ser derribado por este medio de la posesión que tenía de innumerables almas en aquellas montañas.

Pasó el P. Cuevas á Quito con su comitiva de indios, siendo de consuelo y edificación á los pueblos y doctrinas por donde atravesaba, deseando todos verle y á los nuevos cristianos que llevaba. Fué recibido en el colegio con estimación de todos, que respetando su ministerio, procuraron su descanso después de tantas fatigas, y su reparo viéndole tan lleno de achaques. El Doctor D. Pedro Vázquez de Velasco, presidente de la real audiencia, oyendo de boca del P. Lucas el fruto que se hacía en el Marañón, y lastimado de ver los afanes con que los misioneros buscaban camino para bajar y subir de sus misiones, determinó resueltamente le tuvieran por Archidona, creyendo necesario dar á la compañía aquella doctrina tan inmediata al puerto de Napo, como lo ejecutó después, por más contradicciones y dificultades que se levantaron, las cuales venció y allanó hasta que el Consejo mismo vino al nombramiento de dicho curato, conociendo la importancia de la elección en uno de la Compañía.

Detúvose algunos días el P. Lucas en Quito, más por la necesidad de algunas medicinas para su cuerpo llagado, que por el descanso de sus fatigas. Los que tienen algún conocimiento de las distancias desde los Mainas á Lima, desde Lima al Marañón, y desde el Marañón á Quito por montañas nunca descubiertas, pueden formar algún concepto de lo que padecería el P. Cuevas en los referidos viajes. Sólo en la distancia de Patate hasta el puerto de la Canela, que es una parte bien pequeña del camino de nuestro misionero, se puede ver lo que dice de sus malezas la Historia general del Perú del Orden de Predicadores, intitulada: «Tesoro verdadero de las Indias», en el tomo I, libro V, cap. XIII, pág. 577, refiriendo en un memorial la entrada que hicieron dos religiosos de la misma Orden hasta salir á dicho puerto. Pues ¿qué trabajos tendría que padecer el P. Lucas, falto de salud y sin sustento por tantos espacios de

tierra inculta y por tantos ríos no navegados hasta entonces? No es de extrañar que llegase á Quito todo llagado, flaco y consumido y sujeto á varios achaques. Aunque se empeñaron los superiores en curarle, y vino en ello, pero fué con la condición de no hacer cama, que no podía sufrir su espíritu cuando parece que la necesitaba su cuerpo.

Todo su cuidado en este tiempo, era regalar á sus compañeros los indios de la misión, á quienes se dieron aposentos, y se suministraba en abundancia el diario sustento. Porque siempre en este particular hospedaje de los indios se portó verdaderamente con magnificencia el colegio de Quito; y áun acaso por eso el cielo le llenó de bendiciones por los muchos gastos que tuvo que hacer en todos tiempos por el bien de las misiones del Marañón. No estaba ocioso el P. Lucas en atender á uno de los principales fines de su viaje, y ya que no podía echar las redes á los gentiles, andaba muy solícito en tenderlas por el colegio sobre sus hermanos para pescar misioneros. En realidad eran bien pocos los sujetos que se hallaban en sazón de poder pasar al Marañón, y no habiendo llegado la misión que se esperaba de España, apenas se podía dar vado á los ministerios indispensables de la provincia. Sin embargo de tanta escasez de operarios, hizo tanta impresión la vista del P. Lucas y movieron tanto sus palabras, encedidas del celo de los gentiles, que se le ofrecieron dos sacerdotes recién ordenados á seguirle al Marañón, y fueron tales sus instancias que se hubo de condescender con ellos por la esperanza que había de la nueva misión de Europa.

No se detuvo más el P. Lucas, y determinó volver á los Mainas por la ciudad de Archidona con sus dos compañeros, para registrar por sí mismo el camino descubierto por el P. Santa Cruz, y hacerse bien cargo del puerto de Napo y del curso del río, porque como ya se trataba de dar á la Compañía el curato de aquella ciudad, quería ver el fomento que tendrían las reducciones fijando la entrada á ellas por esta parte, y asistiendo de continuo uno ó dos misioneros en Archidona. Hízolo con todo cuidado, observando las distancias de tierra y diversidad de ríos que entran en el Napo, y ya desde entonces tanteó el genio, calidad y condiciones de los indios tributarios, de quienes á poco tiempo fué señalado párroco, como veremos. Luego que arribó á los Mainas, distribuyó á los dos sacerdotes que llevaba consigo en los pueblos que le parecieron más necesitados, y él prosiguió atendiendo al oficio de superior de todos hasta que le llamemos á Quito para los intereses de la misión. La entrada de estos dos nuevos misioneros parece haber sucedido hacia el año de 1659; y desde este tiempo el P. Lucas de Majano, que era uno de ellos, hermano del P. Tomás Majano, comenzó sus apostólicos trabajos con los Roamainas y Zaparas, de que hablaremos en su lugar. Por ahora no tengo por inútil tocar en el capítulo siguiente un memorable acaecimiento que hubo de acabar con la ciudad de Quito, poco después de haberse partido de ella para sus misiones el P. Lucas de la Cueva.

CAPITULO X

PELIGRO GRANDE DE ARRUINARSE EN QUE SE VIÓ QUITO CON LA ERUPCIÓN ESPANTOSA DEL VOLCÁN PICHINCHE EN EL AÑO 1660

El colegio de Quito y la reducción de los Mainas tenían entre sí continua dependencia, como hemos visto, y se daban las manos de manera que á su influjo se debían los principios y adelantamientos de la misión, y era imposible que sin este fomento continuo pudieran subsistir ó conservarse. Esto me ha movido á dar aquí alguna noticia de un memorable suceso que acaeció en la ciudad de Quito, y que acaso también aceleró la partida de algunos jesuítas á los Mainas. Y si esta razón no basta para excusar la digresión, no dudo que el prudente lector la excusará, siquiera por señalada, curiosa y memorable. Por más que la ciudad deQuito goce de un temple saludable, sus campos estén siempre verdes y floridos, amena y abundante la campiña y todo respire primavera y hermosura, no deja de tener un lunar bien considerable que suele templar el gusto de sus habitadores. Porque tiene á su lado, casi por la parte del poniente, un horroroso volcán, llamado Pichinche, no menos temible á la ciudad que el Vesubio á Nápoles y á la Sicilia el Etna.

Viene á ser el celebrado Pichinche un agregado de muchos montes nevados que mantienen siempre en su centro vivas llamas, las cuales, cebadas en abundante materia de alcrebite, rompen las entrañas de la tierra, volando parte de los montes y arrojando peñascos encendidos al viento. Los montes que principalmente componen este Mongibelo, son tres que descuellan entre los demás, y parece que siglos atrás eran como tres hombros monstruosos que sustentaban otra cumbre, como cabeza sobresaliente á todas aquellas eminencias. Mas el mucho fuego interior consumió con su voracidad á la cumbre ó la arrojó al viento, deshaciéndola en piedras y cenizas. El primer estrago que consta por los archivos de Quito haber hecho el Pichinche en la ciudad y campiñas, sucedió el año de 1577. Fué grande en aquellos principios de su fundación la consternación de la ciudad, mucho el estrago en los ganados, y asombrosa la tala delas sementeras, y á esta causa juraron los ciudadanos desde entonces fiesta, y eligieron patronos que la defendiesen de tan terrible enemigo como tenían á la vista. Pero aunque se miraban en las puertas mismas de Quito los horrorosos peñascos de aquel aborto y eran padrones de de su memoria, ya parecían estar olvidados los quiteños después de ochenta años de los rigores del Pichinche, ó se lisonjeaban haberse desahogado bastantemente de sus incendios, que ésta es la condición de los hombres, creer fácilmente lo que mucho se desea.

Mas el reprimido volcán á los ochenta y tres años de su primera erupción, quiso avivar sus llamas con más horror en el año de 1660, por el

mes de Octubre en que asombró de tantas maneras á los moradores de Quito, que no es fácil contar en particular los estragos y efectos de su enojo. Un domingo por la noche, á los 24 de Octubre, comenzó el cerro Pichinche á mostrarse como con dolores de parto, ó con accidentes de algún fiero aborto, dando bramidos y estruendos que de cuando en cuando se sintieron en aquella noche, y en el lunes siguiente. Fueron repetidos el martes en varias horas del día, y á la noche más continuados, oyéndose con asombro una como batalla en las entrañas del volcán, á manera de tiros encontrados de una grande artillería. Asomábase la gente asustada á ver las cumbres del Pichinche, y entre las tinieblas de la noche sólo veía levantados sobre el monte algunos globos de fuego, frecuentes relámpagos, y como encendida la atmósfera, cosa que suele verse todos los años, aunque no con tanta conmoción ni con tan extraordinario estruendo. Sólo se observó por entonces como cosa singular, que en vez de un penacho de llamas que se descubría otras veces, ahora se veían á tiempos unas como centellas de peñascos encendidos.

Amanecía ya el miércoles, y como había sido tan temerosa la noche, despertó á todos el temor de prevenir la luz deseada para reconocer lo que pasaba en el volcán. Conocieron por su ceño encapotado, por los relámpagos, bramidos continuados y por las peñas encendidas que arrojaba, que había comenzado á reventar, pero deseaban que aclarase el día para consolarse con la luz y certificarse mejor de lo que tenían que temer ó debían esperar. Mas la poca claridad que asomaba á los principios se fué convirtiendo con asombro en una noche tenebrosa, de manera que á las nueve del día se hallaba la ciudad en horrorosas tinieblas. No se veían los unos á los otros y andaban confusos con tanta obscuridad, y espantados con los estruendos continuos que oían. Siguiéronse á tanta miseria repetidos terremotos, y empezaron todos á correr turbados por la ciudad y á dar grandes clamores, buscando algún consuelo los unos con los otros. Salían los seculares de sus casas, y de sus aposentos los religiosos, encendiendo luces en las calles, cercanos al medio día, cuando de repente sintieron un ruido estrepitoso como de rápidas corrientes de un caudaloso río, y todos se dieron por perdidos considerándose anega- en los raudales de fuego que despedía el Vesubio. Todo el pueblo corrió á las iglesias buscando confesión, y los más advertidos conocieron que llovían las nubes unas piedras ó escorias parecidas á la piedra pómez. Abrieron sus iglesias todas las religiones, y descubierto el Santísimo, se llenaron de gente y de clamores á la piedad divina, aunque se sobreponía á las continuas voces de la gente congregada el estampido de la mucha piedra que caía con fuertes golpes sobre los tejados y por toda la ciudad, cuyo continuado estruendo hacía parecer al temor un río caudaloso de fuego ó un diluvio de llamas que corría por las calles.

En tan terrible aprieto no había otro recurso que el de la penitencia, clamando á Dios misericordia y reconociendo las culpas que así irritaban á la divina justicia. Todos los sacerdotes de la Compañía (y lo mismo su-

cedió en las iglesias de los otros regulares) estaban en sus confesonarios, pero era tanta la gente deseosa de confesarse, que muchos del concurso no esperando su vez clamaban á voz en grito publicando sus pecados con lágrimas, sollozos y suspiros. Y siendo tan grande el peligro y aumentándose el temor con los terremotos continuados, y con el estruendo de las piedras que no cesaban, se veían precisados los confesores á dar absoluciones á toda prisa, luego que oían materia de pecado y propósito de integridad, si hubiese tiempo para declararlos todos. No de otra manera que cuando se va á pique una nave en una tempestad deshecha. Allí se oían los votos y promesas fervorosas, aquí se daban de bofetadas; otros se mesaban los cabellos, en señal de penitencia y arrepentimiento de sus culpas, sin que se acordase ninguno de otra cosa que de prevenirse para la muerte que esperaban ó sepultados en la tierra abierta con los terremotos, ó entre el fuego y piedras que arrojaba el volcán. Cuatro predicadores estaban continuamente en la iglesia disponiendo al pueblo y ayudándole en aquel trance con actos fervorosos de contrición, como si cada uno de los presentes hubiera de pasar luego á la otra vida, y así fomentaron en aquel día, que parecía de juicio, las saludables lágrimas con que repetía el pueblo los afectos de penitencia que se le sugerían, los cuales proseguían por la tarde, aun cuando cesando ya la lluvia de piedras encendidas, sucedió una arena menos ruidosa y á ésta una ceniza tan espesa, que no eran bastantes las luces para romper una obscuridad tan densa. Padecieron algunas personas, especialmente mujeres, varios accidentes, pasmos, deliquios y apreturas de corazón, y era cosa de mucha lástima el no poder acudir los sanos por la grande confusión y azoramiento al remedio de los enfermos y flacos. Todos llegaron á la noche sin haberse desayunado, y jámás se vió vigilia más bien ayunada que la de este día 27 en que se celebraba la de los Apóstoles San Simón y Judas. Recogióse todo el pan que se pudo hallar en el colegio, y se dió, por modo de colación, un leve sustento á tanto concurso afligido, que gustó verdaderamente en aquella ocasión pan de lágrimas, porque no cesaban éstas á vista de los rigores que todavía proseguían.

Estaba la gente en grande expectación y con muchos deseos de que amaneciese el día siguiente, después de tres noches continuadas, cuando á eso de las ocho del día se dejó conocer el sol en el hemisferio, como cuando en un día de niebla muy cerrado alumbra sólo de manera que sirve para distinguir el día de la noche. Este género de días pardos y anublados, en que se comunicaban poco los rayos del sol, duró hasta el día de Todos los Santos; pero no por eso cesaron los temores, porque se sentían fuertes terremotos y alterada la tierra, estaba como palpitando, asustada hasta que acabase de desahogarse el volcán. En estos días de media luz se volvieron á confesar con alguna mayor serenidad todos los vecinos de Quito, y se hicieron muchas procesiones y rogativas, siendo de grande edificación las mortificaciones é insignias de penitencia que inspiraban el dolor de las culpas, y el temor é incertidumbre de lo que podía

suceder. Cada religión hizo la suya, pero la principal de todas fué la que se ordenó en la iglesia de la catedral, en donde se celebró un solemnísimo y devotísimo novenario á la gran Madre de Dios, en su imagen gloriosísima de Nuestra Señora de Guapulo, que es y fué siempre en sus necesidades el refugio y amparo de la ciudad. Iban los sacerdotes sin manteos y sombreros, descalzos, con soga al cuello y cubiertos de ceniza, causando á todos los que los veían gran ternura y devoción. Apenas hubo hombre ni mujer, eclesiástico ni secular, noble ni plebeyo, que no satisfaciese á su deseo ó ansia no sólo de penitencias secretas, sino también de las públicas que se hicieron en estas procesiones. Unos iban cargados de grillos y cadenas, otros aspados y ceñidos estrechamente de cilicios; éstos llevaban sobre sus hombros cruces pesadas, aquéllos, y era la penitencia más común, vestidos de penitentes derramaban copiosa sangre con golpes crueles de disciplinas que llevaban según el uso de aquellas partes.

Vióse en un punto renovada la ciudad, porque los bramidos del Pichinche fueron voces de Dios que despertaron á los más dormidos en el letargo en que miserablemente se hallaban como muertos. Algunos buscaban á sus enemigos y se reconciliaban con ellos, dejando sus odios mortales y sangrientos. Muchos que parecía no tener remedio en su amistad torpe se apartaron con generosidad, satisfaciendo con públicas penitencias los escándalos que habían dado. Restituyóse la honra quitada, volvióse la hacienda ajena, y no pocas mujeres (que suelen adolecer de supersticiones diabólicas) quemaron los instrumentos de que se valían para sus maleficios. En suma, la erupción del volcán, sus llamas, piedras y cenizas, juntas con tan terribles estruendos y bramidos que parecían poner delante de todos las venganzas de un Dios airado contra los delitos de la ciudad, fueron la mayor señal de la divina misericordia y el medio más poderoso para la reforma de Quito, que desde su fundación no experimentó mayores desengaños ni terror más saludable para convertirse del todo al Señor.

Aunque los referidos efectos de la erupción del volcán fueron más memorables, no se deben omitir otros efectos naturales dignos de reparo. Cosas se vieron en esta ocasión que parecen increíbles, aunque algunas semejantes á las que ha causado el Etna en Sicilia y el Vesubio en Nápoles. Porque primeramente fué cosa muy averiguada que, si toda la piedra gruesa y menuda, y si la arena y ceniza que arrojó de sí el Pichinche se juntaran en un lugar, hicieran sin duda un monte tan grande como el volcán mismo, que arrojó de sus entrañas tanta materia, quedando al parecer tan entero como si nada hubiese vomitado. Hacia la parte contraria á Quito, por donde disparó grandísimos peñascos y piedras más gruesas, taló montes y llenó de materia encendida algunas simas profundas que igualó con la superficie de la tierra. La piedra menuda que voló más ligera, á manera de centellas despedidas del choque de los peñascos en el viento, se extendió á muchas leguas en contorno. Mucho más

alcanzó la arena, como se deja entender, y causa espanto hasta dónde arribó la ceniza más sutil que se vió caer en Popayán, en Guanacas y en otros parajes de aquel distrito por lo alto de hacia el Perú, en Loja y en Zuzuma, y por las montañas en las reducciones mismas del Marañón. De manera que hecho un cómputo prudencial, volaron las cenizas por todos los lados del volcán como cien leguas. Y lo que causa grande admiración es lo que asegura Rodríguez en su historia al libro IV, cap. II, que hallándose él mismo en Popayán, cuya distancia á la ciudad de Quito es como de cien leguas, aunque por el aire no es tanta, se oyeron en aquella ciudad, el día 27 de Octubre, unos como tiros de mosquete ó artillería muy distantes, ó como un bramido confuso, que atribuye dicho autor al choque ó sacudimiento de los peñascos del Pichinche que volaron por el viento.

Fuera de esto, se manifestó en esta ocasión la correspondencia y contraminas del volcán con otros de su especie, y que tienen también en sus entrañas forma contraria á las voraces llamas del Pichinche. Tiene este monte enfrente de sí con sola la interposición de dos valles llamados Turubamba y Chillo, otros montes de nieve muy vistosos, entre los cuales es muy notable uno dicho Sincholagua, desde donde baja el río Alangasi. A los últimos estruendos del volcán, disparó contra los peñascos encendidos el monte Sincholagua medio monte de barro y nieve, que cayendo sobre el río en tanta cantidad, hízo una gran presa, hasta que á la violencia del agua y de la pesadez del lodo corrió por la madre misma del río tan grande avenida de materia densa y pestilente que ocupó picas de profundidad entre los montes, y llegando á un puente fortísimo de un solo arco, cerrado éste con el espeso material, tomó su carrera por algunas horas por encima del puente sin llevarle consigo. En este combate tan señalado del Pichinche con el Sincholagua, se sintió en Quito el más terrible terremoto que se padeció en todos los días de la erupción. Pero de la pelea espantosa de estos dos enemigos nacieron dos efectos, que fueron de provecho á los vecinos de Quito. El primero fué que comprimido el viento al empuje del Sincholagua, comenzó á soplar hacia los desiertos, y esta fué la causa de que no lloviese tanta piedra en la ciudad y cargase más adonde el viento la arrojaba. No fué despreciable el segundo efecto, porque con el terremoto mismo sacudieron las iglesias y casas la mucha ceniza que tenían sus tejados, que por el grande peso estaban en peligro de hundirse, como de hecho se desplomaron algunas por la incuria de sus dueños que no procuraron limpiarlas, como lo hicieron casi todos los vecinos. Y por esta razón duró la ceniza por mucho tiempo en las calles de Quito, porque aunque Dios proveyó de grandes lluvias, muy del caso para llevar consigo tanta escoria, no fueron bastantes para deshacer tanto material, de manera que por más de un año estuvo á la vista la ceniza en la ciudad, campos y montes, y en las partes más llanas se reconocieron las arenas y escorias por muchísimos años.

Ultimamente, sosegado ya del todo el Pichinche, envió la Real Audiencia personas que reconociesen la boca del volcán, y alcanzaron á ver, aunque de lejos y con grandes temores, una sima profunda como de una legua entre los tres montes, que parecen las fortalezas opuestas á la terrible artillería, siempre asestada en la profundidad del volcán, como el monte Soma, parece estar opuesto á las llamas del Vesubio. En el año siguiente se sintieron, á principios de Diciembre, grandes terremotos y se renovaron los temores; pero sólo cayeron algunos peñascos, que perdiendo sus estribos y consumidas las basas en que se mantiene el círculo de la profunda sima, hicieron algún estruendo sin causar algún daño en la ciudad ni en los campos.

Esta breve noticia de lo que se hizo temer el enfurecido Pichinche, baste para memoria de la erupción que se experimentó en el año de 1660, cuando hallándose ya en Quito la nueva misión de España, extrañando los recién llegados jesuítas el singular recibimiento que les hizo la ciudad, no estarían muy aficionados á ella y se les avivarían naturalmente los deseos de pasar cuanto antes á las misiones. Bella ocasión por cierto para que el P. Lucas de la Cueva, á quien llamaron á la ciudad para dar asiento á lo que se había ya tratado del curato de Archidona, llevase consigo algunos á las misiones de Mainas.

CAPITULO XI

DASE EL CURATO DE ARCHIDONA Á LA COMPAÑÍA, Y ESTADO DE LA MISIÓN DEL MARAÑÓN EN EL AÑO DE 1660

Deseando el padre provincial Hernando Cabero dar estabilidad á las misiones del Marañón, y considerando la importancia grande que sería para la conversión de la gentilidad que habitaba en las orillas del río Napo, el fijar la entrada por Archidona, y formar en esta ciudad uno como seminario de misioneros, promovió eficazmente el pensamiento de que se diese á la Compañía la doctrina de Archidona. D. Pedro Vázquez de Velasco, presidente de la Real Audiencia, que más que otros seculares, como insinuamos, conocía las ventajas de esta asignación, había en parte allanado las muchas dificultades que se ofrecían, y conferido con el señor obispo sobre el modo de conferir al P. Cuevas aquel curato, que no era en realidad apetecible á los clérigos, así por la mucha distancia como por no ser crecida su renta. Avisado el misionero de las intenciones del señor obispo, volvió á Quito, y se hizo en él el nombramiento de párroco de Archidona, pero con ciertas condiciones y calidades poco conformes al estilo de la Compañía. Sin embargo, aceptó esta carga procurando desde entonces que se informase al Consejo de su majestad para que se sirviese quitar los gravámenes y condiciones que se le ponían, lo cual produjo el efecto deseado, como á su tiempo veremos.

Por ahora sólo pensó el P. Lucas en dar la vuelta á Archidona y llevar consigo algunos misioneros, ya que los nuevos sujetos venidos de España le daban ocasión oportuna de hacer gente para el Marañón. En efecto, pidieron con instancias acompañar al P. Cuevas cuatro jesuitas que se hallaban en Quito, dos de los cuales acababan de llegar con la nueva misión, y se llamaba el uno Jerónimo Alvarez, y el otro Ignacio Jiménez; los otros dos eran naturales del país y criados en el colegio de Quito, que por tener ya práctica de la lengua general del Inga, y por esto más facilidad en aprender las lenguas particulares de las naciones, siempre fueron de grande ayuda en las misiones del Marañón. Salió el P. Cuevas para su destino con sus compañeros, con el ánimo de que uno de ellos quedase con él en Archidona como por coadjutor en el empleo de párroco, y de enviar á los otros por el río Napo á los Mainas. No se sabe si el P. Jerónimo Alvarez le siguió desde luego para las misiones, ó si se quedó todavía en Quito para concluir los estudios. Por lo menos el viaje que hizo al Marañón parece que no sucedió hasta el año siguiente, y que no tomó el rumbo por el río Napo, sino por las tierras de los Gayes, como diremos á su tiempo.

Comoquiera que esto fuese, llegado que hubo á esta ciudad el P. Lucas de la Cueva con los nuevos misioneros, tomó la posesión del curato y comenzó á trabajar con increible celo en los españoles é indios, y á dar nueva forma á su parroquia. Había en esta ciudad algunos europeos, ó descendientes de ellos, que administraban algunas encomiendas de señores de Quito, cobraban los tributos y trataban de algunos géneros que vendían á los indios á trueque del poco oro que sacaban éstos del río. Veía el P. Lucas que el buen ejemplo de estos administradores, cobradores y tratantes, sería de mucha importancia para la reforma é instrucción de los indios, y por esto puso la mira principalmente en ganarlos las voluntades, para que por este medio le oyesen con más atención y le obedeciesen con más suavidad. Consiguiólo á poco tiempo y con la eficacia suave de sus palabras les redujo á una vida ajustada, quitando rencillas y disensiones, arreglando sus negociaciones y haciendo que juntasen á lo lícito de sus contratos muchas obras de piedad y devoción, y más particularmente la frecuencia de Sacramentos. Fué tal la mudanza de costumbres de los españoles en esta ciudad, que ellos mismos escribieron muchas cartas á los superiores de Quito y á sus corresponsales, que no respiraban otra cosa que agradecimiento á la Compañía, teniéndose por dichosos de tener por párroco al P. Lucas, que con su amor y cariño, con su celo y prudencia celestial y con un desinterés nunca visto, todo lo acomodaba, miraba por todos y á ninguno desechaba, en lo cual le ayudaban no poco los misioneros que tenía consigo, pues como dice el P. Hernando Cabero en las annuas de aquel tiempo, «cada carta de Archidona es un panal, y rico de aquellos verdaderos hijos de San Ignacio».

Dado este paso feliz con los españoles, no le fué difícil la reforma con los indios. Y para que la doctrina cristiana á que todos asistían in-

violablemente, y las frecuentes exhortaciones que les hacía les entrasen en provecho. determinó el P. Lucas eximir aquellos pobres de las cargas y socaliñas que habían usado sus antecesores, entendiendo bien que una de las prendas que más acreditan á un párroco es el desinterés. Por esta causa quitó de raiz el *manípulo de obligación, el camarico* ú ofrendas de Pascuas, las ofrendas de difuntos con tales y tales condiciones, las honras, no sólo al fin del año, sino también á la mitad del que allí llaman *chaupiguata*, varios helados que debían las niñas llevar al cura y ciertas obligaciones de los niños cuando iban á la doctrina, y áun algunas cargas que tenían los que iban á descargarse de sus pecados en la confesión sacramental. No permitió jamás el P. Lucas ninguna de estas cargas en aquellos pobres indios, que, siendo naturalmente pusilánimes, no conocían atractivo mejor que ver desinterés y amor, y que se les defienda de las vejaciones que comúnmente padecen de los españoles. Así que amaban al P. Lucas como verdadero padre, viendo que les asistía con todo amor, ayudándoles en sus trabajos, cuidándoles en sus enfermedades y componiendo sus dependencias con los cobradores de tributos, diezmos y otras obligaciones. Estando los indios en tan buena disposición con su párroco, jamás faltaban á la explicación del catecismo, oían con gusto sus amonestaciones y practicaban fielmente cuanto les aconsejaba.

Uno de los vicios más comunes en aquellos indios era la embriaguez, á la cual se entregaban de manera que parecía negocio desesperado el sacarlos de su tan vergonzosa costumbre, cuando una vez llegaban á dejarse poseer de su tiranía. Ellos mismos reconocían que era cosa indigna de quien comulgaba el emborracharse, y por esta causa no se llegaban á la sagrada comunión, áun cuando se confesaban. Esta privación de aquella sagrada mesa, que usada con discreción pudiera ser acaso freno á las borracheras, ó medio para que saliesen de ellas, había pasado á tanto abuso, que más parecía fomentarlas y quitar á aquellos infelices uno de los medios más poderosos para salir del vicio. Porque vivían como si para ellos no se hubiera instituido el santo sacramento de la Eucaristía; y lo que más es, en algunos pueblos de indios dispensaban los párrocos por su propia autoridad (no sé si por ignorancia ó por desprecio de tan pobre gente) del precepto de la comunión de cada año, y duros é insensibles al bien espiritual de aquellos desdichados, les dejaban caminar á la eternidad sin el sagrado viático, contentos de oirlos de confesión y de administrarles el sacramento de la santa unción, como si hasta en la hora de la muerte la embriaguez les hiciera también incapaces de recibir el pan sagrado.

Viendo el P. Lucas tanto desorden y sus funestas consecuencias, tiró por el camino contrario y procuró que todos los indios bien instruidos en la doctrina cristiana comulgasen como se usaba en las misiones, no sólo por la cuaresma, sino también otras veces entre año en algunas fiestas más principales. Hizo que entendiesen bien los indios que no había otro impedimento que les hiciese incapaces de comulgar, sino el pecado no

confesado ni llorado. Y que los que adolecían del vicio de la borrachera, si se confesaban de la embriaguez como de los otros pecados, y se dolían de corazón y se arrepentían de veras, debían llegarse á la sagrada comunión como todos los demás. Antes bien, con este sagrado alimento cobrarían fuerzas para resistir á este vicio y llegarían á conseguir una victoria entera de sí mismos. De esta manera hizo guerra el P. Lucas á la embriaguez por un modo en todo contrario á los que usaban otros párrocos, y consiguió casi del todo desterrarlo de los indios, que, aficionados á la sagrada comunión, venían con gran recato y temor de Dios huyendo de las ocasiones del pecado, y procurando conservar las disposiciones que conocían ser necesarias para ser admitidos á la mesa divina, que está patente á todos los que se acercan con buena voluntad y corazón contrito.

Entre tanto que el P. Cuevas así trabajaba en Archidona mejorando á los españoles y reformando á los indios, y estaban á la vista y áun le ayudaban en sus ministerios los nuevos misioneros, que debían pasar á Mainas. Amaestrados ya sobre el modo de tratar con los indios, y después de haber adquirido algunas noticias de la lengua, les envió al Marañón por el río Napo, quedándose el P. Lucas con uno por compañero en su empleo. No es fácil explicar el gusto y contento del P. Figueroa y demás jesuitas del Marañón cuando entendieron la asignación del padre Cuevas para Archidona, y vieron los nuevos operarios que les enviaba de refresco para trabajar en los campos dilatados de aquella numerosa gentilidad. Fué tanto mayor el contento cuanto más echaban de ver la divina Providencia con aquellas misiones, porque habiendo salido poco antes un operario por falta de vista al colegio de Cuenca y el P. Bartolomé Pérez á ocupaciones de la provincia, enviaba Dios otros nuevos y en mayor número para que sucediesen á los antiguos, y les abría una puerta tan cómoda para la entrada en la misión del río Napo.

El estado de las misiones en este tiempo estaba floreciente. Eran once los misioneros. Los pueblos y anejos eran como veinte, porque además de los que pusimos en el último capítulo del libro antecedente se habían fundado en estos siete últimos años desde el 1653 hasta el de 1660 otros cinco pueblos, dos de los cuales pertenecían al río Guallaga, y se llamaban como vimos San Xavier de Chamicuros y San Antonio de Aguanos. Los otros tres tocaban al río Pastaza por hallarse en esta parte de la misión, y se nombraban los Angeles de Roamainas, San Salvador de Zapas ó Zaparas, y el nombre de Jesús de los Coronados ó Hichachapas. No se sabe á punto fijo en qué año se redujeron los Coronados ó Hichachapas; sólo sabemos que en este año de 60 vivían ya juntos en un pueblo por los esfuerzos y fatigas, según pienso, del P. Francisco de Figueroa, que aunque suplía las ausencias y cargas del P. Lucas en sus largos viajes, velando como superior y más antiguo sobre todos los misioneros, y atendiendo, como era razón, á todas partes, no por eso dejaba de hacer nuevas entradas á los gentiles, disponiendo á unos y reduciendo á otros á población.

Extendida la misión por gran parte del río Marañón, por mucha del río Pastaza, por casi todo el Guallaga, y habiendo entrado también en el río Ucayale, contaba un número prodigioso de nuevos cristianos. Y aunque no podemos decir puntualmente el número de almas que estaban ya reducidas al gremio de la Iglesia por los sudores de los misioneros, en el tiempo en que nos hallamos, bien se puede asegurar que no bajaban de setenta mil, pues consta de autos hechos en la ciudad de Lima cuatro años antes, esto es, en el año 1656, que estaban ya pacificados, y reducidas á la fe más de quince mil familias en Mainas y otros muchos indios convertidos, pertenecientes á las provincias de la jurisdicción de la ciudad de Borja. De manera que haciéndose el cómputo de cinco almas por familia, ya entonces arribaban los indios convertidos al número de setenta y cinco mil; pues en estos cuatro años no estuvieron ociosos los misioneros, como consta de las nuevas fundaciones que hicieron. Y áun es muy creible que aumentasen en familias los primeros pueblos, que solían ser pequeños á los principios, y con las salidas, convites y regalos de los misioneros, iban creciendo en número, como sucedió en todo tiempo. Y si no fuera por las pestes que sobrevinieron después, y por las rebeliones de algunos traidores y apóstatas, de que hablaremos en su lugar, la misión de los Mainas hubiera sido acaso de las más numerosas entre todas las que estaban á cargo de la Compañía, pues en sólo veintidós años de cultura, y no de muchos operarios, llegó á extenderse por cuatro ríos caudalosos, cuyas orillas estaban llenas de infinitos gentiles. Pero sucedió en el Marañón lo que acaeció también en parte en otras misiones, que las naciones en sus principios muy numerosas se fueron disminuyendo ó acabando con el tiempo con pestes, viruelas y catarros. En lo cual se descubre la justicia y misericordia del Señor, que, queriendo acabar con muchas de aquellas gentes, les proveyó al tiempo crítico de su ruina, de ministros evangélicos, para que consiguiesen la salud eterna de sus almas.

LIBRO V

CAPITULO PRIMERO

TRABAJOS APOSTÓLICOS Y MUERTE GLORIOSA DEL P. LUCAS MAJANO

La divina y amorosa providencia del Señor con la nueva cristiandad de los Mainas, dispuso en su nacimiento las cosas de manera que en los veinte primeros años no se viesen en ella traiciones de indios ó rebeliones de apóstatas que la dividiesen, ni persecuciones de los de fuera que en su fundación la sofocasen; antes bien, había caminado todo prósperamente con mucha paz y contento de los misioneros, y siempre con nuevo aumento de pueblos y de familias. Y lo que más admira es que no hubiese muerto desde el año 1638 hasta el de 1660 ninguno de los padres que con tanto tesón habían trabajado en climas y temples tan diversos y poco saludables, y con tanta falta y escasez de alimentos, vestidos y demás cosas necesarias á la vida humana. Pero arraigada ya la fe y extendida por tantos ríos sin peligro de faltar, ó por demasiadamente tierna ó por reducida á un solo sitio, comenzaron las rebeliones de algunos indios, las traiciones de otros, y empezaron á faltar los misioneros, unos de muerte natural, otro ahogado en las aguas, y algunos muertos á manos de los apóstatas é infieles.

El primer misionero que acabó gloriosamente su carrera en las misiones trabajosas del Marañón era el más joven de todos, y casi el último que había entrado al trabajo. Porque no es cosa nueva al estilo de la Providencia, sino muy conforme á él, que los últimos en el trabajo sean los primeros en la paga, como suelen ser remunerados en último lugar los que echaron mano del trabajo muy de mañana. Fué este dichoso misionero el P. Lucas Majano, que, bajando tres años antes por el río Napo y señalado para el cultivo de las misiones de Pastaza que comenzaban entonces, hizo mucho en poco tiempo y dió su vida víctima de la caridad por sus ovejas. Había el P. Santa Cruz, como insinuamos arriba, persuadido á los Zaparas y Roamainas que formasen sus poblaciones no lejos del río Pastaza, pero por la mucha distancia de las reducciones de Guallaga, en donde era necesaria su presencia, no había dado forma á los

nuevos pueblos, ni asentado la doctrina, creyendo que se les podría enviar otro misionero para dirigirlos en la fábrica de la iglesia y casas, y para instruirlos más de propósito en la doctrina cristiana. Llegó á este mismo tiempo el P. Lucas, lleno de espíritu, fervor y celo de la conversión del Marañón, y conociendo el P. Figueroa el aliento del nuevo misionero, le destinó al cultivo de las naciones de Pastaza. Fué volando el P. Lucas, sin otra compañía que la de un mozo que le debía servir de intérprete, sin más armas que el breviario y Biblia, sin más riquezas que los ornamentos para decir Misa y algunos regalillos para atraer á los indios.

No hay para qué detenernos en la fábrica de iglesias y casas, en los desmontes para las sementeras, y en el orden y concierto que introdujo entre unas gentes hechas á vivir á su libertad en los montes sin arreglo ni dependencia entre sí. Porque esto fué común en todos los misioneros que formaron nuevas reducciones, como hemos visto en otras ocasiones, y en el P. Lucas fué bien particular, porque fuera del pueblo de los Roamainas, tenía que acudir á otras partes por no caber los indios en el sitio primero. Su principal cuidado era la instrucción espiritual de los niños y la enseñanza de los adultos, para que se hiciesen capaces del santo bautismo, y no contento con los primeros indios pacificados por el P. Raimundo, andaba continuamente vadeando ríos y atravesando montes para hacer más y más gente que gozase de tan saludable sacramento. Correspondía el fruto á sus entradas, y formó una cristiandad numerosa. Aprendida la lengua de los Roamainas en bien poco tiempo, pudo formar un catecismo en su misma lengua, y era éste el camino más breve, para que los adultos se dispusiesen al sacramento del bautismo; porque los indios que le amaban tiernamente por sus prendas naturales, pues era risueño, liberal, ágil y agraciado, viéndole hablar la lengua de su región, y trasladar perfectamente á la boca los afectos de su amor y cariño con ellos, no se apartaban de su misionero, le oían con mucho gusto y querían seguirle á todas partes.

De esta manera trabajó el P. Lucas por tres años en la viña que le había encomendado el superior, hasta que comenzó á rendirse la naturaleza á tanto afán y fatiga. Como se veía precisado en sus frecuentes entradas por los montes á dormir donde le cogiese la noche, unas veces en las alturas de montañas empinadas y otras en las honduras húmedas de los valles, contrajo por los muchos vientos, calores y humedades una enfermedad complicada de muchos males. Era continuo el dolor que padecía en los huesos; la vista llegó á estar tan debilitada que apenas distinguía los objetos, y el estómago tan flaco y sin calor natural, que no podía digerir cosa ninguna. No era bastante la mocedad para expeler la grande copia de humores dañados que se habían apoderado del cuerpo. Y no dejando por eso sus ásperas penitencias diarias de ayunos, disciplinas y de otros géneros de mortificación, sin la cual no le parecía poder vivir en esta vida, cayó en un continuo y vehemente dolor de estómago, que le

excitó los deseos de verse con algún misionero y de comunicar con él sus achaques, suponiendo que también en sus hermanos habría causado alguna novedad la calidad del terreno. No le movía menos al viaje otro dolor interno que de tiempo le aquejaba, y era el anhelo que tenía de reconciliarse con algún sacerdote, cosa que no había podido lograr en mucho tiempo, por la mucha distancia en aquellas soledades, y es ésta una de las mayores penas que entre otros ahogos del alma sufren los misioneros privados por muchos meses del santo sacramento de la Penitencia; aunque su divina Majestad que jamás se deja vencer en liberalidad de sus siervos sabe consolar de otra manera y suplir por otro lado la gracia del sacramento, con los que generosamente se consagran á la extensión de su nombre.

Por estas razones se determinó el P. Lucas á bajar al Marañón, y echando mano de una mal aviada canoa, navegó con algunos indios de su pueblo por diez días hasta el primer pueblo de Mainas. A la entrada misma de la reducción, se vió penetrado de otro nuevo dolor y sentimiento; porque halló á todo el pueblo apestado de sarampión y alfombrilla, que consiste en unas viruelas de mala casta y mucho peores que las comunes de Europa. Moría mucha gente del contagio, que no habiendo perdonado al misionero del pueblo le tenía postrado en la cama con recias calenturas, sin poder asistir como quisiera á sus ovejas. Luego que supo la venida del P. Lucas, adoró la singular providencia del Señor en traerle á su pueblo en tiempos de tanta necesidad y miseria en que no podía socorrer á sus hijos, atado á su aposentillo á causa del contagio. Reconciliáronse mutuamente con mucho gozo y consuelo, y al punto empezó el misionero nuevo á confesar enfermos, administrar viáticos, bautizar niños é instruir catecúmenos y disponerlos para el sagrado bautismo, porque á todos se iba extendiendo la peste y era necesario socorrer en la hora de la muerte con aquel sacramento á los adultos que no estaban bautizados. Era increible el trabajo del P. Lucas en tantas necesidades, queriendo correr á todas partes, porque no sólo se extendía su celo y caridad á los feligreses del lugar, sino también á otros anejos que, aunque distantes, estaban sujetos al mismo contagio. Aquí volvió á doblar la fatiga de trepar montes, vadear ríos y atravesar cerros, en que se había ejercitado por casi tres años en el río Pastaza; pero se le hacían dulces al ver el inmenso fruto que lograba de niños y de grandes que volaban al cielo recibida la gracia del bautismo.

Sosegada algo la epidemia, llegó un indio del pueblo de los Ángeles con las malas nuevas de que comenzaba la peste por el río Pastaza, y que estaban los Roamainas y Zapas en la mayor apretura por hallarse en circunstancias tan críticas como ovejas sin pastor. Al momento el P. Lucas, despidiéndose del otro misionero que todavía se hallaba bien postrado, corrió á la necesidad de sus hijos. Subió en la canoa tan de prisa y con tanto sobresalto, que se olvidó de llevar consigo algún medicamento para el estómago, que había sido uno de los motivos de su ve-

nida, como quien hacía más caso de la vida de sus feligreses que de la suya propia. Fué la navegación bien penosa, porque era flaca la canoa, los indios remeros estaban enfermos y sin fuerzas, y se caminaba contra las corrientes. Pero al fin, librándole Dios con singular providencia de dos peligros de muerte, llegó al pueblo deseado. Sin descansar un punto se aplicó á la cura y asistencia espiritual y temporal de los enfermos, echando aquí el resto de la caridad con los hijos que había engendrado en Jesucristo. Fué igual la mortandad en el pueblo de los Angeles, á la que se experimentó en los del Marañón, y la peste que despobló los lugares parece que pobló de almas el cielo. Porque, fuera de los niños que fueron á gozar de Dios en mucho número, murieron muchísimos adultos bautizados en aquella hora, y otros que ya eran cristianos acabaron felizmente su carrera fortalecidos con los santos sacramentos.

Como cesó la epidemia del sarampión y alfombrilla, parece que cesaba la necesidad de la vigilante aplicación y la asistencia del P. Lucas, el cual echando de menos en sí aquel brío y esfuerzo que le daba la necesidad, se rindió á su misma enfermedad y flaqueza. A poco tiempo conoció que se moría sin remedio; y llamando á sus hijos se despidió de ellos tiernamente, y les exhortó con dulces y amorosas palabras á la perseverancia en la fe santa que habían recibido. En el día siguiente les dijo Misa, en la que comulgó por viático, y retirado después á su camilla expiró como otro San Xavier, muy compuesto y puesta la sotana, víctima de la caridad, holocausto del celo y ejemplo de fervorosos misioneros, día 4 de Julio del año de 1660. Fué sepultado por mano de sus hijos, que celebraron las exequias con muchas lágrimas por el sentimiento de haber perdido un padre amorosísimo que tanto les había querido, cultivado en las costumbres y adelantado en la religión. Los demás misioneros lloraron amargamente la pérdida de un joven de veintiocho años, que había podido con su aplicación incesante dar en tan corto tiempo asiento á la cristiandad de Pastaza, que por los destemples de aquellas regiones estuvo siempre expuesta á la diminución y exterminio. Mas se consolaban de que habiendo cogido el fruto que correspondía á muchos, quiso Dios abreviar el período de su vida para coronarle en la otra.

Fué el P. Lucas Majano, santo desde su niñez. Nacido en Guayaquil, le pusieron sus padres desde que tuvo edad para aplicarse á las letras, en el seminario de San Luis de Quito. Dióse aquí tanto á la virtud, que sin faltar en nada á la obligación de estudiante hacía vida de religioso. Imitaba muy de cerca, si no le excedía á su hermano mayor el P. Tomás, de quien hablaremos después, en la oración y penitencia, y ya decía desde entonces que sin las dos virtudes de la oración y penitencia no se cumplía con la obligación de cristiano. Fuera de los tiempos señalados á los seminaristas para su oración, daba á este santo ejercicio varias horas de la noche que hurtaba del sueño, y las interrumpía con recias disciplinas, en cuya práctica fué siempre firme y constante todas las mañanas. Salió tan buen estudiante, que acabada la filosofía alcanzó en ella el grado de

maestro. Logró ser recibido en la Compañía en su año primero de teología, que concluyó en ella; dando á todos en sus estudios singulares ejemplos de virtud y más particularmente de oración y penitencia, que siempre fueron los medios de que se valía para unirse con su Dios. Ordenado de sacerdote, pidió luego y obtuvo, por el celo que mostraba de la conversión de los gentiles, ser nombrado para las misiones del Marañón, en donde en solos tres años, pero con mucho fruto de las almas, acabó su carrera consumido á penitencias, pasado de humedades, combatido de temporales, tocado de peste y abrasado de su mismo celo y caridad.

CAPITULO II

VIAJE AL MARAÑÓN DEL P. JERÓNIMO ÁLVAREZ; SU MUERTE EJEMPLAR Á LA ENTRADA EN BORJA, Y BREVE ELOGIO DE SUS SINGULARES VIRTUDES.

A la muerte temprana del P. Lucas Majano, misionero mozo, fervoroso y de grandes esperanzas en la misión, se siguió el año siguiente la muerte de otro operario de la misma edad, de virtud muy parecida y de no menores esperanzas. Tal era el P. Jerónimo Alvarez, que, venido de España y concluida en Quito la teología, consiguió, como insinuamos, por sus instancias fervorosas ser dedicado á las misiones del Marañón.

Salió el P. Alvarez de Archidona (á donde había pasado ya con el P. Cueva) á pie con un mozo y algunos indios hacia la tierra de los Gayes, para bajar por un río llamado Bohonaza, al centro de la misión, por entenderse ya que este río descargaba en el Marañón y no muy lejos de la ciudad de Borja. Fué muy penoso el viaje desde los principios, por ser aquellas tierras muy húmedas, á que se llegaba el hallarse en el invierno y ser muchas las aguas. Atravesaba pantanos llenos de agua y barro hasta las rodillas, sin poder jamás enjugarse la ropa, por los muchos aguaceros de que no podía defenderse en campo descubierto; su cama por la noche eran unas hojas mojadas; la comida grosera, y la compañía, de indios bozales. Pero caminaba con tanto esfuerzo y alegría, que causaba admiración á los que con dificultad le seguían. Cuando se acercó á las tierras de la nación de los Gayes, se aumentaron los trabajos, riesgos y peligros, porque era necesario caminar por montes altísimos y peñas tan empinadas y derechas, que apenas se podía poner el pie sin riesgo de despeñarse en horribles precipicios. Crecía más el peligro con los muchos bejucos ó varitas enredadas ó como sembradas por la tierra, que estorban el paso, y con las espinas agudas y otras plagas y malezas, que, hiriendo al padre con mucha continuación, le ocasionaban vivísimos dolores en las piernas. A pocos días de tanta fatiga enfermó notablemente,

y en medio de serle forzoso vadear muchas veces ríos con el agua hasta la cintura y romper por corrientes impetuosas que casi le arrebataban, nada le acobardaba, hacía rostro á todo, enfermo y mozo delicado, rompía por todas las dificultades con un ánimo superior á sí mismo, y sin dar jamás la más ligera muestra de impaciencia ó caimiento.

Llegaron á tanto los trabajos en tan desastrado camino, que los indios mismos con ser hijos de los montes, por donde corren como ciervos, y con estar tan habituados á vencer las dificultades mayores, por cerrados que parezcan los caminos, tuvieron por imposible superar las presentes y se despedían del padre, diciendo que no se atrevían á proseguir por sitios tan fragosos y con tiempo tan contrario. Viendo el padre que le dejaban en la mayor incertidumbre, sin saber dónde se hallaba, y en tanto riesgo de indios enemigos y guerreros, sin alguna defensa, les rogó mucho que no le quisiesen desamparar en aquel apuro; que él estaba resuelto á proseguir adelante aunque perdiese la vida en la demanda; la cual daría de buena gana á trueque de no faltar á la vocación divina que le llamaba al Marañón por el bien de sus paisanos. No fué menester poco para vencerlos y persuadirlos á que prosiguiesen; pero al fin se rindieron á las razones del misionero, y tiraron con dificultad adelante.

En tantas aflicciones, asperezas y penalidades, se le había hecho al P. Jerónimo una llaga en una pierna que le era de tormento bien grande, así por los encuentros ordinarios y molestos de palos, ramas y espinas, como por caminar á pie tantas leguas por tierras desiguales y por muchas aguas. Creyendo hallar alguna esperanza de alivio en tantos dolores, tomaron el expediente de buscar un puertecillo en el río de Bohonaza, en donde se embarcaron en una canoa que hallaron á gran dicha dos años antes dejada en aquel sitio de los Xeveros. Estaba tan rota y podrida la embarcación, que era preciso aliviarla continuamente de la mucha agua que entraba por las hendiduras, tapando con barro los agujeros, porque no se fuese á pique, como á cada paso temían. Aumentaban la incomodidad y fatiga los recios aguaceros que casi todos los días experimentaron en tan desgraciada navegación; de donde resultó que aquí también, como en tierra, estuviese el padre día y noche empapado en agua, sin tener ropa con que mudarse, y sin hallar alivio por las noches en las hojas mojadas que le servían de colchón. De esta suerte llegó como pudo el P. Jerónimo al pueblo del nombre de Jesús de los Coronados, en donde se hallaba el P. Francisco de Figueroa, misionero tan antiguo y de tanta práctica en aquellas tierras. Fué grande el consuelo del P. Alvarez, con un encuentro tan dichoso de aquel hermano y padre suyo, como de todos los demás misioneros que se hallaban en el Marañón. Pero no fué menor el dolor del P. Francisco, al ver aquel hijo suyo tan lastimoso, enfermo y de todas maneras maltratado. No le pareció detenerle en aquel sitio poco saludable y menos á propósito para curarle, y dispuso luego otra canoa mejor en que con gente práctica y con la mayor comodidad prosiguiese su viaje hasta la ciudad de Borja, en donde creía que atendiendo de asiento á su

cura, sanaría en poco tiempo de sus males y recobraría enteramente la salud.

Mas este mismo viaje en que le trataron como enfermo, siendo mejores los alimentos y más cuidadosa la asistencia de los indios, acabó de rematar el P. Alvarez. Porque cuatro días antes de llegar á la ciudad, sobre sus primeros achaques y la llaga irritada de la pierna, le asaltaron fríos y calenturas, que llegando á ella prosiguieron y se aumentaron. Asistiósele con entrañable cuidado lo mejor que se pudo en aquellos paises, en que se puede poco por no haber ni médicos ni medicinas. Pensaban los demás no ser de riesgo el achaque ó enfermedad, pero el P. Jerónimo se persuadió desde luego que moría sin remedio; y así trató de su preparación para la muerte, como quien vivía con este desengaño. Dióseie á su instancia el Viático, que recibió con extraordinario gozo y consuelo y con tanta paz interior de su alma, que preguntándole el superior poco antes de morir si tenía cosa que le diese cuidado en aquella hora, respondió que no, acompañando la respuesta con grandísimos afectos á su Majestad por los favores y mercedes grandes que le hacía : en que mostraba bien ser muy vivos y singulares los consuelos interiores que experimentaba su alma. Pidió después la Extrema Unción, y que se le diese la recomendación del alma, que oyó con tanta paz y sosiego, que parecía no tener enfermedad alguna. Duró en esta calma de espíritu una noche entera hasta la mañana del día 1.º de Marzo del año de 1661, en que dió su espíritu al Señor, dejando á los padres por una parte envidiosos de su buena muerte, y por otra desconsolados por haber perdido un sujeto de su celo, virtud y prendas. Parece que mereció tan temprana muerte el buen ejemplo de religiosas virtudes que tuvo toda su vida. Pudiérase decir mucho de su proceder ajustado en todo tiempo, pero no siendo de nuestro asunto el extendernos en las virtudes que practicaron en otras partes los misioneros de Mainas, sólo daré una breve idea de este joven ejemplar.

Nació el P. Jerónimo Alvarez, de padres nobles, en la villa de Zigales del obispado de Valladolid. Educado en su patria, le enviaron sus padres á estudiar latinidad en esta ciudad, en donde á las muestras de ingenio propias de aquella edad, añadió también el adelantamiento en la filosofía. Fué llamado de Dios á la Compañía á los diez y seis años, y renunciando las bien fundadas esperanzas que le prometían en el siglo su nobleza, capacidad y valimiento, se entregó tan del todo á cultivar su alma con las virtudes más sólidas, que ya desde entonces no parecía perder punto de perfección en la observancia de las reglas más menudas y estatutos de la religión. Hallábase muy contento en esta escuela de perfección, pero quiso Dios probarle en el noviciado con una llaga en una pierna, que no cediendo á los penosos remedios que se le aplicaban, obligó á los superiores á enviarle á la casa de sus padres, para que allí se le aplicasen con más despacio y comodidad nuevas medicinas. Sintió el lance en extremo el perfecto novicio, que tenía puesto su amor en la Compañía, en donde tenía su madre, padres y hermanos. Tres meses

duró su aflicción, al cabo de los cuales volvió al noviciado y con tanta satisfacción del provincial, que puso en sus manos la elección del colegio ó de Valladolid ó de Santiago, para estudiar filosofía. Aplicóse á esta facultad con todas veras; pero haciendo más caso de la divina ciencia, mereció que le llamase Dios al ministerio apostólico de la conversión de infieles. No desatendió al divino llamamiento, y examinada su vocación de los superiores, fué señalado para la provincia del Nuevo Reino, cuyo procurador se hallaba entonces en España. Partióse á Sevilla; habiendo estudiado en esta ciudad dos años de teología, salió para el Nuevo Reino, y después de muchas incomodidades de mar y tierra, llegó á Quito, en donde concluyó los estudios. Y como el fin de su venida era la conversión de los gentiles, no paró hasta pasar al Marañón, como hemos visto.

Esta fué la serie de su vida en donde se echan de ver las ricas virtudes de su alma, las cuales observaron más de cerca los que con él vivieron, y nos dejaron una memoria encarecida del buen olor de santidad que dió siempre en la Compañía. Porque su celo de la conversión de las almas, se echa bien de ver en las ansias que tuvo de emplearse en la reducción de los infieles con tantas penalidades, riesgos y peligros. En el tiempo que estuvo en Quito, ordenado ya de sacerdote, estaba ordinariamente en el confesonario como en su centro, sin salir de él, sino para decir Misa y comer. Acabada la quiete se volvía á él, en donde perseveraba hasta la noche. Iba con mucho gusto á los hospitales, y comúnmente buscaba los enfermos más asquerosos, procurando con todas sus fuerzas su alivio espiritual y temporal. En la pobreza fué muy señalado, no teniendo consigo sino lo precisamente necesario, y eso lo peor de la casa. Si alguna vez le daban algo con licencia, y lo recibía por urbanidad, luego se deshacía de ello y con licencia se lo daba á otro. En la castidad fué un ángel, y aseguró su confesor que lo fué por algún tiempo del Padre Jerónimo, haber tenido el singular privilegio de no ofrecérsele siquiera imaginaciones torpes. Pareció á todos perfecta su obediencia, rendida siempre á la voluntad de los superiores, puntual á la primera señal de la campana, sin mostrar jamás dificultad en lo que se le mandaba, teniendo muy impreso en su corazón, como repetía frecuentemente á los de casa que la voz sensible del superior era la señal más clara de la voluntad de Dios. No digo nada del despego de sus parientes, que harto consta de lo que hasta aquí habemos dicho; sólo añado que jamás en Indias se le oyó hablar de sus parientes, no los tomó en boca por lo mismo que eran tan principales. Y siendo bien capaz y entendido, siempre profesó una sencillez tan sana, y una mansedumbre y docilidad tan agradable, que se hacía querer de todos y se edificaban de sus acciones. Su mortificación se conocía bien, en que padeciendo dolores continuos de estómago pedía al prefecto de la iglesia que le señalase siempre para decir la Misa última, y cuando eran otros señalados para decirla, él mismo se convidaba á aliviarlos de aquel cuidado. Con estas virtudes se dispuso

para las que ejercitó en grado más heroico, en su penosísimo viaje á los Mainas, y en su pacífica y sosegada muerte.

CAPITULO III

DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS QUE SABEMOS DEL PADRE TOMÁS MAJANO, Y DE SU MUERTE POR LOS AÑOS 1663

No pararon en las dos muertes sentidísimas de los dos fervorosos misioneros de quienes hemos hecho mención en los capítulos antecedentes, las desgracias y trabajos de la misión de los Mainas; siguióse á la falta de aquellos operarios mozos la muerte de otro misionero de poca más edad y de igual celo. Este fué el P. Tomás Majano, hermano del P. Lucas, que habiendo bajado con el P. Santa Cruz á las misiones por los años de 1654, vivió en ellas tan escondido ó tan olvidado, que apenas tenemos noticia de sus trabajos y fatigas, que no dejarían de ser grandes en nueve años que gastó en su penoso ministerio. Pero por haber sido el P. Tomás un varón tan ejemplar y estimado de todos por sus señaladas virtudes, ponderemos en este lugar lo poco que ha llegado á nuestra noticia. Fué enviado este celoso misionero en el año de 1659 á dar asiento á la cristiandad de Ucayale, en donde con un hermano coadjutor, llamado Domingo Fernández, trabajó con mucha constancia y celo, sin perdonar á molestias que se creyeron muy grandes por las contradicciones que encontraba en la gente. En dos años seguidos en que cultivó á los Ucayales llegó á fundar, vencidas muchas dificultades, tres ó cuatro pueblos, á que acudía unas veces por sí mismo, otras por medio del hermano Domingo, desde Santa María de Ucayale, que era como el centro de esta parte de la misión.

Mas este linaje de Cocamas ó Ucayales (que con estos dos nombres los llaman las relaciones de aquel tiempo), siempre cruel, traidor y rebelde, presto mostró el natural doble y genio malicioso que se observó en adelante. Cansados luego de asistir diariamente al catecismo, que se había establecido con gran fatiga en los pueblos, se negaban á los principios á venir á la doctrina. Después abandonaron á los misioneros, no atendiéndoles en cosa alguna necesaria para el sustento, y haciendo ya como profesión de desobedecerles abiertamente en cuanto les mandaban y rogaban; por estos escalones llegaron á la última maldad y traición, que fué convenir en sus juntas en la muerte de los misioneros. No hubiera dejado el campo el P. Tomás por el miedo á la muerte, porque anhelaba el martirio, si D. Mauricio de Vaca, gobernador de Borja, entendiendo las tramas que se habían descubierto de los Ucayales, no hubiese dado orden á los dos misioneros de que se retirasen á las tierras del Marañón y se pusiesen en seguro. Obedeció el P. Tomás con sus compañeros, y se retiró á Santa María de Guallaga, trayendo consigo como cien familias de Uca-

yale, que se habían mantenido siempre en obediencia y sujeción. Y aunque mandó el gobernador que pasase un cabo con algunos soldados para contener los Ucayales, examinar las cabezas de la rebelión y castigar los culpables, no tuvo efecto alguno el mandato por varios embarazos que sobrevinieron, y muy particularmente por la peste que comenzaba á cundir en aquella sazón por las misiones.

Desde la vuelta del P. Majano con los pocos Ucayales al río Guallaga, que sucedió en el año de 1659, no tenemos noticia alguna de nuestro misionero. No la tuvo el P. Manuel Rodríguez con escribir su historia pocos años después; sólo nos dice en ella que de allí á algunos años se publicó la noticia de su muerte, que pudo ser como á los 63 ó 64 de aquel siglo. Y cuando no pudo averiguarse aquella circunstancia tan notable, menos se pudieron tener noticias de las virtudes que ejercitó entre los que, ó no le conocían ó no se edificaban de ellas. Sólo quedó como muy singular en la memoria de un neófito un caso que refirió después, por la grande armonía que hizo á su tosco entendimiento tanto valor y constancia. Y en realidad es una prueba bien clara de lo heroico de las virtudes del P. Majano, que quedaron escondidas en aquellos valles y montes retirados. Contaba este indio, que en una de las rebeliones que levantaron contra el misionero los recién convertidos, porque les reprendía sus apetitos brutales y libertades escandalosas, determinaron quitarle la vida por no tener delante de los ojos quien les fuese á la mano en tantos desórdenes. No estuvo la conjuración tan secreta que no la oliesen los niños, los cuales, siempre fieles á los misioneros, avisaron al padre que se guardase, porque le querían matar y estaban ya haciendo las prevenciones. *Vengan en hora buena*, respondió el Padre, *vengan esos hombres que me quieren matar. Aquí estoy y no pienso en huir. Aunque yo temo que no soy digno de una gracia tan grande como derramar mi sangre por aquel Señor que derramó la suya primero por mí.* Diciendo esto se fué derecho á la iglesia, en que ofreció gustoso á Dios su vida y le dió muchas gracias por el peligro en que se hallaba de perderla.

Detúvose en ella por mucho tiempo en afectos encendidos del martirio, hasta que pareciéndole tardar mucho los bárbaros, salió como impaciente del martirio á buscarlos por sí mismo, y á pocos pasos vió algunos apóstatas que venían con sus lanzas en las manos á quitarle la vida. Hincóse de rodillas luego, y levantando los brazos al cielo y el corazón á Dios, les habló con resolución é imperio, de esta manera: *Si me buscáis á mí, aquí estoy, no resisto al sacrificio; heridme, matadme, hacedme pedazos, con tal que vuestra furia, hijos míos, se acabe con mi muerte, y no paséis á apostatar de la fe santa que habéis recibido. Esta vida la ofrezco al Señor por mérito de vuestra perseverancia en la fe. No queráis añadir pecados á pecados, y no quiera Dios que pare en ruina y precipicio vuestro el odio que os inspira la pasión.* Así se explicó en el mayor peligro su corazón intrépido, encendido en amor de Dios y de sus enemigos. Pero la respuesta de los bárbaros fué encogerse de hombros, confundirse y venerar al misionero; y como que no podían otra cosa, se volvieron á sus casas y dejaron las armas. Díjose que los traido-

res mismos confesaron después, que al salir el padre de la iglesia, y al ponerse de rodillas, para recibir las lanzadas, estaba su cuerpo lleno de rayos de luz y su rostro parecía un sol que les alumbraba.

Esto contaba el indio que parecía haberse hallado presente al atentado de los bárbaros y á la salida de la iglesia del P. Tomás. Nosotros quisiéramos alguna mayor confirmación de un caso tan heroico y prodigioso. Pero es preciso contentarnos con estas noticias mendigadas de algunos hechos de aquellos humildes varones apostólicos que, retirados del trato de gente racional, sólo estuvieron atentos á obrar grandes cosas en favor de las almas, y se olvidaron de publicarlas, de escribirlas y de dejarlas á la memoria de los hombres, sabiendo muy bien que se apuntaban exactamente en el libro de la vida.

Entre tanto, tenemos la satisfacción y consuelo de que el P. Tomás Majano, mientras se le pudo observar, vivió de manera que no pareció á los que lo conocieron indigno de la gracia del martirio. Nació en la Mancha y pasó muy niño con sus padres á Guayaquil, por los años de 1630. Enviáronle de pocos años al seminario de San Luis de Quito, en donde comenzó, y después prosiguió con su hermano el P. Lucas las letras humanas, y las ciencias sagradas, pero adelantándose siempre en la virtud, de que hacía más caso que de todos los dones naturales y humanos. Entrado en la Compañía, fué tenido constantemente, como asegura en el libro IV, cap. VI el P. Rodríguez, su connovicio y testigo de vista, por un Estanislao en el noviciado, y por un Gonzaga en los estudios. Era su conversación siempre de Dios, la oración casi continua, sin que se le pudiese persuadir á que, ó durmiese en cama, ó descansase siquiera cuatro horas: tan poseído estaba su corazón de un anhelo insaciable de tratar con Dios, á quien buscaba en todas las horas y momentos, hasta que se rendía la naturaleza al poco sueño que tomaba. Una noche, dice el padre arriba citado, entré á deshora con luz en su aposento, y le hallé en el suelo puesto en cruz con los brazos tendidos y con un madero por cabecera, durmiendo como en un colchón de plumas. La mortificación parecía su regalo; eran cotidianas y sangrientas sus disciplinas, los ayunos continuos, el cilicio jamás le quitaba y solamente lo variaba; si estaba de pie, tenía siempre que sentir en la postura; si sentado, siempre buscaba alguna incomodidad ó molestia, práctico en hallar invenciones solícitas contra su carne. El aspecto parecía la humildad misma, y no daba lugar su modestia á que se descubriese el color de los ojos. No he visto, ni espero ver, dice el mismo autor, en otro alguno, tan ardiente hambre y sed de la justicia, como vi en el P. Tomás Majano. Con estas singulares virtudes se dispuso y fortificó su corazón para el apostolado, y con la constante abnegación de sí mismo en todas las cosas, llegó á tener un ánimo superior á todas las dificultades, trabajos y persecuciones y aun á la muerte misma.

CAPITULO IV

SALE EL P. RAIMUNDO DE SANTA CRUZ EN BUSCA DE CAMINO MÁS FÁCIL Y MÁS DERECHO DESDE LAS MISIONES Á QUITO

En este mismo tiempo en que se lloraban en las misiones las muertes de unos operarios de tan buenas esperanzas, como hemos visto, no estuvieron ociosos los demás, que no sólo trabajaban con esmero en sus pueblos, adelantándolos en cristiandad y policía, sino que miraban adelante, deseosos en extremo de la permanencia de las reducciones, ya formadas, y de la extensión de la fe por otras naciones que habían descubierto. Y como tenían bien entendido que de la comunicación frecuente con la ciudad de Quito y de las entradas y salidas fáciles de la misión, dependía casi en todo la subsistencia y aumento de ella, comenzaron á pensar otra vez en lo que tantas veces se había intentado, sin hallarse todavía satisfechos de los caminos descubiertos. Porque el viaje del P. Lucas de la Cueva, que vino á salir con tantas fatigas y sudores á Patate, no descubrió caminos ni senderos, sino alturas impenetrables, laberintos enredosos y horrendos precipicios. El que había hecho el P. Santa Cruz por Napo hasta Archidona, puesto que parecía bastantemente seguro, y de algunas ventajas, por tener ya la Compañía el curato de aquella ciudad, no dejaba de tener sus inconvenientes, no sólo por ser largo y haber de lidiar contra las corrientes del Napo á la salida, y contra las del Marañón á la vuelta, sino también por los muchos enemigos que se hallaban en las orillas del río Napo, de quienes se temían sorpresas y acometimientos, de que habían dado pruebas en la muerte de los Xeveros.

Estas razones movieron mucho al P. Raimundo de Santa Cruz para que se arrojase á otra nueva empresa que le facilitaba su corazón, siempre magnánimo, cuando se trataba del bien universal de la misión. Había este celoso misionero reconocido en su vuelta por el río Napo, la nación de los Gayes, interpuesta entre este río y el Pastaza, y echado de ver que no parecía estar lejos de reducirse á población una nación tan numerosa. Esto supuesto, discurría de esta manera: el camino será más fácil y derecho si se llega á conseguir una de dos cosas, ó el pasar desde el río Pastaza hasta el puerto de Napo, por la travesía de los Gayes, gente tratable y que se espera reducir con el tiempo al Evangelio, ó entrando desde Pastaza en el río Bohono, y tomando la mayor altura posible, investigar bien las montañas de la derecha, poco distantes de Latacunga, cercana á la ciudad de Quito. En lo primero hallaba la conveniencia ventajosa de que los Gayes reducidos servirían de escala para el viaje, que se hacía por lo mismo más fácil y llevadero. En lo segundo se veía más claramente la utilidad, si se pusiese en práctica, porque fuera de ser

más corto, sería casi todo por agua, que era lo que más importaba para en adelante.

Comunicado el pensamiento con el P. superior de las misiones, á quien parecieron muy bien las razones del P. Raimundo, se resolvió éste á la empresa más difícil y con más falta de noticias que se sabían antes de la expedición primera por el Napo, porque al fin, aquel había sido camino ya hollado de racionales; pero el que ahora se buscaba por las travesías del Pastaza hasta el puerto de Napo, ó por las montañas que vienen á parar cerca de Latacunga, se tenía por cierto que ninguno le había transitado. Eligió para la expedición dos mozos españoles, bien hábiles y despiertos; tomó un buen número de Cocamas y Xeveros, y puesta en Dios su confianza, dió principio al viaje sin saber bien á dónde caminaba. No llevaban las canoas otro piloto que la Providencia de que se dejaban gobernar. En doce días venció desde Guallaga las corrientes del Marañón, hasta la embocadura del río Pastaza, por donde subió por otros veinte sondando aguas, hasta entonces no descubiertas.

Como era el destino imaginario y le pareció haber ganado mucha altura, saltó en tierra y examinó la ribera y tomó la resolución de empezar desde este sitio á explorar la travesía hasta el Napo, por las tierras intermedias, pero sin desistir del viaje por agua. Para esto mandó á uno de los mozos, que con parte de la gente siguiese el curso del río, hasta donde pudiese; y que si hallaba alguna noticia ó descubrimiento útil, volviese al mismo paraje á esperar á los demás; pero si no hallaba algún término ventajoso, ó le faltaba el aliento, se refugiase, ayudado de las corrientes, á la ciudad de Borja. Conviene también el P. Santa Cruz en hacer la misma diligencia y quedaron todos de acuerdo. Después de esta convención prosiguió parte de la gente su navegación y el padre con el otro mozo y demás gente, prosiguió su viaje por tierra sin ningún camino, atrevesando montes, trepando por riscos y buscando términos que no hallaban. Sucediòles alguna vez, después de largo viaje, verse precisados á desandar lo andado, siguiendo las señales y mojones que iban dejando, por ser el fin del descubrimiento un precipicio. Otras veces volvían atrás por tropezar con montes inaccesibles, tal vez por verse ciegos con la espesura de los árboles y matorrales, y perdían la esperanza de ver luz y observar el cielo.

Era necesario corazón y no parece que bastaba el ánimo más valiente para romper por tantas dificultades y continuar día y noche entre tantos enemigos. La tierra infundía miedo con sus asperezas y soledad, el aire con la mudanza y destemple conmovía los humores; el cielo escondía su vista, negando el norte, única guía del rumbo que se llevaba; las fieras presentaban sus vivares y los tenían en continuo susto. Ya se hallaban en las eminencias de los más altos montes, ya bajaban á las llanuras y honduras de los valles; el cielo, el aire, la tierra, bestias, obscuridad, precipicios, todo asustaba; pero Santa Cruz á todos animaba en tan grande contradicción, y sin más consuelo que el de la Providencia, pro-

seguía su ciego viaje, ya por un lado ya por otro, tanteando todos los parajes, hasta que por fin llegó á un valle grande que regaba un río caudaloso, el cual por sus noticias, debía ser el Curaray. Cobraron aquí algunas esperanzas, porque según los antecedentes que se tenían en Quito de este río, no podrían hallarse muy lejos de tierra conocida y de donde era ya trillado el camino para aquella ciudad. Pero se hallaban muy dudosos en si debían tirar á mano derecha ó elegir camino por la izquierda. El acierto sólo pendía de la casualidad y fortuna, por no tener principio ni razones con que determinarse. Rompió Santa Cruz, en la duda, por donde pudo, y pasando el río á ingenio de los indios, diestros en vencer vados y atravesar raudales, se disponía la gente á doblar sus esfuerzos, con las esperanzas de hallar en breve el término deseado.

Pero cuando todos vivían alegres esperando el fin de sus trabajos con algún hallazgo afortunado, cayó el P. Santa Cruz en la mayor debilidad y flaqueza, ocasionada principalmente de la falta de alimentos. Porque consumidas ya las provisiones y acabado el maíz, que era el principal alimento, se sustentaban de solos palmitos tiernos y de algún otro plátano silvestre que por casualidad encontraban. Apretó de tal manera este enemigo terrible que no da treguas, que se vieron obligados por no perecer, á volver al sitio señalado, donde se habían separado las canoas, contentos por entonces del descubrimiento del río Curaray, con ánimos de volver á él con más provisión y bastimentos, caso que las canoas no hubieran sido más dichosas en algún encuentro más afortunado. Fué breve el camino por ser ya conocido y las señales que habían dejado les llevaban al sitio de la separación, en donde, no encontrando las canoas, se dirigieron sin perder tiempo, porque les ejecutaba el hambre, á la ciudad de Borja, muy deseosos de saber en qué habían parado las canoas después de la división de los viajes.

CAPITULO V

SEGUNDA SALIDA DEL P. SANTA CRUZ EN BUSCA DEL CAMINO DESEADO

Llegó á Borja el P. Raimundo de Santa Cruz bien desmejorado de las penosas fatigas de su viaje, y cuando parece que le debía dar algunas treguas su celo para repararse por algún tiempo de tantos trabajos, se avivó mucho más con la relación que le hizo el mozo de las canoas, que tiempo antes se había recogido á Borja con los indios que le acompañaban. Contóle el mozo que, haciéndose río arriba, había encontrado á pocos días de la división una casa con poca gente, y que ésta le había dado noticia de un camino que llamaban de Patate, y añadido que no distaba mucho de Ambato. Y que con esta noticia, falto de víveres, y no pudiendo sustentar á los indios, había dado la vuelta al sitio convenido; no encon-

trando aquí al padre con su gente, le había parecido consejo más prudente no aguardarle con la incertidumbre de que no volviese, que no el esperarle apretado de un hambre cierta y de la falta de todas las cosas necesarias. Oyó Santa Cruz la relación con mucho cuidado, y combinando las especies que oía con las que había observado del río Curaray y con las noticias confusas que se tenían de aquellos parajes, hizo juicio que la casa encontrada era, sin duda, el puerto de la Canela, adonde pocos años antes había arribado después de muchos rodeos y trabajos el P. Lucas de la Cueva. Parecióle bien el descubrimiento, y sin más informaciones, se resolvió á dar la vuelta por el río Bohono y ver con sus mismos ojos dicho puerto, desde donde pensaba empeñarse en nuevas aventuras, ya por un lado, ya por el otro, hasta dejar abierto y practicable el camino que fuese menos malo y más breve que los que hasta entonces se habían descubierto.

Hecha muy buena provisión de maíz, yuca y plátanos, tomó gente y canoas, y navegando de nuevo otro mes seguido por Pastaza y Bohono, dió fácilmente con la casa referida, que era verdaderamente el puerto de la Canela, como pensaban. Saltó en tierra con intento de pasar á tierras de Ambato y de Patate, pero halló un camino tan arduo, fragoso é intratable, que más parecía temeridad que esfuerzo el montarlo. No le hacían tan peligroso lo elevado de las montañas, como sucedía en otras partes, pero aterraba y causaba espanto al ánimo más valiente lo precipitado de los frecuentes torrentes y quebradas que todo lo barrían y las sendas estrechísimas que por un lado apretaban y cerraban con montes impenetrables, y por el otro ofrecían peligros inminentes de caer en despeñaderos, con cuya profundidad se confundía la vista. En suma; todo era perverso; como montañas, laderas, lodazales y otras malezas, pero todo lo pasó Santa Cruz demarcando con mucho cuidado cuanto alcanzaba la vista, sin omitir río, quebrada ni cordillera, y vino á salir con mucha fatiga á Ambato, y de aquí á Latacunga.

Mucho había hecho el P. Santa Cruz en arribar á término conocido, pero conocía haber hecho muy poco para lo que pensaba, porque veía muy bien que el rumbo que había llevado, ni era ni podía ser camino para racionales. Y con alguna diferencia venía su descubrimiento á ser el mismo que había hecho el P. Lucas de la Cueva, que después de haber andado errando por montes y atravesando bosques, vino á parar al puerto de la Canela, y de aquí hasta Patate ó los Baños, y desde los Baños hasta Ambato, no lejos de Latacunga. Pero hallándose ya el padre Raimundo en esta población, le parecía haber mejorado algo de suerte, porque creía poderse rastrear de este sitio alto algún camino mejor y que viniese á dar en alguno de los ríos navegables, que era todo su cuidado. Comunicó con personas prácticas (que allí llaman vaquianos) sobre las entradas y salidas del río de Latacunga y de los otros que bajaban al Marañón; y cogidas algunas noticias y derroteros, hizo alto sobre lo que constantemente le decían, que bajando por la parte de los Baños indicaba

la cordillera menos fragosidad y peñas y no tanta distancia del río Bohono, ó de otro que desaguase en él.

Con esta luz, que le dieron los prácticos de la población, bien prevenido de herramientas, comenzó con sus indios á subir por aquella parte que le habían insinuado. Rompían, trepaban y seguían cortando árboles, y rozando malezas, avivándose más las esperanzas cuanto eran mayores las distancias que á fuerza de puño iban ganando. Pero cuando tan animosos vencían tierras, se les opuso enteramente el cielo. Empezaron con toda fuerza las aguas, y como era desconocido el terreno, la defensa contra las aguas ninguna, incierto el término del viaje y se iban hinchando los torrentes con peligro de cortar la vuelta, no pudieron pasar adelante, y se vieron precisados á volver al camino de Patate, que, aunque tan áspero y peligroso como hemos insinuado, les condujo finalmente al sitio de las canoas, con que llegaron á Borja, resueltos á repetir la empresa en mejores meses, y en tiempo más acomodado.

En este viaje contrajo el P. Santa Cruz una enfermedad que sobre los otros achaques le duró hasta la muerte, porque introducida tanta humedad en su cuerpo, cargó á la parte más débil y flaca, que eran las piernas, todas llagadas y ensangrentadas de los abrojos y espinas de que abunda el terreno de la misión, y por donde discurría sin reparo y sin resguardo alguno, como si fueran prados y flores que halagasen los sentidos. Ahora, fuera de las llagas, se le hincharon con la abundancia del humor, de tal manera, que jamás volvieron á su estado natural. Pero este invencible héroe, á quien ni el cielo, ni la tierra, ni los imposibles mismos parecían bastantes á impedir ó suspender sus heroicidades, cedió solamente al tiempo, para volver, aunque enfermo, á proseguir su intento, hasta conseguir camino, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

SALE TERCERA VEZ EL PADRE RAIMUNDO EN BUSCA DE NUEVO CAMINO, Y LO CONSIGUE

Poco tiempo se detuvo en Borja el P. Santa Cruz, aunque trabajado de sus males; apenas llegó el mes de Setiembre en que se prometía tiempo seco, cuando determinó salir la tercera vez con más denuedo en prosecución de su empresa, hasta conseguir su intento ó desengañarse del todo á que se sujetaba también su resignación. Hallábase bien apretado del achaque que padecía ordinariamente del pecho, y le obligaba muchas veces á toser con tanta violencia, que se temía mucho que le ahogase. Pero sin embargo de esto y otros muchos males que le molestaban, habiéndose despedido del P. Francisco Figueroa, superior de las misiones, y pedido su bendición, se puso en camino con las prevenciones y comitiva necesarias, como en la mitad de Setiembre del año de 1662.

Subiendo por el río Pastaza, como le apretase extraordinariamente el ahogo del pecho, se detuvo por dos días en el puerto de los Angeles, de Roamainas, que es el más cercano á la provincia de Mainas y curato de Borja. Aquí se reconcilió varias veces con su misionero, como quien presentía en el ánimo estar ya cercano su fin. De los Roamainas pasó á los Coronados, en cuya reducción recogió los bastimentos que le parecieron necesarios. Entró después en el río Bohono, y dejando á la izquierda el puerto de la Canela, procuró tomar mucha mayor altura que la vez pasada, pareciéndole que su curso le iba guiando á la tierra de los Baños.

Cuando juzgó que ya se hallaba en sitio oportuno y en paraje que combinaba con la demarcación que había hecho en el viaje antecedente, dejando las canoas aseguradas, saltó á tierra, y diciendo con mucha devoción la santa Misa en que todos encomendaron á Dios el intento que llevaban de vencer dichosamente aquellas montañas, empezó el padre en en el nombre del Señor y como capitán que anima á sus soldados á estrenar el filo de sus machetes; picaba ramas, desenredaba malezas, cortaba árboles y todos le seguían en la misma faena. El trabajo de la dura experiencia no se podía imaginar ni mayor ni más pesado, porque la montaña, además de ser áspera, era espesísima, y no había otro modo de atravesar que rozando la espesura y derribando árboles. Juntábase á esto serles forzoso limpiar todo lo ancho que había de servir de camino, y el sitio de un lado que había de ocupar la maleza y árboles cortados. Tan cerrado estaba el bosque, que no se podía acomodar de otra suerte la leña que iban dejando. Cuando en el camino se encontraba con árbol grande, doblaba la senda por un lado por no detenerse en cortarle, derribarle y separarle, y aun entonces más impedía caído, que lo que podía estorbar estando en pie.

Al acabar el día hacían la cama con harto trabajo, porque abriendo en la maleza formaban un rancho grande que servía de aposento, en donde dichas las oraciones regulares que jamás se omitían, se acostaban sobre la maleza misma cortada que les servía de colchones, mantas y sábanas. Al rayar del día se volvía, celebrada primero la Misa, á la tarea de romper broza y de abrir camino. En esta continua faena de tanto sudor y fatiga, sin consuelo y sin descanso, y á veces con sólo el alimento de cogollicos de palmas duraron por diez días seguidos, cuando por la tarde del último día descubrieron un precipicio en cuyo hondísimo pie se dejaba ver una fértil y extendida vega. Tendió el padre la vista y llegó á descubrir á lo largo su esperanza, porque divisó y reconoció un sitio bien nombrado en la ciudad de Quito y en toda su comarca. Es éste cierto paraje en que, quebrada la cordillera de los montes, hace una abertura que llaman los naturales Boca de Dragón ó Abra, y viene á formar una dilatada garganta entre dos montes que se estrechan juntándose casi y abrazándose las puntas toscas de las peñas que sobresalen de uno y otro monte. Dista la Boca de Dragón un solo día de camino de Tacunga y tres de Quito, y es el cami-

no á estos parajes bien sabido. Con que descubierta la quebrada de la cordillera por el lado que hasta entonces había estado oculto, se había conseguido el empeño.

No es fácil ponderar el gozo del P. Raimundo cuando vió logrado el fruto de tanta fatiga, ni se puede explicar el santo júbilo al pensar que ya se miraría en adelante como segura y permanente la misión del Marañón, que pendía de hallar una llave maestra que abriese puerta franca á los Mainas, y el nuevo descubrimiento ofrecía un camino derecho, fácil y suave, porque allanado y compuesto el que acababan de demarcar por la montaña, que no era gran negocio, todo lo restante hasta el Marañón se debía hacer por agua. El deseo que tenía Santa Cruz de asegurarse en cosa de tanta importancia, le hizo subir á un árbol altísimo para reconocer mejor desde su copa el sitio divisado. Habían hecho ya esta diligencia los indios, como más ágiles y acostumbrados á estas subidas. Pero no se aseguraba el padre de su relación, y aunque la hinchazón de las piernas y sus llagas, el ahogo del pecho aumentado con la agitación del camino, y la debilidad grande que sentía, parecían impedir tan arriesgada prueba; pero su espíritu, vigor y coraje vencieron estas dificultades. Reconoció desde el árbol y observó despacio y á su gusto el sitio de la garganta de los montes, certificóse bien de todo el contorno, hízose cargo de la carrera que llevaba el río, dónde iba derecho y dónde torcía, y dibujó exactamente aquella parte por donde era más fácil la subida á la montaña. Conoció cómo para bajar al río desde el paraje en que estaba había camino más breve que el que pensaba, y que rozando matorrales y maleza se acortaba mucho la bajada, porque serpenteando las aguas lamían la falda misma de la montaña y permitían hacer desembarazo muy cerca de la Boca del Dragón.

Con estas noticias bien digeridas bajó finalmente del árbol, y no fué poco el que no se rindiese su debilidad al trabajo, no pudiendo hacer fuerza con las piernas y ahogándole más la fatiga del bajar. Llamó luego á sus indios y les dió noticia distinta de todo lo descubierto, y muy particularmente de las cosas que debían tener presentes en cualquiera acontecimiento. No contento con esto, porque quería su cuidado tomar todas las seguridades posibles en negocio de tanta consecuencia, informó más á la larga y con más especialidad al mozo español que no se apartaba de su lado, para que, como más capaz, fijase bien en su memoria, por si él faltaba, la demarcación de todos los sitios que no se habían podido hallar sino á costa de tan penosos viajes.

Faltaban ya las provisiones y se habían sustentado los últimos días de palmitos, cuyo mantenimiento, fuera de ser nocivo á la salud, no era duradero, por la facilidad con que se endurecen. Empezaban las lluvias, y, según todas las señales, continuarían por algún tiempo en aquellos sitios. Estas causas obligaron á Santa Cruz á que intentase bajar al río por aquel mismo lugar por donde había reconocido estar más cercano á la montaña, y no se engañó; pues aun con la detención de rozar camino,

en menos de dos días se halló en la falda del monte y á la orilla del río, de cuya corriente se debía dejar llevar hasta encontrar las canoas, dejadas atrás en el río Bohono, de donde habían saltado todos para abrir camino por las montañas.

CAPITULO VII

MUERE AHOGADO EL PADRE SANTA CRUZ EN EL RÍO BOHONO

No era grande el apuro y dificultad de hallarse tanta gente sin embarcación en las riberas de un río que se había de navegar; porque los indios son hábiles y diestros por la mucha práctica en socorros de este género. Criados en su barbarie y en continuas guerras unos con otros, se veían muchas veces en la necesidad de vadear grandes ríos, y tenían ideadas especies de embarcaciones para los apuros, todas falsas pero todas servideras. En la presente necesidad se aplicaron luego á disponer para el padre y para sí estas especies de barcas. La más fácil de hacer, aunque peligrosa para bogar, es la que llaman balsa, y se reduce á unos palos ligeros y sin pulir como de dos varas y media; que unidos y atados entre sí con venas, juncos ó bejucos, hacen un plano á manera del hondón de una grande canasta. Para imitar la proa de la nave, cortan los palos por la parte anterior con cierta desigualdad proporcionada, de manera que remate la balsa en punta. Esto sirve para que rompa las aguas, y no juegue alrededor, sino que camine derecha al término adonde se quiere arribar.

En estas cestas ó canastas de tan débil artificio se embarcaron todos y se embarcaron propiamente en el agua misma, porque no estando unidos los palos con brea ú otra cosa que impidiese la comunicación del agua y no teniendo borde alguno por los lados, navegaban casi dentro de ella. De esta manera caminaron dos días con grande trabajo, y en medio de las furiosas corrientes que llevaban precipitadamente los palos, no pudieron llegar al sitio de las canoas: tantas eran las vueltas que iba tomando el río entre las peñas y montañas. Poníales en cuidado la mucha lluvia que caía, porque no podían enjugarse la ropa, é hinchándose el río se hacía la navegación más peligrosa por no poder resistir á las corrientes. Llegó la noche tercera en que, desgajándose el cielo fué tan grande la lluvia ó turbión que, extendiéndose por la ribera, todo lo anegó, ropa, trastos y el poco bastimento. Con la humedad extraordinaria y las muchas molestias de navegación tan incómoda, se hallaba el padre muy delicado, se aumentaba el ahogo del pecho, irritábanse las llagas de las piernas y crecía la hinchazón. Pero nada le causaba mayor sentimiento en tantas miserias y trabajos que el que se hubiese mojado la caja de los ornamentos para decir misa; porque esta fué siempre la alhaja de su mayor estimación y cuidado, y como se explicó en la misma noche, en tan-

tos, tan difíciles, tan penosos y largos viajes, no había dejado jamás ni un día solo de ofrecer el santo sacrificio de la misa. Tanta era la pureza de su alma, tanta la devoción al Sacramento y tan grande la atención al estado del sacerdocio.

En noche tan trabajosa para el P. Santa Cruz, turbulenta por el agua, confusa por el destino, obscura por las nubes y temerosa por todas las circunstancias, dió á entender por ciertas proposiciones, no del todo claras, á los indios, la cercanía de su muerte. Y, sobre todo, encargó mucho al mozo y á los indios de más capacidad y se lo repitió muchas veces, como cosa que tenía muy en su corazón, que diesen al superior de las misiones cuenta muy menuda del sitio descubierto y del camino ideado, sin omitir circunstancia alguna para que se pusiese por obra su compostura. Con estas pláticas pasaron aquella noche, ya que no podía servir al descanso por las muchas lluvias que caían.

Al rayar el día tomaron luego sus balsas porque ni el hambre permitía más detención. Como fué abriendo más el día, se descubrió el sol por un poco tiempo y dijo al padre el mozo que iba con él en la balsa, que se quitase por un rato la sotana para que se enjugase al sol, y que después, cubierto con la sotana, se podrían enjugar los demás vestidos. *No hijo*, le respondió el padre, *que con esta sotana me tengo de ir al cielo*. Apenas dijo esta respuesta el misionero, cuando de repente advirtió el español que el aguacero de la noche había derribado un árbol de la orilla y que caído sobre el río ni formaba puente ni daba lugar al paso. Forcejó cuanto pudo, por tirar la balsa á la orilla del río, á fin de que en tierra se librase el padre del inminente riesgo que preveía. Pero fueron inútiles todos sus esfuerzos por más que hizo, y trabajó con las fuerzas y con el ingenio; y por más ayuda que pidió á los de otra balsa que venían algo atrás no pudo vencer el arrebatado ímpetu de la corriente, que venía furiosa. Arrojóse al agua para ocurrir al daño, fiado en la destreza de nadar, pero por más prisa que se dió para ayudar á la balsa, y echarla hacia la orilla, no pudo impedir que arrebatada del agua no viniese á parar con grande ímpetu contra el árbol atravesado. Recibió el padre en su pecho lastimado un horroroso golpe que le dejó sin fuerzas, y no pudiendo mantenerse por su debilidad por la violencia del golpe en la balsa, pasó ésta por debajo del árbol, quedando el padre agarrado de una rama con el agua hasta la boca. Pero eran tan pocas sus fuerzas que sin poder ser socorrido ni del mozo que hizo harto en salir aturdido á tierra sin ahogarse, ni de los otros indios que sólo le alcanzaron con la vista, cayó luego en el agua con las manos levantadas al cielo y así se fué sumergiendo, habiendo dado antes como por despedida una mirada al río Marañón.

De esta manera acabó su carrera á los 6 de Noviembre de 1662, ahogado en el agua el que no había podido ahogarse en tantos trabajos. Verdadero israelita á quien Dios concedió ver la tierra de Promisión sin dejar que la gozase. Tuvo y padeció las penalidades del desierto, pasó el

mar, siguió siempre la nube de la confianza en Dios, y ahora le falta el aliento cuando tiene ya á la vista el gozo y el descanso. Verdaderamente son altísimos los juicios de Dios é insondables los caminos de su providencia. Al mismo tiempo de llegar la otra balsa de sus amados hijos, y á su misma vista se ahoga el P. Raimundo, tan necesario en la misión, en la edad de solos treinta y nueve años, á los once de misionero, cuando abierto camino llano y fácil para Quito, serían mejor empleados sus trabajos y de mayor ventaja sus fatigas. Con la muerte del P. Raimundo de Santa Cruz quedaron en un profundo desconsuelo la misiones de Mainas, cubiertas de luto y entregadas á un inconsolable llanto por haber perdido en este misionero su luz, su gloria, su amparo, fortaleza y alegría. No podían los misioneros contener las lágrimas viendo que les faltaba el alma de los pueblos, el animoso en los imposibles, el constante en las adversidades, el atlante verdadero en cuyos hombros cargó el peso de todas las dificultades, acometimientos y empresas que por once años contínuos se habían ofrecido en el Marañón. No tenían otro consuelo que la viva memoria de sus esclarecidas virtudes, con cuyo olor y fragancia se esforzaban y confortaban á seguir la carrera que había consumado felizmente el P. Raimundo entre tantas penalidades, contradicciones y trabajos.

Nació este apostólico varón en la villa de San Miguel de Ibarra, distante como unas veinte leguas de la ciudad de Quito. Su padre fué don Raimundo de Heredia natural de Aragón y de conocida familia en aquel reino. Su madre se llamó D.ª Catalina Calderón, de igual nobleza. Criado en mucho temor de Dios, le entregaron sus piadosos padres á la Compañía en el célebre seminario de San Luis de Quito, en donde como por natural genio, seguía la virtud y se daba al estudio sin ocuparse en otros pensamientos. Salió buen gramático y sobresaliente filósofo, y llamado de Dios á la Compañía, fué con gusto recibido en ella, en el año de 1643, en donde solo mudó de casa quien había hecho vida de novicio en el seminario. Procedió en los estudios con mucho ejemplo de los que le trataban, dando su modestia singular realce á sus lucimientos. Ordenado de sacerdote y nacido á juicio de todos para las letras, procura ocultarse en las misiones, armado de virtud y ciencia contra el común enemigo, dueño entonces con dominio despótico de tantas almas.

No es fácil el determinar qué virtud fuese mayor en el P Raimundo; porque fué pobre, y vivió siempre como tal, sin tener con qué cubrirse ni alimentarse; humilde en extremo, sin poder oir la menor alabanza suya aun en las cosas más bajas y rateras; penitente por los muchos cilicios y disciplinas frecuentes con que en medio de sus achaques maceraba la carne, sufrido en los ahogos de pecho, llagas de piernas y otras enfermedades; constante en los peligros, magnánimo en las adversidades, obediente en cuanto emprendió, prosiguió y acabó. Y ¿quién podrá explicar con palabras aquella prudencia, más que humana, con que supo ganar á indios de tan diversas naciones opuestas entre sí y mantenerlos

unidos y concordes, sin que se oyese en su vida la menor división ó enajenamiento? Tan estrechados estaban con su misionero, que haciéndose todo á todos con su dulzura, suavidad y condescendencia, los tenía como pendientes de su mano. Fué viva su fe, firme su esperanza y ardiente y encendida su caridad: de donde nació aquel abrasado celo con que anduvo tantas leguas, se expuso á tantos peligros, formó tantos pueblos, corrió todas las reducciones y se ofreció, finalmente, en sacrificio por sus indios, muriendo ahogado en el ejercicio de la obediencia más dificultosa y de la caridad más heroica. Todas estas excelentes virtudes del P. Raimundo estribaban como en base fundamental en una profundísima desconfianza de sí mismo, y en una altísima confianza en Dios, que fueron acaso su carácter, porque á Dios miraba en todas sus acciones y pasos, á Dios consultaba en sus dudas y dificultades, y de Dios estaba pendiente en sus empresas prodigiosas, como quien echaba bien de ver su patrocinio y amparo en la ciudad, en los pueblos, en la tierra y en el agua.

Dejando al P. Raimundo de Santa Cruz gozando en el cielo, como esperamos, del premio de sus trabajos, volvamos á las tierras del Marañón, en donde informado el P. Francisco Figueroa del mozo y demás indios que dieron la vuelta á Borja, se aplicó, desde luego, á perfeccionar el camino descubierto. Emprendió el viaje con gente y bien prevenido de instrumentos para allanar el camino y siguiendo los dichos ríos, pasó felizmente por el camino diseñado hasta la cima de los montes del Abra ó Boca de Dragón, y hallando todas las cosas conformes á la relación que le habían hecho, puso en poco tiempo corriente el camino descubierto, mucho más breve que los demás, aunque algo peligroso, como es necesario que sean todos los caminos que atraviesan aquellas montañas quebradas con la fuerza de los muchos torrentes. En el año siguiente comenzó á trajinarse este camino, y entraron por él á la misión dos jesuítas. Y luego que los Gayes se redujeron á poblaciones, como sucedió poco después, se comenzó á frecuentar más con ocasión de servir de escala en el viaje á aquella nación.

CAPITULO VIII

ALZAMIENTO DE ALGUNOS COCAMAS DE SANTA MARÍA DE GUALLAGA

En los primeros veinte años de las misiones no se había experimentado levantamiento alguno de tantos indios reducidos á la fe, hasta que en el año de 1659 empezaron, como dijimos arriba, los Cocamas de Ucayale á tramar la muerte contra el P. Tomás Majano su celoso pastor y misionero infatigable. Previno el padre el golpe, como vimos, retirándose con algunos Ucayales al pueblo de Guallaga sin poder el gobernador de Borja hacer algún castigo en los culpados por las pestes y epidemias que so-

brevinieron en los pueblos, y por otras circunstancias críticas que en el mismo tiempo se ofrecieron. Pero muerto ya el P. Raimundo de Santa Cruz, que manejaba á su arbitrio los Cocamas de Guallaga, y abierto camino franco en bien de las misiones, sentido el infierno de sus adelantamientos y del orden, cultura y gobierno que se iba asentando en todas las reducciones, comenzó á turbar aquel mar pacífico y sosegado, introduciendo alborotos y disensiones en el pueblo de Guallaga. Empezó el demonio, como suele, por pequeñas cosas hasta que causó, finalmente, un alzamiento en algunos Guallagas ya cristianos. Publicaban varios de ellos abiertamente su odio contra el misionero del pueblo, diciendo que no les dejaba vivir, que á todo se oponía y que no le podían tolerar. No nos consta de las relaciones de aquel tiempo quién fuese á la sazón el misionero de Guallaga. Sospechamos que podría gobernar entonces aquella reducción el P. Tomás Majano, de quien hicimos gloriosa mención en el capítulo tercero de este libro. Y nos mueve á formar esta conjetura, el que en el año 59 se recogió á este pueblo con las familias que trajo consigo de Ucayale, y que desde este tiempo no pudo asistir á los Cocamas el P. Raimundo de Santa Cruz, ocupado hasta su muerte en los varios descubrimientos que hizo para encontrar camino para Quito; y parece natural que se quedase el P. Tomás en el nuevo pueblo, cuya lengua parece ser la misma que la de los Ucayales. Fuera de esto, la muerte del P. Majano no se entendió hasta el año 63 ó 64, como insinuamos, en cuyo tiempo estaba en su punto la sublevación de los Cocamas. Y el mismo no saberse cosa ninguna de sus circunstancias, da algún motivo de pensar que le mataron los sublevados, ocultando esta traición como ocultaban otras.

Sea lo que fuere de esta conjetura, lo cierto es, que los mismos indios alzados hicieron patentemente falsa la excusa que alegaban, y declararon bien ser del todo injusto el odio que profesaban contra su misionero, con las muertes que ejecutaron contra muchos cristianos y aun sacerdotes contra quienes ni tenían ni podían tener particular queja. A la verdad, uno de los peligros próximos y daños inminentes á los establecimientos de las reducciones es el hallarse siempre algunos indios de mala ralea, que por amor á la libertad ó por su genio traidor y protervo, no pueden llevar en paciencia las amonestaciones de sus misioneros. Buscan los padres á los infieles en sus montes, y los atraen por medios suaves, para conseguir de ellos una vida cristiana. Unense en poblaciones, pero no todos vienen convencidos de la razón, y mucho menos de la fe, que no suele prender en algunos hasta pasado mucho tiempo. Unos vienen tirados del interés, á otros encariña el buen trato, á éstos arrastra la conveniencia, y aquéllos buscan la novedad. En suma, no todos se reducen con gusto al rigor de los preceptos cristianos. Callan y sufren cuando se hallan solos en el disgusto y descontento, pero si juntándose entre sí, se descubren los mal hallados, todo lo turban é inquietan. Como su genio es regularmente voluble, el verse privados de muchas mujeres, el no serles lícito el uso de sus antiguas supersticiones, el haber de dejar sus borracheras, y estar

obligados de por vida á la mujer que desposaron, son un inconveniente bien contrario á su natural genio, que en soplando la tentación, se rinden á ella fácilmente. Y como no hallan otro contrario que le resista sino el misionero, que procura corregirlos y enderezarlos, se determinan á deshacerse de este importuno censor, para defender su libertad absoluta De esta verdad veremos muchos ejemplos en esta historia. Aunque su divina Majestad que por sus altos juicios ha permitido estas traiciones de los indios contra sus pastores sabe sacar de ellas muchos bienes, no sólo á favor de los mismos misioneros, coronándolos de gloria en la otra vida, sino también á favor de los demás indios, que en semejantes revoluciones y atentados suelen arraigarse más en la fe.

La sublevación de los indios mal hallados en Guallaga, paró finalmente después de otros desórdenes que precedieron, en que se huyeran al monte sin ánimo de volver al pueblo, y si hubiera sido su levantamiento solamente una huida ó retiro á sus antiguos escondrijos, hubiera importado menos porque buscados y solicitados, aunque con peligro de la vida, se pudieran haber atajado los daños que se siguieron. Pero la desgracia fué que hechos fuertes en ciertas cavernas, hicieron partido convocando á las demás poblaciones. No dejaron de hallar algunos secuaces, que hicieron mayor el número de los mal contentos. Ni debe causar admiración que entre indios bozales, criados en su barbarie, entregados desde sus tiernos años al vicio, livianos en sus apetitos y sin freno en sus disoluciones, hubiese una partida de mal contentos con la ley que les cortaba sus antiguas libertades, pues en los cristianos viejos no siempre se ve la perseverancia en la vida cristiana una vez comenzada, cuando han precedido costumbres licenciosas ó vicios por algún tiempo arraigados.

Aunque no fueran muchos los indios que de los demás pueblos se juntaron con los Cocamas, pero fueron los bastantes para dar mucho cuidado en la misión. Porque coligados con otros infieles, llamados Chepeos ó Chipios, prorrumpieron en excesos que quitaban toda seguridad en los caminos y navegaciones. Tropezó primeramente su ira con algunos religiosos de San Francisco, que venían de Lima, y luego que conocieron ser sacerdotes españoles, les quitaron sacrílegos la vida, sin perdonar á tres soldados que les acompañaban. Con tan buen principio pasaron á hostilizar en armadillas por el Marañón y Guallaga á los neófitos de las reducciones, y á convidar á sus parientes, allegados y conocidos, parte con buenas palabras, y parte con amenazas, á que dejasen los pueblos, la religión y los padres. Acudió al remedio el P. Francisco Figueroa, y como superior de las misiones visitó los pueblos, confirmó los indios y les previno contra las astucias de los rebeldes; y usando de los medios suaves que le dictaba la prudencia, caridad y mansedumbre, envió personas que con buenos términos procurasen reducir á los huidos. Mucho se consiguió con estas embajadas, porque en la ligereza de aquellos genios inconstantes algunos habían seguido el partido rebelde más por novedad

que por empeño, y á muchos había retirado á las montañas el miedo, y sosegado éste por el P. Figueroa, volvieron á los pueblos.

No fué por el camino de la blandura el teniente de Borja que, sabido el motín y alboroto de los Cocamas, salió con algunos soldados y buen número de indios fieles para reprimir su orgullo é insolencia y atajar los daños que ocasionaban sus armadillas por el distrito de Borja. Buscóles por los ríos, montañas y escondrijos, y cogiendo algunos de ellos llevó consigo á la ciudad los que le parecieron más culpados. Hecha una breve sumaria ajustició á seis Cocamas, y á cuatro Chepeos que resultaron cabezas ó motores principales del tumulto y de la guerra. A ciertos indios Maparinas que fueron presos con los Cocamas y Chepeos, no pareció castigarlos por hallarlos ó inocentes ó menos culpados en las muertes de los religiosos de San Francisco. Por esta causa fueron enviados con salvoconducto al pueblo de Guallaga, en donde perseveran desengañados.

Sintió mucho este golpe de justicia del teniente el P. Figueroa, que siempre fué de parecer, que más daño traería el castigo, aunque moderado, ejecutado en solos diez indios que provecho para la vuelta de los demás, los cuales obstinados en su pertinacia no desistirían por eso de hostilidades y acometimientos en los ríos y montañas. Creía que por los medios de blandura, cariño y mansedumbre se hubieran apaciguado mejor las disensiones y alborotos, como se dejaba entender bastantemente por los muchos que habían vuelto á los pueblos. Sin embargo, no se puede negar que el castigo ejecutado en los pocos por el señor teniente, fué medio utilísimo para conservar los reducidos y para cortar del todo la comunicación de los rebeldes con la gente de los pueblos. Pero tenía muy en el corazón el P. Figueroa á los que se habían escapado, y procuraba con mayor cuidado el reducirlos, no permitiéndole las entrañas de caridad con que los miraba, el omitir alguno de los medios que le sugería el amor para atraerlos. Tuvo ocasión de ejercitar con más desahogo y libertad este oficio de caridad con aquellos miserables desde el año 64, en que, acabado el tiempo del superiorato, se vino á vivir con los Xeveros en su pueblo de la Concepción. Enviábales continuos mensajeros, asegurándoles del perdón, y proponiéndoles la buena voluntad que les tenía, y les explicaba los ardientes deseos en que ardía de verlos en los pueblos entre sus hermanos, en donde serían atendidos con todo amor y cariño. El mismo en persona, con mucho peligro de la vida, hizo varias correrías con que atrajo á varios. De una y de otra manera se iba reparando el daño, con que volvieron reconocidos y pesarosos de haber seguido el partido de los inconsiderados; pero quedó siempre buena parte de Cocamas, obstinados en su resolución y propósito de no volver á los pueblos, y se pusieron en términos en que se negaron á toda comunicación, meditando siempre la manera de vengarse contra la nueva cristiandad, como lo ejecutaron finalmente.

CAPITULO IX

MUERE EL P. FRANCISCO FIGUEROA Á MANO DE LOS COCAMAS APÓSTATAS

No desistieron los misioneros y más en particular el P. Figueroa de tomar noticias del sitio, aunque muy distante, donde se hallaban los rebeldes, y de enviarles con mucha dificultad y peligro de los enviados recados de paz, convidándoles á que volviesen y asegurándoles con el perdón de parte del gobernador. Pero su respuesta era siempre la misma, diciendo que en quitando la vida al misionero de Guallaga se restituirían al pueblo satisfechos ya de su agravio. Tanto era el odio que le tenían por haber puesto freno á sus libertades. Puede ser que acaso el demasiado celo en no disimular algunas cosas, que se deben pasar por alto, particularmente á los principios, les hubiese irritado, exasperado y cegado; y puede ser que acaso el modo serio y grave de las reprensiones ó la ocasión y tiempo menos oportuno de las correcciones enajenase los ánimos. Nada de esto sabemos, pero lo cierto es que en estas circunstancias se hacía más sensible la pérdida del P. Raimundo de Santa Cruz, que hecho dueño del corazón de los Cocamas, les tuvo siempre fieles, dóciles y obedientes hasta emprender con ellos las más penosas, difíciles y arriesgadas empresas, como escribimos largamente. Y cuando se veía precisado á reprender á algún indio, lo hacía con tal tiento, manera y cariño, que él mismo conocía la razón que tenía el misionero en amonestarlo. Por esto el primer principio que asentaba era ganar por todos los medios honestos á los indios la voluntad, porque experimentó desde luego que el amor y buena voluntad hacia el misionero, les abría el entendimiento para conocer las cosas que les decía.

La respuesta repetida de los rebeldes en que respiraban tanto furor y rabia contra el misionero de Guallaga, tenía en grande cuidado á los misioneros. Miraban con cautela á los que volvían reconciliados á los pueblos y observaban con cuidado sus acciones, temiendo siempre de sus genios dobles, traidores y disimulados. Y para que la vuelta de los retirados se hiciese menos dificultosa, mudaron al padre de Guallaga (si acaso no murió por éste tiempo como yo sospecho), y pusieron otro en su lugar, con cuya mudanza no dejaron de venir algunos de nuevo, gozando del perdón general que se les había prometido. Pero como quedaban allá en las montañas los más obstinados y no sabían ó afectaban no saber la mudanza del misionero, disponían sus tiros contra el padre que asistía en aquel pueblo, de manera que estaba como cercado, sin atreverse á salir de la reducción por el temor de no caer en las manos de los que tan ciegamente le perseguían.

Esto movió al P. Figueroa á que emprendiese un viaje para visitar al padre de Santa María, que se hallaba en tanto peligro, consolarle y es-

forzarle en tanta necesidad. No sólo le estimulaba la caridad á esta vuelta, sino también el amor y reverencia que le tenían como á superior actual de las misiones, y el deseo de reconciliarse sacramentalmente, que en tanta distancia de sacerdotes pocas veces se lograba. Con estos fines salió de su pueblo de la Concepción con seis indios Xeveros á principios de Marzo de 1666, y habiendo navegado ocho días por el Marañón, llegó á los quince del mismo mes á la embocadura de un río llamado Apena. Aquí descubrió una armadilla de canoas en que venían bogando los indios con algazara contra las corrientes. Conoció por la lengua que hablaban ser de los reducidos, pero dudaba mucho si eran amigos ó rebeldes. Y, como en aquellos tiempos venían cada día á los pueblos varios de estos á gozar del indulto, también se le ofrecía que, aun en caso de haber sido rebeldes, querrían, por ventura, reconciliarse y agregarse á los pueblos. Con estos pensamientos no dió lugar á temor ó miedo, y mandó á los Xeveros que se apartasen á la orilla para aguardar á las canoas.

Componíase la armada de Ucayales, Cocamas, Chepeos y Maparinas, y traía por capitán un Cocama llamado Pacaya, á quien acompañaba un mozo bien hábil y despierto, criado desde niño en la casa y al lado del misionero antiguo de Guallaga. Estos dos guías ó capitanes habían sido las cabezas del alzamiento, y por eso, temerosos de que si se les llegaba á prender serían, sin duda, ajusticiados como los diez ahorcados en Borja, andaban siempre bien acompañados de gente y prevenidos de armas. Nada de esto sabía el inocente P. Figueroa que, viéndoles ya cercanos, llamó desde tierra á las canoas, para informarse de ellos mismos y seguir juntos el viaje si venían de paz, ó tentar su reducción, si eran rebeldes, como lo había conseguido en muchas ocasiones. Volvieron proa las canoas hacia donde el padre los llamaba, y en esta vuelta resolvieron aquellos impíos la mayor traición contra lo que habían meditado. Porque siendo su furor contra el misionero de Guallaga, hacia donde caminaban, mudando ahora de intención, la convirtieron contra el que se les ofrecía en el camino. Llegaron á la ensenada en donde los esperaba el misionero, que conoció luego ser de los rebeldes viéndolos tan armados. Mas no se asustó por eso, ni cayó de ánimo, creyendo poder vencerlos con amor y cariño. No dieron ellos lugar para tanto, porque, saltando á tierra disimulados, en que son muy diestros, y saludándole con la común salutación de las misiones «Alabado sea el Santísimo Sacramento», le besaron la mano para tenerle divertido y colocarse de manera que consiguiesen á su satisfacción el intento. «Hijos (les dijo el padre), ¿dónde es el viaje? Vamos juntos, que yo os serviré y acompañaré.» A tan amorosa pregunta, y oferta tan amigable, un indio fiero y alevoso, que con artificio se había puesto detrás del P. Francisco, respondió descargando, con mano sacrílega, un recio golpe de remo sobre la cabeza del santo misionero; cayó en tierra desmayado y sin sentido, y al punto el capitán Pacaya, según unos, y según otros el mozo criado en Guallaga, cortó con una hacha la cabeza del cuerpo del venerable padre. Cerraron después con los

Xeveros que le venían acompañando y acabaron en las manos de aquellos impíos. Uno ú otro pudo lograr el escaparse y, ocultándose por entonces entre los árboles y malezas del monte, vino á dar noticia del funesto suceso al padre que asistía en Guallaga.

Los apóstatas, sabiendo que el P. Francisco doctrinaba á los Xeveros, hecha ya la primera carnicería en el Padre y los hijos, mudaron de intención, y dejando ya el pueblo de Guallaga, se enderezaron al pueblo de la Concepción de los Xeveros, pensando poder hacer en él mayor riza, hallándole sin pastor. Asaltaron de repente la reducción desprevenida en que hallaron bien pocos Xeveros, por hallarse los más fuera en la cultura de los campos. Mataron cuarenta y cuatro indios Xeveros y un soldado español que allí estaba, llamado Domingo de Salas. Destrozaron cuanto pudieron, y con el corto pillaje que hallaron se retiraron á sus montañas, llevando en triunfo y con algazara la sagrada cabeza del santo mártir, ya triunfante en el cielo. Ellos la destinaban para tener el gusto de bailar al rededor de ella en sus borracheras, porque este triunfo de tiranía y traición era, según las costumbres bárbaras á que habían vuelto, el trofeo más insigne de victoria; pero el cielo se servía de estos sacrílegos para que conservasen esta preciosa reliquia y para que volviese con el tiempo á los misioneros.

El padre de Santa María, luego que por el Xevero tuvo noticia de la muerte del P. Figueroa, acudió sin perder tiempo con algunos indios fieles y unos pocos soldados á rescatar, si pudiese, por reliquia, su sagrado cuerpo; mas llegado al sitio de la crueldad de los bárbaros, sólo encontró la patena y el ornamento para decir Misa, una suma de moral, algunos papeles rotos, los anteojos de que se servía el santo mártir y un zapato. Todo lo demás lo habían echado al río los pérfidos apóstatas. Vióse precisado á volver poco satisfecho de su viaje, pero consolado algún tanto con aquellos preciosos despojos, que como tales, estimaron siempre los misioneros y los desearon mucho en la ciudad de Quito, en donde fué tiernamente sentida y comúnmente llorada la muerte de varón tan venerable y de los nuevos cristianos que merecieron acompañarle en su triunfo. Dichosos muertos en odio de la fe, como se deja bien entender, por haber recibido también la muerte de mano de aquellos apóstatas que venían con el ánimo perverso de acabar, si pudiesen, con la nueva cristiandad del Marañón, como lo declararon los efectos que se vieron en ellos de quemar iglesias y de profanar los ornamentos sagrados.

Pero sobre todas, fué gloriosísima la muerte del P. Francisco, porque él mismo hizo señal á los rebeldes para que viniesen, con intento de reducirlos á la vida cristiana que habían dejado obstinadamente, ni pudo ignorar, al verlos, quiénes eran, pues á todos los conocía. Fuera de esto, se ofreció voluntariamente, víctima de la obediencia y caridad, recibiendo gustoso en su cabeza el golpe que tiraba á su superior, como lo era entonces el misionero de Guallaga, hacia donde iban enderezadas las proas de las canoas; y era cosa sabida que la rabia y furor de aquellos proter-

vos era principalmente contra este misionero. Además de que el golpe parece que vino de mano del mozo apóstata á quien en nada había ofendido el P. Figueroa, y sólo se daba por sentido del padre que le había criado. Finalmente, se conoció con toda evidencia ser incitados de furor diabólico á matar al padre y sus remeros y á mudar de rumbo hacia el pueblo de la Concepción de los Xeveros, que se habían mantenido fieles, y llevádoles de parte del padre tantos recados amorosos, de perdón y de convite, para que volviesen de paz á los pueblos y dejasen sus bárbaras crueldades.

CAPITULO X

ELOGIO DE LA VIDA Y VIRTUDES DEL P. FRANCISCO FIGUEROA

No me parece fuera de razón ni contra las leyes de una Historia enderezada toda á mover los ánimos celosos de la propagación de la fe en las tierras de gentiles, dar en este lugar alguna mayor noticia de las acciones y vida del P. Francisco Figueroa, varón singular y universalmente respetado dentro y fuera de la provincia de Quito, que vivió por tantos años escondido en las montañas de Marañón, sin pensar en otra cosa que en plantar la fe de Jesucristo en aquellas partes retiradas á costa de innumerables sacrificios, cuidados y peligros de la vida. Muéveme también á esto el haber sido este humildísimo misionero el primer mártir que consiguió regar y fertilizar con su sangre las misiones trabajosas de los Mainas.

Nació el humilde y angelical P. Francisco Figueroa en la ciudad de Popayán, de ricos y nobles padres, que á su fortuna juntaron lo que más importa, un amor grande á la justicia y virtud. Por esto, para que se criase bien y no torciese en su dirección, teniendo en más la educación que el cariño, se privaron gustosamente de su presencia y le enviaron siendo de pocos años al seminario de San Luis de Quito, en donde su genio amable le hizo querer de todos los que le trataban. Creció el afecto viéndole tan inclinado al ejercicio de las virtudes propias de su edad tierna; de manera que ya desde entonces empezaron á llamarle sus condiscípulos con el nombre de ángel, como muy acomodado á su vida y porte.

Acabada la gramática, pidió humildemente y consiguió por su genio suave y apacible, por la capacidad que ya mostraba y por su aplicación á la virtud, entrar en la Compañía; perfeccionóse en el noviciado en todas las virtudes y no se entibió en los estudios, en que salió tan aventajado entre todos sus condiscípulos, que mereció ser señalado para defender en acto público toda la teología escolástica, como lo hizo con singular modestia y lucimiento. Su ingenio, aplicación y modestia le hacían acreedor á los primeras cátedras y empleos de la provincia; mas luego que se vió ordenado de sacerdote, tirado del celo de las almas y del deseo

de vivir escondido y olvidado de todos, pidió con mucha instancia á los superiores que le aplicasen á colegio donde pudiese instruirse en la lengua de los indios. Ya desde entonces tenía en su corazón la resolución de sepultarse en el Marañón y trocar las formalidades y sutilezas de la escuela con las voces bárbaras y toscas con que podría ayudar á los indios á conseguir el fin de su eterna bienaventuranza.

No hubiera conseguido esta su pretensión de tanto retiro de las letras, si no hubiera deparado el cielo una ocasión favorable en que se vió precisado el provincial á enviar un sujeto de toda satisfacción para la fundación del colegio de Cuenca. Mirábase esta fundación como útil y conveniente á la Compañía, por la menor distancia de esta ciudad á las misiones de Mainas, que deseaba establecer el superior de la provincia, y concurriendo en tan críticas circunstancias la instancia del P. Figueroa, fué luego señalado para asistir á la fundación del nuevo colegio. No sólo tuvo aquí el noviciado de la misión, perfeccionándose en la lengua del inga, sino que su aplicación á los ministerios sirvió de ejemplo, de alivio y de consuelo á toda la ciudad, como tocamos más largamente en el libro tercero. A poco tiempo de su mansión en el nuevo colegio, sabiendo el fruto que hacían en las misiones del Marañón sus fundadores, escribió, clamó y lloró por la misión deseada de Mainas, alegando por mérito el estudio, aplicación y práctica que ya tenía de la lengua de los indios. Cedió el superior á tan eficaces instancias y bajó el P. Francisco Figueroa, hacia el año 40, al centro de sus deseos.

Aquí vivió escondido este apostólico varón por todos los años que le restaron de vida, sin que podamos dar noticia particular de sus heroicas acciones, como suele suceder con los demás celosos misioneros, que acabando cosas gloriosas, dando ejemplos ilustres y padeciendo mil necesidades, peligros y persecuciones, sólo tienen por testigos indios rústicos y bozales, que no saben apreciar lo heroico de la humildad, lo sublime de la caridad ni lo subido de la paciencia y mansedumbre cristiana, y no son capaces de conocer distintamente cuánta sea la mortificación de un hombre racional, sabio y prudente, en hacerse rústico con los groseros, rudo con los incapaces, ignorante con los necios; en una palabra, todo á todos, para ganarlos todos á Jesucristo. En tan dificultoso ejercicio perseveró el P. Francisco por veintitrés años, fundando por sí algunos pueblos y ayudando á la fundación de otros muchos, que llegaban ya entonces, si no pasaban de catorce, fuera de los anejos, como hemos visto en el discurso de la historia.

Pero aunque vivió por tanto tiempo retirado de los que pudieran observar en particular sus virtudes, no dejaron de traslucirse algunas que han llegado á nuestra noticia. Y muy en particular era celebrada de todos su profunda humildad, que fué siempre como el carácter del P. Francisco. Desde el principio del noviciado se dedicó á esta importantísima virtud con tantas veras, que mereció ya en aquellos principios el concepto y nombre de humildísimo; los oficios más bajos de la casa eran sus

delicias, nunca salió de su boca expresión ni memoria ni descuido de quién era, ni quién había sido, olvidado del todo de sus nobles y calificados parientes, que desde que salió de sus estudios no le merecieron ni una sola carta. Instándole en una ocasión un misionero que escribiese siquiera una carta á un hermano, dándole noticia de su vida, que sería de mucho consuelo á su familia, se resistió con cortesía. Volvióle á instar el sujeto diciendo: «Cierto, P. Francisco, que no parece V. R. ni hijo ni hermano de quien es.»—«Padre mío, respondió el siervo de Dios, Cristo dijo que tenía por hermanos á los que hacían la voluntad de su padre. Yo cuando entré en la Compañía tuve la honra de que me tuviesen por hermano los que vivían en ella. No puedo olvidarme de éstos ni me olvido de los otros para con Dios. Pero acá, en las misiones, V. R. y yo, debemos decir con Job que el lodo y la miseria de estos valles es nuestro padre que nos sustenta; y los gusanos ó indios con quienes vivimos nuestros hermanos. A estos miro yo como tales y me llevan todo el cariño.»

Esta misma humildad y olvido de todas las cosas que podrían ser de alguna estima y aprecio entre los hombres; le movió á no admitir dos rectorados de los más señalados de la provincia á que le señalaba nuestro padre general respondiendo siempre con eficacia que no había nacido para mandar, que su destino era estar entre los indios y ser súbdito de ellos, y que con esto vivía contento sirviendo á aquellos pobrecillos. Del mismo principio nacía el estudio continuo y aplicación á los libros, no estando ni un solo instante ocioso en aquellos tiempos que le permitían los ministerios, porque se suponía ignorante y decía que le faltaba mucho que aprender, siendo así que consiguió ser el oráculo á quien todos consultaban en las misiones, y respondía á cuantas dudas se ofrecían. A esta causa había llevado consigo á su retiro muchos libros juzgando que eran la más útil alhaja y mercaduría para aquellas soledades. En el Instituto, derecho y ciencia particular de la Compañía que deben aprender con cuidado sus hijos, era tan eminente, que llegó su fama desde los Mainas á Roma. Y esta fué la principal causa porque el general le destinaba para rector del noviciado de Tunja, en el Nuevo Reino, que fué el segundo rectorado que renunció su humildad, para dar lugar al celo de las almas.

Sobre tan sólido fundamento edificó el P. Francisco la vida espiritual y á una humildad tan señalada no podían menos de acompañar las demás virtudes. Su mansedumbre, dulzura y trato eran tan agradables á todos los misioneros, que le amaban y querían entrañablemente, y nos consta que el P. Gaspar Cujía, aun cuando era provincial, por este solo título de su trato, dulce y agradable siempre, le llamaba aquel ángel de las misiones. Su castidad era como de puro espíritu sin carne. Su obediencia como de un instrumento en manos del artífice y como de un hombre todo muerto al mundo y á su voluntad propia. Solo trataba como vivo á su cuerpo, macerándole con ayunos, cilicios y disciplinas. Vivió como justo de la fe, procurando extenderla en aquel nuevo mundo; se alimentaba de la esperanza, teniendo por estiércol todo lo terreno, y ardía en

caridad abrasado de la gloria de Dios y del celo de las almas, por las cuales se expuso á tantos peligros hasta dar la vida por ellos. Concluyo, finalmente, con las últimas palabras de la relación que hace de este insigne varón el provincial del Nuevo Reino. «Vivió siempre entre los nuestros con fama de varón perfecto y justo: y entre los seculares con aclamaciones de santo, y en su muerte con piadosa veneración de mártir. Por tal fué tenido en Borja, en Quito y en Lima, desde donde su virrey el conde de Lemos, en carta escrita al gobernador de Borja á 24 de Octubre de 1670, así se congratula con él sobre la muerte del P. Figueroa: «Cuyo »suceso debemos envidiar, pues nos deja tales prendas de haber alcanzado »la palma del martirio.»

CAPITULO XI

CASTIGO QUE SE HACE EN LOS APÓSTATAS; Y EXTENSIÓN DEL EVANGELIO POR OTRAS NACIONES HACIA EL RÍO NAPO.

El gobernador de la ciudad de Borja D. Mauricio de Vaca, luego que supo el atentado de los Cocamas traidores contra el P. Figueroa y contra los Xeveros de la Concepción, sintió altamente como tan celoso del bien de la religión y de su sólido establecimiento en aquellas partes, la intolerable desvergüenza y criminal orgullo de aquellos rebeldes. Envió al punto desde la ciudad de Loja, donde se hallaba, órdenes muy apretadas á su teniente en Borja con todos los pertrechos necesarios para que sin dilación alguna saliese en busca de los agresores, sin perdonar á trabajos de trasegar ríos y penetrar montañas hasta dar con ellos. Mandó también que, cogidos los rebeldes, como esperaba, se procediese al castigo pronto y ejemplar no disimulando en manera alguna con las cabezas ó principales; pero convidando con el perdón á los demás que arrepentidos de su temeridad volviesen de su voluntad á los pueblos. Previno el teniente con toda celeridad una armada de bastantes canoas con algún número de soldados españoles y con muchos indios valientes de Guallaga y de la Concepción. Llevó consigo por capellán de la armada al P. Lorenzo Lucero, misionero á la verdad nuevo ó recientemente llegado, pero de gran prudencia, corazón y celo, en cuyos hombros se había de sustentar, como veremos adelante, todo el peso de las misiones del Marañón.

Navegó la armada por el Marañón, Guallaga y Apena registrando con mucho cuidado todas las ensenadas, lagunas, torrentes, escondrijos en que solían retirarse y esconderse los alzados; y como los Xeveros y Guallagas fieles eran tan prácticos de aquellos bosques, riachuelos y quebradas, dieron finalmente con la guarida principal de los apóstatas. Prendieron sin mucha dificultad á muchos de ellos y los trajeron bien asegurados á la ciudad de Borja, habiendo recogido y guardado con di-

ligencia la cabeza del P. Francisco de Figueroa que aquellos impíos la conservaban todavía para trofeo de su valor en las funciones bárbaras. Hecha en la capital una breve información y prueba de los gravísimos delitos y atroces crueldades que habían ejecutado en todo el tiempo de su levantamiento, ajustició el teniente las cabezas y perdonó á los demás que mostraban algún arrepentimiento. Acabado el suplicio que se hizo con el mayor rigor y aparato exterior que fué posible, para causar un verdadero escarmiento á los indios, se publicó la guerra contra los que perseverasen obstinadamente en su rebeldía, que no fueron muchos, y se ofreció perdón general á los que la dejasen reconocidos y volviesen arrepentidos á las reducciones. Consiguióse de esta manera (sin duda por los méritos de la sangre del misionero y sus neófitos, derramada en tan gloriosa muerte), que se sosegase la tempestad que había durado tanto tiempo. Volvieron á los pueblos las reliquias que habían quedado de Cocamas y Ucayales, y si dejaron de volver algunos, no pensaron ya en molestar á los reducidos y siguió en paz y sin inquietud el adelantamiento de las misiones.

En este mismo tiempo en que irritado el infierno tiró á destruir por medio de unos traidores apóstatas las reducciones puestas en las cercanías del Marañón, quiso el Señor que se comenzase á establecer la fe por la banda del río Napo, adonde no habían llegado los disturbios de Guallaga, y por cien indios que apostataron en las rebeliones, se ganaron dos mil en el río Curaray y sus vecindades. Fueron éstos, los Oas y Abigiras, años antes descubiertos por el P. Raimundo de Santa Cruz en el río Curaray y en otro río menos principal que desemboca en el Napo. El P. Lucas de la Cueva, siempre atento desde Archidona á la pacificación y población de estos gentiles, no omitía diligencia alguna para disponerlos y ganarlos por medio de sus indios, los cuales tenían ocasión de tratar con los gentiles del Curaray. Salían éstos frecuentemente á pescar en el Napo y á recoger en sus playas huevos de charapas, y se encontraban á veces con las canoas de los cristianos del Napo. Bien informados éstos del P. Lucas, hacían con ellos las partes de predicadores, dándoles noticias de que vivían en poblaciones bajo la dirección de padres y misioneros que les querían y cuidaban mucho, que regalaban á sus hijos, que les enseñaban á conocer á Dios y á vivir cristianamente, administrándoles el Santo Bautismo, sin el cual hubieran sido infelices eternamente, como lo serán para siempre ardiendo en el fuego del infierno todos los que no recibieren el agua saludable de este sacramento. Que la ley de Dios que les predicaban los padres les prohibía el hacer mal á ninguno, debiendo estar cada uno contento con lo suyo, y que observándola vivían en paz, quietud y sosiego, sin matar á ninguno, sin robar lo ajeno, alegres y contentos de haber dejado las continuas guerras, odios y rencores en que habían vivido antes de ser informados de la ley santa de Dios.

Fueron haciendo buen efecto en los Oas y Abigiras los sermones de los indios del Napo, y no dejaban de concurrir para el mismo fin los in-

dios del Marañón que á las veces tropezaban con los mismos gentiles. Informado el P. Lucas de la Cueva de la disposición en que se hallaban, juzgó que ya era tiempo de tratar de la reducción á que le convidaba también una ocasión favorable. Habían venido en el año de 1664 tres misioneros de Quito á la ciudad de Archidona, y tenido su noviciado con el P. Lucas, que, como maestro de todos, les enseñaba el modo de tratar con los indios y de ejercitar con fruto y estimación de los mismos los ministerios apostólicos. Cuando los vió adelantados y prácticos en la lengua del inga, se determinó enviar á dos de ellos (quedándose con uno que le ayudase en su empleo) á las tierras de los Oas y Abigiras. Eran éstos los PP. Esteban Caicedo y Francisco Guels. El primero, sobrino del P. Diego Caicedo, varón apostólico, luz, gloria y ornamento de la ciudad de Quito, de cuyas virtudes y heroicos ejemplos, aunque hay mucho escrito, se pudiera, sin exageración ninguna, añadir mucho más. Y ya que el siervo de Dios no logró misionar á los gentiles por quienes tanto suspiró, nos dejó en su sobrino quien llenase el empleo que no le permitieron á él como más útil y necesario en las ciudades. Había venido el segundo de la provincia de Aragón y trocado las cátedras á que le destinaban como á persona de grandes prendas y de mucha literatura, por las misiones más apartadas del comercio de racionales. Tales resoluciones inspira el celo de las almas en los corazones generosos, que no reparan en distancias y mueren voluntariamente á sí mismos en razón de ganar á Jesucristo las almas redimidas con su preciosa sangre.

Bajó el P. Esteban por el río Napo, y entrando después por el Curaray, navegó como cinco días hasta encontrar con la nación de los Abigiras. Hablóles con mucho cariño y dulzura, ofreciéndose á servirles y quedarse con ellos en persona, si se resolvían á formar pueblo, en cuya formación les ayudaría y les enseñaría el camino del cielo, para el cual les había criado el Señor de cielos y tierra. Como estaban ya prevenidos y sabían bien las ventajas de los cristianos, en poco tiempo se resolvieron á juntarse en un sitio y se fué formando una reducción con los trabajos ya sabidos de desmontes para el pueblo y sementeras, y con las faenas comunes de edificar casas en proporción para las familias. Todo lo ideó el P. Caicedo, el cual se esmeró en hacer una buena iglesia, que no era inferior, aun desde sus principios, á las de los pueblos antiguos; porque procuró alhajarla con parte de la legítima que había reservado en su renuncia para este mismo efecto, aun antes de ser misionero, esperando ser admitido algún día á tan soberano ministerio.

El P. Francisco Guels tomó desde el Napo otro río que se encuentra antes de la boca del Curaray, y siguiéndole vino á parar á los gentiles Oas. Con su maña, caridad y celo los redujo á que viviesen juntos, y quedándose con ellos como misionero propio logró levantar una iglesia razonable y adornarla decentemente, porque la grandeza de la casa de Dios, su aseo y compostura sirve mucho entre los indios para que formen algún concepto de la majestad y grandeza de Dios y del respeto y obediencia

que se le debe. No sólo bautizó los párvulos que le ofrecieron sus padres, con cuyos bautismos suelen tomar los misioneros posesión de las nuevas tierras para Jesucristo, pero aun muchos de los adultos que aprendieron, desde luego, las cosas necesarias para el bautismo recibieron con mucha voluntad este santo sacramento. Sucedió la reducción de los Abigiras y Oas en el año 1665, y como tuvieron desde sus principios misioneros propios que les cuidasen, iban adelantando en la vida política y cristiana, y se esperaba por la parte del Napo una cristiandad floreciente y extendida por ser muchas las naciones de gentiles que vivían á una y otra banda de aquel grande río.

CAPITULO XII

MUERTE DEL PADRE PEDRO SUÁREZ, ALANCEADO DE LOS INDIOS

Mucho era el gusto y consuelo del P. Lucas de la Cueva al ver ya reducidos á población á los Oas y Abigiras, y al entender las buenas esperanzas que daban de un establecimiento firme en las tierras que habían escogido y de una perseverancia inalterable en la religión católica. Para cooperar de su parte á la perfección de la obra, enviaba cuantos socorros podía recoger en Archidona para bien de esta misión. Escribía, dirigía y animaba á sus misioneros y andaba en continuos viajes adonde podía contribuir su presencia y servir de algo su consejo y experiencia. No contento con las vivas diligencias que hacía desde Archidona y con las navegaciones que hacía por el Napo, determinó pasar en persona á la ciudad de Quito en pretensión de nuevos socorros y operarios. Era mucha la mies que se presentaba, y fuera de los Abigiras y Oas que eran muchos y no estaban todos reducidos, le tenían en mucho cuidado los indios Gayes, tanto tiempo había descubiertos, cuya reducción no se había emprendido por la falta de misioneros, habiendo muerto casi en la flor de su edad tantos y tan insignes operarios, como hemos referido en los capítulos antecedentes.

Estas consideraciones llevaron al P. Lucas á la ciudad de Quito, en donde dando cuenta á los superiores de las reducciones nuevamente establecidas y de las que se esperaban hacer, pedía nuevos operarios para la viña del Señor. Estaba tan escaso de sujetos el colegio de Quito, que aun para los ministerios de la ciudad y su contorno se hallaba muy alcanzado. Porque los que entraban en Indias no bastaban para los ministerios regulares de predicar, confesar y enseñar á la juventud, y de la Europa no habían venido jesuítas en varios años. Pero la divina Providencia, que velaba sobre las misiones del Marañón, no faltó en esta ocasión, como proveyó en otras más apremiantes. Puso el Señor en el corazón del provincial del Nuevo Reino el pensamiento de que enviase desde Santa Fe seis estudiantes de los nuestros á cursar en el colegio de Quito en donde

el corto número de escolares acreditaba poco la celebridad y concurso de sus escuelas. El viaje fué largo como de trescientas leguas, y no parecía en lo humano la mayor prudencia enviar expuestos á tantas fatigas y trabajos de un penoso camino á unos jóvenes que podían estudiar igualmente y proporcionarse para los ministerios en el colegio de Santa Fe. Pero el suceso mostró bien que la determinación venía del cielo. Porque si bien hasta entonces ninguno de los padres de Santa Fe había pasado á las misiones de Mainas, cuyo peso había cargado siempre sobre el colegio de Quito, mas ahora de los seis jóvenes del colegio de Santa Fe, acabados sus estudios, dos de ellos, y esos excelentes pidieron con ansia el entrar en las misiones del Marañón.

Uno de éstos fué el P. Pedro Suárez, que ordenado de sacerdote y habiendo comenzado á ensayarse en las misiones de la provincia con mucho fruto y celo ardiente del bien de las almas, no pudo ya, viendo al P. Lucas de la Cueva, contener en su pecho las llamas en que ardía de la conversión de los indios. Pidió en un escrito humilde, expresivo y eficaz que presentó al superior, ser señalado para la misión del Marañón. Decía en suma: «que nunca se habían entibiado en su pecho los deseos que siempre había tenido de consagrarse á la reducción de los indios; y que habiendo celebrado un novenario de Misas para entender la voluntad de Dios, se veía inspirado á proponer sus deseos; que le pedía por la Sangre de Jesucristo que le señalase desde luego para tan santo ministerio.» Concluía su petición con estas palabras: «Y cuanto más breve V. R. me hiciere la merced, tanto más se lo pagará nuestro Señor y se lo serviré.» Y pareciéndole que la tinta muerta no declaraba bien lo vivo y ardiente de sus deseos, lo firmaba con la sangre misma de sus venas.

El superior, leída una escritura tan tierna y tan cordial, se vió como precisado á condescender con sus ansias; y destinándole para las misiones de los Mainas, se lo entregó al P. Cuevas para que lo llevase consigo. Rebosaba contento el P. Pedro viéndose ya señalado al ministerio de evangelizar á los gentiles, y repartiendo con sus condiscípulos los papeles y cartapacios que tenía, «No necesito más, hermanos míos (les decía), que el arte de amar á Dios y de aprender lenguas.» Añadía con sencillez y candor que esperaba morir mártir, conforme á lo que al entrar en la Compañía le había dado á entender el V. P. Francisco Varais, sujeto de gran santidad y muy ilustrado del cielo. Despedido con ternura de todos, y pidiendo que le encomendasen mucho á Dios, salió con su jefe, el P. Lucas, más alegre, gustoso y contento que si fuese á ser rey y señor de todo el mundo.

Llegaron en pocos días á la ciudad de Archidona, y mientras el nuevo soldado de Cristo se instruía en su milicia al lado del antiguo y veterano, llegó un despacho desde los Abigiras con la noticia de hallarse postrado en su pueblo y casi consumido de unas cuartanas malignas el P. Esteban Caicedo. Ofrecióse luego el P. Pedro á ocupar este puesto, teniendo por amenos jardines las malezas de aquellas montañas, y mirando como án-

geles de su guarda la compañía de los indios; pero aunque se ofrecía con toda voluntad á cuidar de los Abigiras se dejaba en todo en las manos de su superior, cuya voluntad miró siempre como la regla segura y cierta de su destino. Atendiendo el P. Cuevas al espíritu y fervor del nuevo misionero, si bien no había tenido tiempo para formarle á su mano para los ministerios con los indios, le señaló para que asistiese interinamente á los Oas, de donde había de salir el P. Guels, para traer y acompañar al enfermo desde las tierras de los Abigiras hasta la ciudad de Archidona. Era este camino peligroso por las muchas naciones guerreras que se hallaban en las orillas del Napo, y no era razón traer al P. Caicedo por un rumbo tan expuesto sin escolta y sin otro sacerdote que le consolase en el largo viaje.

Embarcóse gustoso el P. Suárez en el puerto de Napo, con tres ó cuatro soldados que habían de volver escoltando á los dos misioneros, y llegó sin desgracia al pueblo de los Oas. Detúvose aquí mientras el P. Guels hacía su comisión de conducir á Archidona al P. Esteban y comenzó con grande celo y aplicación á hacer las veces del antiguo misionero. Acariciaba á los indios, les daba donecillos y se esforzaba á enseñar el catecismo, no sólo á los niños, pero á los adultos, y más particularmente á los que se disponían para el bautismo. Conoció desde luego que no se podían hacer grandes progresos en la explicación de la doctrina cristriana por medio de intérpretes por buenos que fuesen, y emprendió con tesón el hacerse cargo de la lengua de los indios que había comenzado á estudiar en Quito. Adelantó mucho en ella en los pocos días que vivió con los Oas, así por la voluntad con que se aplicaba como por su entendimiento despejado y capaz de salir con todo. No le fué inútil esta noticia por ser la lengua de los Oas ó la misma que hablaban los Abigiras, ó por darse mucho la mano entre sí y haber de pasar el P. Pedro á esta segunda nación como propio misionero.

Con efecto, volviendo el P. Guels desde Archidona, en donde dejaba el enfermo, á sus Oas, intimó de parte del superior al P. Suárez que bajase á cuidar del pueblo de los Abigiras. Recibió este destino el fervoroso misionero con mucho gusto y consuelo de su alma, así por mirar en esta obediencia la voluntad de Dios, como por entrañarse más en las montañas del Marañón. Fuéle convoyando el mismo P. Guels, con los pocos soldados de su escolta y después de algunos días de navegación por el Napo, y contra las corrientes del río Curaray, arribaron todos á la reducción de los Abigiras, cuyo cacique los recibió con mucho agrado y con grandes demostraciones de veneración y respeto. Hizo el P. Guels á los Abigiras un breve razonamiento, en que les dijo que les traía por misionero á su pueblo al padre; que verían los grandes deseos que tenía de cuidarlos y asistirlos en lo espiritual y temporal, que sólo para hacerles bien, y porque fuesen dichosos en esta vida y en la otra había dejado el P. Pedro á su tierra, á sus hermanos y cuanto podía desear en este mundo; que no dudaba corresponderían ellos á tanto amor y cariño con estimación, do-

cilidad y respeto. Hecha esta breve plática, se volvió luego el P. Guels á sus Oas, prometiendo al P. Suárez venir á visitarle en cuanto pudiese después de algunos meses.

Quedó contentísimo el P. Pedro sólo entre aquellos gentiles con la compañía de un mozo español, no para que le favoreciese en los peligros, porque no era nada tímido, ni para que le ayudase en las necesidades, porque era muy ardiente el deseo de padecer trabajos, sino para que le sirviese en la Misa é introdujese también por sí mismo alguna policía en la nación. Entabló la doctrina cotidiana de los niños, y procuró desde luego, que asistiesen los adultos los días de fiesta y algunos de entre semana. Explicábales el catecismo, parte por sí mismo, parte por medio de intérpretes, sin perdonar á trabajo, por enterarse bien de la lengua. A todos hablaba con dulzura y cariño, repartiendo de los donecillos y alhajuelas que traía. Llegó á ser tan manirroto con aquellos pobres indios que les llegó á dar cuanto tenía, y aun se quitó la camisa misma para vestir á un miserable desnudo. Con estos oficios de caridad se ganaba los corazones de los Abigiras, que le amaban comúnmente como si fuera padre de todos.

De esta manera pasó algunos meses el nuevo misionero, al cabo de los cuales se vió en grandes necesidades ocasionadas de su misma misericordia y compasión. Porque como todo lo daba, no quedó con cosa ninguna para remediárse á sí mismo. No sólo le faltaba el vestuario, pero aun el vino y la harina para las hostias, y esta falta de materia para ofrecer el santo sacrificio de la Misa le pasaba el corazón, porque no le parecía poder vivir sin este celestial alimento. Entre tanto no se dejaba ver el P. Guels á quien esperaba con ansia, así por reconciliarse, como principalmente para tener ocasión de poder celebrar la santa Misa. Envió un despacho á Archidona, pidiendo vino y hostias y algunas de las cosas más necesarias; pero extraviado el despacho, ni se dejó ver en aquella ciudad ni volvió al pueblo de los Abigiras. No había otro remedio para el P. Pedro que paciencia, encomendar á Dios su necesidad, proseguir con la tarea de sus doctrinas, disimular su dolor, y vivir en la falta de todas las cosas expuesto á mayores peligros y trabajos. Porque los indios, en echando de menos los regalos y donecillos con que los gratifican los padres, muestran comúnmente su genio interesado y traidor y descubren á las veces la hilaza que está encubierta con la lana de los abalorios y dijes que se les pega.

Había pasado casi un año que el P. Suárez había entrado en los Abigiras sin que hubiese habido noticia alguna del nuevo misionero ni en Archidona ni en los otros pueblos de la misión, porque el correo enviado del padre se había perdido, y el P. Francisco Guels no había podido visitarle por ser muy necesario en su pueblo y por no tener escolta para tan peligroso viaje. En este tiempo se extendió la voz del alzamiento de los Abigiras, y como iba tomando cuerpo, puso en cuidado á los misioneros, que no habían tenido noticia en un año del P. Suárez.

El P. Francisco Guels, que aunque bien distante estaba el más cercano á los Abigiras, salió apresurado de su pueblo con algunos socorros el día 4 de Agosto de 1667. La navegación fué larga y trabajosa, y se la hizo más pesada por la incertidumbre del P. Pedro. Llegó, finalmente, al término deseado el día 6 de Setiembre, y en vez de hallar un pueblo bien formado con su iglesia ricamente aderezada, las casas bien habitadas, bien cultivados los campos y aumentado el número de las familias que había observado el año antecedente, no encontró sino un bosque lleno de malezas, sin sendas ni caminos por alguna parte, arruinadas las casas, quemada la iglesia y reducida á un montón de cenizas que no mostraba otra cosa que incendio, ruina y estragos. Quedó atónito con este espectáculo que veía, y fué grande su dolor y quebranto haciendo comparación de aquella soledad y tristeza con la frecuencia de indios y con el contento y alegría de habitadores que había visto poco antes en el mismo sitio. Miraba hacia todas partes y no encontraba un alma que le diese razón de lo sucedido, porque los Abigiras, temerosos del castigo por su atentado, se habían retirado de aquellas tierras. Comenzó á buscar entre las cenizas alguna seña del P. Pedro, y registrándolo todo por aquí, por allá y por la otra parte, encontró el cuello de la sotana, un libro que casi no lo parecía y otros trastillos ya medio podridos, dos dardos quebrados y una de las tres campanas que había en el pueblo, tan abollada de los golpes de piedras, que daba bien á entender haber descargado los indios su ira, furor y rabia contra ella porque les llamaba á la doctrina.

Prosiguió el P. Guels desenvolviendo y trasegando los despojos de la desgraciada lid y tragedia sangrienta; levantaba maderos quemados en la ruina y halló en el sitio donde estaba antes levantada la casa del misionero la caja de los ornamentos sagrados de la Misa hecha un carbón, y que sólo había escapado del incendio el ara y parte de dos candelerillos que servían en el altar. Todo lo demás había perecido en las llamas. Recogió de presto estas reliquias, y haciendo cuanto pudo por informarse en particular de lo sucedido, no encontró persona alguna que le diese noticia distinta del padre ni de los Abigiras. Embarcóse luego sin detenerse por temor de los alzados, y preguntando por el camino á cuantos encontraba sobre el estrago y desgraciada ruina del pueblo de los Abigiras, sólo vino á sacar en limpio de lo que corría en aquellas cercanías que rebelados los indios contra su misionero, le habían quitado la vida por la cuaresma y en el mes de Marzo de aquel año. Volvió el P. Francisco Guels con los pocos despojos que había encontrado, hizo sabedor al superior de lo que había entendido en el camino, y nadie dudó desde entonces de la muerte gloriosa del P. Pedro Suárez, si bien estaban todos impacientes de saber las circunstancias de ella, creyendo que corresponderían sin duda á la expectación que prometían los pasos de su fervorosa vida.

CAPITULO XIII

AVERÍGUASE EL MODO DE LA MUERTE DEL P. SUÁREZ. — CASTIGO QUE SE HACE EN LOS AGRESORES CON ESPECIALES PROVIDENCIAS DE DIOS

Era grande el atentado de los Abigiras para dejar sin castigo tan enorme delito. La muerte violenta que se suponía haber dado á un misionero celoso de veintiséis años, y que era la esperanza de las misiones, el alzamiento de la nación ya reducida, la quema de la iglesia, casas y pueblo, y la tala de las sementeras y campo, todo clamaba por un ejemplar castigo, con que se podrían atajar las funestas consecuencias de un alzamiento más general. Fuera de esto, estaban todos deseosos de saber, en particular, la manera de muerte del P. Pedro, la ocasión de ella, los principales agresores y las virtudes y ejemplos que daría en ella un joven inocente y fervoroso, y que ardía en deseos de la corona del martirio. Desde la misma ciudad de Quito, que lloró mucho la muerte del P. Pedro, se dió orden al superior del Marañón que dispusiese una armadilla para averiguar distintamente el trágico suceso, y para refrenar aquella nación, de quien se temían graves daños en las demás, si se dejaba correr impunemente la insolencia. Aunque esta orden se dió desde luego, no se pudo ejecutar hasta después de varios años. Y acaso lo dispuso así la Providencia, porque el tiempo en que se dispuso la armada y se consiguieron las noticias que se deseaban saber, era el más conveniente para los buenos efectos que se siguieron.

Siendo superior de las misiones el P. Lorenzo Lucero, y gobernador de Mainas D. Jerónimo Vaca de Vega, nieto de su conquistador, tuvo finalmente efecto el salir con la prevención competente al castigo de los retirados delincuentes, y á la averiguación de la muerte que habían dado sacrílegos á su misionero. Salió un capitán con nueve soldados españoles y ciento setenta indios de los más fieles y probados, llevando por capellán al mismo P. Lucero, de quien, como testigo de vista y muy abonado, tomamos la relación de este suceso. Antes de entrar la armada, compuesta de varias canoas, en el río Curaray, en donde había pasado la tragedia, se determinó el capitán á coger primero algunos indios Sucumbios, por haberse extendido la fama de haber muerto los de esta nación al P. Pedro Suárez y al cacique de los Abigiras, de haber cautivado muchos de éstos y vendídolos en la provincia de los Quijos. Pero por más diligencia que hizo el capitán, corriendo todas las islas del río Napo, en donde se creían hallarse los Sucumbios, no pudo dar con ellos, ni descubrir uno siquiera de esta nación, cosa que se tuvo por bien irregular y extraordinaria no parecer entonces en aquellos ríos los Sucumbios, buscados con tanta diligencia, cuando antes cruzaban continuamente aquellas aguas. Como estaban en realidad inocentes, parece que el Señor quería

guardarlos de las opresiones que se podían temer en aquellas circunstancias, y acaso la sangre derramada del mártir abogó por ellos, para que con su ocasión no padeciesen injustamente aquellos pobres indios.

Perdida toda esperanza de hallar á los Sucumbios, entró el capitán por el río Curaray, pero sin lengua ni intérprete, por haber también huido los que entendían la lengua. Logró, sin dificultad, el apaciguar algunas rancherías de Abigiras que no estaban lejos del pueblo en donde había sucedido la desgracia; y á las señales de paz que daban los españoles, y á que correspondían los Abigiras, añadían los principales estas palabras: *Xevero patire Quiriquare,* y al decirlas, señalaban con el dedo el río arriba y se mordían las manos. Conocieron los españoles que daban á entender los Abigiras con aquellas señas, cómo estaba más arriba el principal cacique Quiriquare, y que este malvado se había comido al P. Pedro Suárez. Prosiguieron adelante, y dieron con una ranchería más considerable que juzgaron podría ser el sitio en que habitaba el cacique. No se resistieron los indios, antes recibieron de paz, acaso por temer la superioridad de las armas, al capitán y soldados. No encontraron, como pensaban, al cacique, que ya era muerto, pero tomando lengua, ó por mejor decir, adivinando de las señas que daban en la ranchería, prendieron algunos indios que se habían escapado al monte. Entre otros, cogieron á uno, llamado Lucas Llulla, grande embustero, y que se explicaba muy bien, como ladino, y criado en otro tiempo al lado del P. Cuevas. Puesto Lucas Llulla en presencia del capitán, y preguntado sobre el atentado de los Abigiras, respondió con gran despejo, y con un aire de sinceridad, en esta substancia:

«Puesto que me preguntas sobre la manera de muerte del misionero de los Abigiras, en donde ni me hallé ni pude intervenir por estar muy distante del sitio en donde se ejecutó, diré lo que he podido averiguar sin disimular la causa de mi venida. Yo bajé á esta mi tierra huyendo del P. Lucas de la Cueva con otros dos compañeros, Marcos Puma y Lucas Barbudo; aunque no dejaba de moverme á esta retirada el saber con fundamento si había muerto el P. Pedro Suárez. He averiguado y puedo asegurar con toda certidumbre que los indios Zaparas han sido los agresores, que entrando de repente en el pueblo desprevenido, robaron y quemaron la iglesia, mataron muchos Abigiras, se llevaron la cabeza del padre, quitaron el ornamento, y cargaron con la campana de la iglesia sin que en este primer ímpetu ni arrebato pudieran algunos resistirles. Pero recobrado poco después el cacique Quiriquare, juntó su gente y marchó contra ellos á vengar la muerte de su misionero. Cerró con los Zaparas con tanta furia y denuedo, que mató á unos y á los demás los puso en huida Mientras el cacique cortaba según el estilo las cabezas de los enemigos muertos, rehaciéndose los huidos cargaron contra Quiriquare á quien quitaron la vida con alguno de los suyos, y los restantes, viendo muerto á su capitán, escaparon como pudieron de las manos de los Zaparas.»

Hizo esta relación el embustero Llulla con tanta serenidad y concierto y con un aire de candor y sinceridad tan vivo y natural, que clavándose el capitán y los españoles, no dudaron ser cierto cuanto deponía Lucas, á quien pusieron luego en libertad con otros compañeros presos, y aun pensaron haberle hecho injuria en sólo prenderle, y procuraron reparar esta quiebra haciéndole mil caricias y mostrándose muy obligados á las noticias que les había dado. Son los indios comúnmente diestros en el arte de disimular, de fingir y de adornar sus invenciones, especialmente si han tratado por algún tiempo con los españoles, cuyos meneos, gestos y ademanes remedan perfectamente dando á sus cuentos cierto barniz de gracia y sinceridad con que se concilian el crédito de los oyentes. Quiso el capitán aprovecharse de las luces que había adquirido en esta primera prisión y determinó pasar al castigo de los Zaparas, que juzgaba ser los culpados en la traición. Por tres veces emprendió la derrota hacia el río Pastaza, en cuyas orillas vivían los Zaparas, y todas tres veces enfermaban notabiemente los soldados, y mejoraban de salud desistiendo de la empresa. No sabía el capitán á qué atribuir cosa tan extraordinaria. Finalmente se le ofreció que no carecía de misterio el embarazo repentino que Dios le ponía y tomó el mejor consejo que se le podía dar, de recurrir á su Majestad y pedirle con humildad acierto en aquel negocio. Hecha esta oración, una noche se halló movido por la mañana á prender á los indios Abigiras compañeros de Quiriquare. Ejecutólo sin dilación, y fué del cielo la determinación; porque luego que Llulla los vió presos, se presentó al capitán diciendo que la relación que había hecho en el primer examen era falsa, por haber sido prevenido de los Abigiras cuando había llegado á sus tierras para vivir con ellos. Pero que si le prometía su merced llevarle consigo, y no dejarle en aquellos países, le descubriría en un todo y por todo la verdad. Vino en ello el capitán, y le refirió lo siguiente:

El cacique Quiriquare vivía como bárbaro, casado con doce mujeres, y á su ejemplo los demás Abigiras con cuatro ó cinco, sin que apenas se hallase alguno que se contentase con una sola. Este abuso escandaloso era el principal embarazo para que el P. Suárez doctrinase y educase la gente del pueblo conforme á la ley de Dios, de manera que habiendo de bautizar los niños y adultos catequizados, se recelaba y con razón, de que estos con el tiempo caerían con el mal ejemplo de los demás en la misma costumbre. Aunque veía el padre la grande dificultad que había en quitar tan escandaloso abuso, llevado de su santo celo, se resolvió á arrancar de raíz, en cuanto pudiese, impedimento tan nocivo. Comenzó á predicar con gran fervor y espíritu contra la bárbara costumbre, ponderábales con viveza su fealdad y decíales con energía y palabras graves que por este camino se iban irremediablemente con sus antepasados al infierno porque vivían como ellos, en medio de tener el conocimiento á que no habían arribado aquellos miserables; y que por lo mismo era mayor su culpa que la de sus mismos mayores. Que abriesen los ojos con

tiempo, porque la ira de Dios, si se hacían sordos á sus palabras, iba á descargar sobre ellos.

Los sermones eran continuos y dichos con grande eficacia. Pero el cacique Quiriquare, grande hechicero, bien hallado con su costumbre bestial, llevaba muy á mal tan sanas amonestaciones, y poseído de un furor diabólico, se resolvió á quitar la vida del cuerpo á quien deseaba tan de veras darle la del alma. Juntó seis indios semejantes á sí mismo en lo brutal de sus apetitos y armados todos de lanzas y de dardos se fueron ciegos á la casa del padre, y acometiéndole de repente le atravesó el cuerpo Quiriquare con un golpe de lanza. Cayó el bendito padre en el suelo con la violencia del golpe, pero hincándose después de rodillas, puestas las manos en el pecho y levantados los ojos al cielo invocó tiernamente á Dios diciendo: «Dios mío, Dios mío», palabras que repetía mientras tuvo fuerzas para pronunciarlas. Puesto así de rodillas y fijos los ojos en el cielo, recibió con increible constancia y sin retirar el cuerpo los fieros golpes de las otras seis lanzas, que le atravesaron como el primero, siendo el último el más cruel y rabioso, porque le metió la lanza por la boca para quitarle de ella las dulces palabras: «Dios mío, Dios mío», que repetía. Perseveró diciéndolas aunque con voz quebrada, y vivió algún tiempo después de tan mortales heridas, hasta que al fin, puesto en manos de Dios el espíritu, cayó el cuerpo en tierra bañado en el raudal de su sangre, que como la de su Maestro y Redentor Jesucristo pediría misericordia para los que tan cruelmente la vertían. Trataron los bárbaros de cortarle la cabeza para festejar sus borracheras, bebiendo en señal de triunfo en la calavera del muerto; más sucedió un prodigio que puso en confusión á los mismos agresores. Todos siete probaron los filos de sus cuchillos en la garganta del misionero, pero el cuello parecía de acero y las cuchillas de cera; repetía golpes la fiereza de aquellos brutos, pero no consiguieron dividir la cabeza de los hombros. Suceso tan raro que á los mismos homicidas causó admiración, y así decían atónitos; éste no es hombre como los demás, sino de otra naturaleza superior á la de los hombres. Lo cual se hizo más de notar y admirar cuando cortaron fácilmente la cabeza del intérprete que habían muerto también al lado del padre, y conocieron claramente no estar el defecto en las cuchillas, que tuvieron filo para cortar la cabeza del intérprete y no la del padre Suárez.

Dejaron los homicidas crueles el sagrado cuerpo, espantados de aquel singular prodigio, y los muchachos que asistían al padre, le dieron sepultura. Aunque no falta quien diga que los mismos bárbaros, viendo que no moría tan presto, lo enterraron estando aún vivo, que todo se puede creer de su inhumanidad y fiereza. Luego que los sacrílegos acabaron con el misionero, robaron las pobres alhajas de su casa y quitaron las campanas de la iglesia con los ornamentos de la Misa, sirviéndose de todo en la celebridad de sus fiestas. Pero les costó bien cara la profanación, porque no tardó el cielo en castigar sus enormes sacrilegios. Los

que tocaban las campanas ó profanaban los vasos sagrados, morían de cursos de sangre; y así, juzgando que de aquellas alhajas se les pegaba la peste, las arrojaron todas al río, sin reservar cosa alguna de cuantas habían servido á la iglesia ó al P. Suárez.

El mozo español, añadió Lucas Llulla, enviado del P. Pedro en busca de vino, hostias y harina para el servicio de la Misa, murió ahogado por haberse trastornado la canoa, como es fácil con las corrientes de los ríos. Bien que otros me dijeron, lo que no tengo por increible, que le dió la muerte un indio que iba en su compañía, llamado Alonso Xevero; y que volviendo éste al pueblo, le había reprendido fuertemente el misionero por su alevosía y crueldad. De lo cual se había valido Quiriquare para exhortar á Xevero que se retirase del pueblo estando el padre tan enojado con él; pero que la intención del cacique era muy diferente, porque miraba con ojos lascivos á la mujer del indio, que quería para sí, como lo consiguió finalmente, dando la muerte á Xevero.

Por lo que á mí toca, concluyó el dicho Lucas, vine de Archidona con otros dos compañeros á informarme de la muerte del misionero. Hubiera experimentado la crueldad de Quiriquare como la experimentaron mis compañeros muertos á sus manos, si no hubiera encontrado amparo y socorro en mis parientes. Porque era la intención del cacique no dejar en la tierra quien pudiese dar cuenta de sus maldades, como si faltando en la tierra quien lo delatase, hubiera de faltar el castigo del cielo á tan enormes delitos No tardó el infeliz en experimentarlo; porque viendo yo la insolencia de Quiriquare y qué poco segura estaba mi vida con este bárbaro, procuré prevenirme, y juntando á mis hermanos, parientes y amigos, le quitamos la vida atravesándole á lanzadas, con que pagó el perverso con el mismo género de muerte la que dió sacrílegamente á su padre misionero.

Este fin tuvo el malvado cacique de los Abigiras; veamos ahora el que tuvieron los demás cómplices de la muerte del P. Suárez. Hizo el capitán, después de haber oído largamente á Lucas Llulla, las averiguaciones que le parecieron necesarias. Examinó á los mismos Abigiras y cotejó sus respuestas con la relación que acababa de oir; y hallando que todas las deposiciones convenían en la substancia, dió sentencia de muerte contra los cómplices del homicidio. Hiciéronsela saber á los reos, que todos seis vivían y estaban presos; y viendo los infelices que se iba á ejecutar la sentencia sin remedio, pidieron por dicha suya ser bautizados. Como estaban bastantemente instruidos en los misterios de la fe, tuvo poco que hacer con ellos el P. Lucero, y los bautizó con mucho consuelo de todos, que veían lograda en estos enemigos la eficacia de la sangre derramada del santo mártir. Inmediatamente después de recibido el bautismo, murieron los seis ahorcados á vista de siete parcialidades de Abigiras y de otras naciones amigas. Sus cuerpos, hechos cuartos, fueron puestos en los caminos más públicos, porque su vista sirviese de freno á una gente tan bestial que sólo con un ruidoso suplicio llega á entender su barbarie.

CAPITULO XIV

ELOGIO DEL PADRE PEDRO SUÁREZ

El P. Lorenzo Lucero, hecho bien cargo del modo y circunstancias de la muerte del P. Suárez, del castigo ejecutado en los agresores y de su buen fin y paradero por haber muerto recientemente bautizados, escribió una relación auténtica de todo lo sucedido que pasó á las ciudades de Lima y de Quito, en donde fué venerado de todos el P. Pedro, como glorioso mártir de la fe y castidad. El conde de Castelar y marqués de Malagón, virrey del Perú, luego que leyó el informe del P. Lucero, escribió de propio puño al gobernador de Borja una carta en que declara bien su sentimiento sobre el martirio del P. Suárez, y porque toda ella respira piedad y religión como de tal virrey y tal fomentador de las misiones, pondremos en este lugar algunos rasgos de ella:

«En 30 de Enero del año pasado de 1676 (dice el conde de Castelar á D. Jerónimo Vaca), me refiere el P. Lorenzo Lucero de la Compañía de Jesús, lo mucho que al celo, atención y fineza del señor general D. Jerónimo Vaca debe la misión, en que con tanto aprovechamiento de las almas está extendiendo su sagrada religión... y el glorioso esmalte del martirio con que rubricó el mérito de sus virtudes el P. Pedro Suárez; noticias que después de dejarme con el consuelo y alborozo correspondiente al santo fin de dilatar el nombre de nuestro Señor y su santa fe y misericordias que usó con este siervo suyo, premiándole con tan esclarecido honor, solicitan en mi reconocimiento repetidas gracias á sus divinas disposiciones, por hallarse ya, con el amparo y protección de este ínclito mártir, conseguida la perfección de esta empresa espiritual, pues á sus incesables súplicas y ruegos se allanarán los estorbos é imposibles que en lo humano se le pudieran oponer, etc. Quedo con toda confianza de que se ha de adelantar mucho esta misión corriendo debajo de la protección del señor general y que me dará noticia de los demás favorables sucesos y efectos que espero producirán su fomento.»

No fué menos celebrada la dicha del P. Pedro, especialmente de sus hermanos que envidiaban la suerte de aquel á quien tan tiernamente amaban y acababan de abrazar á su partida. Estaban en el claustro del colegio de Quito retratados los padres Rafael Ferrer y Francisco Figueroa, engolfado aquél en las aguas que lo ahogaron en los Cofanes, y éste en la sangre que derramó en las márgenes del río Apena: pareció conveniente añadir el retrato de este tercer hijo de la Compañía, herido y despedazado de los Abigiras, y salió tan vivo y natural, que parece hablar á los que le miran, y mirar propiciamente á los que le invocan. No era razón negar una copia del retrato de su hijo al capitán Pedro Suárez, residente en Cartagena, que se consolaba más con la compañía de su hijo

muerto en tan gloriosa empresa, que se hubiera consolado con él vivo y siguiendo la carrera de las armas, á que pudiera haber aspirado su nobleza conocida y su espíritu intrépido y valeroso. Pasaron hasta Roma los ecos de la muerte gloriosa de nuestro misionero, pues el muy reverendo P. General, Juan Pablo de Oliva, procuró recoger el escrito en que pedía el P. Suárez las misiones, firmado, como dijimos, con su sangre, y viéndola tan roja y fresca después de catorce años, la besó tiernamente y mandó que se guardase con la relación de su muerte y circunstancias en el archivo de la casa del Jesús en Roma.

Parece que el Señor previno á este siervo suyo desde niño y le dispuso para que muriese en defensa de la castidad. Nacido en Cartagena, de padres nobles, entró de pocos años en el colegio de San Bartolomé de Santa Fe, donde vivía con singular inocencia y aplicación á las letras. Acabada la filosofía, y encomendando á Dios la elección de su estado, se sintió inspirado á entrar en la Compañía, que logró el año de 1657. Comenzó y prosiguió con tales fervores en el noviciado de Tunja, que era el ejemplo á todos los novicios, observantísimo de las reglas y menudencias más frecuentes, muy dado á la oración, recogimiento y mortificación, amante de la pobreza seguida de la humildad, pero sobre todo, purísimo en el alma y cuerpo, esmerándose en elogios de la castidad, para cuya guarda se valía de ayunos y penitencias, de un recato singular en los ojos y de mucha circunspección en la lengua.

Hechos los votos del bienio con grande consuelo de su alma, fué enviado á Santa Fe para oir allí la teología. Pero como la Providencia le tenía destinado para las misiones del Curaray, dispuso de un modo singular, como dijimos, que pasara de Santa Fe á Quito, para aprender en esta ciudad más cercana á su destino aquella sagrada ciencia. El P. Manuel Rodríguez, que hizo con él parte de este largo y penoso viaje, dice en el libro V de su Historia, que observó en el camino unos rasgos de virtud en el hermano Pedro, que le admiraban, y celebra en particular la caridad con que se encargó en el viaje del cuidado económico de toda la comitiva. Estudió en Quito la teología con edificación y lucimiento, y dió fin á ella en un acto mayor á que se destinan los más sobresalientes. Después de la tercera probación se aplicó con tanto celo y fruto á los ministerios de predicar y confesar, que los superiores le enviaron á la misión que suele hacerse por cuaresma en la villa de Ibarra. Fué grande la conmoción de la villa y sus contornos con los sermones del P. Pedro, que tomaba regularmente por tema la fealdad del pecado y declamaba más particularmente contra el de la sensualidad. Celaba mucho que los indios de la casa en que vivía se recogiesen á tiempo y cerrasen las puertas, y él mismo los visitaba varias veces á deshoras con su linterna, de manera que le llamaban el defensor de la castidad. Así le dispuso su Majestad para que desde aquí pasase á las misiones difíciles del Marañón, y recibiese entre estos gentiles la dichosa corona de mártir de la castidad, que había celado con tanto esmero por todo el tiempo de su vida.

CAPITULO XV

FUNDACIÓN DE SAN XAVIER DE LOS GAYES Y DEL CÉLEBRE PUEBLO DE SANTIAGO DE LA LAGUNA

Después de las muertes de tantos misioneros como habemos contado en este libro, proseguía experimentándose notablemente la falta de operarios, y no parece que era tiempo de pensar en nuevas conquistas, especialmente que en esta sazón picó también la peste ó epidemia en las misiones. Y es cosa sabida que en estas ocasiones se dobla el trabajo de los padres en asistir á los indios y curarlos, no sólo en el alma, sino también en el cuerpo, acudiéndolos como se puede con remedios que inventa la caridad en tierras tan miserables y faltas de casi todo lo necesario para la vida. Pero la caridad cristiana no se ciñe ni estrecha tan fácilmente; dilata su esfera y extiende su celo por todos los espacios donde no encuentra obstáculos insuperables. Mucho tiempo había que tenían los padres noticias de los indios Gayes y que tenían puesta la mira en su reducción. El P. Lucas de la Cueva y su coadjutor el P. Sebastián Zedeño, habían procurado disponer las cosas de manera que se fuesen aficionando á población. Empezaron á sacarles de sus montañas con donecillos y agasajos que les enviaban por medio de los indios cristianos, los cuales bajaban al puerto de Napo á sus granjerías de buscar polvos de oro, de hacer pescas y procurar desmontes. En estos viajes concurrían varias veces los indios reducidos con los Gayes; y con la comunicación y trato, y mucho más con las cosillas que les daban, les iban aficionando á la religión y quitando los temores de los españoles. Los mismos padres tuvieron también ocasión de comunicar en estos caminos y navegaciones con tal ó cual principal de los Gayes, y de conseguir por medio de ellos algunos muchachos de la nación para que, instruidos de la lengua y de los misterios de la fe, les ayudasen á la reducción de toda su gente.

Estando la cosa en estos términos, se determinó el P. Lucas de la Cueva á enviar á los Gayes al P. Sebastián Zedeño, que se sentía muy inclinado á pasar á sus tierras, por más que le decían no poder ser firme y duradera la paz con una gente valiente, que habiendo resistido en otra ocasión á los españoles, siempre retenía la enemiga contra los que les habían acometido con las armas en la mano. Sin embargo, el P. Zedeño, fiado en Dios, se ofreció con denuedo á la empresa, y con un mozo y algunos muchachos de la nación, se embarcó sin escolta por no dar ocasión á los Gayes de sospecha ó desconfianza. Bajando y subiendo por varios ríos que dan camino desde Napo hasta Pastaza y Bohono, llegó, finalmente, á las riberas de éste. De aquí, venciendo una montaña, llegó al sitio de la nación que buscaba, el cual estaba extendido entre unos montes asperísimos y muy encumbrados. Como vieron solo al misionero

con los muchachos Gayes, le recibieron, al parecer con mucho agrado, en una ranchería principal. Descubrióles el padre sus intentos por medio de los intérpretes, dióles algunos donecillos y les exhortó á que convocasen más gente, pues se hallaban las principales familias dispersas por varias rancherías, como sucede comúnmente en las otras naciones. Vino luego volando un gran golpe de gente sabiendo que era venido á sus tierras un padre sin escolta de soldados y con algunos niños paisanos suyos, que les aseguraban el buen trato que habían experimentado en los misioneros y las entrañas de caridad que tenían con toda la nación. Apenas les habló el P. Zedeño, cuando se determinaron los principales á juntarse en un sitio y formar pueblo. Eligió el misionero, con parecer de ellos mismos, un lugar que parecía el menos incómodo, á las espaldas de un cerro, y se comenzó el desmonte, reservando la madera mejor y más gruesa para la fábrica de la iglesia y para los edificios de las casas.

Quedóse el P. Sebastián Zedeño con los Gayes, por tres años desde el año de 1669 en que se determinaron en poblar hasta el de 1672, en que vino á vivir con ellos el P. Agustín Hurtado, de quien hablaremos después. Y aunque este celoso misionero fué el principal ministro ú operario que puso el pueblo en policía y le formó á las máximas cristianas, todavía el P. Zedeño rompió el primero aquel terreno, edificó la iglesia, formó casas, bautizó los niños, y comenzó á entablar la doctrina cristiana á que asistían, no solamente los muchachos, pero también los adultos. En poco tiempo se vió ser la nación de los Gayes, más numerosa de lo que se pensaba, porque concurrió al nuevo pueblo gran número de familias, y se conoció que era falsa la persuasión en que estaban todos, de que la nación de los Gayes, era, sí, belicosa pero poco numerosa. Desde los principios tuvo esta reducción la advocación de San Francisco Xavier que conservó en adelante, y su establecimiento se miró como muy ventajoso por no estar muy distante del pueblo de los Roamainas, adonde en tres días de navegación se llega desde los Gayes, bien que desde aquéllos á éstos son menester ocho días de navegación. Tanta es la diferencia de los viajes por los ríos que en tres días se navegaba con el beneficio de las corrientes, lo cual pide ocho si se ha de navegar contra ellas.

Mientras el P. Lucas de la Cueva y su compañero extendían desde lo más alto del Napo sus conquistas, adelantaba las suyas el P. Lucero en lo más bajo del Marañón. Había trabajado mucho por el restablecimiento de la misión de Ucayale, y después de muchos esfuerzos, viajes y convites, no pudo conseguir jamás la paz y amistad de aquellos obstinados Cocamas. Desconfiando ya de su reconciliación, trató de reparar por otra parte el daño con ocasión de las nuevas que le dieron los Cocamas de Ucayale, trasplantados como vimos al río Guallaga. Dijeron al padre estos indios que hacia la parte más alta de las cercanías del río Ucayale, ocupaban un grande espacio de tierra ciertos indios llamados Chepeos, Panos, Gitipos y aun otras naciones. Que no creían hallarse en tan mala disposición para recibir el Evangelio, como los Ucayales, y que ellos

mismos estaban prontos á conducir al padre hasta sus tierras y casas, en lo cual no les parecía hacer poco si se lograba entablar la comunicación y amistad con unas gentes de quienes, siendo enemigas tenían mucho que temer, y siendo amigas podían esperar mucho. Animado con estas noticias el P. Lucero, púsose luego en camino con algunos de los más fieles y prácticos que se ofrecieron al viaje, y después de varios días de camino entró por aquellas tierras que no habían pisado hasta entonces los misioneros, y logró entablar paces y amistad con varias naciones. Aunque en esta primera entrada sólo se abrió la puerta á la comunicación con aquellas gentes; pero con los repetidos viajes y visitas que les hizo el misionero, les fué inclinando hacia la religión y reduciendo al propósito y resolución de poblarse.

Atendiendo el prudente misionero á la distancia grande de aquellas tierras, al genio, costumbres y demás calidades de aquellos indios, y al corto número de operarios, tuvo por expuesto á las novedades é inconvenientes que se habían experimentado en Ucayale, si se llegaban á establecer en parajes tan apartados del resto de la misión. Observó que los Chepeos, Panos y Gitipos mostraban sobre igual inconstancia mayor sagacidad que los Cocamas, y se determinó (ardua empresa) á probar su mudanza al río Guallaga, donde sería más difícil la rebelión y más fácil acudir con los Borjeños y gente de la misión para atajar cualquiera motín, traición ó infidelidad. Hizo en razón de esto mucho más de lo que pensaba al principio, porque se ofrecieron muchas y grandes dificultades á que hubiera cedido, sin duda, otro corazón menos esforzado y animoso que el de este celosísimo misionero. La divina Providencia que había determinado poner en las misiones de Mainas un pueblo numeroso, que fuese cabeza de los demás, ayudó visiblemente á su ministro, allanando las dificultades que parecían insuperables, y abandonando á unos y escogiendo á otros, puso en el corazón de aquellos bárbaros una resolución valiente de dejar la naturaleza de sus tierras y de venir cargados con sus alhajuelas por un camino largo, áspero y trabajoso en seguimiento de su misionero, dejando á su elección el sitio del establecimiento.

Era cosa de alabar á Dios ver subir por aquellas montañas á los padres y madres cargados con sus hijos siguiendo al P. Lucero, como siguen las ovejas á su pastor, no sólo por uno ni por dos días, sino por muchos días continuados en que fué necesario que experimentasen grandes trabajos y necesidades. Pero estaba á cuenta del Señor que les movía á tan peregrina mudanza, el suavizar las incomodidades del camino, y el prevenirles un sitio ventajoso en que viviesen contentos y formasen el pueblo más lucido de las misiones del Marañón. Llegaron á un paraje al levante del río Guallaga y como cuatro leguas de su embocadura en el río Marañón. Puso en él los ojos el misionero, por parecerle sano, despejado y de aire libre, á que se llegaba el estar dominando una hermosa laguna que mantenía gran golpe de aguas puras y frescas. Venían éstas por un canal del mismo río Guallaga y se aumentaban con otros pequeños torren-

tes y quebradas del contorno. En este sitio se formó el pueblo en el año de 1670, con la advocación de Santiago de la Laguna, y á poco tiempo llegó á ser tan numeroso, que arribaba á cuatro mil almas. En medio de componerse de Chepeos, Gitipos, Panos y Cocamas, naciones diferentes, se mantuvo siempre tan unido entre sí, que jamás experimentaron en él los misioneros la menor disensión ó alboroto. Parece que atendiendo el Señor á su primera heroica resolución de dejar sus tierras antiguas por ponerse en las manos de su siervo, echó la bendición al nuevo pueblo, porque no obstante el menoscabo que padeció á los principios por las pestes que sobrevinieron, siempre conservó un número grande de familias, y aumentándose mucho más después de aquellos contratiempos, llegó á tanta policía, orden, cristiandad y gobierno, que fué el modelo, cabeza y refugio de todos los demás, residencia de los superiores de la misión y centro en donde se recogían y conservaban las provisiones y cosas necesarias para los padres y cristianos del Marañón.

CAPITULO XVI

CÉDULA REAL EN QUE SE CONFIRMA EL NOMBRAMIENTO DEL CURATO DE ARCHIDONA Á FAVOR DE LA COMPAÑÍA

Desde el año de 1660 en que había sido señalado el P. Cueva, para administrar el curato de la ciudad de Archidona, había insistido mucho dicho padre para que se obtuviese cédula del rey nuestro señor, que confirmase el nombramiento, no le pareciendo conveniente á los estilos é instituto de la Compañía el mantener el curato sólo interinamente y con varios gravámenes y condiciones, sino en propiedad y sin las modificaciones que se le ponían. Pero como la corte, distraída de tantos negocios y de más monta que el presente, no suele proveer á las necesidades de los particulares en tan corto espacio de tiempo como ellos quisieran, pasaron diez años enteros sin que se diese providencia en esta materia. Y á la verdad, habiendo de preceder informes replicados y venidos del otro mundo para la entera decisión del punto, no es de extrañar que pasase tanto tiempo antes de venir al despacho de la real cédula, en que se concedió á la Compañía la propiedad del curato. Ella está informada con la deliberación más prudente; declara la necesidad que tiene la Compañía de aquel curato, y es un elogio tan calificado del P. Lucas de la Cueva, y de las misiones de Mainas que no podemos menos de ponerla en este lugar. Dice, pues, así:

«LA REINA GOBERNADORA

Presidente y Oidores de la Real Audiencia de la ciudad de San Francisco en la provincia de Quito.

Cumpliendo con lo que el Rey mi Señor (que santa gloria ha), os mandó por cédula de 11 de Abril de 1664, sobre que informásedes cerca de la proposición que hizo el Dr. D. Pedro Vázquez de Velasco, Presidente de ella, de que se confirmase el nombramiento que dió á Lucas de la Cueva, de la Compañía de Jesús, para la doctrina de Archidona, en esa provincia, por ser tan necesaria para la expedición de la conversión y enseñanza de los infieles que habitan el río Marañón; referís en carta de 15 de Noviembre de 1666, que siendo tan del servicio de Dios nuestro Señor el dar á este religioso aquella doctrina en propiedad, para que le sirviese de escala y tuviese en ella otro que socorriese á los misioneros, no había pasado el Obispo de la iglesia catedral de esa ciudad á dársela más que en ínterin. Y Lucas de la Cueva, habiendo tenido noticia de ello, representó en esta Audiencia los progresos que había conseguido en veintiocho años de asistencia en aquella conquista espiritual, y el perjuicio que recibía su religión, de que se le diese la dicha doctrina de Archidona con los gravámenes y condiciones que había puesto el Obispo, y que así hacía dejación de ella; de que se dió vista al Licenciado D. Juan de Peñalosa, Fiscal de esta Audiencia, que pidió se ordenase al dicho Lucas de la Cueva que prosiguiese en aquel curato en conformidad de lo que se mandaba por la dicha cédula y como lo hacían los demás curas; pues siendo la religión de la Compañía de Jesús la que únicamente había plantado y propagado la fe católica en parajes y climas tan inhabitables, padeciendo tantas penalidades, riesgos y trabajos, se podía atribuir á injusticia privarlos de aquella doctrina, encomendándola á otra religión, demás de que sería abandonar lo que habían reducido si se hacía novedad, refiriendo juntamente lo ejemplar de su vida y lo que esta religión había obrado, así en esta doctrina como en las de la ciudad de San Francisco de Borja, provincia de los Mainas, en la conversión de los indios, penetrando hasta lo más remoto de aquellos parajes, y otras razones que se le ofrecían á este fin, y con esta respuesta se acordó continuase el dicho Lucas de la Cueva en el curato de Archidona en la forma que se servía el de la ciudad de San Francisco de Borja en el ínterin que yo mandase otra cosa como parecía de los autos que remitiades: y lo que podiais afirmar es, que esta religión es la que únicamente se emplea en la conversión de los indios infieles de los parajes referidos con mucho fruto, y faltando por algún accidente su residencia, tenéis por evidente que se cerraría la puerta para la continuación, porque los demás religiosos no atienden á estas conquistas espirituales ni tienen al presente sujetos para ellas aunque se moviesen por alguna razón de emulación, y los clérigos rara vez ó nunca se habían desvelado en esto, antes bien huyen de asistir en los curatos de las montañas por las dificultades y riesgos á que están expuestos, de que se origina el vivir siempre los indios en su idolatría, y el dicho Lucas de la Cueva es sujeto de suma virtud y pureza y de ardiente celo para la conversión de los indios, y le aman y veneran con gran re-

verencia por el abrigo y consuelo que hallan en su comunicación, y que tiene mucha experiencia en estas misiones por la continuación de treinta años que ha estado en ellas, con el gran fruto que es notorio en todo el Perú y lo conocieron los Virreyes conde de Alba y conde de Santisteban, y añadís el martirio que padecieron Francisco de Figueroa y Rafael Ferrer de la misma religión, como también se podía recelar de Lucas de la Cueva y de los demás misioneros que le asistían, por la inconstancia de los indios.» Y en otra carta de la misma fecha (que se recibió juntamente con la referida) «satisfacéis á otra cédula de 11 de Septiembre del mismo año 1664 en que os ordenó informásedes sobre el Sínodo que habían menester los religiosos de la Compañía de Jesús para proseguir en las reducciones de los dichos indios, no obstante que el Obispo había escrito se les podía señalar de 300 á 400 pesos cada año, con calidad de que pidiesen presentación y canónica institución; respecto de que estaban con el dominio absoluto, sin pagar diezmos ni tributos más que el camarico que habían menester los religiosos: y decís que lo que en todo se os ofrece es que la religión de la Compañía de Jesús solamente ocupa las dos doctrinas referidas de San Francisco de Borja en los Mainas y la de Archidona de los Quitos, que son fronteras de la gentilidad, y de esta última sólo percibe 180 pesos de estipendio en las cajas reales. Y aunque en la tierra adentro habían reducido los indios á pueblos y policía y erigido y fabricado iglesias, donde les administraban los santos sacramentos doce religiosos sacerdotes, en esto no pretenden Sínodo por considerarse anejas de las de Borja y Archidona, y poco permanentes por la inconstancia de los indios y con la buena disposición y régimen que siempre observa esta religión, las había mantenido sólo con el Sínodo referido, y otras limosnas y socorros del colegio de esa ciudad. De manera que su desvelo sólo atiende á la propagación del santo evangelio y relevar las cajas reales de mayor carga. Y os parece que se podría señalar 400 pesos ensayados de sínodo á las doctrinas de San Francisco de Borja y Archidona en las cajas reales de esa ciudad, libres de mesadas por ser tan corto este situado para doce religiosos, y no haber en las cajas reales de la ciudad de Loja finca fija de donde pagarlo; y que en lo demás que insinúa el Obispo tocante á los tributos y diezmos, la miseria de la tierra releva de que se ponga en práctica este medio, por ser toda arcabuco muy cerrado, y no tener más frutos que los silvestres con que se sustentan, y se podía recelar que los indios, viéndose gravados, se ausentarían la tierra adentro y se perderían las almas de los reducidos, como sucedía aún con menos causa; y habiéndose visto en el Consejo real de las Indias con otras cartas y papeles tocantes á esta materia y lo que en razón de ella dijo y pidió el fiscal en él, atendiendo á los buenos efectos que representáis se experimentan en la conversión, doctrina y enseñanza de los indios idólatras por medio del celo y cuidado con que asisten á ella los misioneros de la religión de la Compañía de Jesús, y á lo mucho que conviene para la propagación de la santa fe católica y bien de aque-

llas almas, que estas misiones se vayan continuando con todo esfuerzo: *He tenido por bien de confirmar, como por la presente confirmo, y apruebo el nombramiento hecho por el Dr. D. Pedro Vázquez de Velasco, siendo Presidente de esa Audiencia, por lo que toca al patronazgo Real, en el dicho Lucas de la Cueva, de la Compañía de Jesús, para la doctrina de Archidona. Y por otro despacho de este día encargo al Obispo de la Iglesia Catedral de esa ciudad que luego que le reciba le dé la canónica institución. Y mando que la provisión de esta doctrina se haga de aquí adelante, habiéndose cumplido en todo con lo que dispone la Cédula del Patronazgo Real; y para que los dichos religiosos tengan los medios precisos para poder cumplir y asistir á lo que es tan del servicio de Dios y del Rey mi Hijo, haréis que á los misioneros de las dos doctrinas de San Francisco de Borja y Archidona, se les acuda con 400 pesos ensayados de Sínodo, cada año, libres de mesada que como queda referido tenéis por necesarios, y que se paguen de la Real Caja de esa ciudad como lo proponéis, que por otra mi cédula de la fecha de ésta mando á los oficiales reales de ella que lo cumplan y ejecuten así. Fecha en Madrid á 21 de Abril de 1670 años. Yo la Reina:* Por mandato de su Majestad, D. Gabriel Bernardo Quirós.

Así favoreció y socorrió la reina gobernadora D.ª Mariana de Austria á las misiones de Mainas, proveyendo que se diese en propiedad el curato de Archidona á la Compañía, de la misma manera que tenía en propiedad el curato de San Francisco de Borja, señalando un estipendio congruo para que desde estas dos fronteras de la misión se socorriese y acudiese á los misioneros que residían en los pueblos interiores de cuyo número, cuidadosa administración de sacramentos y del celo con que solicitaban solos los religiosos de la Compañía de Jesús la salvación de las almas, de toda aquella escondida gentilidad, es un elogio bien autorizado el que se contiene en los informes de los ministros de su majestad referidos en la misma cédula, de la cual consta también cómo queriendo dejar el curato el P. Lucas de la Cueva, por no parecerle conveniente el retenerlo con los gravámenes que se le ponían, la Real Audiencia de Quito no quiso venir en ello y determinó que se volviese á su iglesia, hasta que del despacho é informe enviado al Consejo de su majestad, resultase la confirmación absoluta que no dudaba haría su majestad del nombramiento hecho por su presidente.

CAPITULO XVII

DEJA VOLUNTARIAMENTE LA COMPAÑÍA EL CURATO DE ARCHIDONA POR NO GUARDARSE EN LA COLACIÓN LOS PRECEPTOS QUE INSINÚA LA CÉDULA

Después de una cédula real tan honorífica, y favorable á las misiones del Marañón, parece que quedaban éstas no menos sostenidas del gobierno, por la parte de Archidona, que lo estaban por la parte de San Francisco de Borja, á que se llegaba también el aumento del sínodo, que hasta entonces había sido bien corto y de poca ayuda para los gastos de

los operarios de Mainas. Pero estas ventajas duraron solamente por el tiempo en que vivió el P. Lucas de la Cueva, cuya muerte, sucedida dos años después de la publicación de la cédula, como veremos, dió ocasión á nuevos disturbios y pretensiones; y no conviniendo la Compañía en las onerosas condiciones expuestas á negociaciones y valimiento de príncipes, que ponía el señor obispo, antes de venir á la colación del curato, tuvo por bien de ceder al derecho de aquella doctrina, queriendo antes privarse de lo que parecía corresponderle, que fomentar pleitos y ser ocasión de disensiones.

Apenas acabó sus días el P. Lucas de la Cueva, cuando levantaron en Quito varias controversias sobre la propiedad del curato de Archidona, diciendo unos que sin duda pertenecía de derecho á la Compañía, por la cédula de su majestad, que mandaba se les aplicase para fomento y frontera de las misiones; y sosteniendo otros que en fuerza de la cédula solamente se concedía á la Compañía el curato, mientras se entablaban las misiones, y que era singular el nombramiento del P. Cuevas. Por consiguiente, muerto éste, debía volver el derecho á los señores clérigos. Bien se deja entender cuán lejos estaba del orden de la reina este modo de pensar; pues concedía el curato á los jesuitas, *para que los religiosos tuviesen los medios precisos con que poder asistir á lo que era tan del servicio de Dios y del rey su hijo.* Y aun por esta misma razón aumenta el sínodo, no solamente de la doctrina de Archidona, sino también de la de San Francisco de Borja, en atención á que, siendo doce los misioneros que residían en las doctrinas interiores, pudieran percibir algún socorro en sus necesidades. Fuera de esto, lo que movió á su majestad al nombramiento del P. Lucas, es, como se dice en el despacho, *ver los buenos efectos que se experimentaron en la conversión y doctrina y enseñanza de los indios idólatras, por medio del celo y cuidado de los misioneros, y lo mucho que conviene para la propagación de la santa fe católica y bien de las almas, que las misiones se vayan continuando con todo esfuerzo.* Todas estas cláusulas significan claramente continuación, fomento, sucesión, y que no tanto se daba el curato de Archidona al P. Lucas de la Cueva, como á la Compañía de Jesús, para que pudiese, por medio de sus hijos, continuar con esfuerzo las misiones del Marañón, asistir á los indios, doctrinarlos y enseñarlos, y atender á la propagación de la fe. De lo cual se colige evidentemente que, estando pendientes todos estos efectos, y durando estos motivos y razones después de la muerte del P. Cuevas, se debía dar el curato á otro de la Compañía; pues en solos dos años que le tuvo aquel padre, no se lograron aquellos efectos, de manera que verificasen las cláusulas arriba dichas.

Sin embargo de estas razones tan claras y convincentes, se hallaban personas que favorecían á los clérigos en sus pretensiones. Pero no es difícil el adivinar las razones que, á lo que yo pienso, les movían. Tenían su parte el interés, y los encuentros y disgustos que habían precedido con los administradores de las encomiendas, estimulaban á varios para que se solicitase por todos los caminos que volviese el curato á los clérigos

con quienes pensaban acomodarse mejor en sus intereses. El P. Lucas de la Cueva jamás había querido ceder con los españoles en materia tan expuesta á vejaciones con los pobres indios. Siempre les protegía, volvía por ellos y se ponía de su parte en las frecuentes competencias que ocurrían de indios tributarios con encomenderos, porque aquellos miserables no se negaban regularmente á lo justo y razonable, según las leyes primitivas y fundamentales de las encomiendas; pero los administradores, como suele suceder, tiraban á adelantar sus fueros á costa de los sudores y fatigas de los pobres indios. Este tesón del P. Lucas y esta caridad con sus feligreses, le había acarreado algunos enemigos, que no teniendo esperanza de adelantar sus intereses si proseguía la Compañía en la administración del curato, clamaban por los clérigos, en quienes no habían experimentado tanto empeño.

Otra nueva razón se descubria en las circunstancias, que hacía más apetecible el curato de Archidona que lo había sido antiguamente. Sabían todos las considerables mejoras que había introducido el P. Lucas en aquella doctrina, no sólo por los ornamentos de la iglesia que había llevado desde Quito, sino también por la policía y buen orden del pueblo y por las habilidades que habían aprendido los indios. De manera que siendo Archidona poco antes una doctrina bien poco apetecida, así por ser de montañas como por su distancia de la ciudad de Quito, ya con haber estado en ella la Compañía por doce años se juzgaba (poniendo mucho de sí la imaginación que se deja llevar bien fácilmente de las apariencias) un Potosí en las riquezas, un recreo en las conveniencias, no ya destierro de las gentes, sino una ciudad muy acomodada para los usos de la vida.

Era muy advertido y discreto el prelado de la ciudad de Quito, para dejarse deslumbrar de estas razones: conocía muy bien el derecho de la Compañía al curato fundado en la real cédula y en los fines y motivos de ella, y que por adelantada que se hallase aquella doctrina en el aseo de la iglesia y cultura de los indios y otros buenos establecimientos no se podía negar sin injusticia á los padres. Por esta causa no quiso innovar nada en orden á las personas á quienes le parecía corresponder el curato; pero pensó en un modo singular y del todo nuevo para la Compañía, de *instrucción* y *colación*. Pretendía que se diese á los jesuitas el curato, pero con una especie de oposición ó concurso, de suerte que, examinados varios de la Compañía, se nombrasen tres sujetos, y, hecha la nómina, se pasase á la elección del que pareciese más conveniente. El superior de la religión que es el que conoce los sujetos proporcionados á los empleos, venía, y no hacía poco, en el número necesario de los que se debían presentar y no se oponía á que fuesen examinados; pero propuso eficazmente los inconvenientes que había en el modo que pretendía el obispo contra el instituto de la Compañía, que no permitía resquicio de negociaciones, de conveniencias ó dignidades, ni valimiento de seglares, para las ocupaciones que debían ejercer los que la religión juzgaba convenientes.

Esta condescendencia del superior en presentar á tres sujetos entre los cuales era uno el maestro actual de teología, para que fuesen examinados, y se pasase á la elección de quien tuviesen por más acertado y conveniente, dió nueva ocasión á que se volviese á dudar del derecho que tenía la Compañía al curato, lo cual junto con varias hablillas que corrían de que no era la mira de los gentiles sino el deseo de las conveniencias propias el que movía á los jesuitas á procurar la doctrina, dió motivo á la Compañía á dejar la parroquia que se miraba tan útil en los ojos de muchos, esperando que no le faltaría el modo de mantener las misiones del Marañón sin este socorro, como las había mantenido y llevado adelante tantos años.

Hubiera sido negocio bien fácil el conseguir á falta de las misiones la declaración del consejo y de la voluntad de su majestad en haber dado aquella doctrina á la Compañía, pues duraban, como vimos, los motivos de la concesión y perseveraba todavía el fin del católico celo que era la conversión de tanta gentilidad. Por otra parte no se podía obligar á la religión á que hiciese otra cosa que presentar tres sujetos como lo hacía, pues en la cédula misma se ordenaba esto mismo, cuando dice su majestad: *Mando que la provisión de dicha doctrina se haga de aquí adelante habiéndose cumplido en todo con lo que dispone la cédula del patronazgo real,* que es decir que se propongan tres sujetos como en ella se contiene. Pero por evitar ofensiones no se tuvo por conveniente recurrir al consejo ni hacer cosa de pleito lo que era sólo de utilidad á las misiones. Dejóse el fuero y el huevo, y se confirió el curato á un clérigo, persona en realidad digna de mayores empleos, por su calidad y letras. Pero, educado con la leche de la Compañía, de buenos respetos, é incapaz de hacer traición á la razón conocida, supo decir en varias ocasiones que se ofrecieron, en qué había consistido la oposición con los jesuitas en las controversias contra la doctrina, que todo estribaba en los encuentros de los encomenderos con los indios feligreses del P. Lucas, que con pecho varonil se oponía á las vejaciones de los amos y defendía con tesón la libertad de los encomenderos. También se conoció con el tiempo no ser muy apetecible para el descanso ó conveniencia una doctrina en que ni el arte, ni la industria, ni los frutos, ni los haberes servían de otra cosa que de poder vivir estrechamente, y con las incomodidades indispensables que llevan las montañas, y montañas tan apartadas de Quito, cuyos caminos sólo parerecen transitables á la caridad cristiana y al celo espiritual de las almas.

CAPITULO XVIII

MUERTE DEL P. LUCAS DE LA CUEVA Y DE OTROS VARIOS MISIONEROS

No fué la mayor pérdida para las misiones de Mainas el verse ya sin la doctrina de Archidona en medio de haber servido por la parte del

Napo, como de una ciudad de refugio y presidio de la conquista espiritual de los gentiles; harto más detrimento trajo á los aumentos en que se pensaba de reducciones la pérdida de los muchos misioneros que en este mismo tiempo faltaron por enfermedades ocasionadas de la mucha fatiga y del destemple poco conforme á los españoles, que en tantas humedades juntas con tan excesivo calor, comúnmente paran en hidrópicos. Había salido de la misión todo llagado y sujeto á diversos achaques el P. Vicente Centellas á curarse en Quito. La cura se tuvo por casi milagrosa, pero el no concederle volver á la misión, y destinarle para procurador á Roma parece que causó á su mismo celo la muerte en la corte de Madrid el año de 1671. Otro misionero mozo fué llevado á Quito ético y consumido de otros varios achaques, y como hubiese mejorado con los frescos de aquella ciudad, le enviaron los superiores, aunque con mucha repugnancia del convaleciente, al colegio de Cuenca. Pero, como en la primera jornada pasase una noche molestísima con la batería grande que en su corazón sentía por dejar las misiones, no pudiendo resistir á tantos golpes, despachó desde aquel mismo sitio un propio al superior, pidiendo con instancia que se le permitiese mudar de rumbo y volver al Marañón. Porque estaba de su parte resuelto á vivir y morir en las misiones con las armas en la mano. Condescendió á la súplica el provincial, y parece que quiso el Señor dar salud más cabal al misionero, en donde parece que iba á sepultarse.

No sé qué interior atractivo ponía su majestad en los padres que salían de la misión á curarse, que todos suspiraban por volverse á ellas aun antes de sanar de sus achaques y enfermedades. Esto se observó principalmente en tres insignes operarios, que todos murieron en este mismo tiempo. Había salido á los colegios, como dijimos, el P. Esteban Caicedo, sujeto á unas cuartanas malignas, pero luego que se vió libre de ellas, mal hallado fuera del Marañón, volvió á las misiones, en que murió con grande edificación y consuelo de su alma. Casi lo mismo sucedió al P. Ignacio Martínez, cuyo retorno al Marañón después de su cura sólo sirvió para que Dios, llegado al pueblo de su asistencia, premiase el mérito de sus fervores, con una ejemplar muerte en su deseado destierro. Aun más pronta fué la muerte del P. Francisco Guels, que no estando todavía libre de sus males é hinchazón, instó por volverse de Quito al centro de sus deseos. Como era operario muy práctico en las misiones y su asistencia parecía necesaria, vinieron en ello los superiores. Con esta licencia luego se dispuso para el viaje, y hecha una confesión general muy á satisfacción suya con un padre del colegio, se puso en camino por la vía de Archidona. Pasado el valle de Cumbaya y las primeras jornadas de tierra limpia, apenas empezó á caminar por la montaña cuando el temple húmedo y trabajos pusieron en agitación todos los humores y se vió de repente oprimido de todo el tropel de sus achaques. Crecía el ahogo de pecho, aumentábase la hinchazón y no hallaba sosiego con la ardiente calentura. Llegó como pudo á una estancia cercana á Baeza, y cuando

pensaba hallar en ella algún abrigo, murió á poco tiempo, tendido en una casa pajiza y ayudándose él mismo á bien morir en tanto desamparo, pero con grandísimo consuelo de acabar su carrera á la vista de las misiones.

Fué muy sentida la falta de este esclarecido varón, á quien arrebató la muerte á la edad de treinta años, por ser uno de los operarios de más esperanzas en los Mainas, pues en solos cinco años de su ministerio había trabajado por muchos y adquirido grande práctica y conocimientos del natural de los indios y del modo de tratarlos y manejarlos. Pero si fué esta muerte llorada de los misioneros, fué generalmente sentida de todos los indios cristianos y de todos los padres de dentro y de fuera de la misión la del P. Lucas de la Cueva, consuelo de los pueblos, maestro de misioneros y primer apóstol del Marañón. Había venido de Archidona con algunos indios de la ciudad de Quito, lleno de llagas, consumido de calenturas y casi baldado, de manera que parecía una cosa prodigiosa el haber llegado á la ciudad cojeando, agarrándose de los indios y atravesando por varios días caminos que apenas puede andar el hombre más sano. Pero la viveza y valor de su espíritu todo lo venció, y á fuerza de mortificación grandísima cumplió perfectamente con esta obediencia de los superiores, que viéndole tan postrado, le obligaron á que tomase algunas medicinas para el recobro de su salud. Hizo cama dos días, en que estaba tan avergonzado de sí mismo, que pidió por amor de Dios al superior que le dejase andar de pie, añadiendo que esto mismo le ayudaría para mejorar si es que sus males tenían algún remedio. Habida esta licencia, entabló su distribución diaria en el colegio, que se reducía á estar en el confesonario toda la mañana, decir su Misa á las diez en los días de trabajo y en los de fiesta á las once. Comía á mesa tercera con los indiecitos que había traido consigo, quitándose lo que necesitaba de su sustento para regalarlos más y acariciarlos. Los ratos que le sobraban de sus ejercicios espirituales los empleaba en catequizar á dos indios de poca edad que se disponían para el bautismo. De esta manera procedió algunos meses en el colegio, siempre semejante á sí mismo, el que no hallaba otro consuelo que el enseñar á los rudos, hacerse salvaje con los salvajes y niño con los niños.

Pero sobreviniéndole por el mes de Septiembre unas ardientes y malignas calenturas, no pudiendo estar en pie, hubo de postrarse en la cama. Conocía desde luego que se moría, y en este punto le asaltó un cuidado que no había experimentado en otras ocasiones de peligros inminentes de la vida. Era éste un grande pesar de no morir en las misiones, ya que no fuese derramando su sangre por Cristo, siquiera padeciendo allí los últimos trabajos entre sus nuevos cristianos. ¡Tantos años, decía, vividos en las montañas tienen en la ciudad su paradero! ¡Yo en cama! ¡Yo asistido de médico y medicinas! ¡Oh desdichado de mí! Hubo quien le encontró llorando amargamente porque no moría entre sus indios y en el mayor desamparo. Con este sentimiento que afligía su cora-

zón le daba el Señor ocasión de merecer lo que hubiera merecido con una muerte desconsolada en la soledad más incómoda, porque conformaba con valor su voluntad á la divina, causando grande edificación á los presentes las palabras encendidas con que declaraba y concordaba los afectos al parecer contrarios de su afligido espíritu. No dejaba de darle algún consuelo el ver su cama rodeada de los indios y muchachos que había traido de Archidona. Sentían éstos, como hijos del P. Lucas, su aprieto y el desamparo en que quedaban, y él se enternecía con ellos, les consolaba y alentaba á ser buenos cristianos para seguirle al cielo, donde esperaba verlos y vivir con ellos eternamente en aquella patria dichosa de los bienaventurados.

Cuando llegó el último aprieto, recibidos con mucha devoción todos los sacramentos, cayó en un género de modorra ó suspensiones, en que no se le oían tanto palabras como ciertos suspiros y afectos hacia el Señor. Dos días y medio pasó de esta manera, con dolores al parecer intensos, y asistiéndole como al medio día dos padres en aquel trance, les dijo el enfermo: no es hora todavía, váyanse VV. RR. á descansar, que yo les avisaré. Fuéronse los padres, y entre las tres y cuatro de la tarde los llamó por un indio, diciendo que era tiempo. Asistiéronle como por dos horas, al cabo de las cuales, entre repetidos coloquios con Dios, entregó, como se esperaba, su espíritu, para recibir de su piedad el premio de sus trabajos.

Allí salieron de represa los clamores de sus hijos huérfanos, los muchachos de las misiones y las aclamaciones que después de la muerte permiten las virtudes de los siervos de Dios. Todos le juzgaban gozando inmediatamente del eterno descanso por premio de tantos años de misionero apostólico. Hízose su entierro en el día siguiente, y necesitó de resguardo su cuerpo para atajar los desórdenes que se temían del concurso grande de la ciudad, que prorrumpía en demostraciones de veneración y piedad. Consiguieron algunos de fuera tal cual de sus pobres alhajas, las que conservaron por reliquia. Y los del colegio, que solamente de paso le habían gozado vivo, se holgaron de tener el depósito sagrado de su cuerpo, después de haber observado los últimos ejemplos de sus virtudes y admirado un ejemplar digno de toda imitación, modelo de observancia religiosa, y más en particular de aquellos hombres apostólicos que exponen su vida sin temor á los peligros por ganar almas á Dios.

Murió el P. Lucas de la Cueva de edad de setenta y seis años, en el de 1672. Su patria fué la villa de Cazorla, y habiendo entrado en la provincia de Andalucía pasó á la de Quito, en donde, acabados sus estudios, tuvo por empleo de toda su vida el ejercicio de las misiones. Las primeras en que se estrenó las hizo en lugares de españoles y en pueblos de indios cristianos, con mucho fruto de todos. De aquí pasó al Marañón á romper el terreno de aquel espacioso campo de gentiles, con quienes vivió desde el año de 1638 hasta el de 1672, siendo el primero que ganó con su paciencia y constancia á los Xeveros y otras muchas naciones. Gobernó la misión por muchos años, fué maestro de casi todos los misioneros, edificó,

con su porte religioso, á la ciudad de Lima, confundió, con su paciencia y humildad, á la de Quito, y dejó, generalmente, un deseo de sí, no sólo en la provincia, pero más principalmente en las misiones, que quedaban sin el P. Lucas en grande desconsuelo, los pueblos sin defensa, los padres sin abrigo, y echando de menos aquel aliento de vida que les comunicaba su celo, siempre solícito de adelantar la propagación de la fe y de procurar nuevos operarios que, sucediéndose unos á otros, pudiesen llevar la pesada carga de su ministerio. Pero el Señor, que llevó para sí al padre Lucas y á tantos otros misioneros, supo y quiso conservar, y aun aumentar, las misiones por medio de unos pocos operarios en quienes infundió un espíritu doblado, como veremos en el libro siguiente.

LIBRO VI

CAPITULO PRIMERO

ESTADO DE LA MISIÓN EN EL AÑO DE 1672.

Hasta aquí hemos tenido y podido recoger noticias, aunque no siempre tales como quisiéramos, tocantes á la misión del Marañón, y según ellas hemos ido tejiendo la Historia con el orden que nos ha parecido más natural y claro; pero desde el año de 1672 entramos en una obscuridad tan grande, ocasionada de una quema desgraciada de papeles en el archivo de Santiago de la Laguna, que apenas acertaremos con el hilo de la Historia y con la cronología de los hechos. Correrá la narración por muchos años á manera de índice, y sin determinar algunas veces el tiempo en que sucedieron cosas bien notables. A la verdad, este motivo, entre otros, nos retraía á los principios de tomar la trabajosa tarea de encadenar las acciones gloriosas de los operarios de Mainas, y de ordenar los principios, los progresos y los decaimientos de esta penosa misión. Pero pudo más con nosotros para emprender este trabajo, la reflexión de que si ahora al presente son tan escasas las noticias de aquellos tiempos, en los años venideros serían ningunas y se haría del todo imposible la relación de una conquista espiritual de tanta gloria y trabajo, y de tanta edificación para las almas en quienes reina algún celo de la propagación de nuestra santa fe. Y siendo este el fin que tenemos en disponer estos libros, no se nos da mucho de los críticos, que pondrán, sin duda, mil tachas á esta obra. Estaremos sobradamente contentos si acertamos á declarar con palabras llanas, y sin confusión de los que las leyeren, lo poco que hemos podido rastrear en los años siguientes.

Después de la falta de tantos celosos misioneros, cuyas muertes habemos referido, en el libro antecedente parecía natural que desmayase el aliento de los pocos que quedaban sin la compañía de sus hermanos, cuando todos juntos apenas podian asistir á tantos pueblos entre sí tan distantes, y varios de ellos recién establecidos. Pero Dios nuestro Señor á quien tan fácil le es salvar por medio de pocos como por medio de mu-

chos, infundió tanto espíritu en aquella pequeña grey, que aumentándose su fervor extendieron sus cuidados á todas las reducciones, sin perder un palmo de tierra de lo conquistado, antes bien, dando nuevo lustre y firmeza á la cristiandad del Marañón. Cinco solos eran los operarios para veinte pueblos, y era necesario distribuirse de manera que hiciese cada uno su residencia en aquél, desde donde pudiese acudir más fácilmente á los anejos que le tocaban. El P. Lorenzo Lucero, superior á la sazón de las misiones, y práctico, cual ninguno, de las reducciones, distancias, ríos y caminos, señaló para cada uno de los partidos al misionero que le pareció en las circunstancias más conveniente. Puso en el pueblo de los Oas un padre que les había conocido y tratado, esperando que por el conocimiento que tenía también de los Abigiras recogería algunos de éstos al pueblo mismo de los Oas y aumentaría el número de sus familias.

Envió á los Gayes como á reducción reciente y que apenas se había formado al P. Agustín Hurtado para que la fundase sólidamente y recogiese las muchas familias que estaban todavía en lo interior de las montañas. El superior parece que tenía ya su residencia en Santiago de la Laguna, y desde este pueblo estaba pronto á las necesidades que ocurrían en todo el partido de Guallaga, en donde por ser muchos los pueblos, era necesario sujeto práctico y más versado en las misiones. Sólo restaban los PP. Miguel de Silva y Francisco Fernández, de los cuales uno atendía al curato de Borja y los tres anejos de los mainas, y el otro, á lo que pienso, asistía á los Xeveros y lugares más vecinos. De esta manera, con la prudencia, celo y actividad del superior, se fué administrando la misión por algunos años, con fatigas sí y con trabajo de los misioneros, pero sin menoscabo alguno. Porque la doctrina cristiana, que es tarea ordinaria en todas las reducciones, era ejercicio de muchachos bien instruidos en el catecismo y celosos de este ministerio. Tocaban puntualmente por la mañana sin omitir esta diligencia ni un solo día, y recogida la gente á la iglesia, decían las oraciones acostumbradas y el catecismo en voz alta, á que todos respondían; cuando el padre volvía al pueblo, que era bien frecuentemente, daban exacta cuenta de todo sin perdonar á ninguno que hubiese faltado, y sin tener en esto, por decirlo así, respeto ni con el padre ni con la madre. Tánta era la fidelidad que observaban los misioneros en aquella edad tierna y tánto era el celo de los niños por la instrucción de los grandes. El superior, fuera de los cuidados de los pueblos de su partido, visitaba también, animaba y consolaba una vez al año á todos los demás misioneros, que en este tiempo lograban el reconciliarse, y salían con nuevo esfuerzo para emprender las fatigas y trabajos de su ministerio. El Señor miraba en este tiempo por la misión con particular cuidado, dando buena salud á los padres, paz y concordia en los pueblos y no permitiendo que en circunstancias tan críticas picase la peste ó epidemia en alguno de ellos, como sucedió poco después.

Esta misma salud lograron los indios Gayes, y su misionero el P. Hurtado, en medio de ser la situación de este nuevo pueblo la más expuesta á

enfermedades y epidemias; pero tuvo bien que hacer con ellos el nuevo operario hasta dar nueva forma á la reducción. Envejecidos los Gayes en sus antiguas supersticiones, criados en guerras continuas contra otras naciones y acostumbrados al ocio y á vivir sin ley alguna más que la de su antojo, probaron bien la paciencia, mansedumbre y constancia de su misionero. Aun el hacerles que acabasen sus casas y que acomodasen sus rocerías, fué no poco triunfo para el padre, que por no desagradarlos de haber dejado sus chozas, albergue que miran con estimación y no dejan sin mucha dificultad, procuró traer algunos indios Roamainas que les ayudasen en aquellas maniobras, y con su ejemplo, alegría y maña, animasen á los Gayes y les fuesen aficionando á las comodidades de vivir juntos en un pueblo. Salióle bien esta invención é industria para la perfección de lo material del pueblo. Restaba lo espiritual y más necesario á que se ordenaba lo primero, y tomó muy á pechos la enseñanza de la doctrina cristiana de donde viene á las reducciones toda la forma de cristiandad. Con los niños y muchachos era cotidiano como en las demás partes, pero no apretaba con ella á los adultos y viejos, cuyos predicadores habían de ser sus mismos hijos, que siendo ya cristianos saben persuadir á sus padres y mayores la necesidad que tienen de ser instruidos para el sagrado bautismo, y ellos mismos con más suavidad van comenzando esta obra en sus parientes, que viéndolos tan versados en la doctrina y el celo que muestran de comunicar á todos el bien que ya poseen, se les aficionan, les oyen con gusto y se hacen como discípulos de los niños. Este medio, que había probado tan bien en los demás pueblos, salió grandemente en la reducción de los Gayes, que sin violencia aprendían la doctrina cristiana y se disponían para el santo bautismo.

No contento el P. Agustín con dar orden al pueblo, y con la enseñanza de los Gayes, que había encontrado en el sitio en donde los había juntado el P. Zedeño, pensó en aumentar el número y recoger varias familias y rancherías de la nación escondidas en las montañas. Hízolo por los medios ordinarios, enviándoles algunos donecillos por medio de los neófitos y convidándoles á que viniesen á juntarse con sus amigos y parientes. Otras veces iba él mismo en persona, les hablaba con cariño y se ofrecía á servirlos y cuidarlos como un padre cuida y asiste á sus mismos hijos. Tenían muy buen efecto estas industrias de su celo, porque viviendo las rancherías dispersas en grandes temores y peligros de los enemigos que tenían en el contorno, fácilmente se reducían á juntarse con los demás en un pueblo en donde aprendían mayor seguridad de las invasiones, y en caso de ser acometidos, más fácil la defensa. No siempre traen los indios á los pueblos las razones divinas que todavía no comprenden; vienen muchas veces tirados de razones humanas, de conveniencias temporales Pero estas abren el camino y les ponen en estado de que oigan las divinas y se les predique el Evangelio, sin cuya predicación no entraría la fe de Jesucristo en sus corazones, porque *fides ex auditu,* como dice el Apóstol. Y así las disposiciones humanas de los misio-

neros, aunque no sean medios proporcionados á la alteza de la fe divina ni conduzcan á ella positivamente, pero quitan muchos obstáculos é impedementos en los gentiles y dan lugar á la predicación que es el ordinario medio con que la divina providencia les ilumina. Me ha parecido insinuar esta doctrina inconcusa, para que ninguno piense que, cuando decimos hallarse estos ó aquellos gentiles en buena disposición de oir el Evangelio ó de abrazar la fe, se quiere dar á entender por estas palabras que se halla en ellos alguna disposición positiva para la fe, porque ninguna cosa natural puede arribar á tanto, como todos saben. Solamente se quiere dar á entender que están en buen estado para oir la predicación y que se hallan con menos obstáculos é impedimentos para recibir la fe que Dios nuestro Señor infunde misericordiosamente y de su bella gracia en los corazones de los hombres.

CAPITULO II

COSE Á PUÑALADAS UN DESALMADO MULATO AL P. AGUSTÍN HURTADO

Los sucesos prósperos ó adversos que dispone ó permite la eterna providencia del Señor, no tienen varias veces alcance del entendimiento humano, ni puede el hombre prevenirlos ciego y sin penetrar adonde se encaminan las disposiciones soberanas. Hallábase el P. Hurtado cuidando de los Gayes, muy contento con los nuevos cristianos y harto bien hallado con los muchos catecúmenos que por cinco años había recogido su celo por los montes vecinos. Conocía la grande afición y amor entrañable que le tenían los indios por la caridad que descubrían en él y por los oficios de pastor y padre que á costa de inmensas fatigas y trabajos ejercitaba con ellos. Estaba tan adherido á su pueblo, que habiéndole hecho superior de las misiones, no le pareció razón dejar la reducción en manos ajenas y fijar su residencia en Santiago de la Laguna, en donde vivían ya los superiores, como en lugar más acomodado para acudir á todas partes. Quedóse con los Gayes como con gente más nueva, y que mostraba tener con él más confianza que con los otros misioneros que no habían tratado; pero su cuidado se extendía también á los demás indios de Pastaza y cuidaba al mismo tiempo de los Angeles de Roamainas. Era ventajoso el sitio de San Javier de Gayes, porque á cualquiera necesidad que ocurriese en los Roamainas, bajaba pronto por Pastaza en dos ó tres días, aunque para volver á subir á su pueblo eran menester, como insinuamos, ocho días, aun cuando la navegación fuese próspera.

Estaban así las cosas en suma paz con los Gayes, cuando llegaron al pueblo dos derrotados mulatos que preguntando por el superior de las misiones, se le introdujeron luego, y ofrecieron al parecer con buen celo á querer asistirle ó á servir á otros padres, ayudándoles en cuanto pu-

diesen en los viajes y en las poblaciones. El P. Agustín que era blando de condición y de natural piadoso, les admitió con buen modo y les agasajó según su pobreza, ofreciéndosele ya desde entonces que podrían ser útiles en la misión. Dejóles estar en casa sin determinar de su ocupación y destino, queriendo antes enterarse y hacer de ellos alguna prueba oyéndoles lo que decían de su venida y de las partes en donde habían estado. Porque en tanta soledad y poco uso de hablar el castellano, aun el lenguaje de un mulato sirve de consuelo y hacen buen sonido en las orejas las palabras españolas en boca de aquellos brutos. Llegaban varios de éstos á la ciudad de Borja y se les admitia como á otros mozos, los cuales habían servido muy bien en ocasiones de castigos ó pacificaciones de indios, para lo cual era muy estimable, aunque mezclada en las venas, cualquier reliquia de sangre española. Cuando lograba un misionero alguno de estos en su pueblo, lo tenía por grande alivio; y más cuando en su proceder y costumbres imitaba las acciones del padre y le ayudaba con el ejemplo y palabras á introducir en los indios la cristiandad y policía. Tales fueron los que acompañaron á los padres Francisco Figueroa y Pedro Suárez, que los asistieron hasta la muerte y es de creer que fuesen partícipes de su gloria.

No eran de esta calidad los mulatos que aportaron al pueblo de los Gayes. Al principio se introdujeron sin ofensión del padre con los indios, entraban y salían de sus casas con agrado, ayudaban en algunas cosas, y enseñaban á la gente algunas industrias. Pero á muy poco tiempo mostraron bien ser gente desalmada, y de aquella, que no cabiendo en las ciudades por sus desórdenes, busca su guarida en los montes. De amigos de los indios pasaron á solicitar por amigas á sus mujeres. Terrible arrojo en una nueva cristiandad y ejecutado por hombres que habían vivido tantos años entre cristianos viejos y que debían con su ejemplo apoyar la buena conducta del misionero con quien vivían. Llegaron en pocos días á ser el escándalo del pueblo, por su ruin trato y comunicación con las indias. Sentíalo en el alma y con extremo el celoso y ajustado misionero y no dejó medio que no intentase para echar aquellos malvados del pueblo. Porque todo lo que no es apartar al lascivo de la ocasión no es remedio de tan mortal contagio. Pero nada pudo conseguir de aquellos hombres ciegos, y no tenía fuerzas para despacharlos, porque echarlos con violencia por medio de los indios no se podía ejecutar sin tumulto. El gobernador ó teniente de Borja estaba muy distante para acudir á la necesidad y no había mucha esperanza de que atendiese á un desorden particular de un pueblo remoto, cuando tantos otros negocios le ocupaban la atención. El buen padre se abrasaba con su mismo celo; repetía continuas amonestaciones, añadía reprensiones, y pasaba á las amenazas del castigo, haciéndoles ver cómo á él y á ellos podían matar fácilmente los bárbaros mismos, encendidos de la pasión brutal de los celos. Pero nada bastaba para que abriesen los ojos, ciegos con la pasión torpe, ni pudo recabar de ellos que moderasen siquiera sus arrojos escanda-

losos, antes los adelantaban, despreciando abiertamente los avisos del misionero.

Afligido sobremanera el angelical padre, no sabía ya qué hacer con aquellos endurecidos mulatos. Volvióse á Dios en su dolor y aflicción y oraba con mucho fervor por el remedio de aquellas almas, y con mayor ahinco por la conservación del pueblo, porque le oprimía el corazón aquel escándalo y lo mucho que temía el daño de los indios que con gran facilidad se podrían alborotar, y una vez alzados, y retirados á sus escondrijos por causa de algún español, sería dificultosísima su vuelta. De la oración volvía á las amonestaciones cariñosas y no alcanzando éstas, reprendía y amenazaba con el teniente y los indios. Apretado en una de de estas ocasiones por todas partes uno de los mulatos, ciego y fuera de sí con su lasciva embriaguez, se resolvió al terrible sacrilegio de quitar la vida al misionero, fieramente encarnecido contra su celo. Acometióle una mañana con un puñal en la mano y arrojándose á él con increible ceguera le atravesó el cuerpo muchas veces sin acabar de saciar su furia endemoniada y abrió puerta franca para que saliese, holocausto de la castidad, el alma del bendito padre que, dejando pocos minutos después las fatigas de esta vida mortal, consiguió con la pérdida de ella el remedio que deseaba para el pueblo, librándolo de tan malos habitadores.

Fué sentido el delincuente de algunos indios por el ruido de su sangriento destrozo, y buscando á su padre los muchachos que le asistían le hallaron desangrado y expirando ya con señales de entregar pacíficamente su espíritu en manos de su Criador. Asustados con aquel espectáculo tan compasivo, dieron gritos y empezaron á lamentarse de la pérdida de su misionero. Presto siguieron á los niños todos los indios del pueblo; que buscando con gran dolor pero con mucha diligencia el agresor de tan enorme delito, alcanzaron al sacrílego, y le hicieron pedazos con sus lanzas, cuando acaso no había expirado el misionero. Así suele castigar la divina justicia donde no alcanza la humana. El otro mulato parece que fué en escapar más afortunado, acaso porque no se precipitó en el abismo de delitos de su desdichado compañero. Asustados los Gayes con la muerte sangrienta de su querido padre, enviaron con diligencia algunos indios á las demás reducciones con tan pesada nueva, los cuales bajando por el río Pastaza toparon con el P. Miguel de Silva á quien comunicaron con lágrimas la tragedia que acaba de suceder en su pueblo. Atónito el P. Silva de la ingratitud, escándalo y sacrilegio del cristiano viejo, y lastimado con la muerte de su superior en tanta falta de operarios, se partió sin tardanza hacia los Gayes. Quisiera ir volando, temiendo el daño que se podía seguir en aquella cristiandad, pero las corrientes del río no le permitían el cumplimiento de su deseo. Llegó como pudo al pueblo después de varios días, y halló enterrado el cuerpo del P. Hurtado en su misma iglesia por mano de los muchachos de la doctrina que atendían al oficio de sacristanes. Hízole el padre sus exe-

quias y le aplicó varios sufragios, porque fuera de ser su hermano y su superior, era también condiscípulo con quien había vivido en un mismo colegio y estimado por su amable trato y porte ajustado.

Fué natural el P. Agustín Hurtado de Panamá, hijo de padres nobles. Entró en la Compañía en la ciudad de Santa Fe, y fué uno de los que llegaron á Quito con el P. Pedro Suárez, el año de 61, para tener allí sus estudios; sujeto muy virtuoso, recogido y devoto, de particular humildad, de mucho trato con Dios, pobre de espíritu, rendido y obediente; tan puro como recatado, muy celoso de ganar almas á que se dedicó desde que se ordenó de sacerdote, pasando á vivir y á morir en las misiones del Marañón como logró su dicha, con visos de muerte desgraciada, pero muy preciosa en los ojos de Dios á los diez y siete años de religioso y treinta y nueve de edad, bien logrados en su ajustamiento y en religiosas virtudes. De esta manera premió el Señor con una misma corona y en defensa de la castidad á los dos estudiantes que trajo de Santa Fe á Mainas, por ser los dos tan parecidos en el amor de esta virtud y en el celo de que todos la conservasen.

El P. Miguel de Silva, viendo á los Gayes tan sentidos con la muerte desgraciada de su misionero, y que suspiraban por el consuelo de tener otro padre que los asistiese y doctrinase, se determinó á quedar en el mismo pueblo muy consolado de la buena fe y ánimo sosegado de los indios; y enviando aviso al padre más antiguo que era el P. Lucero, y debía entrar en el oficio de superior, para que tomase las providencias que le parecieran necesarias, comenzó á ejercitar con los Gayes los mismos oficios de pastor y padre que había ejercitado el P. Agustín Hurtado. Vióse bien apurado el superior cuando supo lo sucedido en San Xavier de los Gayes, porque el misionero de los Oas había muerto en su pueblo, y el P. Miguel Silva era necesario para su partido y no podía quedar en el pueblo de los Gayes, sin hacer mayor falta en las otras reducciones que estaban á su cargo. En estas circunstancias tan críticas á la misión, se reconoció un rasgo bien particular de la divina Providencia. Acababa de llegar al colegio de Quito un padre de casi sesenta años y lleno de achaques, más á propósito para el descanso en uno de los colegios que para las fatigas de una misión. Llamábase Pedro de Cáceres y cuando al parecer de los hombres estaba ya para dejar las armas de la mano, por haber misionado en otros sitios, puso Dios en él una vocación tan eficaz á las misiones, que nada fué bastante para detenerle. No contradijo á ella el superior de la provincia como parecía regular ó no necesario, porque el Señor que llamaba al P. Pedro, y quería servirse de él en las misiones, supo disponer al superior para que le diese la licencia. Habida ésta, dispuso luego el anciano misionero su viaje por el camino de los Baños y llegó felizmente á las misiones en el año de 1679, en que por muerte del P. Hurtado no sería fácil sin él sostener las reducciones.

Adoró el superior de las misiones la disposición soberana; y alegre con tan oportuno socorro, ordenó las cosas de manera que no faltase mi-

sionero en los varios partidos. Puso al anciano padre que acababa de llegar en el pueblo de los Xeveros, gente antigua y hecha ya á las prácticas de la misión, dejando también á su cargo otros tres pueblos dependientes de los Xeveros. Envió á los Gayes, acreedores por su buen porte de sacerdote propio, al P. Juan Fernández que había de trabajar tan gloriosamente, como veremos, en aquella nación. Lo restante de la misión tomó á su cargo el superior, dando una parte de ella al P. Miguel de Silva, que á lo que juzgo no gozaba ya en aquel tiempo de mucha salud y por esto no pudo perseverar con los Roamainas y Gayes, después del P. Hurtado. De esta manera dispuso las cosas el P. Lorenzo Lucero, y debieron correr las cosas por algunos años en que apenas tenemos noticias, fuera de una carta que hemos hallado de un misionero y un informe que de la misión hace otro.

CAPÍTULO III

CUIDADOS Y EMPLEOS DEL P. JUAN FERNÁNDEZ EN EL PUEBLO DE LOS GAYES

Entró el P. Juan Fernández al pueblo de San Xavier en el año de 1677. Cuáles fuesen sus trabajos, temores y sobresaltos con esta nueva nación, cuáles sus achaques y enfermedades y cuáles las contradicciones del enemigo común del género humano, Dios nuestro Señor, fidelísimo en sus promesas y liberalísimo en galardonar los servicios y méritos de sus siervos, lo tendrá escrito todo en el libro de la vida. Nosotros solamente podemos mostrar algo de lo que acerca de esto escribe el misionero en una carta familiar al viceprovincial de Quito: en ella declara la ocupación en que se hallaba, los peligros en que se veía, el desamparo á que estaba reducido, las contradicciones que experimentaba del demonio y lo mucho que los indios le querían y amaban en tanta soledad viéndole cercado de peligros. La carta en que representa sus temores y trabajos y en que muestra su caridad y celo con sus hijos, toda ella respira soledad y desamparo, y es como sigue:

«Mi padre viceprovincial Gaspar Vivas. Una de V. R. su fecha á 24 de Febrero de 1669, recibí en Borja, y ahora respondo á ella desde esta reducción de San Xavier de Gayes, donde me hallo, deseoso de saber de la salud de V. R., la cual quiera nuestro Señor sea tan cumplida como éste su humilde hijo de V. R. le desea. La mía fluctúa cada día con tormentas ó tormentos de mil achaques que me ocasionan la soledad, los calores y destemples de las montañas. Sin embargo, al presente (sea Dios loado), me hallo con alguna bonanza y con mil deseos que V. R. me mande como á suyo, pues soy su hijo. Lo que rendidamente suplico á V. R. *amore Dei* es no se olvide de encomendarme á nuestro Señor en sus santos sacri-

ficios y oraciones, que las necesito grandemente, porque estoy á pique de dar la vida en manos de enemigos infieles que tienen rodeado y cercado el pueblo donde estoy, y como hombre temo la muerte. Son indios muy belicosos, y aunque los de éste lo son también, son pocos y los enemigos circunvecinos muchos; el recurso al teniente ninguno, pues habiéndole escrito el aprieto en que me hallaba, y que necesitaba de su ayuda, me respondió tenía otras cosas á que acudir y que no podía; cúmplase la voluntad de Dios.

»Los indios me quieren tanto, que dicen darán por mí las vidas; es gente la mejor que he hallado en todas las misiones, gente muy apacible, muy queredora de los padres y españoles, muy dóciles y deseosos de su bien eterno. *¿Hasta cuándo,* me dicen, *padre, hemos de ser gentiles? Bautízanos, que queremos ser hijos de Dios.* Pero yo les doy muy buenas esperanzas diciendo ser conveniente primero saber la doctrina cristiana, á que acuden mañana y tarde al son de bobona en la iglesia por falta de campana. Muchos tengo ya bautizados, principalmente criaturas, á quienes sus madres traen á porfía á la iglesia á que los bautice, no sin gran consuelo mío por haberme puesto Dios en tierra tan fecunda, donde aunque indigno é inútil pueda con su divina gracia coger frutos muy abundantes, como se van cogiendo, á pesar del común enemigo que lo pretende estorbar, ya con halagos, ya con amenazas.

A un indio á quien había enviado á que me buscase de comer, se le apareció el demonio, y quitándole la caza que traía, le dejó el temor que cobró de verle tan mortal, que juzgué moriría luego; catequicéle como pude, y lo bauticé. Fué cosa maravillosa que luego se le quitó el temor. A un muchacho que me asistía en casa se le apareció también el demonio, llevóle lejos por el bosque y se le mostraba muy amigable agasajándole y dándole á comer caza del monte que á soplos derribaba, y metiéndola debajo del brazo la sacaba cocida. Viendo el muchacho en el demonio esta facilidad que en sus parientes no veía, le cobró tal amor, que aunque lo cogieron y refirió lo dicho, se volvió á huir sin que haya parecido hasta ahora. Una noche lloró ó aulló un perro que tenía á la puerta de mi rancho, dando indicios de que veía alguna cosa de espanto; salí á conjurar por si acaso era el demonio, y debía de ser, porque por virtud del conjuro se ha desaparecido de suerte que no ha vuelto más.

Una noche, como á las seis y media, estando á la puerta de mi rancho enseñando á cantar la misa de la Virgen Nuestra Señora á unos muchachos, y entre ellos al curaca ó cacique y un mozo que me asiste, ví salir detrás de una cordillera que está á la mano izquierda de este pueblo una gran llamarada de fuego como si el monte se quemara. Avisées espantado sobremanera para que lo viesen; levantáronse á ver el prodigio; fué creciendo delante de todos la llama, que duraría como un cuarto de hora, y luego se fué apagando. Alborotóse todo el pueblo, y cogiendo sus armas estuvimos todos en vela toda la noche, porque los indios juzgaron que vendrían los enemigos. Fué Dios servido que no vinieron;

pero estamos siempre con el temor de que vendrán, y yo espantadísimo de haber visto semejante prodigio.

Muchas cosas semejantes á estas han sucedido que por no cansar á V. R. las dejo. Tres cometas se aparecieron en menos de dos meses en estas partes. Las reducciones todas del río Guallaga y del río Apena han padecido muchas pestes y ha habido mucha mortandad. V. R., como benefactor y padre de estas misiones, las encomiende á Dios, y juntamente el alma de mi madre, que he tenido cartas de España en que me avisan mis parientes ha muerto. No tengo de quién valerme, sino de V. R., á quien he tenido siempre en lugar de padre, de quien he recibido mucha caridad y espero recibirla en esta ocasión, y con esta confianza me atrevo á suplicar á V. R. se sirva de decir algunas Misas, que será obra muy afecta á Dios nuestro Señor, quien guarde á V. R.—De este San Xavier de Gayes, 20 de Mayo de 1681.—De V. R. hijo en Cristo muy rendido, Francisco Fernández de Mendoza.»

Esta es la carta del misionero de los Gayes, escrita con tanto candor y ley al viceprovincial de Quito. En ella descubre el grande amor que le profesaban los Gayes, su condición dócil y apacible y el deseo que tenían de hacerse todos cristianos. Pues esta mudanza tan extraordinaria toda era fruto de la religión y conquista espiritual del Evangelio de Jesucristo. Porque esta misma es aquella nación temible y belicosa que dió tanto que hacer á otras, cometiendo en el río Pastaza innumerables hostilidades. Esta es la que puso los años atrás á los españoles mismos en tanto terror y espanto. Esta, finalmente, á la que entró con tanto temor y recelo el P. Sebastián Zedeño, y armado de la confianza en Dios, pudo reducir á que un golpe de ella se redujese á población. Y ahora con las suaves máximas del Evangelio y con el trato blando y apacible de los misioneros, parecen unas ovejas, corderitos ó polluelos, los que andaban sueltos como ciervos, fieros como los tigres y sangrientos como jabalíes por aquellas espesas montañas, haciendo tantas carnicerías, cuantas eran las personas que se les presentaban. Así amansa las fieras más terribles la gracia de la vocación al cristianismo, y el conocimiento de la ley de Dios ablanda los corazones más bárbaros, que en vez de sus juntas escandalosas, borracheras obscenísimas y griterías intolerables, se juntan al rededor del misionero para aprender á oficiar la santa Misa y cantar las alabanzas á María Santísima, que resonarían en aquellos montes y concavidades, y serían de tanto gozo á los ángeles como de terror al infierno.

No faltaban enemigos del abismo que en forma visible combatían la reducción, pero cedían á las armas de la Iglesia, y el Señor contenía á los muchos gentiles para que no se sorbiesen á los nuevos cristianos. Porque, á la verdad, eran tantos, que sin particular providencia de su majestad no parece que podría durar mucho tiempo la reducción de los Gayes. El superior de las misiones, que corrió aquellas travesías, asegura en un informe que había siete provincias desde los Gayes y Roa-

mainas que se podían ir ganando para Jesucristo si hubiese misioneros bastantes para la conquista. Dice que una de ellas es la de los verdaderos y más copiosos Coronados que hablan la misma lengua de los ya reducidos, por cuyo medio no sería difícil atraerlos. Que otra se llama de Taroqueos, y más numerosa, porque arriba á seis mil almas, que entienden también la lengua de los primeros. Que la tercera provincia es de los Zaparas, que se continúa inmediatamente con otras. Y concluye que todas estas tendrán como diez mil almas, sin meter en esta cuenta la provincia de los Abigiras que se extiende por el río Curaray, y con la comunicación y trato por aquellos ríos se habían dilatado por setenta rancherías. Entre un número tan crecido de enemigos, se hallaba el P. Juan Fernández con su pequeña grey, tan lejos de abandonarla, que en el mismo año de la fecha de su carta, salió á Quito con cincuenta indios Gayes, entre los cuales iba también el cacique del pueblo, é hizo una entrada en la ciudad con aquella manada de corderos de Jesucristo, como en otro tiempo la hizo con sus Cocamas el P. Raimundo de Santa Cruz, y volvió con ellos al pueblo de San Xavier, confirmados todos por el señor obispo, agasajados de los cristianos y cargados de dones y presentes que les ofrecieron á porfía en la ciudad.

Pudo el P. Fernández hacer este largo viaje con los suyos, por haber gozado de salud en este tiempo las reducciones de Pastaza y no haberse comunicado á este río la cruel peste que afligió sobremanera á los pueblos de Guallága, como insinúa en su carta. Pero la grande mortandad que ocasionó la peste en muchísimos pueblos, los trabajos y fatigas del misionero que se halló solo en tantas necesidades y miserias y los buenos efectos que se siguieron después de un azote que asoló á tantas familias, lo veremos en el capítulo siguiente, en donde oiremos de boca del mismo padre que se halló en tantas apreturas, cómo el misericordiosísimo Señor, Padre de toda consolación, le consolaba, esforzaba y animaba en su desamparo, para que acudiese á todas partes y no faltase en su asistencia á ninguno de los muchos pueblos y no poco distantes que estaban á su cargo.

CAPITULO IV

INFORME EXACTO DEL P. LUCERO AL P. VICEPROVINCIAL DE QUITO SOBRE EL ESTADO DE LAS MISIONES Y RELACIÓN SINCERA DE LA PESTE DE GUALLAGA EN EL AÑO 1681.

Habiendo el P. Lorenzo Lucero, como superior de las misiones, visitado todos los pueblos de ellas, y puesto en la ciudad de Borja al P. Juan Jiménez que trajo el Señor con particular destino para que supliese en su empleo al P. Miguel de Silva que acababa de morir, dispuso en forma de carta un informe de la misión, que da mucha luz á lo que sucedió en

aquellos tiempos en las reducciones de Mainas, y es el único instrumento que nos ha quedado para continuar esta Historia. Creo que se agradará el lector de leer por sí mismo las cláusulas del superior á su viceprovincial, en que le refiere sus trabajos con admirable candor de esta manera:

«Mi padre viceprovincial:

La carta que V. R, se sirvió de escribirme desde Latacunga, recibí en estas márgenes del Marañón, y luego al punto visité como superior las misiones. Puse en los Roamainas (que pertenecían á los Gayes), al padre Francisco Fernández en lugar del P. Miguel de Silva, difunto en Jaén de Bracomoros, cuya noticia dió ya por mi orden á V. R. el P. Juan Jiménez, á quien tengo puesto por cura de San Francisco de Borja, donde cuida de tres pueblos de Mainas, San Luis Gonzaga, Nuestro P. San Ignacio y Santa Teresa de Jesús. El P. Francisco Fernández, además de cuidar del pueblo de los Santos Angeles, de Roamainas, cuida de San Francisco Xavier de Gayes. El P. Pedro Ignacio de Cáceres, cuida del pueblo de la Limpia Concepción de Xeveros y de otros tres, como son Chayabitos, Muniches y Paranapuras.

Yo estoy en la Laguna, donde tengo tres naciones juntas, como son Ucayales, Xitipos, Chepeas, con nombre de Santa María de Ucayale y Santiago de Xitipos y Chepeas. Tengo también á mi cargo tres días río arriba y á lengua del agua, otras cuatro reducciones, como son Santa María de Guallaga, San José de Maparinas, nuestro P. San Ignacio de Maroyunas y San Estanislao de Otanavis. Tengo también de gente de tierra en distancia de un día tres pueblos como San Lorenzo mártir, de Tibilos, San Xavier de Chamicuros y San Antonio Abad de Aguanos. Estos últimos pueblos visito en mula, porque los caminos son llanos y tiesos, aunque siempre debajo de árboles, por ser todo esto bosque espesísimo; que aun los pueblos gozan sólo de aquel despejo que les da la importunidad de las hachas y machetes, y es tanto el vicio de la tierra, que á seis meses de descuido están los pueblos sin forma de pueblos, porque la infinita ramazón del selvaje nuevo, los encubre de forma, que parece se han desaparecido.

Las comodidades que tenemos por acá son solamente tener por cierto se salvan muchos de estos bárbaros, que parece dijo de ellos David hablando con Dios: *Homines et jumenta salvabis, Domine.* Son estos indios, animales estólidos sin gobierno, porque jamás reconocieron príncipe. Mandan los hijos á sus padres, los agravian y hieren. Matan sus hijos unas veces porque nacen mujeres y no varones á que más se inclinan: otras veces porque la mujer tuvo pereza de criar su hijo que esta es la razón que dan, cuando las reprendemos. El modo de matar las criaturas es meterlas vivas en unos agujeros que hacen, donde los ahogan echándoles ceniza encima, muy despacio en que fundan la piedad maternal, pues á

no ser madre del infante la que ejecuta la muerte dicha, sino mujer extraña, con cogerla por un pie y echarla al río, y reir mucho, está todo hecho. Cuando muere alguno de enfermedad, dicen lo hechizaron, porque entre éstos la muerte no es natural sino casual, causada de maleficio de otro á quien ellos tienen por *mohan*. Decirles que *statutum est hominibus semel mori* (*que está establecido que los hombres mueran una sola vez*), es hablarles en jerigonza. Pedirles los cuerpos muertos para enterrarlos en la iglesia es darles una lanzada; y aunque entierro muchos en la iglesia á que asisto con rigor, á una vuelta de cabeza hallo muchos enterrados en sus casas. Otros hay que ni en la iglesia ni en sus casas los entierran porque dicen es lástima que á sus parientes se los haya de comer la tierra, con que los descuartizan como á carneros; y entre todos los deudos se los comen. Los huesos, muy bien asados, los muelen, y revueltos en sus vinos los beben con grande llanto. Hacen luego una grande borrachera que dura ocho días donde beben, se embriagan, se tiznan con *xagua* y lloran sus difuntos con grandes alaridos.

En muchos tiene ya otra forma la nueva cristiandad; porque nuestro Señor ha sido servido de mirarla con ojos especiales de piedad. El año pasado á principios de Junio entró la peste de las viruelas en los primeros pueblos del río arriba. Llegó aquí la noticia, y con ella dispuse cinco procesiones, en que hubo muchas penitencias á que asistí, predicando con la palabra y con la obra y haciendo cuanto pude por darles ejemplo de penitencia. Confesaron y comulgaron muchísimos con tal ternura que me hacían llorar; pero viendo que sin embargo de todo caminaba la peste; el día 23 de Junio vi setenta y cinco canoas de gente en esta laguna, diciéndome todos desde ella: *Retírate, padre, no aguardes la peste porque si la esperas te ha de matar*. Lloraban todos, dando desde las canoas grandes gemidos, y añadían: *no huimos de tí, padre amado, sino de la peste, porque tú nos quieres mucho, y ella nos aborrece. A* Dios, *Cacique tanu papa caquere ura Dios icatotanare,* que quiere decir: quédate con Dios, hombre esforzado, Dios te guarde, y te dé mucha vida.

Quedé sin esta parcialidad, como en un desierto, porque aunque restaban las dos de Chepeos y Xitipos, juzgué habían de hacer lo mismo, y aun llegué á sospechar me querían matar porque en todo el tiempo de la despedida, arriba dicha, no parecieron en el pueblo. Entréme á mi iglesia, encendí luces y descubrí á la Virgen Santísima, donde estuve de rodillas mucha parte del día aguardando se hiciera en todo la voluntad de Dios. Como á las cinco de la tarde vino junta toda la gente restante; salíles al encuentro á la puerta de la iglesia; eran, como dije, Xitipos y Chepeos. Al acercarme, dijeron todos el *alabado* en tono alto y devoto, y á porfía unos por un lado y otros por otro me cogieron las manos, y me las besaron. Dijéronme que venían á hablarme. Díjeles que hablasen lo que gustasen, que ya les oía de muy buena gana.—*Hemos entendido* (dijeron) *estás muy pesaroso de haber visto la facilidad con que han dejado este pueblo los Ucayales, habiéndolos tú reducido á él con tanto trabajo, y ya se ve tienes razón; pero*

ahora deseamos mucho alegrarte, y para esto te ofrecemos nuestra compañía, aunque haya de venir la peste; pues los que muriéremos, hemos de subir al cielo, porque moriremos creyendo en Dios, y doliéndonos mucho de haberle ofendido. Los que Dios quisiere que escapemos, estamos aparejados á rastrear los retirados, y traértelos otra vez.

Con este razonamiento quiso Dios consolarme. Visité los enfermos de arriba consolándolos, confesándolos y sacramentándolos y bautizando á muchísimos infieles. Entró aquí la peste y á una dió también en los tres pueblos de la tierra adentro y duró desde Octubre hasta principio de Mayo. El trabajo que tuve en asistir á tanto enfermo, casi incapaz de asistencia por el pestilente hedor del contagio en tierras tan sumamente calientes no es decible, ni mi intento el explicarlo, dejándolo todo para el día del juicio donde para confusión mía se verán claramente las muchísimas ocasiones que nuestro Señor me ha dado para servirle y lo poco ó nada que de todo se ha aprovechado mi alma, pues, como dijo San Agustín, *non quam multum sed quam bene* (no cuánto, sino cuán bien). Murieron muchísimos, y juzgo que todos se salvaron, porque fuera de confesarse en sana salud, lo hacían también cuando les comenzaba el achaque. Los gentiles tomaron ejemplo de los cristianos y venían á mí á bandadas, pidiéndome el bautismo; en menos de quince dias, sobre asistir á tanto moribundo, instado de ellos bauticé y puse óleo y crisma á seiscientos indios. Cuando estos morían y yo los enterraba, mandaba repicar las campanas, y como para los cristianos antiguos se doblaban dándoles yo la distinción de unos á otros, quedó ya por común dicho suyo decirme: *Padre, ya murió fulano que no debe nada y es fuerza que mandes repicar á su entierro.* Cuando moría de los cristianos antiguos alguno, me decían: *Murió uno que debe y así roguemos por él á Dios, y las campanas dóblense;* con que todavía he tenido coyuntura para explicarles el purgatorio que era de antes imperceptible para los indios.

Habrá como ocho días se me vinieron cinco indios de los retirados y me dicen están los demás de camino para venirse; sin embargo de que toparon río abajo gran comodidad de poder vivir sin ley de Dios, que es lo que la carne tanto aprecia. Toparon con tres pueblos de Omaguas, los cuales les hicieron mucho agasajo. Estos tales dicen se me acercan por miedo del portugués, que desde la ciudad de San Luis y castillo del gran Pará donde están haciendo rostro al holandés, se han subido á la gran Omagua en busca de cautivos; asegúranme se me vendrán los más, que son como tres mil indios, y claro está que los trae el miedo del portugués, porque á vueltas del rescatar cautivos juzgo les hacen mucho daño. En todo este mes de Junio aguardo aquí la gente retirada de este pueblo, y por Agosto juzgo me vendrán á ver los Omaguas que he dicho, y puede ser conchave yo con ellos, y se me pueblen seis días de esta laguna. Lo que siento mucho es no tener qué darles; porque sin los dones de hachas y cuchillos no se hace nada y con ellos se obra más que con las escopetas y estruendos militares. Hoy no tiene la misión una libra de hierro, ni una

onza de acero, ya veo que de Quito es dificultoso venga; y así ha cerca de cuatro años que no nos envían una hilacha. Las sotanas son de manta, y sobre las carnes no dejan de congojar, aunque con mucho consuelo de entender servimos á tan Soberano Señor: *Nudos amat eremus (agradan al desierto los desnudos)*, dijo san Jerónimo con que por esta parte no hemos menester más. Lo que deseamos es, tener con qué proseguir nuestras conquistas espirituales, y por eso diré á V. R. en papel aparte un medio que me dieron unos indios de la jurisdicción de Jaén, distantes de Borja siete días solos. Guarde Dios á V. R. muchos años para aumento de estas sus conquistas de Marañón y Amazonas. Laguna y Junio 3 de 1681 años. Siervo de V. R., *Juan Lorenzo Lucero.*»

Así refiere el superior de las misiones su trabajo en tanto aprieto y el esfuerzo que le daba el Señor en tantas necesidades, y como otro Daniel en el lago de los leones estaba cercado de tantos bárbaros, aunque con recelo, pero sin que le tocasen al pelo de la ropa. Que bien necesaria es una particularísima protección del cielo, para que un hombre solo, sin escolta ni soldados, pueda vivir por mucho tiempo con alguna seguridad entre tantos indios hechos desde su niñez á no conocer otra ley que la de sus apetitos, y siendo necesario irlos continuamente á la mano, no parece creible que no hallen algunos que revuelvan contra el misionero de quien pueden deshacerse tan fácilmente en defensa de sus antiguas libertades. Pero una de las gracias particulares del cielo que se observó siempre en todas las misiones que han estado al cuidado de los jesuitas en la América, fué el imprimir el Señor por disposición secreta tanto cariño en los indios para con los misioneros, que causaba grandísima admiración en los extraños, no acabando de entender tanta subordinación y dependencia de unos salvajes (á quien ni el fuego ni el hierro de los soldados podía domar), de unos hombres desarmados, flacos y consumidos de trabajos, como solían ser por la mayor parte los padres que asistían en las reducciones.

Los que no conocen en qué consiste tanto afecto y sujeción como da el Señor á los indios para bien suyo, juzgan vanamente, ó con error ó con temeridad lo que idea su aprensión, dando á todo lo que se dice y cuenta de aquel extraño rendimiento, el color de sus antojos. Si quisieran reconocer la causa del amor de los indios, hallarían que fuera de la disposición secreta de la Providencia, la brújula con que les ganan los padres y el imán con que los atraen es el tratamiento afable con que les hablan, la caridad que con ellos ejercitan, el saber los indios mismos prácticamente que no les asisten para quitarles cosa, sino para darles todo cuanto pueden, favoreciéndoles en las necesidades de cuerpo y alma, mirándoles como á prójimos, como á libres, como á racionales, y como á cristianos. De donde nace que los indios corresponden de su parte con docilidad, sujeción y rendimiento, prontos á obedecer á los padres, á servirlos y respetarlos.

CAPITULO V

DE LOS GRANDES BIENES QUE SACÓ EL SEÑOR DE LA PESTE DE GUALLAGA, Y DEL NOMBRE DE LOS PUEBLOS DE LA MISIÓN

La piadosa carta del misionero de Guallaga, que pusimos en el capítulo antecedente, daba materia para muchas reflexiones; todas ellas muy conformes á un corazón cristiano y de singular consuelo para los católicos que tienen en su corazón el bien de las almas. Al presente sólo pondremos los ojos en los innumerables frutos espirituales que sacó su Majestad de la referida peste. El primero fué la perseverancia final de tantos indios, como arrastró el contagio en tantos pueblos, adonde se extendió la peste, muriendo todos, ó recientemente bautizados, ó fortalecidos con los demás sacramentos; pues como afirma con grandísimo gozo el misionero que les asistía, murieron muchísimos y juzgo que todos se salvaron, porque fuera de confesarse en sana salud lo hacían también cuando comenzaba el achaque. Ni esto debe parecer increible porque aun los gentiles más tercos en recibir el bautismo cuando viven sanos en los pueblos, muestran una docilidad que admira en la hora de la muerte y claman por el bautismo, como lo experimentaban bien regularmente los misioneros. Y es cosa bien extraña y de singular consuelo, la persuasión común en que están los misioneros del Paraguay de que todos los que morían en los pueblos de sus misiones se salvaban, cuanto se puede pensar humanamente, atendidas las circunstancias y disposición de los que morían. Y si esto se pensaba sin temeridad de los pueblos de aquellos nuevos cristianos que hacían una vida semejante á los fieles de la primitiva Iglesia, no me parece ajeno de la verdad que afligiendo tan cruelmente la peste varios pueblos del Marañón, el Señor, que hiere con piedad y misericordia, derrame sus copiosas bendiciones sobre estos desechados indios, y les previniese, con el azote que tenían sobre sus cabezas, para una buena y dichosa muerte. Pero sea lo que se quiera de tanta generalidad como se insinúa en el informe, no hay duda que la mayor parte de los que arrastra la peste en aquellas tierras son párvulos que no llegan á los siete años, y que los adultos ó se bautizan en aquel trance ó si son cristianos mueren con los demás sacramentos que piden con ansia, y los padres se los administran con toda diligencia. Esto basta para que los misioneros den por muy bien pagados sus trabajos y fatigas, dejando á la divina piedad la suerte de los pobres indios.

El segundo fruto de la peste fué la frecuencia que se introdujo de los sacramentos, á cuyas fuentes de salud y gracia concurrían los indios á porfía para limpiarse de sus culpas, y adquirir fortaleza para resistir á los asaltos del común enemigo y mantenerse firmes en la fe que habían recibido. Y de aquí nació el tercer fruto, porque los gentiles viendo tanto

fervor en los cristianos, llevados de su ejemplo, instaban por el bautismo; de manera que en pocos días se bautizaron seiscientos, y aunque no sería poca fatiga para el misionero catequizar tanta gente y disponerla para el bautismo entre tantos otros cuidados y trabajos de asistir á tanto moribundo; pero su corazón lleno de gozo y contento en ver que crecía tanto el redil de la iglesia le hacía dulces las fatigas y sabrosos los trabajos. Ni es de omitir lo que dice el P. Lucero sobre el artículo del purgatorio, hasta entonces imperceptible á los indios: tanta es la cortedad de sus entendimientos. Porque como la aflicción y el azote da entendimiento, llegaron á entender perfectamente en esta ocasión lo que la fe nos enseña en esta materia, adelantándose ellos mismos á decir cuándo se debían doblar las campanas y cuándo repicar, tomando lo primero por señal de las deudas que podían tener los cristianos viejos por los pecados cometidos después del bautismo, que si bien se borran cuanto á la culpa en el sacramento de la penitencia pero no en cuanto á la pena, por lo cual se ha de satisfacer á penar; y entendiendo por lo segundo que en el bautismo, perdonados los pecados á culpa y pena, no dejan deuda alguna en el bautizado.

El otro fruto fué el arraigarse más en la fe los Xitipos y Chepeos, resueltos á morir con su misionero, en la persuasión de que si morían de la peste en compañía de su padre habían de subir al cielo á gozar dichosamente de la eterna bienaventuranza, porque morirían creyendo en solo Dios, que no puede faltar en sus promesas, y doliéndose mucho de haber ofendido á tan buen Señor, por cuyo amor se ofrecían á buscar y recoger á los Ucayales retirados, si el Señor les concedía la gracia de que escapasen algunos de la peste. El último fruto, y que menos se esperaba, fué la reducción de los Omaguas, nación generosa y la más culta ó menos bárbara de todas las que se descubrieron en el río Marañón. Porque habiendo dado albergue y buen hospedaje á los Ucayales huidos de Gualiaga, tuvieron ocasión de informarse de ellos en todas las cosas pertenecientes á su pueblo de Santiago, supieron el modo que tenían de vivir unidos con otras naciones y cómo tenían en su reducción un padre misionero que les cuidaba y asistía en las cosas temporales y les enderezaba en las costumbres, enseñándoles el culto del Dios verdadero, criador de cielos y tierra, y que al fin de la vida premiaba ó castigaba á cada uno de los hombres, conforme á sus obras buenas ó malas. Estas pláticas de los Ucayales con sus huéspedes fueron la ocasión primera que tuvieron los Omaguas para entrar en deseos de conocer al misionero y de ponerse en sus manos, particularmente viendo el grande amor que le tenían los Ucayales, pues por vivir en su compañía dejaban aquellas tierras abundantes de todo género de frutos y se volvían á su antiguo establecimiento, en donde era mucha la escasez y en varias ocasiones la miseria.

Todos estos frutos y otros muchos trajo consigo la peste que hizo tanto destrozo en el pueblo de Santiago y en los demás del mismo partido, los cuales en este tiempo habían mudado en parte los primeros nombres, ó

por haberse unido unos con otros, ó con ocasión de otras varias epidemias en que la parcialidad que prevalecía solía dar el nombre á la gente que quedaba. Y aunque en el capítulo IV pusimos la mayor parte de las reducciones según el orden de su fundación, y en el postrero del libro V apuntamos las que después se formaron, me ha parecido conveniente notar ahora los pueblos que se contaban en el año de 1682 con los mismos nombres que hallo en una relación hecha por este mismo tiempo. De esta manera se evitará la confusión de los lectores, advirtiendo que la variedad de los nombres que no concuerdan con los que arriba escribimos nace de las razones insinuadas y de haberse fundado algunos otros en estos últimos años.

PARTIDO I

Ciudad de San Francisco de Borja.
San Luis Gonzaga de Mainas.
San Ignacio de Mainas.
Santa Teresa de Jesús de Mainas.

PARTIDO II

La Concepción Purísima de Xeveros.
Nuestra Señora de Loreto de Paranapuras.
El anejo de Chayavitas.
El anejo de Muniches.

PARTIDO III

Los Santos Angeles de Roamainas.
El Nombre de Jesús de los Coronados.
San Francisco Xavier de los Gayes.

PARTIDO IV

Santa María de Ucayales.
Santiago de Xitipos y Chepeos.
San Lorenzo de Tibilos.
San Xavier de Chamicuros.
San Antonio Abad de Aguanos.
Santa María de Guallaga.
San José de Maparinas.
San Ignacio de Mayorunas.
San Estanislao de Otanavis.

El partido primero estaba á cargo del P. Juan Ximénez, párroco de la ciudad de Borja, que bajando por el río Marañón en una sola mañana

visitaba los tres pueblos de Mainas, por estar el más apartado distante sólo tres leguas de la ciudad, y por esta causa solía decir Misa en dos de ellos los días festivos. El segundo partido estaba al cuidado del P. Ignacio Cáceres, hombre de edad avanzada, como dijimos, pero que podía llevar aquella carga por ser casi todos cristianos viejos y bien impuestos en las prácticas de la misión. Para entrar á este partido se subía desde el Marañón por el río Apena, y se encontraban luego los Xeveros. Desde esta nación á tres días de montañas se hallan los Paranapuras, y por navegación de varios ríos se visitan los Chayavitas y Muniches. El tercer partido, en que asistía el P. Francisco Fernández, abrazaba los pueblos de los Gayes, Coronados y Roamainas puestos en las márgenes del río Pastaza en la distancia de ocho días de camino de los Roamainas á Gayes, y de solos tres días de Gayes á Roamainas, por la diferencia de las corrientes, como arriba dijimos. Los Coronados vivían en medio de estas naciones, y por consiguiente era la menor distancia y se podían visitar más cómodamente.

Pero lo que causa grandísima admiración era que el superior mismo de todas las misiones y que debía incesantemente atender á todas partes tuviese sobre sí todo el cargo de los nueve pueblos del cuarto partido, y esto en tiempo de tantas necesidades y miserias. Pero la caridad es anchísima y el celo de las almas le daba alas para volar de pueblo en pueblo y no faltar en nada á las ocasiones urgentes. El mismo P. Lucero había aumentado su partido en más de cuatro mil almas, y como á ovejas recogidas por él mismo al aprisco de la Iglesia, les asistía con más cariño y cuidado, dándoles el pasto saludable de la doctrina cristiana, y estuvo tan lejos de rendirse al trabajo increible de cultivar tantas reducciones, que comenzó á meditar nuevas empresas, no viéndose su corazón satisfecho ni saciado su celo hasta que viese reducidas al Evangelio las innumerables naciones de que fué adquiriendo noticias con ocasión de los muchos viajes que hizo él mismo y de los que hacían los nuevos cristianos.

CAPITULO VI

PROVIDENCIAS QUE TOMA EL P. LORENZO LUCERO PARA LA CONQUISTA DE VARIAS NACIONES

Es cosa verdaderamente digna de sentirse no poder seguir con la pluma desde el año 1682 á este varón apostólico y operario infatigable del Marañón, porque no hay duda de que fueron tales sus peregrinaciones, viajes y fatigas, y cogió tanto fruto de sus continuados sudores en la América Occidental, que mereció ser en alguna manera comparado al que cogió con los suyos el Apóstol de las Indias en el Oriente. El P. Antonio Vieira, no menos admirable por el encendido celo de la conversión

de los indios del Marañón portugués, que por la capacidad y agudeza de su vasto y delicado entendimiento, tan celebrado en uno y otro mundo, al oir contar los pasos, peregrinaciones y conversiones del P. Lorenzo Lucero, se dice que exclamó diciendo: «Como puso Dios en el Oriente un sol en Xavier que en el siglo pasado con su luz y doctrina lo ilustrase, así en este siglo ha puesto en el P. Lorenzo un Lucero que esparza sus luces por el Occidente.» Y aunque este lucero resplandeciente que continuó en alumbrar aquel hemisferio, se nos pone á nosotros, observaremos los últimos brillos de que tenemos noticia en las providencias que tomó en estos tiempos para la reducción de innumerables gentes, clamando con instancias al provincial de Quito por nuevos socorros de operarios para recoger la mies copiosa que le mostraba el Señor.

Entre tanto que venían nuevos operarios, fué tomando este insigne varón desde el año de 82 todas las medidas convenientes y acertadas para la conversión de innumerables naciones del río Ucayale; dispuso las cosas para la reducción de la Grande Omagua, y no omitió diligencia alguna para la pacificación de los valientes Gívaros. Averiguó que á los treinta días de navegación desde la laguna de Guallaga, en donde más frecuentemente residía, se hallaba, entrado por el gran río de Ucayale, un golpe considerable de naciones que arribaban como á diez mil almas. Sus nombres eran Cambas, Remos, Manamobobos, Cunivas y Piros. Supo que estos últimos comerciaban con otra nación inmediata que tenía por cabeza una persona principal, que llamaban inga, señor de tantos vasallos, que le aseguraban no bajarían de doscientos mil. Parecía ser este reino abundante de riquezas, y en prueba de esto, llevaron al misionero varias piezas de oro, como orejeras y una media luna ó patena de este precioso metal. Para ganar tantas gentes que le robaban el corazón con sólo el pensar que por ellas había derramado su sangre el Hijo de Dios, entabló amistad con los Cunivas, que serían como mil y quinientos. Dos cosas ventajosas á la religión sacó el padre de la amistad con aquellos gentiles; la primera fué traer consigo algunos muchachos que le dieron con buena voluntad para que aprendiesen la lengua y se instruyesen en la doctrina cristiana, los cuales á su tiempo serían muy buenos intérpretes y servirían grandemente á la conversión de las naciones más altas, cuyas lenguas sabían Fué también considerable la segunda ventaja, porque los mismos Cunivas, como confinantes con los Piros, amigos del inga, se ofrecieron á ganarlos, proponiéndoles las conveniencias de vivir con padres que les asistiesen y cuidasen, sin interesarse nada en sus cosas, antes bien, dándoles lo que tenían de suyo. El mismo P. Lucero en carta de Febrero del año de 82, dice al provincial: «Tengo por cierto según el empeño que tienen los Cunivas, que habrán hablado ya y tratado con los Piros sobre las conveniencias y ventajas de vivir con misioneros, y yo mismo espero entrar á hablarles dentro de poco tiempo, acompañado de trescientos indios que se me ofrecen alegres al viaje».

La misma diligencia de recoger niños para intérpretes y para masa

de los pueblos que pensaba fundar, ejecutó con otros indios llamados los Pelados. Vivían éstos tierra adentro, como á cinco días de la Laguna, en sitios altos y secos, con camino abierto hacia la parte del río, y curiosamente dispuesto con arcos vistosos de palmas. Su número era de siete mil almas y parecía nación de buena índole y natural acomodado, pues no se oponía á que entrasen forasteros por sus tierras como no les hiciesen daño. A la banda del norte, enfrente de los Pelados, descubrió los indios Zameos, é informándose del número de esta dilatada nación, sacó que serían por entonces como seis mil almas, aunque es verdad que cuando se logró la reducción de los Zameos no pasaban, como veremos, de mil personas. Tuvo conocimiento con los indios Payaguas, y llevó algunos mozos á Santiago para abrir el camino á la conversión de esta nación inconstante, que dió después tanto que hacer á los misioneros por su genio traidor y poca firmeza.

No contento el P. Lucero con estos descubrimientos y con los medios que iba tomando de antemano para la predicación del Evangelio, dispuso una armadilla de indios con algunos españoles hacia las tierras de los Gívaros, pretendiendo ganarlos más por vía de paz, regalos y caricias, que por vía de fuerza, la cual era muy pequeña para domar unos indios tan valientes y guerreros, que por el sitio que ocupaban y por las noticias que de ellos se tenían, hacían una nación numerosa y formidable á los mismos españoles. Pero ni esta expedición amigable ni otras que se siguieron, después tuvieron el efecto deseado. Porque desde la entrada del capitán Martín de Rivas, en que descubrieron, como vimos, la codicia de los españoles, tenían un horror pánico al nombre solo de *viracocha,* ó español, sin dar lugar á proposiciones ni pactos con una gente á quien aborrecían de muerte. Tan buenos frutos recogió aquel caballero de su desgraciada expedición y tales fueron las resultas que nos quedaron de ella. Pues en más de cien años no pudieron ablandarse aquellos duros corazones, aunque quiso el Señor que se amansasen estas fieras con las armas de la cruz puestas en manos de un pobre misionero que tuvo alientos para penetrar aquellas tierras; pero cuando los Gívaros venían ya en poblarse y entregarse á la dirección de los padres, por justos juicios de Dios, les faltaron los maestros y quedaron en su ceguedad antigua, como á su tiempo contará la Historia.

La más adelantada conquista del P. Lucero, antes de la entrada de nuevos misioneros, era la de la insigne nación Omagua, situada en lo bajo del Marañón, como á ocho días de la Laguna. Porque no sólo había entablado paz y contraido amistad con los Omaguas, sino también dispuesto las cosas de manera que estaban en su voluntad y manos, no esperando otra cosa sino que les enviasen misionero ó bajase por sí mismo á enseñarlos, bautizarlos y dirigirlos. Esta buena disposición de aquellos gentiles para la enseñanza en nuestra sagrada religión, creció con una invasión repentina que por la banda del Marañón portugués padecieron de los europeos. Sucedió que éstos, dejándose caer una noche sobre una

ranchería de Omaguas descuidados, les rodearon por todas partes y cortaron la retirada. Hechas algunas muertes en los que resistían y ahuyentando con los arcabuces á los que venían á la defensa, llevaron á los demás maniatados y esclavos de su tiranía, en especial niños y mujeres, que resistieron menos al repentino asalto. Volvieron proas los bárbaros europeos con esta cruel y vergonzosa victoria, muy alegres por la presa de los pobres esclavos bien asegurados con prisiones. Los Omaguas, al principio dispersos y aturdidos con el estruendo de las escopetas, volvieron luego en sí, y haciendo cólera con la vejación y robo de las mujeres y niños, siguieron á los piratas con sus ligeras canoas, y observando á remo sordo y con mucho cuidado los puestos de sus enemigos, lograron finalmente la suya en una noche, que habiendo hecho rancho en una playa, estaban descuidados y muy ajenos de pensar lo que contra ellos se tramaba. En la seguridad suele estar el mayor peligro y poco puede el que es superior en armas si lo cogen desprevenido. Los Omaguas dieron tan diestramente contra los europeos, y cargaron tan prontamente contra ellos, que matando á muchos pusieron en fuga á los demás y recobraron todos sus parientes, que les dieron las gracias de haberlos redimido de tan dura esclavitud; pues iban ya condenados á ser vendidos por esclavos, como lo habían sido otros varios de la misma nación.

Dieron la vuelta los Omaguas, alegres y contentos del suceso, trayendo consigo dos muchachos blancos que habían cogido y cierta ropilla de los enemigos á manera de anguarina, que podía servir de señal para conocer si los enemigos eran holandeses ó portugueses, ya que no se conociese por los muchachos ó no lo quisiesen declarar. Luego que llegaron á sus tierras enviaron prontamente al P. Lucero quien le diese cuenta de todo lo sucedido, con la ropilla, para que por ella juzgase de la calidad de los ladrones ó piratas. Suplicábanle con más instancia que les enviase misionero con quien pensaban poder vivir con mayor seguridad entre tantos enemigos, y prometían enviarle los dos mozos blancos que tenían consigo, y trataban como á los suyos. Tan humanos fueron siempre los Omaguas, que aun siendo gentiles no mataron á sus enemigos teniéndolos en su mano después de tan señalado agravio.

Agradeció el misionero la fineza de los Omaguas, alabó su valor, y celebró su fidelidad, alentándoles á perseverar en su buena resolución y prometiéndoles enviar padre que les amparase, ó bajar él mismo en persona á vivir con ellos si lo permitiesen sus cuidados. Era su ánimo juntar los Omaguas con los Ucayales, que habían dado pruebas de congeniar con ellos, en las islas más bajas y retiradas del rumbo del portugués, para que estuviesen menos expuestos á sus repentinas irrupciones y piraterías sangrientas. Y como era numerosísima la nación, escribió al provincial que para sólo los Omaguas eran necesarios dos padres, no pudiendo uno solo asistir á tanta gente, particularmente en los principios de su reducción. Hizo también recurso á Lima enviando una relación exacta de lo que acababa de suceder y suplicando al señor virrey que se sirviese su

excelencia de dar alguna providencia para fabricar algún castillo ó fortaleza contra tan perjudiciales ladrones, y asegurar las tierras de su majestad católica. Qué resolución se tomase por entonces para obviar á los peligros que amenazaban, ni lo sabemos ni lo hemos podido averiguar. Acaso sucedería lo que después ha mostrado la experiencia; que, conocido el daño inminente, se han dado buenas y convenientes órdenes sin que se hayan jamás puesto por obra. Todos conocieron la necesidad de este fuerte con algún presidio de soldados españoles, clamaron muchas veces por la ejecución los misioneros; la corte misma, viendo no sólo la conveniencia pero aun la necesidad, mandó que se levantase para poner en seguro á la nueva cristiandad, y tener en resguardo los dominios de España, pero jamás se ejecutó una orden tan razonable ni se satisfizo á tan justa demanda. De tan pernicioso descuido vinieron después los graves daños que causaron los portugueses en aquellas misiones destituidas de todo socorro de los españoles, sin tener otro arbitrio los misioneros, incapaces de resistir á las violencias, que llorar las pérdidas irreparables de la gente llevada por esclava, y retirar, dejando aquellos parajes en manos del portugués, los indios á sitios más lejanos y escondidos.

CAPITULO VII

VIENEN NUEVOS MISIONEROS DE EUROPA.—CARTA NOTABLE DE UNO DE ELLOS Á SU PROVINCIA DE NÁPOLES

Hallábase en España el procurador del Nuevo Reino casi sin espeperanza de recoger misión para Quito y Santa Fe, muy particularmente por la falta de medios con que conducirlos á la América, porque los gastos de la navegación y viajes tan largos de aquellos padres hasta entrar en Quito son mayores de lo que se piensa comúnmente. Pudo con el procurador tanto esa falta de medios, que no se atrevió en España á preparar misioneros; pero pasando á Roma, el Señor, que miraba con ojos de piedad la misión de Mainas, le inspiró á que pidiese (casi á la misma partida de aquella ciudad) operarios, ensanchándole el corazón y alentándole á que confiase en la Providencia, que prevendría los socorros necesarios para su transporte. Como el pensamiento venía del cielo, vino luego uno de la provincia de Nápoles, como si estuviera esperando la coyuntura, y se juntó con el procurador, á quien se allegó otro, que le estaba esperando en Génova, y á poco tiempo concurrieron otros dos alemanes con un flamenco, los cuales llegaron á Cádiz en tiempo tan medido para la partida de los galeones, que sin descansar del viaje, se embarcaron para el Nuevo Reino sin la compañía de su procurador, que dando la vuelta por Madrid para evacuar en aquella corte sus negocios, pensaba hallarse en Cádiz á tiempo para la embarcación.

Con esta partida tan pronta y no pensada de los cinco misioneros, se descubrieron varios rasgos particulares de la divina Providencia con las misiones de Quito y del Nuevo Reino. Porque primeramente los galeones debieran haber salido por el mes de Octubre y por varias cosas que ocurrieron y parecieron casualidades, se fueron deteniendo hasta tres meses, como si esperaran la misión, y salieron por el Enero, cuando el procurador que estaba en Madrid, no creyendo ya que hubiesen de salir tan presto las embarcaciones, se detuvo en la corte, de manera que no los pudo alcanzar. Pero aun esta última circunstancia la convirtió el Señor en bien de las misiones, porque ocho meses después llevó consigo el procurador en unos navíos de barlovento seis misioneros más, con quienes no se contaba, de la provincia de Aragón. Fuera de esto, el P. procurador general de Sevilla por sí mismo y con otras circunstancias que concurrieron, dispuso el embarco y despacho de los cinco padres. Cosa, á la verdad, bien extraordinaria y poco regular, pues el avío, despacho y embarcación de los que pasan á Indias, no pertenece al oficio ni es de la inspección del procurador de Sevilla, sino del procurador de las misiones. Pero el Señor gobernaba el negocio, y puso en el pensamiento del uno que debía disponer en las circunstancias de lo que tocaba á otro.

Mucho más se descubrió la disposición amorosa del Señor en este viaje por otra circunstancia muy particular que ordenó á favor del misionero de Nápoles. Luego que éste se partió de Roma para su destino, los hermanos y deudos que llevaban muy á mal la partida á las Indias de su pariente, empezaron á poner estorbos é impedimentos al viaje, alegando la falta de salud y otras razones que suelen aparecer en estas ocasiones. Tanto hicieron y dijeron tanto, que obligaron al general á que escribiese resueltamente al procurador de la misión para que no se embarcase el misionero, sino que volviese luego á su provincia de Nápoles. Mas el orden cerrado del general llego al puerto dos días después de haberse embarcado el napolitano, cuando iba ya navegando para Indias. No hay astucia contra Dios, y dispuesta de su eterno consejo la ida del misionero, ningún manejo de los hombres podía impedirla.

Parece que su Majestad dispuso la venida de este fervoroso operario á las tierras del Marañón, no sólo para trabajar con celo en aquella extendida viña, sino también para desengañar á sus paisanos de las aprensiones que tenían contra aquellas desconocidas misiones, y para llamar nuevos sujetos al empleo glorioso de la conversión de aquellos gentiles. Un año después de haber llegado á Quito, cuando ya destinado á los Mainas, no suspiraba sino por la entrada al Marañón, sabiendo las pretensiones de sus parientes y el modo particular con que le había el Señor librado de sus lazos, escribió una carta muy notable á cierta persona de autoridad en Roma para que desengañase á la Italia de las preocupaciones en que estaba contra las misiones del Marañón, y para que influyese en la ida de muchos sujetos á recoger los inestimables tesoros de oro, plata y piedras preciosas que ofrecía la provincia de Quito en las

almas de innumerables gentiles, redimidas con la sangre de Jesucristo. Siendo la carta bien singular y estando escrita con grande sentimiento, me ha parecido poner en este lugar las cláusulas en que desengaña, esfuerza y anima á los sujetos de su provincia y á los demás italianos que tenían poco conocimiento de aquellas tierras. Comienza su escrito con sinceridad y candor, de esta manera:

«Con lágrimas en los ojos de alegría escribo ésta, y si me fuera permitido la firmara con mi sangre. Ya sabe V. R. por qué medios dispuso Dios mi venida á estas partes, la cual parecía imposible á los padres de mi provincia de Nápoles; pero Dios de todas maneras me quería aquí, como siempre me parece me lo decía el corazón, y el Señor venció todas las dificultades facilísimamente y con una suave providencia me condujo hasta aquí, y me mantiene el más sano y alegre de todos. Un año há que estoy en Indias, con el consuelo que no puedo bastantemente explicar; sólo una aflicción me atormenta el corazón, y es el ver tanta multitud de gentiles y tan pocos operarios. Muéstranos Dios en estas misiones mucha mies madura, y vemos que no hay suficientes operarios para recogerla, y por mucho que quieran hacer los padres misioneros, siendo pocos, no pueden dar satisfacción aun á los pueblos que son ya cristianos; con que menos podrán abrazar las naciones de infieles tan dilatadas, que el decirlo parece increible, y en mí todo es suspirar, diciendo interiormente al Señor de la mies: Operarios, operarios, sintiendo que no haya los bastantes para tanto campo.»

Después de tan sentido exordio pasa á describir las tierras del Nuevo Reino y de la provincia de Quito, á cuya ciudad arribó desde Cartagena, después de haber caminado mil y quinientas millas, y dice que no es posible ser poblada de españoles tan vasta extensión de tierra. Cuenta para satisfacer á la aprensión que se tenía en Nápoles de aquellos padres, lo ameno, abundante y vistoso de la situación de Quito, por ser una continua primavera y ser el aire tan perfecto, que no hay peste ni muchas enfermedades, por donde gozan los hombres de larga vida, como de ochenta ó noventa años. Dice que los bastimentos no sólo son suficientes, pero abundantes, y que se sirve más comida en un día en el colegio de Quito que se reparte en dos días en Italia. Se lamenta de que no hay cuidado en aquellas partes de escribir las muchas cosas memorables ó gloriosas, ó por humildad de los sujetos ó también por dejamiento. Declara las muchas maravillas que en el poco tiempo ha observado, como peces que vuelan por los aires, y plantas del agua con raíces en ella y no en la tierra; un animalillo que convierte sus pies en raíces y en tronco de árbol su cuerpo y piernas que parece sienten; culebras que partidas no mueren y que juntando sus partes vuelven á reunirse; madera que se vuelve piedra y cosa semejantes, que ya por ordinarias no causan allí novedad y parecen increibles en Italia.

De ésta, como primera parte de la carta, pasa á la segunda, que le atraviesa el corazón y le saca lágrimas al escribirla. Refiere la multitud

prodigiosa de gentiles que esperan quien los alumbre y parta el pan de la divina palabra, y cómo al atravesar por el Nuevo Reino en su largo viaje se hubiera metido si le hubieran dado facultad por las dilatadas montañas que descubrió á uno y otro lado, pobladas todas de infieles y destituidas de predicadores de la ley evangélica. Que por lo que toca á las misiones del Marañon, siete mil indios valientes, armados con arco y flecha, pedían por sí mismos padres que les predicasen, y que en varias islas y brazos de este gran río, se hallaban dilatadas naciones en muy buena disposición para oir el Evangelio, y que los misioneros se afligían sobre manera y vivían consumidos del celo por ser tan pocos, que no podían recoger mies tan copiosa; y finalmente, que los gobernadores católicos de aquellas tierras hacían más caso de un solo misionero para reducir una entera nación de infieles, que de muchos capitanes seculares bien armados y prevenidos con mucho número de soldados.

«De todas estas cosas y otras, prosigue en su carta, que no es posible escribirlas, y que escritas parecen increibles, sé yo que en Nápoles me darán crédito conociendo mi natural que no sé exagerar; pero basta lo dicho para que pueda clamar á V. R. y cuantos vieren ésta, diciendo muchas veces, *mesis quidem multa, mesis multa: operarii autem pauci*, y por esto *rogo Dominum ut mittat operario.* Ruego á N. P. General que envíe misioneros determinados para esta dispuesta mies, y que sean de espíritu y celo, y el provincial de esta provincia los pide también, y que en los galeones venideros se embarquen siquiera seis. Escribo también al P. Manuel Rodríguez, procurador de ésta y las otras provincias de Indias, que procure la licencia de su majestad y el avío para que vengan, pues estima en tanto esta misión, la cual tengo por tan gloriosa, que no pienso en otra cosa que en procurar sujetos, y mientras tuviese vida en esta provincia no desistiré de solicitarlos en todas las armadas, pues es lástima que se pierdan tantas almas.

»Yo, de verdad, no alcanzo cómo excusar delante de Dios á los superiores que no quieren dar sujetos para las misiones, ó si los envían son los peores, de que sin duda es causa el no saber el mucho bien que pueden hacer con ellos en estas partes. Excúsanse con decir que no deben privar de los buenos sujetos á sus provincias sin advertir que en premio de darlos para las Indias los proveerá Dios de otros mejores, como me escribe el provincial de Nápoles, que por los que dió se ha llenado de mancebos muy escogidos el noviciado. Y al contrario, en castigo de la avacia de los sujetos, permite Dios haya esterilidad de ellos y malos sucesos de los que retienen. Cierto que no veo disparidad que siendo reprensibles los padres que niegan los hijos á la religión, porque no hagan falta en su casa, no lo sean los provinciales que rehusan pasen personas á las Indias, porque hacen falta en sus provincias. A mí me decían que no llegaría á ésta, y que si llegara viviría siempre enfermo é inhábil, de que yo venía temeroso, y ahora veo que allá no hubiera servido de cosa, y que acá puedo hacer muchas en servicio de Dios y bien de las almas, de que

me hallo tan contento, que con lo que ahora sé y conozco estuviera pronto si me hallara en Italia para venirme á pie otra vez á estos empleos. Supuesto esto, ruego á V. R. que de su parte anime á los sujetos que quisieren venir á estas misiones, compadeciéndose de tantos millares de almas que se pierden sólo por falta de operarios. Yo desde acá los llamo *amicis sociis*, porque las almas de estos gentiles *jam albae sunt ad mesem* están ya sazonadas para los graneros de la Iglesia, como escribe el superior de la misión, el cual, entre otras cosas que refiere, dice que de algunos indios ya cristianos ha sabido días há que á un lado del Marañón, subiendo algo, están los descendientes de aquellos cuarenta mil indios que se retiraron con un hermano del inga en tiempo de la conquista del Perú, y son sin número los que se han multiplicado, descendientes de aquellos primeros. Que suceden allí cosas maravillosas, en que por una parte muestra el demonio con asombros lo que resiste á la conversión de aquellos gentiles, y por otra la facilita Dios con medios que manifiesta para poder conseguirla fácilmente.

»Ultimamente, no puedo dejar lo que siento el poco concepto que se tiene de los empleos gloriosos de estas misiones, y responderé á muchos padres de Nápoles que de ningún modo querían que yo viniese acá, sino que fuese á la China si quería ganar almas. Espero mostrar, si acierto á explicarme en lo que siento, ser esta misión gloriosa mejor por lo que veo que hay en ella, que otras por lo que de ellas se dice. Mejor para los misioneros en el alma, mejor para los mismos en el cuerpo, mejor para la salvación de los gentiles, mejor para el logro de la gracia de Dios. Harélo siguiendo sus partes y comparándola particularmente con la misión que se tiene por tan gloriosa. Primeramente, para el espíritu de los misioneros es mejor; porque ¿quién duda que el trabajar por estos indios pobres (y tan pobres que andan desnudos como bestias), es causa de grande mérito y efectos de mucha virtud, más que trabajar por los ricotes de la China? en esto se imita más de cerca á Jesucristo que siempre predicaba á las turbas y conversaba y se acompañaba de los pobres. En el trato con los pobres se conserva mejor la humildad, y la predicación es más evangélica sin andar en atenciones de policía. Además de que es mayor el mérito por ser mayor el trabajo de andar buscando las almas como caza en los montes, recogerlos á los pueblos y darles primero el ser hombres y después el ser cristianos que no se hace en la China; porque los chinos ya racionales y demasiadamente presumiendo de tales, se pierden por su soberbia y pertinacia; pero estos pobres se pierden por falta de quien los instruya, cosa que enternece aun á corazones de piedra.

»En cuanto á lo temporal no faltan en estas misiones algunas conveniencias, aunque juntas con grandes trabajos. Espantan éstos á algunos que no reconocen en sí el aliento y corazón de un Xavier, que no tienen fuerzas para no rendirse á las penas. Pero hay en el Marañón para pasar y sustentar la vida bastante providencia y socorros en los montes; hay caza de varios animales y aves, en los ríos multitud de peces; las

frutas silvestres son muchas y sabrosas y sazonadas y, por providencia de Dios, para refrigerio del grande calor, se hace de ellas algunas bebidas muy frescas; hay cacao en abundancia y vainillas que llenan de fragancia los montes, en los cuales se halla también canela. Sólo falta pan de trigo y no se da vino, pero se suple con pan de maíz y plátanos, y el vino con bebidas de frutas de buen gusto, y á veces se meten del colegio de Quito varios socorros de bastimentos, aunque no pueden ser muy abundantes, porque los cargan á espalda los indios por caminos fragosos y montañas cerradas, con que en esta parte tiene el misionero lo bastante y conveniente á la vida.

»Acerca de lo que se sigue que sean estas misiones mejores que las de China para salvar almas, se ve ser así: 1.º Por la multitud de indios que hay y la suma facilidad en reducirlos; con el regalo de una aguja, con un cuchillo ó cascabel está en un instante ganada un alma en consiguiéndose instruirla y bautizarla. 2.º En la China, cuando después de mucho tiempo se llega á conseguir hablar con el emperador ó recibir de él alguna cortesía, se ha hecho una gran cosa; aquí, en hallando un indio, no hay sino abrazarle, darle algún regalillo de vestido ú otra cosa, instruirlo y después bautizarlo. Allá, después de muchas fatigas y cuidados, si se convierten unos pocos, otros, temerosos del tirano y tirados de los bonzos, otros del interés, no se atreven; aquí que es tierra del oro y le tienen á los pies, es bautizarlos á todos el bautizar á uno de los de su nación por no tener tiranos, ni bonzos, ni religión, ni secta que les impida convertirse, sin que se necesite expeler la forma contraria de idolatría que casi no la tienen, ni discurren de deidad ni adoran ídolos, sino que viven como bestias, tanto que se llegó á dudar si eran racionales. 3.º En la China los convertidos son señores políticos y presumidos de sabios, y no tienen la sujeción que deben al padre, sino es que fuese un San Francisco Xavier; aquí es el padre, el superior, el patrón, y en su estimación su rey y su pontífice, obedeciéndole con todo rendimiento, sin apartarse un punto de su voluntad. Allá la lengua y caracteres sínicos son muy difíciles de aprenderse; acá, en tres meses, puede aprenderse la lengua de estas naciones, y aun sin ella, con intérpretes, desde luego se obra en bien de las almas, y se hace con los indios con agasajos cuanto se quiere. Allá son altivos y soberbios de natural; acá es indecible la humildad y docilidad de los gentiles como de todos los demás indios que tanto se sujetan por su pusilanimidad á los españoles, aunque tal vez se les han rebelado; luego para ganar almas, es mejor la gentilidad del Marañón que la de la China. Y si no, pregunto: ¿por qué los nuestros en Europa, teniendo cerca tantos turcos, no van á convertir esas almas tan vecinas? Dirán que por ser pertinaces é inconvertibles; luego si las del Oriente y la China respecto de estos gentiles del Occidente son como los turcos respecto de los chinos, por más aptos se han de tener para la predicación estos occidentales que los chinos obstinados, políticos y altivos.

»Lo que he dicho comparando estas misiones del Marañón con la Chi-

na, en algún modo se puede aplicar á otras misiones nuestras de las mismas Indias, como á las de Méjico y á las del Paraguay, en que ya el empleo es cuidar de pueblos reducidos de cristianos antiguos, y quizá no hay copiosa gentilidad vecina para reducir almas como en estas extendidísimas montañas adonde se retiraron tantos con el extruendo de la conquista del Perú. Por esta multitud de indios y por ser tan fáciles de convertir, parece consta ser esta gentilidad la mejor para ganar almas, que es el fruto deseado de los misioneros, de donde se sigue también lo último que decía de ser mejores para el logro de la divina gracia que puede infundirse en tantas almas que no son de peor calidad que las de la China y otras partes, y por éstas y por las demás derramó su sangre y murió Cristo nuestro Redentor.

»Una cosa podrían decirme los que aspiran á la China y Japón, que allí hay martirio y aquí no, como me decían en Nápoles. A que respondo que aquí en nuestro colegio tenemos en nuestra estimación por mártires á tres padres á quienes quitaron la vida los indios, que ojalá se hiciera la debida memoria de ellos. Es verdad que estos indios ordinariamente son cobardes, mas algunos hay valerosos, y tal vez han sucedido rebeliones y muertes en odio de la fe, ó que por amor de ella mueran los nuestros gloriosamente. La diferencia que hallo es que en la China y otras partes la muerte es en defensa de la fe, en que quieren pervertir al cristiano los tiranos, y acá es en demanda de imprimirla en los gentiles, á quienes en campo abierto dan asalto con la predicación, y es más glorioso morir asaltando que morir sólo defendiéndose.»

Estos son los principales sentimientos del misionero de Nápoles, que con tanta eficacia expresa en la carta enviada á Roma para quitar los prejuicios de su nación sobre las misiones escondidas del Marañón. En ella carga muy bien, y con mucha razón, la conciencia de los superiores, que tal vez se atraviesan con títulos menos razonables á las vocaciones que da Dios á sus súbditos de pasar á las Indias, y demuestra evidentemente la grandísima ventaja de las misiones de Mainas sobre las misiones de la China, que, aunque gloriosas y de mucho agrado del Señor, no presentan la facilidad de bautismos en párvulos y de conversiones en adultos, que ofrecen las del Marañón y demás misiones de la América Meridional y Septentrional. Quiera Dios que nunca falten operarios celosos de la predicación del Evangelio en estas vastísimas regiones, porque nunca faltarán nuevos gentiles que se irán descubriendo en tantas escondidas montañas, larguísimos ríos y llanuras interminables, los cuales perseveran ciegos en su infidelidad sin haber penetrado á sus cavernas y escondrijos la luz de la verdad anunciada en otras muchísimas partes por los predicadores evangélicos. Pero éstos han sido siempre pocos, y aunque fervorosos, no han bastado para recoger las mies abundantísima que por todas partes se presenta.

CAPITULO VIII

ENTRAN NUEVOS MISIONEROS EN EL MARAÑÓN Y SE TRATA DE LAS REDUCCIONES QUE HIZO EL P. ENRIQUE RITHER EN EL RÍO UCAYALE.

Nunca parece el sol más hermoso que cuando amanece claro después de muchas nieblas, obscuridades y lluvias, ni es más apreciable la calma y serenidad que cuando ha precedido una larga y peligrosa borrasca. Por cuatro años seguidos se habían mantenido de solos cuatro misioneros con increible trabajo todas las reducciones del Marañón, y aunque clamaban continuamente á sus hermanos para que les ayudasen á sostener la barca de aquella nueva cristiandad, que no podían mantener por mucho tiempo, no eran oidos en tan grande necesidad, en que hacían harto en acudir á los ministerios más indispensables de Quito y de su comarca. Oyóles sin duda San Francisco Xavier, que, como piloto bien experimentado de la mayor gloria de Dios y protector insigne de las naciones de oriente y occidente, les envió en su mismo día, 3 de Diciembre de 1682, consagrado á la memoria de sus peregrinaciones asombrosas, cuatro misioneros; dos italianos, de los cuales era uno el napolitano fervoroso, de que hablamos en el capítulo antecedente; y dos quiteños, tenidos por jesuitas ejemplares en la provincia. Partiéronse los cuatro padres en el día dicho bajo la protección de San Javier, y con tan buen valedor llegaron con felicidad al Marañón. Cuánta fuera la alegría del superior y demás misioneros al ver tan oportuno socorro, como el santo les traía, no hay para qué decirlo. Ni permitía el tiempo muchas treguas á las lágrimas de consuelo que derramaban de sus ojos. Luego puso el superior á uno de los italianos llamado Lanzamí en los pueblos de Guallaga, cogió por compañero para la expedición peligrosa que tenía dispuesta á los Gívaros al padre napolitano é hizo que los dos padres quiteños pasasen á los demás partidos en socorro y ayuda de los otros misioneros.

Empezaron á respirar las misiones con la venida de estos cuatro operarios, pero aunque parecían bastantes para conservar y aumentar de familias las reducciones ya fundadas, mas no se podían extender á nuevas conquistas, siendo entre todos solos ocho sujetos para veinte pueblos. La divina Providencia, que había determinado alumbrar á las naciones más distantes, con quienes había ya tratado y entablado paces el P. Lucero, trajo al Marañón por los años de 1685 dos célebres alemanes, y fueron los primeros que de esta nación ínclita, á quien tanto debe la cristiandad de la América, entraron á los Mainas: llamábase uno Enrique Rither y el otro se decía Samuel Fritz, ambos de buena edad para sufrir trabajos, ambos de grande corazón en los peligros y ambos encendidos en el celo de la gloria de Dios y bien de las almas. Conociendo el P. Lucero en los dos nuevos misioneros tan gran fondo de virtud, y observando en

ellos cierta grandeza de alma, junta con un natural acomodado al trato y manejo con los indios, destinó al uno á la grande Omagua, en donde había de recoger con el socorro del cielo copiosísimos frutos, fundando en ellos una cristiandad muy floreciente, y envió al otro á cultivar las muchas y numerosas naciones del caudaloso río de Ucayale.

Si en alguna parte de la historia nos causa gran dolor y sentimiento la falta de las debidas noticias, es en esta coyuntura, en que habiendo de tratar de la misión de Ucayale y de los increibles esfuerzos y fatigas insoportables del P. Rither en plantearla y en adelantarla, nos hallamos tan escasos de ellas por la quema ya dicha de papeles, que sólo podemos dar una idea general de las cosas que pedían uno y aun muchos enteros libros. No dudo que el lector benévolo perdonará esa quiebra y nos reprendería justamente si llegase á entender el que escribíamos cosas particulares poco ciertas ó menos averiguadas. Seguiremos en lo poco que decir podremos, las apuntaciones de un misionero que han llegado á nuestras manos.

Salió el P. Enrique Rither para Ucayale, el día 16 de Enero de 1686, acompañado de una tropa de indios Cunivos que habían venido á buscarle á la Laguna misma por propio misionero. Como las naciones que había que cultivar en aquel río eran muchas, y en mucha distancia unas de otras, pareció conveniente que fuese con el misionero un hermano coadjutor (que á lo que pienso acababa de llegar á la misión), llamado Francisco Heredia ó Herrera, religioso ejemplar, celoso, de corazón en los peligros, y muy parecido en la virtud al sacerdote que acompañaba. No se tenía entonces mucha confianza en los Cunivos por ser gente muy nueva y poco conocida de los misioneros; y á esta causa el capitán de los Xitipos, parcialidad antigua de la Laguna, se ofreció á seguir al P. Rither, para servirle y ayudarle de la manera que pudiese. Con esta compañía entró el P. Enrique, por Ucayale, y llegó á una población de Cunivos juntos ya por el P. Lucero, con la advocación de San Nicolás, en un sitio llamado *Pachitea*. Como iba de paz fué bien recibido de aquellos indios, más luego comenzaron á mostrar su sentimiento, viendo que no les llevaba hachas y cuchillos. Procuró el padre sosegarlos con la esperanza de regalarlos, luego que llegase el socorro de Quito. Sin este aliciente se suele adelantar poco con la gente nueva, como mostró la experiencia en otras partes. Entabló con los niños que llevaba de la Laguna la doctrina y el rezo en lengua Xitipa que entendían bastantemente los Cunivos, hasta que con el tiempo formó catecismo en lengua cuniva. Quiso visitar otras rancherías de Mayorunas y otras naciones, y conoció desde luego la grande resistencia del infierno á que se anunciase entre aquellas gentes poseidas del demonio por tan largo tiempo la palabra divina. En una de estas tuvieron su consejo los indios sobre si matarían al misionero ó le enviarían otra vez al Marañón, porque al fin «él es español y los españoles son tan malos, decían, como el diablo», con cuyo nombre (en su lengua, Tusuí) les apellidaban. Pero obrando en ellos la gracia de Dios, ni

uno ni otro determinaron, y salió de su consulta el admitirle y probar con el tiempo cómo les trataba, y viendo en él un trato dulce, amigable y cariñoso, comenzaron á inclinarse al misionero, á quererlo y respetarlo.

Poco se fiaba el P. Enrique de estas primeras apariencias, porque sabía muy bien las experiencias pasadas de los primeros misioneros y echaba de ver en tanta variedad de naciones un genio brutal y una carnicería continua. Tenían muchos dos y tres mujeres, casábanse los hijos con sus madres y con la facilidad que hacían sus casamientos así los deshacían á su arbitrio. Abortaban las mujeres por cualquier antojo y mataban con indolencia los hijos como si fueran monos, perros ó gatos; de manera que parecían tener borradas las impresiones mismas de la naturaleza. Preciábanse de valientes y era el más estimado el que había ejecutado más muertes. De aquí nacían las continuas guerras de unas naciones con otras, haciendo frecuentes campañas para matar y coger esclavos. No faltaban hechiceros, como en otras naciones, pero los más eran unos embusteros, y sólo tal cual parecía tener pacto con el diablo, que con aullidos y estruendos horrorosos les avisaba de algunas desgracias sucedidas en mucha distancia á sus parientes y conocidos.

Comenzó el P. Rither á recoger indios, enseñarles la doctrina y desarraigar abusos y en medio de la resistencia que experimentaba en aquellos naturales, no dejaba de hacer fruto, no sólo en los párvulos que bautizados contemplaba ya como asegurados, pero aun en muchos adultos que daban oidos á la verdad y pedían el bautismo. Pero, conociendo la necesidad que tenía de instrumentos y herramientas para ganar y atraer aquellos corazones interesados, se determinó, antes de cumplir el año primero de su ministerio, á volver á la Laguna en busca de hachas, cuchillos, machetes y otros instrumentos dejando á cargo del hermano Francisco (que había recogido los Cunivos cautivos de algunos bárbaros y enseñádoles la lengua Inga) toda la cristiandad nueva y catecúmenos de Ucayale. Mientras el misionero hacía el largo viaje, el hermano coadjutor práctico en aquellas tierras por las entradas á otras naciones y por las paces que había hecho con los indios Campas, Machovos, y Comavos, procuraba aumentar el pueblo de San Nicolás haciendo varias peregrinaciones, en que traía algunas familias.

En una de estas topó con un indio de la nación de los Campas, que haciéndose ó vendiéndose por amigo, le prometió pacificar á su nación entera con los Cunivos de su pueblo. Siguióle intrépido y deseoso de ganar aquellos gentiles como había ganado otros, entró por las tierras de los Campas no dudando del buen suceso que se prometía de la paz. Mas apenas le descubrieron estos bárbaros cuando viniendo en tropel en gran número, comenzaron á disparar flechas contra el hermano Francisco que viendo ser llegado el fin de su vida, puesto de rodillas y alzando los brazos y ojos al cielo, recibió con mucha devoción las últimas flechas con que le atravesaron, ofreciendo á Dios su vida por aquellos mismos que tan

cruelmente se la quitaban. Despedazaron luego el cuerpo muerto, y bárbaramente se lo comieron, para probar, como decían, á qué sabía la carne de blanco, y encajando la cabeza en una bobona, se la llevaron en triunfo, gloriándose de que eran más valerosos que los blancos, porque el hermano se había puesto de rodillas y recibido sin resistencia las flechas con que le habían atravesado. Los Cunivos que le acompañaban volvieron, aunque heridos, á su pueblo, y luego salió la nación á la venganza contra los Campas y Pirros, que habían tenido también parte en la muerte del hermano. Mataron á unos y cautivaron á otros que refirieron lo que acabamos de contar, para que no sólo los Cunivos sino también los Campas enemigos, fuesen testigos de la circunstancia de la muerte y de la crueldad que usaron con el cuerpo difunto. Diose aviso del trágico suceso á la Laguna y se intentó enviar algunos españoles al castigo de los Campas y Pirros, pero atravesándose en este tiempo negocios más urgentes, quedaron sin la pena merecida los agresores, y no se pensó en adelante en escarmentarlos.

No sin providencia particular del Señor dejaron los españoles de entrar en Ucayale al castigo de los Campas y Pirros, que naturalmente no se hubiera ejecutado sin alboroto de muchas naciones, en quienes hubiera crecido el odio contra el nombre español y se impidieran los progresos de la predicación del P. Rither que volviendo con ánimo intrépido á sus Cunivos hizo desde la muerte del hermano tan rápidas conversiones en los gentiles de aquel río, que no es fácil de contar el número de bautismos no sólo de párvulos, pero aun de adultos, que teniendo ya catecismo en su propia lengua se disponían en poco tiempo para recibir el santo sacramento. Es cosa bien singular, pero digna de todo crédito lo que hallo escrito de este santo varón que en solo doce años de predicación fundó nueve pueblos en las riberas de Ucayale, y que los cultivó de manera que los más eran ya cristianos, y vivían con gran fervor, dejando sus antiguas supersticiones, frecuentando la iglesia y sacramentos, celebrando las fiestas principales del año y con particular devoción las funciones de la semana santa que suele ser la cosa que hace mayor impresión en los gentiles recientemente convertidos. No hizo tantas fundaciones sin derramar muchos sudores en valles, montes, travesías y navegaciones, tomando lengua de unos gentiles y pasando á otros hasta recoger al gremio de la Iglesia una parte muy notable de todos los indios de que pudo tener noticias. Sus entradas á los montes en busca de estos desdichados pasaron de cuarenta, y se cuenta que en cada una de estas andaría por agua y tierra más de doscientas leguas, cuya suma viene á ser como de ocho mil leguas, sin meter en este cómputo los viajes que hubo de hacer á la Laguna, de donde, como centro de la misión, se proveía de las cosas más necesarias. Tan encendido era el celo de este varón insigne, que en razón de ganar almas al cielo anduvo tantos pasos cuantos eran bastantes y sobraban para dar vuelta á todo el mundo.

Queriendo el Señor coronar tantas fatigas, dispuso que muriese glo-

riosamente á manos de los ingratos Cunivos, y lo mismo hicieron los Chepeos con D. José Bárgez, clérigo secular y compañero á la sazón del P. Enrique, sin que sepamos otras circunstancias, de tan gloriosas muertes, sino que sucedieron por los años de 1698. Dichosos operarios que perseveraron constantes en el cultivo de aquella viña hasta dar la vida en la demanda, después de haber enviado al cielo tantos sazonados frutos de adultos y niños recientemente bautizados, como morirían en los nueve pueblos que tuvieron á su cargo. Plugiera al cielo que aquella numerosa y florida cristiandad hubiera sido más duradera y consistente. Pero, con las muertes de los dos misioneros, se alzaron las naciones de Ucayale, y el medio que se tomó para pacificarlos, por justos juicios del Señor, acabó de manera de rematarlas, que quedaron perdidas del todo aquellas floridísimas misiones. Luego que se supo la muerte del P. Rither, ejecutada con increible ingratitud de los Cunivos mismos, y la de su compañero Bárgez por los Chepeos, entró el capitán D. Juan Rioja al castigo y pacificación de la tierra, llevando consigo dos misioneros, cuarenta españoles y cuatrocientos indios. Era la armada respetable, particularmente por las bocas de fuego, tan superiores á las armas de los Ucayales, y el capitán Rioja se lo prometía todo con armas tan ventajosas. En efecto, á los principios cogieron á muchos fugitivos; pero, fiados los blancos en sus fuerzas, y descuidándose de hacer con diligencia las centinelas, fueron sorprendidos improvisamente por los alzados que, acometiendo con furor y rabia, mataron diez y nueve españoles y noventa indios, y los demás huyeron vergonzosamente. Con esta derrota quedaron acobardados los nuestros, y tan orgullosos y soberbios los indios de Ucayale, que dieron al través con aquella nueva cristiandad, á excepción de algunos que parecen haberse agregado á otros pueblos, como se puede colegir del libro de bautismos, del pueblo de la Laguna, en donde se hallan escritos indios Manavas que pertenecen al río Ucayale.

CAPÍTULO IX

PASA EL P. SAMUEL FRITZ Á LOS OMAGUAS, Y HACE VARIAS REDUCCIONES DE ESTA NACIÓN

Casi por el mismo tiempo en que entró la luz del Evangelio en el río Ucayale, tan poco agradecido á los sudores y fatigas de su misionero, se comenzó á trabajar en la grande Omagua en que, prendiendo mejor la semilla del Evangelio, se arraigó de manera que nunca volvió atrás esta nación insigne, y no sólo conservó la fe, una vez recibida, pero aún cooperó no poco de su parte para la reducción de otros muchos gentiles. Parecía esta gente bien acondicionada, más acreedora que las demás á que

se les diese misionero propio, pues ella misma había subido los años antecedentes, como vimos, en demanda de un padre que le enseñase el camino de la verdad, y el superior de las misiones se lo había prometido. Mostraban, por otra parte, los Omaguas (fuera de las vislumbres que en ellos se descubrían de policía) mucha fidelidad é igual constancia, que es la cualidad á que atienden mucho los misioneros en unas tierras en que es casi universal la volubilidad é inconstancia de las naciones.

Por esta causa uno de los primeros cuidados del superior fué el enviar luego que tuvo á su disposición operarios, que llegaron de la Europa, al nuevo misionero Samuel Fritz á cultivar la extendida nación de los Omaguas. Vivían éstos dispersos por las islas y orillas del Marañón, doscientas y más leguas al otro lado del río Napo. Llegado el P. Samuel fué muy bien recibido de estos indios, como quienes por varios años le habían deseado. Hallábase el padre muy gustoso y contento observando en ellos un corazón generoso, dócil y atento, que no se había descubierto en otras naciones y se prometió desde luego con la gracia del Señor recoger copiosos frutos para la Iglesia en una gente de tan buenas cualidades y tan deseosa de oir la palabra divina. No le engañaron las esperanzas porque comenzando su ministerio por el bautismo de los párvulos, y por la doctrina de los adultos, prendió tan bien en los corazones el grano del Evangelio, que en poco tiempo pudo fundar cuatro pueblos. Llamóse uno San Joaquín, puesto en la embocadura de un río que se decía Guarani. Otros dos tuvieron por nombre Ntra. Sra. de Guadalupe y San Pablo Apóstol, los cuales estaban bajando por el Marañón á mano izquierda y el cuarto, que se dijo San Cristóbal, se hallaba bajando á mano derecha. Hizo en todas cuatro reducciones iglesias capaces y de tapia que salieron vistosas y de dura. Como era mañoso y de habilidad en cosas mecánicas, procuró adornarlo con obras hechas de su mano, como sagrarios, retablos y otras cosas de este modo, teniendo abundancia de maderas exquisitas, de las cuales escogía las más propias para los usos á que las destinaba. Con esto los indios se aplicaron más á la doctrina, frecuentaban la iglesia y no faltaban jamás á las funciones sagradas; porque es increible cuánto se agradan los pobres indios hechos á ver solamente unas pequeñas chozas mal formadas, de tener en sus pueblos una iglesia fabricada con aseo y solidez que, aunque no sea como una catedral en las naciones cultas, supone para ellos sin comparación mucho más, y les lleva sin violencia con su majestad para recibir la instrucción necesaria sin que piensen ya en sus antiguos tambos ó escondrijos.

Cuando conoció el P. Fritz que estaban ya los Omaguas aficionados á su persona y bastantemente arraigados en la fe por los muchos bautismos que habían recibido los adultos, pensó en ganar otras naciones por su medio. Entabló paces y amistad con los indios Zurimaguas con los Azuaros, con los Lliras y con los Ibanomas. Pero halló varios estorbos para su reducción. Era el principal de todos el miedo grande á los portugueses

que los habían molestado muchas veces y llevado consigo muchos esclavos, y si se juntaban en reducción ó pueblo lo harían más á su salvo. Porque hasta entonces habían andado los portugueses á caza de indios dispersos por los montes, como quien anda á caza de fieras; pero si se juntaban en un lugar, los llevarían á todos como una manada de ovejas. No era vano el temor de los indios, y el suceso mostró con el tiempo que pensaban como muy racionales.

Considerando el misionero la dificultad grande, y deseando formar una cristiandad sólida y que no estuviese expuesta á los peligros de piratas y ladrones, se resolvió á hacer un largo viaje al Pará, acompañado de algunos de sus Omaguas. Fué larga la navegación, como de mil leguas; pero le pareció dulce y suave, por el bien grande que esperaba resultaría de ella. Arribado al Pará, se presentó al gobernador de la ciudad, le propuso con energía y celo los excesos, rapiñas y violencias de los portugueses, que como verdaderos piratas de los ríos que pertenecían al dominio de Castilla, llevaban cautivos y hacían esclavos á cuantos indios encontraban, añadiendo que estos desórdenes cedían en considerable daño de la religión católica, porque los pobres indios expuestos á tantos ultrajes querían más vivir dispersos por los montes, por donde podían huir más fácilmente, que en pueblos ó reducciones en donde serían sorprendidos. Entendió bien el gobernador la razón y el derecho del misionero, y tomó algunas providencias para el remedio de aquellos desórdenes, prohibiendo estrechamente la presa de los indios, y dió muy buenas esperanzas de que se atajarían en adelante y se castigarían con rigor semejantes piraterías. Muy contento el misionero de tan buena resolución y atención cristiana, dió vuelta á las tierras de los Omaguas é hizo en esta navegación una demarcación cabal y arreglada, que dió nueva luz á los predicadores del Evangelio del curso, brazos é islas del río Marañón.

Sosegados á su vuelta los ánimos de los Zurimaguas y demás naciones confederadas con los Omaguas, vinieron á formar tres pueblos ó reducciones, uno en la laguna Coari, otro con la advocación de Santa Ana, y el tercero llamado Tracuatuva de Tefe. Estaban las tres poblaciones á poca distancia entre sí, en las cercanías del río Putumayo, que los portugueses llaman comúnmente Iza. No tuvo el P. Samuel que sufrir en estas naciones muy semejantes á las de los Omaguas, las pesadumbres, penalidades y trabajos que ocasionaron ordinariamente las naciones altas del Marañón por su poca constancia y sujeción á las órdenes de los primeros misioneros, ni se vieron en los Zurimaguas las malas resultas del genio cruel y bárbaro de los Cocamas y Mainas, á quienes por otra parte no cedían en valor y destreza para la guerra. Eran en particular estas naciones diestrísimas, en el uso de la estolica que habían tomado de los Omaguas, arma en la realidad bien ventajosa y que sólo hallaba igualdad en el arco y flecha de los Panos.

Como era la gente dócil, rendida y bien inclinada, se fué amoldando, con las primeras insinuaciones del Misionero, á las prácticas, orden y

distribución de los pueblos antiguos. Los mismos caciques intimaron desde luego á todos los indios la sujeción y obediencia puntual al P. Samuel, porque no era razón, decían, que habiendo venido de tierras tan apartadas y dejando otras gentes, en quienes pudiera haberse ocupado con fruto, no lograse en ellos mismos el fin de su venida. Esta razón les hacía mucha fuerza por tener la mente más abierta que los otros indios del Marañón, y no les movía menos á ser agradecidos al misionero el ver que, sin pretender servicio ninguno personal, ni procurar sus propias conveniencias, se afanaba tanto por el bien de los pueblos padeciendo mil trabajos en los continuos viajes, en la administración de Sacramentos, y más particularmente en la enseñanza de la doctrina cristiana. Era la de los niños diaria en todos los pueblos, y la de los adultos se hacía tres veces á la semana, y como asistían con gusto y buena voluntad, y no eran tan cerrados de entendimiento ni tan faltos de memoria, la aprendían en poco tiempo. De donde resultó que aun la mayor parte de los adultos recibiese en los primeros años el santo bautismo, dejando que madurasen con el tiempo algunos pocos que, ó por su menor capacidad, necesitaban de más tiempo para una cabal instrucción, ó, por más arraigados en los vicios y costumbres bárbaras, que nunca faltan en los gentiles más bien inclinados, no estaban en estado de rendirse suavemente al yugo del Evangelio. Los días de fiesta, fuera de la Misa, á que asistían todos inviolablemente, concurrían por la tarde al Rosario de la Virgen. Se celebraban, con la ostentación posible en tan pobres tierras, las fiestas del Corpus y de los patronos de los pueblos, y con mayor devoción las funciones de la semana santa. Admiraba á los extranjeros el gobierno político y cristiano de estas siete reducciones numerosas que, en tan poco tiempo, llegaron á ser tan puntuales en las prácticas de los pueblos antiguos sin usar con ellas de rigor alguno. Tanto puede un natural bueno y amigo de la razón cuando es ilustrado de la divina gracia.

No dejaron de padecer en este tiempo los nuevos cristianos muchas vejaciones y tropelías de los portugueses, que como allá desde San Pablo molestaron tanto á las misiones del Paraguay, así acá desde el Pará infestaban continuamente á pesar del gobernador las misiones bajas del Marañón. No servían las órdenes de este juez bien intencionado ni les atemorizaban las penas; ciegos con el furor de su codicia todo lo atropellaban y cogían á los miserables Omaguas y Zurimaguas, cuando los hallaban dispersos y fuera de las reducciones. Pasaron más adelante y llegaron á amenazar repetidas veces á los misioneros que acabarían con ellos, si no abandonaban la empresa y dejaban el campo libre á sus correrías que como en término propio, á lo que ellos decían, de la jurisdicción y dominio de Portugal podían ejercer sin tropiezo. Despreciaban los padres las amenazas de esta gente malvada y se oponían con tesón y constancia á su soñado derecho alegando y presentando las órdenes de su mismo gobernador, que lejos de reconocer por términos de Portugal aquellos sitios y confesando pertenecer á la corona de Castilla, dejaba

libremente á los misioneros de España poder formar reducciones á su arbitrio y recoger indios de todos aquellos parajes.

El derecho de los padres era claro, la oposición no podía ser más justa; las órdenes del gobernador debían ser respetadas y dejar en paz y quietud las reducciones con tanta ventaja de la Religión; pero nada de esto bastaba para contener la codicia de aquellos ánimos interesados, y podía más el prejuicio de las figuradas ganancias, porque con su infame comercio pensaban hacer fortuna vendiendo por esclavos á los vecinos del Pará, los desdichados indios que en sus correrías encontraban. Aunque hubo mucho que hacer con tan perversa canalla, pero al fin mantuvieron los padres por varios años los siete pueblos fundados, en aquellos parajes hasta que una nueva ocasión de rotura de Portugal con España abrió la puerta al principio del siglo siguiente á los portugueses para la ruina casi total y exterminio de los pueblos, y para el menoscabo de la mayor parte de los Omaguas y Zurimaguas y demás naciones, como á su tiempo veremos. Tanta fué siempre la porfía de los cristianos viejos en arrestar los progresos de la religión que debían promover á costa de sus mismos intereses.

CAPÍTULO X

DESCUBRIMIENTO DE LOS CAVAPANAS Y CONCHOS Y REDUCCIÓN PRIMERA DE LOS INDIOS ZAMEOS

Entre tanto que los padres Enrique Rither y Samuel Fritz trabajaban con tanto fruto y bien de las almas, el uno en el caudaloso río de Ucayale, y el otro en la grande Omagua, trabajaba con igual celo aunque con menor suceso, en otras partes el P. Gaspar Vidal, que no sólo consiguió recoger los Cavapanas y Conchos, pero aun llegó á dar principio á una ciudad nueva de Borjeños con la mira de hacer sólida y duradera la conversión de los Zameos. La nación Cavapana y Concha se mantuvo en su gentilidad esparcida por varias quebradas que corren á las espaldas de los cerros de Chayavitas, hasta juntarse con el río de la ciudad de Moyobamba. La misma cercanía de esta población de españoles retardó el descubrimiento y pacificación de los Cavapanas. Preveníanse éstos de herramientas, venenos y vestidos de los indios que vivían en Moyobamba y en la ciudad de Lamas, y como veían el trato á su parecer duro que les daban los españoles y mestizos de estas ciudades, ocupándolos en el cultivo de sus campos y en el servicio continuo de sus casas, pareció poco apreciable á los Cavapanas el modo de vida de sus amigos, y procuraban no dejarse ver ni dar señales por donde pudiesen ser descubiertos. Ayudaban á esto mismo los indios que vivían con los mestizos y españoles, que ocultaban cuidadosamente la comunicación,

esperando que algún día les servirían de retirada y guarda aquellos gentiles, porque se les hacía dura é insufrible la sujeción á los españoles. En esta situación era difícil que hubiese comunicación entre las gentes de las misiones y los Cavapanas tan celosos de que se ignorasen sus puestos.

El primer misionero que procuró y consiguió tener algunas noticias de esta escondida nación, fué el P. Gaspar Vidal, que hizo una entrada sin perdonar á trabajo ni volver atrás por los inconvenientes, á las faldas de los cerros que habitaban. No se sabe con toda certidumbre ni el mes ni el año en que hizo este viaje, pero nos consta que entabló paces y amistad con esta gente antes del año de 1691, cuando estaban los Cavapanas en una quebrada llamada *Tamia-Zacu.* De aquí pasaron á influjo, como pienso del misionero, al río Angaiza y en sus cercanías, formaron su primer pueblo. La falta de misioneros y el gran desvío de los pueblos de la misión, no permitieron por entonces el atenderlos como se deseaba, y sólo se trató de fomentar esta reducción con algunas visitas de los padres ocupados en la asistencia de tantos pueblos distantes. En una de estas que hizo el P. Felipe Feijó consta de algunos bautismos, cuya memoria se mantuvo años después entre los apuntamientos de los bautismos de dicho pueblo.

Por el mismo tiempo hizo el P. Vidal la primera reducción de los Zameos, que pacificados desde el año 82 por el P. Lucero, no se habían reducido por falta de operarios. Mas antes que les redujese el P. Vidal á que se poblasen en un sitio, habían sucedido muchos debates y contiendas entre los indios vecinos de Borja y los Zameos. Porque aspirando los Borjeños al aumento de sus encomiendas y no curando mucho de los nuevos adelantamientos de la misión, repitieron sus entradas á los Zameos, é hicieron muchas diligencias para ganarlos para sí, más siempre fueron animosamente rebatidos de aquella nación valiente, en quienes experimentaron mayor valor y resistencia á la sujeción de lo que pensaban. Apenas pudieron conseguir algunos pocos indios á costa de repetidos y porfiados combates, en que siempre quedaron superiores los Zameos, tenidos desde entonces de los Borjeños por indios guerreros, animosos, diestros en armar emboscadas y fieros en los acometimientos.

Lo que no pudo recabar la violencia de las armas, lo consiguió fácilmente con su buen modo el P. Gaspar Vidal, que lo mismo fué dejarse ver de aquellos gentiles, que ponerse en sus manos, y ofrecerse á formar pueblo como se quedase con ellos y se encargase de su dirección y gobierno. Era el P. Vidal de un entendimiento hecho á formar los más vastos proyectos y de corazón tan grande que le facilitaba las mayores empresas. Considerando la mucha gentilidad que se iba descubriendo por lo bajo del Marañón, y la mucha distancia de la ciudad de Borja, para acudir desde este sitio á todas las ocurrencias necesarias en las nuevas reducciones que meditaba su celo, pensó mucho sobre el modo de asegurar la ejecución de sus designios. Resolvióse (¡ardua empresa!), á formar

en las cercanías de la boca del río Ucayale, una ciudad respetable que fuese como el real para el firme establecimiento y reducción duradera de los Zameos y demás gentiles, que pensaba ganar á Jesucristo. Arrastró varias familias de Borja proponiéndoles la ventaja del sitio y comenzó á plantar la ciudad ideada poco más abajo de la boca de dicho río en un sitio ya conocido con el nombre de Zarapa, por estar enfrente de una hermosa laguna así llamada. Reconvino á los Zameos (admirados de la nueva población que se intentaba de españoles), con la palabra que le habían dado de formar pueblos, si se quedaba con ellos, y se aplicaron desde luego á fundar dos reducciones, cada parcialidad la suya. Formóse la una cerca de la laguna Zarapa y en ella como más principal comenzó á residir el misionero: establecióse la otra á poca distancia poco más arriba del sitio en que se levantó después, andando el tiempo, el lucido pueblo de San Francisco de Regis de los Zameos, que era uno de los mejores de toda la misión cuando fueron arrestados los misioneros.

Con tan buenos principios tomaba nuevo aliento el P. Gaspar Vidal en la ejecución de su difícil empresa, y para su continuación hizo nuevos convites á los ciudadanos de Borja, exponiéndoles las conocidas ventajas del sitio limpio y saludable, la mayor abundancia de cacería en sus montes y la copiosísima pesca en los ríos y lagunas de su contorno. No ponderaba nada el padre en cuanto proponía á los vecinos de Borja, que ya experimentaban en sus ríos y montes grande escasez y penuria de caza y pesca y mucha esterilidad en los campos, por más que los cultiban. Porque el lugar y paraje demarcado para la nueva ciudad de Ucayale ofrecía en realidad todas las referidas ventajas y cuanto se podía desear en aquellas tierras para la vida humana.

Entre tanto que de Borja venían unos, y otros se quedaban, aprobaban unos el proyecto y lo desaprobaban los más, como sucede comúnmente en las empresas nuevas y arriesgadas, se aplicó con tesón el misionero á la formación é instrucción de los dos pueblos de Zameos. Catequizaba, bautizaba, dirigía y ayudaba á los indios sin perdonar á trabajo ni reparar en peligros de la vida. Iba y volvía del un pueblo á otro para formarlos en la doctrina y enseñarles el modo de fabricar sus casas, estando pronto á todas sus necesidades. Hizo tanto en poco tiempo, que asombrados los españoles que le siguieron, confesaban con admiración que no acababan de entender cómo se podía haber hecho lo que veían con sus ojos. Cuando todo caminaba prósperamente y conforme á los deseos del misionero y de los que habían dejado á Borja por la nueva ciudad, parece que el cielo declaró bastantemente no ser de su aprobación el proyecto, que declinaría fácilmente en violencia y en esclavitud de los Zameos, entregados voluntariamente á la ley del Evangelio. Ni es de creer que los ciudadanos, una vez establecidos en su nueva ciudad, dejasen de aspirar á las encomiendas, como las tenían los vecinos de Borja, sin ser parte para poder impedirlo el nuevo fundador, que tenía muy diferentes intenciones.

Contento el Señor con la buena fe y derecha voluntad del P. Gaspar, le envió una enfermedad grave contraida de los muchos y grandes afanes y de ella murió á poco tiempo en aquel mismo sitio que había escogido para ejecutar sus designios. Con esta desgracia quedaron sin apoyo las familias de Borja, y viéndose sin arrimo, se vieron precisadas á volver á su antigua ciudad por estar la nueva poco más que en idea. Los dos pueblos de Zameos, no estando aún bien arraigados en la fe, á poco tiempo se retiraron á sus tierras hasta que dos años después, como veremos, se redujeron más sólidamente por medio de los Omaguas, siendo misionero de éstos el P. Bernardo Zurmillen.

CAPITULO XI

HÁCESE UNA ENTRADA Á LAS TIERRAS DE LOS GÍVAROS POR ORDEN DE LA CORTE

No tuvo éxito más feliz una entrada ruidosa hecha á los Gíbaros en los años 1692 que la ejecución del proyecto de la nueva ciudad intentada en el año antecedente. Había entrado poco tiempo antes por aquellas tierras el P. Lucero con una armadilla, más en señales de paz que con demostraciones de guerra, pensando recabar más de los Gívaros por medio del cariño que por via de fuerza. Pero todo el fruto de la expedición se redujo á formar un pueblo de aquella gente que llamaron del *Naranjo,* de tan poca dura y consistencia, que no bien había comenzado, cuando ya se le vió acabar. Las sospechas vehementes de aquella nación contra los españoles que no los buscaban para otra cosa que para hacerlos trabajar los metales á que miraban, era un impedimento insuperable para su reducción. No creían esto los enemigos de la Compañía, que ponderando por una parte las riquezas de aquellas tierras, no dejaban de calumniar por otra á los misioneros, como que por sus fines particulares impedían su reducción. Así paga el mundo los sudores y afanes de unos hombres apostólicos que, pródigos de su sangre, exponen cada día sus vidas por la salud espiritual de los gentiles, como lo habían hecho repetidas veces por la de los Gíbaros. No entiende el hombre animal este tesoro y los ojos carnales no llegan á conocer el inestimable precio de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo. Corrían mucho las voces del oro de los Gíbaros y crecían en boca de los émulos de la Compañía, de manera que el deseo del interés aumentaba el odio, y el odio mismo parecía aumentar la codicia. Llegaron las voces á la corte de Madrid y sonaba ya muy bien en ella el oro y la plata de los Gíbaros. Como no es fácil informarse á fondo de las muchas cosas que llegan á los ministros de tan lejanas tierras, tomaron éstos la providencia de despachar á Quito varias cédulas reales en que se mandaba una expedición vigorosa y eficaz en aquellas tierras nunca bien registradas, y puesta en sujeción

aquella nación rebelde, una averiguación entera de la verdad ó mentira de los preciosos metales tantas veces exagerados.

En consecuencia de este mandato el P Francisco Altamirano, visitador de la provincia de Quito, á exhortación de la Real Audiencia y del ilustrísimo prelado encargó apretadamente como era razón, al P. Viva, superior de las misiones, que acompañase con indios, canoas, bastimentos y todo lo necesario á D. Jerónimo Vaca, capitán general de Mainas, á cuyo cargo estaba la empresa de descubrir con su prudencia y sujetar con su valor á los valientes Gívaros. Obedeció puntualmente el superior, deseoso de mostrar el aprecio que siempre hizo la Compañía de las reales órdenes, y envió luego aviso á todos los partidos de las misiones para que se alistasen los tercios de indios más diestros y valerosos que se hallasen en las reducciones, previno yucas, plátanos, canastas de maíz, puercos, botas de manteca y de bebidas, recogió mucho número de gallinas que ya preveía necesarias para los muchos enfermos que no dejarían de hallarse en una expedición tan larga y de tanta gente. Finalmente no hubo fruto en la tierra ni se encontró género de bastimento en los pueblos que no procurase aprontar y meter en las canoas para la manutención de la armada. Y como tenía experiencia de lo que sucede comúnmente en los largos viajes de aquellas tierras, nada tenía por superfluo de cuanto podía contribuir al sustento de la tropa.

Daban muchas esperanzas del buen éxito de la entrada muchas personas de la ciudad de Santiago no muy distante de las tierras de los Gíbaros Entre ellos el vicario de la ciudad D. Isidro Moreno, sacerdote ajustado y de un proceder edificativo, se alegró mucho con la esperanza de ver reducidos á los Gíbaros, y contribuyó de su parte á la conquista ofreciendo cuantos bastimentos pudo haber sin perdonar á gastos; pero el capitán y soldados españoles se hallaron no poco desanimados por la experiencia que tenían de lo pasado, á que se juntaba que no habiendo cesado la peste que había picado en seis pueblos de la misión, no era razón alistar indios de aquellos parajes por el peligro de que se apestase el ejército. Para animar á los españoles, en cuyo semblante se descubría cierto decaimiento, prenuncio del mal suceso, nada omitió el superior de las misiones y los demás misioneros. Porque dado caso que sólo debían ir como capellanes y á las órdenes del capitán, sin embargo fuera de las provisiones y gastos, que fueron todos á costa de la Compañía, sin querer recibir un sólo maravedí de la Real Audiencia, todo lo facilitaban y allanaban todas las dificultades, esforzaban los ánimos caidos y metían coraje en los soldados, así por servir al rey con sus personas y haciendas, como por hacer el último esfuerzo en bien espiritual de los infelices Gíbaros.

A esta causa no sólo juntaron la gente que pudieron de los pueblos reducidos, sino también de los gentiles amigos y confederados. Trajeron desde muy lejos un tercio de Cunivos y otro de Semigayes, que aunque gentiles, eran tenidos por fieles y por valientes, y podrían suplir á los

enfermos que quedaban en los pueblos. Vino un misionero con otra tropa de Cunivos cristianos y otro con buen número de Cocamas. Llegó una compañía de Xeveros, Cutinanas y Paranapuras. Bajaron de Lamas y de Moyobamba veinte soldados con algunos Muniches y Otanavis, que juntos á los Chamicuros, Aguanos y Tibilos, empezaron la marcha con la gente del pueblo de Santiago y de Guallaga hasta llegar al real, que estaba dispuesto en la boca del río. Apenas junta casi toda la gente de la armada en este sitio, y no esperando indio alguno de los pueblos bajos del Marañón, comenzó á caminar hasta ponerse en derechura de la boca de Pastaza, desde donde despachó canoas á la ciudad de Borja, con el aviso de que estaba junta la gente y que sólo esperaban las órdenes del gobernador.

Viendo D. Jerónimo que estaban á punto las cosas, envió sus órdenes á la armada para que se acercase á Borja. Hízolo así, aunque no sin alguna dificultad por rajarse varias canoas con la violencia de las corrientes del río que son en aquellos parajes más impetuosas. Mas, al fin, pasaron todos sin especial desgracia, y tomando de San Ignacio de Mainas los indios mejores de esta nación, dieron vista á la ciudad de Borja en donde fueron recibidos con muchos vivas y salvas, por ser una de las mejores y más lucidas armadas que se habían visto en aquellas tierras. Quiso el gobernador asegurar la empresa, y sabiendo muy bien que del Dios de los ejércitos ha de venir el valor y la prudencia, mandó que, saltando todos en tierra, viniesen en orden militar á la iglesia de la ciudad, en donde, postrados delante del Santísimo Sacramento, hicieron sus plegarias implorando el socorro del cielo para la jornada. Acampándose después cerca de la ciudad, todo el ejército hizo rogativas por varios días, porque una corriente continua que sobrevino impedía el tránsito á la armada por el canal del Pongo, bien peligroso, en realidad, aun sin estos accidentes. Quiso el Señor que bajasen las aguas, y en el día 9 se resolvieron á pasarlo, como lo hicieron, sin que pereciese ninguno porque, aunque se voltearon cinco de las canoas con la violencia de las corrientes, pero las que iban en buen orden fácilmente recogieron la gente.

Pasado el canal del Pongo entró toda la comitiva de canoas por el río de Santiago, en donde se embarcó el general Baca y fué recibido con aplauso y alegría de los soldados. Al pasar por la ciudad de Santiago metieron nuevas provisiones, y hecha esta diligencia se enderezaron al pueblo viejo del Naranjo, adelantándose algunas canoas de Xeveros y Cunivos que, como más diestros en pescar, recogieron cuanta pesca pudieron para el ejército. Llegada la escuadra á un sitio llamado *Cusahu*, perteneciente á las tierras de los Gíbaros, tuvo por bien el general que saltasen en tierra algunos soldados españoles con 30 Xeveros y que reconociesen la tierra, los cuales lograron recoger 21 personas de la gente Gíbara, por tropezar con un golpe de ella que estaba celebrando con grande algazara una borrachera solemne por el triunfo de haber muerto dos famosos hechiceros, cuyas cabezas tenían en medio de los concu-

rrentes. Como no pudieron haber á las manos á los demás Gíbaros, que se estaban bañando á alguna distancia en el río, dieron éstos prontamente aviso á toda la nación, que alborotada se puso luego en armas, recogió sus cosas, y llevó la gente inútil á la guerra á sus inaccesibles escondrijos.

Fijaron su real los españoles entre una quebrada y el río de Santiago, y en tres días se fortificaron en el sitio con su palenque y contra-escarpa, formada de palos y de pajas, que aunque no tenía la mayor solidez, pero era bastante para impedir los golpes de lanzas, arma usada de los Gíbaros. Toda nuestra fuerza constaba de 900 indios armados cada uno al uso de su nación y de algunos soldados españoles que no arribaban á 100, en quienes por la superioridad de las armas de fuego se tenía principalmente puesta la esperanza de la sujeción de los Gíbaros. Se hubiera acaso logrado si hubieran venido los indios á una decisiva batalla; pero bien lejos de medir á este modo sus armas con los nuestros, siguieron la costumbre de pelear que habían conocido más ventajosa para ellos en otras ocasiones. No aparecían muchos juntos, sino en pelotones y en sitios ventajosos, y cuando veían el pleito mal parado, se encomendaban á los pies por aquellas breñas sin que se les diese alcance. Salían los nuestros de su real en varios tercios, siempre sostenidos los indios de algunos soldados españoles, y hacían varias correrías por todos lados y llegaron á penetrar casi hasta la ciudad de Zamora, de la otra banda de los Gíbaros; pero era tan poco el fruto de las salidas, que echaron luego de ver ser imposible sujetar aquella nación hecha fuerte en sus impenetrables montañas y escondrijos de cavernas, si no mudaban, como no se esperaba, la costumbre de pelear, ó si no se presentaban á cara descubierta.

En suma, sólo se logró en cinco meses que duró esta jornada, coger 372 personas, fruto en realidad bien pequeño, atendidas las grandes prevenciones, el mucho número de gente y el largo tiempo que se gastó en expedición tan ruidosa. Ni se debe omitir que varios de los recogidos fueron fruto de las diligencias y fatigas de los misioneros, que con su buen modo y caridad los atrajeron y ganaron. Fueron luego bautizados los niños y remitida la gente á la ciudad de Borja y á la Concepción de los Xeveros; pero por más cuidado que se puso en su transporte, se escaparon algunos que iban más violentados y tiraron á sus tierras. El ejército aquejado ya del hambre, picado de enfermedades y disminuido por la muerte de varios, que cayeron en manos de los enemigos, se deshizo, y cada parcialidad con su misionero respectivo tomó el camino de sus tierras sin haber comenzado siquiera las conquistas de los Gíbaros hechos fuertes en sus breñas y rocas, desde donde salían de cuando en cuando algunos de los más valientes, dejando siempre á seguro la gente menuda. En lo cual se echó de ver una cosa bien notable y que causó mucha admiración á los españoles. Porque las madres por no ser descubiertas ó por librarse del embarazo, dejaban á sus hijos ahorcados de los árboles,

temiendo que los gemidos de los infantes podían dar á los españoles algunas señales de sus secretas guaridas. En esto paró la expedicion hecha á tanta costa, que sólo sirvió de desengaño á los que pensaban que todo se podría conseguir en aquellas tierras con la fuerza de las armas, particularmente uniéndose los misioneros con los soldados. Pero estuvieron tan lejos de conseguir los españoles la sujeción de la nación Gíbara, que parecía el fin principal de su empresa, que ni aun pudieron lograr otra mira que llevaban de descubrir algún camino por aquella travesía hacia la ciudad de Cuenca.

CAPITULO XII

TRABAJOS DEL PADRE NICOLÁS DURANGO EN EL PARTIDO DEL RÍO PASTAZA, EN DONDE MUERE FINALMENTE ATRAVESADO Á LANZADAS

La fortuna de los pueblos formados en el río Pastaza había sido muy varia desde su primera fundación. Porque los Borjeños, atentos siempre á sus negras encomiendas, les comenzaron á molestar como vimos, sirviéndose de ellos para sus particulares intereses. Los indios llevaban á mal estas violencias, y, no pudiendo impedirlas del todo los misioneros, abandonaban muchos los pueblos y se volvían á su antigua libertad. Esta fué la causa por qué no subsistían todos los pueblos que se hicieron desde el tiempo del P. Figueroa, y por qué retirándose los indios más y más de la ciudad de Borja, se hallaban esparcidos por los montes y bosques más altos del río Pastaza. El P. Gaspar Vidal había trabajado los años antecedentes en reducir todas las naciones descubiertas en ese partido á uno ó dos pueblos, más con poco fruto; porque los Gayes, Zapas, Roamainas y Coronados se resistieron constantemente á la unión é hicieron inútiles todos sus esfuerzos. Las aprensiones de unos contra otros y el temor de ser hechizadas unas parcialidades por las otras, han sido las más veces un estorbo insuperable para la junta de varias naciones en un mismo sitio ó lugar y no había bastado el mucho tiempo ni la larga experiencia para desengañarse que el hombre no muere siempre de muerte violenta, antes casi siempre, de muerte natural.

Cuando ya se desesperó de la unión de aquellas antiguas naciones, entró en San Xavier de los Gayes por los años de 1696 el P. Nicolás Durango, que había dado buenas pruebas de su ardiente celo y del desprecio de su vida en los peligros en la misión baja del río Marañón. Pudo juntar, á costa de viajes y penalidades, á los indios Gayes, algunos Andoas y Semigayes, que aunque al principio fueron tenidos por naciones distintas de los Gayes, pero en realidad eran sólo parcialidades numerosas de una misma nación, aunque entre sí encontradas, pues usaban de la misma lengua y guardaban los mismos usos y costumbres. Animado el misionero con este primer suceso, hizo entrada en busca de otros

muchos Semigayes que entendió hallarse en los montes que median entre el río Pastaza y Curaray, y penetró tanto, qne llegó á las riberas de este último. Logró muy bien el fruto de su viaje, porque recogió tanta gente, que pudo formar dos pueblos en las orillas del río Bohonaza ó Bohona, en cuyas aguas quedó sepultado en otro tiempo aquel ejemplo de misioneros Raimundo de Santa Cruz. Puso por nombre á uno de los pueblos Santa Cruz de los Semigayes, no sé si aludiendo al nombre del que había surcado el primero de todos las aguas del Bohonaza. El segundo se llamó Los Santos de Zaparas. Muchos fueron los gentiles que descubrió en estas travesías, y aficionándosele muchas familias de Andoas, no tardó en formar otro tercer pueblo en las riberas de un río llamado Guaizaga, que viene á desembocar en Pastaza. Esta reducción, que se dijo desde luego Santo Tomás de Andoas, fué una de las más constantes y arregladas desde su primera fundación, y cuando salieron de aquellas tierras nuestros misioneros era uno de los pueblos más arraigados y florecientes de la cristiandad.

Parecían bastante campo al cultivo de un solo operario los tres pueblos que acababa de fundar fuera del de los Gayes, que estaba también á su cargo; pero el celo ardiente del P. Nicolás, que á manera de fuego le abrasaba las entrañas, no decía basta, y se extendía á todos los parajes en donde pensaba hallar materia en que cebarse. Diéronle noticia los Andoas y Gayes de una nueva nación llamada Pinche, cuya situación ó morada no podían decir con seguridad, pero tenían por cierto hallarse en algunos de los montes de travesía. Al punto se animó el misionero á buscarla, sin más guía que las confusas noticias que le daban. No es fácil explicar las penalidades, riesgos y peligros que tuvo que padecer en tanta incertidumbre, antes de encontrar algunos rastros de personas en breñas escondidas, sitios inaccesibles y rocas impenetrables. Quiso Dios que después de muchas andanzas y rodeos descubriese algunas señales de racionales. Siguiólas cuidadosamente con los indios prácticos que llevaba consigo, y vino á descubrir la nación Pinche, tan deseada, pero á mucha distancia del río Pastaza, en donde pensaba poblarla. Fué muy bien recibido de estos gentiles, á quienes por los medios acostumbrados del cariño y blandura, proponiéndoles las ventajas de vivir juntos en un pueblo, persuadió que saliesen al río y que en su orilla formasen una reducción. Así lo hicieron en poco tiempo, y se llamó el pueblo San José de los Pinches. Viendo que la reducción era poco numerosa, pensó en aumentarla de nuevas familias, y se determinó á repetir nuevos viajes por los montes, de donde trajo la reducción ó nación Uspa, con la cual fué tomando alguna formalidad el pueblo de los Pinches. Su primer establecimiento se hizo junto á un torrente llamado Zabalayacu, á la derecha del río Pastaza; mas después de algunos años se trasladó la reducción á la banda contraria, en donde permanecía por los años de 1768, un poco distante de la boca del río Siviyacu, en un tablón de tierra llana en que reinaban comúnmente aires sanos.

Por lo que en otras ocasiones hemos dicho, sobre la formación de nuevos pueblos, se puede echar de ver los trabajos, fatigas y faenas del P. Nicolás Durango, en reducir á civilidad y cristianismo tantas y tan bárbaras naciones. Nueve años enteros estuvo en este partido desbastando aquellos genios bozales, enseñándoles la doctrina, bautizando los instruidos y desterrando los abusos bárbaros, andando de pueblo en pueblo siempre con igual tesón y constancia, sin ceder á peligros, sin acobardarse por dificultades y sin que hiciesen mella en su robusta salud ni el destemple de las tierras ni lo grosero de los alimentos, ni la incesante aplicación á ministerio tan penoso. Conservábale el Señor para un género de muerte gloriosísimo con que quería premiarle sus trabajos, permitiendo al infierno que saliese para bien de su siervo con una conjuración que tramaba contra él por medio de unos indios ingratos. Sucedió que declamando en el pueblo de San Xavier de Gayes contra las libertades y abusos de los Semigayes, gente indómita y que oía de mala gana las reprensiones, irritados de furor diabólico, pensaron acabar de una vez con el misionero y con el pueblo mismo. Como estaban á la mira, fácilmente lograron la suya estando el padre desarmado y sin defensa alguna. Echáronse de tropel sobre el misionero, y á su placer le atravesaron á lanzadas, en el pueblo de San Xavier, sin darle lugar á lo que parece para implorar la defensa de los Gayes, que como más antiguos y arraigados en la religión lo hubieran impedido. Dado el primer paso sin impedimento alguno, quisieron poner fuego á la iglesia y casas, para que no restase vestigio alguno de la reducción; pero se opusieron valientemente los Gayes, y no pudiendo los agresores acabar con el pueblo como deseaban, se huyeron á los montes, en donde tenían sus antiguas guaridas y escondrijos. Este fué el glorioso fin del P. Nicolás Durango, y así le pagaron los Semigayes, que era la primera nación recogida del misionero, el amor, sudor y fatiga con que por tantos años había querido apartarlos de sus antiguas libertades.

No parece justa ni puesta en razón la censura de que quisieron culpar algunos al P. Nicolás por su genio vivo y prolijo y disculpar en cierto modo á los matadores mismos. No ignoramos que con los indios es muy necesaria la paciencia y moderación en el mandar valiéndose más del ruego, del cariño y de la dulzura, que del imperio, de la seriedad y aspereza, porque irritándolos contra su imaginada libertad y natural pereza es muy de temer la rebelión sobre la desobediencia. Pero ¿qué prueba se da de la supuesta imprudencia del misionero? ¿Qué hecho se refiere de falta de moderación y mucho menos de que practicase durezas que irritasen los ánimos, ó imperios ó severidad por donde fuese aborrecido de los indios? Ningún misionero de aquellos tiempos dejó memoria de algunos hechos particulares de este operario insigne en que ó faltase á la dulzura, ó se olvidase del ruego, ó se apartase del cariño en el trato con aquellos gentiles. Ninguno de los que hacen mención de la muerte del P. Nicolás especifica en qué, con quiénes, con cuántos y de

qué modo maltratase á la gente. Ciertamente que los Andoas no tuvieron jamás queja alguna de su trato, ni á los Gayes se les oyó jamás hablar de ofensa, agravio, fuerza, rigor ó violencia. Solamente el principal agresor, indio ladino y hecho á tratar demasiadamente con mestizos y acostumbrado á buscar pretextos para acusar á los misioneros, comenzó á publicar su excusa con decir que era el P. Nicolás un hombre impertinente, prolijo y sobradamente empeñado en llevar adelante sus resoluciones. Fuera de que si el furor y rabia era sólo contra el misionero, por sus particulares defectos, ¿por qué quisieron, hecha la muerte y satisfecha como debía estar su cólera, quemar la iglesia, arruinar las casas y acabar con la reducción? El hecho mismo está descubriendo que otra fué la causa de su arrojo y que la disculpa que publicaron los Semigayes la discurrieron después para dar algún pretexto que excusase de alguna manera su excesiva temeridad.

Esto supuesto; ¿en qué juicio cabe condenar de duro y porfiado á un misionero hecho á ganar tantas almas, y acomodarse á todas ellas? ¿Qué razón puede sufrir que se dé el hecho por cierto, por indubitable, y por bastantemente probado, sólo porque así lo publicó el reo y lo dijeron los interesados, cuando la misma índole de las gentes, la impunidad de que gozaban, la situación y estado de la reducción, la naturaleza y serie de los hechos, la posesión en que se hallaba un misionero acreditado, están probando todo lo contrario? Es cosa sabida á los que han tenido algún trato con aquellos gentiles que, además de necesitar poco motivo para sacudir el yugo, se hacen regularmente más atrevidos, orgullosos y soberbios con las muchas experiencias de impunidad de delitos y con la persuasión en que viven de que no es fácil en tanta distancia el castigo de sus excesos. Sabían muy bien los Semigayes que los Abigiras sus confinantes, habiendo muerto años antes el P. Pedro Suárez, con huir á los montes se habían librado de caer en manos de los españoles y que los pocos que cayeron en sus manos, nueve años después del atentado, llevaron la pena merecida, porque dejaron sus montes y escondrijos. Estaban ciertos los Semigayes, de que mientras llegase á Borja la noticia de su rebelión, y viniesen de allá soldados en su seguimiento, les sobraba tiempo para retirarse y ponerse en seguro en sus bosques enmarañados.

Esta firme persuasión hacía sin duda más fuerza que á las demás naciones á los indios Semigayes, cuyo genio fué siempre opuesto á toda sujeción, su orgullo grande, maravillosa su intrepidez y como innata la bárbara propensión á ensangrentarse en los inocentes, sin más motivo que ser confinantes; por donde las naciones vecinas les miraban como crueles perseguidores. Pues ¿qué maravilla es, que se alzasen contra el inocente misionero, por más blandura y cariño que con ellos usase y por más beneficios que les hiciese? ¿Qué mayor prueba de la inocencia del padre, que haber sabido acomodarse al genio y natural de tantas naciones como trató? Supo llevar la inconstancia de los indios Payaguas, en el río Napo, á quienes comenzó á reducir antes de venir á Pastaza. Se aco-

modó al humor de los Pinches, que sacó de los montes. Ganó la voluntad de los Uspas, que redujo á población. Fué amado y estimado de los Andoas, que sintieron altamente la sublevación de los traidores. Siempre le respetaron los Gayes, que, ó no pudieron prevenir el alzamiento, ó cedieron á la fuerza de los Semigayes, que los obligaron á tomar partido y arrastraron á varios á la retirada después del exceso cometido.

Finalmente, prueba poco, ó por mejor decir no prueba nada, quien sólo se esfuerza á persuadir con generalidades que se pueden aplicar al más moderado y circunspecto misionero, si se pretende hablar por lenguas y bocas de los indios.

«Tres y cuatro veces he visitado la misión toda (dice el P. Martín Iriarte á este propósito) como superior de estas misiones, y algunos partidos aún más veces, y tuve que aprender siempre de los ejemplos de los misioneros, poco ó nada que corregir en su conducta, y con todo pudiera nombrar más de tres de los más ancianos y acreditados por juicio, por destreza en manejar naciones y por sus aciertos, de quienes tuve delaciones de imprudentes, fastidiosos, impertinentes é insufribles; de manera que á no tener más que medianamente penetradas las raices de semejantes delaciones, y bastante conocimiento de la facilidad con que los indios vuelven contra el misionero, cuando no permite ensanche á sus inclinaciones y al vivir licencioso que buscan, no pocas veces hubiera pasado á proceder contra ellos con riesgo de....., etc. Añado que no he tratado con misionero que no cuente deber á Dios especiales providencias en la conservación de su vida, para que se vea que no son tan raros los peligros de ella.»

Esto escribía en estos últimos tiempos un superior cabal, que por su mucha experiencia en el trato con los indios, por su pericia en varias lenguas, y por su juicio maduro y asentado, gobernó por muchos años las misiones de Mainas. Pues si esto sucedía en estos últimos años, en que estaban ya más arraigadas las misiones, fácil cosa es el entender, cuánto más expuestos estarían al peligro de vida y á la censura de los poco entendidos y menos considerados aquellos misioneros antiguos, que vivían en pueblos al quitar sin haber hecho asiento la obra de la predicación evangélica. Basta lo dicho para disipar la imprudente censura que llevó consigo á varios, ó por demasiadamente crédulos, ó por poco prácticos y experimentados en las cosas de los indios.

El atentado enorme de los Semigayes no dejó de ser castigado en el año siguiente, en que entrando los Borjeños al escarmiento de la gente dieron con el principal agresor, le prendieron y le llevaron á la ciudad de Borja. Aquí fué públicamente ajusticiado, y para mayor escarmiento fué su mano derecha clavada en un palo y llevada por todos los pueblos, en donde se repetía la sentencia del gobernador, y se amenazaba hacer lo mismo con cualquiera indio que tuviese la osadía y desvergüenza de imitar al ajusticiado. Publicóse también un perdón general, con todos los demás que por el temor del castigo se habían retirado á los montes, y con

esta ocasión los Andoas y Zaparas trajeron á su población á los Gayes. Los Roamainas, Uspas y Pavas, que habían estado constantes en sus pueblos, en tiempo de la rebelión, sobreviniendo algunas pestes se retiraron pocos años después á sus montes, en donde creían hallarse más seguros contra los estragos fatales que iban haciendo las epidemias. Aunque una parte de estas naciones vino á parar en la reducción de los Andoas, adonde no alcanzó el contagio ó no hizo tanto estrago como en las poblaciones más bajas del río Pastaza. De aquí nació que sólo quedasen en este partido los dos pueblos de Santo Tomás de Andoas y de San José de Pinches.

CAPITULO XIII

MUDANZAS DE LOS CAVAPANAS É IRRUPCIÓN QUE HACEN LOS PORTUGUESES DEL PARÁ EN LOS PUEBLOS DE OMAGUAS Y TURIMAGUAS

Entre tanto que el P. Nicolás Durango sudaba en el partido del río Pastaza hasta dar la vida, como vimos, á manos de los ingratos Semigayes, el P. Francisco Vidra que había pasado á los Cavapanas y Conchos, hizo que dejando estas dos naciones el sitio primero expuesto á las vejaciones de los españoles, se trasladasen á otro más seguro dentro de los límites de la jurisdicción de Borja. Reducidas estas gentes por el P. Vidal no lejos de la ciudad de Moyobamba, estaban muy retiradas de la misión de Mainas, y por la mucha distancia no habían podido conseguir misionero propio. Solamente se les hacía algunas visitas y se fomentaba la buena voluntad que mostraban de estar algún día bajo la dirección de un padre que de propósito los enseñase. Entre tanto, se contentaban los misioneros con bautizar á los niños, y con procurar que éstos fuesen poco á poco enseñando el catecismo á los adultos. De esta manera estuvieron los Cavapanas por algunos años reducidos á población, pero sin forma casi de pueblo ni de reducción.

Entró á visitarlos por los años de 1700 el P. Francisco Vidra y halló varias novedades que no era fácil remediar. Porque los vecinos de Moyobamba, cruzando aquellos montes en busca de sus veneros, dieron por casualidad con los Cavapanas y Conchos, y esto les pareció título bastante para tenerse y llamarse los primeros descubridores de la nación. Como ninguno les iba á la mano ni les disputaba el hallazgo, por ser los misioneros pocos y hallarse muy distantes, repitieron muchos viajes á sus indios, de quienes pensaban utilizarse. En uno de éstos entró un clérigo llamado D. Simón, con título de pacificarlos, doctrinarlos y dar asiento al pueblo comenzado. Fué en realidad corta la residencia de este buen sacerdote en este sitio; pero fué á los indios muy perjudicial y desagradable, porque no perdía ocasión ni tiempo de enviar á Moyobamba indiecitos para el servicio de las señoras é indios para la comodidad de los ve-

cinos, arrogándose la autoridad de regalar á sus amigos cuantos niños y niñas podía, y haciendo detener á los adultos que con varios pretextos procuraba enviar á la ciudad. Quiso nuestro Señor con su paternal providencia que no tuviese más tiempo para proseguir su proyecto, que parece no era otro que acabar de sacar á los Cavapanas y enviarlos á todos poco á poco á Moyobamba; porque llegando á visitarlos el P. Vidra y hallándolos desconsolados por las violencias paliadas de D. Simón, se le quejaron de la injusta conducta de su dirección y de lo que les ofendía su empeño porfiado de desmembrar las naciones. Pidieron consejo al padre de lo que debían hacer para librarse de las injustas vejaciones, añadiendo que estaban resueltos á sacudir el yugo que les ponía el doctrinero, y que sabrían bien quitarle la vida si proseguía en su empeño y retirarse á los montes.

Era embarazosa la pregunta y un poco arriesgada la respuesta, pero el padre les dió un consejo prudente, diciéndoles que el medio más oportuno para librarse de los agravios, sin ofensa del sacerdote, y sin que los vecinos de Moyobamba les pudiesen molestar en adelante, era el pasarse á la otra banda de los cerros que habitaban, porque formando en este territorio su población, les ampararía el gobernador de Borja, como en jurisdicción propia, y tendrían la ventaja de asistencia de misionero. Agradóles mucho el consejo, y pasándose con mucho gusto á la otra parte, formaron un bello pueblo en un collado eminente, á media falda del cerro, en que perseveraron por algunos años al cuidado de los misioneros, sin haber experimentado violencia ó sorpresa de los Moyobambeños, hasta que por morir en el sitio mucha gente, bajaron hasta lo último del cerro, en que gozaron de aire más sano, hallaron tierra más fértil y experimentaron ser el sitio más acomodado. Ultimamente, diez años antes del arresto de los misioneros, pasaron á establecerse á la embocadura del río Cavapana, para lograr abundancia de pesca y caza, de que carecían en el primero y segundo establecimiento.

Mucho más molesta y trabajosa fué á los Omaguas y Zurimaguas la mudanza de sus antiguas tierras á otras no conocidas, donde se vieron precisados á recogerse, huyendo de las violencias de los portugueses. Fué fatal á estos buenos indios la guerra de Portugal con España, á los principios de este siglo, en que arruinaron los portugueses la mayor parte de los pueblos, que en lo bajo del Marañón, y más allá de la junta del Napo, había fundado esta gente, la más fiel, dócil y generosa de cuantas habían tratado los misioneros. Expuestos siempre los Omaguas á las vejaciones y piraterías de los portugueses, sin que apenas pudiese el gobernador contener sus desórdenes, les habían defendido los nuestros con tesón y mantenido con empeño. Fueron siempre oidos los padres y atendidos del gobierno del Pará, en cuanto le fué posible, mientras duró la paz y buena inteligencia entre las dos cortes de España y Portugal. Pero luego que llegó al Pará la noticia de la guerra que había en Europa, entre la casa de Austria y de Borbón, por la sucesión de la corona de España, y que

Portugal, como aliado de Austria, se había declarado contra Felipe V, pareció á los portugueses la circunstancia oportuna para el golpe amenazado contra nuestras misiones.

Manejaron el negocio con maña, circunspección y silencio, y aparentando su intento con el de una justa guerra, subieron por el Marañón con una armada compuesta de varios barcos y de gente sobrada para el asalto de los pueblos más cercanos. El golpe fué improviso é inevitable. Al romper del día vióse la reducción de Coari, que era el primer pueblo de Zurimaguas, cercada por todas partes de soldados armados con bocas de fuego y asaltada repentinamente. Tomaron muy bien las salidas del lugar, para que no escapase la gente, y en un momento fué saqueado el pueblo, y los indios puestos en prisiones y declarados por prisioneros de guerra. Cada uno de los portugueses se aplicó á sí mismo los hombres, mujeres y párvulos que quiso como justa presa, dejando la menor parte de indios para vecinos de la reducción. Hecho el saqueo, hicieron la ceremonia de tomar posesión de la tierra en nombre del rey de Portugal.

Conquistado como decían y en realidad destrozado el primer pueblo, pasaron prontamente al segundo, en que hicieron lo mismo, y de aquí al tercero, y á los demás. De los siete pueblos de esta parte baja de la misión de Omaguas y Zurimaguas, sólo dos, uno de Omaguas y otro de Zurimaguas, tuvieron la fortuna de prevenir el golpe y de librarse de caer en manos de los enemigos, por el aviso de algunos indios que lograron escapar de los pueblos arruinados. Los Zurimaguas huyeron á toda prisa y se metieron por el río Napo, hasta ponerse en seguro. Los Omaguas embarcados en sus ligeras canoas, de que estaban siempre bien provistos, caminaron día y noche contra las corrientes del Marañón, de manera que no pudieron darles alcance los portugueses.

Cuando llegaron éstos al último pueblo de San Joaquín, de donde habían escapado los Omaguas, sólo encontraron en él unos pocos indios que por inválidos y enfermos se vieron precisados á quedar en la reducción, para cuyo consuelo había quedado también el misionero. Desahogaron contra éste su furor y rabia, tratándole del modo más vil é inhumano que imaginar se puede, y por último ultraje le condenaron á pasar el Pará por prisionero de guerra con los demás. No hallo cómo se llamase este caritativo misionero y buen pastor de su ganado, por quien estuvo resuelto á sacrificar su vida. He oido solamente de boca de un antiguo misionero que se llamaba el P. Sana. Pero veo que los enemigos en esta su prisión y conducción al Pará, sirvieron á la Divina Providencia, que le tenía destinado á las misiones del oriente, adonde pasó para trabajar con gloria en aquella viña del mismo Señor y dueño de las misiones del Marañón.

Los Omaguas, que habían salido con tiempo de este pueblo, navegaron desde Guerari hasta el río Ucayale, en donde hallaron caminos seguros para ocultarse de la armada portuguesa, penetrando con sus pequeñas canoas por lagunas y torrentes que no podían sostener embarcaciones de

más porte, siendo muy estrechas las entradas y salidas cuando se acercan al río principal. Era en realidad el sitio oportuno para la seguridad en la fuga; pero no ofrecía comodidad á la pobre gente para mantenerse en él por largo tiempo ni se descubría en los contornos lugar proporcionado que agradase. Buscóle finalmente el superior de las misiones, y recobrados los indios de los sustos, calamidades y fatigas, dispusieron un pueblo entre las rocas del río Napo y del río Nanai, en un sitio tenido por entonces por firme y bastantemente ventajoso por la calidad de la tierra y por la abundancia de caza y pesca. Descubrió después el tiempo que se iba gastando el terreno como suele suceder en otras riveras del Marañón con las crecientes continuas, y se vieron precisados á pasar á la banda opuesta del Ucayale, un día de camino más abajo de su boca, en donde vivían por los años de 1768, y era entonces la reducción uno de los mejores pueblos de la cabeza de la misión baja y residencia del vicesuperior. Su nombre era San Joaquín de Omaguas, aunque no faltaban indios de otras naciones que estaban mezclados con los Omaguas para avenirse bien con ellos.

Sentidos los misioneros del ultraje de los portugueses y lastimados de tanta pérdida de gente por su despojo violento con nombre de guerra, pidieron socorro y amparo del gobierno. Tratóse el punto seriamente en la Real Audiencia de Quito, que determinó finalmente consultar con el virrey de Lima las providencias que se debían tomar. Acordó luego el señor virrey que se diese pronto socorro á los misioneros en tan justa demanda, y dió órdenes para desalojar á los portugueses de los pueblos usurpados y para recobrar el dominio de las tierras en nombre del rey de España. Dióse la comisión á D. Martín de la Riva, que nombrado comandante de una tropa que se alistó de Quito, Borja, Lamas y Moyobamba, llegó á poco tiempo á las juntas del Marañón y del Napo. Desde aquí navegaron todos con buen orden y cautela hasta los pueblos tomados. No hubo dificultad en echar del sitio á los portugueses, porque antes que llegasen los soldados españoles escaparon y dejaron vacíos los lugares. No era tan fácil, antes pareció imposible, recoger la presa de indios cautivos, á quienes había sobrado tiempo para llegar al Pará; y por esto el comandante, ejecutada la comisión, dió la vuelta con toda su gente, que se enderezó, no mandándole otra cosa, á sus respectivas ciudades. Los pocos indios Omaguas y Surimaguas que debían quedar en los pueblos, pidieron presidio á D. Martín para su amparo y defensa, temiendo, como era creíble, nueva irrupción de los portugueses si se hallasen solos. No podía ser más razonable la petición ni más justa la concesión. Pero se excusó don Martín de hacerlo, con decir que no tenía orden para dejar en el sitio algunos soldados. Con esta negativa ganaron unos el partido de subir con los españoles, y otros quedaron á más no poder en sus lugares, más expuestos al furor de los portugueses que lo habían estado antes, cuando por ser muchos pudieran más fácilmente defenderse.

LIBRO VII

CAPITULO PRIMERO

CÉDULA REAL EN QUE SE FUNDA EL DERECHO DE LOS MISIONEROS DE LA COMPAÑÍA Á LAS CONQUISTAS ESPIRITUALES DEL NAPO Y AGUARICO

No satisfecho el celo de los misioneros del Marañón con las reducciones fundadas en lo alto y bajo de este río y en las riberas del Pastaza y Bohonaza, empezaron sus conquistas entrado este siglo por las naciones que poblaban las orillas de los ríos Napo y Aguarico. No se puede dudar que esta parte de la misión de Mainas fué mirada como un campo erial en que no correspondió el fruto al cultivo constante y trabajo infatigable de operarios excelentes. Pero no por eso dejaron éstos de mirarla siempre con el cariño que se merecía una viña del Señor, en cuyo cultivo nunca se pierde el mérito, aunque no parezcan que corresponden los medros. Fuera de que como las flores que se cogían en aquel campo en tantos niños que pasaban al cielo recién bautizados, eran frutos sazonados y de grande agrado á su divina Majestad, nunca perdían su trabajo y se animaban á continuarlo á costa de su propia vida. Aun por lo que toca á los adultos, sacó el Señor muchísimos predestinados de estos países tan poco agradecidos al cultivo, porque aunque es verdad que la mayor parte de los pueblos que se fundaron por el Napo y Aguarico no perseveraron por mucho tiempo, pero duró por algunos años, y varios se acabaron con pestes en que se logra el mayor número de adultos y otros se agregaron á los que subsistían en el año 1768. Por donde se deja entender no haber sido tan escaso el fruto que se cogió en estas partes por más de cincuenta años, como parece á primera vista y algunos han pensado.

Pero antes de comenzar á referir las conquistas de que trataremos en en este libro y en los siguientes, será bien dar noticia de una real cédula

en que fundó la Compañía el derecho á las misiones del Napo y demás ríos que desembocan en el Marañón. Expidióse, como se verá por su data, el día 18 de Junio de 1683, y fué confirmada el 15 del siguiente mes. Mándase en ella á la Real Audiencia de Quito que ampare á los religiosos de la Compañía en la posesión en que se hallan de la reducción de los indios, y que puedan continuar las misiones del río Marañón hasta donde les facilitare su celo. No es razón dejar de trasladar aquí la real orden, que es un claro y auténtico testimonio de las piadosas intenciones de nuestros católicos monarcas, y hará patente á todas las naciones á qué ha mirado y mira siempre en las conquistas de la América la nación española, cuyo principal fin ha sido y será, queriéndolo el Señor, la propagación de nuestra santa fe y la extensión del nombre cristiano. La confirmación de la real cédula está concebida en estos términos:

EL REY

«Licenciado D. Lope Antonio de Munive, cavallero del Orden de Alcántara, presidente de mi Audiencia Real de San Francisco de Quito: Por cédula de 18 de Junio próximo pasado, tuve por bien declarar que la reducción de los indios Gayes y su conversión toca á los religiosos de la Compañía de Jesús, y mandé se les amparase en la posesión en que se hallan y que puedan continuar las conversiones del río Marañón hasta la parte donde les facilitase su celo y aplicación; y siendo tan conveniente al servicio de Dios y mío fomentar estas conversiones atrayendo á los indios que habitan en las dilatadas montañas del río Marañón, al gremio de la Iglesia porque sean instruidos en los misterios de nuestra santa fe católica y puedan gozar de tan singular beneficio, sin que reciban molestia ni vejaciones, sino que se use de los medios de suavidad y benignidad que son los que más facilitan el logro de materia de tanta importancia; ha parecido dar la presente, por la cual os mando que si os pareciese y reconociérades que es necesario enviar un cabo con alguna gente que sirva de escolta á los religiosos misioneros que entrasen á estas conversiones, para que no experimentasen las violencias que en otras ocasiones han experimentado algunos que se han empleado en tan santo ministerio, lo ejecutaréis previniendo al cabo que sólo obre lo que le dijere el superior de la Compañía de Jesús, sin permitir que á los indios que se redujeren se les quite cosa alguna ni se les haga repartimientos, sino que se les dejen sus haciendas libres, de manera que reconozcan que sólo se mira á la conversión de sus almas y no al interés de sus haciendas, con que se conseguirá más fácilmente su reducción.» Fecha en Madrid á 15 de Julio de 1683. Yo el Rey. Por mandato del Rey nuestro Señor, D.n Francisco Fernández de Madrigal.»

Esta es la confirmación de la cédula real que ha llegado á mis manos. Ella ni puede ser más amplia para los religiosos de la Compañía, ni más

celosa del nombre cristiano, ni más prudente en la escolta de soldados, ni más limpia y desinteresada en las cosas y bienes que podían tocar en alguna manera á los indios reducidos. Porque consta lo primero de dicha confirmación, que la conversión de los Gayes, por Pastaza y Bohonaza, pertenece á los religiosos de la Compañía, y que pueden éstos continuar las conversiones del río Marañón hasta la parte donde les facilitare su celo y aplicación, en que se les debe amparar y proteger del gobierno, como se les amparó y protegió en adelante en las reducciones que formaron por el Napo y Aguarico, que vienen á desaguar en el Marañón, de la misma manera que desaguan el Bohonaza y Pastaza. Consta lo segundo que los medios de que se debe usar en la reducción de los indios, han de ser los de suavidad y benignidad con aquella gente pobre y pusilánime, como usan y han usado siempre los de la Compañía en todas sus misiones, sin permitir molestias, violencias ni vejaciones que impedirían el logro de materia de tanta importancia. Tercero, que si pareciese necesario, se envíe á los misioneros un cabo con alguna gente, no para introducir con violencia ó fuerza de armas la doctrina del Evangelio, como neciamente pensaron algunos, tachando sin razón las providencias justas de escoltas y de presidios, sino para impedir las violencias y peligros á que están expuestos los misioneros entre gentiles bárbaros, hechos á vivir á su libertad y anchuras, sin admitir freno que los contenga, ó para quitar los estorbos é impedimentos que ponen maliciosamente los indios á la predicación del Evangelio que quiere recibir su nación, como frecuentemente sucede.

Ha procedido la corte de España con tanta circunspección y prudencia en esta materia, que todas las órdenes enderezadas á dar escolta á los misioneros ó á levantar presidios en tierras ó fronteras de gentiles hablan distintamente en el sentido que insinuamos. Basta para ejemplo de las demás cédulas que se siguieron lo que determinó el religiosísimo emperador Carlos V, y se halla, como dice Riva en su *Historia de Cinaloa*, página 58, en el libro II, del Derecho de las Indias: «Si los indios maliciosamente pusiesen impedimento ó dilación en admitir las personas que les van á tratar de la enseñanza de la fe ó en estorbar que estén entre ellos ó no se pase adelante en la predicación ó instrucción de buenos usos y costumbres, que no se reduzcan, ó conviertan los que de los suyos ó de los vecinos buenamente lo quisieren hacer, ó si se armaren ó vinieren de guerra á matar, robar ó hacer otros daños á los dichos descubridores, ó predicadores; en tales casos se les puede hacer guerra con la moderación que conviene y consultando primero la justificación y forma de ella con los religiosos ó clérigos que se hallasen presentes ó con las Reales Audiencias si hubiere comodidad para ello, y haciendo los demás autos, protestaciones y requerimientos que entendiese convenir.» Hasta aquí la orden imperial conforme á la cual se han puesto después en muchas misiones presidios de algunos pocos soldados, cuya utilidad, conveniencia y aun necesidad ha declarado muy bien la experiencia; y se puede añadir

que no ha bastado siempre esta cautela prudente para reprimir los insultos y levantamientos de tantos hechiceros, que alborotan frecuentemente á los recién convertidos. Cuánto menos bastaría la escolta de uno ó dos soldados que solía darse á nuestros misioneros en las reducciones del Napo, rodeadas por todas partes de gentiles. Tan lejos han estado los españoles de querer introducir por violencia el santo Evangelio en las naciones bárbaras que voluntariamente se sujetaron á su yugo suave.

Ultimamente, se deja ver en la confirmación de la real cédula el desinterés y limpieza con que proceden y han procedido siempre los católicos monarcas en la conversión de los indios, y en la protección que han ofrecido en todos tiempos para ella, no dejándoles sólo en la posesión de sus bienes, pero aun librándolos de repartimientos y tributos de vasallaje cuando no los pueden pagar cómodamente por su pobreza, como sucede en las misiones de Mainas, y en las de Cinaloa y otras. Antes bien, por el contrario, se han hecho muchas veces crecidos gastos de la Real Hacienda á fin de que se reduzcan á la fe muchas naciones bárbaras ó se conserven otras muchas en ella, como deponen los misioneros y saben muy bien los jueces y gobernadores de varias partes. Tan grande celo y tan heroico desinterés mostraron nuestros reyes desde que el Señor les concedió el otro mundo. Y no me maravillo de lo que escribe Rivas en la obra citada haber sabido de un oficial de Felipe II, que habiendo oido este catolicísimo monarca, cómo las rentas reales no alcanzaban en las islas Filipinas para los gastos de la propagación y conservación de la fe, escribió á su gobernador en esta forma: «Si en ese principado de islas no alcanzaran los haberes reales para el gasto de la conservación y dilatación de nuestra santa fe en ellas, mandaré para este intento enviar los tesoros de mi patrimonio.»

No faltará quien diga que lo cierto es haberse enriquecido los españoles con los tesoros de oro y plata y de otros preciosos productos de las Américas. Y aun acaso se añadirá que han cometido muchas violencias, injusticias y vejaciones, con los pobres indios. No dejan varios extranjeros de exagerar la objeción. Ella, ciertamente, es de bien poco momento, y fácilmente se responde que los españoles se han aprovechado de los tesoros y riquezas que Dios nuestro Señor, dueño absoluto de todas las cosas, se ha servido de concederles á ellos más que á otras naciones, y esto por los fines que no nos toca á nosotros escudriñar: y si nos es lícito decir algo en la materia ó entrar en los fines de la Providencia, acaso previó el Criador de todas las cosas que la nación española había de cooperar más que otras á la extensión de su nombre en las naciones, á quienes quería comunicar la luz del Evangelio. Acaso previó que los españoles habían de repartir con los demás de sus riquezas con más franqueza y liberalidad que la que se usa y pudiera presumir de otras gentes. Acaso previó que esta nación favorecida no sería tan fácilmente arrastrada del vicio de la codicia. Acaso quiso el Señor premiarla colmadamente en el mismo género de bienes de que se desposeyó generosamente, por mante-

ner la pureza de su fe en la expulsión de millones de moros y judíos que arrojó de sus reinos. Acaso, acaso, acaso... Pero bastan las referidas congruencias, que no juzgo parecerán temerarias á quien quiera consultar con ánimo sereno la razón y no hacer traición á ella.

Injusticias, violencias y vejaciones con los indios, no hay duda que se han cometido en aquellas partes. Y yo añado que era moralmente necesario que sucediesen algunas en tantos parajes, en tanto tiempo, en tantas personas de diferentes condiciones y en tantas intrigas y dependencias. Pero éstas han sido de los particulares, y no tantas como se cacarean. No han ido de cuenta de los reyes ni del gobierno, que siempre las han repobrado y hecho justicia á cada uno en cuanto ha sido posible en tanta distancia. Porque poner remedio pronto á las sinrazones é injusticias en paises tan inmensos é interminables, como han caido en la corona de Castilla, es negocio más arduo de lo que algunos se figuran. Corre por aquella inmensidad la imaginación sin estorbo, y en breve tiempo registra y se hace cargo de las partes de las Américas, mas las órdenes de la corte caminan á paso más lento, hallan mil estorbos; unas se pierden en el agua, otras desaparecen en la tierra, éstas no quitan que se represente y aquéllas no vienen acompañadas de escoltas de soldados necesaria para la ejecución. En suma: las tropelías han sido las menos que se podían temer en las circunstancias que han ocurrido en tantas tierras y por tanto tiempo; y las cabezas del reino, lejos de autorizar los desórdenes, han procurado castigarlos y reprimirlos. Vean ahora los extranjeros, que tanto censuran en esta parte á los españoles, si han procedido las demás naciones con tanta equidad, justicia y desinterés y celo, en lo poco que les ha tocado en suerte del otro mundo. Permítase la digresión, de que no me pesa, si tal se ha de llamar, la explicación de la real orden en que se concede á nuestros misioneros la facultad y licencia de extender por el río Napo y adyacentes las espirituales conquistas que empezamos á escribir.

CAPITULO II

REDUCCIÓN DE LOS INDIOS PAYAGUAS Y DE LOS ICAGUATES EN LAS CERCANÍAS DEL RÍO NAPO

El primero que tuvo noticia de la nación Payagua, fué el P. Juan Lorenzo Lucero que, por los años de 1682, entabló paces con ella, pero sin empeñarse por entonces en su reducción, así por la grande falta de misioneros como por la mucha distancia de los Payaguas á las demás naciones reducidas. Extendíanse estos gentiles desde el río Tamboryacu hasta el Guerari, en las cercanías de la junta del Marañón y Napo, y ocupaban mucho trecho de monte entre el Napo y Putumayo, á cuyas inmediaciones se acercaban algunas parcialidades de la nación. Poco des-

pués de entabladas las reducciones de Omaguas y Zurimaguas, en los siete pueblos arruinados de los portugueses, fué destinado para este partido á San Joaquín de Guerari el P. Wenceslao Brayer, y con las noticias que adquirió de los Payaguas, no muy distantes del sitio se determinó á renovar, como en efecto renovó, la paz y amistad con esta nación hacia los años de 1704, y no se descuidó de confirmarla y fomentarla con visitas en el año siguiente. Como no se descubrían entonces las malas disposiciones y calidades que se vieron después en los Payaguas, antes bien, mostraban algún deseo de reducirse á población y de ser enseñados, entró á ellos el P. Sanna y logró él persuadirles á que de hecho se juntasen en buen número en cierto sitio donde comenzaron á formar un pueblo. La mudanza de misioneros que hizo del todo necesaria lo poco sano de las tierras del Napo y Aguarico, por sus aires podridos, no daba lugar muchas veces á que un mismo operario llevase adelante la obra comenzada. Era necesario retirar frecuentemente á los Padres de tierras tan pestilentes á las márgenes del Marañón para que respirasen aire puro y sanasen de las enfermedades contraídas en ellas. Y esta fué en parte la causa de no arraigarse tanto la religión en este partido de la misión baja como en los partidos de la misión alta. Dos años después vinieron al partido de Guerari otros dos misioneros, pero, por varias ocurrencias que sobrevinieron, fué preciso retirarlos y quedaron sin fomento los Payaguas.

Finalmente, en el año de 1720, en que ya los Omaguas y Zurimaguas habían dejado aquellas partes bajas del Marañón por las ocupaciones y violencias de los portugueses, fué señalado propiamente para los Payaguas el P. Luis Coronado, que con el trabajo infatigable de dos años, con dádivas, cariños y condescendencias, pudo recoger muy buena parte de la nación y formar un pueblo lucido, con la advocación de la Reina de los Angeles de Payaguas, en un sitio distante un día de camino de la embocadura de un río llamado Orabueya. En el mismo tiempo en que tanto se afanaba el misionero por el buen orden, enseñanza y cristiandad de los nuevos indios, tuvo noticia de otra nación no muy distante que tiraba su celo ansioso reducir á la Iglesia. Subió del nuevo pueblo de los Payaguas á las tierras más altas, y entrando por un torrente ó riachuelo que llamaban Buecoiya, halló los gentiles Guaciguages, y con las noticias que le dieron éstos, pasó, acompañándole los mismos, á los Cieguages. No tuvo dificultad en reducir á estas dos parcialidades por su natural y condición más tratables que los Payaguas, aunque dieron bien que hacer á los principios como veremos. Su establecimiento se hizo en las orillas de la quebrada Buecoiya. Aquí formaron un pueblo con la advocación de San Xavier de Icaguates, suavizados y confundidos los antiguos nombres de Guaciguages y Cieguages.

No se detuvo mucho el P. Coronado con los Icaguates, porque le llamaban los Payaguas necesitados de su asistencia y dirección. Luego que tomó posesión de aquellas tierras con la santa cruz que plantó en ella, y con el bautismo de los niños que le ofrecían con gusto, dió la vuelta á

Orabueya desde donde envió á los Icaguates, un mozo español de celo y de virtud, que había venido acompañándole en las misiones, para que con su ayuda y dirección acabasen el pueblo y fuesen aprendiendo la doctrina cristiana. Empezó el mozo con mucho ánimo y con buenas esperanzas de que se concluiría todo felizmente, yendo él mismo delante con el ejemplo en las cosas de mayor trabajo; pero como el más leve motivo basta y sobra para alterar los humores de una gente bárbara, enemiga de todo trabajo y nada hecha á sujeción ó rendimiento, aun antes de concluirse bien las casas, el mismo cacique de la gente llamado Guagueco que por más capaz y poderoso era la confianza del español, le dió no sé por qué desazón un fiero macanazo y le derribó en tierra medio muerto. No bien había caído el pobre mozo del horrible golpe del cacique, cuando le atravesaron á lanzadas algunos bárbaros. Dichoso joven, que no dudó exponer su vida entre aquellos gentiles en obsequio de la religión. Es creíble que en el día del juicio le veamos glorioso entre los mártires del Señor, y sirva de confusión á muchos que obligados por su estado á procurar la salud espiritual de las almas, no hicieron ni con mucho tanto por ellas, como este secular.

No todos los indios del pueblo eran de la parcialidad de Guagueco, cuya crueldad sintieron en el alma, y luego llevaron algunos de ellos la mala noticia al misionero, aunque los demás se retiraron prontamente á los montes. Mucho sintió el P. Coronado la muerte trágica de su mozo, temiendo que tan triste suceso cortase las esperanzas que había formado de la reducción de muchas naciones. Y pareciéndole que sería bien no dejar sin castigo un atentado tan enorme y cometido en los principios de la unión de los Icaguates, pasó á los Omaguas para consultar con el superior de las misiones las providencias que se podían tomar para el escarmiento de la gente. Llegado á San Joaquin de Omaguas, no halló en el pueblo al superior, que había salido de aquel sitio á la expedición que diremos. No pudo tampoco ir en su busca, porque habiendo enfermado gravemente en San Joaquin, fué nuestro Señor servido de llevarle para sí como esperamos, y concederle el premio de sus fatigas. Porque era verdaderamente varón de señalada virtud, conocido celo de las almas y de constante aplicación al trabajo, pero más en particular, al estudio de las lenguas de los gentiles, como que sabía muy bien que de la formación de artes y vocabularios dependía en gran parte el adelantamiento de las misiones. Había comenzado á formar los primeros rudimentos de la lengua de los Payaguas, y hubiera acaso concluido un arte cabal de su idioma si hubiera vivido algunos años. Pero aquí, como en otras muchas ocasiones, debemos adorar las justas disposiciones de la divina Providencia.

La noticia del triste suceso acaecido en tierras de Icaguates alcanzó al superior cerca de la embocadura del río Ucayale adonde iba con buen número de indios de la misión alta y con algunos soldados españoles y su cabo con el designio de reducir á paces y amistad cierta gente

que se acababa de descubrir no lejos del sitio en que habían estado los Omaguas. Admirado el padre de la temeridad de los Icaguates, dió luego parte del atentado que acababan de cometer con el mozo español, al cabo que iba en la expedición con todas las veces del teniente de Borja, y pareciéndole á éste más urgente la necesidad del Napo, que el nuevo descubrimiento y paces con los gentiles que buscaban, mudando de idea, determinó ir con su armadilla al castigo de los agresores, en que convinieron los soldados españoles y los principales indios. Era su empeño dar sobre los Icaguates antes que tuviesen tiempo de retirarse á sus tierras. Y para conseguir su fin alargaron las jornadas cuanto les fué posible. Pero la vigilancia de los bárbaros, supo burlar las diligencias de los nuestros; principalmente cuando llegaron al puerto de San Javier, ya los Icaguates estaban dispersos por sus montes y escondidos en los bosques, quebradas y lagunas, que se hallan en abundancia en aquellas tierras.

Era bien difícil dar con los matadores y haber á las manos al cacique Guagueco, principal objeto de la expedición, pero no cayeron de ánimo los españoles, y con la esperanza de coger á lo menos algunos de los cómplices principales, fijaron su real en el mismo pueblo. Desde aquí, divididos en varias patrullas ó piquetes, fueron internándose por los montes y á costa de repetidos viajes, de muchas vueltas y revueltas en que caminaban con gran cautela, por no caer en las trampas de los enemigos fueron apresando algunos Icaguates y recogiéndolos al real. Rara vez los soldados observan la moderación debida en expediciones de este género. Ni pudo el padre superior, con sus muchos ruegos y prudentes precauciones, impedir que algunos españoles no hiciesen algunas muertes por los montes en los Icaguates, de que avisados por los indios de la misión, más rendidos á sus insinuaciones, apuró al cabo por la vuelta, y de esta manera logró el estorbar la continuación de los daños ya que no había podido prevenirlos todos. No parece que cogieron en las varias entradas al cacique Guagueco, en quien se hubiera hecho sin duda un ejemplar castigo de que no se hace mención alguna en la jornada ni después de ella. Si no es que acaso fuese uno de los varios que quedaron muertos en el monte.

No se hizo tampoco castigo particular en los Icaguates apresados, antes fué de parecer el juez que los distribuyesen por las reducciones y otras poblaciones españolas para que, amoldados en los pueblos antiguos, pudiesen volver á restablecer su pueblo con más esperanza de estabilidad y permanencia. Conforme á esta sentencia, parte de la gente fué enviada á los pueblos de la Laguna y de los Xeveros, y parte puesta en la ciudad de Borja, fuera de algunos Icaguates que fueron precisados á pasar á Lamas, Moyobamba y Chachapoyas, hasta que pareciese llamarlos y levantarles aquella especie de destierro; pero no se hizo alto como se debiera haber hecho sobre la dificultad de la vuelta, porque no perteneciendo á la jurisdicción de Borja, ni Lamas, ni Moyobamba, ni Chachapoyas, no era creíble que soltasen los españoles de

buena voluntad á los Icaguates, con cuyos servicios se utilizarían. Además de que la experiencia que se tenía de lo que poco antes había sucedido con los Cavapanas y Conchos, que no hallaron paz ni sosiego hasta que salieron de la jurisdicción de Lamas, debiera haber impedido una resolución tan expuesta á debates y oposiciones entre aquellas jurisdicciones.

En efecto; el suceso mismo mostró bien pronto lo arriesgado de la resolución. Porque pareciendo ya al superior de las misiones, que era entonces el P. Guillermo Deutre, llevar como á los dos años de su destierro á los Icaguates á su pueblo, aunque no tuvo dificultad alguna en recoger los que habían quedado en la jurisdicción de la misión, la tuvo, y muy grande, en arrancar los que estaban fuera de ella, porque los Lamistas y Moyobambeños se tenían fuertes sin venir á razones ni sufrir que se hablase de soltar á los Icaguates. Hallábanse bien con ellos y medraban con sus sudores.

Como no hay cadenas más fuertes que el interés y codicia, no bastaron decretos de la Real Audiencia, ni se hizo caso de los despachos conminatorios del virrey, para que los dejasen salir de sus ciudades. Tentando al fin todas las vías y apremiados los vecinos con excomuniones eclesiásticas, se deshicieron al cabo de aquellos infelices, que consideraban ya como esclavos suyos, y destinados al servicio de sus casas. El mismo superior, vencidas tantas dificultades, llevó consigo todos los Icaguates á sus tierras en las riberas del Napo, y aquí trató con ellos del sitio más ventajoso para su restablecimiento. Todos convinieron en formar el pueblo en un monte alto que empieza á levantarse desde cerca de la embocadura del río Curaray, en el Napo. Hízose en poco tiempo una reducción razonable por los nacionales que de los montes concurrieron y pareció conveniente darles por misionero propio al P. Guillermo. Pero por la desgracia común á las tierras no pudo durar mucho en aquellos sitios y acosado de calenturas continuas se vió precisado á salir para su alivio á los Omaguas, en donde le hallo con los aires sanos y limpios del Marañón.

CAPITULO III

NUEVOS SUCESOS QUE PASARON CON LOS PAYAGUAS É ICAGUATES

Es el natural de los indios comúnmente tímido y suspicaz, y al menor mal que se les ofrece caen fácilmente de ánimo y si pueden, se aseguran con la fuga. Viendo los indios Payaguas, que venía una armada de españoles contra los Icaguates por la muerte que acababan de ejecutar contra el mozo de su misionero, entraron en recelo y temieron mucho de que también á ellos se extendería el castigo, que no siempre suele ser tan medido y discreto, que no coja también á las veces á los inocentes, espe-

cialmente cuando éstos tienen alguna conexión ó correspondencia con los culpados. Por este medio, aun antes de oir el silbo de las balas, abandonaron el pueblo y se retiraron á los montes. No dudo que pudo también contribuir mucho á la retirada la ausencia del misionero que, como dijimos, salió en busca del superior para deliberar sobre los medios que pareciesen oportunos para el fin de castigar los culpados y de asegurar á la gente.. Aunque los Payaguas ocupaban sus antiguas tierras, estaban como á la mira de lo que pasaba con los Icaguates y continuaban en dejarse ver de los Omaguas, asegurando á los padres que sólo por el temor del teniente se habían retirado del pueblo, viéndose sin el amparo y protección del misionero, que era el único que los podía defender en las violencias. Añadían que estaban prontos á volver y á juntarse todos, luego que fuese alguno para asistirlos.

Parecían seguras las protestas de los Payaguas, y atendiendo á su voluntad, al parecer sincera, se les envió por los años de 1723 al P. Juan Bautista Julián. Este los redujo á que formasen un pueblo nuevo, porque el antiguo no había probado bien, cerca de una laguna llamada Tacuara, en que, apenas establecidos, mal contentos con el sitio, se pasaron á un cerrito que tenía por nombre Ruaro, donde hicieron una vistosa reducción. Aquí perseveraron, desbastándolos y civilizándolos con increíbles trabajos el P. Julián, hasta que llegando el año de 1729, faltó poco para que la reducción no se acabase. Comenzó á picar en el pueblo la peste, y como veían el mucho estrago que hacía en la nación, temerosos de que no acabase con todos, se determinaron á dejar el sitio y retirarse á los bosques hasta que pasase, como decían, el enemigo. Propusieron con todo eso al misionero, ó que escogiese venir con ellos á sitio más saludable, ó que pasase si le parecía mejor á San Joaquín de Omaguas mientras ellos duraban en su retiro, de donde sin duda volverían al mismo puesto acabado el estrago. Tuvo por más conveniente el P. Julián este segundo partido, y se retiró á los Omaguas. No dejó de lograrse bastante fruto en los Payaguas por el tiempo en que duró el azote de la peste; porque fuera de los niños que murieron con el santo bautismo, los adultos en estas circunstancias suelen abrir los ojos y disponerse para él viendo la muerte inevitable. De esta manera castiga el Señor con entrañas de misericordia, haciendo, por decirlo así, la forzosa á muchos que andan dilatando el bautismo, cuando se hallan sanos sin que alcancen las exhortaciones de los misioneros para que se apliquen á entender lo necesario para recibirlo y á dejar las costumbres viciosas en que se criaron.

Pasados como dos meses, y sosegada la peste, bajó á los Payaguas en lugar del P. Julián (á quien pienso que hicieron superior de las misiones), el P. Ignacio Michael, que consiguió fácilmente sacarlos al río Napo, enfrente de un torrente llamado Rerija. El pueblo que aquí formaron era bastantemente numeroso. Quiso hacerlo mayor el misionero agregando á los Payaguas los indios Icaguates, que por la ausencia del P. Grebmer,

enfermo en los Omaguas, estaban sin sacerdote que les cuidase. El fin era excelente si se pudiese lograr, y serían unos y otros asistidos en lo espiritual y temporal con más eficacia, comodidad y ventajas. Pero estas pretensiones de misioneros nuevos, casi siempre salieron inútiles por la oposición de las parcialidades y por los recelos de ser hechizados. Y alguna vez basta insistir en el empeño para perder lo ganado, como veremos. Desengañado el P. Ignacio, tuvo por bien el no apretar más á los Icaguates y asistirles como pudiese desde los Payaguas. En cosa de dos años que estuvo con estos indios, puso bien corriente la asistencia á la doctrina de párvulos y adultos, y fué entablando algunas prácticas del gobierno político de los demás pueblos. Es verdad que hubo algún tropiezo en los mitayos (así llaman á dos indios que deben por semana buscar el sustento del misionero), porque se los hacía impertinente un cuidado que no se podía omitir. Es como natural la pereza en aquella gente y la constancia en este ligero cuidado por una semana seguida, se les hacía insoportable. Pero al fin vinieron en ello, hechos cargo de la razón; y viendo al padre todo el día empleado en doctrinarlos, y platicarlos, y administrar los sacramentos, tomaron á su cuenta buscarle el sustento, que ni podía ni sabía, ni tenía lugar para procurarlo por sí mismo.

Cuando todo caminaba prósperamente en los Payaguas, y se esperaba adelantar en número y cristiandad la reducción, enfermó gravemente el misionero, y fué necesario sacarle á tierras más abiertas y sanas. Dióse orden de que pasase á los Payaguas, como á pueblo más numeroso, al P. Adán Escrefgen, que poco antes había llegado á los Icaguates para cuidar de su pueblo. Hízolo así el misionero, que á tiempos residía en los Payaguas y á tiempos en los Icaguates; pero echaba bien de ver la diferencia notable de genios y condiciones de las dos naciones. Porque en los Payaguas no correspondía el fruto á su cuidado: por más que se aplicaba en ganarlos, no hallaba en ellos sino desvíos, indocilidad y dureza. Por el contrario, los Icaguates colmaban sus esperanzas viéndoles atentos, rendidos y obedientes á cuanto les insinuaban. Era á la sazón bien pequeña la reducción de estos buenos indios, y el misionero procuraba fomentar las veras que mostraban de hacer un pueblo numeroso, porque siendo los primeros, y como fundadores de buena índole, fácilmente se acomodarían á ellos los que viniesen de nuevo.

Empezaron los Icaguates á hacer sus entradas en los montes para buscar á sus parientes, y hacerlos participantes de las ventajas que gozaban en el pueblo. Mas por donde pensaban aumentar la reducción faltó poco que no les viniese la total ruina de ella. Sabían que el mayor golpe de gente de su nación se había retirado á las cercanías del río Curaray, y haciendo una entrada por esta parte encontraron algunos rastros de indios, que tiraban hacia el río; fuéronlos siguiendo muy contentos, pensando hallar á los que buscaban, hasta dar con algunas casas en que no dudaban encontrar amigos ó parientes. Acercáronse á ellas, sin recelo y con poca cautela, en que estuvo la primera desgracia, porque los habi-

tadores no eran Icaguates, sino indios Masamaes, que, puestos en armas, hicieron retroceder á los Icaguates, no sin algunas muertes. Desde este lance comenzaron estos gentiles á hostilizar á los nuevos cristianos, y mantuvieron continuas guerrillas unos con otros, con daño de las dos naciones, hasta que finalmente mudaron de sitio los Icaguates de resulta de una invasión en que por singular providencia del cielo no acabaron los Masamaes con toda la reducción.

Juntos en gran número los indios Masamaes, y muy bien armados, se enderezaron al pueblo de San Xavier con el designio de acabar de una vez con todos sus habitadores. Determinaron darle un fuerte asalto. En día claro, saliendo de su costumbre de acometer al enemigo siempre de noche, acaso no alcanzando el tiempo para ejecutarlo de noche, y hallándose al amanecer cerca del pueblo, se resolvieron, fiados en el número, á dar el acometimiento antes de ser descubiertos. No les salió como pensaban, porque saliendo muy temprano á cazar por aquella misma parte un Icaguate y divisando á los enemigos, volvió corriendo al pueblo á dar aviso de lo que había observado. Tomaron luego las armas los Icaguates y divisando á los enemigos, y por no mostrar temor ni cobardía, salieron al encuentro al enemigo. El choque fué porfiado y sangriento, con muertes de una y otra parte. Pero como fuesen muchos más en número los Masamaes, fueron retrocediendo los nuestros hasta la plaza del pueblo. No estaba ya lejos el enemigo de la iglesia, adonde se habían refugiado las mujeres y niños alrededor del misionero, que viendo á la pobre gente en el mayor apuro, levantó el corazón al cielo pidiendo socorro al Señor que sólo podía ampararlos en aquel apuro. Vínole al pensamiento colgarse de las campanas, y sin reflexión alguna comenzó á tocarlas muy apresuradamente, aprisa y con todas sus fuerzas, como quien toca á rebato. El suceso mostró ser este pensamiento del ángel de la guarda. Porque la novedad de un sonido tan subido, intenso y nunca oído, ni pensado de los invasores, les quitó la acción y dejó sorprendidos. Continuaba el padre en tocar con furia, y advirtiendo los Masamaes que entraban de fresco y de socorro algunos Icaguates que por casualidad llegaban, creyeron que venían sobre ellos toda la nación avisada con aquellos sonidos extraordinarios. Diéronse por perdidos, y encomendándose á los pies, se retiraron con precipitación tan fuera de sí, y tan sin consejo, que muchos en la fuga, para correr más ligeros, dejaron sus rodelas en el camino y pudieron los nuestros recoger hasta unas cuarenta. Un indio Masamas que se redujo poco después á la Fe, refiriendo este lance terrible en que se había hallado, aseguraba que de tal manera se apoderó de ellos el terror al oir las campanas, que no pararon de correr por todo aquel día sin tener libertad de volver la cabeza para asegurarse si los seguían los Icaguates. Así se burla el Señor con una circunstancia bien ligera de los malvados; y como es Dios de los ejércitos sabe poner terror cuando quiere en los más valientes con una mera aprensión que se figuran.

Habiendo llegado á noticia del superior lo mucho que á los Icaguates molestaban los Masamaes, y el peligro grande en que se había visto la reducción, determinó hacer una entrada á las tierras de estos gentiles y reprimir su orgullo y escarmentarlos, si no podía ganarlos y pacificarlos, que era lo que principalmente deseaba. Salió con un cabo, algunos españoles y buen número de indios fieles, entre los cuales iban buen número de intérpretes Zameos, que, como de la misma nación de los Masamaes, podían contribuir mucho á la reducción de sus nacionales. La expedición no tuvo el efecto deseado, porque (á lo que yo pienso) con el terror y espanto pasado, se habían alejado mucho de los sitios que ocupaban, y no era fácil dar con los escondrijos en que estaban refugiados. Por no volver el superior sin hacer algo después del aparato y prevenciones, pensó que se hiciese alguna demostración de castigo con los indios Payaguas, que ya en este tiempo, á su antojo y sin causa, se huían á los montes, donde se detenían cuanto les daba la gana, sin hacer caso ni sujetarse al misionero.

El mismo cabo, para conseguir el intento, destacó un número de indios y soldados, y entrando con ellos en el monte, buscó y encontró varios Payaguas huídos, que traídos al pueblo fueron castigados con azotes, fuera de algunos otros que, desterrados por algún tiempo al Marañón, debían de servir de escarmiento á los demás. El fin que se pretendía en el castigo era buenísimo, y hubiera bastado el destierro que no sienten tanto los indios. Los azotes en aquella gente jamás tuvieron buenas resultas, y es una forma muy arriesgada si no precede su consentimiento. Esto mostró constantemente la experiencia en las demás naciones del Marañón, ni se debía pensar otra cosa de los Payaguas, nación indócil y traviesa, que no estaba tan arraigada en el pueblo, ni tan rendida y tan hecha á las costumbres de los demás pueblos. En efecto; resentidos, exacerbados los Payaguas por los azotes de sus parientes, amigos y nacionales, comenzaron á tratar entre sí, y áun á explicarse en términos de quitar la vida al misionero. «La culpa de todo esto (decían en su lengua »y sin mucho rebozo) la tiene ese padre demasiado impertinente, que sin »hacerse cargo de nuestras idas al monte nos quiere estorbarlas. Sus »quejas han movido al superior á traer á esta gente para castigarnos. »Volveráse éste, y nosotros sabremos...» Esto era decir mucho. Pero los intérpretes anduvieron fieles, y avisaron prontamente al superior del tratado de los Payaguas y de lo que se les había escapado; por lo cual no teniendo ya por conveniente dejar entre aquella gente al misionero, en cuya cabeza caería, sin duda, su resentimiento, le mandó entrar en su canoa, y encargó al cacique y ancianos del pueblo que procurasen sosegar los ánimos alterados mientras daba órdenes para enviarles otro padre.

No fué esto por ahora necesario á los Payaguas, que apenas perdieron de vista la armadilla, cuando dando fuego á la iglesia y casas, y atravesando el río en sus canoas, se metieron por el monte hasta sus an-

tiguas tierras, con la firme resolución de no volver á poblarse y de resistir á los que pretendiesen sacarlos. En esta determinación estuvieron tercos por siete años sin querer admitir pláticas de salir de sus bosques, ni dar oídos á las muchas instancias y seguridades que se les hacían de parte de los misioneros, hasta que el P. Miguel Bastida pudo, como veremos, recogerlos y juntarlos en pueblos. Estas fueron las funestas resultas del importuno castigo en los Payaguas, con que se confirmaron los padres en la opinión en que estaban comúnmente de que no convenía hacer castigo semejante en los recién convertidos sin su mismo consentimiento.

Más firmes y constantes estuvieron los Icaguates, que habiendo experimentado otra terrible invasión de los Masamaes semejante á la pasada, trataron de alejarse del sitio y mudaron su pueblo, dos ó tres días de camino, más arriba de la boca del río Curaray, donde se establecieron en la misma conformidad en que vivían en el pueblo antecedente. Y aun tuvieron la ventaja de que no estando lejos de este lugar los Vitos ó Vitoguages, de su misma nación, se les juntaron, y con el aumento se hizo la reducción más respetable. De esta manera pudo servir este pueblo de escala para los viajantes y de recurso seguro á los misioneros en las novedades y contratiempos que experimentaron después en este río del Napo y en el de Aguarico, con ocasión de los nuevos pueblos que se fueron formando de gente indócil é inconstante.

CAPITULO IV

REDUCCIÓN SÓLIDA DE LOS ZAMEOS, POR MEDIO DE LOS OMAGUAS

Casi al mismo tiempo de la conversión de los Icaguates en el río Napo, se logró la paz, establecimiento y sujeción al yugo del Evangelio de los indios Zameos, que no vivían en mucha distancia del pueblo de los Omaguas. Vimos ya á fines del siglo pasado á un mismo tiempo hechos y deshechos dos pueblos de esta nación en la Laguna Zapara, á las cercanías de Ucayale. No fueron durables los establecimientos, porque las miras del cielo eran que se redujesen los Zameos con más suavidad y dulzura de las que se podían esperar del rigor y fuerza de españoles juntos en la ciudad ideada por el P. Vidal. Mas ahora con la vecindad de los Omaguas, se lograron en los Zameos con más ventajas que en otras naciones frutos del celo y aplicación de los misioneros, á que contribuyó de su parte el genio, docilidad, búena índole y laboriosidad de la gente.

Ocupados los Omaguas en la formación de su pueblo, y haciendo viajes por el monte en busca de buenas maderas para su entero y sólido establecimiento, descubrieron por aquellas cercanías varios indios Zameos. Esto bastó para que los observasen con cuidado, y para que hiciesen varios viajes hacia aquellas partes movidos solamente de la curiosidad propia de todo indio, pero inocente en los Omaguas, nada hechos á molestar

á los vecinos, ni á hostilidades ó muertes. En uno de estos viajes encontraron cuatro jóvenes Zameos, y sin violencia alguna los llevaron al pueblo, y los presentaron á su misionero, que se llamaba Bernardo Zurmillen, y era muy bien quisto de los Omaguas. Alabó el padre á los suyos la diligencia en traer á los Zameos y la humanidad en no hacerles daño, y trató de quitar el miedo y susto que mostraban los pobres gentiles, hablándoles con mucho cariño y dándoles algunos donecillos. Hizo después que con resguardo, cautela y benignidad, les fuesen llevando por las casas, y que en ellas les regalasen y acariciasen, encargando este cuidado muy en particular á los principales del pueblo. No omitió de su parte el misionero de cuanto pudo entender que sería gustoso y agradable á los Zameos, y los despidió con muchas demostraciones de contento, dándoles alguna herramienta y otros regalillos para que los mostrasen y repartiesen entre sus parientes. De esta manera se fueron contentos los cuatro jóvenes Zameos, y las demostraciones del cariño y dádivas suplieron la falta de intérprete. Los Omaguas salieron acompañando á los Zameos, y los pusieron en el mismo sitio donde los habían encontrado.

Este primer hospedaje tan cariñoso fué bastante para que los Zameos se asegurasen de la amistad sincera de los Omaguas. Porque á los quince días de la ida de los cuatro mozos, vinieron otros muchos Zameos y Zameas en tropa sin recelo alguno á visitar al padre y á los Omaguas. Entratoda satisfacción en el pueblo, y buscando por las señas que habían dado ron con los primeros, la casa del padre, se le presentaron alegres y placenteros como quienes daban á entender que querían su amistad y la de su gente. Correspondió el misionero á su buen ánimo y usaron los Omaguas de mayor franqueza con estos segundos, acompañándolos por el pueblo con muchas muestras de júbilo y regocijo, convidándolos á porfía con cuanto pensaban serles gustoso y apreciable. Volvieron finalmente los Zameos llenos de donecillos y de cosillas que estimaban mucho, y llegados á los suyos no hacían sino mostrarles los regalos, de que estaban aturdidos sus paisanos, como de cosas que jamás habían visto ni se habían figurado.

Querían contar á los suyos las cosas que habían visto en los Omaguas y no sabían ni acertaban á explicarse por no tener especies de las cosas que habían observado. Empezaban y no acertaban á parlar de las canoas, del modo de manejarlas, de la destreza con que las volvían y revolvían contra la coriente del río y sobre todo de la seguridad conque atravesaban en ellas un golpe inmenso de aguas que explicaban con la semejanza del cielo Porque allá en sus montes donde sólo tenían algún riachuelo, no podían declarar la idea que formaron del gran río Marañón, que mirando á la extensión y color del cielo. A otros había hecho grande armonía la mucha abundancia y variedad de peces grandes y pequeños, de tantas figuras; porque hechos en sus bosques á un pequeño anzuelo, y al escaso fruto con que volvían á sus casas, de una sarta de peces

pequeños, admiraban y no entendían cómo los Omaguas á pocas horas de haber salido de sus casas, volvían cargados con tantos peces, que en sus bosques bastarían para celebrar banquetes y convites por muchos días con sus parientes y amigos.

Pero lo que más asombró á los Zameos, fué la pesca de las charapas y vacas marinas. Ponderaban en éstas la grande mole de carne y como se figuraban correspondiese la fiereza y resistencia á dejarse coger, miraban remiraban y daban vueltas y palpaban con las manos el cuero, buscando con cuidado las señales de las heridas de que habían muerto, y no hallando alguna que á su parecer fuese bastante, se preguntaban unos á otros y conferían entre sí lo que observaban, no sacando de su conversación y examen otra cosa, sino que era imposible entender el modo conque los pescaban. No les hizo tanta novedad la figura singular de las charapas, porque tal vez encontraban en sus montes algunas tortugas de tierra algo parecidas, de cuya carne no se aprovechaban por no saber abrirlas; pero les causaba admiración la grandeza de las tortugas de río y la prodigiosa abundancia que con tanta facilidad cogían, y conservaban en sus lagunitas ó charaperas, en los corrales de las casas; y más no pudiendo entender la manera de pescarlas. Porque aunque se les mostraban los instrumentos y arponcillos, pero probando los Zameos á clavar la púa á fuerza de golpes, apenas dejaban señal en el pellejo de la charapa. Tánto vale el uso y la destreza en este género de pescar.

No tuvieron menos que admirar las mujeres Zameas en las Omaguas. A unas embelesaban las pinturas y tejidos de los lienzos, otras se prendaban de la variedad y grandeza de las tinajas; á éstas hacía novedad los cántaros de barro labrados con mucho primor y pintados de varios colores; aquéllas se admiraban de la abundancia de fuentes y platos lucidos por la hermosa variedad de pinturas, y por el lustre apacible de un fino y clarísimo barniz. La Zamea que lograba alguna de estas piezas, se tenía por rica y volvía alegre al pueblo, á celebrar entre sus parientes el fruto de su viaje. Muchas tuvieron este gusto, porque las Omaguas, generosas por genio, regalaban á sus huéspedas hasta satisfacer á su deseo, con el designio de aficionarlas á su pueblo, como les había encargado el misionero. No es fácil determinar si prendó más á las Zameas ó álos Zameos lo que observaron en el pueblo de San Joaquín. Lo que se puede asegurar es, que el recibimiento que en él tuvieron y las cosas que allí vieron fué un atractivo grande para inclinarse á vivir con los Omaguas. En los viajes que se siguieron se insinuaron algunos jóvenes de uno y otro sexo, deseosos de vivir en el pueblo, y entendidos por el P. Zurmillen que era el gusto de sus padres y ancianos, convino en que lo hiciesen algunos pocos, á quienes fué acomodando por las casas de los Omaguas de mayor edificación. El buen trato, amor expresivo y cariñosa asistencia que se observó en los primeros mozos Zameos, atrajo á los segundos y el que se tuvo con estos llamó á los terceros, de manera que llegaron á componer un número considerable.

En bien poco tiempo de comunicación fueron entrando los recién venidos en la lengua de los Omaguas, porque como á jóvenes se les imprimía fácilmente la palabra, el gesto y la pronunciación, y por este medio ya se lograba lo que deseaba el padre, de tener buenos intérpretes y en abundancia para el resto de la nación. Como los padres y parientes visitaban frecuentemente á sus hijos y allegados por ver cómo lo pasaban, y si se hallaban contentos y bien servidos en el pueblo, no perdían ocasión los Omaguas de exhortarlos á que se juntasen en un sitio y formasen pueblos numerosos en que viviesen como ellos vivían. Había ya el misionero anticipado estos convites por medio de los Zameos mismos para que informasen á los principales de la nación de las prácticas y establecimientos del pueblo, de la policía que en él se observaba y de las ventajas grandes que tendrían sus nacionales en imitar los Omaguas. Asegurado ya por las respuestas de la buena disposición de los Zameos, se determinó á tratar por sí mismo con algunos caciques sobre la formación de algunos pueblos.

Piru, Tarama y Moluze fueron los principales que se resolvieron á juntar sus gentes en pueblos, y lo ejecutaron formando dos, uno con la advocación de San Miguel, enfrente de Ucayale, como una legua dentro del monte hacia sus antiguas tierras, y otro con la advocación del beato Regis, cerca de un río navegable que entra en el Marañón, poco más abajo que el río Tigre. En ambos pueblos se juntó un número razonable de Zameos, y en ellos se entabló luego la doctrina á que se asistía con gusto. De esta manera, bautizados desde el principio los párvulos, se iban disponiendo los adultos para el mismo sacramento, y por algunos años, hasta el de 32, se fueron poniendo en práctica sin dificultad los entables político-cristianos comunes á los demás pueblos.

En este año, el P. Julián, superior de las misiones, encargó al padre Carlos Brentano, hombre de mucha caridad y prudencia, el cuidado de los dos pueblos y la reducción del resto de la nación. Fijó su residencia en el pueblo de San Miguel por estar en el centro de los Zameos, y por ofrecer por entonces mayores conveniencias como menos distante de los Omaguas. A los seis primeros meses de su llegada les dió un aumento considerable, sacando en dos entradas que hizo á los montes varias familias de la nación. Pero creció más el de San Regis con la junta de una parcialidad numerosa, cuyo cacique Abarrea, con toda su gente, había traído el superior mismo en una penosa entrada hasta sus tierras. Esta nueva parcialidad recién venida, hizo concebir mayores esperanzas y más notables aumentos en este segundo pueblo, y pareció por lo mismo ser en él más ventajosa la residencia del misionero. Ya hemos visto algunas veces que algunos sitios prometen á los principios ventajas que hace ver la experiencia no ser tan fundadas. Creíase más oportuno para vivir el misionero el pueblo de San Miguel, por ser escala de comunicación con los Zameos montaraces, por su buena disposición y por las tierras que ofrecía correspondientes á buenas sementeras. Pero registrando

con mayor atención y despacio los contornos del de San Regis, y cotejando los inconvenientes y ventajas de los dos sitios, se juzgó finalmente que debía preferirse éste para la habitación del padre, así por su mayor altura y mayor extensión de terreno, como por ser más sano y más batido de los vientos. Ni le faltaba pesca y caza que tenían abundante en el río Tigre y sus riberas, y en otros riachuelos y lagunas en que podían pescar sin la concurrencia de los Omaguas.

Estas razones, juntas con la esperanza de que sería en adelante más asistido el pueblo de San Regis, movieron al P. Brentano á fijar en él su morada. Formó desde luego por medio de un buen intérprete un catecismo en lengua Zamea, y con este socorro comenzó á doctrinar en lengua propia. Cosa que trajo muchas mejoras á la nación, porque, no sólo se fueron instruyendo con mucha suavidad en la doctrina, mas se pusieron perfectamente en práctica las distribuciones, orden y gobierno de los pueblos más antiguos. Debióse en gran parte el haber llegado esta reducción en tan poco tiempo á la perfección que se deseaba, al fomento de los jóvenes criados en los Omaguas, que transplantados á su pueblo, fueron la levadura que sazonó á toda la masa, animando á sus paisanos con su ejemplo, consejo y palabras. Tanta es la utilidad de esta especie de seminarios de indios, que acostumbrados á vivir cristianamente y hechos á una vida política y civil, hacen gustar á los demás los frutos de la enseñanza y quitar á sus nacionales aquellas dificultades que apenas pueden vencer los misioneros. Prevaleció este pueblo como se creía y llegó á tanto aumento y perfección, que por los años de 1768 no cedía á ninguno de los más antiguos en cristiandad y policía.

CAPITULO V

FUNDACIÓN DEL PUEBLO DE SAN IGNACIO DE PEVAS, CAUMARES, ZAVAS Y CAVACHIS

A la conversión de los Zameos se siguió la reducción de otras varias naciones en lo bajo del Marañón, poco distante del río Napo. Fueron éstos los Caumares y Pevas, á quienes se agregaron después los indios Zavas y los Cavachis, naciones entre sí distintas, pero confinantes en sus bosques, y lo que más admiraba, sin aquella oposición, encuentros y guerrillas que son tan comunes entre los gentiles rayanos. Era tanto más de extrañar esta paz y avenencia de unos con otros cuanto eran más diferentes las condiciones de ellas. Porque los Caumares eran advertidos y de buena penetración; los Cavachis, extremadamente bozales, sin que les entrase la razón; los Pevas eran gente sincera y sin doblez; los Zavas poco fieles, como lo mostraron con el tiempo; aunque todos ellos convenían en ser igualmente laboriosos, trabajadores y de constancia en la fatiga.

La primera de estas naciones que tuvo trato y conocimiento con las

de nuestra misión, fué la nación de los Caumares. Vivía ésta cerca del río Guerari, y antes que los Omaguas desamparasen aquel sitio por las vejaciones de los portugueses, tuvieron amistad con los Caumares; y aun alguna otra familia de éstas se había agregado al pueblo de los Omaguas; pero cuando pasaron á Ucayale, no se determinaron á seguirle los pocos Caumares y se volvieron á sus bosques. Desde ese tiempo quedaron como desconocidos y olvidados, hasta que siendo misionero de los Omaguas el P. Singler, varón de mucha prudencia y celo, con las noticias que tuvo de aquellas gentes retiradas salió en su busca con algunos de sus indios, y subiendo dos días por el río Guerari, halló rastros de camino, que seguidos con cuidado, le condujeron á una casa en que vivían puntualmente los Caumares que pretendía encontrar.

Como llevaba consigo algunos Omaguas antiguos conocidos suyos, se renovó fácilmente la amistad antigua, y comunicada la noticia de la venida del misionero á otras casas del contorno, acudieron donde estaba el padre algunos principales de la nación, unos por el interés de los donecillos que esperaban, y otros por saber los designios de aquella visita. Recibióles con mucho agrado el P. Singler, y les manifestó que sólo pretendía con su venida hacerles todo el bien que pudiese en el alma y en el cuerpo, darles á conocer un Dios criador de todas las cosas y socorrerlos con las herramientas necesarias para sus sementeras y con las demás cosas de que hubiesen menester si se determinaban á juntarse con el pueblo de los Omaguas sus amigos, pues ya veían ser ellos muy pocos para poder formar un pueblo entero por sí mismos.

Admitieron los Caumares sin dificultad el convite, y el padre llevó consigo los que cupieron en las canoas, ofreciendo enviar otras, como después envió, para el resto de la gente. Todo iba sucediendo conforme á las intenciones del misionero, porque juntándose esta gente y la demás que se fuese descubriendo en el pueblo ya formado de San Joaquín, más pronto y fácilmente entrarían los Caumares en las prácticas de la misión, serían más asistidos y se ahorraba la fatiga grande é indecible trabajo de criar un nuevo pueblo, expuesto siempre á los riesgos, peligros é inconstancia que mostraba la experiencia. Pero no eran éstas las disposiciones del cielo, porque quería el Señor que estos gentiles trasplantados fuesen las primeras piedras de otro pueblo que con algunas variaciones y contratiempos perseveró, sin embargo, hasta los años 1768.

Sucedió que á poco tiempo de haber llegado los Caumares al pueblo de San Joaquín, comenzaron á enfermar por la novedad del sitio, agravándose de modo el mal, que iba ya haciendo notable estrago en la gente nueva. La experiencia había hecho conocer en otras partes ser muy costosa la detención de gente nueva en semejantes circunstancias, y se había probado como medio eficaz para el recobro de la salud el hacerlos volver á sus antiguas tierras. Consolábase el misionero con que no se malograba la gente en su retorno, pues llevaba ya el conocimiento de Dios y el práctico de las ventajas de vivir en poblaciones atendidas y

asistidas de padres como las de los Omaguas. Estos mismos, con mucha caridad, llevaron en sus canoas á los Caumares hasta el puesto en que se embarcaron en Guerari, y despidiéndose en tierra y amigablemente unos de otros, los Omaguas tiraron á su pueblo y los Caumares se metieron en sus tierras.

Mostró luego el efecto lo acertado del dictamen, porque no fué necesaria otra cura para la enfermedad, que pisar los Caumares sus bosques y respirar los aires en que se habían criado. Parece que la salud recobrada en sus tierras y perdida en las extrañas, les había de quitar las ganas de salir de las montañas en que habían nacido, y que sólo tratarían de esconderse más en ellas por no ser descubiertos, porque es vehementísima la inclinación de la naturaleza á vivir con salud como fundamento de todos los bienes naturales. Pero no era la nación ni tan huraña ni tan adicta á sus bosques que no hubiesen prendido en ella la doctrina del P. Singler, su trato suavísimo, el agrado de los Omaguas y la conveniencia de vivir en un pueblo. Estas ventajas pudieron más con ellos que los peligros y riesgos de perder la salud y la vida si salían á campo descubierto. Empezaron á pensar sobre el modo de juntarse en pueblo y ponerse en manos de algún misionero. Tenían amistad antigua con los Pevas, nación confinante, y con el designio de que les siguiesen en su establecimiento, la renovaron repartiendo con sus amigos de aquellos donecillos que habían traído consigo. Con esta ocasión, les dieron noticia de la amistad con los Omaguas; de su ida y vuelta por las enfermedades, y de las conveniencias que habían observado en el vivir muchos en un pueblo. No pasó adelante el tratado, pues bastó lo dicho para aficionar á los Pevas á sus bienhechores y dejarlos inclinados á población.

El misionero de Omaguas, aunque no sabía nada de las intenciones de los Caumares y de lo tratado con los Pevas, no pudiendo olvidarse de sus amados hijos, volvió á un año de su retirada á buscarlos, visitarlos y consolarlos en sus tierras antiguas. Fué recibido con muchas demostraciones de júbilo y alegría. Contáronle con gusto el pronto recobro de la salud, la visita hecha á los Pevas, sus amigos, y lo aficionados que habían quedado en juntarse con ellos. No necesitaba tanto el padre Singler para visitar aquella nación. Informóse de la situación en que estaban, y conociendo que la travesía por montes hasta sus tierras sobre ser larga era también difícil, por falta de prevenciones, determinó ir por agua á visitar á los Pevas, llevando consigo algunos Caumares que se ofrecieron voluntariamente á acompañarle y á servirle de guías y de intérpretes Entrando por un río ó quebrada llamada Chiquita, llegaron después de dos días á un puerto bastantemente frecuentado. Dejaron aquí las canoas y entraron por el monte hasta las casas de los Pevas, que no sólo celebraron con fiesta su llegada, pero les agasajaron cuanto les fué posible, hasta franquearles sin reparo alguno las olletas de veneno, que es la señal más fina de amistad y la más cordial demostración de estima que pueden dar aquellos gentiles.

Detúvose el padre algunos días con los indios Pevas, y vió en este tiempo algunos de los más principales en sus propias casas, y otros de los más distantes, vinieron á las más cercanas. Hablóles con agrado del motivo de su venida y les convidó á formar un pueblo ofreciendo atenderlos con lo necesario y de vivir con ellos, cuando le tuviesen hecho, ó darles otro padre en su lugar. Conviniendo los Pevas en la ejecución del pueblo, y en juntarse con los Caumares, bautizó el misionero algunos párvulos, por principio de la reducción. En la elección del sitio hubo bien poco en que pensar, porque el puerto mismo donde quedaban las canoas, presentaba un plan extendido de tierra alta, y despejado que agradó por entonces. Y poniendo manos á la obra hicieron un desmonte correspondiente, en cuyo centro se plantó una Cruz grande por principio del nuevo pueblo á que dió el P. Singler, la advocación de San Ignacio de Loyola. Pero antes de formalizarle, conocieron, como sucedió varias veces, no ser el sitio tan cómodo, como se lo prometían; y á esta causa le mudaron y concluyeron en la misma boca de la quebrada Chiquita.

A poco tiempo de su fundación se les envió misionero propio, que parece haber sido el P. Adán Vidman, persona de mucha santidad, y muy respetado en la misión. A lo menos, este insigne misionero, trabajó muy desde los principios con gran celo, aplicación y acierto con los indios Caumares, y dió á su pueblo un sólido establecimiento, estableciendo en él las prácticas comunes y policía de los demás. En algunos años que perseveró el P. Adán en San Ignacio, hizo por fin pasar el pueblo para mayor firmeza y con mejor forma, cerca de un torrente que desemboca en Guerari; y los Covachis, que habían formado un pueblecito de Nuestra Señora de las Nieves, no lejos de este nuevo sitio, se juntaron á diligencia del H. Jorge Vintersse á los Caumares y Pevas. Ultimamente se agregaron á San Ignacio los indios Zavas que á instancias del P. Francombeti, que los había reducido, formaron un pueblecito aparte en el río Apayuca, y después, siendo éste misionero de San Ignacio, les fomentó cuanto pudo con el designio de tirarles al pueblo principal. La disposición y buen ánimo de estos gentiles, daban muy buenas esperanzas al P. Francombeti de formar un pueblo numeroso; y en medio de su avanzada edad y salud nada robusta, repitió viajes bien penosos desde San Ignacio, en donde residía, para fomentar á los Zavas; pero cuando se empezaba á ver el fruto de su celosa aplicación, cortando la muerte tan buenas esperanzas, que formaba el misionero por los años de 1736, quedaron los Zavas sin fomento por algunos años, por falta de misioneros. Y ésta fué la ocasión de los daños y atrasos de esta parte de la misión, porque aunque se logró finalmente la unión de los Zavas, con los Caumares, Cavachis y Pevas, hubo varias desgracias en la reducción, y no fué la menor la cruel muerte que dieron á un fervoroso misionero, como contaremos á su tiempo.

CAPITULO VI

EXTIENDE SUS CONQUISTAS POR LA NACIÓN ZAMEA EL P. CARLOS BRENTANO Y FUNDA NUEVOS PUEBLOS

Corría ya el año de 1736, cuando, llegado á Quito por visitador de la provincia el P. Andrés de Zárate, tuvo por conveniente llamar para rector y maestro de novicios á Tacunga al P. Juan Bautista Julián, superior de las misiones. A esta salida se siguieron en el Marañón las mudanzas de los PP. Singler y Brentano, señalado aquél por superior de las misiones, y éste por misionero de los Omaguas. Como halló este pueblo tan bien establecido y á los Omaguas mismos tan celosos del nombre cristiano, se prometió desde luego con ellos, y por medio de ellos hacer nuevas reducciones, aunque á costa de repetidos viajes á las tierras de los Zameos. Habían aquellos indios bienhechores de la misión ayudado al P. Zumillen á la formación de los dos primeros pueblos de los Zameos, y servido no poco al P. Singler para la misión en la reducción de los Caumares y Pevas; ahora juntaron sus cuidados con los del P. Brentano para recoger otras varias parcialidades de Zameos, esparcidos por los montes. Como sabían estos montaraces las ventajas de sus nacionales en las nuevas reducciones y el trato cariñoso que les daban los padres, no resistieron á juntarse entre sí varias parcialidades; pero no se pudo recabar de ellas que todas se juntasen en un sitio, por las razones que tantas veces hemos apuntado, de oposiciones y temores de ser hechizados. Vióse precisado el misionero á contentarse con que formasen varios pueblos como lo hicieron en el mismo año.

El primero se llamó San Juan Evangelista de Migueanos, donde se juntaron los caciques Muino y Bauli, con su gente, en distancia de tres leguas de San Joaquín, dentro del monte. El segundo se dedicó á San Andrés Apóstol, donde vivían los Parranos, y estaba puesto en las riberas del río Itayi, á espaldas del de los Omaguas, con camino abierto, ancho y llano, de solas tres horas de travesía. Un día corto más abajo del pueblo de San Andrés, se formaron en el terreno los Amaonos con el nombre de San Felipe y Santiago, siendo sus caciques Amaona y Guasiamao. Todas estas eran parcialidades de la nación Zamea, y estaban en buena proporción para que las asistiese el misionero desde el pueblo de su residencia, porque la mayor distancia no pasaba del camino de un día. Como tenía también á su cargo el partido de San Regis, de la misma nación, logró que dos principales de ella, Policee y Mutayara, ya ganados los años pasados por el P. Julián, formasen otro cuarto pueblo con su gente en la orilla del río Navapo, que desemboca en el Tigre y viene á buscar al Marañón por la banda del norte, un día más arriba de la boca de Ucayale. Dióse á este último pueblo el título de San Simón de Navapo.

Grandes eran los cuidados del P. Carlos Brentano con tantas fundaciones; el afán era continuo, los viajes repetidos y el trabajo insoportable, cargando sobre un hombre sólo el peso de siete pueblos, de los cuales debía formar cuatro en lo temporal y espiritual. Por otra parte, no se podía menos de atender al pueblo de San Ignacio de los Caumares, poco antes fundado, que por falta de operarios no tenía misionero propio, y siendo gente tan nueva y necesitada de instrucción, no se les podía dejar sin pastor por mucho tiempo. Esforzábase el P. Carlos á cuidar de todos, y aunque es verdad que el fruto suavizaba el cúmulo grande de molestias y penalidades, era necesario al fin que un misionero solo se rindiese á la fatiga, que iba creciendo cada día con el número de gente nueva agregada á los pueblos

Conocía muy bien esto el P. Singler, superior de las misiones; pero ni podía enviar sujeto que partiese con el P. Carlos los cuidados, ni se le ofrecía la manera de ocurrir á necesidad tan pronta. En este apuro le abrió la providencia un camino bien extraordinario para que saliese del ahogo. Hizo un viaje á la ciudad de Archidona, acaso para solicitar desde allí nuevos misioneros, y se encontró en esta ciudad con un clérigo secular llamado D. José Vahamonde. Venía este sacerdote de Quito, y ordenado á título de misionero del Marañón, se le ofreció al superior con grande ánimo para ayudar á los misioneros en las empresas del bien de las almas, protestando una entera dependencia y sujeción á sus órdenes, así en la asignación del sitio y de las mudanzas que de él se hiciesen, como en el modo de procurar la propagación de la fe en las naciones bárbaras, por los medios de suavidad, dulzura y mansedumbre que usaba la Compañía. Concluyó su oferta generosa, diciendo que se contase con él en esta parte, como si fuese, ni más ni menos, un individuo de la religión.

Admiróse el superior de una resolución tan valiente, y no teniendo alguno de la Compañía de quien echar mano, se aprovechó de las ofertas del clérigo secular y lo envió desde Archidona para que cuidase del partido de San Regis, siempre con algún recelo de que no correspondiese en la ejecución á los buenos deseos que mostraba, porque al fin, como secular y hecho á vivir á su propia voluntad, fuera del yugo de la obediencia, no era extraño que volviese atrás de lo comenzado, y más cuando le esperaba un noviciado demasiadamente estrecho y riguroso en aquellas montañas tan abundantes de penalidades y trabajos. Las elecciones de Dios son muy diferentes de las de los hombres. Enviaba el superior á más no poder al Marañón á D. José Vahamonde, por no tener otros de la Compañía de quien poder disponer, y Dios nuestro Señor para confundir la humana sabiduría le tenía escogido muy de antemano y le enviaba con singular destino para misionero de Mainas para que con su celo, prudencia, pericia de lenguas y acertada conducta, adelantase gloriosamente las conquistas del Evangelio, sirviese grandemente en los mayores apuros de rebelión y entrase en la Compañía por su señalada virtud, conocido mérito y talentos singulares.

CAPITULO VII

PASA Á VISITAR LAS MISIONES EL P. ANDRÉS ZÁRATE Y REDUCCIÓN DE LOS INDIOS NAPEANOS

Poco después de haber llegado al partido de San Regis, el nuevo clérigo D. José de Vahamonde, entró á la visita de la misión de Mainas el visitador general de la provincia de Quito, P. Andrés Zárate, que había llegado de la provincia de Castilla, y quiso ver por sí mismo los pueblos recientemente fundados de Zameos y el de San Ignacio de Caumares y Cavachis. Mostró grande complacencia, como varón celoso de la conversión de la gentilidad, en ver esta parte de la misión con tan fundadas esperanzas de un establecimiento seguro y permanente, que podía servir de puerta y escala para la reducción de muchas naciones pacificadas y para la pacificación de otras nuevamente descubiertas. Alabó las fatigas de los misioneros, encareció su sagrado ministerio, y para darles á entender lo mucho que estimaba esta gloriosa parte del instituto de la Compañía, él mismo en persona quiso entrar á la parte con los demás padres.

Informado largamente de la situación y calidades de las naciones bárbaras más nombradas y más numerosas, determinó que se hiciese una entrada á la valerosa nación de los Iquitos, indios guerreros, y que se decía ocupar grande extensión de tierras y países. Estaba la nación Iquita confinante con la Zamea, y era guerrera por genio y por valor; intrépida en acometer, constante en la defensa, sin ceder hasta en el último peligro; tan bárbara y feroz en los combates, que cedía con dificultad á la vista del estrago conocido, atrevida y áun arrojada con los blancos que manejaban armas de fuego tan superiores á las suyas. En el último lance de quedar en manos de los enemigos, se aseguraban con la fuga por su ligereza y por la facilidad de esconderse en sus bosques espesos y enmarañados. Escogió el visitador esta nación por parecerle más numerosa, y por prevenir los daños que podían hacer los Iquitos, como tan vecinos á las reducciones de Zameos; pero dejó la disposición de la empresa, á que quiso asistir como misionero, al superior de las misiones, como más práctico en estas entradas y que entendía mejor los humores de las gentes.

Previno éste, de acuerdo con el teniente de Borja, una armadilla de 150 indios escogidos y de toda satisfacción, con tres blancos ó españoles. Determinóse el viaje para el mes de Marzo de 1737, en que junta toda la gente en San Joaquín de Omaguas, se embarcó con ella el padre visitador con su compañero el H. Mugarza. Acompañáronle en la expedición, fuera del superior, el P. Brentano y el clérigo Vahamonde, que ya desde entonces daba muestras del talento singular que descubrió en el trato y manejo de los gentiles. Salió la armada al Marañón, y al día segundo de

navegación, dejando el río Masa de los Masamaes, entró por el río Nanai, por donde subió, como unos ocho días: al cabo de los cuales, descubriendo algunos rastros y señales de camino, determinaron seguirlos internándose una partida con cautela por el monte. A cosa de dos leguas toparon una casa sin habitadores algunos, y siguieron por la banda contraria otro camino que les guió á otra casa en que hallaron solamente una mujer, que preguntada por su gente respondió haber salido toda ella á una pesca general con la hierba de barbasco, en cierta laguna que no estaba muy distante. No eran éstos Iquitos como se pensaba, sino otros indios diferentes que el Señor ofrecía sin ser buscados.

Los exploradores llevaron á la mujer que habían encontrado en la casa al puerto mismo de las canoas, en donde el visitador y los demás padres, por medio de un intérprete, la serenaron y quitaron el susto que mostraba. Añadieron después algunos regalillos de anzuelos, agujas y otras cosillas, y cargada de dones la hicieron volver á su casa bien prevenida por medio de los intérpretes de lo que pretendían los padres, que era la paz y amistad con su gente, para que se lo refiriese á los suyos. Aguardaron los misioneros con la comitiva en el mismo sitio, esperando las resultas de lo practicado con la india; pero no contentos con esta diligencia dos jóvenes Zameos, criados entre los Omaguas, salieron del real á la desfilada con el fin de dar á entender por sí mismos á los de la casa, lo bien que les estaría la paz y amistad con los padres, que si bien intentaban con aquel viaje el descubrimiento y paz de los Iquitos, se alegrarían mucho de su salida y los recibirían con benevolencia y agrado. Surtió la diligencia todo el buen efecto que intentaban los Zameos, porque luego salió el cacique Guaime con otros principales á las riberas del río, acompañado de un número más que mediano de indios, no ya armados como de guerra, sino engalanados con todos aquellos adornos gentílicos que acostumbran en ocasiones de visitas de paz y amistad entre sus parientes.

El padre visitador les recibió y acogió con todas las señales y demostraciones de benevolencia y amor, que podían atraerles más y ganar las voluntades. Y sirviendo de intérprete el P. Singler en lengua Omagua con un joven Zameo, que se dejaba entender de los recién venidos, les dijo el P. Zárate el grande gusto que había ocasiado á todos su salida; pero que le tendrían mucho mayor en que, siguiendo el ejemplo de sus nacionales los Zameos, establecidos en reducciones, se determinasen también ellos á formar una en el sitio que les pareciese más cómodo á la orilla del río en que se hallaban. Ofreciόles atender en todo si venían en ello, proveerlos de las cosas necesarias y tomarlos á su cargo, como á los demás indios de la misión. Respondieron los Napeanos, que así se llamaron en adelante, si es que acaso no tenían de antemano este nombre, que se agregarían gustosos por las noticias que ya tenían anticipadas y por las ofertas que les hacían, y que tratarían luego de formar un pueblo.

Reparó el superior Singler en la docilidad, agrado y sencillez de la

gente, superior, á lo que parecía, á otras parcialidades del Marañón, y aseguró al visitador que no podía desearse mejor disposición, ni se debían pretender más seguras muestras de la sinceridad de sus ofertas. Y así, por no malograr el lance que se presentaba con apariencias tan buenas, se les dijo luego que buscasen sitio para su población. No hubo mucho que hacer en la elección, porque tenían bien conocidos todos los parajes cercanos, y á poca distancia del lugar donde estaban presentaron uno que pareció á los padres muy á propósito para reducción y ventajoso para todos. Los cristianos rozaron un trozo del monte demarcado, y labrando una cruz grande la fijaron en él por principio del pueblo, á que se dió la advocación del Apóstol San Pablo. Bautizó el mismo visitador, con mucho consuelo suyo y edificación de los demás padres, los niños. Repartió algunas herramientas á los principales, y regaló á los demás con algunas cosillas. Animó de nuevo á los caciques, á que sin perder tiempo empezasen con los instrumentos que les daban un buen desmonte capaz de un pueblo grande. Respondieron los principales que á la vuelta del viaje que pensaban hacer los padres á los Iquitos, hallarían trabajando con empeño en el nuevo pueblo, no sólo á los presentes, sino á otros muchos que vendrían á juntarse.

Lograda esta ocasión que ofreció la Providencia, tiró adelante la armadilla por el río Nanai en busca de los Iquitos, que no podían estar muy distantes del sitio, según las noticias que daban los Napeanos. Al día segundo de navegación descubrieron los exploradores algunos rastros de camino. Siguiéronlos con cuidado por el monte, y á poco trecho se certificaron ser la senda frecuentada de gente por las pisadas recientes que mostraba. Volvieron atrás, según el orden que llevaban, y dieron aviso del descubrimiento á los misioneros, con cuyo acuerdo, fijando el teniente su real en aquel paraje, envió unos pocos indios para que se hiciesen bien cargo de la distancia hasta la casa ó casas de los gentiles, y para que observasen su tamaño, pero con la precisa obligación de volver atrás en observando estas cosas, sin empeñarse en pasar más adelante, ni hacer alguna sorpresa. Toda esta circunspección y cautela es necesaria en las nuevas entradas, y por falta de ella se han perdido muchos lances como se malogró el presente. Porque los descubridores no juzgando deber dejar una oportunidad que se les presentó en el camino, se aseguraron de dos mujeres y un Iquito que encontraron á la orilla de un riachuelo, y en esta desobediencia al orden intimado del teniente estuvo todo el daño, porque de ella nacieron resultas del todo contrarias á las que se originaron de la presa de la mujer Napeana.

Sintieron los de la casa más cercana al riachuelo la bulla que metieron los nuestros en la presa de las tres personas de su nación, y descubiertos ya de los Iquitos, los cristianos no pudieron hacer su negocio con suavidad y dulzura. Porque los gentiles los vinieron siguiendo repartidos por varias ocultas sendas, hasta la orilla del río y pareciéndoles mucha la gente de la armada, dieron la vuelta á la casa con el designio de lla-

mar á los del contorno. En efecto convocaron en aquella noche todos los indios que pudieron y se dejaron ver bien de mañana en buen número, armados de lanzas y rodelas y ocupadas las puertas de las salidas. Con esta vista dieron los nuestros por perdida la expedición, y no se pensó en otra cosa sino en que fuese entrando la gente con orden en las canoas. En vano convidaban desde ellas á los Iquitos con la paz y amistad usando de todas aquellas señales y acciones que acostumbraban entre sí las naciones del Marañón. Fieros los Iquitos á todo se negaron menos á pelear y venir á las manos, y siendo esto lo que más huían los cristianos, aunque tan superiores en número y armas de arco, flecha, *estolica* y algunas bocas de fuego, sólo se mantuvieron á la defensa, pero insistían tanto los temerarios gentiles, que no se pudo usar de la defensa necesaria sin algún daño del enemigo, tanto más soberbio cuanto más se tiraba á excusar la pelea. Porque desesperado un Iquito de que no quisieran pelear los cristianos, se encaró lo más cerca que pudo con un soldado, y con increible atrevimiento iba á despedirle una lanza al pecho con que pensaba atravesarle. Viéndose el soldado en tanto peligro le ganó por la mano con un tiro de arcabuz y lo dejó tendido á la orilla del río. Oyendo los demás el estruendo y reparando en el estrago del tiro, dejaron caer las armas, y desaparecieron por los montes. Era ya excusado el seguirlos, y así determinó la armada dar la vuelta hacia los Napeanos, muy pesarosos de la inutilidad de la empresa por la imprudencia y poco rendimiento de los descubridores.

Llegados los nuestros al nuevo desmonte de los Napeanos, fueron recibidos de sesenta indios que estaban trabajando en él y de otra tropa de gente que con la noticia habían salido de los bosques y les esperaban en cumplimiento de lo prometido. Detuviéronse en este sitio por un día en que bautizó el visitador otros niños que le ofrecieron, y repartiendo nuevos dones, prometió enviarles con otros socorros un padre misionero, que les cuidase en viendo que habían cumplido con lo que ofrecían hacer. Quedaron muy contentos los indios con los regalos y ofertas del visitador, que dió la vuelta con la comitiva al pueblo de San Joaquín, desde donde las partidas de gente se recogieron á sus respectivos pueblos.

En medio del sensible dolor que ocasionaba á los misioneros la vuelta sin el pretendido fin de pacificar á los Iquitos, tuvieron que adorar las ocultas disposiciones de la divina Providencia que concede la vocación de la gracia á la fe, cuando, como á y quienes quiere, eligiendo por sola su misericordia á quien le parece, y dejando en su ceguedad y tinieblas á quien no le parece conceder tan singular llamamiento. Buscaban los padres á los Iquitos de quienes tenían noticia y el Señor les ofrece los Napeanos no sólo no buscados, pero aún ocultos. Así trueca Dios las suertes y cruza los brazos contra lo que piensan los mortales. Con todo eso no perdían del todo los misioneros las esperanzas de atraer al rebaño de la Iglesia aquella grey descarriada que se mostraba rebelde, y consolados con que verían en breve tiempo un pueblo nuevo de indios Napeanos, creían que

podrían ser éstos algún día escala para los indios Iquitos y medios para su reducción. No les engañaron estas esperanzas, fundadas en la cercanía de los Napeanos, porque al fin estos con su misionero ganaron á los Iquitos que recibieron poco después la luz del Evangelio, como veremos á su tiempo.

Por ahora es mucho de notar otro rasgo particular de la Providencia en la asignación del misionero que se había de enviar á los Napeanos, como les había prometido el P. visitador. Fueron señalados dos padres jesuitas experimentados, el uno después del otro; porque un pueblo tan nuevo que aún no estaba formado pedía un sujeto práctico, de celo, prudencia y constancia y hecho ya á tratar con los gentiles, para comenzar y llevar á cabo la fábrica espiritual y temporal de los recién agregados. Pero ni el uno ni el otro sin saber por qué ni cómo pudo pasar á los Napeanos, ofreciéndose siempre que se trataba de la partida, nuevos embarazos que en otras circunstancias se vencían fácilmente y ahora cerraban el camino sin acabar de romperlos. Fué finalmente señalado del superior á falta de otros más experimentados D. José Vahamonde y en humana prudencia fué sólo echar mano del que se pensaba que haría menos falta para otros destinos. Pero este mismo era el que quería Dios enviar á los Napeanos, para obrar por instrumentos flacos y al parecer desproporcionados cosas grandes y de su mayor gloria, como empezamos á decir.

CAPITULO VIII

TRABAJOS Y FATIGAS DE DON JOSÉ VAHAMONDE Y CÓMO LOGRA LA REDUCCIÓN DE LOS IQUITOS

Partió el clérigo misionero con la bendición del Superior á las misiones, al sitio en donde los Napeanos habían comenzado á idear su reducción. Y aunque fué muy bien recibido de los indios, pero sólo halló á su primera llegada dos casas hechas, y lo demás bastantemente atrasado. No se acobardó con esta primera vista cuando esperaba encontrar las cosas más adelantadas. Hizo correr por los montes la noticia de que había llegado el misionero prometido del P. visitador, y que venía únicamente destinado á fijar su residencia en aquel sitio, y á vivir de asiento con ellos, para dirigirlos, enseñarlos y ayudarlos, en cuanto era necesario para una sólida y permanente reducción: que él estaba persuadido á que los indios cumplirían de su parte lo que tan de veras habían ofrecido. Para acalorar más el empeño hizo algunos viajes por sí mismo á varias casas de los gentiles, que le siguieron sin resistencia y vinieron determinados á establecerse con él, envió mensajeros á otras que por más distantes no tenía lugar para visitar por sí, y no fué necesario repetir la diligencia dos veces, porque todos al primer aviso se daban por obligados, y lo que es mucho de admirar entre gentiles, no hubo parcialidad que difi-

cultase la salida ó alegase motivo de excusa, pareciéndoles que una vez convidados era preciso no desechar el convite. Así bendecía el cielo los primeros fervores del celoso clérigo que, experimentando tanta docilidad en la gente, daba gracias al Señor de todos y procuraba hacerse como uno de los indios acomodándose al humor y al genio de los Napeanos.

A poco tiempo de su llegada, con su celo, aplicación y maña logró lo que apenas se había visto en las demás naciones; el formar un pueblo que desde su primer designio salió regular y bien formado. Hízose desde luego en los seis meses primeros dueño de la lengua Napeana, porque el Señor que le escogía para el alto ministerio de misionero, le dotó de un singular talento para aprender presto y con facilidad las lenguas más enrevesadas de la misión. Con la gracia de la lengua se hacía querer más de los indios, y se aprovechaba con más ventajas de las buenas disposiciones de la gente. Entabló sólidamente la doctrina, que declarada en la lengua propia oían con mucho gusto los Napeanos, y procedió con tanto acierto, destreza y maña que, ya disimulando, ya corrigiendo y exhortando siempre con singular dulzura de palabras y con un aire gracioso á los naturales, que en pocos años tuvo por fruto de su cultivo y aplicación un pueblo cabal, que no cedía en nada á los más antiguos en prácticas comunes de cristiandad y gobierno.

Celebraban todos los aciertos y se alegraban del suceso feliz del misionero, que no se olvidaba por su parte de dar cumplimiento á las órdenes que le encargaba el superior de procurar por todos los modos la reducción de los Iquitos. La esperanza de su conversión estaba ya pendiente de los Napeanos y de su ministro, y no creía posible el conseguirla por otros medios que por la intervención de Vahamonde y de sus indios. Habíanse hecho otras dos entradas para conseguir la paz y amistad de estos gentiles, y una de ellas con mucho aparato militar de cajas, pífanos y banderas; pero una y otra había sido tan inútil como la del visitador, y no sin mucho peligro de desgracia, que por buena ventura pudieron excusar los padres que dirigieron las empresas. Con estas repetidas experiencias se habían ya retirado de los Iquitos, teniendo por menos inconveniente dejarlos en su orgullosa terquedad y ceguera que escarmentar la insolencia con que insultaban.

Sólo restaban las esperanzas que daba el pueblo de San Pablo y el apoyo de su misionero Vahamonde, el cual por la cercanía del sitio, por las noticias que iba tomando y por tener ganados y á su mandar á los Napeanos, hacía posible la conquista de la nación Iquita. No tardó mucho en satisfacer á la expectación que de él se tenía. Dueño ya de la lengua de los Zameos y habilitado á tratar por sí con los Napeanos, sin medio de intérpretes, se informó á fondo de sus antiguas guerrillas con los Iquitos, del número de éstos, de la distancia de las casas, de las entradas y salidas, y de otras varias particularidades cuya noticia le parecía conveniente para su designio. Supo, entre otras cosas, y oyó de los mismos Napeanos, el concepto que tenían formado del valor y destreza en pe-

lear de los Iquitos, y sacó en limpio que si bien aquellos gentiles eran valerosos, intrépidos y arrojados, pero que los Zameos, en sus encuentros y refriegas, suplían con ventajas, por la destreza en armar emboscadas, á la valentía, pujanza y atrevimiento de los Iquitos, de manera que casi siempre los habían contenido, y no pocas veces hostigado cogiéndolos de sorpresa. Cuando esto le contaban los Napeanos, estaban tan lejos de mostrar cobardía, que antes bien se ofrecían al misionero para acompañarle en la empresa de pacificar á los Iquitos, asegurándole que sabían coger inocentemente algunos de éstos sin darles lugar á jugar las armas ni necesitar ellos de usar las suyas.

No se detuvo D. José en más averiguaciones, ni le pareció necesaria más gente para ganar aquella nación que la de su pueblo. Determinóse á hacer la prueba, que salió harto mejor que las pasadas, aunque no llenó el colmo de sus deseos. Hizo tres viajes á las tierras de los Iquitos, pero con tantas fatigas, molestias y necesidades, fuera de los peligros de la vida, de que no se hacía caso, que dió bien á entender el apostólico celo que le animaba. Porque la gente del pueblo era nueva y nada hecha á viajes en canoas; sin uso ni inteligencia en su manejo y sin tener la menor idea de navegación. Era menester cada día hacer sus enramadas para dormir, y prevenir por la noche centinelas para no ser sorprendidos de los gentiles, que fácilmente caen repentinamente sobre los nuestros si faltan en las entradas á algunas de las precauciones necesarias. Nada de esto sabían los Napeanos cerrados en sus bosques por tantos años. Todo lo ordenaba el misionero y á todos enseñaba, comenzando por sí mismo á ejecutar las cosas y hacer las maniobras que ni habían visto ni se habían figurado; pero como dóciles y deseosos de complacerle se esforzaban sin dificultad ni repugnancia á poner por obra lo que les mandaba.

En el primer viaje encontraron en el día tercero de navegación un camino, y asegurados de que guiaba á una pequeña casa, se apostaron los Zameos, en mediana distancia de ella, para coger, como lograron, dos mocitos, uno como de ocho á diez años y otro como de catorce á quince. Traídos sin estrépito adonde estaba D. José les sosegó á fuerza de regalos y caricias, en que le sirvió también alguna que otra palabra que sabía de la lengna de los Gayes muy parecida á la de los Iquitos. Nada omitieron los Napeanos de su parte para ganarles el corazón, mostrándose muy amigos y dándoles también algunas de sus cosillas. Por este medio se consiguió que los dos jovencitos volviesen á la casa alegres y contentos saltando de placer por el feliz encuentro y por los regalillos nunca vistos que llevaban con mucho cuidado. Los suyos los recibieron con admiración y oyeron con gusto lo que contaban de los que los habían conducido y regalado con tantas ó tan buenas cosas. Así se logró pacíficamente la amistad con toda la gente de la casa y de otras dos ó tres que se seguían río arriba. Porque llegando á ellas los cristianos después del anticipado aviso, y cariñosa acogida de los dos muchachos, fueron muy bien recibidos,

agasajados y regalados de los Iquitos según la posibilidad de su pobreza. Pero ni en esta ni en otra segunda entrada pudo lograr el misionero que se redujesen á población, y sólo pudo sacar con su cariño y buen modo algunas medias palabras, que le dieron esperanzas de que algún día se juntarían si se continuaban las visitas.

Con estas esperanzas salió por tercera vez de su pueblo y entró en la tierra de los Iquitos y halló que otros gentiles diferentes de los que había visitado otras veces, con sólo un aviso anticipado estaban ya prontos á formar un pueblo. No perdió la ocasión el misionero; alabó su resolución y prometió ayudarlos como lo hizo, poniendo el sitio que escogían para juntarse debajo de la protección de San Juan Nepomuceno. Este fué el pueblo primero de Iquitos que en poco tiempo llegó á tener más que mediano número de gente con casas y sementeras correspondientes. Con este ejemplar se animaron también los Iquitos de las primeras casas, y resolvieron juntarse en otro sitio no muy distante del primero á la orilla del río Nanai tres días de camino de San Pablo de los Napeanos. Tuvo este segundo pueblo la advocación de Santa Bárbara, cuyo patrocinio experimentó en las muchas tempestades y rayos á que está expuesta aquella tierra.

Los Iquitos nuevamente establecidos fueron conociendo las ventajas de la amistad con los Napeanos, y experimentando los frutos de haberse juntado en población. D. José los fomentaba y regalaba, encargándoles que hiciesen gente cuanta pudiesen, porque de todos cuidaría y á todos se extendería su liberalidad y caridad y no desampararía á ninguno de la nación que se juntase con ellos, ó á las parcialidades que unidas entre sí quisieren formar nuevo pueblo. Movidos los Iquitos de estas razones del misionero, viendo su trato amoroso y las conveniencias que lograban con su cuidado y asistencia, pretendieron que sus parientes y amigos tuviesen también parte en su buena dicha. Esparcidos en tropas por los montes, corrieron aquellos parajes, dando noticia de casa en casa y de parcialidad en parcialidad hasta la otra banda del río Guaschamoa ó Necamumu de lo que con ellos pasaba, convidando á todos á juntarse y á entablar amistad con los Napeanos y su misionero. No fué necesario más para que los Moracanos, parcialidad grande de Iquitos, venciendo una larga travesía de monte viniesen á Santa Bárbara con la curiosidad y deseo de ver por sus propios ojos y por sí mismos, lo que pasaba, y de enterarse bien de las cosas que les contaban.

Dieron luego noticia al misionero de la visita de estos gentiles y de lo que pretendían con ella, avisándole también de que eran muchos en número, guerreros más que ellos, pero contenidos en sus empresas, sin irritar á los confinantes ni darles motivos de quejas; ingenuos en su conversación, moderados en su trato, sin resabios de ruindad ni vileza, como lo habían dado á entender en la visita, no siendo molestos en peticiones de cosas que les gustarían. Agradó mucho al misionero el aviso que le daban los de Santa Bárbara, y se pagó desde luego del natural de los

Maracanos, á quienes resolvió visitar por sí mismo en sus tierras. La travesía de monte hasta Guachamoa, sitio de estos gentiles, tenía muchas dificultades casi insuperables, porque desde Santa Bárbara hasta el río Blanco había cuatro dias de camino por monte y otro tanto á lo menos desde el río Blanco hasta Guachamoa. Pensó mucho el misionero sobre el modo de vencer estas dificultades, y no hallando expediente que le cuadrase, se determinó á emprender el viaje, que consideraba de mucha gloria de Dios, por el río mismo desde los Napeanos.

Prevenidas las cosas más necesarias y acompañado de un hermano coadjutor llamado Bastiani que ya entonces le ayudaba en su ministerio, se embarcó en el río Nanai con una buena partida de indios fieles en busca de los Maracanos. La navegación era incierta sin saber á punto fijo á donde desembarcarían, pero el Señor dirigió su rumbo y consiguieron por agua lo que apenas era practicable por tierra. Bajando las canoas por el río Nanai entraron al segundo día por la tarde en el río Blanco por el cual subiendo otros tres días descubrieron la embocadura del río Necamumu. Dos días navegaron por este río y en el tercero descubrieron un camino ancho y desembarazado. Quedóse en el sitio el misionero con la mayor parte de los indios y salió el hermano Bastiani con diez Napeanos á explorar las cercanías y á reconocer si eran estas las tierras de los Maracanos. Andando de una parte en otra lograron avistar una pequeña choza, y retirándose poco á poco se mantuvieron escondidos en la maleza del monte hasta que anocheció por no ser descubiertos. Cuando no había peligro de ser observados por la obscuridad de la noche, se fueron acercando á la habitación paso á paso, y conocieron por el murmullo que era poca la gente que estaba dentro. Con esto los Napeanos querían entrar en ella, y recoger la gente. Pudo contener su primer ímpetu el hermano Bastiani diciéndoles que convenía, por no exponerse al peligro de perder el lance, volver atrás y dar noticia de lo descubierto al misionero y consultar con él lo que se debía ejecutar. Hubiérase logrado la paz si hubiera sido más obedecido el hermano, pero los indios hechos á obrar más por ímpetu de naturaleza que por reglas de verdadera prudencia, viendo á su parecer la suya desatendieron á las ordenes del hermano, y atropellando por todo, fiados en el número entraron de repente en la casa, y se abrazaron con tres de los gentiles para quitarles la acción; mas ellos como más forzudos y briosos que los Napeanos, se desprendieron prontamente de los que juzgaban enemigos y echaron á huir.

Fué sensible esta desgracia y no menor el daño que ocasionó la entrada inconsiderada en la choza y el empeño temerario de sujetar á los tres mozos descuidados, porque sólo esta acción de acometimiento bastó para tener á los nuestros por enemigos. Volvió el hermano con los suyos al favor de la luna al sitio de las canoas, y en el camino echó de ver que faltaba un Napeano. Juzgóse al principio que iba delante; después se creyó que se había perdido, pero finalmente se averiguó que le mataron los gentiles. Cuando supo D. José la inconsideración y desobediencia de

los indios sintió mucho el poco caso que habían hecho del hermano, y previendo las resultas del aviso de los huidos, dando por perdido el negocio dió luego orden para que todos se metiesen en las canoas, é hizo que pasasen á la otra banda del río para excusar la primera furia de los gentiles cuya envestida tenía por cierta luego que abriese el día.

Sucedió puntualmente la cosa como había pensado el misionero. Apenas se divisaban los bultos por la mañana, cuando se dejaron ver á las orillas del río unos veinte gentiles bien armados, insultando con temeridad á los nuestros y provocándolos con una gritería orgullosa á la pelea; tanto era el arrojo y atrevimiento de los Iquitos, que ciegos y en corto número, se abalanzaban hasta meterse entre picas y escopetas. Los cristianos procuraban aquietarlos desde las canoas, diciéndoles palabras de paz por medio de un muchacho intérprete que llevaban consigo, pero obrando más en los gentiles la memoria del lance pasado que las palabras presentes, desatendiendo á todo nada querían, pretendían ni buscaban, sino el venir á las manos. Viendo los nuestros tanta terquedad y avilantez, y que no querían siquiera oir las ofertas que les hacían y las excusas que les daban, determinaron dar la vuelta río abajo y dejarlos para otra ocasión más oportuna ó favorable. Pero como iban caminando las canoas, las venían siguiendo río abajo, arrojando lanzas siempre que tenían esperanzas de lograr el tiro, de que quedaron heridos algunos Napeanos, por más que se procuraba llevar las canoas á la mayor distancia que cabía de la banda de los gentiles. En esta molesta bajada se llegaron á ver los nuestros en el mayor apuro; porque poco prácticos los Napeanos en el manejo de las canoas, dejaron varar la más grande sobre un palo no lejos de la orilla en que los indios estaban á tiro de lanza. No se descuidaron los Iquitos, que cargando de golpe, arrojaron tantas lanzas, que hubieran perecido todos los de las canoas á no estar defendidos de un colchón que llevaban para los apuros. Forcejeaban los nuestros para desprender la canoa, pero no podían usar de todas sus fuerzas por no sacar el cuerpo fuera de la defensa del colchón y estar expuestos á los golpes de las lanzas. Quiso el Señor que después de un rato un indio de más pujanza acertase á dar un empellón con tan buena maña, que resbalando del palo la canoa, comenzó á caminar. Visto esto, un bárbaro, desesperado porque se le iba la presa, se arrojó al agua, y buscando á nado la canoa, por delante iba ya á disparar sus lanzas contra la gente, cuando el hermano, viendo el próximo peligro, le disparó una perdigonada al pecho. Quedó suspenso el Iquito con el estruendo, y viéndose bañado en sangre, como no esperaba tanto, saltó á tierra, y con su vista huyeron los demás.

Caminaron ya sin impedimento las canoas y llegaron al pueblo de San Pablo, en donde el misionero procuró atender á sus Napeanos, y cuidar de los dos pueblos de Iquitos recientemente formados, esperando coyuntura más ventajosa para la reducción de los Maracanos. Es excusado referir aquí las molestias y fatigas de este buen clérigo por algunos años

con gente tan nueva y tan distante del resto de la misión. Ya en otras ocasiones hemos dicho cuánto cuesta criar, cultivar y llevar á perfección estos nuevos majuelos de la viña del Señor, en que no fué inferior á los más señalados operarios de Mainas el misionero de los Napeanos é Iquitos.

CAPITULO IX

FUNDA EL P. JOSÉ ALVELDA EL PUEBLO DE SAN XAVIER DE LOS URARINAS

Entre tanto que D. José Vahamonde cultivaba á los indios Napeanos y comenzaba á introducir la luz del Evangelio en la nación de los Iquitos, logró también otro misionero del mismo nombre llamado José Alvelda, plantar la fe en el río Chambira, en una nación que se mostró siempre agradecida á los sudores y fatigas de sus descubridores. La ocasión del descubrimiento de esta nación tuvo principio, de que hallándose en visita el P. Andrés Zárate, y disponiendo, como vimos, la entrada á los Iquitos por los Zameos, Masamaes del río Masa, no quiso admitir á los Cocamas, que querían tener parte en aquella empresa. En realidad, no tuvo otra razón de no admitirlos que el no ser necesarios para la entrada; pero ellos quedaron altamente resentidos de la exclusión, pareciéndoles que no había motivo particular para preferir á otros de las demás naciones, cuando ellos se habían ofrecido generosamente y de muy buena voluntad. Tanto puede el punto en las naciones más bárbaras, que miran como un desprecio práctico el no ser admitidos á las acciones de gloria, aunque no tengan á ellas particular derecho.

Para mostrar los Cocamas que si no eran necesarios para la entrada, podían á lo menos algo, y serían útiles en cualquiera expedición, acordaron á su misionero, el P. Alvelda, los designios que les había poco antes insinuado de buscar y ganar á los indios Urarinas, y se le ofrecían con empeño á la ejecución del proyecto, mostrándose deseosos de acompañarle en el viaje. La Providencia, que todo lo convierte en bien de los suyos, enderezaba el resentimiento de los Cocamas al descubrimiento, paz y reducción de la nación Urarina. Porque viendo el padre el empeño de los resentidos y la instancia de los Itucales, que vivían con ellos en el pueblo de La Laguna, se determinó á pedir licencia al superior para la conquista de los Urarinas. No la consiguió desde luego, porque ni el visitador ni el superior de la misión tuvieron por oportuna la entrada en unas circunstancias en que se debía atender con calor á la conquista de los Masamaes y á la pacificación de los Iquitos. No se retiraron los Cocamas por la repulsa; hicieron tantas instancias acompañadas de una relación de las noticias que daban los Itucales del sitio de los Urarinas, de la calidad de la gente, del parentesco que tenían con ella, y sobre todo, de la

facilidad de la empresa, que se rindió finalmente el visitador á las importunaciones y concedió licencia para que en el mismo tiempo en que se entraba al río Masa á los Masamaes, y después á los Iquitos, hiciese también el P. Alvelda su entrada con los suyos al río Chambira en busca de los Urarinas.

Habida esta licencia aprontó el misionero todo lo necesario para el viaje, y acompañado de buen número de Cocamas y de algunos Itucales, salió de su pueblo de La Laguna hacia el río Chambira. Logró entrar en el día tercero de navegación, pero como no eran tan ciertas las señales de los sitios de los Urarinas, como en su relación aseguraban, no sin gran empeño, los Itucales, el viaje no fué tan fácil como se creía, ni tan corto como se pensaba. Temiendo esto el P. Alvelda, había prevenido con prudencia los inconvenientes que pudieran suceder, dejando orden á los principales del pueblo para que enviasen socorro de bastimentos pasado cierto número de días, para los cuales llevaban provisiones. Hubiera sido del todo inútil la expedición sin la providencia del misionero, porque pasados ya veinticinco días de navegación, registrados muchos montes, varios extravíos y algunas quebradas sin hallar rastro alguno de la nación que buscaban, se hallaban ya en la precisión de valerse de las frutas y raíces silvestres y no se pensaba en otra cosa que en dar la vuelta á La Laguna. Llegó á esta sazón el socorro y refresco que por varios días habían esperado y se animaron todos con él á pasar adelante.

Quiso Dios que á poco trecho del sitio desde donde querían volverse abandonando la empresa hallasen huellas frescas y claros rastros de cercanías de gentiles. Siguiéronlas con cuidado hasta llegar á las casas y lograron por los medios acostumbrados de paz y blandura y particularmente por medio de los intérpretes Itucales parientes y conocidos, la amistad con la nación Urarina, que se contaba por una de las más felices de la misión por su buena índole, genio pacífico, sosegado y laborioso. Hallaron en ella los misioneros un natural tratable, rendido y obsequioso, y se vió con el tiempo que eran indios constantes en sus resoluciones y á su modo honrados. Entablada la paz con los Urarinas, continuó el P. Alvelda su reducción haciendo desde La Laguna muchos viajes; por tener ya conocido el sitio, no fueron tan largos y penosos aunque lo fueron siempre mucho al misionero, hombre de gruesa corpulencia, cortísima vista y edad avanzada, siendo necesario andar por bosques entre zarzales enredados, por lodazales hondos y por frecuentes riachuelos que pasaba por débiles y peligrosos puentecillos. Pero todo lo vencía con alegría por el bien de los gentiles, y el Señor echó tan copiosamente la bendición á sus fatigas, que en breve tiempo llegó á formar un pueblo hermoso á la banda austral del río Chambira, á quien dió la advocación de San Xavier de Urarinas, y le puso en estado de tener propio misionero.

En este sitio se mantuvieron los Urarinas, hasta el año de 56 en que bajaron al Marañón enfrente de su mismo río Chambira, desde donde por varias razones que se ofrecieron, pasaron después su pueblo dos días de

camino más arriba. En este sitio se hallaba el pueblo de San Xaxier por los años de 1768 en que fué entregado á los señores clérigos substituidos en lugar de los nuestros, y era una de las reducciones nuevas de mejor disposición, establecimiento y esperanzas

CAPITULO X

FÓRMASE LA REDUCCIÓN DE SAN JOSÉ DE GUAYOYA QUE FUÉ EL PUEBLO PRIMERO DE LOS ENCABELLADOS

Entre las muchas naciones que descubrió en otro tiempo el P. Raimundo de Santa Cruz en su célebre viaje por el río Napo, fué una, como insinuamos, la numerosa de los Encabellados. No se había trabajado en ella por casi un siglo después de su descubrimiento, así por falta de obreros evangélicos que no podían abarcar tanto, como por hallarse tan apartados los Encabellados del centro de la misión. Mas ahora que ya por el Napo se había dado principio á las conquistas espirituales de algunos gentiles, fueron éstas subiendo por lo más alto de aquel río con ocasión de haberse dado á conocer por sí misma en el año 1732, un gran golpe de gente de los Encabellados que abrió la puerta para la fundación de muchos pueblos de la misma nación.

El caso sucedió de esta manera: Un indio cristiano conocido después con el nombre de Perucho el Conquistador, de la lengua y nación de los Encabellados, vivió por algún tiempo entre los Sucumbios del río San Miguel, no lejos de Putumayo, cuya misión estaba á cargo de los religiosos franciscanos. Era Perucho bastantemente despejado y aprendía con facilidad la lengua universal del Inga, se hacía mucho lugar en el pueblo por su facundia y verbosidad. No sólo llegó á ser bautizado por saber muy bien la doctrina, mas aún, se casó *in facie ecclesiae* con una india de San Miguel. Pero como no siempre la voluntad sigue al entendimiento, y la inconstancia fué casi el carácter de los Encabellados, presto se cansó de su mujer, y, abandonándola, se enredó con otra soltera de su nación misma, llamada Luisa. No le pareció poder vivir en el pueblo entre los nuevos cristianos con toda libertad, repudiada sin causa la mujer propia y pegado á una soltera, y así determinó meterse por el monte para vivir más libremente y sin testigos de vista de su temeridad y desvergüenza. Anduvo vagando por aquellos bosques de sitio en sitio y de parcialidad en parcialidad ,hasta que vino á parar, finalmente, á la de un cacique de los Encabellados, llamado Guanequeye. Como sabía muy bien su lenguaje se hizo estimar de los indios y en breve tiempo adquirió crédito de valiente por la franqueza, verbosidad y arrogancia con que refería tales acciones de valor, que los tenía embaucados. Ganó también estimaciones de parentesco con los Encabellados, por el idioma que hablaba y por los estilos de la nación en que decía haberse criado desde niño, y tenido padres de cier-

ta parcialidad que nombraba y era muy conocida entre aquellas gentes; pero que cogido en una ocasión de los enemigos le habían llevado á San Miguel y le habían vendido por esclavo á los Sucumbios.

Con esta sarta de cuentos, parte falsos, parte verdaderos, se hizo respetar y querer al mismo tiempo, y cuando tuvo ya ganado el cariño del cacique, viendo la miseria y estrechez en que se hallaba su parcialidad, le empezó á hablar de las conveniencias de vivir muchos en un pueblo, refiriéndole menudamente lo que había observado y experimentado por sí mismo. Inclinado el cacique á las ventajas que le proponía Perucho, le propuso la dificultad de ejecutar el proyecto. Es muy fácil la ejecución, dijo el Conquistador; con darse sólo á conocer á los misioneros jesuítas que cruzan frecuentemente por el río Napo, se lograrían las conveniencias referidas. Yo sé muy bien que estos padres nos tomarán con mucho gusto á su cargo, una vez descubiertos, y que nos ayudarán y darán instrumentos para la fundación del pueblo. Son notables los caminos de la Providencia en comunicar la luz del Evangelio á las naciones que quiere sacar de las densas tinieblas de la ignorancia. Este mal indio, huido de las misiones por querer vivir á sus anchuras, pretendiendo ahora juntar con ellas las conveniencias de vivir en pueblo, es el instrumento de que se vale el Señor para alumbrar á la nación numerosa de los Encabellados.

Tenía la parcialidad de Guanequeye camino abierto para el río Napo, á donde salían á temporadas, particularmente en el verano, á recoger huevos de charapas en las playas del río; y en la continuación de estas salidas, observaban los gentiles varias canoas que creían ser de cristianos. Avisaron á Perucho de los meses en que se descubrían en más número, y él, como práctico y entendido, proporcionando el tiempo á la ocasión que esperaba, salió con su amigo Guanequeye y algunos otros indios de mayor confianza al río mismo; y haciendo de la otra banda un corto desmonte, plantó una cruz que se divisaba desde el río y les aseguró que esta sola diligencia bastaría para que viendo la cruz los cristianos, entendiesen que había gente en aquellas tierras y que quería recibir la fe de Jesucristo; el medio era en realidad oportunísimo y muy significativo, pues no podían los misioneros divisar señal más cierta y más de su cariño, para entrar luego por aquellos bosques en busca de las almas que daban en la Santa Cruz tan buenas pruebas y tan sincero testimonio de su ánimo y voluntad.

El primer misionero que logró descubrir la santa cruz, nuevamente fijada en las orillas del Napo, fué el P. Adán Screfgen, pasando á su misión de Icaguates por el mes de Enero de 1732. Arrimó luego la canoa hacia una señal de tanto gusto suyo, y reconociendo el pequeño desmonte, saltó á tierra lleno de alegría y de esperanzas. Hizo llamada á la gente, recorrió los contornos, dió gritos y voces por todas partes, pero era en circunstancias en que nadie le oía, y por más diligencias que hicieron sus indios, ni descubrieron personas ni hallaron rastros de genti-

les. No pudiendo detenerse el misionero, mandó poner en la misma cruz algunos donecillos de cuchillos, agujas y anzuelos, que servirían de señal de haber pasado por aquel sitio cristianos que querían la amistad y correspondencia de los que habían tenido el pensamiento de poner en alto la santa cruz. Cinco meses después de la partida del P. Adán, acertó á pasar por el mismo sitio D. José Baraona, conductor del despacho (así llaman al ordinario que va y vuelve de las misiones á Quito y trae lo necesario á los pueblos), y halló que estaban esperando en el lugar los gentiles, muy contentos por los regalos que habían encontrado, pero bien pesarosos de no haberse visto con el padre que suponían haber sido el bienhechor. Informóse D. José del mismo Perucho que se hallaba presente y llevaba la voz de todos, y ofreciendo de dar parte al superior de lo que veía y prometían hacer, les animó á proseguir el desmonte con el seguro de que serían atendidos.

Luego que el superior tuvo noticia de lo sucedido en las alturas del Napo, subió desde el Marañón á visitar aquellos gentiles por el mes de Octubre, y halló tan poca gente y unas disposiciones tan equívocas de rendirse al Evangelio, que en medio de su salida voluntaria á plantar la cruz, que era como pedir misionero, dudó mucho á los principios de su ánimo y de la verdad de sus promesas. Hizo pasar el aviso de su llegada á los gentiles de una y otra banda del río. Salieron algunos de los más cercanos, y tratando con ellos con mucha afabilidad y cariño de la formación del pueblo, concibió buenas esperanzas de lograr el intento, y bautizando un buen número de párvulos que le ofrecieron, dió al pueblo la advocación de San José.

No podía quedarse con ellos el superior, ni podía enviar otro padre que les ayudase á la formación de la reducción, porque se hallaba en circunstancias en que era preciso atender á los muchos pueblos nuevos que se iban formando en lo bajo del Napo de Payaguas y Yameos, y aun se pensaba en el mismo tiempo en los Caumares y Pebas. Consolólos con la esperanza de enviar misionero luego que hubiese sacerdote de quien poder disponer. Este fué el P. Leonardo Deubler, que pasó al año siguiente de 33 á visitar y dar fomento al pueblo de San José. Halló solamente dos parcialidades repartidas en pocas casas medianas, y ni aun éstas estaban unidas entre sí, porque estaba una establecida en el sitio que debía servir de pueblo, y la otra se había puesto en la banda contraria del río, en alguna distancia. Es verdad que no mantenían entre sí los resentimientos y aversiones que les habían hecho vivir separadas en los montes por no consumirse en guerrillas, pero duraban todavía las desconfianzas y aprensiones de hechizos y brujerías, tan comunes á la nación; y una muerte acaecida por enfermedad en aquel tiempo, ocasionó quejas y disensiones en las dos parcialidades.

El misionero llegó á rastrear las desconfianzas y prevenciones y aprensiones; pero no alcanzó, como nuevo que era, á descubrir la raíz, ni pudo, por la falta de la lengua, apaciguar las discordias, que sin pa-

sar á las armas fueron creciendo hasta separarse unos de otros, retirándose todos en una noche á sus antiguas tierras. Vióse solo por la mañana el pobre misionero, y no sabiendo por dónde buscarlos, ni teniendo esperanzas de atraerlos hasta que se sosegasen los ánimos, tomó la resolución de bajar al pueblo de San Xavier de Icaguates con un mozo español y tres muchachos que le acompañaban. No estuvo aquí mucho tiempo, porque pasado aquel bochorno de los retirados y apagado el sentimiento de la muerte que le había ocasionado, se volvió una parcialidad con su cacique al sitio del pueblo, y hablando éste de buena voluntad al cacique, que había vivido en la otra banda del río, le redujo á que viniese con su parcialidad al pueblo. Con la noticia de la vuelta y buena armonía de los caciques, vino luego á visitarlos el P. Deubler, que hallándolos más sosegados, les animó á formar un pueblo más capaz, y dándoles herramientas para ejecutarlo y confirmándolos en su resolución, les exhortó á que agregasen nueva gente. No se pudo detener con ellos en esta segunda visita más que dos meses, en que procuró avivar la fundación del pueblo, porque era necesaria su asistencia en otras reducciones; pero el P. Enrique Francen, desde su curato de Archidona (que al fin se había dado sin cargas á la Compañía, desengañados los clérigos de su escasa pensión y pocas ventajas), les visitaba frecuentemente en aquellos primeros años, acaloraba la empresa y aun se detuvo con ellos por algunas semanas.

Pero no eran bastantes para establecer un pueblo nuevo de gentes hechas á vaguear por los montes y bosques, y vivir á su modo, sin leyes y dependencias, estas visitas y fomentos pasajeros, ni llegó á tener forma de reducción hasta que siendo señalado en el año 38 por misionero propio de Guayoya, el P. Miguel Bastida, logró fijar permanentemente á los Encabellados y dar la última mano á lo que se había comenzado. En cinco años que vivió de asiento con ellos, hizo varias entradas por los montes; y con el modo cariñoso de que le dotó el cielo, nacido para tratar con los gentiles, trajo de las selvas muchas otras parcialidades, entre las cuales se contaban los indios Guanvomayas y los Zapuas. Para hacer más apreciables á los de San José las ventajas de vivir en población, trasladó el pueblo á sitio más capaz y de aires más sanos, que lograba mayores conveniencias en caza y pesca. Y no faltando nada de lo temporal, entabló con más facilidad las prácticas comunes de la misión con admiración de cuantos veían el nuevo establecimiento, que se adelantaba en orden, instrucción y gobierno á otros pueblos menos modernos.

CAPÍTULO XI

NUEVAS FUNDACIONES DE PUEBLOS DE LA NACIÓN ENCABELLADA HACIA LA BOCA DEL RÍO AGUARICO

La primera población de los Encabellados fué paso para otras muchas poblaciones de la misma nación en las alturas del río Napo y en las orillas de otros muchos que vienen á desaguar en el principal. Debióse ésta al celo y diligencia de los padres Leonardo Deubler y Enrique Francen, y más particularmente á los viajes trabajosos del P. Miguel Bastida y á la prudencia y aplicación del P. Pablo Maroni, á que no dejó de contribuir con sus entradas á los montes el hermano Santiago Bastiani, descubridor diligente de las más escondidas parcialidades. Es verdad que las reducciones que se fueron levantando eran pequeñas en el número de familias y de gente, y hacían bien difícil una cumplida instrucción; pero no era razón despreciarlas porque el Señor traía estos pobres indios á su conocimiento y daban esperanzas de aumento y de juntarse algún día en dos ó tres numerosos pueblos. Los que se formaron después del de San José fueron San Bartolomé, San Pedro, San Juan Nepomuceno, el Nombre de Jesús, San Miguel Arcángel, San Estanislao, San Luis Gonzaga y la Santa Cruz. De todos ellos daremos alguna noticia, como es razón para que de los sudores y fatigas de los operarios que la fundaron aprendan los venideros el modo de tratar con los indios, y con la experiencia y desengaños de aquéllos eviten los inconvenientes que suelen atravesarse en la conversión permanente y duradera de los gentiles, aunque el no haber subsistido aquellas reducciones hasta el año de 68 no provino tanto de la conducta de los misioneros como de la inconstancia de la gente y de los grandes estragos de pestes y epidemias que sobrevinieron.

El pueblo primero que se formó en esta parte del Napo, después del de San José, fué el de San Bartolomé de Necoya, cuya fundación sucedió de esta manera. Visitando el P. Enrique Francen los indios de San José desde su curato de Archidona, tuvo noticia de un cacique que por la banda misma del pueblo vivía á poca distancia del río. Tomó guías fieles, y subiendo un día entero por el río Napo, entró en una quebrada llamada Necoya, y á pocas vueltas descubrió una hermosa laguna. Como á la mitad de este golfo encontró un puerto con camino para el monte con huellas frescas que seguidas con cuidado le llevaron á unas casas de indios. Fué recibido de ellos pacíficamente por los prácticos que llevaba de la misma nación, y particularmente por un mocito intérprete que sabía hacer con gracia y propiedad el oficio. Insinuóse el padre como pudo, deseoso de que saliesen al río y se juntasen con los indios de San José. Desagradó la propuesta al cacique llamado Careco, que alegando la re-

pugnancia de su gente, se resistía fuertemente á las persuasiones del padre, pero se ofrecía á salir á la laguna y formar á sus orillas un pueblo con su parcialidad. Veía el misionero que era ésta pequeña é insistía en su primera propuesta, proponiendo las ventajas mayores de la junta; pero no le daba oídos el cacique, firme siempre en la resolución de no juntarse con otros, y por último, añadió varios encuentros y debates que había tenido con los del pueblo de San José.

Conoció el padre que era demasiada la repugnancia y sobrada la oposición para vencerse de golpe, y tuvo por conveniente dar lugar al tiempo contentándose por entonces de que se formase en la laguna; y dándole algunas herramientas para el desmonte, ofreció volver á visitarlos ó enviar á otro padre en su lugar para instruirlos en la doctrina y para ver si cumplían con lo prometido. Poco tiempo después de este primer descubrimiento, llegó al mismo sitio el P. Pablo Maroni, y hallando ya hecho un buen desmonte para casas y sementeras, les dió nuevas herramientas y regalos con que quedaron animados y confirmados en su resolución. Supo aquí, que no lejos de la laguna vivía otra parcialidad con su cacique, y dejó muy encargado al principal Careco que los convidase de su parte y ofreciese su protección si querían venir á vivir en La Laguna. Hízolo Careco, con tan buen suceso, que todos se juntaron en el mismo sitio; y el P. Maroni, en la siguiente visita, bautizando los niños de las dos parcialidades, dió á la reducción el nombre de San Bartolomé de Necoya.

Como el pueblo era pequeño y no era capaz de mantener de asiento un misionero, procuraban los padres fomentarle con repetidas visitas para que no volviesen atrás de lo comenzado. El que más contribuyó con éstas á su formación, fué el P. Miguel Bastida, que llegó á conseguir con sus muchos viajes el que se estableciesen en mejores casas y que dispusiesen siembras correspondientes. Pero cuando menos se dudaba de su perseverancia por estar bien alojados y con campos proporcionados á su mantenimiento, tuvo noticia que abandonando el sitio se habían retirado al monte. Tan notable inconstancia hubiera sido motivo bastante á un corazón menos celoso para dejarlos; pero no pensaba de esta manera el misionero, que sabiendo muy bien cómo la dilación en estos lances había hecho muchas veces inútiles ó más difíciles los esfuerzos de los padres, se determinó sin perder tiempo á ir en su seguimiento hasta sus escondrijos, y logró con esta pronta diligencia el sacarlos de nuevo y volverlos á La Laguna.

Pero conociendo que este sitio les daba más comodidad para volver á sus tierras que para la permanencia, y que el suelo como húmedo era poco sano y participaba de poco monte alto, por lo que se escaseaba la cacería, se determinó á quitarles esta tentación ó pretexto que alegaban para cohonestar sus frecuentes correrías á los sitios antiguos. Trasplantó el pueblo á las riberas mismas del río Napo, en un sitio poco distante de La Laguna pero capaz y sano, que lograba monte alto, extendido por

varias leguas. Nada les faltaba en este lugar, que abundaba de caza por las muchas islas del río que caían hacia esta parte, y por la misma razón, sin mucha fatiga se podrían aprovechar de la mucha pesca. Restablecido ya el pueblo en este último sitio por el año de 39, tomó nueva forma y aumento con la agregación de otras familias que se juntaron en el año siguiente, pero nunca llegó á ser capaz de mantener misionero que pudiese fijar en la reducción su residencia, aunque se les visitaba con la mayor frecuencia que era posible y se les socorría y atendía en las necesidades ocurrentes.

Siguió á la fundación del pueblo de San Bartolomé la formación de otro que se llamó San Pedro Apóstol, situado en la misma boca del río Aguarico. Dió motivo á su fundación un viaje que hizo el padre Leonardo Deubler desde San Xavier de Icaguates á San José de Guayoya. Había corrido por aquellos montes la noticia de los regalos y donecillos repartidos entre los de San José, el trato apacible y cariñoso de los misioneros y los deseos que mostraban de hacer bien á todos los indios sin pretender de ellos cosa ninguna temporal, antes bien desposeyéndose de cuanto tenían por socorrerlos. Con estas nuevas tan gustosas á los Encabellados, salieron al camino por donde iba el P. Deubler varias parcialidades ofreciéndose á juntar en pueblo y á participar de la amistad de los misioneros con tanta determinación, que las madres de una de las parcialidades ofrecían á porfía sus niños para que se les bautizasen. Prendado el padre de tan buena disposición como mostraban de poblarse, bautizó en el camino buen número de ellos y dejó á todos consolados, animándoles á que fundasen cuanto antes sus establecimientos, en donde serían atendidos. No cumplieron por entonces su palabra estas parcialidades, porque siendo á la sazón bien pocos los operarios y no pudiendo estar sobre ellos, acudían á los puestos más necesarios; pero la cumplió muy bien la otra parcialidad diferente de las primeras que también les salió al encuentro, cuyo cacique se llamaba Vuencanevi. Este se ofreció á formar un pueblo con su gente, diciendo que tenía ya escogido el sitio de gusto de los suyos, en la embocadura misma del río Aguarico. Dióle el padre algunas herramientas, añadió otros regalos á la gente que acompañaba y les mandó que fuesen derechos al sitio donde habían de establecerse y que le esperasen en él porque presto les seguiría.

Hizo el cacique lo que le mandaba el misionero, que, cuando llegó al lugar donde desagua en el Napo el río Aguarico, halló levantada en el paraje una cruz alta y á Vuencanevi que le aguardaba con su gente. Saltó á tierra el padre, y registrando con cuidado el terreno admitió la oferta del cacique por parecerle el plan ventajoso, fuera de las conveniencias que ofrecía la junta de los dos ríos y vió ya comenzado el desmonte para el pueblo, á quien dió el nombre de San Pedro Apóstol. Llegó después al mismo sitio el P. Enrique Francen y encontró ya sembrados los campos destinados á las sementeras y dió á Vuencanevi más herra-

mientas para la formación de las casas, encargándole que convidase á sus parientes y amigos, y recorriese los montes para el aumento del pueblo. Como todos los misioneros de la misión baja del Marañón y del río Napo andaban en continuo movimiento á causa de las pequeñas reducciones que era preciso visitar frecuentemente, llegó á San Pedro el padre Pablo Maroni cuando estaban formadas tres ó cuatro casas, y se pensaba en proseguir con las demás. Alabó la resolución y les animó á que prosiguiesen adelante. Bien quisiera quedarse con ellos, para dar más calor con su presencia á la fundación de la iglesia y de las casas, pero viéndose precisado á pasar á la ciudad de Archidona en busca de nuevos socorros, les dejó unos mocitos españoles que llevaba consigo, los cuales, aunque de poca edad y no mucha experiencia podían pasar por maestros y arquitectos entre aquellos indios. A la vuelta de Archidona halló el P. Pablo adelantada la fábrica y el número de los habitadores se aumentó en los dos años siguientes con ocasión de las muchas entradas que hizo en aquellas tierras hasta cerca del río Putumayo el hermano Santiago Bastiani, que no sólo trajo al pueblo nuevas familias, pero tuvo también la ventaja de entablar paces y amistad con muchas parcialidades que encontró en los dilatados viajes.

CAPITULO XII

PROSIGUEN LAS FUNDACIONES POR EL RÍO AGUARICO Y OTROS RÍOS INMEDIATOS

Una de aquellas parcialidades que habían salido al camino al P. Leonardo Deubler, y prometido juntarse en poblaciones, pero sin cumplir la palabra acaso por la falta de misionero ó algún mozo español, que con su presencia fomentase la ejecución, se dió á conocer por el río Napo al padre Enrique Francen, que en el año siguiente subía desde San José hasta Archidona. Su cacique disimuló lo tratado con el P. Deubler y se insinuó con el P. Enrique mostrando inclinación á formar pueblo. El misionero le dijo que gustaría se juntase con su gente al que se estaba formando de San Pedro junto al río Aguarico; pero comprendiendo desde luego la regular é insuperable repugnancia, tuvo por conveniente admitir la salida en el modo posible y convino en que lo ejecutasen en el río Tiputini, sitio á que mostraban apego ó inclinación. Dióles instrumentos para hacer el pueblecito con el nombre de San Juan Nepomuceno. Vivieron, hechas sus casas, en este lugar unos cuatro años, al cabo de los cuales se vió no ser imposible que varios pueblos pequeños se juntasen en uno, porque los Tiputinitas se agregaron al pueblo del nombre de Jesús, cuya fundación se debió al P. Pablo Maroni y sucedió de esta suerte.

Tuvo el P. Maroni noticia de un famoso cacique llamado Maqueye, que en adelante nos dará harta materia para la Historia. Vivía este prin-

cipal con su gente no lejos del sitio en donde habían vivido los de San Juan Nepomuceno que daban buenas noticias de la disposición de aquella parcialidad para fundarse y poblarse. Esto bastó al padre para que fuese á visitarle á sus tierras. Pudo á pocas palabras reducirle á que saliese del monte á las riberas del río, pero no pudo conseguir de manera alguna que se juntase con los de San Pedro ni con los del Nepomuceno. Entre otras cosas, alegaba Maqueye ser muy numerosa su parcialidad y bastante para formar una reducción por sí sola, y añadía tener ya demarcado un sitio capaz y cómodo en las orillas del río Tiputini, dos vueltas ó como círculos más arriba del pueblo de San Juan Nepomuceno. Fué necesaria la condescendencia, y con la esperanza de lograr algo más con el tiempo, convino el padre en lo que ofrecía. Comenzó el cacique á cumplir su palabra haciendo un buen desmonte en el sitio señalado, levantando casas y juntando en ella la mayor parte de la parcialidad, cuyo resto recogió el hermano Bastiani y trajo consigo al pueblo que se puso bajo del nombre de Jesús de Tiputini. Apenas se formó la reducción, cuando se agregaron á ella el año de 39 los del Nepomuceno, y llegó á ser pueblo capaz de mantener de asiento un misionero.

Fué señalado para su entero establecimiento y para la enseñanza de la gente el P. Enrique Francen, de cuyo celo, prudencia y acertada conducta en el manejo de los indios, se esperaba mucho, habiendo contribuido no poco á los adelantamientos de la misión en doce años en que sirvió al mismo tiempo el curato de Archidona y otros anejos. En el poco tiempo que permitió al P. Enrique su corta salud vivir en este puesto, sacó de los montes algunas familias que habían quedado escondidas, dió nueva forma al pueblo, redujo la gente á alguna sujeción y obediencia, y empezó á establecer las prácticas comunes de las demás reducciones. Pero su quebrantada salud en tierras tan poco sanas, obligó al superior á que le sacase del pueblo como á cosa de un año y que le enviase á una reducción de Pastaza para recobrarla. La salida de este misionero fué de grande perjuicio á los que empezaban á gustar de los frutos de la población, y causó mucho atraso en esta gente la tardanza en poner en su lugar otro misionero.

Apenas se habían tirado las primeras líneas para la fundación del Nombre de Jesús en Tiputini, cuando se trató de la formación del pueblo de San Miguel de Ciecoya, así dicho por haber comenzado á levantarse cerca de un torrente de este nombre. Vivía la gente de este pueblecito con su cacique Becoaris tres días de navegación más arriba del sitio en que se estableció, y aunque el primer designio del P. Maroni que la ganó era el agregarlo á algunas de las pequeñas reducciones ya fundadas, no fué posible vencer la resistencia del cacique que alegaba los acostumbrados pretextos de encuentros y debates antiguos con las parcialidades de San Pedro y San Bartolomé. Pero como añadiese que él mismo juntaría con la suya otras varias parcialidades, con cuyos principales se avendría mejor, admitió el partido el misionero, y conviniendo en el sitio, se

empezó el pueblo en el lugar referido de Ciecoya, y se dedicó al Arcángel San Miguel, cuya protección fué bien necesaria en los contratiempos que se siguieron después.

Hecho el desmonte y repartidos los campos para sus siembras, formaron las casas en el año de 1737. En el año siguiente, el hermano Bastiani, que como soldado volante andaba por aquellos montes de escondrijo en escondrijo, cruzando las espesuras de cerrados bosques y atravesando con grande peligro torrentes y quebradas, logró sacar de sus cavernas los que restaban de la parcialidad de Becoaris y ganó otras varias confinantes. Llegó al pueblo tan acompañado de gente que le venía siguiendo, que era mayor el número de los que consigo traía que los que se habían juntado en San Miguel con su cacique. De aquí nació que aunque el sitio primeramente elegido pareciese suficiente á la gente de la reducción, no era ya capaz de mantener los indios recientemente sacados de los montes. Por esta causa, poniendo los ojos el hermano Bastiani en una loma algo distante que se descubría siguiendo el curso del río, y registrándola con atención halló ser más proporcionada para el establecimiento de todos, pues ofrecía sitio desahogado para las casas, tierras más extendidas y un riachuelo para servirse de su agua en baños y bebidas. Añádase á las dichas otra considerable ventaja; porque desaguando el riachuelo en el Napo, podía servir de puerto á las canoas. Determinado el sitio que á todos agradaba, quisiera el hermano trasladar desde luego el pueblo por el desahogo de la gente, pero siendo necesario recoger los frutos de las siembras hechas en el lugar primero, se dilató la mudanza hasta el año siguiente.

En este intermedio, el hermano Bastiani, todo celo, actividad y eficacia, pensó hacer otra entrada por los montes en busca de una parcialidad de que tuvo noticia, poco distante, como le decían, de las tierras de los Becoaris. Su cacique se llamaba Umuguari, hombre de fiero aspecto, de trato soez, de natural hosco y de genio sobremanera bárbaro. No trataba el bruto sino de hacer daño á cuantos podía, y se gloriaba de ser el terror de los montes y de no tener paz ni amistad con hombre viviente. Jamás quiso que se le hablase de establecerse con los misioneros; antes bien, decía que no dejaría volver con vida al río Napo al blanco que se atreviese á entrar por sus tierras ó acercarse á sus casas. Poco cuidaba de estas amenazas el hermano Bastiani, que cuando menos lo pensaba el bárbaro cacique, se le entró por su misma casa, sin más acompañamiento que el de dos indios que le guiaron y el de un españolito de doce años, que por su habilidad en las lenguas, le servía de intérprete.

Montó en cólera Umuguari á la primera vista de los huéspedes, y á manera de furioso, gritaba, amenazaba, retaba. Dejóle desfogar el hermano, y notando el bárbaro el sosiego y paz con que le oía, sin alterarse por sus retos y brabatas, mudó de estilo, y afectando tranquilidad y sosiego, comenzó á parlar en tono más bajo. Entonces tomó la voz el hermano y le dijo con paz: Dejemos eso, Umuguari, que yo ya te entiendo; oye ahora

lo que pretendo, é hizo que el chico español, como más práctico en la lengua, le dijese distintamente cómo el fin de su viaje se reducía á ofrecerle la paz de parte de los misioneros y españoles, en nombre del rey, y caso que no la quisiese admitir, prevenirle que se guardase de inquietar la gente, ya reducida en Napo y Aguarico, porque sus violencias y daños no quedarían sin castigo. Yo no quiero, respondió el fiero cacique ya acobardado, salir al río. Estoy aquí bien en mis tierras. Ni yo pretendo esto, replicó el españolito; mas oye bien lo que te digo. Quiero que entiendas que se habla de la paz y no hay que tratar de otra cosa. Dijo estas palabras el chico con tal tono de voz y con tal aire de superioridad y sacudimiento, poniendo sobre el brazo izquierdo un arma de fuego, que atemorizado el bárbaro, se volvió al hermano diciéndole: ¡Bravo es este viracocha! Dame el cuchillo, agujas y chaquiras y seré tu amigo. Sí daré, respondió el hermano, no porque lo mereces, sino porque traía prevenidas estas cosas para muestras de que los Padres queremos como á hijos á los indios; y si procuramos su amistad, no es por interés nuestro, sino por sólo vuestro bien. Repartidos algunos donecillos, quedó pactada la amistad de la parcialidad con los misioneros, aunque fué bien poco duradera, como veremos; ni atenta la brutalidad de Umuguari se podía esperar fidelidad de su promesa.

A la vuelta del hermano Santiago de su viaje, casi nada se había hecho sobre la mudanza del pueblo al sitio señalado, y fué preciso que fuese la ejecución á paso muy lento, porque los viajes del P. Maroni, que hacía en este tiempo por el río Aguarico, no le permitieron dar fomento ni acalorar la mudanza, y la presencia del hermano era del todo necesaria en el pueblo de San Pedro, de donde había que faltaba muchos meses; la gente nueva ya se sabe que sólo suele obrar cuando tiene quien le anime y quite parte del trabajo, y así se dilató la entera mudanza, hasta que viniendo un nuevo misionero por los años de 41, dió orden á las cosas, dispuso la ejecución y recogió la gente.

CAPITULO XIII

PRINCIPIOS DE LAS REDUCCIONES DE SAN ESTANISLAO DE ZAIRAZA Y DE SAN LUIS GONZAGA DE GUARITAYA

El pueblo de San Estanislao de Zairaza se formó y mantuvo por algunos años en las mismas riberas del río Aguarico, cuatro días de camino más arriba de su embocadura en el Napo. Dió causa á la fundación del pueblo un cacique llamado Zairaza que con la noticia de las conveniencias que lograban en San Pedro, sus amigos los Vuencanevies, quiso por sí mismo informarse de la verdad y bajó á visitarlos con algunos de su parcialidad. Prendóse luego del modo de vivir de sus amigos y quisiera imitarlos en poblarse con los suyos en la misma manera, pero cuando

supo que para lograr aquellas ventajas debía juntarse con ellos en el mismo sitio, cortó la conversación y, sin querer tratar más de aquel asunto, se volvió á su tierra llevando para prueba del viaje algunas curiosidades que le dieron los conocidos y otros donecillos que le alargó el misionero con el designio de ganarle ó sacar de su gente lo que pudiese.

A fines del año mismo en que hizo Zairaza esta visita, que parece haber sido el año 38, se determinó á buscarle en sus tierras el padre Maroni. En realidad los de Zairaza estaban bien distantes del pueblo de San Pedro, y no pudo el padre encontrar al cacique sino después de varios días de navegación y algunos otros por los montes. Habiendo, finalmente, dado con él, se le explicó diciendo que venía á pagarle la visita en señas de la amistad establecida. La gente recibió con mucho agrado al misionero y celebró su llegada con bailes y algazara á su modo gentílico. Correspondió el padre con los donecillos que llevaba para cebarlos y atraerlos y comenzó á trabar pláticas sobre su reducción y salida al pueblo de San Pedro en donde serían asistidos con todo cuidado y ayudados de sus amigos y conocidos. Descubrió luego la repugnancia que temía, y aunque á los principios esperaba vencerla, conoció finalmente que era imposible apartarlos de su modo de pensar, alegando el cacique la mucha distancia con otros motivos, y por último (que era la razón más fuerte), la poca confianza que tenía de la gente de Vuencanevi, si bien entre ella contaba varios amigos. Viendo el padre á Zairaza aferrado en su dictamen vino á condescender con el corte que daba el cacique de juntarse con su gente en un sitio menos distante y de entregarse á su dirección. «A poco tiempo que me des,» dijo al padre, «empezaré con los míos un pueblo á la orilla de Aguarico y verás que no te desagradará ya formado.» Admitida la propuesta, el misionero se volvió á su pueblo y el cacique, animado y contento, empezó á poner por obra lo que había prometido.

Cuidadoso el P. Maroni de los indios de Zairaza y recelándose de que no se resfriasen por su ausencia subió á visitarlos á los principios del año siguiente, y hallando ya hecho el desmonte para las casas y dispuestas las sementeras, concibió muy buenas esperanzas de tan buenos principios, bautizó á los niños y dió al pueblo comenzado la advocación de San Estanislao. Tuvo algún aumento la nueva reducción con algunos indios que recogió de los montes el hermano Bastiani, y aun el mismo P. Maroni consiguió juntar otros pocos gentiles de la parcialidad de Zairaza que tirando á complacer al padre y viendo la resistencia de su gente, prevenía grandes sementeras, para que la abundancia de mantenimientos fuese aliciente á los que se resistían. El empeño, sinceridad y verdad de Zairaza no daban lugar á que se dudase de la permanencia y aumento de su pueblo y se creía que en pocos años se vería floreciente.

Dos días de camino más arriba del pueblo de San Estanislao, entra en el Aguarico otro río de mediana anchura, de agua clara y sana que, por las muchas lombrices que lleva, llamaron los indios Guazitaya. En sus cercanías se mantuvo muchos años una parcialidad como ignorada y sin

comunicación con las demás que ocupaban los montes entre Putumayo y Aguarico, y se esparcían hasta confinar con las descubiertas por el Napo. No se supo jamás la causa de tan extraña separación del restante de la nación ni ellos convenían en todo cuando se les preguntaba sobre este asunto, y por no ser de importancia su averiguación se omiten aquí algunas noticias, aunque, por otra parte, curiosas. Basta apuntar la ocasión de su descubrimiento que se debió á Zairaza, cacique de San Estanislao; porque habiéndose acercado con su parcialidad cuando salía al Aguarico á las cercanías de Guazitaya, tropezó con esta gente. Como era de buenas intenciones, dió luego noticia de ella al P. Maroni, que, con alguno de San Pedro, se determinó á visitarla, y por medio de algunos guías que le dió Zairaza la encontró navegando por su río.

Recibieron al padre de paz los gentiles, y celebrando su arribo, le agasajaron con festejo, alegrándose con los nuevos huéspedes. Expúsoles el misionero el motivo de su venida, que no era otro que establecer amistad entre ellos y los indios de Zairaza, y convidarlos á que se uniesen todos en el pueblo de San Estanislao. Admitieron con gusto la amistad, pero se negaron constantemente á juntarse en parte alguna con otros de algún pueblo ofreciendo formar ellos uno á poca distancia. Hízosele al padre muy de reparar la índole de la gente, su afabilidad y laboriosidad con un extremo àseo y limpieza en las casas. Notó en ella un aire de sosiego y serenidad muy contrario á la altivez y genio orgulloso de los demás y juzgó que no debía instar á que se agregasen á otras reducciones. Dióles herramientas para muestra de que los tomaba á su cargo, y de que se les atendería como á hijos, y exhortándolos á que pusiesen por obra lo que prometían, se despidió de ellos.

Dió la vuelta el P. Maroni muy persuadido á que sin la presencia de algún blanco formarían una conveniente reducción, como laboriosos, aseados y de habilidad en ordenar y disponer sus casas. No salieron vanas sus esperanzas, porque en poco tiempo y á poca distancia de la boca del río Guazitaya, levantaron un pueblo en un monte bastantemente alto para evitar las inundaciones del río que, detenido del mayor golpe de aguas y precipitada corriente del Aguarico, rebalsaba frecuentemente buscando por ambas orillas donde extenderse. El plan del suelo era mayor del que necesitaban para sus casas, y por eso pudieron armarlas con mucho desembarazo, y las formaron con tal orden y simetría que, mirando las puertas á una plazuela capaz, tenían á la vista la iglesia y la casa que previnieron al misionero, el cual, por consiguiente, desde su habitación, veía las de todo el pueblo. No salieron todos los Guazitayas de un golpe de sus tierras; pero, sin mucha dilación, siguieron unos á otros de manera que á la visita que hizo poco después del pueblo el gobernador Toledo, ya estaban todos en la reducción, á que se dió la advocación de San Luis Gonzaga de Guazitaya.

Pareció después, como inspirada del cielo, la asignación del patrono como adecuado al genio y amables costumbres de la parcialidad. En

realidad, era la más tratable, dócil y sosegada de todas las que por allí se descubrieron; laboriosa en sus campos, aseada en sus casas, cuidadosa de la limpieza del pueblo y aplicada á la caza, para la cual ellos mismos hacían sus cerbatanas, aunque algo más toscas y pesadas que las que pulían las otras naciones del Marañón. No buscaban de fuera los venenos para cazar, tenían el secreto de formarle no tan activo y eficaz como el de los Pevas, pero servidero para los usos de que habían menester. Sus modales eran también menos bárbaros y gentílicos, sin tantas supersticiones ni extravagancias. Era mal vista entre ellos la disolución, reconvenían á los jóvenes y aun castigaban sus desórdenes si se deslizaban, sin permitir escándalos, amancebamientos y adulterios. Aborrecían, como á enemigos comunes, á los homicidas, y no tenían guerra con gente alguna, antes bien, si alguna otra parcialidad empezaba á molestarles, tomaban el medio de apartarse de ella retirándose á otras tierras por no perder su quietud, paz y sosiego. Sobre una gente de tan buenas cualidades, cayó muy bien el grano evangélico, porque no sólo fueron los Guazitayas constantes en la fe, en las mayores revoluciones y rebeliones que sobrevinieron, pero aun fueron los ángeles de paz que recogieron á muchos descarriados y huidos al monte, enjugando los sudores de los misioneros que se alegraban y consolaban con esta pequeña grey encomendada al bendito San Luis Gonzaga.

LIBRO VIII

CAPITULO I

NUEVA REDUCCIÓN DE LOS PAYAGUAS HUIDOS

Aunque por lo alto del río Napo se ofrecía tanta mies á nuestros misioneros, no estaban olvidados de los indios antes reducidos en lo bajo del río, y retirados á sus bosques por el castigo de los azotes, ejecutado sin el consentimiento de ellos mismos. Eran éstos los Payaguas, que abrasada la iglesia y quemadas las casas del pueblo, se habían escapado á sus tierras antiguas, y en ellas permanecían obstinados, negándose á los convites de paz y perdón que se les hacían si volvían reconocidos al sitio de la reducción arruinada. Duraron así dispersos por siete años enteros, hasta que por los años de 1738 se animó á hacer nueva prueba en aquella gente terca el P. Miguel Bastida, misionero de San José de Guayaya. Muchas eran las dificultades que se ofrecían para la tentativa por otra parte arriesgada. Porque el sitio donde se creían hallarse á la sazón los Payaguas, estaba distante más de treinta leguas de la reducción de San José, y habiendo de hacerse la expedición en canoas, no sabía la gente del misionero manejar los remos ni caminar en ellas. Fuera de esto, no tenían de los Payaguas otras noticias los Guayayas, sino la que habían oído de los Icaguates, que les aseguraban ser aquellos indios insignes brujos y hechiceros, lo cual era un poderoso retraente para que les buscasen. Estas razones, juntas con no saber á punto fijo el lugar en donde se hallaban los rebeldes, hacían dificultosísima la entrada.

Pero no por eso cayó de ánimo el misionero, que con el dulce atractivo de su amable genio, que prendó aun á los mismos gentiles, redujo á algunos mozos á que le acompañasen en el viaje, y llegando á San Javier de Icaguates, encontró algunos de estos indios que mantenían alguna comunicación con los Payaguas. Hablóles de la resolución que llevaba, y á pocas palabras se ofrecieron á seguirle en la empresa y á servirle de guías hasta sus tierras. Después de los trabajos y peligros del viaje que hicieron por agua á causa del ningún uso y práctica de las canoas, tuvieron que pasar otros no menores por el monte. Porque todas las entra-

das que sabían los guías estaban tan cortadas con lagunas, ó cerradas con lodazales, que fué necesario atravesar con el agua hasta la cintura, y después de vencidos estos embarazos, se hallaron con un camino tan enredado, por las vueltas y revueltas, que parecía un laberinto de donde no se acertaba á salir. Tres días enteros anduvieron por sendas tan húmedas y enmarañadas sin dar con los Payaguas, que sólo estaban apartados del río como un día de camino.

Quiso el Señor que diesen finalmente con una casa y que se hallase en ella uno de los Payaguas más ingenuos y racionales, que, mal contento de aquella vida brutal, y deseoso de volver á la dirección de los padres, los recibió con cariño y agasajo. Sabiendo el fin de la venida del misionero, trató con él de la manera con que debía proceder en el manejo de sus paisanos, que estaban esparcidos en los contornos. La prevención más importante que le hizo fué que se guardase bien de un indio bien capaz y malicioso que vivía entre ellos, el cual, como intérprete por saber bastante bien la lengua Inga, era de todos oído y respetado; pero maligno, traidor por genio y sobremanera enredador, que no parecía vivir sino de meter chismes y de urdir marañas entre la gente. Agradeció el padre el aviso del buen Payagua, y corriendo la noticia de su arribo por las casas más cercanas en la noche misma en que llegó, vinieron al amanecer del día siguiente muchos indios en pelotones deseando ver y saludar al misionero. Como no habían olvidado todas las prácticas y buenas costumbres que habían aprendido en otro tiempo, le saludaron con el *Alabado*, y, besándole la mano, daban sus razones de disculpa de haberse retirado al monte. No le pareció mal al P. Miguel este primer encuentro, y formaba dentro de su corazón esperanzas de llevarlos consigo.

Apareció entre otros indios el cacique que había sido gobernador en el pueblo, el cual, estimando la visita que se les hacía en sus mismas tierras, sugería al intérprete de que hablamos varias cosas y con bastante ingenuidad para que se las dijese al misionero. Fué de mucha importancia la noticia anticipada de este engañador, porque á pocas palabras conoció el padre que el maligno desfiguraba la verdad y hacía decir al cacique lo que no pensaba. Echó á un lado al intérprete, y abocándose inmediatamente con el cacique, comenzó á tratar con él, aunque con mucha dificultad, en lengua propia de la nación y de la manera que pudo, del fin y motivo de su venida y de la pretensión que tenía. Esto bastó para que el intérprete no volviese á entrometerse en la conversación, y sin este estorbo trataron de buena fe de la salida, que pudo concluirse felizmente en dos ó tres días que estuvo con los Payaguas.

Al mismo tiempo que trataba el P. Miguel con los principales sobre el establecimiento del pueblo, iban llegando los indios con sus hijos y se los mostraban, llamándolos con los nombres propios con que habían sido bautizados, pidiendo también que bautizase á los que habían nacido en el monte. Compensóle el Señor los trabajos pasados con el consuelo de

bautizar en número crecido niños y niñas que le ofrecieron, y por no perder ocasión de hacer algún bien espiritual en los adultos, les hizo la doctrina mañana y tarde con algunas pláticas, que añadió como le fué posible en lengua de la nación, proponiendo los motivos más poderosos para que volviesen al pueblo, viviesen en él y pensasen en salvar sus almas. Por último, repartió los donecillos que llevaba prevenidos á las mujeres, niños y niñas, y regaló á los hombres con algunos cuchillos y herramientas, dejando á todos contentos y animados á salir de sus selvas y restablecer la reducción. Partióse llevando consigo algunos Payaguas ofreciendo volver á visitar á la gente luego que tuviese noticia de haber hecho el desmonte para las casas y prevenido las sementeras.

A los seis meses de haber vuelto á su pueblo de San José, subieron algunos indios á dar parte de que habían ejecutado uno y otro. Siempre le parece al indio haber hecho mucho, en habiéndose atareado algún tiempo. Su innata pereza y genio inconstante, se aviene muy mal con el trabajo. Demás que el deseo que tenían de nuevos regalos, les anticipó el plazo de visitar al misionero. Recibiólos éste con agrado, alabó la fidelidad, dióles nuevas herramientas, y señaló el tiempo en que bajaría á verlos en el sitio demarcado, para examinar por sí mismo lo que habían trabajado. Partido que hubieron los indios, á poco tiempo los siguió el misionero, y no halló en el nuevo pueblo más que unas pocas familias, de lo cual, reconvenido el cacique que había mostrado tantas ganas de juntarse, respondió que no le quería obedecer la gente por más que la instaba, y que siempre alegaba pretextos para quedarse en el monte. Conoció el padre la raza inconstante de aquellos indios, pero no cayó de ánimo; y en otra visita que les hizo después, consiguió que saliesen algunos otros y se estableciesen en sus casitas.

Informado el superior de las misiones de la terquedad y lentitud de los Payaguas, tuvo por conveniente enviarles un misionero propio que cuidase solamente de ellos y les arraigase en el pueblo, entablando la doctrina cristiana é introduciendo los usos y costumbres de los demás pueblos. Puso los ojos en el P. Martín Iriarte, persona de mucho celo, de no menor prudencia, y de señalado talento para aprender las lenguas más enrevesadas de los indios. Bajó este misionero de los pueblos altos del Marañón, donde se hallaba, y llegó al sitio de los Payaguas, con quienes estuvo por dos años, dando algún orden y permanencia á gente tan perezosa é inconstante. Oiremos de pluma del mismo padre lo que hizo en este tiempo, los medios de que se valió, y hasta dónde pudo adelantar á aquellos indios ingratos.

«La gente que hallé á mi llegada, dice en un informe, apenas hacía el número de treinta almas, entre párvulos y adultos. Las casitas en que vivían se reducían á ranchitos pequeños, en que se acomodaba con estrechez una familia. El gobernador tenía ya concluida una casilla mediana, que me dió para vivir en ella de prestado, y hube de admitirla por no haber otra. Ella sirvió, con una división que la partía por la mitad, de

habitación y de capilla en que decir misa, y hacer la doctrina á la poca gente que había. Parece excusado apuntar aquí la incomodidad y necesidades que son inexcusables en los principios de una residencia como ésta, y las dificultades que tuve que vencer para tirar á la gente del monte, que por lo común son mayores de lo que se puede concebir por quien no sabe por experiencia cuánto cuesta sacar á los que vuelven al monte abandonando un pueblo. Basta insinuar que me hubieran sido mayores, á no poseer la lengua y tener alguna experiencia del modo de superarlas.

El primer año porfié en agregar á todos á este pueblo de la Reina de los Angeles de Mahayaora, pero me desengañó la experiencia, y tuve por bien de convenir en el partido que tomó una parte de la gente, que fué de salir á formar otro pueblo en la boca del río Oravueya, que sólo dista un día de camino río arriba de este primer pueblo. El embarazo principal que concebí ser insuperable, fué la desunión y oposición arriesgada de una parcialidad con otra fundada principalísimamente en sus persuasiones mutuas de que se perseguían con brujerías. La persuasión era cierta y á su entender fundada en hechos positivos. Yo bien conocí que obraba la aprensión, porque no hallé brujo que pasase de embustero; pero ¿quién desimpresionará á unos bárbaros en quienes pasó á natural y común este temor, esta aprensión y este modo de pensar? Sólo con el beneficio del tiempo, con la vida social civil y cristiana que se logra con la paciencia, con la predicación y con la divina gracia, se quitan estas aprensiones.

Sabida entre ellos la disposición ó permisión de juntarse en otro sitio la parcialidad que se resistía á establecerse en Mahayaora, no tardaron en salir más que el tiempo necesario para hacer su desmonte, quemarlo y formar sus casitas. Dióse á este pueblo la advocación de los santos Angeles de Oravueya, en cuya boca está situado. Aún más brevemente se establecieron en el otro de la Reina de los Angeles, los que siendo de la misma parcialidad se detuvieron por no juntarse con la otra si saliese allá; y con la seguridad de la separación determinada se agregaron prontamente.

Ambos pueblos llegaron á tomar una forma y estado que nos hizo creer se lograba en esta ocasión su permanencia. Unos y otros como si fuesen á emulación, hicieron iglesia y casa para el misionero, se proveyeron de canoas y sementeras y aun empezaron á tratarse y á visitarse unos á otros como que querían olvidar sus pasados resentimientos. En la asistencia de la doctrina hubo la dificultad de vencer aquella común pereza y la de contrastar con la costumbre de no tener distribución que limitase su libertad. Pero al fin se venció poco á poco, y fueron acomodándose á los entables comunes del gobierno político cristiano de la misión. Cuando el P. Carlos Brentano visitó esta parte de la misión pasaban de 260 almas las de la Reina de los Angeles y eran como unas 150 las que se hallaban en el pueblo de los Angeles de la Guarda.

Hasta aquí el P. Martín Iriarte, que si bien por dos años adelantó las pequeñas reducciones de los Payaguas, le tenía el cielo principalmente destinado para las alturas del Napo, en donde trabajó infatigablemente, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

PASA EL P. MARTÍN IRIARTE Á CULTIVAR LA NACIÓN DE LOS ENCABELLADOS

Cuando el P. Pablo Maroni daba esperanzas bien fundadas de formar una cristiandad dilatada en los altos del Napo, en Aguarico y otros ríos, que se les juntan, empezó á flaquear notablemente en la salud á causa de los muchos viajes, necesidades y trabajos que hubo de padecer en la pacificación de tantas parcialidades y en la formación de tantos pueblecillos. Creció de manera su indisposición con el temple de las tierras sujetas á vientos poco sanos, que fué preciso sacarle á Quito para curarle, si era posible, de sus males. Como no se podían dejar sin fomento los buenos principios de la misión en esta parte, y las reducciones, aunque pequeñas por sí, hacían un número bien considerable de indios, pareció al superior que, dejando el P. Martin Iriarte los Payaguas algo más adelantados, pasase á los Encabellados en lugar del P. Maroni, pues sobre la ventaja de tener mucha práctica y experiencia con los indios, sabía perfectamente la lengua de aquella nación.

Llegó el P. Martín al pueblo de San Pedro en el año de 1741, por Marzo, y en este mismo año y en el siguiente agregó á la gente que encontró en el pueblo, á la verdad pequeño, varias familias; de manera que se mantenían ya fijas en la reducción más de 180 personas. Mucho deseaba el misionero hacer más respetable el establecimiento de San Pedro, porque le consideraba como escala por esta banda de la misión. Era su situación ventajosa, el plan del suelo llano y extendido por más de medio día de camino, seguro el puerto y fácil la entrada al monte, en que se mantenían las casas con vistas á los dos ríos Napo y Aguarico. No faltaba caza en los bosques, y mucho menos pesca en los ríos. Pero sobre todo, gozaba de aires sanos, cosa tan apreciable en aquellas tierras, por lo común poco conformes á las complexiones de los misioneros. Atendiendo á estas ventajas, desde luego formó el designio de tirar poco á poco y de agregar con suavidad al pueblo de San Pedro las gentes de los pueblos de San Bartolomé y de San Miguel. Pero por no precipitarlo era menester dar lugar al tiempo con que se fuesen acostumbrando á vivir en poblaciones á las orillas de los ríos, y perdiendo la afición que tenían á las madrigueras de los montes.

Aunque podía el misionero residir con mayor comodidad en el pueblo de San Pedro que en el de San Miguel por no hallarse tan atrasado y por

desearlo grandemente el cacique y su gente, tuvo por más conveniente establecerse en San Miguel para fomentar con más viveza y eficacia la mudanza al sitio escogido del cacique y aprobado por el P. Maroni. Porque ni este operario por sus muchas ocupaciones, ni el hermano Bastiani por sus frecuentes y largos viajes, habían podido ejecutar la mudanza determinada, y parecía necesario animar con la presencia del misionero á los antiguos Migueleños á que trasladasen sus casas y á los nuevos á que formasen las suyas. Habían levantado en el nuevo sitio cuatro ó cinco ranchos con algunos materiales para las fábricas, y otro tenían prevenido de la misma calidad para el padre, que hubo de acomodarse en él con mucho trabajo y estrechez, haciendo habitación y capilla con separación y puertas diferentes. Bien se deja entender la debilidad y miseria de esta choza ó corral, pero en ella vivió el misionero, decía su misa y explicaba la doctrina, hasta que á cosa de medio año, estando siempre sobre los indios enseñándoles y ayudándoles, tuvo en buen estado el pueblo, con iglesia capaz y curiosa, con casa para sí y con habitaciones para la gente, bastantemente desahogadas.

Libre ya de este cuidado que pedía necesariamente su presencia, hizo, acompañado del P. Miguel Bastida, una entrada á los indios Vitocurus, que habitaban los montes medios entre el Napo y Curaray, distantes solo tres días de camino de San José, y situados casi en derechura de San Miguel á la otra banda del río. El hermano Bastiani había visitado pocos años antes á estos gentiles y pretendido sacarlos de sus tierras, pero se le negaron, dando por motivo que saliendo por entonces no encontrarían casas en que vivir ni comida con que mantenerse. Pareció ser verdadera la excusa, porque llegados nuestros misioneros á sus tierras después de la formación del pueblo de San Miguel, en cuyos contornos había buen terreno para las sementeras, y reconvenidos de la palabra dada al hermano Bastiani, luego se determinaron á seguirlos y se lograron de esta manera ochenta y más almas, quedando solamente una casa de la parcialidad, que pocos meses después se vino por sí sola. Tenía ya la reducción como doscientas personas, todas de la misma nación, costumbres y lengua, pero de distintas parcialidades, y esas pequeñas, que fué la causa de dar mucho que hacer al misionero en mantenerlas quietas, componer sus discordias, desvanecer los recelos y hacer palpar lo frívolo de las sospechas. Porque en esta parte de la misión acaso más que en alguna otra obraba la común aprensión, origen de tantas desconfianzas, de que nadie muere de muerte natural, sino por violencia ó por hechizos de los brujos.

A este primer contratiempo sobrevino otro. Porque la parcialidad del cacique Umuguari, de quien hablamos arriba, no distando del pueblo más que dos días de camino, y teniendo en él algunas familias y parientes comenzó, no sólo á inquietar á los Migueleños, pero aun á alborotarlos con chismes, y si no conseguía su intento amenazaba con hechizos, que en estos infelices ciegos equivalen á puñaladas ó balazos. En una de estas molestas visitas hizo cargo el misionero al principal Umuguari de un proceder

tan contrario á la paz establecida, y le pidió que ya que no quería salir de sus montes dejase en quietud y sosiego á los del pueblo; y para que las súplicas fueran más eficaces, y no diera en adelante ocasión de mayores alborotos, lo regaló con algunos donecillos, de que se mostró contento y se retiró al parecer satisfecho á sus tierras.

Mas bien poco duró el bárbaro en su retiro, porque luego volvió á dar otro asalto á la gente, insinuando sublevación para aprovecharse de las herramientas, como pensaba, quemando la casa del padre que estaba de viaje en Aguarico. La ocasión parecía oportuna, pero se negaron abiertamente los indios, y el cacique Becoari le dijo resueltamente que sería mejor no se dejase ver ni entrase más en el pueblo, si había de ser ocasión de tantos daños, como descubría su maligna intención. Disimuló el traidor, y viendo tanta resistencia se retiró, pero cuando juzgó que estaba la gente sosegada y sin cuidado, entrada ya la noche volvió á la reducción, y rompiendo la puerta débil de la casa del padre, entró en su aposento y cargó con una frasquera de ocho frascos, creyendo por el peso que tendría algunas herramientas. Puesto en seguro en el monte con el contrabando, hizo pedazos la caja pensando hallar lo que tanto deseaba y se halló burlado con los frascos en vez de los instrumentos que buscaba. Cuando el misionero volvió de su viaje conoció lo poco que debía fiar de este bruto, de su paz y de sus palabras, y procuró prevenir á la gente contra los asaltos y acometimientos de su parcialidad, como lo consiguió cortando la comunicación de unos y otros.

Como el P. Martín estaba dueño de la lengua de los Encabellados, iba ganando fácilmente las voluntades de los indios y les redujo á la asistencia general de la doctrina cristiana, con cuya continuación los puso en una obediencia razonable, y llegaron en poco tiempo á un estado que en la visita del pueblo que se hizo en el año 42, no supo contenerse el superior sin declarar que se hallaba la reducción en mejor estado del que pensaba poderse conseguir de tal gente. Alabó su conducta como era razón y la exhortó á la perseverancia, repartiendo con larga mano instrumentos á los hombres y dones á las mujeres y niños. Así quedaron en paz después de la visita, animados á continuar en la asistencia de la doctrina y en las funciones de iglesia, y se les fueron agregando al año siguiente algunas otras familias montaraces, rezagos de las parcialidades que habían salido desde los principios. Venían éstas atraídas de las conveniencias del pueblo, y de la suavidad del gobierno y trato apacible del misionero; pero éste lograba la suya bautizando los niños y enseñando la doctrina y verdades católicas á los que se ponían en estado de oir la palabra divina y se acomodaban al modo de vivir de sus paisanos.

CAPITULO III

PARTE EL PADRE IRIARTE AL PUEBLO DE SAN ESTANISLAO, Y MUDÁNDOLE Á MEJOR SITIO, FUNDA OTROS NUEVOS PUEBLECITOS

En el año mismo en que llegó el P. Martín al partido de San Pedro, y ejecutó la mudanza del de San Miguel, pasó también á pocos meses al sitio en donde estaba formada la reducción de San Estanislao. Halló bien pocas y pequeñas casas, en que vivía de asiento un corto número de personas. Informado del cacique Zairaza, de la gente del contorno, de cuya salida se podía tratar con esperanzas de buen suceso, se resolvió á detenerse en este sitio por algún tiempo y quiso Dios cumplirle su deseo; porque corriendo la noticia de la venida del misionero, vinieron á verse con él varios gentiles, y fuera de los pacificados del hermano Bastiani y de los ganados por el P. Maroni, quedaron en estas visitas y tratos aficionados al padre varias otras parcialidades. Con la esperanza de su salida y agregación á las demás, pensó en mudar el pueblo como parecía necesario, á sitio más capaz, distante medio día de camino más arriba de la situación primera. El lugar era desahogado, lograba de tierras altas y menos húmedas, y ofrecía un plan extendido para formar casas con desembarazo. No le faltaba puesto cómodo para las canoas fuera de un riachuelo que corría por un lado, de cuyas aguas limpias se podrían servir para bebidas y baños.

La eficacia y empeño del cacique facilitó la mudanza. Hizo luego el desmonte en el sitio señalado, y los que tenían ya hechas sus casas en el sitio primero, pudieron aprovecharse de sus materiales y trasplantarlas en poco tiempo. A su ejemplo se animaron á formar las suyas los que de nuevo se juntaron, de manera que en el año siguiente de 42 se vió ya formada una reducción vistosa de casas puestas en fila á la orilla del río, que por su extensión daban mayor lucimiento. En la mitad de la línea levantaron una iglesia capaz, y á su lado una casa mediana para el misionero. Aunque el pueblo mejoró tanto en sitio y edificios y se aumentó con mucho número de gente, no pudo el padre, como lo procuró de todos modos, tirar á él un cacique llamado Zapua, cuya paz y amistad había conseguido. Podía más con este principal y su gente el miedo y terror pánico de los hechizos, que el enlace de parentesco que tenía con los de San Estanislao. Viéndole tan resuelto á vivir separado de los demás, le dejó el misionero sin más instancia como abandonado, y aunque el cacique se le hizo después encontradizo en el pueblo de San Luis Gonzaga, afectando casualidad en el encuentro cuidadoso que había procurado, ni el padre le convidó ni le dió de los regalos que repartía á los demás, diciéndole que era el motivo de no darle nada la porfiada terquedad de no salir de sus montes.

Conoció Zapua con esta negativa que no sería atendido en adelante como los demás, y aficionado, por otra parte, á las utilidades del pueblo, él mismo de suyo pensó en hacer mérito, estableciéndose con su gente en las riberas del Aguarico. Púsolo en ejecución en un sitio día y medio de camino más arriba del pueblo de San Luis, y con más empeño y eficacia que si el padre lo hubiera pretendido. Hechas las casas bajó á darle noticia en San Luis de lo hecho, alegando por mérito el haber formado ya población y pidiéndole que fuese á reconocerla. No halló en el misionero toda la acogida que pensaba y pretendía, aunque no experimentó tampoco desvío ó desagrado, antes disimulando el gusto de la determinación del cacique, le ofreció que si pudiese trataría de visitar su establecimiento cuando hiciese la visita de los demás pueblos. De esta manera despidió á Zapua y á sus compañeros, dándoles algunas herramientas con las cuales y la palabra de verlos salieron contentos sí, pero no del todo satisfechos y algo pensativos.

Esto movió más al cacique á solicitar la gracia del misionero, y tuvo la prevención de encargar en el pueblo de San Estanislao que le avisasen prontamente cuando el padre subiese á esta reducción. Correspondieron muy bien los del pueblo al encargo hecho; porque en la tarde misma del arribo del padre avisaron á Zapua de su llegada. No perdió tiempo el cacique, que al romper del alba del día siguiente ya estaba en el pueblo, y, sin detenerse en ver á sus amigos, buscó al misionero, repitiendo las instancias que antes había hecho que subiese á ver su reducción, y que no le negase este gusto que pedía en nombre de toda su gente. Hacíase el padre de rogar queriendo antes la unión de su gente con la de San Estanislao, pero al fin condescendió y subió al día siguiente al sitio de los Zapuaras, donde encontró formadas algunas casas con cierta forma de población, y aprobando lo ejecutado hizo algunos bautismos de párvulos y dió al pueblecito la advocación de los Mártires del Japón. En el año siguiente se agregaron nuevas familias y no dejaban de dar esperanzas de venir otras, que con el tiempo se pensaba poder juntar todas al pueblo de San Estanislao.

En el mismo tiempo y casi de la misma manera formó también su pueblecito otro cacique llamado Zasso que, ganado del P. Martín, aunque mostraba inclinación de salir al río con los suyos, se mantuvo siempre firme en no juntarse con los de San Estanislao, con quienes tenía, por otra parte, comunicación y amistad. Mucho más se resistía en venir con los de San Pedro, cuya gente había sido años antes enemiga de la de Zasso, y duraban todavía los resabios de oposición entre unos y otros. Ya veía el misionero que en acomodarse á las intenciones de este principal, se topaba en el inconveniente de aumentar pueblecitos pequeños sin poder atenderlos como se debía, y con una esperanza dudosa de que algún día quitadas las aprensiones comunes se juntasen. Pero por otra parte le pareció cosa peligrosa y dura dejarlos en el monte ofreciéndose ellos mismos á juntarse en las riberas del río. Peligrosa, porque se dejaba una retira-

da segura á la gente que se iba reduciendo, la cual, á la menor desazón piensa en la fuga, y la misma seguridad de hallar refugio en los del monte facilita la retirada. Dura, porque si el Buen Pastor anduvo con tanto trabajo por breñas y riscos en busca de una oveja descarriada, ofreciéndose algunos á seguirle, no la desampararía. Por estas razones tuvo por bien el misionero de condescender, como lo hizo después con otros, con el cacique Zasso, que saliendo del monte se estableció con los suyos en la boca del río Zancora y formó un pueblecito con la advocación del Corazón de María de Zancora.

CAPITULO IV

DE LA FUNDACIÓN DE SANTA TERESA EN EL RÍO PUEQUEYA Y DEL PUEBLO DE SANTA CRUZ DE LOS MUMUS EN EL RÍO ZEOQUEYA

La extensión de la provincia de los Encabellados era la mayor entre todas las naciones descubiertas en la misión, porque, empezando de la cordillera de montes que dividen la población del reino de Quito de las llanuras y bosques de los Andes, corría hasta la boca del río Putumayo, ocupando un trecho inmenso entre el Napo con los que en él entran y el mismo Putumayo. Casi á la mitad de esta dilatadísima provincia corren otros dos ríos llamados Jevineto y Pinzipueya, de cuyas cercanías habían sacado los misioneros á las riberas del Napo y del Aguarico las gentes que componían los pueblos formados hasta el año 41. Pero restaban todavía muchísimas parcialidades que por distantes del Napo y por desviadas del Aguarico, ni se habían podido lograr ni aun se descubría medio proporcionado para reducirlas sin gravísimas dificultades y trabajos.

Como el golpe de gente escondida entre aquellos bosques era grande, habían pensado mucho los padres en hallar camino y entablar amistad y comunicación con ella ó por tierra ó por agua, aunque fuese á costa de viajes peligrosos y navegaciones arriesgadas. Después de muchas diligencias, vinieron, finalmente, en el conocimiento de la menor dificultad que ofrecía para la entrada un río dicho Puequeya. Con ser este descubrimiento el menos embarazoso, no dejaba de ser ardua empresa navegar por un río que aunque se comunica con el Aguarico, tiene un curso enmarañado lleno de vueltas y revueltas y en varias partes tan rebalsado que no se descubre por dónde camina. De aquí nacía la dificultad de andar por él particularmente en tiempo de crecidas, y de que se gastasen días enteros atravesando lagunas, y adelantando tan poco, que después de días de navegación apenas se alejaban las canoas medio día de su boca, como sucedió á los principios: bien que después de algunas tentativas, observados y tomados con cuidado los rumbos, salían ya las ca-

noas de las vueltas y revueltas y de las lagunas rebalsadas en menos de medio día á tomar el canal del río por donde se subía sin embarazo.

Puesta ya en práctica la navegación del río Puequeya, se logró, finalmente, en el año 42, la paz y amistad de un cacique llamado Queneveco, que por valiente y guerrero, y por reputación de insigne brujo, tenía valimiento y séquito, no sólo en su parcialidad, sino también en otras confinantes. Extendióse la paz y amistad á varias de ellas, y quedaron muchos indios que habitaban hacia Jevineto y Pinzipueya, por amigos de los nuestros y aun se declararon emparentados con los de San Pedro. Convidados á poblarse admitieron el convite, pero unos querían establecerse á la orilla de Jevineto y otros clamaban por las riberas del Pinzipueya. Era esta nueva dificultad porque ninguna de las dos quebradas merecía el nombre de río, y eran unos torrentes que no se comunicaban ni con Napo ni con Aguarico, siendo preciso atravesar por el monte áspero y cerrado tres, cuatro y más días de camino. No se halla en aquel sitio otra comunicación con los dos ríos que la que ofrecía el Puequeya, navegable hasta ciertas tierras altas y firmes para donde los gentiles tenían camino abierto, y á esta causa les propuso el P. Martín Iriarte las riberas de este río para su establecimiento, rechazando con tesón todos los demás sitios á que ellos se inclinaban por no ser posible la comunicación desde aquellos parajes.

Tomó con empeño el misionero que entendiesen bien los indios y penetrasen cuán necesaria era la comunicación de unos pueblos con otros; y cómo todas las poblaciones que se habían hecho, la tenían entre sí por ríos en canoas. Porque de otra manera, ni los misioneros pudieran atenderlas, ni los gobernadores, tenientes y superiores podrían á sus tiempos visitarlas como pedía el buen régimen, gobierno y dependencia. Añadió que faltando la comunicación no podrían ser socorridas unas de otras en las necesidades bien frecuentes, y que era imposible la subsistencia sin este socorro mutuo. Concluyó que si se resolvían á poblar de otra manera, ni él ni otro ningún misionero de la Compañía se haría cargo de su reducción, porque este cuidado impediría mayores bienes á que debían atender. Dióles golpe esta última razón, y persuadidos á que quería dejarlos en sus tierras si se poblaban á su modo, se determinaron á juntarse en las riberas del Puequeya. No se logró la ejecución en esta primera conferencia; fué necesario repetir nuevos viajes, al cabo de los cuales, obrando en aquellos toscos entendimientos la razón que oían de boca del misionero, convinieron todos en el sitio y formaron un pueblo con el patronato de Santa Teresa de Jesús de Puequeya.

Puédese decir que no había menos esperanza de lograr en Puequeya una reducción tan numerosa como en la boca de Aguarico y en otras partes, porque eran varias las parcialidades del contorno y no tan mal avenidas entre sí como las que salían al Napo. Todas deseaban con ardor lograr las ventajas que observaban en las poblaciones nuevas, á que no dejaban de hacer sus salidas á pesar de la distancia del sitio. Fué

siempre creciendo considerablemente en número de gente el pueblo de Santa Teresa hasta el triste suceso que sobrevino el año de 44, que causó tanta ruina en este partido como veremos á su tiempo.

Otro pueblo se fundó en el río Zeoqueya en el mismo año en que Queneveco con su gente se estableció en las riberas de Puequeya. Viene á ser aquel río uno de los mayores que desaguan en Aguarico, en donde entra por la banda del norte, siete días de navegación más arriba de la junta con el Napo. Estuvo en tiempos pasados lleno el Zeoqueya de innumerables gentiles; pero años había que no se descubrían en sus contornos: acaso por lo anegadizo de sus riberas, poca pesca y cacería escasa, se fueron retirando hacia el río de San Miguel, que se comunica con el Putumayo. Solamente se hallaban al presente en las orillas del Zeoqueya ciertos indios llamados Mumus, con la ocasión que diremos.

A los principios de este siglo formaron los reverendos padres de San Francisco, misioneros del Putumayo, entre otros varios pueblos, uno que tenía por nombre el de los Mumus. Fué su último misionero el reverendo padre fray Juan Garzón, que trabajó gloriosamente en aquella parte de la misión con esperanzas muy fundadas de extenderla por aquel larguísimo río. Pero cuando su aplicación y celo procuraba las mayores ventajas en los indios y los mayores adelantamientos en cristiandad y policía, se suscitó una general rebelión en todo el partido que, comunicándose de unos pueblos á otros, y convocados los indios descontentos, no paró hasta que tramaron contra la vida de los misioneros deseando acabar con todas las reducciones. En algunos pueblos se pudo evitar el estrago, pero en otros quitaron la vida á los frailes, siendo el venerable P. Fray Juan Garzón uno de los que regaron aquella viña del Señor con su sangre, que ofreció en el año 19, en holocausto voluntario, á manos del cacique Mumus y de otros compañeros.

Muerto el siervo de Dios y quemadas las casas del pueblo, se retiró Mumus con su gente á lo interior de los montes, y aunque le siguió el teniente del gobernador de Popayán, que, sin perder tiempo, entró al castigo de una maldad é ingratitud tan enorme, no pudo dar con los Mumus que se alejaron hasta los bosques inmediatos del río Zeoqueya, donde, defendidos de la misma fragosidad del sitio y de las muchas lagunas y pantanos, se mantuvieron por casi veinte años en un montecito libre de las inundaciones de la tierra. En este tiempo fueron muriendo los principales agresores y los indios de más edad, y creciendo la gente moza, no estaba bien hallada con la escasez y miseria que experimentaba en aquel paraje, estando como sitiada por todas partes. Esto movió á los Mumus á buscar paraje más ventajoso, y de unas en otras vinieron á parar en ciertas tierras altas distantes tres días de camino de la boca del río Aguarico, á donde salían por un torrente en canoitas toscas y mal formadas, pero bastantes para vencer la travesía. Con esta comunicación con el río tuvieron lugar de observar cómo cruzaban por él otros indios que co-

nocieron ser de la misma lengua; y comunicando allá en sus casas el descubrimiento se determinaron á tratar de paz y amistad con ellos.

A esta sazón atravesó un religioso lego de San Francisco, que venía fugitivo de Putumayo hasta el río de Aguarico, acompañado de unos indios llamados Amuguajes, los cuales, dando por casualidad con los Mumus á quienes habían conocido en la misión, dieron luego noticia al fraile de que aquella era la gente que había quitado la vida á Fray Juan Garzón su misionero. Disimuló el fraile y, sin detenerse con los Mumus, les ofreció que él mismo volvería por misionero suyo á su rincón. Tan lejos estuvieron los Mumus de dar crédito á las palabras del lego, que, antes bien, de sus mismas ofertas tomaron fundamento para sospechar de su viaje, discurriendo que era un artificio para caer sobre ellos, prevenido de gente, y castigar la muerte que habían ejecutado. Siempre la mala conciencia presume la pena más cruel. El temor de ella fué nuevo motivo á los Mumus para que tratasen de paz y amistad con los nuestros, creyendo que así se ponían á cubierto para excusar el castigo. Para más facilitarla dejaron el sitio que ocupaban y se acercaron más al río Zeoqueya, á fin de entregarse á los misioneros de la Compañía, como lo pretendieron en la primera ocasión que toparon, poniendo por intercesores y medianeros á los indios de San Luis Gonzaga, con quienes empezaron á tratar, pero viviendo entre tanto dispersos y escondidos por no caer en manos del fraile de quien desconfiaban mucho y lo temían todo.

Hicieron los indios del pueblo de San Luis los buenos oficios que les pedían los Mumus, dando cuenta de todo lo sucedido al P. Pablo Maroni que asistía entonces al partido de los Encabellados. Determinó el misionero sitio fijo y día particular para verse con el cacique, hijo de Mumus, y con los demás, queriendo averiguar por sí mismo y saber de la boca de los mismos fugitivos cuanto había sucedido en los años antecedentes, y el estado en que se hallaba el negocio al parecer expuesto á contiendas y disensiones. Convenidas las partes en el sitio y en el día, hizo su viaje el padre, y habiéndose informado de los pasos y pretensiones de los Mumus, viendo que el tratado era algo crítico y odioso, les dijo abiertamente que no se embarazaría por ellos en contiendas con los reverendos padres misioneros de Putumayo, pero que tampoco les dejaría de asistir y de atender como á los demás mientras se mantuviesen en aquellas tierras de la jurisdicción de Borja, á las cuales habían venido por sí mismos.

Valiéndose los Mumus de la última parte de la respuesta, escogieron sitio, previnieron campos y formaron casas en el año de 1739. Pero viendo que ni el P. Maroni repetía visitas ni su sucesor el P. Iriarte entraba con gusto en cuidar de ellos, y que sólo se les fomentaba con el socorro de algunas herramientas, se resolvieron á internarse más en la misión, y pasando hasta el Aguarico mismo, demarcaron sitio para hacer sus casas, unos en las islas de este río y otros en la junta y embocadura del Zeoqueya. No bien habían empezado la faena de formar pueblos y prevenir sus sementeras, cuando empezaron á desazonarse unos con otros, empeñán-

dose éstos en proseguir adelante y aquéllos en volver atrás, y retirarse á sus montes alegando cada uno motivos por su parte. Finalmente, después de muchos debates vencieron los primeros, y formado el pueblo á principio del año de 42 á la banda del norte de Aguarico, contentos de su trabajo, fueron á verse con el misionero, que era el P. Martín Iriarte, alegando por méritos para ser atendidos de la misma manera que los demás, el haber formado su pueblo en las mismas riberas en que estaban las demás reducciones.

No le digustó al misionero lo ejecutado por los Mumus ni su proposición. Procuró luego el visitarlos y aprobó el plan de lo que habían hecho; y más oyendo los clamores de la gente que con ansias le suplicaba que no la desamparase ni dejase de mirar por ella, ofreciéndose á ser obediente y enteramente rendida á cuanto fuese necesario para complacerle. No pudo menos de agradecer su buen ánimo y de ofrecerse á darles gusto; bautizó los párvulos, y poniendo al pueblo el nombre de Santa Cruz, se volvió al suyo del río Napo.

Pocos días pasaron después de esta visita y entero establecimiento de los Mumus, cuando el religioso lego de quien hablamos arriba, dió al través con el pueblo nuevo y acabó con buena parte de la gente. Por Mayo del mismo año de 42 llegó el impetuoso fraile al pueblo de San Pedro, habiendo obtenido en Quito licencia de su provincial para volver á la misión de Putumayo, de donde había salido poco antes. No es de nuestra historia referir lo que se averiguó después sobre la determinación de su viaje por la vía de Archidona, pudiendo y debiendo tomar el camino derecho y trillado al río Putumayo sin exponerse á los riesgos, peligros é incertidumbres de descubrir nuevos rumbos. Basta insinuar que nuestros misioneros le atendieron haciéndole pasar luego al pueblo de San Miguel, donde, después de tratarlo con la religiosa caridad que permitían aquellas pobres tierras, le socorrió el misionero con cuanto pudo, dándole canoa y gente que le pusiese en el sitio que quería él mismo para pasar desde allí á su misión. Mas el taimado fraile luego que salió del pueblo de San Miguel, obligó á los indios que le llevaban á que enderezasen la canoa á la embocadura del río Zeoqueya, en donde sabía muy bien que estaban los Mumus, y llegado á este sitio, hizo volver á los indios, que no auguraban bien del viaje del religioso.

En efecto; comenzó á descubrir el designio que había ocultado cuidadosamente en los pueblos, afeó á los Mumus la mudanza de tierras y formación del pueblo, y como era un torbellino los obligó de un modo violento y soldadesco á emprender viaje primero por Zeoqueya río arriba y después por el monte hacia Putumayo, atravesando riscos, montañas y bosques con las incomodidades que lleva un viaje sin camino, sin derrotero y sin más disposición que la de acomodarse á los sitios en que les cogía la noche. Destrozada la gente y casi sin aliento para pasar adelante, la colocó en un sitio que ni era del todo de la jurisdicción de Borja, ni pertenecía enteramente á Putumayo. De donde nació que sus prela-

dos, desaprobando la conducta del lego, le sacasen de aquel lugar y tirasen la gente á uno de los pueblos menos distante, donde se acabó la mayor parte consumida de los trabajos pasados y sólo quedaron unas tristes reliquias de los Mumus. Tuvo este fraile tan poco sosiego y ocasionó á los demás tales inquietudes, que anduvo rodando por todo el Putumayo y vino á morir, finalmente, en un pueblo de los portugueses llamado Ivitatoa, situado casi enfrente de las juntas del Marañón y Putumayo, por la banda austral. Tan poco duró el pueblo de Santa Cruz de los Mumus y en tan corto tiempo acabó con su gente la temeridad del inconsiderado fraile.

CAPITULO V

FORMA TRES PUEBLOS HACIA EL RÍO GUAYOYA, EL PADRE MIGUEL BASTIDA

Mientras el P. Martín Iriarte, desde su reducción de San Miguel, trabajaba gloriosamente por las alturas del Napo, y corría por los ríos que desaguan en Aguarico reduciendo tantas gentes al Evangelio, no estaba ocioso el P. Miguel Bastida, misionero de San José, que logró hacer al mismo tiempo varias reducciones hacia el río, Guayoya, centro de la provincia de los Encabellados. Es bien conocido este río, memorable en la historia del P. Manuel Rodríguez, que toca varias noticias pertenecientes á su nombre. Por ahora basta saber que el Guayoya es comúnmente llamado el río de los Encabellados, y que los mismos indios le pusieron el nombre, que significa río de matadores, aludiendo á las muchas muertes que hicieron (á lo que contaban ellos) en la tropa portuguesa que dejó el capitán Tejeira en este sitio cuando subió desde el Pará á la ciudad de Quito, como contamos en el libro I, cap. XVI. Desemboca este río en el Napo por la misma banda que el Aguarico, como unas treinta leguas más abajo de la embocadura de éste.

La primera fundación que logró hacer por este tiempo el P. Bastida fué la de Santa María de Guayoya, en las riberas de este río, con un buen embarcadero y con vistas al río Napo. Tuvo noticia el misionero de un cacique llamado Guanzamoya, el cual habitaba con su gente en bastante distancia del pueblo de San José. Deseoso de tirarle á este pueblo, entró por el río Guayoya con las incomodidades y molestias que llevan ordinariamente estas entradas. Cuando le pareció conveniente, según las confusas noticias que tenía del cacique Guanzamoya, saltó en tierra y comenzó á abrir camino por los bosques cortando árboles y rompiendo ramas, remudándose la gente por no rendirse á la fatiga que duró por muchos días. Fuera del trabajo de abrir camino por bosques cerrados y sombríos, pasaron torrentes de mucha profundidad por puentes de palos, atravesando lodazales, con el agua hasta la rodilla, y tal vez, hasta la cintura, y lo que era más penoso, pisando por espinas cuyas puntas se

clavaban, sin poder excusarlo, por no ver el sitio donde se pisaba á causa del agua y barro. El mantenimiento se reducía á plátanos verdes y tal cual pez que se pescaba en las quebradas, ó algún mono que se cazaba en el monte. La cama fué siempre el duro suelo, ó, á lo más, una piel presa de dos palos, sin más cubierta ni ropa que la que llevaba cada uno sobre sí y sin más casa ni techo que el cielo.

Estas son las penas, incomodidades y trabajos que acompañaban á los misioneros en las entradas frecuentes á los gentiles, en las cuales se necesita de grande ánimo y coraje, de mucha caridad y celo y de una mortificación universal y continua, especialmente cuando se camina sin destino cierto y ha de durar el viaje por muchos días. Pero el P. Bastida, ensayado ya en otros viajes, y aun curtido con la frecuencia de estas correrías, aguantó ésta, aunque penosísima, hasta dar con la gente deseada. Recibióle el cacique con mucho agrado, y oyéndole hablar en su propia lengua, se prendó del misionero y se puso en sus manos. Parecióle al padre traer al cacique y á su gente al pueblo de San José, y, en efecto, Guanzamoya, con más de cien personas, se estableció en esta reducción, hizo casas y previno sementeras. Pero, cuando pensaba sacar la otra parte de la gente que había quedado en el monte, sobrevino un romadizo ó pechuguera á los nuevamente establecidos, que á manera de epidemia fué cundiendo por todos y empezaron á morir algunos. Túvose por necesario que mudasen de aire y volviesen á sus tierras como deseaban y pedían, ofreciendo venir al pueblo acabada la epidemia.

Cuando cesó la peste, reconvino el misionero por medio de un mensajero al cacique, con su palabra, pero él respondió desde sus tierras, que tenía su gente mucho miedo al sitio primero, que se resistía á salir, y que no tenía él bastante autoridad ó fuerza para ser obedecido y reducirlos á que cumpliesen lo que habían prometido. No permitió más largas el P. Bastida, que sabía muy bien por la experiencia propia, que con la dilación se empeoraban estos negocios, y que de la prontitud dependía regularmente el acierto. Hizo luego nuevo viaje en persona á las tierras de Guanzamoya, y le recibieron los indios con muchas demostraciones de alegría, celebrando su venida con bailes y convites. Hablóles de las salidas de sus tierras, que era el motivo del viaje. El cacique respondió por todos, que estaban dispuestos á salir de aquel sitio y á poblarse en otro, pero no en el de San José, que tan mal les había probado, sino en las riberas inmediatas á la boca del río Guayoya. Que en este paraje que tenían bien registrado, formarían un pueblo aparte y más numeroso ciertamente que el de San José, por ser más crecida su parcialidad que la del cacique de aquel pueblo, y porque se le irían agregando otras parcialidades confinantes, no poniéndolos en la precisión de pasar el río.

Hubo de ceder á la dificultad el misionero, y por no malograr la gente con un empeño porfiado que la desazonaría fácilmente, convino en la propuesta. Salió con ellos al sitio señalado, y hallándole acomodado para reducción, dejó á Guanzamoya algunos de sus propios indios para que le

ayudasen á desmontar el terreno, y se volvió á su pueblo. El cacique tomó con empeño la obra, y al principio del año 42 pasó á llamar al padre para que viese ya limpio el sitio que había de servir de pueblo, formadas algunas casas y sembrados los campos. Bajando el misionero, halló ser verdad cuanto le decía el cacique, y habiendo reparado en la mucha gente que le salió al camino deseando con ansia tenerle consigo, concibió muy buenas esperanzas de tan ventajosa disposición. Hizo algunos bautismos en los párvulos, y dió al pueblo que se formaba la advocación de Santa María de Guayoya. Con esto, dejando animada la gente, dió con mucho consuelo de su alma la vuelta al pueblo de San José. La situación del nuevo establecimiento se tuvo desde los principios por muy ventajosa á la religión, así por hallarse en el centro de la nación de los Encabellados, como por tener más cercanas que ninguna otra nueva reducción, otras parcialidades que se le agregarían fácilmente. Fuera de esto, la autoridad del cacique era bastante, siendo respetado de todos como valiente y guerrero, y lo que más importaba, había mostrado ser fiel, activo y eficaz en lo que prometía. Por estas razones procuró el padre visitar frecuentemente á los Guayoyanos, y logró con este fomento agregar al pueblo muchos indios que le aumentaron considerablemente. El cacique por su parte cooperaba muy bien al sólido establecimiento de los suyos, pues mantuvo firme la reducción en las revoluciones y alborotos que sobrevinieron á las demás.

Casi cuando Guanzamoya formaba su pueblo de Santa María de Guayoya, fundó en el río Guatiguay, conocido con el nombre de Alpayacu, un pueblo llamado San Juan, otro cacique llamado Paratoa. Habíale ganado de antemano el P. Bastida entrando á sus tierras distantes de San José tres días de navegación y dos y medio de travesía por monte. Como un año después de la primera visita del misionero, llegó á tener Paratoa concluidas las casitas en la boca del Alpayacu; pero los suyos, por una disensión que sobrevino, como poco arraigados en el nuevo sitio, le abandonaron y se retiraron al monte. Sabida la inconstancia de los Paratoas fué volando el misionero á sus antiguas tierras, sacóles de sus escondrijos y trayéndolos al nuevo pueblo, se mantuvieron en él quietos y sin alteraciones. Tomó tan á pechos el sacarlos de los montes, porque aunque era en realidad poco numerosa esta parcialidad y no había en el contorno otras que se agregasen, servirían en sus tierras de refugio y seguridad á los reducidos siempre que se les antojase dejar los pueblos. Además de que aseguraba con esta gente la idea de irla juntando en pueblo aparte y mantenerla en las riberas del río, hasta que hecha al uso ventajoso de las canoas, y depuesta la común aprensión y ordinaria repugnancia de juntarse con otras, se fuese aficionando á las conveniencias de reducción y se pudiese agregar sin violenoia ó á San José ó al pueblo de Santa María.

Más embarazado se vió el misionero con otra parcialidad cuyo cacique Curazaba, le había dado muy buenas palabras de reducirse, porque no descubría en esta gente la buena inclinación de los Guayoyanos y

Paratoas. Querían los Curazabas lograr de las conveniencias de las reducciones, pero aferrados á sus selvas no había modo de salir á las orillas del río. Decíales el misionero que era imposible juntar las dos cosas y tomaba todas las medidas para que se juntasen á algunos de los pueblos, prometiéndoles muchas ventajas. Pero ellos se negaban siempre á las propuestas, poniendo por primera condición para poblarse, el no salir de sus tierras. Viendo el misionero que estaban inmobles en la resolución de no menearse, procuró con mucho cuidado que entablasen comunicación con las gentes de los pueblos, esperando que con el trato y canvalaches de unos y otros irían cobrando alguna afición á vivir fuera del monte y dejando el genio uraño y natural hosco que mostraban. Efectivamente, consiguió con este medio que se fuesen desengañando de sus aprensiones, pero no era esto lo bastante para que saliesen adonde quería el misionero. Finalmente, después de muchas embajadas y regalos, conociendo que era imposible sacarlos del todo de sus tierras, á la orilla del río, convino con el cacique que hiciese un pueblecito medio día de camino distante del de San José, junto á un riachuelo, para quitar siquiera la guarida á los que se retiraban. Dió al pueblecito el patronato de Nuestra Señora de los Dolores, que después se trocó en el nombre de la Soledad, por alusión al corto número de habitadores. Atendióles con mucho cuidado en lo espiritual y logró que se fueran acomodando á los estilos de los demás pueblos, y despegados ya del amor de las selvas, con que habían estado tan casados, daban esperanzas de juntarse á otro pueblo; lo que se hubiera ejecutado á no haber sucedido la general desgracia que referiremos en el año 44.

CAPÍTULO VI

VISITA QUE HACE EL GOBERNADOR TOLEDO DE LOS PUEBLOS RECIENTEMENTE FORMADOS EN LA NACIÓN ENCABELLADA

Dos fueron las razones que dieron ocasión á la visita que hizo D. Juan Antonio Toledo, capitán general de Borja, á las misiones de Mainas, y muy en particular de las reducciones que acababan de levantarse en las alturas del río Napo. La una, que los reverendos padres misioneros de los indios Sucumbios ó del Putumayo, y mejor diremos, en su nombre un religioso lego llamado fray José Garrido (que pienso ser el mismo de que hablamos en el cap. IV), pretendió introducirse, en el año antecedente, como á término de su parte, en el río Aguarico, alegando que pertenecía al gobierno de Popayán, y, por consiguiente, á su Religión, que seguía por esta parte la jurisdicción de aquella provincia. Ya vimos cómo autorizaba á los misioneros de la Compañía una Cédula Real, expedida en el año de 1682, en que se ordenaba á la Real Audiencia de Quito que amparase á la Compañía en la posesión de sus empezadas conquistas hasta el día de

la fecha, entre las cuales era una la de este partido desde los años de 1611, en que murió á manos de los bárbaros el venerable P. Rafael Ferrer, y declaraba ser de la jurisdicción de los gobernadores de Borja todos los ríos que mediata ó inmediatamente se juntasen con el Marañón en aquellas partes donde hubiesen empezado los misioneros sus conquistas ó en lo porvenir las adelantasen.

En virtud de esta Real Cédula, tenían ya dadas dos provisiones reales la Audiencia y presidente de Quito, la una en el año 1733, y la otra en la de 1741, con que amparaban á los misioneros de la Compañía y mandaban á los misioneros de Sucumbios que cesasen en su pretensión. Así como en virtud de la primera provisión habían repetido sin tropiezo los tenientes y gobernadores de Borja sus visitas en las nuevas misiones, quería también ahora el Sr. Toledo, en virtud de la segunda, entrar al río Napo como á territorio de su jurisdicción, para que no se pudiese alegar en contrario prescripción alguna por las provincias confinantes.

La segunda razón que tuvo el gobernador para su visita, era el desvío y distancia de los pueblos que se iban fundando, que no permitía á las gentes el que viesen el gobierno político y real de los demás pueblos del Marañón y se informasen de sus prácticas por sus ojos. En todo se procedía como en misión nueva, y como los padres procuraban establecer su gobierno espiritual y doméstico en el método de los del Marañón, quiso también su señoría seguir aquí las huellas que sus antepasados dejaron en las primeras reducciones de aquel río, cuyas memorias se conservaban y había leído en el archivo de la ciudad de Borja. Fuera de esto, juzgaba también que la formalidad y acto exterior de visita ayudaría no poco á la reducción de unas gentes que sólo aprenden por lo que ven ó les entra por los ojos y casi nada por lo que oyen. Así que esperaba que quedaría impresa en su memoria la exterior demostración y que serviría de mucho para la obediencia y sujeción necesaria.

Estas fueron las causas que movieron al gobernador Toledo para proceder de un modo más particular y con demostraciones exteriores más solemnes en la visita de los pueblos más recientes en Napo y Aguarico. Pero antes de subir á este último río entró con el P. Carlos Brentano al río Blanco, donde navegando por tres días y encontrando un puente y camino abierto, tuvo por conveniente seguirle, y llegó á una casa en que fué bien recibido por llevar un buen intérprete, que declaró desde luego fielmente á los gentiles las buenas intenciones del gobernador. Dióse luego por amiga la gente de aquella casa y de otras tres que no estaban muy distantes, y prometieron todos los indios descubiertos (que á lo que pienso eran Iquitos) juntarse en un sitio y formar un pueblecito. Con el socorro de nuestra gente se hizo luego el desmonte á la orilla del río, y el gobernador señaló por Patrón del pueblo á San Sebastián por motivos que tenía para ello; el P. Brentano bautizó los niños y niñas y á una niña india adulta con raras señales de predestinada.

Consolado el gobernador de haber tenido parte en los ministerios de

los misioneros, subió con mucho gusto por el Napo hasta la boca del río Aguarico. Siete días navegó por este río rompiendo las corrientes, y aunque en los pueblos que iba encontrando en sus riberas tomaba posesión en nombre de su majestad católica; pero quiso que todos los caciques concurriesen al pueblo de San Estanislao, que por su bella situación y despejo, le prendó y agradó más que ningún otro, para ejecutar aquel acto con mayor aparato y solemnidad. Y á la verdad, la noble y generosa afabilidad del gobernador, su agrado y benevolencia con los indios en los pocos días que se detuvo con ellos, los confirmó en la resolución de permanecer en los pueblos, cuyos caciques vinieron con mucha voluntad al sitio señalado para la posesión. Cuando todo estaba á punto, mandó el gobernador formar á la gente que traía consigo en las canoas, que haciendo de marineros en el río, eran su tropa miliciana en tierra. Aunque no cabía mucha formalidad en un número tan corto de soldados y en países tan retirados, pero nada se omitió de lo que se pudo hacer en las circunstancias para que concibiesen los indios el respeto, veneración y obediencia que debían tener al rey católico, en cuyo nombre se tomaba posesión de aquellas tierras y cuyo vasallaje protestaban. Ejecutóse el acto en esta forma.

Mandó el gobernador hacer señal para que todos los indios de la armada tomasen sus armas respectivas y seis soldados españoles sus fusiles. Puestos en orden comenzaron á marchar, formando dos alas con dos banderas correspondientes á dos medias compañías de arco, flecha y estolica la una, y de lanzas y dardos la otra. En cada una sonaban cajas y pífanos, y ocupaban el lugar correspondiente los capitanes y sargentos con sus esportones y alabardas, y los alféreces con sus banderas. El sargento mayor iba á la frente vestido de militar, y el último de todos el gobernador, con uniforme lucido, á quien hacían la corte los seis soldados españoles, tres por cada lado, con sus fusiles al hombro. En este orden llegaron á paso militar, grave y uniforme, á la plazuela que correspondía á la puerta de la iglesia. Cesaron cajas y pífanos, y quedando todos en pie, puestos en dos filas, con sus armas en las manos, hizo llamar el gobernador por sus propios nombres los caciques de los pueblos, y mandó que se pusiesen á su lado en medio de las dos compañías. Luego fué preguntando á cada uno en particular si se daba por amigo de los españoles y si quería reconocer vasallaje al rey de España. Los caciques, ya prevenidos del P. Martín Iriarte, su misionero, que les proponía en su lengua las preguntas del Sr. Toledo, respondieron á uno y otro punto que sí querían, y añadían la súplica de que en nombre de su majestad los tomase debajo de la protección real. Yo, prosiguió el gobernador, en nombre de mi rey, amo y señor, os tomo debajo de su real protección y os recibo por vasallos voluntarios de su corona, declarándome en su nombre amigo de vuestros amigos y enemigo de vuestros enemigos, y os pido, en señal de fidelidad que tenga fuerza de juramento, el que paséis por debajo de aquellas banderas y volváis á poneros

delante de mí, y que llevéis á bien os ponga en la cabeza este bastón, que es la insignia que me autoriza en el oficio de gobernador de estas tierras por S. M. Católica.

Como estaban los indios bien instruídos y oían estas intimaciones en su propia lengua, comenzaron á caminar con despejo, acompañados de los soldados españoles y con pífanos y cajas por delante. Al llegar á las banderas hicieron su acatamiento como á la persona del rey, y los oficiales las tremolaron y batieron por encima de las cabezas de los caciques, y poniendo en ellas el asta de las banderas, las recogieron. Vueltos á su sitio los principales, hicieron reverencia al gobernador, que fué tocando á cada uno en la cabeza descubierta con el bastón de su oficio. Hecha esta ceremonia tendió el bastón en tierra, y tomando un puñado de ella la esparció por las cuatro partes, diciendo por tres veces: ¡Viva el Rey! A la última respondió toda la gente: ¡Viva, viva, viva! El escribano tomó luego testimonio en forma del acto de posesión, con testigos y juramentos, y fué abrazando á cada uno de los caciques, haciéndoles entender lo que significaba aquel abrazo, que era señal de amistad, felicidad y buena correspondencia.

Dió, por último, nueva señal de silencio el gobernador, y empezando por el más antiguo, fué llamando á los caciques, y como iban llegando, daba á cada uno el bastón que tenía prevenido, diciendo al entregarlo: «En adelante, seréis gobernador de vuestro pueblo, como nombrado por quien tiene potestad para ello.» A Zairaza, cacique de San Estanislao, indio de más capacidad que los demás, no solamente le hizo gobernador particular de un pueblo como á los otros, pero aun le señaló, á lo que parece, por su teniente en todo el río de Aguarico, con superioridad á todos los demás. Concluida la ceremonia y hecha la señal de marchar, dieron vuelta al pueblo al son de cajas y pífanos hasta llegar otra vez á la puerta de la iglesia, en donde á la gente del lugar y á la que había venido de los otros pueblos, hizo el misionero un razonamiento breve en que le explicó lo que significaba y á qué se dirigía aquella seria función, y la puso delante la obligación de obedecer al rey y á sus ministros, y la fidelidad que debían á los españoles. Ultimamente, poniéndose todos de rodillas, entonó el misionero el *Alabado* en vez del *Te Deum laudamus*, que cantaron según costumbre; y acabado, se volvieron con el mismo orden con que habían venido, concluida la función á gusto de todos.

Hizo notable eco en los indios asombrados de la seriedad de los españoles una posesión tan respetable, que aunque fuera de allí, no parecería de la mayor solemnidad, pero para ellos fué cosa nunca vista por la formalidad, orden, gravedad y circunstancias con que se ejecutó. No se olvidó el gobernador antes de su partida de encargarles estrechamente la sujeción y obediencia á los padres misioneros que en su ministerio servían al mismo Rey, cuyos vasallos eran, añadiendo que cualquier insulto, desacato ó atentado contra ellos, sería muy desagradable y ofensivo á S. M., y que él, como ministro suyo, debería castigarlo al paso que no

podía menos de atender, favorecer y fomentar á los que fuesen rendidos, obedientes y sujetos. Aunque estos órdenes y encargos fueron comunes en todos los pueblos, pero en el de San Estanislao tuvieron por entonces mejores efectos, porque su cacique, como más despejado, se hizo mejor cargo de ellos. Su valor le hacía respetar de todos, y aun los del monte, que por una parte temían y por otro le atendían, seguían comúnmente sus consejos. Aprovechóse de la superioridad que le daban sus calidades y empezó á convidar á los más tenaces al pueblo, de manera que en todo este año de 42 agregó á su reducción varias parcialidades y llegarían todos á trescientas personas, si él mismo no detuviera á varias familias hasta que llegasen á sazón las sementeras y se acabasen de formar las casas necesarias para una habitación desahogada.

CAPITULO VII

REDUCE EL P. MARTÍN IRIARTE Á LOS IQUITOS MARACANOS

Era ya llegado el año 1743, en que el P. Iriarte, perdida la salud en las tierras poco sanas de los Encabellados, con quienes había con tanto empeño trabajado, fué señalado de los superiores por misionero de los indios Napeanos y su partido, á fin de que con los aires más puros y sanos de las cercanías del Marañón reparase las fuerzas perdidas y pudiese continuar en su ministerio. Dejamos en el pueblo de San Pablo de Napeanos á don José Vahamonde, á cuyo cargo no sólo estaban los indios de esta reducción, sino también los Iquitos de Santa Bárbara y de San Juan Nepomuceno, que él mismo por medio de los Yameos había reducido, y aunque la entrada hecha á los Iquitos Maracanos había sido infructuosa por la perdigonada casual del hermano Bastiani, pero nunca se perdieron las esperanzas de atraerlos y los hubiera sin duda reducido D. José con su espera, maña y pericia de la lengua, si no le hubiera sacado el superior á San Joaquín de Omaguas, donde bajo la dirección del P. Adán Vidman, misionero de mucho espíritu y virtud, debía tener el noviciado de la Compañía á que le llamaba el cielo para que prosiguiese con más ardor y celo en las empresas de su mayor cariño.

No quiero omitir un caso bien notable que sucedió en este partido poco antes de la partida de nuestro novicio á San Joaquín, para que se vea cómo el cielo le ayudaba bien particularmente en el cultivo de sus indios infundiendo terror y espanto saludable en la gente con quien el misionero era todo dulzura y suavidad. Estaba casado con una mujer Iquita cierto Yameo, el cual, por no sé qué disensiones le quitó en un camino cruelmente la vida, no sin influjo ó consentimiento de otros de su misma nación. No era fácil que el misionero castigase tan enorme atentado en una gente nueva en que el menor asomo de castigo sería bastante para alborotarla. Pero lo que no podía castigar la justicia humana lo tomó á su

cargo la divina. Salió el cielo á la venganza por medio de las fieras que son en aquellas tierras los ordinarios ministros de su ira. Apenas sucedió la muerte bárbara de la pobre Iquita, cuando un horroroso caimán acometió á su marido, y haciéndole pedazos se engulló buena parte de su cuerpo. Corrieron otros indios en seguimiento del fiero animal, que cogido y destripado, les hizo reconocer en su vientre el muslo entero con su medio calzón de bayeta del que había muerto á su mujer. No lo pasó mejor el que había aconsejado la muerte, porque sorprendiéndole un rabioso tigre en el monte le quitó también en pocos momentos la vida sin que le valiese el glorioso nombre de Nameacin, que quiere decir *mata tigres*, por haber muerto una de estas fieras en otro tiempo. Otros indios que concurrieron en alguna manera á la muerte de la Iquita, acabaron en breve sus días, y uno de ellos desde el atentado quedó marcado con unas manchas interpoladas, ya blancas, ya moradas.

Espantada la gente con estos castigos de la justicia divina estaba en buena disposición para atender á la doctrina y consejos del P. Martín Iriarte, que llegado á aquel partido, aunque enfermo y bien quebrantado de salud, supo aprovecharse de las buenas disposiciones de los Napeanos é Iquitos. Amaestrado con la experiencia en el trato con gente nueva, la adelantó notablemente en la doctrina y en los usos y costumbres de los pueblos antiguos. No contento con el cultivo de los tres pueblos que se le habían encargado, puso los ojos en la reducción de los Maracanos, creyendo podría atraerlos á sus paisanos los Iquitos de Santa Bárbara ó á lo menos persuadirlos á que formasen alguna nueva reducción en sus tierras. Para esta su empresa, entendido el malogro de la primera diligencia en atraerlos, pensó tomar otro modo muy diferente del que se había valido Vahamonde y el hermano Bastiani en la primera tentativa. Este se redujo á cierta especie de embajada á los Maracanos, por medio de un Iquito que vivía entre los Yameos, bastantemente civilizado, de más de mediano brío para emprender el viaje, y sobre todo, indio fiel y de corazón incapaz de doblez, trampa ni vileza. Instruyóle despacio el misionero, y dándole algunos donecillos, que debía repartir con prudencia y juicio entre los principales gentiles, le despachó sin más compañía que la de su mujer, al parecer Maracana, prevenida también de lo que debía tratar y aconsejar á su nación. Era la comisión de la embajada convidar á los Maracanos con la paz, darles satisfacción de la inconsideración primera de los Yameos que entraron de tropel en la casa, y declarar la sinceridad é intención del misionero, que no pretendía otra cosa con la amistad que hacerles el bien que pudiese, darles medios para vivir con más conveniencias, y sobre todo, enseñarles el camino del cielo con la instrucción de la doctrina, sin cuya noticia serían eternamente infelices y desdichados.

Así el Iquito como su mujer se hicieron muy bien cargo de la lección del padre, y surtió la diligencia todo el efecto que se pretendía, porque fué bien recibida la embajada, creido el indio en cuanto les propuso, y

acogida con ansia la mujer entre las de su sexo; pero lo que acabó de rendir los corazones ya inclinados, fueron los donecillos y regalos que les presentaron de parte del misionero, como por muestra de su amor. La conclusión del negocio vino á parar en que el Iquito, después de bien regalado, diese la vuelta á los Napeanos con un hijo muy querido del cacique, que en prueba de haber sido grata la embajada á su gente, y en confirmación de la amistad que quedaba establecida, venía á dar razón por su padre y por las familias que le seguían, de su buen ánimo y voluntad para con el misionero, y á suplicarle que fuese él mismo á verlos en persona á sus mismas tierras, y á decirles lo que debían ejecutar para darle gusto, porque estaban resueltos á ser amigos de los del río Nanai, en cuyas riberas estaban los nuestros establecidos.

Llegado el hijo del cacique al pueblo de Napeanos, donde residía el P. Martín, hizo su papel de enviado de la parcialidad Maracana con despejo y cierto aire de superioridad. Dió primero satisfacción de aquella su pasada arremetida, á que habían dado ciertamente ocasión y aun causa los Yameos, y aseguró la sinceridad de su amistad y la buena disposición en que quedaban los suyos conocida la verdad. Después hizo cargo á los Yameos, y les afeó el modo incivil con que entraron en la casa, siendo aquel el estilo común, como no ignoraban, de acometer los enemigos asegurándoles que hubieran sido bien recibidos si no hubieran usado de aquella violencia. Añadió, por último, que llegado el tiempo de echarlo todo en olvido, pues la imprudencia de unos pocos no debía perjudicar á las buenas intenciones de los muchos, su padre, él mismo y toda su gente, deseaba la amistad de los Napeanos, verlos en sus tierras y tratar con ellos sin reserva alguna y como con verdaderos amigos. A tan buenas razones correspondió el misionero, gozosísimo de la embajada, y trató al Maracano con tal cariño, muestra de amor y benevolencia, que le hicieron creer la verdad de sus intenciones. Lo mismo hicieron los del pueblo, y después de haberle regalado por algunos días y descansado de su viaje, le llevaron á sus tierras cargado de donecillos, habiéndole dado palabra el P. Martín de ir cuanto antes á visitar á su padre y á los suyos.

Aunque no podían desearse señales más ciertas de la buena disposición de los indios Maracanos, tuvo por conveniente el P. Iriarte ir á visitarlos con resguardo de defensa para cualquier atentado de infidelidad que debe siempre recelarse en tales circunstancias. Porque si en las naciones más cultas no siempre suele ser cabal la sujeción y subordinación á los legítimos soberanos, ¿cuánto es más de temer esta falta en unas tierras en donde los caciques gozan de una sombra de autoridad sobre los que voluntariamente se les juntan y á la menor desazón se retiran de ellos? Además de que el infierno, temeroso de que se le escape la presa, suele poner impedimentos á las buenas intenciones de los misioneros por medio de algunos indios descontentos á quienes instiga y enciende contra las determinaciones acertadas de los demás. Por estas razones y otras varias que había aprendido el padre de la experiencia propia, salió

acompañado de un blanco, sargento mayor de Borja, de un mozo español y de cincuenta indios bien prevenidos de armas. En breve tiempo, sabido ya el rumbo cierto, llegó al puerto señalado de los Maracanos mismos para la visita; y enviando luego por el intérprete aviso de su llegada al cacique, se dejó ver éste al día siguiente con un golpe considerable de gente. Venían todos los indios Maracanos armados, sí, pero con señales de paz y de alegría, según sus estilos y delante de todos, como quien les venía enseñando el camino el mismo principal. Siguiéronle después las mujeres cargadas de un refresco, que fué bien oportuno á los huéspedes en las circunstancias.

El sargento mayor esperaba á los Maracanos con alguna reserva, formada toda su gente en medio círculo, y adelantándose el misionero con el intérprete salió á recibir al cacique y á convidarle á que entrase hasta el centro de su gente, que aunque formada y cautelosa, mostraba también todas las señales de paz y de amistad. ¿Se puede entrar, dijo el cacique, con seguridad y sin peligro? Con toda seguridad y confianza, respondió el padre, porque los míos observan solamente sus estilos, y sin orden mía ninguno levantará la mano. No se detuvo más el principal, y clavadas en tierra las lanzas de los nuestros, á insinuación del misionero fueron entrando los Maracanos unos tras otros hasta donde estaba el rancho del padre. Entonces se fué deshaciendo el medio círculo, quedando sólo apartados de trecho en trecho algunos centinelas para precaver alguna invasión repentina que pudiese venir al descuido.

En esta conferencia quedó ratificada la paz y confirmada la amistad entre las dos naciones. Estaban contentísimos los Iquitos y no mostraban menos gusto los Napeanos. El misionero daba gracias á Dios de ver á los Maracanos tan rendidos; y hechos algunos bautismos de párvulos, que le ofrecieron, consiguió de ellos que se determinasen á formar pueblo, el cual tuvo desde entonces la advocación del Corazón de Jesús de los Maracanos. Dilatóse su formación por algunos pocos años, por ser llamado en el año siguiente, como veremos, el P. Martín Iriarte á negocios más urgentes de la misión que pedían su presencia. Pareció esta una casualidad, pero el cielo se valió de ella para que fuese como fundador de los Iquitos Maracanos, el que lo había sido de los Iquitos de Santa Bárbara y San Juan Nepomuceno. Fué éste el P. José Vahamonde, que acabado el noviciado y destinado al partido de San Pablo de Napeanos, formalizó como á los años de 48, el pueblo de los Maracanos.

CAPITULO VIII

ES NOMBRADO EL P. FRANCISCO REAL PARA EL PARTIDO DE SAN MIGUEL DE CIECOYA Y EMPIEZA Á TRABAJAR CON INFATIGABLE CELO

Sacado por sus achaques el P. Martín Iriarte de las misiones del Aguarico y retirado de las alturas del Napo, era necesario para la dirección y enseñanza y adelantamiento de tantos pueblos nuevos, un operario cabal, activo y celoso, de aguante y resistencia en climas tan destemplados y tan poco conformes á la complexión de los nacidos fuera de él. Pusieron los superiores los ojos en el P. Francisco Real, uno de los misioneros de mayor celo de las almas, que por su virtud sólida, aplicación constante, florida edad y entera salud, creían ser el más oportuno y como nacido para misiones de tanto trabajo. Llegó este varón apostólico en el mes de Julio de 1743 á San Miguel de Ciecoya, residencia del misionero de los Encabellados, y haciéndose luego cargo del estado del pueblo y de los muchos anejos más ó menos distantes, empezó á cuidar de todos con grande vigilancia, esmerándose principalmente en la instrucción de los niños y de las niñas que suele ser el fruto más seguro en las reducciones nuevas. Mantenía, sin ceder por impedimento que ocurriese, la asistencia de toda la gente á la doctrina cristiana, y empezó á introducir el rosario á la Santísima Virgen los sábados con otras prácticas de devoción usadas en los pueblos antiguos.

Aunque era mucho el trabajo del P. Real, cuyos cuidados se extendían á tantos ríos y parajes, se le dobló la fatiga á fines del mismo año, porque sacado á Quito el P. Miguel Bastida, misionero de San José, hubo de cuidar al mismo tiempo de este pueblo y su partido mientras llegase nuevo sucesor de Bastida. No se acobardó con tanto peso; repetía visitas sin reposar, andaba de pueblo en pueblo; pasaba de un río á otro, y en todos los reducidos promovía con buen efecto la puntual asistencia al catecismo, á que acudían los niños todos los días y los adultos en los días señalados. Hacía la doctrina el misionero por sí mismo en el pueblo donde se hallaba; y en los demás llevaban la voz, cantando el catecismo, uno, dos ó más niños bien instruídos, á quienes seguían grandes y pequeños, repitiendo de esta manera toda la doctrina.

Llegó poco tiempo después al pueblo de San José el P. Joaquín Pietragrasa, y haciéndose cargo de este partido le redujo el padre Real al suyo de San Miguel. Como la residencia era más continua, añadió á las fatigas comunes de mañana y tarde otras particulares en beneficio de la juventud y de los niños que le robaban el corazón, y en quienes creía echar con mayor solidez y con mayor esperanza de permanencia los fundamentos de una cristiandad duradera. Ideó una escuela para niños y otra para niñas; acudían aquéllos mañana y tarde á casa de su misio-

nero, pero éstas, por no fatigarlo demasiado, solamente por la tarde. La lengua general del Inga era el ejercicio común á todos los escolares de uno y otro sexo, que tanto más adelantaban en la penetración de la doctrina cuanto más se aventajaban en la lengua. Pero á los niños añadía otras varias lecciones y prácticas, particularmente sobre el uso, manejo y ejercicio de los instrumentos para la caza y pesca. Servían para esto como de maestros unos mozos de los más hábiles y diestros en manejar los instrumentos que por sí mismos á la presencia del padre dirigían á los niños, les decían la postura de cuerpo, el modo de arrojar las flechas, disponer y tirar el anzuelo y todas aquellas menudencias que, bien observadas, suelen hacer felices ó afortunadas las cazas y pescas. Fuera de estos ejercicios, como generales, á que asistía con ternura de corazón y alegrándose de los aciertos de aquella edad tierna, destinó unos pocos chicos más despejados y de mejor pinta para que aprendiesen á leer y escribir, tomando por sí mismo el cuidado y oficio de maestro de escuela.

Entregado en estas tareas y al cuidado de adelantar el pueblo en las prácticas de la misión, no estaba olvidado del de aumentar el número del pueblo, antes andaba pensando en hacer entradas al monte para sacar de los cerros unas parcialidades que, ganadas ya por su antecesor, no se resistían, á lo que parecía, á salir cuando hubiese en el pueblo casas en que acomodarse y mantenimiento con que sustentarse, mientras ellas formaban sus habitaciones y prevenían sus sementeras. En estos pensamientos andaba el P. Francisco, no dudando del buen éxito de sus entradas, cuando un mal indio, llamado Curazaba (diferente del cacique del pueblo de la Soledad, que tenía, como vimos, el mismo nombre), insigne embustero y gran forjador de patrañas, urdió una tela tejida de tantos enredos y embustes y mentiras, que turbó el sosiego de toda la gente, fué principio del mayor atentado y dió punto menos que al través con todas las reducciones de los Encabellados, como veremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO IX

MUERTE GLORIOSA DEL P. FRANCISCO REAL Á MANOS DEL INDIO CURAZABA Y LE ACOMPAÑAN EN LA MUERTE DOS MOZOS QUE LE AYUDABAN EN EL PUEBLO.

Pasando por el pueblo de San Miguel el teniente de Borja D. Matías de Rioja, y noticioso del escándalo que en él daba el indio Curazaba, por su poca firmeza en la reducción, por la ninguna asistencia á la doctrina y por la grande repugnancia en concurrir con los demás á las obligaciones comunes, le reprendió seriamente y en público de sus excesos, amenazándole con el merecido castigo si no mudaba de conducta y le hallaba corregido á su vuelta. Confundido el indio con los cargos hechos del teniente en presencia de los demás, quedó extremamente sentido é inte

riormente requemado. Lejos de pensar en la enmienda empezó á desvergonzarse con el cacique mismo Becoari que tenía el nombramiento y título de gobernador, conferido con toda solemnidad por D. Juan Antonio de Toledo en la visita que había hecho de todo este partido. Aconsejaba el misionero á Curazaba que se moderase y repetidas veces le exhortaba con las palabras más blandas y cariñosas que viniese como los demás á la doctrina y que respetase al que tenía las veces del rey católico á quien voluntariamente se había sujetado. El mismo cacique Becoari con tener contra él tantos motivos de disgusto, olvidado de las razones de resentimiento procuraba ponerle en razón de todos los modos que podía. Pero eran inútiles los esfuerzos de uno y otro, que viéndole terco y obstinado en su proceder y que no haciendo caso de los consejos razonables, todo lo despreciaba y por todo atropellaba, le recordaron, por último, las amenazas del teniente asegurándole que volvería presto por el pueblo, para que ya que la razón y buen ejemplo no le movía, le contuviese á lo menos el miedo del castigo.

A un hombre ciego y furioso públicamente avergonzado que no hace caso de la vergüenza, empacho ni pundonor, no se le doblará ni por bien ni por mal. El mismo se precipitará sin que ninguno pueda detenerle. La resulta de los saludables consejos que le daba el padre y el gobernador, fué que Curazaba tratase de escapar al monte con toda su familia. Quiso disimular la retirada con el pretexto de un puro paseo con apariencias de que volvería; mas no pudo encubrir su verdadera determinación de manera que un niño de la escuela no descubriese las diligencias y prevenciones qne hacía para llevar la familia. Como esta gente inocente, es siempre fiel al misionero y entra con celo en las ideas de su maestro, fué volando al misionero y le avisó de la resolución cierta de Curazaba. Procuró el padre disuadirle con todos los modos que supo y pudo el viaje; pero como nada hiciese mella en aquel duro corazón, se determinó á quitarle la herramienta que le había dado, advirtiendo que no se le dejaba el instrumento por querer retirarse al monte; pero que se le volvería á dar después de pocos días, si en ellos daba pruebas de desistir de su intento.

De este hecho que ya con otros se había practicado sin novedad ni peligro, antes con el buen efecto de la detención en el pueblo, por el interés de la herramienta, tomó ocasión el malvado para alborotar de nuevo la gente. Urdió un pretexto ó un tejido de embustes con el designio de malquistar al padre con los indios del pueblo, y atizando el demonio su fantasía, comenzó por la escuela de niños y niñas que se había establecido con tanto fruto de esta edad tierna. ¿Hasta cuándo, decía á sus paisanos, habéis de vivir ciegos sin caer en cuenta de las cosas que pasan por vuestros mismos ojos? ¿Decidme, si lo sabéis, por qué se esfuerza el misionero á tener juntos en su casa mañana y tarde niños y niñas, y esto con tal empeño y porfía, que no se disimula la falta de un día solo? Diréis que para que aprendan la lengua del Inga. ¡Ah, pobre gente!, paráis en

esto y no proseguís adelante con vuestro discurso ni alcanzáis á prever las consecuencias funestas. Tened por cierto que el tener junta tanta gente moza consigo, no lo hace sin mala intención; quiere acostumbrarla á tenerla en su casa para entregarla más fácilmente al teniente cuando baje del Napo. Para esto mismo la enseña la lengua del Inga, porque sabido este idioma se aprovecharán de ella con más ventajas los españoles. Abrid los ojos y sacudid las cataratas que no os dejan ver las cosas más claras que la luz del mediodía.

Viendo Curazaba que prendía la plática en la gente y que se iba poniendo ya de su parte, pasó á pintarla otro peligro que llamaba inminente. Acordó á los indios las amenazas que le había hecho el teniente, y añadió que aunque era verdad que á él sólo se habían enderezado, debían conocer ellos mismos sino eran tontos, que hablaban con todos, pues todos eran culpados, unos por una cosa y otros por otra. Hízoles creible este su pensamiento, poniéndoles delante el misterio de las muchas canoas que bogaban por el río y que nunca se habían visto cruzar en tanto número como se descubrían al presente. «Ya se yo, decía, que el padre ha echado la voz de que vienen estas embarcaciones para conducir á su provincial que quiere visitar la misión; pero es muy astuto para que le falte pretexto con que cubrir sus intenciones. Parécele que así tendrá la gente quieta y sosegada sin que piense en prevenir el golpe; pero tengo muy bien averiguado que el teniente mismo pasa con las canoas á la ciudad de Archidona para recoger españoles y blancos y bajar al castigo de unos y á recoger á otros.»

Con tan maliciosos chismes se fué alborotando más la gente del pueblo, y como inclinada por genio á sospechar de todo, y entrar luego en desconfianza por apariencias ligeras, iba dando crédito á las invenciones de Curazaba y creciendo el enredo. Hacíanse ya de día y de noche juntas y conciliábulos de sublevación y motín: de esto trataban en el pueblo y no hablaban de otra cosa en sus campos y sembrados, celebrando muchos á Curazaba como á un hombre de singular penetración y de fino discernimiento, que con su grande perspicacia les había revelado tantos ocultos misterios. Pero con saber la mayor parte de los indios que se maquinaba ya contra la vida del misionero, se mantuvo la cosa como en secreto por algunos días, hasta que en la víspera del día determinado para la sublevación, una india cristiana dió aviso á un mocito intérprete para que diese cuanto antes parte al P. Francisco de lo que se tramaba contra su vida. Hízolo prontamente el intérprete, y con asegurar lo mismo otro niño de los que vivían en casa con el padre, éste lo despreció todo como amenaza vana que tal vez hace algún indio, que corra sin motivo ni fundamento. Todo lo teme un corazón pequeño y no da un paso arriesgado sin miedo la mala conciencia; pero las almas grandes curan bien poco de las amenazas, y la buena conciencia dicta seguridad en los mayores apuros, porque sabe muy bien que cuanto sucediese al justo, lo convertirá el Señor en bien y provecho suyo. Así le sucedió al misionero de San

Miguel, á quien mucho mayor bien espiritual y gloria le trajo la sorpresa de los indios que le hubiera traido el prevenirlos.

El día 4 de Enero del año 1744, á poco más de media hora de haber anochecido, cercaron unos indios con disimulo la casa del P. Francisco y otros con la misma sagacidad rodearon la cocina que servía de escuela ó seminario. Hecha esta primera diligencia, entraron cuatro de los más atrevidos en el cuarto del padre y se acercaron á él con apariencias de querer hablarle de asuntos indiferentes. Iba por capitán de todos el autor de los embustes y causa de la sublevación, Curazaba, que llevando muy oculta una terrible macana, ocupó el sitio más á propósito para asegurar bien el golpe que meditaba sobre la cabeza del misionero. Hallábase éste á la sazón algo incomodado, sentado en su camilla y con el rosario de nuestra Señora en la mano. De esta manera pudieron cercarle á su gusto por no perder el lance, y entretanto hablaban algunas palabras disimulando la traición. Respondíales el padre con agrado sin temer ni sospechar cosa alguna, cuando Curazaba, asegurado de la oportunidad del sitio en que se hallaba, saca prontamente su macana y descarga un fiero golpe en las sienes del bendito padre, que cayó en tierra con el nombre de Jesús á medio pronunciar. Al ruido del golpe, que fué tremendo é hizo estremecer la casa, acudió corriendo un buen mozo español llamado Domingo, y abrazándose estrechamente con el sacrílego indio que iba á repetir el segundo golpe, le embarazó la ejecución. Mas entrando de nuevo otros compañeros de Curazaba, unos atravesaron á lanzadas al español y otros acabaron de matar con tres lanzadas al santo misionero, que estaba ofreciendo su vida en holocausto por sus enemigos.

Los demás indios que cercaban la cocina embistieron á D. Juanico Ibarra (que á lo que pienso era ó algún mestizo ó algún indio de las misiones antiguas que ayudaba al misionero), y aunque á los principios pudo hurtar el cuerpo á las primeras lanzas, pero al fin herido con otra de los que sobrevinieron, se encaró con los agresores y les dijo: «¿Por qué me queréis matar? ¿Qué daño os he hecho yo? Dejadme con vida, pues sabéis que os he querido.» «No has de quedar con vida, respondieron los ingratos, una vez que ha muerto el padre, porque tú has de avisar á los cristianos»; y diciendo esto, le clavaron una lanza en el pecho y le precipitaron por un barranco.

Ejecutadas con tanta crueldad estas muertes, saquearon las pocas alhajas y cosillas que se hallaban en la casa pobre del misionero, y profanaron los ornamentos de la iglesia, tomando cada uno lo que pudo haber á la mano. Bien que después de hechas pedazos las cajas en que se prometían encontrar mucho se hallaron burlados y sin topar con lo que pensaban. Esta fué la primera lección de desengaño entre los muchos que experimentaron después. Pero no estaban entonces para hacer reflexiones de arrepentimiento poseídos del furor y rabia que les agitaba. Las mujeres, como más piadosas en semejantes estragos, lloraban y daban gritos al cielo clamando que por la malignidad y codicia de uno abo-

rrecido antes del pueblo, se perdían todos. Pero los agresores prosiguieron adelante en sus intentos; después del saqueo dieron fuego á las casas y al lugar. Corrió también la voz que habían hecho lo mismo con la casa del misionero y que habían reducido á cenizas su cadáver; pero la verdad fué que este segundo incendio le causaron los indios del pueblo de San José, porque teniendo noticia de la desgracia sucedida en San Miguel, el P. Pietragrasa envió prontamente algunos de su pueblo para que enterrasen los cadáveres, y ellos, por su natural melindre y por el asco que afectan tener á todo cuerpo muerto de los que no son de su nación, pegaron fuego á la casa en que yacían los cadáveres, para que sin tocarlos se quemasen en la casa misma. Volvieron después muy serenos á su pueblo, y como prácticos en disimular y diestros sobremanera en fingir, encajaron á su misionero que todo se había hecho puntualmente como se les había mandado. Tres meses después del atentado de Curazaba, pasó por el que había sido pueblo de San Miguel D. Francisco Maneiro, caballero flamenco, de quien hablaremos en su lugar en esta historia; y recogiendo los huesos del P. Francisco Real y de su mozo Domingo, los llevó consigo al pueblo de San José, donde les dió sepultura eclesiástica el P. Pietragrasa. Fueron también sepultados al lado de los mismos los de D. Juanico Ibarra, que se encontraron poco después. De esta manera recogió un mismo sepulcro á los que no había separado la causa de la muerte.

CAPITULO X

RESULTAS DE LA MUERTE DEL P. FRANCISCO REAL

Después del atentado sangriento que acabamos de referir, temiendo los indios de San Miguel el merecido castigo, escaparon al monte presurosos. No hubiera sido esta fuga tan sensible si no se hubiera extendido el contagio por los demás pueblos. Pero por desgracia cundió por ellos, de manera que casi inficionó toda la masa de los Encabellados. Apenas se supo en las demás reducciones la muerte cruel y violenta del P. Real, cuando la mayor parte de la gente del partido se retiró á sus tierras antiguas pensando hallarse en seguro con la espesura de los bosques. Dos cosas concurrieron á esta retirada. La primera fué un terror pánico que se apoderó de los pueblos, dando por cierto, como les dictaba su genio tímido, pusilánime y suspicaz, que serían envueltos en el castigo. La segunda, una de las persuasiones continuas de los agresores, empeñados en hacer gente, porque juzgaban salir tanto mejor librados cuanto fuese mayor el número de los retirados.

Huyeron los indios del pueblo del Nombre de Jesús, aunque por buena ventura ni quemaron la iglesia ni dieron fuego á sus casas, que se tuvo

por buena señal y que daba alguna esperanza de la vuelta. Escaparon los de San Pedro, porque si bien el cacique Vencanevi se había negado al convite que le hicieron de entrar á la parte en la muerte del P. Real, y desaprobaba la conjura; pero una vez ejecutada la muerte, comenzó á temer fuertemente y se retiró al monte rendido al temor de ser castigado de los cristianos. Desaparecieron á poco tiempo los indios de la Soledad de María, los de Santa Teresa y los del Corazón de María. No se supo desde entonces dónde habían ido á parar los indios del pueblo de los Mártires del Japón, ni por diligencias que se hicieron se adquirió noticia alguna de ellos. El cacique Zairaza estuvo balanceando y como entre dos aguas por algún tiempo. Conocía, por una parte, su inocencia, que le animaba á quedarse y mantener su pueblo de San Estanislao, pero se le avivaba por otra el peligro inminente de ser castigado. Cuando estaba así batallando consigo mismo, llegó, por desgracia, á hablar con Zairaza un indio del Nombre de Jesús, llamado Encenevi, que le ponderó con eficacia el mucho peligro en que vivía después de muerto por ellos mismos el misionero común, y que no era de presumir la muerte del padre sin consentimiento de toda la nación que á toda ella la tendrían por culpada, y, por consiguiente, sería toda ella castigada; que el consejo saludable y el único en las circunstancias, era el prevenir el golpe y ponerse en seguro de la fuerza de los españoles. En esta plática, hizo reflexión Zairaza, para daño suyo, de la solemne posesión del gobernador Toledo, y acordándose de los encargos que le había hecho á él mismo en particular, como á teniente del río Aguarico, se dejó precipitar de un terror pánico, y casi sin libertad, se determinó á ocultarse en el monte con su gente, dando fuego á las casas del pueblo para nunca más volver. Estas fueron las tristes resultas del atrevimiento de Curazaba, que de un solo golpe arruinó hasta ocho pueblos y cortó las esperanzas que se tenían de una delicada y floreciente cristiandad en la provincia de los Encabellados.

Entre tantas desgracias fué de algún consuelo á los misioneros la firmeza que experimentaron en otros pueblos del mismo partido que por asaltos y solicitaciones que les hicieron se mantuvieron firmes y constantes en sus puestos, creyendo que por la culpa y temeridad de unos pocos, no serían castigados los que no habían tenido parte en el delito. Ayudó mucho á su firmeza la diligencia del P. Joaquín Pietragrasa, que no sólo mantuvo quietos á los indios de su pueblo de San José, sino procuró quitar de todas las maneras el miedo y temor á los demás. A esta deligencia y á la índole de la gente más pacífica se debió la subsistencia de los de San Luis Gonzaga, de los de San Bartolomé de Necoya y de los de San Juan de Paratoas. El pueblo de Santa María de Guayoya dió en esta ocasión un ejemplo señalado de constancia, porque el cacique Guanzamoya mantuvo por sí mismo quieta toda su gente sin querer siquiera oir á los que pretendían atraer á la sublevación el pueblo. Así que de trece pueblos de la nación Encabellada faltaron ocho después de la muerte violenta de su misionero y quedaron sólo cinco, en la realidad poco numerosos, pero

que habiendo estado firmes en la prueba daban esperanzas fundadas de su duración.

Informado el presidente de Quito de todo lo sucedido en el pueblo de San Miguel y del daño casi irreparable de los demás, dió la comisión del castigo de los culpados y cabezas al gobernador de Avila y de Archidona con facultad de juntar indios y de obligar á algunos mestizos á la ejecución. El viaje se difirió como suele suceder frecuentemente, por varios pretextos, y dió lugar á los agresores á que se escondiesen y pusiesen en salvo, á lo que pensaban. Pero si no cayeron en manos de la justicia humana débil y flaca en aquellos parajes retirados, no pudieron escapar de la divina, que tiene el brazo más largo y poderoso. Esta la experimentaron en varias maneras los que ejecutaron ó tuvieron parte en las muertes, que ocasionaron tantos daños en su gente.

La primera señal de la justicia divina fué no hallar aquellos perversos alguna acogida entre sus antiguos amigos, que luego que asomaron á sus casas, de común consentimiento los amenazaron con la muerte si no se retiraban. Con esto los infelices volvieron pie atrás muy recelosos de que debiendo temer de todos fácilmente les quitarían la vida si no vivían muy prevenidos. La segunda fué no hallar ningún socorro, mantenimiento ni comida en sus antiguas tierras, en donde son tan comunes las chontas que vienen de suyo sin cultivo y sirven de alimento á los naturales. Pero en aquel año no habían llevado fruto estas palmas, con novedad tan rara, que no se acordaban los nacidos haber sucedido jamás una esterilidad tan extraordinaria. La tercera, que las parcialidades confinantes que les visitaban cuando estaban poblados y les servían á tiempo por el interés y canvalache de algunas cosillas que les daba en el pueblo el misionero, ahora se declararon enemigos capitales matando á cuantos podían haber á las manos y no permitiendo que llegasen impunemente á sus cercanías. De donde nació que cayeron en tanta miseria, necesidad y falta de todo lo necesario para la vida, que muriéndose los párvulos apenas pudieron conservar la vida los adultos, sustentándose de raíces y frutas silvestres que ni en su misma gentilidad comían ni probaban.

Estos castigos de la justicia divina fueron como generales y comunes á toda la gente retirada. Otros se observaron más particulares y visibles en los más culpados. El cacique de San Miguel, que concurrió bien inmediatamente á la muerte del misionero, á pocos días de haber llegado á sus tierras enfermó gravemente, padeciendo terribles congojas por algunos días con alguna inquietud y desasosiego. Causaba grima á los demás verle tan rabioso, y más cuando lleno de furor y despecho murió con todas las señales y visajes de un condenado. Su mujer y familia quedaron repitiendo: «Dios se ha enojado con él por la muerte del padre.» Curazaba, causa y autor de la sublevación, y que había descargado impiamente contra el misionero el macanazo, hallándose en una choza del monte, vestido de un alba que había negociado en el tumulto, ceñido con un bejuco y envuelta la cabeza con una estola, fué cercado en día claro de

unos gentiles y uno de sus mayores amigos le partió la cabeza de un hachazo; los compañeros dieron también la muerte á su mujer y á otros adultos, reservando con vida á unos muchachos y muchachas que llevaron á vender á los Sucumbios. No escapó con la vida el que dió la muerte á Juanico Ibarra, porque vino á morir el malvado á manos de los indios del pueblo del Nombre de María. Finalmente, se supo después que habían sido muertos á lanzadas los que mataron al mozo Domingo, y dieron de lanzadas al padre derribado en el suelo. En suma, aquella infeliz gente se vió precisada á vaguear sin hallar donde poder hacer asiento, perseguida de todos y con un continuo temor y sobresalto de ser buscada de los cristianos para el castigo, no pensando en otra cosa que en internarse más y más en aquellos bosques, por no tener sitio ninguno por seguro.

CAPÍTULO XI

VUELVE EL P. MARTÍN IRIARTE Á LOS ENCABELLADOS Y RECOGE MUCHA GENTE ESCONDIDA EN LOS MONTES

Afligió mucho á los misioneros la muerte del P. Francisco Real, y les tenía en gran cuidado la huida de tanta gente á sus antiguas madrigueras, después de haberla recogido con tanta fatiga y dificultad. Viendo que no sería fácil tomar desde Quito pronta providencia para reparar tantas quiebras, se juntaron á consulta para deliberar sobre los medios que debían tomar por sí mismos acerca de la restauración de tantos pueblos desamparados. Fueron de parecer los misioneros más antiguos y de mayor experiencia que sin dar largas ni más tiempo á los huidos á que volviesen á sus antiguas y gentílicas costumbres, volviese prontamente á los ríos de Napo y Aguarico el P. Martín Iriarte, que algunos meses antes había salido de este partido por su salud quebrantada. Y á la verdad, este solo entre todos los operarios de la misión era el más á propósito y oportuno para recoger á los huidos, así por el mayor conocimiento que tenía de los Encabellados, como por ser el único lenguaraz de la nación.

Partió luego el P. Martín para ejecutar la comisión que le encargaban; y llegado en el año de 45 á Santa María de Guayoya, cuyo cacique se había mostrado muy fino en la general sublevación, fijó en cierta manera su residencia en este pueblo, que estaba en la mejor situación para las entradas al monte en busca de los retirados. La gente moza del pueblo le acompañó en los viajes, y los demás le suministraron los bastimentos necesarios para las jornadas. Y al mismo tiempo que esta reducción sirvió tanto al restablecimiento de los pueblos arruinados, tuvo también un número considerable de varias familias, que la hicieron la más numerosa por entonces de todo el río.

El primero de los caciques retirados á quien pudo hablar el misionero fué el de San Pedro, que manteniendo caminos abiertos hasta el pueblo desamparado, pudo recibir fácilmente un aviso del padre que deseaba verle y tratar con los suyos, previniéndoles que no venía de guerra sino de paz, y que no se trataba de rigor ni de castigo, sino de perdón y de amistad. No le disgustó al principal el recado, y á poco tiempo pudo hablar con el padre, que logró el persuadirle á la vuelta y restablecimiento de sus gentes, como lo hizo con toda prontitud, actividad y diligencia, porque antes de acabarse el año tuvo ya hechas casas y formadas sementeras á poca distancia del pueblo viejo, en un cerrico que da vista á la boca del río Aguarico, más arriba de la junta de éste con el río Napo.

En la reducción de los indios del Nombre de Jesús no tuvo que vencer muchas dificultades, porque habiendo dejado iglesias y casas en el pueblo, sin poner fuego ni hacer novedad en ellas, todavía conservaban afición á la población y estaban como á la mira de las prevenciones ó disposiciones del castigo, temiendo ser envueltos con los agresores. Y como estaban en tan buena disposición, lo mismo fué aparecer en sus tierras el misionero y asegurarles el perdón, que volver el cacique Maqueye con sus indios á la reducción, en donde se mantuvo sin novedad alguna con la esperanza de tener nuevo misionero por ser la parcialidad numerosa. Los de la reducción del Corazón de María volvieron á diligenciar del P. Martín el mismo sitio que habían ocupado á los principios, y en este paraje permanecieron por diez años, hasta que se juntaron finalmente con los indios del Nombre de Jesús.

Anduvo el padre muy solícito para traer la gente del pueblo de San Estanislao, en donde el gobernador Toledo había tomado solemne posesión de todo el partido en nombre de S. M. Católica. A este fin, había dilatado la mudanza ya determinada y casi necesaria á mejor sitio del pueblo de San Luis Gonzaga, por cuyo medio creía poder reducir á los de San Estanislao. En efecto, trabajaron muy bien aquellos indios para atraer á sus hermanos, y no excusaron repetidos viajes á los montes para quitarles el miedo en que los había puesto el malvado indio Encenevi y asegurarlos de la paz y amistad de los españoles. Pero faltando el gobernador y cacique Zairaza, muerto de melancolía y tristeza, que era como el alma del pueblo, y no hallándose otro que entrase en el empeño, sólo se logró el que saliesen unas pocas familias á la orilla de Aguarico y que se juntasen con otros. Los indios de la Soledad de María se mantuvieron escondidos en sus selvas, prevaleciendo el temor á las buenas esperanzas que no dejaban de dar desde su retiro. Sin embargo, con el beneficio del tiempo fueron saliendo algunas personas mal halladas en los bosques y miseria y se agregaron á otros pueblos. En Santa Teresa de Pequeya quedaron varias familias después del alzamiento, y se pensaba por medio de ellas recoger fácilmente á los huidos, pero sucedió con estos indios todo lo contrario á que se persuadía el misionero,

porque la gente que había quedado se retiró también al monte con ocasión de una peste ó epidemia que sobrevino.

El último pueblo de los alzados que redujo el P. Martín fué el mismo de San Miguel, donde se ejecutó la muerte del P. Real, y desde donde se fué extendiendo la sublevación á los demás. Por Diciembre del año 46, tuvo ocasión el misionero de hablar á uno de los retirados en San Miguel que apareció en el pueblo de San José. Supo de él que aunque duraba comúnmente en sus paisanos el miedo de ser castigados de los españoles, pero que saldrían sin duda del lugar de su retiro con la seguridad del perdón, y que este pensamiento se le hacía muy creible por haber ya muerto en los montes no sólo aquellos que habían concurrido inmediatamente al delito, sino también otros muchos que habían convenido en la sublevación, y que á la verdad sólo estaba con vida la juventud y alguna otra familia de las más sanas que no habían tenido parte en la muerte de su misionero. Con estas noticias empezó el padre á tratar con los retirados de su vuelta, asegurándoles que quedaría en olvido todo lo pasado, y que salía por fiador del perdón por parte de los españoles. Tuvo buen efecto este manejo, porque fiados de la palabra del padre, dejaron sus escondrijos y empezaron á formar un pueblo, por entonces pequeño, poco más abajo del sitio en donde estaba el antiguo. Así se repararon en parte las quiebras de tantas reducciones como desaparecieron con ocasión de la muerte del P. Francisco Real.

CAPITULO XII

INVASIÓN QUE HACEN UNOS GENTILES EN EL PUEBLO DE SAN JUAN BAUTISTA DE LOS PARATOAS

En este mismo tiempo en que andaba el P. Martín recogiendo con tanto afán y fatiga la gente dispersa por los montes, sucedió una desgracia en el pueblo de los Paratoas, que por poco no fué ocasión de su última ruina. Dejamos esta reducción situada en las orillas del río Alpayacu con esperanzas de agregarlos con el tiempo á alguno de los pueblos más cercanos ó de San José ó de Santa María de Guayoya. Los Paratoas se habían mantenido firmes en este lugar, y procedían en todo con sujeción y rendimiento. Habilitados ya en el manejo de la cerbatana y diestros en cazar con este instrumento tan ventajoso, empezaron á internarse por el monte en seguimiento de aves y de monos, que hallaban en mayor abundancia mientras más se metían por los bosques. Ha sido común observación en las demás partes, porque al principio encuentran mucha caza los indios en los contornos de sus establecimientos, pero á poco tiempo se ven en la precisión de alejarse de las reducciones para buscarla, porque la poca que queda, perseguida y acosada huye de la gente y se retira á sitios apartados.

Después de la experiencia que tenían los Paratoas en sus distantes cazaderos, no se recelaban ya de apartarse por muchas leguas de su pueblo cruzando bosques y montes, por la esperanza de encontrar aves y monos. Y esto lo hacían con tanta mayor seguridad y confianza, cuanto tenían por más cierta la persuasión en que estaban de no hallarse por aquellas tierras indios de nación alguna. Pero en esto vivían engañados, porque en una de estas cazas descubrieron, como á dos días de camino de su pueblo, rastros de indios. Siguiéronlos por curiosidad, y por sus observaciones llegaron á conjeturar que podrían ser los rastros de alguna parcialidad de Icaguates retirada en el alzamiento del pueblo de San Xavier. Como es la curiosidad tan poderosa en todo indio, tiraron adelante para certificarse más, y dieron con una casita pequeña que procuraron cercar con cuidado. Pero no fué tanta la cautela que no fuesen sentidos de los que vivían en ella. Conociendo los Paratoas que estaban descubiertos, echaron mano de las armas, y poniéndose sobre la defensa gritaban con voces que insinuaban amistad, mas los de dentro clamaban con demostraciones que indicaban acometimiento de enemigos. Trabóse á poco tiempo la refriega, y á buen librar se retiraron los Paratoas del combate con algunas heridas, pero sin quedar ninguno muerto. No supieron el daño hecho en los gentiles ó si habían quedado algunos tendidos en tierra, mas la resulta mostró haberse dado por grandemente ofendidos y agraviados, que no suele ser tan común sino es cuando preceden algunas muertes.

A pocas semanas del encuentro acometieron los gentiles ofendidos el pueblo de San Juan, y lo hicieron contra costumbre en día claro, cuando estaban sin resguardo por haber salido los hombres, unos á sus cazas y los otros á trabajar en los campos, á cuya causa fué bien poca la resistencia del pueblo. Descubrió á los enemigos una mujer que, saliendo por la mañana á la heredad en donde trabajaba su marido, reparó en algunos bultos que se descubrían á alguna distancia y observándolos con mayor cuidado, conoció ser gente enemiga que venía caminando bien armada hacia el pueblo. Desvióse del camino por no caer en sus manos, y por un atajo fué corriendo á dar parte á su marido de lo que presumía. Este, haciendo retirar á su mujer á la parte opuesta, encargándola que allí se mantuviese escondida mientras duraba la zufa, de que no dudaba, tomó prontamente sus armas, é hizo que otros indios que estaban también trabajando en sus sementeras tomasen las suyas y le acompañasen para la defensa del pueblo que peligraba.

Pero por maña que se dieron á que corriese la voz por los campos en que estaban trabajando los Paratoas, y por presto que se armaron y juntaron para hacer rostro al enemigo, ya los gentiles volvían á sus tierras por el mismo camino, hechas algunas muertes en las gentes flacas del pueblo, y robados los trastecillos y herramientas que hallaron en las casas. La gritería y algazara con que caminaban por el monte, avisaba á los que venían al socorro de la reducción del peligro en que los ponía el encuentro. Por esto se desviaron, y puestos en distancia proporcionada,

observaron que eran muchos más los enemigos; por cuya causa no atreviéndose á venir á las manos, los dejaron pasar sin resistencia, teniendo por más acertado volverse á su pueblo. Encontraron aquí siete muertos, dos hombres y cinco mujeres, y hubieran sido muchos más los que hubieran perecido, á no haberse librado del peligro de los bárbaros huyendo al monte y escondiéndose en los sitios más retirados.

Quedaron los de San Juan tan acobardados con el encuentro y tan amedrentados con la invasión, que no se atrevían á salir del pueblo ni se tenían por seguros en sus mismas casas. Dieron aviso á un hermano coadjutor, por nombre Salvador Sánchez, que residía en el pueblo de San José, y él era el único misionero que se hallaba en proporción de ayudarlos. Pedíanle con instancias que les ayudase con su gente para una entrada que pensaban hacer al monte para asegurarse de la distancia y del número de los gentiles agresores. Pero advertido el hermano en esta y en otras ocasiones, como veremos, y con menor experiencia del genio de las gentes, ofreció desde luego ayudarles en lo que pensaban. Su intención parecía buena, y engañado de lo que le decían los Paratoas de no haber más de una ó dos casitas que podían cercar muy fácilmente, dispuso el viaje con algunos mozos briosos de su pueblo. Lo que sucedió en esta entrada, el modo con que se hizo y la gente que se descubrió en la jornada lo refiere el P. Martín Iriarte, á quien condujo por este tiempo la divina Providencia al pueblo de San Juan, y pudo con su prudencia impedir los desaciertos y malas resultas que se hubieran seguido de la intrepidez é inconsideración del hermano.

«Fué providencia de Dios, escribía este misionero, que con el aviso que tuve de lo acaecido en San Juan me pusiera en camino, subiendo de San Xavier á Icaguates para enterarme de todo. En los Paratoas supe que esperaban de día en día al hermano Salvador para entrar en las tierras de aquellos gentiles, y por su modo de hablar y por la prevención que tenían de armas, conocí que su intento era tomar venganza. Procuré aquietar los ánimos, y ofreciéndoles tomar providencia para su seguridad y consuelo, pasé al Nombre de María. Al día siguiente de mi llegada á este pueblo llegó también de San José el hermano Salvador muy prevenido de sogas para amarrar á los gentiles, y acompañado de varios mozos valientes, armados de lanzas y rodelas. Dándome por desentendido de lo que sabía por los Paratoas, le pregunté para más enterarme del designio de aquel viaje. Voy, me respondió con franqueza, á sacar á los gentiles que hicieron las muertes en el pueblo de San Juan. Afeéle la determinación como mal pensada y fuera de la facultad que únicamente se le había dado de cuidar del pueblo, estando reservadas al superior semejantes entradas, y no siendo permitido ni aun á los sacerdotes misioneros el hacerlas sin su licencia y aprobación.

»Quiso el hermano á los principios mantener su empeño alegando sus razones, pero le hice desistir de su modo de pensar soldadesco y poco conforme á nuestro modo suave de hacer el bien que podemos y de evi-

tar las violencias que siempre traen mayores daños. Pero no pude conseguir tanto de la gente que se cerró en hacer el viaje en que pensaba, aunque fuese sólo teniendo por afrenta y cobardía desistir de lo empezado. La resistencia se aumentó con el empeño de los de Santa María, los cuales querían se hiciese el castigo, y dándome en rostro con el poco amor que yo mostraba á la nación, añadían que todos se retirarían si me mantenía en negarles la facultad de escarmentar á sus enemigos, que esta era la costumbre inviolable de la nación, no ceder jamás al derecho de tomar satisfacción de los agravios que se la hacían.

»Viéndome en este aprieto por la simplicidad del hermano, tomé un corte medio de que se hiciese en hora buena la entrada, pero no como querían ellos y como había ideado el hermano, sino como yo dispuse y sujetándose todos al modo que nosotros practicamos. Vinieron en esto sin dificultad los indios de Santa María, y éstos persuadieron lo mismo á los mozos de San José más empeñados en su primera resolución. Las condiciones que les puse para la entrada, fueron éstas: 1.ª, que ninguno debía llevar rodela; 2.ª, que debían observar las órdenes que diese un capitán, el cual no había de mandar cosa alguna sin mi parecer ó sin consentimiento mío; 3.ª, que habían todos de guardar el orden que se diese de marchar por el monte tomando puerto en el río Guatiguay; 4.ª, que los delanteros se guardasen de dar asalto á la casa ó casas que se encontrasen ó de acometer á los gentiles que se topasen en el camino sin esperar á que llegasen todos y que se viese lo más conveniente en las circunstancias, y si entre tanto huían algunos, sólo se debía tratar de cogerlos buenamente y de ninguna manera tirar á herirlos y mucho menos de matarlos.

»Con estas precauciones emprendimos el viaje, y después de dos días de navegación por el Napo hasta la boca del río Guatiguay, caminando por otros dos y medio contra las corrientes de éste, tomamos puerto. Saltaron á tierra los que iban como exploradores, en una pequeña canoa, y habiendo descubierto camino, volvieron á esperarnos á las orillas del río. Dejadas aquí las canoas con alguna gente que de ellas cuidase, entramos con cautela por el monte, por donde caminamos dos días. Encontramos dos trampas en el primer día, pero como se andaba con orden y con cuidado, se evitaron fácilmente. Al anochecer del día segundo, dimos con una casa recientemente dejada porque tenía sementeras á su lado. Determinamos hacer noche en este sitio, y para mejor asegurarnos del paraje, se hizo registrar si había cerca alguna casa que nos pudiese incomodar. Como á media hora, volvieron los enviados con la noticia de que á media legua de aquel sitio estaba una casa grande á donde guiaba un camino ancho y muy trillado. Con este conocimiento hubo centinelas arregladas por toda la noche, y al amanecer salimos con orden hacia la casa.

»La persona que hacía de cabo repartió la gente y dió las órdenes para que se evitasen violencias y venganzas, y cuando se llegó á dar

vista á la casa se tiraron á coger las retiradas. No se hizo la disposición con tanto silencio que no sintiesen el rumor y pisadas los que estaban dentro de la habitación. Salieron algunos hombres, y viendo que se acercaba gente desconocida, entraron con precipitación á tomar sus armas, pero queriendo salir, hallaron ya más número de gente de la que pensaban, y no queriendo arriesgarse, dieron voces á los suyos para que se diesen á la fuga porque venían enemigos. La casa era grande y la ocupaba mucha gente; fuera de las puertas principales comunes á todos, tenía otras puertas pequeñas cuantas eran las familias que habitaban en ellas; con que á un tiempo mismo pudieron salir todos, chicos y grandes, y ponerse en salvo sin poder haber á las manos más que á una mujer. Acariciámosla poniendo en sus manos los donecillos y regalos que aprecian estas gentes. No dejó de sosegarse algo con estas demostraciones, pero no cesaba de poner miedo á los nuestros dando á entender que había un gran número de gentiles en aquel contorno.

»En este tiempo se descubrió un golpe de hombres, armados de lanzas y rodelas, que á distancia de menos de un cuarto de legua de la casa tomaron un collado. Desde allí nos daban voces que no se pudieron entender, pero por señas y por la algazara nos insultaban y amenazaban con sus lanzas. Apartéme yo de nuestra gente, y puesto como en medio de la distancia de unos y de otros, procuré dar á entender por señas y por voces de *Amico*, *Amico*, que entienden todos los gentiles, y con mostrar algunas herramientas que no queríamos otra cosa que su paz, amistad y correspondencia. Empezaron á serenarse con estas demostraciones; mas otra tropa de gente que se les juntó de hombres armados, alborotó la calma y volvieron á los gritos, meneos y silbos que indicaban su mala disposición.

»No costó poco contener á nuestra gente que porfiaba en querer acometer á los gentiles por dos partes cogiéndolos en medio, y aunque por la ventaja de algunas armas de fuego se podía esperar hacer más daño del que pudieran hacernos, no tuve por conveniente permitir el rompimiento. Hice armar una cruz, y levantándola en la plazuela de la casa, colgué de ella algunas herramientas y donecillos á que atendían ellos desde el collado en donde se mantenían. Entonces dejamos ir á la mujer que habíamos cogido sin hacerle daño, y bien cargada de regalos para que los mostrase á los suyos y procurase aquietarlos. Luego que llegó al cerro le rodearon todos á porfía, y observamos que pasaban de mano en mano los dones y apuntaban á la cruz con la mano. Con esto cesaron los gritos, y nosotros percibíamos el murmullo de su conversación, pero por más que esperamos, se mantuvieron en su terquedad de no bajar del collado. Entre tanto seguimos algunas sendas, y por ellas descubrimos otras casas de igual tamaño; y haciendo juicio que por ser tantos no dejarían el orgullo y arrogancia, y que sólo se conseguiría el que nos insultasen haciendo de valientes, se disparó una escopeta al aire para que conociesen cómo éramos superiores á ellos en las armas.

A su estruendo enmudecieron enteramente, y poco á poco se fueron retirando. Todas las señales eran de no estar distantes del río Curaray en cuyas cercanías sabíamos hallarse mucha gente, y por no exasperarlas ni exponernos á emboscadas en la vuelta, determinamos hacer prontamente nuestra retirada.

»Salimos de este sitio como á las diez de la mañana, y en el resto del día deshicimos el camino que á la ida nos costó más de día y medio. No resultó cosa alguna ventajosa por entonces á la nación que descubrimos, á la cual los indios del Napo llamaban Auves. Pero se averiguó después que pertenecía á los Iquitos, con el distintivo de la parcialidad de Concores que después de algunos años traté en el río Nanay. Por lo que toca á los Paratoas, les fué muy provechosa la jornada, porque desde entonces vivieron sin susto de enemigos, y no descubrieron señal de que anduviesen gentiles por los montes, que cruzaban en busca de sus cazas. De esta manera se mantuvieron en paz, hasta que por los años de 1752 subieron al pueblo del Nombre de Jesús y se agregaron á esta reducción, bien que disminuidos por los muchos contratiempos hasta el año de 1768 en que faltaron nuestros misioneros.»

Hasta aquí la relación del P. Martín Iriarte, cuyas palabras me ha parecido copiar para que se vea cuán asentados, circunspectos y cautelosos andaban los misioneros en sus entradas á los gentiles, dirigiendo á los indios en las más mínimas acciones, atando corto á los exploradores y observando la mayor cautela para no ser sorprendidos. Sin estas precauciones solían ser las entradas más dañosas unas, otras inútiles y muchas servían sólo de exasperar los ánimos y darles motivo de enajenarse de los nuestros.

CAPÍTULO XIII

QUIEBRAS DE LA MISIÓN EN AGUARICO Y NAPO

Aunque el P. Martín Iriarte se había esforzado con bastante feliz suceso en reparar las quiebras ocasionadas de la muerte del P. Real, y repuesto de varios pueblos, á costa de muchos viajes y fatigas, no duró mucho la bonanza después de tan deshecha tempestad. Había trabajado tanto el P. Joaquín Pietragrasa en mantener los indios de San José para que no huyesen á los montes, y en serenar á los demás pueblos para que no siguiesen el partido de Curazaba, que enfermó gravemente de tanto afán y fatiga, y peligrando su vida se vió precisado el superior á sacarle á tierras más saludables. De esta fatal mudanza nacieron los inconvenientes que desde el año 46 hasta el de 50 se vieron en las reducciones nuevamente formadas del P. Iriarte y en algunas de las que perseveraban firmes en el general alzamiento; porque no habiendo sacerdote alguno que de ellos cuidase, y dejadas al cuidado y dirección del hermano

Sánchez, se disminuyeron notablemente y aun comenzaron á enajenarse de los padres por las ideas extravagantes del hermano.

Cuidó éste á los principios del pueblo de San José con mucha aplicación y celo, introduciendo con maña los entables de los más antiguos pueblos, y manteniéndole sin decadencia en el número de gente. Persuadíanse con esto los padres á que los trabajos del hermano Salvador no serían menos útiles y ventajosos á la misión que los de otros hermanos coadjutores que le habían precedido y habían servido con edificación en su grado en los ministerios que se les encomendaban. Pero presto comenzó á descubrir su genio impetuoso, y á dejarse llevar de un celo indiscreto, porfiado é impertinente. Vimos en el capítulo antecedente su primera imprudencia en querer traer á los gentiles enemigos de los Paratoas amarrados con sogas, como si fuera gobernador de Borja. Pero si en este lance le pudo ir á la mano el P. Martín Iriarte, ahora que miraba como inminente su salida del Napo y Aguarico comenzó á meditar nuevos proyectos fuera de la facultad que se le había concedido. Era su intención juntar varios pueblos, no haciéndose cargo de lo peligroso de la ejecución, y lo que era más expuesto á disturbios, enviar la gente de otros á la ciudad de Archidona, á Santa Rosa y al pueblo de Napo.

Primeramente quiso agregar los indios de San Bartolomé al pueblo de San José, y como hallase en ellos la repugnancia regular entre parcialidades diversas, se empeñó en vencerla con fuerza. Mas ellos le dejaron burlado, retirándose todos al monte y escondiéndose de manera que no dejasen rastro ni indicio de su paradero. Supo la resolución del hermano y el retiro de los de San Bartolomé el P. Iriarte antes de salir de aquel partido, y admirado de tanta intrepidez y de tan poco rendimiento en un hermano á quien acababa de corregir y quitar de la cabeza la entrada soldadesca, se resolvió á detenerse y remediar por sí mismo los daños que había causado con su empeño porfiado. Comenzó á explorar los parajes donde se podrían haber escondido los de San Bartolomé; pasó ríos, atravesó bosques y supo, finalmente, el sitio fijo donde se hallaban. Envió unos mensajeros, rogando al cacique que volviese con los suyos y dándole alguna satisfacción por la fuerza hecha; le aseguró que se le dejaría con su gente en el pueblo, sin molestarle á que pasase al de San José. Salió inmediatamente y le fué siguiendo poco á poco la mayor parte de la gente de la parcialidad.

De esta manera puso algún remedio al segundo desacierto del hermano, pero no pudo remediar los que se siguieron por hallarse ya fuera del partido del Napo y Aguarico. A la verdad, debieron ser muy urgentes las razones de su salida, y grande la precisión de dejar á cargo de un hermano que había dado bastantes muestras de su dureza de juicio y de su genio impetuoso, toda la nación de los Encabellados. Como quiera que ellas fuesen, quedó Sánchez solo en aquella provincia, y no teniendo sacerdote alguno que le fuese á la mano en sus importunas ideas, comenzó con más libertad é independencia á poner por obra sus proyectos. Pre-

tendió sacar la gente de su partido á otros pueblos que estaban fuera del distrito de la misión, y enviar mozos y mozas á la ciudad de Archidona y á los dos pueblos de Santa Rosa y Napo, creyendo que viviendo entre cristianos viejos se amoldarían mejor á las prácticas cristianas. La intención no parecía mala, pero el medio, fuera de ser incierto, era imprudentísimo y las resultas bien funestas. Porque los indios ó pasaban contra su voluntad y con grandísima repugnancia á vivir entre gente desconocida y á países distantes del lugar de su nacimiento, ó se escapaban á los montes, dejándole burlado.

Esto se vió más particularmente en el pueblo del Nombre de Jesús, uno de los más numerosos, donde sacados por fuerza y violencia algunos jóvenes de uno y otro sexo, se escaparon muchos al monte por librarse del peligro; y se hubiera deshecho todo el pueblo, si el cacique Maqueye no se hubiera mantenido firme contra las determinaciones del hermano, y hubiera ido sacando poco á poco del monte á los retirados, asegurándoles que no hallarían en la reducción el peligro que temían. Los mismos efectos se vieron en la reducción de Santa María de Guayoya. Había padecido este pueblo una peste de sarampión y de cursos de sangre, la cual, aunque fué bastante general en los demás pueblos, pero en ninguno de ellos hizo tanto estrago como en este de Santa María, en donde arrastró á la sepultura la mitad de la gente, y horrorizados los otros del mal y del estrago, se refugiaron á los montes. Pero mal hallados en aquellos escondrijos, los que quedaron con vida se volvieron á poco tiempo á las orillas del río, y teniendo horror al antiguo sitio por las señales que duraban de las miserias pasadas en la boca del río Guayoya, escogieron sitio nuevo á sus orillas media legua más arriba y en este lugar formaron su pueblo. Había muerto en la peste el buen cacique Guanzamoya y sucedióle en el oficio otro indio de menos séquito, pero de igual celo y solicitud, y de una actividad y eficacia nada inferior á la de Guanzamoya. Procuró éste recoger la gente que quedaba dispersa por los montes y no paró hasta formar una mediana reducción. Hubiera crecido sin duda el número de personas, según las diligencias del cacique, si no se hubiera también atravesado en la nueva reducción el empeño del hermano Sánchez en sacar gente para Archidona. Porque, exasperados los indios con el sentimiento de haber de dejar su tierra y sus parientes, se resistían á salir de los bosques y varios de los que habían ya salido se volvían á ellos.

CAPITULO XIV

VARIOS SUCESOS QUE ACAECIERON POR ESTE TIEMPO EN LOS DEMÁS PARTIDOS DE LA MISIÓN

Entre tanto que por el Aguarico y el Napo se lloraban las quiebras de aquella cristiandad, sucedieron algunas cosas notables en lo alto y en lo

bajo del Marañón y en las tierras de los Andoas. No podemos señalar el año fijo en que todas sucedieron, pero podemos asegurar que pasaron después del año de 1740 y antes que entrase el de 1750. La principal que causó lástima y compasión á los misioneros fué la desgraciada quema de la iglesia, casa del misionero, y archivo del pueblo de Santiago de la Laguna, cabeza de toda la misión, y parece haber sucedido el incendio por los años de 1749. Quiso su misionero, el P. Ignacio Falcón, probar un cohete ó volador de los muchos que había preparado para una fiesta solemne que se había de celebrar con ostentación dentro de pocos días. Era esta una costumbre bastantemente introducida en los pueblos antiguos que, como más arraigados en cristiandad, gustaban de celebrar las funciones más señaladas con mayor ostentación y aparato, y esto les servía para formar mayor concepto de las cosas de la religión y una idea más alta de los misterios de ella. Puso fuego al volador con alguna cautela teniéndole puesto en el suelo y queriendo sujetarle para que no subiese por lo alto; mas escapándose el cohete y serpenteando por la tierra tropezó en una caña gruesa, que llevó encendida por el aire y, sin poder ninguno remediarlo, cayeron enlazados el volador y la caña en la capilla mayor de la iglesia cubierta de paja. Como estaba la materia más dispuesta de lo que se quisiera, comenzó al punto á arder toda la capilla, y en pocos momentos, se comunicó el fuego á toda la iglesia. Pasó de aquí á la casa del misionero, que estaba contigua á la fábrica, después al archivo á la cocina y que todo lo arrasó, y extendiéndose finalmente, por un barrio del pueblo donde vivían los Panos, redujo á cenizas todas las casas de los indios de esta nación.

Fué muy considerable el daño, particularmente atendida la pobreza de las tierras. Porque pereció en el incendio, no sólo aquello que tocaba al pueblo de Santiago, sino las provisiones que en él, como caja de la misión, estaban recogidas para enviar á las demás reducciones. En la iglesia se quemó el sagrario, una estatua apreciable de la Anunciación de Nuestra Señora y un cuadro primoroso del Apóstol Santiago, el púlpito, candeleros, mallas y otras varias cosas que no faltaban en un templo decentemente amueblado. Perecieron los muebles de la casa del misionero, los utensilios de cocina y todas las memorias, apuntamientos, annuas y recuerdos que se conservaban en el archivo, pérdida irreparable y muy sentida de los padres, la cual ha sido causa de que nos hallemos al presente con tanta falta de noticias y de instrumentos para la historia que escribimos y de que en muchos parajes de ella andemos al obscuro sin poder atinar con la verdad y con el orden de las cosas. Por lo cual hemos tirado á reparar esta falta, siguiendo á las veces lo que nos ha parecido en las ocasiones más creíble, natural ó verosímil.

Fuera de lo dicho, se derritieron seis arrobas de cera blanca y se quemaron novecientas varas de lona, grande cantidad de tabaco y muchas herramientas, las cuales con otras cosas de que se hacía provisión desaparecieron todas, unas deshechas y otras hurtadas, como sucede en se-

mejantes ocasiones. Porque los indios por la noche con el motivo de buscar sus cosas, revolviendo las cenizas, se llevaron hierro, acero, hachas y cuchillas. Pero lo más sensible á los misioneros fué que las alhajillas que los indios, para mayor seguridad, tenían depositadas en la casa del padre, corrieron la misma suerte que las demás. No era fácil en tanta desgracia y pérdida sosegar á los Panos, que se hallaban de un día á otro sin habitación, sin muebles y sin instrumentos para cultivar la tierra. Alborotáronse contra el misionero como causa, según decían, del incendio y de los daños que se habían seguido. Ni estaba éste para serenarlos, cuando presentándosele vivamente los daños del incendio quedó al principio como fuera de sí y necesitaba de ser socorrido de los mismos indios. No faltó un fiel Cocamilla que viendo el desmayo de su misionero y que no regía la cabeza en turbación tan grande, se puso luego á su lado para que no pereciese en el fuego y no cayese en el agua, en que hubiera sin duda caído, si el buen indio viendo que se iba á despeñar, no se hubiera abrazado con él y le hubiera contenido fuertemente como más forzudo.

En medio de tanta confusión, gritos y alaridos y lágrimas pudo el padre en algunos intervalos que logró de serenidad salvar algunos ornamentos y alhajas de la iglesia, pero no pudo sosegar el alboroto de los Panos, que proseguían feroces amenazando por sus pérdidas, hasta que avisado el superior de la desgracia del pueblo vino apresuradamente, y con su buen modo y con la oferta de resarcir á los Panos todos los daños causados en el incendio, lo compuso todo, y dejó en calma y serenidad toda la gente.

En efecto, luego que se pudo, se repararon las pérdidas ocasionadas á los Panos y demás indios, y lo que es más, el mismo misionero á quien sucedió la desgracia, hizo después una hermosa iglesia de tapiales harto mejor que la primera, la pintó primorosamente y la adornó con bello gusto y simetría. No contento con esto, pasando después á Lima con el oficio de procurador, la enriqueció con ornamentos y alhajas, extendiéndose también su liberalidad á las iglesias de los demás pueblos. De esta manera convirtió el Señor un daño tan grande en mayor bien del pueblo de Santiago.

Esto en lo alto del Marañón: en lo bajo de él hizo el P. Jaime de Torres con algunos Yameos varias entradas por el río Tigre hasta el Necamumu, pacificó algunas casas, bautizó párvulos y trajo consigo como sesenta Iquitos, á quienes dispuso un pueblo á las riberas del río Tigre. Suplió el nuevo pueblo la falta del de San Juan Nepomuceno, que se deshizo por falta de misionero, pasando unos ochenta Iquitos al de San Pablo de Napeanos, y agregándose otros al de Santa Bárbara, aunque no faltaron algunos que se retiraron al río Blanco, de donde fueron saliendo con el tiempo, como veremos.

En el partido de Pastaza salió el P. Sebastián Imbert acompañado de treinta indios en busca de Andoas fugitivos. A dos días de navegación por este río llegó á un sitio en donde se le junta otro río llamado Capiru-

nayaco, y haciendo juicio que no estaban lejos de este paraje los indios que buscaba, dejó varadas en seco doce canoillas que llevaba, enterró la yuca y colgó los plátanos de árboles ocultos para tener este recurso de alimento si el viaje fuese largo, y comenzó su derrota por los montes. No parece haber sido de muchos días la entrada, porque tropezó luego con varios Andoas, de los retirados cristianos unos y catecúmenos los otros. Hallólos muy tristes y desconsolados con una especie de epidemia de calenturas y cursos. Acertó á curarlos, y con este nuevo beneficio trajo fácilmente consigo cincuenta y dos personas, que acomodadas en las canoillas, llegaron, con mucha consolación del padre, á su antiguo pueblo y en él perseveraron.

Poco después de la entrada del P. Imbert, se agregaron á los Capavanas otras familias de Andoas también fugitivos, que escapados de la ciudad de Borja, adonde habían sido trasladados, no dejaron indicios en la fuga de su paradero, ni los misioneros pudieron averiguar el sitio de su retiro, hasta que ellos mismos, de suyo, se volvieron cansados de vivir en los bosques. Entre los que así volvieron á los pueblos, fué muy notable y digno de memoria el modo maravilloso con que el Señor trajo á una niña que había seguido en su retiro á toda la familia. Tenía ésta otra hermanita mayor que la maltrataba, y en cierta ocasión la amenazó con azotes por haber perdido un diente de puerco montés con que se alisan y pulen las cerbatanas. Temía la pobre niña los azotes, y estando sola le vino al pensamiento meterse en una canoilla y echarse río abajo por el Morona, sin que la poca edad la hiciese pensar en el peligro inminente á que se exponía de perderse. Pero como el cielo la guiaba, puso una cruz en la proa y comenzó á navegar sola y sin pertrecho ninguno por aquel río caudaloso. No paró la canoilla hasta entrar en el Marañón, y tomando el rumbo hacia los Cavapanas, fué cogida de los indios de este pueblo. Pidióles la niña que la llevasen al padre misionero, y ellos lo hicieron con mucha voluntad, conociendo por la cruz que llevaba en la canoa que pertenecía á alguna de las familias reducidas y que no se podía presentar al misionero cosa de mayor gusto. En efecto, el P. Joaquín Pietragrasa, que cuidaba á la sazón del pueblo, se alegró sobremanera con la prenda que el cielo le traía, y tomando noticia de la niña, subió por el río Morona y redujo al aprisco de la Iglesia, con mucho consuelo de su alma, tres familias descarriadas, entre las cuales vendría, naturalmente, la hermanita mayor, que con sus amenazas había dado ocasión á la buena ventura. Estos y otros casos semejantes, aunque parecen menudos, pero son muy frecuentes en las misiones, y con ellos consuela el Señor y esfuerza el ánimo de los misioneros, que sienten en su corazón más gozo y alegría en el hallazgo de una oveja perdida, que experimentan los mundanos ricos y avarientos cuando encuentran tesoros escondidos ó minas copiosísimas de oro y plata.

Bien necesitan los misioneros de estos regalos del cielo para que no se entibie su fervor en las muchas contradicciones que experimentan, no

sólo del infierno, sino también de los hombres, de los cuales unos por falso celo, otros por ignorancia y algunos por malicia no dejan de perseguirlos, quitándoles el crédito y atribuyendo á fines torcidos lo que únicamente hacen movidos de la gloria de Dios y del bien de las almas. Pondré aquí un caso que sucedió por este tiempo y en que padeció no poco el crédito de los misioneros del Marañón y el buen nombre de la Compañía. Subían por el río Napo dos europeos de alguna cuenta cuyos nombres no tengo por conveniente expresar, y traían consigo unos contrabandos nada indiferentes. En llegando á la ciudad de Archidona se empeñaron, por ser deshecha la lluvia, en meter los géneros en la casa misma del misionero. Resistióse éste en recibir en su casa los fardos que consideraba prohibidos, mas los europeos, echando mano á las armas, le obligaron por fuerza á que desistiese de su pretensión y no llevase adelante la negativa. Dió prontamente aviso de la violencia el padre cura al provincial creyendo poder evitar de esta manera los daños que temía. Pero el medio que tomó para la seguridad y cautela dió la ocasión y motivo á la calumnia. Porque cayendo en manos de los ministros la carta escrita al padre provincial, vinieron éstos de repente á la ciudad de Archidona, y echándose sobre todo dejaron correr la voz de que el contrabando era de los jesuitas; y con haber sido bien conocidos los autores del contrabando, se vió precisado el provincial, por dar al público alguna satisfacción, de desterrar al cura en realidad inocente, á lo más retirado del Marañón. La presa se repartió, como sucede, entre alguaciles y ministros, y sólo asomaron al público algunos retazos de piezas que no serían ciertamente las más preciosas.

LIRRO IX

CAPITULO PRIMERO

VIENEN DE QUITO NUEVOS MISIONEROS AL NAPO, EN DONDE COMIFNZA Á TRABAJAR EL P. MANUEL URIARTE

Hallábase por los años de 1750 bien atrasada la misión de las alturas del Napo y del Aguarico, no sólo por el alboroto seguido en San Miguel á la muerte del P. Francisco Real, y por la poco acertada conducta del hermano Salvador Sánchez, sino también por las muchas enfermedades que habían picado en los pueblos, por cuya causa unos indios morían y otros se retiraban á los montes. El pueblo más formado del partido era el del Nombre de Jesús, que no contaba muchas almas; el de San Luis Gonzaga, que había pasado á otro sitio llamado Tiriri, era pequeñísimo. Las reliquias del de San José estaban también en un nuevo sitio y se decía la Trinidad de Capocui. El de Santa María de Guayoya, aunque duraba en el último lugar que había escogido á las orillas de este río, pero estaba muy disminuido á causa de las epidemias que habían picado más en este pueblo que en los demás. Ibase acabando el pueblo de San Juan Bautista de Paratoas, y el de San Miguel se reducía ya á pocas cabezas. Aún menos figura hacían en tan miserables reducciones los pueblos de San Bartolomé y del Corazón de María. A esto se reducía la misión del Napo y del Aguarico en este tiempo, sin sacerdote que la sostuviese ó adelantase y á la discreción de un hermano que por ser más fuerte de complexión que los padres, había resistido al temple maligno de aquellas tierras y conservado entera salud; pero con quien se debía contar muy poco por su modo soldadesco y violento, muy ajeno de la maña, caridad y mansedumbre de los misioneros.

Eran necesarios varones apostólicos para reparar tantas quiebras, y para tratar con una nación que después de tantas fatigas y trabajos y de tantos establecimientos y buenas esperanzas no acababan de amoldarse

ni dar el fruto correspondiente al penoso cultivo de tan celosos operarios. Pero ya que no se pudo lograr en ella el fruto copioso que se deseaba, no por eso perdieron sus sudores los padres que en ella trabajaban, antes hallaron en esta gente indócil una mina abundantísima de merecimientos. Ni tampoco la desechó del todo la divina Providencia que para sacar de esta parte de la misión sus predestinados movió los corazones de tres sujetos de Quito, los cuales se ofrecieron con mucho gusto al cultivo de los indios Encabellados. Fueron éstos el P. Manuel de Uriarte, natural de Vitoria en Alava, el cual de la provincia de Andalucía había pasado á Quito y acabado en ella sus estudios. El P. Isidro de Losa, quiteño, y el hermano Lorenzo Rodríguez, ropero muy edificativo del mismo colegio de Quito.

El viaje que hicieron los tres jesuítas hasta el pueblo del Nombre de Jesús, el estado de los demás pueblos y los principios de su apostólico ministerio, lo refería todo con sus mismas palabras el P. Manuel Uriarte en una relación que hizo de su primera entrada á los Encabellados, en donde se echa de ver la sinceridad, el candor y la inocencia que forman parte del carácter de dicho misionero. «Repetí, dice, mis deseos al padre provincial, con ocasión de haber muerto los Encabellados al P. Francisco Real, y huídose los pueblos de la misión. Señalóme para ella el padre provincial, dándome por compañeros al P. Isidro Losa, quiteño, y al hermano Lorenzo Rodríguez, también quiteño, ropero en el noviciado y de muy buen natural. Salimos de Quito á 25 de Diciembre, y habiendo llegado al día tercero por el cerro frío Guanamí á Papallacta, curato de los padres dominicos, anduvimos desde aquí por ocho días con nuestras alpargatas, calzoncillos, sotanas, capisayos y sombreros, llevando por báculos nuestras cruces y atravesando á pie los cerros con mucha lluvia y lodo, con espinas y por ríos peligrosos. Cuando nos cansábamos mucho, los indios estriberos nos cargaban en sus hombros y tomábamos aliento. Dormíamos en el suelo y en ranchos de hojas, y comíamos bizcocho y salado. Así llegamos á la ciudad de Archidona á pie y desangrados.

»El P. Cuéllar, que estaba solo de cura, nos hizo todo agasajo y nos hallamos, en la octava de Reyes del año de 50, á la elección de gobernador por el padre cura. Era éste un insigne viejo, y rehusaba fuertemente el cargo que le daban. Mas al fin, obligado del P. Cuéllar, le admitió, y volviéndose á su gente, le dijo con resolución y coraje estas palabras notables: *Ya veis que yo no he pretendido ni querido este cargo; me manda el padre que lo tenga; yo he de cumplir con mi obligación. Portaos bien todos, que si no habrá castigo. Yo á nadie temo sino á Dios.* Esta plática hizo un indio cristiano nuevo, elegido gobernador. ¡Qué confusión para los cristianos viejos!

»Detuvímonos en Archidona hasta que llegó el hermano Sánchez con canoas al puerto de Napo, á donde partimos á caballo por Misagualle y Tena. Embarcados en el puerto á 20 de Enero, pasamos los raudales del

río, en que peligró un mocito de la misión, mas al fin pasó por medio en su canoita. De noche tuvimos una furiosa tempestad de piedra en la playa misma, y llegamos al día siguiente por la tarde al pueblo de Santa Rosa. Aquí nos cortejó mucho el buen doctor Mateus; y hecha una pequeña misión por tres días, confesó y comulgó su gente, con mucho consuelo nuestro. Partimos á fines de mes con indios infieles y con unos ocho cristianos; y como se muriese de curso uno de los bogas infieles instruído y bautizado en la canoa, quedó aliviado de su mal.

»A dos días de navegación llegamos á nuestro San Luis de Tiriri, en donde había como veinte adultos casados, con sus casitas á medio hacer; la del misionero sólo estaba armada y cobijada. Los más estaban desnudos ó cubiertos de cortezas de árboles; repartimos de vestir á tan pobrecita gente y la dimos otras cosillas. Por medio del hermano Sánchez, que sabía su lengua, les hablamos y doctrinamos, y yo bauticé á uno que estaba de peligro y murió luego. Púsele el nombre de Juan Evangelista; y á otra india á quien administré el mismo sacramento la llamé María, porque á esta Señora y á San Juan tomamos por patronos de nuestra misión.

»Habiendo exhortado á los indios Tiriries á la perseverancia y á que juntasen otros como prometió el cacique, salimos dicha Misa la mañana siguiente, y en dos días llegamos al Nombre de Jesús, donde nos recibieron con sus tamborcillos. Hallamos siete casas con unas ochenta familias, iglesia con paredes de palmas, altar y retablos de cortezas blanqueadas, tres mantas de lamas pintadas y viejas con Jesús, María y José, asientos para los indios de palmas, una media sacristía y su silleta para el padre misionero. La casa de éste era alta y capaz con corredor y vista al río. Agasajada la gente y junta en la iglesia, rezaron dos fiscalitos respondiendo los demás. Pude decirles Misa el día de la Purificación, que no habían oído por mucho tiempo. Por orden del padre provincial nos mantuvimos aquí como mes y medio para instruirnos del hermano Sánchez, como práctico de la misión.

»A poco tiempo de nuestra llegada, empezaron epidemias de catarros y de cursos de sangre, que juntas con la persecución de dos tigres, nos dieron bien que hacer. Los tigres, al fin, logramos de matarlos, habiendo antes el mayor de los dos muerto un niño que sacó de noche de la camilla y brazos de su madre, y mal herido en cabeza y hombros á un casado llamado Manuel, que quiso Dios sanase con la copauva. De la epidemia murieron unas cuarenta personas, todas, á Dios gracias, bautizadas, menos una mujer que lo rehusaba, y cuando yo la instruía y apretaba, me decía: «no moriré», pero quedó muerta de repente una noche cuando menos lo pensaba. Trajimos todo el pueblo á nuestra casa, y así se les pudo curar y medicinar con cuidado, á que atribuyo que sanasen los más. Bauticé, entre otros, á un viejo grave (que decían haber muerto al padre de mi intérprete), y murió al lado de mi cama llamando á Jesús y María, habiendo aconsejado antes á su mujer que no se hu-

yese al monte, y que en creciendo un niño de cuatro años que tenían llamado Patricio, me lo entregase á mí para que lo enseñase, como lo hizo al año siguiente. Muerto el viejo y puesto en su camita en lo bajo de la casa, mientras iba yo el miércoles de ceniza á ponérsela á los cristianos, vino un tigre á llevarse el cadáver. Gritaron luego los fiscalitos: *¡que lo tira, que lo tira!,* y todo se alborotó. Perseguimos la fiera, pero sin fruto, y rendidos del cansancio, enterramos al viejo sin Misa.

»Hizo este tigre cosas que parecen increíbles. Nos tuvo quince días en continuo afán; venía de día y de noche; cogía perros y aves, y cuando estaba á tiro desaparecía. Yo le tuve por un cuarto de hora á tiro y aun á boca de cañón en un lodazal, mirándome de hito en hito y faltándome fuego al trabuco como sus veinte veces, cuando salía á buscar un tizón porque los indios me habían dejado solo, se fué paso á paso. Nos sacaba las gallinas, levantando con tiento unas petacas, y cuando aseguramos en ellas las pocas que dejó, vino una noche y se llevó las petacas á su cueva. Hirió después á un indio, y mientras vino á mí el pobre ensangrentado á que le curase, fué el hermano Sánchez á la casa del indio y halló al tigre sacando de la olla la cena que tenían los pobres preparada. Tiróle con el trabuco á su gusto y llevó un buen tiro en el pecho y cabeza. Aunque echó mucha sangre, no pudimos seguir el rastro, pero le tuvimos por muerto. Mas á los ocho días volvió al pueblo y cogió un perro amarrado al lado de su amo. Seguímosle de noche y sólo encontramos la presa comida la cabeza.

»Púsosele una trampa, y como un mal brujo llamado Tuinta (de quien hablaremos después largamente) lo conjurase con llamar al diablo, no quiso Dios que cayese por entonces en la trampa. Cuando supe el hecho del brujo le reñí como era razón, y echando tres bendiciones en nombre de la Santísima Trinidad, hice un voto á la Virgen de Nieva de cantar una Misa, traído el tigre á la puerta de la iglesia, si caía en la trampa. Al día siguiente, como á las cuatro de la mañana, oí un estallido y grité: ya cayó la trampa, que distaría media legua. Fueron allá los indios al amanecer, y hallaron que dos gruesos maderos habían caido sobre el tigre, y con el golpe y peso le habían oprimido. Trajéronle en triunfo á la puerta de la iglesia, y yo canté la Misa y di gracias á Nuestra Señora, Era el tigre casi como un becerro de año, los colmillos gastados de viejo. tenía en el pecho una bala larga y en uno de los ojos una posta, y en solos ocho días ya se iba curando. Desengañé á los indios, diciéndoles que mirasen bien, que ni era diablo ni indio, que bien lo necesitaban.

»El mayor trabajo en este tiempo era buscar que comer, porque los más de los indios estaban enfermos, y aun el P. Losa con nuestros Viracochitos estaba también malo. Cosa de pesca ó caza no había en qué pensar, y era menester acompañar con la escopeta por el miedo de los tigres á tal cual sano que salía á las sementeras. Pero al fin todo se fué pasando y se sosegaron los males á la mitad de Cuaresma, en que salieron el P. Losa y el hermano Sánchez al pueblo de la Trinidad de Capo-

cuí, y yo me quedé en el Nombre de Jesús con el hermano Lorenzo. Y cuando pensábamos tener algún sosiego los dos, he aquí los toros. Porque los viejos del pueblo nos decían: vosotros nos habéis traido el mal y muerto tantos, á nosotros nos conviene irnos al monte. No querían traernos cosa de comer, y ni los niños mismos querían que viniesen á la iglesia. Mas poco á poco, con paciencia, con dones y con cariños, se fué entablando el rezo y nos daban algo de comer, aunque bien pagado.

»Procuróse componer como mejor se pudo la iglesia con cosas que había traido de Quito. Pero aun en esto hubo también sus trabajos. Entre otras cosas, había traido dos cajones con dos medios cuerpos, de Jesús Nazareno el uno, y el otro de su Madre Dolorosa. Sucedió que poniéndoles sus basas ó peanas de madera, colocada ya y vestida la Virgen, estaba haciendo lo mismo con Jesús Nazareno, y puesta la túnica morada con su galón, me acordé que había dejado en casa el cíngulo. Dije á dos fiscalitos y á un mal sacristán que lo tuviesen firme con las manos, que volvía luego. En mi ausencia se juntó todo el pueblo á ver aquel espectáculo nuevo que jamás habían visto. Estaba el Señor muy lastimado y ensangrentado, y los indios decían: Este es algún padre que han muerto y herido tanto otros indios, y llegando en esta conversación á tocar el vestido, se meneó el pedestal, á que correspondió el movimiento de la estatua, y creyéndola viva y que les seguía, apretaron todos á correr y la dejaron caer en tierra. Era por trampa de los oficiales de Quito el rostro del Salvador de puro yeso pegado á la madera; y cuando yo volvía con mi cíngulo le hallé ya deshechas todas las facciones con el golpe, y, en suma, sin poder servir. Yo quedé con mucho sentimiento por la pérdida; pero los indios trocaron el susto en risa y decían con algazara: *Paire, piogi tarapué á é. No era padre, sino palo.* Expliquéles como pude lo que era imagen y representación, y poniendo en un nicho á la derecha del retablo la Dolorosa, dejé en medio un niño Jesús pintado, y ocupó la izquierda San Juan Evangelista, vestido de sacerdote, con su cara de estaño.» Hasta aquí la relación del misionero.

CAPITULO II

VISITA EL P. URIARTE EL PUEBLO DE SAN MIGUEL, Y TRAE NUEVA GENTE AL PUEBLO DEL NOMBRE DE JESÚS

Dado algún asiento á las cosas de la reducción de Jesús, empezó á pensar el misionero sobre los otros pueblecitos. Pero era necesario dejar en el Jesús persona de satisfacción que llevase adelante el rezo, y promoviese las demás prácticas que iba introduciendo, porque los indios, especialmente los más nuevos, dejan y se olvidan en pocos días de lo que han comenzado á practicar y aprender, si no tienen sobre sí quien vele sobre sus distribuciones y les repita la doctrina. Había traído el P. Uriarte

de Santa Rosa un blanco, llamado José Vázquez, que se ofreció á seguirle y ayudarle, en cuanto pudiese, en su ministerio. Era hombre ejemplar, amado de todos los que le trataban, dado á la oración, amigo del silencio, y, por lo mismo, respetado, penitente y gran frecuentador de sacramentos. No conocía el ocio, ó meditaba, ó rezaba, ó leía algún libro, ó hacía medias. Tiene el Señor providencia de que encuentren los misioneros personas de esta calidad, cuando las necesitan, para llevar el peso y carga que no pudieran ellos solos.

A este cristiano tan ejemplar dejaba encomendado el pueblo del Jesús en los muchos viajes que hizo á recoger la gente de los montes y á visitar los pueblos anejos; y satisfizo Vázquez á su obligación tan cumplidamente, que jamás tuvo el padre la menor queja contra él, antes bien, se mostró siempre muy edificado de su aplicación, caridad y modo ajustado de proceder. A fines de cuaresma, después de haber dado algunos avisos é instrucciones á José Vázquez sobre las cosas más necesarias al pueblo, salió el misionero con el hermano Lorenzo, algunos mozos y varios indios al pueblo de San Miguel. Halló bien pocos indios en el sitio que había servido de reducción, pero el nuevo cacique llamado Alonso, indio ladino y bien capaz, ofreció juntar gente, como lo cumplió. Hiciéronse varios bautismos y se explicó la doctrina por algunos días. Recogidos aquí algunos plátanos, yucas y mazato, subió el misionero con toda la comitiva por el río Aguarico con muchas lluvias y trabajo, porque la voracidad de los indios por ser el padre nuevo, en pocos días acabó con todos los comestibles y no se sustentaban de otra cosa que de unas frutas llamadas zapotes, á manera de adormideras grandes. Su carne es morada, dulce y sabrosa, y tiene dentro unas pepitas como huesos de ciruelas.

Con este sustento, que no deja de ser insípido, especialmente continuado, iban navegando río arriba cuando divisaron siete canoas largas llenas de gente. Diéronse los indios que acompañaban al padre por perdidos, y creyendo las canoas de enemigos, querían escaparse por los montes. Pero pudo contenerlos el padre haciéndoles notar que venían vestidos. Al acercarse las canoas, comenzó á gritar la gente que venía en ellas: *aquí viene Padre, aquí viene Padre;* y con estas voces todos se serenaron. Arribó á la playa el misionero y también los de las canoas, que echándose al agua vinieron á besarle la mano, saludándole en lengua Inga. Quedó sorprendido el padre de cosa tan extraña en aquellas retiradas montañas. Averiguó que las canoas bajaban de los Sucumbios, y que eran Nopotoas cristianos tributarios, los cuales volvían á su antiguo sitio cerca de Santa Rosa, por huir del mal trato de un criado del fraile Francisco doctrinero. Tuvo el padre al principio algún temor ó sospecha de que hubiesen muerto á su misionero, pero tanteando más las cosas, y haciendo varias reflexiones y preguntas, conoció claramente que no habían hecho daño alguno.

Luego que saltaron los Nopotoas á tierra, trajeron ramos y armaron una decente capilla para la Misa, pusieron unas mesitas de cañas, varias

palmas muy compuestas, y pidiendo al sacerdote que las bendijese, sacaron sus manteles del altar y una Virgen con sus velas. Toda esta prevención traían consigo de manera que al día siguiente lograron oir la santa Misa que celebró el P. Uriarte con mucho consuelo de toda la gente. Dióles antes de despedirse carta para José Vázquez, que cuidaba como dijimos del Jesús, y les encargó que le esperasen en el pueblo, á donde presto volvería. Tiraron los Nopotoas á la reducción del Jesús y el misionero prosiguió su camino, en busca del cacique Yaso de quien había tenido noticia no hallarse muy distante de aquel sitio. En efecto, á poco viaje, dió con el pueblo del Corazón de María, cuyo cacique buscaba, y entró en el pueblecito Miércoles Santo. Fué cosa muy gustosa el recibimiento. Sentáronse todos los huéspedes en unas palmas largas á manera de tablillas de seis dedos de ancha y conforme iban llegando los de Yaso, tocaban el hombro del huésped diciendo: *raique? ¿has venido? Raie*, respondía el huésped, *he venido*. Luego trajeron bebida en sus potes y se acabó el recibimiento. Explicóles el padre en este día algo de la doctrina cristiana, rezó con los niños el rosario y repartió algunas cosillas á la gente.

A la mañana siguiente, que era Jueves Santo, se previno el altar portátil que llevaba consigo el misionero, y después del rezo y de alguna explicación de la doctrina cristiana se celebró la santa Misa en que comulgó con mucha devoción el hermano Lorenzo. Asistieron á ella los pocos cristianos que había y los demás atendían desde lejos, admirados de las ceremonias sagradas, viendo la reverencia y gravedad del padre y del hermano. En el Viernes Santo se previnieron los niños que ofrecieron gustosos sus padres al bautismo, y al día siguiente adornado el altar de palmas y flores, se les administró el santo sacramento del bautismo, á que añadió también el de la confirmación, siendo padrino el hermano Lorenzo. Concluida esta función vistió el padre á todos los niños y otros varios adultos que estaban casi desnudos, repartió á todos cuchillos y otras cosillas que llevaba prevenidas y ellos apreciaban mucho, y por último, volviéndose al cacique y á los demás de la parcialidad, les habló en esta forma.

«Yaso, ya todos sois hijos míos, pues ¿cómo os he de dejar? Venid conmigo á mi pueblo, que tengo casas en él y comida para todos vosotros hasta que las podáis prevenir. Yo os daré hachas y machetes que dejé para vosotros. Mis indios me quieren bien y se alegrarán de veros.»

Los que acompañaban al padre prosiguieron á insinuación del misionero la plática comenzada, y confirmaban por sí mismos la verdad de lo que les prometía. Pero entre los de Yaso empezó la confusión y turbación porque no agradaba á muchos la mudanza de sitio. Unos decían; *aquí estamos bien*. Otros añadían: *allá enfermaremos*. Replicaba el misionero: *aquí tenéis enemigos y no tenéis pescado. Viviréis siempre con sobresalto y tendréis poco que comer;* y reparando en algunas sepulturas, dijo con alguna resolución: *¿Quién está aquí? Fulano*, respondieron los de Yaso. Entonces el misionero:

¿Con que aquí también enferman? ¿Conque aquí también mueren? ¿Con que aquí también entierran? A estas palabras dijeron varios: *Vamos con el padre*, y en particular un buen viejo suegro del cacique, gritó diciendo: *Allá voy, padre, allá voy:* y diciendo y haciendo, llevó su hacheta vieja y unos trastillos que tenía á la canoa del misionero. El ejemplo del anciano arrastró á toda la parcialidad que se resolvió á pasar al pueblo de Jesús.

Domingo de Pascua se fueron acomodando todos, que serían cuarenta personas, en las canoas, y en cuatro días llegaron al pueblo de San Miguel. Hechos aquí nuevos baustismos, porque el cacique Alonso había recogido nueva gente, entró á los dos días toda la comitiva en el pueblo de Jesús, con mucho regocijo, así de los huéspedes como de los vecinos, que los agasajaron muy bien. No habían sido tratados con menos esmero los Nopotoas que aguardaban al padre antes de pasar á su destino. Teniendo aquí más oportunidad, confesaron y comulgaron todos, y tratando del viaje, les dijo el padre que si querían escoger puesto á las orillas del río, procuraría componer la cosa con los padres Franciscanos y con el señor presidente de Quito, sin cuyo consentimiento no emprendería cosa alguna. Por lo que tocaba al tributo sembrando pita en aquellos parajes, en los cuales se daría muy bien, trabajándola ellos mismos como prácticos é industriosos, lo podrían pagar. No vinieron los Sucumbios en la propuesta, diciendo que dependían en un todo de su capitán ó cacique, el cual bajaba también con otros de la parcialidad por el río Coca. Pobláronse, finalmente, estos cristianos entre Santa Rosa y el pueblo de Napo, y formaron una reducción pequeña como de ciento cincuenta personas.

CAPITULO III

NUEVOS ESTABLECIMIENTOS EN EL PUEBLO DEL JESÚS, Y MUDANZA DEL PUEBLO DE SAN MIGUEL

Encontró el misionero el pueblo del Jesús muy sosegado, por la diligencia y aplicación de José Vázquez, y empezó con más fervor á promover el rezo y á entablar sólidamente la doctrina, y á procurar los intereses temporales de los indios. Ayudó mucho para conseguir mejor los fines santos que pretendía, un suceso singular que llama el mundo casualidad ó desgracia, y el tiempo descubrió que era una circunstancia particular en favor de los pobres indios. Dos portugueses de alguna instrucción y experiencia, atravesaban con seis indios el río Napo, con su barco cargado de algunos géneros de contrabando, y cuando ya pensaban tocar con la mano el fin de su destino, arribando al puerto de Napo, se les fué á fondo la embarcación sin poder regir en los raudales del Napo, y se hallaron sin un cuarto los que pensaban hacer muchos pesos de sus mercancías. Tuvieron la fortuna de salvarse los ocho, que salieron á tierra con mucho trabajo; pero hallándose imposibilitados á pasar adelante ó á volver

atrás, se refugiaron al pueblo del Jesús, y ya desengañados con la desgracia, que parece haberles dado entendimiento, se ofrecieron á servir y ayudar al padre en su ministerio. Alegróse mucho el misionero con este socorro que le ofrecía el cielo, y habiéndolos probado y observado y conocido ser gente de bien, empezó á servirse de ellos con mucha confianza en los negocios de mayor monta. Es verdad que los indios no pudieron servir por mucho tiempo, porque la peste que picó luego en uno de los pueblos, arrastró á cuatro de ellos. Pero los dos blancos portugueses, Pazmiño y Correa, que así se llamaban, trabajaron infatigablemente y por varios años en la misión, y fueron el alivio y consuelo, no sólo del P. Uriarte, pero aun del P. Losa y del hermano Lorenzo.

Con este refuerzo se animó el misionero á poner el rezo y catecismo tan corriente, que no solamente asistían los niños todos los días sino que los adultos jamás faltaban en los días señalados. Entabló el, *mitayo* uno de los puntos más críticos en pueblos nuevos, nombrando por turno dos indios á cuyo cargo estaba buscar de comer para la casa del misionero Introdujo el que los varayos ó ministros de justicia viniesen mañana y tarde á casa del misionero para avisar de lo que ocurría y para recibir las órdenes que convenía. Ningún indio faltaba de noche del pueblo sin licencia del padre, y observaban este orden tan exactamente, que estando á las veces ya recogido y aun varias veces diciendo Misa, gritaban diciendo: *Paire, airozaye*, Padre, voy al monte. Moderáronse las bebidas y se quitó casi de todo punto la borrachera, y con sólo reprender en público á un indio que había caído en esta miseria, no se vió jamás función alguna de aquellas en que solían emborracharse.

Los niños eran las delicias del misionero, tenía en casa una escuela ó seminario de varios niños á quienes mantenía de las cosas que traían para sí los mytayeros. Aprendían primero el catecismo, después la lengua del Inga y algunos algo de la castellana. Asistían siempre á la Misa, rezaban el rosario y antes de irse á la cama rezaban otras oraciones, y cantando el Alabado y besando la mano al padre, se echaban á dormir en su mismo aposento. Estos ángeles de guarda tenía el misionero por las noches en su cuarto, que no tenía otra puerta que una corteza de árbol.

Venían á ver al P. Uriarte muchos indios de fuera, no sólo del pueblo de Santa María y de San Miguel, pero aun otros más distantes como Ancuteres y Payaguas, y en estas visitas lograba varios bautismos y los disponía á recibir el Evangelio. El primer bautismo que logró en los recientemente agregados al pueblo fué el de aquel viejo suegro del cacique Yaso, que se dispuso admirablemente á recibirlo. Luego se siguió el de otra insigne india á quien decían los suyos que de ninguna manera se bautizase porque se moriría más presto. Pero ella respondía: *Bautízame, Padre. Yo quiero ir al cielo. Bautízame, Padre*. Bautizóla el misionero, después de bien instruída y encargando á dos hijos que tenía que no se apartasen del padre, murió en sus manos, besando el santo Cristo.

No faltaron en este tiempo varias cosas que dieron que hacer al mi-

sionero, porque entrando las disensiones y desconfianzas entre los recién venidos y los antiguos del pueblo, no le costó poco el reconciliar los ánimos encontrados, hablando con mucha suavidad y dulzura, ya á unos ya á otros, regalando á todos y desimpresionándolos de sus vanas aprensiones, sin dar lugar á que se arraigasen las sospechas á que son tan inclinados los indios. En varias ocasiones le fué preciso hacer del valiente y mostrar que no temía á ninguno sino á sólo Dios, por cuya causa había venido de tierras muy distantes, únicamente por traerlos á su Majestad. Un viejo llamado Encenevi no queria venir al rezo y á la doctrina un día de fiesta. Fué volando el misionero á su choza para traerlo, pero tenaz el viejo en no moverse, le amenazó con su lanza, quitósela el padre de las manos y la hizo pedazos con las suyas, y vino el indio como un cordero. A poco tiempo se bautizó este viejo y murió con mucho consuelo del misionero, á quien encomendó un hijo llamado Pablito. Otro indio dicho Curazaba traía en su canoa chipate ú hojas para tapar las goteras, pero en llegando al puerto no quería traer la carga al pueblo: decíale el padre que quitase la pereza, pero él, levantando el remo, le amenazó con un golpe fiero. Quitósele de la mano el padre, y obedeció Curazaba como un niño, siendo después uno de los indios más aficionados al misionero.

Como tenía el P. Uriarte tantos pueblecitos á su cargo, era necesario también atenderlos desde su principal residencia, andando en continuos viajes y deteniéndose en ellos algunos días, según las necesidades ocurrentes. Llevábale más particularmente la atención el pueblo de San Miguel, porque había concebido grandes esperanzas de que sería el emporio de la misión de toda la gente del Aguarico, según los muchos indios que había recogido su cacique Alonso. El mismo padre logró otros dos capitanes con su gente, y los agregó á San Miguel. Pero como el sitio de esta reducción era poco ventajoso á los muchos que iban llegando, determinó mudar el pueblo á la boca misma del río Aguarico, en una extendida llanura que daba lugar á formar iglesia y casas con desahogo. Hízose luego el desmonte y puesta una cruz grande en el centro de una plaza muy capaz y perfectamente cuadrada, se formaron las casas, iglesia y demás oficinas por los lados, dejando una huerta espaciosa entre el lugar y el puerto.

Pazmiño el portugués residió á los principios en este pueblo, y adelantó muy bien la obra de la iglesia; y aunque tuvo que aguantar con los indios, sabía disimular y sobrellevarlos, porque instruído del misionero se hacía cargo que no valían con aquella gente las bravatas y las amenazas, sino los ruegos y las dádivas y los cariños. Así que procuraba no disgustar á los Migueleños y sacar de ellos lo que buenamente se podía sin exasperarlos Pero cuando todo caminaba prósperamente y el cacique Alonso y sus indios trabajaban con calor en acabar sus casas y en concluir las sementeras, sucedió un caso que hubo de turbarlo todo, si el Señor, con su providencia amorosa, no lo hubiera convertido en bien del pueblo

mismo. Estaba el P. Uriarte (en una de sus visitas á este pueblo) almorzando con Pazmiño para partirse al Jesús, cuando pasó por la plaza un indiazo de desmesurada estatura; llevaba dos lanzas en la mano, como quien iba perdonando vidas, y se metió en una de las casas del lugar. Los muchachos del pueblo vinieron corriendo al padre y le decían: *Paire, Paire, Padre, Padre, este es el indio Zamaroa, el que mató á un mozo tuyo.* (Habíale muerto poco antes en el monte.) *Es horrible.* Dice que no teme á nadie, y que aunque no come sal, sabe matar á los blancos.

Alborotáronse todos, y el padre se determinó de ir solo á hablarle y á tentar si podía reducirlo. Oponíase Pazmiño, diciendo: padre mio, padre mio, deténgase; ¿dónde va? Que le mata ese salvaje, no vaya. Escapemos á la canoa. Pero el padre, encomendándose á Dios y cogiendo uno de los regalillos que le habían quedado, se entró de repente en la casa donde estaba Zamaroa con otros del pueblo. Azorado el indiazo, echa mano de sus lanzas, pero el padre le previno abrazándole y diciéndole con suavidad y dulzura: Hijo no te enfades. Yo te quiero. Sosegado con estas palabras, se sentó el misionero á su lado y prosiguió de esta forma: Ya está por mí y por los viracochas perdonado lo pasado. No temas; hiciste mal; Dios manda no matar á nadie. Pero Dios es muy bueno; como tú le pidas perdón y yo te bautice, se te quitarán este y los demás pecados; te librarás de ir á quemarte abajo, y Dios te llevará en muriendo al cielo á descansar. Para esto, dí á todos los indios del monte que se vayan juntando aquí ó en Santa María; que yo les amo y les daré hachas, y toma tú esto (era un cuchillo) en señal de que te quiero. Quedó el indio muy agradecido, y para que se vea la fuerza del remordimiento de la conciencia en la gente más bozal, respondió Zamaroa: Padre: desde que hice aquello de matar, mi corazón estaba alborotado; me arrepiento y me enmendaré. Y tú, padre, haz que no me quieran matar los blancos. Dióle el misionero palabra de perdón, é hizo que también Pazmiño se la diera. Con esto vino con los otros acompañando al padre hasta el puerto, y cumplió fielmente lo que le encomendaba, trayendo muchos infieles al pueblo.

No hallo en los escritos que tengo, si este indio memorable, que hizo mucho bien á la misión, logró recibir el santo bautismo; pero es creíble que á lo menos en las pestes que sobrevinieron, fuese bautizado en la hora de la muerte.

CAPITULO IV

ESTADO DE LOS PUEBLOS DE SANTA MARÍA Y DE SAN LUIS DE TIRIRÍ.

No estaba olvidado el misionero de los pueblecitos de San Luis y de Santa María; en la primera visita que hizo á esta segunda reducción halló poquísima gente, pero con la noticia de la venida del padre, y con

haberse detenido algún tiempo convidando á los montaraces, se fueron juntando los dispersos, que, regalados y acariciados, comenzaron á asistir al rezo y á la doctrina. Bautizó á los niños y encargó á los grandes que juntasen los indios que pudiesen, porque los visitaría frecuentemente, ayudaría con sus instrumentos para cultivar la tierra y escribiría á Quito pidiendo misionero propio que viviese con ellos si llegaba á formar una reducción razonable. Como estaba todo casi quemado, se contentó con señalar el sitio en que se había de formar la iglesia, dejando la fábrica para tiempo más oportuno ó menos apretado. Después de algunos días de mansión dejó encargada la gente y la ejecución de las órdenes que le parecieron necesarias á un indio llamado Xavier, que parecía muy racional y estaba bien instruído en la doctrina, y á un viejo tenido de los indios por hombre de autoridad: el hijo del cacique que había muerto, se animó á seguir al misionero al pueblo del Jesús para aprender el rezo, la doctrina y la lengua del Inga y poder ayudar mejor á sus paisanos. Desde esta primera visita, que fué más larga, acudía el padre á Santa María en los casos necesarios y fomentaba el pueblecito con frecuentes idas y venidas, no sin grandes peligros que experimentó en los ríos y de que se pudieran traer casos bien singulares de la protección del cielo.

A San Luis de Tirirí había salido el H. Lorenzo Rodríguez desde los principios, y con su buen genio y afabilidad había ganado aquellos indios, de mejor natural que los demás. Puso desde luego corriente el rezo, y fuera de los bautismos que hizo de los niños el P. Manuel Uriarte en las primeras visitas, había bautizado á varios en casos necesarios, y entre otros al mismo cacique del pueblo. Hizo una buena iglesia de tapia francesa con la ayuda de los indios portugueses, y con la dirección y asistencia de Correa y de Pazmiño adelantó las sementeras del pueblo, y se hacía tanto al modo de vivir y de comer con los indios, que las escudillas de menta (que vienen á ser unas hormigas de cuerpo tan grande como un garbanzo), le parecían mazapan y las limpiaba como pudiera hacerlo el Tiriríe más hambriento. Enseñó, por medio de los portugueses, el modo de pescar, y los de San Luis en poco tiempo se surtían de la pesca que necesitaban, cuando antes con sus malos instrumentos apenas cogían para probar este género de comida, que es una de las que estaban más á la mano en aquellos países. Todo esto lo enderezaba el hermano, que era verdaderamente espiritual al provecho espiritual de sus indios, que agradecidos á tanto bien le oían con docilidad y asistían puntuales á la doctrina, al rosario y á las demás oraciones. Es verdad que el cielo se declaraba también visiblemente á favor del hermano, con algunos sucesos en que los indios mismos conocían cuánto desagrada al Señor el que le faltasen á los ejercicios ya establecidos de la doctrina y del rosario.

Es bien particular el que sucedió estando de paso en el pueblo los padres Manuel Uriarte é Isidro Losa. Tocaban un sábado la campana al rosario cuando venían dos indios del monte. Dijo el uno: «Vamos breve á rezar, que así el padre lo encargó». «Yo me voy, respondió el otro, á mi

heredad y á ver cómo van los plátanos». Con esto asistió el primero al rosario y faltó el segundo, á quien como no viniese al pueblo por la noche y fuesen á buscarle, le hallaron muerto de un tigre que le había comido la cabeza. Hubo grandes lloros en el lugar en donde el muerto era bien querido; pero los padres se aprovecharon del lance para enfervorizar el rezo y la devoción á María Santísima.

No fué muy desemejante otro caso que sucedió poco después á un indio llamado Umoraza, el cual, cansado de rezar y de asistir á la doctrina, escapó del pueblo con otro mozo y una india. Arrójanse al río en canoa, y á poco tiempo de haber bogado por el río Aguarico, mirándolos el Señor con ojos de misericordia, acometió un horrible caimán á la canoa, que aferrando los colmillos en la popa y deteniendo su curso, los miraba feroz de hito en hito. Al punto se arrojaron á la orilla los pobres navegantes, y saliendo con felicidad, miraban desde el monte su canoa y al caimán que no la soltaba de los dientes. Asombrados, volvieron en sí y se refugiaron al pueblo de San Miguel, donde la india murió en breve tiempo llena de llagas y los dos indios vinieron bien escarmentados á San Luis con el hermano Lorenzo.

Antes de partirse el P. Uriarte y el P. Losa de Tirirí, se administró un bautismo, que con otro que se había hecho *sub conditione* en el pueblo del Jesús, dió mucho en que pensar á los misioneros, y fué ocasión de hacer las más molestas averiguaciones, de escribir cartas y de revolver libros. Despidiéndose el P. Uriarte del pueblo de San Luis, y entrando por las casas, como solía practicarlo, le dijo en una de ellas un indio: «Padre, detrás de esas cortezas hay un enfermo». Añadió el hermano Lorenzo que estaba presente: «Ese es un ladino de Putumayo, llamado Miguel Yar, y se volverá á los frailes».—«Pues quiero verle, dijo el P. Uriarte.» Apenas entró en su choza, cuando el enfermo mismo le habló en lengua inga de esta manera: «Padre, á mí me dieron en llamar Miguel unos viracochas, que me cogieron ya mocetón en el monte; yo no estoy bautizado y temo morirme». Conoció el misionero que estaba allí la mano de Dios. Instruyóle muy despacio, y á su satisfacción bautizóle y se fué á descansar. Esa misma noche murió Miguel recién bautizado, y por la mañana le enterró el misionero antes de partirse, siendo el primero que estrenó la nueva iglesia del hermano Lorenzo.

El otro bautismo hecho *sub conditione* en el pueblo del Jesús, se administró á una niña que, después de una epidemia había quedado tan enferma y tan flaca, que parecía un esqueleto. Cuidábala el padre con singular esmero; pero ella, ni se aliviaba ni se moría, y sin pasar adelante ni volver atrás, siempre se hallaba en el mismo estado. Hizo alto el misionero sobre una cosa tan irregular, y se le ofreció que aquella niña no estaba bautizada. Volvió y revolvió los libros de bautismos que había en el partido de la misión, y ni por el nombre de sus padres ni por el del monte de donde habían venido, pudo sacar nada en limpio. Determinóse á bautizarla *sub conditione,* y púsose luego mejor y caminaba por sí misma;

pero al día siguiente murió. Con esta ocasión se hicieron las más escrupulosas averiguaciones sobre los que estaban bautizados, por haberse quemado en las revoluciones pasadas los libros de bautismos de los pueblos de San José y de San Miguel, y se hicieron otros nuevos dejando las cosas en claro; pero fué necesario hacer varios bautismos, *sub conditione* por las dudas y confusiones que de las pesquisas nacieron.

CAPITULO V

SUERTE VARIA Y ESTADO POCO CONSTANTE DEL PUEBLO DE LA TRINIDAD

Pocos meses después de haber llegado el P. Isidro Losa á la Misión de Napo, fué señalado, como vimos, con el hermano Salvador Sánchez para cuidar del pueblo de la Trinidad de Capocuí. No pudieron ser mejores los principios, porque entró desde luego la gente en el rezo y la doctrina y, como muchos eran reliquias del pueblo antiguo de San José, no miraban como nuevos los establecimientos y prácticas que iba introduciendo el P. Losa. Fuera de esto el hermano Sánchez en una entrada que hizo al monte, trajo sin mucha dificultad 80 personas, con cuyo número se iba ya haciendo el pueblo respetable. Duró la bonanza hasta los principios del año 52, en que picando una cruel peste de catarros y de cursos de sangre, llevó como cien personas de las más nuevas en el pueblo. Quiso el Señor usar con ellas de su misericordia, porque todas murieron bautizadas fuera de una mujer que no pudiendo reducirla el P. Lorenzo por más razones que le decía, cayó muerta sin bautismo en la misma puerta del aposento del Padre.

Casi todos los antiguos del pueblo escaparon al monte, para librarse de la calamidad, y el P. Losa viéndose casi solo en aquel sitio pidió canoas y gente al misionero del Jesús para retirarse á su pueblo. Hízolo así el P. Uriarte sin perder tiempo y envióle una grande y hermosa canoa que había fabricado. Pero los indios, por índole perezosos, y por genio descuidados, llegando al puerto de San Miguel, y dejándola sin amarrar, la dejaron arrastrar de la corriente, perdiendo con tanta facilidad lo que había costado mucho trabajo. Al aviso de esta pérdida envió otras menores y vinieron al Jesús con solas diez familiasel padre Isidro y el hermano Salvador. Tan poca gente había quedado en el pueblo de la Trinidad.

Repartidas y acomodadas las familias entre los vecinos del Jesús, y habiendo descansado el hermano Sánchez de sus fatigas, como era activo y eficaz pidió licencia al P. Uriarte para hacer una salida y recoger los dispersos por el monte. Diósela el misionero, pero con la condición de que no usase de fuerza alguna y que sólo se valiese del cariño y del ruego, de los donecillos y de las buenas palabras. Pues conocía su genio impetuoso y que le era necesario irse á la mano para no perderlo todo. Con

esta licencia é instrucción salió el hermano Sánchez con los dos portugueses, Correa y Pazmiño y algunos indios y con un mozo esclavo que quiso antes de la partida confesar y comulgar, como á quien le daba el corazón que no había de volver al pueblo. Entrando por el monte cercó la primera casa que encontró y como los más de los habitadores huyesen, dejó al mozo por guarda de los que en ella quedaban, y pasó adelante en busca de otras casas. Mas en todas le recibieron con lanzas en las manos, de que indignado uno de los nuestros hizo un tiro con su escopeta, con que al parecer hirió á uno de los indios y los demás escaparon. Con tales principios se cortó el hilo á las esperanzas de recoger gente, porque exasperados los indios se hicieron monte adentro sin querer aparecer, cuanto menos venir á buenas con el hermano. A un genio turbulento y poco mortificado no bastan instrucciones, que poca impresión y ninguna fuerza le hacen en la ocasión. Es menester aplicar la segur á la raíz, doblándole y reprimiéndole y mortificándole de antemano.

Tres días anduvieron los nuestros por los montes sin fruto alguno, y se dejaron caer finalmente en la primera casa en cuya guarda había quedado el mozo; pero fué grande su sentimiento cuando le hallaron, no sólo muerto, sino también medio quemado. Averiguóse después, cómo no pudiendo el pobre mozo resistir el sueño por tanto tiempo, se tendió á dormir un poco, y viendo la suya los de la casa, no perdieron el lance, que se debía haber prevenido, y le mataron con sus lanzas. Con tantas desgracias volvió el pobre hermano de su entrada bien recalentado y tan enfermo de garrotillo, que agravándose el mal, fué preciso administrarle luego el Santo Viático. Ya se sabía que las sangrías podían aliviarle ó darle la salud; pero no había indio, mestizo, portugués, que supiese ó español ó se atreviese á sangrarle. Tentó el P. Uriarte á hacer este oficio, pero con poco ó ningún efecto. Dió orden para que por la noche le dejasen expuesto á las picaduras de los murciélagos que á todos los sanos desangraban más de lo que quisieran; mas los murciélagos, que tanto mortificaban á los demás, no tocaban al enfermo.

En este apuro le vino al pensamiento al misionero, que tenía consigo un poco de la milagrosa harina de San Luis Gonzaga, que acaso el santo, en tanta necesidad y apuro daría algún socorro á sus hermanos, como lo había hecho con otros muchos por medio de la harina milagrosa. Con este pensamiento, fué al enfermo y le dijo que se encomendase al Santo Joven y le prometiese ayunar su víspera é imitarle, porque le traía una papeleta de harina del santo y podía sanarle, como había hecho con otros muchos. Todo lo prometió el enfermo, y haciendo la prueba con un poco de agua en una cuchara, pasó la harina aunque con grande dificultad. A un corto rato se le abrieron las fauces, que ya le impedían la respiración, y al día siguiente se levantó bueno y sano. Juicios de Dios. Este hermano con quien San Luis acababa de hacer este prodigio y que trabajó bastante bien á los principios en la misión del Napo, aunque después hizo gentiles disparates, como hemos visto, no tanto por malicia ni mala fe, cuanto por

su genio intrépido y buena intención mal entendida, pasó á Quito con el primer correo ú ordinario, y después de algunos años fué despedido de la Compañía. En realidad, sobre ser de genio impetuoso, era también duro de cabeza, y desde esta su última entrada soldadesca, se arredraron todos los del monte, que costó mucho á los Padres el persuadirlos que no eran ellos como Sánchez, sino padres verdaderos, y que sabían y querían tratarlos con suavidad y dulzura. De resultas de la misma entrada estuvo también á la muerte el portugués Correa, y de los indios murieron cuatro en pocos días. Estos fueron los frutos que se cogieron de la mal gobernada entrada.

Entre tanto el P. Isidro Losa, que había suplido muy bien en el Jesús las ausencias del P. Uriarte por las excursiones á los demás pueblos, se determinó á salir con sus diez familias ya reparadas de sus fatigas, para escoger sitio nuevo en que formar la reducción de Capocuí; porque casi nunca se pudo reducir á los indios á volver al lugar en donde la peste hizo una vez algún estrago. Hallóle muy apropósito en un lindo y extendido plan, que daba lugar cómodo á la formación del pueblo, y al plantío de yucas y plátanos sin ahogo. Formó los ranchos de la gente alrededor de una gran plaza, se diseñó la iglesia y casa del misionero en el costado principal, y se dió principio á las sementeras y plátanos.

No prosiguieron adelante las providencias enderezadas á la formación de una buena reducción, porque llegando á este tiempo á hacer su visita el superior de las misiones P. Martín Iriarte, y subiendo al nuevo Capocui, aunque le parecieron bien las disposiciones de su misionero, pero como persona práctica de aquellos sitios y del genio y calidad de aquellas gentes, no juzgó conveniente dejar en este lugar al P. Losa, diciendo que no había mucho que esperar de gente tan nueva, y que no era creíble que durase mucho ó aumentase el pueblo. Determinó, pues, que el P. Losa pasase al nombre de María, que se hallaba en situación más proporcionada, y en donde esperaba que serían sus esfuerzos más útiles y sus trabajos más recompensados. Pasó el misionero al pueblo señalado aunque con alguna repugnancia, y con sus recelos de perseverar en Santa María con veinticinco indios, sin casa, sin iglesia y sin provisiones. Pero proveyéndole de maiz, se ocurrió á la necesidad más urgente y diciéndole que pasase á San Miguel si no le iba bien en el pueblo de Santa María, parece que debían haber calmado sus recelos. Mas no pudo hacerse al genio de los nuevos indios, y aunque los atendió en cuanto pudo, mientras con ellos estuvo, siempre estaba suspirando por sus Capocuitas, de manera que representando al padre provincial su trabajo y la inclinación que sentía á los de la Trinidad, consiguió licencia para volver á ellos, dejando el pueblo de Santa María al cuidado del misionero del Jesús. No me atrevo á improbar esta conducta, porque al fin se hizo el recurso al superior legítimo, pero se descubre en ella un poco de juicio propio, falta harto perdonable á un misionero que se sustenta de trabajo y sin hallar otro consuelo sino es en sus mismas fatigas.

Habida esta licencia, pasó el P. Isidro á su pueblo de la Trinidad, y con un español llamado Santiago adelantó muy bien las cosas de la reducción, así en lo espiritual como en lo temporal, haciendo iglesia, formando casas y disponiendo que no faltasen á sus indios campos ni sementeras. Hizo desde los principios una entrada feliz en los montes, y recogió de las orillas del río Aguarico cincuenta personas, con las cuales pasó por el pueblo del Nombre de Jesús, que estaba de camino para Capocuí. Aquí cantaron los dos misioneros el *Te Deum Laudamus* por la gente que el Señor les daba y, bautizados los niños, se determinaron á seguir por sí mismos á la nueva grey y acompañarla hasta el pueblo de la Trinidad.

No careció de peligros el viaje, porque habiéndose abierto una canoa de palo de algodón, en que el P. Losa traía su gente, después de haber desembarcado toda ella fué preciso echar mano de otras que se hallaban en el Jesús. Una de ellas, bien cargada de las madres que llevaban consigo los niños de pecho, se volteó en el río á vista de los misioneros. Se deja bien entender cuál sería su sentimiento al ver á tantas madres con sus hijos en el inminente peligro de ser ahogados. No pudiendo socorrerlos por sí mismos, clamaron á Nuestra Señora del Carmen, cuyo día celebraban, para que les favoreciese. Cosa prodigiosa. Todas las madres salieron á tierra con sus criaturas sin que faltase ninguna. Es particular el caso que le sucedió con un tigre. Hicieron rancho una de las noches en una de las playas del río, y extendidas las camillas, pusieron hogueras al rededor porque se oían aullidos de tigres á las orillas del río. Esta precaución tan necesaria no sirvió de nada por la desidia de los indios, que, dormidos luego por el cansancio, dejaron apagar el fuego. A dos horas de noche desguazó el tigre, después de haber nadado por media legua de río. Todos estaban altamente durmiendo y descuidados, y aun el padre Uriarte, que había quedado en la canoa como en vela, con dos pistolas y un sable al lado, estaba transportado, de manera que no pudo notar los primeros lances que pasaron con la fiera. Comenzó el tigre á oler á un muchacho blanco llamado Casimiro. Despertó el chico, pero quedó sorprendido con la vista terrible del animal, sin poder gritar ni moverse del sitio, y sólo pudo observar las visitas que iba haciendo el tigre. De Casimiro pasó á un donado, por nombre Andrés; abrió también éste los ojos, quiso gritar y no pudo por el susto. Tiró por donde dormía el P. Isidro Losa y no acometió. Mas llegando á los pelotones de indios, que dormían, como acostumbran, desnudos y boca arriba sobre la arena, se preparaba el tigre para la presa, habiendo ojeado el más gordo, que se llamaba Francisco. Iba el tigre á tirarse, cuando el Angel de la Guarda despertó al indio y dando un horroroso grito, *¡Airoya!*, que quiere decir el tigre, despertó á todos. No hubo uno que no se levantase prontamente á la voz espantosa de tigre. Uriarte con sus pistolas, Losa con su escopeta, los indios con tizones, los blancos con otras armas, todos persiguieron al tigre, que en tanta maleza de monte y con la obscu-

ridad de la noche desapareció fácilmente. Y aun hubo de suceder una desgracia en la persecución del animal, porque no bien despierto el padre Losa, por poco no mató á un indio con su escopeta creyendo que era el tigre. Pero el Señor, que velaba sobre aquella gente, no permitió este infortunio. Llegaron al fin á Tirirí, y habiendo aquí descansado por dos días, arribaron con felicidad á Capocuí, en donde los fué distribuyendo el misionero.

CAPITULO VI

CONJURACIÓN DE ALGUNOS MALOS INDIOS CONTRA LA VIDA DEL P. MANUEL URIARTE.

Cuando el P. Uriarte bajó de Capocuí á su pueblo del Nombre de Jesús halló la gente más altanera y orgullosa por algunos escándalos que públicamente daban varios indios principales. Había hecho antes de su partida un pequeño castigo en dos indios revoltosos, y fué preciso á la vuelta castigar en alguna manera otros desórdenes que no podían disimularse sin la ruina de muchos y aun de todo el pueblo. Con todo, viendo las malas consecuencias que podían ocasionar los más ligeros castigos, en gente tan delicada y celosa de su libertad, procedió con el mayor tiento y cuidado, y con la mayor suavidad y dulzura, como se verá por los hechos mismos.

Un indio ladino llamado Utiqueleye recibió el santo bautismo por hallarse muy malo y temerse por su vida; mas después que salió del apuro y sanó perfectamente, estando ya casado con una india se pegó con otra. La pobre mujer le celaba, y conociéndolo Utiqueleye le tiró furioso una lanzada, pero quiso Dios que pasando la lanza como al soslayo por la espalda de la india, no le hiciese herida mortal. Vino la buena mujer corriendo al misionero, chorreando sangre la herida, y con el bálsamo de la copauva sanó en poco tiempo. Entre tanto el agresor se había escapado con la manceba, persuadido á que no pasaría el padre por tan grande escándalo. Pero pudo traerle al pueblo, asegurándole que no le azotaría. Cuando apareció Utiqueleye delante del misionero y de todo el pueblo en calidad de preso y humillado, su padre Tuinra comenzó á gritarle delante de toda la multitud, diciendo: ¿Por qué no la mataste de una vez? ¿Por qué no aseguraste el golpe? Viendo el misionero tanta desvergüenza en el malvado viejo, dió orden para que le cogiesen y mandó poner á padre é hijo en un mal cepo, repitiéndoles con suavidad que no los azotaría y los soltaría luego como diesen palabra de ser buenos: que aquello lo hacía únicamente por su bien, porque no les echase Dios al infierno y porque no los matasen los parientes de la mujer herida.

Seis horas estuvieron los reos en el cepo, y entre tanto el viejo Tuinra que tenía fama común de brujo, hizo aquellas pasmarotas que solían ha-

cer aquellos embusteros para atemorizar á la gente. He de conjurar, decía, de parte del demonio, el río y la tierra para que no tenga el Padre que comer. Y cogiendo el polvo con los dedos, proseguía mirando á la gente. Esto, esto habéis de comer si el Padre no me suelta. Al cabo de las seis horas llamó el Padre á los parientes de la mujer injuriada, los cuáles perdonaron por su parte el agravio que se les había hecho, y luego, delante del cacique, de los ministros de justicia y de todo el pueblo, afeó á Tuinra y á su hijo sus excesos, y para hacerlo con más fuerza y energía, sacó la pintura del alma condenada y concluyó diciéndoles: Mirad bien, mirad, así están allá abajo quemándose los malos. Yo, porque os quiero y soy vuestro padre, os riño un poco, para que viváis bien y en muriendo evitéis esta miseria y subáis al cielo á alegraros para siempre. Con esto hicieron mil promesas Tuinra y Utiqueleye, y saliendo por fiadores el cacique y los alcaldes, los soltó el Padre, y dándoles un traguito de aguardiente se fueron, al parecer, contentos. Pero siempre mantuvieron en el corazón el fuego cubierto con cenizas, y cuando vió la suya el perverso Tuinra, procuró encender á los demás y entre ellos el cacique mismo contra el misionero.

No dieron menos ocasión á las revoluciones del pueblo, los excesos que quiso remediar el Padre, en un ladino y mandón llamado Antonio Panevarí. Vivía éste amancebado con una india, faltaba y aun era causa de que faltasen otros á la iglesia los domingos y días de fiesta. Aconsejábales el Padre lo posible á que no faltasen y aun les regaló con las cosillas que le habían quedado. Mas de todo hacían burla, en especial Panevarí, autor de todos los males. Reprendióle, muy en particular, el misionero, amenazándole con castigo si no se enmendaba y daba mejor ejemplo, como lo acababa de hacer con su mismo intérprete y con el hijo del cacique, los cuáles habían llevado su merecido castigo por salir de noche á hacer sus picardías. Todo lo despreciaba Panevarí y, haciendo burla del Padre, proseguía sus escándalos. No le pareció al misionero poder disimular por más tiempo sin alguna demostración de público castigo. Traído un domingo delante del pueblo Antonio Panevarí y convencido de sus recientes y escandalosos delitos, le hizo azotar á la puerta de la iglesia por mano de un fiscal, que le dió, únicamente y sobre el cotón, cuatro azotes, más por avergonzarle y enmendarle, que por herirle y mortificarle. Añadió después algunos consejos amorosos, y le despidió con varios regalillos para ganarlo.

Nada bastó para doblar aquel duro corazón del obstinado indio, antes conjuró á los otros en la muerte del misionero. No dejó de hallar algunos de su palo en semejante disposición á la suya, los cuales habían tenido un conciliábulo, en el que se comunicaron sus quejas, diciendo que lo que el padre daba á los indios de San Miguel y de Santa María se lo quitaba á ellos; que les fastidiaba tanto rezar tres ó cuatro días á la semana; que no vivían ya á su libertad, y que era cosa dura esta dependencia de estar en todo pendientes de la voluntad del Padre. Estas quejas habían

pasado á hechos, porque un mozo Payagua, por nombre Damián, engañando con estas razones á un fiscalito llamado Carlos, le había llevado consigo fuera del pueblo, pero por justo juicio de Dios, pasado algún tiempo, quitaron la vida al mozo Payagua y volvió el fiscal desengañado á la reducción. Entre estas gentes sembraba sus discursos Panevarí diciendo que ahora que estaba el padre solo en el pueblo sin los dos portugueses, era la mejor ocasión del mundo para quitarle la vida á su salvo, robar cuanto había en el pueblo y escaparse á los montes á vivir á su gusto y libertad.

Adelantó las pláticas en este asunto, de manera que, un sábado por la tarde, vinieron algunas mujeres fieles á prevenir al misionero para que no fuese á boca de noche (como salía) á rezar el rosario á la iglesia, porque Antonio Panevarí con otros de su partida, habían resuelto matarle en la iglesia aquella noche. «Aunque la carne lo rehusaba (escribe el mi»sionero), me animé á ir por lo mismo, pero de modo que entendiesen que »sabía sus intentos». Cargó una escopeta con sola pólvora, y mandó á un mozo llamado Ignacio que la llevase consigo, y que la tuviese á la puerta de la iglesia. A pocos toques de la campana á rosario se juntó toda la gente, con ruido y algazara no acostumbrada. No era esta muy buena señal para el misionero, porque hasta en los domingos era menester buscarlos por las casas, para que asistiesen á las misas. Pero no cayó de ánimo, antes encomendándolo á Dios, se puso á la puerta de la iglesia y habló á la gente de esta manera: «Hijos míos, yo he venido de tierras lejanas por enseñaros el camino del cielo. Todo lo que hubiere de socorro es para vosotros. Ya tenéis todos hachas, machetes y vestidos, y se os irá dando cuanto os faltase. No oigáis al demonio, que os quiere apartar de los padres para llevaros al infierno. Mas si algunos os alborotan y me quieren hacer mal, sepan que yo á nadie temo sino á Dios, ni he de dejar perder el pueblo. Tengo esta escopeta, sable y pistolas, no para matar á nadie, sino para que me defiendan. Vamos rezando el rosario á María Santísima.» Con esto, hincándose de rodillas en medio de la iglesia, empezó el rosario. Los amotinados se miraban unos á otros, mas ninguno se atrevió á tocarle. Acabado el rosario salieron todos de la iglesia, besándole la mano, como acostumbraban otros días.

Mas por la noche, ya tarde, volvieron los mal contentos á alborotarse, y con teas rodearon la casa, dando silbos como quienes querían arruinarlo todo. Estuvo alerta el misionero, y encendió luz en el corredor de su casa, con el pretexto de que no le dejaban dormir los zancudos; pero la verdad era que temía con muchísimo fundamento que querían acabar con él en aquella noche. Decíales desde el corredor á los que se acercaban, que se fuesen á dormir porque ya era tarde, y que les regalaría á la mañana. Finalmente, amaneció el domingo, y á la voz de los regalos concurrieron todos á la iglesia. Dichas las oraciones y repetido el catecismo, les platicó el misionero con más muestras de amor y de ternura que otras veces, y acabó la plática diciendo: «Me ha venido carta con la

noticia de que ha muerto el P. Grande (la tarde antes había tenido aviso de la muerte del P. General Retz). Yo he estado con vosotros desde mi último viaje, tres lunas. Quiero que descanséis mientras yo voy á Tiriri á decir misas con el otro padre por su alma. Dicha la misa después de la plática y dadas las gracias, se amontonó la gente alrededor del misionero, pidiendo que les regalase como había prometido. Dió á cada uno de las cosillas que le venían mejor, y dando sus providencias, tomó la canoa y se partió á Tiriri.

Estaban en este pueblo el P. Isidro Losa con el hermano Lorenzo, y os dos portugueses Correa y Pazmiño. Cuando llegó el P. Uriarte, pensaron que venía enfermo, porque no le esperaban. Pero él les respondió que estaba sano, á Dios gracias, y disimulando el motivo principal del viaje, añadió que venía á hacer las exequias por el P. General. En efecto, cantaron la vigilia, la misa y los responsos acostumbrados. Retirados á casa, les dió parte de lo que en el pueblo le había sucedido, y cómo venía principalmente para llevar consigo á Correa, cuya presencia bastaría por entonces para reprimir y contener á los mal contentos. No venía en esto el P. Losa, pareciéndole que poco servía una persona para defender al padre, á quien tenían ya sobre ojo, si antes no se hacía alguna demostración de amenazas ó castigo con los principales alborotadores. Del mismo parecer eran los dos portugueses, y le fué preciso al P. Uriarte ceder á lo que decían, porque aunque él era el vice superior del partido, pero al fin el P. Isidro Losa era su confesor, y como tal, le insinuaba que no volviese tan prontamente al pueblo.

Conforme á esta resolución, bajaron al Jesús Correa y Pazmiño con sus indios para informarse bien de lo sucedido y poner algún remedio. Hallaron que ya que los alborotadores no habían podido matar al padre, se habían vengado con dos chicos que tenía en su casa, quitándoles cruelmente la vida. Descubrieron los dos autores principales de la conjura, y dándoles primero unos azotes, les metieron en el cepo. Entre tanto, estaba inquieto el P. Uriarte en el pueblo de Tiriri, porque aunque había encargado estrechamente á los portugueses que no hiciesen castigo alguno porque traería malas consecuencias y más inconvenientes, siempre estaba temiendo lo que en realidad hicieron. No pudiendo sosegar por estos temores, bajó al cuarto día en su canoilla al pueblo del Jesús, y llegó en buena coyuntura, porque soltó con sus mismas manos á los que estaban en el cepo, y regalándolos bien y hablándoles con cariño y con dulzura, parecieron quedar corregidos y enmendados. Pero duró bien poco la enmienda, porque luego se escaparon, y pasando por San Miguel alborotaron el pueblo, diciendo que los viracochas estaban matando á azotes en el Jesús á los indios, y que ellos habían tenido la dicha de escaparse de sus manos. Creyéronlo los Migueleños, y aunque ya dispuestos á la fuga, les pudo contener y sosegar el cacique Alonso, que, como fiel y advertido, á pocas preguntas descubrió la mentira.

No tuvieron tan buen efecto las vivísimas diligencias del P. Isidro

Losa en contener á los fugitivos de su pueblo, los cuales casi al mismo tiempo escaparon á sus antiguas madrigueras, sin que volviesen jamás á incorporarse en el pueblo de la Trinidad. La ocasión de escaparse fué también una muerte y el meter á los homicidas en el cepo. El caso sucedió de esta manera. Los nuevos gentiles que poco antes había traído el P. Losa de las orillas de Aguarico, mataron con hierbas venenosas á un ladino de otra parcialidad llamado Pedro. Sabedor de la muerte el padre Isidro, hizo con su Santiago, mozo español, las averiguaciones necesarias sobre el caso, y hallando ser los homicidas el cacique Mejayeva y otro compañero suyo, los metió en el cepo para dar alguna satisfacción á la gente, pero ellos, de noche, falsearon el candado y las argollas y escaparon con casi toda la parcialidad. Había Santiago retirado preventivamente las canoas para que, en caso de querer huir á sus tierras, desistiesen de ese pensamiento, por la falta de embarcaciones. Pero ellos atropellaron por todo, y atravesando más de treinta leguas de monte, muchos ríos y lodazales, se pusieron en términos en que por la mucha distancia no se pensase en recogerlos. Sólo dos, un viejo y un mocetón de la misma parcialidad, por huir de la travesía de tanto monte, hicieron presto una canoita de palmas, y en ella se metieron; pero luego experimentaron lo falso de la imaginada embarcación; porque volteándose á pocos pasos la presumida canoa, se fué á fondo el viejo y pereció: el mozo, como más brioso por la edad, pudo salir nadando hasta la playa, en donde le encontraron casi al expirar de hambre y necesidad. Llevάronle al pueblo del Jesús, y causaba espanto su horrenda figura, y cómo se abalanzaba á la comida, que le dieron á los principios con mucha medida para que no muriese.

Con este lamentable espectáculo, y con la compasión grande que le causaban los huidos, se resolvió el P. Uriarte á pasar á la Trinidad ó Capocui, para tratar si era posible de la vuelta de tanta gente. Pero en arribando al pueblo, halló que era caso desesperado emprender un viaje tan largo, no habiendo podido el P. Losa ni Santiago detenerlos en el camino. Consoló como pudo al padre y al mozo que estaban en realidad bien afligidos; pero les dió sus quejas por haber querido castigar á los homicidas, siendo gentiles y principales y no teniendo fuerzas bastantes para domarlos. Hizo también recuerdo al P. Losa de lo que le había dicho el superior en la visita, es á saber: que gente tan nueva en sitio tan alto y retirado como Capocui, no podía perseverar por mucho tiempo. En los pocos días que aquí se detuvo el misionero del Jesús, le sucedió un caso el más cruel, bárbaro é inhumano que puede venir al pensamiento. Entre los pocos de la parcialidad de Mejayeva que se detuvieron en el pueblo sin escapar á sus madrigueras, fué una mujer cercana al parto, y su marido. Dió á luz por la noche dos gemelos. Luego que los vió el bárbaro marido, lleno de cólera los golpeó y magulló y así lastimados los sepultó en una hoya que hizo en el sitio delas goteras de la casa á tiempo que llovía con mucha fuerza, para que se ahogasen cuanto antes. Súpolo

el P. Uriarte, que fué corriendo á la casa, encomendando las criaturas por el camino á la Santísima Virgen y al bendito San José, cuyo patrocinio se celebraba en el día. Desenterró á los niños, y viendo que aún les palpitaba el corazón y que se les bajaba y levantaba el vientre con la respiración, los bautizó con mucho consuelo y alegría. A un rato se fueron enfriando y murieron, y se les dió en la iglesia sepultura correspondiente á unos ángeles del cielo.

CAPITULO VII

ORDEN DEL PROVINCIAL DE QUITO PARA QUE LOS MISIONEROS DEL NAPO SE RETIREN AL CURATO DE ÁVILA, Y OBEDIENCIA DEL VICESUPERIOR EL P. MANUEL URIARTE.

Apenas se había retirado á su pueblo el misionero del Jesús, con esperanzas bien fundadas de que purgado de algunos díscolos que le alborotaban, había de hacer asiento la cristiandad en aquellas partes, cuando recibió un orden y mandato del provincial de Quito para que él, su compañero el P. Losa y el hermano Lorenzo, subiesen al curato de Avila y allí se detuviesen hasta tanto que se descubriesen mayores esperanzas de perseverancia en los indios. Hirióle en lo vivo este mandato, y le hubiera sido la muerte mil veces más deseable que el verse en la precisión de desamparar una misión en que no sólo cogía el fruto de tantos niños como volaban al cielo con el santo bautismo, pero aun de muchos adultos de los cuales unos vivían ya cristianamente y otros recibían el bautismo en el artículo de la muerte. Y era esto tan cierto, que en varias epidemias que habían cundido por los pueblos en tres años apenas se contaba uno que no hubiese muerto bautizado. Fuera de esto, aunque se habían experimentado contradicciones y oposiciones del enemigo común en algunos pueblos, pero en otros iba creciendo el grano del Evangelio, y se aumentaba el número de indios como sucedía en la reducción de San Miguel, en la de San Luis Gonzaga y en la principal y cabeza de las demás el Nombre de Jesús.

Pensó, pues, el misionero, después de haber encomendado mucho á Su Majestad un negocio de tanta importancia, representar al provincial las razones que tenía para no desamparar del todo la misión, y conociendo por el orden mismo que le enviaba el provincial que en esto andaban los informes de un donado llamado Romero, el cual había salido del Napo con pocas ganas de volver á trabajar en tan penosa misión, se determinó á obedecer con epiqueya, creyendo ser esta la voluntad del superior en las presentes circunstancias. Por esto, sin apresurar su partida al curato de Avila, de donde pensaba volver, quiso dar asiento á las cosas de la misión, y dar las providencias necesarias para que no padeciese menoscabo por el tiempo de su ausencia.

Bajó á la reducción de San Miguel, que contaba ya 300 almas que vivían de asiento en el pueblo, y les animó, consoló y confirmó en su permanencia hasta que él mismo en persona, si venía otro padre al Nombre de Jesús, viniese á vivir con ellos, que haría con grandísimo gusto por la inclinación que sentía á los Migueleños y por las muchas esperanzas puestas en el cacique Alonso. Porque cada día se mostraba este insigne indio más fiel, más cuidadoso y celoso de aumentar el pueblo y de que se observasen las prácticas de rezo y de doctrina encargadas por el misionero. Díjole el padre la ausencia que estaba precisado á hacer por algunas semanas, y aun acaso por meses, de la misión; pero que no dudase de la vuelta, y, como esperaba, con la compañía de algún otro padre que le ayudaría á cuidar de tanta gente como estaba á su cargo. Por tanto, ahora más que nunca necesitaba de su celo y vigilancia en mantener á los suyos, y conservar entre todos la paz y armonía y buena correspondencia. Todo lo prometió el cacique, y repartidos algunos regalillos entre los indios, pasó el misionero al pueblo de Santa María. Hallóle también aumentado en familias; hizo algunos bautismos de párvulos y de enfermos, doctrinólos y regalólos, y animando al indio Xavier que hacía el rezo y á los principales á que fuesen juntando materiales para la nueva iglesia, se partió de ellos, dejándolos consolados.

Desde aquí se enderezó á un sitio cercano al pueblo antiguo de la Trinidad, donde pensaba encontrar, según las noticias que le dieron, al cacique José Zairaza, con el intento de atraerle á alguno de los pueblos con su antigua gente. Hallóle en el paraje que se figuraba en un caserón grande muy dentro del monte con todos los suyos. Cogióle la visita muy de improviso, porque estaba, al parecer, con ánimo de no salir jamás de aquellos montes sombríos. Pero á pocas palabras que les dijo el padre, se pusieron todos en sus manos, y hecho el rezo, de que no se habían olvidado del todo, y celebrada la Misa, se embarcaron en sus canoas en seguimiento del misionero. Iban navegando todos en buena compañía, cuando al llegar á una quebrada del pueblo antiguo de San Bartolomé, se sintió el P. Uriarte fuertemente inspirado á entrar por ella, dejando el camino derecho. Mostró gran repugnancia Zairaza en acompañarle por aquellos parajes; pero ofreciendo regalarle á él y á los suyos, vinieron, finalmente, en seguirle. Hasta el mismo portugués Correa, que iba con sus indios en la comitiva y defería tanto al misionero, tuvo este extravío por una resolución poco arreglada en circunstancias en que no era fácil proveer á tanta gente de mantenimientos.

Pero el Señor, que inspiraba al padre el pensamiento, proveyó abundantísimamente de comida para todo el viaje, descubriéndoles á día y medio de navegación una laguna en que vieron grande copia de charapas, las cuales nadaban aquí al contrario de las del Marañón, con las cabezas fuera del agua. Pescaron cuantas quisieron, y tuvieron pescado hasta la vuelta. Siguiendo el rumbo comenzado, hallaron uno como puerto, y en sus riberas una lanza clavada en la tierra, quebrada la punta y

ensangrentada. Era este nuevo impedimento para pasar adelante, porque al ver los indios la lanza clavada en la tierra, empezaron á decir unánimemente todos: «Vámonos de aquí. Han muerto á alguno. Esta es la señal, y buscaban el cadáver sin querer proseguir.» No es decible cuánto costó al misionero el animarlos á buscar de paz á la gente que juzgaba habitar unas casas á que alcanzaba la vista. Consiguiólo, finalmente, y siendo necesario atravesar una larga laguna ó cenagal de cerca de legua hasta las habitaciones que se descubrían, Correa con sus indios y algunos Encabellados, con un mozo del padre, se arrojaron al penoso camino y le atravesaron metiéndose hasta la cintura en agua y barro, y aun más arriba, en ciertos parajes de ella.

Hallaron en las casas el cacique antiguo de San Bartolomé con su gente, triste sobremanera y apesadumbrado por el grande estrago que habían hecho en los suyos las enfermedades, y más particularmente por haber tragado una yucumama recientemente á un hijo á vista de su padre, indio grave y muy estimado del cacique. Hablólos Correa de parte del padre, convidándolos á que dejasen aquellas tierras y se recogiesen á vivir con los otros indios que estaban á su cuidado, porque tenía herramientas para todos y les atendería con mucho gusto como á los demás. Al punto vinieron al misionero, y saludándole á su modo le pedían favor y amparo. El padre los acogió cariñosamente, y dando gracias al Señor que por caminos tan maravillosos le encargaba aquella gente desconsolada, les habló en esta forma: «Hijos, ya veis que sois pocos (eran 40 personas) para formar pueblo aparte. Venid conmigo á la nueva reducción de San Miguel, que está cerca y tiene buenas sementeras con que os podéis remediar.» Con estas palabras se animaron á seguirle, y acomodándose en las canoas, vinieron contentos y alegres con los donecillos que les dió.

Llegaron al pueblo de San Miguel, cuyo cacique los recibió con mucho gusto, no sólo por ver aumentado su pueblo, cosa que tanto procuraba, sino también por ser amigo particular del cacique de San Bartolomé. Repartiéronse por las casas con mucha voluntad de los vecinos, y hechos algunos bautismos de niños y encargada otra vez la perseverancia á los de San Miguel, dió la vuelta el padre con la comitiva y con Zairaza al pueblo del Jesús, adonde se agregó por el mismo tiempo á diligencia del cacique Maqueye, otro cacique llamado Encenevi, que lo había sido del antiguo San Pedro. Daba muchas gracias á Dios el P. Uriarte por tanto beneficio como le hacía en enviarle tantos indios al pueblo, y le pareció detenerse por un mes largo á catequizar, instruir y doctrinar á la gente nueva antes de emprender el viaje meditado. Tuvo también la precaución de dejar en la misión al hermano Lorenzo, como lo pedían las circunstancias, para que velase sobre todo y visitase los pueblos, y encargó mucho á los blancos y viracochas que se uniesen con él, estuviesen á sus órdenes y le ayudasen en todo lo necesario.

Dadas estas disposiciones, emprendió el viaje con el P. Isidro Losa,

con el portugués Correa y con algunos indios hacia el curato de Avila. Treinta días navegaron contra las corrientes del Napo, y se vieron en el mayor peligro de ahogarse; porque volteadas las canoas con la fuerza de los raudales, no les era fácil tomar tierra por la violencia de las aguas; pero el Señor, por su misericordia, los sacó á todos á salvo, y como apunta el P. Uriarte, por la santa Misa; porque habiéndose mojado cuanto iba dentro de la canoa, como era necesario, sólo el recado de decir Misa puesto en un cajón mal ajustado, quedó sin mojarse y sin padecer algún detrimento, de manera que se pudo continuar diciendo Misa siempre en el camino.

Llegaron, finalmente, sin más desgracia al pueblo de Santa Rosa, en donde el cura con sus indios le recibieron en procesión. El gobernador ofrecía cuanto tenía y los pobres indios llevaban también sus regalitos. Agradecían los padres tantas demostraciones de afecto y devoción, y no les pareció que podían satisfacer mejor de otra manera que convidando á confesarse á los que quisieran acercarse al santo sacramento. Hiciéronlo algunos, y los padres se alegraron de haber hecho este pequeño servicio en bien de las almas. Desde este pueblo, que pertenece al curato de Avila, escribió el P. Uriarte al provincial dando noticia de cómo había subido con el P. Isidro Losa al pueblo de Santa Rosa, como mandaba su Reverencia, pero que no dejaba la misión, la cual quedaba sosegada y tan aumentada, que le pedía encarecidamente dos sacerdotes del todo necesarios, uno para San Miguel y otro para Santa María, y que entretanto se volvían con su grata licencia, de que no dudaban, á la misión de Napo. Sin embargo, pasando de Santa Rosa al pueblo de Napo, caminaron por tierra hasta Archidona, en donde su cura, el P. Nadal, varón humilde y de mucho celo de las almas, lavó de rodillas los pies á los misioneros sin dejarse vencer de su mucha resistencia. Este insigne jesuíta se ofreció á bajar á la penosa misión de Napo, pidióla con grandes instancias al provincial, pero nunca pudo conseguirla, ya sea por la escasez de sujetos en la provincia, ó porque se creía que serían más provechosos sus trabajos en otras partes.

Recreados por dos días con la compañía del P. Nadal, y habiendo predicado el P. Uriarte el sermón del Rosario en Archidona, bajaron al pueblo de la Concepción, cuyo párroco, noticioso de la venida de los misioneros, les envió indios y caballos para el viaje. Recibióles todo el pueblo en procesión, y con cohetes, teniendo á gran dicha el lograr, aunque por poco tiempo, algunos padres. Aplicáronse éstos por dos días á oir de confesión á cuantos quisieran tener el consuelo y satisfacción de confesarse, y tratar con ellos las cosas de su alma; pero como les tiraban los pobres indios, no condescendieron por más tiempo con los deseos del párroco que quisiera detenerlos por el bien espiritual que esperaba en sus ovejas con la detención. Salieron con sentimiento de este buen cura, que les acompañó por gran trecho de camino, y se enderezaron á la embocadura de un río que desagua en el Zuno, en donde se embarcaron para

buscar el Napo. Mas en el mismo punto en que se embarcaron empezaron los peligros del agua, porque son tan furiosos los raudales, y tantas las piedras que tiene por aquella parte el río Zuno, que apenas podía seguir la canoa, y era preciso en lo rápido de su curso sacarla y librarla de tan penosos y frecuentes embarazos: porque un solo choque con los pedrejones bastaba para voltear la canoa. Hicieron rancho por la noche al pie de unas peñas tajadas que no admitían subida, y sujetando la canoa como mejor pudieron con algunas piedras, empezaron á tomar algún reposo. Pero fué bien corto, porque creciendo el río por las lluvias de los cerros, sebrevinieron nuevos sustos, de manera que viéndose apurados por no poder retirarse, conjuraron al río con tres cruces en nombre de la Santísima Trinidad. Quiso Su Majestad que al amanecer del día en que ya podían bogar, sólo llegase el agua á los pies de los padres, los cuales salieron con toda diligencia con su canoa adonde ya el Zuno iba más ancho y sosegado, y se vieron fuera de peligro. Llegaron al Napo á medio día, y en tres ó cuatro días, ayudados de las corrientes, deshicieron el camino en que habían gastado treinta á la subida.

El primer pueblo en que entraron fué el de la Trinidad de Capocuí, y el donado Andrés, á cuyo cargo había quedado la gente, vino corriendo á los padres contándoles mil trabajos y miserias. Habían querido matarlo los indios nuevos, y no pudiendo conseguirlo por estar siempre alerta el donado, y haber guardado en su casa todas las lanzas, se huyeron en sus canoas. Siguióles el donado de noche, y sin ser visto observó bien el paraje de su retirada, y dando aviso de la fuga al hermano Lorenzo, los dos con buen modo, y con palabras amorosas les sosegaron, y trajeron otra vez al pueblo. Quedóse aquí el P. Losa como misionero propio de la reducción, y se miró ya como segura en el pueblo la gente inquieta. En Tirirí estaba la cosa corriente por la vigilancia y aplicación del hermano Lorenzo. No había novedad en San Miguel y en Santa María estaban todos en paz, sin haber habido mudanza. El pueblo del Jesús con las visitas del hermano, el cuidado de Vázquez y la aplicación de los viracochas, parecía estar en calma, sin que se descubriese indicio alguno de descontento en las varias parcialidades.

CAPITULO VIII

VIENE POR TENIENTE DE LA MISIÓN DE NAPO UN CATALÁN LLAMADO D. JOSÉ PASCUAL

Entrado ya el año de 53, se aplicó el P. Uriarte á perfeccionar los establecimientos que había introducido en su pueblo, en orden á lo espiritual y temporal de los indios. Adelantaba la gente en la doctrina y asistía con gusto á las funciones de iglesia, por lo cual fueron admitidos varios más adelantados á la Santa Comunión, explicándoles antes con mucho

cuidado la grandeza de tan alto Sacramento, y dando gracias con ellos el mismo misionero. Hízose la Semana Santa con más devoción y frecuencia de los indios, los cuales se iban aficionando á visitar los pasos de la Pasión, que se representaban en el devoto calvario ó Vía Crucis que levantó el misionero. La escuela de los niños se hacía con mucha diligencia, y el aprovechamiento que se veía en esta tierna edad, confirmaba las esperanzas del padre. Los adultos cuidaban de sus sementeras, y se aplicaban al cultivo de plátanos, yucas y maíz. Y lo que era de mucho socorro para las familias, habían aprendido de los indios de Correa á pescar todo género de pescas, y en particular la vaca marina.

No faltaron en este tiempo algunos casos notables. Pondré dos en que se descubren de algún modo los secretos de la Providencia, que todo lo ordena, sin entenderlo nosotros, á sus fines. El cacique Encenevi, agregado, como vimos, pocos meses há, al pueblo del Jesús, era todavía catecúmeno, y nunca quería venir al rezo y á la doctrina, por más que se lo pedía un hijo suyo de muy buena índole y bien instruido, y por más que los fiscales le apretaban. De ninguno hacía caso el perezoso viejo, y no le hacían mella ni súplicas, ni ruegos, ni cariños. Un domingo, estando todos en la iglesia, acusaron delante del padre á Encenevi, que tenía pereza, y que se la quitase. Cogió la cruz el misionero y se fué solo á la casa del indio. Apretábale á que viniese á la doctrina, que era ya viejo y le quería instruir, porque no muriese sin bautismo. Tomó Encenevi su lanza con punta de hierro, y enristrándola, le dice con enfado: *Anda, que si no te tiro. No quiero rezar.* Dió un salto el padre hacia un lado, quitóle la lanza, y rompiéndola en la rodilla le da un coscorrón con cariño con un pedazo del palo, y le dice: ea, vamos á la iglesia. Acabóse con esto la pereza de Encenevi que, viniendo como un cordero con el padre, frecuentó después la doctrina, que le valió la salud eterna en su alma. Porque á poco tiempo enfermó, y bautizado, murió en el mismo año. ¿Quién creyera que de acciones tan menudas y al parecer arriesgadas, del celoso misionero, había de estar dependiente la predestinación de este viejo?

No pareció menos cierta la predestinación de otro cristiano llamado Esteban, que con sus apariciones tuvo al pueblo en grandísimos temores. Envió aviso al P. Uriarte el hermano Lorenzo, para que subiese á su pueblo de San Luis á componer algunos enredos. Antes de partirse el padre, tuvo por conveniente sacramentar á Esteban, que estaba con calenturas. A la vuelta del misionero había ya muerto, auxiliado de otro indio cristiano, instruido de antemano para este efecto, el cual dijo al padre que había muerto Esteban como un apóstol, haciendo actos de fe, esperanza y caridad, pero añadía que después de enterrado, con asistencia de toda la gente y cantado el Alabado, se aparecía su alma al rezar las oraciones, en la iglesia, que él mismo había visto su figura, y que la veían otros muchos. Lo mismo decían las mujeres del pueblo, y hasta su misma mujer aseguraba lo mismo. No acababa el padre de creer semejantes apa-

riciones. Entró al anochecer á rezar en la iglesia, y decían las mujeres: he allí Esteban que sale por la puerta colateral de la sacristía, hace reverencia al altar mayor y se mete por la otra. El padre no veía nada, y estaba confuso con tantos testimonios de vista. Finalmente, por la noche, ya muy tarde, estando recogido y perfectamente despierto, oyó como al oído tres lastimosos ayes. Túvolos por avisos del difunto, y le dijo con pavor: «Yo te ofrezco, Esteban, cinco Misas, por las cinco llagas de Cristo. No me inquietes si eres tú. Quedóse dormido, y dichas las cinco Misas, nunca más apareció Esteban, ni le vieron en la iglesia.

Sosegados ya los miedos y temores que duraron por algunos días, no pensaba la gente otra cosa que en asistir á la iglesia, cuidar de sus campos y en dar gusto al misionero en la ejecución y práctica de las órdenes que daba por medio de los alcaldes y fiscales. El padre estaba muy gustoso y contento creyendo haber llegado el tiempo de entablar sólidamente la misión del Napo, y esperando algunos padres que le ayudasen á cuidar con su asistencia de los varios pueblos del partido. Tenía muchas esperanzas en el informe que había enviado al provincial desde Santa Rosa, dándole parte del estado de la misión y de la necesidad de operarios. Y como lo que mucho se desea se cree más fácilmente, no dudaba que á lo menos bajaría el P. Nadal, el cual deseaba ardientemente la misión.

Pero todo se proveyó del modo contrario á lo que se figuraba el misionero. Llegó á fines de Abril de 53, el despacho general de Quito sin misionero alguno. Venían, sí, muchos seculares en compañía de un teniente catalán llamado D. José Pascual, el cual dió al P. Manuel Uriarte una carta del P. provincial, que decía en suma, que se dejase obrar al catalán que llevaba toda la facultad de la Real Audiencia y que era hombre maduro y de valor. De misioneros no hablaba palabra ó porque no se hallaban sujetos bastantes para los ministerios de la provincia ó porque no tenía por acertado el enviarlos hasta que el nuevo teniente respetado de los indios ofreciese mayor seguridad en aquellas tierras. Quedó el P. Uriarte pasado de dolor por falta de operarios, y muy pensativo con la venida de un teniente, un negro criollo con su mujer, y dos mozos y soldados, toda ella gente mal mirada de los indios, los cuales suelen alborotarse á la venida de un solo viracocha, como contrario según se figuran á su libertad. Por esto su primer cuidado fué prevenir á los indios que luego mostraron su disgusto, que no temiesen nada de la venida de los viracochas, que no les darían molestia alguna, ni alterarían cosa establecida en el pueblo; antes les ayudarían con sus cosas, consejos y personas. Este mismo recado envió á los demás pueblos; y hasta los Icaguates y Payaguas, que por la grande distancia no había podido visitar, fueron avisados por medio de indios que despachó para que no temiesen y perseverasen con la esperanza de nuevos misioneros.

Procuró después, disimulando su sentimiento, agasajar á los huéspe-

des del mejor modo que podía en su pobreza, y aconsejarlos lo que le pareció conveniente en las circunstancias, particularmente sobre el trato suave y cariñoso con los indios, que llevados por bien, mostraban docilidad y rendimiento; pero tratados con dureza ó con modo imperioso, ni admitían sujeción ni sufrían amenazas. Porque lo menos que se podía esperar de ellos, tratados ásperamente, era el escapar al monte, si es que acaso no maquinaban antes alguna cosa contra los extranjeros. Oyó los consejos el teniente con estimación y aprecio, y pareció entrar desde luego en las miras del misionero; pero como á soldado, según mostraba haber sido, se le escaparon algunas palabras que no gustaron al padre. Estas fueron que no convenían al pueblo Correa ni Pazmiño, y que él enseñaría el modo de gobernar á los indios, y la manera de subsistir en la misión con abundancia de víveres y sin peligro por parte de la gente. Fuéle preciso al padre enviar al portugués Correa con sus indios al pueblo de San Luis donde Pazmiño estaba con el hermano Lorenzo. Y de esta salida se experimentó á pocos días falta de comida en la casa del padre, porque faltando los indios de Correa que la sustentaban, y teniendo ahora tantas bocas que habían venido de nuevo, no le era fácil al indio que hacía de mitayo, proveer de todo lo necesario.

Pensando sobre esto el misionero, no se le ofreció otro medio, para evitar las molestias, que dividir las bocas. Díjole al teniente que si le parecía bajase con él al pueblo de San Miguel, donde mientras él los doctrinaba y hacía algunas instrucciones, reconocería la reducción y la gente que estaba á su cuidado. Vino en ello el teniente; pero llegaron los dos en mala coyuntura, porque hallaron la gente alborotada, y en grande temor y miedo de que viniesen al pueblo á tomar venganza algunos enemigos. Había sucedido los días antecedentes la muerte de un gentil de alguna calidad, en que había tenido no pequeña parte un Migueleño. Y esta era la causa de sus recelos, no dudando que los parientes del muerto se dejarían ver bien armados y arrestados á todo, como solía suceder en semejantes ocasiones. Ibanse entre día á sus campos, y dejaban el pueblo casi solo, y de noche velaban con teas encendidas alrededor de él por descubrir los enemigos á alguna distancia y para que no les cogiesen desprevenidos. De todo temían y de todo se recelaban siempre con las armas en la mano.

Aquí el valiente capitán que quería enseñar á gobernar indios con su escopeta y pistolas, no hallaba seguridad en parte ninguna ni podía dormir de miedo de los indios. Decíale el misionero: «No tema usted, señor teniente; serénese y deje sus aprensiones, que mientras haya padre en el pueblo, ninguno acometerá, y todos le tendrán respeto y atención como lo pide su oficio.» En vano le predicaba Uriarte ni le hacían fuerzas sus razones: tanta impresión habían hecho en su ánimo las primeras apariencias que observó en los indios de San Miguel. Pedía al padre que se volviesen al primer pueblo, cuya gente no le parecía tan arrestada y feroz, y como le dijese el misionero que tenía que doctrinar á los indios y

doctrinarlos y sosegarlos en esta turbación, para lo cual necesitaba de algunos días, el catalán derribó un árbol fofo que estaba cerca del puerto, hizo él solo en tres días una canoa, y con dos indios del padre trató de volverse al Jesús con el pretexto de recoger algún cacao que decía haber visto en el camino. Mas la causa verdadera de su vuelta arrebatada fué el temor grande de que le mataran en San Miguel, como lo confirmó en las palabras que dijo al misionero al despedirse. «Padre, ¿quién vive con estos demonios? Ni aquí vale justicia, ni temen á nadie. Yo le enviaré á mi negro para que le acompañe.» Hizo el padre que los indios le diesen matalotaje, y escapó el buen teniente. En esto paran las bravatas y valentías, que son muy fáciles cuando está distante el peligro; pero en viéndolo al ojo y que está cerca, se muda de estilo y no se piensa en otra cosa que en la fuga. Ido el teniente, fué viniendo la gente de San Miguel, en mayor número, al pueblo y á la iglesia. Instruyóla el padre por algunos días, en que hizo el rezo por sí mismo, dióla esperanzas de misionero, excusó como pudo la venida del teniente y de su comitiva, dándoles palabra que no les molestarían en cosa ninguna. Sosegados los indios de San Miguel, volvió á su pueblo y encontró en el camino al negro del teniente y otros indios que venían en una canoa grande enviados del catalán, porque no matasen al padre los infieles del monte, cuando estaba más seguro sin compañía en el monte, que lo estuvo después entre los cristianos con la compañía del teniente, del negro y demás mozos de casa.

Restituido el misionero á su pueblo, prosiguió con sus tareas regulares de buena inteligencia con el señor teniente, que se fué haciendo cargo de la manera necesaria en tratar á los indios. Dábale buen ejemplo en su modo de proceder, como hombre de máximas muy cristianas. Levantábase á buena hora rezando en voz alta un rosario; oía puntualmente Misa todos los días, y decía frecuentemente á los demás: «A quien oye Misa, Dios le ayuda.» Asistía con la familia del padre á la lección espiritual del año virgíneo, y rezaba de comunidad el rosario. Frecuentaba los Sacramentos y era causa de que otros le imitasen en este santo ejercicio. Por otra parte, era hombre divertido y de buen humor, y tenía muchas habilidades. Parece que había nacido carpintero porque todo lo acomodaba con mucha facilidad; hacía la barba con primor y sin agua caliente. Para sastre no le faltaba nada; cosía con prontitud, cortaba á ojo, y sin tomar medida, chupas, calzones y cuanto ocurría, aprovechando con ingenio y sutileza todos los retazos. El arte de cocinar lo tenía en la uña, y aunque fuera un mono ahumado, lo sacaba tan blanco y sabroso como una pierna de carnero. Hacía también, para que no le faltase la habilidad de panadero, de harina de yuca unos panecillos tan sazonados con sal y manteca, que no había que desear otra cosa. Estas cosas y habilidades redundaban en el bien de los de casa: tenía también otras con que divertía á los de fuera. Hizo guitarra y violín de dos grandes calabazas y una tabla, y los tocaba con gracia, dando este gusto á los que querían oir sus tonadillas. En fin, hubiera sido más querido y estimado del pue-

blo, y de grande alivio y consuelo al misionero, si no hubiera descubierto un flaco, que aunque á los principios no parecía contrario á su estado de secular y no se temieran por lo mismo funestas consecuencias, pero con el tiempo dió causa y motivo á las disensiones de los indios, y vino á parar, como veremos, en muertes y heridas y alzamiento del pueblo.

Mostró el buen teniente gana de hacer caudal, sacaba cacao y juntaba canela; pero como crecía en el monte sin beneficio ni cultivo, era tan babosa que apenas tenía estimación. Pensó ganar mucho con la pesca de varios peces que se daban en aquellos ríos, y para esto hizo traer diez arrobas de chambira para formar una red al uso de Sevilla. Decíale el misionero que no se cansase en una obra tan larga, de que no podía surtir algún efecto en aquellos ríos llenos de troncos de árboles, porque antes de tenderla como pensaba, se rompería ciertamente por varias partes. No le hacía fuerza esta razón, y proseguía con la suya adelante; él mismo hacía las mallas porque parecía haber sido marinero ó á lo menos sabía el oficio, pero para torcer bien y tejer tanta chambira, necesitaba de otros. Hacía que los indios se ocupasen en esta penosa tarea, y la trabajaban sobre el muslo, dándoles poca ó ninguna paga. De lo cual, temiendo ya el misionero malas resultas, procuró segunda vez disuadir al teniente de la fábrica de su red, diciéndole que aunque tuviera cien redes y todas lograse tenderlas, sería en vano su trabajo y se harían luego pedazos con las corrientes y troncos. «Déjeme usted, padre, respondía el catalán: hartaré á todos de pesca, y sobrará para hacer muchos pesos vendida en la mina.» Viéndole el padre tan aferrado en su idea, no le pareció molestarle más y le dejó, sin volver á importunarle sobre la materia.

CAPITULO IX

ALBOROTOS QUE CAUSAN EN LA MISIÓN CUATRO INDIOS PAYAGUAS

Cuando estas cosas pasaban en la misión, sobrevino un lance que puso toda la gente de los pueblos en movimiento, y dió no poco en que pensar al misionero del Jesús. Llegó con grande apresuración una canoa de San Joaquín de Omaguas, con algunos socorros y herramientas, como había solicitado el P. Uriarte, pero el conductor, que era un buen mestizo, por nombre Domingo, venía tan lleno de susto y temor, que no veía la hora de desembarcar en el puerto del Jesús. Contaba que cuatro Payaguas se habían incorporado con él en el camino, que le habían quitado un hermoso machete castellano, y se había visto en peligro de ser muerto de aquellos malos indios que no estaban lejos del pueblo, y que pasarían ciertamente por la noche, para alborotar como pretendían, á los indios de San Luis. Añadía que los Payaguas no se detendrían en hacer muertes, si las consideraban necesarias para conseguir su intento, pues habían

hecho varias en ciertos Mayorunas, y con este primer ensayo estaban más soberbios, atrevidos y orgullosos.

Armó al punto el P. Uriarte su canoa, y se enderezó á San Luis para prevenir el peligro, no sin la esperanza de ganar á los Payaguas con buenas y cariñosas palabras, y algunos donecillos. Iba encomendando al Señor el buen éxito del viaje, cuando tuvo soplo en el camino que los indios Tiriries querían matar al hermano Lorenzo, por ciertas obras en que los empleaba Pazmiño. A pocos pasos que dió después de esta noticia, tiene también aviso de que los indios de Capocui estaban alborotados contra el español Santiago, que les apretaba en la fábrica de la iglesia. Muchos eran los peligros para salir bien de todos. Volvióse con más veras al Señor, y suplicándole que le dirigiese y gobernase en aquel laberinto, llegó al pueblo de Tiriri. Informóse del hermano Lorenzo y de Pazmiño del estado del pueblo, y ellos le protestaron que los indios estaban sosegados y contentos. Tanteó á los indios mismos y á las indias, que suelen ser más fieles en descubrir las quejas que hay en los pueblos, y averiguó que estaban quejosos muchos Tiriries, por la obra en que los empleaba Pazmiño, de hacer más grande la casa que servía al misionero. Con esta noticia encargó seriamente al hermano Lorenzo, delante de los principales indios, que se dejase de obras, y ellos, oyendo este orden y mandato, se mostraron contentos y agradecidos al padre.

Luego preguntó por los Payaguas, y como le respondiesen que estaban en cierta heredad por miedo del padre, que suponían ser sabedor del hurto del machete castellano de que hablamos, hizo que les llamase, dándoles palabra de seguridad. Vinieron sin repugnancia, y á pocas palabras que les dijo el misionero, parecían dar muestras de sumisión y prometieron volverse á sus tierras, esperando que llegarían á ellas algunos padres, como lo habían hecho los años pasados y el padre les ofreció. Para más obligarlos les dió algunos vestidillos, porque venían casi desnudos, y ellos dieron palabra de avisar también á los indios Cajucamas para que se juntasen con los de su nación y pudiesen formar un pueblo, en la persuasión de que se les daría herramientas y todo lo necesario para cultivar la tierra y hacer sus sementeras; mas á vuelta, como dicen, de cabeza, se desvanecieron tan buenos proyectos, porque, apartándose del misionero, un indio imprudente los trató de ladrones por el hurto que acababan de hacer, y ellos, irritados por las malas palabras, escaparon, sin querer volver otra vez ni dar oídos á los enviados del padre, que procuró de todas maneras atraerlos para sosegarlos.

Como estaba el misionero en gran cuidado por las cosas de Capocuí, dejando algunos donecillos al hermano Lorenzo con que ganase, si era posible, á los Payaguas, y encargándole que si aparecían les hiciese á la memoria lo prometido, dirigió el rumbo á la Trinidad de Capocuí. Pasó por el temido cerro llamado Tiriri, famoso hasta en el mismo Marañón por las muchas supersticiones y abusos de los indios. Los de Santa Rosa dicen que brama y los de otra parte están en la persuasión que el

zupai ó diablo voltea desde el cerro las canoas, y en uno de estos años la canoa del ordinario, ó despacho, en que suele ir un blanco por conductor, no se había atrevido á pasar cerca del cerro, ni á su lado, sino á mucha distancia, y con grande silencio diciendo los indios: *Pasito, pasito, no sea que nos oiga el diablo de este cerro.* Queriendo, pues, el padre desengañar á aquella pobre gente y quitar de raíz tantas supersticiones, hizo arrimar la canoa al cerro mismo, y saltando todos á tierra, subieron á la mayor altura de la montaña, en donde hallaron una hermosa llanura. Aquí, derribando un árbol grande, fijaron una cruz grande y alta que se viese desde lejos y sirviese de desengaño á los indios. Comieron todos en tierra, y como á un muchacho se le ofreciese antes de embarcarse una necesidad, satisfizo á la naturaleza, diciendo: «No te temo ya, diablo, no te temo; ahí te dejo ese recado.» Tan desengañados quedaron los indios mismos de sus vanas supersticiones.

¡Juicios de Dios insondables! Cuando estas burlas se hacían al enemigo común, no pudiendo llevar tanto desprecio, se vengó bien presto y casi á la misma hora en la misión; y Dios Nuestro Señor, por sus juicios insondables, se lo permitió, como veremos. Llegó al día siguiente á la Trinidad, y por más que inquirió de Santiago y de los indios (porque el P. Losa había estado ausente), no pudo averiguar nada de conjuración ni de inquietud de la gente. Es verdad que las mujeres apuntaron algo y con alguna frialdad del trabajo demasiado en fabricar la iglesia; pero no hallando cosa notable, le pareció luego dar la vuelta al pueblo de San Luis, donde le tiraban los Payaguas, habiendo encargado á Santiago con graves palabras el buen trato y la paciencia con los Trinitarios.

Arribó al puerto del pueblo de San Luis, como á las cuatro de la tarde, y le salieron á recibir el hermano Lorenzo y Pazmiño con lágrimas en los ojos, diciendo cómo en la misma noche del día en que había salido (y alzado la cruz en el cerro Tiriri), ya tarde cuando estaban durmiendo, habían los Payaguas alborotado los Tiriríes y hécholos huir, votando al río las canoas, sin dejar siquiera una, y capitaneando á todos los Payaguas mismos. El hermano Lorenzo pedía con mucha instancia licencia al padre Uriarte para buscar á sus indios con las canoas de Jesús, porque tenía esperanzas de atraerlos antes que escapasen á sitios más retirados. No parecía al P. Uriarte que los hallaría, no sabiendo antes de la partida el sitio fijo de su destino. Pero el hermano instaba más y más, y por no contristarle, vino en que hiciese su viaje en compañía del teniente y de otras personas de satisfacción, con las dos condiciones de que no se les hiciese fuerza á los indios ó se les mostrase enojo, y de que si no los hallaban á los quince días, no se empeñasen más y diesen la vuelta.

No pararon los esfuerzos del enemigo en el pueblo de San Luis; instigó también á los Payaguas á que arruinasen otros pueblos. Entrando en San Miguel, quemaron la casa del misionero, y hubieran quemado la iglesia si el cacique Alonso no se hubiera opuesto con grande resolución á su designio

maligno. Pero no pudo impedir el que algunos del pueblo, engañados de aquellos perversos, los siguiesen, apartándose de los demás. De la misma manera arrastraron á varios indios de Santa María, y pasando al pueblo del Jesús hicieron cuanto pudieron por trastornar á la gente; pero quiso el Señor que todos los de esta reducción se mantuviesen por ahora firmes sin dar oídos á los engañadores. No era poca la ruina que habían causado en las demás partes, principalmente en San Luis, la cual no pudo jamás repararse por más esfuerzos que hizo el hermano Lorenzo, porque habiendo navegado por el Aguarico y registrado los bosques en donde pensaba encontrarlos, no halló el menor rastro de indios, y determinó volverse, según el orden que había recibido, triste y desconsolado por venir solo, aunque por otra parte conforme con la voluntad divina, confesando ser siervo inútil después de haber hecho lo que debía.

Como el pueblo de San Luis estaba casi sin gente, determinó el padre Uriarte que mudase de residencia el hermano, y pasase á vivir de asiento con los de San Miguel. Con esta ocasión fueron viniendo al pueblo muchos de los huídos blasfemando de los Payaguas, que les habían engañado persuadiéndoles que no habían venido tantos viracochas á la misión, sino para llevarlos á ellos mismos, á sus hijos y mujeres al pueblo de Napo y á la ciudad de Archidona para servirse de ellos los españoles. Esta aprensión, que en tiempos de Salvador Sánchez alborotó los humores de los indios, hizo en esta ocasión bastante daño y jamás acabó de borrarse, antes volvió á avivarse con más fuerza en los corazones de los indios, como veremos presto. El hermano Lorenzo recibía con mucha afabilidad y cariño á los que venían desengañados de los montes, y se aplicó á reformar las casas arruinadas y medio quemadas, puso corriente la doctrina de niños y de adultos, y se esforzó en introducir en el pueblo las prácticas que se usaban en las reducciones que tenían misionero propio. Sirvióle de algún socorro el caciquillo, que ya había aprendido en el Jesús la doctrina cristiana y la lengua del Inga, y volvió á su pueblo bien enterado de los usos y costumbres de las reducciones formadas.

CAPITULO X

DISENSIONES EN EL PUEBLO DEL NOMBRE DE JESÚS Y NUEVAS TRAMAS DE LOS INDIOS

Había estado el P. Manuel Uriarte ausente de su pueblo por varias semanas mientras acomodaba las cosas revueltas de los demás pueblos, y cuando volvió algo consolado y creyó hallar á los del Jesús serenos y sosegados, todo lo encontró al revés de lo que pensaba. Porque entre el teniente, el negro y los demás mozos de casa había mil riñas y disensiones. Todos se unían contra el chapetón, que así llamaban por desprecio al catalán, y no podían verlo. Parece que había dado ocasión al rompi-

miento la comida mal compuesta ó cocinada á que ayudarían algunos tragos de aguardiente que tenían. Viendo el catalán que le perdían el respeto echaba por aquella boca mil baladronadas, y á todos los enviaba á cocinar á casa del diablo. El negro y los mozos se iban á casa de los indios y los alborotaban contra el teniente, y no faltó viracocha que les dijo cómo convenía acabar de una vez con este hombre que á todos era molesto. A esto se allegaba que el catalán, en ausencia del misionero, había hecho sus anacos ó mantas, no sólo á las niñas como el padre les había encargado, sino también á las mujeres grandes, y aunque al principio estaban contentas con sus galas, pero luego salió y corrió entre ellas la voz de que sin duda querían llevarlas á Archidona y que este regalo se enderezaba á tenerlas firmes en el pueblo hasta que fuese tiempo oportuno como lo hizo Sánchez.

No hubiera sido difícil al misionero sosegar estas alteraciones, componer entre sí á los viracochas y quitar la aprensión de las mujeres, pero había el teniente exasperado á los indios en un punto muy celoso para aquella gente, y era un terrible embarazo para el padre, porque no podía deshacer lo que una vez se había hecho. Encaprichado el catalán en formar y concluir sus redes, no sólo apretaba á los indios para hilar y torcer su chambira, sino que metía por un rato de un pie en el cepo á los que se resistían, y hacía que con el otro á su vista torciesen el hilo dándoles por paga un pedazo de tabaco. Esta pena ó castigo de cárcel y cepo llegaba muy al alma á los indios y no podían disimular su descontento, en donde fundaba el misionero los temores de una grande tormenta, si no lograba divertir á los descontentos, dar seguridad á la gente y aliviarla de la opresión del teniente.

Comenzó por los indios mostrándoles todo cariño y ofreciéndoles aliviar de las molestias de tantos viracochas, contra quienes respiraban en sus quejas. Después persuadió con maña al teniente, con cuya presencia se había encendido principalmente el fuego, que saliese por entonces del pueblo, y subiese hacia Santa Rosa con el motivo de llevar cartas, traer socorros y ver si venía el P. Nadal, de cuya bajada á la misión había algunas esperanzas. Señaló para el viaje ocho indios con canoa grande, y regalados les advirtió que llevasen sin recelo al señor teniente hasta Capocuí, desde donde debían volverse en derechura al pueblo, porque el P. Isidro Losa le daría desde allí indios y canoa para proseguir su viaje. Era preciso dar por compañero al catalán un mozo de satisfacción para que le ayudase y velase sobre los indios. Este fué uno de los más fieles y vigilantes, llamado Manuel, que no desagradaba al teniente. Encargó estrechamente á los dos el P. Uriarte, que tratasen á los indios con amor y cariño y que no hiciesen rancho al lado del monte, sino al lado opuesto en las playas mismas, y que mientras el uno dormía velase el otro. Echó después la voz por el pueblo que quizá el catalán no volvería á la misión, no pareciéndole temerario el pronóstico, pues se había desazonado tanto con los otros mozos y los indios le miraban ya de mal ojo. No pare-

cia bastante para sosegar al pueblo el viaje del catalán; dispuso, para mayor seguridad, que saliese también su mismo mozo Ignacio con otro viracocha y pasasen á Santa María con hachas, machetes y otros instrumentos para la fábrica de la iglesia y casa del misionero. De esta manera quitó de la vista de los indios tanta gente odiosa para ellos, y se prometía alguna serenidad.

Pero ¿qué pueden nuestras cortas providencias, dice Uriarte en sus apuntaciones, si el Señor no pone la mano poderosa en ellas? Quizá me castigó S. M. por haber puesto alguna confianza en mis trazas. Y en realidad, los indios que quedaban en el pueblo, mostraban mucho contento viéndose libres de cuatro viracochas: las mujeres estaban muy satisfechas y persuadidas á que el padre quería bien á todos. Pero más en particular el cacique Maqueye estaba muy gustoso con las nuevas providencias enderezadas al bien, paz y sosiego del pueblo, porque entre los bogas del teniente se había metido con disimulo á Antonio Utiqueye, hijo del brujo Tuinra y á otros malignos para cortar todo desorden y alboroto. Pero la desgracia estuvo en que no sabía el misionero lo que habían trazado los mal contentos en la casa de uno de los más principales, y era que convenía en todo trance acabar de una vez con todos los viracochas y padres del Jesús y de San Miguel, robar las casas de los pueblos y escapar con las herramientas al monte á vivir á sus anchuras. Que así se había hecho con el P. Real, sin que después de cinco años se hubiese visto castigo alguno en los agresores por la parte de Quito y que ahora recientemente los de Capocui y de Tiriri estaban á su placer en el monte gozando de sus herramientas sin que ninguno se las disputase. Este proyecto, que mantenían secreto, soplaban algunos viejos y ladinos á los bogas señalados para acompañar al teniente en su navegación; y el mismo sugirieron á los que llevaban á Santa María los otros dos mozos. Todo lo cual se supo después de boca de los mismos conjurados, mas lo tenían oculto y ni el mismo cacique Maqueye parecía saber cosa alguna.

Como el catalán estaba ya tan prevenido y empezaba á conocer á los indios, navegaba con cautela sin fiarse de ellos ni tomaba jamás rato alguno de sueño sin que Manuel estuviese en vela y á la mira de las acciones y movimientos de los bogas. Cuatro días caminaron de esta manera sin que se viese novedad en los indios que, viendo tanto recato y cautela en los viracochas, y que no podían lograr el tiro, discurrieron otro en que si no acabaron con ellos, lograron parte de lo que deseaban. Alcanzaron á ver por la banda del monte una pava puesta en un árbol, y en esta ocasión que se les presentaba, dijeron al catalán con una sinceridad propia de indios, que la querían matar para él, que los dejase saltar, á tierra que presto volverían. Cayó en el lazo el teniente, olvidado del aviso de no hacer rancho en el monte. Saltaron á tierra los indios, salió con ellos el catalán y le siguió el compañero. Entre tanto que el teniente se retiró por una urgencia y el mozo se divirtió á otra cosa, los indios, con

gran presteza, sacaron de la canoa hachetas, trastos y remos, y con gran disimulo, como que iban á buscar la pava, se fueron retirando por el monte y al fin desaparecieron. Llamábalos el teniente, gritaba cuanto podía y ninguno le respondía. Estuvo un rato dando grandes voces, y viendo que en vano se cansaba, porque se habían huido, cayó en cuenta de la trampa que habían urdido. Volvió desesperado á la canoa, y viéndola vacía de todo, sin víveres, sin bebida y aun sin remos, fué mayor la rabia y desesperación. Volvió á saltar á tierra y volvió á gritar exhalado por el monte, anduvo furioso por aquellas selvas, ya por un lado ya por otro, pero los indios, que á manera de gamos saltan por las montañas más inaccesibles, estaban bien en seguro y no era fácil darles alcance.

No restaba otro partido al buen teniente, que ingeniarse á deshacer el camino como pudiese y volver al pueblo del Jesús, si no quería perecer de hambre y necesidad con su mozo en aquella soledad. No había por tierra camino descubierto; y aunque lo hubiese, sería siempre demasiadamente largo y expuesto á mayores peligros, y así se vió en la precisión de entrar en la canoa con su mozo, y con un mal remo que hicieron como en bruto, por carecer de instrumentos, dejarse llevar de la corriente y empuje de las aguas. Muchos fueron los trabajos que padecieron entregados á la discreción de las aguas. Viéronse en mil peligros, porque en varios parajes corría riesgo de voltearse la canoa, en otros, andaba al rededor, sin querer pasar adelante, y en otros, se les atascaba y encallaba en las playas. Finalmente, después de seis días llegaron al pueblo del Jesús, muertos de hambre, hinchados los brazos, y sin fuerzas por la grande fatiga del camino. El catalán parece que sólo tenía alientos para echar bravatas, y hacer mil votos á la tierra y al oficio. Procuró el padre serenarle y consolarle, y dándole de comer, con mucha compasión le repetía la paciencia y sufrimiento con que se aligeran los trabajos. «Es muy buena la paciencia, repetía el teniente, pero esto ya no se puede sufrir. Esos demonios me han querido matar, y no logrando la ocasión, me han hecho esto.»

La noche del día en que llegó el teniente con su mozo, vino á casa sobresaltado el negro, diciendo que doce indios, con quienes había estado trabajando en las sementeras, habían tirado á matarle, y por buena ventura había escapado del lance con la vida. Que estaba alborotada la gente, y que no sabía en qué pararía la tormenta. Fuera de esto, días antes había engañado al padre el cacique Yaso, y sacándole veneno con el pretesto de cazar pájaros, se había huido con los de su parcialidad al monte, por desazones que había tenido con otros indios del pueblo. Veía el padre misionero que la tempestad era deshecha, mas se prometía conjurarla si le hubiera dejado obrar el catalán; pero éste, furioso y arrebatado, sin dar oídos á razones algunas, aseguró en el cepo, por medio del negro, á cuatro indios. Padre el uno, y los otros tres hermanos de los que le habían desamparado, huyéndose por el monte. Protestaba que no había de soltar aquella vil canalla hasta que pareciesen sus parientes, y como

el padre le disuadiese de un paso tan arriesgado y peligroso, respondía: «Déjenme obrar á mí, que por la paciencia de ustedes nos hacen estas; yo lo compondré todo.» No veía en tanta turbación lo poco que podía él y sus mozos, si llegaban los indios á revolver contra ellos.

No pararon aquí las desgracias, porque dado este mal paso del teniente en la prisión de los indios, llegaron al pueblo Ignacio y el mozo, enviados á Santa María, contando muchas miserias y cómo habían estado en peligro inminente de morir. No sabían ellos todo lo sucedido, ni el tratado entero de los indios, pero lo había averiguado el hermano Lorenzo, que escribía al P. Uriarte en esta forma: «Los bogas de Ignacio y »de Manuel salieron de ese pueblo con el orden y mandato que se fraguó »en una borrachera, de coserlos á lanzadas con la arena cuando estu»viesen durmiendo. Logrando la suya los indios y viendo que los dos es»taban durmiendo en la playa, dijo Zaituno á Miñacuru: ahora es tiem»po, vamos á matarlos. Miñacuru, de mejor corazón que los otros, res»pondió (como allá Rubén): Yo no sé matar. Dejémoslos en la playa ro»deados del río, y ellos se morirán. Vinieron los demás en ello, y echando »al agua la escopeta y soltando la canoa, comenzaron á bogar río arriba. »Al ruido despertaron los dormidos, pero por más que gritaron, no les hi»cieron caso los indios, prosiguiendo con su canoa hasta San Miguel. »Aquí dijo muy en secreto Miñacuru á mi cojito Martín, lo que habían »hecho con dos viracochas. Súpolo Martín por la noche, y luego que »amaneció, fiel el muchacho y sin hacer caso de las amenazas de Miña»curu, vino corriendo á avisarme de todo, señalando el sitio y el estado »en que quedaban Ignacio y su compañero. Enviéles luego canoas con »indios de satisfacción, y encontrándolos muertos de hambre los trajeron »á mi pueblo, desde donde les envío á ese del Jesús.» Así escribía el hermano Lorenzo.

El misionero del Jesús acabó de entender la trama de sus indios por el aviso del hermano, que comunicó al teniente para que todos se cautelasen y estuviesen sobre sí, sin exasperar más á los indios, cuyo rompimiento tenía por evidente á la menor molestia que se les diese. Pero el proceder poco considerado del teniente acabó de consumar la traición, porque entrando en grandes temores hizo recoger todas las canoas bajo de la casa, mandó que los niños estuvieran en ella entre día, y prohibió que indio alguno se acercase de noche á su vivienda, sopena de un escopetazo. Estas órdenes alborotaron más los humores de los indios, exasperados con la prisión de los que estaban en el cepo sin haber modo de soltarlos, mientras no viniesen al pueblo sus parientes. En esta resolución estaba fijo el catalán, y apenas pudo el misionero, después de muchas instancias y reconvenciones, conseguir el que los sacase del cepo, dando ellos palabra de no salir de la cárcel y el teniente de no castigarlos si venían por su pie á la reducción los indios que le habían desamparado en el viaje.

Habiendo el misionero conseguido del teniente esta indulgencia á fa-

vor de los presos, comenzó á serenar los ánimos andando de casa en casa y hablando á todos con palabras dulces y cariñosas. Decíales que no diesen oídos al demonio, que, por quererles su mal, les tiraba á alborotar y les sugería su misma ruina. Que el teniente, por el contrario, les quería bien, porque aunque había preso á unos pocos, pero á ninguno había azotado, ni le azotaría; que todo se olvidaría si se portaban bien. Que llamasen presto á los huidos, á los cuales, dado caso que habían hecho mal en desamparar al teniente, él los protegería para con él si venían reconocidos. Trató más particularmente con el cacique Maqueye, el cual, por ser cabeza de los demás y no haber entrado en la conjura, parecía la persona más proporcionada para atajar las tramas y ganar á los perturbadores. A todo se ofrecía Maqueye, pero añadía que no era negocio de un día apaciguar los ánimos de todos, y que no faltaban algunos que le amenazaban á él mismo por entender su inclinación hacia el misionero. Por tanto, le suplicaba le admitiese á él y á su familia á dormir en su casa por algunos días, para que con más seguridad pudiese sosegar á las gentes y ofrecerles perdón de lo pasado de parte del teniente. Pidió también que se perdonase á Zaituno y Miñacuru del atentado, porque esta indulgencia sería un poderoso motivo para ganar á los revoltosos, y en ello conocerían cómo el teniente quería bien á todos. En todo vino el misionero y todo lo concedió el teniente, y el cacique comenzó á tratar con los principales sobre la manera de apaciguar los disturbios y de desimpresionar á los que estaban preocupados contra el teniente.

CAPITULO XI

EL CACIQUE MAQUEYE CON UN GOLPE DE HACHA, HIERE PROFUNDAMENTE LA CABEZA AL MISIONERO DEL JESÚS, MATA UN INDIO AL MOZO MARIANO Y ESCAPA EL TENIENTE COMO PUEDE.

Cuando comenzaba á respirar el P. Uriarte pareciéndole estar todo compuesto y allanado, volvió el demonio con más furia á soplar el incendio comenzado. El viejo Tuinra, que era uno de los cuatro presos que andaban sueltos por la cárcel, hablaba en ella con mucha libertad sin ser posible tapar aquella boca endemoniada. Disimulóse con él por peligro de mayores males, y porque al fin las palabras quedaban en palabras, y él mantenía la que había dado de no escapar de la cárcel, hasta que viniese al pueblo su hijo Utiqueleye, huido por miedo del teniente. Mas sucedió que despertase éste una noche á deshora, y oyendo hablar con desembarazo al viejo Tuinra sin entender bien lo que decía, se levantó azorado de la cama pensando que le quería matar: gritó á su negro pidiendo ayuda, y como viniese prontamente le dijo: metamos á este maldito viejo en el cepo, que nos quiere matar. Como lo dijeron, así lo

ejecutaron y lo aseguraron muy bien. Cuando se levantó el misionero y supo lo sucedido en aquella noche, fué prontamente á verse con el catalán, y le pidió con muchas instancias que no llevase adelante su empeño, que soltase al viejo cuanto antes y que se hiciese cargo que perseverando Tuinra en el cepo, no sólo se deshacía lo que con tanto trabajo habían compuesto, sino que todos eran perdidos, y quiénes eran ellos para resistir á tantos indios armados de lanzas, hachas y machetes. No ha oído vuestra reverencia, respondió alterado el teniente, lo que yo he oído esta noche á este malvado. Si se le deja libre, no parará hasta matarnos á todos. Bien sé lo que me hago y no hay por qué hablarme en la materia.

Viendo el padre al catalán tan aferrado en su temor y conociendo el peligro, acariciaba á los indios, hablaba palabras de paz y de composición á los principales, decía á las mujeres que estuviesen sin cuidado que él lo compondría todo, y entrando en la cárcel consolaba al viejo que estaba furioso y desesperado, diciéndole que tuviese un poco de paciencia porque el teniente estaba á la sazón bravo, pero que él le sosegaría y haría que le soltase presto sin azotarle. Hizo Tuinra del que se satisfacía para hacer mejor su negocio, y para que el padre quedase sin cuidado y sin recelo alguno de lo que había meditado desde que se le puso en el cepo. Luego que el misionero salió de la cárcel, envió Tuinra un aviso por medio de su mujer á los conjurados, para que sin andar en contemplaciones, ni al encubierto, quitasen aquella noche la vida primeramente al padre para que no impidiese la muerte de los demás y después al teniente y viracochas, y que al mismo tiempo, en la turbación que causaría el acontecimiento le sacasen á él de la cárcel en que se hallaba. Añadió á este recado de la mujer muchas amenazas y maldiciones y como brujo los conjuraba con todos los males por parte del cielo, de tierra y agua, si no ejecutaban prontamente lo que les mandaba.

El recado del reputado brujo halló ya dispuestos al rompimiento los ánimos de muchos, y fué el último determinativo para la ejecución de sus tramas. Pero conociendo que el cacique Maqueye estaba inclinado al misionero, y que no era conveniente pasar á la rebelión abierta y descubierta sino en cuerpo de nación, enderezaron sus miras á meter en la conjura al mismo Maqueye, amenazándole con la muerte si no se hacía de su parte, diciéndole que como enemigo de la nación sería tratado con el mayor rigor, no sólo de las demás parcialidades, sino también de la suya. Que ahora era el tiempo de ver si estimaba más al padre y á los viracochas que á sus mismos parientes y paisanos. Que ya estaba determinada la muerte de aquéllos y la suya seguiría bien presto á la de los extranjeros si permanecía terco en sus ideas. Tanto, en fin, le dijeron y tanto le apretaron con amenazas y fieros, que atemorizado el buen cacique, se les rindió á discreción, ofreciéndose á hacer el papel que le mandasen en la conjuración.

Ganado el cacique, determinaron ocultar cuidadosamente la trama á las mujeres y niños, que hubieran sin duda avisado al padre como lo ha-

bían hecho en otras ocasiones, y para mayor resguardo no permitieron que las mujeres saliesen de casa ni se meneasen de un sitio para que no se descubriese en modo alguno la conjura, la cual se había de ejecutar de esta manera. El cacique Maqueye, con tres indios ladinos tenidos por fieles, debían entrar al misionero al fin de la cena con la alegre noticia de que ya estaban en las sementeras del pueblo los indios huidos, y que se esperaban con ansia, y cuando ya el padre y los demás estuviesen alegres y divertidos con la noticia, el cacique sacase su hacha, que debía llevar oculta bajo la camiseta, partiese de un golpe por el filo la cabeza del misionero, y los otros tres cerrasen al mismo tiempo con el teniente y los demás. Entre tanto cercaría la casa una multitud de indios con sus lanzas, y acabaría de atravesar á todos los viracochas.

El P. Manuel Uriarte estaba en mucho cuidado por los temores que le causaba el viejo Tuinra y su partido, y aunque no descubrió del todo la conjuración de aquella noche, pero andaba como un hombre á quien el corazón le dice algún suceso funesto. Rezó los maitines de Nuestra Señora del Carmen, cuya fiesta se celebraba en el día 16 de Julio, y encomendándose muy de veras á esta gran Señora y protectora suya, hizo el rezo á los niños con quienes asistió al rosario, y habiendo dado como acostumbraba lección espiritual á los de casa, se levantó para cenar con el teniente. Ya estaba en esta sazón en la cocina un indio viejo llamado Manuel Uye, que había de dar á los conjurados la señal para entrar en el lugar de la cena, y viendo que el padre había puesto fin á su acostumbrado ejercicio, dijo con voz bien alta: *Lleven la cena al padre, que ya es hora.* A esta voz del viejo vino corriendo el negro, y dejando al viejo Tuinra, á quien velaba, comenzó á servir la cena. Estaba el padre sentado junto á la pared bajo una estampa de Nuestra Señora del Rosario, y el teniente estaba al frente con su puñalejo al flanco. De esta manera cenaron un pedazo de yuca y un poco de pescado, que era toda la cena preparada. Entonces Miguel Uye, metido á servidor, dijo con voz sonora: «Esto ya se acabó; traigan la miel.» Era esta la señal para que entrasen los indios, que no se descuidaron. Asomó Maqueye con una cara de risa, y le siguie-sus tres compañeros trayendo todos sus hachas con cabos cortos bajo de las camisetas. Dieron el Alabado al misionero y le besaron la mano con mucho disimulo, y sin dar lugar á otra cosa, comenzó Maqueye de esta manera: «Alégrate, padre, porque ya sé que los indios están cerca en las sementeras».—No os miento yo, respondió agradecido y muy alegre el misionero, no tienen que temer, ya están perdonados, ni el teniente les hará nada, como vengan buenamente, antes soltará á Tuinra y se irán todos á sus casas y se echará tierra á lo pasado.

El teniente, que era un viejo harto vivo y que no entendía la lengua de los Encabellados, preguntó impaciente al padre: ¿Qué dicen estos indios? Volvió el misionero hacia él un poco la cabeza para interpretarle la embajada, y entonces Maqueye, sacando prontamente su hacha y levantándola con ligereza, la encajó por la punta de abajo casi como un

jeme en la cabeza del padre, cuatro dedos más arriba de la oreja izquierda, errando un poco el golpe por la declinación de la cabeza. Cayó de bruces el padre sobre la mesa echando un río de sangre, sin haber tenido sensación alguna en tan fiero golpe, sino sólo el haber visto el hacha en el aire y haber pronunciado los nombres de Jesús y de María. Iban á cerrar con el teniente los otros tres, cuando éste, como listo y advertido, viendo el cuento mal parado, apagó la luz que ardía en la mesa y se metió debajo de ella, y después, á gatas con el favor de las tinieblas, se fué escabullendo hasta lograr entrar en un cuarto cercano. Había en él una escopeta, pero sin llave, y apuntando con ella y gritando *jala, jala,* se pudo defender por algún rato con el cañón de la escopeta. Entre tanto, uno de los indios dió un cruel hachazo al mozo Mariano, que por estar calenturiento no pudo escapar con los demás y á los pocos días murió de la herida. Al ruido de la faena y á los gritos del catalán, corrió el negro al cuarto de la prisión de Tuinra, pensando que querían los indios soltar por fuerza al malvado viejo, y no hallando ninguno en el cuarto vino corriendo hacia la salita donde se cenaba. En este tiempo le tiró un indio un tajo con un machete largo guayaquileño, mas hurtando el cuerpo, le pasó á soslayo sin notable daño, y agarrándose con el agresor le quitó el arma. No le pareció bastante el instrumento para defenderse de tanta chusma, y echando prontamente mano de una escopeta que tenía preparada con ocasión de la guardia que hacía á Tuinra, la disparó, no se sabe si apuntando determinadamente á alguno de los indios; lo cierto es que no hirió á ninguno, y que al estampido huyeron todos los indios, no sólo los que estaban dentro de la casa, pero también los que cercaban con teas y lanzas para que ningún viracocha escapase. Con esto salió el catalán del aprieto, y el tiro de la escopeta del negro le vino en la ocasión más oportuna para no caer en las manos de los traidores. Escaparon éstos con los demás al puerto, adonde habían adelantado sus trastos y hecho enbarcar á la gente, y sin perder un momento de tiempo empezaron á bogar en sus canoas alegres y triunfantes, por dejar tan malparados á los extranjeros que les venían á cortar sus libertades.

Acabada la zufa, salió el negro de casa con su sable y escopeta á reconocer el lugar, y no halló en todo el pueblo más que á un indio llamado Joaquín Penené, que había traido el padre de Aguarico, el cual, como le quisiesen matar los indios del Jesús por no ser de ninguna de sus parcialidades, pudo conservar la vida subiéndose como un ratón por una palma. Los mozos, que casi todos lograron escapar á los principios, cuando no estaba la casa tan bien cercada de indios, estaban escondidos en un espeso cañaveral. A las voces del negro, ya señor del campo, salieron de su escondrijo y confusos se retiraron á casa. Era necesario atender á la cura de los heridos; pero ¿qué se había de hacer en aquella soledad, sin cirujanos, sin medicamentos y sin las cosas más necesarias á la vida? El misionero, sin sentido, de pechos y cabeza sobre la mesa, nadando en su propia sangre, con una herida tan profunda que causaba horror el mirar

lo interior que se descubría; y el mozo Mariano, abollado el casco, y achuchado de manera que no daba esperanzas de vida, particularmente en aquella tierra, en donde por los intensos calores todo se pudre en poco tiempo, y entra luego la gangrena por las más leves heridas.

Mas no faltó del todo la Providencia en tantas necesidades; el catalán, que entendía en tantas cosas, hizo también aquí el oficio de cirujano. Había sobrado un poco de aguardiente en un frasco traído tiempo había de Quito. Lavó muy bien la herida del misionero con este licor, y haciendo una gran venda de lienzo y empapándola bien en el mismo, le ató con ella fuertemente la cabeza. Pasó después á la cura del mozo é hizo con él otro tanto; pero como el golpe era de otra calidad, por haberle herido con el ojo del hacha, y no con el filo, no se pudo insinuar el aguardiente como en la herida del padre. En estas penas y cuidados pasaron los nuestros aquella noche funesta, y llegada la mañana se reconoció mejor el pueblo y se observaron todos los contornos. Pero ni un niño siquiera se encontró; todo lo habían recogido los indios desde el principio de la noche, y azorados, habían tirado con sus camillas al pueblo de San Miguel, donde, entrando algunos todavía de noche, dijeron muy en secreto á sus amigos que habían quitado la vida al P. Manuel y á todos sus viracochas, y que lo mismo debían hacer ellos si eran valientes y tenían amor á su nación con el hermano Lorenzo y los suyos. De esta manera lograrían el vivir á su gusto y libertad en los montes, donde les sería fácil pasar de unos á otros si se pensaba en el castigo. Dejado este recado, prosiguieron antes de hacer día por el río Aguarico.

Hubieran ejecutado los de San Miguel el maligno consejo de los del Jesús si el cacique Alonso y el cojito Martín, siempre fieles al hermano Lorenzo, no le hubieran avisado luego de lo ejecutado en el Jesús y de lo que se tramaba en su pueblo. Juntó al punto el hermano á sus indios antes que fermentase la masa, y encomendándose al Señor, les habló sencillamente de esta manera: «Hijos, yo estoy recién venido á este pue»blo; pues ¿por qué me habéis de matar ni á mí ni á mis muchachos, que »os tratan bien y á ninguno han hecho daño? Si los ingratos del Nombre »de Jesús han muerto á mi P. Manuel, ellos lo pagarán, que no escapa»rán de la mano de Dios. Ya véis que los indios mismos del monte mata»ron á los que quitaron bárbaramente la vida á vuestro antiguo P. Real »y á sus viracochas. Sed vosotros fieles ahora, y los padres y viraco»chas os lo agradecerán; estaos quietos; no os juntéis con matadores, y »vengan algunos conmigo para enterrar al padre. No creo que hayan »podido matar al teniente y al negro, que son valientes, y como vosotros »decís, no han llevado consigo herramientas, señal clara de que hay to»davía vivos en el Jesús algunos viracochas. Acordaos de que los que »por aquí pasaron el año pasado huyendo á sus montes, publicaban mil »invenciones y todo salió falso, como lo confirma el cacique Alonso: y si »éste no os hubiera contenido y echado enhoramala á los embusteros, »estaríais ahora muy arrepentidos de haberlos seguido. Sed hijos fieles y

»constantes, mientras yo voy al pueblo del Jesús con algunos para ver lo «que pasa.»

Echó el Señor la bendición á las palabras del hermano, porque con ellas se aplacaron los del pueblo, y confirmados en la permanencia con algunos donecillos que les alargó, salió de San Miguel en su canoilla con cuatro indios, dejando al cuidado del cacique Alonso que mantuviese la paz hasta su vuelta. Como el hermano Lorenzo era un religioso de mucha piedad y devoción, iba rezando rosarios en su viaje por el alma del P. Manuel, y sin duda rezaría mucho, porque por más maña que se dió con sus indios no pudo arribar al pueblo del Jesús hasta pasados tres días de la desgracia. Había venido muy triste y desconsolado considerando la gran falta que haría el P. Manuel en aquella misión, tan poco atendida; pero fué mayor su alegría y contento cuando, antes de entrar en la casa, supo que era vivo su P. Manuel, y que, aunque herido gravemente, no había muerto después de tres días. Entró exhalado á verle, y como le halló con la cabeza hinchada disformemente y los ojos como saltados del casco, de manera que ninguno le conocería, le dió un grito, diciendo: «P. Manuel.» A esta voz del hermano abrió los ojos el misionero, hasta entonces cerrados, y volvió en sí la primera vez, habiendo estado sin sentido y sin haber tomado bocado por más de tres días. Pidió un poco de alimento y se informó de lo que había pasado en el pueblo, en los de casa y en los indios después del golpe de hacha con que había quedado privado de los sentidos. Dióle mucha pena la fuga de los indios, que tenía dentro de su corazón, pero no perdió la esperanza de volverlos al pueblo. Hizo que le llevaran á donde estaba el mozo Mariano, y viéndole á tanto peligro, pues murió de la herida dentro de algunos días, le confesó y preparó para la muerte. Volviendo después al hermano Lorenzo, se consoló con él en sus trabajos y le agradeció el cuidado que había mostrado en el viaje, así por su alma rezando tantos rosarios, como por su cuerpo queriendo darle sepultura. Pero añadió que le parecía conveniente, no siendo ya necesario en el Jesús, que volviese á su pueblo, tan necesitado de asistencia, y que desde allí visitase á los indios de Santa María para prevenir los movimientos que pudieran suceder en aquel pueblo. Estas fueron las providencias que tomó el misionero en los primeros instantes en que le volvió la razón, y es cosa que admira tanta eficacia, actividad y cordura en una cabeza tan débil y tan delicada que apenas podía mantenerla sobre los hombros.

CAPITULO XII

SUBE EL P. URIARTE AL PUERTO DE NAPO Y VUELVE AL JESÚS, DONDE HALLA SU GENTE RECOGIDA POR EL HERMANO LORENZO

Quisiera el misionero del Jesús hacer las diligencias posibles por recoger á sus indios antes que se internasen más por el río Aguarico, y antes que en los montes y selvas olvidasen la doctrina y prácticas que por tres años enteros habían aprendido en el pueblo, sabiendo por experiencia que en solos dos meses se olvida el indio en el monte de cuanto aprende en la reducción por muchos años. Pero ni él podía dar un paso, ni tenía por acertado enviar en su busca al teniente y viracochas contra quienes era principalmente el odio y la ojeriza de los naturales. Encomendaba como podía al Señor este negocio, dejándole para ocasión más oportuna, y entre tanto se dejaba en manos del catalán que atendía con mucha diligencia á su cura. Iba ésta tan felizmente, que después de haber purgado la herida con hojas de Santa María, comenzó á pocos días á soldarse la rotura con los paños de aguardiente. No es fácil de entender cómo en tan corto tiempo sanase el misionero de tan profunda herida y en parte tan delicada, sin cirujano, sin medicinas y en un país tan húmedo, tan caliente y tan podrido. Yo me remito en esta parte al juicio de sus conmisioneros, entre los cuales fué problema, si tan prodigiosa cura fué natural ó milagrosa. Lo cierto es que le reservaba el cielo para los muchos y largos trabajos que había de padecer en el penoso ministerio de misionero del Marañón por otros catorce años, y para las fatigas, penas y miserias de un desastroso viaje por el Gran Pará y de un prolongado destierro en los estados eclesiásticos en donde vive al presente en este año de 85, lleno, sí, de males y achaques, pero con los deseos más vivos de volver á sus Mainas para dejar siquiera sus huesos entre aquellos pobres indios que tiene grabados en su corazón y son materia continua de sus fervorosos discursos.

Como la divina providencia tenía sobre el P. Manuel Uriarte muy altos designios, dispuso las cosas de manera que á últimos del mismo mes de Julio se hallase ya en estado de emprender una navegación larga y peligrosa. Dieron motivo á ella el P. Isidro Losa y los dos portugueses Correa y Pazmiño, los cuales, ignorantes de todo lo sucedido en el Jesús, vinieron á este pueblo para celebrar la fiesta del grande Patriarca San Ignacio. Fué grande su asombro cuando vieron la reducción sin gente, y creció más su admiración cuando hallaron ya al P. Manuel Uriarte casi convalecido de un golpe que á lo que les decía el teniente era bastante para haberle quitado la vida en un momento. Dieron muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y celebrada la fiesta de San Ignacio, empezaron á pensar y conferenciar entre sí sobre lo que se debía hacer en

las circunstancias. Todos fueron de parecer de que el P. Uriarte, acompañado del hermano Lorenzo, del teniente y de algunos otros, subiese al puerto de Napo para que se acabase de curar con los aires más sanos de aquella tierra alta, y dando entre tanto parte á Quito de lo sucedido, é instando por nuevos misioneros trajese á la vuelta indios cristianos de Santa Rosa para sacar los forajidos del monte sin ruido de armas.

Rindióse á esta determinación el P. Uriarte, y hechas lo más presto que se pudo las prevenciones de bastimento para el viaje, salió á fines de Agosto del pueblo del Jesús, acompañado del hermano, del catalán y de Correa, y en señal de que no dejaba la reducción, ató muy bien con cuerdas, porque no había cerradura, las puertas de su casa, de la iglesia y del campanario. No habían de faltar molestias, trabajos y peligros en el camino, porque estos regalos de los queridos de Jesús le iban siguiendo por todas partes. Al pasar por el pueblo de la Trinidad de Capocuí, sucedió en lance que desazonó mucho al misionero. Salió del pueblo el mozo Santiago que ayudaba en la reducción al P. Losa, y viendo al teniente que acompañaba al P. Manuel, le dijo con libertad de soldado estas palabras: «Vuestra merced, señor catalán, parece que ha comido muchas gallinas; pues dejó herir al padre.» Picóse el catalán, que aunque viejo era de punto y valiente, y corriendo al mozo lleno de cólera y con su puñal, lo desafió diciendo: «Venga usted con su machete, señor soldado y veremos si soy gallina ó si soy gallo.» Quería el otro evitar el lance y lo metía á chanza. Mas instaba el catalán y le apretaba delante de mucha gente, que se había juntado á los gritos, y Santiago, por no parecer cobarde aceptó el partido. No faltó quien viniese corriendo al P. Uriarte y le diese parte de lo que pasaba. Fué volando el misionero al lugar del desafío, y les halló ciegos de cólera, y en la acción de acometer. Métese de por medio y da un empujón á Santiago diciendo: «Vaya usted á hacer su oficio y tenga respeto á los sacerdotes y al teniente»; y volviéndose después á este: No son acciones éstas, le dijo, ni de juez ni de cristiano. Sepa que hay excomuniones contra los desafíos.» Con esto se apartó el uno del otro, y después de sosegados, para quitar el escándalo que habían dado á los indios, se pidieron perdón mutuamente y le pidieron también al sacerdote. Aún hizo más el catalán que, como era buen cristiano, pidió con instancia al padre la absolución de la censura que acaso había incurrido en la pendencia. Es fácil á la cólera un transporte, pero un corazón cristiano sabe saldar las quiebras, y sacar para en adelante el fruto del desengaño. Escribió el padre á Quito la acción edificativa del teniente, y aunque muchos alabaron su cristiano proceder, no faltaron otros que hicieron burla, como el mundo les enseña, de la cobardía del chapetón.

Salieron de Capocuí á principio de Septiembre y á pocos días de navegación se vieron en gran peligro de perecer en las aguas, porque perdiendo pie las tánganas de los indios y siendo impetuosa la corriente, fué arrebatada de las aguas la canoa, por más de media legua, sin tener otro arbitrio que encomendar á Dios su destino. Quiso el Señor que sin

tropezar en las peñas ni en los troncos, fuese á parar á sitio desde donde pudieron volver á tomar nuevo rumbo con alguna seguridad hasta Santa Rosa. Hizo en este pueblo el P. Uriarte la doctrina á los indios deseosos de instrucción y su gobernador se empeñó en conducir al misionero al puerto de Napo, haciendo él mismo de popero. Los bogas que consigo traía, eran valientes y muy prácticos; pero poca seguridad daban estas calidades estando bien bebidos. A pocos pasos erraron el rumbo, y metieron la canoa en otro peligro más grande que el pasado, porque arrebatada con la fuerza de los raudales, iba derechamente á estrellarse en un tronco atravesado. Viendo el hermano Lorenzo y el portugués Correa el riesgo inminente de ahogarse, se iban á echar al agua para evitar el peligro; detúvolos el padre diciendo: No hay que temer, porque la Santa Misa que hoy hemos celebrado y la intercesión de la Virgen, nos librará de todo mal. Aquietáronse todos y clamando á voz en grito, valednos, Virgen Santísima, la canoa que era gruesa sin ser guiada de nadie dió un golpe tan recio en el tronco atravesado, que sin romperse al ímpetu, arrojó al agua al popero ó gobernador, como á otro Palinuro. Chapuzóse muy bien su señoría, pero no quedó sepultado en las aguas; como el popero Troyano antes pudo subir á la canoa, ayudado de los demás y sin daño de ninguno. Con este suceso caminaron con más tiento y tomaron felizmente el puerto de Napo.

Poco tiempo se detuvieron en este puerto, pareciendo mejor al padre Uriarte pasar hasta Archidona á tratar allí con los padres que hacían de curas sobre el estado de la misión de Napo. Hallaron en esta ciudad al antiguo P. Nadal y por compañero al P. José Ars. Uno y otro recibieron con mucha caridad y ternura al misionero del Jesús, el cual, por más que hizo, no pudo impedir los oficios humildes del P. Nadal, que besando con una santa envidia la herida reciente de la cabeza, le llamaba feliz y bienaventurado por haber logrado padecer algo por Dios, y con la vista de la herida se enfervorizaba y se confirmaba más en los propósitos de bajar á las misiones del Napo. Habiendo dado aquí parte á sus dos hermanos el P. Uriarte del estado en que quedaban los pueblos y de las esperanzas que tenía de recoger á los huidos, les pedía los indios y canoas para poder ejecutarlo suavemente y sin intervención de teniente ni soldados. Pero los padres eran de parecer que no debía de volver, á lo menos al presente, á la misión, sino pasar á Quito á restablecerse de la herida. Eso no, replicaba Uriarte, porque si paso á la ciudad, ó se pierde la misión, que tantas contradicciones ha tenido, ó á lo menos no se recogerán los fugitivos. ¿Y qué se hará de tantas pobres almas en aquellos bosques sin pastor y en poder del enemigo infernal? No, padres míos, yo no puedo desamparar mis pobres indios; ellos son buenos, y más pecan por ignorancia y poca capacidad que por malicia, y el Señor me ha dado á entender en muchos casos particulares, que los quiere y que los ama. Pido á vuestras reverencias que me den un ordinario ó propio de satisfacción con quien pueda pasar á Quito el señor teniente, y que lleve car-

tas al P. provincial, á quien informaré de todo, y esperaremos entre tanto su determinación.

Siguióse este último partido, y el P. Uriarte hizo su informe al padre provincial, dándole cuenta de lo sucedido en el Jesús, de su viaje á la ciudad de Archidona, cómo quedaban en pie en el Napo tres pueblos, quietos y sosegados, y cómo tenía ciertas esperanzas de recoger las gentes del Jesús, sin ruido y sin armas. Añadía que iba el teniente catalán con las cartas, y pedía que se le diese la paga entera de un año por haberle asistido y curado con singular esmero en su trabajo; pero que no convenía que volviese á la misión, ni él tampoco gustaría después de lo pasado. Despachado el ordinario con el teniente y los informes, volvió á instar á los padres por indios y canoas para recoger á los fugitivos, porque el hermano Lorenzo y el portugués Correa se ofrecían á buscarlos y traerlos al pueblo del Jesús, con sólo la promesa del perdón y sin fuerza ni violencia. No se atrevieron los padres á condescender con el misionero, en unas circunstancias tan críticas; mas lo que no pudo recabar de los padres lo consiguió del doctor Matheus, cura de la Concepción y grande amigo y apreciador de las virtudes y celo del P. Uriarte. Dispuso este párroco canoas y señaló 20 indios cristianos de Santa Rosa para que acompañasen al hermano y á Correa en su expedición, y salieron todos juntos á buscar el río Aguarico, donde se creían hallarse dispersos en varias partidas los del nombre de Jesús.

Entre tanto que el hermano Lorenzo concluía su comisión y se daba algún tiempo para la respuesta que se esperaba de Quito, se retiró el P. Uriarte á la mina de Santa Rosa, en donde hizo con quietud los santos Ejercicios, y los dió á los caballeros y negros que trabajaban en ella, que serían como unos doscientos; hízose todo con mucha edificación y piedad, y con muy grande fruto de aquella pobre gente, y no es de omitir una cosa bien particular que sucedió en este tiempo, cuando todos estaban ocupados en la distribución ordinaria de lección de santos. Prendióse fuego de repente en una de las casas cercanas al Real. Era grande el peligro de que se extendiese por todas las casas de paja que estaban alrededor. Ardía la casa con furia, y los negros no podían atajar el incendio. Dábase ya todo por perdido, cuando uno de los caballeros, llamado D. Juan Tejera, que estaba leyendo la vida de santa Tecla, abogada particular contra los incendios, exclamó con mucha fe: Santa Tecla, santa Tecla. ¡Cosa prodigiosa! Al punto se recogió todo el fuego á la cumbre de la casa, y los negros que no habían podido subir por parte ninguna, subieron sin dificultad y lo apagaron fácilmente. Todos tuvieron el caso por milagroso, y agradecidos los caballeros á santa Tecla, la eligieron por segunda patrona de la mina, cuyo primer patrón era San Vicente.

A los quince días de la ida del teniente y del despacho del ordinario, restituido Uriarte á la ciudad de Archidona, tuvo respuesta del procurador de las misiones, el cual le decía que se viniese luego á Quito, por-

que así lo sentía la consulta de provincia; y que estando aún en visita el P. provincial, le había enviado sus cartas. No bien leyó el P. Uriarte la carta del procurador, que le insinuaba poder pasar á Quito, cuando, herido como de un rayo, volviéndose á los padres Ars y Nadal que se hallaban presentes, les dice: Adiós, adiós, padres míos. No sea acaso que el provincial me mande ir á Quito; y metiéndose en una canoita con dos indios pasó á Santa Rosa, y de aquí, parte á pie y parte en hombros de los indios, no paró hasta Cotapino que está ya dentro de los montes. Aquí le deparó el Señor un buen viejo de más de cien años llamado Rengifo (por haber sido, como él decía, muy obediente á sus padres), que también en aquellas tierras viven los hombres largos años, y no es el clima de la zona tórrida tan desdichado que acorte, como algunos piensan, los años regulares que suelen vivir los hombres en otras partes. Confesóse el venerable anciano y comulgó muy devotamente, teniendo tan buena ocasión para hacerlo á su satisfacción con un padre misionero, y después, como si fuese un hombre de veinticinco años, acompañó por su pie al padre por cerros y por peñas hasta un sitio de donde no se podía pasar á causa de un río, sino en canoas ó caballos briosos. Teníalos ya prevenidos el doctor Matheus, y en ellos pasaron, aunque no sin peligro, al pueblo de la Concepción, en donde hechas algunas confesiones y bien agasajado de este insigne sacerdote, tomó las provisiones necesarias para la navegación hasta el Jesús. Pero antes de entrar en el río Zuno, volvió á escribir al P. provincial para que le confirmase en la misión, pues estaba ya enteramente convalecido, y suplicándole que le enviase otros dos sujetos para ella, y en particular al P. Nadal que mucho la deseaba. Tanto le abrasaba el celo de la salud de sus indios, que no perdía ocasión de instar y de clamar por nuevos operarios.

La navegación por el Zuno y por el Napo hasta Capocuí, fué más feliz que lo que se había experimentado los años pasados en que se vió á pique de perecer, como dijimos. Encontró al P. Losa con su gente quieta y sosegada, y á pocos días de su llegada, el Señor que iba mezclando lo dulce con lo amargo y entreverando, como suele hacerlo con sus siervos, los consuelos con los trabajos, le dió una de las más gustosas nuevas que había tenido en cuatro años de penosas fatigas con los indios. Llegó al pueblo de la Trinidad el P. Joaquín Pietragrasa, superior de la misión y conocido antiguo del P. Uriarte, y le dió la deseada noticia de haber hallado ya en el pueblo del Jesús al hermano Lorenzo con toda la gente del pueblo quieta, contenta y sosegada: y que él mismo, de su parte y de parte del misionero agraviado, había perdonado al cacique Maqueye y á los demás cómplices del atentado. No pudo el P. Uriarte oir una relación tan tierna sin derramar lágrimas. Rezó con el superior el *Te Deum Laudamus* en acción de gracias, y luego bajaron todos tres padres al pueblo del Jesús llenos de gozo y rebosando de contento y alegría.

El cacique Maqueye aguardaba al P. Uriarte puesto de rodillas en el lodo mismo del puerto muy arrepentido y con un semblante que enterne-

ció al misionero. Saltó éste de su canoa, y abrazándole estrechamente, volvió á darle el bastón de cacique. Daba el pobre mil excusas diciendo que aunque había sido grande su atentado, pero que lo había hecho engañado y forzado de Tuinra y de sus secuaces: que por amor de Dios le perdonase. Perdonábale de muy buena voluntad el misionero porque tenía bien conocido el fondo de su corazón, y le aseguraba de sus temores. Entre tanto, fueron llegando á la casa donde se reunió un gran número de indios y de indias que traían sus frutas y regalillos, deseando todos á porfía ver y tocar al padre. Era preciso dejar entrar á todos y satisfacer á su curiosidad. Hacían al misionero mil preguntas y no se hartaban de tocar la herida y de palparla de mil maneras diciéndole: «¿Cómo estás vivo? Pues ni el tigre más valiente escapa con un golpe tan fiero y tan profundo en la cabeza. Dios me ha conservado, decía el padre, para que os haga bien como hasta ahora os lo he hecho. ¿No te avisamos, decían otros, que salieses de esta casa cuando entró en ella el puerco espín que es señal clara de desgracia? Hijos míos, respondía el padre, ¿todavía estáis en esa superstición? ¿Pues no sabéis y fuisteis testigos vosotros de que yo mismo maté al puerco espín en la escalera sin dejarle salir de casa? ¿Y visteis que era una fiera como las demás y que no era indio ni demonio? Dejad, hijos, esos abusos.» En estas pláticas se pasó buena parte del día condescendiendo con los indios y con las indias, con los niños y con los grandes, que todos querían tocar la herida, como yo mismo la he tocado, aunque cerrada, varias veces en Bolonia, con mucho consuelo mío, considerando la cicatriz como un triunfo claro de nuestra santa fe.

El hermano Lorenzo contó también en breves palabras su aventura, diciendo cómo se había hecho la entrada en el monte, con paz y con sosiego, porque guiados, decía, de un Matías ladino y fiel hasta la casa de Maqueye, después de haberla cercado con silencio, gritamos á una voz: «El P. Manuel nos envía, no teman.» Azorados al grito, querían resistir los que estaban en la casa, pero el portugués, entrando de repente, aseguró al cacique diciendo: «Agradece al padre.» Maqueye, agarrándose de la escopeta de Correa, le dijo: «¿Vive el P. Manuel?» «Sí vive, respondieron los indios de Santa Rosa, y por eso no te matamos.» No hubiérais hecho sino lo que yo merecía, dijo reconocido Maqueye.» En esto entré yo y les aseguré del perdón, y sosegué sus temores. Procuré que recogiesen la gente, y el mismo Maqueye fué la espía para descubrir la caza, trayendo no sólo aquellos que habían huido del pueblo, sino otras cuarenta personas con que ha crecido la reducción.

CAPITULO XIII

QUÉMASE LA REDUCCIÓN DEL NOMBRE DE JESÚS Y ES TRASLADADA Á OTRO SITIO. — CAE CON LA FATIGA GRAVEMENTE ENFERMO EL MISIONERO Y ES LLEVADO AL MARAÑÓN.

Estaba el P. Uriarte contentísimo y como en su centro en medio de su gente, aumentando el pueblo, bien querido de los indios, sin teniente que les perturbase y sin tantos viracochas, cuya vista les ofendía. Parecíale que era llegado el tiempo en que había de hacer asiento la misión de Napo, porque la reducción de San Miguel se había aumentado con varios indios que habían conocido las ventajas de vivir en poblados. Y aun de aquellos Tiriríes que huyeron los años pasados tuvo ahora noticia de que estaban en ánimo de volverse. Para que su gusto fuese más cumplido, recibió á poco tiempo carta del provincial, que le confirmaba en la misión y le daba licencia para que perseverase en el Napo si estaban los indios sosegados y él se hallaba ya en buena salud. No sabía el buen misionero cómo agradecer al cielo tanto bien; daba gracias á Dios noche y día y le pedía gracia para trabajar con doblado esfuerzo en la viña que se le encomendaba.

Mas quería el Señor obedeciese en el punto más difícil y que bajase la cabeza en una cosa que le hería en lo más vivo del corazón. Conociendo el superior Pietragrasa cómo el temple de las tierras del Napo era poco favorable para un entero convalecimiento después del golpe terrible, y que era necesario el que se resintiese de la herida en medio de las fatigas y cuidados con que debía asistir á tres pueblos, se resolvió á trasladarle al Marañón, cuyos aires eran más limpios y más benigna la influencia del clima. Intimó al P. Uriarte que bajase á San Joaquín de Omaguas mientras él pasaba á San Ignacio de Pevas y Caumares, donde le llamaban las críticas circunstancias en que se hallaba este pueblo, como veremos en el capítulo siguiente. Quedó algo sorprendido el misionero á una intimación que no esperaba, y representando humildemente cómo se iban asentando las cosas y aumentando los pueblos, le propuso los vivos deseos que le daba el Señor de morir entre aquellos pobres indios en el Napo, ya que no había sido digno de regar con su sangre la misión y dar la vida por ellos. Firme el superior en su determinación, no dió lugar á la propuesta; y viendo Uriarte ser esta la voluntad del Señor, que así quería ser servido, le entregó enteramente la suya y rindió su juicio á una perfecta obediencia. Y en medio de haberse visto tantas veces en muchos peligros de muerte por el bien de los indios, como hemos visto, tuvo esta obediencia por uno de los vencimientos más difíciles por el menos sospechoso y más grato á su Majestad.

Debía de asistir el P. Isidro Losa á todo el partido mientras viniese

nuevo sacerdote, y viniendo al pueblo del Jesús, hacer sus salidas á San Miguel, á Santa María y á la Trinidad de Capocui, pueblo distante muchas jornadas del centro de la misión. Suplicó al P. Pietragrasa que permitiese al P. Uriarte residir en el Jesús hasta que viniese nuevo misionero, porque ni él se hallaba con fuerzas bastantes para tanta fatiga después de los achaques contraídos en aquel país, ni tenía valor para quedarse solo entre tantos indios de tan diferentes genios sin algún compañero sacerdote. Vino en ello el superior, y dando en ello sus providencias para que bajase de Archidona el P. Ars para asistir al Nombre de Jesús, se partió en derechura al pueblo de San Ignacio.

No se aplicó menos el P. Uriarte al cultivo de los indios en estos pocos meses de lo que se había aplicado en los años antecedentes. Primeramente procuró vestir del mejor modo que pudo con sábanas, sotanas y otros trapitos viejos á muchos de sus indios que, después de cuatro meses de monte, habían venido casi desnudos. Entabló después el rezo y la doctrina con mucho cuidado y aplicación, porque echó de ver lo que parecía increible: que hasta los niños más bien dispuestos en el catecismo le habían olvidado en aquellos pocos meses. Tan frágil es la memoria de aquellas gentes, que en dándoles alguna interrupción era necesario empezar á enseñarlas de nuevo. Puso orden en las prácticas del gobierno político, haciendo que los alcaldes, regidores, fiscales y sacristanes cumpliesen con sus respectivas obligaciones, acudiendo cada día al misionero á dar cuenta y á recibir órdenes. Los indios entraban con gusto en todo, así por verse libres de tantos viracochas como por faltar algunos de los que habían tenido parte en el atentado y hallarse reconocidos los demás.

Seis fueron los indios principales que concurrieron más inmediatamente á la conjuración pasada. Vióse en algunos de ellos sensiblemente la justicia del Señor en los castigos severos que padecieron á vista de los demás; pero como Padre de misericordia quiso mostrar su piedad con los otros. El viejo Miguel Uye, que dió la señal para la entrada de los demás, había sido muerto violentamente de sus amigos por quitarle las cosillas que llevó consigo al monte. En el mismo sitio acabó desastradamente de enfermedad un hijo del viejo Encenevi, á cuyo influjo se había forjado la borrachera para la conjuración. Otro indio llamado Felipe, que había tenido mucha parte en la trama, tuvo después una muerte horrorosa, dando terribles bramidos invocando al demonio y sin querer oir al misionero. Tuvo el Señor piedad del brujo Tuinra y de un tal Bezocaba, que se creyó haber dado el golpe mortal al mozo Mariano, pues murieron los dos bautizados y reconocidos. Lo mismo sucedió al cacique Maqueye, á quien bautizó el P. José Ars, habiéndole dejado ya instruido el P. Uriarte. Pero dispuso el Señor, para escarmiento de los demás, que delante de todo el pueblo y sin que le socorriese ninguno, muriese ahogado en una laguna tan pequeña que apenas llevaba agua, y fué cosa bien singular, que horrorizó á los vecinos, el no hallarse su

cuerpo ni vivo ni muerto por más diligencias que se hicieron por orden del misionero para darle sepultura. Con estos ejemplos y castigos de la justicia divina entraron en juicio los indios del Jesús, porque por corta que sea la capacidad de aquellas gentes no dejaban de conocer y publicar que Dios los castigaba por su rebeldía y que se mostraba enojado con ellos. Es verdad que algunos de estos castigos sucedieron después de la salida del P. Uriarte, pero se vieron otros antes de su partida; y como estaban ya reconocidos y desengañados el cacique Maqueye y el viejo Tuinra, pudo adelantar en estos pocos meses la reducción aún más de lo que había pensado.

Pero no descansaba su celo hasta mudar el pueblo á sitio más estable y ventajoso, porque robando el río las tierras más contiguas á la reducción, se iba ya acercando á las casas y amenazaba á la iglesia y casa del misionero. En peligro tan claro y tan inminente, comenzó desde luego á disponer las cosas para la necesaria mudanza. Registró sitios, observó parajes y eligió, finalmente, unas alturas que ofrecían un seguro establecimiento á los indios, capacidad para la formación de iglesia y casas, y buena proporción para las sementeras. No pensaba el misionero hacer por sí mismo el transporte, pero un suceso bien sensible á todos y pesadísimo al padre aceleró la mudanza. Envió una mañana á los dos portugueses Correa y Pazmiño con todos los indios del pueblo capaces de trabajar á rozar, limpiar y allanar el sitio destinado á la nueva reducción. Salieron en sus canoas, quedando el padre en la iglesia haciendo sus devociones, cuando á las once de la mañana sintió una grande humareda y oyó estallidos de fuego no lejos de la iglesia. Salió exhalado de ella y vió que estaba ardiendo el costado de una casa y que, comunicándose el fuego á la otra, del capitán, venía derecho á prender en la iglesia porque el viento era fuerte y venía de aquel lado. Clamó, voceó, gritó, hizo lo que pudo; pero ¿qué podía hacer un hombre solo en el pueblo con las mujeres y sus criaturas? Harto hicieron éstas en sacar sus ajuarillos de las casas, persuadidas á que todo el pueblo se quemaba sin remedio. El Padre, con los niños, atendía á las cosas de la iglesia; sacaron algunas alhajuelas, y entre ellas el altar portátil, pero no pudieron coger el ara porque, cargando el fuego, ardía toda la iglesia. Pasó luego á la cocina, que estaba distante treinta varas de la iglesia, y de la cocina á la casa del misionero, que, mientras atendía á librar los baúles de los portugueses y á poner en salvo otros ajuares de los mismos, perdió todo lo suyo, hasta la cama y el Santo Cristo. Sólo pudo sacar con gran trabajo una frasquera en donde estaba el vino y las hostias para decir Misa, y aun esta alhajuela le costó bien cara, porque mal clavada la frasquera, con el peso y con la prisa se le desprendió, bajando por la escalera sobre una rodilla, y le hizo una buena sangría. No se podía ya sufrir el incendio, que, apoderado de todas las casas, las redujo en poco tiempo á cenizas, y prendiendo en un platanar, se fué comunicando por cañaverales y frutales hasta chamuscar parte del monte.

Retiróse el P. Uriarte fatigado, sudado y ensangrentado hacia la parte del monte que caía al puerto. Aquí estaban las indias dando grandes risadas (que éstos son sus cuidados), y diciendo: «Con esto iremos presto al nuevo pueblo.» Ellas habían sacado con tiempo sus camas, lanzas, bodogueras y venenos y no se les daba nada por lo demás. Y el padre tuvo la fortuna de haber dejado en Capocuí sus libros, en donde estaban todavía depositadas las principales alhajas de la iglesia desde el viaje que había hecho á Santa Rosa. De esta manera, por particular providencia del cielo, se libraron del incendio. A poco tiempo de descanso en este paraje observó el padre que vertía mucha sangre por la herida de la rodilla y que se iba debilitando. Ató fuertemente con el ceñidor la parte lastimada, y acosado del hambre y rendido de flaqueza, comió algunos plátanos crudos, que le hicieron, como veremos, bien poco provecho. Preguntando aquí á las indias sobre el origen ó causa del incendio, halló que un niño de cuatro años llamado Fermín (era, dice el padre, de contrabando, y de él, aunque inocente, se valió el diablo para vengarse), soplando un tizón con que quería sacar de un agujero una lagartija, encendió el alar del tejado, y como la materia estaba bien dispuesta, se apoderó luego el fuego de toda la casa.

Se iba ya acercando la noche, cuando viniendo los indios de su trabajo y llegando á un paraje donde, volviendo el río, se descubría el pueblo, se quedaron atónitos no viendo vestigios de reducción, sino una confusa humareda.—¿Qué es esto? decían á los portugueses; ¿dónde está la iglesia? ¿dónde la casa del padre? ¿dónde están las nuestras? Con esto remaban á toda furia, asustados y deseando saber lo que había pasado. Esperábales el misionero en el puerto con la respuesta, y les dijo estas palabras: «Gracias á Dios, las casas de ustedes, señores Correa y Pazmiño, se han salvado, las de los indios las sacaron sus mujeres. Todo lo demás se ha quemado.» Mas luego que supieron los indios el origen del incendio querían quitar la vida al padre del niño Fermín, sospechando que había sugerido al chico el pensamiento, y fué necesaria toda la autoridad del misionero para quitarles de la cabeza esta sospecha, por no tener muy buena fama entre los indios mismos el padre de este niño. Pasóse la noche al descubierto y cenó cada uno lo que pudo, esperando la luz del día para reconocer mejor las cenizas, en que pensaban hallar algunas cosas que faltaban.

Entre los muchos cuidados que ocuparon esta noche la mente del padre Uriarte, era el mayor de todos la falta de ara y verse privado de celebrar la Santa Misa, único consuelo en sus aflicciones y trabajos. Pero no quiso el Señor, atendiendo á sus ansias fervorosas, quitarle este consuelo, antes con particular providencia le proveyó de todo lo necesario para el sacrificio. Porque empezando la mañana siguiente á revolver las cenizas, la primera cosa que se encontró fué el ara. Era ésta de piedra pómez, y por más fuego que había caído sobre ella estaba del todo entera y quemado sólo el forro. Luego que la vió y reconoció el misione-

ro, armando un rancho y disponiendo su altar dijo la Misa, á que asistieron todos, dando gracias á Dios de que no hubiese sucedido desgracia alguna en el incendio ni perecido persona alguna. Prosiguieron revolviendo cenizas y hallaron las campanas que habían caido del campanil, y en medio de haber venido sobre éstas muchos materiales que se quemaron todos, ni se derritieron ni empeoraron, antes quedaron más sonoras y refinadas. Fuera de estas alhajas tan estimables de la iglesia, apenas se encontró cosa alguna de consideración, porque todo lo había devorado y consumido el fuego y sólo habían quedado las vigas, estantes y quintales más gruesos en las partes donde no había cargado tanto el incendio.

Comenzaron luego á tratar de la mudanza al nuevo sitio, y fué fácil el transporte de las vigas enteras y pies derechos que habían quedado enteros y podían servir á las nuevas fábricas. Hicieron los indios como de prestado sus ranchitos en donde debía cada uno fabricar su casa. El misionero la formó mayor, como de diez varas de largo, con su división para un altar, que abierta la puerta estaba patente á los indios para poder rezar, repetir el catecismo y oir Misa. De esta manera, en solos ocho días, se formó un pueblo ó reducción de pabellones en que se practicaban las distribuciones y ejercicios más substanciales de rezo, doctrina, Misa y rosarios, mientras los indios se ingeniaban á preparar las cosas necesarias para sus fábricas.

Pero á poco tiempo de esta mudanza y desabrigo, comenzó el padre Uriarte á experimentar las malas resultas del golpe de la cabeza, de los muchos aguaceros de los caminos y de los ardores, faenas y trabajos del día de la quema. Faltóle en un todo el apetito, sin poder arrostrar cosa ninguna; creció la calentura, que parece haber tenido principio de la comida de los plátanos verdes, y cayó en una debilidad tan grande que pensaron todos ser llegado su fin, y el mismo padre, persuadido á que era cierta su muerte, se quejaba amorosamente con el Señor porque no le había dejado ó concedido morir al golpe del hacha. Vino de Capocui el P. Isidro Losa, avisado del peligro de su compañero, y le administró el Santo Viático, de que recibió mucho consuelo. Como iba de mal en peor y ya perdía los sentidos, trataron de administrarle la Santa Unción, cuando el Señor, que le guardaba para largos años y para mayores trabajos, dispuso suavemente que diese uno de los presentes en la enfermedad del moribundo. Tiene el Señor contados nuestros días, que no serán ni más ni menos de los que ha destinado la Providencia por más diligencias que haga el rico y por menos medios que tenga el pobre. Venda los ojos al médico más hábil para que no vea el mal que se presenta á la vista, y se los suele abrir á un patán ó un ignorante para que entienda la enfermedad que se le escapa al más práctico después de haber estudiado por muchos años los Hipócrates y los Galenos.

Esto sucedió puntualmente con nuestro misionero, á quien aplicando uno poco versado en el arte ciertas calillas, podemos decir que le restitu-

yó á la vida. Prorrumpió en tales evacuaciones con el remedio, que luego volvió en sí y bajó notablemente la calentura. Parece que la enfermedad hizo crisis en unas circunstancias en que debía estar capaz el P. Uriarte de un consuelo y de un sentimiento que le enviaba el cielo. Llegó á esta sazón el P. José Ars para cuidar del Jesús y de su partido, y fué grande el consuelo del P. Manuel al ver en su pueblo un misionero que había de trabajar por muchos años con aquella gente desechada que tenía en su corazón; pero no fué menor su sentimiento, cuando casi al mismo punto le llegó desde los Pevas la triste nueva de que los impíos Caumares del pueblo de San Ignacio habían muerto bárbaramente á su misionero el P. José Casado, varón de singular virtud y conocido antiguo del padre Uriarte. Adoró los caminos de la Providencia, y se confundió de no haber sido digno por sus pecados de semejante suerte, habiéndola ya tocado con la mano.

Traía el P. Ars una muy buena canoa, y venía acompañado de un español de calidad, llamado D. Xavier Orbe, que debía pasar al Marañón. Como el P. Uriarte iba ya cobrando apetito, y aunque debilitado y sin fuerzas, estaba pronto á cumplir con la obediencia que le había intimado el superior Pietragrasa de pasar á San Joaquín, creyeron los padres ser esta muy buena ocasión de embarcarle en una camilla y ponerle á cargo de este caballero, que se ofrecía á cuidarle en la navegación con toda diligencia. No parecía estar Uriarte en estado de emprender tan largo viaje; pero la ocasión y coyuntura favorable y la esperanza de que no se veía mejor remedio para su convalecencia que los aires del Marañón, vencieron la dificultad. Despedido tiernamente de sus hijos, se embarcaron con él dos mozos blancos y dos indios fieles destinados á su servicio en la canoa de D. Xavier, y empezaron la navegación río abajo hacia San Joaquín. El buen español Orbe se esmeró por todo el camino en asistir al misionero. Cuando salían á tierra fomentaba con algunos espíritus al padre, que regularmente al salir quedaba desmayado, y tomando su escopeta traía algún pajarito para su regalo. En una de estas salidas llevaron al misionero á una casa donde acababa de nacer una criatura y estaba de peligro. Bautizóla el padre con mucho consuelo de su alma, dando mil gracias al Señor de tan feliz suceso.

De esta manera, entre consuelos y trabajos, á los quince días de navegación llegaron á San Joaquín de Omaguas, cuando ya con los aires del Marañón se sentía el P. Uriarte muy aliviado. Fué llevado en brazos de los mozos é indios hasta la casa del misionero del pueblo, que á la sazón era el P. Martín Iriarte. Recibióle con increíble amor y cariño como quien sabía muy bien los trabajos y fatigas del enfermo, y cuán apreciable era la vida de un sujeto que la había sacrificado tantas veces por la salud espiritual de los indios. Atendió con singular cuidado á su cura y á su convalecencia, hasta que á los cuatro meses de su llegada, estando perfectamente restablecido, fué señalado por compañero suyo en el mismo pueblo de San Joaquín.

Hemos referido en este libro nono una parte de los trabajos del padre Manuel Uriarte desde el año de 1750, en que vino á cultivar la viña de los Encabellados, hasta el de 1754 en que fué llevado al río Marañón. Y de su relación se dejan entender las fatigas de los demás misioneros, de quienes tenemos bien pocas noticias por no haber conservado sus papeles ó por haberlos dejado en sus respectivos pueblos, siendo cierto que todos aquellos padres, unos más, otros menos, fuera de las miserias y trabajos corporales, experimentaban con frecuencia peligros en el agua, peligros en la tierra, peligros de los hombres, peligros de las fieras, teniendo jugada la vida en los caminos, montes y reducciones, durmiendo, velando, trabajando y descansando.

LIBRO X

CAPITULO PRIMERO

MATAN Á LANZADAS DOS PÉRFIDOS CAUMARES AL P. JOSÉ CASADO, EN SAN IGNACIO DE PEVAS

Después de la muerte del P. Ignacio Francombeli, sucedida, como vimos, en el pueblo de San Ignacio de Pevas por los años de 1736, hubo muchos trabajos en aquella reducción, en medio de haberla dejado bien floreciente aquel insigne misionero. Porque hallándose el superior de las misiones con poco número de operarios para tantos pueblos, y tan distantes entre sí, juzgó que podía suplir en el pueblo de Pevas hasta que llegasen nuevos padres, cierto flamenco llamado D. Felipe Maneiro, hombre de más que mediana instrucción, político, de valor, prudencia y otras prendas, que hicieron pensar ser uno de aquellos seculares que por algún revés ó accidente adverso se destierran de sus patrias, y sin parar en países de comercio ni poblaciones grandes, se retiran á semejantes montañas desengañados del mundo. No daba poco fundamento á esta conjetura el oirle la relación de sus viajes y el fin de sus discursos, que paraban en que teniendo proporción de acomodarse en Cartagena, en Santa Fe y en Popayán, había tenido por mejor el entrar por Putumayo, y desagradándole aquella misión de Franciscanos, venía á la de Mainas con el designio de arrimarse á algún padre misionero, y de ayudarle en lo que pudiese en su santo ministerio.

El superior de la misión no pudiendo echar mano de sacerdote alguno después de la muerte del P. Francombeli, envió á San Ignacio de Pevas á nuestro D. Felipe, acompañado por entonces de un padre misionero. que en un par de meses le instruyese en el método de nuestro gobierno. Como hombre capaz y desengañado, entró fácilmente en las prácticas comunes y distribución diaria de la misión. Pero los seglares, y más

cuando tienen ciertos humos militares como descubrió desde luego D. Felipe, acostumbrado por muchos años á la milicia, no se acomodan fácilmente al trato suave y gobierno benigno y paternal con los indios. Poco tiempo después de haberse retirado el misionero, empezó á usar de algún rigor con la gente; mandaba con imperio, hacía obedecer con fuerza, y empleaba las amenazas, cuando antes todo se reducía á ruegos y cariños y súplicas, como acostumbran exactamente los padres, hasta que los indios conozcan por sí mismos la necesidad de las prácticas y ejercicios de la religión cristiana.

No se puede negar que mantuvo D. Felipe sin novedad la gente encomendada, y que aunque llegó á oler el superior su conducta y proceder algo imperioso y poco conforme al sufrido gobierno de los nuestros, tuvo por bien el disimular, por parecerle la sujeción y rendimiento de la gente menos violento y forzado de lo que se descubrió con el tiempo. Acompañábanle los indios en los viajes á sacar gentiles de los montes, parecían mostrar prontitud bastante en la asistencia al rezo y doctrina, y no faltaban en todo lo ocurrente á la economía del pueblo.

Pero ausentándose de la reducción D. Felipe y llegando á entender los indios que pasaba á la ciudad de Lamas para fijar en ella su residencia, empezaron luego á descubrir que cuanto hacían con el flamenco, todo era forzado, violento y á más no poder. Como no habían obrado los indios por principio de virtud, y sólo el temor y miedo les había mantenido en sus prácticas, faltando éste, como debía faltar en el gobierno de los misioneros, todo fué por tierra sin poder enderezar á las gentes. Tres misioneros que sucesivamente vinieron á este pueblo, tuvieron que hacer y que padecer en la resistencia obstinada de los indios á toda buena práctica y ejercicio. Nada hacían sino lo que querían, lo que les agradaba ó lo que era conforme á su genio. Miraban con fastidio la Misa, aborrecían el rezo y la doctrina, despreciaban toda distribución y sólo se rendían con dones y con regalos. Pero como no podían éstos alcanzar á todos, ni los padres los tenían en todo tiempo, en faltando el atractivo faltaba la sujeción y obediencia sin poder esperar de algunos aun aquel ordinario respeto de todo indio á su misionero. No dejaron de suceder en el pueblo varios lances bien arriesgados, y todos estos tres misioneros se libraron, por particular providencia del cielo, de las manos de muchos ingratos, y por ventura singular salieron con la vida.

Ultimamente puso el superior los ojos en un sujeto del todo cabal, cuyo carácter era una caridad ardiente de la salud espiritual de los indios, y pensando que con su amor entrañable vencería por último la terquedad y pereza de aquellas gentes, le envió al pueblo de San Ignacio. Era este el P. José Casado, natural de Villanueva de Duero, á quien no parecía faltar ninguna de las partes necesarias para formar un ministro evangélico. Su complexión era robusta y fuerte su ánimo, imperturbable su corazón, esforzado en los mayores peligros, pero sobre todo un religioso de singular mortificación, porque dormía muy poco, vestido y en

el suelo mismo; comía lo más vil y despreciado y tan escasamente, que pasaba de ayuno riguroso; la penitencia era tal, que se disciplinaba despiadadamente dos y más veces cada noche: no usaba de calzado por su humildad y pobreza si no es cuando estaba delante de otros misioneros, porque entonces, para evitar la singularidad, se calzaba. La oración se podía decir casi continua de día y de noche; su misericordia con los indios le hizo despojar muchas veces de sus camisas y ropa usual para cubrirlos, y se le oyó decir no pocas veces que con el mismo gusto con que daba cuanto tenía á los indios, daría toda su sangre y vida por ellos.

Encontró el P. José Casado en el pueblo de San Ignacio cuatro castas de indios de diferentes naturales, Pevas, Zavas, Caumares y Cavachis. Eran los Pevas despiertos y robustos, pero en extremo toscos; los Caumares ladinos y advertidos y algo más aseados; los Cavachis broncos é inhumanos, que ni lloraban los muertos ni entendían de policía, aunque suplían estos defectos con la constancia que mostraban en el trabajo. Finalmente, los Zavas eran de suyo muy inconstantes, iban y venían frecuentemente de los montes y tenían allá sus peleas y á veces mataban familias enteras. De esta gente se componía la reducción, y era necesario mucho tiempo para manejar tan discordes naturales. Luego que entró allá el P. José, á lo que pienso por los años de 1751, y se hizo bien cargo de las diversas condiciones de los indios, comenzó á ganarles las voluntades, haciéndose en cuanto podía todo á todos, y usando de todas las industrias que le sugería su celo. Todo cuanto con ellos hacía, iba animado de una caridad entrañable con que parecía querer meterlos en su corazón. Jamás dejó salir hacia fuera la menor seña de desazón ó enfado, teniendo delante de los ojos tantas cosas que hacía del que no entendía. Remediaba sus necesidades no sólo con dones y regalillos que les alargaba, sino con sus mismas cosas, hasta darles su alimento y hasta quedarse desnudo por alimentarlos y vestirlos. Pero ellos, tercos, ciegos y obstinados, supieron burlarse de las industrias del caritativo misionero y se mantuvieron en la misma desobediencia, desatención y desprecio que habían mostrado á los demás misioneros.

Mas como si un proceder tan ingrato fuese mérito para la mayor aplicación, inventó y emprendió el P. José nuevas industrias, aunque de grande fatiga, no pudiendo aquellas tibiezas y frialdades apagar el incendio de su corazón. Una escuela general para todos los niños, y otra no menos universal para las niñas, le llevaban el mayor cuidado y mucha parte del día, como quien conocía muy bien, y no se engañó en ello, que si se lograba el fruto en esta tierna edad se vería en pocos años la reducción rendida, dócil y obediente. Sin descuidar de la doctrina de los adultos, y sin perdonar á trabajos y molestias en instruirlos y ganarlos, juntaba en su casa mañana y tarde por seis horas toda la gente menuda, y él en persona les enseñaba la lengua general del Inga con tanto empeño y aplicación, que llegó á conseguir en poco tiempo que toda la gente moza se gobernase en aquella lengua, no sólo por lo tocante al cate-

cismo, pero aun en el trato de unos con otros. Daba gracias al cielo de haber conseguido este señalado triunfo en un pueblo donde la lengua del Inga facilitaba la instrucción, tan difícil hasta entonces por la variedad de lenguas de tantas naciones.

Ya pensaba su celo en hacer una entrada en las tierras de los Ticunas para agregarlos al pueblo, y aun daba las disposiciones necesarias para el viaje, cuando el infierno, resentido de las ventajas que había conseguido con la gente moza, se armó contra el caritativo misionero y tiró á cortar de un golpe sus esperanzas. Vivía amancebado, con escándalo de todo el pueblo, un indio llamado Rafael, travieso y ladino, y no bastando los consejos y amonestaciones amorosas del padre para apartarle de la ocasión, vino á San Ignacio el teniente de Omaguas y le hizo dar públicamente algunos azotes, con que pareció quedar el escándalo remediado. Mas el malvado Rafael, que hacía del reconocido y desengañado, tenía dentro de su corazón encubierta la resolución de vengarse de la integridad del misionero, que no quería pasar por sus desórdenes. Para esto, un domingo determinó faltar á la doctrina y Misa, y coaligándose con otro hermano suyo, se puso en emboscada en un camino estrecho, por donde había de pasar el misionero en busca de los dos echándolos de menos. No se engañó en su discurso, porque tomando el padre cuenta de los que faltaban á la doctrina y Misa, y hallando que faltaba Rafael y su hermano, cogió luego su cruz y con dos fiscales fué á buscar á los dos hermanos para traerlos á la iglesia. Apenas entró el padre por el camino estrecho donde estaban los pérfidos apostados, cuando cerraron contra él llenos de cólera, y bárbaros, le quitaron la vida atravesándolo á lanzadas. Quedó el cadáver tendido en el suelo nadando en su propia sangre, y los fiscales escaparon temiendo correr la misma suerte que el misionero. Estaba todavía en el pueblo el teniente de Omaguas, y oyendo el atentado fué luego, escoltado de algunos Pevas fieles, al sitio donde se hallaba el cadáver, y se horrorizó al verlo acribillado de heridas. Tomáronle con reverencia, como á cuerpo de un mártir del Señor, y le sepultaron en la iglesia cerca del medio.

La desgracia (sucedida en el año de 54) puso á todo el pueblo en el mayor peligro de perderse. No sólo se retiraron los Caumares, de cuya parcialidad eran Rafael y su hermano, sino que se empeñaron en arrastrar consigo las demás naciones, valiéndose de los enlaces de amistad y parentesco y declarando guerra á los que no quisieran seguirlos. Siendo ya común el alboroto, el temor de ser todos envueltos en el castigo del enorme atentado hizo ausentarse del pueblo la mayor parte de las naciones. Sólo se mantuvieron firmes los Pevas, que, dando aviso de lo sucedido al vicesuperior de Omaguas, tomó la providencia de enviar luego un mozo español con algunos indios bien armados, para que amparasen á los Pevas y al teniente de los insultos y acometimiento de los que estaban en el monte. Encargaba también al teniente mismo que publicase inmediatamente un perdón general á todos los que no habían

concurrido á la muerte del misionero, advirtiendo que de la ejecución pronta del medio que le insinuaba dependía el que volviesen sin dificultad los indios.

Siguió el consejo el teniente y expidió prontamente un auto de perdón, que hizo publicar en el pueblo, en forma de bando, y procuró que llegase á noticia de los retirados para que pudiesen volver á la reducción sobre seguro. Esto bastó para que no fuese adelante el alboroto y para que empezase ya la gente retirada á recogerse á la población. Pero lo que sobre todo acabó de aquietarle fué la llegada del P. José de Vahamonde, que, como tan práctico en tratar con los indios, fué señalado por misionero del pueblo de San Ignacio, después de haber vivido por diez y siete años con los Napeanos, cuya reducción dejó tan aventajada en lo espiritual y temporal que no cedía á ninguna de las más antiguas y florecientes de la misión.

Echó Dios la bendición á los esfuerzos y disposiciones acertadas del misionero. Procuró que pasase hasta los montes más retirados la noticia del perdón general y del nuevo padre, que estaba ya en el pueblo no para castigarlos, sino para regalarlos, atenderlos y cuidarlos, como lo había hecho por muchos años con los Napeanos. El aviso fué tan importante, que no sólo restableció prontamente el pueblo con la venida de los retirados, sino que á poco tiempo le aumentó considerablemente, de manera que no teniendo más que trescientas almas cuando quitaron la vida al bendito P. Casado, cuatro meses después contaba ya seiscientas, y después de algunos otros, escribía el misionero, que arribaban ya las almas de la reducción á setecientas. No hay duda sino que la sangre inocente del P. José, derramada con tanta voluntad, fué mérito para una mudanza tan extraordinaria, y el mismo misionero Vahamonde atribuía á su intercesión la eficacia que á sus diligencias concedía el Señor. Porque desde este tiempo se logró una pronta asistencia á la doctrina, una obediencia regular á cuanto se mandaba, y el aprecio y respeto debido al misionero. Y lo que más admiraba era, que la nación Caumara, que había tenido más parte que las demás en el atentado, sobresaliese desde entonces en todo lo bueno á las otras naciones, de manera que llegó á ser el alma del pueblo, la norma y ejemplo de los que venían de nuevo, y como el brazo derecho del misionero, para el entable de sus disposiciones.

Siguió los años siguientes la reducción en el mismo estado, no sólo sin mudanza ni alteración la más leve, sino con mayor adelantamiento y perfección en el gobierno cristiano político, y estaba tan lejos de mirarse con aquel horror que infundía á los principios la barbarie, rusticidad y protervia de sus habitadores, que antes se consideró en el tiempo del arresto de los misioneros como uno de los pueblos nuevos más apetecidos y deseados de los señores clérigos que les sucedieron. Y el gobernador, de acuerdo con el señor vicario general, destinó á San Ignacio de Pevas al maestro D. Luis Peña y Herrera, como merecedor de singular atención por su mérito y letras.

Debióse esta prodigiosa transformación al riego de la sangre del padre José Casado, y á los esfuerzos que hizo por introducir en el pueblo la lengua del Inga. Pero aunque el santo misionero la derramó con tanta voluntad, no dejó el Señor sin castigo á los homicidas, porque entrando por el monte D. José Castellanos, viceteniente del partido,. dió con los dos hermanos que bárbara y alevosamente atravesaron al padre con sus lanzas, y traídos al pueblo los mandó azotar públicamente, para escarmiento de los demás, intimándoles el destierro á San Xavier de Yavari, población de portugueses, y aunque de aquí se escaparon, fué común fama que les quitó la vida el cacique ó capitán de la nación de los Pevas.

CAPITULO II

MUERE AHOGADO EN EL RÍO MARAÑÓN EL P. FRANCISCO BAZTERRICA, Á LO QUE SE SUPO POR MALICIA DISIMULADA DE UN INDIO

En el mismo año de 1754 en que los Caumares alevosos mataron cruelmente en San Ignacio al P. José Casado, murió ahogado, no lejos del pueblo de San Regis el P. Francisco Bazterrica. Parece que el cielo quiso premiar al mismo tiempo con unas muertes gloriosas á esos dos insignes misioneros que tres años antes entraron juntos en una misma canoa á la misión del Marañón. Y no es de omitir una cosa bien particular con que les prevenía el cielo y que les sucedió en el viaje, pasando por el pueblo del Jesús donde se hallaba por vicesuperior del partido del Napo el padre Manuel Uriarte. Entregaron á este misionero una carta del padre provincial la cual venía dirigida al P. Martín Iriarte, visitador de las misiones; pero fué fácil la equivocación por traer el sobrescrito en abreviatura de esta manera P. M^{e}. Iriarte, y por haber poca diferencia así en los nombres como en los apellidos: comenzó á leerla el P. Manuel Uriarte, y como leyese la primera cláusula que decía: Envío dos padres probados y fervorosos que podrá poner V. R. en dos buenos pueblos con toda satisfacción; suspendió la lectura el P. Manuel, y volviéndose á los dos misioneros les dijo: «Gracias á Dios, padres míos. Aquí se quedan. Uno pasará á San Miguel y otro irá al Nombre de María.» Admirados los padres, respondieron que iban al Marañón y que con este designio habían salido de Quito. Entonces Uriarte comenzó á ponderarles lo glorioso de las misiones del Napo, concluyendo cómo podían fácilmente alcanzar una muerte gloriosa, muriendo mártires por la fe de Jesucristo. A esto respondieron unánimemente los dos: «Si Dios nos previene para tanta dicha, lo mismo es el Marañón que el Napo.» Prosiguiendo la lectura de la carta el misionero del Jesús conoció por el contexto que iba dirigida al visitador de las misiones, y volviéndola á cerrar, dejó pasar á los pa-

dres adelante. Son estas unas casualidades y equivocaciones nuestras; pero la divina providencia va siempre derecha á sus fines y por medio de ellas suele prevenir á sus siervos.

Fué puesto el P. Francisco Bazterrica, á lo que he podido averiguar, en el pueblo de San Francisco de Regis. Por lo menos cuidó de los Yameos de esta reducción por algún tiempo, con tanto celo y aplicación, que los adelantó mucho y les dejó arraigados en los ejercicios de piedad y en las prácticas del gobierno asentado en las reducciones antiguas. Por el mes de Agosto del año 1754, fué llamado á las consultas á San Joaquín de Omaguas en donde hizo una confesión general con el otro misionero, diciéndole que presentía ser muy cortos los días de su vida y que presto moriría. Aunque el P. Francisco era hombre muy espiritual y mortificado, tenía mucho miedo al agua como á quien le decía el corazón que en este inconstante elemento había de ser sepultado. No dañan estos temores á los hombres santos, ni se oponen á las virtudes sólidas y macizas, antes los permite el Señor en las personas más puras para purgarlas más y darles materia de vencimiento. Esto le sucedió puntual, mente al P. Francisco en el poco tiempo que se detuvo en San Joaquín. Salieron todos los padres que habían concurrido á las consultas á visitar un anejo de Mayorunas distante como tres cuartos de legua del pueblo principal. Como el camino era corto, se embarcaron todos en una garitea; así llaman unos barquitos que no tienen punta ó figura de proa. La ida fué feliz, pero la vuelta muy trabajosa, porque siendo furiosa la corriente de los ríos, y no pudiendo vencerla el barquito, salió el timón de su sitio ó quicio y dando una vuelta la garitea, todas se vieron en peligro de irse á fondo. Pero quiso el Señor que agarrándose de unas ramas que les ofrecía la orilla, pudiesen detener el barco y dar lugar á que se encajase el timón con que salieron del lance. Mas el P. Francisco hizo juicio que desquiciado el timón, éste era el último término de su vida: y mientras los demás trabajaban y animaban á las gentes, él, dando el negocio por desesperado, se estaba preparando para la muerte con los actos propios de aquella hora.

Aunque por ahora se engañó el buen misionero, pero estaba su fin tan cercano, que aquellos mismos actos pudieron ser disposición para su muerte, porque apenas llegó á San Regis cuando señalado por misionero de San Xavier de Urarinas, salió prontamente con mucho sentimiento de los indios á buscar en las aguas la muerte que temía ó que esperaba. Embarcóse con un donado llamado Andrés, que le ayudaba en su ministerio y con algunos indios. Apenas perdieron de vista el pueblo, cuando levantándose una tempestad furiosa no lejos de la playa de San Regis, se volteó la canoa y los escupió á todos en el Marañón. Los indios, como tan prácticos, salieron nadando, y aun el donado que no sabía nadar, pudo salir á la orilla agarrado de uno de ellos. Sólo el buen P. Francisco, pidiendo auxilio y clamando en medio del río, no fué socorrido de ninguno. Dícese que se mantuvo por algún tiempo con las manos asido de la popa,

dando lugar á socorro si le hubiese querido favorecer alguno, hasta que le arrebató una ola fuerte y dió con él en el fondo.

Tal fué la relación que se esparció por la misión de la muerte del padre Francisco Bazterrica, pero averiguada mejor de los misioneros la cosa, hallaron que no nació tanto la desgracia de la tempestad como de la mala voluntad y disimulada venganza del timonero llamado Sancho, á quien el padre había reprendido en el mismo día por la mala costumbre que tenía de aporrear á su mujer. Creyóse que el malvado Sancho se la tuvo guardada, y viendo que podía ocultar su mal designio con la ocasión y pretexto de la tempestad, volvió por sí mismo la canoa y no quiso dar socorro á su buen misionero. Hízose después cargo al piloto de lo que contra él resultaba, y él se mantuvo firme en decir que no había muerto al padre. Pero como estaba tan fundada la sospecha, se le desterró al pueblo de Santiago de la Laguna.

Sucedió la muerte del P. Francisco Bazterrica en el año dicho de 1754, á 30 de Agosto, día consagrado á la celebridad de Santa Rosa de Lima, de quien era muy devoto. Fué natural de la provincia de Guipúzcoa, de bella índole, de ingenio claro, y lo que más importa, religioso muy penitente, humilde, interior, amigo del silencio, dado á la oración, amado de Dios y de los hombres. Su caridad ardiente con los prójimos era ya muy conocida en el colegio máximo de Quito, antes que bajase á las misiones de Mainas. Díjose que el P. María Franciscis, siciliano, misionero después del Marañón, oyó de boca de una persona santa en Europa, cómo un misionero de Mainas moriría en el tiempo preciso que hemos dicho, ahogado en el río Marañón, y que no se hallaría su cadáver. No era fácil encontrarle en tan caudaloso río, y no pudiendo los indios darle sepultura, se contentaron con llorar amargamente la muerte de su buen padre, que tanto les había querido y á quien amaban tiernamente.

CAPITULO III

FUNDA EL P. ANDRÉS CAMACHO EL PUEBLO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES EN EL PARTIDO DE PASTAZA

Del partido bajo del Marañón nos llama á sus alturas la fundación de un nuevo pueblo, formado en el año siguiente de 55 en el partido del río Pastaza. Fueron sus habitadores los Muratas, ramo ó parcialidad de la nación Andoa, cuya lengua hablaban sin diversidad en la substancia y sin diferencia en el modo. Hiciéronse años antes varias tentativas para la reducción de estas gentes; pero se hallaron siempre tantas dificultades é inconvenientes, que no se había podido lograr nada con los Muratas hasta que, entrando varias veces á sus montes el P. Andrés Camacho, les ganó con su dulzura, liberalidad y paciencia.

Fué señalado, como en su lugar insinuamos, por los años de 42 como

misionero de los Andoas el P. Enrique Francen, que, habiendo servido por doce años el curato de Archidona, pasó después al pueblo del Nombre de Jesús. Pero alteró tanto sus humores el temple poco sano del río Napo, que temiendo perder el superior tan excelente operario le trasladó luego á la reducción de Santo Tomé de Andoas. Poco tiempo después de su llegada empezaron los indios á informar al P. Enrique de ciertos parientes suyos que andaban esparcidos por los montes pidiéndole licencia para hacer un descubrimiento con que pensaban aumentar el pueblo, que con varias epidemias se iba disminuyendo. Repetían cada día las mismas instancias, añadiendo que la entrada sería útil y ventajosa para todos, porque al fin muchos de los que pensaban encontrar eran sus parientes y allegados.

Negábase el P. Enrique á una pretensión que le parecía muy arriesgada, creyendo, por otra parte, que no se lograría el descubrimiento, porque otros tres misioneros que se habían empeñado años antes en el mismo asunto no pudieron siquiera entablar la paz con aquellos gentiles. Viendo los Andoas la firmeza del misionero en negarles la facultad deseada y que se escudaba con las diligencias repetidas y siempre frustradas de sus antecesores, no por eso volvían atrás empeñados en la empresa. Discurrieron otro medio que le haría más fuerza que los pasados y le movería á condescender con ellos. Expusieron al padre los grandes temores en que andaban en sus cacerías y pescas por el río Guazaga, y particularmente cuando iban á formar sus canoas, para cuya construcción era menester detenerse por algunas semanas. Decían que en todo este tiempo estaban expuestos á una repentina sorpresa que les costaría muy cara, y que no podían tener paz, quietud ni sosiego mientras no hiciesen paz con sus allegados y parientes, y que á ellos mismos los miraban como á extraños y enemigos. Tanto hablaron, dijeron y ponderaron su peligro, que hubo de ceder finalmente el misionero, el cual, haciendo antes las advertencias más prudentes sobre la moderación, prevención y cautela que debían observarse, fió al gobernador del pueblo la empresa, dándole facultad de que escogiese los indios más valientes y de mayor satisfacción.

La expedición que parece haberse hecho por los años de 48, fué arreglada en todas las disposiciones, pero desgraciada en sus efectos para los cristianos. Llevaban por el río en su largo viaje canoas pequeñas de observación algo avanzadas, diligencia del todo necesaria para no ser acometidos de sorpresa, y por la noche dormían, por la misma razón, con centinelas que se remudaban hasta el amanecer. Cuando ya llegaron al sitio que por rastros seguros sabían no estar distante de las casas, dejaron las canoas con guardas, y saltando los demás á tierra, empezaron á caminar con guardias avanzadas, observando el orden que se acostumbraba en semejantes entradas. Mas los gentiles, que según la prevención con que los esperaban habían descubierto con tiempo á los Andoas, acometieron y cargaron contra los cristianos, de manera que, por más que hi-

cieron para contener el primer ímpetu manteniéndose unidos y en la defensa se vieron tan estrechados y oprimidos con muertes de unos y heridas de otros, que hubieron de desunirse y tratar sólo de salir del peligro, retirándose apresuradamente al sitio de las canoas.

Este lance tan mal logrado puso en el mayor cuidado al P. Enrique, que conocía muy bien el genio guerrero y vengativo de los Andoas, y tuvo hasta que hacer en contenerlos, porque irritados de la bárbara invasión y furor ciego de los enemigos, estuvieron muchas veces á punto de ir á tomar satisfacción de las muertes y del agravio. No fué poco triunfo de sus exhortaciones persuadirles un perdón cristiano, á que como tales estaban obligados, como en efecto lo consiguió hasta explicarse los Andoas en términos de que no deseaban otra venganza que el verlos pacificados y en disposición de reducirse á la fe de Jesucristo.

Sosegados ya los indios de Santo Tomé, recurrió el P. Francisco al superior de la misión y al teniente de Borja, exponiendo los peligros en que vivía su gente y todo el partido, el buen ánimo y resolución de los Andoas, y las ventajas que se podían esperar de la paz y reducción de aquellos gentiles, antes que se fuesen retirando más ú ocultándose de manera que no se pudiese dar con ellos. De parte del teniente no había dificultad alguna en ayudar con sus fuerzas á los Andoas, y se ofrecía gustoso á cooperar á las disposiciones del padre superior de las misiones. Pero la hubo y grande de parte de éste, el cual era uno de aquellos misioneros que tenían siempre á mano razones de inconvenientes para negarse á nuevas empresas, y se figuraban vinculado el adelantamiento de la misión en mantenerse con la conservación de lo adquirido por sus antecesores, sin exponerse al riesgo de perderlo todo ó no asistir bien á los ya reducidos. Errada máxima que hizo en estos tiempos ver caminar la misión precipitadamente á su ruina, no siendo posible mantenerse sin nuevos aumentos de gentiles en tantos contrarios de pestes, fugas y otros trabajos y causas, como hizo ver la experiencia y como lloraron en todo tiempo los misioneros, que siempre miraron como fin de su ministerio el extender la fe de Jesucristo por todos aquellos bosques, selvas y lugares retirados sin que por esto corriese algún riesgo lo conquistado ni hubiesen sido menos cuidados los pueblos ya fundados.

Entró, finalmente á superior, el P. Joaquín Pietragrasa, y como varón práctico en las entradas y experimentado en las misiones, trató, de acuerdo con el teniente, de la conveniencia y necesidad de la empresa. Dió cada uno sus respectivas disposiciones, y juntándose en el día acordado á la boca del río Guazaga doscientos cincuenta indios de Andoas y otras naciones, con trece viracochas y un cabo que gobernaba la armadilla, empezaron su marcha. Iba por capellán de la armada el P. Andrés Camacho, compañero del P. Enrique, para evitar toda violencia y tropelía, y para conquistar más antes las almas con buena manera y regalillos, que los cuerpos con armas. Quince días navegaron río arriba con todas las precauciones necesarias, y dejadas al siguiente las canoas,

por no poder vencer las corrientes, saltaron á tierra y caminaron por el monte por otros ocho, hasta llegar al sitio de la pasada refriega. Continuaron después por otros observando por todos lados y buscando rastros y huellas de gentiles, mas no hallando indicio alguno de lo que pretendían, se determinaron dar la vuelta, perdida toda esperanza de lograr el fin de la jornada.

Desde esta entrada tan penosa, larga y arreglada que se hizo en el año de 54, fué juicio común de los blancos y de la mayor parte de los indios, que el choque pasado de los cristianos con los gentiles, había sido con los Xívaros, diestrísimos en sus retiradas, en ocultar todos los rastros, y en borrar todas las señales por no ser descubiertos. Pero los Andoas pensaban muy de otra manera y con sobrado fundamento, porque en el encuentro pasado conocieron muy bien que ni las armas, ni el modo de pelear era propia de los Xívaros. Fuera de que por las voces que dieron al tiempo de acometer conocieron claramente que hablaban su lengua, y que eran, por el consiguiente, de su nación. Sin embargo, disimularon por entonces los indios, porque no les tenía cuenta el descubrir la verdad, que á poco tiempo descubrieron; temían, y con razón que si la descubrían se les recargase la culpa de la expedición mal lograda, y se arrimaron al partido de no declarar que les hubiesen conocido, explicándose inclinados á que serían Xívaros, como por las señas parecían. De este modo, sobre disculparse, hacían entrar en el empeño de descubrir á los suyos teniéndolos por Xívaros, que sabían se deseaban con ansias. Así discurren los indios en las cosas que pretenden, y no siempre los europeos descubren sus sutilezas.

Frustrada la expedición por el río Guazaga, pensaron después de algún tiempo volver por sí los Andoas, con nuevo artificio. Hicieron creer al P. Enrique y su compañero, que en sus caminos por el monte en seguimiento de la caza, hallaban cada día nuevos rastros de gente, en cuya especie insistieron por seis ó siete meses, pidiendo licencia para hacer nueva prueba por sí mismos, y entablar paces con los que eran ciertamente de la nación. Resistieron los padres por algún tiempo, oponiéndoles nuevos inconvenientes, pero ellos porfiaban, alegando tales motivos y razones de que no eran Xivaros aquellos montaraces, sino parientes suyos, que persuadido el P. Camacho de la verdad de los indios, se resolvió animosamente á la entrada, con la condición expresa de que todos debían sujetarse á sus disposiciones, sin menear una mano sin su permiso ó licencia. Porque tenía vivas esperanzas de ganar aquellos gentiles sin llegar á las armas. No se oponían los Andoas á una condición que era muy conforme á su inclinación y gusto, porque no trataban ya de vengarse, sino de ganar á gente con quien tenían carne y sangre.

Escogieron los cabos señalados por el P. Camacho, 80 indios los más á propósito para la entrada por su valor y por su capacidad, y encomendando la empresa á Nuestro Señor, salieron del pueblo el día 12 de Mayo de 1755. Unos fueron por agua, llevando las canoas al puerto de

Guazaga, y otros por tierra, de cuatro en cuatro, hasta el mismo sitio. Emboscados aquí todos, navegaron por el río 14 días sin detenerse en buscar rastros. Llegados al paraje que tenían los indios bien demarcado, hicieron su real, asegurando las canoas. Quedó el padre en este sitio con la mayor parte de la gente y despachó algunos indios en buen orden para rastrear por el monte, con el orden preciso de volver atrás si hallaban huellas seguras. Al día cuarto volvieron los exploradores con la noticia de haber descubierto lo que se pretendía. Al día siguiente, sin perder tiempo, determinó el padre salir con su gente bien ordenada y en mucho silencio hasta acercarse á un camino ancho, en donde se dejaba oir bastante claramente el sonido de un tamborcillo que tocaban los gentiles en una casa no distante. Hízose alto en este lugar hasta la mañana, en que, repartidos los nuestros por uno y otro lado del camino, fueron cogiendo las sendas, apostándose de manera que podían ver sin ser vistos á los que se fueren acercando. A poco tiempo de haber estado en vela y acechando á todas partes, divisaron un mocetón que venía caminando hacia donde estaban dispuestos. Dejáronle entrar bien en medio de la emboscada, y cuando tenían tomada la salida por uno y otro extremo, asegurados que era uno solo hicieron llamada, batiendo las rodelas con las lanzas por una y otra parte. Quiso el mozo hacer frente á uno que hacía el ademán de acometerle, pero dándole éste prontamente con la rodela en el pecho le derribó, sin lesión alguna, en el suelo. Rodeáronle los demás, y al verse rodeado de rodelas y lanzas, gritó despavorido diciendo: «No me matéis.»—«Nadie te matará ni hará daño ninguno, respondió el principal, que somos tus paisanos.»

Sosegado enteramente el gentil con las buenas palabras de los Andoas, avisaron éstos al P. Andrés Camacho, diciéndole muy alegres que hablaba el mozo en su lengua y que era de los Muratas Andoas, que por tantos años se habían buscado. El padre le acarició cuanto pudo para quitar toda sospecha y miedo, y le expuso el motivo de su venida y cómo deseaba ver al cacique para tratar con él y con toda la nación de paz y de lo demás que pretendía. Consiguióse sin dificultad, por medio del mozo, la entrada pacífica en la casa donde se hallaba el cacique para tratar con él, y fueron agasajados los huéspedes como parientes, y éstos respondieron con los regalillos que apetecen los gentiles. En dos días que aquí se detuvo el misionero no sólo entabló las paces, pero les dejó muy aficionados á su trato y al de los cristianos. Bautizó en este primer viaje 18 párvulos, que le ofrecieron voluntariamente en señal de que se juntarían todos los Muratas de los contornos en población y se pondrían en manos y á la dirección de los misioneros. Empezaron á formar su reducción en otro segundo viaje que hizo el padre para más aclarar la ejecución, y se juntaron por entonces en las cercanías de Guazaga, 158 Muratas Andoas, poniendo el pueblo bajo el patrocinio de Nuestra Señora de los Dolores.

Para el más seguro establecimiento del pueblo, ordenó el P. Enrique

Francen que pasase á los Muratas el capitán D. Andrés Guamusuri Cucharama, y el alférez D Francisco Mirruama con sus mujeres, á fin de dar calor, fomentar y dirigir la ejecución de la iglesia, casas y demás fábricas. Pero esta providencia tan necesaria en los principios de las reducciones, puso á peligro de perder ésta cuando apenas empezaba á merecer este nombre, por la muerte violenta y muy sentida que dió un Murata al alférez Mirruama. Mas quiso Dios que tan bárbaro atentado no tuviese otra resulta que la retirada del homicida y sus allegados, los cuales no pararon hasta el río Morona. Para evitar estos daños y otros que fácilmente sucedieron en los pueblos distantes, se tuvo por conveniente mudar la reducción á sitio más cercano y colocarla en la banda austral de Guazaga. Así se excusaban los raudales que hacían largos los viajes. De este último sitio se abrió después camino para los Andoas, con sola la travesía de tres días, y en el año de 61 se descubrió otro de un solo día para los indios y de día y medio para los misioneros. Esta cercanía fué muy ventajosa al pueblo de los Dolores, y los Muratas se fueron civilizando y acomodando á los estilos y prácticas de las demás reducciones.

CAPITULO IV

PASA EL P. MANUEL URIARTE Á SAN PABLO DE NAPEANOS

Restablecido de sus males el P. Uriarte en San Joaquín de Omaguas, y cicatrizada bien la herida de la cabeza, fué señalado del padre superior Pietragrasa por misionero de los Napeanos. Había cuidado de esta reducción el P. José de Vahamonde por diez y siete años, y como hombre nacido para tratar con los gentiles, diestro en ganar las voluntades, y aplicado al ministerio en que le había puesto el cielo con particular providencia, llegó á formar un pueblo de los más lucidos de toda la misión. Admiraba á todos el orden de la iglesia y casas, la perfección del gobierno, la subordinación de los indios, la asistencia á las funciones de la iglesia y la abundancia de todo lo necesario para el sustento de la gente. Estaba fundada la reducción en un sitio alto y llano sobre una hermosa laguna que desagua por el oriente en el río Nanai. Tenía una plaza muy capaz y despejada; estaba en medio la iglesia vistosa y de tres naves, junto á ella la casa del misionero con sus claustros á modo de colegio con tres aposentos altos y otros tres bajos. La cocina ó casa de recogimiento era correspondiente á lo demás. Todo estaba grandemente alhajado, y hasta las casas de los indios fuera de estar bien formadas, y colocadas con gusto y simetría, mirando todas á la iglesia, tenían todos los muebles que se podían desear; tanto se esmeró aquel padre de familias en atender á los Napeanos para que no les faltase nada en lo temporal y acudiesen con gusto á lo espiritual. Y para que no se echase nada de menos, introdujo telares en el pueblo de que nacía que los Napeanos

andaban todos bien vestidos y eran conocidos por el traje entre los demás indios.

Esta reducción cayó en manos de un misionero harto diferente del padre José Vahamonde, su fundador. Porque señalado éste, como vimos, para San Ignacio de Pevas, á sosegar los alborotos ocasionados de la muerte de su misionero, bajó á los Napeanos otro sacerdote, no sé si diga sin vocación del cielo ó que no quiso corresponder á ella. No escribo de buena gana este lunar de la misión de Mainas, pero tampoco puedo omitirlo, así por no faltar á la verdad de la historia, como porque puede servir de documento á los que se dignare el Señor de llamar para trabajar entre gentiles, y para que ninguno se fíe del alto puesto ó ministerio en que se halla, antes bien, *qui stat videat ne cadat*. El nuevo misionero de San Pablo, en el cortísimo tiempo que vivió en la reducción, que sería un año, no sirvió de otra cosa que de atrasar el pueblo. Tomaba las prácticas de la misión con mucha frialdad, y tenía puesto su corazón en otros cuidados indignos de su ministerio. ¡Como á otro Judas le entró el diablo por la codicia, que hasta en los puestos más sagrados se suele meter este monstruo, y dió en juntar algunas arrobas de cera con el pretexto que le sugería el enemigo de remediar y socorrer á su padre. Pero el Señor, que vela sobre los suyos, dispuso que luego lo oliesen los superiores, y llamado á Quito el indigno misionero, fué despedido de la Compañía.

Era preciso enviar á San Pablo otro sujeto que con su fervor, desinterés y celo reparase las quiebras del ministro retirado, y edificase á los indios con obras y palabras. Puso los ojos el superior en el P. Manuel Uriarte, que recibió la asignación con grande voluntad, porque siempre le tiraba gente nueva, y esperaba conseguir mucho fruto en la nación Iquita que estaba al cargo del misionero de San Pablo. Previno luego su viaje, y salió á su destino por el Marañón, de donde entró en el Nanai en que navegó por nueve días hasta la reducción. No dejaron de sucederle en este largo viaje algunos casos particulares con que le consoló Su Majestad en los peligros del camino. Apenas salieron de San Joaquín, cuando arrimaron los indios la canoa á un monte alto para comer, y en esto descubrió el misionero la Providencia de Dios en salvar un alma. Tenía cerca del rancho su casita un capitán gentil, Masamae, cuya mujer acababa de parir una criatura delicada. Súpolo el padre y fué prontamente á la choza, bautizó á la criatura, y luego voló al cielo como si estuviera esperando el agua del santo bautismo. Por la tarde se levantó una furiosa tempestad en el Marañón; pero los indios, con destreza, enderezaron la canoa á una playa cubierta de poca agua, y aferrándola bien con las tanganas en la tierra, dieron lugar á que la tempestad desbravase. Hicieron noche cerca de este sitio en una mesa de tierra que sobresalía del agua como media vara, y he aquí otra Providencia del Señor en salvar á dos niños Amaonos como de diez á doce años, los cuales, habiendo huido de los Omaguas, se hallaban los pobres aislados sin poder

salir de aquel sitio por haberles llevado el río la canoa. Recogió el padre los niños, y habiendo rezado todos el rosario, procuraron reposar. No fué tan cumplido el reposo como se prometían, porque creciendo el agua se anegó toda la playa, y si un indio no lo advierte con tiempo, se lleva los ranchos estando todos dormidos. Recogiéronse á la canoa, y comenzaron á caminar de noche y evitaron el peligro.

Como los bogas eran prácticos en aquellos ríos, y sabían bien los peligros que había de aquella parte del Marañón, metieron la canoa por una quebrada llamada Itayay, y por ella salieron felizmente al río Nanai, que aunque profundo y caudaloso, no es muy ancho ni precipitado. Corre el Nanai por terreno muy llano, hace inmensos rodeos, vueltas y caracoles, su agua es fresca y clara, tiene muchas lagunas y ensenadas abundantes de pescados, y en particular sus charapas son gordísimas. Las frutas de sus riberas son diversas y regaladas; descúbrese en ellas mucha abundancia de cacao, y de otro grano muy parecido, algo más blanco, pero son tantos los monos que hay en estos parajes, que si no se dan prisa los indios á cogerlo, lo comen luego que empieza á madurar. A seis días de navegación por el Nanai, no lejos de la boca del río Blanco, hicieron alto en el pueblo desamparado de Santa María de la Luz, de Masamaes. Al ver el misionero sitio tan hermoso, y considerando que se había acabado esta reducción fundada con grandes fatigas por el P. Vahamonde, á causa de haberse consumido los vecinos de peste y epidemia, le dió Dios á entender el mucho fruto que se había de lograr en este desierto y le infundió una grande confianza de restaurar el pueblo con el patrocinio de María Santísima, cuyo nombre había tenido. Dijo Misa en aquel lugar, encomendando á su Majestad la restauración, y en señal de ella colocó una gran cruz. Caminaron otros tres días río arriba y metiéndose á las veces por atajos de varios caños que sabían los indios, y donde corría el agua rapidísimamente. Era cosa que asombraba al misionero ver la destreza con que conducían los indios la canoa por medio de tantos estorbos y malezas, cortando con agilidad y ligereza los árboles atravesados con sus hachas, las ramas con sus machetes y las varitas más delgadas con los dientes tan tiesos, agudos y tajantes que todo lo llevaban como si fueran guadañas. Es verdad que aquí tuvieron algunos sustos, pero el Señor los sacó á salvo, logrando matar en estas estrechuras un horroroso caimán que les amenazaba con 72 colmillos. Tantas armas presentaba este monstruo contra la pequeña canoa.

Llegó, finalmente, el P. Uriarte en la octava de la Natividad de Nuestra Señora á su destino de San Pablo de los Napeanos, y como su antecesor había pensado no sólo en volver á Quito, sino en dejar la sotana, halló á los indios algo montaraces y que habían caído de aquellas prácticas y distribuciones con que su fundador les había formado racionales, cultos y cristianos. Aplicóse al rezo, á la doctrina, á las confesiones y pláticas. Procuró que los alcaldes, fiscales y semaneros hiciesen con puntualidad sus oficios; puso en orden la cocina ó casa de recogimiento

donde una viuda ejemplar y anciana criaba un buen número de niñas y huérfanas. Tenía sus delicias con los niños, que le parecían más despiertos que en otras partes y aprendían cuanto se les enseñaba; pero más particularmente enseñaba á unos seis chicos que vivían en su casa como en un seminario y dormían en su mismo aposento. Hacíase la doctrina en la iglesia en tres lenguas diferentes, en Yamea, en Iquita y en la general del Inga, y en todas ellas encontró catecismos é instrucciones de que se valía el P. Vahamonde según la diversa calidad de las naciones. Gustóle al P. Uriarte la distribución, conociendo que este medio le facilitaba mucho la enseñanza; pero tuvo que aplicarse con mucho calor á á las dos lenguas Iquita y Yamea que hasta entonces no había saludado. Y no era pequeño trabajo lidiar á un tiempo con dos nuevas lenguas, diferentes y que tienen muy poca semejanza con las dos de los Encabellados y Omaguas, que había aprendido los años pasados. Pero la caridad todo lo vence, y el celo, que inflama la voluntad, aviva también el entendimiento y despeja la memoria, porque apoderándose del alma toda, mejora las potencias y de ellas se ayuda admirablemente para el fin que pretende.

Al paso que se iban asentando las cosas en el pueblo de San Pablo, procuraba también el misionero adelantar los Iquitos de Santa Bárbara, anejo de Napeanos, y distante un día de camino de San Pablo. Hizo allí varios bautismos, proveyó de herramientas y procuró perfeccionar la iglesia empezada, dejando con los Iquitos su mismo mozo, para que les enseñase á concluir la fábrica é hiciese con ellos todos los días la doctrina cristiana. En uno de los viajes que hizo á Santa Bárbara, le sucedió un caso particular que descubre lo que es la gente nueva. Un mocetón Iquito, tan alto que tenía dos varas y media, y tan inocente que no parecía haber pecado en Adán, por no ponerse la camisa de lienzo que le daba el padre, se huyó á la heredad diciendo que estaba mejor desnudo; llamóle el misionero, y viniendo luego, se la puso porque se lo mandaba. Pasado algún tiempo se bautizó y murió como un ángel. Más gozo causó al misionero otro bautismo singular que hizo en San Pablo, en una vieja Masamae que trajeron al monte sus hijos en una pobre camilla. Habían escapado al monte dos años antes, y como la madre conociese que se acercaba su fin, hizo que la llevasen al pueblo para morir bautizada. Luego que el padre supo la nueva, fué corriendo á donde estaba la Masamae, que parecía un esqueleto, sin más movimiento que la de la piel de los labios para responder á lo que le preguntaban. Como la halló bien instruída, luego la bautizó, temiendo que por momentos expirase. Recibido el santo bautismo, abrió los ojos, miró al padre risueña, como agradeciendo el beneficio, y los volvió á cerrar con la muerte. Los hijos se quedaron en el pueblo, diciendo que así se lo había mandado su madre.

CAPÍTULO V

RESTAURACIÓN DEL ANTIGUO PUEBLO DE SANTA MARÍA DE LA LUZ

Sabiendo los gentiles del monte el buen recibimiento que á todos prometía el P. Uriarte en el pueblo de San Pablo, venían varios á visitarle y le daban buenas esperanzas de poblarse. Entre otros llegaron al pueblo algunos Iquitos del río Chambira y Necamumu, que años antes se habían juntado con el título del Corazón de Jesús de Maracanos, y estaban distantes ocho días de camino de los Napeanos. Tomó el misionero noticias muy particulares de esta gente, y se resolvió á hacer una entrada por aquellas tierras con la esperanza de renovar aquella reducción. En realidad todo convidaba á que se hiciese algún esfuerzo para recoger aquellos pobres gentiles, porque le había ya llegado una canoa grande y fuerte que llevó su antecesor, tenía muy buenas provisiones de lienzos, herramientas y anzuelos; las cosechas estaban ya maduras, y los mantenimientos abundantes. Habló á los Iquitos del pueblo, y todos venían en que se hiciese la expedición, ofreciéndose á porfía para acompañarle. Sólo un viejo llamado Siasiu era de parecer contrario y decía al misionero: «Padre, no vayas allá que te han de matar, porque son alevosos, y cuando entró el P. Iriarte con un cabo, los desafiaban á pelear».

El misionero, encomendando á Dios el negocio por algunos días y tomando por patrona de la empresa á Nuestra Señora de la Luz, armó cinco canoas, escogió cuarenta indios, y enarbolando en la capitana una imagen de Nuestra Señora de la Luz que había de ser la conquistadora, se embarcó con su mozo y con un buen intérprete llamado Crisóstomo. Salieron todos, bajando dos días por el Nanai. De aquí comenzaron á subir por el río Blanco, en cuya playa hicieron rancho el día cuarto, durmiendo los indios como suelen sobre la arena, y descansando el padre con su mocito en la canoa. Mas á dos horas de noche despertó el misionero por un golpe fuerte que dió la canoa en que dormía. Parecióle al principio, no estando del todo despejado, que caminaba la canoa y que la seguían los demás; pero causándole un poco de armonía un golpe tan fuerte, se levantó, y no viendo á nadie, observó que las corrientes llevaban la canoa, y acabó de entender que se había soltado. Gritó luego á los indios, cuyas fogatas todavía divisaba, y ellos, despavoridos por el susto, se echaron luego al agua y se dieron tan buena maña, que alcanzando la canoa la recogieron y ataron mejor. El día sexto, dejando á la izquierda el río Blanco, entraron por el Necamumu, más pequeño pero más rápido y lleno de palos y ramaje. Mucho dieron que hacer tantos estorbos á los indios, y faltó poco para que no volvieran atrás acobardados de tanta dificultad. Entre otros, encontraron un árbol largo y grueso atravesado, que fué menester cortar por tres veces, apeándose el misionero y metiéndose

en el agua hasta los hombros para animar á los indios que ya desmayaban y se daban por vencidos. Finalmente, al cabo de algún tiempo lograron, á fuerza de brazos, que la canoa grande resbalase entre los raigones y pasase del otro lado.

Después de siete días de navegación con las molestias referidas, repararon, como á las tres de la mañana, en una canoita con dos personas. Dijo el padre á sus Napeanos que sin hacerles daño ninguno se las trajesen. Al punto obedecieron, y cercando á los de las canoillas que gritaban y pedían socorro, les trajeron á donde estaba el misionero. Este les acarició, regaló y sosegó. Era un indio y una india. Al indio le dió un calzón de rayadillo muy vistoso, y á la india una buena pampanilla. Fuera de esto, los llenó de donecillos y les envió á sus parientes diciendo que no temiesen, que venía un padre á verlos, visitarlos y regalarlos. Partieron contentísimos con la buena acogida y con tantos regalos, é hicieron tan bien el encargo, que al día siguiente por la mañana en que tomaron los nuestros el puerto, encontraron en él al cacique y á su gente que les estaban aguardando. Todos estaban pintados y adornados á su modo; cantaban, saltaban y brincaban al son de unos pífanos y tamborcillos. Traían los hombres sus cerquillos como frailes, y en medio unas coronas coloradas de achote, y muchos de ellos sus orejas y narigueras de conchas vistosas y relucientes. Las mujeres estaban con sus pequeñas pampanillas tejidas de chambira con flecos de conchitas entreverados con granos de frutas blancas á manera de gargantillas y con dientes de monos y de puercos. Las arracadas eran de sartas de frutillas como mijo, y remataban en conchitas triangulares. Los niños y las niñas, adornados también á su modo, se abalanzaban á la canoa del padre, y como eran muchos y hablaban todos á un tiempo, no se entendía qué querían ni qué pedían, hasta que, reparando el misionero que arqueaban el índice y el llevaban á la boca, conoció que pedían anzuelos y dijo que á todos regalaría porque traía consigo muchas cosas que repartir con ellos.

Después de este primer encuentro, tan gustoso al misionero, le llevó el cacique á una casa grande que habían desocupado para los huéspedes. Trajeron bebidas, frutas y pescados en mucha abundancia, de manera que sobraron víveres para toda la comitiva del padre en el tiempo que aquí se detuvo con los Iquitos. Preguntáronle, entre otras cosas, cómo había llegado á tierras tan apartadas. De aquí tomó ocasión el padre para hablarles largamente en esta substancia: «Hijos míos, yo, sólo por quereros bien, he dejado mis parientes y hermanos allá donde nace el sol; y sabiendo por mis Napeanos cómo estabais sin anzuelos, he venido á traerlos y aquí los tengo. Tomad, que para vosotros son (y repartió como 300 anzuelos á uno por persona). Pero habéis de saber que he tenido grande trabajo en este viaje. Se me soltó la canoa estando durmiendo y por poco no me ahogo; los palos atravesados en el río me hicieron meter en el agua hasta la garganta y no sé cómo salí salvo. Yo os quisiera ver á menudo y proveeros de herramientas y vestidos; pero

estando aquí vosotros tan distantes de nuestro pueblo, no me atrevo á venir, ni mis indios me dejarán. Ved aquí las hachas que traigo, las cuales son bastantes por ahora para hacer el desmonte en la boca del río Blanco. Yo las dejaré al cacique y á los principales, para que con ellas comiencen á limpiar el sitio. Mis indios Napeaños os ayudarán con mucho gusto á llevar los trastos en sus canoas y os darán plantas y semillas para vuestras sementeras. Entre tanto que maduran las que aquí tenéis, podéis venir con nosotros é iréis haciendo vuestras casas, y primero la casa grande de Dios y después otra pequeña para el padre. Venid, que yo os lo enseñaré todo, y ante todas cosas el camino de ir al cielo y escapar del fuego que está quemando allá bajo á los malos. De comer hay mucho en el pueblo, para socorreros seis meses y más. Ea, ¿qué decís? ¿Queréis veniros conmigo?»

Respondió luego á voz en grito un mocito llamado Miguel: «Vamos allá, padre; yo haré el primero el desmonte.» Es cosa bien singular que sólo este mozo estaba vivo de los que catorce años antes había bautizado, como vimos, el P. Martín Iriarte. Todos los demás bautizados habían ya muerto antes que fuesen capaces de malicia. A Miguelillo siguió luego el cacique, y todos á una voz dijeron: «Allá vamos, allá vamos.» Es verdad que ayudaron no poco á la resolución de los Iquitos los indios Napeanos, y particularmente el intérprete, que era muy fiel y expresivo. Tanto importa á los misioneros llevar consigo en las entradas indios probados y que miren la entrada como suya.

Tomada ya la determinación, todos se retiraron á descansar. Al día siguiente bautizó el padre 50 párvulos, á quienes dió sus medallitas y camisetas. Hizo después un catálogo con toda distinción de todas las familias, que eran muchas, como se deja entender de tantos niños; y aunque las casas eran solamente catorce ó quince, pero ya el cacique y los principales habían recogido los que andaban dispersos por los montes. No se trataba ya sino de viaje. Todo era repique de batanas y de tambores y todo sonaba alegría. Viendo las cosas en tan buen estado, repartió el padre las hachas al cacique y á los principales, distribuyó machetes, alargó cuchillos y dió á las mujeres pampanillas largas de lona, que les cubrían bien las rodillas. Ellos iban llevando sus trastos y acomodándolos en sus canoas y en las de los Napeanos con tal prisa, que como eran tantos, casi se hundían las barcas, como allá las de San Pedro, con cuya memoria se enternecía el misionero y no cesaba de dar gracias á Dios por tanta pesca. Hasta un pobrecito tullido vino arrastrando y se metió con los demás.

Salieron todos por la mañana después de haber dicho el padre la santa Misa y encomendado al Señor el viaje. Quiso Su Majestad que no hubiese estorbos de travesía por venir el río alto y muy crecido, y que en pocos días, sin novedad ni desgracia, llegase toda la tropa al antiguo sitio de Santa María de la Luz. Desembarcados los trastos, desmontaron con facilidad, como eran muchos, todo el campo necesario para un buen

pueblo con el título de Santa María de la Luz y de los Sagrados Corazones. Plantóse una cruz muy grande y hermosa en la que había de ser plaza, hiciéronse de prestado ranchos y cabañas, y en particular una más capaz para capilla, con su división para morada del misionero, entre tanto que se formaba el pueblo. Era el sitio de lo más delicioso y có modo que se podía desear, alto, seco y al parecer de buenos aires, la tierra firme y de migajón; al lado corría un riachuelo de agua clara y fresca. Fuera de las muchas lagunas del contorno, llenas de peces de varias especies y tamaños, se hallaba abundancia de toda pesca á un cuarto de hora, donde el río Blanco desagua en el Nanai. Para los edificios de iglesia y casa tenían en los montes vecinos maderas exquisitas, y como el sitio había estado en otro tiempo poblado, se veían árboles frutales que, limpios de maleza y cultivados, volvieron á reverdecer y dar frutos sazonados.

Antes de partirse el misionero, les dejó el plan de la reducción que se había de hacer, en esta forma: Un cuadro perfecto con sus cuatro costados, poco diferentes. La plaza grande y capaz, que diese lugar á la ventilación del aire. Por el lado que miraba al puerto, la debían cerrar tres fábricas principales, como eran la iglesia, la casa de recogimiento y la casa del misionero. Las casas de los indios habían de ocupar los otros tres lados, todas de una misma forma y figura, con puertas á la plaza, y con postigos atrás para sus jardines y huertas cercadas. Para evitar quemas bien frecuentes en los pueblos, debía distar una casa de otra como doce varas. Era el designio hacerlas todas de paredes, y blanqueadas, como las tenían los Napeanos en San Pablo y algunos indios en Santa Bárbara, los únicos en esta curiosidad por toda la misión. Formado el plan y tomadas las medidas, se despidió el P. Uriarte de sus noveles hijos. Puso en manos del cacique un bastón de palo colorado con su puño labrado, y dió dos varas, una de alcalde y otra de fiscal, á otros dos indios de satisfacción. Pero viendo un viejo grave que á él no le daban insignia alguna, pidió también un bastón, diciendo que él había de cuidar con esmero de la iglesia. Conocida la buena voluntad, cortó el padre un palo derecho del monte, y quitada la corteza y echa una cruz con el cuchillo se lo entregó, haciéndole á la memoria lo que prometía. Quedó el viejo más ufano con su palo que el rey con su cetro. «Ahora mandaré yo, decía muy alegre, en nombre del padre; y como los Napeanos, haremos buena iglesia y nadie me ha de faltar al rezo.»

Tomó el padre consigo algunos niños huérfanos para que aprendiesen la doctrina y la lengua del Inga en el pueblo de San Pablo, y acompañado de algunos Iquitos se embarcó con sus Napeanos. Todos los de la nueva reducción, chicos y grandes, daban el adiós á su padre con palmadas, rogándole que volviese presto, porque habían de perseverar con él hasta morir. Fué corto el viaje, como de dos días, y halló sin novedad la reducción. Dadas gracias á Dios y á María Santísima por la felicidad de la empresa, volvieron á Santa María los Iquitos bien agasajados de

los Napeanos, y cargados de víveres para su gente, los cuales se les fueron suministrando por seis meses seguidos, para que pudiesen atender á los trabajos del nuevo pueblo que empezaron á formar en el año de 1755. Fué increible el calor con que emprendieron su formación, y el empeño que mostraban en hacer las sementeras, que como en tierra virgen y de buen migajón, correspondieron abundantemente. No paraban ni de día ni de noche; unos iban á San Pablo por plantas, semillas y víveres; otros volvían á su sitio antiguo y traían en sus canoas los ajuares y trastillos que habían quedado. Estos se ocupaban en plantar y sembrar, aquellos pescaban con los nuevos anzuelos, y traían abundancia de pescado á los que estaban empleados en otras faenas y trabajos. Finalmente, casi todos iban armando sus casas; pero sobre todas, les llevaba la atención una mayor, que según su costumbre formaban fuera del pueblo para parir las mujeres, porque decían que era indecencia parir la mujer en la casa común á los demás, y por otra parte, impiedad dejar ir á las mujeres para esto al monte ó al río, como los animales. En esta casa, distante un poco del pueblo, fueron prevenidas del común, camas, pates, ollas, y todos los utensilios necesarios, y sólo asistía en ella á la parturienta, el marido, el padre ó la madre.

CAPITULO VI

NUEVA ENTRADA POR EL RÍO NANAI.—ADELANTA EL P. URIARTE LOS PUEBLOS, Y HABIENDO ENFERMADO GRAVEMENTE, ES LLEVADO Á SAN JOAQUÍN DE OMAGUAS.

Mientras los Iquitos trabajaban con tanto calor en la formación de sus casas, se aplicó el misionero al cultivo espiritual de los Napeanos, que, acostumbrados á los ejercicios de piedad y á la celebración de las fiestas, llenaban de alegría al padre, y con su devoción edificaban á los que venían de los nuevos pueblos, para ver con sus mismos ojos el orden y concierto de San Pablo, que era como la capital de otras reducciones. Como los Napeanos ya estaban tan arraigados en las prácticas y distribuciones diarias, podía el P. Uriarte visitar frecuentemente á los nuevos y pensar en nuevas entradas. Dióle motivo para la segunda que hizo por el Nanai la venida de un donado llamado José Gutiérrez, el cual, con un hermano suyo, cuidaba de San Carlos de Alabonos, anejo de San Francisco de Regis. Venía el donado á confesarse en el pueblo de San Pablo, por estar su pueblecillo más cercano á esta reducción que á la de Regis. Habló mucho con el P. Uriarte, y se consoló con él en sus trabajos, ofreciéndose á padecer muchos más por aquellos pobres indios.

Viendo el padre tan animoso al donado, le pareció ocasión oportuna para convidarle á una empresa que meditaba hacer por el Nanai en busca de un cacique (de quien tenía noticia) llamado Riame, diciéndole que,

como práctico de aquellas tierras, le podría servir de mucho en el viaje, y que éste, aunque penoso, no dejaría de traer mucha utilidad á los Iquitos, á cuya nación pertenecía el cacique. Ofrecióse al punto el buen donado, que con su mismo hermano se embarcó con el misionero, siguiéndoles los indios necesarios con víveres, prevenciones y regalos. La navegación fué sobremanera trabajosa por venir el Nanai más rápido de lo que se creía, y porque siendo continuas las lluvias, no encontraban los indios cacería ni podían coger algún pescado. Crecieron tanto los trabajos, que al cuarto día de navegación se desunieron los indios, y desanimados, no tenían corazón para proseguir el viaje. En particular el hermano del donado, decía abiertamente: «Aquí vamos á perecer á ojos abiertos. No sabemos dónde están los gentiles que buscamos, ni encontramos rastro alguno de habitaciones, y querer pasar adelante contra la corriente furiosa del río, contra las continuas lluvias y contra el hambre, que por fuerza ha de ser mayor cada día, es una temeridad conocida y correr en busca del precipicio.» Viendo el misionero las quejas y poco aliento de la gente, tuvo por conveniente el desistir, pero no de manera que abandonase la empresa. Envió á un fiscal más animoso con una canoa, con regalos y con convite al cacique Riame y sus vasallos, para que se agregasen al pueblo de Santa Bárbara, y él, con toda la comitiva, se volvió á esta reducción, algo enfermo por las muchas aguas que le habían pasado y por las otras necesidades que se habían padecido.

Fuéle preciso detenerse quince días en Santa Bárbara por la indisposición en que se hallaba, aunque no dejaba por eso de atender á las gentes que, como nuevas y sin propio misionero, estaban bien necesitadas de instrucción y de pasto espiritual. Y más en este tiempo tuvo el consuelo de ver concluida la iglesia y la casa del padre que su mismo mozo, enviado tiempo antes para este fin, había levantado de paredes muy buenas y con todas las oficinas necesarias de cocina, refectorio y patio, á imitación de la fábrica de San Pablo. Pero si fué grande su contento al ver concluidas estas obras, no tuvo menor gusto cuando vió volver al fiscal enviado con la canoa, después de haber cumplido con fidelidad y empeño la comisión de hablar de su parte al cacique Riame. Contaba el fiscal cómo cesando las lluvias había entrado al cacique y á sus súbditos, presentándole las hachas y regalos que llevaba, y pedido, de parte del misionero, que se viniese con los suyos á vivir con los de Santa Bárbara, en donde nada les faltaría y serían atendidos en todo como los Iquitos sus paisanos. Y que agradeciendo todos los presentes que se les hacían, habían respondido concordemente que, recogidas las sementeras, vendrían á establecerse en el pueblo de Santa Bárbara con los Iquitos, pero con la condición de que no se tratase en algún tiempo de juntarlos con los Napeanos ni con otros Yameos. En efecto, los Riamistas cumplieron su palabra, y á poco tiempo se agregaron á la reducción de Santa Bárbara; pero demostraron también que no añadían de balde la condición que ponían, pues como el sucesor del P. Uriarte les instase á que baja-

sen á San Pablo, se le escapó el cacique con otros muchos, sin poder atraerlos á reducción ninguna. Tanto tiento es menester con gentes nuevas, que no dejan de un golpe las aprensiones antiguas. Poco á poco y con suavidad se ha de sacar de ellas lo que se puede, porque si todo se quiere conseguir en un día no se conseguirá nada, como enseñó siempre la experiencia.

Volvió, finalmente, á su pueblo el P. Uriarte algo consolado de su entrada, porque al fin se había conseguido el intento principal de recoger los Iquitos del cacique Riame, y echó de ver la bondad y constancia de los Napeanos en todo el tiempo de su ausencia. Fieles en la doctrina, asistentes al rosario, tenaces en las prácticas introducidas, habían adelantado notablemente, no sólo sus propias heredades, pero también las comunes y de la misión, mostrando un celo grande por el adelantamiento del pueblo. Quisiera el misionero introducir los mismos sentimientos en los dos anejos de Santa Bárbara y de Santa María, pero veía que debía proceder en esto con mucho cuidado y suavidad y sin violentarlos. Para esto el medio más oportuno que se le ofrecía era el que los Iquitos de uno y otro pueblecillo viesen con sus mismos ojos lo que hacían los Napeanos, creyendo que sería más eficaz el ejemplo de los indios que las instrucciones y pláticas. Determinó hacer la Semana Santa en el pueblo de San Pablo con toda la ostentación posible, sin omitir cosa ninguna de lo que se acostumbra en Europa, é hizo que viniesen muchos Iquitos de Santa María y Santa Bárbara, los cuales asistían con mucho gusto á las ceremonias sagradas y oficios tiernos de aquellos días. Fuera de las muchas confesiones que se hicieron en aquella semana, se cantaron los oficios por la mañana, se entonaron con ostentación los maitines, á que se siguieron las tinieblas, se armó un magnífico monumento con abundancia de luces y con las alhajas más proporcionadas y lucidas que se encontraron en el pueblo. Hubo procesiones de penitencia con disciplinas y otras mortificaciones, en que se cantaron Misereres, y se hacían pláticas devotas sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Pero sobre todo se practicó con la mayor ternura y devoción de los indios el ejercicio de las tres horas que estuvo el Señor en la Cruz el Viernes Santo. Quedó la gente muy movida con esta devoción, y acercándose al Santo Cristo en el acto de expirar, decía muy compasiva: *Así murió por mí mi Señor Jesucristo.*

De la misma manera se celebraron con especial aparato y con asistencia de Napeanos é Iquitos las fiestas de Resurrección, Ascensión, Corpus y la del Corazón Sagrado de Jesús, que iba prendiendo maravillosamente en los pueblos de la misión. Era el designio de los misioneros unir entre sí los pueblos que estaban á su cargo, en unos mismos sentimientos, y que los nuevos pueblos Iquitos aprendiesen del ejemplo de los Napeanos la piedad y devoción y demás prácticas de policía. A este fin, habiendo de pasar á las consultas de San Joaquín, con no menor cuidado recogió las hachas y machetes y demás herramientas gastadas de los

Iquitos de los pueblos nuevos, que las de los Napeanos, para que viendo los indios el amor y cuidado universal de su misionero en hacer renovar los instrumentos de todos, ellos mismos se uniesen entre sí y se considerasen como hermanos. A la vuelta de San Joaquín, no sólo entregó á los indios las herramientas renovadas, pero repartió abundantemente con ellos de las provisiones que trajo, de lienzos, anzuelos y otros regalillos, para que conociesen el aprecio que de ellos hacía y el amor que les tenía. Con estas industrias del padre y con el ejemplo de los de San Pablo, iban entrando muy bien los nuevos Iquitos en el rezo, en la doctrina y en los establecimientos políticos de la misión, y se hallaba el misionero contentísimo viendo lo mucho que le ayudaban los Napeanos en desbastar aquellos gentiles y prepararlos á la vida cristiana y en adelantar á los neófitos y arraigarlos en las prácticas de piedad.

Mucha continuación era ésta de prosperidades y dichas. Ya se recelaba el misionero de que se mezclarían sentimientos y pesares. No le engañaron sus temores, y dió motivo y ocasión á muchos males una cosa ligera y al parecer indiferente. Dieron los mozos de la casa del padre en que habían de matar el puerco más gordo de varios que habían criado en ella. Dióles licencia el misionero, que no les advirtió otra cosa sino que se fuesen con tiento en comer de la carne de cerdo casero que es en aquellas tierras más fuerte y más indigesta que en otras partes. Los mozos, habida esta licencia, hicieron morcillas y mondongos, salaron la carne, y con el pretexto de que con el calor se podrirían muchas de las cosas, alegres con el buen olor, freían, asaban y cocían, sin que ninguno les fuese á la mano, y comieron sin reserva cuanto quisieron, pareciéndoles que no podría hacer daño ninguno lo que tan bien les sabía. Pero bien poco tardaron en conocer que el apetito de la gula, no dando lugar á la razón, y pasando todas las medidas, trae consigo más daños al cuerpo que placeres al gusto y paladar. En breve adoleció un mestizo llamado Santiago, adoleció su mujer, adoleció una hija suya, y adoleció el mozo del padre, llamado Ignacio. Todas eran personas de que necesitaba el misionero, porque Santiago cuidaba de la casa, su mujer era maestra de las niñas que estaban en la casa de recogimiento, en cuyo oficio le ayudaba su misma hija, y finalmente, Ignacio era los pies y las manos del misionero. No dió muchas treguas la enfermedad á los tres primeros, que á pocos días murieron aun antes de lo que pensaban, y faltó poco para que el mestizo Santiago no se fuese sin sacramento alguno, creyendo que la enfermedad no apuraba. Pero tuvo el Señor providencia de que no falleciese sin confesión, porque yendo el misionero al rosario como á las seis de la tarde, le ocurrió pasar por el enfermo. Hallóle con buena calentura y no le gustando, le persuadió á que se confesase, como lo hizo con muchas muestras de dolor. Hecha esta diligencia, pasó el padre á la iglesia, y dicho el rosario, volvió á Santiago que le tenía en cuidado, mas le halló ya muerto, sentado en la cama con los ojos abiertos y en ademán de querer levantarse de ella.

Sólo restaba Ignacio, que como más mozo y fuerte, robusto de complexión, resistía á la enfermedad; pero de manera que ni se agravaba ni declinaba. Pidió al padre con muchas ansias que le llevase al Marañón, porque á no hacerlo así se moría sin remedio. Compadecido el misionero se determinó á llevarle por sí mismo, ya fuese porque temiese que no le habian de cuidar en el camino, como convenía, los indios, ó porque tuviese que tratar algunos puntos con el P. Martín Iriarte, vicesuperior de San Joaquín de Omaguas. Lo cierto es, que el viaje largo y penoso, que dió la salud al mozo enfermo, se la quitó al misionero, que volvió á Santa María desconcertado y con dolores continuos de huesos, causados de las muchas humedades y de malas noches del camino. Sin embargo, aguantando su trabajo y disimulando, consoló y animó á los indios de este pueblo y pasando al día siguiente á los Napeanos, no hallándose mejor, antes creciendo la indisposición, y aumentándose los dolores, colocó el Santísimo en el sagrario para medicina y viático si la enfermedad lo pidiese. A poco tiempo se agravó de manera, que sobreviniendo nuevos males, calenturas, vómitos y cursos, consumió el Sacramento por viático.

Tendido en su camilla, se persuadió á que ya era llegada su última hora. No se pensaba poder hallar algún remedio para cortar la calentura, vómitos y cursos, que le deshacían, fuera del transporte al río Marañón. Pero en tanta debilidad y caimiento de fuerzas, no había ya resistencia para el largo viaje. Sin embargo, los indios mismos armaron una canoa, y metido en ella en brazos en una camilla, se resolvieron á llevarle con mucho tiento, asistencia y cuidado. Viéndose el padre en la canoa, no dudó de que se moría sin remedio, y fué grande su sentimiento de no tener un sacerdote que le administrase la Santa Unción que ardientemente deseaba. En este desamparo, el Señor, que por este medio había determinado darle la salud del cuerpo, le puso en el pensamiento que aunque no podia recibir la Unción sacramentalmente, espiritualmente la podía recibir y ungirse á sí mismo con el santo óleo como con reliquia sagrada. Hizo luego que le trajesen á la canoa los santos óleos, ungióse con ellos con mucha devoción, deseando recibir los frutos del sacramento, ya que no podía recibirlos sacramentalmente. Conoció al punto que el Señor había sido el autor de aquel pensamiento repentino, porque al contacto de los santos óleos, comenzó á bajar la calentura, cesaron los vómitos y se sintió interiormente con nuevos bríos para emprender el viaje.

Salieron los indios con su misionero, que les mandó arrimar la canoa por la noche al puerto de Santa María, no lejos del camino. Vinieron luego los Iquitos á ver á su padre, y viéndole tan acabado, le decían muy compadecidos: «*Ah, padre, ¿quién te ha hechizado? Han muerto á tus viracochas, y á ti también te quieren matar. Serán algunos brujos del monte, pues nosotros te queremos mucho.* No creáis, hijos míos, eso, respondió el padre. Los viracochas comieron mucho puerco, y se hartaron; y yo, con estos viajes forzados, como

soy enfermizo, he enfermado. Dios envía los males y la muerte cuando quiere, mas los buenos cristianos se van á vivir al cielo. Quedaron los Iquitos algo sosegados con estas razones, y exhortándolos á la perseverancia en la reducción y prometiendo volver á verlos, si Dios le daba salud, se despidió de ellos. Los Napeanos remaban con tal empeño, que en sólo cinco días hicieron el camino de diez, y el misionero con sólo respirar los aires del Marañón, se sentía mucho mejor é iba cobrando fuerzas. Llegado á San Joaquín, fué recibido como en otra ocasión del P. Iriarte, curado y fomentado con la caridad acostumbrada de este insigne misionero. Paró todo el mal en unas tercianas, que con quina y vomitivos de naranjas con sal y agua caliente, fueron faltando. Quería el Señor que asistiese á esta reducción por algunos años en tiempos harto críticos, y que ejercitase una heroica paciencia en los trabajos que aquí le prevenía, y particularmente en aguantar un gobernador ambicioso, cruel, desaconsejado, que dió mucho que hacer al misionero y hubo de acabar con los pobres Omaguas.

CAPITULO VII

PASAJE EJEMPLAR DE 300 SOLDADOS PORTUGUESES POR LOS PUEBLOS DE LA MISIÓN

Era ya entrado el año de 1756 cuando en San Xavier de Yavari, primer pueblo de la corona de Portugal y rayano de San Ignacio de Pevas, se dejó ver un sargento portugués con 40 granaderos, el cual intimó de parte del rey fidelísimo al P. Manuel Santos, misionero de aquella reducción, que sin sacar más que su cama se embarcase con él hasta el Pará en la misma embarcación que traía de aquella ciudad. Obedeció puntualmente el misionero, y dejando sus queridas ovejas sin pastor, se dejó llevar de la soldadesca, preparándose para mayores trabajos, como en realidad sucedió, pues fué uno de los misioneros del Marañón que mereció ser arrojado en las terribles cárceles de San Julián. Y en esto pararon las grandes confianzas de D. Juan V, de gloriosa memoria, con este jesuíta, á quien escogió para fundador de San Xavier de Yavari, para mayor seguridad de la frontera de los dominios de Portugal. Pero no podrá obscurecer el mérito de este gran rey, ni entibiar el agradecimiento de la Compañía la errada conducta del perverso ministro de su sucesor. Dios Nuestro Señor habrá premiado sobradamente las determinaciones de tan buen monarca, la sinceridad de su fe y el encendido deseo de la propagación del Evangelio.

La noticia de la prisión del P. Manuel Santos llegó inmediatamente á San Joaquín de Omaguas, por medio de uno de los granaderos que, desertando de los suyos y acertando á coger una canoílla, arribó con seis indios á dicho pueblo. Este refirió á su misionero, que era ya á la sazón el

P. Manuel Uriarte, todo lo sucedido en San Xavier y lo que se había ejecutado sin duda en las demás reducciones del Marañón portugués con todos los jesuítas. Esta funesta nueva, extendida por nuestra misión, fué como un tocar al arma y avivar más el celo de los misioneros, no porque entonces se creyese que á ellos les pudiera suceder lo mismo, sino porque sabían muy bien que con ocasión del arresto de los portugueses y de las calumnias levantadas contra ellos, se renovarían y aumentarían por nuestros émulos las dicherías, fábulas y mentiras que casi en todos tiempos, más ó menos, hicieron valer contra los misioneros españoles. Porque al fin no era ya tan difícil en las circunstancias hacer creer á la Europa que era una la causa y común la culpa en todos los jesuítas del Marañón. A esta causa, nuestros padres se esforzaron en confirmar más con los hechos su inocencia, esperando que, si no había servido ésta á sus hermanos por la envidia del infiel ministro, hallarían otra correspondencia en la corte de Madrid su celo y aplicación en tantos peligros, trabajos y fatigas.

En todas las partes de la misión comenzaron á redoblar sus esfuerzos; visitaban frecuentemente los pueblos anejos y les daban nueva perfección y aumento; hicieron repetidas entradas por los montes para reponer los pueblos, disminuídos por las muchas enfermedades y epidemias, de manera que en este mismo año de 56 recibió la misión de Mainas nuevos realces por el empeño universal de todos los padres, para lo cual ayudó no poco la venida de nuevos operarios, señalados por su caridad con los gentiles y por su aplicación al trabajo. Mientras así se afanaban por el cultivo de la viña que el Señor les había encomendado, recibieron, entrado ya el año de 58, una carta del padre rector del colegio del Pará en que les daba parte cómo iban desterrados á Lisboa 16 jesuítas y él mismo entre ellos con el P. Roque Alemán. Y añadía cómo de este último insigne jesuíta decía expresamente el real decreto la causa de su destierro por estas precisas palabras: «Porque ni sirve á Dios, ni al rey, ni á la religión.» Este es el premio que da el mundo ciego á los mayores servicios, y si por él derramaran sus sudores los misioneros, serían los hombres más miserables de la tierra. No tengo particulares noticias del P. Roque, que aparece tan honrado en el real decreto; sólo sé que fué un jesuíta venerado de cuantos le trataron por sus prendas y por el ardiente deseo de propagar el Evangelio; pero sospecho haber sido uno de los jesuítas que con más resolución y valentía se opusieron á la esclavitud de los indios, y que por este su constante proceder irritó la cólera de Carballo, que la vomitó con tanta rabia en las negras expresiones del decreto.

Pocos meses después del aviso del rector del Pará apareció en San Joaquín de Omaguas un granadero portugués, como á las dos de la mañana, y despertando al teniente de la reducción, le pidió con atención y cortesía que se sirviese de venir con él á casa del misionero, con quien tenía que tratar un negocio de mucha importancia. Vino con gusto en

ello el señor teniente; y enderezándose los dos á la casa del padre, abrió éste la puerta por conocer la voz del uno, y les dijo: «¿Qué hay de nuevo, pues vienen ustedes á tal hora?» A esta pregunta, tomando la mano el portugués, respondió con mucho despejo en esta forma: «No hay por qué asustarse, mi padre misionero. Todos los soldados portugueses que estaban en el real del Río Negro, en número como de 300, se han levantado y se han huído de aquel sitio por el trato duro, por las violencias manifiestas y por la ninguna paga de los capitanes, y destrozándolo todo, vienen desertores por los dominios de España. Yo me encontré con ellos en mi camino para el Pará, y por justas causas me he determinado á seguirlos; y por ser más práctico de estas tierras me envían por delante para prevenir á V. R. y pedirle facultad y licencia para pasar por los pueblos de la misión. No quieren otra cosa que el paso franco. Todo lo pagarán y no harán el menor daño. Cerca del medio día llegará el primer barco con unos 24. Después irán viniendo sucesivamente y por partidas los demás. Suplico á V. R. que tenga compasión de estos pobres soldados y que avise de su pretensión á los indios y á los demás pueblos del camino.» Dicha su razón, entregó al padre una carta del misionero de San Ignacio, que daba testimonio de lo bien que se habían portado los soldados en su reducción, de la sujeción que le habían mostrado y del buen ejemplo que habían dado en su porte á los mismos indios, sin haber hecho con ninguno la más leve extorsión.

No debía el misionero, ni podía, aunque quisiera, oponerse á la demanda de los soldados que, puesto que no hubiesen hecho bien en desertar del real, tenían ya derecho para pasar por los dominios de Castilla y ponerse en salvo. Aplicóse á lo que convenía, que era tomar las providencias necesarias para evitar los desórdenes que se podían temer en el tránsito. Luego que amaneció, mandó llamar á los caciques y justicias del pueblo, y les avisó que previniesen á los indios del arribo de los soldados, que no se asustasen ni escondiesen, porque los blancos caracoyas (así llaman á los portugueses), venían de paz, y no pretendían otra cosa que el tránsito libre por sus tierras; y que, lejos de hacerles alguna vejación ó daño, los regalarían y atenderían con sus dones. Determinó después que no se tocase á Misa á la hora señalada por ser día de fiesta y dar tiempo á que los soldados pudiesen satisfacer al precepto de asistir á la santa Misa. Entrada la mañana, asomó el barco que se esperaba, y como divisasen los indios la bandera blanca que traía enarbolada en señal de paz, bajaron de tropel alegres y regocijados al puerto á recibir los soldados. Estos hicieron muchas salvas, y al sonido de los pífanos y tambores saltaban de contento los indios á quienes gustan mucho semejantes funciones.

Luego que los portugueses saltaron á tierra, vinieron con sus mismos indios que le servían de bogas, derechos á la iglesia, besaron la mano al misionero y oyeron con edificación la Misa. Acabada ésta, comenzaron á trabar pláticas los Omaguas con los soldados, y por la conversación se

confirmaron en que no tenían nada que temer como el padre les decía. Dos de los principales portugueses, de más razón y de más grado al parecer, esperaron á que se desembarazase el misionero, y viéndole ya libre de sus ocupaciones de iglesia, le hablaron en estos términos: «Venimos, padre nuestro, implorando su auxilio, ciertos de que por estas tierras hallaremos caridad cristiana. No podemos negar nuestra deserción, y que en el real del río Negro nos hemos levantado; mas ha sido con razones justas y sin hacer el menor daño, cuando pudiéramos con facilidad y con impunidad haberlos hecho y muy grandes. Un año entero aguantamos sin paga y hemos sido cruelmente tratados de un fiero sargento mayor y de otro capitán del mismo genio, que por cualquiera falta aun de ninguna consideración, nos daban luego *roda de paos* (castigo á la inglesa que consiste en que, haciendo un círculo en tierra, da vueltas por él el miserable soldado, siendo entre tanto apaleado sin piedad), y nos ponían á la golilla por tres días cargados de armas, y haciendo entre tanto nuestras necesidades á vista de todos; lo que traemos con nosotros todo es nuestro y corresponde á nuestras pagas, en que hemos andado comedidos porque aún nos queda debiendo mucho nuestro rey. De todo traemos testimonio de escribanos que podrán hacer fe donde convenga. En seis meses de viaje por el río, han sido muchos los trabajos y grandes las necesidades. Varios han muerto al rigor de las desgracias; los demás venimos estropeados y pedimos, por amor de Dios, que se nos permita algún descanso y se dé lugar á la cura de los enfermos. Entre tanto, estaremos sujetos á las órdenes de V. R. y le obedeceremos en todo sin apartarnos un punto de lo que nos mandare.»

A la relación de tantas desgracias, no dejó de conmoverse el misionero, naturalmente compasivo, y más viendo con sus mismos ojos aquellos buenos portugueses tan abatidos, humillados y desfigurados. Sin embargo, les improbó la deserción de las banderas de su legítimo soberano, aunque con palabras blandas, suaves y cariñosas, como pedían las circunstancias. «¡Ah, padre! respondieron ellos prontamente, excusándose del hecho; si no nos hubieran quitado los padres de la Compañía, que eran nuestro refugio y consuelo, no hubiéramos hecho semejante disparate.» Para que se vea con qué fundamento pudieron decir después los émulos de la Compañía que los padres portugueses solicitaron para la deserción á los soldados del Río Negro, habiendo aquéllos salido mucho tiempo antes que huyeran los soldados. Pero la calumnia, que atropella los más sagrados fueros, hace poco caso de tropezar en los tiempos. «Aquí se les atenderá á ustedes con toda caridad, prosiguió el misionero, se buscará lo necesario para la cura de los enfermos y á todos se acudirá con el sustento conveniente, para que puedan con menos incomodidad proseguir su viaje. Mas entre tanto que aquí se detuvieren, observarán lo siguiente, así para el buen reglamento de ustedes, como para la paz y tranquilidad de mis indios: 1.° Darán ustedes como cristianos viejos buen ejemplo á los neófitos del pueblo. 2.° No se apartarán de este recinto entre la plaza y

la iglesia, ni hablarán con las indias. 3.° Se hospedarán en la casa del ayuntamiento y en otra inmediata que es bien capaz y sirve para carpintería, adonde se les llevará lo necesario por medio de fiscales ó por los ministros de justicia. 4.° Oirán Misa cada día, rezarán de comunidad en la iglesia el rosario á María Santísima, y los que quisieren podrán confesarse y comulgar que los oiré con gusto.» A órdenes tan prudentes y cristianas respondieron concordes todos los soldados que ya rodeaban al misionero: «Señor padre, todo se hará sin faltar en una tilde.»

Y á la verdad lo cumplieron tan á la letra, que causó admiración al mismo misionero la sujeción y rendimiento en que se mantuvieron constantes cerca de un mes sin menearse de la plaza, oyendo Misa cada día, rezando con edificación el rosario y no tratando con mujeres. Pero lo que causó admiración y más edificación al pueblo, fué la regularidad con que todos fueron cumpliendo con la iglesia, confesando y comulgando sin que faltase uno solo, y como eran ingeniosos y de varias habilidades, contribuyeron mucho á la celebridad de las fiestas y funciones de la iglesia con varias invenciones que se les ofrecían y en que mostraban bien la piedad portuguesa. Concurrió en este tiempo la fiesta del glorioso San Fernando, que entre otras devociones celebraron también á lo militar con muchas salvas, gritando: «¡Viva Castela y su rey!» Leían á veces algunos libros espirituales, y mostraban su justicia en pagar largamente á los indios con espejos, cuchillos y agujas que traían, los bastimentos que les llevaban. Admirábanse mucho de la simetría y buen establecimiento del pueblo, de la obediencia de la gente, de la puntualidad y compostura en la iglesia, de los cotones y chupas largas de los indios y de los anacos ó mantos de las indias que les parecían otras tantas *Freyras Agustinas*.

Como pagaban tan bien lo que los indios les llevaban, tuvieron con abundancia de todo lo que se daba en el país, y estuvieron sobrados de frutas y pescados, con que se fueron curando los enfermos y reparando todos; así que, pudieron continuar con alguna comodidad su viaje, muy agradecidos y alegres por la esperanza de ser tratados con la misma cortesía y caridad en los demás pueblos del camino, adonde había pasado ya aviso del misionero. Fueron viniendo por todo el año otras partidas de soldados, de doce á veinte, y fueron atendidos con la misma humanidad con que fueron servidos los primeros. Ellos se portaron generalmente en San Joaquín (y lo mismo sería en los demás pueblos), con edificación de los indios y sin causarles molestias. Sólo un soldado que parecía de los principales, quiso hacer no sé qué descortesía con una muchacha de las que estaban en la cocina ó recogimiento, gritó luego ella y desapareció el soldado. Mandó al punto el misionero, sabedor de lo que pasaba, que saliese del pueblo la partida. Al entender la determinación del padre, quedaron avergonzados los demás compañeros, y querían castigar al atrevido, no les faltando instrumentos para hacerlo, pues traían consigo grillos y cadenas si acaso se desmandaba alguno. No lo permitió el

misionero, contento con exhortar á todos que viviesen cristianamente y con temor de Dios, que está presente en todas partes.

En las últimas partidas que pasaron por San Joaquín, venía un portugués fidalgo llamado Correa, cabeza principal del motín. Este dejó al misionero una copia autenticada de cuanto habían ejecutado en el río Negro, y le pedía con instancia que la presentase á la Real Audiencia de Quito. No le pareció conveniente al padre tomar cartas en un juego tan arriesgado. Excusóse con buenas palabras, haciéndole ver que á ninguno de los dos tenía cuenta que se mezclase en el negocio. El escrito se reducía á que, no pudiendo los soldados sufrir los castigos, insultos, falta de pre y la mucha hambre, una mañana como á las siete, fueron de consuno á casa del sargento mayor, á quien llevaron á casa de otro caballero para que ninguno de los particulares pudiese hacerle daño alguno; y á que llamaron al tesorero y haciéndole sacar todo el dinero, le mandaron que diese por cuenta á cada uno de los soldados lo que le correspondía. Mas como no alcanzase la plata para la mitad de las pagas ya caídas, cogieron á cuenta de la deuda bastimentos, pólvora y avalorios, y con los indios necesarios se fueron embarcando. Esto era en la substancia lo que contenía el instrumento. Grande desengaño para los que mandan en la milicia; en donde sino es permitido al pobre soldado errar dos veces por las gravísimas consecuencias que pueden originarse del primer yerro, no sé yo por qué tantas veces se atrasan las pagas á los miserables soldados, ni por qué son á las veces tratados con tanta dureza y crueldad, pudiendo ser ocasión estos descuidos y excesos, de resultas no menos funestas y desgraciadas. Y si los soldados portugueses, no obstante su desesperación, guardaron algún modo en su deserción y atentado; pero sabida cosa es, que el despecho no admite moderaciones y da muy pocas veces lugar al comedimiento.

La mayor parte de los desertores que pasaron por San Joaquín como en número de doscientos sesenta, se enderezó á Lima, por las ciudades de Lamas y Moyobamba, y una pequeña parte tomó el camino de Andoas y vino á parar á Quito. No dieron en realidad á los nuestros las molestias que se temía, porque entre tantos no faltaban algunos libres y aun locos, pero aun estos estuvieron contenidos á presencia de los demás, que eran por lo común gente de juicio y algunos muy buenos cristianos. Los émulos de la Compañía levantaron como suelen en semejantes lances mil cosas contra los misioneros, como que se habían valido de la ocasión que se les presentaba y que se habían interesado muy bien con los pasajeros. Pero ¿quién podrá poner freno á tantas lenguas, ni dar razón pronta desde aquellas tierras retiradas del otro mundo á los que viven en la Europa? Si los portugueses quieren, como sin duda querrán, pasados los tiempos de opresión, deshacer las calumnias, pueden decir lo que les pasó en San Joaquín en donde se detuvieron más tiempo, y cómo el misionero de este pueblo no se interesó con ellos en un adarme. Sólo recibió de ellos una imagen de la Concepción de yeso, que les servía de impedimenta en

el viaje y corría peligro de hacerse pedazos en el barco, pero con la condición de pagarla como la pagó, aún más de lo que valía.

CAPITULO VIII

VARIAS ENTRADAS DE LOS MISIONEROS Á TIERRAS DE GENTILES, CON QUE REPONEN LOS PUEBLOS DISMINUIDOS CON EPIDEMIAS

Hubo en la misión de Mainas por estos años muchas epidemias de catarros que llevaron á mucha gente en casi todos los pueblos. En unos faltaron cuarenta indios, en otros cincuenta, pero muchos más murieron en San Pablo de Napeanos, cuya reducción se disminuyó notablemente con ocasión de la mudanza que se hizo de ella á sitio más saludable. Mientras se extendía el contagio por los pueblos de la misión baja, no lo pasaron mejor los indios de la misión alta, porque habiendo ido desde Borja á Jaén el teniente Domingo Tapia con otros vecinos de la ciudad, trajeron consigo las viruelas, y muerto de ellas el teniente con otros cuarenta Borjeños, pusieron á los indios en el mayor cuidado, y se vieron precisados á retirarse con facultad de su cura, á un sitio llamado Puca Barranca. Hicieron aquí sus sementeras y se mantuvieron en este lugar hasta que pasó el contagio. Con esta ocasión se dió principio á la mudanza en que se pensaba de la ciudad de Borja al mismo sitio de Puca Barranca como se ejecutó finalmente por ser lugar abundante de caza y pesca, y por gozar de un terreno más ventajoso que el de la antigua Borja.

Considerando tantas quiebras los misioneros, se resolvieron á hacer frecuentes entradas á los montes en busca de gentiles, y el superior de las misiones Martín Iriarte, en una consulta general, fomentó sus ideas enviando orden á todos los padres de las reducciones para que todos los años hiciesen á lo menos una entrada para mantener á los pueblos. Pondremos una suma de lo que se trabajó en estos dos ó tres años y del fruto que cogieron en sus correrías, particularmente en las misiones nuevas. Hízose entrada desde San Joaquín en busca de gentiles voluntarios del Mará, y por la intercesión de San Xavier, á quien se encomendó la empresa, se lograron treinta y ocho personas que, vestidas por el misionero y acomodadas por las casas de los Omaguas, se fueron domesticando y haciendo á las costumbres del pueblo. Más numerosa fué otra tropa de gentiles llamados Cajocumas, que pertenecían á la nación Payagua, los cuales, á diligencia del misionero de San Joaquín, se poblaron como seis días más arriba de la boca del río Napo y formaron una reducción pequeña con la advocación de San Pedro.

En la misión de lo alto del Napo, se lograron ciento diez y ocho Abigiras Encabellados, pero con la sentida desgracia de haber muerto en la empresa en una casa de estos gentiles el hermano Lorenzo Rodríguez sin

poder llegar á darle socorro el P. Ars, por más que, sabida la enfermedad del hermano, se apresuró cuanto pudo para administrarle los sacramentos. Pero tuvo el consuelo de saber de boca de los mismos que asistieron á su tránsito, que había muerto muy conforme con la voluntad divina. Era el hermano Lorenzo un religioso muy ajustado, de maduro juicio, de celo conocido y de grande prudencia en saber acomodarse al genio de los indios. Fueron las misiones del Napo, tan abundantes de trabajos, como hemos visto, el teatro de su paciencia y sufrimiento por siete años, al cabo de los cuales se sirvió el Señor de llevarle para sí como esperamos, para darle el premio merecido á sus trabajos. No se puede negar que los Abigiras recientemente sacados de los montes, fueron bien poco constantes, y que al poco tiempo se huyeron á sus escondrijos, pero quedaron algunos y con ellos se consolaba el misionero del Jesús. Más constante fué una partida de gentiles que se agregó al pueblo de San Ignacio de Pevas á solicitación, como pienso, de los mismos Pevas, de quienes eran parientes.

Pero en lo que más se mostró la amorosa providencia del Señor, fué en atraer á los Yetes Omaguas, que mucho tiempo antes se habían retirado á tierras muy distantes y con quienes se habían hecho muchas diligencias sin poder hallarlos. Porque ellos mismos sin ser buscados vinieron muy de lejos y después de una navegación larga de veinte días se presentaron al misionero de San Joaquín, diciendo que estaban resueltos á vivir en el pueblo con sus parientes. Repartiólos el padre por las casas, y bautizados los niños los vistió á todos y surtió largamente de herramientas, acariciándolos muy particularmente, todo á fin de que hiciesen asiento en el pueblo, porque sabía muy bien su índole y rusticidad. Eran los Yetes Omaguas extremadámente toscos y de poquísimo entendimiento, de manera que los que venían niños de las selvas, apenas llegaban á discernir á los diez y seis años la malicia del pecado mortal, y muchos de los viejos, por más que se les explicase, no acertaban á mostrar en toda su vida entero discernimiento. No dejaron de lograrse algunos de estos gentiles bozales, porque fuera de los niños que se bautizaron, murieron también algunos adultos con este sacramento, y muy en particular una india llamada María, que era la edificación del pueblo, la cual acabó sus días haciendo actos fervorosos de fe, esperanza y caridad, con deseos ardientes de ver á Dios.

Después que su Majestad se llevó algunos Yetes, entresacando á sus predestinados de aquellos brutos, los viejos de la nación en medio de una vida quieta en que nada se les mandaba y se les suministraba todo, determinaron volverse á sus madrigueras. Para hacerlo con algún disimulo, fingieron querer ir al río Ucayale á una pesca y caza general de una semana entera, y con este pretexto llevaron engañado á un mocito de la nación, por nombre Xavier, muy hecho ya á los estilos del pueblo. Cuando el muchacho echó de ver la mucha prevención de víveres para un viaje que les parecía corto, les dijo: «¿Para qué son tantas prevenciones

si hemos de volver á los ocho días?» «Para volvernos, le respondieron los viejos, á nuestro río Tiputini en busca de mujeres y casarnos.» «No hagáis eso, respondió Xavier, el padre nos quiere y nuestros parientes los Omaguas nos estiman. No faltarán en San Joaquín mujeres con quien casarnos. No, no quiero huir á Tiputini.—Punto en boca, dijeron los viejos, síguenos, y si no aquí te matamos.» Disimuló el pobre mozo y fingió seguirles, pero más advertido que los viejos, pensó sobre el modo de volverse sin que pudieran impedírselo. Logró su traza la noche siguiente, en que durmiendo los Yetes en una playa, después de bien comidos, aunque para mayor seguridad habían metido en medio á Xavier y ellos estaban puestos alrededor en forma de círculo, se escapó á gatas poco á poco oyéndoles roncar, y cogiendo, sin ser sentido, una pequeña canoa, á todo bogar se vino á casa del misionero sin que lo notasen los Yetes. Dióle parte de la determinación de sus paisanos, pero por más que los Omaguas, diestros en manejar sus canoas, salieron en varias partidas en busca de los fugitivos, no pudieron darles alcance, porque echaron de menos al mozo y la canoa, y temerosos de que los seguirían los del pueblo, no pararon hasta el Nombre de Jesús, y de aquí tiraron á sus tierras de Tiputini. En esto pararon los Yetes, mala canalla y de poca capacidad, aun entre aquellos que tenían tan poco de racionales.

Más esperanzas dió un golpe de Mayorunas que por este tiempo de la huida de los Yetes se logró sacar de una quebrada llamada Cuchiquina, no lejos del pueblo de San Ignacio de Pevas. Noticioso de aquellos gentiles el misionero de Omaguas, envió al gobernador de esta nación con un capitán Mayoruna y varios indios en diversas canoas en busca de aquella gente. Encomendóse la empresa á María Santísima y al patriarca San Ignacio, por cuya intercesión tocó el Señor los corazones de los Mayorunas, de manera que al punto y sin resistencia alguna se embarcaron con los nuestros cuantos cupieron en las canoas, quedando los otros deseosos de embarcaciones para seguir á los primeros, por ser el camino largo como de quince jornadas. Llegaron las canoas llenas de gente nueva á San Joaquín poco antes de la fiesta de San Ignacio, en cuyo día se bautizaron los párvulos con mucha alegría y consuelo de los cristianos; pero cuando los Omaguas, empeñados en continuar una empresa tan feliz, llegaron á concebir esperanzas de traer todos los gentiles que se hallaban por aquellas tierras, todo lo cortó por justos juicios del Señor la venida importuna de un nuevo gobernador de la misión, que, no sólo atrasó la empezada conquista, pero faltó muy poco para que no arruinase al pueblo mismo de San Joaquín, en medio de estar tan sólidamente fundado y tan arraigado en la fe. Tales fueron los procedimientos de este alocado ministro, mozo vano, cruel y codicioso, como veremos en los siguientes capítulos.

CAPITULO IX

EXCESOS DE UN NUEVO GOBERNADOR DE MAINAS Y OPRESIÓN DE LOS INDIOS

No podemos menos de hacer mención en nuestra historia del extraño proceder de un gobernador de la misión, que por dos años y medio afligió sobremanera á los indios, particularmente á los Omaguas, así por no faltar á la verdad que profesamos, como para desengaño de aquellos ministros á quienes pertenece señalar gobernadores y corregidores, especialmente en tierras de indios recientemente agregados al seno de la Iglesia. Porque como los buenos adelantan mucho con su buena manera, edificación y ejemplo, las nuevas plantas de la viña del Señor, así los malos con su perversa ó poco edificante conducta, si no los arrancan del todo, les quitan el humor con que se nutren, de donde vienen á marchitarse y secarse: de estos segundos fué el que llegó á San Joaquín de Omaguas por Julio de 1758, cuyo nombre callamos en la historia por guardarle algún decoro á que no era ciertamente acreedor, por haber sido sus hechos públicos y sabidos de la misión.

Luego que el nuevo gobernador entró en esta reducción, en donde fijó su residencia, acaso en atención á la demarcación que se debía ejecutar en los términos de España y Portugal, cautivó los corazones de los indios con una acción cristiana y edificativa, ofreciéndose á ser padrino en el bautismo de todos los niños Mayorunas recién sacados del monte, como vimos en el capítulo pasado. Hízose la función con toda celebridad y aparato, quedándole muy obligados los Mayorunas por haber tomado, como creían, bajo su protección á sus chicuelos; pero duró tanto la obligación de éstos como la edificación de los demás, que no pasó de algunos pocos días, porque luego comenzó á mostrar un genio altivo y soberbio, y un natural inhumano, terco y codicioso. Dió principio á su altivez mandando á los caciques que no se sentasen en la iglesia, como era costumbre, con los ministros de justicia, y aun pretendió que, estando ya sentados, se levantasen de los bancos. Viendo el misionero aquel disturbio, advirtió al gobernador que no debía mandar en la iglesia y contra las costumbres ya recibidas; que bastaba el que para otro día advirtiese á los caciques lo que debían ejecutar. Mas, acabada la Misa, como si le hubiesen hecho un gran desacato, puso á los caciques en el cepo y comenzó á escribir contra los pobres una sentencia terrible de azotes públicos por las calles del pueblo. Como los presos y sentenciados á tan ignominioso castigo eran gente tan principal, se alborotaron luego todos los indios, y tuvo que hacer el misionero aún menos en sosegar á la gente amotinada que en persuadir al gobernador que desistiese de aquella su locura, haciéndole ver claramente que si no soltaba los presos, estaba ya la cosa en términos de

que sin duda le quitarían la vida y se escaparían á los montes. Este fué el primero de sus desatinos, que continuó casi sin interrupción hasta el último día de su gobierno. Dió orden (y se ejecutó puntualmente) para que todo el día estuviesen á la puerta de su casa, como de guardia, dos personas de justicia con sus varas en la mano. Estas, cuando el gobernador salía de casa, iban por delante quitando todos los estorbos como si fuese un Inga. Hizo sus almohadones (contra las leyes de la recopilación que reserva al virrey esta regalía), y se ponía con mucha gravedad sobre ellos en la iglesia, haciendo antes componer con prolijidad el sitio á los indios. Varias veces tenía que aguardar el sacerdote para que oyesen Misa los domingos y días festivos, y si se le mandaba recado para que no detuviese la gente, había quejas y disensiones. No hacía caso de las razones del padre, y éste lo toleraba por amor de la paz y con la esperanza de ganarle, disimulando saber, como sabía muy bien, que aquel grande Inga, que pretendía la adoración del pueblo, escapado de su casa en el reino de Galicia y enderezado á Madrid á probar fortuna, había servido en la corte de lazarillo de un ciego. A tanto llegó la ceguedad y locura de un joven de veintitrés años, que, puesto poco há á los pies de los caballos y colocado ahora en el gobierno de Mainas, tiraba ya las líneas para la presidencia de Quito.

No fué inferior la codicia á su loquísima vanidad. Hechas como era costumbre por año nuevo las elecciones de alcaldes y demás oficiales del pueblo, pretendía que le diesen cuatro libras de cera por las confirmaciones y nombramientos que extendía de capitanes, sargentos y alféreces. Opúsose el padre con eficacia diciéndole que ninguno de sus antecesores había dado en semejante pensamiento que era verdaderamente un delirio, no siendo capaces de aquella contribución los pobres indios que con grandísima dificultad y á costa de mucho tiempo apenas podían juntar tres libras de cera para comprar una hacha. Como no le saliese bien el proyecto y un alférez Omagua le tirase la insignia del oficio diciendo: *toma tu vara que más es el trabajo que el provecho*, inventó un nuevo arbitrio no menos injusto, y fué mudar á su placer los precios de las cosas, señalando seis libras de cera por cada una de las hachas que había traído de Quito, inferiores en calidad á las que se usaban en el pueblo. De esta manera enviaba á los indios al monte dos ó tres semanas que apenas bastaban para recoger la cera correspondiente á las hachas que les daba. Y lo llevaba con tanto rigor y crueldad, que á un pobre Yameo que le llevó solamente tres libras, por habérsele muerto su hijo en el monte cuando buscaba la cera, le azotó como si hubiera cometido un delito gravísimo, y le envió al monte á buscar lo demás. Con esto los indios venían al misionero á contar las vejaciones del gobernador, lloraban y clamaban para que les favoreciese y amparase de aquel hombre, que no les dejaba respirar. Pero ni el padre podía recabar nada del gobernador con buenas razones, ni tenía otro arbitrio para contenerlo. Exhortaba á los indios á la paciencia y á la obediencia del Apus ó superior, porque al

fin representaba á su majestad católica y debía ser respetado mientras viniese otro gobernador como esperaba bien presto.

Para aumentar las aflicciones de los indios y no dejar de oprimirlos en todas maneras, señaló seis personas (cuando bastaban dos indios), las cuales debían atender solamente á la caza y pesca, para la mesa y sustento de su casa, y en el día que no llevaban caza y pesca, habían de presentarle una gallina. Fuera de esto, mandaba cuanto se le ofrecía á los nuevos Mayorunas, que oprimidos de tanto trabajo se huyeron todos del pueblo, abominando del que pensaban hallar protector después del padrinazgo de sus hijos. Ocupaba á otros muchos indios en servicio de su persona, con ocasión de haberle regalado el padre, á insinuación ó petición suya, con una hermosa canoa. Giraba ésta á todas horas por el río, y no debían faltar indios prontos á lo que les mandaba recoger con ella. Eran á la sazón más penosas á los indios estas tareas, por la multitud de caimanes que se descubrieron en este año. Sucedieron algunas desgracias, pero no por eso se movía á compasión el corazón duro del gobernador. Fué muy notable y sentida en el pueblo la que sucedió á D. Diego Yurimaguas, indio principal y de mucho servicio en la reducción por su conocida habilidad y expedición primorosa en varias artes mecánicas de que se necesitaba. Uno de los indios señalados por el gobernador para su pesca era dicho D. Diego, sin que le sirviese de excusa el estar cargado de familia. Sucedió, que no habiendo podido coger desde el domingo hasta el viernes más que tres charapas, grandes como de cinco arrobas, quiso venir con ellas por no encontrar otra pesca; pero, temiendo el castigo de azotes que recetaba luego el gobernador, procuró buscar otra cuarta, sin la cual no quedaría ciertamente satisfecho. Estaba el infeliz atisbando desde la canoa para hacer su pesca, cuando un caimán de un colazo lo tiró al agua, y de una dentellada le comió parte del brazo izquierdo. Era el indio valiente y de gran ánimo y comenzó á luchar con el fiero lagarto, que le quería tragar todo, dentro del agua y en medio de no tener más que el brazo derecho, le arañó de tal suerte en los ojos, que sentido del vivo dolor el caimán le soltó la presa y pudo salir el indio medio nadando hacia la canoa, en que lo recogió un Mayoruna compañero suyo.

Trajéronle al pueblo medio muerto y todo desangrado, con un brazo menos, desde más arriba del codo hasta el hombro, donde colgaban los tendones. Confesóle al punto el padre, y le previno con el santo Viático, restañada la sangre con la copauba. Pero como lo que le colgaba del hombro se le iba pudriendo, instaba el misionero á que algún secular cortase el brazo de raíz, saliendo por fiador de la cura como había curado á otros muchos, y acababa de sanar á la sazón á uno á quien había llevado el caimán parte del vientre y de una nalga. Nadie se atrevió á ejecutar la operación, ni el indio hacía rostro á ella, por lo cual, cundiendo la gangrena, murió á los dos meses con sentimiento de todos. La última obra que había hecho D. Diego en beneficio de la iglesia, era pintar unas andas; y al sacarlas de su casa para llevarlas á la iglesia, preguntaron al

misionero: ¿quién será el primero que las estrenará? Quizá, respondió el padre, alguno de esta casa sea el primero, y así vivir bien. Puso Dios esta respuesta en su boca, porque al amo de la casa fué el primero que depositaron en las nuevas andas.

No contento el gobernador con afligir á los indios en la manera dicha, engordar con la sangre de los infelices, destruir el orden de las doctrinas, impedir las distribuciones diarias y mortificar al misionero en su misma persona y en sus neófitos, dió en otro pensamiento extravagante para acabar de oprimirlos. Había fabricado el padre para el hospedaje de los comisarios reales, que se esperaban para una determinación exacta de los términos de Castilla y Portugal, una hermosísima casa nunca vista en aquellos países, así por la grandeza y solidez, como por el aseo, simetría y proporción. Tenía doce aposentos capaces, entablados con fuertes tarapotos ó tablones; daban luz á cada uno de ellos dos ventanas con barandillas curiosamente torneadas, y marcos de abrir y cerrar con sus visagras de hierro. Las camas, sillas de brazos, mesas y puertas, todas eran lucidas y vistosas, de madera exquisita de cedro, que despedía un olor agradable á los que entraban en la casa. Había en medio un corredor doble con su portón bien labrado, y con su adorno de gusto y bien pintado. Por la parte del río tenía otro corredor más grande y despejado, que por las vistas que ofrecía era de grande gusto á los que subían á él para registrar el puerto y reconocer la grande extensión del río. La escalera principal era obra prima, y no faltaba para los menesteres otra secreta y excusada. El refectorio, que era capaz, tenía su puerta con escalerilla al patio de la cocina, desde donde por un descanso cubierto recibían los hombres la comida de las mujeres, y la servían por sí mismos. Esta casa, ideada por el P. Iriarte y fabricada con prolijidad y con trabajo por el P. Uriarte, no gustaba á nuestro gobernador por un solo motivo que se le puso en la cabeza, diciendo que no era razón que los demarcadores reales habitasen en la casa del misionero habiendo gobernador en el pueblo. En vano le proponía el padre, viendo el despropósito, que no se enfrascase en una obra larga, difícil y costosa, para lo cual no tenía comisión alguna, que esto sería acabar con la gente, bastantemente oprimida, y que sobre todo advirtiese cómo mandaba el rey en la Recopilación que las casas del cura y del gobernador estuviesen en la misma plaza, para que el uno fuese testigo del proceder del otro. Que esta última razón, aunque no hubiese otras, sería bastante para que todo hombre de juicio desaprobase sus ideas.

A todo se hacía sordo el gobernador, encaprichado en su proyecto sin dar lugar á razones, y sólo pensaba en llevar la suya adelante. Comenzó luego sin poder impedirlo el padre á ocupar toda la gente del pueblo. Hizo derribar tres casas de indios á un lado de la iglesia precisando á los pobres á que buscasen otro sitio y á que fabricasen otras de nuevo. Embargó todas las canoas de la misión para traer estantes, tablones y todo lo necesario. Andaban los hombres como unos esclavos, oprimidos de la

grande faena y las mujeres afligidas cargando tierra y otras cosas, sin tener apenas tiempo para traer que comer alguna cosa de sus sementeras, mucho menos para cultivarlas y limpiarlas. No se oían en el pueblo sino ayes, clamores y voces lastimosas. Iban y venían las pobres gentes al misionero y le proponían sus quejas, concluyendo que antes querían vivir en el monte sin casas y desprovistos de todo que vivir en el pueblo una vida tan miserable y penosa. Sosegábalos el padre y les decía que tuviesen un poco de paciencia, que vendría en breve, como se esperaba, el Apu grande ó presidente de Quito, y lo remediaría todo. Entre tanto, hacía lo que podía, librándoles de los azotes, del cepo y sacándoles algunas licencias para que buscasen que comer. Todo era necesario en tanta miseria, apretura y crueldad.

Se deja bien entender cuánto pensaría el misionero para ganar á este hombre, corregirlo ó apartarlo del pueblo; porque la doctrina estaba poco asistida, las prácticas de la misión iban por tierra, la gente andaba oprimida, alborotada y á tumbo de dado, para escapar al monte. Hablóle con toda afabilidad y cortesía suplicándole con atención y rendimiento que tratase á la gente con más cariño y benignidad, y que se hiciese cargo atendiendo á su misma persona, que una vez alborotada la gente, poco servía él y sus mozos para defenderse de seiscientos indios irritados y diestros en manejar sus armas. No le hacía fuerza una razón tan convincente, porque la vanidad, el genio presuntuoso y la ambición le transportaban. Escribió el padre á los superiores, informó á Quito del modo tirano, del trato duro y de las vejaciones del gobernador, pero el remedio no podía venir tan prontamente de aquella ciudad en tan largas distancias y tan penosos caminos. Ofreciósele un medio, que fué la ejecución puntual de la ley de Recopilación, en que se manda á los gobernadores, corregidores y demás blancos que oigan la palabra de Dios. Intimósela al gobernador, añadiendo que él y los demás debían estar conforme al espíritu de la ley, oyendo la plática ó sermón con toda compostura y con los ojos bajos para dar ejemplo de piedad y de modestia á los neófitos. No se atrevió á resistir á una demanda tan justa, porque ya se traducía que aunque duro é imperioso, quería llevar informe de edificativo. No dejó de llevar el misionero algún fruto con sus pláticas en los demás. Mas poco ó nada consiguió del gobernador.

Volvió luego á sus mañas, de suerte que no sólo los indios le miraban de mal ojo, pero también los blancos y dependientes que debían estar de su parte. Riñó con el teniente llamado Romero, y le echó enhoramala; envió á Quito á su mismo mozo y metió en el cepo á cuatro soldados Borjeños. Poco era esto para su orgullo. Con un fraile que acertó á pasar por San Joaquín á su misión se estrelló, de manera que tuvo harto que hacer el P. Uriarte en impedir las malas resultas. La cosa parece increible, pero sucedió de esta manera: Visitó el religioso al gobernador, el cual, oliendo la plata [que traía, se le hizo amigo, y con agujas y abalorios, se la fué sacando bonitamente. Conoció después el fraile cómo

el señor gobernador le había engañado en los precios, y se le quejó dándole en rostro con la trampa vergonzosa é indigna de un hombre de bien. No tenía estos respetos el que había sido lazarillo de un ciego, y lo confirmó abundantísimamente con el modo puerquísimo y escandaloso que intentó para vengarse del fraile. Instruyó á un indio mozo, lindo y buen bellaco, para que, vestido de mujer, fuese á boca de noche, y mientras el misionero estaba en la iglesia, á casa del religioso á solicitarle por avalorios, añadiendo que cuando hubiese caído en la tentación (de que no dudaba, porque el corazón, podrido con este vicio, no acierta á ver en los demás sino entrañas corrompidas), huyese con estrépito del fraile, gritando por el pueblo que le había querido forzar aquel mal misionero.

Pero la Providencia, que vela sobre los inocentes, dispuso oportunamente que un niño del pueblo, viendo al indio vestido de mujer y que hablaba en voz baja con el fraile, comenzase á reirse con otros muchachos, y conociendo éstos la trama, el mal indio descubierto huyó avergonzado. Luego que el religioso entendió el tiro del gobernador, montando en cólera y cogiendo una lanza, como vivo y mozo que era, fué de noche á casa del gobernador para atravesarle con ella. Pero quiso el Señor que, avisado el P. Uriarte de lo que pasaba, llegase á tiempo para impedir los daños que se temían. Fué lo peor del caso que el gobernador, en vez de quedar confundido, hacía gala de su abominable invención para averiguar, como él decía, si era el religioso lo que parecía ó si era algún bandolero. Bramaba el fraile de cólera y se la juró que había de llevar la queja al virrey, y que no pararía hasta ver aquel hombre desalmado metido en un negro calabozo por todos los días de su vida. Sosególe al fin el P. Uriarte, y dándole todo el avío necesario, le envió por San Ignacio de Pevas á su misión. El indio enmascarado estuvo escondido en el monte hasta que, salido el gobernador, se le castigó á la puerta de la iglesia. Mas no contenta con este castigo la justicia divina, se fué secando hasta los huesos, y sin poder levantarse de la cama por su debilidad, vino á morir mozo de veinticinco años, sin llegar á la mitad de su vida, pero bien dispuesto y reconocido de su pecado. Así juntó Dios la misericordia con la justicia en este indio humillado, haciéndonos ver que no se olvida de su misericordia cuando de los hombres se enoja.

CAPITULO X

PROSIGUE LA MISMA MATERIA DEL CAPÍTULO PASADO

Sólo respiraban los indios de San Joaquín cuando el gobernador se ausentaba del pueblo con ocasión de algún viaje. Ofreciósele uno algo más largo á la ciudad de Borja, y en este tiempo, bien que descargó la tempestad en otros pueblos, gozaron de alguna serenidad los Omaguas.

Estaban inquietos los vecinos de Borja por la nueva mudanza al sitio ya dicho de Puca Barranca, viviendo unos en ella y resistiéndose otros como suele suceder en semejantes ocasiones. Pero habiéndola ya mandado y confirmado la Real Audiencia de Quito, era necesaria la ejecución y el componer los ánimos de los ciudadanos discordes. A este fin salió el gobernador de San Joaquín y partió á Borja, aunque es verdad que llevaba también la mira de hacer su negocio especialmente sobre la sal, y con el ánimo de amontonar lienzos y pintados de la ciudad de Lamas, todo lo cual pensaba despachar con muchas ganancias. En el viaje y en la estancia dió bien que hacer á los misioneros, que aunque le mostraron el respeto y le hicieron el acatamiento que se le debía; pero se le opusieron también con pecho y entereza en aquello con que no podían ni debían condescender. No les fué posible remediarlo todo, porque como hombre furioso y arrebatado de sus pasiones, guardaba poco recato y daba malísimos ejemplos á los nuevos cristianos. Entre otros ejemplos de su codicia, puso porque quiso en Santiago de la Laguna una nueva aduana, donde cuantos indios de la misión pasaban á las Salinas de los Yurimaguas, y acarreaban con mucho trabajo la sal necesaria para los pueblos, debían dejar tres arrobas enteras para el gobernador. A poco tiempo dió la vuelta á San Joaquín en donde apenas se detuvo, diciendo que quería visitar los pueblos del Napo. Pero la verdad era, que le llevaba á Santa Rosa la esperanza de vender allí la sal, pez salado y otras cosas que había recogido.

Saliéronle mal las cuentas al desdichado, y al cabo de dos meses volvió sin ganancia alguna á San Joaquín, adonde llegó un día de domingo cuando ya los indios oída su Misa, dichas las oraciones, y acabada la doctrina, habían salido del pueblo á sus paseos acostumbrados. Fatal coyuntura para quien quería ser recibido con la ostentación de un príncipe. Luego que el misionero avistó el barco, avisó á los indios que estaban en el pueblo para recibir al gobernador y bajó con ellos al puerto. Dióle la bienvenida con el cacique y demás oficiales; pero el hombre, alborotándosele más el mal humor con que venía con la vista de la poca gente que salía á recibirlo; ciego, orgulloso y atufado, sin oir ni hacer caso de ninguno, se enderezó al alcalde, que era un buen viejo, comenzó á darle de bastonazos diciendo: El padre tiene la culpa: ¿por qué no recibís á vuestro gobernador con marcha y con tambores? Yo os enseñaré, perros, cómo os habéis de portar. Loco, furioso y hecho una víbora, no dejó al pobre viejo hasta que le hizo pedazos el bastón en sus costillas. Los demás indios que esto vieron, escaparon y desaparecieron todos. Quedó solo el misionero y dando un poco de tiempo á que volviese en sí aquel furioso le dijo con sosiego y con blandura. Perdone usted, señor gobernador, que les cogió de repente su venida. Se ha hecho lo que se ha podido. Y hágase usted cargo que no es costumbre recibir á los gobernadores con marcha y tambores sino cuando llegan la primera vez y se dan á conocer al pueblo. Mas él sin oir ni atender á razones, se subió á su casa echando bravatas por

aquella boca. Recogió el padre no sin trabajo á los indios y les encargó en tantas vejaciones el respeto y cuidado escrupuloso de su persona, exhortándolos á la paciencia de que tanto necesitaban.

Sosegada la cólera del gobernador después de algunas horas, vino de noche al aposento del misionero y le dió alguna satisfacción de su transporte. Respondióle el padre que, por lo que á sí tocaba, no se le daba nada; pero que se hiciese cargo que los indios podían fácilmente levantarse y escaparse á los montes, y fuera de la pérdida de aquel pueblo floreciente, ¿quiénes eran ellos para resistir á tanta gente si se les ponía en la cabeza, como se les daba ocasión, de acabar con todos los españoles? Que advirtiese cómo en el tiempo de su ausencia, manejados los indios con buen modo, con dulzura y con paciencia, habían adelantado más de lo que él se prometía la obra del ayuntamiento que se les había encomendado. Que no valía con ellos, como veía con experiencia, el imperio y la dureza ni el castigo, sino los buenos ruegos, el cariño y la buena manera. Como el gobernador estaba sereno, y era hombre capaz, y de bastante alcance, le hicieron fuerza estas razones, y prometió mostrar en adelante cariño á la gente y dar alguna satisfacción de lo que inconsideradamente había dicho contra el misionero, cuyos modales había de seguir é imitar con los Omaguas.

No dejó de quedar consolado el misionero después de la conversación en que le experimentó tan reconocido; pero en gente que no sabe hacerse violencia ni trata de vencerse á sí mismo, es cosa sabida que no menos el genio que la figura duran hasta la sepultura. Era su genio inconstante y su natural hinchado y cruel; y á poco tiempo le transportaron á un exceso, no sé si diga de impiedad ó de crueldad, ó de uno y otro. Sucedió que un Mayoruna se emborrachó y que estando fuera de sí sacudió á su mujer. Avisado el gobernador, corrió con un azote de cuero de vaca marina y empezó á darle latigazos; el pobre indio, como le dolían los golpes estando todavía borracho, se le arrimaba y abrazaba por las piernas, pidiendo que dejase ya de azotarlo. Grita el gobernador á los suyos, como si el tocamiento del indio fuese el mayor atentado, que luego, luego pongan al Mayoruna de cabeza en el cepo, porque le había acometido y quería que se hiciese en él un ejemplar castigo. Puesto el pobre indio de cabeza en el cepo, forcejeaba el miserable por sacar del tronco la cabeza, y con tal furia y continuación, que casi se ahorcaba ó arrancaba la cabeza. En tan gran peligro, vino corriendo su mujer con otros al misionero, para que le amparase con el gobernador, que se mataba su marido. Estaba á la sazón el padre vestido de capa de coro, para salir al rosario y á la salve y oyendo lo que pasaba, envió un recado correo al gobernador diciendo que no iba en persona por estar ya vestido para salir al altar; pero que le suplicaba que tuviese á bien sacar al indio de aquella apretura porque no se ahogase, y ponerle de pies en el cepo. No hizo caso del recado atento del misionero, y visto por los indios, ya se disponían á alzarse.

Acabada la función de iglesia y conociendo el misionero el peligro de que se huyesen los indios por la terquedad del gobernador, fué apresurado á su casa y le halló paseándose en su corredor muy ufano, como quien hacía una gran cosa en no mudar de resolución con el Mayoruna. Suplícale con los términos más corteses á que se hiciese cargo que un borracho no está en sí, y que con todo hombre de razón y de juicio es excusable en lo que hace, por no tener advertencia; que advirtiese el peligro inminente en que se hallaban, porque la gente del pueblo estaba alborotada y en términos de escapar al monte; que era preciso sacar al indio la cabeza del cepo y ponerle de un pie, que á la mañana, estando en sí el indio, cuando la corrección sería más provechosa, le sacase del cepo con una buena reprensión y á intercesión suya. Negábase á todo el gobernador, el padre le apretaba, pero no pudo sacarle otras palabras que las que decía más fuera de sí que el borracho mismo: Yo le haré cortar al atrevido las manos. No se dió por vencido el misionero, y volvió á suplicarle por Dios que se sosegase y diese lugar á la razón, que soltase al indio, porque á no hacerlo todo se perdía. A esta última instancia prorrumpió aquel hombre impío y furioso y ciego, en este sacrílego disparate: Aunque me lo pidiera Jesucristo no lo soltara. Oyendo el misionero una blasfemia tan horrenda, no pudo ya contenerse, y encarándose con el gobernador le dijo: ¿Sabe usted lo que acaba de decir con esos sacrílegos labios? ¿Ha formado concepto de la impiísima cláusula que ha pronunciado? Jesucristo, Rey de reyes, Señor de señores, ¿no puede en este mismo instante arrojarle á los infiernos para que arda en ellos eternamente, por esa execrabilísima blasfemia? ¿Cree usted quién es Jesucristo? ¿No es su Dios, su Criador, su Redentor, su Juez? Sepa que me he escandalizado con su dicho sacrílego, y no sólo á mí, sino también á los indios que la han oído y entienden muchos la lengua castellana. ¡Oh, Santo Dios, y qué juicio harán estos pobres de nuestra santa fe, viendo que un español, un cristiano viejo, y un gobernador que representa á nuestro piísimo y católico monarca, dice que no haría lo que le pidiese Jesucristo, nuestro Señor, que es omnipotente, y que si le mandase Jesucristo algo y no lo hiciese, le puede quitar la vida en un momento y arrojarlo á los infiernos! Pues sepa usted, y pongo á todos por testigos, si no suelta al indio y le pone de un pie, que yo no quiero que se pierda por su terquedad injusta el pueblo de su majestad católica, y que en tan apretadas circunstancias yo mismo sacaré del cepo la cabeza del indio y daré razón donde convenga bien, cierto y seguro de ser oído en tan justa causa.

¡Quién creyera que á tan terrible sermón no se ablandase y humillase el corazón de aquel hombre! Mas el vino de la dignidad se le había subido á la cabeza y trastornado el juicio. Acabada la plática se metió furioso y bramando en su aposento, cerrando de golpe la puerta con asombro de todos. Consoló á la gente medio amotinada el misionero, pidiéndola por amor de Dios que no hiciese movimiento alguno, porque era gobernador y estaba bravo, y que le hablaría después y todo se compon-

dría. Visitó al preso y le animó diciendo: No temas hijo mío, ten paciencia y estate quieto, yo hablaré otra vez al gobernador pasada la cólera, y saldrás de ese trabajo. Como no pedía dilación el remedio, volvió el padre al gobernador, que después de algún tiempo y con mucha dificultad abrió la puerta y dió asiento al misionero diciendo: Es desvergüenza que me pierdan el respeto estos bárbaros. Créame usted, le dijo el padre, créame usted como á experimentado, señor gobernador. Lo hecho, hecho se está. La gente está alborotada, su vida de usted peligra mucho. Una noche da mucho de sí; tienen tiempo y no les falta maña para ejecutar lo que quieren. Lo que conviene es que vamos juntos al cepo. Usted con palabras graves afrenta el delito al indio, que está ya en su acuerdo, y yo suplicaré por la Virgen que se le haga la gracia de sacarle la cabeza, quedando asegurado del pie hasta la mañana, en que se suelte para que vaya á su trabajo, pues hace falta para la familia. Quiso Dios que condescendiese, aunque con repugnancia, el gobernador. Hízose como á las nueve de la noche lo que debía haberse hecho desde los principios, y todos se retiraron.

«Sabe Dios, dice el misionero, cuánto tuve que hacer en esta noche para que los Mayorunas no matasen al gobernador y se escapasen al monte.» Logró, finalmente, el sosegarlos; pero el gobernador, que había estado en tanto peligro sin saber quién le había librado, por satisfacer á su genio cruel se levantó muy de mañana, y antes de soltar al indio le dió una zurra tan desapiadada y descomunal, que, aunque el padre se levantó muy de priesa al sonido de los golpes y de los ayes de aquel miserable, le halló ya hecho una llaga; y al verle que venía apresurado, el fiero gobernador se le entregó diciendo: «Ya está V. R. servido.» No hay para qué ponderar el dolor y sentimiento del misionero al ver aquel triste espectáculo y al oir el endiablado sarcasmo con que se lo entregaba. Ofrecióselo á Dios con las demás penas y trabajos con que le regalaba por medio del gobernador. Curó como pudo los terribles golpes de los azotes, consoló al indio y le pidió por amor de Dios que no se huyese, porque él mismo había salido por fiador.

Permaneció el indio en el pueblo por respeto al misionero, mas en otro lance semejante en que metió á otro en el cepo el señor gobernador contra el dictamen del padre, no sólo escapó el preso, roto el cepo, sino que le siguieron 44 personas. Fué providencia de Dios que lo hicieran de noche y con silencio, porque á entenderlo los demás se hubieran huido todos del pueblo, dejando solo al gobernador mandando á las paredes. Con la huida de tantos no dejó de abrir los ojos, dando la razón al padre y conviniendo en que era necesario seguir el sistema de blandura y suavidad. Tomó muy á pechos deshacer el entuerto, y para esto llamó á un sargento llamado Xavier, proponiéndole un buen regalo si lograba traerle la gente del monte. Era el sargento un indio muy ladino; conocía al gobernador muy bien y no le entraba. Haciendo, pues, del celoso, lo prometió todo, y saliendo con toda su familia, en vez de traer á los reti-

rados ó persuadirles la vuelta, se quedó con ellos sin ánimo de volver al pueblo mientras en él estuviese semejante fiera. Sintió éste altamente la burla del sargento, y vino luego con la queja al misionero, que le respondió: «Si usted no me cree, todo irá en ruina sin remedio. Ahora tenemos estos menos; paciencia, y disimule. Yo espero que los recogeré fácilmente, pero no vendrán estando usted en el pueblo mientras no vean otra cara, otra conducta, más humanidad y más cariño.» En efecto; pasados dos mes sin que pudiese rastrear el gobernador dónde se hallaban, el misionero, con la palabra que les dió de tratarlos con amor y cariño, les envió un recado á Ucayale, donde estaban haciendo canoas, diciéndoles que bastaba ya de vacaciones, que viniesen de noche á su casa y no temiesen al gobernador, que les trataría con cariño. Vinieron con el salvoconducto del padre, y éste les presentó al juez, á quien pidieron perdón de rodillas, excusándose de su tardanza por el miedo de los azotes.

Otras pesadumbres tuvo que aguantar el misionero y en materia más delicada del gobernador, porque era poco honesto y nada recatado dando á los indios bien mal ejemplo en el trato con mujeres. Sentía vivamente el padre el escándalo en persona de tanta autoridad, y apenas tenía otro remedio ni le quedaba otra esperanza que el encomendarlo á Dios. Sin embargo, procuró casar casi todas las niñas que tenían edad, para quitar ocasiones y peligros, y fué la providencia bastantemente oportuna para que no se oyesen por algún tiempo escándalos en el pueblo. Pero no se pudo encubrir todo, aunque el gobernador tiraba á ocultarlo con dos pretextos que le sugería el enemigo, el uno, de aprender de las Omaguas como más bien habladas, su propia lengua, y el otro, de que cocinasen las mozas en su casa, porque las viejas, como decía, no sabían cosa. No se le ocultaba cosa ninguna de cuanto hacía, al misionero, y como en una ocasión diese un castigo ligero á una india no de muy buena fama, afeándola en general el vicio sin decirle palabra en particular, se acabó el gobernador de precipitar en su enojo. No podía caer en cuenta de quién avisaba al padre de cuanto sucedía en su casa, y le vino al pensamiento que un granadero portugués llamado Albres, que había servido mucho en las misiones y vivía en casa del padre, era el delator de sus desórdenes, cuando tenía el misionero tantos espías como indios y muchachos se contaban en el pueblo.

Arrebatado de este juicio temerario, hizo llamar al soldado que, obedeciendo puntualmente, entró en el aposento del gobernador. Estaba éste con otros de su palo, y luego que le vió dentro, cerró de pronto la puerta, y poniendo dos pistolas al pecho del granadero, le dijo: ¿Usted avisó al padre que fulana estuvo de noche en mi cuarto sola? Dígame la verdad, que si no, mire que aquí le mato. Máteme usted, respondió el valeroso portugués, sin retirar el pecho, que yo no aviso tales cosas. No pudo sacarle otras palabras por más que le amenazaba, pero por no dejar de saciarse en la sangre del inocente, toma un azote en la mano, y

por cara, cabeza, cuello, manos, piernas y cuerpo, le dejó lleno de llagas. Aguantó la terrible descarga el valiente portugués, sin prorrumpir en un ay, y sin la menor resistencia en tan horrorosa carnicería, hasta que satisfecho de sangre, quiso dejarle aquel juez inhumano. Vino el granadero al misionero y se le mostró diciendo: Mire, P. Manuel, lo que ha hecho conmigo ese loco. Por V. R. no lo he dejado muerto. Parecióme cordura aguantar y sufrir á un hombre ciego. Alabó el padre su paciencia, admiró la grandeza de su corazón y le exhortó á que ofreciese al Señor sus penas en memoria de su santisima Pasión, y que no pensase en venganzas. El buen granadero quedó tal, que fueron necesarios muchos días para la cura de tantas llagas, en que descubrió su juicio y su mucha caridad.

Finalmente, después de tantas opresiones, vejaciones y crueldades, fué S. M. servido que al fin del año 1760 llegase á San Joaquín la alegre noticia de que venía á la misión por nuevo gobernador interino D. Antonio de Mena, caballero de Quito, y que habiendo ya señalado teniente, lo enviaba delante á Omaguas con el título correspondiente. Fué grande el alboroto y conturbación del gobernador antiguo, que no esperaba tan presto sucesor, y aun no quiso recibir al teniente hasta que fué recibido en Borja el gobernador nuevo, cuando todos sabían que al entrar él mismo por el Napo, empezó á ejercitar el empleo sin resistencia ni oposición ninguna. Jamás el ambicioso lleva á bien el que le midan con la medida que él mide á los demás. Es cosa dulce el mandar aunque no sea grande el señorío, y el humo del incienso que sube á la cabeza, no deja ver las más monstruosas contradicciones. Al fin, viéndose próximo á dejar el empleo, y no pudiendo resistir á fuerza superior, todo su empeño fué allegar géneros con que enriquecerse y regalar á sus amigos. Apretó á los indios para recoger cuanta cera pudieron. Hizo una diversión á Borja y á la Laguna, y amontonó lienzos pintados, pilches, venenos, sal, tabacos, azúcar, cacao y vainilla. Volviendo á San Joaquín, procuró salar y freir vacas marinas. Acabó muy aprisa, y, por consiguiente, mal la obra del ayuntamiento, con el designio de persuadir á los que nada sabían en Quito que había hecho un palacio para los demarcadores reales, que le tenía de coste ocho mil pesos, sin haberle costado un cuarto por ser toda ella obra de los sudores de los indios.

Hechas todas estas prevenciones, acomodó los géneros en una grande y hermosa canoa, que mandó hacer en los Xeveros, y dispuso para sí otra no tan grande con dos mitayeros que le sirviesen caza y pesca en el camino. Bajó al puerto acompañado del misionero y de todo lo más granado del pueblo, con marcha de tambores y todas las demás ceremonias sin omitir la más leve, porque los indios le hacían con mucho gusto el puente de plata, temiendo que se detuviese, como lo mostraban muy bien luego que le perdieron de vista, porque volvían dando saltos de contento de haber echado de sí aquella peste, y fué preciso que el padre les fuese á la mano y reprendiese, porque al fin había sido gobernador suyo, y re-

presentado la persona de su rey y señor. De la navegación del gobernador hasta las alturas del Napo, y del perdimiento de todos sus géneros con el trastorno de la canoa principal, de su pobreza y desamparo, de los informes calumniosos contra los misioneros, y de los esfuerzos que hizo en poner tributos á los pobres indios, diremos en el capítulo XIII del libro XI, donde trataremos de esta materia. Bastan por ahora y sobran acaso las crueldades y desórdenes que hemos referido en estos dos capítulos. Dichoso él si las desgracias le dieron entendimiento y llegó á conocer, como diremos á su tiempo, su errada conducta retractándose en el modo que pudo de las calumnias que levantó contra los padres.

CAPITULO XI

FORMAN LOS TICUNAS EL PUEBLO DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO

En los dos años y medio que duró el gobierno referido en los anteriores capítulos, no fué poco mantener los indios de San Joaquín con sólo el menoscabo de los nuevos Mayorunas, que escaparon al monte; pero quiso el Señor que se aumentase la misión en otras partes, no sólo con el número de más gente en las reducciones, sino también con la fundación de nuevos pueblos. Uno fué Nuestra Señora de Loreto de los Ticunas. Bien conocida era años antes en la misión la nación Ticuna. Los Pevas, que con corta diferencia de dialecto hablaban la misma lengua y se consideraban de una misma nación con ellos, mantuvieron seguida la comunicación y amistad que tenían con los Ticunas en los montes antes de formar el pueblo de San Ignacio. Es verdad que tardaron en descubrir al misionero la amistad y el enlace, y cuando lo manifestaron sólo se explicaron en términos que hicieron pensar al padre que aquellos sus parientes y conocidos eran los mismos Ticunas que empezaban á juntarse en el pueblo de San Pedro de los portugueses. Y como no ignoraban nuestros misioneros el aprecio que esta nación hacía de los portugueses y las veras con que procuraban tirarlos para sí con todos los medios, hasta valerse de la fuerza y del rigor, tuvieron por grande inconveniente el empeñarse en atraerlos á San Ignacio hasta que variaron las circunstancias. De este modo pudieron evitar las discordias y disensiones que se tenían con los reverendos padres carmelitas, á cuyo cargo estaba el pueblo de San Pablo en los dominios de Portugal.

No hubieran pensado los nuestros en tomar á su cargo la reducción de los Ticunas, si ellos por sí mismos no se hubieran en cierta manera entregado. Hicieron varios convites aquellos padres carmelitas á una numerosa parcialidad de Ticunas, que se hallaba en un riachuelo llamado Chiquita, no muy lejos de su mismo pueblo de San Pablo. Enviaron al principio sus recados con buena manera y acompañados con varios donecillos para que hiciesen más fuerza. Pero no les hacía ninguna

á los Ticunas, que estaban bien informados del trato duro de los portugueses y tenían por mejor vivir en los bosques á su modo, que como esclavos entre los portugueses. Es verdad que no descubrían á éstos el motivo verdadero de su detención, y por consiguiente, siempre quedaban con las esperanzas de recogerlos. Mas como después de tantos convites no se daban efectivamente por entendidos los Ticunas, les enviaron otra embajada acompañada de amenazas, intimándoles que les sacarían y llevarían por fuerza si no querían ir ellos mismos de grado. En esta ocasión descubrieron los gentiles la causa verdadera de su resistencia, y por no quedar expuestos á la dureza que experimentaban sus parientes en San Pablo, se determinaron á subir á San Ignacio, donde sabían que los misioneros tenían otro gobierno más suave y benigno y que trataban á los indios como á hijos. Tomada esta resolución, tuvieron modo de hablar con el cacique de los Pevas, Zanchique, á quien dieron cuenta de lo que les pasaba con los portugueses, y pidieron que se tuviese á bien que se agregasen al pueblo de San Ignacio. El cacique, que era advertido, les expuso los inconvenientes que habían detenido á los padres hasta entonces; pero ellos respondían que estaban resueltos á venir á todo trance, y que siendo y habiendo nacido libres, se entregaban voluntariamente por vasallos del rey de España, bajo de cuya protección se ponían; y que si el misionero se detenía en recibirlos, irían al superior de las misiones y al teniente de Borja para que los amparasen. No esperaron más respuesta, y volviendo á sus tierras intimaron á todos la salida para determinado tiempo.

Hallábase á la sazón misionero de San Ignacio el P. María Franciscis, que, como persona capaz de discernir las circunstancias, no pudo menos de hacerse cargo de las que ocurrían ventajosas á nuestra misión. Oyó con agrado al cacique Peva, y vista la resolución que habían tomado de suyo los Ticunas, determinó que el mismo cacique de quien se había fiado, con otro indio ladino, fuesen á visitarlos á sus tierras y les avisasen de que los admitirían en su pueblo. Ejecutaron los Pevas la comisión con fidelidad y celo, y volvieron acompañados de un número más que mediano de Ticunas. El particular agrado que mostró el misionero prendó á los huéspedes y llenó de gozo á todos ellos; repartidos por las casas más capaces de mantenerlos, y encargando á los dueños el buen trato, les proveyó de herramientas necesarias para que dispusiesen campos en que sembrasen plátanos, yucas, maíz, frutas indispensables para el sólido restablecimiento. Este fué el principio de la reducción de los Ticunas, de los cuales varios vivieron años antes en el pueblo de San Ignacio muy unidos con los Pevas.

Pero poco después de haberse agregado á la nación Peva esta parcialidad de Ticunas, acertó á pasar por este pueblo fray Juan de San Jerónimo, carmelita, de vuelta de una visita que hizo al misionero de Omaguas; reparó en los nuevos Ticunas, é informándose por medio de los indios que consigo llevaba de los sitios de donde habían salido, enten-

dió que eran los mismos que había querido él tirar á San Pablo. Supo más; que en aquella cercanía había otra parcialidad de Ticunas, y no corta, dispuesta ya á subir para juntarse con los Pevas. Valióse de la noticia, y haciendo provisión con disimulo y con diverso pretexto, se enderezó como á sitio conocido á la quebrada Chiquita. A los dos días de viaje tomó puerto, y quedando con unos pocos en su barco, envió á la demás gente con armas de fuego para que diese un asalto á la parcialidad que restaba, amarrasen á los hombres y mujeres y trajesen á sí mismo á las mujeres y niños. Como el asalto fué repentino, lograron fácilmente coger á la gente de las casas más cercanas, y hubieran hecho tiro seguro en las otras á no haber dado aviso en ellas un Ticuna que pudo escaparse de las primeras. No bien le tuvieron, cuando luego de noche se ausentaron, y atravesando montes tomaron por Tacuarí el rumbo de San Ignacio, á donde llegaron hambrientos, estropeados y medio muertos, teniéndose por menos infelices ó por mejor librados que sus parientes desdichados caidos en manos de portugueses, cuyo nombre aborrecian como la misma muerte. De tiempo en tiempo se fueron después agregando varias familias y llegaron á formar un barrio aparte en el pueblo de San Ignacio, en donde se mantuvieron hasta el año presente de 1760.

Varias veces propusieron los Ticunas, durante su residencia en este pueblo, las ganas y deseos que tenían de formar un pueblo aparte, asegurando al misionero Vahamonde que le formarían aún mayor que aquel en que vivían, con los demás de la nación que se hallaban esparcidos por los montes. Deteníalos el padre con varios pretextos, especialmente con el peligro de que separándose del pueblo se ponían á ser asaltados, cogidos y llevados de los portugueses. Pero la idea verdadera del misionero era más alta, más oculta y más ventajosa á los Ticunas, que no estaban todavía en estado de comprender su utilidad é importancia. Quería con la detención acostumbrarlos á vivir en sujeción, y á que se hiciesen á las prácticas del gobierno político cristiano, que se establece en los pueblos con mucha dificultad cuando la gente es nueva, y se entabla con mucha suavidad cuando se trasplanta de un pueblo bien formado.

Sucedió puntualmente lo que había pensado el misionero; que cuando le pareció que ya estaban los Ticunas más que medianamente impuestos y acostumbrados á los estilos de la misión, dió parte al superior, exponiéndole sus repetidas instancias, la detención de que había usado, el estado en que se hallaban, y el designio de formar un pueblo aparte con la esperanza de que iría creciendo con la providencia de la separación de las demás naciones. Enterado el superior de las circunstancias después de un maduro examen, dió su consentimiento y se empezó á formar el pueblo de los Ticunas con la advocación de Nuestra Señora de Loreto, al lado de Tucutí y más arriba de Chente, ríos, á lo que pienso, de no mucha consideración en aquellas tierras. Llegó á ser en poquísimo tiempo un pueblo muy lucido, sin que costase dificultad reducir la gente á los

establecimientos de la misión, sirviendo de levadura los indios criados con los cristianos. Vióse aquí más claramente que en otros pueblos, cuánta es la ventaja de empezar una reducción con gente ya domesticada, y lo que conduce el buen ejemplo de los antiguos, para traer, enderezar y dar nueva forma y perseverancia á los nuevos. Pues fué siempre creciendo la reducción en número, y perfeccionándose en cristiandad y policía.

CAPITULO XII

DE OTRAS ENTRADAS DE LOS MISIONEROS Á NUEVAS TIERRAS, Y DE LA FUNDACIÓN DE NUEVOS PUEBLOS

Trabajaba el P. Yensque por el río Nanai con un hermano coadjutor llamado Pedro Choneman, y estaba á cargo de estos operarios la conversión y cristiandad de los Iquitos. Hizo en este tiempo el padre una entrada por los montes y trajo consigo al pueblo de Santa María ciento cinco almas con que se aumentó la reducción. Otra hizo el hermano llegado recientemente de San Xavier de Urarinas, de quien había cuidado, y dió un aumento considerable al pueblo de Santa Bárbara, donde residía. Era el hermano Pedro un varón de mucho espíritu y de grande prudencia, despreciador de los peligros y en una salud nada robusta un operario infatigable. Se había ensayado para el ministerio de misionero en Holanda, su patria, donde había quedado cuidando de los católicos en tiempo que fueron echados los sacerdotes de aquellas provincias. Sirvió mucho á mantener la cristiandad de los Iquitos un hermano de tanta práctica y virtud, y como de todos cuidaba con singular agrado y sabía hacerse admirablemente todo á todos, era muy amado de la nación Iquita y trabajó en ella con gran fruto hasta el tiempo del arresto de sus hermanos.

Por ahora sirvieron como de barrera para el buen establecimiento de estos pueblos, los muchos peligros de aguas y de tierra que se habían experimentado siempre por el río Nanai. Porque el gobernador, que tanto afligió á los demás pueblos y tuvo tantos disturbios con los demás misioneros, no se atrevió á penetrar por las tierras de los Iquitos y dejó trabajar á sus misioneros con toda la extensión y libertad de su celo. Así convierte y endereza el Señor los que nosotros tenemos por males y por peligros en bien de aquellos que es servido de llamar, escoger y atraer por su misericordia. Pues en lo peligroso del rio Nanai, en lo arriesgado de la entrada, estuvo la seguridad de los Iquitos que hubieran sin duda escapado á sus montes con oler sólo la prepotencia del gobernador.

No fué tan feliz una entrada que intentó el P. Plendendonfer, misionero de los Xeveros, en busca de gentiles. No pudiendo asistir á la entrada por sí mismo, envió un blanco con algunos indios á ciertos montes donde no ignoraba hallarse un buen golpe de gente. Después de algunas

dificultades y trabajos encontraron los enviados 15 casas; pero el poco orden que observaron en la entrada fué ocasión del corto fruto de la entrada, porque los indios cristianos acometiendo desde luego á los infieles, mataron á uno é hirieron á otro, y los demás huyeron de manera que sólo trajeron al pueblo 19 personas entre mujeres y niños. Sintió mucho el padre esta desgracia, y avisado el gobernador del exceso azotó y desterró á la ciudad de Borja por seis años á 12 cristianos que se hallaron culpados.

Harto mejor le salieron al P. Joaquín Hedel, que cuidaba de los Chayavitas las entradas que hizo en busca de indios Mainas. Tuvo la desgracia esta nación de haber sido aplicada desde los principios por encomienda á los primeros fundadores de la ciudad de Borja, como conquistadores que se decían de los Mainas. Continuóse la gracia en sus herederos y sucesores, hasta una Cédula Real de Fernando VI, que dió por fenecido el derecho de los vasallos, y aplicó á la Corona Real las encomiendas que hubiesen pasado de dos vidas. En todo este tiempo nunca permitieron los de Borja á los misioneros la reducción de Mainas, creyendo que tanto se les quitaba de su derecho cuanto adelantasen los padres en esta nación. Por esta causa no pensaron éstos conveniente emprender esta conquista sin alguna provisión real, que siempre procuraron embarazar los borjeños.

Llegó, finalmente, á la América la Real Cédula de D. Fernando hacia el año de 58, y luego se intentó por medio del procurador de la misión un despacho de la Real Audiencia, que autorizase á los misioneros para la reducción de los Mainas como de las demás naciones del Marañón. Acordado el despacho de su Alteza, se pensó luego en la ejecución. El misionero de Chayavitas, como más cercano á los Mainas, envió alguna gente de su pueblo con un viracocha, convidándoles á juntarse en un pueblo. No tuvo esta primera diligencia otro efecto que sacar 21 personas de la laguna Rimachuma. Pareció conveniente ponerlas por algún tiempo con los Chayavitas para que se hiciesen al modo de la misión y se enterasen de sus estilos. Volvió el mismo misionero á hacer otra entrada con 130 indios y pudo ganar dos caciques Mainas, que estaban á las orillas del río Rimachuma, que desagua en Pastaza, y les animó á que se redujesen á población. Vinieron en ello los caciques, y por Octubre de 59 formaron un nuevo pueblo de Mainas con la advocación de San Juan Evangelista, poco más abajo del brazo de Rimachuma en Pastaza.

Aún en el pueblo de San Joaquín pensaron los Omaguas, en nuevas entradas al monte, luego que tuvieron ocasión de ejecutarlas. Comenzó á respirar esta reducción después de la ida del gobernador antiguo y se iba reparando bajo la protección del que había de venir de Quito. Volvióse á entablar la doctrina en la misma forma que antes, se renovaron todas las prácticas de la misión que habían tenido sus quiebras con el sobrehueso que habían aguantado por más de dos años. Los indios atendían á sus campos, sembraban sus semillas y cultivaban con empeño las

heredades comunes y particulares; pero no pudieron evitar una carestía que se siguió á una grande creciente del Marañón que lo anegó todo. Llegó á tanto el hambre y la miseria, que ni el padre tenía para sustentarse. Mas al fin salieron con mucha dificultad del año con platanitos tiernos y cogollitos de palmas y con algunos socorros que enviaban los misioneros de San Regis y de San Pablo de Napeanos. Al hambre siguió, como era regular, la epidemia de catarros y de calenturas; pero quiso el Señor que la mayor parte de los adultos sanase con el remedio allí usado de aguardiente de azúcar y sudores de pimienta. De los niños se llevó para sí Su Majestad la mayor parte y fué servido de que cesase la aflicción en el año de 61.

Tenían ya á la sazón los Omaguas abundancia de víveres y empezaron á hacer sus entradas por los montes, arreglándose en todo á las órdenes del misionero: en una de ellas se endezaron al río Mara y pudieron lograr, á diligencias de un cacique del pueblo llamado Navacia, un buen golpe de gente lucida y bastantemente blanca, que trajeron consigo. Bautizados los niños, los distribuyó el padre á todos por las casas de los que les habían ganado, para que con la comunicación y trato de los que habían conocido en el camino, se fueran desbastando con más suavidad, aprendiendo la lengua y haciéndose al trabajo. En otra que hicieron hacia la quebrada Cuchiquina, vinieron al pueblo 80 Mayorunas á persuasión de un buen viejo por nombre Cosme, el cual gozaba del privilegio de cacique en San Joaquín. Es creible que muchos de éstos fueran aquellos Mayorunas que habían escapado en tiempo del gobernador antecedente, como dijimos en los años de 58.

Muchas fueron las tentativas de los misioneros para conquistar á los Mayorunas como en cuerpo de nación y formar de ellas un pueblo aparte, porque fué tenida siempre la nación por numerosa; pero ningún medio de los que practicaron con otras naciones fué bastante para lograr su reducción, hasta estos últimos años en que se formaron en un pueblo, bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen. Su innata propensión á vaguear como gitanos sin domicilio por las vastas tierras y bosques que empiezan desde Guallága hasta Yavari, corriendo los montes que atraviesan Ucayale y Tapisci, su pereza más que ordinaria y común á otras naciones, la aversión al trabajo aun del todo necesario para mantenerse convenientemente, hace como genial á los Mayorunas la inclinación de mantenerse de raices y frutas silvestres. Un corto espacio de tierra algo alta, ó que no sea anegadiza, como admita dos ó tres y cuando más cuatro casas, es preferido para su establecimiento á otros terrenos más extendidos de tierra firme. Sólo miran á que en sus contornos haya lodazales que abunden de palmas, de cuyos frutos saben aprovecharse con rara industria. En lo demás se contentan con sembrar un poco de maíz y algunos plátanos de que poder echar mano cuando las inundaciones les impiden el vaguear por montes y selvas, que viene á ser su ordinario ejercicio.

Cuatro días ó cinco más arriba del sitio que ocupa el pueblo de Guallaga, se hizo en tiempo del P. Raimundo de Santa Cruz un pueblo bien numeroso de Barbudos ó Mayorunas, y tuvo la advocación de San Ignacio. No nos queda memoria del modo con que se deshizo, ni del tiempo en que se acabó. Sólo sabemos, que nunca después pudo restablecerse en aquel río. De tiempo en tiempo se empezaron otros de la misma nación, y todos en el partido de la misión baja del Marañón. Algunos parecían tomar buena forma, pero todos se deshicieron como el primero.

Con estas experiencias pensaron los misioneros probar otro medio. Este fué el de procurar agregarlos á otros pueblos, como fueron efectivamente juntando unas familias á unos, otras á otros. Tenían mucho cuidado en que fuesen tratados con especial cariño, excusando todo rigor, aspereza ó dominio, porque al menor amago se tenía por cierto que escaparían á sus montes. Procurábase con todo empeño asistirles con abundancia de alimentos que fuesen atractivos para la perseverancia. En ningún otro pueblo tuvo mejor efecto esta industria como en el de los Omaguas. La abundancia de peces, de caza y de otros socorros que hallaban siempre los Mayorunas en casa de sus huéspedes, y la liberalidad que experimentaban constantemente en los Omaguas, hizo que les agradase más la quietud de las reducciones que aquel continuo vaguear á que les precisaba la necesidad de buscar con qué sustentarse; y como ésta era repugnante á su pereza, se iban acomodando al sosiego ventajoso y vida social y fueron perdiendo poco á poco el amor á las selvas y la inclinación de andar corriendo de monte en monte.

Encariñados ya mutuamente los nuevos Mayorunas con los Omaguas, lograron éstos tener en sus casas compañeros para sus menesteres. Las mujeres Omaguas, por genio aplicadas y laboriosas, empezaron á ayudarse de las niñas Mayorunas, que, dóciles por la edad tierna, y acariciadas como á hijas, las acompañaban sin violencia. Lo mismo practicaban los Omaguas con los chicos Mayorunas, llevándolos en las canoas al lado de sus mismos hijos, y el mismo ver que estos muchachos tiernos manejaban el remo con destreza y apuntaban sin errar el tiro con la estolica, despertaba en los Mayorunas el deseo de imitar á sus amigos y compañeros, que, dejando el remo de la mano, le cogían luego los niños por querer aprender y no ser menos, porfiando tal vez sobre quién había de manejarla ó disparar la estolica.

De esta manera, sin pasar de juego ó de ensayo, esta diversión de los niños era como una escuela disimulada en que aprendían los chicos Mayorunas lo que había de servirles para vivir y sustentarse de por vida. En lo cual andaban con mucha cautela y prudencia los Omaguas, como gente capaz y despierta y muy bien instruida del misionero, porque antes que los Mayorunas llegasen á experimentar fastidio en el ejercicio que tomaban, les mandaban dejarlo para que se hiciesen con más suavidad al trabajo. Con esta industria se hallaron á poco tiempo los Omaguas con sirvientes voluntarios que, bien hallados con el socorro de co-

mida, bebida y vestuario, y prendados del tratamiento que usaban con ellos, igual al de sus hijos, sentían que se les dijese por medio de amenaza que les echarían de casa.

De aquí resultó que se pensase ya en estrechar y enlazar las dos naciones con casamientos, en utilidad de unos y de otros. Los padres de algunas muchachas Omaguas, que vieron ya diestros los Mayorunas en el manejo de las canoas, prácticos en el uso de la estolica para cazar y pescar y hechos á su modo de trabajo, tuvieron por más acertado el asegurarlos en casa como á hijos casándolos con sus hijas, que el exponerse á verse privados de ellos después de haberlos criado y de perder el buen servicio, que redundaba en utilidad propia. Añadíase que después de casados conservarían, si no toda aquella atención y miramiento que tenían antes á sus hijas, á lo menos tan buena correspondencia que no las maltratarían. Propusieron el designio á sus hijas, las cuales vinieron en ello sin dificultad, porque el haberse criado juntos hacía que les mirasen más como á hermanos que como á extraños. A todos estuvo bien el proyecto, y al pueblo se siguió el bien de quedar establemente aumentado.

Con las niñas Mayorunas se tomó otro medio. Había en la nación Yamea notable falta de mujeres para casar á los mocitos de la nación, y aunque algunos casaban con las Omaguas, restaban varios sin esperanzas de casarse. Estos admitieron de buena gana el tomar por esposas á las Mayorunas. Los pocos que quedaron en esta nación sin acomodarse con los Omaguas ó con los Yameos, se casaron entre síy vivían como los demás del pueblo. Arraigados así los Mayorunas procuraban traer al pueblo otros de sus paisanos y parientes que se les fueron juntando, hasta formar en San Joaquín barrio aparte con su capitán, alcalde, regidor y fiscal.

Esta fué la suerte de la nación Mayoruna hasta los años de 1762, en que se pensó tirar otro golpe de gente de la misma nación que se descubrió no lejos de San Ignacio de Pevas. Pero cuando en San Joaquín se tomaban las medidas para la expedición, se adelantó á hablarles el misionero de Pevas, y hallándolos en buena disposición, creyéndolos bastantes para formar por sí mismos pueblo aparte, les convidó á que lo hiciesen. Ofreciéronse gustosos, y señalando un sitio acomodado en las cercanías de sus mismas tierras, empezaron con alegría el desmonte y se establecieron convenientemente, continuando en este mismo sitio hasta el año de 1768, en que les dejaron los misioneros obligados á salir de aquellas tierras. Tuvo el pueblo de Mayorunas la advocación de Nuestra Señora del Carmen y estaba poco más arriba del de Loreto de los Ticunas, á la salida de una ensenada bien conocida con el nombre de Camuscirri.

CAPITULO XIII

QUIEBRAS DE LA MISIÓN ALTA DEL MARAÑÓN CON OCASIÓN DE LAS VIRUELAS

Bien eran necesarias las entradas á los montes en busca de gentiles para mantener á los pueblos en número competente de almas, atendidas las muchas enfermedades que cundieron por la misión en estos últimos años. Porque apenas se fundaron los dos nuevos pueblos que dijimos en el capítulo antecedente de Mainas y de Mayorunas, se agregaron á los demás los nuevos indios montaraces sacados de sus bosques, cuando en casi toda la misión empezaron unos catarros de tan mala calidad que en pocos días acababan con los indios, siendo más notable el estrago en los más nuevos que no estaban hechos á vivir en tierras limpias y despejadas. Es verdad que contribuían mucho á hacer mortal la enfermedad que corría los muchos disparates de los indios, como el de bañarse con calentura y otros semejantes. Pero al fin sacó el Señor de este trabajo casi universal muchos predestinados, no sólo en los niños que volaban al cielo con el santo bautismo y suelen ser muchos en estas epidemias, pero en los grandes que morían bautizados y por lo común bien dispuestos. Este fruto tan visible consolaba á los misioneros y les aliviaba en las fatigas y trabajos que se les doblaban en estas ocasiones en que debían andar en continuo movimiento por casas, chozas y montes en busca de los enfermos para cuidar de sus almas y de sus cuerpos.

A los catarros siguieron en la misión alta las viruelas, cuyo contagio hizo mucho más estrago que la epidemia que había precedido. Entraron las viruelas en la ciudad de Borja con algunos que vinieron de Lamas y Moyobamba, en donde habían comenzado. Murieron en Borja hasta 100 personas, número bien considerable, atendida la corta población de la ciudad. Los indios Mainas de San Ignacio evitaron el contagio refugiándose á su ordinario asilo de Pucabarranca. Pasó la peste de Borja á Santiago de la Laguna, donde murieron más de 200 Panos y Cocamillas. Fué providencia particular del Señor, que se hallasen como por particular casualidad en pueblo tan numeroso, otros dos sacerdotes con el P. Adán Vidman, misionero ordinario de la reducción, pues era imposible el que un solo padre atendiese á tanta gente en tantas necesidades y miserias. Salieron en esta ocasión mejor librados que los demás de Santiago, 200 Cocamas, los cuales, viendo el peligro, se resolvieron á pasar á la misión baja, y hecha la cuarentena en el río Ucayale, les recibió con mucha caridad el misionero de San Joaquín, y aquí estuvieron cerca de un año hospedados en las casas de los Omaguas, sin que faltase uno de ellos ó se pegase la enfermedad á los huéspedes. Parece que quiso el Señor bendecir y premiar la caridad de los Omaguas, y su generosidad en despre-

ciar los temores de que se les pegase la peste, y aun acaso en atención á esta su benevolencia y humanidad con los extraños les inspiró el pensamiento de que hablaremos después.

En las tierras de los Yurimaguas, que, escapando de los portugueses al principio del siglo, se habían establecido finalmente (no he podido rastrear el año) casi en las fuentes del río Guallaga, fué tan furioso el estrago de las viruelas, que acabó con la mitad de la gente; y su misionero Leonardo Deubler, hombre de casi ochenta años, no sólo acudía con aplicación y diligencia á todas las necesidades, pero en tanta fatiga y trabajo, como se deja entender, parece que salió renovado. En la Concepción de los Xeveros, pueblo de 2.000 almas, murieron poquísimos por haberse retirado con tiempo dentro de los montes. No salieron menos bien librados los Chamicuros, por una industria bien particular de su misionero y superior de la misión, el P. Pedro Esquini. Viendo éste que el contagio de las viruelas era irremediable, se determinó como persona capaz y de experiencia á ingerir á los indios viruelas de buena calidad para evitar las que corrían de mala suerte. Logrólo con facilidad, y de esta manera libró á la mayor parte de la gente que había quedado en la reducción. Algunos pocos retirados á los montes, se volvieron sanos, pasado el contagio.

Causó mucha admiración en esta peste de viruelas la rara providencia del Señor con la misión baja, porque apoderadas las viruelas de la misión alta por un lado, y de los pueblos de Portugal por otro, no llegaron á entrar en ella, siendo como barrera el contagio por la parte de la misión alta, San Xavier de Urarinas, y por la parte de Portugal, San Ignacio de Pevas. Creció mucho más la admiración cuando se hizo alto sobre los muchísimos indios picados del contagio que se metieron en la misión baja, unos á escondidas y sin poder impedirlo los padres, y otros al descubierto y con su consentimiento, como vimos en los Cocamas. Todos atribuyeron esta gracia á San Francisco Xavier, porque luego que se supo el estrago de las viruelas en la misión alta, dieron los padres de la baja y sus indios en el pensamiento de escoger á San Francisco Xavier por protector en el trabajo que temían. Colocóse su estatua en el presbiterio de la iglesia de San Joaquín, cabeza del partido. Se hizo con toda la solemnidad posible la novena del Santo, se ofrecieron muchas misas, y duraron las plegarias y rogativas por seis meses en todos los pueblos.

En la misión del río Napo hubo también sus trabajos, no sólo por haberse huido un gran golpe de gente nueva á sus antiguos escondrijos, sino por haber cundido la epidemia hasta lo más alto del río. Murieron del mal muchos Encabellados, y no perdonando á los misioneros se vieron precisados á bajar al Marañón, quedando sólo el P. Niclus cuidando del partido. No faltó tampoco contratiempo á los Payaguas, poblados en lo bajo del mismo río, porque el P. Saltos, misionero de esta nación, temiendo ser muerto de un ladino que andaba en busca de ocasión oportuna para quitarle la vida, le previno, asegurándole por medio de su

mozo llamado Ponce, y metiéndole en una canoa vinieron los tres juntos á San Ignacio de Pevas, en donde se le podía sujetar sin ofensión de los Payaguas. Sintió mucho esta prisión el vicesuperior de Omaguas, temiendo ya desde este lance la huida de los Payaguas. Envió orden á San Ignacio para que luego soltasen al indio y le regalasen, creyendo ser éste el medio más oportuno para ganarle, y él mismo bajó en persona al sitio de los Payaguas con tanta apresuración, que caminó noche y día para detenerlos si no hubiesen huido, ó volverlos al pueblo si hubiesen escapado. Llegó al pueblo después de cuatro días bien fatigado del viaje, y le halló desierto, sin poder tomar lengua de persona alguna sobre el destino de la gente. Pero tuvo por buena señal, que le daba esperanza cierta del regreso, el que no hubieran puesto fuego ni á la iglesia, ni á las casas, ni á las heredades. Así sucedió, como veremos; pero por ahora se contentó el padre con dejar colgados en una cruz grande algunas herramientas, en prueba y señal cierta de que serían recibidos de paz siempre que volviesen. No me atrevo á improbar la resolución del misionero de los Payaguas, como la encuentro referida en las memorias de aquel tiempo, porque, en suma, fué un acto de prudencia cristiana el prevenir un peligro que se pinta bastantemente próximo ó inminente. Pero considerando el sentimiento y resolución del vicesuperior más práctico de los indios que el nuevo misionero, sospecho que hubo en éste alguna mayor aprensión del peligro, que por no ser tan próximo se pudo evitar por medios más suaves.

CAPITULO XIV

RECIBIMIENTO DEL GOBERNADOR DON ANTONIO DE MENA, SU PORTE AJUSTADO Y PREPARACIONES PARA HOSPEDAR Á LOS DEMARCADORES REALES.

Antes de concluirse el año de 1762, llegó por vía de Jaén á Santiago de la Laguna el gobernador interino de la misión, D. Antonio de Mena, caballero de mucha cristiandad, como criado desde niño en toda piedad y virtud en el insigne seminario de San Luis en la ciudad de Quito. Sin detenerse en la Laguna pasó luego á San Joaquín, donde los indios le esperaban con ansia, por tener noticias bastantes de su liberalidad, benignidad y trato cariñoso, prendas bien diferentes de las que habían experimentado en su antecesor. Recibiéronle con todas las demostraciones de júbilo y alegría que cabían en aquellos países, con marcha, clarines, tambores y arcos triunfales curiosamente formados de variedad de palmas, que los hacían vistosos. Estaban los indios en el puerto formados en dos alas, cada nación con las armas de su uso. Luego que desembarcó el gobernador, le metieron en medio y ordenaron su marcha hacia la iglesia del pueblo. Iban los Omaguas y Yurimaguas con sus estolicas y fle-

chas, los Yameos y Masamaes con lanzas y rodelas, los Mayorunas con sus instrumentos de mazos y de macanas, y otras naciones de lo más bajo del Marañón con arco y flecha.

Precedía á toda la soldadesca el sargento mayor Omagua, y á éste seguía el alférez con una hermosa bandera de tafetán blanco y colorado bien entretejido, en cuyo centro estaba únicamente bordado el nombre de Jesús, la cual tremolaba frecuentemente con aire y gracia, haciendo sus acatamientos y reverencias al señor gobernador. Seguíanse después los cinco capitanes de las cinco naciones, caminando con gravedad con sus bastones de puño de plata y con cintas lucidas de seda. A los lados del gobernador y misionero iban los alcaldes de año con sus varas y seis fiscales de iglesia con sus insignias.

De esta manera acompañaron los indios á su gobernador hasta la iglesia, en donde dándole antes agua bendita con sobrepelliz y estola el padre que se había adelantado, hicieron todos oración, que se concluyó con el acostumbrado canto del Alabado, que entonó la gente con mucho gusto y alegría, dando á Su Majestad gracias por haber traído salvo al pueblo al gobernador que deseaban. Enternecido el Sr. Mena del candor y simplicidad de las gentes, y observando atentamente la iglesia, que era ciertamente capaz, hermosa y de linda proporción, y estaba adornada con bello gusto y simetría, no pudo contenerse sin exclamar, diciendo: «Bendito sea Dios, que en estos montes tiene casas que podían lucirlo en Quito.» Desde la iglesia prosiguió el mismo acompañamiento y en la misma forma hasta la nueva casa del Ayuntamiento que había fabricado tumultuariamente su antecesor. Mas no quiso D. Antonio parar allí, y vino con toda la compañía á la casa del misionero, en donde sabía tener vivienda sobrada para su persona y los demás que consigo traía. Aquí le saludaron y le dieron la bienvenida por su orden los blancos, los mandones y los indios, á que correspondió con mucho agrado el Sr. D. Antonio, por saber la lengua Inga, agradeciendo con cariño la atención que había experimentado y prometiendo deshacer con su buen porte, afabilidad y trato lo que les había intimidado el antecesor con su desdén, dureza y crueldad.

Cumplió muy bien su palabra el nuevo gobernador, pues en un año que se detuvo en el pueblo se portó con tanta edificación de los indios, que no vieron en él sino ejemplos de piedad, cortesía y de atención con todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres. Vivió siempre en la casa del misionero, dejando la suya para que el padre fuese testigo de todas sus acciones, inclinándose como por genio á conformarse con lo que encargan las leyes de la Recopilación. Siempre trató á los indios con gran afabilidad, sin dejar por eso de hacer justicia cuando lo pedía la razón, pero quería que intercediese el misionero para levantar la pena, si no era la falta muy notable, ó para mitigar el castigo cuando no se podía excusar. No mostró deseos de recoger géneros, ni se descubrió en él el menor asomo de apego ó de codicia; antes bien era muy franco y rega-

laba de sus cosas á los indios, que no sólo respiraban en este gobierno, sino que estaban contentísimos y le mostraban con mucha voluntad su agradecimiento y respeto. En las costumbres fué tenido de todos por irreprensible, y añadía muchos ejemplos que atraía á los demás. Confesaba y comulgaba á menudo. Hizo los ejercicios de San Ignacio con todo rigor en compañía de todos los suyos, teniendo en la iglesia tres horas de oración, en que estaba inmoble. Entre año fué siempre con la gente de su servicio á la iglesia tres veces cada día; por la mañana á oir la santa Misa, por la tarde á rezar á coros el rosario y por la noche al ejercicio del *Vía Crucis*.

Como en este tiempo se esperaban en el pueblo los demarcadores reales, con la asistencia del señor presidente de Quito ó de algún oidor en su lugar, y con intervención del padre provincial, que se había ofrecido á insinuación de S. M., el misionero, de acuerdo con el gobernador, procuraba dar las providencias necesarias para un hospedaje decoroso á personas de tanta calidad, según lo prometían las circunstancias del país. Dió más luz á la iglesia, aseóla con particular cuidado, alargó los pórticos para que en tiempos de lluvias se pudiesen hacer las procesiones sin molestia de las gentes. Compuso el puerto y terraplenó de arena muerta la plaza y calles, quitándole todas las desigualdades y no dando lugar á charcas y lodazales. Dióse otra forma y mejor proporción á algunas casas que afeaban las calles, con el designio de que todas ellas quedasen derechas, limpias y despejadas. Acudía á todas las maniobras con particular cuidado el señor gobernador, que se esmeró con especial empeño en hermosear la calle que llamaban del Rosario, asistiendo él mismo en persona á las faenas; y como era cortés y atento, llamaba á las indias *Doñas*, de que no dejaban de gustar, aunque al oir el término honorífico se reian mucho, en que mostraban ser sinceras, pero también hijas de Adán. Añadiéronse varios jardines á los muchos que había en el pueblo, de muy buenas frutas, y se plantó café, con muchos árboles frutales. Recogiéronse salados de todas clases de peces y se previnieron fritos de vacas marinas. Hallábanse en el pueblo grande cantidad de harina de yuca y de maíz, y para que no faltase nada de lo que se podía dar y conservar, aun con grande trabajo, en aquellas tierras, previnieron y cuidaban con mucha diligencia varios animales para el regalo de los huéspedes, como eran vacas, cabras, puercos y gallinas.

Mientras el gobernador y el misionero acudían á otras cosas, no se descuidaban los Omaguas en lo que era facultad suya peculiar de hacer canoas. Aunque tenía el común de la misión muchísimas canoas de su uso, y entre ellas cinco ó seis muy grandes y capaces, pero los Omaguas trabajaron otras muchas de diversos buques y todas de cedro, por tener la ventaja de que las crecientes del río les traían abundantemente de estas maderas exquisitas, sin que tuviesen el trabajo de cortarlas y transportarlas al pueblo. Animábanse á la construcción de canoas por la esperanza que tenían en los indios portugueses que vendrían con los

demarcadores por aquella corona. Porque sabían cuánto se aprecian las canoas de cedro en el Marañón portugués. Los Masamaes se empleaban en hacer fortificar y pulir cerbatanas ó bodoqueras; los Yameos prevenían lanzas y rodelas bien entretejidas é impenetrables; los Mayorunas adobaban sus venenos, prevenían olletas y componían sus canastillos. No estaban ociosas las mujeres, antes se aplicaban con calor á sus oficios con la esperanza de alguna ganancia. Las Omaguas tejían mantas y hacían loza vistosa; las Yurimaguas formaban pates para sus bebidas con pinturas y barnices de todos colores, y las Masamaes preparaban hamacas ó camas, en que sobresalían á las demás.

Todo el pueblo estaba en continuo movimiento y no respiraba otra cosa que alegría, gusto y contento, esperando con ansia á los señores comisarios y á los demarcadores de las dos coronas. Porque fuera de los regalos que se prometían de tan grandes señores, estaban los indios persuadidos á que resultarían grandes bienes á la misión del reconocimiento de los límites de España, que por su cuenta entraban hasta el río Yupura, 200 leguas más abajo de San Pablo de Portugal. Y á la verdad, esto era lo que pedía la línea divisoria, conforme á la cual debía ejecutarse la demarcación. Con esto creían los Omaguas españoles que podrían en adelante comunicar con franqueza con sus hermanos los Omaguas portugueses sin temor alguno de los blancos de Portugal, que tanto los habían hostigado. No dejó de entender el peligro el carmelita misionero de San Pablo, el cual, viendo las preparaciones que se hacían para las demarcaciones y conociendo hallarse su reducción en los términos de Castilla, mudó el pueblo al otro lado del Marañón, pensando escapar así con más facilidad de la jurisdicción de España. Reíanse nuestros indios de la mudanza, porque la línea y demarcación debía atravesar el río y les parecía inútil que el fraile ocupase más una banda que otra, cuando las dos igualmente tocaban á la corona de España.

CAPITULO XV

DESVANÉCESE EL PROYECTO DE LAS DEMARCACIONES.—NOTICIAS DE GUERRA CON PORTUGAL Y CONSULTA DE LOS MISIONEROS

Estando las cosas tan bien dispuestas para la demarcación deseada, prevenido el hospedaje para los comisarios, recogidas las provisiones necesarias, mejorado el pueblo, allanado el puerto é inquietos los ánimos de los indios porque no veían entrar por él los nobles huéspedes, que de día en día se esperaban, llegó la noticia de que el nuevo monarca de las Españas, Carlos III, que había sucedido poco antes en la corona á su hermano Fernando VI, no sólo no pensaba en demarcaciones, sino que quería resueltamente que no se señalase en el Marañón los términos fijos de las dos coronas, mandando que se dejasen correr los cosas como

antes estaban. Consternó la noticia los ánimos de los indios que por tanto tiempo habían esperado y tragado ya la división que les parecía necesaria y les libraba de una vez de las incursiones de los portugueses. Convirtióse en un momento la alegría del pueblo en una tristeza tal, que se conocía en los semblantes de la gente. En vano les decían los misioneros que no pudieron ocultar la nueva por muchos días, que muerto el rey viejo, no quería ni aprobaba el rey mozo la ejecución de un proyecto expuesto á disturbios de las dos coronas, y que mirándose como hermano del de Portugal, evitaba con cuidado las ocasiones más ligeras de rompimiento.

Poco satisfacía á los indios la razón piadosa de los misioneros, y más cuando á poco tiempo llegó la nueva cierta de la guerra declarada por su majestad católica contra Portugal é Inglaterra. Quedaron con la nueva mucho más consternados los indios que con el desvanecimiento de la división, porque no se trataba ya de mejoras ni de ganancias, sino de conservar sus personas, sus mujeres y sus hijos y sus haciendas. El gobernador Mena, algo sobrecogido del susto por la falta de soldados, se retiró prontamente á Quito, con el motivo, según decía á los indios, de prevenir alguna gente, encargándoles que se mantuviesen constantes, mientras volvía con soldados castellanos para la defensa. Bien veía el misionero de San Joaquín que su primer cuidado debía ser el mantener á los indios poseídos del temor á los portugueses, para que no se escapasen á los montes. Cuánto le costase detenerlos en el pueblo, animarlos y sosegarlos, sólo pudo entenderlo el que tuvo algún trato con estos indios rayanos que al nombre sólo de carayoa ó portugués, se estremecían, renovándose con la memoria del nombre la memoria de los daños que por más de un siglo habían experimentado de aquella gente. Escribió á los misioneros del partido que hiciesen lo posible por mantener la gente en los pueblos hasta que de cierto se supiese si por aquellas partes rompía el enemigo, pero que entre tanto procurasen alguna guarida segura dentro del monte en caso de necesidad é hiciesen algunas sementeras retiradas del río con que poder sustentarse, mientras pasaba la borrasca. Todos los misioneros se ajustaron á las sabias disposiciones del vicesuperior y se previnieron para el lance conforme á lo que se les decía.

Dado este primer paso, procuró el P. Uriarte informarse bien de los movimientos de los portugueses. Entabló correspondencia secreta con un misionero portugués de Putumayo, á quien enviaba indios fieles, los cuales, pasando de noche por Yavari y por San Pablo, traían las noticias que corrían en aquella misión. Los primeros enviados vinieron de Putumayo á San Joaquín con la noticia de que nada se sabía de guerra en toda aquella misión. Los segundos trajeron que era cierta la guerra, mas que había orden del Pará para que no se intentase novedad alguna contra las misiones castellanas. Los terceros entregaron una carta del misionero portugués, que anunciaba, en suma, cómo habiendo llegado allí unos pocos soldados, traían el preciso orden de estar á la defensa y no más, caso

que les acometiesen los españoles. No eran menos seguras las espías del P. José Vahamonde, misionero de San Ignacio, que como más cercano á la raya de Portugal, tenía noticias más frecuentes de lo que pasaba en las misiones de aquella corona. De todo daba parte al misionero de San Joaquín y éste comunicaba cuanto se sabía á los misioneros del partido. De esta manera todos mantuvieron los indios sin novedad, desvaneciendo sus temores y encargándoles apretadamente que rogasen á Dios por la paz y concordia entre los dos reyes, que eran muy cristianos y se querían bien, y que no duraría mucho la guerra ni era creíble que se extendiese hasta aquellas partes. Pero caso que el enemigo quisiese romper por el Marañón hacia las tierras de Castilla, no ignoraban que el Gran Pará estaba distante de nuestras misiones seis meses de navegación, y que antes de llegar los soldados al término caerían de ánimo por no tener esperanza alguna de botín. Además de que no se atreverían los portugueses á traer á sus indios por bogas en la jurisdicción de Castilla, pues sabían muy bien cuánto deseaban éstos escapar de sus manos y establecerse en nuestros dominios. Con estas razones se acabaron de sosegar los indios de la misión baja, y no pensaron en hacer movimiento alguno.

Para no omitir el vicesuperior de San Joaquín ninguna diligencia y providencias que le parecían necesarias ú oportunas en las circunstancias, envió un despacho á la ciudad de Quito con cartas en que informaba al padre provincial Jerónimo Herce, del estado y del peligro de la misión, de las disposiciones que se habían hecho en el partido y de la resolución de los misioneros en mantenerse firmes y constantes á la raya de Castilla. Suplicábale que recabase de la Real Audiencia de Quito algún socorro de soldados para la defensa de las fronteras, y que, en caso de no ser atendidos los pueblos de la misión, protestase con tiempo en nombre de la Compañía sobre los daños que se podrían seguir si no enviaban de Quito buenos cabos y ayudaban á la causa común. A la verdad, no esperaba el P. Uriarte grande ayuda de los Quiteños, los cuales temen mucho bajar al Marañón, sin hacerse cargo que no es poco lo que peligran sus minas sobre las cuales tienen puesta la mira no sólo los portugueses sino también los holandeses. Sin embargo de la indolencia de los Quiteños, llegó después de algún tiempo (de resultas sin duda de la protesta del provincial), la noticia á las misiones de que había ido á Quito para gobernador de la misión de Mainas D. José Larrazábal, teniente capitán de infantería, el cual escribió con grandes ánimos que venía con gente española al socorro de los indios. Pudo servir la noticia para alentar á los indios, pero la detención más larga de lo que pedía la necesidad fué causa de que se verificase lo que anda en boca de todos *post bellum auxilium*.

Mientras se tomaban estas providencias en la misión baja cercana al peligro, y expuesta á la irrupción de los portugueses, la noticia de los peligros que se fueron aumentando de pueblo en pueblo, y más en boca

de los indios, pusieron en la mayor consternación á los padres misioneros de la misión alta. Juntáronse luego á consulta con el P. Ignacio Veigel, visitador de las misiones, y como si todo el poder del turco subiese por el Marañón llevándolo todo á fuego y sangre, determinaron tres cosas verdaderamente singulares, las cuales comunicaron luego al vicesuperior de la misión baja. 1.ª Que los indios quemasen sus sementeras y arrancasen sus plantas para que no hallase nada de que aprovecharse el enemigo. 2.ª Que los indios todos se retirasen al monte. 3.ª Que los misioneros subiesen á la misión alta con todas las alhajas de la iglesia. Tanto pudo la preocupación en hombres graves, de pecho y de resolución, que ni temían los peligros, ni hacían caso de la vida tantas veces expuesta á la traición de aquellos bárbaros. Es verdad que los indios de aquella parte de la misión estaban persuadidos á la irrupción de los portugueses, y que, como toda la consulta, se componía de padres alemanes poco entendidos de la fuerza de Portugal, especialmente en aquellas circunstancias en que no pensaban hacer poco si defendían el Pará de los franceses de la Cayana.

No se puede explicar el sentimiento, admiración y pasmo que causó en el vicesuperior de Omaguas la resolución y mandato del visitador Veigel, misionero de experiencia como lo eran los demás que habían intervenido en la consulta. Más sobrecogido del orden que se le daba, que del peligro de los enemigos, pensó sobre el modo de salvar la misión y de no contravenir á la obediencia. No dudaba que una resolución tan fuerte nacía de los malos informes y noticias abultadas que en boca de indios naturalmente medrosos, y por extremo suspicaces, habrían llegado desfiguradas al pueblo de la Laguna. Pero siendo la obediencia en la Compañía la virtud más encomendada á sus hijos, estaba resuelto á obedecer siempre y cuando le constase que estaba el superior bien informado. Recogióse á la oración, pidiendo luz al Señor para el acierto en cosa de tanta importancia. Dióle á entender S. M. que debía representar con indiferencia de juicio y voluntad á las órdenes del superior, y proseguir entre tanto sin hacer novedad alguna en los indios ni darse por entendido en la ejecución de cosas que traía daños irremediables. Hízolo así el misionero, y tomando la pluma, escribió al visitador una carta humilde en que le representaba las razones que tenía para dilatar la ejecución hasta nueva orden. La carta se contenía en estos términos:

«Muy Reverendo P. Visitador: Recibí las órdenes de V. R., las cuales »venero, como súbdito que soy, y hubiera puesto luego en ejecución si no »viera los inconvenientes y daños irremediables que de ella se seguirían »y tendríamos que llorar, sin haber necesidad al presente y bastando so»bradamente las providencias que hemos tomado. En sus cosas los indios »son, como sabe muy bien V. R., tímidos y medrosos, todo lo abultan y »desfiguran, y no hay que contar mucho con lo que se va esparciendo »por sus bocas. Yo estoy, padre mío, cercano al peligro, tengo espías »fieles y seguras, por quienes sé puntualmente qué hacen y qué piensan

»los portugueses. Los poquísimos soldados que tienen no lejos de la raya, »están bien mal aparatados, y no saldrán del preciso orden de defensa »si los acometen los castellanos. El Pará está muy lejos para prevenir »armada contra España y con ninguna esperanza de botín. No harán poco »en fortificarse allí contra los de la Cayana (en cuyas manos hubieran »caído si hubiera tardado poco más en llegar la noticia de las paces). »Pero demos que prevengan armada, y suban por el Marañón. En seis »meses de navegación hay tiempo para quemar sementeras, retirarse los »indios y subir los misioneros con las alhajas de la iglesia.

»¿Qué se diría, padre mío, de los hijos de la Compañía y de los misio»neros del Marañón si sin ser acometidos y aun sin haber señales de aco»meter los portugueses, desampararan los pueblos que con tantos sudo»res y fatigas habían juntado? ¿Qué si oliendo esto los portugueses, un »triste barco con cuatro desharrapados soldados, llegara á tomar posesión »de las tierras y pueblos de Castilla? ¿Cuándo juntaríamos otra vez nues»tros indios, especialmente los más nuevos, si nosotros mismos los enviá»ramos á sus antiguas madrigueras? ¿Qué comerían estos miserables si »destrozadas las heredades todos se fueran de repente á los montes? ¿Y »como querrán arrasarlas aun cuando se lo mande el misionero, siendo »el sudor de su rostro y quedando sin ellas en necesidad extrema? ¿Dónde »se recogerán tantos viejos, enfermos, niños tiernos en tiempos de aguas »y aun en esta misma sazón de tantas crecientes en que están los montes »anegados? Fuera de que ¿cómo es posible que quieran llevar hacia arri»ba á los padres con las alhajas de la iglesia los mismos indios, sorpren»didos ya con esta resolución y creyendo, por consiguiente, que está so»bre ellos el enemigo?

»¿Perdóneme V.ª R.ª si le digo que el peligro es muy remoto, y si se »va acercando, hay lugar y tiempo para precaverlo; mas las providen»cias que se mandan tomar traen irremediables pérdidas, muertes cer»tísimas y poco honor á la Compañía, que por un golpe de prudencia »poco conforme á la razón y al peligro, se verá privada de una buena »parte de la misión y le dará ocasión al portugués ó le abrirá la puerta »para que se apodere de las tierras del rey católico. Sin embargo, de »todo esto para mayor seguridad y para obedecer á V. R. en lo que po»demos enviamos todas las cosas que hay de algún valor en las iglesias, »quedándonos con sólo lo preciso para celebrar la Santa Misa.»

Con esta representación tan bien fundada, calmaron los temores del padre visitador, que mejor informado, dió las gracias á Nuestro Señor y al misionero de San Joaquín de haber suspendido las órdenes que hubieran traído tantos daños. Los indios de la misión baja no supieron las providencias que se mandaban tomar porque hubieran recibido mucho daño con la sola noticia, y así se las ocultaron cuidadosamente; mas no dejó de pegárseles el miedo con la comunicación con los indios de la misión alta, los cuales, viendo á sus misioneros discurrir y hablar tan tristemente de lo que naturalmente debía de suceder, intimidaron á varios de San Joa-

quin, especialmente á los Masamaes y Mayorunas, que se fueron ahuyentando y escondiendo por los montes.

Otro accidente particular fué también causa de que se retirasen otros. Vino una noche un indio despavorido diciendo que estando pescando en la quebrada de los Mayorunas había oido un ruido extraordinario como cuando los soldados tocan cajas y tambores, y que por más que había hecho no había podido descubrir cosa ninguna. Alborotóse el pueblo á la noticia, y para sosegarlo, el padre misionero envió, como práctico en los embustes y aprensiones de indios, algunas personas de crédito para que se informasen á fondo de lo que había en el contorno, y hecha esta diligencia desvanecieron los temores que se iban extendiendo. Nada pudieron averiguar en punto de soldados, ni era posible que éstos hubieran penetrado hasta el sitio donde se decía, porque era necesario pasar por los Ticunas, por los Pevas y por los Napeanos, cuyos montes espesos estaban anegados de las crecientes de los ríos. Creyóse ser verdad lo que dijo un viejo de muchos años de experiencia, que aquel ruido era sin duda causado de las gamitanas, las cuales en este tiempo salían del río y se amontonaban á desovar en la arena de una laguna cercana, y que él tenía presente haber observado esto mismo en otros años.

Es muy poderosa la primera aprensión del mal en los corazones de los indios: no bastó ninguna de estas diligencias para que algunos indios, poseidos del temor, no escapasen á los montes y en ellos se escondiesen. Lo que más es que, hallándose por casualidad en el pueblo el hermano Pedro Choneman y viendo en aquella primera noche pintado en el rostro de los indios el terror y el miedo, tuvo por cierta la irrupción de los portugueses, y como él era incapaz de semejante pasión, llevado de la caridad, que no admite temores, se estrechó con el misionero, diciéndole: V. R. váyase luego para San Regis con lo que pueda; yo enterraré lo que resta aún de la iglesia y me quedaré aquí con un par de muchachos, y enviaré la gente del pueblo á las sementeras hasta ver en lo que pára esto. Así hablaba el celoso hermano, que ni temía la muerte, ni suspiraba por la vida, como se conservase la del misionero sacerdote. Mas éste, agradeciéndole la oferta, le respondió: Si alguno había de quedar en la misión, hermano mío, en las circunstancias, era yo, que soy el misionero de esta pobre gente; mas no tengo cuidado alguno que habrá nada, ni hay para qué temer asalto de portugueses, que están muy lejos.

Así se fué pasando entre sustos, molestias y temores, hasta que al cabo de algunos meses llegó á la misión la noticia de las paces entre Castilla y Portugal. El mismo teniente portugués, que con bien pocos soldados, descalzos y mal vestidos, estaba en Yavari para la defensa, subió á San Ignacio y á Loreto y dió parte de las paces concluidas entre los dos reinos, á los misioneros respectivos. Con esto calmaron los sustos y temores de una y otra parte. Avisados los fugitivos de San Joaquín, fueron volviendo al pueblo bien avergonzados de su cobardía, y se hallaron con un chasco

que, sin saberlo el padre, les dieron algunos Omaguas de buen humor. Encontraron sus casas atestadas de cascos de charapas ó tiraqueyas, con que les daban á entender que como las charapas, una vez sueltas corren sin libertad hacia el río, así ellos corrían sin libertad hacia el monte. Tuvieron los infelices que limpiar las casas de tan inútiles trastos y de unos tropiezos tan fastidiosos, y aun después de la molesta tarea no les dejaban los niños en paz, porque cuando salían de casa les gritaban tiraqueya, tiraqueya, y tuvo el misionero que poner remedio serio para que no pasase adelante la burla.

Una providencia bien particular del Señor se vió en estos pobres indios, que con ocasión de la guerra escaparon al monte como en número de doscientos, que habiendo nacido en las selvas diversos niños por el espacio de cuatro ó cinco meses que allí se detuvieron, no murió persona alguna fuera del pueblo, no sólo de los adultos, pero aun de los niños, hasta que después de restituidos al pueblo recibieron el bautismo ó los otros sacramentos. Hízose más visible esta providencia del cielo, porque en este mismo espacio de tiempo hubo muchas enfermedades en la reducción, donde murieron muchos indios, no sin grande consuelo del misionero, por ver en aquella hora la grande fe con que morían, de la resurrección de la carne, y los deseos grandes de ver la cara de Dios.

CAPITULO XVI

DE VARIOS CASOS SINGULARES QUE LE SUCEDIERON AL P. URIARTE CON LOS OMAGUAS

Muchos sucesos particulares acaecieron en San Joaquín en los años que dirigió la reducción el P. Manuel Uriarte. Pondré aquí algunos más notables y de mayor instrucción, dejando otros muchos que apunta en sus comentarios el mismo misionero. Avisaron al padre en un día, como á las cuatro de la mañana, que había dado á luz una india una criatura, que estaba muy de peligro. Corrió luego el misionero á socorrerla, sin ponerse por la prisa más que la sotana y zapatos, y al bajar por la escalera, poniendo el pie en unas cortezas de plátano, resbaló de manera que rodó de bruces por diez y seis escalones hasta el suelo. Lastimóse una pierna con el golpe, que chorreando sangre ató presto, como pudo, con el ceñidor, y más lastimado de la pérdida que temía del niño, voló sin hacer caso de la herida á socorrerle, y llegó á tiempo para bautizarlo. En la misma casa le dieron parte de otros tres niños que acababan de nacer y se morían sin remedio, porque endurecidas las quijadas, no les permitían tomar el pecho. Sin perder tiempo se enderezó á la casa inmediata, y de allí á las demás, bautizó los tres niños, y luego murieron como si estuvieran esperando el santo bautismo. Volvió á casa el misionero como á las seis de la mañana, dando gracias á Dios porque el demonio que (á lo que

pensaba) había querido impedir con la caída aquellos bautismos, no había salido con lo que pretendía, como le había sucedido en otra ocasión, en que con la picadura de un alacrán había intentado lo mismo.

Si á estos niños le dió la salud espiritual por medio del bautismo, á otro mocito de trece años le dió la temporal por medio de la copauva, ó por la intercesión de María Santísima. Trajeron á este niño al pueblo tan desfigurado y llagado, que causaba horror á cuantos lo miraban; porque asaltado de un caimán, le había comido la bestia la carne del hombro y espalda derecha, y agujereado disformemente el vientre y una pierna. Espantado el misionero de semejante espectáculo, adoró la justicia divina que así castigaba al niño por haber faltado en aquel día á la doctrina. Pero como le vió todavía con vida, no perdió la esperanza de que sanase. Ofreció celebrar por él á la Virgen Santísima del Rosario una Misa, y administrándole la Santa Unción, comenzó á curarlo con copauva con mucha esperanza de su salud. Renovando cada día con mucho cuidado las hilas y los mechones en las heridas profundas, y fomentándole con vino y con substancias, llegó el muchacho á estar conocidamente mejor al cabo de treinta días. Pero yendo á curarle al día siguiente le halló mucho peor y renovadas todas las llagas que se iban ya cerrando. Preguntó á su madre: «¿Qué han hecho con este niño que así le han puesto? —Nada, padre, respondió la mujer.» Disimuló el misionero por entonces, y temiendo alguna superstición en la gente, volvió á la casa del enfermo á hora intempestiva y les cogió con el hurto en las manos. Habían traído aquellos tontos inhumanos grande porción de arena de la playa, y hecho en medio de ella un hoyo muy profundo, y llenándole de agua fría, tenían metido en él hasta el pescuezo al miserable muchacho, que, quitados todos los emplastos y en carne viva y tan llagada, estaba tiritando de frío y agonizando de dolor con aquel nuevo tormento. Riñó el Padre á la madre y á los demás de la casa por su crueldad y abuso; y comenzando de nuevo la cura, aunque tardó más tiempo, quedó finalmente del todo bueno y sano el muchacho, habiendo crecido la carne que le faltaba. Sirvióle de mucho para en adelante este castigo, porque era muy puntual á todas las cosas de la iglesia, y su presencia era un estímulo á los niños y á las niñas para que no faltasen a la doctrina, y cuando faltaba alguno, aunque fuese con licencia de sus padres, luego decían los otros: «¡No le coja el lagarto!»

Si el caso referido ayudó á quitar las faltas de la doctrina, el que se sigue sirvió á refrenar las borracheras. Sucedió en el día mismo de San Francisco Xavier, patrón de la misión, y hubiera traído consigo un daño casi irremediable á todo el pueblo, si el Señor con su poderosa intercesión no hubiera socorrido á los pobres indios, no sólo atajando el daño, pero aun quitando la materia que podía ser ocasión de muchos pecados. Había nacido á una india principal un niño por la intercesión de San Xavier. Ella, contenta y alegre de tener un hijo, pues era ya de edad avanzada, no paró hasta conseguir licencia para un convite general. Acabada la

fiesta de iglesia, que se hizo con toda solemnidad, junta ya la gente como á las dos de la tarde en la casa del convite, se prendió fuego, sin saber cómo, en el ala del tejado. Huyeron luego los convidados en vez de concurrir á apagar el incendio. El peligro era muy grande, porque apagado el fuego, que corría por aquella materia bien dispuesta de la casa, sin remedio se comunicaba por el un lado á la cocina, casa del misionero, y á la iglesia, y por el otro al barrio de los Omaguas, que hubiera todo perecido. Un mocito Yurimagua que había quedado solo, viendo que se quemaba la casa y que ninguno le ayudaba para apagar el fuego, invocó á San Francisco Xavier y le llamó en su ayuda. Luego le vino al pensamiento sacar con unas grandes calabazas que estaban á la mano todas las bebidas que pudo de las tinajas prevenidas para el convite, y echar sin cesar chicha y más chicha donde más ardía la casa. A este tiempo salió de la suya el misionero á las voces, ¡fuego!, ¡fuego!, y halló que ya estaba apagado, con solo la quema del ala del tejado. Causóle el suceso grande maravilla, sabiendo muy bien cuán difícil es apagar los incendios en las casas de indios, que están dispuestas como la misma yesca. Dió muchas gracias al Señor por haberlos librado de peligro tan inminente, y agradeció al mocito la devoción que había mostrado y la buena maña que se había dado para cortar el incendio. En este caso, les concedió también San Xavier á los indios otro bien espiritual, porque consumidos los tinajones de chicha impidió las borracheras, y los indios se retiraron temprano á dormir sin quejarse de la falta de bebidas que había sido tan bien empleada.

Los casos que acabamos de contar llenaron de consuelo al misionero, porque conoció ser todos enderezados al bien espiritual de los indios; pero lo que voy á referir le dejaron atónito y espantado de los juicios de Dios y de su terrible justicia. Este es el estilo regular del Señor: dar frecuentemente á sus siervos dos géneros de lecciones; una que les lleva al amor de su bondad, y otra con que los encamina al temor de sus juicios; con aquéllos los levanta á la confianza en S. M., y con ésta los confirma en la desconfianza propia. Mataron los indios de San Joaquín un culebrón disforme de ocho á diez varas de largo y tan grueso como el cuerpo de un hombre, y con sogas lo llevaron con mucha algazara á casa del gobernador. Todos estaban alrededor del monstruo admirados de su grandeza, y entre ellos el misionero, cuando un mestizo llamado José Viter le dijo á la oreja: «Ya verás, padre, cómo viene luego una gran tempestad.»—«¿Tú también, le dijo el padre, crees en supersticiones?» —«No creo en abusos, respondió el mestizo, que era muy buen cristiano, pero ello así sucede. Otra vez que en los Xeveros mataron otra fiera semejante, lo experimentamos, y observé que una niña que la tocó cayó luego enferma.» Rióse el padre á esta simpleza, y el gobernador, cogiendo por la mano á una niña de seis años, hija del mismo Viter, hizo que tocase y manosease muy bien el culebrón para que se desengañase la gente viendo que nada sucedía. ¡Juicios de Dios! Fué la muerte del

culebrón á la una de la tarde en día sereno y cielo raso, y antes de las dos ya estaba entoldado el cielo, con un viento terrible que se levantó y formándose unas nubes negras que causaban espanto, comenzó una horrorosa tempestad de truenos, relámpagos y lluvia tan grande que, á lo que dice el misionero, fué una de las mayores que había visto en aquellas tierras, tan expuestas á tempestades. No paró en esto la admiración de los cristianos. La niña que había manoseado la culebra enfermó en breve y se la estuvo curando por un mes entero. Quedó confuso y aturdido el misionero; y cosido con la tierra, adoró profundamente los juicios del Señor, que permitió al demonio estas cosas con que mantenía sus supersticiones, cuando á nuestro modo de entender parecía que debía acortarle la mano.

No quedó menos espantado de otro terrible suceso que, si llenó de consternación á los Omaguas, á su misionero le quedó tan impreso que con sólo venirle á la memoria se estremecía. Vivía en Omaguas un indio llamado Juanico, indio principal é hijo de un cacique, el cual hacía de sacristán y cuidaba de la iglesia: trataba mal á su mujer y la aporreaba. Muerta ésta, y siendo viudo, desfogaba su mal apetito, aunque lo procuraba ocultar. Por más medios que el padre puso para corregirle nada pudo conseguir, porque ni oía consejos ni escarmentaba con castigos. Sólo se esperaba la venida del superior para apartarle del pueblo, que era el único remedio, cuando los de la justicia le llevaron una noche al misionero, después de haberle cogido en la ocasión misma con una mujer casada, á quien había engañado. Fué puesto en el cepo con otros que había en él por delitos más ligeros. Al día siguiente se dió libertad, por súplicas de los alcaldes, á cuantos había en la cárcel, pero encargó el padre que no se soltase á Juanico por ser más grave su culpa y ser necesario dar alguna satisfacción al marido de la mujer engañada. El mismo misionero, conociendo la delicadeza del preso, tuvo cuidado de que se le diese de comer y beber por aquel día, y á la noche le soltó, aconsejándole lo que le convenía y poniéndole delante la ofensa de Dios y el infierno en que iba á caer si no se enmendaba. Pero que Dios era bueno y le perdonaba si le pedía perdón de lo pasado y se resolvía á la enmienda. Que haciendo esto él le buscaría casamiento conforme á su nobleza y viviría en paz con todos.

Mostró Juanico agradecimiento al padre, y propuso de enmendarse; pero en toda la semana no parecía en la iglesia, y aunque lo notaba el misionero, disimulaba hasta esperar coyuntura. Finalmente, llegado el domingo, oyó grandes lamentos de su madre y de un hermano menor que, preguntados de la causa de sus lloros, respondieron: «Padre, cuatro días ha que Juanico faltaba del pueblo, fuése al monte, y armando una trampa, se ha muerto á sí mismo. Hoy por la mañana le hemos encontrado bien dentro del monte tendido boca arriba con dos grandes palos de árboles atravesados, no sólo muerto, sino comido casi todo de cuervos. ¡Ay padre, por qué no te oiría! El era malo y de mí no hacía caso, decía

la pobre madre.» Quedó absorto el misionero á esta relación; mas disimulando cuanto pudo, consoló á la madre y hermano diciéndoles que Dios era justo y castigaba á los pecadores, pero que confiaba en S. M., que hecho ya el disparate, tendría todavía tiempo y haría actos de contrición porque estaba bien instruído, y estando inmoble bajo los dos pesados garrotes que se dejó caer encima, clamaría á Dios y él le ayudaría. En realidad, había servido muy bien á la iglesia en el oficio de sacristán y había dado señales de devoción á la Virgen. Era pronto al rosario, á la Misa y á la doctrina, y los disparates que hacía sólo se notaron en él cuando excedía en la bebida. Con estas razones tiró el misionero á suavizar el dolor de los suyos. Pero el pueblo todo quedó asombrado de este terrible castigo, y yendo muchísimos á ver por sí mismos el cadáver comido de los cuervos, volvían aturdidos de haber visto el cuerpo de uno que tenían por condenado. No es creíble cuánto sirvió este castigo visible de la justicia divina para la reforma de las costumbres y aun para evitar faltas ligeras así en los mozos y mozas como en los viudos y viudas, á que ayudó mucho perpetuarse la memoria del caso en los espantosos gritos que se oían por aquella parte del monte donde había sucedido el caso lastimoso.

No pararon en esto los terrores de tan desastrada muerte, porque pasando el misionero de allí á pocos meses, como veremos, á Santa Bárbara, la reducción de Iquitos tuvo el mayor espanto que decir se puede y de que no hay muchos ejemplares en la Historia. Apenas llegó el P. Uriarte á dicha reducción, comenzó á oir por las noches, ya muy tarde, unos extraordinarios golpes como de hacha, que derribaba árboles en frente de su casa. Era esto de manera que aun en noches de tempestades y lluvias desechas se sobreponía á todo el ruido el estruendo de los golpes. Registraba por la mañana el sitio donde sentía el estrépito de los golpes, y no hallaba cosa cortada ni aun siquiera huella de gente. Duró la molestia dos meses sin saber á qué atribuir semejantes golpes, y preguntando á los principales de este pueblo, si sentían por las noches algún estruendo y quién hacía tanto ruido, respondieron: «Padre, ese es el diablo, y antes que vinieses al pueblo, hacía este mismo ruido en este lado del pueblo, y nos tenía espantados; pero ahora que tú estás aquí no tememos, porque aunque prosigue el estruendo en frente de tu casa, pero no pasa de esta banda del río.» Desde entonces comenzó á conjurar el padre cuando oía los golpes y solían cesar. Otras veces pasaban de repente de un sitio á otro muy distante, y á las veces oyéndose en lo interior del monte, con sólo hacer cruces el misionero cesaban.

Finalmente, una noche lóbrega como á eso de las once, estando el padre sentado en su mesa junto á la ventana que tenía un lienzo tupido de algodón, después que al hacer la cruz y haber conjurado habían pasado los golpes, oyó distintamente que le hablaban detrás de la ventana, mas como entre dientes y en lengua Yamea. Estaba la ventana levantada del suelo tres brazas y cercada por la parte de afuera de manera que nin-

guno se podía arrimar á ella; con todo eso, estando cierto que le hablaban, erizados los pelos de espanto, hizo la señal de la cruz y preguntó: «¿Qué quieres? ¿Quién eres?» Sólo percibió entre dientes: «Estoy en el fuego del diablo.» Hizo otra vez, al oir estas palabras, la señal de la cruz y diciendo: *«fugite partes adversae»*, se retiró á la alcoba del aposento, que estaba al lado contrario. Comenzó á quitarse los zapatos sin apagar la luz y oye que debajo del pavimento de la alcoba le dicen lo mismo que le habían dicho del otro lado de la ventana: «Nada quiero, estoy en el fuego del diablo», pero entre dientes, aunque por los finales de la lengua Yamea: *lára, aule, rabeba,* entendió la cláusula toda. Aquí se acordó de Juanico el sacristán de Omagua que se había muerto á sí mismo malamente, y la lengua, voz y tartamudeo le pareció del mismo porque era algo impedido de lengua. Entonces, asombrado el padre, volvió á hacer tres cruces invocando á la Santísima Trinidad, y le dijo con resolución: «Si tú eres y no te puedo ayudar, vete de aquí, y te lo mando en nombre de mi Padre San Ignacio.» Y encomendándose á Dios apagó la luz y durmió sin sentir jamás nada desde entonces.

Con ser este caso, al parecer, tan decisivo de la mala suerte del sacristán suicida, con todo eso el misionero, inclinado siempre á la piedad, añade á la relación: «Advierto que quizá yo con el susto y turbación no oía bien lo que me decía el aparecido y acaso me quiso avisar que estaba en el purgatorio, y reflexionando después á esta mi turbación, le encomendé y lo encomiendo á Dios debajo de condición.» Tan altamente sienten los siervos de Dios de la divina misericordia y tánto tardan en persuadirse á que sea condenada en particular ésta ó la otra alma redimida por la sangre de Jesucristo.

CAPITULO XVII

VUELVE URIARTE Á LA MISIÓN DEL NANAI

Antes de concluirse el año de 1763, llegó á la misión un despacho extraordinario en que venía señalado por superior de los misioneros el padre Ignacio Veigel, varón docto y sobremanera celoso de la salud de los indios de la misión baja en que había trabajado por varios años. Sabía por experiencia las muchas fatigas y sudores de los padres en aquellas tierras poco sanas, y por el consiguiente la mudanza necesaria de sujetos que no pudiendo perseverar por mucho tiempo ni en el Napo ni en el Nanai, se habían visto precisados á pasar á otras tierras. Por otra parte le tiraba mucho la conversión entera de los Iquitos, nación numerosa y que había dado buenas muestras de constancia no sólo en el tiempo del P. Manuel Uriarte, retirado siete años antes por la enfermedad, al parecer incurable, sino también con los otros misioneros que le habían sucedido. Pero éstos habían tenido la misma suerte que el P. Uriarte,

porque el P. Luis Veroqui enfermó después de haber trabajado con singular aplicación en Santa Bárbara, tan gravemente, que sus mismos neófitos, viéndole sin compañía y sin socorro humano, le metieron moribundo sin habla y sin sentido con sola la señal de vida que daba la respiración, en una canoilla y con grandísimo tiento y cuidado le llevaron á San Ignacio de Pevas. Aquí entregaron fielmente al P. Vahamonde todas las cosas que pertenecían al enfermo, sin tomar nada para sí. No lo pasó mejor el P. Martín Sveina, sucesor de Veroqui, á quien por postrado y lleno de accidentes retiraron del Nanai con el conocimiento, á su parecer cierto, que duraría poco en tan peligroso temple.

Todo el río Nanai estaba á cargo del hermano Pedro Choneman, que era á la sazón el único misionero de los Iquitos, inconveniente que se pudiera disimular si fuese sacerdote: tal era su celo, prudencia y madurez. Pero era indispensable señalar un padre para la administración de sacramentos, y no era fácil encontrar uno que fuese robusto, animoso y de experiencia como lo pedían aquellas tierras y como se requiere en pueblo nuevo, que como de día en día se va aumentando, así también se van disminuyendo por causas ligeras. Pensaba mucho sobre esto el superior Veigel y no hallaba expediente para salir del apuro, hasta que tratando una vez con mucha confianza sobre el asunto con el P. Manuel Uriarte, éste, con generosa resolución, se ofreció á la empresa, diciéndole: Ya sabe V. R. mis repetidas representaciones para dejar esta sombra de superiorato, en que no estoy bien hallado, no porque quiera huir la carga, que alguna nos ha de seguir en todas partes, sino porque siempre he suspirado por gente nueva, y á su reducción me llama el cielo y aun me tira la inclinación. No puedo negar que me hallo algo enfermizo y cargado de flemas, pero con la obediencia nada temo y nada me acobarda. Confío en Su Majestad que, enviado por mi superior al Nanai, me dará fuerzas para cumplir con mi ministerio. Y así, Padre mío, *ecce ego mitte me* al Nanai, que no habrá para mí cosa más gustosa que partirme á la misión de los Iquitos con la bendición de V. R. Con una oferta tan generosa respiró el superior y calmaron sus temores sobre aquella parte de la misión. Dió su licencia al P. Uriarte para que pasase al Nanai, y éste se previno prontamente para el viaje porque el mismo hermano clamaba en sus cartas por compañero diciendo que mientras iba al pueblo de Santa Bárbara se huían muchos Iquitos de San Joaquín, y mientras visitaba á los de San Joaquín se le escapaban varios de Santa Bárbara. Muchos indios de San Joaquín se ofrecieron á seguir á su misionero que, haciéndose cargo de lo destemplado del país, sólo admitió dos mocitos; uno que había comenzado con el padre á leer y quería perfeccionarse en este ejercicio, y el otro más grandecito y huérfano que, como mestizo, era de mayor capacidad, porque sabía escribir, tocaba decentemente el violín, entendía de pintura, oficiaba muy bien la Misa y había aprendido otras habilidades de las que se desean mucho en misiones nuevas. Salió el misionero con esta pequeña compañía entrado ya el año 64, y después

de muchos trabajos y días de navegación por el Marañón y Nanai, tomaron los bogas la embocadura del río Blanco, donde pudieron saltar á tierra y dormir en ella, habiendo dormido hasta entonces en la canoa por estar anegadas todas las playas.

Con el aviso que desde aquí tuvieron los Iquitos de su antiguo misionero, venían á bandadas por el río, unos en caonillas, otros nadando, como si fueran peces nacidos en el agua, todos gritando, ó silbando de alegría y contento por ver á su padre y saber que venía á vivir entre ellos. Hízoles señal el misionero que no se detuviesen y caminasen con él río arriba hasta el pueblo de Santa María. Hiciéronlo con toda celeridad, y caminaban en seguimiento de la canoa, dando de su chicha á los bogas, porque les traían á su padre, que les había sacado de los montes y enseñado la doctrina cristiana. Al verse ya las casas de la reducción, empezaron los Iquitos que venían por el río á pintarse las caras con achiote, y á formar sus bigoteras á que correspondía la gente del pueblo que estaba ya en el puerto, con gritería, celebridad y algazara. No bien amarrada la canoa, se metió en el agua un número grande de indios, queriendo todos á porfía sacar á tierra á su misionero. Fueron preferidos á este obsequio que tantos pretendían, el cacique y otro indio principal, que haciendo arco con los brazos, donde se sentó el padre, y asidos de los dedos de las manos por debajo del pecho, le sacaron con grande expedición sin querer soltarle, por más que les decía basta, hasta meterle en el pueblo. El buen hermano Pedro le recibió con su cruz en la mano, y con lágrimas en los ojos dióle un estrecho abrazo, y rebosaba de consuelo como si viese un ángel del cielo. Cargó tanta gente sobre el padre, así de hombres como de mujeres, de niños y de niñas, suspirando todos por besarle la mano, que le fué preciso tener los brazos extendidos por mucho tiempo, para que todos lograsen su piadoso deseo. Finalmente, abriendo camino los fiscales, entraron el padre y el hermano seguidos de la gente en la iglesia, y hecha oración se cantó en acción de gracias el Alabado.

No se puede explicar el consuelo que sentía en su corazón el misionero con aquellos pobres. Unos le decían: ¿Por qué nos has dejado por tanto tiempo? Tú nos sacastes del monte y no nos hemos huido. Hablaban otros á su hermano Pedro, y le decían: Buen hermano Pedro, y lo que nos quiere. Es un santo Padre, dile tú que no se vaya de aquí jamás, y quédate tú con él, que tenemos buenos plantíos. No ponderaban nada los indios en lo que decían del hermano Choneman, que había trabajado con ellos con grande empeño por seis años enteros, adelantándolos así en lo espiritual como en lo temporal, porque para una y otra cosa le había prevenido el cielo con singulares gracias. Con su grande ejemplo y porte religioso, tenía edificados á todos los indios, que le miraban como á un santo. Guardaba una modestia tan particular, que siempre llevaba los ojos clavados en el suelo, y sólo les hablaba para el bien de las almas ó de los cuerpos. Cuidaba con sigular

cariño de los enfermos como si fuera una madre, y comiendo él pobrísimamente, les regalaba, dándoles cuanto tenía. Era hombre de continua oración y presencia de Dios; penitente, humilde é inocente. De esta manera, con su grande caridad, llegó á desbastar aquellos brutos, y los instruyó en la doctrina de tal suerte, que bien podían los padres bautizar con toda satisfacción á los adultos. Los niños y niñas, como más asistentes al catecismo, estaban aún más corrientes en la doctrina. Tenía tal recato con las mujeres, que nunca las instruía aunque fuesen niñas, sino en presencia de muchos, ni permitía que entrase ninguna en su aposento, aun acompañada de su marido. Celaba con prudencia y con mucha paciencia los desórdenes que en gente nueva suelen ser bien frecuentes, y se metía por medio en sus riñas y bebidas, y á costa de descortesías y aun golpes que le daban á las veces, conseguía el componerlos y sosegarlos. Hacía continuos viajes por montes y ríos en busca de los que se escapaban, y con ruegos, donecillos y cariños, les volvía al pueblo. Y con tener una llaga en una pierna, andaba, corría y trepaba con gran dolor y paciencia, ofreciendo todos sus pasos á Jesús paciente, y á su Madre Santísima.

Desampararon los indios el primer sitio que habían escogido y eligieron otro que les parecía más cómodo. Siguióles el hermano y les enseñó á que se aprovechasen de los materiales de las casas y de la iglesia y á que conservasen las primeras heredades que, aunque estaban á la otra banda del río, podrían servir para el nuevo pueblo. Hizo con grande ingenio y exquisito arte la casa del misionero, con tan buen encaje y ajuste de las maderas, que ni el sol, ni las culebrillas, ni las sabandijas más pequeñas podían pasar por las junturas. El conservatorio de las niñas estaba bien distribuido, y sólidamente labrado y fabricado. Se había esmerado, sobre todo, en la fábrica de la iglesia capaz para tanta gente, con buenas ventanas y luces y pórtico proporcionado y sacristía á mano. Adornóla con un retablo vistoso de cedro hermosamente acepillado, con un remate airoso y con unas pirámides de gusto que caían sobre dos puertas uniformes que guiaban á la sacristía. En él tenía colocadas varias pinturas harto buenas que le habían enviado los devotos. En fin, no había omitido nada de cuanto le pareció conveniente para el buen establecimiento y policía de su pueblo, con el designio de aficionar á los indios á vivir juntos en poblado con abundancia de víveres, y de que se olvidasen de los montes en donde no tenían estas ventajas.

Como instaba el tiempo y debía pasar el P. Uriarte á la reducción de Santa Bárbara, que dos meses había que estaba sin misionero, previno el hermano todos los niños que debían recibir el Santo Bautismo, los cuales eran unos 40, parte de ellos nacidos en el pueblo y parte traídos del monte. Dicha la Misa, en que comulgó el hermano, se les administró el Santo Sacramento, siendo padrinos los mocitos que acompañaban al P. Uriarte. Pero era de ver la bulla y la inquietud de las madres cuando se les ponía á los niños la sal en la boca, pues por más que se les había explicado el

misterio de aquella ceremonia, no cesaban de soplar y de hacer todas las diligencias posibles para limpiar la sal. Al fin se sosegaron y se acabó la función poniendo á cada bautizado su sarta de chaquiras con su cruz de estaño y dando camisitas de lienzo á los que no las tenían.

Al día siguiente salió el misionero para Santa Bárbara á donde llegó en día y medio, y fué recibido con mucha alegría de sus antiguos hijos en la misma forma y aun con mayor algazara que en Santa María. Admirábanse los pobres indios de que hubiese querido volver á su pueblo, después de haber salido de él ocho años antes moribundo y no habiendo podido parar con ellos los demás padres por lo poco saludable del terreno. Decíales el padre: «Dios me ha guardado la vida para ayudaros y por mí no os dejaré jamás.» Nosotros te queremos, respondieron ellos, y no somos infieles como los de Santa María. Desde que te fuiste, se han muerto muchos y no por eso hemos huido, queremos estar contigo para ir al cielo. Aquí has de estar con nosotros hasta muy viejo. Con esta ocasión el misionero al dar razón de su venida, en una tierna plática insistió mucho, porque esto les hacía mucha fuerza, en que los brujos y los malos iban á quemarse allá abajo con el diablo sin fin, y los buenos cristianos, en muriendo, iban á gozar para siempre de Dios en el cielo.

Desde luego se aplicó el P. Uriarte á perfeccionar lo que los Padres Veroqui y Sveina habían establecido, entablado y promovido, y como los Iquitos habían cobrado amor á estos misioneros por el cariño, blandura y liberalidad que habían experimentado en ellos, mostraban docilidad y prontitud á todo. Aseóse la iglesia, limpióse el pueblo, se entabló constantemente el catecismo y se dió orden á todas las prácticas y distribuciones de un pueblo arreglado. No sólo bautizó á los niños, sino que dió la confirmación por facultad que tenía á varios bautizados que estaban á peligro de muerte. A poco más de un mes de la despedida, subió el hermano Pedro á Santa Bárbara, y conferenciando con el padre sobre la lengua de los Iquitos, empezaron la grande obra de corregir el catecismo en que había algunas cosas que enmendar, añadir, quitar y declarar. Porque, aunque se había traducido de la lengua Inga y por medio de un buen intérprete, y los misioneros anteriores habían trabajado muy bien en limarle y pulirle y ajustarle, todavía el hermano Pedro, como más práctico de la lengua en que había formado su vocabulario, descubría cosas que se debían corregir. Tres años enteros emplearon en el penoso ejercicio de perfeccionarse bien en la lengua para la corrección, y cada día encontraban nuevas dificultades, como le sucedió á San Xavier, ya en el *ex María Virgine*, ya en el *mortuus*, porque la única palabra de la lengua significa que no se casó la Virgen, y la otra significa muerte contra voluntad. Al fin todo se fué enmendando, declarando y ajustando.

CAPITULO XVIII

AUMÉNTANSE DE IQUITOS LOS PUEBLOS DEL NANAI

Muy contentos los misioneros de Nanai con las reclutas de Iquitos que se iban agregando á los pueblos, pensaban reducir á la nación entera, y se animaban mutuamente á la ejecución del proyecto, porque los gentiles recientemente venidos á las reducciones son como las olas del mar, que mientras tienen parientes y conocidos en los montes, ya van, ya vienen y están en agitación continua si no se les quita el atractivo. Pero en estas sus esperanzas tuvieron desde los principios sus sinsabores, que no les faltaron después en la prosecución de su intento. Venía bien cargada de socorros para el Nanai una buena canoa enviada desde San Regis por el P. Veroqui, y el P. Uriarte la esperaba con ansia para empezar sus entradas á los montes en busca de indios Iquitos y traerlos con el cebo de los regalos y donecillos, que son el atractivo de los indios gentiles. Mas el mozo que la traía, dejándola mal atada en un puerto donde era más rápida la corriente del Marañón, la dejó perder antes de entrar en el río Nanai, y con ella toda la carga, que se había recogido con mucho gasto. Traía dos rollos de lana de 200 varas cada uno, grande cantidad de lienzo, mucho tabaco, cuchillos, anzuelos, agujas y otras cosillas necesarias para acariciar á la gente nueva y sacar á los indios á poblado. Bebieron este trago los misioneros, que les fué bien amargo, porque tenían bastante gente necesitada de vestido, especialmente en Santa María, adonde de una vez sola se habían agregado 150 Iquitos casi desnudos y necesitados de todo socorro.

Peores efectos se pudieron temer de otro lance bien desabrido que les sucedió inmediatamente. Salió el P. Uriarte, llamado á las consultas, al pueblo de San Joaquín, sin haber acaecido en el viaje otra cosa particular que la pérdida del Santo Cristo, de cuyo singular hallazgo haremos mención á su tiempo. Mas á la vuelta de su navegación le recibió con ansias el hermano Pedro, contándole los trabajos y peligros en que se había visto en el corto tiempo de su ausencia. Porque se le habían escapado varios, y entre ellos el intérprete mismo, llamado Tomás, el cual había salido travieso y de mal natural. Avisó éste á los infieles del río Blanco que no estaba en Santa Bárbara su misionero, y que era ésta muy buena ocasión de dar un asalto á su casa por la noche y de robar á escondidas cuanto pudiesen. Bajaron luego armados de sus lanzas, y guiados del perverso intérprete, aunque no con tanta cautela y silencio que no los sintiesen dos mozos que había dejado el padre en guarda de su casa. Uno de ellos, poseído del miedo, se huyó en una canoita y se escondió en unos platanares; el otro, de más ánimo, corazón y prudencia, asegurando cuanto pudo las puertas de la casa, se metió en otra vecina de un alcalde

para observar mejor á los ladrones y echarse sobre ellos con los indios que pensaba recoger.

Llegando los infieles á la casa del misionero, lograron romper las puertas y entraron dentro al pillaje de cuanto pensaban hallar en ella, cuando el mozo, con el alcalde y varios Iquitos animosos, acudieron de tropel á la defensa. Los gentiles, creyendo que venía sobre ellos todo el pueblo, huyeron, no llevando consigo otra cosa que una media pieza de lona, una sábana y algunas herramientas; pero el intérprete, no pudiendo escapar, se metió en la secreta, esperando coyuntura para seguir á sus amigos. No le sirvió el sitio inmundo en que le parecía estar seguro, porque registrando bien el mozo y el alcalde los escondrijos de la casa, lo encontraron al fin agazapado y metido entre las inmundicias del lugar. Costó mucho al mozo el recabar de los indios que no matasen al intérprete, diciéndoles que se enojaría el padre y le darían una grandísima pesadumbre. Sin embargo, dándole una buena zurra le dejaron bien atado hasta la mañana; pero él, avivado con los azotes, discurrió tanto aquella noche, que contra lo que se podía esperar de las fuertes ataduras logró escapar al monte antes de la mañana. Es creible que con los dientes tronchase las ataduras, pues los suelen tener tan firmes y tan afilados que cortan á las veces con ellos palos y varas con tanta facilidad como con una navaja ó cuchillo. Cuando llegó el padre de su viaje halló á los Iquitos alborotados y deseosos de tomar venganza de los infieles que habían hecho el asalto. Sosególos como pudo, y agradeciéndoles la fidelidad de no haber acabado con el intérprete, procuró avisar á los del río Blanco, diciéndoles de su parte que no temiesen por lo pasado, pero que se enmendasen de allí en adelante, y que supiesen que lo que había en el pueblo era suyo, que viniesen cuando les pareciese y serían recibidos como amigos. Todo esto era necesario para no volver atrás de lo comenzado, y para reducir á la nación entera, que, aunque vengativa y bárbara, es también suspicaz y tímida. Tuvo buen efecto el recado del misionero, porque á poco tiempo vino un buen golpe de gente de lo alto del Nanai al pueblo de Santa Bárbara, y al de Santa María se agregaron varios gentiles del río Necamumus.

Pero ninguna cosa ayudó tanto á la conquista de los Iquitos como la venida de un mozo llamado Plácido Segura, que llegó á Santa Bárbara como á la mitad del año de 64, bien provisto de todas las cosas necesarias para hacer entradas por los montes y atraer á los gentiles. Deseaba Plácido entrar en la Compañía y pensó hacer méritos para su recibo, trabajando bajo la dirección del misionero en las penosas misiones de los Iquitos. Era un joven de corazón grande, de buenas costumbres, de condición afable y de complexión robusta; y como traía consigo dos buenos fardos de hierro, lienzos, cuchillos, rosarios, cruces y anzuelos, con otras varias cosas en que el P. Milanesi, procurador de la misión, no había andado nada escaso, llenó de consuelo y alegría el corazón del P. Uriarte, que considerando las prendas aventajadas del pretendiente y la abundan-

cia de socorros que traía, concibió grandes esperanzas de la pronta reducción de los Iquitos. Admiró en la venida de este mozo la singular providencia del Señor, que le traía en unas circunstancias en que estando él achacoso, enfermo y cargado de reumas, lejos de poder hacer entradas por los montes, no hacía poco en mantenerse en pie, cuidar de su pueblo y hacer sus viajes al de Santa María. Procuró instruirle, desde luego, sobre el trato blando y cariñoso que debía usar con los indios, sobre el modo de hacer las entradas á los montes con cautela, con suavidad y sin violencia. Advirtióle del buen ejemplo que debía dar siempre en el pueblo y en los caminos y cómo había de evitar todo rigor y aspereza, porque en aquellas tierras no se podía dar un paso adelante sin ganar primero la voluntad á los indios con dones, atención y buenas palabras. Eran estas circunstancias muy conformes al genio y costumbres del pretendiente, que como capaz y de buena voluntad las practicó con mucho cuidado, y aunque padeció grandes trabajos y se vió en grandes peligros de la vida, como veremos, logró recoger una grande muchedumbre de gentiles y reducirlos al seno de la Iglesia.

No bien había entrado Plácido en el pueblo de Santa Bárbara cuando salió por primera vez con un indio principal y algunas canoas, hacia las alturas del río Nanai; y se manejó tan bien en esta primera entrada, que trajo consigo un buen golpe de Iquitos retirados, que acariciados, le siguieron al pueblo donde se establecieron. Más larga y penosa y de mayor fruto fué la segunda entrada hacia el río Blanco, en que llevó por compañeros de la expedición algunos Iquitos de Santa Bárbara, parientes y amigos de los que habitaban en las orillas de aquel río. Y para que el fruto fuese más cumplido, se le juntaron también algunas canoas de Santa María con indios fieles señalados del hermano Pedro para convidar á los Necamumus, con quienes tenían parentesco. Navegaron juntas ambas cuadrillas por el río Nanai hasta la boca del río Chambira. En este paraje se dividieron las canoas conforme al destino diferente que llevaban. Las de Santa María tomaron un rumbo hacia las tierras de los Necamumus, por el mismo Chambira, y las de Plácido subieron por el río Blanco. Como á veinte días de navegación, escribió éste al P. Uriarte con un licor colorado que le sirvió de tinta, cómo había hallado infinita gente y una casta de gigantes blancos y rollizos que deseaban poblarse, unos á las riberas del río Blanco y otros en el mismo pueblo de Santa Bárbara. Añadía que los mozos fuertes y robustos se adelantarían por el monte y los viejos, mujeres y niños irían por agua en las canoas; que procurase prevenir sitios en las casas y disponer vituallas para unas 200 almas por lo menos.

No tuvo tiempo el padre para prevenir las cosas como avisaba el pretendiente, porque al día siguiente en que llegó el mensajero con la carta fueron asomando tropas de infieles por el monte de á diez y de á veinte, y últimamente Plácido, que, aviada por agua la gente flaca, venía por tierra con los postreros, pero tan rendido y postrado, que en me-

dio de ser bien ligero y de mucho aguante, no podía seguir ni aun á los últimos; tan hechos estaban los del río Blanco á caminar por los montes y á trepar como cabras por sitios inaccesibles. Una semana después llegó la gente de las canoas, que, bajando algunos días por el río Blanco, habían subido por algunos más contra las corrientes del Nanai. Venía guiando la comitiva un cacique del pueblo llamado Casaja, indio fiel, capaz y cuidadoso, que á todos los traía con salud, sin haber experimentado desgracia. ¿Quién podrá explicar el consuelo del misionero al ver en su pueblo tanta gente lucida que, dejando sus plantíos y sementeras, que al fin ésta es su hacienda, venía, atravesando montes y surcando ríos, á la menor insinuación? Dió gracias á la Santísima Virgen, á san Francisco Xavier y á santa Bárbara, á quienes había encomendado la empresa. Bautizó á los niños, vistió á los desnudos, que no eran pocos, agasajó á todos y los distribuyó por las casas hasta que, con la ayuda de los del pueblo, hicieron las suyas.

Igual suceso tuvieron, y aun más feliz, los indios de Santa María, que topando con los Necamumus, á quienes buscaban, se dieron tan buena maña en persuadirlos la venida á su pueblo, que, atestadas de gente las canoas, apenas pudieron hacer el viaje. Gozoso el hermano Pedro con la vista de tales indios y del número grande de párvulos, avisó luego al padre Uriarte para que viniese á celebrar bautismos, que eran muchos, porque fuera de la gente nueva, en que venía tanta criatura, habían nacido muchos en el pueblo. Subió luego á Santa María el misionero, é hizo en esta ocasión tantos bautismos, que, como él mismo escribe en sus diarios, ya se le cansaba la mano y le faltaba la saliva. ¡Oh qué consuelo tan grande para el padre y para el hermano ver á tantos niños con la estola de la gracia, sabiendo bien lo que sucedía en aquellos parajes, que, de las cuatro partes, las tres morirían con ella antes de llegar al uso de la razón! Verdaderamente, que aunque en estas penosas misiones no se cogiera otro fruto que el que se coge con los párvulos, todo sudor y fatiga es nada en comparación de tantas dichas y eternas felicidades. No quiso el Señor que aquí parase el contento de estos celosos operarios: dióles otro consuelo en que por entonces no pensaban. Llegó á Santa María un gentil con un Santo Cristo en la mano, diciendo que lo había encontrado colgado con su cordón de un arbolito en un sitio que parecía haber sido rancho viejo. Cogiólo el hermano Pedro, y besándolo con ternura se le entregó al P. Uriarte, reconociendo ser éste el Crucifijo que había perdido en el camino á San Joaquín, sin saber si había sido perdido en agua ó en tierra. Dió gracias á Dios y á San Antonio de que volviese á sus manos lo que tanto apreciaba; y volviéndose al indio que le había topado, le dijo estas palabras: «Ya ves, hijo mío, que has hallado á Jesucristo, y que ésta no ha sido casualidad, sino providencia divina que quiere salvar tu alma. Ven, pues, á vivir con tu familia entre los cristianos, que Jesucristo, como buen Pastor, te ha salido al encuentro y te llama á su rebaño.» No fueron necesarias más palabras. El in-

dio vino á vivir con los cristianos y se avecindó en el pueblo de Santa María.

No pararon aquí los felices sucesos del Nanai, porque habiendo descansado el mozo Plácido, y ayudado por un poco de tiempo al misionero á cortar y coser camisetas y pampanillas y calzones para vestir con decencia á la gente nueva, ya se hallaba dispuesto para hacer otra tentativa por las alturas del Nanai. Encomendóse esta tercera empresa á San Francisco Xavier, y el santo la favoreció de manera que á pocas semanas volvió acompañado de una buena parcialidad de gente limpia y bizarra, pero tan nueva, que apenas tenía noticia de misioneros, ni había oído que los padres socorrían á los indios con herramientas, anzuelos, hachas y vestidos. Al ver estas cosillas que Plácido les mostraba y ofrecía con buena cara, se vinieron luego tras él dejando sus montes y queriendo vivir en pueblo asistidos de los padres. Llegados á la reducción, se entendió ser esta gente cierta parcialidad que se había conservado sin comunicación alguna con las otras, y por lo mismo pacífica y que no sabía de venganzas. Casi toda la gente era moza y de buena edad, por haberse muerto los viejos de epidemias. Los hombres trabajaban en los campos y las mujeres en telas de varios colores, que formaban de varias raíces y hierbas puestas en infusión, de donde nacía que estaban todos aseados y curiosos. En particular las pampanillas de las mujeres estaban muy bien tejidas y adornadas con muchos dijes de dientes de monas, tigres y puercos que les hacían más largas y más honestas, y al caminar sonaban como cascabeles. Traían los hombres pendientes de la nariz agujereada unas planchitas triangulares de concha que relucían como plata bruñida. No faltaban á las mujeres sus arracadas ó pendientes que podían engañar en Europa por la semejanza que tenían con perlas y con plata. Todos los ajuares que traían eran curiosos, hasta las lanzas, los cántaros y las ollas.

En esta misma ocasión vinieron también á Santa María varios gentiles, y se valió el Señor para traerlos de un medio bien particular en que no pensaba el hermano Pedro. Habíase escapado al monte un indio llamado Pablo, á quien el P. Uriarte había curado de una peligrosa picadura de una culebra en un ojo, y ya moribundo le había bautizado. No hallaba sosiego en el monte por más que tiraba á espaciarse y divertirse con otros montaraces, que á todos los placeres se sobreponía el clamor de la conciencia con una voz que le decía: «Vuelve, vuelve al pueblo. Allí está cerca el P. Manuel que te curó y bautizó; no te mueras aquí y vayas al fuego del infierno como dicen tantas veces los padres á los cristianos que vuelven al monte.» Con estas frecuentes aldabadas que sentía en el corazón, se determinó, finalmente, á volver á Santa María, y para recompensar el mal ejemplo que había dado con la fuga, se hizo conquistador de otros indios. Hízolo á varios infieles amigos suyos y les persuadió á que imitasen á los Necamumus, conocidos suyos, los cuales perseveraban contentos y atendidos del hermano Pedro en el pueblo de

Santa María. Acomodándose todos en sus canoillas fueron siguiendo al nuevo apóstol y éste los presentó al hermano diciendo: «Yo soy Pablo, que há tiempo que escapé al monte; ahora vuelvo por tí y por el P. Manuel que nos queréis. Y para que no te enojes por mi retirada, te traigo estos mis parientes, y advierto que otros quedan esperando canoas para venir. Recibióle con cariño el hermano Pedro y dió gracias á Dios que así le consolaba por donde menos lo esperaba.

CAPITULO XIX

CÓMO ESTUVO PARA PERDERSE EL PUEBLO DE SANTA BÁRBARA. HISTORIA DE LOS CHUARAS

Mucha prosperidad era ésta en ambas reducciones; era necesario que se mezclasen algunas contradicciones sin las cuales no se establecen sólidamente las obras del Señor. Envidioso el demonio de tantas almas como se iban al cielo, y rabioso porque se las sacaban de las garras, inventó varios ardides para acabar, si pudiese, con toda la cristiandad de los Iquitos Movió á un brujo viejo llamado Parrano, para que haciendo de doctor y maestro de los indios, apartase las gentes de la iglesia, las retirase de la doctrina y las prohibiese la comunicación con el padre, diciendo que lo que llamaban catecismo era una pura invención de los blancos, muy contraria, como veían, á los usos antiguos y costumbres asentadas de sus mayores. Como era parlador y á su modo elocuente y satisfecho, hacía mucha riza en los pobres indios, no sólo con las palabras, sino también con los ejemplos, enseñándoles á hacer bebidas fuertes con el intento de que prevaleciendo la borrachera se fuesen haciendo cada día más brutos sin hacer caso de la ley que se les predicaba. Creía el misionero conveniente y aun necesario oponerse á tantos daños y pensaba mucho sobre el modo de poner remedio á la raíz de tantos desórdenes. En realidad era difícil y peligroso, porque el brujo era hombre de autoridad entre los indios y contaba muchos parientes, y era de temer que al más ligero castigo se alborotasen todos y se escandalizasen los nuevos viendo ejecutar alguna pena en persona de tanto crédito.

Sin embargo de estos inconvenientes, como la cosa iba adelante y ya algunos estaban pervertidos del malvado viejo, se determinó el misionero antes de la Misa á hacer en la puerta de la iglesia alguna demostración con el brujo, la cual sirviese de escarmiento á los demás. Mandó á un fiscal que delante de todos le diese algunos azotes sobre la camisa, más por ceremonia que por causarle algun dolor. Resistióse el viejo y se desvergonzaba. Lo cual visto por Plácido, dijo al Padre: Porque V. R. le perdona tánto y le trata con tanta delicadeza se hace este bruto tan insolente. Yo le castigaré como merece. Y diciendo y haciendo, le cogió y le llevó á la casa, donde atadas las manos á un madero, comenzó á darle buenos

latigazos en la espalda. Gritaba el indio llamando al misionero, que acudiendo pronto y haciendo del enojado con el mozo porque le azotaba demasiado (habiéndole dado ocho golpes), le quitó las ataduras y soltó, diciéndole compasivo: Hijo, tú hiciste mal en no oir al padre que te quiere bien, y por eso este viracocha se ha enojado. Enmiéndate, y seremos amigos como antes Sí, padre, decía el viejo, yo seré bueno en adelante, pero éste me quiere matar. No mato yo á nadie, dijo Plácido, sino te azoto porque al sacerdote de Dios respondiste con desvergüenza.

Fué providencia de Dios de que el padre, en lance tan crítico, acudiese con tanta prontitud á librar al brujo de los azotes, á soltarlo y acariciarlo, porque ya sus parientes trataban en la iglesia de salir á coger sus lanzas y matar al mozo, y quizá después al misionero y á los de su casa. Pero como vieron la diligencia en librarlo y que se había enojado por los azotes con el blanco, poniéndose de parte de Parrano, se sosegaron y dejaron la venganza. Conoció el misionero el peligro en que había estado, y procuró recompensar con caricias, suavidad y blandura, lo que acaso se había excedido en rigor. Tanta condescendencia es necesaria en los pueblos nuevos para no arruinarlo todo en un solo lance. Vino Parrano con el padre y mozo á la iglesia, donde hizo á todos el misionero una plática, como dando satisfacción de lo hecho. Ya veis, hijos míos, les decía, cómo este viejo cristiano había dado motivo para un ligero castigo; mas porque se resistió y os dió mal ejemplo, le ató el viracocha y quería darle muchos azotes. Pero yo, que os quiero mucho, le libré; y como él quiera enmendarse, nunca nos enojaremos. Sí, padre, respondía el viejo; ya seré bueno, vendré á rezar y no detendré á otros en bebidas. Volviéndose después el misionero á los nuevos que le daban mucho cuidado, prosiguió la plática diciendo: Yo os amo, hijos míos; no os espantéis por lo que ha sucedido. Este, que era ya cristiano, por ser bautizado merecía algún castigo por sus desórdenes. Pero no temáis vosotros ni penséis en volver al monte. No se os tocará al hilo de la ropa, y así, estad alegres y contentos como antes. Al volver el padre á casa, vino también Parrano con los alcaldes, y muy humilde, le besó la mano y fué despedido alegre y contento con un traguito de aguardiente que le dió el misionero. Quedó el viejo agradecido á tanta suavidad y blandura como había experimentado en el padre, y en señal de su reconocimiento le trajo una hija suya única que tenía de diez años, para que se criase en la casa de recogimiento. De esta suerte se convirtió en bien del pueblo lo que el enemigo común había inventado para la ruina de todos.

Otro caso sucedió en el mismo tiempo, en que hubiera quedado el misionero sin pueblo, como allá en el Napo, si la protectora de la reducción, santa Bárbara, no le hubiera favorecido con particular asistencia. Hacíase un desmonte alrededor del pueblo para que, despejado el sitio, gozase de aire más limpio y saludable. Encargó apretadamente el padre, conociendo el peligro, que ninguno diese fuego al desmonte hasta que corriese viento hacia la parte opuesta del pueblo y él avisase. Todos co-

nocieron la importancia del aviso, y como no querían perecer, ninguno pensó en contravenir á orden tan necesaria. Cuando un día, de repente, y sin saber cómo, se prende fuego en el monte en ocasión en que corría un viento deshecho hacia el pueblo. Estaba la mayor parte de la gente á trabajar en sus campos, y tomando fuerza la llama, venía corriendo sobre el pueblo á manera de una nube muy extendida como de media legua. El misionero, dándose por perdido en lo humano, no tuvo otro recurso que clamar á santa Bárbara bendita, suplicándola humildemente que salvase su pueblo, que perecía sin remedio. ¡Cosa maravillosa! Llegando ya la nube del fuego cerca de la iglesia y casas, paró de repente sin proseguir adelante ni prender en materia tan dispuesta, quedando todo el desmonte tan bien quemado, como si se hubiera hecho de propósito. Se procuró después apagar los árboles que quedaban humeando, y tuvieron los indios leña para más de un año, y la ventaja de hallar muchos palos gruesos ya cortados y curados que sirvieron para varias obras.

Dieron todos gracias con mucha devoción á la santa Patrona, que había librado milagrosamente del incendio á la reducción, y les había favorecido en tantas tempestades, que son en el Nanai terribles y espantosas, y suelen causar muertes é incendios por los muchos rayos que despiden. Sólo haré mención de uno que cayó delante de la casa del misionero, y fué ocasión que se encontrasen debajo de tierra cosas maravillosas. Cayó sobre un cedro hermoso que se había dejado de propósito entre la iglesia y la casa del padre, y partiéndole por medio, le soterró. Quedaron sanos los raigones del árbol, de que se hicieron muy buenas tablas, y para sacar bien las raíces, dió orden el misionero de que se cavase alrededor hasta la profundidad de dos varas, y se hallaron en lo más hondo de las raíces muchos pedazos de copal amarillo y transparente, que á lo que pensó el padre era la célebre resina ó incienso del cedro, de que dicen los naturalistas que *extinguit serpentes*. No fué ésta la única cosa singular que se encontró en la hoya; hallóse también un panal de abejas más pequeñas que moscas, las cuales tenían su colmena en la vecindad del tronco; su miel era buena, y la cera amarilla. La senda subterránea que les guiaba á la casa era oblicua, y el agujerito por donde entraban y salían muy pequeño, y comenzaba por la parte superior de un raigón sobresaliente en la forma de un alar de tejado. Descubríase claramente la divina Providencia en aquellas abejitas á quienes dió instinto para fabricar su casita debajo de tierra con tanto resguardo que no pudiese entrar en ella ni el agua ni otras sabandijas sutiles de que abunda aquella tierra.

No dió menos en qué entender al misionero otro caso singular y curioso que sucedió á dos indios que salieron á pescar. No bien habían cogido unas charapillas, cuando se vinieron espantados al pueblo, temiendo de los diablos de agua que llaman Chuaras. Uno tiró á su casa sin saber lo que le pasaba, y el otro se quedó azorado en la iglesia donde estaba el

misionero, que viéndole tan sobresaltado le llevó á su aposento para oirle y examinar despacio la causa de tanto azoramiento. Apenas acertaba el indio á pronunciar palabra, mas al fin dijo: Padre, salimos á pescar un compañero y yo, y estando cerca del río asando yucas y peces para comer, salieron del río dos Chuaras, como dos indios desnudos, y nos pidieron de comer, diciendo: Vosotros traéis lanzas; nosotros no las tenemos; no nos matéis y seamos amigos. Asombrados nosotros, les dimos lo que teníamos. Comieron y se volvieron á sumergir en el agua. Viendo esto, tomamos espantados nuestra canoita, y venimos á toda boga á decirte esto. Nosotros jamás lo habíamos visto, pero nuestros viejos dicen que ellos han visto varias veces estos Chuaras ó diablos de agua. ¿No te acordaste, dijo el padre, de hacer la señal de la cruz? No me acordé, respondió el indio, con la turbación y aturdimiento, hasta lo último, y entonces la hice con disimulo y se marcharon. Después de la relación llamó el padre al compañero y le examinó aparte, el cual contestó lo mismo que el compañero, protestando que jamás volvería á aquel paraje porque no le cogieran los Chuaras.

Despachados los indios, púsose el padre á pensar muy despacio sobre la historia y sus circunstancias. No le pareció que aquellos indios tenían motivo ó causa para mentir sin fruto ó provecho alguno; ambos estaban contestes y parece que hablaban con toda sinceridad descubriéndose todavía en ellos los efectos de la turbación primera. Sabía muy bien que los indios rayanos de Portugal contaban varias historias de Chuaras ó diablos aparecidos en el agua, y le parecía cosa dura el decir ó pensar que ninguna de ellas tenía fundamento. Por estas razones se inclinó mucho á creer el caso como verdadero, pero no creyó que aquellos indios desnudos fuesen Chuaras ó diablos del agua. Porque ¿á qué fin el diablo se había de fingir indio, hablar unas pocas palabras, decir que no le matasen, comer yuca y pescado y volver luego á zambullirse? ¿No parece esto cosa propia del demonio, que suele siempre dar malos consejos y dejar á la gente con un particular espanto? El mismo padre había conocido varios que, después que el demonio les había hablado, casi todos habían muerto presto. Y suele estar esta gente muy terca en recibir el bautismo. Nada de esto aconteció en estos indios, y si huyeron los indios aparecidos, cuando hizo la señal de la cruz uno de los pescadores, era porque habían ya comido y estaban dispuestos á zambullirse, y se hubieran zambullido de la misma manera aunque no se hubiera hecho tal señal.

Hizo, pues, juicio el misionero, que puede un hombre acostumbrarse á vivir dentro del agua, conforme á lo que escribe el erudito P. Feijóo de aquel caso sabido de todos del mozo de Liérganes, á quien pescaron en Cádiz después de haber vivido varios años en el mar entre los peces. Oigo lo que dicen muchos, que el caso fué preternatural y efecto de la maldición de su madre. Pero ni yo creo esta circunstancia, ni pienso que esté bien averiguada, antes bien una persona digna de todo crédito, que leyó en Liérganes con toda reflexión y cuidado la relación del hecho

autenticada con la firma de varios notarios, me ha dicho y asegurado varias veces que no consta en ella de tal maldición, y que era el común sentir de los viejos de dicho lugar que los padres del hombre pez eran muy cristianos, y en particular la madre incapaz de maldecir á su hijo.

Yo no hallo dificultad en creer que algunos Iquitos hechos ya á andar por el agua, probasen, ó por melancolía, ó por temor de sus enemigos, ó por alguna otra causa, á vivir en el río como los peces, y que se saliesen con ello, llegando, finalmente, á ser como hombres anfibios. Cada día se ve en aquellos ríos que cuando un indio está á la orilla con su anzuelo, va otro con disimulo desde lejos y sin ser sentido viene por el agua, y buscando el anzuelo, se agarra de él y remeda los movimientos del pez que se desea. Parécele al pescador que ha caído un pez muy grande, tira y forcejea por sacarle sin poder atraerlo, hasta que el pez fingido saca la mano con el anzuelo, y celebrando el chasco vuelve á huirse por dentro del agua y sale bien lejos á la orilla. Ayuda mucho á este modo de pensar el estar el agua en estos ríos tibia, y por lo mismo más acomodada á vivir en ella que no en el océano, en donde están también mucho más distantes las orillas que en los ríos, en que se tienen á la mano siempre y cuando se quieren buscar.

Finalmente, en lo animal conviene el hombre con las bestias que también necesitan para vivir de alguna respiración. Sin embargo de esto, hay en aquellas tierras tantos animales anfibios que en otras partes no son sino terrestres, como el capiguagra ó puerco grande, el lobillo, que es como un perro, la danta, que es como una mula, y el pez buey, que es como una vaca. Pues ¿qué mucho que en aquella gentilidad en que viven los indios como bestias, sin más pensamientos que comer y beber y librarse de sus enemigos, alguno ó algunos poseídos de la pasión ó instigados del común enemigo hayan tomado el partido de vivir también entre los peces?

Estas conjeturas no me parecen despreciables, pero cada uno juzgue en esto lo que mejor le pareciere, ponderando estas razones y otras muchas que se le ofrecerán por una y otra parte.

CAPÍTULO XX

ES SEÑALADO EL P. URIARTE PARA SAN JOAQUÍN, Y OTROS SUCESOS QUE ACAECIERON EN LA MISIÓN BAJA

Mientras iba notablemente creciendo por el río Nanai el número de los neófitos y vivían concordes entre sí los Necamumus, Blancos y Cacumaños, enemigos antes capitales en el río Tigre, caminaba á su ruina el pueblo de San Xavier, que estaba bien distante de Santa Bárbara. Habíale fundado poco antes el P. José Palme, después de haber recogido las reliquias de unos indios llamados Alabonos, de otro pueblo deshecho, en

cuya expedición tuvo que navegar por veintiún días en el río Tigre. Los trabajos que padeció este misionero en el establecimiento de esta novísima reducción, en tanta distancia y con sola la compañía de un mestizo, el Señor los sabe, y se los premió, como espero con una muerte dichosa que le concedió aquí en Bolonia después de su larga navegación del otro mundo, cuando se dividieron los misioneros á sus antiguas provincias. Muchas veces le buscaron los indios para la muerte en aquel desierto y le era necesario pasar las noches en vela para que no lo cogiesen descuidado. Por la mucha necesidad y falta de alimento cayó enfermo; pero animándose á sí mismo, se iba reponiendo y con grande conformidad con la voluntad del Señor se ofrecía á mayores trabajos por el bien y adelantamiento de su pueblo, cuando á poco más de un año de su fundación comenzó á picar la peste en la reducción, que tomando cuerpo desde luego arrastraba á los más á la sepultura. Varios Alabonos, con un capitán Mauricio, se retiraron á sus antiguas tierras, más de diez y ocho días de camino río arriba. Al P. Palme, picado del contagio y postrado en una camilla sin poder menearse, lo llevaron al pueblo de San Regis algunos indios enviados del misionero de esta reducción, el cual procuró atender á su cura. Los demás Alabonos que quedaban en San Xavier bajaron con su cacique Nejarano por consejo del padre, casi moribundo, á Santa Bárbara, donde los Iquitos, no temiendo peste, los recibieron generosamente, sustentaron con abundacia y curaron con mucha caridad. Fué cosa en la realidad prodigiosa que ninguno de tantos indios enfermos que vinieron con mucho trabajo y necesidad desde el río Tigre hasta el Nanai por camino desastroso muriera en el viaje. Parece que quiso el Señor premiar la resolución que tomaron de juntarse los cristianos.

Dió el misionero de Santa Bárbara las providencias necesarias para establecer cómodamente á los recién venidos, de manera que no extrañasen el trato y comunicación con los Iquitos. Haciales caricias, les alababa y agasajaba delante de los suyos, para que todos se animasen á tratarlos con cariño, y ellos mismos se alegrasen con el buen recibimiento y viniesen contentos. Con este cuidado tan particular, fueron sanando los enfermos y se iban acomodando todos á las prácticas y establecimientos del pueblo. Muchas ventajas se prometía el P. Uriarte de una reducción tan crecida, que mostraba docilidad y prontitud en cuanto mandaba, cuando fué llamado en el año 65 á las consultas acostumbradas de San Joaquín. Partió alegre y contento por estar noticioso de varios misioneros venidos de Quito, y animado de la esperanza de traer alguno consigo para concluir del todo la conquista de los Iquitos. Mas le sucedió todo al contrario de lo que había pensado, porque el nuevo visitador, Pablo Aguilar, al ver en San Joaquín al padre, le dijo en las primeras salutaciones: V. R. padre Manuel, vendrá empeñado en dos cosas: en volverse presto y en llevar consigo algunos de los padres á su Nanai. Pues, padre mío, ni uno ni otro se le concederá. Aquí quedará de vicesuperior mientras durare mi visita. Envíe luego canoa por sus trastos, y el

hermano Pedro con su Plácido cuidarán entre tanto de aquella misión. Estos padres recién venidos que aquí están, son del todo necesarios para la misión alta, el P. José Romei para los Muratas y el P. José Zenitagoya para los Pinches, y para los Chayavitas el P. Berroeta. Sólo quedará en la misión baja el P. Máximo Negri, que pasará á los Ticunas de Loreto. Paciencia, padre mío, que no se puede por ahora disponer otra cosa.

Quedó altamente penetrado de estas disposiciones el P. Uriarte, y aunque le llegaba al alma el dejar á los Iquitos en tan críticas circunstancias, conociendo ser inútiles todas las representaciones y propuestas con el padre visitador, se resignó á la obediencia dejando en mano del Señor y encomendándole muy de veras su querida misión. Pero como vicesuperior de toda la misión baja, no dejó de atender en cuanto pudo á los Iquitos, viéndolos tan desamparados y sin sacerdote. Envió á poco tiempo como de paso al Nanai al P. José Palme, ya convalecido, para bautizar á los niños; sacramentar á los enfermos y doctrinar á todos, pero con el orden preciso de que no se detuviese en cada pueblo más de quince días, porque no enfermase. Hízolo con mucha voluntad el obediente padre, sin faltar y sin exceder un ápice de lo mandado, y volvió muy edificado de las fatigas y cuidados del hermano Pedro, y alabando la industria y diligencia de Plácido en adelantar la iglesia y en atender con gran cuidado é igualdad á todos los de Santa Bárbara. Con estas noticias se consolaba el vicesuperior, en medio de las molestias que le causaba el oficio de atender aun en lo temporal á las necesidades de los demás pueblos.

Daban mucho cuidado los Yavas del pueblo de San Ignacio, de los cuales varios habían escapado al monte y lejos de volver al pueblo, como se creyó en los principios, no daban lugar á convites y estaban empeñados en cortar toda comunicación. A esta causa el P. Vahamonde, misionero de San Ignacio hizo, con parecer del P. Uriarte, una vigorosa representación al gobernador de la misión, que era entonces el Sr. D. Antonio de Mena, proponiéndole que convenía y aun parecía necesaria una entrada con fuerzas respetables en los montes de los Yavas, que orgullosos por la impunidad, traerían mucho daño á su pueblo si no se les contenía de algún modo. Parecióle buena ocasión al Sr. Mena para hacer méritos, y escribió á los misioneros de la misión alta que le enviasen indios bien armados para la empresa. No dejaron de venir algunos de valor y bien pertrechados, pero como enfermasen de cursos, así por el viaje largo como por la mudanza de temples á que no estaban acostumbrados, cayó al fin todo el peso de la expedición sobre los indios del partido viejo, y tuvieron que hacer los Omaguas la principal fuerza bajo un teniente enviado de D. Antonio. Para evitar, en cuanto fuese posible, toda violencia y no exasperar, sin necesidad, á los Yavas, tomó el teniente sus instrucciones del P. Vahamonde como tan práctico de aquellas tierras y que conocía tan bien la condición de los Yavas.

Tomadas estas precauciones, entró el teniente con los suyos guar-

dando todo el orden necesario en estas circunstancias, por el monte donde se habían retirado los Yavas, y hallando algunas casas se llegó á ellas con silencio y les puso cerco. Luego que lo notaron los habitadores echaron mano de las armas, como suelen para defenderse, pero hablándoles el teniente con afabilidad y cariño, según la prevención del padre, y prometiéndoles que no se daría castigo alguno á los fugitivos, se pusieron los Yavas en sus manos, y vencidos más de la buena manera que de retos y amenazas, vinieron con él en número de 100 hasta el pueblo de San Ignacio. Pero aquí empezaron las disensiones sobre su destino. Decía el teniente tener orden expresa de su gobernador para llevarlos á San Joaquín, donde estarían seguros quitándoles la ocasión de volver á escaparse. Y los Omaguas mismos, como era natural, instaban con el teniente por el cumplimiento del orden conociendo la utilidad que se les seguiría en tener gente y muchachos de quienes servirse. Oponíase fuertemente á la transmigración el P. Vahamonde, porque los Yavas que quedaban en el monte eran muchos más en número, y parientes de los pocos que se habían rendido, y con sólo entender que á éstos les llevaban á San Joaquín de Omaguas, corría grande riesgo que de noche acometiesen al pueblo, le matasen á él y arrasasen toda la cristiandad que estaba á su cargo. Por este peligro, que en realidad era inminente, y ninguno le conocía mejor que el misionero de San Ignacio, no vino en manera alguna en que los Yavas saliesen entonces de su pueblo; y escribió al gobernador una carta atenta y convincente, haciéndole presente las razones fuertes que tenía para no permitir el que los Yavas subiesen á San Joaquín.

Poco práctico el gobernador, instaba y con buen celo á que se pusiese en ejecución el orden dado al teniente y el negocio se iba poniendo en malos términos. Pero quiso el Señor que el vicesuperior de Omagua á quien difería no poco el Sr. Mena, le sosegase y trajese á la razón con una carta que le escribió en esta substancia.

«Señor gobernador: El recelo del P. Vahamonde está bien fundado; el »riesgo es conocido y el peligro cierto. Ni es el P. Vahamonde persona »capaz de dar lugar á temores vanos. Ha estado toda su vida entre dar»dos y lanzas, siempre cercado de enemigos y siempre superior á to»dos sin que le hayan acobardado jamás los peligros que no se pueden »evitar prudentemente. Pero en esta ocasión debe Vmd., pues puede y »está obligado á ello, mirar por su vida y por la de todos. Para hacer »méritos ha hecho Vmd. bastante en sacar á la gente de los montes; con »esto ha cumplido, ni pienso que le pueden pedir otra cosa. Mas, ¿en qué »lugar, en qué sitio ó pueblo se podrán conservar establemente los trai»dos? La larga práctica y experiencia de los misioneros viejos es regla »más cierta y segura que todas las especulativas. En realidad, yo me in»teresaba mucho en aumentar mi pueblo con esta gente nueva, pero me »ha enseñado la experiencia que teniendo los nuevos caminos abiertos por »la corriente, ó río abajo, se huyen los más, si vienen forzados, pues una »balsa que forman con dos palos, les basta y sobra para hacer su viaje.

»En San Ignacio de Pevas ¡tienen los nuevos Yavas sus conocidos y pa»rientes, y con el buen trato del P. Vahamonde, que les tiene bien cono»cidos y tanteados, es más creible que permanecerán y que quizá trai»gan otros de nuevo.» Con estas razones se aquietó el gobernador, y no se pensó más en sacar á los Yavas de San Ignacio.

CAPITULO XXI

INTENTA EL P. XAVIER VEIGEL RESTAURAR LA MISIÓN PERDIDA DEL RÍO UCAYALE

Aunque el P. Xavier Veigel estaba bien trabajado de los muchos viajes, navegaciones y caminos que había tenido que hacer como superior de las misiones, y muy en particular del que en este año de 66 había hecho á Quito, en tiempo de lluvias y crecientes, no había perdido el ánimo que siempre tuvo muy resuelto de restaurar la misión del río Ucayale en otro tiempo tan asistido y floreciente. Viene este caudaloso río desde las cordilleras del Cuzco por más de 500 leguas, hasta desaguar en el Marañón, media legua antes del pueblo de San Joaquín, por dos bocas de más de dos leguas. En tan largo curso siempre se creyó que había infinitas naciones en sus riberas, islas y montañas. Porque en medio de haber fundado el P. Rither y el hermano Heredia nueve pueblos de diversas naciones en las orillas de este río, restaba de conquistar la mayor parte de los indios.

Había subido el P. Veigel los años pasados, y siendo todavía visitador, por el río Ucayale, con el designio de reparar las quiebras pasadas. Pero, como otro Moisés, no logró más que ver la tierra prometida que deseaba, porque viendo la cobardía de los indios que le acompañaban y el miedo que mostraban á los Pirros y Cunivos por haber acabado en otro tiempo con su misionero y deshecho la armada de los españoles, tuvo por más acertado dar la vuelta contento con enterarse bien de las tierras, observar las distancias y delinear los puestos. Mas ahora, con las muchas noticias que halló de esta misión lucida en el archivo de Quito y con el buen lado que le hacía el provincial, á quien comunicó su pensamiento, se determinó á la empresa con más coraje, antes que expirase el término de su gobierno.

Señaló 200 indios de las naciones y pueblos de la misión alta, como gente valiente y esforzada en estas expediciones, trajo como 10 mestizos de la ciudad de Borja, y por cabezas que dirigiesen la acción, á un teniente y á un Juan Ponce, hombre de conocida prudencia y de valor experimentado. Tomó por compañeros de la empresa al P. Plendendolfer, sujeto de grande capacidad y de mucha espera, calidad, á lo que encuentro, bien necesaria para templar los fuegos y moderar la actividad del mismo superior, que aunque hábil, docto, trabajador y celoso, era la

misma viveza, queriendo llevar las cosas en poco tiempo á su perfección. Dispuestos con toda presteza los matalotajes y canoas, salió la armadilla desde cerca de Borja en el mes de Agosto, y bajando por el Marañón, comenzó á subir por el Ucayale á grandes jornadas. Esto fué ocasión de que muriendo dos ó tres indios y enfermando varios, volvieron atrás otros 50 sin poder persuadirles otra cosa. No conviene sacar al indio de su paso; si con ruegos, donecillos y caricias entra de suyo, suele ser constante en el esfuerzo; mas si así no se le dobla, en vano serán todos los demás medios de imperios y de amenazas. Al mes de navegación no interrumpida llegaron después de mil trabajos á las cercanías de los Cunivos, que ya le parecía al P. Veigel tener en pocos días conquistados. Tánto era el deseo que tenía de ver restaurada aquella misión y tánta la esperanza que sentía en su corazón. Pero el suceso fué bien contrario á lo que pretendía en su ánimo.

Habían emprendido los franciscanos de Lima reducir desde el río Tarma, donde tenían doctrinas, alguna gente nueva, y metiéndose en el Ucayale, que comunica con su río, penetrado por él por muchas leguas. No ignoraban estos religiosos que el Ucayale había sido en otro tiempo misión de jesuítas; pero viendo la mies desamparada por tantos años, presentaron un memorial al virrey de Lima pidiendo facultad y licencia para internarse por este río. Procedieron en esto con moderación y arreglo, pero en tanta distancia no podían ciertamente atender á los Ucayales. Preguntó el virrey al procurador de los jesuitas, que á la sazón era el P. Ignacio Falcón, si sería en perjuicio de las misiones de la Compañía la entrada que pretendían los padres de San Francisco. Respondió el padre prontamente que podían entrar aquellos religiosos, porque los jesuitas tenían harto á que atender en las tierras más bajas y el número corto de misioneros no daba lugar á subir á las alturas de Ucayale.

Habida esta licencia dispusieron también los franciscos su entrada por el río Ucayale, en la misma coyuntura en que Veigel prevenía la suya. Venían aquéllos por la banda de Lima y los nuestros navegaban de la banda del Marañón. Como unos subían y bajaban otros por el mismo camino, era preciso encontrarse las dos escuadras sin saber la una de la otra. Esta fué la causa porque avistándose á poca distancia de los montes de los Cunivos las dos armadillas sin conocerse desde lejos, fuese grande la consternación de unos y otros que se reputaron enemigos. Creían los nuestros que venían sobre ellos en gran número los Pirros y Cunivos, cuyo poder tenían bien conocido, y la memoria del lance pasado avivaba en las circunstancias el temor. Dió luego orden el superior que se pusiesen las canoas en media luna y todos aprontasen las armas para la defensa si fuesen acometidos. Los limeños tenían á los nuestros por portugueses ú holandeses alzados, y daban también sus órdenes y hacían preparativos para la defensa. Unos y otros estuvieron fijos por algún tiempo en el sitio en donde se avistaron, recelándose mutuamente y sin querer entrar en el peligro, hasta que fueron los nuestros saliendo del

ahogo por ciertas señales que llegaron á observar y por el ruido de trompetas, de cuyo instrumento no suelen usar los indios contentos con sus caracoles y bobonas.

Impaciente el P. Veigel de estarse así parado, se adelantó con bandera blanca una canoa de indios fieles y algunos mestizos bien prevenidos, que desde alguna distancia preguntasen si podían llegar de paz. Respondieron los de Lima, que podían acercarse sin temor alguno y con toda seguridad. Perdido ya todo el miedo, dieron fuerza de remos los bogas á nuestra canoa, acercándose en poco tiempo á la canoa capitana de los de Lima, y hallaron que se componía la armada, que tanto recelo les había causado, de unos religiosos franciscanos y de unos pocos soldados gallegos con sus cabos. Dieron entonces los nuestros su embajada distintamente, diciendo que tenía que hablar con ellos el superior de las misiones de la Compañía, que quedaba atrás con sus canoas. Respondió el comisario de los frailes con mucha alegría, como quien había salido también de un grande apuro, que se alegraba de tan feliz encuentro, que avisasen luego al superior cómo él saltaba á tierra para abrazarle. Vueltos los enviados con la respuesta, aunque le dió á Veigel un vuelco el corazón, por barruntar lo que era, disimuló la causa de su sentimiento y mandó arrimar todas las canoas á una playa, en donde por ser oportuna para el desembarco, hizo señal á la otra armadilla para que desembarcase.

Recibió en tierra el P. Veigel con tiernos abrazos á los religiosos, saludó cortésmente al cabo y soldados, y se alegraron entre sí los indios al ver tanta unión entre los misioneros. Después de estas primeras demostraciones, como más provisto de víveres, dió algún refresco á los huéspedes que estaban más faltos de vituallas, y como sobremesa diese el comisario alguna razón de su viaje con algún temor y encogimiento, tomó la palabra el P. Veigel y habló de esta manera: «R. P. Comisario, sabiendo ya la mucha gentilidad de esta nuestra antigua misión, sus muchos establecimientos, el orden y forma de cristiandad en que florecieron, me determiné por mí mismo á restaurarla compadeciéndome de tantas almas como perecían por falta de obreros evangélicos. Pocos años há, siendo visitador de nuestras misiones, hice la primera entrada y descubrimiento sin lograr otro fruto de mi viaje, por varios accidentes que ocurrieron, que el reconocer el curso del río, observar las tierras, delinear los puestos y notar las distancias. Ahora volvía la segunda vez con más conocimiento de las tierras, con otras noticias de lo pasado y con más experiencia del suceso. Pero ya que vuestras paternidades, con licencia y facultad del señor virrey, se han encargado de tan piadosa empresa, volveré contento el pie atrás, pues no nos faltan otras varias naciones y más vecinas que poder conquistar. Todos somos criados de un mismo padre de familias, y vasallos de aquel gran Rey á quien procuramos traer súbditos, vasallos y cristianos. Como este fin se consiga, no importa más que sea por medio de unos ó por la industria de otros. Ni la

Compañía de Jesús intenta otra cosa, antes se alegra que el nombre de Jesús sea conocido y honrado por todo el mundo, y que todas las religiones, clases y personas contribuyan con todas sus fuerzas al conocimiento y honra que se debe á tan augusto y sacrosanto nombre.»

El padre comisario, que en su aire, persona y conversación mostraba ser gran siervo de Dios, quedó admirado de este razonamiento, porque tenía algún recelo de que los nuestros, que habían estado en posesión de aquellas misiones, les disputasen el derecho de la conquista. Respondió, con pocas y muy humildes palabras, que no podía esperar otra cosa de la religiosidad, celo bien entendido y caridad cristiana de un jesuita que huye competencias y, á ejemplo del gran Padre San Ignacio, sólo busca la mayor gloria de Dios. Que él venía mandado de sus superiores, y aun animado á la empresa, por el Sr. Amat, virrey de Lima, que había hablado de paz á los indios que dejaba á las espaldas y no eran muchos. Que pensaba ya en volverse, enfermo como estaba de calenturas, y contaría en la ciudad de Lima el feliz encuentro, y cómo los jesuitas no estaban olvidados de los Pirros y Cunivos, aunque tan ingratos á sus misioneros. Tuvo la oportunidad el P. Veigel de fomentar la debilidad del padre comisario y aliviarle en sus calenturas con algunos remedios que consigo llevaba, y habiendo estado juntos en la playa un día entero, dichas las Misas por la mañana, tomó cada armadita el rumbo contrario con muchas salvas de amistad y agasajo.

Volvía el P. Veigel por una parte consolado y por otra poco satisfecho de su viaje. Erale causa de consuelo el que los padres franciscos hubiesen tomado á su cargo aquella gentilidad, por tanto tiempo olvidada; mas le causaba sentimiento el temor bien fundado del poco fruto que por la banda de Lima se podía coger en aquellos cerros y montañas, á donde no podrían atender como era necesario en tan grande distancia. Al contrario de nuestra misión baja, se les podría asistir con mayor comodidad por estar más vecina á los Cunivos y Pirros y tener en ella los socorros que no tenían los de Tarma. No dejó de acerbarle el sentimiento cuando oyó decir á nuestros Panos que entendían la lengua de los indios de los frailes; que los pacificados en el camino por el comisario eran muy pocos, y que estaba más adentro el golpe de Ucayales, los cuales querían antes volver á sus antiguos padres que entregarse á los frailes de San Francisco. Esta noticia sirvió al P. Veigel para dejar las cosas dispuestas de manera que, por mensajes de indios con recados cariñosos, se fuesen juntando los Ucayales en lo más bajo del río y en los sitios más cercanos á nuestra misión, dejando á los franciscos todo lo restante del río, en que podían emplearse con más fruto, como más vecino á sus doctrinas.

CAPITULO XXII

TRISTES NUEVAS DEL RÍO NANAI, ADONDE PASA LUEGO EL PADRE MANUEL URIARTE

No había estado el P. Uriarte en el pueblo de San Joaquín más de siete meses, cuando le llegaron de Nanai nuevas muy tristes de los muchos trabajos que se padecía en aquel partido. Al mozo Plácido, por impedir borracheras, le habían querido por dos veces matar los Iquitos de Santa Bárbara, y en una de ellas estuvo tan cerca de la muerte que, atado de pies y manos por aquellos brutos, estaba esperando ya el golpe del cuchillo. Pero viéndose sin remedio, supo con palabras blandas, mansas y cariñosas desarmar la ira de los vengativos. Fuera de esto, había entrado con la ocasión de las muchas lluvias y crecientes, la epidemia en los dos pueblos, y moría bastante gente sin que hubiese sacerdote que los socorriese. Por el miedo del contagio huían muchos á los montes, y otros se detenían por no caer, huyendo, en las garras de los tigres, como sucedió á la madre del cacique Casaja, cuya muerte había sido muy diferente de la de la madre, porque perseverando en el pueblo, murió picado de la peste, diciendo en aquella hora muchas cosas de consuelo y admiración á sus indios. Decíales que veía con sus mismos ojos á la Santísima Virgen y al Santo Angel de la Guarda, que le llevaban al cielo, que no llorasen su muerte porque había oído los consejos del padre; creía todo lo que creen los cristianos y se arrepentía de sus pecados. De esta manera, así la muerte dichosa del cacique como la desdichada de la madre, sirvió para contener á muchos en el pueblo, en donde quedaban unos por la esperanza del premio y perseveraban otros por el temor del castigo. Pero muchos, sin respeto á lo uno y á lo otro, se escapaban á los montes, y era de temer que si procedía la epidemia desapareciese al fin la mayor parte. Concluía Plácido la carta en que daba parte y razón del estado peligroso del pueblo rogando, suplicando y clamando al P. Uriarte que por amor de Jesucristo pasase allá cuanto antes y sin perder tiempo, antes que el pueblo se acabase, porque faltando sacerdote faltaba confesor, faltaba la Misa, faltaban los Sacramentos y faltaba todo.

El hermano Pedro Choneman, como soldado veterano hecho á todo trabajo, necesidad y miseria, escribía con más serenidad, aunque con no menor eficacia, diciendo: «Padre Manuel, ya llegó el tiempo en que por fuerza lo han de volver á su querida Nanai. Ya yo no puedo más. Mientras voy á ver á los de Santa Bárbara, como se me ha ordenado, desaparecen de mi pueblo muchos nuevos con no ser aquí tan fuerte la epidemia. Ha subido tanto la creciente que el pueblo está anegado. Los indios han escogido otro sitio alto y bien eminente á donde quiera ó no quiera es

preciso seguirlos. Con que queda perdido todo el trabajo de la iglesia y casa, y sólo se aprovecharán algunos materiales, con que empezaremos á trabajar de nuevo valiéndonos de las mismas sementeras. Aunque para mí son casi como si no fuesen, porque es grande la ingratitud de varios que, sin querer parecer á sus campos, no me traen un bocado de comida. Y cuando los busco, con cariño me responden: ¿Por qué no te vas al Marañón con el P. Manuel? Aquí ya entra la brujería del mal, nosotros queremos escondernos en el monte. Pero, al fin, como ovejas los voy recogiendo, y el cacique de V. R. me ayuda y los anima á perseverar. Véngase por Dios cuanto antes, que el Señor nos ayudará para asistir á tanto pobre miserable; y si morimos en la demanda, vamos bien. Me consuela el que viviré desde ahora más cerca de V. R. en este purgatorio en que Dios me ha puesto.» Esto escribía Pedro al P. Uriarte, y lo mismo decía al visitador, que, acabada su visita y vuelto á San Joaquín, conoció, aunque tarde, lo mucho que importaba no dejar el partido de Nanai sin sacerdote. Dió luego orden para que volviese prontamente el P. Uriarte, que haciendo apresuradamente las prevenciones y recogiendo los socorros que pudo, salió para aquel río á jornadas tiradas después de una ausencia de poco más de medio año, término bastantemente largo si se consideran las necesidades de aquella nueva misión de Iquitos.

A pocos días de navegación tirada, como lo pedían las circunstancias, llegó el padre á Santa María, sirviéndole de puerto la escalera misma de la casa. Tanto habían crecido los ríos, que estaba nadando todo el pueblo, y desde la iglesia se pescaba como desde una embarcación. Recibióle el hermano Pedro con los brazos abiertos, lleno el corazón de consuelo y asomándole las lágrimas á los ojos. En el mismo día llegó un indio viejo y consumido en una canoilla pidiéndole, con muchas ansias, el bautismo, y al punto se le bautizó por estar bien instruído. Bautizó después á los niños del pueblo y á varios enfermos, confesó á muchos y exhortó á todos á la perseverancia y á que no diesen lugar á supersticiones, pues ya veían que en el monte morían también los retirados. Dos días se detuvo en Santa María, y dejando un buen socorro al hermano Pedro y regalando á la gente nueva, partió al día tercero á Santa Bárbara que le daba cuidado.

Fué recibido, según costumbre, con la gritería y algazara que muestran los indios en tales ocasiones. Plácido y el otro mozo no cabían de contento teniendo allí su consuelo; pero los pobres indios, aunque se esforzaban en mostrar gusto y en celebrar la llegada, estaban macilentos y consumidos de los males pasados, mas ya iban convaleciendo y no eran muchos los que estaban de cuidado. Decían á su misionero: «Padre, fulano murió, á zutano lo consumió la peste, algunos escaparon al monte. Otros con sus familias se han retirado á sus sementeras. Nosotros estamos firmes, pero has de quedar para siempre con nosotros hasta que mueras de viejo sin volverte jamás al Marañón». Agradecía el padre los discursos de aquella pobre gente y la consolaba y acariciaba, diciendo:

Ya veis, hijos míos, que vengo á vosotros por la tercera vez, y yo por mi parte nunca os faltaré. Pero ahora es menester recoger la gente que se ha retirado á los montes, y vosotros mismos habéis de ayudarme para traerlos con toda suavidad y sin violencia porque son vuestros hermanos, y quedando en el monte es de temer que en muriendo vayan á quemarse en el fuego de allá abajo. En efecto, los Iquitos que habían perseverado firmes en la reducción sirvieron admirablemente para recoger los dispersos que, oyendo la venida de su misionero, volvían con gusto dando por excusa que se habían apartado de los demás por el miedo del contagio.

Entre tanto que el P. Uriarte se aplicaba á reparar las quiebras de su pueblo y dar asiento á las cosas alteradas, empezó á tomar cuerpo y arreciarse más la epidemia. El hermano Pedro, fatigado del trabajo, pedía socorro, diciendo que no bastaba para tantos enfermos, y que era preciso sacramentarlos y fortalecerlos en aquella hora. Acudió pronto el padre y en su compañía los dos mozos, y todos se emplearon con mucho fruto; el padre administraba los Sacramentos y los demás auxiliaban á los moribundos y enterraban á los muertos. Era cosa lastimosa cómo morían los pobres del contagio, cuatro y seis por día. Había ya bajado la creciente y se enterraban en la iglesia y cementerio. Todo se llenó de cadáveres, con ser así que por el aprieto, atendiendo á su costumbre, sólo se hacían unos hoyos redondos como tambores profundos, en que se metían los cadáveres amarrados los brazos con las rodillas y tocando éstas á la cara. De esta manera les encajaban en la hoya que atacaban después con tierra gredosa.

Como eran tan bárbaros estos Iquitos de Santa María, hicieron en esta ocasión cosas que apenas parecen creíbles. Vivía con ellos aquel viejo que dijimos haber bautizado el P. Uriarte en el día de su entrada en este pueblo, y se portaba como buen cristiano. Pero los Iquitos, por sola la aprensión de que era viejo y que había venido de fuera, luego le calificaron de brujo y que podría haber traído consigo sus hechicerías. Esta vana sospecha pasó tan adelante, que echando mano del buen viejo, le enterraron vivo para quitar de una vez la raíz de tantos males. Tuvo luego noticia de la bárbara inhumanidad el hermano Pedro, que corriendo á la sepultura lo desenterró y pudo sacarlo vivo. No paró en esto la crueldad de aquellos bárbaros, porque pasando después el hermano á ver otros enfermos, volvieron tercos á la suya, y volviendo al viejo que apenas comenzaba á respirar libremente, le enterraron de la misma manera, pero apisonando fuertemente la tierra para que no pudiese respirar de modo alguno, y de esa suerte lo mataron. Pasó más adelante la fiereza de aquellos brutos contra el cadáver del viejo, y vino á descargar sobre un indio que por orden del hermano Pedro allanaba las sepulturas y entre ellas compuso también la del viejo. Traía este indio cada día del monte porción de arena para rellenar las sepulturas que habían bajado; y en uno de estos viajes se le hizo encontradizo un disfrazado, y levantando uno como sable, comenzó á darle de cuchilladas por todo el cuerpo

diciendo entre dientes: Yo soy el diablo, toma, toma, porque compusiste la sepultura del viejo. Escapó como pudo el infeliz herido, repitiendo Jesús y María, y se presentó chorreando sangre al hermano Pedro y diciendo: Mira cómo me ha puesto el diablo. En realidad, el espectáculo era lastimoso, porque estaba lleno de heridas en la cabeza, hombros, espaldas, manos y piernas. Mas al fin quiso el Señor que sanase después de dos meses con la copauva, quedando con las señales de las heridas. Pensóse por algún tiempo que el diablo había sido el autor de esta desgracia, pero se supo después haber sido el agresor uno de los indios nuevos del mismo pueblo.

Muy semejante á esta impiedad fué la crueldad que usaron con otro viejo llamado Canuto, que venido de Santa Bárbara estaba al lado del hermano Pedro, á quien procuraba mantener con alguna pesca ó caza que buscaba. Enfermó un indio principal de Santa María, y al punto los parientes, que eran todavía gentiles, echaron la culpa de la enfermedad al viejo Canuto, que conforme á sus supersticiones creían haber hechizado al enfermo. Con esta vana aprensión y sin más examen, van de tumulto al bosque ó monte donde el viejo estaba cazando, y sin darle tiempo para nada, gritando aquellos bárbaros: aquí has de morir porque hechizaste al enfermo, que no podrá vivir si tú no mueres, le atravesaron con sus lanzas. Cayó el pobre Canuto repitiendo Jesús y María, porque era muy buen cristiano, puntual á la iglesia y jamás se mezclaba en bebidas. Parece que el Señor le quiso premiar su buena vida y los servicios que hacía voluntariamente al misionero, con esta especie de martirio y muerte tan cruel. Se deja bien entender cuánto fuese el sentimiento del hermano Pedro por la muerte de un indio tan inocente, y ya que no había podido impedir el atentado procuró enterrar el cádaver con la pompa y ostentación posible, intimando después del funeral á los agresores el destierro del pueblo, pues no podía ejecutar en ellos otro castigo.

Hasta contra una niña recién nacida volvieron su crueldad y barbarie estos fieros Iquitos de Santa María. Murió de parto, como á la media noche, una india llamada Fortunata. A los lamentos que daban en la casa por la desgracia acudió luego el P. Uriarte, que halló á todos los habitadores consternados y al marido de la difunta, que era muy montaraz, desatinado y echando fuego por los ojos y con dos lanzas en la mano. Vínole al padre al pensamiento registrar todos los rincones de la casa, y halló en uno de ellos el parto vivo que habían tirado sin hacer caso y como cosa enfadosa. Bautizó la criatura poniéndola por nombre Cecilia, y se la entregó á una india que la diese de mamar hasta la mañana en que pensaba tomar sus providencias sobre ella. Mas aquellos bárbaros se la quitaron por fuerza á la buena india, y atándola viva con la madre difunta, la enterraron. Volvió con el cuidado el misionero bien temprano y entendiendo la inhumanidad del padre y allegados, fué corriendo á la sepultura y quiso Dios que la encontrase todavía viva. Quitóla de la vista de aquellos brutos, y se la entregó á otra india fiel que la criase lejos de los

suyos. Hizolo con mucho cuidado, y quedaba todavía viva y sana en Santa María la niña Cecilia, en el año 1768 en que salieron los padres del Marañón.

CAPITULO XXIII

ENTRADA PELIGROSÍSIMA POR EL RÍO BLANCO

Parece que el misionero de Santa Bárbara adivinaba el poco tiempo que les quedaba ya á los misioneros para trabajar en las misiones de Mainas. Pues acordándose en este año de 66 de lo que se había insinuado en otro tiempo en las consultas sobre el bautismo de los indios adultos que hubiesen asistido constantemente á la doctrina y dado pruebas de perseverar, se resolvió conforme á esta insinuación á bautizar á todos los adultos que le parecieron suficientemente instruídos y entraron en deseos de recibir este santo sacramento. Hecha esta diligencia se aplicó á sacar gente nueva de los montes, valiéndose del mozo Plácido que tan bien había probado en las entradas pasadas, y se hallaba práctico en los ríos, montes y selvas de los Iquitos. Hizo varias excursiones el pretendiente, con que trajo algunos nuevos gentiles al pueblo. Pero no podemos menos de referir por extenso una de ellas, en que se vió el celoso mozo en el último peligro cercado de un número grande de bárbaros armados con sus lanzas y sin recurso ninguno en lo humano; pero le socorrió San Xavier, á quien se encomendaba en el apuro, con un incidente que no esperaba.

Salió Plácido con otro mozo llamado Moreno y con 30 individuos por el río Nanai, y topando con la boca del río Blanco, subió por él como seis días de navegación. Iba entre los indios un catecúmeno de Santa Bárbara, que siendo de lo más alto y retirado del pueblo del río Blanco, prometía enseñar á Plácido el puerto más vecino al centro de la gentilidad de dicho río. Mas antes de dar con él padeció la gente tantos trabajos, que se hubiera apurado su constancia á no sostenerla Plácido con su ejemplo, palabras y modales. Hallado al fin el deseado puerto y escondidas las canoas, subieron todos por un camino abierto que les guió á un grande yucal, que aunque no había llegado á su perfección, todavía con sus ramas y hojas podía cubrir y ocultar á los nuestros mientras se exploraba la tierra. Todos se metieron en él fuera del catecúmeno, que prosiguió su camino para reconocer los sitios y avisar del terreno en que se hallaban. Dentro de una hora volvió al sitio de los nuestros el explorador con la noticia de haber hallado una casa muy grande, pero sin gente, y sin haber descubierto en ella los instrumentos de pescar. Señales nada equívocas de que estaban sus habitadores empeñados en alguna pesca general. La casa estaba bien cercana á lo que decía el indio, y no creyó Plácido que hubiese peligro en ir por sí mismo con el otro mozo á registrarla, pues no suelen los indios volver de sus pescas hasta el poner del

sol, y todavía podían contar con dos horas hasta su vuelta. Entrados en la casa hallaron muchos manojos de lanzas muy galanas y emplumadas al lado de las camas. El Moreno se empeñaba en llevarlas, para que cuando los gentiles volviesen no les pudiesen hacer daño aunque quisiesen. Mas Plácido se le opuso con tesón, haciéndole á la memoria las instrucciones del misionero, que tanto les había encargado el desinterés y buena correspondencia. Pero ya que no se le permitió coger las lanzas, pilló á la desfilada tal cual libra de cera que encontró, con intención, como él decía, de pagarla después con un hacha á su dueño. Acción indigna de un mozo criado al lado del padre como había sido Moreno, y que trajo bien malas consecuencias.

Como apretaba el tiempo, se retiraron otra vez y se escondieron entre las yucas, hasta que volviendo los indios de su pesca, pudiesen enviarles la embajada de paz en que pensaban. Comenzaron á venir á boca de noche los indios en tropas y cargados de sus peces. Pasaban por el camino abierto adultos, mujeres y niños, todos alegres y contentos por el buen lance que habían echado. Cuando ya todo estaba en silencio, pareciéndole á Plácido que todos habían pasado, levantó la cabeza de entre las yucas y halló en esto su apresurada curiosidad la mayor desgracia. Porque siguiendo uno de los indios que se había quedado atrás su camino y viendo un blanco vestido, dió un gran grito diciendo: «Enemigos, enemigos, acá todos con sus lanzas.» Al grito descompasado, se retiraron todos los nuestros bien lejos del sitio en donde estaban escondidos. Sólo Plácido, viéndose descubierto, tuvo á vileza y cobardía volver pie atrás; pero ¿qué podía un hombre solo, entre tanta canalla de gente bárbara y orgullosa? En un momento se vió lleno el terreno de indios desnudos con manojos de lanzas envenenadas, á quienes venía dirigiendo un viejo más atrevido y valiente, el cual, disponiendo sus soldados en forma de cerco, clamaba: «Matad á ese mal viracocha.» Viéndose Plácido rodeado de tantos indios arrestados, se esforzaba á darlos á entender con señas, meneos y algunas palabras que no era enemigo, antes amigo, y enviado de un padre para regalarlos y hablarlos de paz. Pero el viejo se sobreponía con sus alaridos y entre la gritería de los indios nada se percibía. Ya entonces conoció Plácido más claramente el peligro en que se hallaba, porque rodeado de todas partes de aquellos bárbaros sin atender á nada, enristraban las lanzas para dispararle. Mas acordándose de San Francisco Xavier, y encomendándose muy de veras al santo, levantó la escopeta que había tenido oculta, y puesta la llave en el gatillo, daba vueltas apuntando á los más cercanos y diciendo: «No te acerques, que te mato.» Con esto gritaban más los infieles, pero se recelaban y no pasaban adelante por el temor de ser heridos.

Viendo el viejo la cobardía de los suyos, ciego de cólera y furioso, se adelantó á todos diciendo: «Seguidme, Iquitos, y matemos presto á este forastero.» Conoció Plácido que iba de veras el negocio, y apuntando al desaforado viejo, tiró el gatillo con la esperanza de que herido el capitán

los demás huirían, y él salvaría su vida. Mas no quiso San Xavier que diese lumbre la escopeta y muriese el viejo que había de ser ocasión de la salvación de muchas almas. De otra manera pensaba el santo sacar del apuro á su devoto sin daño de los gentiles. Iba ya el viejo á embestir á Plácido, cuando llegando el indio catecúmeno pariente de estos Iquitos, dió una voz grande diciendo: «Quietos, quietos, no hagáis mal á ese blanco, que es nuestro amigo. Yo soy fulano, vuestro pariente, que vengo con él de paz, enviado del padre de Santa Bárbara, á visitaros y regalaros. Si matáis al blanco, vendrá su gobernador que está en el Marañón con los demás cristianos y acabará con nosotros.» Quiso Dios, por intercesión de San Xavier, dar eficacia á las palabras del catecúmeno, porque al oirlas se contuvo el viejo, que con los demás se retiró á hablar de paz al indio su pariente, y á informarse mejor de su embajada.

No podía Plácido soltar la lengua por el susto, ni hablar una palabra por el coraje. Cuando volvió en sí y vió ya serenos y sosegados los indios les dió en cara con la vileza de haber acometido todos juntos á uno solo, sin haberles dado motivo para ello. Vinieron después los nuestros, que se habían alejado del peligro, y entablada la paz y amistad con los infieles fueron todos en buena correspondencia á hospedarse en la casa. Vióse en esta ocasión cuánto daño hace en estas entradas la menor señal de codicia. Repararon los infieles en la cera que les faltaba, y dieron sobre ello á los nuestros quejas muy amargas. Hubo de confesar el Moreno que la había tomado con ánimo de comprarla con una hacha. Indignado Plácido hizo luego que la restituyese, y recelándose todavía de aquella gente, mandó con disimulo á los nuestros que se retirasen á las canoas, que las pasasen al otro lado del río. Temía, y con razón, que el lance de la cera no avivase el fuego que había apagado el catecúmeno. En efecto, repararon por la mañana que no aparecían en el puerto niños ni mujeres, señal clara de la poca confianza que hacían los gentiles. Todos cuantos aparecieron en él eran adultos, y prevenidos con sus lanzas, pedían hachas y otras herramientas. Plácido les respondía: Venid con nosotros al pueblo, ó si os parece mejor, poblaos aquí y entonces el padre os las dará. No era conforme esta respuesta á las instrucciones del misionero, que le había encargado muchas veces cómo debía en primer lugar ganar la voluntad de los gentiles con algunos regalillos. Si hubiera dado al cacique su hacha, y á los demás algunos anzuelos ó cuchillos, hubieran creído fácilmente lo que se les prometía y se hubieran evitado los peligros en que por la respuesta se vieron.

Oyendo la negativa del mozo, los gentiles empezaron á gritar y aprontar las armas, lo cual visto de los nuestros, se embarcaron en las canoas prevenidas, bogando á toda prisa río abajo. Incitado el viejo de nuevas furias, clamaba: ¡A ellos, á ellos, que se nos van! ¡Animo y coraje, Iquitos, matémoslos y quitémosles las hachas! A cada vuelta del río, los esperaba multitud de infieles, que arrojaban sus lanzas á las canoas. Viendo los cristianos la obstinación de aquella canalla, remaban desaforada-

mente para ponerse fuera de peligro. Quiso Plácido varias veces disparar la escopeta, que aunque era buena y estaba corriente, siempre le faltó, hasta que cansado de porfiar con ella, trasladándola al brazo izquierdo, ella se disparó por sí misma, sin herir á ninguno. Al estruendo del tiro, que resonó en los montes, y á los ecos que respondían á las vueltas del río, atolondrados los gentiles les dejaron, después de haberlos seguido por gran trecho. Dieron los nuestros gracias á Dios y á San Xavier de verse ya libres de los peligros. Y en particular Plácido atribuyó al santo que no se hubiese disparado la escopeta cuando apuntaba al viejo y al montón, y que al pasarla de un brazo á otro diese, sin daño alguno, tal estampido que bastase á sacarlos del apuro.

Prosiguieron las canoas navegando felizmente, sin molestia alguna y ayudados de las corrientes, hasta que, llegada la noche, haciendo rancho en una playa, durmieron sin cuidado. Pero por la mañana se levantó Plácido con un pensamiento que comunicó á la gente de esta manera: «Hermanos míos, ¿es posible que volvamos al pueblo, después de tanto tiempo, sin llevar al padre gente nueva?»—«Tienes razón, respondieron los indios; sería mucha vergüenza volvernos solos. El santo Xavier, que nos ha favorecido hasta ahora, nos la mostrará.» No quería Plácido otra cosa que traerlos suavemente á lo que pretendía. Hizo arrimar las canoas á un oculto remanso, bien cubierto de ramas de árboles, y encomendándose á Dios y á San Xavier, comenzaron á caminar por el monte, de seis en seis, con buen orden y cautela, llevando las armas en la mano y sus alforjillas al hombro; pero con la determinación de volver todos á la noche al sitio de las canoas. Iban las partidas por sendas diferentes para descubrir más terreno, y Plácido, que se atrasó un poco á la suya por cierta necesidad, oyó silbos á alguna distancia, y pensando que fuesen de alguno de su comitiva, apresuró el paso, por ir á la sazón descalzó y en camiseta como los demás indios; mas se encontró con dos gentiles desnudos que iban con sus lanzas en seguimiento de unos puercos monteses que habían descubierto. Al ver los infieles se tragó nuevamente el peligro de morir á sus manos, y diciendo, por ahí arriba van los puercos, se metió por la maleza del monte. Los indios azorados y sin reparar en nada, corrieron por la senda que les señalaba y salió del aprieto el pobre mozo. Pudo también contribuir no poco para salir del peligro el vestido que llevaba de indio, porque no es creible que le hubieran dejado los gentiles si hubieran descubierto en él que era blanco.

Era ya entrada la tarde cuando una de las partidas trajo la noticia de haber encontrado algunas casas no de mucha gente, pero al parecer pacífica y que tenía alguna noticia del misionero de Nanai, cuya comunicación deseaba. Fué luego Plácido con algunos indios á visitarla y regalarla con algunas cosuelas. Los infieles mostraron desde los principios tan buena voluntad, que no dudaron los nuestros en dormir sin temor ni recelo en sus mismas casas. Es verdad que por la mañana ponían mucha dificultad aquellos pobres en dejar sus tierras, yucales y platanàres de

donde habían de vivir, mas Plácido les allanó todas y les satisfizo asegurando que tenían en el pueblo de Santa Bárbara sementeras abundantes y una muy grande del misionero que sería para ellos, y que les daría herramientas para trabajar con más comodidad la tierra, que nada les faltaría y vivirían contentos.

«Mirad, añadió, cómo andamos nosotros desnudos y ensangrentados de las espinas por sólo buscaros. Preguntad á éstos cómo los trata el padre. Pues de la misma manera os tratará á vosotros». Con estas palabras, obrando la divina gracia, se determinaron á venir como 30 personas.

Entre tanto que pasaban estas cosas por lo alto del río Blanco, nada se sabía en el pueblo de los mozos y de los indios que les acompañaban. Y como había pasado mucho tiempo sin la menor noticia de sus andanzas, hubo en el pueblo muchos lloros dándoles por perdidos ó muertos á manos de los gentiles. Parece que el diablo mismo fué el autor de las voces que corrían para alborotar y desazonar á la pobre gente. Porque por más diligencias que hizo el padre, no pudo averiguar de dónde habían salido. Procuró serenarlos en cuanto pudo, dándoles buenas esperanzas de la vuelta y dijo muchas misas con asistencia del pueblo, encomendando todos la empresa á la Virgen Santísima, á san Xavier y á santa Bárbara. De esta manera se aquietaron por algún tiempo, hasta que llegando al pueblo un gentil del monte, aseguró que habían subido muy arriba las canoas, y hallándose en aquel paraje la mayor parte de los Iquitos más valientes habían alanceado sin duda á los dos viracochas y muerto á los indios. Con este discurso se renovaron las especies, volvieron los lloros y las mujeres se lamentaban de la pérdida de sus maridos. Ya se contaban, como suele suceder en semejantes ocasiones, varios sueños y visiones de las ánimas de Moreno y otros indios que daban por muertos.

En esta situación tan miserable en que se esforzaba el misionero á sacarlos de aquella congoja y animar á la gente contristada, llegó un propio por la travesía del monte con una carta de Plácido en que decía: «Padre Manuel, Dios nuestro Señor nos ha librado de grandes peligros de la vida. Llegaremos dentro de ocho días por la vuelta del río Blanco y con alguna gente de la cual es el mensajero que lleva ésta. Publicada por la reducción la noticia, salieron las mujeres de su congoja y fué tan grande su alegría como había sido grande su tristeza. No veían ya la hora de abrazar á sus maridos y de verlos sanos y buenos como les aseguraba el enviado, que rodeado de indios y de indias procuraba satisfacer como podía á mil preguntas que le hacían. Asomaron al fin las canoas en el día señalado con la gente nueva, y saltando todos á tierra con grande gritería de los del pueblo, dijeron al padre, que bajó también á recibirlos: «Padre nuestro, Dios y San Francisco Xavier nos traen vivos.» El padre los abrazó tiernamente y los alabó delante de todos. Las mujeres echaban los brazos á sus maridos, los hijos á sus padres y los parientes á sus allegados, diciendo: Ya os llorábamos por muertos, y ahora os vemos

con tanto gusto y contento. Subieron todos á la iglesia, en donde dieron gracias á Dios, á San Francisco Xavier y á santa Bárbara por haberlos librado de tantos peligros y traído sanos á la reducción. Pasaron después á la casa del padre con los nuevos, que estaban encogidos delante de tanta gente, y se escondían dé vergüenza, y por su genio corto y apocado. Mas el misionero les abrazaba y acariciaba, diciéndoles que no tuviesen miedo que eran hijos suyos y que los cuidaría con el mismo cariño que á los demás. Hizo que se diesen vestidos á los que venían desnudos, porque ya Plácido había vestido una buena parte, y mandó á los alcaldes que los repartiesen con orden por las casas para que nada les faltase y se fuesen aficionando á vivir en poblado con suavidad y experimentando sus ventajas.

CAPITULO XXIV

FUNDACIÓN DE UN NUEVO PUEBLO DE SAN JOSÉ DE IQUITOS, POR UN CACIQUE LLAMADO ANACACHUJA

Estaba consolado el P. Manuel Uriarte con la nueva gente, que daba muestras de acomodarse bien á las costumbres del pueblo; pero tenía clavada en el corazón la espina del mal suceso de los Iquitos del río Blanco, la cera que había cogido un mozo y el escopetazo del otro, que miraba como dos impedimentos para conquistar aquella gente, y su celo no le dejaba sosegar hasta traer al Evangelio toda la nación Iquita. Para satisfacer á sus ansias juntó á los principales y más prácticos de la reducción, y les habló sobre el modo que se podría tomar para amansar á los bárbaros del río Blanco. Un indio ya avanzado en años, habló en primer lugar de esta manera: «Padre Manuel, los indios de lo alto del río Blanco no son tan bravos como te lo pintan tus mozos. Si éstos se hubieran fiado de ellos, se hubiera hecho una paz bien firme, y aun hubieran, á lo que entiendo, venido con ellos; el yerro estuvo en la poca confianza que desde los principios mostraron. No niego que el viejo que más se opuso es mala canalla; conózcole muy bien, y tiene por nombre Anacachuja. El mató, como doce años há, en el pueblo de Napeanos, á un indio, y puesto en prisión por orden del P. Vahamonde, logró escaparse de ella. Por esta hazaña y otras muertes que añadió, se levantó con el nombre de cacique. No ha tenido mucho séquito, y le van dejando varios de los que se le arrimaron. Supuesto lo hecho, será también mejor el que le dejemos nosotros y nos apliquemos á sacar á los demás, de quienes podemos esperar con más razón la perseverancia en el pueblo. Confirmó el mismo discurso otro hombre de autoridad, añadiendo varios encuentros que había tenido Anacachuja con otros tres caciques que se habían apartado de él, por no poder sufrir á hombre tan turbulento y revoltoso. Del mismo parecer eran los demás indios, conviniendo todos en que no

debían practicarse diligencias para traer un alborotador que había querido matar á sus mismos parientes.

No se apagaba con estas razones el celo del misionero, cuya caridad se extendía á todos los infieles de aquellos ríos, y así parló á sus indios de este modo: «Hijos míos, yo he venido á estas tierras con el designio de que toda la nación Iquita reciba la luz del Evangelio. Esto quiere Dios de mí, y para esto me ha llamado. Olvidad todos los agravios, que es lo que nos enseña Jesucristo. Buscaremos á los Iquitos del Nanai y del Tigre, pero quisiera también que por medio de los gentiles que vienen del río Blanco, hagáis saber al cacique Anacachuja que quiero ser amigo suyo y que me olvido de todo lo pasado; que venga libremente y sin recelo cuando quiera, y que se pasee por el pueblo. Yo, hijos míos, fuera en persona á hacer las paces, pero ya veis cómo me veo, enfermo y con dolores de huesos y de cabeza, sin poder emprender ese camino. Decidle también que mis mozos le perdonan, que le perdonan los indios y los vogas, y haced lo posible por quitarle todo temor y miedo.» Los indios, por el respeto que tenían á su misionero, se ofrecieron á todo, y mientras Plácido trajo del Nanai dos caciques hermanos con todos sus dependientes, enviaron el recado cariñoso del padre al temido Anacachuja, que tocándole Dios al corazón, se resolvió á venir á Santa Bárbara para visitar al misionero.

Sin embargo de la resolución, iba dilatando la visita, porque como gentil sospechaba que se querían vengar de él los viracochas, á quienes tan mal había tratado. Pero el Señor dispuso que se quitase el obstáculo en que tropezaba. Porque Plácido, habiendo trabajado por más de dos años en la penosa misión del Nanai, fué enviado á Quito con informes muy ventajosos que de él hacía el misionero, á fin de que fuese recibido en la Compañía, y con esta ocasión le pareció al padre enviar también al otro mozo al pueblo de Napeanos, en donde se hallaba su mujer, y para hacer alguna demostración de castigo por la cera que había tomado de los gentiles. Sabiendo Anacachuja la salida de los mozos, se aprovechó de tan favorable ocasión y circunstancias, y vino con buen número de los suyos para más seguridad á visitar al misionero. Parecióle dejar á sus vasallos cerca del pueblo, como de retaguardia, y acompañado de sólo un indio grave con una hija suya, entró por el pueblo á las diez de la mañana. Recibióle la gente de la reducción con toda atención y cortesía, dándole de comer y beber abundantemente. Luego que el misionero tuvo noticia de la venida del cacique, le envió recado diciendo que se alegraba mucho de su llegada, que le esperaba en su casa adonde podía venir con toda confianza y sin recelo alguno.

Presentáronse los dos indios con la niña cada uno con sus dos lanzas en la mano, y besando las del padre, le hicieron una gran cortesía. Este les recibió con toda benignidad, acariciándoles cuanto pudo, y más á la niña que traían; y dando orden para que se sentasen, habló al cacique de esta suerte: «Mucho tiempo há, buen Anacachuja, que deseaba cono-

certe y ser tu amigo. Mucho me alegro verte ahora en mi pueblo para que conozcas por experiencia que te quiero.» «Padre, respondió el cacique como abochornado, yo te quiero, pero aquel tu mozo es malo, pues nos quiso matar con la escopeta acechándonos entre las yucas.» Satisfizo el misionero á sus quejas, diciéndole el fin que había tenido Plácido en esconderse en aquel sitio, y que, sobre todo, había salido ya del pueblo á donde no volvería más, como ni el otro compañero que les había cogido la cera. «Lo que conviene ahora, Anacachuja, añadió el padre, es olvidar todo lo pasado; deja esas lanzas, que ya eres viejo, arrepiéntete de lo pasado y no lo vuelvas á hacer. Entiende y cree que hay un Dios criador de todas las cosas, que es juez de todos los hombres, que á los buenos les da su cielo y á los malos los envía allá abajo al infierno, donde se queman y se abrasan para siempre con el diablo. Yo quiero valerme de ti para hacer un gran pueblo en el río Blanco, y en señal de que te lo encargo de veras, toma esta hacha para que empieces el desmonte.» Aquí alegre y risueño Anacachuja, dijo: «Sí, padre, yo te juntaré mucha gente y ahora te traigo esta hija mía para que la bautices, y en señal de que cumpliré mi palabra.» Hízolo el padre con mucho gusto y puso por nombre á la niña María Josefa, poniendo por intercesores á la Santísima Virgen y á su castísimo Esposo, para que favoreciesen á aquellos pobres infieles y protegiesen al nuevo pueblo que pretendía fundar para escala de la reducción de los Iquitos que restaban.

Ya en este tiempo andaban por el pueblo los vasallos del cacique, y recibidos con el mismo cariño habían perdido el miedo y dejados sus temores. Tomaron más confianza con las dádivas que les hacía el misionero, y se animaron á poblarse con su cacique en las riberas del río Blanco. Partieron todos resueltos á comenzar el desmonte, formar el pueblo y plantar un buen terreno de yucas, plátanos y maiz. Los principios fueron muy buenos, y aun más de lo que se podía esperar de aquella gente. Porque al mes de la partida ya estaba Anacachuja con grande multitud de indios trabajando desalado en cortar árboles, hacer sementeras, y disponiendo el sitio para las casas del pueblo, á quien había dado el padre la advocación de su poderoso intercesor San José. Era el terreno que había escogido alto y llano, y al parecer de aires limpios, con la ventaja de tener á la falda una ensenada cómoda para las canoas. Venían tropas de gentes al pueblo de Santa Bárbara pidiendo anzuelos y cuchillos y herramientas, y decían cómo estaban empleados en hacer su reducción, que por la travesía del monte sólo distaba día y medio de camino. Rebosaba de contento el misionero, viendo tan buenas disposiciones en hombres y mujeres, y alabando su constancia en las tareas de hacer un nuevo pueblo, les enviaba contentos y más animados al trabajo con algunos donecillos que les repartía. Todas estas industrias son necesarias para aligerarles las fatigas, que suelen ser muy grandes á los principios, y no dudaba el padre que con estos atractivos llevarían adelante lo comenzado. Pero la salida pronta del P. Uriarte de este partido de la misión y mucho más

el arresto que al año siguiente se hizo de todos los misioneros del Marañón, cortaron las bellas esperanzas del numeroso pueblo é hicieron ver que nuestras providencias son inciertas y los juicios del Señor inescrutables.

CAPÍTULO XXV

LOGRA, FINALMENTE, EL P. ANDRÉS CAMACHO ABRIR LA PUERTA TAN DESEADA PARA LA CONVERSIÓN DE LOS XÍVAROS

A fines del año de 1766 llegó á San Joaquín de Omaguas un correo en que venía señalado por superior de las misiones el P. Francisco Aguilar, varón verdaderamente docto, y religioso muy ejemplar, pero algo nimio y un si es ó no es escrupuloso, y por esta su humildad no dejó con muy buena intención de mortificar á los demás misioneros, como veremos. Quiso entablar en todos los pueblos de la misión la vida, como él decía, verdaderamente apostólica en los padres, prohibiéndoles mezclarse en las cosas temporales de los indios si no fuesen muy necesarias, y haciendo que los mytayos sólo llevasen á sus misioneros lo indispensable para su mantenimiento. Veían los padres que si no cuidaban en lo temporal de los indios y velaban con cuidado sobre sus intereses, no era fácil conseguir lo espiritual que se pretendía principalmente. Fuera de esto, si los mytayos no llevaban víveres con abundancia, ¿quién había de surtir de comida á los pobres, huérfanos y enfermos, de quienes descuidan los indios, dejando todas estas necesidades á la caridad de los padres, que con su providencia saben remediarlas? Sin embargo de esto, se acomodaron, en cuanto les fué posible, á las órdenes del superior, el cual no hubiera ciertamente adelantado la misión, si, desengañado por la experiencia, no hubiera mudado de dictamen.

Desde el principio de su gobierno hizo varias mudanzas de algunos misioneros, enviando á cada uno al pueblo ó nación que le pareció más conveniente, y entre otros sacó del Nanai á la reducción de San Regis al P. Manuel Uriarte, en realidad enfermo y demasiadamente achacoso, y envió en su lugar á Santa Bárbara al P. Juan Saltos, por no dejar sin sacerdote, como en otro tiempo, el partido de los Iquitos. El mismo padre Francisco, como era trabajador y celoso de las almas, comenzó á dar las providencias para una grande entrada que pensaba hacer en persona por el río Curaray. Tenía muy en la memoria las antiguas noticias de los Oas, Abigiras y otras naciones, que por las muertes de los PP. Hurtado y Suárez se habían retirado y esparcido por las riberas y montes de este río, y no le sufría el corazón dejar de hacer alguna tentativa. Dió orden de que para la empresa se fabricasen buenas canoas y se alistasen los indios fieles y valientes de la misión alta, con quienes determinaba hacer la entrada.

Mientras el P. Aguilar tomaba sus medidas para la conquista de los

infieles del río Curaray, tomaba también las suyas el P. Andrés Camacho para la reducción de los Xívaros. Estaba ya este misionero preparado para entrar á las tierras de los gentiles valerosos, cuando un accidente sensibilísimo le retardó la partida. Habíase despedido de él el padre Enrique Francen, misionero de Andoas, para venir á su pueblo de Muratas, y al despedirse le dijo el buen viejo: «Yo, P. Camacho, en breve moriré. Repartirá V. R. las herramientas que quedaren á tales y tales indios necesitados. No creía Camacho que su fin estuviese tan cercano y aun le disuadía de semejante pensamiento. Mas hablaba el corazón al P. Enrique y no se engañaba en lo que decía. Porque á pocos días, en el de la Ascensión del Señor, hizo á sus indios una plática muy fervorosa de aquel misterio y de la gloria de los bienaventurados, como quien presentía algunos indicios de la próxima felicidad que le esperaba. El viernes siguiente asistió á la doctrina según costumbre, y el sábado, dicha la misa de nuestra Señora, con asistencia de los devotos, dijo como á medio día á sus muchachos: «Adios, hijos míos, voy á descansar.» Pasaba una hora, pasaba otra hora y no salía el padre del aposento. Extrañando la novedad un muchacho entró en él y le halló muy compuesto como si estuviera durmiendo. Estaba vestido sobre su camilla cruzados los brazos y el Santo Cristo al cuello. Llamóle y no respondía. Volvióle á llamar y no daba señales de vida. Finalmente, acercándose más, vió claramente que estaba muerto. Corrió lloroso á los demás con la nueva triste, y en un momento se juntó todo el pueblo á llorar la muerte de su buen padre.

Cuanta razón tuviesen los Andoas para llorar amargamente la muerte de su misionero, se deja bien entender de lo mucho que le querían. Porque les había criado y asistido por veinte años seguidos, con un amor entrañable, con una mansedumbre singular, y con una liberalidad que cautivaba. Fué cura de Archidona y misionero de Napo el P. Enrique Francen, por catorce años, que con los veintidós que vivió con los Andoas, llegó á cumplir treinta y seis años en tan penoso ministerio. Murió en el año de 67 como soldado veterano de Cristo, con las armas en la mano, de setenta y cuatro años de edad, al parecer con luz que tuvo del cielo de su fin, cuando sus hermanos los jesuítas españoles iban desterrados de su patria, experimentando los rigores de la navegación. Ciertos ya los indios de la muerte de su misionero, enviaron varios correos con el aviso de lo ocurrido al P. Andrés Camacho, que sintiendo vivamente la falta de su buen padre y maestro en las misiones, vino á pie por travesía de montes con tanta diligencia, que en día y medio anduvo el camino de tres días. Halló el cadáver sin señal de corrupción y sin vestigio de olor malo, que no era poco en aquellas tierras tan calientes, depositado en la iglesia por sus neófitos y vestido de la misma manera en que murió. Hizo con concurso de todos las exequias, con la solemnidad posible en aquellos desiertos, y consolando á los Andoas con esperanzas de otro nuevo padre que les atendería como el P. Enrique, se retiró á su pueblo de los Muratas.

No se acobardó el P. Camacho por verse casi solo en el partido de

Pastaza cuidando de tanta gente; antes bien, considerando que tenía en el P. Francen un nuevo protector en el cielo, se dispuso para la empresa de los Xíbaros que tanto le tiraban. Era esta nación la que en tiempos pasados se había sublevado contra los españoles en la ciudad de Logroño, con una irrupción tan vigorosa, que destruida la ciudad quitó la vida á cuantos se le opusieron, sin perdonar más que á las mujeres que llevaron consigo á las montañas, entrando en el número de las miserables cautivas hasta las religiosas mismas. Retiráronse á los principios los Xíbaros á sus escabrosos montes, y se fueron después esparciendo por varios sitios y en varias parcialidades, pero siempre con alguna unión y dependencia de unas á otras, y por esta estrechez, por su valentía, y por lo inaccesible de los montes, hicieron siempre inútiles los repetidos esfuerzos de los españoles en sujetarlos. En este año de 67, habitaba un gran golpe de Xíbaros las orillas del río Morona; otro tenía su asiento en las cercanías del río Santiago; vivían algunas parcialidades sobre el río Guazaga, y se habían establecido otras entre el Morona y Pastaza.

No dudaba el P. Andrés que ganada la nación de los Xíbaros, mudaría de semblante la misión de los Mainas, por haber observado en ellos calidades y prendas muy diferentes de los demás indios. Porque no conocían los Xíbaros el ocio ni la embriaguez, que fueron siempre los dos vicios que á manera de zizaña sofocaron el grano del Evangelio en la mayor parte de los indios conquistados. Naturalmente inclinados al trabajo, llevan siempre cuando van de un sitio á otro su porción de algodón con un huso con que sin cesar hilan por el camino, y casi jamás se juntan en las casas para celebrar fiestas con bebidas fuertes, con bailes y con borracheras. Con este conocimiento de la nación y con la averiguación exacta de sus puestos, entró el misionero con suma fatiga y trabajo á las tierras de estos gentiles, y venciendo montes y atravesando ríos, no paró hasta visitarlos en sus propias casas. Como le vió sólo y sin español ninguno, el gran cacique Masuthaca le recibió con los suyos con todo agasajo y cortesía; y á pocas palabras que oyó de la boca del padre, observando su modo, su desinterés, liberalidad y agrado, comenzó luego á practicar sus diligencias, para que los demás caciques con sus gentes conviniesen en admitir jesuítas que, ayudándoles á formar pueblo, les doctrinasen y dirigiesen en ellos.

Llegó á tales términos la amistad y correspondencia del cacique Masuthaca con el P. Camacho, que habiendo éste dado la vuelta á su pueblo de los Dolores, le envió en dos ocasiones indios que le visitasen de su parte, y en una de ellas le presentó por modo de regalo veinte puercos caseros bien gordos y cebados. Pareció cosa particular á los indios un regalo de este género, porque aborrecen comúnmente la carne de puerco casero; mas los Xíbaros, por el trato que habían tenido con los españoles, la apreciaban mucho y conservaban en sus tierras el estilo y costumbres de varias cosas que de ellos habían aprendido. Correspondió el padre como pudo á los recados expresivos del cacique, y conociendo su

buena voluntad, se resolvió á entrar segunda vez con mayor seguridad pero con igual fatiga á los puertos de los Xíbaros. En esta segunda entrada ya las mujeres le ofrecían sus hijos con gusto para que los bautizase, diciendo que estaban resueltas á vivir bajo la dirección de los padres. Bautizó el misionero hasta unos doscientos niños, y con estos bautismos tomó posesión de aquellas tierras para Jesucristo, dando á este paraje la advocación del Corazón de Jesús de los Xíbaros. No demostraban los indios menos ansias de recibir á los padres que las mujeres, y así, reparando que la sotana de los padres era de algodón, género entre ellos usado, luego fabricaron una tela lo más curiosa que supieron y se la entregaron con mucho empeño para que hiciesen de ella una sotana y no se olvidase de ellos. Recibióla con agradecimiento viendo el gusto de la gente y no queriendo darla ocasión alguna de descontento.

Mas ¡oh juicios altísimos del Señor! Esta sotana que con tanta voluntad le dieron aquellos bárbaros, no la había de gastar viviendo entre ellos y le había de servir para el destierro que le preparaba la Providencia en unas tierras tan apartadas, que mirase como antípodas á sus mismos bienhechores. Volviendo el misionero de su penoso viaje; dispuestas ya las cosas para una cristiandad numerosa, domados sin armas, sujetos sin terror y ganados con cariño los Xíbaros, espanto de los españoles, se halló con la intimación del arresto y con el decreto de la expulsión del río Marañón y de todos los dominios del rey católico. ¿Quién podrá explicar con palabras el sentimiento del padre al oir la funesta nueva, viendo ya abierta de par en par tan dilatada puerta al Evangelio, después de haberlo procurado por tantos años sin perdonar á trabajos, ansias ni fatigas? Se puede decir con verdad, que el mayor dolor de los misioneros del Marañón, pena que aun hoy les aflige grandemente y les afligirá hasta la muerte, fué sin duda el haber perdido la ocasión de trabajar en tan dilatado campo, como se les ofrecía en el punto mismo de su expulsión. No dudaban que en una tierra de tan buena calidad fructificaría el grano del Evangelio mucho más abundantemente que en otras, en que mucha parte de la semilla, ó no había echado raíces, ó la habían llevado las aves, ó la habían sofocado las espinas. Quiera su divina Majestad, pues nada es difícil á su omnipotencia; quiera su divina Majestad, por su grande piedad y misericordia, y por la sangre preciosísima de su Hijo santísimo, tan liberalmente derramada, acordarse de esta numerosa nación que tan buenas disposiciones mostraba para oir el santo Evangelio, y enviar operarios celosos, que no mirando á otra cosa que á la gloria de Dios, extiendan el nombre augustísimo de Jesús por aquellos montes y ríos, sin que quede persona alguna que no alabe á su Criador y consiga el fin último para que todos fuimos criados.

CAPITULO XXVI

ESTADO DE LAS MISIONES DE MAINAS EN EL AÑO DE 1768

Para concluir este libro décimo y último de las conquistas espirituales de tantas naciones como hemos visto, haremos un breve resumen de los pueblos que desde el año de 1638, en que se emprendió la conquista de los Mainas, hasta el de 1768 en que salieron los padres del Marañón, se fueron fundando por el espacio de ciento treinta años, y añadiremos al fin del capítulo los que perseveraban en el tiempo de la expulsión, el número de almas de cada uno y los misioneros que cuidaban de sus respectivas reducciones.

Pueblos que se llegaron á fundar en dichos ciento treinta años.

MISIÓN ALTA

Ciudad de San Francisco de Borja, cabeza de la provincia de Mainas.
San Ignacio de Mainas.
Santa Teresa de Mainas.
San Miguel de Mainas.
San Juan Evangelista de Mainas.
La Concepción de los Xeveros.
San Pablo de Pandabeques.
San Xavier de Aguanos y Chamicuros.
San Antonio de Aguanos.
Nuestra Señora de las Nieves de Yurimaguas.
Santa Ana de Yurimaguas.
Laguna Coari de Yurimaguas.
Tracuatuba de Yurimaguas.
San José de Ataguates.
Santo Tomé de Cutinanas.
Santa María de Guallaga.
Nuestra Señora de Loreto de Paranapuras.
La Presentación de Chayavitas.
La Concepción de Cavapanas.
Santa María de Ucayale.
San Ignacio de Barbudos.
San Joaquín de Omaguas en Guerari.
Nuestra Señora de Guadalupe de Omaguas.
San Pablo de Omaguas.
San Cristóbal de Omaguas.
Santiago de la Laguna.

San Regis de Indios Lamistas.
San Estanislao de los Muniches.

RÍO PASTAZA

Los Angeles de Roamainas.
San Salvador de Zapas.
Nombre de Jesús de Coronados.
Santo Tomé de Andoas.
San José de Pinches.
Nuestra Señora de los Dolores de Muratas.

MISIÓN BAJA

San Joaquín de Omaguas.
San Fernando de Mayorunas.
San Regis de Yameos.
San Carlos de Alabonos.
San Simón de Nahuapo.
San Pablo de Napeanos.
San Xavier de Urarinas.
San Ignacio de Pebas.
Nuestra Señora del Carmen de Mayorunas.
Nuestra Señora de Loreto de Ticunas.
San Juan Nepomuceno de Iquitos.
Santa Bárbara de Iquitos.
Santa María de Iquitos.
San Sebastián de Iquitos.
Corazón de Jesús de Iquitos.
San Xavier de Iquitos.
San José de Iquitos.
Corazón de María de Iquitos.

MISIÓN DEL RÍO NAPO

La Reina de los Angeles de Payaguas.
Los Angeles de Guarda de Payaguas.
San Pedro de Payaguas.
San Xavier de Icaguates.
San Juan Bautista de Paratoas.
San José de Guayoya.
La Soledad de María.
San Bartolomé de Necoya.
Nombre de María de Guayoya.
San Miguel de Ciecoya.
Nombre de Jesús de Maqueye.
San Juan Nepomuceno de Tiputini.

MISIÓN DEL RÍO AGUARICO

San Pedro á la boca de Aguarico.
San Estanislao de Yairaza.
Corazón de Jesús de Yaso.
Los mártires del Japón.
San Luis de Guatizaya.
Santa Teresa de Pequeya.
La Trinidad de Capocui.
Santa Cruz de Zueoqueya.
San Luis de Tiriri.

Hemos hecho mención en nuestra historia de todos estos pueblos y de su primera fundación, á excepción de algún otro de poca consideración, cuyo principio no habemos podido averiguar. Hemos visto también en un escrito otras seis reducciones de la nación Yamea, que tuvieron estos nombres: La Trinidad de Masamaes, San Miguel de Ucayale, San Juan Evangelista de Miguianos, Santa Ana de Pativas, San Andrés de Parranos y San Felipe y Santiago de Amaonos; pero no sabemos qué misionero las fundase, ni cuánto tiempo duraron, ó cómo se consumieron y acabaron. Tampoco ponemos en la lista antecedente los nueve pueblos de Ucayales, Pirros y Cunivos... fundados á lo último del siglo pasado por el P. Enrique Rither, porque hasta los nombres ignoramos, y sólo podemos decir que la capital ó centro de dichas reducciones tenía la advocación ó nombre de la Santísima Trinidad.

Es cosa de admirar que habiendo fundado los misioneros del Marañón más de 80 reducciones en el discurso de ciento treinta años en que lograron trabajar en aquellas dilatadísimas tierras y conquistar tantas naciones diferentes, llegando á predicar el Evangelio en 39 lenguas entre sí distintas; el número de almas que se contaba en la misión en el año 1768 no pasase de 15.000, entrando en esta cuenta no sólo los cristianos, pero aun los catecúmenos. Crecerá la admiración si se considera que ya en el año de 1656 tenían reducidos los primeros misioneros en solos 13 pueblos 15.000 familias, como consta de los autos formados en aquel año en la ciudad de Lima. ¿Pues cómo ahora, despues de la conquista de los Andoas y Gaes en el río Pastaza, de los Omaguas y Yameos, naciones numerosísimas en lo bajo del Marañón, de los Payaguas é Icaguates en el Napo, de los Encabellados en el Aguarico y de los Iquitos en el Nanai, era tan corto el número que correspondía una sola alma á una familia de las conquistas antiguas?

Las causas de una diminución tan grande en los indios del Marañón, que no parecían á los principios caber en aquellas tierras, á lo que sienten los misioneros más prácticos, son: 1.ª, porque no habían entrado en aquellos países las epidemias de cursos de sangre, de catarros, de sa-

rampión y de viruelas, las cuales, á manera de redes barrederas, llevaban de cuando en cuando pueblos enteros. En lo cual se echa de ver la grande misericordia del Señor con aquellas gentes, porque queriendo su Majestad por sus ocultos juicios reducir á número bien corto tantas naciones, determinó hacerlo en tal tiempo y coyuntura en que la mayor parte lograse participar de los Sacramentos y consiguiese su último fin. Porque fuera de los infinitos niños, que, como dijimos en otra parte, volaron al cielo con la estola de la gracia recibida en el bautismo, siendo constante en el Marañón lo que dice el P. Acosta, *De Procuranda Indorum salute*, que de cuatro partes de indios las tres mueren sin llegar al uso de la razón, los más de los adultos morían con estas pestes ó recién bautizados si eran catecúmenos, ó fortalecidos con los demás sacramentos si eran ya cristianos. Y los misioneros que los trataban de cerca, estaban persuadidos á que los que acababan en el pueblo su carrera se salvaban. Tales y tan sensibles señales de su salvación eterna veían en aquella última hora.

La segunda causa de haber bajado tanto el número de los indios fueron sin duda los portugueses, que al principio de este siglo fuera de los muchos daños que habían hecho antes, asolaron seis pueblos florecientes de Omaguas y Yurimaguas, llevando cautivos á sus tierras estos miserables indios sin haber fuerza bastante para resistir á tanta violencia. Sólo el P. Samuel Fritz, que los había conquistado para Jesucristo, hizo, como en su lugar dijimos, un largo y penoso viaje al Gran Pará y con su buen modo y razones evidentes, presentadas al gobernador, contuvo á los principios el ímpetu de la persecución de aquellas gentes; pero muerto este insigne misionero rompieron con más fuerza los diques de su furor, y lo asolaron todo llevando también por prisionero, al P. Sana que le sucedió en el empleo.

La tercera causa fué la muerte violenta que varias naciones de genio traidor y de condición taimada dieron á sus mismos misioneros. Por la muerte del P. Pedro Suárez se internaron en sus montañas del Curaray los Oas y los Abigiras. Por la del P. Nicolás Durango volvieron á sus antiguos escondrijos muchos Semigayes. Por la del P. Rither y del hermano Heredia se perdió toda la misión de Ucayale. Por la del P. Hurtado, bien que ejecutada por un bárbaro mulato, desaparecieron muchos Roamainas y Zapas. ¿Y qué diremos del P. Francisco Real, habiendo perecido en la tormenta casi toda la misión de los Encabellados extendidos en tantos pueblos? Y en estos últimos años tuvo que trabajar el P. Vahamonde por tanto tiempo para recoger los indios huidos de San Ignacio por la muerte del P. José Casado. Estas son las causas verdaderas de la diminución de los indios. Una buena parte pereció al rigor de la peste; otra fué llevada cautiva de los portugueses; otra escapó al monte después de algún atentado, y la otra, finalmente, subsistía en las reducciones que contaba la misión en el año de 1768, y eran las siguientes:

MISIÓN ALTA DEL MARAÑÓN

REDUCCIÓN	ALMAS	MISIONEROS
Ciudad de San Borja	328	P. Xavier Veigel, alemán.
San Ignacio de Mainas	306	El mismo.
Santiago de la Laguna	1.600	P. Adán Vidman, bávaro.
San Juan Evangelista de Mainas	100	El mismo.
La Concepción de Xeveros	1.500	P. Xavier Plindendorfler, alemán.
San Xavier de Chamicuros	1.000	P. Carlos Albrizi, veneciano.
Nuestra Señora de las Nieves de Yurimaguas	300	P. Leonardo Deubler, alemán.
San Regis de Lamistas	200	El mismo.
Presentación de Chayavitas	700	P. Dionisio Ibáñez, alavés.
Nuestra Señora de Loreto de Paranapuras	300	P. Pedro Berroeta, quiteño.
San Estanislao de Muniches	100	El mismo.
Concepción de Cavapanas	750	P. Pedro Esquini, florentino.

MISIÓN DEL RÍO PASTAZA

REDUCCIÓN	ALMAS	MISIONEROS
Santo Tomé de Andoa	400	P. Martín Sveina, bohemo.
San José de Pinches	200	P. José Zenitagoya, quiteño.
Nuestra Señora de los Dolores de Muratas	800	P. Andrés Camacho, popayanense.
Corazón de Jesús de los Xívaros	200	El mismo.

MISIÓN BAJA DEL MARAÑÓN

REDUCCIÓN	ALMAS	MISIONEROS
San Joaquín de Omaguas	600	P. José Palme, alemán.
San Fernando de Mayorunas	200	El mismo.
San Regis de Yameos	500	P. Manuel Uriarte, alavés.
San Xavier de Urarinas	600	P. Mauricio Caligari, alemán.
San Pablo de Napeanos	300	P. José Montes, sardo.
San Ignacio de Pevas	700	P. José Vahamonde, quiteño.
Nuestra Señora del Carmen de Mayorunas	100	El mismo.
Nuestra Señora de Loreto de Ticunas	700	P. Segundo del Castillo, manchego.

MISIÓN DE NAPO Y AGUARICO

REDUCCIÓN	ALMAS	MISIONEROS
Nombre de Jesús...............	300	P. José Romei, boloñés.
Santísima Trinidad de Capocui.	350	P. Juan Ibusti, francés.
San Miguel.....................	200	Los mismos.
Nombre de María..............	100	Los mismos.
San Xavier de Icaguates.......	100	Los mismos.
San Pedro de Payaguas........	200	Los mismos.
Santa Bárbara de Iquitos.......	500	P. Juan Saltos, americano.
Nuestra Señora de la Luz de Iquitos......................	400	Hermano Pedro Choneman, holandés.
San José de Iquitos............	100	Los mismos.

Estos eran los pueblos que se contaban en los cinco partidos dichos, cuando los misioneros salieron del Marañón. Los indios del partido primero eran todos cristianos á excepción de unos pocos Mainas recientemente agregados. En el segundo se hallaban varios Muratas y Xívaros catecúmenos. Los Ticunas y Mayorunas del tercero, casi todos eran pretendientes del bautismo. En el cuarto, casi todos estaban bautizados. Finalmente, los Iquitos que estaban fundando en el quinto partido el pueblo de San José, eran catecúmenos.

Fuera de estas reducciones, cuidaban dos misioneros, es á saber: los PP. Xavier Crespo y Juan Ullauri, americanos, de la ciudad de Santa Cruz de Lamas, en donde había dos mil blancos y mestizos y como mil indios. Vino en esto la Compañía por condescender á las súplicas del señor obispo de Trujillo, á cuyo obispado pertenece dicha ciudad. De la misma manera estaba á cargo del P. Francisco Zamora, natural de Tacunga, la ciudad del Rosario de Archidona, donde vivían algunos españoles y mestizos con seiscientos indios. Finalmente, el pueblo de Napo, que es de indios tributarios con dos anejos llamados Tena y Misagualle, donde habría por todo sus ochocientas personas, estaba al cuidado de otro misionero del Marañón el P. José Marchate, alemán. Estos dos últimos padres hacían también sus excursiones á Santa Rosa y predicaban y confesaban á los mineros blancos que con doscientos negros trabajaban en aquellas minas de oro, cercanas al pueblo de Napo.

LIBRO XI

Antes de referir la expulsión de los misioneros jesuitas de sus queridas misiones, y declarar los grandes trabajos que pasaron por mar y tierra arrastrados á la Italia, nos ha parecido dar en este penúltimo libro alguna noticia del gobierno político-cristiano de la misión del Marañón. Para proceder con alguna claridad y distinción en las cosas que pensamos decir del gobierno común de todas las reducciones, y del particular de cada pueblo, así en lo civil y político, como en lo espiritual y cristiano, reduciremos á ciertos capítulos los puntos más principales, comprendiendo en ellos las prácticas y establecimientos que se observaban inviolablemente en los pueblos antiguos de la misión alta, y que se seguían é imitaban más ó menos en los nuevos que pertenecían á la misión baja, á la del Napo, y Aguarico y á la del Nanai.

CAPITULO PRIMERO

DEL GOBERNADOR DE LA MISIÓN: SU JURISDICCIÓN Y OBEDIENCIA DE LOS INDIOS

El gobernador de la ciudad de San Francisco de Borja lo era también de todo el distrito de las misiones de Mainas, extendiéndose su jurisdicción por cédula real del año de 1682 (en que se expresan los títulos mismos que se le dan al conferir el gobierno) á todas las naciones hasta entonces reducidas, y á las que después se fueren reduciendo por la industria y celo de los misioneros jesuitas de la provincia de Quito, en el gran río Marañón y en los colaterales que desaguan en él, mediata ó inmediatamente, como asimismo á los respectivos montes de uno y otro lado, en que vivían dichas naciones. Su común residencia era la ciudad de Borja, pero debía visitar y visitaba los pueblos todos, sin excluir los más distantes y más expuestos á peligros y novedades. Proveía sus ordenanzas para el común de la misión y para cada pueblo en particular, proporcionadas á la situación y calidad de cada uno. Daba el nombramiento de oficiales de milicia á los vecinos de Borja, como de maestres de campo, sargentos mayores, capitanes y demás oficiales subordinados, y siempre

que salía á visita llevaba consigo alguno de ellos, con los soldados que le parecía, conforme á la mayor ó menor necesidad y circunstancias que ocurrían. Desde la fundación de la ciudad y desde los principios del establecimiento del gobierno, se obligaron los Borjeños á servir de soldados á disposición del gobernador, en bien y provecho de la misión; y en atención al servicio que prometieron, se les repartieron encomiendas por la nación Maina, las cuales gozaron por herencia y sucesión sus mismos hijos, nietos y biznietos, hasta que en estos últimos años se agregaron á la corona real. Premiábaseles también á proporción de su valor y mérito con los honores y grados oficiales, pasando de unos á otros, según el juicio del gobernador general de la ciudad y misiones.

Tomaba posesión jurídica y solemne en forma de derecho, y á nombre de su majestad de las naciones reducidas y de los pueblos que se formaban en ellas. Confirmaba las paces hechas de los misioneros, y tomándolos debajo de su protección real, se declaraba en la misma conformidad amigo de sus amigos, y enemigo de los que les perjudicaban ó hacían agravios, protestando que se valdría de toda la autoridad real cometida en virtud de su cargo, para reprimir y contener á las naciones confinantes que les molestaran sin causa, ó impidieran el establecimiento, paz y libertad de los indios que se reducían ó querían reducirse á la fe católica. Asimismo intimaba á los indios reducidos la obediencia á su majestad, la sujeción á sus ministros y el rendimiento á los padres, que atendían á la salvación eterna de sus almas por los medios más proporcionados de cariño y suavidad. Ultimamente, encargaba á todos la fidelidad á las majestades divina y humana, conminándolos con los castigos correspondientes si faltasen á ella.

En cada uno de los pueblos nombraba su gobernador, y le daba facultad de empuñar bastón por insignia de su cargo, concediéndole las facultades necesarias para ejercer enteramente su oficio, como pedía el buen gobierno de la reducción. En los pueblos nuevos daba este nombramiento al cacique de la nación, y si eran dos ó tres, como solía suceder, prefería al de más séquito, ó al que tenía debajo de sí más gente, dando á los demás otros cargos. El nombramiento era por lo regular de por vida, aunque el empleo era de suyo amovible á la disposición de su señoría, el cual, si el indio desmerecía por su pereza ó mal proceder el cargo cometido, le privaba de él y ponía otro más diligente en su lugar. En los pueblos antiguos seguía comúnmente la sucesión del gobierno por sangre en los caciques, prefiriéndolos á los demás en igualdad de méritos y aptitud. Pero si no los había ó no se juzgaban dignos del cargo, se daba á otros el nombramiento. La elección era privativa de su señoría; pero procedía de acuerdo y consulta con el padre superior de la misión, el cual, de informe del misionero inmediato, como más enterado de las calidades de sus indios, proponía al que parecía más á propósito para ejercer el cargo.

El título de gobernador del pueblo á veces era verbal y otras veces por escrito, autorizado por el secretario general del gobierno. De la misma

manera se daban en cada pueblo los títulos de capitanes, alférez y sargento, las más veces por escrito. Alguna otra vez se premiaba con otros cargos mayores, de maestre de campo ó de sargento mayor, á los mismos indios que se habían distinguido en alguna expedición ó señalado en alguna empresa del real servicio y bien común de la misión. Todos los años confirmaba los alcaldes, alguaciles y otros ministros que nombraba el ayuntamiento del pueblo. En la misión alta debían presentarse los recién elegidos, al principio del año, á la ciudad de Borja por la confirmacion, si no es que por aviso anticipado del gobernador, que bajaba á la visita, se les excusase el viaje. En la misión baja y nueva acudían al teniente general, que residía en el partido, pareciendo necesario dispensarles del dilatado viaje. Túvose por conveniente poner estos tenientes cuando fué dilatándose la mision por tantas reducciones de las naciones del bajo Marañon, del Napo y del Aguarico, que, como distantes tantos centenares de leguas de la cabeza, no podían ser convenientemente gobernados sin el socorro de subalternos. Poníales comúnmente el gobernador, y si tal vez la Real Audiencia de Quito despachó estas provisiones, lo hizo dejando los elegidos subordinados y sujetos al gobernador. No podían los tenientes disponer ni obrar más que provisionalmente, y tenían las veces del gobernador en las ocurrencias comunes y necesidades urgentes.

En todos los pueblos tenían los indios casa prevenida y alhajada para cuando fuese el gobernador á la visita. Esta era la casa del concejo, que allí llaman cabildo y servía para las juntas de los ministros de justicia. Solía estar en un sitio cercano á la iglesia, de manera que los tres lienzos de la plaza principal los hacían ordinariamente la iglesia, la casa del misionero con su cocina que era como seminario de niños y niñas, y la casa de ayuntamiento. Al gobernador particular del pueblo y á los alcaldes de año tocaba tenerla provista de los utensilios necesarios de camas, mesas y sillas para un hospedaje decente en tiempo de la visita del gobernador ó teniente, y los mismos oficiales la surtían del mantenimiento conveniente señalando mytayes ó indios semaneros, que se empleaban en buena caza y pesca para que nada faltase. Señalaban también viudas cocineras para sazonar las viandas, y algunos muchachos que servían de criados al gobernador y á sus familiares. Un alcalde, por el pueblo, y un cabo de los oficiales menores, por la milicia, estaban siempre prontos á cualquiera hora del día que los llamase el gobernador, sin poder ausentarse del pueblo, por todo el tiempo de la visita. En suma, era obedecido, asistido y atendido de los indios con la más pronta obediencia, con el cuidado y puntualidad del más fino vasallaje, y con la fidelidad y rendimiento que profesaban á su monarca, cuya persona reconocían en el gobernador.

De aquí es que no se limitaba la obediencia de los indios á las órdenes que les daba el gobernador mismo en persona; la misma profesaban á las insinuaciones y mandatos que se le intimaban en nombre suyo por cualquier oficial y cabo. No hubo jamás ejemplar en que se negase el gober-

nador particular de algún pueblo ó alguno de sus ministros á concurrir con su gente á empresas del real servicio, suministrando canoas ó alargando bastimentos, según eran requeridos. Al menor aviso alistaban los cabos el tercio ó tercios que se les pedían, aprontaban las canoas necesarias, hacían las provisiones correspondientes al tiempo y salían gustosos con sus armas á la voz del rey, cuyo nombre les bastaba para no reparar en gastos, dejando á la caridad de los misioneros sus familias y exponiéndose generosamente á los peligros de perder la salud y vida con el trabajo que se les añadía en el viaje de servir de remeros en las canoas, que no llevaban otros marineros que los mismos, los cuales servían también de soldados, de pescadores y de cazadores. Todo esto hacían los indios en las expediciones á que se les llamaba, ya fuese para castigar gente alzada, ya para descubrir gentiles, ya para entablar paces con algunos bárbaros de quienes se temía, empleando á las veces tres, cuatro y más meses, en cuyo tiempo solían morir algunos, con el peso de tanta fatiga.

Parecerá esto fácil á ciertas personas que miran como natural ó como innata á las naciones del Marañón una cobardía ó pusilanimidad que les quita la libertad de resistir á lo que se les mandaba. Grande engaño que han querido hacer valer algunos de poca práctica y experiencia en aquellas tierras y de ningún trato con los indios. No hicieron este juicio los gobernadores desde el primero hasta el último, los cuales conocieron muy bien cómo el rendimiento de los indios era un puro efecto de la constante aplicación y de la fatiga de los misioneros en civilizarlos. Y para dar algún otro ejemplo de verdad tan cierta, basta traer á la memoria los primeros tiempos en que el gobernador D. Jerónimo de Vaca y su hijo, saliendo con un piquete de soldados de Borja, de quienes se sirvió para ayudar á los padres Gaspar Cujía y su compañero, se vió no pocas veces en la precisión de usar de rigor y de valerse de las armas, para hacerse conducir de los indios Mainas á las tierras de los Xeveros, con ocasión de haber de procurar los establecimientos y fundación de los primeros pueblos. Viendo después cuánto costaba en aquellos principios á los padres domesticar aquellas fieras, amansar aquellos bárbaros y reducir á sujeción y gobierno tales gentes, dijo más de una vez: «No veo cómo se pueda esperar reducir á policía tan bárbaras naciones, sin alguno ó muchos milagros.» Acordándose de allí á algunos años uno de sus nietos de la expulsión de su abuelo, dijo: «Mi abuelo fué dotado de un gran juicio, penetración y prudencia, pero no de espíritu de profecía; ya veo que sin milagros se ha conseguido la reducción de estas gentes á policía y sujeción.» Al oir esto un vecino de Borja, de avanzada edad, volvió por el gobernador primero diciendo: «Vuestro abuelo, señor gobernador, dijo muy bien y tuvo mucha razón de decirlo; pero de estos milagros nada ruidosos, hacen los jesuítas misioneros con su celo caritativo y con su constante aplicación.»

D. Juan Antonio de Todelo, gobernador de las misiones por los años

de 1542, manifestó el juicio que hacía en esta materia á uno de sus más confidentes misioneros diciendo: «Desde que entré en mi gobierno reparé con mucha complacencia mía en la obediencia y sujeción de los indios, del todo opuesta á lo que me informaron en Quito. He observado que en los pueblos antiguos es la obediencia igual, pero en los nuevos es más pronta y exacta en unos que en otros, según y como los van domesticando los padres, más ó menos. Me ha enseñado la experiencia que no me basta mandar para hacerme obedecer aun con la amenaza de hacer valer mi autoridad.» El caso fué que subiendo con un misionero por el río Aguarico se encontró con una canoa en que bajaban dos indios con sus mujeres y un muchacho. Hízolos llamar el gobernador y no hicieron caso. Mandó tomarles la delantera, pero ellos jugaban con todos, haciendo lance con su canoita sin poder atajarlos. Así se burlaban del gobernador, hasta que dejándose ver el misionero, y llamándolos en su lengua, volvieron proa y se vinieron acercando. Entonces el Sr. Toledo, por medio de un intérprete, les dijo quién era y que les mandaba volver á su pueblo. Los indios se contentaron con mirarlos friamente y con decir: «ya estamos lejos de nuestro pueblo y cerca de otro, á donde vamos, y nos cansaremos si volvemos», y diciendo y haciendo, volvieron proa hacia abajo.

Al ver esto quedó inmutado el gobernador, y reparándolo el padre, gritó á los indios, que ya navegaban hacia su destino, y ellos se pararon en el río sin moverse, y le aguardaron. Qué les dijese el misionero, ni cómo los persuadiese, yo no lo sé, decía el gobernador contando este encuentro. Sólo sé que á poco rato volvió el buen padre y me dijo: Prosigamos, que los indios volverán con nosotros, como efectivamente nos siguieron hasta el pueblo. Mudado ya el indio principal en otro hombre, vino á buscarme y á besar la mano, diciendo que no me enojase, que quería que yo fuese su amigo y él lo sería mío, y en prueba de esto pescaría para mí por todo el camino, y me regalaría con los frutos de su heredad, como lo cumplió puntualmente. En suma, proseguía el gobernador, es para mí más que difícil comprender cómo han podido los padres meter en camino de sujeción y obediencia estas gentes. En las misiones nuevas voy viendo la altanería de unas naciones, que amigas de su libertad se sacuden con abertura, negándose á todo lo que no es de su gusto ó interés. Veo la insensibilidad de otros que parecen unos leños, porque ni oyen ni atienden ni se mueven. Pruebo la dificultad en todos en dejarse llevar de razones, de respeto ni aun del agradecimiento por el bien que se les hace. Verdaderamente ésta es obra de Dios, y sólo se debe atribuir al celo que anima á los padres, á su tolerancia, á sus afanes caritativos, á su constante aplicación y á la asistencia con que el cielo corresponde á sus fatigas.» Todas estas son palabras del gobernador Toledo, uno de los más capaces y prácticos que conoció la misión de Mainas, como atestigua el padre Martín Iriarte en sus apuntaciones sobre el gobierno de la misión de los Mainas.

CAPÍTULO II

DEL SUPERIOR DE LA MISIÓN Y DE SU GOBIERNO, CUIDADO Y ATENCIÓN AL COMÚN DE ELLA Y AL PARTICULAR DE CADA PUEBLO

Todo buen gobierno está pidiendo que haya cabeza ó superior inmediato en comunidad que se compone de varios sujetos. Los misioneros de Mainas, aunque esparcidos por muchos pueblos, hacían también su comunidad y reconocían un inmediato superior, cuya asignación ó nombramiento fué á los principios propio del superior de la provincia; pero después de algunos años se lo reservó á sí el general de toda la Compañía, el cual remitía en la nómina de los superiores de las casas y colegios el nombramiento de superior de las misiones. Tenía éste las mismas facultades de que usaban los superiores locales, y disponía de los misioneros, mudándoles de un lugar á otro, según y como le parecía conveniente para el bien de la misión. Sólo se le limitaba la facultad en orden á sacar de la misión á la provincia algún sujeto, sin consultar primero el provincial.

Su residencia fué por algún tiempo la ciudad de San Francisco de Borja; pero extendida la misión y fundados pueblos por el Marañón, Apena y Guallaga y otros sitios, se determinó que bajase á vivir más cerca de las reducciones establecidas, y fijó su residencia en el pueblo de Santiago de la Laguna, que, como centro de los demás, hacía más fácil el recurso, y desde donde podía atender con más prontitud y menos trabajo á las ocurrencias de los pueblos y al alivio de los padres; y como después, con el tiempo, se abriese nuevo campo con el descubrimiento de muchas naciones gentiles distantes de la Laguna, y se hiciesen varios establecimientos, á que no podía proveer tan fácilmente por la mucha distancia, sucedió lo mismo que al gobernador de Borja, el cual se vió precisado á poner tenientes en los respectivos partidos. Señalaba dicho superior algún misionero del partido que, con su dependencia, se hacía cargo del gobierno en aquella parte con el nombre y con las facultades de vicesuperior.

Estos eran dos. Residía uno en el pueblo de San Joaquín de Omaguas y se extendía su cuidado á la misión baja del Marañón, del Nanai, del Tigre y del río Blanco. Otro vivía en el pueblo del Nombre de Jesús, y su gobierno comprendía las reducciones del Napo y del Aguarico. No podían los vicesuperiores mudar sujetos de un pueblo á otro si no es en caso muy urgente, y entonces sólo lo hacían provisionalmente hasta que el superior lo aprobase ó diese otra providencia. En lo demás gobernaban el partido y daban las disposiciones convenientes para la buena administración, de que avisaban frecuentemente al superior. Después que se agregó á la misión de Mainas el curato de la ciudad de Lamas, á pe-

tición del obispo de Trujillo, quedó también al gobierno del superior dicho curato, y el cura ó párroco principal era también vicesuperior.

Aunque el superior partía sus cuidados en el gobierno con los tres vicesuperiores, no por eso dejaba de cargar sobre sus hombros casi todo el peso de las molestias de una misión tan extendida, debiendo enterarse de todas las circunstancias más notables y velar sobre los demás para la satisfacción de su cargo. A este fin, dos veces á lo menos en su bienio visitaba los pueblos así de la misión alta como de la baja y de la nueva del Napo y Aguarico, andando por casi todo el año de un pueblo en otro. En cada uno examinaba la conducta y proceder de su misionero, se hacía cargo del estado de él, tanto por lo espiritual como por lo temporal, observaba el modo de vivir de la gente, la asistencia á la doctrina cristiana, el decoro de las funciones sagradas, la obediencia y subordinación á los que mandaban, la limpieza del pueblo y cuanto conducía á la economía y adelantamiento de la reducción. Trataba con el misionero muy despacio de los medios más oportunos en las circunstancias para el remedio de lo que necesitaba enderezarse. Y si resultaba en la visita alguna cosa mayor ó digna de proponerse en las consultas, de que hablaremos á su tiempo, la notaba para tenerla presente y examinarla con más consideración. Otras veces juntaba los misioneros del partido, y oído su parecer y dictamen, determinaba en la visita misma lo que le parecía más conveniente.

Debía detenerse en cada pueblo tres ó cuatro días, en cuyo tiempo, á golpe de campana, bajaba al confesonario y oía de confesión á cuantos querían confesarse, que por lo regular eran muchos, unos por necesidad, otros por novedad y no pocos por tener el gusto de tratar las cosas de su alma con quien sabían que las había de recibir con afabilidad y cariño. Repetía esta distribución mañana y tarde, manteniéndose dos y tres horas en el confesonario hasta satisfacer á todos; y como este método se entabló desde los principios en las visitas de los superiores, no causaba el ejercicio novedad alguna en la gente y lograban los que lo necesitaban comunicar sus cosas, consultar sus dudas y tal vez la oportunidad y coyuntura de salir de peligros de condenación. Hacía fuera de esto en cada pueblo alguna ó algunas pláticas conforme á la necesidad, y usando del privilegio concedido por la Santidad de Benedicto XIV en su Bula *Non solum*, expedida en el año de 1751 á favor de las misiones del Marañón, confirmaba á los que no habían recibido este Santo Sacramento. La grande distancia de las misiones de Mainas y la moral imposibilidad de que los obispos de Quito pudiesen bajar á las visitas regulares, hizo necesario un privilegio tan señalado, el cual no sólo se concedió á los visitadores en tiempo de sus visitas, sino que también se extendía á otros misioneros en ciertas circunstancias, porque podía el visitador delegar á otro ó á otros esta misma facultad de confirmar, si se hallaba impedido, por todo el tiempo que durase el impedimento. Fuera de esto, podían hacer lo mismo en cada pueblo los misioneros particulares en

peligro evidente de muerte, como lo previene la misma Bula, la cual añade que se han de entender concedidas estas facultades y privilegios en las misiones que no estaban sujetas á algún ordinario, ó con la licencia del obispo si estaban ya aplicadas á determinado obispado.

Antes que partiese de la visita el superior se prevenían los misioneros de las facultades y licencias necesarias, ó de las que les parecían oportunas para el adelantamiento de sus pueblos, porque había muchas cosas pertenecientes á ésta, que no podían hacer sin expresa facultad y consentimiento del superior, como el tratar del descubrimiento, de la paz, ó de la conquista de los gentiles, mudar la reducción de una parte á otra, hacer nueva iglesia, fabricar otra casa, ó mudar notablemente el pueblo. Estas y otras cosas de consideración estaban reservadas al superior, á quien debían también los misioneros avisar de los desórdenes extraordinarios ó novedades notables no remediadas, sin serles permitido avisar al gobernador ó teniente antes de tener orden del superior para ello. Antes bien, por cédula real expedída el año de 1682, que referimos á su tiempo, los gobernadores, tenientes y cabos, debían tomar consejo del superior cuando querían hacer algún grave castigo para evitar los grandes inconvenientes que naturalmente resultarían, como habían resultado en lo pasado, por la inconsideración y falta de conocimiento de las gentes, ó por la poca experiencia de los cabos.

CAPITULO III

DE LAS CONSULTAS DE LOS MISIONEROS

Por ser las consultas de los misioneros dirigidas al bien común y particular de los pueblos, nos ha parecido dar alguna noticia de ellas antes de empezar á tratar de la particular de los pueblos. Fuera de las consultas que solía tener el superior en su visita con los misioneros del partido, había otras en la misión que podemos llamar ordinarias y comunes. Su uso no fué tan antiguo como fué conocida la necesidad y utilidad que podían traer á las misiones. En varios tiempos se ofrecían varias dificultades, que ni los misioneros, ni el superior, ni los provinciales pudieron superar, y se hubieran vencido fácilmente con el uso de las consultas. Siendo provincial de Quito el P. Carlos Brentano, que había sido, como vimos, excelente misionero de Mainas y superior de las misiones, hubo una dificultad muy grande de hacer un catecismo que se debía enseñar á los indios, porque atendiendo cada misionero al bien de su pueblo, no convenía con el otro, alegando cada uno sus razones diferentes conforme al fin particular que se proponía; de donde resultaba la dificultad grande de hacer un catecismo universal que pudiese servir para todas las naciones del Marañón de diversos lenguajes, usos y costumbres; porque no era fácil que las traducciones particulares exprimiesen adecuadamente sen-

timientos y verdades que habían aprendido los indios y no les causase alguna confusión. Sin embargo de estos inconvenientes, el catecismo se formó para mayor uniformidad de las naciones y se remitió por orden del padre provincial á todas las reducciones.

Los más de los misioneros admitieron el catecismo y comenzaron á enseñarlo en sus pueblos; mas otros representaron que era éste un nuevo trabajo bien excusado y que no carecía de peligro el introducirlo en las reducciones antiguas, las cuales estaban en posesión por muchos años de su doctrina. Unos decían que podía desazonarse fácilmente la gente, y, lo que era peor, alborotarse, pues por razones ó pretextos menos plausibles solían dar lugar á la inconstancia. Alegaba otro, que de la ejecución que se pretendía se seguirían sin duda graves inconvenientes, y que no era el menor el que los ancianos se olvidarían fácilmente del antiguo catecismo, que habían aprendido con tanto trabajo, y que jamás aprenderían el nuevo, expuestos á morir sin saber la doctrina cristiana. Finalmente, no faltaron algunos misioneros que quisieron hacer ver cómo en el nuevo y universal catecismo se descubría menos naturalidad en algunas expresiones, y se hallaban defectos y redundancias en otras, por cuya causa debía reveerse, examinarse y corregirse antes que se pusiese en uso en las reducciones.

En tanta diversidad de pareceres, que podían ocasionar algunas alteraciones, se tomó por medio eficaz la práctica de las consultas, con las cuales se logró dar fin á las representaciones y cortar las dificultades. Ordenó el provincial que se tuviesen unas en Santiago de la Laguna con el padre superior, y otras con el vicesuperior en Omaguas, y en ellas se determinase, á pluralidad de votos, qué catecismo debía seguirse en el partido. Como todos los misioneros iban de buena fe, atentos solamente al bien espiritual de los indios, este medio bastó para lograr en pocos días lo que no se había podido conseguir en muchos años. Convinieron los padres de cada partido en la doctrina que debía seguirse en cada uno de los pueblos, mirando en cuanto era posible á la uniformidad, hasta en las palabras, y haciéndose cargo de los ancianos y del modo de hablar y de explicarse de las diferentes naciones.

Con esta experiencia, que probó tan bien en uno de los más arduos negocios, se ordenó que se practicase el medio de las consultas cada tres meses, y N. M. R. Padre General confirmó lo mismo, aunque después se alargó el tiempo de juntarse hasta seis meses, y éste era el estilo de las misiones por los años de 1768. Juntábanse los misioneros más antiguos, y á las veces todos, en el pueblo donde residía el superior ó vicesuperior del partido. Los de la misión alta en la Laguna, los de la baja en San Joaquín, y los del Napo y Aguarico en el nombre de Jesús de Tiputini. El método solía ser el mismo que prescribe nuestro Instituto, y que se observaba en los colegios. Tratábase á proporción de las materias acostumbradas en las consultas, así por lo tocante á lo espiritual como por lo perteneciente á lo temporal de los pueblos y los indios. En particular

se trataba: 1.°, de lo que ocurría para el mejor gobierno y adelantamiento de las misiones y reducciones. 2.° De los medios más proporcionados y convenientes para uno y otro. 3.° De las necesidades de los indios y del modo de remediarlas. 4.° De las naciones de gentiles del partido no descubiertas ni pacificadas, y si era conveniente emprender su reducción y de qué manera. 5.° De los viajes, despachos ú ordinarios y de la economía temporal de los pueblos. 6 ° De las prácticas de los ministerios espirituales, etc. En cada partido había su libro en que se notaban los puntos que se ventilaban, y lo que, finalmente, después del examen se determinaba. El vicesuperior daba cuenta de lo actuado al padre superior, y éste avisaba de todo al padre provincial. Rara vez se dejaban de tratar en las consultas, como por modo de conferencias, algunos puntos morales; porque las dificultades que ocurrían en las misiones eran frecuentes y no pocas de ellas bien graves, ni había en todos los pueblos autores que poder registrar, ni podían los misioneros cargar de muchos libros. Pero estas conferencias daban ocasión para asegurar la decisión de las dudas con el parecer de unos y otros. Cuando no se ofrecía algún asunto particular en estas juntas, se proponían algunos casos de moral, y sobre ellos se tenían conferencias.

CAPITULO IV

DEL GOBIERNO INMEDIATO DEL PUEBLO QUE ESTABA Á CARGO DE CADA MISIONERO

Aunque el gobernador de Borja y el superior de las misiones tenían por lo respectivo á sus cargos tanta parte en el gobierno de las reducciones, todavía restaba no poco como peculiar y privativo á los misioneros particulares en sus pueblos. Porque en atención á la calidad de las gentes incapaces de gobernarse por sí mismas, les había cuerdamente concedido y cometido su majestad católica por cédulas particulares, el gobierno inmediato con arreglo á las leyes de la Recopilación de Indias. Es bien que se entiendan estas reales disposiciones, que si hubieran tenido presentes algunos genios olvidadizos ó mal informados, no hubieran mirado como fuera de la inspección de los misioneros todo lo que no era catequizar, bautizar, predicar y administrar Sacramentos, como si se pudiesen ejercitar estos ministerios espirituales en aquellos indios, sin encargarse de su gobierno y sin atender á todo lo que se endereza á hacerlos racionales. Es el genio de los indios descuidar de todo y excusar cuanto puede serles molesto; bien hallados con su natural dejamiento, no se mueven sin exterior impulso, y sin la continua dirección del misionero no hacen nada, y si hacen algo, en poco aciertan ó todo lo hacen al revés. No se explicó mal quien dijo que eran como las ruedas del reloj, que si no se le da cuerda no se mueven.

La experiencia enseñó muchas veces cuán necesaria era la continua vigilancia y atención del misionero á todo cuanto se debía ejecutar en el pueblo; y se vieron algunos tristes efectos en algunos pueblos en que, dando en rostro á sus misioneros el cuidar de las que tenían por impertinencias, se echó bien de ver que les salía mal la cuenta de adelantar las reducciones. Tirábales á unos el amor al estudio, en que se metían por todo el día, hechas las distribuciones diarias. Empleaban otros la mayor parte del tiempo en obras de manos, útiles á la iglesia, como de retablos, cuadros, cajones de sacristía. Otros, finalmente, tomaban, sí, con muchísimo cuidado todo lo espiritual, como la enseñanza de la doctrina, administración de Sacramentos y conversión de gentiles; pero no acababan de persuadirse prácticamente que los otros cuidados externos y la atención al gobierno de la gente, era un medio necesario para coger el fruto que pretendían de su predicación y enseñanza. Así que á poco tiempo de esta omisión se conocía luego el atraso del pueblo; y en vez de aprovechar las gentes en la doctrina, se hallaban más ignorantes; y en vez de crecer en número la reducción, se disminuía. Es verdad que no han sido muchos los misioneros á quienes armaba este modo de pensar, y que el superior, en la visita tenía muy particular atención para que ninguno diese en aquellos escollos, y si hallaba alguno menos cuidadoso del gobierno, dejando este cargo á los indios, ponía luego conveniente remedio y lo hacía entrar en las miras que debía tener un misionero de Mainas.

Viniendo, pues, al particular de este gobierno, el cabildo, concejo ó ayuntamiento de cada pueblo, estaba en todo formado conforme á las leyes de la Recopilación, y se componía de un gobernador, dos alcaldes, uno de primer voto y otro de segundo, pero con igual jurisdicción; dos regidores y algunos alguaciles. Y cuando en el pueblo había parcialidades distintas, se añadía un regidor ó dos, con un alcalde, atendiendo á suavizar el gobierno, porque más fácilmente se rinde el indio al de su parcialidad que al de otra diferente. En algunos pueblos más formados había, fuera de los dichos, un alcalde mayor de por vida, el cual tenía jurisdicción de alcalde ordinario sin perjuicio de los demás, y era éste un premio que solía dar el gobernador de Borja á algún indio principal que hubiese hecho particulares servicios en bien de algún pueblo ó de alguna nación. Al concejo tocaba privativamente elegir los alcaldes ordinarios de año, y efectivamente, los nombraba en el día de la Circuncisión del Señor. En estos nombramientos tenía mucha parte el misionero, que aunque no se metía en la elección inmediata, la cual se dejaba á la libertad de los indios, pero iba disponiendo suavemente los ánimos para que se acomodasen al modo de gobierno de la misión, y conviniesen, finalmente, en elegir los más cuerdos y proporcionados para el cargo.

No hay poco que trabajar en reducir á sujeción y gobierno á unas gentes que acaban de salir de sus bosques, sin más dependencia ni más ley que sus pasiones, gobernándose en todo por sus bárbaras y gentílicas supersticiones, sin más guía que la propia libertad, antojo y gusto. Cuan-

do ya el misionero á costa de su aplicación, industria y paciencia de varios años lograba tener á sus indios como amoldados, y en cierta manera dispuestos para recibir el gobierno, avisaba al gobernador de Borja de la disposición de su pueblo. Enterado su señoría del estado de la reducción, daba nombramiento formal de gobernador, alcaldes y regidores con autoridad de concejo ó ayuntamiento, y proveía auto para que en adelante se siguiese en la elección el método común de los pueblos formados que era de la manera siguiente:

Desde el principio de Diciembre comenzaba el misionero á hacer á la memoria á los indios que se iba acercando el tiempo de pensar en nuevos alcaldes para el año siguiente. Los primeros días trataban con calor entre sí y tenían sus diferencias, pero sin empeñarse todavía remitiéndose al tiempo, que les parecía largo. Llegado el día de Navidad, ya se consideraban como estrechados y tenían indefectiblemente sus juntas previas sobre las personas que se debían elegir: uno tiraba por su pariente, otro por el compadre, éste pretendía que le sucediese el indio que le había dado algo que hacer ó que padecer para que probase por sí mismo lo que era ser alcalde, aquél buscaba un genio indulgente y disimulador más de lo que convenía. Así se esforzaba cada uno, llevado, por lo común, de sus particulares ideas y lejos de atender al bien público y común del pueblo, á que se propusiese el que le venía al pensamiento.

El misionero, después de haber dejado á los indios usar de sus derechos en sus primeras propuestas, viendo que, por lo regular, iban descaminadas, procuraba hacer entender á cada uno los inconvenientes de sus ideas, la necesidad de desnudarse de sus afectos de parentesco y de desatender á sus particulares inclinaciones. Proponía la utilidad común que debía procurar ante todas las cosas, añadiendo cómo era este punto de honor y de conciencia en todos los electores, acertar, ó á lo menos, hacer las diligencias para no engañarse en el nombramiento. Hacía mención entonces de alguno ó algunos que, por su buen juicio y proceder acertado con otras cualidades que descubrían, podían ser escogidos para el cargo. Después de esta primera instrucción y conferencia del padre volvían los indios á sus juntas en casa del gobernador, el cual, yendo por lo regular de acuerdo con el misionero, como mejor instruído, deshacía sus dificultades y procuraba reducirlos á que concordasen en la elección de los que eran más á propósito para el oficio de alcaldes. Hecha esta última diligencia el último día del año, por la tarde daban parte al misionero de su determinación y acuerdo, y los alcaldes antiguos depositaban sus varas en manos del gobernador, que ó las dejaba en su casa ó en la del misionero hasta la mañana del día siguiente.

Día de la Circuncisión, muy temprano, volvían los electores á casa del gobernador, y juntos en cuerpo, entraban en el lugar del concejo, hacían llamar á los que destinaban para alcaldes, y el gobernador con dos regidores pasaban á traer al misionero. Juntos ya todos, tomaban asiento, y delante del padre daban sus votos y se publicaba el nombra-

miento. Entregaba luego el gobernador al alcalde la vara de su oficio, diciéndole que le daba aquella insignia de su jurisdicción para que le ayudase á gobernar el pueblo administrando justicia como alcalde de primer voto. Recibíala éste con reverencia, y pasando á besar la mano al misionero tomaba asiento en el sitio que le correspondía. Lo mismo se practicaba con el segundo. Al salir de su sala el concejo con los nuevamente nombrados, los recibía el capitán de milicia con sus subalternos, y daban los parabienes á los electos acompañándolos con cajas y pífanos hasta la iglesia, en donde, junta la gente del pueblo, esperaba con curiosidad á los nuevos alcaldes. Como ya se les miraba autorizados para el gobierno, el padre misionero les daba agua bendita en las manos y rociaba á los demás con el hisopo mojado en una calderilla, que tenía uno de los varios niños vestidos de sotanilla, que esperaban, puestos en orden á la entrada de la iglesia, á los ministros de justicia. De aquí subían á las gradas del presbiterio, y hecha una breve oración, tomaban posesión de los bancos destinados al oficio.

Al nombramiento de alcaldes se seguía inmediatamente la elección de los fiscales. Era ésta privativa del misionero y la ejecutaba en la iglesia misma delante de todo el pueblo de la manera siguiente: Sentábase junto al presbiterio en una silla prevenida de los sacristanes, con su mesa delante, en donde estaban colocadas las varas de los fiscales. Llamaba desde este asiento al indio que destinaba para fiscal mayor, el cual, acercándose con mucho modo á la mesa, recibía de rodillas la vara como insignia de el oficio, que tenía por distintivo una cruz ancha de plata en la punta á manera de la de los caballeros de Malta. Besaba la mano el fiscal al sacerdote; y puesto en pie, se ponía á su lado derecho, desde donde iba llamando por su orden, como le decía el padre, á los que habían de ser sus compañeros en el oficio, á quienes se daban también sus varas con una cruz más pequeña. Los fiscales eran á lo menos tres; uno el mayor, y los otros dos ordinarios; pero comúnmente eran cinco y en algunos pueblos siete, por ser mayor el número de gente. A imitación y semejanza de la elección de estos fiscales que correspondían á los adultos, se nombraban otros tantos fiscalillos á niños de doctrina que con el mismo orden y método que los grandes recibían sus varitas. Todos los fiscales grandes y pequeños tenían sus particulares asientos, y hecha la elección pasaban á ocuparlos.

Acabada la función subía el misionero al altar mayor, y desde allí hacía una breve plática sobre la autoridad y obligación de los alcaldes y fiscales, y les exhortaba al cumplimiento de sus respectivos cargos. Acordaba á todo el pueblo el respeto que le debían tener y cómo debían obedecerlos en sus oficios, como que dependía de esta buena armonía, sujeción y rendimiento, el buen orden de la reducción, el sosiego y paz y tranquilidad de todos y el servicio de Dios Nuestro Señor y de su rey.

CAPITULO V

DEL USO DE LA AUTORIDAD Y JURISDICCIÓN DE LOS ALCALDES

Para reducir á los indios á la necesaria dependencia é introducir la subordinación y sujeción de algún gobierno, pareció desde luego á los padres misioneros que era indispensable el atender por sí mismo á todos los órdenes y disposiciones. Y la experiencia ha enseñado en todos los tiempos y lugares que no hay otro medio para establecer y perfeccionar el método de gobierno que prescriben las leyes de las Indias. No se puede dejar á los indios ni á su discreción el uso de su autoridad y jurisdicción, porque se ve que no hay en ellos el mayor discernimiento, por lo que debe el misionero suplir por caridad lo que á ellos les falta, tomando á su cargo el cuidado, la vigilancia y la disposición, y dejándoles á ellos la pura ejecución de lo que ordena.

Todos los días acudían al padre los alcaldes, de parte de tarde, y le daban razón de lo ejecutado en aquel día, según las disposiciones que habían recibido en la tarde antecedente. Fuera de esto, avisaban si habían notado ó sabido cosa que pidiese remedio, y el misionero les ordenaba lo que debían mandar ó avisar á la gente, y cuando no ocurría cosa particular que se debiese poner en práctica, besando la mano del padre se retiraban á sus casas. El gobernador señalaba por turno á uno de los ministros de justicia por juez semanero á quien tocaba determinar, hacer ó ejecutar lo que ocurría en su semana. Este iba poco antes de la doctrina á casa del padre y conferenciaba con él si se ofrecía alguna cosa, y no se ausentaba del pueblo para que no faltase recurso á la gente, y tuviese pronto el misionero de quien valerse en el día. Por la noche daba vueltas por la reducción, rondando, como se dice, á hora determinada para atajar los desórdenes que se podían temer con la obscuridad de la noche. Hacía recoger á sus casas la gente moza que encontraba por las calles, y si en los baños ó sitios sospechosos observaba algunos mozos ó mujeres solteras, los aseguraba en la casa destinada á los presos. Con los casados tenía más atención á su honor, y mandándoles que se recogiesen á sus casas, avisaba al misionero para que viese si se había de proceder á otra demostración.

Están los indios tan subordinados á los ministros de justicia, que miran como un crimen digno de castigo dar la menor señal de resistencia á sus órdenes. Para prender alguno no necesita el alcalde ú otro ministro de compañía alguna; con sólo decirle que le siga á la casa del padre ó del gobernador le viene siguiendo como un cordero. El gobernador no puede por sí mismo sentenciar á nadie sin dar antes parte al misionero y mucho menos puede dar pena ó hacer castigo cualquiera que sea; forma únicamente una sumaria verbal, ó por sí mismo ó con la intervención de

un alcalde y de ella avisa al padre. Lo mismo se practicaba en las quejas, acusaciones ó delaciones de unos con otros, en que no se decidía negocio de consideración sin aprobación del misionero.

El primer paso que solía dar el padre, informado bien de la materia, era el hacer comparecer en su presencia al reo ó acusado; poníale delante la culpa ó delación que de él hacian; oía su razón ó descargo, y si no daba ninguno, pasaba á hacerle conocer con mucha suavidad y dulzura en las expresiones la culpa y delito hasta convencerle, para que recibiese voluntariamente la pena que correspondía al pecado. Por lo común, estrechado el indio del buen modo del misionero, se confesaba delincuente y se ponía en sus manos aceptando de buena voluntad el castigo que juzgaba el padre conveniente. Las penas estaban ya tasadas y sólo se usaban los castigos más moderados y ligeros, siguiendo en esto el orden de las leyes reales y las ordenanzas de la Real Audiencia, que cuerdamente establecen se trate á los indios con más suavidad y sin aquel rigor de justicia con que se trata á los españoles y mestizos que, como más racionales, obran comúnmente con mayor advertencia y malicia. El castigo más ordinario era de azotes, que pocas veces pasaba de diez ó doce. Y si alguno era convencido de adulterio ú otro delito de igual consideración, subía el castigo á veinte ó veinticinco golpes.

La ejecución de esta pena tocaba á alguaciles que acompañaban siempre á los alcaldes. Oida la sentencia del castigo, se hacía cargo del reo y le llevaba al sitio destinado sin más apremio que decirle *siga ó vaya delante*. Llegado el indio al lugar del suplicio, se despojaba la espalda y recibía como un niño el castigo sin resistencia ni murmullo de palabras. Volvía luego á ponerse delante del padre, y besándole la mano, decía: «Alabado sea el Santísimo Sacramento. Dios te lo pague padre, que me corriges.» Oía después algún buen consejo ó amonestación breve, y se volvía á su casa. Cuando la pena ó castigo era de cárcel ó reclusión, lo llevaba también el alguacil del mismo modo; pero rara vez estaba el preso en ella más de veinticuatro horas, y si alguna otra vez le detenían por tres días, era para ellos la detención castigo muy grave. Tan amante es el indio de su propia libertad. En todo este tiempo le enviaba de comer el misionero, y pocas veces impedía que lo visitasen su mujer, madre ó hermana y que le llevasen de comer ó beber. La pena de cárcel, aunque por poco tiempo y más si se juntaba haber de estar en el cepo, era muy sensible á todo indio y la temía más que otras penas y castigos.

Con las mujeres culpadas se guardaban escrupulosamente todos los fueros del recato, honestidad y atención al sexo. Mandábaselas ir cuando se hallaban culpadas á la casa del misionero, y el alcalde se adelantaba á decirle que traía á fulana ó á zutana por tal delación, culpa ó delito que merecía castigo. El padre la esperaba á la puerta de su sala, y después de hacerla cargo de lo que la imputaban y oir lo que tenía que responder y alegar por sí misma, ejecutaba con ella lo mismo que con los

hombres. Si resultaba alguna culpa digna de castigo, lo determinaba á no ser que librase á la mujer algún embarazo, miseria ó enfermedad del sexo á que siempre se atendía. Ella oía humilde la determinación y la recibía con igual humildad, sumisión y rendimiento. En la ejecución se observaban dos cosas: 1.ª No se entregaba al alguacil la delincuente, como se hacía con los varones, sino á uno de los más ancianos y maduros de justicia, y éste le aplicaba por sí mismo la pena de azotes, haciendo retirar á los mozos y sin faltar al recato y á la decencia. Fuera de esto, mitigaba regularmente la pena, dándole alguna corrección personal. 2.ª No se ejecutaba este castigo en el sitio en que se castigaba á los hombres, á saber, en la puerta de la casa del misionero ó delante de la iglesia, sino en un canto del corredor de la casa y con la espalda vuelta á la pared que hacía ángulo para evitar todo peligro de ser vista más que del mismo que le aplicaba la pena.

Es verdad que los señores gobernadores ejecutaron al principio de las conquistas castigos capitales, ahorcando tal cual indio por homicidio hecho en los pueblos; pero después de algún tiempo se les coartó la jurisdicción y autoridad en este particular y se les prohibió la ejecución de esta pena, si no precedía la confirmación de la Real Audiencia. Haciéndose cargo los gobernadores de los inconvenientes que llevaba consigo esta limitación, y experimentando los peligros que traía necesariamente la demora en el curso de la causa, mientras se daba parte á la Audiencia y volvía la sentencia, empezaron á conmutar en destierros la pena de muerte y lo practicaban haciendo llevar á los culpados á otros gobiernos como el de Lamas al de Chachapoyas y al de Jaén. Estos actos de justicia eran raros, porque lo eran también los delitos de esta calidad. Otros destierros, menos sensibles, eran más frecuentes, como los de un pueblo á otro, ó de una parte de la misión á otra, pero todos se hacían por decreto del gobernador ó del teniente, á excepción de tal cual urgente necesidad en que el misionero con los alcaldes lo disponía provisionalmente, dando luego parte al gobernador; pero de ninguna manera y en ningún caso podía por sí mismo hacerlo el padre sin dependencia de dicho señor.

Esta moderada conducta y gobierno paternal de los misioneros en sus pueblos hacía que los indios viviesen persuadidos á que no se les daba castigo chico ni grande sin que diesen ellos motivo más que suficiente para ello; y era tan común el concepto que tenían de su integridad, amor y cariño para con ellos, que si tal vez observaban alguna precipitación ó menos cordura, se lamentaban de que tenían un misionero que no sabía ser padre y que no acababa de dejar los resabios de viracocha, con cuyo nombre apellidaban á todos los que no eran indios. Poquísimas veces tuvieron lugar de observar esta conducta; pero con ser tan pocos jamás disimularon, y luego hacían pasar á la noticia del superior ó vicesuperior del partido lo irregular del modo que tenía con ellos el misionero, con la seguridad de que serían atendidos y que se pon-

dría sin dilación conveniente remedio. De esta manera se conservaba en las misiones del Marañón la buena armonía de un gobierno suave y caritativo que no necesitaba de los medios fuertes de que se valen en otras partes. Bien lo repararon y echaron de ver con admiración y asombro varias personas extranjeras que pasaron por las reducciones en tiempos que era necesario usar de algún castigo con los indios.

Pocos años antes del arresto de los misioneros, pasando un caballero europeo por San Joaquín de Omaguas quiso, por no estar lejos la Semana Santa, tenerla en este pueblo y no privarse en el camino de asistir á las sagradas funciones que practica en este tiempo la Santa Iglesia. Dos ó tres días antes del Domingo de Ramos hizo en su presencia uno de los alcaldes cierta delación contra un indio. Pidió el padre cortesanamente al caballero licencia para dar atención al alcalde, enterarse bien del punto y tomar alguna providencia. Habida que la hubo, oyó despacio al alcalde y le dió orden que trajese consigo el indio delatado. Entre tanto previno el padre á su huésped que era necesaria aquella pronta diligencia para que no entrase en miedo con la delación el acusado y agravase la culpa con la retirada, por estar los indios muy expuestos á huir sin consideración y precipitadamente cuando aprenden inminente algún castigo. A poco rato asomó el alcalde con su indio, que sin acompañamiento ni apremio lo traía en amigable conversación. Presentóse el reo con serenidad delante del padre, besóle la mano diciendo el *Alabado*, y saludando al caballero huésped, se hizo á un lado. Púsole delante el misionero su culpa en el modo acostumbrado, esperando su descargo; pero el indio, á pocas palabras, se reconoció delincuente y se mostró dispuesto á recibir la pena de azotes que merecía por su delito. Ejecutóse luego á vista del mismo caballero que aturdido y admirado de aquella docilidad, repetía parecerle esto que veía con sus mismos ojos una especie de milagro.

Mayor admiración causó en dos españoles de Lamas otro caso que sucedió en el pueblo de Santiago por los años de 1758, en ocasión que se hallaba allí como de visitador de la reducción el P. Martín Iriarte, de quien, como testigo de vista, supe el suceso. El alcalde de la nación Pará dió noticia á su propio misionero de haber visto una mujer casada de su partido, en cierto sitio excusado y peligroso, sentada con un indio remero que venía con los españoles. Hizo el padre comparecer en su presencia á la mujer, y el alcalde repetía la acusación, oyéndola la india, que, sin disculparse del hecho de haber estado sentada con un hombre en el sitio peligroso (en que confesaba haber dado motivo de alguna sospecha y haber caído en la inconsideración de ofender á su esposo), protestaba, no obstante, no haber pasado de palabras ni llegado á la menor acción indecorosa á su estado. «Aun esto te hace delincuente, replicó el alcalde, y eres merecedora de castigo.» «No lo niego yo, respondió ella, y me someto á la pena que determinare el padre.» No quiso éste proceder al castigo sin oir primero al indio remero, y suplicó á los

españoles que, pues era criado suyo, le llamasen. Mientras uno se apartó para buscarlo y andaba haciendo esta diligencia, se presentó al misionero un mocito soltero de nación Pará, y después de saludarle le dijo cómo venia á advertirle que hiciese desistir al español de la diligencia de buscar su remero, porque yo mismo soy, y no el que piensan, quien estuve sentado con esta mujer, y no es razón que pague aquel inocente la pena, si es que merece alguna nuestro hecho, el cual se reduce todo á lo que ha confesado esta mujer. Ibase ya á ejecutar el castigo de algunos azotes, que determinó el misionero se diesen á los dos por el mal ejemplo ó motivo que habían dado de sospechar otra cosa, cuando el padre Martín Iriarte, que se había hallado presente á todos los cargos y descargos de los acusados, tuvo por conveniente suplicar al misionero que les levantase la pena por la acción heroica y resolución cristiana del joven Pará. Hízolo el padre sin dificultad, y se contentó con darles una paternal amonestación. Los dos españoles presentes á lo sucedido se hacían cruces sin acabar de creer lo que veían con sus ojos, y repetían: «Este mozo no puede menos de ser un santo.» Y aunque es verdad que la acción era muy singular y cristiana, pero ayudó mucho para ella el saber bien aquel mozo las caritativas entrañas del misionero y la suavidad del gobierno que se practicaba en la reducción.

CAPÍTULO VI

DEL OFICIO DE LOS FISCALES Y HASTA DÓNDE SE EXTENDÍA SU VIGILANCIA Y CUIDADO

El oficio de los fiscales era en gran parte espiritual y eclesiástico, y aun por eso, gozaban de algunos fueros de que no gozaban los demás indios, pero aunque se consideraban como ministros de la Iglesia que ayudaban en sus ministerios al misionero, todavía, como contribuían tanto al gobierno político y civil de los pueblos, por estar á su cargo muchas de las cosas que pertenecen al buen gobierno exterior á que no podían atender los alcaldes, nos ha parecido poner en este lugar lo que era propio de los fiscales. El número de ellos no era igual en todos los pueblos ni le determina el sínodo á que se conformaban en todo nuestras misiones, y así, se aumentaban ó disminuían, según era mayor ó menor el número de indios de las reducciones. Atendíase también á las naciones distintas que componían el pueblo, para señalar algunos fiscales de nación propia con quienes se avenían mejor y se entendían con más suavidad los mismos nacionales. Puédese decir que los fiscales debían, por lo menos, ser tres: uno mayor, y como superior de los otros, y dos ordinarios. En pueblos medianos se nombraban regularmente cinco, y en los que se hallaban naciones diferentes, como en Santiago, San Joaquín y San Ignacio,

se solían elegir siete, señalando dos fiscales á cada uno de los barrios de la reducción.

Aunque el fiscal mayor era como superior de los demás á quien acudían en todas las cosas que se ofrecían, no tenían facultad para castigar á ninguno. Su principal cargo era el atender á que cumpliesen con su oficio los fiscales inferiores, y comunicarles las órdenes del misionero, á quien acudía todas las tardes como los ministros de justicia. Nombraba todas las semanas un fiscal que llamaban semanero, á cuyo cargo estaba: 1.º, tocar á las Ave-Marías, al raer del alba y al anochecer; 2.º, llamar á la gente con el toque de campana, á la hora acostumbrada, á la doctrina cristiana; 3.º, hacer la señal para la Misa, para que pudiesen acudir los que gustasen oirla; 4.º, celar que la gente se mantuviese en la iglesia con reverencia, de manera que si alguno se descuidaba en esto ó se descomponía luego, le amonestaba, y siendo la falta notable avisaba al misionero después de Misa, para que pusiese conveniente remedio. Fuera de esto, acabada la doctrina y Misa, señalaba todos los días tres ó cuatro muchachos de doctrina para que llevasen agua del río á casa del misionero, pero él mismo debía esperarlos en la puerta de la casa, y sin permitir que entrasen en ella recibía los cántaros y poner el agua por sí mismo en las tinajas destinadas. Esto era lo común y ordinario, pero tenían á su cargo y cuidado muchas otras cosas los fiscales y fiscalitos.

Uno de los principales cuidados era el que tocaba á los enfermos. Cada uno de los fiscales tenía la obligación de avisar al padre, de los enfermos de su vecindad, nación ó barrio. Los mismos enfermos, parientes ó allegados solían por sí mismos dar parte al fiscal respectivo de la indisposición ó peligro; pero él sin fiarse de ninguno procuraba informarse todas las mañanas si había caido alguno enfermo de los que estaban á su cargo. Durante la enfermedad ó indisposición, avisaba dos veces al día, tarde y mañana, al padre misionero del estado del enfermo. Con esta diligencia y con las pequeñas visitas que hacía el padre entre día, sabía puntualmente casi en todas las horas cómo se hallaba el enfermo. Y era bien necesaria esta menudencia entre aquellas gentes, porque no pudiendo fiarse de la asistencia de los domésticos, por lo común negligentes y descuidados aun en los mayores apuros del enfermo, el mismo misionero en su casa les hacía su pucherito con caldo y buenas substancias, y le llevaba por sí ó enviaba por medio del fiscal. Cuando se habían de dar al enfermo los Santos Sacramentos, daban aviso los fiscales en la casa, hacían barrer y asear la pieza del enfermo, y si por la calle por donde había de pasar el Señor había algo que componer, allanar ó limpiar, avisaban al alcalde para que mandase componerlo á la familia á quien correspondía. Tocaban después la campana con ciertos determinados golpes, que entendían todos ser señal de Viático.

A los primeros dolores de parto que sentía alguna mujer, lo sabía por lo común alguno de los fiscales y daba luego parte al misionero, que con el aviso estaba á la mira si ocurría algún peligro. Si el fiscal lo llegaba

á entender de noche, estaba en vela toda ella por si acaso había alguna novedad ó peligro; y si lo advertía, á cualquiera hora avisaba luego al misionero para que estuviese pronto. Con esta prevención, rarísima vez faltaba el socorro del padre en los partos peligrosos, pudiendo acudir á tiempo á confesar á la mujer y á bautizar la criatura en peligro. Aun cuando por casualidad de algún paseo sucedía algún parto fuera del pueblo, lo rastreaba y averiguaba la diligencia de los fiscales, que sabiendo el estado de la preñez de la mujer, encargaban apretadamente á los de la familia que no se olvidasen de avisar cuando el parto estaba inminente. Tánto les apremiaba que no muriese criatura alguna sin bautismo.

Si bien era de la inspección de los alcaldes y demás ministros de justicia la vigilancia y cuidado de remediar todos los desórdenes, no podían descuidar los fiscales de celar la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, ni disimular cosa contraria á las buenas costumbres, al buen orden y gobierno de las familias, y al servicio de Dios. De las desobediencias y faltas de respeto de los hijos á sus padres, daban luego que las entendían particular aviso al misionero, y en este punto se aventajaban los fiscalitos niños á los fiscales adultos. Sucedía tal vez que querían éstos ocultar la falta por parecerles pequeña, contentándose con dar por sí mismos, sin avisar al padre, alguna corrección al que faltaba; pero el fiscalito la acriminaba diciendo que no era pequeña, y porfiaba en que debía llegar al tribunal del misionero para que la corrigiese y castigase con más eficacia y publicidad para escarmiento de los demás, y no había modo de ceder el niño á las razones del fiscal adulto, que tenía por condescendencias peligrosas y nada convenientes para atajar este género de faltas.

Era difícil que se ocultase en un pueblo alguna mala comunicación por algún tiempo. No faltaba, como era regular en todas partes, mozas inquietas por genio, por la lozanía de la edad y por el vigor de las pasiones; hallábanse también mozos traviesos que, llevados de la inconsideración y brío del apetito, se desmandaban tal vez en algunos excesos, pero los fiscales procuraban serlo de sus acciones observando su proceder, y á poco que se deslizasen solían ser descubiertos; y llegando todo al punto á noticia del misionero, remediaba con facilidad en sus principios estos desórdenes. Eran también aquí mucho más de temer de los inquietos los fiscalitos, porque comunicándose con más franqueza y sinceridad unos niños con otros, descubrían luego cuanto oían, veían y reparaban, y sin atender á parentesco ó á la razón de allegados, contaban al fiscalito todo lo que sabían, y éste, haciendo del fiel y celoso, luego daba cuenta y traslado al misionero.

Por este mismo medio se atajaban algunas violencias que los padres y ancianos intentaban á la libertad de los jóvenes en sus casamientos. Ajustábanlos allá entre sí sin más mira que la de la conveniencia, la del gusto y la del derecho que suponían tener de disponer á su arbitrio de sus

hijos, y como tenían poco dicernimiento, pensaban bastar su autoridad para el consentimiento. Los jóvenes temían sus enojos y no se atrevían á manifestar su repugnancia, pero no dejaban de dar varias veces algunos indicios de ella, y esto bastaba para darse por ofendidos los padres y los ancianos, y para empezar á tratarlos mal y á mortificarlos. Los fiscales, por sí ó por algunos de la familia ó vecindad, reparaban ó descubrían estos tratos, y luego informaban al padre lo bastante para que llamase á los jóvenes y examinase la libertad. Al principio se detenían y no querían descubrir nada sobrecogidos del miedo y por temor del enojo de los ancianos, pero al fin se desahogaban con el misionero, como con padre, y descubrían su mucha repugnancia y la opresión en que se hallaban. Consolábalos el padre en su aflicción, y les alentaba, ofreciéndoles proteger su libertad, librarlos de la vejación y ayudarlos para salir bien del trabajo. De aquí pasaba á practicar las diligencias conducentes para reducir á los interesados y empeñados en el tratado, empezando siempre por los medios más suaves y caritativos con que solía lograr el atraerlos á lo que convenía. Pero si estos no surtían el efecto deseado, usaba de los fuertes, y valiéndose de la autoridad del alcalde, hacía poner en depósito á la moza, y al mozo le metía en su casa en el número de los que servían, para que se casasen á su gusto y genio, según la libertad que tenían. De esta manera vivían después pacíficos y contentos en el estado de matrimonio que escogían después sin ser violentados.

De las discordias entre marido y mujer tenían cuidado por su oficio los señores alcaldes, pero no pocas veces las descubrían los fiscales antes que aquellos las diesen. Si era oculta la causa de la discordia, avisado el misionero de lo que pasaba, amonestaba privadamente á la parte delincuente ó á los dos consortes, si aquellos tenían, como suele suceder, alguna culpa y los despachaba regularmente contentos, encargándoles la unión y paz en sí mismos. Pero si la causa era pública ó no se conseguía con la amonestación privada el que viviesen pacíficamente, se procuraba hacerlos pasar á la casa de algún pariente, ó de otra familia de respeto, para que no se desmandasen en contiendas con la libertad de hallarse solos, y para evitar el mismo peligro no se les permitía el ir solos á sus heredades, ó á otras partes ó paseos, y á los fiscales tocaba el velar sobre la ejecución de esto.

Ultimamente, al oficio de fiscales pertenecía dar aviso á la gente del pueblo la víspera del día de fiesta con el repique de las campanas á las dos de la tarde. Si el día era alguna de las festividades de la Virgen (lo mismo se hacía todos los sábados), tocaban también como una hora antes de anochecer á Salve y Rosario, á que acudían todos, recogiéndose con tiempo al pueblo los que estaban en sus trabajos. Tenían también el cuidado de hacer barrer los sábados y vísperas de fiesta la iglesia, señalando por la mañana las solteras y viudas que les parecían necesarias para esta diligencia. Esperaban las mujeres destinadas con sus escobas y cántaros el repique de las campanas de las dos, y oído éste entraban en la

iglesia, hacían una breve oración al Santísimo, y regado el pavimento, barrían, como eran repartidas, á vista de los fiscales, que procuraban lo hiciesen con cuidado, aseo y solicitud y limpieza.

CAPITULO VII

DE LAS MILICIAS DE LOS PUEBLOS

No tenían los pueblos de las misiones del Marañón otro presidio que el de la ciudad de Borja, cuyos vecinos, desde su primer establecimiento, fueron siempre soldados. En los principios de la formación de la ciudad, fué bastante numerosa su vecindad, y se portaron con valor y coraje, tanto los oficiales y cabos como los demás soldados, en las diferentes sublevaciones de los indios Mainas de sus encomiendas, y en castigo de algunos rebeldes ó apóstatas que dieron muerte violenta á los misioneros. Pero no fueron necesarias muchas expediciones para conocer que los soldados de Borja, aunque de ánimo valeroso, no eran capaces, por sí solos, de formar un cuerpo de tropa que contrarrestase á la multitud de gentiles que iban descubriéndose y que se pretendía poner en paz; ni eran, por otra parte, los Borjeños los más á propósito para las entradas y excursiones por aquellos bosques enredados y llenos de pantanos y lodazales, como gente hecha á andar por caminos llanos, abiertos y despejados. Esto hizo pensar al señor gobernador, D. Jerónimo Vaca, en el modo de reforzar la tropa, y determinó, finalmente, después de varias consultas, que entrasen á la parte los indios mismos que se iban reduciendo.

Dió orden para que en todos los pueblos se formasen milicias, y á este fin comenzó á nombrar capitanes, alféreces y sargentos y otros cabos, dándoles sus títulos correspondientes, y declaró á todos los indios, capaces de tomar las armas, soldados milicianos, concediéndoles las exenciones, honores y gracias que lleva consigo el cargo y el oficio. Este fué el principio de las milicias de los pueblos, y no el capricho de los padres misioneros, como han querido hacer creer algunos de los émulos de la Compañía, con una satisfacción verdaderamente admirable y que causa lástima y compasión á las personas que tienen una ligera instrucción de lo que pasa en las Américas. Pero no es de extrañar que ni aun en esto perdonen á los jesuitas los que les han imputado en aquellas tierras todos los excesos que sucedieron en ellas desde su primera entrada. En el mismo plan de milicias han insistido después los demás gobernadores, repitiendo órdenes para que se mantuviesen en pie, y dando títulos autorizados por escrito á sus secretarios de gobierno y exhortando á los misioneros á que cooperasen de su parte á mantener y conservar esta tropa de milicias respetable, como lo hicieron con mucha ventaja en las ocasiones en que, concurriendo los indios, formados en compañía con sus oficiales, ayudaron á varias empresas de la gloria de Dios y de su majestad católica.

Como eran pocos los pueblos cuyos habitadores fuesen de una sola nación, en los más de ellos había algunos indios agregados á la nación principal que llevaba el nombre. En otros había dos ó tres naciones distintas en número bastantemente considerable, como en la Laguna, que se componía de Panos, Cocamas y Cocamillas, y en San Joaquín, en donde se hallaban Omaguas, Yameos y Mayorunas. En estas reducciones, más numerosas, pareció conveniente ordenar que se formasen compañías distintas de cada nación, que, como en lo civil, se gobernaba también en lo militar por sus propios oficiales, de manera que sólo el capitán Pano mandaba á los Panos, el capitán Cocama á los Cocamas y el capitán Cocamilla á los Cocamillas. Así se hacía el gobierno más suave y salían las disposiciones más acertadas, por entenderse mejor entre sí y por tener mayor conveniencia en las armas ofensivas y defensivas.

Todos los indios, desde diez y ocho años hasta cincuenta, estaban alistados en la milicia, pero no gastaban más uniforme que su ordinario vestido. Cada uno se prevenía de las armas de su uso, y todos eran hábiles y diestros en trabajarlas con curiosidad y aseo. En el capítulo X del libro II dijimos, cómo era común entre las gentes del Marañón el uso de la rodela, mayor ó menor, de esta ó de la otra manera, según la costumbre de las varias naciones. Tocamos también en el mismo lugar algo de la calidad de las armas ofensivas, y del modo de manejarlas con acierto y seguridad. Por esto, sólo insinuamos aquí que los Panos, de quienes era propio el arco y la flecha, y que los Omaguas y Cocamas y Yurimaguas, que manejaban la estolica, eran soldados muy apreciables en los combates y guerras por la calidad de estas armas; porque arrojadas las flechas con la pujanza de sus instrumentos, volaban por el aire con precipitación y ligereza sobre el vuelo de las aves más ligeras. Alcanzaban como un tiro de fusil, y tenían la ventaja de que los indios menudeaban mucho más con ellas que los más diestros soldados con sus escopetas. El tiro era tan seguro, que apenas se hallaban indios que de siete flechas disparadas al blanco no clavasen unas cinco.

Los Xeveros, Yameos, Masamaes, Payaguas, Pevas, Ticunas y Cavachis se distinguían en preparar y disponer lancillas envenenadas como baquetas de escopeta, y para que el veneno no perdiese nada de su fuerza ó se exhalasen, hacían ciertos manojitos de ellas metiendo sus puntas en unos canutillos con que la conservaban en su vigor y actividad. Con la comunicación de unas naciones con otras, las que usaban comúnmente la estolica, sabían también manejar con acierto las lancitas, y las que usaban de éstas habían entrado sin dificultad en el manejo de la estolica. Otras naciones tenían por armas propias dardos y lanzas de maderas durísimas, cuyas puntas solían ser ya redondas ó cilíndricas, ya cuadradas, ya triangulares, varias de ellas remataban en dientes, que hacían presa á manera de las lengüetas de las banderillas. El uso de los dardos era á una sola mano, teniendo en la otra algunos de reserva. Para último recurso llevaban también su arma corta como macana, colgada del

hombro al costado, ó pendiente de la cintura como espada. Hacíanla de madera muy fuerte y pesada, y era fatal su golpe. Imitaba en la figura una pala de jugar á la pelota, ensanchándose por el puño hasta rematar en cosa de un jeme de ancha. Los Payaguas sobresalían en labrarlas, con más curiosidad que las demás naciones. El P. Carlos Brentano, viniendo de procurador á Madrid y pasando después á Roma, presentó una de ellas que traía como cosa de gentiles al Papa Benedicto XIV, que, admirando la estructura, gentileza y donosura de la macana, hecha con tanto primor sin instrumento de hierro, mandó que se pusiese como cosa singular en su género en la instituta de Bolonia, donde al presente se observa y los misioneros de Mainas que pasaron años pasados por esta ciudad tuvieron, no sé si diga el gusto ó el sentimiento, de reconocer estos despojos de sus amados indios. No faltaban naciones que en vez de macanas ceñían alfanjes, sables y estoques, que jugaban con brío y con destreza cuando llegaban á estrecharse con el enemigo y peleaban cuerpo á cuerpo.

Los oficiales y cabos tenían sus insignias de espontones y alabardas, de las cuales usaban en sus marchas y, en las ocasiones, las manejaban con aire y ligereza. Los alféreces batían con propiedad y gallardía sus banderas de tafetán con una cruz aspada y colorada en campo blanco. Todos los capitanes llevaban en sus pueblos un bastón con puño de plata, los alféreces una lancilla corta con cuchillo del mismo metal y los sargentos y cabos de escuadra sus bastones regulares. Tenían los oficiales de guerra su asiento en los bancos de justicia por reales ordenanzas que, á título de gratificación á sus servicios, les concedían este honor y preeminencia.

Las milicias del Marañón no se adiestraban en las evoluciones militares de tropa arreglada, que fueran inútiles en los intrincados laberintos de bosques y selvas enmarañadas, pero en el manejo de las armas propias se habilitaban desde los principios tirando al blanco, y adquiriendo grande tino y saliendo muy certeros. Así observaban el arte militar acomodado á los campos de batalla y á la calidad de los enemigos con quienes guerreaban por el rey, su señor, por la fe católica y por el bien y conservación de los pueblos. Todos los días de fiesta, por la tarde, tenían tiempo destinado para el ejercicio de armas, que procuraban adelantar y perfeccionar todos los demás días con la caza y pesca, continua ocupación de los indios. La obediencia al oficial nombrado del gobernador para alguna expedición ó entrada á los montes era la más puntual y exacta que se podía creer de semejantes gentes. Estaría un indio horas enteras con las armas en la mano sin desviarse del sitio que se le señalaba y sin dejar el puesto de centinela por más lanzas que le arrojasen, y se metía, mandado, en el peligro con una intrepidez que pasmaba. No bastaba una lluvia de saetas que zumbasen por sus oídos para hacerle detener, hasta que se lo impidiese alguna herida grave. Pero en medio del mayor valor se retiraba á la menor señal que le hiciese el oficial. Tan

ciegamente pendientes se mantenían de sus cabos que sacrificaban sin vacilación á la obediencia todos aquellos modos de mirar por sus vidas que alcanzaban en medio de su cortedad.

Vióse esto claramente en la expedición memorable que se hizo para castigar á los alzados Pirros y Cunivos del río Ucayale, en que dieron los indios cristianos la prueba mayor de sujeción y de obediencia verdaderamente ciega al que la comandaba. Descubiertos los gentiles alborotados en la playa del río, fueron cercados de improviso de los indios cristianos que, cogiendo todos los puestos y salidas, podían, con poca diligencia y esfuerzo, sujetarlos fácilmente, porque avisado el capitán que venía en la última canoa, del lance afortunado que habían hecho los primeros y segundos, se incorporó con ellos é hizo impenetable el cordón. Los Cunivos y Pirros, sorprendidos de la multitud de canoas y del buen orden con que se presentaban los cristianos con las armas en la mano, sin dejarles lugar para la retirada, cayeron de ánimo, y, viendo que no era fácil abrir camino por fuerza, se valieron de la industria y astucia. Afectaron, con la mayor doblez y fingimiento, señales de arrepentimiento de sus pasadas maldades y desapareciendo como pudo algún número de Cunivos y Pirros, se presentaron los otros con apariencias de rendimiento, pidiendo perdón al cabo y suplicando por la paz con los indios cristianos. Representaban éstos vivamente al oficial ser fingido y doble todo aquel rendimiento de los Ucayales, porque habían visto y observado algunos indicios que, según sus estilos, eran pruebas ciertas de corazones doblados. Lo mismo le daba á entender el indio intérprete, y todos le pedían que no malograse la ocasión de asegurarlos hasta coger sus armas que conseguirían en poco tiempo.

Negóse á todo el oficial inexperto y se cerró en que dejasen las armas, mandando que todos saltasen á tierra á celebrar las paces y amistad que pedían los gentiles. Viendo los cristianos el inminente peligro de ser muertos al arbitrio de los Cunivos, volvieron á representar con más viveza que todo era ficción y engaño. Mas el oficial, encaprichado en su temerario dictamen, ordenó, so pena de la vida, que todos le siguiesen y saltasen con él sin armas á cuerpo descubierto. Conociendo los nuestros tan alto desatino, encogiéndose de hombros, saltaron á tierra, diciendo: «Vamos á morir, vamos á morir, que así lo quiere D. Diego de armas (que así llamaban al cabo); aquí acabarán bien presto con nosotros los infieles.» Así sucedió, porque dejándoles éstos descuidar con la bebida que iban repartiendo á los huéspedes las mujeres, hizo señal á los Ucayales su cacique Paceaya, y tomando todos las armas que tenían escondidas en la arena de la playa, y acudiendo prontamente otros compañeros que tenían ocultos y prevenidos para el lance en unos espesos cañaverales, cogieron la retirada á las canoas é hicieron una cruel carnicería en los cristianos desarmados. El destrozo fué tan grande, que apenas pudieron ganar las canoas unos pocos Omaguas, que ayudados de un capitán mulato, Borjeño, el cual se había negado abiertamente á saltar

á tierra, rompieron brecha por medio de la multitud de Ucayales y vinieron á dar la noticia del triste suceso.

Para hacer cabal concepto de la realidad de estas milicias sería necesario mayor prolijidad de la que permite la historia y traer á la memoria muchos hechos particulares en que produjeron notorias ventajas á la conservación y aumento de los pueblos; basta recordar que eran el recurso de los superiores de la misión para las expediciones de nuevas conquistas, que fueron muchas, aunque no todas duraderas, y que eran siempre la tropa de respeto de que se valían los gobernadores para el castigo de las naciones alzadas y rebeldes. Y lo que más es, ellas solas contuvieron las invasiones de los portugueses que tanto dieron que hacer á los nuestros por esta parte del Marañón y reprimieron el orgullo con que amenazaron particularmente en los últimos años, como sucedió en el de 1760, ocho años antes de la expulsión de los misioneros jesuitas. Retiráronse á la misión de Mainas ciertos indios de la frontera del dominio de Portugal y pidieron amparo al señor gobernador, que tuvo por bien el darles acogida. El capitán portugués de Yavari envió seis soldados y algunos indios en seguimiento de los huidos; pero desconfiando de alcanzarlos, se retiraron á su presidio de Yavari. Irritado el capitán de no poder haber á las manos los que pretendía coger, escribió á nuestro gobernador una carta, propia de su fantasía portuguesa arrogante, libre y altanera, pidiéndole mandase volver al punto aquellos indios y no le diese lugar á que subiese con 50 soldados armados de sus espingardas para amarrar y llevar la gente de aquellos pueblos, como lo haría sin duda, si no volvían luego los indios requeridos. Respondió el gobernador en el mismo estilo y remató la carta diciendo al bravo portugués que subiese cuando gustase con buen número de soldados y espingardas, que al primer movimiento le saldrían á saludar y á dar la bienvenida quinientos indios y que él se quedaría en Omaguas á esperarlo con mil quinientos que le presentarían los derechos y razones de su modo de obrar en las puntas de sus flechas y lanzas. Como no lo decía por tanto el portugués, y había ya cumplido con aquello á que se extendía su valor, no se movió del presidio y desistió de su pretensión.

CAPITULO VIII

DE LAS ENTRADAS QUE SE HACÍAN Á LOS MONTES

Debajo de este título comprendemos las excursiones, expediciones y viajes que se hacían por los montes y bosques en que moraban los gentiles ó las gentes alzadas que se buscaban. Las entradas eran diferentes según la calidad diversa de los que se pretendían hallar. Las que se ordenaban á hacer algún castigo ó escarmiento tocaban al señor gobernador ó su teniente de gobierno, el cual daba todas las disposiciones nece-

sarias sin intervención de los misioneros, si bien debía manifestar al superior su designio y atender á sus representaciones cuando descubría éste algún inconveniente en el proyecto ó en los medios de que pensaba valerse su señoría, como consta de la cédula tantas veces referida del año de 1682. No podía tampoco el superior negar al gobernador, cuando lo pedía, algún misionero por capellán en la expedición. Los misioneros de las reducciones únicamente podían hacer entradas á tierras de gentiles, no sólo descubiertas pero aun pacificadas de antemano, para tratar de agregarlos á su pueblo, ó para formar alguno de nuevo; y sólo se valían de los indios de sus pueblos anejos, sin poder llamar gente de los otros, y mucho menos pedir soldados al gobernador sin expresa licencia del superior de las misiones, á quien tocaba privativamente disponer sobre el descubrimiento y pacificación de naciones ocultas ó enemigas y señalar indios para las entradas de esta calidad, que, juntos con los soldados enviados del gobernador para la empresa, servían de escolta y resguardo al misionero.

De las entradas particulares de los padres á gentes amigas hemos dicho mucho en los libros antecedentes, y no hay para qué tratar de ellas en este lugar, porque ni requieren soldados ni piden aquella circunspección y cautela que se necesita en las otras. Para las entradas que se hacían, ó para castigar algunos alzados, ó para descubrir gentiles ó entablar paz con ellos, se anticipaba primeramente el aviso al pueblo ó pueblos de donde había de salir la gente señalada, y los alcaldes mandaban prevenir el bastimento necesario con lo demás que correspondía al viaje. Nombrábanse cabos de milicia que debían dirigir la expedición, y juntos todos en un pueblo, oída Misa el día de la salida, se formaban después de ella en la plaza, y al son de caja y pífano bajaban al puerto bien ordenados. Aquí se embarcaban conforme les distribuían los oficiales en sus canoas, y salían sucesivamente, cerrando la marcha la canoa en que iba el misionero. El día primero se navegaba sin detención alguna hasta la noche; en los siguientes arrimaban á tierra como á las diez de la mañana y comían todos á su tiempo. Al acercarse al sitio en que se debía dormir, empezaba el tambor que iba en la canoa del alférez á dar señal de parada, y no cesaba de tocar hasta que todos saltaban á tierra. Limpiábase el sitio de la mansión, que era ocupación de todos los días, si no es que encontrasen alguna playa ancha y despejada, y formadas algunas chocitas, cenaban y descansaban. Por la mañana, á buena hora, despertaba á todos la caja militar, y como el vestido no era mucho, pronto la gente recogía las camas en poco tiempo, y oída la Misa del padre, se embarcaba y salía con el mismo orden que el primer día. No solamente oían Misa los indios en el viaje, sino que al acostarse y levantarse rezaban todos á media voz el Padre Nuestro, el Ave María, Salve y Credo, empezando con la señal de la cruz y acabando con el acto de contrición. Rezaban también por lo común el Rosario todos los días, y al entrar ó salir de la canoa saludaban siempre al padre misio-

nero con el Alabado. Con estos ejercicios de devoción y piedad no se disipaban en los viajes y no se olvidaban de lo principal del catecismo, que tanto trabajo les costaba aprender de memoria.

Según era mayor ó menor el número de la gente de la comitiva, era también el numero de las canoas mytayeras, en que tres ó cuatro indios con sus instrumentos pescaban del río y cazaban en las playas y bosques inmediatos lo que encontraban. Todas las noches debían entregar al padre misionero lo que habían recogido entre día, y solía ser bastante, bien distribuído por todas las canoas. Pero si por lluvia ó algún otro contratiempo no se podía cazar ni pescar, se suplía con los salados que siempre se llevaban á prevención para estas precisiones, y para los días en que, caminando por los montes, no daba lugar á la caza el peligro de alguna sorpresa ó emboscada de gentiles.

Cuando ya se llegaba á formar juicio que no estaba lejos el sitio en que podía haber algún puerto ó camino abierto para tierras de indios, se daba orden á los mytayos que fuesen observando con todo cuidado si descubrían senda, indicios ó huellas frescas. Hallando puerto ó descubiertas señales de pisadas se detenían en el paraje sin pasar adelante y esperaban á las demás canoas. La primera diligencia era, saltando todos en tierra, formar un real en trecho bastantemente capaz y destinar los indios necesarios para la guarda de las canoas. Señalaban después centinelas que, repartidas en proporción á las entradas y salidas del monte, tenían cuidado de observar atentamente si asomaba gente, remudándose por turno en toda la noche. Ultimamente el oficial, de acuerdo con el misionero, distribuía la gente según el orden con que debía caminar por el monte.

Cuatro ó cinco indios iban delante como exploradores ó guardias avanzadas, y nunca se adelantaban tanto que los perdiesen de vista los demás. Observaban con cuidado los rastros de las pisadas y las trochas, que eran unas ramas de árboles quebradas de propósito para abrir camino. Bien era preciso que fuesen hábiles y prácticos estos exploradores para no perder el rastro porque las pisadas desaparecían frecuentemente por la industria de los gentiles, que temían ser por ellas descubiertos. Y á esta causa los Mainas solían caminar hacia atrás, como allá cuenta Virgilio del ladrón Caco, y de esta manera engañaban á los que querían seguirlos. Otras naciones confundían los rastros en llegando á algún riachuelo, dejando pisadas varias, confusas y multiplicadas hacia la parte del todo opuesta á sus casas y habitaciones. Y no faltaban gentiles que formaban rastros que hacían laberintos de donde no era posible acertar con la salida.

Fuera de esto, eran diestrísimas las naciones del Marañón en armar trampas en los caminos mismos cuando temían ser descubiertos. Una de ellas era la de las sepulturas, que se reducían á ciertos pozos hondos como de á vara, en donde metían flechas ó lancillas de palo fuerte puntiagudas con sus aguijones hacia arriba tan encubiertas con tierra y tan

disimuladas al natural con hojarascas, que sólo se descubría el engaño tanteando con las lanzas y removiendo la tierra. Otra muy frecuente era el afianzar con ramitas muy delgadas á manera de los más delicados juncos algunas lanzas pendientes de los árboles y que amenazaban de uno y otro lado del camino. Pero las disponían con tal orden y artificio, que al pisar el caminante un palo atravesado y como por casualidad caído, cruzaban las lanzas del uno al otro lado, despedidas de un muelle á quien daba fuerza el movimiento del palo. A este modo armaban también troncos de algún peso que, al pasar incautamente por debajo y tropezar en ciertas cuerdas ocultas que los sostenían, descargaban con su natural peso sobre el caminante. A todo debían atender las guardias avanzadas; y si en algo se descuidaban, corrían peligro de perder el rastro ó de caer en las trampas.

El cuerpo del ejército seguía de cerca á los exploradores, caminando uno después del otro como en procesión. Ni era posible otro modo de andar por tan espesas arboledas. Iba delante el sargento con dos ó tres indios y un soldado con su escopeta. Seguíanse después los indios, repartidos entre ellos de trecho en trecho los soldados con sus bocas de fuego, quedando uno de estos cerca del capitán, que cerraba la retaguardia con cuatro indios armados de rodelas para escolta de su persona. El misionero y el gobernador ó teniente, si se hallaba en la expedición, ocupaban el centro. Con esta disposición caminaban con alguna seguridad y estaban menos expuestos á peligros repentinos pudiendo todos acudir á la defensa en cualquiera emboscada ó sorpresa de los gentiles. No bastó toda esta precaución en caminar por aquellos bosques para que en el año de 1738 no cogiesen á ochenta indios con cuatro soldados hacia las cercanías del Marañón los indios Masamaes que, haciendo cerco, cantaban ya la victoria contra los cristianos, y hubieran sido éstos oprimidos de la multitud de bárbaros si con los tiros de las escopetas no hubieran logrado cortar el cerco y abrir camino para desembarazarse de los enemigos.

Luego que las postas descubrían camino más trillado ó algún baño, daban señal al sargento que les seguía más de cerca, y éste se paraba con los suyos y se mantenía como en emboscada, mientras las guardias registraban con atención el contorno hasta divisar alguna casa y volvían á dar noticia de todo. Si la casa ó casas estaban algo distantes, se iban acercando todos con gran tiento y con mucho silencio hasta llegar á sitio de donde pudiesen dar el asalto al amanecer. Este movimiento lo ejecutaban de manera que según se acercaban se iban ensanchando y apartando á uno y otro lado del camino para dejarle libre á los gentiles que quisiesen entrar y salir por él sin temor ó sospecha de peligro. Con esta disposición se lograba varias veces el lance antes de la noche porque los indios, ocupados entre día en la pesca y caza y otros menesteres, solían volver á casa entre tres y cuatro de la tarde, y como no venían regularmente acompañados, sino solos y descuidados, caían fácilmente en la emboscada sin poder ser socorridos, pues viendo los cristianos al

gentil en el centro del cordón, con una señal ó grito se avisaban unos á otros para que cerrasen con cuidado la salida por todas partes. La primera acción del estrechado gentil era desembarazarse de todo lo que traía consigo y ponerse en armas, pero le servía bien poco, porque acometiéndole los más cercanos, estando los demás de resguardo, fácilmente le derribaban en tierra sin hacerle daño. Costaba no poco el asegurarlo en que se ponía mucho cuidado para que no diese aviso á sus nacionales y se perdiese todo el fruto de la expedición. Entraba después el misionero que, con buenas palabras, con donecillos y regalos, le sosegaba y solía después, desengañado, ayudar á la paz y amistad con los demás.

Si no se lograba alguna de estas presas, pasaba toda la noche el ejército en las cercanías de la casa y no se omitía precaución ninguna para no ser sentido y descubierto. Mudábanse á menudo las centinelas avanzadas á distancia del sitio en donde estaba el cuerpo de las tropas, y ninguno dejaba las armas de la mano en toda la noche. Al rayar del día, tanteando el tiempo necesario para llegar bien de mañana á la casa, empezaban á caminar con el mayor orden y silencio, y al amanecer daban el asalto. Cercaban primero la casa, tomando con particular cuidado las puertas para impedir la salida de quien pudiese avisar á los demás del contorno. Si la entrada se hacía por disposición del gobernador con motivo de algún castigo, cercada la casa, comenzaban á tocar las cajas y al mismo tiempo entraban dos ó tres soldados disparando sus escopetas, y al estruendo intenso y repentino de los fusiles y á la novedad del ruido de las cajas, quedaban por lo común aturdidos los que estaban en la casa. Pero no por eso se rendían sin resistencia los varones; antes bien, retirando las mujeres y niños á los más escondidos retretes, echaban mano de las armas y se esforzaban á abrir camino por los nuestros. Rara vez se podía excusar algún choque en que no quedasen heridos de una y otra parte, si bien, como era regular, llevaban la peor parte los gentiles, así por el valor de los indios cristianos, como por la ventaja de sus armas, y particularmente por las armas de fuego de los soldados, á que tenían horror, y que acababan de rendirlos.

Mas si la entrada era dirigida solamente á entablar paces y amistades con alguna gente, se procedía con más tiento y con una manera más suave. Cercada la casa y tomadas las puertas, entraban de repente algunos indios para apoderarse de las armas y quitar la acción á los cercados; si les cogían de sorpresa, ya quedaban acobardados los gentiles con esta sola diligencia. Sin embargo, levantaban un alboroto y vocinglería confusa, con que parece que querían aterrar á todos. En esto entraba el misionero diciendo padre, padre, y le seguían los indios diciendo *amico, amico,* términos que entiende comúnmente todo gentil y los recibe como salutación de cristianos que van á convidar con la paz. Algunas naciones menos suspicaces ó menos bárbaras se sosegaban á solas estas palabras y voces, y salían todos de sus retretes á recibir á los huéspedes. Con éstos había bien poco que hacer, y en breve tiempo se ajustaba

la paz, aunque no por esto levantaban luego el cerco ni se fiaban los cristianos que estaban dentro, hasta que estaban ciertos de haberse apoderado de todas las armas.

Otras veces tardaban en sosegarse, particularmente si no se pudieron coger las armas, por no estar juntas en un lugar sino repartidas en varios sitios de la casa, como es bastantemente común. Su genio es suspicaz, que de nadie se fía; su orgullo, bárbaro, que no sabe temer sin escarmiento, y teniendo armas á que acudir, atiende poco á las voces de amistad. Pónense luego en armas los hombres y no aciertan á tenerlas en las manos sin insultar; aunque sean inferiores en número, no por eso dejan de mostrarse feroces en acometer, bárbaros en resistir y tenacísimos en no rendirse. No hacen poco los cristianos en contener su primera furia, porque al mismo tesón de mantenerse en sola la defensa, lo juzgan aquéllos cobardía ó falta de valor, y el mismo no recibir daño de sus armas les hace más atrevidos. Entre tanto, mantenían su cerco los de fuera, y si algún niño ó mujer acertaba á salir de la casa, los aseguraban, y si se asomaban á mirarlos les mostraban buena cara.

Finalmente, después de grande rato, viendo los gentiles la constancia de los nuestros, fortificados en las puertas y que mantenían el puesto con las armas en la mano, sin poder ser apartados del sitio, apagada ya la cólera y vueltos del susto primero, empezaban á mudar de tono, parte por el temor y parte por el cansancio, y cayendo en cuenta de su peligro, hablaban ya más bajo y daban muestras de algún sosiego y rendimiento. Entonces se insinuaba el misionero con señales de paz, y mostrándoles algunos regalos y donecillos, daba lugar á que se tratase de paces. Teníase por bien logrado un viaje de estos, cuando, concluida la paz, se conseguía traer á las misiones algunos muchachos para que aprendiesen la lengua y sirviesen después de intérpretes para la reducción de su nación. Los mismos caciques, ya sosegados, solían ofrecer sus hijos al padre que los recibía con gusto, y daba á sus padres en correspondencia y señal de amistad alguna hacha ó machete, que era para ellos la cosa de mayor estimación. Venían después á los pueblos á ver á sus muchachos, en donde eran extremadamente agasajados de los cristianos y más particularmente del P. misionero. Eran muy ventajosas estas visitas, porque viendo la armonía, orden y gobierno de los pueblos, la abundancia de comida, la multitud de instrumentos para trabajar la tierra, para cazar y pescar, y mucho más oyendo á sus mismos hijos el gusto con que vivían, la abundancia de que gozaban, y el cariño y afabilidad con que les trataba el misionero, como á hijos, se iban aficionando, domesticando y disponiendo para formar reducciones.

Estos eran los frutos de una expedición arreglada y que salía con felicidad. Pero si por desgracia descubrían los gentiles ó sentían á los cristianos antes de tiempo, era perdida la entrada; porque hacían correr la voz por las casas del contorno, y retirando á las mujeres y los niños, salían al encuentro los varones, con todas sus armas. Ponían celadas

y emboscadas con el mayor disimulo, en que cayó varias veces la tropa de los cristianos, que por la disposición de la marcha, por la cautela en caminar y por el valor en hacer cara con mucha unión á todas partes, burlaba por lo común, las asechanzas; pero eran tan tercos los gentiles en rendirse cuando descubrían á los cristianos, que hubo ocasión en que cercados ya por todas partes de los nuestros y teniendo á la vista un cuerpo de tropa más que mediano de indios armados de arco y flecha y estolica, que disparaban desde lejos para dar á entender la superioridad de sus armas; con todo eso bien lejos de rendirse los gentiles, hicieron repetidas salidas vigorosísimas para hacer levantar el sitio, obligados siempre á volver con la pérdida de algunos, pero sin venir á partido. Ya el oficial y soldados desesperaban de rendirlos, cuando les dijo un indio de los armados de arco y flecha: «Ya veo que estos hombres, están obstinados en no darse aunque los hagan pedazos, ó que acabarán miserablemente de necesidad, antes que se entreguen. Yo daré fuego á la casa con sartas de mechones encendidos que arrojaré sobre el techo;» y diciendo y haciendo, comenzó á dispararlas con tanto tino, que ardiendo á poco tiempo la casa y viéndose abrasar los gentiles, dejaron finalmente las armas y salieron á entregarse.

Otro accidente suele impedir á las veces el fruto que se pretende en las entradas, y es, cuando fiados los exploradores en que son bastantes para asegurar algún gentil que descubren, se empeñan en cogerle. La resistencia y fuerza que hace por librarse, es como de fiera y propiamente desesperado hace el último esfuerzo á morir antes que rendirse. Pocas veces consiguen el asegurarlo, y escapando de sus manos, va corriendo á dar aviso, junta la gente que puede y vuelve á vengarse como lo suele conseguir, alcanzando á los exploradores, antes que se junten á los demás de la tropa. Tan ejecutivos son en tomar la venganza que á las veces no dejan quien pueda dar aviso, cortándoles las veredas que tienen bien estudiadas. Por esto, es de mucha importancia para el fin que se pretende, el que los centinelas no se alarguen mucho y el que no se enfrasquen en contiendas sin avisar y antes de tiempo. Cuando sucedía alguno de estos accidentes, no se pensaba de parte de los cristianos en otra cosa que en la sola defensa y tomando las precauciones necesarias, se trataba de volver atrás sin llegar á las armas, por evitar choques que dificultaban mucho en adelante la paz que se podía procurar con otras diligencias.

Mucho se pudiera decir de las penalidades y trabajos, desastres y necesidades que se padecían en estos ciegos viajes. Ya hemos hablado de algunos en nuestra historia, y ahora basta insinuar, que por los montes del Marañón se andaba y trepaba siempre por espinas punzantes y disimuladas, por lodazales fastidiosos, por lagos de leguas enteras con el agua en ocasiones hasta la cintura, atravesando ríos y torrentes peligrosos, con un palo que servía de puente, con la precisión de no hacer fuego por días enteros por no ser descubiertos por el humo, durmiendo siem-

pre vestidos, sobre hojas mojadas, ó en una red colgada de dos palos al cielo descubierto, sin resguardo de los malos temporales, de innumerables fieras y de una infinidad de animales ponzoñosos. Pero la amorosa providencia del Señor, siempre velaba sobre los misioneros en tan peligrosas entradas, y de un modo tan extraordinario y visible, que no hay memoria que sucediese alguna desgracia en tan repetidas entradas á alguno de los padres por el largo espacio de 130 años.

CAPITULO IX

DE LOS DESPACHOS Y ORDINARIOS Á QUITO, MOYOBAMBA Y LAMAS

No pudieran subsistir en manera alguna los pueblos de la misión sin que les viniesen de fuera muchos géneros de que necesitaban para su establecimiento, conservación y aumento. Porque fuera del vestuario de los misioneros, vino y hostias para decir Misa, y lienzos para cubrir la gente, eran precisos instrumentos de hierro para trabajar la tierra y otras mil cosas indispensables para la vida humana, que se echan de menos en aquellos países faltos casi de todo. A esta causa se tomó la disposición de enviar anualmente (y andando el tiempo de seis en seis meses), un despacho, que allí llamaban, ú ordinario desde la misión á la ciudad de Quito para proveerse de lo necesario. Preveníase para el despacho una ó más canoas con varios indios con quienes iba siempre un mozo blanco, con el nombre de conductor del despacho, porque ni aun esta diligencia se podía fiar á la corta capacidad de los indios. Llevaba consigo el conductor los pocos efectos que se hallaban en la misión como cera blanca, tal cual resina particular, vainilla y otras cosillas de poca entidad, que se entregaban al procurador de la misión. Este enviaba desde Quito por el mismo ordinario la provisión anual de vino y harina para hostias, de vestido interior y sotanas para los misioneros, alguna cantidad de lienzo y porción de hierro para herramientas, cuchillos, eslabones, anzuelos y otras cosillas usuales.

Antes de extenderse la misión y tener el aumento de pueblos que componía la parte de la misión llamada nueva, sólo se enviaba una canoa grande con otra pequeña de indios cazadores y pescadores; pero de algunos años á esta parte, creciendo el número de las reducciones se añadió otra grande con su pescadora y no pocas veces se juntaba otra para el mozo conductor. Tres ó cuatro meses antes de la salida del despacho se les anticipaba á los misioneros la noticia para que previnieran sus cosas, y se señalaba el día de la partida que solía ser á la mitad del Setiembre, tiempo más proporcionado para estos viajes. Entregábase al conductor una lista ó memoria de lo que llevaba de la misión y asímismo le entregaba otra de lo que traía el procurador de las misiones. Por algunos años se observó en esta conducta el orden que estableció á los

principios el P. Hernando Cavero, provincial que fué de Quito, y era que todo el socorro fuese á manos del superior de las misiones, el cual repartía y enviaba lo necesario y lo que tocaba á cada uno de los misioneros.

El P. visitador, Andrés Zárate, vió después los inconvenientes de esta disposición, no siendo el menor la dilación considerable en llegar las cosas necesarias á los pueblos, por la mucha distancia de unos á otros. Consultó con el superior y padres más antiguos y experimentados de la misión lo que parecía más conveniente en las circunstancias, y con acuerdo suyo, dejó orden en la visita para que de allí adelante saliesen desde Quito los géneros con distinción de lo que debía tocar á cada misionero y en fardo por de fuera numerado. De esta manera al pasar el despacho por el Nombre de Jesús, el vicesuperior de este partido recibía los fardos pertenecientes á aquellos misioneros. En San Joaquín de Omaguas hacía lo mismo el vicesuperior de aquella parte, y últimamente en Santiago de la Laguna se entregaba al superior lo que pertenecía á la misión alta. Toda esta disposición llevaba la buena armonía de que avisaba cada misionero de lo que necesitaba para su pueblo primeramente al superior, y después de acuerdo suyo al procurador de la misión en Quito. Este remitía á cada uno lo que pedía, incluyendo en su carta una minuta ó lista particular, y al superior enviaba una memoria general de lo que iba para todos y para cada uno. De esta manera con poco más trabajo del procurador se evitaron las confusiones y dilaciones que hasta entonces se habían experimentado.

Pero no alcanzaban estas providencias para el buen estado de los pueblos y subsistencia de la gente que no podía tener de la parte de Quito lo necesario para poder sustentarse y para vestirse. Por esto, conociendo los misioneros que el lienzo que venía de Quito no alcanzaba para vestir á los pobres de las misiones, y que había mucha falta de veneno para dar á los indios en su cazas, porque el único que se conseguía de San Ignacio de Pevas no era bastante, y de ello llevaban gran parte los portugueses rayanos, se vieron precisados á recurrir á las ciudades de Lamas y Moyobamba más cercanas á sus establecimientos. Para evitar, pues, las necesidades de muchas familias que no podían cazar y pescar por falta de veneno, para vestir muchos desnudos, y en particular los que de nuevo venían de los montes, para recoger tabaco de hoja á que generalmente todo indio tiene gran pasión y para tener á mano algo de azúcar necesaria en las muchas enfermedades que ocurrían en los pueblos, hacían también los despachos á aquellas ciudades y procuraban por medios lícitos y con religiosa moderación los géneros de que necesitaban.

Mas á poco tiempo experimentaron los buenos misioneros muchas contradicciones, como si este modo de procurar lo que era absolutamente necesario para los pobres indios, fuese cierta especie de negociación ú oliese á trato prohibido á religiosos. Hiciéronse por los años de 1723 y 1724 algunas denuncias al provincial en Quito contra los padres misione-

ros, como que se embarazaban en negociaciones con los vecinos de Lamas y Moyobamba. Tanto se acriminaron las denuncias, que el provincial, más celoso y temeroso que prudente y experimentado, envió á los misioneros un precepto de santa obediencia, con que prohibía aquellos tratos, y aun cortaba la comunicación con los vecinos de dichas ciudades. Representó el superior de las misiones con un exacto informe las razones verdaderas y legítimas, que sin la menor sombra de negación cohonestaban la adquisición de aquellos géneros, que no se hacía sino por modo de trueque, y que las cosas venidas de aquellas ciudades se consumían en limosnas necesarias á la subsistencia de los pueblos. No atendió á la representación el provincial, ó por impresionado ya contra aquellos tratos ó por demasiadamente cauteloso, y mandó que se obedeciese. Hízolo así el superior, pero conociendo los daños que se seguían de una ejecución importuna, recurrió con el mismo informe y representación hecha al provincial y con su respuesta á N. M. Rdo. P. General, á quien escribieron también los misioneros más autorizados. Respondió por entonces su paternidad muy reverenda que daría las debidas providencias sobre el negocio. No se dieron éstas hasta el año de 1738, en que visitando las misiones de orden y mandato del P. General Francisco Retz, el mencionado P. Andrés de Zárate, y habiendo averiguado bien la calidad del negocio, examinado despacio los informes, oído largamente al provincial que impuso el precepto, y pesado las razones del superior y misioneros y los inconvenientes que todavía duraban, tuvo por conveniente anular y revocar el precepto, dejando libre el recurso para dichos géneros á Moyobamba y á Lamas, y dando la norma y método que debía seguirse en adelante.

Este se reducía á que los misioneros particulares avisasen al superior de las misiones de lo que necesitaban para sus reducciones, y el superior hacía alguno ó algunos despachos comunes en que procuraba traer á las misiones las cosas pedidas conforme á la necesidad de los súbditos. También permitía á las veces si le parecía más conveniente al misionero del pueblo que él mismo hiciese particular despacho, arreglado en todo á la disposición y facultad que le daba. En esta conformidad se practicaba la economía de procurar los géneros que no había en la misión, con otros que se enviaban para trocar, que era allí el único modo de comprar y de vender. Ultimamente no se debe disimular que no faltó misioneroque envió á las ciudades referidas pez salado por estos géneros. Pero los superiores desde luego lo improbaron y lo impidieron con vigor y eficacia, y sólo se permitía que se enviase lo recibido en los principios, es, á saber: cera blanca, resina y vainilla. Con tanto miramiento procedieron en un negocio que pareció en algún tiempo escabroso á los que tienen poco conocimiento de los indios del Marañón.

CAPITULO X

DE ALGUNAS ECONOMÍAS EN BENEFICIO DE LOS PUEBLOS SOBRE QUE VELABAN LOS MISIONEROS Y Á QUE ATENDÍAN LOS ALCALDES

El gobierno civil de las reducciones del Marañón tenía mucho del económico y propio de una familia ó comunidad. Ya hemos dicho cómo al principio hubieron de atender por sí mismos á todo los misioneros, y que la experiencia enseñó no haber otro medio para el establecimiento de un pueblo. Ahora se puede añadir que sin esta atención y cuidado no pudiera subsistir ni llevarse adelante una reducción establecida. Es verdad que se hallaría esta diferencia, que al principio debía ser el misionero el padre de familias y cargar con todo por sí mismo hasta que entrasen á la parte de sus afanes algunas de las familias, pero andando el tiempo ya se hacía ayudar el padre de algunos indios, que por haber aprendido á ser hombres, le podían ayudar. Eran estos los alcaldes, los regidores y los demás oficiales que con el nombre de varayos, común á todos, eran sus ministros para la buena economía del pueblo.

Al adorno y aseo de la reducción conducían algunas disposiciones que hacía ejecutar el misionero por medio de los varayos. Estas eran: 1.ª Procurar que se fabricasen las casas con orden y proporción, de manera que ni estuviesen pegadas para evitar incendios, ni tan cercanas que se embarazasen las comodidades, ni tan distantes que costase demasiado trabajo mantener limpias las calles y los intermedios. 2.ª No permitir largo tiempo casa alguna sin techos, sin alares y sin puertas. 3.ª No dejar hacer casas desproporcionadas ó por demasiado grandes ó por demasiado pequeñas, porque, fuera de hacerse reparar de las demás por la extravagancia, aquéllas pedían mucho trabajo para su conservación, y éstas, por su estrechez, incomodaban á los dueños. 4.ª Cuidar atentamente de que los habitadores de las casas las compusiesen cuando necesitaban reparo, porque es tanta la desidia del indio, que no siendo avisado del peligro, dejará arruinar la casa por no menearse.

Fuera de esto, como un pueblo cercado del monte casi por todas partes se infestaba de plagas de mosquitos de varias castas, de sabandijas y de culebras, y por el aire colado, y maleza, sobre incomodar á los habitadores, les exponía á picaduras venenosas y estaba convidando á los tigres á que se paseasen por las calles, como sucedía varias veces; se tomaban las precauciones necesarias para evitar estos peligros, manteniendo los pueblos abiertos de modo que se ventilasen bien y se respirase aire puro y saludable. Para esto, cada tres meses se golpeaba ó cortaba con prolijidad toda la maleza de zarzales, arbolitos y varias hierbas que á poco tiempo crecían extraordinariamente. Al justicia semanero tocaba avisar á todos el día destinado para este trabajo con ciertos golpes de

campana que entendían todos, y al punto salía cada uno con su instrumento según la diversidad de edades y de sexo, unos para limpiar y otros para recoger la maleza. El gobernador del pueblo y los alcaldes repartían la gente por la delantera de la reducción que correspondía al río, por los lados y por la parte más cerrada del monte detrás de las casas, y manteniéndose como sobrestantes, se arrasaba á su vista toda la maleza en una, dos ó tres mañanas.

Las mujeres debían mantener limpia la plaza principal del pueblo, que caía por lo común á la puerta de la iglesia. Un día de cada mes, eran llamadas con golpes determinados de campana á la puerta de la iglesia, y acudían todas prontamente con sus machetes, itupulies ó paletas, y repartidas á trechos, iban quitando la hierba, que recogían dos fiscales ó ancianos en unos cestos, y los echaban en algunos bajos, á la orilla del río. Luego seguían cuatro ó seis doncellas, que barrían con sus escobas el sitio allanado, dejando á trechos los montones de tierra, que recogían los fiscales y arrojaban en donde habían echado la hierba. A toda la tarea asistía en persona el gobernador y alcaldes, con cuya presencia se ejecutaba todo sin desorden, sin gritería y sin algazara. Acabado el trabajo, todos se arrodillaban á la puerta de la iglesia y hecha una breve oración se volvían á sus casas.

En algunos pueblos no era necesario este trabajo, por tener allanadas con arena muerta las plazas y las calles, pero era preciso rellenarlas todos los años, al principio del verano, de que, avisadas las mujeres por el justicia de semana, acarreaban la arena con sus cestos y la iban echando en proporción. Tres ó cuatro hombres las seguían, armados de buenos pisones, con que apretando fuertemente la arena movediza, dejaban el terreno igual y sin hondonadas. El mismo cuidado procuraban los alcaldes, que se tuviese de mantener limpias y aseadas las portadas de las casas, los caminos de unas á otras, y particularmente los comunes que bajaban hacia el puerto. A este tenor había otras disposiciones que tiraban á que no se hiciesen huertecillos en las delanteras de las casas, que ocuparían ó embarazarían las calles, sino á la parte opuesta en que no estorbaban. Lo mismo se entendía de los gallineros, pocilgas y charaperas. Menudencias son estas al parecer prolijas, pero necesarias para la vida civil que se procuraba entablar en los pueblos, y para la salud de los indios, á que atendían con singular cuidado los misioneros. Pero si el padre no insistía con diligencia con sus ministros en llevarlas adelante, en poco tiempo se trastornaba el buen orden y policía, y todo era confusión y porquería, plagas, insectos y sabandijas.

No bastaban estas disposiciones para la vida civil de los indios; otras providencias había enderezadas á que los vecinos adquiriesen con alguna comodidad lo necesario para el común del pueblo, y para lo particular de sus personas. Por ordenanzas reales tenían mandado los señores gobernadores, que hubiese siempre en cada pueblo dos canoas grandes por lo menos, para el servicio del común y para las ocurrencias de la mi-

sión y otras dos mytayeras que les acompañasen en los viajes. Para dar el debido cumplimiento á tan justas ordenanzas, se repartía el cuidado y el trabajo de hacerlas y conservarlas entre el ayuntamiento del pueblo y entre los oficiales de milicia. A cada uno de estos gremios, tocaba una grande y otra pequeña, y así debían reponer una nueva, cuando por vieja ó por maltratada no podía servir la antigua, ó, lo que sucedía varias veces, cuando era arrebatada de alguna creciente. Las canoas de cedro duraban largos años con un pequeño cuidado en conservarlas, y á este fin procuraban mantener siempre una casa destinada para guardar en tierra las canoas, debajo de cubierta, defendidas del sol y del agua. Hacíase junto al río, y la llamaban la casa de las canoas; debía estar abierta por los cuatro costados para que la batiesen bien los vientos, y por esta razón debía estar fundada sobre cuatro pilares ó vigas grandes que sostenían los estantes del tejado. Cuando los indios volvían de algún viaje, arrastraban por tierra la canoa y la metían en dicha casa, en donde se conservaba hasta que se ofreciese otro. Para esta maniobra llamaba á los indios necesarios el justicia de semana, á cuyo cargo estaba visitar todas las tardes las canoas para averiguar si estaban bien amarradas, sucediendo varias veces arrebatarlas y llevarlas consigo alguna creciente repentina por mal aseguradas.

Tampoco se podía dejar enteramente á los indios el cuidado de sus canoas particulares, que tenían casi todos para su uso, necesidad y servicio. Raros eran los que no tuviesen frecuentes descuidos, ocasionados de su natural pereza á incomodarse en visitarlas, ó de la poca providencia de sus cosas, ó de la mucha facilidad de olvidarse en tiempo de acudir á lo necesario. Si el misionero no tenía una solicitud semejante á la de un padre de familias con sus hijos en la minoridad, á cada paso veía perdidas las cosas necesarias de los indios. Por esto tenía cuidado y velaba sobre el alcalde semanero, á quien tocaba celar que todo indio dejase bien asegurada su canoa al volver de la pesca ó de la heredad.

Además de estas canoas mayorcitas en que podían ir los indios con su familia á la posesión, á la pesca y al paseo, se procuraba que todo indio tuviese otra pequeña que llamaban *potrillo* y era ó servía como de caballo, porque sentado un hombre en medio de ella, la manejaba solo con facilidad y la enderezaba á su arbitrio con mucha destreza. Entre los Omaguas era bastantemente común el haber tantos *potrillos* en una casa cuantos eran los varones capaces de manejarlos, y los padres ó hermanos mayores procuraban proveer del suyo á cada uno de sus hijos ó hermanos menores, que no podían haberlos por sí mismos. No se dejaban en el río los potrillos, que llevaban á espalda ó arrastrados á las casas y mantenían á la sombra debajo del alar del tejado. Si se descuidaban en hacer esta diligencia necesaria para la conservación del potrillo, luego se daba aviso al padre de familias para que le recogiese. Ponemos estas memorias tan menudas de la economía de los indios, porque los misioneros, que todo lo dirigían y enseñaban á practicar, van faltando notable-

mente en su largo destierro, y no es razón que se sepulten con el olvido aquellos establecimientos políticos, que á lo que oigo no acertaron á llevar adelante sus sucesores, y su noticia será quizá ventajosa á otros operarios (que como espero), volverá á enviar á aquellas tierras la Providencia del Señor á quien nada es imposible y cuya mano no está abreviada.

CAPITULO XI

DE LA ECONOMÍA DE LA SAL, SU DESCUBRIMIENTO Y SU CALIDAD

Otras economías había en los pueblos, no menos necesarias para el alivio de la gente que las referidas en el capítulo antecedente. Una de las principales era la provisión de sal, sin la cual no pudieran ya subsistir los indios reducidos, y su falta les sería insoportable. Es verdad que á los principios ninguna de las naciones convertidas conocía la sal, ni había experimentado en sus montes este necesario condimento: de donde nacía que los recién traídos de los montes, aun cuando estaba ya establecido el uso de él, hacían asco de ella. Y si por casualidad ó curiosidad aplicaban la lengua á la sal, hacían ademanes de lanzarla y estaban escupiendo hasta que se les secaba la boca. Sin embargo, estaban ya los indios tan hechos en los pueblos antiguos al uso de la sal y entraban tan bien en ella en los más nuevos, que se miraba como uno de los géneros más necesarios en la misión.

Por muchos años estuvieron ocultas las salinas que se hallaban en el distrito de la misión de Mainas, y fué la falta de sal á los misioneros una de las mortificaciones cotidianas y más sensibles, como se deja entender. Cuando se fueron estableciendo algunos pueblos y se fué abriendo la comunicación con la ciudad de Quito, enviaba el procurador de las misiones seis libras de sal á cada misionero para el consumo de un año; pero con la humedad contraída en el viaje largo, con la extraordinaria en el mismo país, y sobre todo con el fiar su uso á la discreción de los muchachos, que eran los únicos cocineros y todo lo desperdiciaban, era de bien poco al año y para poco tiempo aquel socorro. Finalmente, la Providencia divina descubrió unas salinas abundantes en los cerros del Pongo, del río Guallaga y en el río Paranapuras, con que se pudo abastecer colmadamente toda la misión de Mainas. No hay memoria que asegure si fué casualidad ó diligencia de hombres la que descubrió esta sal tan deseada. Se sabe solamente que los indios Cocamas fueron los primeros que dieron á su misionero la primera noticia de que en los cerros del Pongo, como á quince días de navegación desde el pueblo de la Laguna, se hallaba este tesoro. Fué controvertido por algún tiempo entre los gobernadores de Borja y de Lamas á qué jurisdicción pertenecían dichos cerros, pero venció finalmente el de Borja, declarando el señor virrey y la Real Audiencia de Lima que le tocaban á éste las naciones de indios

que se descubriesen en ellos, y que tenían derecho á reducirlas los misioneros de Mainas. Por consiguiente, quedó decidido estar dentro de su jurisdicción el cerro de la sal de Guallaga.

Pasado este cerro, á poco más de día y medio de navegación se descubre á la misma orilla del río por la banda del sur un murallón de peña viva tan blanca, que dándole el sol de frente brilla como si fuese cristal de roca. Algunos años llega á cubrirse de tierra que se desgaja con las aguas del invierno, pero los indios la descubrían fácilmente sin más fatiga que irla echando en el río cuya corriente la llevaba consigo. Pocos años después de este primer descubrimiento ó hallazgo de la sal de Guallaga, sucedió otro en el río Paranapuras de minas de sal colorada, y es más encendido el color mientras más se interna en la mina, pues no cede al carmín más vivo. Esta sal era muy estimada dentro y fuera de la misión, así por su actividad, como porque sin azafrán ni otra especiería bastaba por sí sola para dar á las viandas un color apacible y agradable. Ambas minas proveían á la misión y pudieran proveer con abundancia provincias y reinos enteros.

A un gobernador de la misión de Mainas le picó la codicia, como insinuamos en el libro X, de hacer caudal con este género, é intentó por los años de 1758 hacer estanque público de la sal, obligando á los indios y á los padres misioneros á que pagasen un tanto por arroba. Opúsose fuertemente el superior de las misiones, y después de varios debates con la conminación que le hizo de recurrir con la querella contra aquella novedad á tribunal superior, desistió por entonces de su petición extravagante. Y como en el mismo año costase á los indios mucho más trabajo y fatiga el descubrir la sal, por haber caído sobre ella un pedazo de monte desgajado del cerro, decían, como gente sencilla, que por la codicia del gobernador había querido Dios castigar á todos. Ayudaba mucho á esta su persuasión y creencia que no le miraban con buenos ojos por sus conocidos excesos y crueldades, con que no era mucho que atribuyesen á sus desórdenes la causa de la desgracia. Dos años después quiso dicho gobernador negociar con la sal á costa de los pobres indios, y le castigó el Señor como veremos, no permitiendo que llegase al término de su navegación la canoa, que volteándose en Rumi Tuñisca al paso que llaman del Arca y los Serafines, no lejos de Santa Rosa, echó á fondo los géneros que pensaba vender con mucha ganancia en este pueblo.

De la mina del río Paranapuras se proveían los pueblos de Cavapanas, de Chayavitas, de Paranapuras y de Muniches, que vivían en sus cercanías, pero los indios de los demás pueblos sólo llevaban alguna poca de esta sal colorada para mayor aseo y comodidad de las cocinas, y aun ésta la cogían sin visitar las salinas de aquel río, teniendo por menos trabajo andar seis ú ocho días más río arriba hasta las de Guallaga, que acarrear á espaldas un día de camino por tierra la sal de Paranapuras, cuya mina distaba ocho ó diez leguas del sitio en donde se dejaban las canoas.

Sólo por los meses de Julio, Agosto, Septiembre y parte de Octubre, se podía sacar sal de la mina de Guallaga, cuyos raudales, remolinos y ensenadas no permitían el curso á las canoas en otros meses del año. Procurábase no perder la ocasión de hacer el viaje de la sal en esta temporada, y desde fines de Mayo empezaban en los pueblos á explicarse los pretendientes para ir á las salinas. El gobernador y alcalde avisaban al misionero, de los que se habían presentado, y éste les apuntaba por entonces y escogía después á su tiempo los de más satisfacción. Salía de cada pueblo, por lo menos, una canoa bien grande con quince ó diez y seis indios y otra pequeña con cuatro destinados á cazar y pescar por el camino. Fuera del bastimento de plátanos, yucas y mazato, que prevenían por sí mismos, y del común que les daban los alcaldes, para el largo viaje en beneficio del pueblo, añadía también el misionero algunos cestos de farina (así llamaban la yuca tostada, molida y prensada) y otros varios socorros como eslabones, púas, anzuelos y agujas, con que compraban ó trocaban en los pueblos del camino y se surtían de lo necesario. Es verdad que en éstos se socorría y atendía con caridad cristiana á los viajantes y pasajeros, pero no saben los indios arreglarse á una moderación y economía proporcionada en el consumo de los bastimentos que llevan, ni saben aprovecharse con prudencia y buena distribución de lo que les ofrecen. Atendiendo á esta su corta capacidad, el misionero los surtía de aquellas cosillas para que les sirviesen de algún recurso, en los lances apurados, que no dejaban de ofrecerse en el largo viaje. Los pueblos de la misión alta gastaban por lo común un mes en ida y vuelta de las salinas; pero los de la baja, empleaban dos meses y más, metiendo en cuenta el tiempo que se detenían en la mina que solía ser dos semanas.

La escasez de hierro no daba lugar á la prevención de picos, barretas y cuñas con que se pudiera facilitar el corte del peñón de la sal; pero esta falta de instrumentos de hierro, suplía la industria de los indios, que armaban algunos trípodes con palos clavados al pie de la peña, y colgando de cada uno su tinaja grande horadada por el fondo, lograban romper las salinas. Porque echando con cántaros agua sin cesar en la tinaja, ésta la arrojaba con ímpetu por el agujero, sobre unas canales que habían abierto con las hachas. A poco tiempo cundía el agua, y penetraba tan adentro en la salina, que con poco trabajo se dividían los pedrones de sal, y los indios los iban distribuyendo en pedazos de dos y tres arrobas con los cabos de las hachas y con tal cual barreta que á las veces llevaban. Mientras unos de esta manera quebraban la sal, otros la iban apartando y acomodando en la canoa, que pasando á la otra banda del río dejaba la carga en alguna choza prevenida, en donde junta la sal y amontonada estaba libre y guardada de los aguaceros repentinos. La sal menuda y deshecha que quedaba en trozos pequeños, la metían al fin en cestos que á ratos perdidos tejían y formaban cuando se retiraban á sus ranchos. Para cuyas obras juntaban los mytayos cada día, cantidad de cierta corteza de árbol que, ablandada por una noche en el agua,

se doblaba y dejaba manejar suavemente para formar con aseo y solidez cestos y canastas.

Recogida ya la cantidad de sal que les parecía bastante para abastecer al pueblo, empezaban á cargar la canoa, y ajustaban en ella la sal con tal disposición y acierto, que asombraba, cuando llegaban al pueblo, por lo unido y apretado y seguro de la carga. Las más de las veces les sobraba sal después de atestada la canoa, y si era poca la dejaban recogida en algún ranchito, á fin de que se aprovechasen de ella los primeros que de otros pueblos viniesen á las salinas. Pero si les parecía ser el residuo carga bastante para una balsa, la formaban con poca detención y metían en ella cuanto cabía. Debía ser la balsa corta y estrecha por las angosturas y empalizadas peligrosas que se habían de pasar el primer día, en que caminaba con mucho tiento la balsa tirada de la canoa mytayesa. En ésta iban tres indios y otros dos en la balsa, montados sobre la sal, apartándola de los peligros con palancas. En saliendo de estos pasos caminaba la balsa río abajo al amor del agua, sin más necesidad de dirección y sin otro cuidado de los indios que el de sacarla de las ensenadas.

Como la vuelta á los pueblos es fácil, ayudadas las canoas de la corriente del río, descansan y duermen los indios sin cuidado, con sólo remudarse los precisos para gobernar las canoas. Antes de llegar al pueblo se hacen reparar de la gente que les desea, tocando á alguna distancia sus bobonas ó cornetas. Espéralos en el puerto el alcalde de semana con buen número de indios que tiene prevenidos para descargar las canoas. Cada uno de los que vienen con la sal entrega al misionero una piedra grande y dos canastas, lo cual suele venir todo en la balsa. El cuerpo de la carga lo reparten entre sí, entre sus parientes y entre los vecinos del pueblo. La sal entregada al misionero servía más al pueblo que la que se dividía entre los indios, porque sabía tener más providencia y conservarla mejor. Proveíanse de ella todos los necesitados, y á ninguno se negaba de cuantos á él recurrían, y lo hacían con franqueza y sin empacho conociendo las entrañas del padre. Aunque era entable común en los pueblos, introducido por composición de los gobernadores, que los indios partiesen de la sal con los misioneros, porque venía á parar en bien de los indios, sin que pudiesen éstos pretender paga ni recompensa, pero solían regularmente los padres gratificarles con algún cuchillo, calzón, veneno ú otras cosillas, que recibían ellos como agasajo, regalo ó limosna. A los pueblos novísimos del Napo, del Tigre y del Nanai socorrían con mucha caridad los pueblos de la Laguna y Omaguas, que enviaban también su socorro por medio del ordinario ó despacho á los curas de Avila, de Archidona y del Napo.

CAPITULO XII

DE LOS TRIBUTOS Y POR QUÉ NO LOS PAGABAN LOS INDIOS DE LA MISIÓN DE MAINAS

Concluimos esta parte del gobierno político de los indios, exponiendo las causas y razones por las cuales no pagaban á su majestad católica tributos ni otras imposiciones pecuniarias en señal de servicio y vasallaje. Por ley de la Recopilación de Indias, deben generalmente los indios pagar su tributo en reconocimiento de vasallaje al rey nuestro señor, después de veinte años de su reducción á la fe y á la obediencia de su majestad, cuyo cumplimiento se encarga á los gobernadores por lo respectivo á su jurisdicción. En virtud de esta ley trató D. Jerónimo de Vaca, primer gobernador de Borja, de intimar preventivamente y hacer saber á los indios que se iban reduciendo, lo contenido en ella para que, llegado el tiempo señalado, cumpliesen suavemente con lo mandado por su majestad. Lo mismo practicaron sus sucesores en el gobierno, disponiendo de este modo los ánimos á una ejecución voluntaria. Mas durante el tiempo que les concedía la ley para la exención, fueron observando motivos fuertes para relevarlos y se consideraron en la precisión de representarlos á la Real Audiencia y al señor presidente de Quito, á fin de que se les prorrogase el término. Examinados los motivos que se alegaban á favor de los indios, con intervención del fiscal de su majestad, acordó la Real Audiencia la prorrogación que se pedía y se fué renovando en adelante por subsistir siempre con el mismo vigor los primeros motivos alegados.

Fundábase el primero, en el acuerdo y real clemencia con que se ordenó la ley. Mándase á los virreyes, presidentes y gobernadores, que en su establecimiento se acomoden á la proporción del país y á la calidad de sus habitadores, así en la tasación de la cuota personal, como en los efectos, que deben ser precisamente del país, y de la manipulación de los naturales, con que puedan satisfacer sin gravamen que dificulte su necesaria y debida subsistencia. De aquí proviene tanta diversidad en pagar sus tributos los indios en géneros, ó efectos diversos, aprovechándose cada nación, provincia ó parcialidad de los que cultiva ó maneja. Unos pagan en tejidos de lana, otros en tejidos de algodón, éstos en crías de ganados, aquéllos en frutos de cosecha de las tierras que cultivan, como en hierba los del Paraguay. Algunos en oro que recogen en los lavatorios de su país, y varios en pita torcida y otros efectos de que se aprovechan, reduciendo á géneros de algún uso con la propia industria y trabajo algunas cosas que producen sus montes.

Los gobernadores de la misión del Marañón, queriendo arreglarse á un orden tan sabio y á una disposición tan suave, fueron pensando con

madura consideración en la proporción del país y en la calidad de las gentes y géneros, que manipulaban, y se vieron siempre en la dificultad y embarazo de no encontrar cosa en que fijar ó establecer el tributo. No hay género ó efecto común en el país, en que se pueda establecer esta carga, ni las naciones conquistadas manejaban cosa con que poder contribuir como en la disposición se previene. No tenían las gentes otro comercio entre sí que el de trocar unas cosas con otras, sirviéndose de este modo cada nación de lo que le faltaba en su tierra. Ni podían extenderse á otro trato ó comercio con los españoles fuera de la misión, ya por lo montuoso del país, en que no caben sementeras de frutos, que pudiesen sacarse fuera, ni se logran tratos de ganado, que luego se muere, ya por el desvío y distancia de las poblaciones á que no podían llevar las cosas de la montaña con alguna ventaja.

Porque ¿qué importa que lleven los montes del Marañón algún cacao, que den en algunas partes vainilla, y que toda la tierra abunde en maderas exquisitas, y en resinas de varios géneros, si después de recogidos estos frutos es mayor el coste en transportarlos á Quito, á Lima, á Loja ó á Cuenca, que lo que puede producir su venta en ninguna de estas ciudades? Más de dos veces hicieron los misioneros la prueba con el cacao, enviando algunas arrobas de ello con algún cajón mediano de vainilla para que el procurador de la misión se encargase en Quito de su despacho, y redujese su producto á beneficio de la iglesia en cáliz, misal y ornamentos. El procurador hizo con empeño y eficacia la diligencia, pero siempre escribió desengañando á los padres que no les tenía cuenta la remisión de tales géneros para utilizarse de ellos, aun en beneficio de sus iglesias.

Es verdad que el cacao de las misiones de Mainas se celebraba en Quito y aun en Lima como mejor que otros, v. gr., el de Guayaquil y el de la Martinica, por lo que era apetecido para la mezcla; pero aunque valía más que estos otros, era el aumento de solos tres ó cuatro reales en arroba. De modo, que vendiéndose en Quito á 20 ó 24 reales el cacao de Guayaquil, sólo estimaban el de las misiones á 24 ó 28 reales. Y es de notar que por tasa del gobernador de Borja, en el arancel real que se observaba en la misión, se debía estimar en ella á razón de ocho reales de á veinte y un cuartos (que este es el valor del real en aquellas tierras), cada arroba de cacao. El coste del trasporte desde Archidona á Quito (que era camino por tierra) era de 12 reales por arroba; porque habiendo de ser á espaldas de indios que andando por estos parajes casi á gatas no pueden cargar más que dos arrobas cada uno, ya importa el cesto de dos arrobas la suma de 24 reales que se deben dar al conductor. Con este solo gasto llega ya el cacao de coste á 20 reales por arroba. Pues añádase ahora el coste del trasporte por los ríos en canoas, desde la misión al puerto de Napo, que es viaje de cuarenta días, y se verá hasta dónde sube la cuenta. Porque una canoa grande en que fuera del bastimento necesario para la navegación, se acomodaban cuando más 200 arrobas

de cacao, pedía 14 ó 16 indios de bogas con salarios de 12 pesos de ocho reales cada uno según arancel real. Este coste llegaba á 168 pesos, siendo los bogas 14, y arribaba á 192 si eran 16. A la canoa grande se juntaba otra pequeña, á lo menos de cuatro indios, que debían pescar y cazar por el camino, y con esto se aumentaba el gasto en 48 pesos: de donde las 200 arrobas, que era la carga de la canoa, hacían el coste del cacao más de tres pesos y medio por arroba puesto en Quito, sumando las partidas antecedentes. Véase, pues, la ventaja que tendría la remisión de un tal género.

Vengamos á la vainilla; ésta solo se hallaba con alguna abundancia en las tierras de los Chayavitas y Cavapanas; pero faltaba muchos años, porque al recogerla los indios, arrancaban toda la vena ó arbolitos en que se criaba, y tardaba muchos años en crecer para venir con la misma abundancia. Su consumo era en realidad muy poco en la América y de algunos años á esta parte, aún en la Italia donde era tan apreciada, la usan con mucho recelo; por lo que apenas tenía salida con alguna utilidad después del mucho gasto en el trasporte. Ni había comerciante que se quisiese empeñar en dar salida á este género, de que resultaba ó que se pudriese la vainilla detenida en la procuración de Quito, ó no se sacase utilidad por los fletes de su condución á Lima ó Cartagena.

En los montes de los Andoas, Pinches y Muratas, se daba con abundancia la canela, muy inferior á la de Oriente. Es verdad que su actividad era grande, pero tan babosa, que sólo servía para el gasto ordinario de sazonar las viandas. Apenas había quien la apreciase para el chocolate, y sólo los misioneros se contentaban con ella por lo mucho que costaba la del Oriente. Su flor que allí llaman espingo, era más suave y no tan babosa, y la compraban en las boticas, mas con pocas libras quedaban bien provistos. En el cerro Copataza, se descubrió por los años 1750, un poco de canela de mejor calidad, pero luego la consumieron los indios desollando todos los árboles por sacar la cáscara ó corteza, que se secaron muchos de ellos. Las demás curiosidades ú obritas de cada nación no tienen regularmente aprecio ni estimación fuera de ella, y no se hallan en tanta abundancia que puedan fructificar á los indios. Tales son el veneno, las cerbatanas, las hamacas y algunas telas de cachivaneo que, por el coste excesivo de los fletes, gravarían más que aprovecharían á los indios.

No resta ya otro género ú efecto común á la misión que la cera blanca de que se pensaba afuera que pudiera utilizarse la misión mucho más de lo que en realidad se utiliza. Oyen algunos que apenas hay ángulo de la misión en que no abunde y se admiran de que los indios no sacan cuanta pudieran, por no saber éstos lo que costaba á un indio ajustar tres ó cuatro libras de cera. Lo menos que gastaba en recogerlas era tres ó cuatro semanas de ausencia de su pueblo, en cuyo tiempo no asistía á la doctrina cristiana, no oía Misa, ni atendía á la familia. La estación en que solamente se podía recoger este fruto, eran los meses de Agosto, Septiembre y

Octubre, porque no labran allí la cera las abejas sino por Mayo, Junio y Julio. Para el trabajo de buscar cera, era preciso que se remudasen los indios siguiendo unos á otros, por no dejar los pueblos sin gente. Y en el término de tres meses de afán y fatiga, no era poco que á cada indio le tocasen tres ó cuatro libras de cera, después de haber empleado en el trabajo tres ó cuatro semanas. Las casualidades de hallar felizmente muchos árboles juntos, que en poco tiempo ofreciesen seis ú ocho libras, eran muy raras. Antes bien, como los indios iban cortando árboles se iban también alejando las abejas, y no pocas veces, por no llegar éstos á tierras de infieles, no se atrevían á proseguir en busca de la cera.

Pero volvamos al asunto de los tributos, para cuyo establecimiento dijimos que no hallaron los señores gobernadores proporción en el país, ni en los géneros ó efectos que manejaban las gentes. Hiciéronse cargo de lo que veían en los indios, del tiempo y trabajo que les costaba recoger y sacar una arroba de cacao maduro y sazonado, y de ajustar unas pocas libras de cera, y tuvieron por precio justo y proporcionado el de ocho reales á una arroba de aquél y otros ocho á una libra de ésta. Observaron también el coste que tenían estos géneros puestos en Quito, y juzgaron prudentemente que, además de necesitar los indios para su precisa subsistencia de comprar alguna herramienta y algo de vestido para sus familias (por no alcanzar para todos lo que dan de limosna los misioneros), sería de gravamen á la tesorería real el conducir á Quito el producto de tan escaso tributo, á que podían obligar á las gentes, á quienes sería por otra parte insoportable y no les daría lugar á otras ocupaciones á que estaban precisados en virtud del vasallaje.

El segundo motivo era la situación de la tierra. Esta hizo ver primero á los primeros fundadores de la ciudad de Borja la imposibilidad de poder criar y mantener hatos de ganados para su manutención, y hubieron de reducirse á procurar el mantenimiento con la caza de aves, monos y animales de los montes, y con la pesca de los ríos y lagunas. Este fué también el motivo de proveer el señor gobernador por ordenanza real, que los indios atendiesen á la manutención del misionero, incapaz de buscar el sustento por sí mismo, si había de atender á su ministerio. Aprobó y confirmó la ordenanza con vista de su fiscal, el Consejo de Indias en cédula real, expedida para este efecto, en donde se declara que el mytayazgo que está á cargo de los indios con su misionero, equivale á tributo que debe considerarse como real servicio, eximiéndose por este motivo el real Erario del coste que había de tener en cualquiera otra providencia que se tomase, siendo inexcusable alguna para la manutención de los misioneros que con tanta fidelidad y celo trabajaban en aquellas conquistas. Y es de notar, que el parecer del fiscal se extendió á que nunca se pensase en poner tributos á los neófitos del Marañón, por la incapacidad de la tierra, por la distancia de ella y por los servicios de los indios en viajes, expediciones y manutención de misioneros.

CAPITULO XIII

PROSIGUE LA MISMA MATERIA DE LOS TRIBUTOS

Hubo también otras consideraciones en razón á las cuales parecía justo y conveniente, eximir aquellos pobres indios de toda cuota personal ó tributo. Porque todos en la misión se obligaban al real servicio de su majestad en calidad de soldados milicianos. En cada pueblo había un cuerpo de milicia con sus respectivos cabos y oficiales, á quienes daba sus nombramientos y títulos el señor gobernador de la misión, ni había otro presidio en toda aquella vasta jurisdicción, que el que formaba este cuerpo, si bien extendido por los pueblos, pronto siempre á juntarse al primer aviso. Con él, se contuvo el bárbaro furor de los gentiles, que no pocas veces intentaron destruir las poblaciones como lo pretendieron los Masamaes, y los Auves del río Curaray. Con él se reprimió la licencia y se hizo rostro á las violencias de los portugueses, que á no tenerlos en respeto las milicias de la misión, hubieran acabado con toda ella, llevando cautivos los indios, como lo hicieron al principio de este siglo, arruinando poblaciones, infestando con sus correrías los países más cercanos, y arrastrando á sus dominios para venderlos por esclavos, tantos Omaguas y Yurimaguas.

Del mismo cuerpo se valía el gobernador para cuantas expediciones se ocurrían, ó en el descubrimiento de naciones gentiles, ó en la pacificación de otras, ó en los tratos de reducción ó establecimiento de pueblos, en las orillas de los ríos. Con el mismo se hacían otras entradas en el monte, á buscar y hacer volver á los pueblos á los que llamaban cimarrones, que una vez retirados, no había esperanza de que por sí mismos volviesen. Ni había otra fuerza para sosegar los alborotos, atajar sublevaciones y castigar las muertes de los misioneros. En todas estas expediciones, se prevenían los indios de armas ofensivas y defensivas, que labraban por sí mismos, sin gravamen alguno del real Erario, hacían los viajes por ríos, en canoas, sirviendo de bogas y marineros, fabricaban las embarcaciones, empleando días, semanas y aun meses, en buscar árboles del tamaño necesario para las canoas, que todas debían ser de uno solo, y en formarlas, labrarlas y perfeccionarlas. Tampoco gravaban al real Erario en el mantenimiento de tan largos viajes, que á veces se llevaban los cinco y los seis meses. Todo lo sacaban de sus mismas casas, del que tenían prevenido para sus familias.

Demás de esto servían al común, conduciendo sin jornal ni recompensa al señor gobernador en sus visitas y le servían y atendían con todo lo necesario en los pueblos en donde le tenían prevenida la mejor casa, decentemente alhajada para su mansión y hospedaje. En la misma había también habitación conveniente para los soldados de Borja, que solía lle-

var en su compañía, y á todos mantenía á su costa con el trabajo de sus manos y con el sudor de su rostro. Podían, fuera de lo dicho, contarse en el servicio del común los viajes continuos del superior de las misiones, que habiendo de visitar por su oficio la misión toda, enterarse por sí mismo del estado de los pueblos y atender á las respectivas necesidades, no lo podía ejecutar sin el ayuda de muchos indios, los cuales por esta parte contribuían no poco á la conservación, adelantamiento y al común de la misión.

En atención á estos servicios que hacían los indios al rey nuestro señor, en tantas expediciones y viajes, en atención al trabajo á que se obligaban como soldados, como marineros, como constructores de las canoas y como fabricadores de todas sus armas, y en atención, finalmente, á lo que gastaban en mantenerse y vestirse sin ocasionar gasto alguno á su majestad, tuvieron no sólo por justo, pero aun por necesario los señores gobernadores, continuar en la prorrogación sin intentar novedad, y aun hicieron algunos de ellos, como D. Juan Antonio de Toledo, D. José de Mena y Bermúdez, y el que lo era en tiempo de la expulsión de los jesuitas D. José de Peña, vigorosas representaciones á su majestad de las razones concluyentes que fundaban la situación del gobierno, la calidad de los géneros y frutos del país, la suma distancia, que embarazaba toda comunicación con la provincia de Quito, y el servicio continuo que hacían los indios á la corona, para la continuación de exención de tributos, asegurando al rey que sería muy gravoso á su real Erario el sólo costear tantos viajes pagando á los indios los jornales correspondientes. Y aun por esta causa los mismos gobernadores solían gratificar á los indios en sus viajes y entradas, viendo su grande trabajo, desinterés y fidelidad.

Sólo un gobernador, en los últimos tiempos, presumió ganar crédito de celoso del real servicio y de fiel á su majestad, arbitrando proyectos para establecer los tributos con informes enviados á la Real Audiencia en que soñaba medios que facilitaban la ejecución. No fué tan atendido como esperaba de la Real Audiencia, que le pidió mayor claridad, solidez y seguridad en las ideas que proponía. Hizo recurso al señor virrey de Santa Fe, quejándose de la tibieza, como él decía, y lentitud de los señores oidores y presidente de Quito; pero su excelencia le mandó apoyar el proyecto con informaciones mejor fundadas, y en todo caso autorizadas con el pase y aprobación de la Real Audiencia, á quien competía examinar y juzgar de la verdad para que fuesen admitidas y atendidas; añadiendo que hecho ésto diese fianzas de sus ofertas para la seguridad del proyecto.

Esta respuesta cortó de golpe las esperanzas de salir con su intento en aquel superior gobierno de Santa Fe, porque ni tenía caudal para fiar con lo suyo, ni esperanzas de encontrar quien saliese á darle fianzas en donde le faltaban créditos. Temiendo por la desconfianza que mostraba la Real Audiencia de Quito y virrey de Santa Fe, quedar enteramente burlado, puso la mira, después de muchas reflexiones, en mayor

distancia, alentado con la dificultad de descubrirse su artificio, y mucho más de la no mala disposición y buena coyuntura que se traslucía hasta en la América de la corte de Madrid, para recibir informes contra la Compañía. Dirigió á dicha corte un extendido informe, lleno de imposturas, calumnias y falsedades contra los misioneros de Mainas, y después de infamarlos enormemente, los culpaba más que en otros asuntos en la exención de tributos de los indios, en que atendían á sus propios intereses, asegurando que se utilizaban los padres con inmensos caudales, que sacaban de los frutos y efectos de aquel rico país.

Para dar algún colorido á sus proyectos y para hacer ver con alguna apariencia en la misma ciudad de Quito, que no faltaban en la misión géneros y efectos para un comercio ventajoso á los indios y útil á la provincia, sino celo del bien común en los misioneros, en quienes había sobra de codicia, con que todo lo reducían á su propio interés, mandó comprar en la ciudad de Lamas y pasar de cuenta suya á la misión muchos pintados, algunas sobrecamas y varios paños de algodón; hizo recoger en Chayavitas y Cavapanas porción de vainilla, acarreó mucha sal blanca en piedras de la mina de Guallaga, con alguna poca por muestra de la colorada de Paranapuras; ocupó por mucho tiempo á los Omaguas y Yurimaguas en pintar pilches ó vasos para bebida; obligó con mucha fuerza á los indios á buscar cera blanca, de que llegó á formar varios quintales, y recogió, finalmente, cuanto veneno, cerbatanas, hamacas ó camas halló entre los Yameos, Iquitos y Encabellados, y añadiendo algunos *Adorotes* (así llaman á unos como fardos, de seis á ocho arrobas cada uno), de peces salados y cántaros de manteca de vaca marina, y de huevos de charapas, amontonó de todos estos géneros carga sobrada para dos grandes canoas, que estaban esperando en Quito sus amigos, noticiosos de su resolución.

Mas los pobres indios, en todas partes de la misión se quejaban de las violencias con que les obligaba el gobernador á deshacerse de los géneros que necesitaban, á precio muy inferior á lo establecido en el arancel real por sus antecesores, siendo también gravados en viajes de sólo interés y ganancia del gobernador, que les dejaba sin paga ni recompensa. Clamaban á los misioneros que los librasen de tantas vejaciones; pero aunque los padres hacían su deber, haciéndole repetidas representaciones y aun afeándole sus injusticias, nada pudieron conseguir de aquel hombre, ciego del interés y engreído con el empleo, porque desatendiendo á sus razones á todo respondía: «Esto es servicio del rey, á quien estoy obligado por mi oficio.» ¡Pobres monarcas, y qué figura tan contraria á vuestras piadosas intenciones os hacen representar en los pueblos vuestros malos ministros! Mandó últimamente nuestro gobernador aprontar dos grandes canoas, con otras dos mytayeras, y señalando indios correspondientes para unas y otras, usando como se supone, del mismo rigor y fuerza de que había usado en recoger sus mercaderías, salió amenazando á los padres que con aquel viaje haría mudar en Quito el concepto que se había

tenido del desinterés de los misioneros, descubriendo con los efectos que llevaba y con la prueba perentoria de hecho en la venta de los géneros, su infidelidad al rey, su codicia insaciable y su conducta perniciosa. Estas mismas amenazas iba repitiendo por el camino en los pueblos del río Napo, asegurando en todas partes á los indios (que se reían de su temeridad), que en breve tiempo se les proporcionaría modo de aprovecharse de sus efectos, y le serían deudores de este beneficio.

Mas ¿qué pueden las trazas torcidas de los hombres, aun cuando les parece tener ya en la mano el fin de sus depravados intentos? Dios, Nuestro Señor, que le sufrió para ejercicio de los padres y de los pobres indios de la misión, hasta salir de ella con su canoa, le confundió al primer paso que dió en la jurisdicción de Quijos, y le hizo callar, echando á fondo la inicua carga que con tanto afán había recogido, sin perdonar á violencias, robos, injusticias y vejaciones. Vióse manifiestamente cómo le cegó su mismo empeño, para que no viese el peligro, por más que se le proponían los indios, queriendo en tiempos de creciente atravesar el peligroso paso de los Serafines. El los instó, los obligó, los forzó con amenazas á que se metiesen en un manifiesto naufragio, y pagó el justo castigo de su temeridad, perdiendo todo lo que había acumulado injustamente, con el trastorno de la canoa mayor en que iba casi toda la carga, pero saliendo á la orilla la gente por especial favor del cielo, que no permitió que fuesen sepultados con la carga tantos inocentes como le acompañaban. Cuantos supieron el trágico suceso, le tuvieron por conocido castigo de Dios en pena de las injusticias contra los indios, y de los informes calumniosos contra los misioneros. El mismo, como no era tonto, parece que lo conoció también, porque desde aquel día mudó de estilo, y hacía particular estudio de cortar conversaciones cuando se trataba del asunto, ni sus amigos de Quito le sacaron otras respuestas de las riquezas de la misión, sino que conocía que no eran sus proyectos del agrado de Dios, cuya poderosa mano se le había hecho sensible para el desengaño, después de haberle quitado lo poco que había adquirido en su gobierno, sin haber sacado la utilidad de un vestido. Vióse en Quito en bastante miseria, como se deja entender, y en algunas aflicciones y trabajos en que le dió la mano y ayudó á salir de ellos el P. Milanesi. Que esta es la venganza que tomaba de sus mayores émulos la Compañía, siguiendo el consejo de su capitán Jesús: *Benefacite iis qui oderunt vos.* El cual practicó repetidas veces aquel insigne jesuita, por hallarse frecuentemente en ocasiones semejantes, siendo la ciudad de Quito testigo de sus nobles generosidades, y de la caridad heroica con que á todos remediaba en cuanto le era posible, ricos, pobres, amigos y enemigos. De manera que siendo el oráculo de la ciudad por su sabiduría y prudencia, era tambien el padre de todos por sus caritativas entrañas.

Como la desgracia del perdimiento de sus bienes había dado entendimiento al gobernador, y le remordía frecuentemente la conciencia del informe calumnioso que había enviado á la corte contra los misioneros, se

resolvió á enviar otro informe contrario, retractando cuanto decía en el primero. Cinco puntos principales contenía este segundo escrito: 1.º Que los padres misioneros celaban con mucha caridad y con la misma fidelidad la enseñanza de los indios y la obediencia á su majestad católica; 2.º Que en nada de este mundo se interesaban en la misión; 3.º Que de los 200 pesos que les daba la caja real para su subsistencia, socorrían á la gente y alhajaban las iglesias; 4.º Que tenían precepto de sus superiores para no comerciar con los portugueses y que le guardaban exactamente; 5.º Que eran fieles y obedecían sin réplicas á todas las órdenes del gobierno. Pero como se anticipó el primer informe, la corte, ya prevenida, hizo bien poco caso del segundo, acaso por pensar que en éste se habían mezclado los jesuitas. Lo cierto es que desatendido el sincero y verdadero escrito, tuvo á pocos años su efecto el falso y calumnioso, porque en méritos de la fidelidad del informante y en atención á los servicios en su gobierno de Mainas, se le hizo una merced de hábito y fué provisto para corregidor de uno de los más pingües corregimientos de la jurisdicción de Lima, sin que lo pudiese embarazar el informe de su sucesor don Antonio de Mena y Bermúdez, que pasmado de la malignidad y falsedad de las calumnias que había levantado, informó todo lo contrario, protestando desde los principios este cristiano caballero, que no le quedaría esperanza de su salvación eterna, si quisiese disimular sin hacer patentes al real Consejo las injusticias de su antecesor en la adquisición de sus efectos, las violencias con los pobres indios y las calumnias y testimonios falsos contra los misioneros.

Otro tanto practicó el que siguió al Sr. Mena en el gobierno, D. Antonio de la Peña que en el tiempo mismo del arresto de los padres, hizo notar los fundamentos de su informe al juez comisionado para la expulsión de los jesuitas, y al señor canónigo y doctor Echeverría, vicario nombrado por el Ilmo. Sr. Carrasco, obispo de Quito, para hacer por su medio entrega de la misión á los señores clérigos enviados á suceder en los pueblos. Citólos D. Antonio á todos por testigos, para que constase la verdad al señor presidente y Real Audiencia, en cualquiera novedad que resultase, de querer establecer tributos como se empezaba ya á temer con la salida de los jesuitas, y para que no se le culpase en las fatales y necesarias consecuencias y resultas que se preveían de semejante disposición.

CAPITULO XIV

DEL GOBIERNO ECLESIÁSTICO Y EN PARTICULAR DE LA DOCTRINA CRISTIANA DE LOS ADULTOS

Habiendo ya tratado el gobierno político de las misiones, en cuanto abraza el civil, el militar y el económico, diremos en los siguientes capítulos lo que pertenecía propiamente al espiritual y eclesiástico, con lo

cual abarcaremos todos los establecimientos introducidos en las misiones de su gobierno político-cristiano. Todo el distrito del gobierno de Mainas que abrazaba las reducciones españolas del Marañón, pertenecía al obispado de Quito, que se extendía por esta parte cuanto se alargaban los límites de aquel gobierno. En tan dilatado espacio no había más que dos curatos, á saber: el de Archidona y el de la ciudad de San Francisco de Borja. Uno y otro, después del establecimiento de las misiones, estuvieron á cargo de la Compañía, aunque hubo alguna interrupción, como insinuamos á su tiempo, en el de Archidona. El P. Provincial de Quito, presentaba al presidente de aquella Real Audiencia, tres sujetos y á uno de ellos daba el nombramiento en nombre de su majestad, y el señor obispo le daba la colación canónica, como á los demás curatos del obispado. En los últimos años, se agregó á la misión el curato de la ciudad de Lamas, á petición del señor obispo de Trujillo, adonde pertenecía. Todas las demás poblaciones, eran reducciones de indios, en donde asistía por lo común un misionero como ministro eclesiástico, que destinaba el superior de las misiones y podía mudar á su arbitrio, según las circunstancias y necesidades ocurrentes.

La inmensa distancia y fragosidad de los caminos, no permitían á los señores obispos, que visitasen por sí mismos los pueblos de la misión, y sólo se vió en una ocasión, un visitador que se internase en ella. Este fué el doctor D. José Río Frío, que nombrado para este efecto por el Ilmo. señor D. Andrés de Paredes, visitó en su pasaje al Pará *ad visitanda limina, Apostolorum,* parte de la misión de Mainas, como consta de su informe presentado en el real Consejo de Indias, en Madrid. Los señores obispos despachaban desde Quito, las disposiciones y edictos que tenían por conveniente formar por sí mismos, ó los que les venían de Roma, y los padres misioneros los ponían en ejecución, con toda obediencia y sumisión. Y siempre que se les pedía razón del estado de la misión, la dieron puntual y exacta, de manera que los señores obispos, manifestaron siempre con elogios muy subidos, la satisfacción que tenían del celo, aplicación y acertada conducta de los padres misioneros.

Desde los principios de la misión, se procuró establecer en ella el gobierno eclesiástico y espiritual que prescriben los sínodos del obispado, en cuanto permitía el país, y podía llevar la calidad de las gentes reducidas, y éste después se fué siguiendo uniformemente en todos los pueblos. De aquí vino el estilo introducido ya con los indios en el obispado de nombrar fiscales, que á distinción de los alcaldes, que sólo servían en lo político, ayudasen también particularmente al misionero en el gobierno eclesiástico y espiritual, dependiendo inmediatamente de él por sínodo en el uso de su jurisdicción, bien que con recurso, si pareciese conveniente, al ordinario, y con alguna inhibición de la justicia seglar, pues gozaban en ciertos puntos el fuero de inmunidad eclesiástica.

Una de las principales prácticas que prescribe el sínodo sobre los indios, es la doctrina cristiana en ciertos días de la semana. Y este mi-

nisterio espiritual se miraba como el más esencial y característico de todo misionero, porque, además de ser el medio necesario para disponer á los gentiles al santo bautismo, era el principal para formar poco á poco una cristiandad florida, conservarla y perfeccionarla. Verdad es que por sí solo no bastaba para tanto, y se practicaban también otros medios, como veremos, pero á todos ellos daba vigor y eficacia la continuación de la doctrina, y sin ella fuera poco menos que trabajar en vano con los indios. Porque era de tal calidad aquella gente, que no bastaba catequizarla una vez, instruirla ni enseñarla; era menester catequizar continuamente al catequizado, instruir al instruído, y enseñar, venciendo el tedio y fastidio, lo que mil veces se había enseñado.

Esta era la razón y motivo de observarse invariablemente en toda la misión un mismo orden de días de doctrina y un mismo método en su práctica. Miércoles, viernes y domingos eran los días señalados para la doctrina de los adultos, y fuera de estos días en que asistían también los párvulos, tenían éstos sus doctrina todos los demás días por mañana y tarde, como se dirá en el capítulo siguiente. En éste trataremos de la instrucción de los grandes.

El método que se observaba era el siguiente: los miércoles y viernes (que de los domingos, como días festivos, se hablará en otro lugar), tocaba el fiscal la campana, cuando empezaba á amanecer, llamando á la doctrina. Al primer golpe de ella estaba ya el misionero en la iglesia y se mantenía de rodillas en las gradas del presbiterio, si no le parecía más conveniente, como á las veces lo practicaba, el observar la modestia con que entraba la gente en la iglesia. Todos tomaban su agua bendita, se santiguaban, hacían genuflexión al altar mayor, y diciendo á media voz alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Virgen Señora nuestra, iban á sus respectivos asientos, donde puestos de rodillas se persignaban, hacían el acto de contrición, y después de una oración breve se sentaban. No se mezclaban hombres con mujeres en los asientos ó hileras: para aquéllos había escaños y bancos atravesados por los dos costados de la iglesia, con bastante vacio para dos órdenes de asientos bajos á la larga para los niños; y aun todavía quedaba capacidad para que pudiese andar por medio, ya arriba, ya abajo, el misionero con su cruz en la mano. Las mujeres tenían su lugar cerca de las gradas del presbiterio en unos pueblos: en otros, detrás de los asientos de los hombres.

Como los indios tardaban poco en vestirse y tenían sus habitaciones poco distantes de la iglesia, en menos de media hora del primer toque de la campana, estaba ya junta toda la gente en ella. Luego tomaba el misionero razón y cuenta de los que faltaban, porque aun en los más floridos pueblos no dejaba de haber tal cual menos aficionado á la doctrina, y que si podía excusar la asistencia no lo procurase, al modo que un muchacho de escuela que la frecuenta sin aplicación ni gusto, hace, si puede, sus hurtadillas. Pero la falta se descubría fácilmente, y sin perder

tiempo el misionero, no sólo por el orden de los asientos en que estaban repartidos, sino también por el cuidado y vigilancia de los fiscales, prácticos en conocer el indio que solía caer en esta falta. De cuando en cuando llamaba también el padre, especialmente si era nuevo en el pueblo, por la tabla ó lista á unos ó á otros sin orden de antigüedad, ni distinción de asientos, ya de un sexo, ya de otro; y esto bastaba para que estuviesen con cuidado, persuadidos que si faltaban serían descubiertos. Dejábase para después de la doctrina la averiguación de la causa por la cual se faltaba, y la corrección que correspondía si resultaba culpa, descuido ó pereza.

Antes de empezar las oraciones y el catecismo, prevenía el misionero en pocas palabras, que atendiesen todos y pusiesen cuidado al rezar, acordándoles el respeto y reverencia con que se había de hablar con Dios y con María Santísima, sin divertirse á otra cosa. Luego decía en lengua del inga ó en la propia de los indios. Alabemos, hijos, á Dios, dándole las primicias del día: recemos con devoción las oraciones acostumbradas, repitamos la doctrina cristiana, para aprenderla unos y para no olvidarla otros, pidiendo á Su Majestad, nos libre de caer en pecado y que nos asista con su gracia, para ir al cielo. Dicho esto, entonaba en alta voz, «Por la señal de la santa cruz..... y repitiendo todos por el mismo tono, cláusula por cláusula, decían el Por la Señal, Padrenuestro, Ave María, Credo, Salve, los Mandamientos de la Ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia y los Sacramentos, ó en lengua del inga, ó en la peculiar de la nación: y si eran varios, en la principal y más común según el padre juzgaba más conveniente, porque en todas las lenguas que eran muchas tenían los misioneros sus traducciones. Del mismo modo se repetía el resto de la doctrina respondiendo el pueblo á las preguntas del catecismo, que era un compendio claro, cabal y acomodado á los indios, de los puntos principales de nuestra santa fe y de la religión cristiana.

Aunque regularmente, comenzaba el misionero á entonar la doctrina por sí mismo, hacía proseguir frecuentemente á dos fiscales que, puestos en pie en medio de la iglesia, llevaban la voz, respondiendo todo el pueblo. A las veces mandaba el padre á dos hombres, que dejando sus asientos ocupasen el lugar de los fiscales, é hiciesen lo que ellos, llevando la voz en las oraciones y en el catecismo. Este medio, practicado sin orden de turno ó sucesión seguida de unos á otros, y al arbitrio del misionero, hacía más atentos y cuidadosos á los que podían ser nombrados, que eran todos, sin que los eximiese la edad, el sexo, la condición ó el empleo. No había ninguno á quien no causase sumo rubor y vergüenza el errar en alguna cosa, y aun le solía durar por muchos días la confusión y sonrojo de esta falta pública. En algunos pueblos, después de rezar las oraciones al modo dicho, se hacía la doctrina, diciendo las preguntas todos los de un lado, y dando las respuestas los del otro. Este método parecía tomado de los pueblos de otros indios del obispado, pero era de pocos de la misión.

Varios días interrumpía el misionero el catecismo y hacía pausa en alguna pregunta ó respuesta, v. gr., ¿Para qué crió Dios al hombre?, para conocerle, servirle y amarle, en esta vida y gozarle en la otra. Explicaba por partes la respuesta, y daba á entender el fin del hombre con símiles acomodados á la capacidad de los indios. Otras veces se detenía en las preguntas y respuestas del misterio de la Santísima Trinidad; otras en la de la Encarnación, Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Lo mismo hacía sobre las partes de la confesión, sobre la disposición para la sagrada Comunión, y sobre la real presencia de Jesucristo en el sacramento del altar, tocando ya un punto, ya otro, y así lograba ir explicando entre semana mucha parte del catecismo.

No correspondiera el aprovechamiento de los indios al trabajo, aplicación y tesón del más fervoroso misionero, si éste se contentara en hacer la doctrina al modo dicho. La imaginación del indio se divierte muy fácilmente, y para fijar la atención á lo mismo que oyen, necesitan de algún freno que le precise á violentarse. Conocieron los padres por la mucha práctica que el medio más eficaz de poner á los indios en cuidado era el temor de que se descubriese su descuido siendo examinados en público. Hacía el misionero este examen al fin de la doctrina con preguntas sueltas y salteadas, así con los hombres como con las mujeres. Los hombres se ponían en pie para dar la respuesta; las mujeres no se levantaban. pero se ponían de rodillas para responder, y así éstas como aquéllos se mantenían en aquella postura hasta que el misionero pasaba á otro ú otra, ó los mandaba sentar. Era tan eficaz este medio para tenerlos atentos, que sin más corrección que el rubor que les causaba el no acertar con la respuesta, trataban seriamente de aprenderla. Sucedía no pocas veces que haciendo el padre la misma pregunta, á que no respondía bien el adulto ó adulta, á un niño tierno ó niña de pocos años, daban puntualmente éste ó ésta la respuesta del catecismo. Hacíala repetir en voz más alta, le obedecía el niño con gracia, como que se complacía en ser oído de todos. Celebraba al párvulo el misionero, y con esto quedaba corregido el que no había sabido responder teniendo más edad y más obligación. Era cosa graciosa cómo, después de la doctrina, hacía allá en su casa el chico ó chica de maestro ó maestra con sus padres, hermanos mayores y parientes, y éstos de discípulos, no sólo con agrado, pero con provecho, quedando todos enseñados casi sin estudios.

Para dar fin á la doctrina hincábase el misionero de rodillas en las gradas del presbiterio, y haciendo lo mismo todos en sus puestos, empezaba en alta voz el acto de contrición, y respondía el pueblo cláusula por cláusula. Acabado éste, se seguía el Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Virgen Santísima, etc., que se cantaba en castellano, y á una voz, tan acordes todos, que era delicia oirlo. Acabado el canto, se ponían todos de pie á un tiempo. Los primeros que debían salir de la iglesia eran los cabildantes ó de justicia, que antes de apartarse de sus bancos decían ellos solos en alta voz el Alabado sea el Santísimo Sa-

cramento del Altar, y se iban siguiendo unos á otros, con el gobernador que era el último, haciendo su genuflexión al pasar por el altar mayor y tomando agua bendita antes de salir de la iglesia. Después del ayuntamiento, salían de la misma manera los varones del lado derecho, y á éstos seguían los del lado izquierdo. Las mujeres, entre tanto, se mantenían en pie y salían las últimas, primero las de una banda y después las de otra, cantando y haciendo lo mismo que los hombres.

El ejercicio de la doctrina no pasaba por lo común de tres cuartos de hora, ni podía detener más á los indios el misionero sin incomodarlos mucho, porque todos volvían á sus trabajos y necesitaban lograr lo más templado de la mañana en país tan ardiente, por lo que se procuraba que al salir el sol ó poco después volviesen á sus casas. El gobernador del pueblo con los alcaldes esperaba á la puerta de la iglesia al misionero, que salida la gente, les daba las órdenes del día, y el gobernador encargaba á los alcaldes que intimasen á las gentes lo dispuesto por el padre, que mandaba después al fiscal mayor que averiguase las causas ó motivos de las faltas á la doctrina y diese á su tiempo razón de lo averiguado.

Desembarazado el misionero de los adultos comenzaba la Misa á la que asistían los párvulos que quedaban en la iglesia. Muchos de los adultos asistían también los viernes por su devoción, especialmente desde que se entabló en los pueblos la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. En tiempo de Misa se tocaban en el coro los instrumentos de arpa y de violín, y los cantorcitos de que hablaremos á su tiempo, cantaban algunas coplitas de la Pasión de Jesucristo, de los dolores de María Santísima ó del Sagrado Corazón de Jesús. Al fin, se rezaban en propio idioma las oraciones de la buena muerte, ó las del Corazón de Jesús, repitiendo, por último, sus preces y concluyendo el misionero con la oración sabida. *Concede quaesumus Omnipotens Deus, ut qui in Sanctissimo dilecti Filii tui Corde gloriantes*, etc.

CAPITULO XV

DE LA DOCTRINA DE NIÑOS Y NIÑAS Y DE LA EXTRAORDINARIA Á LOS ADULTOS PARA RECIBIR LOS SACRAMENTOS.

Como los párvulos, fuera de los días que asistían á la doctrina con los adultos, debían tenerla también los demás días, mañana y tarde, es bien dar alguna particular razón del modo con que practicaban estas distribuciones. En la clase de párvulos de doctrina entraban todos los niños y niñas de seis años arriba, y no salían de ella hasta que se casasen. Tocábase, por la mañana, la campana como media hora más tarde que en los días de doctrina de los adultos. En lo demás, se observaba con proporción el mismo orden y método de entrar en la iglesia, de buscar sus

asientos y de averiguar las faltas. Sólo había la particularidad de hacer la doctrina por lo común el mismo misionero, por la experiencia de que su voz animaba más y excitaba más la atención en aquella tierna edad, que oían con más gusto, cariño y cuidado á quien hablaba con ternura de verdadero padre.

Rara vez se les dispensaba en la asistencia á la Misa, que se seguía siempre á la doctrina, y la oían todos de rodillas, repitiendo las oraciones acostumbradas y el catecismo. Su postura y exterior composición edificaba á los adultos. Se mantenían con los brazos cruzados al pecho, tan quietos y sosegados, que movían á devoción, y más de una vez á admiración á los pasajeros. Baste por todos la expresión del reverendo padre Manuel de los Santos, fundador y primer misionero del pueblo rayano de portugueses de San Xavier, de Yavarí, que habiendo subido al pueblo de San Joaquín de Omaguas, el año de 1752, observando la quietud y compostura con que oían Misa los niños, y reparando en la uniformidad y prontitud con que respondían todos á un tiempo sin discrepar uno de otro, exclamó admirado: «Aquí veo unos niños con apariencias de viejos juiciosos y les oigo responder á la doctrina como muy ancianos. Dichosas flores que se equivocan con frutos sazonados.»

Sin alguna exterior aplicación fuera difícil contener la inquietud y travesura de aquella edad, y siendo su genio, por lo común, inclinado á cantar y acomodarse fácilmente á soltar la voz, por el gusto de ser oídos, esto hizo que los misioneros tomasen el medio de hacerles repetir en tiempo de Misa las oraciones y el catecismo medio cantado. A los fiscalitos tocaba por su oficio llevar la voz, y por esto, ninguno era admitido al cargo que no supiese bien el catecismo entero por preguntas y respuestas. Sin embargo, solía también el misionero señalar á otros, sustituyendo ya unos ya otros sin orden de antigüedad ó sucesión, como se dijo en la doctrina de los adultos.

Al tiempo de llegar el padre al presbiterio para empezar su Misa entonaban los fiscales: *por la señal de la Santa Cruz*, ó en lengua del inga ó en la particular del pueblo, y proseguían hasta que se acababa la Misa. Desde el principio soltaban los niños la voz cuanto aguantaba su pecho, y guardaban el mismo tenor á que correspondían los demás, y siempre con igualdad. Al alzar la Hostia consagrada, decían todos á un tiempo y en el mismo tono, Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, que repetían también á la elevación del caliz. Como había bellísimos metales de voz, y como hasta crecer en edad la conservaban limpia y sonora, resonaba el eco por todo el pueblo, con no poco gusto de los que oían las alabanzas de Dios de la boca de tantos inocentes, como había en aquella clase de cantores, que eran ciertamente los más, por ser raros los que perdían la gracia del bautismo hasta muy adultos.

En los pueblos nuevos, se seguía á la doctrina y á la Misa otra nueva distribución que se mantenía también en algunos antiguos. Acabada la Misa se esparcían todos por la iglesia, distribuidos de diez á doce, por cen-

turia, guardando el orden de separarse los niños á un lado de la iglesia y las niñas al otro. En cada partida había uno como maestro, ó prefecto de los demás, al cual pertenecía el cuidado de que se ejecutase fielmente la práctica que se pretendía. Tenía este ejercicio alguna semejanza con el de las escuelas de doctrina de San Carlos Borromeo, y se lograba con él un fruto nada inferior al grande que produjeron aquéllos.

Distribuidos los niños por centurias, en cada una de ellas enseñaba uno á otro que se le encomendaba, de suerte que sentados de dos en dos, el que más sabía enseñaba al que sabía menos. En las partidas inferiores estaban los niños y niñas tiernas que empezaban á venir á la doctrina, y los párvulos de los gentiles recién venidos del monte. En esta clase se enseñaba á persignar y santiguar, el Padre Nuestro y el Ave María. En las partidas ó cuadrillas que se seguían, entraban los que habiendo tomado de memoria el Padre Nuestro y el Ave María, coreaban las demás oraciones que se rezaban en la doctrina común. En las otras que podemos llamar superiores, se enseñaban las preguntas y respuestas del catecismo por su orden, y las aprendían los más hábiles, en que se señalaban varios niños y niñas que sabían todo el catecismo por entero. Era de mucha estimación y crédito entre ellos subir á esta última clase.

Los fiscalitos, y especialmente el semanero, observaban con cuidado cómo se portaban en su ejercicio de aprender y de enseñar en las centurias, mientras el padre daba gracias, el cual, luego que acababa su ejercicio, iba dando vueltas por las centurias y examinaba por sí mismo á los que aprendían, deteniéndose ya en una, ya en otra, según le parecía, animando y enderezando á los maestros y discípulos. De cuando en cuando repartía algunos donecillos á los que se esmeraban en aprender y se distinguían en enseñar. Y era para los niños de singular aprecio cualquiera cosilla que se les diese por este motivo, y la miraban como premio que habían merecido. Vueltos á sus casas, hacían alta vanidad entre los suyos de haber sido distinguidos con el premio, y le guardaban, y mostraban como prueba y testimonio de su aprovechamiento en la doctrina cristiana. Más de dos horas duraba por lo común esta función diaria de la doctrina por la mañana; pero la variedad de sus distribuciones hacía menos pesada á los niños esta tarea, á que de suyo se inclinaban poco sin el atractivo de los premios, y sin la complacencia de ser aplaudidos. Al acabar la doctrina de la mañana se practicaba lo mismo que dijimos de los adultos.

Por la tarde volvía á tocar á la doctrina el mismo fiscalito que tocaba por la mañana, y duraba por lo menos otras dos horas, desde las cuatro hasta las seis. Dichas las oraciones y repetido el catecismo en la misma forma que se hacía por la mañana, había después un remedo de escuela común. Unos días enseñaba el misionero á contestar en castellano ó en lengua del inga, sirviendo esta diligencia para la explicación del número de los pecados en la confesión, y para entenderse con otras gentes en su corto comercio. Otros se destinaban para algunas coplitas de los

novísimos, de la Pasión del Señor y de los dolores de María Santísima, que se cantaban por su turno, y de esta manera las conservaban bien en la memoria. También se les sugerían algunas veces ciertas frases y modos de hablar más usuales en la lengua del inga, para que no les fuese tan extraña y pudiesen tratar con gentes de otras naciones en cosas necesarias.

Restan aún de insinuarse otras prácticas de doctrina no menos necesarias que las pasadas, aunque no tan comunes y generales. De cuando en cuando solían admitirse á la primera confesión á los niños y niñas, y había también algunos catecúmenos que bautizar ó solteros que casar. El misionero debía instruirlos á todos respectivamente. La instrucción de los niños que por obligación tocaba á sus padres, no se les podía fiar y dejarla á su cuidado, porque eran pocos los que podían hacerla á satisfacción, y ninguno se aplicaba á instruir á sus hijos. A esta causa, el misionero tomaba para esto dos, tres ó más semanas, y les hacía asistir cada día á ciertas horas á la iglesia, en donde les explicaba la necesidad de la confesión, la disposición que debía preceder, y las partes de que se compone este sacramento, haciéndoles ver el fruto que habían de sacar de la confesión. Asegurado ya el padre de que estaban ya bien instruídos, los disponía por sí mismo y confesaba por día uno de los que tenía prevenidos.

La instrucción y disposición de un gentil adulto para recibir el bautismo, era obra de muchos días y que pedía mucha paciencia y modo. No costaba por lo común, mucho el reducirlos á que pidiesen este sacramento, aunque se encontraba tal cual terco y obstinado, pero era muchísimo el trabajo que se experimentaba en disponerlos á satisfacción. Eran grandes las amarguras en que solía hallarse un misionero con un bárbaro moribundo, en quien no entraba la razón ni labraba la persuasión más viva y eficaz; nada movía el temor del infierno ó esperanza de la gloria, porque nada llegaba á entender ó concebir, sino lo que veía con sus mismos ojos. Este conocimiento práctico hacía tomar á los misioneros con tiempo y muy de atrás, el instruirlos y disponerlos. En los pueblos que se iban formando era mayor el afán y más pesado el trabajo, porque los no bautizados eran todos los adultos, y no sabiendo la lengua les era preciso valerse de intérpretes, que á las veces no eran fieles, y si lo eran, no acertaban á explicarse debidamente. Era necesario que un pobre misionero diese muchas vueltas y revueltas á una sola cláusula, y después de infinita molestia la dejaba el intérprete sin sentido.

Para habilitar, pues, el padre á los gentiles al bautismo, ó por sí mismo si sabía la lengua, ó por alguna instrucción que hubiese formado otro inteligente de ella, ó finalmente por medio de intérprete, distribuía los adultos en partidas de cuatro ó seis por turno, empezando siempre por los enfermos ó más ancianos. Todos los días gastaba largos ratos por la mañana ó por la tarde, si bien con la atención y cuidado de no molestarlos tanto, que cobrasen hastío ó se cansasen de la distribución. La tarea

penosa era necesariamente de semanas, aún para unos mismos, porque solo á fuerza de repetirles muchas veces y de proponerles los misterios en el modo más claro y perceptible, se conseguía el que aprendiesen las cosas, formasen concepto de ellas y quedasen instruídos á satisfacción. Esta diligencia era á prevención de poder bautizarlos con seguridad en el artículo de la muerte, y aun después de instruídos, era necesario renovar frecuentemente la instrucción para que no se olvidasen de ella.

A los que habían de casarse, aunque cristianos desde niños, era menester también, por lo menos era muy conveniente, prevenirlos con instrucción particular, la cual empezaba desde la primera amonestación. El misionero les explicaba á ciertas horas, mañana y tarde, el fin del sacramento del matrimonio y las obligaciones de los casados. Dispuestos ya, por lo que tocaba al sacramento, se añadía otra instrucción para confesarse, á fin de que recibiesen las gracias del sacramento precediendo la confesión.

Para cumplir con el precepto de la confesión y comunión anual no podía el misionero omitir la diligencia de instruirlos, y disponerlos con todo cuidado. Por concesión de los sumos pontífices se extendía á los indios el tiempo de satisfacer á este precepto, desde la dominica de Septuagésima hasta después del Corpus. Acordaba el padre en general á todos la obligación del precepto en las pláticas comunes, y algunas semanas antes repetía en los días de doctrina mucho de lo que había explicado entre año de la confesión. Pero no bastaba esto y era preciso desde la primera dominica de Cuaresma, empezar á disponerlos con una instrucción inmediata en la forma siguiente.

Todos los domingos nombraba el misionero los que debían confesarse en la semana siguiente, repartíalos en número de seis, ocho, ó más, si le parecía; y á toque de campana, concurrían para ser instruídos. En esta doctrina privada se les explicaba: 1.º La necesidad y modo de hacer el examen antes de llegar á confesarse; 2.º El dolor de atrición y contrición; 3.º El propósito de la enmienda; 4.º La confesión, su integridad y la satisfacción. Después de esta explicación bien repetida, hasta asegurarse el misionero que estaban ya bien enterados de las dichas cosas, hacía con ellos mismos, para empezar á confesarlos los actos de fe, esperanza y caridad, de dolor y de propósito, repitiéndolos varias veces. Luego iban llegando al confesonario, uno después de otro, sin atropellarse, ni mezclarse hombres con mujeres. Esta era la carga indispensable de los misioneros con los pobres indios, siempre que habían de cumplir con el precepto de la confesión. Es verdad que se hallaban algunos, en particular de los que habían criado los padres en su casa desde niños, que no necesitaban de tan prolijas instrucciones, y no faltaba tal cual que se explicaba en la confesión con tal precisión, claridad y entereza, que causaba admiración á los directores mismos.

CAPITULO XVI

DE LOS SACRISTANES, SU NOMBRAMIENTO Y OBLIGACIONES

El cuidado de la iglesia y de las alhajas y de los ornamentos sagrados, era uno de los más principales que se tenían en los pueblos de la misión. En los curatos de indios del obispado, fuera de las montañas del Marañón, suele haber por lo común un español ó mestizo con nombre de mayordomo ó síndico de la iglesia, á quien pertenece el cuidado de todo lo tocante á la iglesia, y los señores obispos ó sus visitadores en las visitas le toman cuentas y él es responsable á cualquiera cargo legítimo que le hagan. Pero en las misiones de Mainas, en que por ley asentada de la Recopilación de Indias y por repetidas ordenanzas de los gobernadores no podía establecerse español alguno ni mestizo viviendo como vecino del pueblo, ni pudo seguirse aquella práctica, y fué necesario que se encargase el misionero de este cuidado, y no pudiendo atender á todo por sí solo, tenía otros como ministros de la iglesia que le ayudaban con el nombre y oficio de sacristanes.

Su nombramiento le tocaba al padre, que podía mudarlos cuando no cumplían con su obligación, ó cuando por su proceder descuidado desmerecían la estimación y distinción de que gozaban en los pueblos como sirvientes inmediatos al altar. Tenían en la iglesia por su oficio lugar destinado para sentarse en dos escaños á uno y otro lado del altar mayor para estar más prontos á lo que se ofrecía en el altar. Solían gozar la exención del mytayazgo, y no podían los de justicia precisarlos á viaje alguno si ellos por sí mismos y con consentimiento del padre, no se ofrecían á él. Aun á las obras comunes, como de hacer canoas, siembras del común, iglesia, casa de ayuntamiento ó del misionero, no podía ser obligado el sacristán de semana, por ser precisa su asistencia en la iglesia por la mañana, y porque á la tarde podía ofrecerse otra cosa del oficio, como hacer hostias, formar velas ó ayudar y acompañar al misionero en la administración de sacramentos. Concedíaseles una corta exención ó privilegio, que aprobaban los gobernadores, en recompensa del trabajo de su oficio, que no tenía otra gratificación ó correspondencia.

El número de los sacristanes no era igual en todos los pueblos; en los más cortos eran tres, en otros cinco, y en tal cual, por mayor concurrencia de sacerdotes, como en San Joaquín y en la Laguna, llegaban hasta siete. En cada pueblo, había un sacristán mayor, que era como superior de los demás en cuanto al servicio de la iglesia. A éste tocaba señalar por turno á los demás semaneros, avisarlos cómo y cuándo habían de adornar la iglesia, componer el altar para alguna fiesta, cuidar del cajoncito de los santos óleos y conservar siempre agua bendita en alguna tinaja para el uso de la gente. El oficio de sacristán mayor, solía ser como vitalicio, y

sólo se daba á quien por su antigüedad, conocida aptitud, diligencia y cuidado se hacía digno de suceder al que había muerto ó se había inhabilitado por enfermedad. Los demás entraban en estos oficios, escogidos por el misionero, entre los que habían sido criados desde niños en su casa y se habían ido instruyendo como ayudantes de sacristanes.

Todos los sábados después de la Misa de Nuestra Señora, sacudían el polvo de las paredes de la iglesia, limpiaban los retablos y recorrían los altares con plumeros que tenían prevenidos para este efecto. Cuidaban que las mujeres señaladas de los fiscales, regasen y barriesen con decencia y con compostura la iglesia y sacristía sin permitirles hablar en voz alta ó descomponerse de modo alguno dentro de la iglesia, y á dos ó tres de ellas mandaba el sacristán mayor que limpiasen y llenasen de nuevo la tinaja de agua que había de bendecir al día siguiente el misionero antes de Misa. Después hacían traer flores y armaban ramilletes vistosos, que puestos en jarras destinadas á esto, adornaban y hermoseaban el altar de Nuestra Señora para la Salve y rosario á que concurría toda la gente del pueblo al ponerse el sol.

Los domingos hacían otro tanto con el altar mayor, antes que entrase la gente en la iglesia y ponían sus ramilletes y jarrillas en el nicho del patrón y sobre el altar. Antes de salir el misionero de la sacristía para decir Misa, le ponían delante la tinaja de agua para bendecirla y hecho esto, llenaban las piletas de la iglesia y daban de la misma, á los que la pedían para llevar á sus casas. En todo día de fiesta, daba el sacristán mayor la paz á los de justicia, que besaban el portapaz uno después de otro, y si se hallaba presente algún sacerdote, tomaba otro sacristán una patena con un velo, y llegando á donde estaba el sacerdote, la descubría para que la besase, haciéndole al acercarse y al apartarse una reverencia.

El domingo, después de Misa, señalaba el sacristán mayor al que tocaba asistir en aquella semana. Estaba á cargo de éste, sacar las llaves de la iglesia y sacristía del aposento del padre misionero, abrir las puertas de la iglesia, tocar la campana á la doctrina y volver á llevarlas al mismo sitio después de Misa. Prevenía en la sacristía el ornamento que correspondía al día con lo demás necesario para la Misa; la servía por sí mismo y si ayudaba algún niño de los que vivían en la casa del padre, debía estar cerca del altar para observar si faltaba en algo, ó si se ofrecía alguna cosa. Limpiaba y aderezaba la lámpara del Santísimo, en los pueblos donde estaba depositado, que solían ser los más formados. A cualquiera hora del día ó de la noche, en que oyese la señal de la campana para administrar los sacramentos, acudía prontamente á la casa del padre, y tomando las llaves de la iglesia prevenía todo lo necesario, para su administración.

Si había de administrar el Santo Viático, llevaba á la casa misma del enfermo, el adorno necesario para una mesita limpia y aseada que ya los fiscales tenían prevenida, después de barrida y compuesta del mejor

modo la casa del enfermo. Acomodado todo lo que pertenecía á la decencia del sitio en donde se había de administrar el Sacramento, volvía el sacristán á la iglesia y entregaba las varas del palio á los indios más respetables del pueblo, daba el guión al gobernador ó en su falta á algunos de los alcaldes ó capitanes, y repartía entre los niños vestidos de sotanillas y roquetillos, faroles, incensarios, naveta, cruz y manual. Estando ya todo al orden hacía señal con una campanilla y empezaban todos á encender las velas, que se les habían dado. De esta manera acompañaban todos al Señor, sirviendo el sacristán al sacerdote con la mayor puntualidad, hasta que vueltos á la iglesia y reservado el Santísimo, volvía á reponer en sus respectivos cajones lo que había sacado de ellos, para la decente administración del Viático.

En la administración de la Santa Unción, repartía también entre los niños las cosas necesarias, y tomando él en un cajoncito los Santos Oleos con un platillo, en el que llevaba algodón escarmenado para secar las unciones, acompañaba de cerca al sacerdote para servirle en la administración. Desde que se daba al enfermo este último Sacramento, se dejaba un Santo Cristo puesto al lado de la cama, y le visitaban frecuentemente el sacristán y los fiscales, que avisaban al padre siempre que había novedad, aún en aquellos ratos en que se retiraba á descansar, ó á cualquiera otra cosa ó ministerio; y cuando se le decía la recomendación del alma, asistía el sacristán al lado del sacerdote respondiendo á todo.

Todos los pueblos estaban surtidos de hierros é instrumentos para hacer hostias, y los sacristanes nuevos aprendían de los antiguos á formarlas. Era bien necesario hacerlas á menudo, porque la humedad y calor del país, no daban lugar á que durasen mucho tiempo sin corromperse. Al sacristán semanero pertenecía el hacerlas, y para cada vez se le daba de casa del misionero la harina correspondiente. Por no hallarse este género en Mainas, era preciso que viniese de Quito, de donde la enviaba florida, el procurador de la misión. Dirigía para cada misionero seis ú ocho libras en un saquillo bien tupido, pero en llegando dicha cantidad al pueblo, era necesario secarla al sol, y segunda vez cernida, guardarla en frascos ó cantaritos de barro con tapas bien ajustadas y cerradas por los cantos de las cubiertas, con cera negra. En medio de esto, eran tan hábiles y diestros los sacristanes en hacer las hostias con solo lo preciso, que con esta corta cantidad había lo bastante para todo el año y se lograban hostias de tal blancura, que sólo se deseaba saber el secreto de las hostias de los portugueses, más duraderas para excusar el hacerlas tan á menudo. Pero por más diligencias que se hicieron, jamás se pudo descubrir de los portugueses el secreto de la poco menos que incorruptibilidad de sus hostias. En todo el estado del país no gastan otras que las que llevan de Lisboa, en donde las hacen ciertas monjas y no llegan más de una vez al año en que se conservan frescas y sin el menor asomo de corrupción. Algunas pasaron por mucho favor á la misión de Mainas y

se observó que en un bote de hoja de lata se conservaron por más de un año como recién hechas.

Entre los varios efectos de que abundaban los bosques del Marañón, el más aprovechado (como dijimos en otro lugar), es el de la cera blanca, que se halla más ó menos en los montes, islas, ríos y quebradas. La calidad es diversa así en el color como en la mayor ó menor blancura. En algunos sitios labran las abejas cera tan blanca, que á poco beneficio que se la haga, no cede en nada á la cera veneciana más rica. En otros es enteramente amarilla, y en otros sale entre amarilla y blanca, pero todas se blanqueaban cuando se quería hacer la diligencia. Hubiera sido muy apreciable el modo de poder darla alguna dureza, pero siendo sumamente blanda, ni aun sacada á temples fríos llegaba á tener la consistencia de la de Europa, si bien mezclada con ésta quedaba en un mediano temple. Sin embargo de tanta blandura, se usaba de esta cera en toda la misión, y los indios sacristanes, habían aprendido de algunos misioneros curiosos á labrarla, y hacían de ellas velas tan iguales, pulidas y bruñidas, como las pudiera hacer el más hábil y práctico cerero de Europa.

En el año de 1751, D. Manuel Acosta, fidalgo portugués, con ocasión de haberse acercado á la embocadura del río Napo en busca de algunos efectos de aquellas montañas, quiso tener la semana santa en uno de los pueblos de la misión. Asistió á todas las funciones en San Joaquín de Omaguas con la mayor devoción, piedad y ejemplo. Parecióle al misionero cortejar á tan piadoso caballero, poniéndole al pecho la llave del depósito del jueves santo como se usa en España. Quiso el fidalgo corresponder con generosidad y galantería de genio portugués haciendo á la iglesia un regalo de valor de algunos pesos. Desechóle con cortesía, pero con eficacia, el padre misionero, representándole el riesgo y peligro de alguna calumnia contra la misión si quedase en ella alguna prenda que pudiese tener alguna apariencia de comercio. Hízose cargo de la razón el caballero, y dándose por convencido, hizo sacar de su barco media docena de velas de á libra de cera de Venecia y mandó que se entregasen al sacristán mayor, para que luego al punto las pusiese en el altar mayor de San Joaquín, diciendo que era devoción suya que ardiesen delante de la estatua del Santo Patrón del pueblo, y que como á católico, y en país de católicos, le era libre el uso de su devoción.

Con esta ocasión, preguntó de dónde era la cera que había visto arder en la semana santa, y en dónde habían sido labradas las velas. Respondiéronle, que la cera era del país y que las velas, las hacían los sacristanes del pueblo. Dificultaba en creerlo, hasta que poniéndole delante algunos cabos, los tomó en las manos y palpó la blandura de la cera. Admiróse de ver de tan blando y tierno material unas velas tan iguales, tan tersas y tan bruñidas, y pidió un par de las menos gastadas para mostrarlas en las misiones de Portugal y en el gran Pará en prueba de la curiosidad y habilidad de los indios. Discúlpese esta digresión, como indicio

de la destreza de los sacristanes y por la memoria de un caballero devoto y bizarro, que después de algunos años en que mostró esta su piedad y generosidad en las misiones, tomó la sotana de la Compañía de Jesús en la vice provincia del Pará, y en la tragedia de la Compañía en Portugal, tuvo la suerte envidiable de quedar con otros en las cárceles de Lisboa.

A otras muchas cosas se extendía el cuidado de los sacristanes, y debía estar muy advertido el misionero, para que no se descuidasen, si no quería que se pudriesen los ornamentos, se desmejorase la ropa blanca y las alhajas de plata se tomasen, obscureciesen y desgastasen. La humedad del país era suma y solían criarse entre las telas algunos animalillos que las roían y maltrataban fuera de la misma humedad, que todo lo consumía si no se prevenía el daño. El mayor y más común enemigo era una hormiguilla llamada comejen, de tan extraño corte, que en una noche sola acababa de maltratar, si se introducía, cuanto encontraba en un cajón, y de la noche á la mañana dejaba un recado de decir Misa sin que pudiese servir, todo horadado y hecho enteramente un arnero. Para precaver estos daños y conservar los ornamentos, no bastaba tener los cajones muy ajustados; era indispensable otra providencia. De tiempo en tiempo, en que no había regla general por ser los países más húmedos que otros y por criarse más insectos donde el aire era más craso, más húmedo y más caluroso, en un día sereno se ponían los ornamentos al aire con sogas prendidas de canto á canto, pero á la sombra y por solo tres ó cuatro horas, cuidando los sacristanes que no les tocase el sol, que acabaría presto con ellos. Por el contrario, la ropa blanca de los altares, las albas, amitos, sobrepellices y roquetillos se debían poner al sol por un par de horas. Fuera de esto, los cajones donde se guardaba la ropa se limpiaban de todo polvo y tamo, y si habían cogido algún mal olor, se perfumaban con copa de incienso y se dejaban refrescar por algún tiempo sobre las mesas de los altares ó sobre los asientos de la iglesia. Hecha esta diligencia, cuidaba el sacristán mayor de que á su presencia se doblase todo con limpieza y con aseo, y de que se ajustase muy bien en los cajones respectivos.

La plata labrada perdía también fácilmente su brillo, si no se tenía un prolijo cuidado en conservarla. El medio que se experimentó más oportuno era mantener cada pieza en su saquillo de lienzo de algodón, hecha á su figura, del cual se sacaba cuando había de servir para alguna fiesta. Para limpiarla, blanquearla y bruñirla se observaba el método de que usan los plateros de Quito, el cual aprendieron los indios y le practicaban con esmero los sacristanes. No fiaba enteramente el misionero á los indios estas economías para la conservación de las cosas de la iglesia; antes observaba hallándose presente á todo, cómo las practicaban, y les enmendaba si en algo faltaban, y se lo agradecían cuando lo hacían bien. Por falta de esta presencia del padre, se vieron en algún otro pueblo daños bien considerables.

CAPITULO XVII

DE LOS CANTORES, MÚSICOS Y TAÑEDORES DE INSTRUMENTOS

Siendo la verdad una parte tan esencial de la Historia, en esta materia del establecimiento de la música en las misiones es preciso confesar que no se puede disculpar enteramente el descuido de algún misionero, así en introducirla como en llevarla adelante, tanto por lo respectivo á los instrumentos, cuanto por lo que pertenece al canto. Pero tampoco se debe pasar por la censura de algunos que, sin haber pisado los umbrales de la misión, y lo que más es, sin tener á lo que parece noticias de lo que se ha practicado en ella sobre el asunto, se han desahogado en expresiones de poco aprecio contra los misioneros, tomándose la licencia de atribuir el poco adelantamiento de la música en la misión á la vida holgazana y afrentosa ociosidad de los padres. Una y otra cosa se conocerá claramente de lo que diremos en este capítulo, en que daremos una noticia real y verdadera de lo que sucedió en esta materia, y se verá claramente que ni son enteramente disculpables algunos misioneros que descuidaron de la música por motivos á su parecer honestos, ni dejaron otros de introducirla, promoverla y adelantarla con singular empeño.

La razón de la disculpa de algunos misioneros se fundaba en tres causas: 1.ª, la imposibilidad moral que alegaban de introducir la policía de la música en los genios bárbaros de aquellas gentes que les habían tocado en suerte, porque su rusticidad cerraba la puerta á todas estas civilidades y pulideces, y no era poco sacar de ellas el que aprendiesen el catecismo, cuyo estudio era más necesario y aun indispensable. Y en buena razón se debía preferir lo necesario á lo que solamente sería útil á los pueblos, cuyos indios, por su mucha cortedad, no podían abarcar las dos cosas; 2.ª, la distancia y desvío de los países de las ciudades de españoles, por lo cual se hacía mucho más difícil que en otras misiones introducir quienes enseñasen á cantar ó á tocar instrumentos á los indios; 3.ª, las precisas ocupaciones de más importancia que debían llevar la atención de un misionero, sin divertirse á estos establecimientos, que, aunque loables, no eran ciertamente necesarios para lo substancial de un misionero. Y esta razón la tenían, por tanto, más fuerte cuanto era cierto y evidente que lo que sería pura diversión entre gente menos rústica ó más despejada, debía ser estudio muy tirado y de mucho tiempo con los indios del Marañón. Aunque no parecen mal fundadas las referidas razones, pero las pruebas más fuertes y convincentes contra la fuerza de ellas, y contra una plena disculpa, son las pruebas de hecho de otros misioneros, de las cuales propondremos algunas.

El P. Bernardo Zurmillén, siendo misionero del pueblo de la Laguna,

habilitó á ocho ó diez muchachos para cantar Misas de cantos tan armoniosos y bien ordenados, que á juicio de algunos padres acostumbrados á oir en Europa Misas de buenos conciertos, no tenían en qué ceder á los más armoniosos y arreglados de una capilla de música completa. Mantuvo aquel misionero la música mientras lo fué de aquel pueblo y la fomentó siendo superior de las misiones. Faltando los cantores después de su muerte, los misioneros que le sucedieron ó no supieron sustituir otros cantores ó dejándose llevar del modo de pensar arriba insinuado, descuidaron mucho tan loable práctica. Sin embargo de esto, en el tiempo del arresto de los misioneros se conservaban en la Laguna cantores que, á tres voces, entonaban con armonia, orden y buen gusto todo lo tocante á una Misa bien arreglada, señalándose entre todos un primoroso contrapunto por su elevación y dulzura, que seguían dos tiples de niños muy agradables, á quienes daban mayor gracia tenor y bajo de cuatro indios bien acordes. Estos mismos cantaban con suavidad, dulzura y consonancia la Salve y Letanías, según el método del P. Zurmillén.

En la reducción de Santo Tomás de Andoas, había todavía vestigios y reliquias de la celosa industria del P. Wenceslao Brayer, que enseñó á cantar la Misa á media docena de niños, hizo aprender á tocar el arpa en Quito á un mozo Andoa, costeándole todo lo necesario desde la misión, enseñó por sí mismo á tocar el violín, en que era eminente, á varios indiecitos y de esta manera, mantuvo un coro muy lucido durante su residencia en aquel pueblo, que tuvo la desgracia de otros, porque aflojando los sucesores en este cuidado, se fué casi olvidando la práctica, que había costado tanta aplicación y trabajo.

En el pueblo de los Yurimaguas, se introdujo desde Lamas el canto en que son singulares los mestizos de esta ciudad, así por el metal celebrado de sus voces, como por la aplicación y afición á cantar, que sin entender de notas, aprenden al oído cuanto quieren. Algunos misioneros hicieron pasar desde Lamas, varios de los más diestros en cantar la Misa, y entregándoles algunos niños para la enseñanza, lograron en varios tiempos cantores bien hábiles. En los últimos años, hacía de maestro de música un indio, capitán de los Azuares, que enseñado á leer y escribir por el P. Alvelda, tomó á su cargo, imponer en el canto á varios niños, que salieron insignes en el arte, y hubiera adelantado mucho más la música en el pueblo, si el último misionero, Leonardo Deubler, operario de mucha autoridad y de casi cuarenta años de ministerio, no hubiese sido de parecer que no convenía molestar á los indios, como él decía, por estos accidentes.

En la reducción de los Xeveros, introdujo el P. Francisco Xavier Zefiris, un coro de clarines, cornetines y flautas, y enseñó á 12 muchachos escogidos y de buenas voces, á cantar la Misa á dos coros, y repartiendo los instrumentos por uno y otro, logró que se estableciese una Misa cantada, aplaudida y celebrada de cuantos la oían, por no esperada y por el singular acompañamiento y nueva armonía, pero solemne devota y agra-

dable. La aplicación y genio curioso de este misionero, logró también extender por toda la misión, una obra devota y llena de afectos de piedad, que compuso en diversos metros en lengua del inga. La obra era singular en su idea, cabal en su línea y de un estilo natural y expresivo. En varios metros acomodados á la materia, explicaba la confesión con sus partes, la disposición para comulgar, los afectos para la acción de gracias; en otras poesías declaraba los novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria. Eran sobremanera devotas las del Santísimo Sacramento, las de la Pasión del Señor, las de la devoción á María Santísima y las de las penas del purgatorio. De esta manera con la dulzura del metro, y con la armonía del canto, se aprendían insensiblemente las verdades esenciales de nuestra santa fé y se promovían las devociones más propias de ella. En el pueblo de los Xeveros, se cantaban todas en sus diversos tonos, al cabo de una semana, proporcionando los instrumentos y distribuyéndolas por los días de la semana. En el domingo, se cantaban las poesías de la gloria; lunes, las del purgatorio; martes y miércoles, las de los novísimos; jueves, las del Sacramento; viernes, las de la Pasión y el sábado, las de la Virgen Santísima.

Parecióle al superior de las misiones, que lo era entonces el P. Carlos Brentano, trasladar al P. Zefiris á la reducción de San Regis para que introdujese en los Yameos el uso de la música y del canto que había introducido en los Xeveros. Logróse el fin que se pretendía, porque llevando el padre consigo cuatro indiecitos de los suyos, dos tañidores y dos cantores enseñó con ellos á los Yameitos de San Regis, los cuales entraron prontamente en el manejo de los instrumentos y aún con mayor facilidad en el canto, á que tiene singular disposición la juventud de esta nación cuyas voces son generalmente buenas y algunas de metal muy sobresaliente. Ideaba ya el mismo P. Zefiris comunicar á otros el mismo beneficio, y el superior le animaba á la ejecución, cuando al año y medio los dos fueron mandados salir á la provincia, el superior para secretario del provincial y el P. Zefiris para rector y maestro de novicios. El nuevo superior de la misión no entendía de estos establecimientos de música que tenía por excusada, y el misionero que sucedió en San Regis, recientemente llegado de Quito, de natural tímido y de genio abstraido de las gentes, se negó á la comunicación franca con los indios y no pensó más que en atender á las precisas y substanciales distribuciones de su ministerio. Sin embargo de esto, volvieron otros sucesores á tomar con empeño la idea del P. Zefiris, y por su aplicación volvió después de algunos años á revivir la música, que se comunicó á los pueblos de San Joaquín de Omaguas, de Napeanos, y á otras varias reducciones, que mantuvieron singularmente las canciones de lengua inga por todos los días de la semana.

En San Joaquín de Omaguas empezó á florecer la música desde los años de 1723, en que tomó mejor forma el pueblo con la mudanza que de él se hizo al sitio donde existía el año del arresto. Su primer misionero

el P. Zurmillén, empezó desde luego á enseñar á algunos jóvenes la célebre Misa cantada, que había establecido en el pueblo de la Laguna, y tuvo la fortuna de que sus sucesores no se descuidasen en los años siguientes de llevar adelante tan lindo establecimiento para atraer á las gentes. Baste para prueba, que los Yameos, poco antes pacificados por los contornos del pueblo, salían á bandadas de sus bosques, por sólo oir cantar á los chicos Omaguas en la iglesia, y después de fundados sus pueblos, repetían viajes á San Joaquín, así hombres como mujeres, por el gusto que hallaban en el canto. Hubo también un indio Omagua á quien los misioneros hicieron aprender en Quito á tocar el arpa, que con un rabelista enseñado por el P. Brayer acompañaba el canto con gracia, realce y consonancia.

Pero una peste de sarampión, que por los años de 1749 hizo grande estrago en este pueblo, reduciéndole á la mitad de la gente, acabó con los mejores cantores y con los que sabían tocar varios instrumentos. Sólo quedaron vivos tres que mantenían el estilo de la Misa cantada, y un violinista que, aunque tocaba con aire y con destreza, no servía de mucho para la Misa, á cuyo canto no se acomodaba bien la calidad del instrumento, y sólo se servía de él para que acompañase en el canto de las coplas de la lengua inga. Era misionero del pueblo de San Joaquín, en el tiempo de tanto estrago, el P. Martín Iriarte que como aficionado á la música, inteligente en ella y como quien conocía bien por la mucha práctica cuánto conducía su uso para atraer á los gentiles y para confirmar á los recién sacados del monte, tuvo mucho sentimiento por la falta de sus cantores y tañedores de instrumentos. No pudo remediar el daño tan presto como quisiera, porque en la ausencia que habían hecho los indios de algunos pocos meses, á causa de la peste, habían quedado las casas casi del todo arruinadas, y le fué preciso aplicarse á formar de nuevo el pueblo, como lo hizo, tirando las casas á cordel, y sacándole con tan buen aire y tan buena planta, que mereció los aplausos, y aun se llevaba la admiración de los que le vieron. Había también el viento derribado la iglesia antigua bien ordinaria y algo estrecha, y logró en esta misma ocasión hacer de tapias otra lucida y hermosa, que era sin competencia la mejor de toda la misión de Mainas.

La nueva iglesia pedía nuevos cantores y desembarazado el padre de tantas tareas, tomó con singular empeño la ocupación de imponer en la música á algunos jóvenes. La aplicación fué continua por más de dos años, en que con la ayuda de un mocito español de la ciudad de Lamas de bellísima voz, y muy diestro en cantar Misas, unas en tono más solemne que otras, enseñó á los niños y mozos Omaguas á cantar con aire, dulzura y gracia cuanto se podía desear, así en la iglesia como en procesiones y viáticos. Sólo faltaba el acompañamiento de buenos instrumentos, porque los clarines y cornetillas que habían aprendido ya los Omaguas, no eran del gusto ni agradaban al oído delicado del misionero, el cual, pasando después al pueblo de la Laguna por superior de las misiones, lo-

gró el introducir arpas y violines que decían mejor con el canto, y eran más dulces y agradables á cuantos asistían á las funciones de iglesia.

Fué de mucha importancia haber enseñado el P. Martín Iriarte á los Omaguas á leer y escribir, para la inteligencia precisa de notas y del tiempo de la música, y para aprender á tocar y cantar por punto en papeles que se les diesen, porque con esta inteligencia y su mucha aplicación aprendieron en poco tiempo dos mocitos Omaguas, enviados á Lima, á tocar con habilidad y destreza, arpa y violín, de manera que igualaban á sus mismos maestros, concediéndoles éstos más aire, gracia y pulidez en el manejo de los instrumentos y no menor inteligencia en tocarlos. Perfeccionados ya en el ejercicio de tocar arpa y violín, volvieron de Lima á los dos años y medio á su patria de San Joaquín, y empezaron á servir con admiración y aplauso de sus paisanos en la iglesia. El genio alegre, jovial, y naturalmente inclinado á oir instrumentos de la nación, recibió con mucho gusto á sus naturales, dándose los parabienes de tener ya en su pueblo gentes de su mismo gremio proporcionadas para tocar instrumentos correspondientes al hermoso templo, y quisieron tener el gusto, tan natural á su genio, de oirlos tocar á todas horas; pero no permitiendo el misionero que tocasen (sino rarísima vez por particular favor y gracia) fuera de la iglesia ó en pieza señalada en casa del mismo padre, que servía para escuela de música, los mismos padres y madres á porfía llevaban al misionero sus hijos, que se aficionaban é inclinaban á la música, queriendo aprender el canto y á tocar los instrumentos.

No perdió esta ocasión tan oportuna el misionero, que residía á la sazón en San Joaquín, que era el P. Manuel Uriarte. Este misionero, que por su ardiente celo de las almas, por el amor de la misión y por el deseo de su mayor lustre, se aplicó tanto en todas partes á los ministerios de un varón apostólico, como vimos en los libros antecedentes, no tuvo por ajena, antes juzgó por muy propia de su ministerio la ejecución de un medio tan proporcionado para los progresos de la misión. Promovió eficazmente en este pueblo, como cabeza de la misión baja, los ejercicios de la música, animando continuamente á los niños y atendiendo con la mayor vigilancia á que se hiciese bien la escuela, y á que se formasen y adelantasen en la música, tanto los niños de su pueblo, como varios otros que le enviaban de Pevas, de Napeanos y de San Regis, para aprender de los Omaguas. Cuidaba con mucho esmero de todos estos niños escolares, y los sustentaba y proveía de todo lo necesario, como si fuese un seminario puesto á su cargo y dirección. De manera que al celo, vigilancia y aplicación de este misionero, y sobre todo al talento singular y bellísimo de que le dotó el cielo en criar niños, y manejarlos con suavidad y dulzura, se debió en la mayor parte que volviesen muchos niños habilitados á sus pueblos, y que se extendiese la música y se pusiesen instrumentos en muchas reducciones, dejando en los Omaguas buen número de cantores, cuatro violinistas y dos que tocaban el arpa, todos escogidos, cuando fué mandado pasar al Nanai á la conquista de los Iquitos.

Con esta ocasión se perfeccionó la música del pueblo de San Regis, que, con la falta y mudanza del P. Zefiris había casi caído, y el P. Jaime de Torres la hizo revivir con el socorro de los niños amaestrados entre los Omaguas; pero la adelantó mucho más el P. Xavier Veigel, que con su industria logró cantores excelentes, y teniendo también arpa y violín en los seminaristas de Omaguas, no le faltaba nada para un coro lleno y completo. El clérigo que sucedió á los misioneros en este pueblo, decía no haber pensado jamás hallar niños ni mozos tan hábiles y diestros en la música.

En San Pablo de Yameos, Napeanos, dejó su primer misionero y fundador Vahamonde, enseñados por sí mismo, y por medio de un mozo español, varios mocitos que cantaban muy decentemente la Misa. Adelantáronlos después otros sucesores, y en el tiempo del arresto había ya en el pueblo arpa y violín para el acompañamiento del coro. Lo mismo hallaron los señores clérigos en San Xavier de Urarinas, en donde se cantaba con instrumentos la Misa con arreglo, solemnidad y decoro.

No se puede negar que en San Ignacio de Pevas se tardó en introducir la práctica de la música, no tanto por descuido ó falta de aplicación en los misioneros, como por la dificultad que siempre se experimentó de entablar allí otras prácticas comunes de la misión, á que resistía el orgullo, barbarie y falta de sujeción de aquellas gentes indómitas, la cual echó el sello á su ferocidad con la muerte cruel y bárbara de su angelical misionero, P. José Casado, como vimos en el Lib. X, Cap. I. Sin embargo de este atentado, domesticadas al fin aquellas fieras y reducidas á alguna sujeción por el celo, paciencia y experiencia del P. Vahamonde, entraron también en la policía de la música, y en el año 1768 se hallaban ya en el pueblo buenos cantores y tocadores de arpa y violín para las funciones de iglesia.

Pero lo más es, que en los grandes contratiempos que padeció la misión de Napo, como hemos visto en la historia, supieron hallar tiempo y tuvieron modo los misioneros de entablar Misas cantadas los domingos y fiestas, y de cantar salves y letanías en los sábados, y de entonar en algunos días de la semana las coplitas de la lengua inga, recibidas en las demás partes de la misión. En el Nombre del Jesús tuvieron un buen arpista venido de Quito, para enseñar á los jóvenes que se fueren efectivamente aficionando y disponiendo para la música. Pero el rigor de aquel temple que probó siempre muy mal á los forasteros, le ocasionó unas calenturas pestilentes que al fin le quitaron la vida.

Por lo dicho hasta aquí en todo este capítulo, se deja entender bien claramente lo que insinuamos al principio, que no es enteramente disculpable la falta de aplicación de algunos misioneros en procurar introducir ó llevar adelante el establecimiento del canto y de la música en los pueblos, y que no se debe pasar por la injusta nota ó censura de los que han querido tratar á los misioneros de universalmente flojos y descuidados en esta materia, y mucho menos de los que se atrevieron á pronun-

ciar que estaban ociosos ó eran unos holgazanes, por no haber introducido la música en las reducciones. La prueba de uno y otro es convincente, y de hecho incontestable. Misioneros hubo en todos tiempos, y los había en el tiempo del arresto, que supieron vencer las dificultades con que querían algunos disculparse: y las vivas diligencias que practicaron para introducir la policía de la música en la mayor parte de la misión, como lo consiguieron, hicieron ver que no era imposible este establecimiento. El celo y aplicación de aquellos que no miraban la música como tan necesaria á su ministerio, y su laboriosidad en la instrucción de los indios, y en que se zanjasen bien las demás prácticas indispensables, descubren con evidencia la sinrazón y mucha libertad en el hablar de algunos que vivieron lejos del Marañón.

CAPITULO XVIII

DEL CULTO DIVINO Y DE LA SANTIFICACIÓN DE LAS FIESTAS

Años há que se tiene por bien averiguado que las más de las naciones bárbaras que se descubrieron en nuestras misiones de la América, no daban culto á deidad alguna, ni al demonio como tal, aunque no se puede negar que le tenían algunas. De las naciones que cultivaban los misioneros Mainas, era persuasión común de los misioneros, que no había una siquiera que diese culto semejante antes de su reducción, ni aquella tal cual honra que se descubrió dar algunos á la luna como madre, según se figuraban, tenía apariencias de culto. De aquí nació la novedad y extrañeza que les causaba al oir que debían adorar á un Dios verdadero, y hubo de vencerse no la oposición, sino la novedad y extrañeza, haciéndoles concebir alguna idea de la Majestad Divina, parte por razones convincentes y motivos de credibilidad, propuestos en una manera acomodada á su corto modo de entender, y parte por objetos visibles y materiales.

Nada conduce tanto á este fin como las iglesias ó templos dedicados al Señor. Un misionero nuevo que emprendía la reducción de una nación, miraba como principal cuidado, el de fabricar desde luego, tal cual lo permitían las circunstancias, una iglesia decente. Verdad es que debía acomodarse en la fábrica á la natural pereza y desidia de los indios, para que no se les hiciese pesada la nueva ley con la obra material del templo. Siempre se dibujaba pequeña, porque debiendo proporcionarse á la calidad de la gente, no podía ser grande la iglesia. Sin embargo, siempre sobresalía entre las casas, y en su hechura y construcción hallaban novedad los indios. Reparaban mucho en que se levantaban las paredes de los lados, siendo costumbre entre ellos el hacer llegar los alares de sus casas hasta el suelo mismo. Notaban la formación proporcionada de ventanas, y celebraban la claridad que daban al cuerpo de

la iglesia. Llegando después á la distribución de asientos para párvulos y adultos, con distinción de sexos, á la colocación ordenada de altares, al aseo, hermosura y adorno de las imágenes y pinturas, crecía mucho más su novedad.

Reparaban que después de acabada esta fábrica, dejándola el misionero limpia, vistosa y desembarazada, se metía en una casa pequeña é incómoda semejante á las suyas, y no acababan de entender por qué no ocupaba la otra tan grande y tan buena, pasándose á vivir en ella. Hacíanle mil preguntas á este propósito, y respondiéndoles el misionero que aquella era la casa de Dios, en que se había de decir Misa, y ellos debían rezar y aprender la doctrina y adorar y reverenciar á Dios, empezaban á concebir que había un Dios y que el padre les quería dar á entender con aquella fábrica grande, lo que no alcanzaban verificándose en ellos aquella sentencia de San Gregorio: «Los templos materiales son libros en que estudia el pueblo que no sabe leer.»

Con la repetición que hacía el misionero en la explicación de los misterios de nuestra santa fe, con un continuo inculcar en las doctrinas sobre la obligación de creer en Dios, de adorarle y de reverenciarle, se dejaban llevar insensiblemente á una compostura exterior modesta y á un silencio respetuoso en todas las cosas de la iglesia, y mostraban atención á lo que se les enseñaba. La asistencia á la doctrina que á los principios les parecía molesta, se les iba haciendo llevadera, gustosa y agradable, y crecía la reverencia, el respeto y la atención conforme se iban instruyendo en los misterios de la fe y creciendo en el conocimiento del Ser divino. Mostrábanse en especial conmovidos, cuando se repetía el acto de contrición al fin de la doctrina, daban sus golpes de pecho con muestras sensibles de dolor interior, y no pocas veces se veía que derramaban lágrimas de arrepentimiento y de dolor de haber ofendido á Dios. Muchas veces decían abiertamente los recién sacados del monte, que en entrando en la iglesia se hallaban mudados y no se atrevían á hablar, atentos solamente con el mayor encogimiento y humildad á lo que el padre enseñaba. Cuanto veían en la iglesia, altar, ornamentos, santos y sacerdote que decía Misa, todo les servía de lección para hacer algún concepto de Dios y de su ley santa.

Después de bien instruidos en los misterios de la fe, bautizados y acostumbrados á los establecimientos comunes de la misión, crecía la devoción y el fervor de espíritu de aquellos pobres indios, que por no disgustar ni enojar á su Dios, antes por agradarle y servirle, se mostraban resueltos y determinados á sufrir cualquiera trabajo y á perderlo todo, no hallando gusto ni contento sino en servir á su Majestad y en contribuir de alguna manera á su santo culto. Es verdad que no ofrecían oro ni plata para las iglesias porque no lo tenían, pero concurrían gustosos con su trabajo personal, siempre que se trataba de hacer alguna iglesia nueva más decente ó hermosa, y hacían vanidad de tener parte con su sudor en la fábrica, en el aseo y en el adorno de la iglesia. No podían su-

frir que la de su pueblo fuese inferior ó menos decente que otras que veían en los demás pueblos. Luego se ofrecían por sí mismos al misionero á mejorarla, y por más inconvenientes que éste les propusiese, siempre insistían alegando que también ellos eran cristianos como los otros, y no querían ser menos, que les daba vergüenza tener iglesia más pequeña ó menos decente. Solía crecer el empeño de manera que, no viniendo en ello el misionero, por justas razones que á las veces descubría y no penetraban los indios, recurrían al padre superior de las misiones para que obligase á su propio misionero á que condescendiese á la insistencia del pueblo. Los mismos deseos mostraban en el adorno y aparato, y á trueque de procurarlo ofrecían varias veces cierta contribución, que llamaban *derrama*, concurriendo cada uno según su posibilidad, con media, una ó dos libras de cera, que buscaban por los bosques, para que con el producto se hiciese en Quito alguna alhaja para el culto divino en la iglesia, y era á las veces bien necesario que el padre les contuviese en estas ofertas.

La santificación de las fiestas, que es una clara prueba, ejercicio y práctica del culto divino, era bien exacta en aquellas gentes. Tenían grande concepto y hacían un aprecio singular de la santa Misa. Rarísima vez se oía que dejase de oir Misa en el día de fiesta algún adulto, estando en el pueblo, y sucedía muchas veces, que estando ausentes caminaban por tierra ó andaban por el río día y noche, por llegar al pueblo el sábado ó víspera de fiesta, para poder asistir á la Misa en el día siguiente. Vivían en la persuasión, comprobada de larga experiencia, que el oir Misa era un medio eficaz para preservarse de desgracias, y tenían por mal agüero el dejarla. Parece que el Señor se agradaba de esta persuasión de los indios por los muchos ejemplos y castigos de tigres y caimanes en que caían los que dejaban la Misa.

Pondré, entre otros muchos, dos que en poco tiempo sucedieron á la presencia del P. Martín Iriarte, como él mismo los refiere, el uno en San Pablo de Napeanos, y el otro en San Joaquín de Omaguas. Un domingo por la tarde, avisaron los Napeanos al padre, que un tigre había muerto á un indio en el monte y comido la mitad de su cuerpo. Añadió otro indio de la nación que estaba al lado del misionero: «Padre, ese hombre no había oído la Misa.» Así es, respondió el padre. Pues, ¿qué hay que extrañar, repuso el indio y cómo no había de tener desgracia, si dejó de oir Misa en día de fiesta? Con más misericordia trató el Señor á un mocito de San Joaquín, que yendo de mañana á pescar en día de fiesta, apenas había cogido una gamitana y metídola en la canoa, se vió acometido de un fiero caimán. A gran fortuna pudo escapar con la vida, después de varias dentelladas, con que le dejó muy lastimado y herido, y arrastrando pudo llegar al pueblo para que todos viesen aquel espectáculo de la divina justicia. Acertó á entrar en su casa cuando su misma madre con otras de la vecindad venía de Misa, y llamando dolorida al misionero, le dijo: «Venga, padre, y vea cómo Dios ha castigado á este muchacho que sin querer oirme esta mañana, salió á pescar dejando la Misa.» Volviéndose

«después al hijo medio muerto, le decía: Con esto escarmentarán otros en tí, y tú, si vivieres, aprenderás á no dejar la Misa.»

Era motivo de consuelo á los misioneros el ver cómo procuraban los indios mostrar, aun en sus vestidos pobres, la distinción y aprecio que hacían del día de fiesta, y cómo en la decencia posible de sus personas querían significar en la iglesia, la reverencia y el respeto que debían al Señor de aquella santa casa. Fuera del cuidado muy particular de las madres, en hacer lavar á sus hijos las manos y rostro, y de peinarlos para ir á la iglesia el día de fiesta, les prevenían la ropita más aseada, encargándoles que se mudasen antes de salir de casa. El mismo cuidado tenían las mujeres con sus maridos, y era motivo de riña si el marido ó el hijo salía de su casa á Misa con el vestido ordinario y sin el vestido destinado para el día de fiesta. Aunque las mujeres solían andar por la vecindad con el vestido regular de pampanilla ó tonelete y un juboncillo corto, pero por ningún caso dejaban de ponerse para ir á la iglesia su anaco ó manta larga, que ceñida curiosamente con una faja, y prendidos los extremos de los hombros, hacía buena figura. Además de esto dejaban el pelo abierto bien peinado y tendido sobre la espalda. «Muy vanas sois, dijo un español en cierto pueblo á una india.» ¿Por qué lo dices, respondió ella?» «Porque os aliñáis tanto para salir de casa.» «No me aliño yo, prosiguió la india, ni se aliñan mis parientes para salir de casa ni para andar por el pueblo, como vuestras mujeres: nos ponemos con la mayor decencia en medio de nuestra pobreza, por haber de entrar en la casa de Dios que no es cosa de ir allá con andrajos.»

Poco probaría este exterior aliño si no le acompañaran otras prácticas que anima más inmediatamente el espíritu interior. Ya dijimos, tratando de la doctrina, la compostura exterior y el silencio respetuoso con que estaban en la iglesia, y la modestia y devoción con que se mantenían mientras rezaban las oraciones y repetían el catecismo. Aquella poca devoción que cuando iban á Quito ú otra ciudad notaban en algunos españoles que buscaban la Misa más breve para satisfacer el precepto, y la morosa detención á la puerta que observaban en sus pueblos de algunos pasajeros sin acabar de entrar en la iglesia hasta el mismo punto de empezar la Misa, les daba tanto en rostro, que si tal vez trataban con ellos de la Misa, les decían que se parecían á los gentiles y que no sabían estar en la iglesia sino por fuerza.

En los días de fiesta tenían una distribución muy larga en la iglesia y se mantenían con gusto sin dar señales de querer salir de ella; primero, se averiguaba quiénes y por qué causa faltaban, que en pueblos numerosos llevaba un rato más que mediano; segundo, seguíanse las oraciones en tono á medio canto, y después se repetía el catecismo entero por preguntas y respuestas; tercero, acabada la doctrina hacía el misionero una plática, que por lo común era de media hora, y á veces de más tiempo; cuarto, después de la plática se hacían los casamientos, que rara vez faltaban en reducciones grandes. Ultimamente se decía la Misa, siempre

cantada y con la solemnidad que cabía. En todo este tiempo se mantenía la gente de rodillas á tiempos y á tiempos sentada en sus respectivos bancos, pero con sumo silencio, con mucha compostura y con una modestia que edificaba, particularmente en tiempo de Misa, que oían todos de rodillas hasta la última bendición.

Por la tarde todos los domingos se rezaba el rosario por las calles, que barrían y limpiaban los fiscales desde la mañana. Al primer repique para él, se vestían todos con la ropita más aseada, como para Misa, y acudían puntualmente á la iglesia. Causaba devoción el orden con que caminaban en dos filas, primero los niños y niñas, y luego los adultos, separados los hombres de las mujeres. Solía comúnmente acabarse el rosario al volver á la iglesia, y colocada en el presbiterio la imagen de Nuestra Señora, que se había llevado en procesión por el pueblo, se cantaban solemnemente las letanías, respodiendo la gente con tanta uniformidad, que mostraba bien la misma unión de las voces la atención, gusto y devoción con que se cantaba.

La otra parte del precepto que prohibe trabajar en el día de fiesta la cumplían generalmente con escrupulosa exactitud. Lo más á que se extendía la libertad de algunos era tomar estos días por entretenimiento y diversión, el componer y asear sus instrumentos para cazar y pescar, y preguntaban repetidas veces al misionero si sería pecado ocuparse en esto por algún rato. No había nación alguna de las descubiertas en nuestras misiones que tuviese el uso del juego desde su gentilidad. Toda la diversión de los varones se reducía á la caza y á la pesca, mas en los días de fiesta no salían del pueblo sin pedir antes licencia para pescar ó cazar en el tiempo que mediaba entre la Misa y el rosario. Las mujeres tomaban por diversión salir al monte ó pasearse por el río en canoas en busca de frutas. En lo demás que les restaba del día de fiesta se visitaban unas á otras; y cuando había enfermos en el pueblo los iban á ver, ó por razón de parentesco ó por otra relación, y no pocas veces se juntaban en la vecindad á conversaciones inocentes.

CAPITULO XIX

DE LA FIESTA DEL CORPUS, DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y DEL PATRONO DEL PUEBLO

Los aparatos propios de un país en el festejo ó demostración de júbilo á la llegada y presencia de su príncipe, muestran el humilde reconocimiento de los súbditos á la soberanía del Señor, y la fidelidad, aprecio y estima que les mueven á celebrar su presencia. Bien puede ser que en los indios del Marañón no brillase el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas en los aparatos que prevenían para celebrar á su modo por las calles la presencia de su Señor Sacramentado, porque nada de esto tenían,

ni el país lo llevaba; pero cabía muy bien en sus rústicos aparatos una fineza de fidelidad, estimación y amor á su príncipe, que no cedía á las demostraciones de otras tierras más ricas y poderosas. Pobres eran los adornos de iglesia y calles, pero ricos en el valor que les daba la devoción ardiente con que celebraban la fiesta del Corpus en sus pueblos. No había tapicerías de seda, ni ricas colgaduras por las calles, ni sacaban espejos, láminas ó pinturas; todo el adorno se reducía á ramos de flores bien colocados, á palmas de diferentes especies, á flores de diversas figuras, á multitud de hierbas olorosas, y á cantidad de animales vivos, pájaros vistosos y peces de varias suertes y figuras. A esto se añadía el ingenio con que de estas cosas formaban varios artificios, que hacían obsequio á su Criador y divertían con su variedad á las gentes. Por lo demás, la piedad y devoción con que se empeñaban en manifestar el gozo y alegría de ver andar por sus calles, haciendo bien á todos, la Majestad de Nuestro Dios y Señor encarnado que adoraban en el Sacramento, daba todo el valor y precio á sus pobres aparatos.

Era el primer cuidado el asear y componer la iglesia, cuya disposición pertenecía inmediatamente á los sacristanes, que ayudados de los fiscales y de los niños de la doctrina en recoger ramos, palmas, flores y hierbas olorosas, formaban en el pórtico mismo de la iglesia una grande y vistosa portada, maravillosamente entretejida con variedad de flores y con tan buena disposición de colores, que hacía una vistosa perspectiva. De la misma variedad vestían los pilares de la iglesia, y añadiendo de trecho en trecho algunas velas puestas en orden y simetría, daban nueva gracia al adorno. De pilar á pilar tiraban un arco figurado con ramos, y palmas abiertas y extendidas. Las ventanas aparecían también vistosas, entalladas por el contorno de ramos frondosos y de flores agradables. Lo mismo hacían con los altares, fuera del mayor, cuyo retablo quedaba del todo descubierto, pero hermoseado con las mejores flores y más lucidas palmas por los lados y en los nichos de los santos. Si no tenía retablo el altar mayor, como sucedía en algunos pueblos, le formaban de aquellos materiales y armaban un trono correspondiente al viril, con gradas desde la mesa del altar, todas adornadas de tiestos de hierbas olorosas y de jarrillas bien pintadas, llenas de flores entreverando candeleros de plata con mallas del mismo metal. Daba nuevo realce un buen número de velas de cera blanca que ardían en el altar, en las gradas y en el trono. Finalmente, el pavimento de la iglesia, y más particularmente el presbiterio, estaba regado de flores y de hierbas, que esparcían un olor agradable por toda ella.

Saliendo del aparato de la iglesia, propio de los sacristanes, vengamos á otras prevenciones que tocaban también á otros. Algunos días antes de la fiesta se empezaban á componer y allanar las calles, que para la víspera debían estar aseadas y barridas. En la tarde de este día unos iban al monte y otros á las orillas de los ríos por cantidad de ramos, palmas, árboles, flores y hierbas, para el adorno de las calles y para la cons-

trucción de enrejados y castillos, procurando traer el que podía algún animal vivo ó pájaro vistoso, para colocarlo en los castillos. El día del Corpus, muy de mañana, repartía la gente el gobernador y alcaldes, y todos iban armando á un tiempo, conforme al orden que habían recibido, arcos de palmas por uno y otro lado de las calles por donde había de dar la vuelta la procesión. De trecho en trecho se levantaban castillos ú otros ingenios, en que se colocaban los animales vivos, como monos, pájaros, charapas y otros peces, con muchas frutas y varios géneros de comestibles. Armaban los sacristanes sus capillas y altares para las pausas que había de hacer la procesión, en donde colocado el viril ó custodia, entonaban los cantores, acompañados de instrumentos, algún himno ó canción devota del Misterio. Disponíanse de modo las capillas, que desde ellas podía el misionero echar la bendición á todas las partes del pueblo. En algunas reducciones más adelantadas no faltaban algunas mantas de gusto, por la pintura y labor delicada de los indios, con que formaban sus capillas, y en otros pueblos las solían hacer de mantas ó cubiertas de lamas, las cuales eran vistosas y lucidas por la pintura y variedad.

Para evitar la fuerza del sol en la procesión, se procuraba en cuanto era posible anticipar la Misa á la hora acostumbrada en los otros días de fiesta, y acabadas las reconciliaciones de los que tenían la devoción de comulgar, se cantaba con la mayor solemnidad y aparato. Ordenábase inmediatamente la procesión con toda la ostentación que cabía. Un sacristán iba delante con una cruz alta, y á sus lados dos niños con sotanillas y roquetes limpios que llevaban los ciriales. Seguían á éstos los niños de doctrina que eran muchos, en dos filas y con los brazos cruzados; con el mismo orden y con la misma compostura caminaban las niñas, á quienes seguían las mujeres adultas. Se dejaban después ver los varones, con las armas de su nación, formando una ó dos compañías con sus cabos, clarines, cajas y pífanos. Iba el alférez en el centro con su bandera, el cual atrasándose un poco, batía con aire y curiosidad su insignia al salir y entrar el Sacramento en la iglesia. Nadie se excusaba de asistir á la procesión, fuera de los enfermos, y todos iban con tal compostura, modestia y silencio, que nadie se desmandaba en cosa que desdijese algo de la reverencia debida al Sacramento, á que ayudaban también los fiscales, que repartidos de trecho en trecho, celaban la reverencia, modestia y compostura.

El sacerdote, con capa de coro y con el viril en las manos, iba dando ejemplo á todos debajo del palio, cuyas varas llevaban los más autorizados del pueblo. Precedían cuatro niños, dos incensando continuamente y otros dos sembrando por la tierra flores, todos con gran reverencia y con sotanas y roquetillos. Los cantores y tañedores de instrumentos acompañaban de cerca al Señor y cantaban por toda la procesión, ya el *Pange lingua*, ya el *Sacris Solemniis*. A distancia de seis á ocho pasos del sacerdote, iba por delante el estandarte ó pendón que llevaba uno de los

principales (el cual solía nombrarse cada año como mayordomo de la fiesta), y dos compañeros recogiendo las borlas y cordón por uno y otro lado. Cerca del estandarte hacía sus habilidades una turba de danzantes, que bien ensayados de antemano, danzaban con garbo y gracia al son de una flauta y tamborcillo que tocaba un indio. El sacerdote colocaba en cada una de las capillas el Santísimo, y daba lugar á que se tocase algo de arpa y violín y se cantasen algunas coplillas devotas, y dicha la oración del Sacramento, daba la bendición con el venerable.

Con este orden daba la vuelta la procesión por todo el pueblo, y llegando á la iglesia se daba la última bendición desde el altar mayor y se reservaba en el sagrario el Santísimo, con que se daba fin á la función de iglesia. En algunos pueblos se detenía la gente cerca de la iglesia, las mujeres en la plazuela de ella, y los hombres en el corredor de la casa del misionero, mientras los fiscales recogían lo que estaba dentro de los castillos y enrejados, y lo traían al padre, el cual delante de todos, los repartía á los más pobres del lugar. Seguíase el saqueo de uno de los castillos que se reservaba á este fin, y se alargaba á la discreción y habilidad de los muchachos. Era función divertida por el tropel con que embestían y por la porfía en adelantarse unos á otros. Este caía, aquél resbalaba, uno llevaba un empujón, otro quedaba con la rama en las manos. Allegábase á esto la diligencia de los animales en no dejarse coger de los muchachos, porque atados con cuerdas largas se burlaban de los que ya casi los tenían en las manos, y venían á parar en las de aquellos que por la poca fuerza ó menor habilidad no podían subir por las ramas y estaban muy atrás, sin esperanza de coger ni mono, ni pájaro, ni otra cosa alguna de las encerradas en el castillo. Esta inocente diversión daba fin á la función de aquella mañana.

La fiesta del Corazón de Jesús seguía á la novena que se hacía desde el día del Corpus hasta el viernes después de la octava. Toda la gente del pueblo asistía indefectiblemente á ella, oía la Misa, rezaba las oraciones é intervenía al canto de los gozos en la novena. En la solemnidad de este día, consagrado al Corazón de Jesús, se observaba el mismo método y orden de la fiesta del Corpus con el aparato y procesión por las calles que acabamos de decir, con sólo la diferencia que salía más tarde la procesión, porque detenían al misionero las confesiones, que eran más en número que el día del Corpus. Había prendido tan bien esta devoción en algunos pueblos de la misión, que se había entablado su ejercicio en todos los viernes del año con asistencia voluntaria de la mayor parte del pueblo, y en el primer viernes de cada mes se hacía con mayor solemnidad y devoción. Confesaban en este día y comulgaban varios, se tocaban los instrumentos á ratos y se cantaba con celebridad la Misa. Mas el día destinado á la fiesta le guardaban como uno de los más clásicos del año, sin salir á su trabajo ni emplearse en cosa que desdijese de una fiesta de precepto.

A proporción de su devoción era la confianza que tenían en este Sa-

cratísimo corazón, y el Señor que les infundía tanta confianza, les dispensaba repetidos y singulares favores. Pondremos entre varios dos casos bien públicos y bien notados. En el año de 1757 se hallaba la misión rodeada por todas partes de una epidemia de viruelas que hacía, como suele suceder en aquellas partes, grandes estragos en los contornos. Temen extremamente los indios este contagio, que como peste cunde y acaba con pueblos enteros. Veíanse los pobres de la misión en grande consternación, y ya trataban de abandonar los pueblos y de retirarse á los montes, que es su ordinario y acostumbrado asilo, hasta que se acabase el mal. Detuviéronse á las instancias de los misioneros que los exhortaron al recurso á Dios con Misas, tríduos y otras devociones, y especialmente á la confianza en el santísimo Corazón de Jesús. Tomaron, pues, la resolución los padres de una y otra misión, esto es, los de la alta y baja, de ponerla bajo la protección de este benditísimo Corazón, y con parecer unánime le tomaron por patrón sin inmutar nada del patrón principal de toda ella, y entablaron en todos los pueblos la devoción que estaba ya en práctica en los más adelantados, empezando en todos á un mismo tiempo una novena general. Su Majestad atendió misericordioso á las oraciones y plegarias de la afligida y temerosa misión, preservando á los indios de las viruelas que azotaron los contornos y cercanías.

No fué menos notado el favor y gracia que experimentaron en San Joaquín de Omaguas, donde cargó tanto la plaga de mosquitos zancudos el año de 1758, que se hallaba la gente en grandísima inquietud sin poder comer ni dormir, ni mucho menos trabajar, porque no había lugar exento de aquella molesta plaga. Duró algunos días el trabajo, y el día de la fiesta del Corazón de Jesús se dijo y se oyó la Misa con la mayor mortificación, que continuó por toda la procesión. Compadecido el misionero, que lo era el P. Martín Iriarte, de tan penoso tormento, se paró con el Sacramento en las manos á la puerta de la iglesia, animó á la gente á que confiase en aquel Señor á quien todas las criaturas obedecen, y después de una breve exhortación hizo un coloquio con el Sagrado Corazón, que repitieron todos, y echando una bendición con el Sacramento, entraron todos en la iglesia. ¡Cosa maravillosa! Toda la plaga de mosquitos que tanto les había molestado y mortificado aquella mañana, hasta dar la vuelta la procesión á la iglesia, desapareció repentinamente de manera que saliendo la gente de la iglesia para volver á sus casas, halló limpio el pueblo de aquellos insectos sin sentir ni en las calles ni en las casas zancudos que les molestasen.

La devoción al patrón del pueblo era general en toda la misión, y su día era el más festivo y más solemne para la gente. Ocho días antes empezaba el sargento á dar vuelta por el pueblo, con cajas, clarines y pífanos, repitiendo cada noche este paseo La víspera de la fiesta daban aviso las campanas, á medio día, con un largo repique, á que acompañaban á la puerta de la iglesia con tambores y pífanos, y con el disparo en algunos pueblos de camaretas y fusiles. Dábase la señal á vísperas como

á las tres de la tarde, y todo el ayuntamiento formado con su gobernador, acudía á la casa del misionero, llevando por delante una buena danza, que hacía sus mudanzas cerca del estandarte que llevaba el mayordomo de la fiesta. De la casa del padre salían todos en orden á la iglesia, en donde se cantaban por primeras vísperas la Salve Regina y la Letanía con toda solemnidad. Acabada esta función volvían á llevar al sacerdote á su casa de la misma manera que le habían traído.

En la celebridad de este día no había cosa particular, en cuanto á la Misa cantada y procesión en que sacaban la estatua del patrón, ni en cuanto al adorno y disposición de las calles; sólo había de peculiar en esta fiesta la ofrenda que hacía la gente en la Misa después del ofertorio; sentado el sacerdote en una silla á la última grada del presbiterio, iban llegando los indios á besar el manípulo y dejar su ofrenda. Los hombres ofrecían por lo común una marquetilla ó panecillo de cera negra, mayor ó menor, según la devoción ó posibilidad de cada uno. Las mujeres presentaban algún hilado de algodón, ollas de barro cocido, cazuelas ó platos, que formaban ellas mismas. Las Omaguas que formaban estas cosas con más pulidez y hermosura, solían ofrecer piezas que servían á la iglesia, como macetas y jarrillos bien pintados y vidriados, para flores y ramilletes. Las Yurimaguas ofrecían pilches ó pates muy bien formados y pintados, como diestras en hacer este género de vasos, de no poca estimación dentro y fuera de la misión. Algunas naciones ofrecían hilo torcido de palma sutil que se decía chambira, ó de otra más basta que llamaban cachibanco. El misionero repartía de limosna la ofrenda entre los pobres del pueblo, ó si se podían hacer algunos tejidos y lienzos hacía que se trabajasen para huérfanos y huérfanas. Otras veces solía enviar algunas de estas cosas á los misioneros de las misiones nuevas, cuyos pueblos estaban por lo regular más necesitados de telas para vestirse.

CAPÍTULO XX

DE LA SEMANA SANTA, OFICIOS Y PROCESIONES

Entre las ceremonias y ritos de nuestra Santa Madre Iglesia, parece que ningunas decían tanto con el modo de concebir de los indios, ni congeniaban tanto con ellos como las que usa en la Semana Santa. De aquí nacía la facilidad con que entraban en practicarlas, no sólo después de instruídos y bautizados, sino aun siendo todavía catecúmenos y tal vez recién salidos del monte, haciendo concebir á los misioneros, particularmente nuevos, grandes esperanzas de aquella bella disposición para los ejercicios de piedad y religión. Esta buena inclinación dejó apuntada en sus manuscritos el P. Pablo Maroni, que por los años de 1741 vió con asombro suyo en el nuevo pueblo de San Pedro apóstol, á la boca del río Aguarico, la emulación de los Encabellados, en hacer por Semana Santa

unas cruces para cargar con ellas en la procesión: otros coronas de espinas para ponérselas, otros azotes ó disciplinas de chambira para azotarse, imitando á tres mocitos y á dos indios cristianos de otros pueblos, que salían cada uno con su distinta mortificación y penitencia. Lo mismo observaron otros misioneros del Napo, y de los Yameos, Iquitos y otras gentes nuevas contaban lo mismo los padres que les redujeron.

Pero sea lo que se quiera de esta disposición de los gentiles, no se puede dudar que después de algunos años, cuando ya tenían la necesaria instrucción, provenían de la buena raíz de la fe y religión los ejercicios que practicaban por este tiempo con singulares muestras de devoción y piedad. En los más de los pueblos se hacían los oficios de la Semana Santa que prescribe la Iglesia, empezando desde el domingo de Ramos, con la procesión acostumbrada á que concurrían los indios, llevando en sus manos palmas benditas, las cuales guardaban después con mucho cuidado en sus casas. El Jueves Santo se depositaba el Santísimo en un monumento vistoso que se disponía en el presbiterio y se empezaba á formar algunos días antes, porque viendo por experiencia los misioneros que esto exterior y visible movía mucho á los indios, se esmeraban en hacer un monumento majestuoso y respetable. Su construcción no era uniforme en la figura por ser diversos los gustos de los hombres, pero sí en los adornos. La idea más común era la siguiente.

Desde la barandilla del comulgatorio hasta la mesa del altar mayor se formaba de ramos y palmas una capilla, á manera ó con figura de bóveda bien arqueada, y se vestía de lienzos blancos, así por los lados ó paredes, como por el cielo. Desde la entrada de la capilla hasta el altar ó plan de la mesa seguía una grada de doce ó catorce escalones, que venía á terminar sobre el altar mayor, en el cual, añadiendo otros escalones que daban más elevación, se formaba un trono magnífico para la colocación del Santísimo. A uno y otro lado de la grada corría al sesgo un pasamano de tres palmas de enrejado, con sus asientos para los candeleros, jarros de flores y otros adornos, que se distribuían por ellos y por los escalones, con gusto y proporción. Las gradas estaban tan firmes, que subían y bajaban por ellas los sacristanes con toda seguridad, y se cubrían con una especie de alfombra ó mantas azules ó de otro color que ofrecían los indios á porfía, y como estaban delicadamente matizados con listas de flores de varios colores, hacían un agradable aspecto. El trono se disponía con frontales de color ó de otras piezas de colores gratos, curiosamente tejidos. Es verdad que en todo este adorno apenas había cosa de valor; pero el orden, variedad y proporción con que se disponían los ramilletes de flores en sus jarras pintadas, las hierbas olorosas, y algunas piezas curiosamente matizadas de plumas de aves de diversos colores, hacían el monumento tan lucido y vistoso, que pudiera parecer bien decente aun en Europa. Así se explicó un caballero europeo de buen juicio que concurrió por la Semana Santa del año 1757 á celebrar los oficios en el pueblo de San Joaquín de Omaguas.

Otras ideas seguían otros misioneros en formar sus monumentos, pero todas acomodadas al fin que pretendían de hacer concebir á los indios por el mismo exterior aparato no común y ordinario, alguna distinción de la gran solemnidad del día; y, en efecto, lo habían conseguido, porque el nombre que daban los indios al Jueves Santo era el de día grande, en que nadie pensaba en ir al trabajo ni en salir á cazar ó pescar para mantenerse, procurando proveerse para este día en los antecedentes, creyendo que el día grande se debía dar enteramente á la iglesia.

La mañana del Jueves Santo era una de las más ocupadas para el misionero en las confesiones y reconciliaciones de los que habían de cumplir con la iglesia. Una hora antes de amanecer entraba en ella, y ya encontraba un gran golpe de gente que le esperaba. No eran las confesiones largas, porque no se oía comúnmente de confesión en este día, sino á los que se habían confesado antes. Sin embargo, era tanta la multitud de reconciliaciones, que duraban hasta medio día. Acabadas éstas, se hacía señal para la Misa, y antes de empezarla exponía el padre á la gente la institución del Santísimo Sacramento, que celebraba la iglesia en aquel día y exhortaba á todos á dar gracias por tan singular beneficio, y encargaba una devota asistencia á los divinos oficios y procesiones. Daba en la Misa la santa comunión á los que estaban dispuestos para cumplir con la iglesia, y siguiendo las rúbricas de ella colocaba el Sacramento en el sitio prevenido, acomodándose á lo demás que se practica en Europa.

Pero no son de omitir algunas prácticas que se estilaban en los pueblos en este día. Antes de la procesión, que se hacía por la iglesia, dejaban el gobernador y capitanes de milicia los bastones, y los alcaldes y fiscales sus varas debajo de los bancos de ayuntamiento, y no volvían á tomar sus insignias hasta que en Sábado Santo se cantaban las aleluyas. Luego que el padre colocaba el Sacramento en el sitio preparado, entraban á velar al pie del monumento cuatro ó seis indios decentemente vestidos y armados de rodelas y de las otras armas propias de la nación; manteniéndose en pie con modestia y compostura, hasta que entraban otros que se mudaban sucesivamente de hora en hora por todo el tiempo que el monumento duraba. En las ciudades de Borja y de Lamas hacían lo mismo los indios en sus velas, pero se añadía una ronda de españoles que de día y de noche daban vueltas á la iglesia y discurrían por la ciudad armados con escopetas y sables. En Borja, en donde no hay caballos, era de á pie la ronda ó patrulla; pero en Lamas se hacía á caballo, con un oficial por cabo en ambas ciudades. El motivo de estas rondas era el ser ciudadanos de frontera de gentiles, y á prevención de excusar algún desacato que pudieran hacer los gentiles, como hay memoria de haberlo ejecutado en otras partes, como los Charciaies en Mocoas.

La gente del pueblo repetía sus visitas á la iglesia con un silencio, compostura y devoción que era de grande consuelo á los padres por ver

unas muestras tan claras de piedad en gentes antes tan brutales y bárbaras, que depuesta la ferocidad del gentilismo, emulaban la piedad, fe y religión de pueblos católicos fervorosos. A los Oficios de la tarde acudían todos, chicos y grandes, y en las noches del Jueves y Viernes Santo á las procesiones. En ellas se veía un número crecido de penitentes, de los cuales unos llevaban sobre los hombros desnudos cruces pesadas, otros coronas de espinas en las cabezas, varios caminaban, como suele decirse, á gatas, deteniéndose á las veces hincados de rodillas para azotarse con disciplinas secas, aunque era más común picarse primero con rosetas de acero ó pelotones de cera armados con puntas de vidrio, y proseguir después llamando la sangre con madejas de hilo de algodón. Algunos hacían estas penitencias con tanta inhumanidad, que era necesario hacerlos retirar á sus casas á que se curasen.

El Viernes Santo se predicaba el sermón de Pasión, exponiéndoles sencillamente los pasos de ella, y no pocas veces se acababa con una avenida copiosa de lágrimas en que se deshacían los indios. A la adoración de la cruz, que se practica en este día, no eran admitidas las mujeres, pero entraban todos los hombres de dos en dos, empezando los de justicia y acabando los niños. Aunque no era todavía común, se iba introduciendo en los pueblos de la misión la hermosísima y tierna devoción de las tres horas de agonía de Jesucristo en la Cruz. Empezó á introducir esta devoción en Quito por los años de 1739 el P. Baltasar Moncada, provincial de aquella provincia, y de aquí había pasado á las misiones del Marañón. Practicábase el Viernes Santo con un ejercicio largo de tres horas, empezando á las doce en punto y acabando á las tres de la tarde. Explicábase á ratos las siete Palabras, y á ratos se meditaba sobre ellas; rezábanse algunas oraciones vocales y tercios del rosario, y últimamente se daba fin al ejercicio con una exhortación y devoto coloquio con Cristo moribundo, hasta él paso de la muerte. El ejercicio de la Agonía es de los más tiernos, útiles y patéticos que pueden practicarse, y se han visto maravillosos efectos.

A proporción de la devoción dolorosa y compasión del Viernes Santo, era la festiva del Sábado Santo. Al entonar el sacerdote el *Gloria in excelsis* en la Misa cantada, se abrían de repente las ventanas de la iglesia, llenándose toda de luz y alegría, la cual se aumentaba con el repique de las campanas, y con el sonido repentino de cajas y pífanos y clarines que las acompañaban desde fuera. Dentro de la iglesia revoloteabán pajaritos vistosos de varios colores que se soltaban por todas partes, y al mismo tiempo caían sobre la gente estampitas y vitelas que con idea y artificio tenían prevenidas los sacristanes en el techo de la iglesia y las iban dejando caer con tanto disimulo, que rara vez entendía la gente el arte y la tramoya.

Acabada la Misa, se hacía la procesión de la Resurrección, que llamaban los indios el encuentro. Mientras se disponía á salir de la iglesia con un Niño Jesús, bien vestido y con el Santísimo Sacramento, iban las

mujeres todas á sacar y acompañar una imagen de Nuestra Señora que tenían prevenida en la sacristía ó en una casa inmediata. Traíanla en unas andas vistosamente adornadas, con un velo tendido y desplegado que la cubría el rostro, y al salir la procesión de la puerta principal de la iglesia, se dejaban ver las mujeres en alguna distancia con la imagen. Venían caminando en dos filas al encuentro, y al acercarse inclinaban las andas, haciendo reverencia la imagen de María Santísima á su Hijo, la cual ceremonia se repetía por tres veces. Al juntarse el Hijo con su Madre, una de las mujeres quitaba con una vara el velo á Nuestra Señora, hincándose á este tiempo de rodillas así las que cargaban con las andas como las demás que las acompañaban. Manteníanse de rodillas hasta que pasaba por medio la procesión, y luego que pasaba el Santísimo Sacramento, se levantaban y ponían al lado izquierdo fuera de las que llevaban la imagen, las cuales iban siguiendo la procesión detrás del sacerdote, y después de la imagen seguían el gobernador, alcaldes, regidores, capitanes, y últimamente las mujeres hasta entrar en la iglesia, donde se acababa la función con la bendición del Santísimo. Hemos estado prolijos en describir el gobierno político y eclesiástico de los indios del Marañón, y bajado á menudencias que no parecerían á todos necesarias. Yo lo confieso y pido excusa á los lectores, á quienes suplico que se hagan cargo de una cosa que me aflige no poco, y es, el temor grande en que estoy de que al presente, cuando esto escribo, apenas haya vestigio en aquellas tierras del gobierno, cuyo establecimiento costó á los misioneros el trabajo de ciento treinta años. Y no serán inútiles estas advertencias para los varones celosos, que ha de levantar de nuevo (como espero), la Divina Providencia y enviar al Marañón á restablecer las misiones.

LIBRO XII

CAPITULO PRIMERO

LLEGA Á NOTICIA DE LOS MISIONEROS EL ARRESTO HECHO EN LA PROVINCIA DE QUITO DE SUS HERMANOS.—VARIOS CASOS PARTICULARES QUE ANUNCIABAN LOS GRANDES TRABAJOS QUE LES ESPERABAN.

Hallábase por los años de 1767 la misión de los Mainas en el estado que acabamos de describir en los dos antecedentes libros. El gobierno civil y político estaba ya muy arraigado, y el eclesiástico y espiritual parecía haber llegado á la perfección debida. Los misioneros repartidos por los pueblos trabajaban con tanto celo y empeño en adelantar sus conquistas espirituales, que acaso nunca se vieron ni más ansias en procurarlas ni más esperanzas de conseguirlas. El P. Xavier Veigel tenía puesta la mira y tendida ya la red sobre los campos vastos de los Pirros y Cunivos de Ucayale. El superior de las misiones, Aguilar, tenía ya prevenidas embarcaciones fuertes y bien fabricadas con un número respetable de indios para la expedición del río Curaray y para las paces que pensaba entablar con los Oas y Abigiras, naciones numerosas. Por los ríos Blanco y Nanai se descubrían parcialidades nuevas de Iquitos, que se agregaban cada día á los reducidos, y daban esperanzas de una florida cristiandad en aquellas tierras. Pero sobre todo, la grande nación de los Xíbaros estaba ya ganada y determinada á poblarse á esfuerzos y fatigas del misionero de los Muratas, que á costa de peligros de la vida y de una heroica paciencia, había vencido el imposible. Todos los misioneros sentían nuevos esfuerzos con la nueva puerta que se les abría, persuadidos á que sólo la nación de Xíbaros bastaba para hacer un cuerpo tan crecido de neófitos, que igualase ó excediese á todo el cuerpo de la misión de los Mainas.

Mas, ¡oh falaces esperanzas de los mortales! Era ya llegado el tiempo

en que por juicios inexcrutables de la divina Providencia se había de cortar el hilo de tan fundadas esperanzas, deshacerse la rica tela y perder el trabajo de ciento treinta años con solo un golpe de política mal entendida, de pasión arrebatada y de ceguedad increible, sin entenderlo el piadoso monarca, sin conocerlo el rey católico y sin saberlo Carlos III, incapaz de una resolución tan bárbara, medianamente informado de los servicios de la Compañía en sus reinos, y más particularmente en las misiones, las cuales, como debían su fundación á los jesuítas, así no podían subsistir sin ellos en unas tierras donde el celo encendido de las almas, el desprecio de la vida, la mansedumbre apostólica, la pobreza en el vestido, la escasez en la comida, el destierro de los nacionales y la falta de todo emolumento y comodidad, han de acompañar necesariamente á los que quieran vivir en ellas y llevar adelante las conquistas con tanta gloria comenzadas. Pero la negra calumnia prevalece, la siniestra información se oye, es escuchada la mentira más vergonzosa y se consigue callando la verdad, y forjando mentiras á montones, una firma y un decreto de expulsión de todos los jesuítas de todos los dominios de uno y otro mundo del rey católico.

En el día 20 de Septiembre del año de 1767 llegó á lo interior de las misiones del Marañón la noticia de la ejecución de este decreto en los padres de la Compañía de la provincia de Quito, que vivían en sus colegios, con el aviso de que se haría lo mismo con los misioneros de Mainas. Verificóse en esta ocasión lo que se suele decir comúnmente: que corren á paso más acelerado las nuevas funestas que las noticias alegres. Pues siendo constante que al centro de las misiones tardaba, por lo regular, en llegar dos meses cualquier aviso desde la ciudad de Quito, el arresto de los jesuítas llegó tan apresuradamente que, al mes cabal de la ejecución funesta, se extendió por la mayor parte de los pueblos. Bien se deja entender lo sensible que sería tan tremendo golpe á los misioneros; pero como hombres apostólicos hechos á contrastes, persecuciones y trabajos, adoraron los designios y juicios del Señor, y no queriendo dejar pasar los pocos días en que podían ayudar á sus pobres indios, prosiguieron con el cuidado de los pueblos sin hacer novedad alguna, atentos solamente á ocultar á sus feligreses la fatal mudanza. Consiguieron tener oculta la noticia por tres meses, hasta que, á la vuelta de algunos indios enviados al Napo con canoas para transporte de los señores clérigos sucesores de los padres, se empezó á divulgar la cosa con visos bien diferentes, porque venía tan mudada la realidad de lo que había determinado la corte, que se llegaron á persuadir los indios que venían soldados de Quito para quitar la vida á los misioneros y para hacerlos á ellos mismos esclavos.

Fué tanta la turbación de los indios, que no pensaban en otra cosa que en retirarse á sus selvas, ojeando ya desde entonces los sitios más escabrosos é inaccesibles y convidando á los padres á que les siguiesen y se pusiesen en salvo de las violencias, porque ellos les asistirían y

mantendrían, agradecidos al bien que por tantos años y con tanto cariño les habían hecho. ¿Quién podrá contar las diligencias, exhortaciones y medios de que usaron los misioneros para contener á la gente, sosegarla y desengañarla? Consiguiéronlo al fin con el favor del cielo, aunque no con todos. Ni es de extrañar que en gente tan suspicaz hubiese algunos que, sordos á las cotidianas amonestaciones de perseverancia en los pueblos, escapasen á los montes temiendo mudanzas, opresiones, tributos y aun acaso una dura esclavitud, tan contraria á su libertad. Como no vinieron los clérigos hasta el Abril del año siguiente, tuvieron mucho que hacer los padres en circunstancias tan críticas y en un intermedio tan largo, prosiguiendo con las distribuciones regulares, celebrando las fiestas con la misma solemnidad que solían y aplicándose cada uno con singular empeño á dejar su reducción sólidamente establecida y arraigada en los ejercicios de la religión y prácticas cristianas.

No dejaron de suceder en este tiempo algunos casos bien particulares con que parecía dar á entender el cielo á los misioneros los muchos trabajos que por mar y tierra y en el mismo destierro les esperaban. Pondré dos de ellos que tengo bien averiguados. Estaba un misionero en oración por la noche delante de un devoto crucifijo que tenía en su aposento, y avivándosele la horrible persecución que por todas partes padecía su madre, la Compañía, y los muchos daños que de ella se seguirían en Francia, Portugal y España, rogaba á S. M. que la protegiese y amparase y pusiese término á tantos trabajos volviendo por su causa ¿Qué es esto, Señor?, decía. ¿Cómo permitís que triunfe el demonio y que se pierdan tantas almas? Llegó á tanto con sus quejas (que aunque santas y de buena intención, deben ir siempre conformes con la voluntad divina), que pareciéndole ya poca conformidad con las disposiciones del Señor, y que la oración declinaba en impaciencia y perturbación de ánimo, se levantó y abrió un libro en la mesa para divertir el pensamiento fatigado de los males que se le proponían. Luego leyó en el principio de la página por donde abrió escritas con letras mayúsculas estas palabras: *Desine me rogare cum tanta animi perturbatione, quia volo sanguine Societatis nobilitare ecclesiam meam.* Herido como de un rayo con estas palabras, se postró en tierra delante del Santo Cristo diciendo: Señor, hágase en todo vuestra santísima voluntad. Aquí está mi sangre, aquí mi vida, aquí cuanto soy y tengo de V. M., y prosiguió su oración en este afecto de sumisión, resignación y rendimiento á las divinas disposiciones.

Conforme ya del todo con la voluntad del Señor, se levantó de la oración y buscó en el libro las palabras que había leído, pero no era fácil encontrarlas porque no habían sido escritas por manos de hombres. Mas como le habían quedado tan impresas, volvió y revolvió por la mañana cuantos libros tenía en el aposento y no pudo hallarlas en ninguno, ni se acordaba haber leído jamás en libro alguno semejantes cláusulas. El caso estuvo oculto entre algunos misioneros, pero muerta ya la persona á quien se dijeron, me ha parecido publicarlas para nuestro consuelo.

Porque, ¿qué mayor gloria para los hijos de la Compañía ni qué mayor gracia les puede hacer su Capitán Jesús que escoger del mundo estos sus inútiles siervos, para rubricar y hermosear su iglesia con su sangre por medio del fuego de la persecución presente? Sea el Señor bendito para siempre, que no permitirá tantos males sino para sacar de ellos mayores bienes.

Más público y más auténtico fué el estupendo prodigio que sucedió en San Xavier de Urarinas delante de su misionero, el P. Mauricio Caligari, y en presencia de todos los indios del pueblo, no sólo en un día, sino en dos seguidos y á la misma hora. Miércoles de ceniza del año de 1768, como á las nueve de la mañana, avisaron los niños al P. Mauricio que temblaba y se movía notablemente la cruz grande de la plaza delante de la iglesia. Era costumbre de todos los pueblos poner en la plaza una cruz alta y gruesa y bien encajada en la tierra para que resistiese á los malos temporales y vientos furiosos con el designio de que los indios, divisándola desde lejos, la adorasen y saludasen á la vuelta de sus viajes. Salió el padre al aviso de los niños con un mozo llamado Mariano, y hallando ser verdad lo que se le decía, quedó atónito viendo temblar y bambolear aquella gran mole, cuando todo lo demás estaba inmoble. Juntáronse á la novedad los indios de todo el pueblo, pasmados del prodigio, viendo que ni había terremoto, ni temblaba la iglesia ni se movían las casas, y que sola la santa cruz se movía de un lado á otro y se cimbraba como si fuese una caña. Duró el movimiento como un cuarto de hora, para que todos fuesen testigos del singular prodigio. Paró, finalmente, la cruz, quedando derecha como antes, y el P. Mauricio, con los alcaldes y gente más respetable, se acercó con toda reverencia á ella para observar con cuidado si estaba bien fija, ó si había algún hueco ó hendidura en la tierra. Hallaron la cruz firme, la tierra unida, por todas partes tan tiesa y tan fuerte, que abrazándose muchos con el santo leño y haciendo cuanta fuerza pudieron juntos y á un impulso, estuvieron muy lejos de poder menearla. Mas asombrado el misionero, hizo que todos se pusiesen de rodillas y rezasen delante de la cruz las oraciones que le dictó su fervor y devoción. Después todos se volvieron á sus casas atónitos y pasmados de un prodigio que habían visto con sus mismos ojos y no acababan de creer.

Jueves siguiente, á la misma hora, comienza de repente la cruz á menearse con más fuerza que en el día antecedente, balanceando hacia los dos lados con mucho ímpetu. La gente, ya prevenida con lo que acababa de suceder el miércoles, estaba atenta y asombrada de una cosa tan singular, no acabando de entender tan prodigioso estremecimiento. Mandó el padre que todos se hincasen de rodillas, grandes y pequeños, hombres y mujeres, y que adorasen la santa cruz, hizo el acto de contrición, que repetían los indios en voz alta, y por último, ordenó que, viniendo con mucha humildad y reverencia por su orden, adorasen y besasen el santo leño que estaba inmoble, explicándoles cómo en otra cruz semejante ha-

bía muerto por nosotros Nuestro Señor Jesucristo. «Ya véis, les decía, cómo sin haber terremoto ha sucedido este prodigio dos días seguidos á la misma hora. El madero no tiene sentido para hacer por sí mismo ese movimiento. Luego sólo por mandato del gran Dios, á quien obedecen sus criaturas, se ha obrado esta maravilla, que nos avisa del arrepentimiento de nuestros pecados, y nos previene para trabajos y aun quizá nos anuncia muertes cercanas de algunos de los presentes.» Dados á los hijos tan saludables consejos, repitió la diligencia del día antecedente, observó bien toda la tierra alrededor de la cruz, reconoció los maderos, y se hizo la fuerza posible para menearla; mas la tierra estaba dura, la madera sin raya, hendedura ó división, y la cruz inmoble, alta y derecha como si no hubiera sucedido movimiento alguno.

Retiráronse los indios á sus casas, espantados del suceso, por dos veces repetidas; y el P. Mauricio, temiendo ser este aviso de su cercana muerte y prenuncio de los grandes trabajos de la misión, escribió al misionero de San Regis, que era á la sazón el P. Manuel Uriarte, todo lo sucedido en los dos días, pidiéndole que le dijese su sentir sobre cosa tan singular y prodigiosa. Respondióle el P. Uriarte en estos términos: «No soy profeta, padre mío, y el tiempo aclarará las cosas. Pero pienso que Dios nuestro Señor, en su pueblo de San Xavier, nos quiere avisar que la Compañía será combatida una y otra vez; mas así como la cruz quedó firme, volverá á afirmarse la Compañía en las misiones. Conque ánimo, padre mío, á padecer. Muchas cruces cargaron sobre San Xavíer, y las abrazó todas; abracemos nosotros ésta que se nos presenta. El santo vió en Europa, entre sueños, un indio atezado que le oprimía con su peso, mas se animó con la divina gracia á soportarlo; nosotros veremos en las Indias, estando despiertos, que nos quitan por fuerza la dulce carga de los indios, y que nos esperan más pesadas cruces en caminos, mares y en laEuropa. Esperemos, y abracémoslas con resolución y coraje, que la cruz de su pueblo que queda firme, alta y derecha, nos augura fortaleza de la misma, superabundante gracia para padecer constantes, y quizá volver otra vez á nuestra amada misión.» Así se animaban estos varones apostólicos á padecer cruces y trabajos por Jesucristo, el cual les prevenía para los muchos que les esperaban en el prodigio referido, que parece haberse repetido dos veces, y la segunda vez más sensiblemente que la primera, para significar, á lo que yo pienso, enseñado por el tiempo, no sólo la expulsión de la Compañía de los dominios de nuestros soberanos, pero aun la extinción de la misma religión, golpe, sin duda, más terrible y más sensible sin comparación á sus hijos, los cuales en silencio y esperanza mantienen su fortaleza, repitiendo entre tanto, *fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra.*

El P. Mauricio abrazó su cruz constante y la llevó con ejemplar tesón por cuatro años que le duró la vida, en cuyo tiempo fué participante con los demás misioneros de las estrecheces de la navegación, de las cárceles del Pará y de las reclusiones en el Palacio de Azeitao, y en el pueblo

de Santa María, y de todas las demás miserias y calamidades, que referiremos en este último libro, hasta que coronó gloriosamente su carrera en Augusta el año de 1772. Su mozo, llamado Mariano, que asistió con el padre al estremecimiento de la cruz, murió á poco tiempo antes de la salida de los misioneros del Marañón. Por lo cual parece que no engañó el pensamiento al P. Mauricio cuando sospechaba que también el temblor de la cruz, anunciaba la muerte cercana de algunos de los presentes.

Dejo, por no ser más largo en este capítulo, los terribles estruendos y bramidos que se oyeron en la misión en las alegrías de la Pascua de Resurrección, en que quiso el Señor acordar á los misioneros, como dijo á los discípulos de Emaús, que convenía padecer. Fueron tan espantosos y terribles, que los indios, atónitos, no sabían qué decirse; y aterrados, se miraban unos á otros, temiendo perecer todos, y el gobernador mismo de la misión, casi fuera de sí por la vehemencia de los truenos y estampidos, escribía á un misionero que le parecía llegarse el fin del mundo. Todos estos asombros los causó la erupción terrible del cerro Cotopaxi, distante de la misión casi trescientas leguas. ¿Qué se sentiría á su falda y en sus cercanías? Como los clérigos y comisionados estaban ya en camino para la misión, no pudieron dar á los padres razón particular de los estragos de aquel Etna ó Vesubio. Pero se ha sabido por cartas que las ruinas, daños y estragos fueron inmensos, arrasando el ímpetu de la materia bituminosa, casas, molinos, haciendas y cuanto encontraba, de manera que hubo particular que perdió sesenta mil ovejas. Díjose que en Quito y en Tacunga, hubo tres días de noche por la mucha ceniza de que se cubrió la atmósfera, y que los habitadores del contorno de Cotopaxi, dejando sus propias tierras y haciendas, se habían ido á establecer lejos de este monstruo.

CAPITULO II

LLEGAN AL MARAÑÓN LOS COMISIONADOS PARA LA INTIMACIÓN DEL REAL DECRETO, CON LOS CLÉRIGOS DESTINADOS Á SUCEDER Á LOS PADRES

El Sr. D. José Bazave, comisario de la ejecución del decreto de su majestad católica, entró con los primeros clérigos en el gran río Marañón á fines de Abril de 1768, y á poco tiempo llegaron los restantes con el señor vicario y visitador D. Manuel Echeverría, canónigo de la santa iglesia catedral de Quito. Debía el primero intimar á los padres la expulsión de las misiones y prevenir su viaje; el segundo, traía la incumbencia de repartir á los clérigos por los pueblos de la misión, y dejar, de acuerdo con los padres, asentadas las cosas de manera que no echasen de menos los indios á sus antiguos misioneros y se acomodasen con los nuevos, los cuales debían gobernar á la gente sobre el mismo plan que sus antecesores. Y para que se extrañase menos la mudanza, venía ves-

tida la mayor parte de los clérigos de sotanas de jesuítas, tomándolas de las que tenía prevenidas el procurador de la misión para enviar á su tiempo á los padres misioneros.

Empezaron su comisión estos dos señores por el pueblo más bajo del Marañón, y prosiguieron sin más detención que la precisa por los demás pueblos de este río, intimando á cada misionero en particular, el decreto real de expulsión de los dominios de España ; y haciendo un inventario de las alhajas de la iglesia y casa del misionero, tomaban después posesión de la reducción los nuevos misioneros; pero de un modo particular que no creo haberlo practicado ninguno de los vireyes, presidentes, gobernadores ni comisionados del arresto. Intimábase á los señores clérigos en el acto de posesión, un orden estrecho del señor obispo y presidente de Quito, de que en medio de ser ya curas de los nuevos pueblos, tuviesen entendido que hasta la salida de los jesuítas, les debían dejar el gobierno espiritual y económico de la misma manera que si ellos no se hallasen en las reducciones. Porque en tanto que perseverasen los padres, á ellos sólo tocaba atender con diligencia y observar con cuidado el método que tenían los misioneros en la doctrina, dirección y gobierno de los indios, el cual debían practicar después generalmente en todos los pueblos sin mudar un ápice de lo establecido en las misiones. Este concepto tan ventajoso se habían merecido los padres, y en su misma ruina y destrucción se aprueba su acertada conducta con los indios, y se da testimonio claro de su gobierno paternal, de su desinterés y de su fidelidad al monarca.

En tan extraña mudanza fué grande la confusión y consternación de todos. El gobernador de la ciudad de Borja, como práctico de aquellas tierras, y que conocía mejor que otros la calidad de los indios, estaba resuelto á dejar el empleo. «Todo se pierde sin remedio, decía á los comisionados; ni son los clérigos, hechos á sus comodidades, para mantener, no digo llevar adelante, unos establecimientos que se han fundado á costa de continuas fatigas y de increíbles trabajos con peligros de la vida en agua y tierra, con extrema pobreza y con un desinterés generoso; ni los han conservado los padres sino dando á los indios cuanto les viene á las manos, tratando con cariño, mansedumbre y fidelidad á gentes de tan corto entendimiento y de una natural desidia, y no se mueven de un sitio sino á costa de ruegos, acompañados de regalos y donecillos, en que ciertamente no serán pródigos los sacerdotes que vienen en la persuasión firme de las riquezas, que abrigan en sus entrañas estas tierras faltas casi de todo, fuera de unas pocas yucas, plátanos y granos de maíz. Yo no quiero ser responsable á la pérdida que veo, ni conservar los títulos y nombramiento de mi gobierno.»

Los indios hablaban sin temor ni respeto, diciendo abiertamente que en el punto mismo en que saliesen los padres de sus pueblos, escaparían á los montes sin querer admitir otros misioneros que los padres de la Compañía que los habían criado, y cuya humanidad y buen trato tenían

conocido y experimentado. Y como vieron en algún otro clérigo, desde los principios, ciertas señales de codicia y un modo imperioso de mandar y hacerse obedecer, se confirmaban en su primera resolución. Los indios Panos, como tan antiguos en la misión, recibieron el golpe con alguna moderación, y prevenían los ímpetus de los más nuevos, diciéndoles: «Esperemos á que nuestro misionero salga del pueblo, pues no lo podemos impedir, y él mismo nos exhorta á la paciencia y conformidad. Pero después iremos á Quito con estos clérigos que dan señales bien claras de no querer estar con nosotros, y suplicaremos al señor presidente de parte de todos los nacionales de la misión, que nos vuelva presto el rey nuestro señor nuestros amados padres. Si esto se consigue, proseguiremos como hasta aquí, mas si no vienen en la demanda, entonces es el tiempo de escapar todos. Poco fruto hacían los Panos con estos discursos, ni podían apartar de su determinación á los demás indios naturalmente tímidos y por extremo suspicaces.

Pero qué diremos de la mayor parte de aquellos buenos clérigos, que hallándose burlados y sin la esperanza de adelantar en sus intereses, como muchos se habian figurado, «¿dónde están, decían las minas de oro tan cacareadas en Quito? ¿Dónde la cera blanca que se recoge á quintales? ¿Dónde el cacao, el azúcar y la canela? ¿Dónde los tesoros de las ricas misiones? ¿Dónde la plata, dónde el oro, dónde las riquezas traídas de Portugal? No se ve sino miseria, necesidad y hambre. Las casas pobres y estrechas, los alimentos estirados, el terreno estéril, sin más compañía que las de unas peñas escabrosas y de una gente brutal y sin entendimiento. ¿Quién nos sacará de este infierno? Ninguno sin duda, sino nosotros mismos, que usando del derecho natural de conservación de nuestra vida, nos volveremos como pudiéremos á Quito, para evitar una muerte cierta á que no tenemos obligación ninguna de exponernos. Sólo una cosa se encuentra que pueda llevar la atención, y es la fábrica de las iglesias, su adorno y los preciosos ornamentos, que han recogido los padres tratándose con estrechez y pobreza, y empleando en el culto divino los pesos que les alargaba su majestad. Pero esto lo pueden ejecutar unos hombres apostólicos escogidos de Dios y desterrados voluntariamente de sus tierras, para plantar y extender el Evangelio en un país lleno de peligros de la vida, ya de parte de estos hombres montaraces, ya de parte de tantas fieras y animales venenosos, y, finalmente, del agua, del temple y de la tierra».

Con una experiencia tan contraria á lo que hubieran pensado, no extrañará ninguno que de treinta clérigos, ordenados los más de ellos tumultuariamente con el fin de suceder en el empleo á los misioneros del Marañón, diez de ellos se volvieron inmediatamente desde la misma entrada de la misión á la ciudad de Quito, conociendo desde luego que no podían soportar los trabajos del ministerio en una soledad y destierro lleno de penalidades, miserias y peligros. Los otros veinte, se fueron distribuyendo por los pueblos, para que aprendiesen de los padres el modo

de tratar con los indios, y el gobierno político y cristiano que debían llevar adelante. Mas, ¿cómo era posible hacerse de repente á las fatigas de tan penoso empleo, que sólo hace suaves y llevaderas la unción del Espíritu Santo, unos sacerdotes sin vocación del cielo, y que venían con disposiciones tan contrarias al oficio en que les ponían?

No sólo el gobernador, los indios y los clérigos se hallaban tan consternados y confusos, pero aun los padres mismos, estremecidos al terrible golpe, necesitaban de esfuerzo y de consuelo. Halláronle en el Señor, á quien se volvieron, y adorando los juicios de su providencia se pusieron en manos de su divina Majestad, y se esforzaron á cumplir de su parte con todo lo que les pareció necesario para la perseverancia de unos pueblos que tantos sudores habían costado. Su principal cuidado en esos seis meses fué, no sólo atender á los indios, mantenerles en el pueblo y exhortarlos á la perseverancia después de su partida, sino también consolar á los clérigos, esforzarlos, animarlos y enseñarlos. Y como los indios estaban tan inquietos y deseosos de escapar á los montes, y los clérigos tan tristes y melancólicos á la vista del peso y carga que les esperaba, ya se deja entender cuáles fuesen los cuidados y fatigas de los misioneros, que reprimiendo en su pecho el vivísimo dolor de haber de dejar á sus indios y el temor demasiadamente fundado de la ruina de las reducciones, acudían á todas partes y se valían de mil invenciones, así para aficionar á los indios á los nuevos padres espirituales, como para aligerar la carga á éstos para que no se acobardasen con el peso.

Basta para prueba lo que hizo el misionero de San Regis, pueblo respetable, con un clérigo antiguo, como de cincuenta años, que pusieron en esta reducción. Moríase este buen sacerdote de tristeza y de melancolía. «¡Ay de mí, desdichado! decía hablando con el padre; ¡ay de mí; yo no puedo vivir en estos desiertos solo! Me muero, padre mío, de melancolía. No hay para mí consuelo, no hay alivio.» Y diciendo esto se ponía á llorar como si fuese un niño. Animábale el padre, y le exhortaba á que se emplease en alguna cosa, y á que divirtiese el pensamiento, porque dentro de dos años le sacaría el obispo, como había prometido, y le atendería en la oposición á otros lugares ó curatos, como se portase bien en las misiones. Dos años, le decía, presto se pasan, y ya van algunos meses: ofrezca á Dios estos trabajos, y aplíquese á cuidar de estos pobres indios con cariño como yo lo hago. Repase el *Moral*, porque pueda entrar con seguridad en los exámenes, que yo le ayudaré mientras esté en el pueblo. «¡Ay, padre, respondía el buen clérigo; Dios le pague tanta caridad, pero estoy muy olvidado del latín para entender los cánones del sínodo de Lima, y mucho más los del Concilio de Trento. Para el *Moral* ya tengo Larraga, y éste me basta por ahora en castellano.» Viendo esto el misionero, se determinó en hacer escuela con el clérigo, y en una hora por la mañana y en otra por la tarde, le fué diciendo en castellano los cánones de uno y otro concilio para que los entendiese.

En las prácticas de la misión y en el modo de tratar con los indios, ha-

llaba mucha dificultad el buen clérigo; porque hecho á vivir á su modo, no sabía ni acertaba á disimular con los indios y á pasar por sus groserías: dábale en rostro la comida pobre, y no podía entrar en la tarea penosa de instruir rudos, visitar enfermos y hacerse todo á todos para ganarles las voluntades. Hacía cuanto podía el misionero con razones, palabras afables y con ejemplos, para que entrase suavemente en el oficio, y viese con sus ojos que no era imposible, sino hacedero, lo que se le figuraba tan dificultoso. Y á la verdad, si no pudo conseguirlo todo, dejó á lo menos las cosas asentadas, al clérigo medianamente instruído y á los indios pacíficos y sosegados, con alguna esperanza de firmeza y perseverancia de aquella reducción. Esto mismo practicaron otros misioneros en sus pueblos con los clérigos, cuya instrucción tomaron muy á pechos deseosos de adelantar la obra de Dios y de que se hiciesen á los indios aquellos sacerdotes. Mas según las noticias que de aquellas remotísimas regiones y tierras hemos tenido en Italia, poco asiento hicieron en los pueblos los nuevos misioneros, y no parece que probaron mucho mejor los religiosos que les sucedieron, quedando el extendidísimo campo de las misiones un erial horroroso y sin cultivo. Estos fueron los frutos y ventajas de la mudanza de los padres, el abandono de tantos indios y la pérdida de una cristiandad, que tantos años de cultivo, aplicación y trabajo había costado á la Compañía de Jesús.

CAPITULO III

SALEN LOS PADRES DE SUS PUEBLOS Y ENTRAN EN EL DOMINIO DE PORTUGAL PARA HACER SU VIAJE BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS PORTUGUESES

No había concluido el arresto de los misioneros D. José Bazave en las reducciones más remotas, cuando recibió en San Joaquín de Omaguas en el 31 de Julio de sesenta y ocho, día consagrado á San Ignacio de Loyola, padre y fundador de la Compañía, un pliego enviado del presidente de Quito en que le comunicaba el orden que acababa de recibir de la corte, para que los misioneros del Marañón fuesen enviados á la Europa por la vía de Portugal. La razón de esta resolución de parte de los ministros de España, parecía ser que haciendo los padres su viaje por agua, sería más cómodo y se excusarían los muchos gastos, peligros y trabajos en que incurrirían necesariamente por cualquiera otro camino. Pero levantando más la consideración, quería también su padre San Ignacio que los misioneros del Marañón español, bebiesen algo del cáliz que estaban apurando hasta las heces los misioneros del Marañón portugués, en las cárceles tenebrosas de San Julián. Para dar el comisionado entero cumplimiento al orden que se le daba, se determinó á concluir con apresuración el auto y ejecutar la mudanza de misioneros con la brevedad posible. Envió á los pueblos más distantes y retirados que no había co-

rrido, á los clérigos mismos con cartas en que al mismo tiempo que ordenaba á los padres la entrega de los pueblos, les señalaba también el día preciso en que debían venir á San Joaquín de Omaguas, y estar prontos para pasar á los dominios de Portugal.

Obedecieron puntualmente los misioneros, y como tenían ya prevenidos los indios y bien amonestados sobre la obediencia que debían tener á su majestad católica que mandaba la mudanza, hicieron con mucha paz la entrega de las reducciones á los nuevos clérigos, encargando á los indios con especial cuidado la obediencia y rendimiento á sus padres espirituales que miraban por ellos y los cuidarían de la misma manera que habían sido atendidos de los jesuítas. Todos tuvieron el consuelo de dejar quietos y sosegados á los indios, bajo la dirección y cuidado de sus sucesores. Solo el P. Andrés Camacho tuvo el dolor y sentimiento de ver con sus mismos ojos, arder las casas de los Muratas, que no pudiendo disimular la pena de que les quitasen su misionero pusieron fuego al pueblo y escaparon á los montes.

Hecha ya la entrega de las reducciones, salieron de ellas los padres, unos después de otros, según las diferentes distancias, y enderezándose al pueblo de la reseña nombrado del comisario, tomaron también sus medidas, que por una especie de prodigio llegaron á San Joaquín los doce que se esperaban en el mismo día de 28 de Octubre y á la misma hora de la mañana. Hallaron en el pueblo otros tres sujetos, que con otros cuatro padres que se debían juntar en el camino antes de la entrega en Portugal, cumplían el número de diez y nueve misioneros, y eran los siguientes:

P. Francisco Aguilar, superior de los misioneros.
P. Leonardo Deubler.
P. Adán Vidman.
P. Xavier Veigel.
P. Manuel Uriarte.
P. José Palme.
P. Carlos Albrizi.
P. Dionisio Ibáñez.
P. Pedro Esquini.
P. Pedro Berroeta.
P. Francisco Xavier Plindendorffer.
P. Martín Schoveina.
P. Andrés Camacho.
P. Mauricio Caligari.
P. José Vahamonde.
P. José Montes.
P. Juan Saltos.
P. Segundo del Castillo.
P. Pedro Shonemán.

Los Padres Xavier Crespo y P. Juan Ullauri que cuidaban de la ciudad de Lamas, los PP. Francisco Zamora y José Marchat, que atendían á los de Archidona y del puerto de Napo, y finalmente los PP. José Romey y Juan Ibusti, misioneros de los Encabellados, habían pasado á Quito antes que llegase el orden del señor presidente, y por el consiguiente no pudieron ser comprendidos en la nueva determinación que se tomaba.

Después de un corto viaje desde San Joaquín á San Ignacio de Pevas se hallaban ya en este pueblo los 19 referidos padres. Fué necesario dete-

nerse en esta reducción por algunos días, para recoger víveres y hacer algunas provisiones hasta la entrega en los dominios de Portugal, porque solos los indios empleados en manejar diez y ocho canoas que llevaban á los padres, y un barquito en que iba el comisionado, pasaban de doscientos hombres. Recogidos los bastimentos que se pudieron haber en aquellas tierras miserables, salió la armada naval de San Ignacio en el día 7 de Noviembre, y á dos días de navegación tomó el puerto de Nuestra Señora de Loreto, último pueblo de la misión y rayano de Portugal. ¿Quién podrá explicar con palabras los vivos sentimientos de los misioneros al dejar atrás el río Napo y al arrancarse de sus amadas misiones? Allí dejaban su corazón adonde tenían su tesoro, y les llevaban el alma aquellos pobres indios que habían sido sus delicias. No pudo menos de ser ésta una división dolorosísima, y ya que no acierto á decirla, dígala por todos ellos el P. Manuel Uriarte, que así la pinta en sus apuntaciones.

«Bañado en lágrimas, dice, extendía cuanto podía la vista por el Napo arriba, y me desahogaba diciendo: ¡Adiós, adiós Napo, primicias de mi mi apostolado, y por qué no me dejaste sepultado en tus orillas en el tiempo de tus rebeliones, ó á lo menos sepultado en tus aguas de San Miguel y de Rumituñisca! ¡Oh mil veces dichoso venerable P. Francisco Real, que mereciste dejar á la violencia de las macanas tu mismo cuerpo por firme columna de la misión! ¿Quién me diese que el mío quedara en tu compañía sin salir jamás del lugar que escogí para mi descanso! ¡Adiós, adiós riquezas mías, más que las minas de oro que arriba tributas? ¡Adiós mis hijos primogénitos Aguaricos, Guayoyas, Uncuyes, Ancuteres, Payaguas y Tiriries! Veo mis grandes pecados por los que os he de dejar, y quizá no os volveré á ver en ningún tiempo. ¡Oh cruda, oh durísima separación! ¡Oh Nombre Santísimo de Jesús, mi primer pueblo! ¡Oh Nombre de María, el segundo! ¡Oh San Luis Gonzaga, el tercero! ¡Oh San Javier de Icaguates, el cuarto! ¡Oh San Miguel, mi anejo, que fuistes el quinto, y tú San Pedro de Payaguas, el sexto! Interceded ahora más que nunca con todos los ángeles custodios por estos desamparados, redimidos con la sangre del Cordero, y reprimid las furias de los demonios que no vuelvan á tomar posesión de tantas almas, libres ya de esclavitud y cautiverio.» Así se explicaba este celoso misionero, que miraba con más pena aquella terrible división de sus indios, que si el alma se le separase del cuerpo.

Mandó hacer alto el comisionado en las tierras hasta que llegasen del río Negro los barcos portugueses, en que debían bajar los misioneros hasta el gran Pará; pero no viniendo noticia de su arribo, tuvo después por conveniente acercarse á la Villa Real de San José, de Yavari, primer pueblo de Portugal, adonde entraron las canoas el día 12 de Noviembre. En esta Real Villa, frontera de España, sin muralla y sin castillo, y sin una pieza, tenían los portugueses como unos quince soldados, que por turno hacían guardia en el cuartel y centinela en el puerto. Era de admirar los pocos indios que se hallaban en el pueblo, tan bien poblado antes, cuando con nombre de San Javier (pues le mudaron hasta el nom-

bre), le regía, instruía y gobernaba su primer fundador el P. Manuel de Santos. Pero arrestado el año de 59, y sepultado ahora en las cárceles de Lisboa, estaba el lugar hecho un esqueleto, sin más alma que los pocos soldados y otros tantos indios, que no tenían de que sustentarse sino de lo que les venía de San Pablo. Debieron nuestros misioneros muchas atenciones á la poca gente que hallaron en la Villa, y señaladamente al capitán europeo y al vicario criollo, el cual les franqueó la iglesia para decir Misa, única pretensión de los padres y para decir en ella las letanías acostumbradas en la Compañía.

La fábrica de la iglesia estaba levantada de prestado, por haber dejado arruinar la que había fabricado el P. Santos. No habían quedado en ella sino dos estatuas de San Ignacio y San Xavier, y sin diademas, acaso por ser de plata las que tenían. Con estar dedicada al Patriarca San José, no se veía en ella ni estatua, ni pintura del glorioso Santo. Lastimado de tanto descuido y abandono, uno de los padres misioneros se entretuvo en estos días de detención en formar de cartón y de papel dorado que por casualidad llevaba en un libro, diademas á los santos, que en tanta pobreza agradecieron el afecto y buena voluntad de su hijo. Fuera de de esto, halló entre los compañeros una estampa del gloriosísimo Patriarca San José, y la colocó con mucho gusto y devoción en su iglesia. Parece que los santos se dieron por agradecidos á esta buena obra del misionero, pues por su medio se impidió la violación de la iglesia y se socorrió á una pobre india. Estaba dicho padre una noche en la iglesia, y sin lámpara, porque no había Sacramento, encomendándose á su Majestad, cuando un desaforado soldado entró en ella arrastrando por fuerza á una india que se resistía cuanto podía á su mal deseo. Notólo el padre, que, arrastrado del celo de la casa de Dios, dió un gran grito al soldado, diciéndole: ¡Oh perverso, qué haces! A esta voz, como si fuese un trueno, huyó espantado el sacrílego soldado, y quedó libre la pobrecita india de aquel desalmado. Avisó al vicario de la desvergüenza, y éste se excusó diciendo haber dejado abierta la iglesia en atención á los padres que hallaban en ella su consuelo; y que por haber querido su antecesor carmelita, atajar un desorden de un soldado, le había éste puesto un puñal á los pechos, y el fraile se había retirado al Pará. Estaba en realidad el vicario desazonadísimo con los soldados, y repetía: «Soldado y diablo, todo es uno. Sólo los padres jesuítas, añadía, tenían arte y maña para contenerlos y echados éstos en las cárceles por traidores á la corona ha descubierto el ministro en esta prisión la mayor traición al rey fidelísimo.»

Como no hubiese noticia alguna de los barcos que se esperaban, después de diez días de detención en la villa, hubo sus diferencias entre el comandante de la plaza y el señor Bazave. Quería éste pasar al pueblo de San Pablo como más principal en donde debía hacerle la entrega de los padres. Pero se oponía con tesón el portugués diciendo que nunca vendría en ello mientras no le constase del permiso de su gobernador

inmediato, que residía en el río Negro. Desatinado Bazave por la constancia del comandante, lo amenazaba con volver á los misioneros por la vía de Quito, añadiendo que sabría muy bien dar cuenta de su proceder y exponer las quejas en la corte de Lisboa. En medio de estas altercaciones, llegó en el día 23 la noticia de que las barcas deseadas venían á toda prisa Marañón arriba, y que llegarían á la villa de Olivenza ó San Pablo en el día 4 ó 5 de Diciembre; con esta nueva se dejó doblar el portugués, y vino en que bajasen los padres á dicha villa, donde entraron en el 28 de Noviembre antes de ponerse el sol.

Fueron recibidos los misioneros con mucha urbanidad de los portugueses, pero notaron mucho el recato que observaron en este pueblo con ellos, de manera que un religioso carmelita que estaba cura de otra población más abajo, habiendo subido á San Pablo con el pretexto, como decía, de reconciliarse, aunque en realidad había venido para ver, hablar y abrazar á los padres, procuró visitarlos de noche y con mucha reserva. Al abrazarlos este buen religioso, sin poder contener las lágrimas que le caían de sus ojos, decía al oído de cada uno de los padres estas palabras: «Padres de la Compañía de Jesús.» No caían en cuenta los misioneros por qué repetía tanto aquellas palabras ; pero el religioso daba á entender en ellas que de ninguna manera asentía á las órdenes de un oidor, que con título de visitador, había corrido aquella provincia y fijado en las puertas de las iglesias un edicto, que, entre otras cosas, prohibía á los súbditos de su majestad fidelísima dar el nombre de padres de la Compañía de Jesús á los hijos de San Ignacio. Leyeron después los jesuítas este decreto fijo en la puerta de la iglesia, en el cual se prohibía á todo portugués tratar directa ó indirectamente con algunos de los llamados de la Compañía de Jesús, sopena de ser tenidos y juzgados por reos de lesa majestad, por ser dichos padres enemigos declarados de la corona. Leído tan infamatorio decreto, se acordaron de los apóstoles que *ibant gaudentes a conspectu concilii*: y alegres y alentados con este recuerdo, se animaban á padecer algo por Jesucristo, que se dignaba hacerlos en algo semejantes á sus apóstoles. El director de la villa, que era como corregidor, hospedó á los misioneros en su propia casa, y se fué á vivir entretanto á una fragua miserable de un herrero, pareciéndole justo hacer este obsequio á los padres, á quienes estimaba de corazón. Y como debía correr con su agasajo, por razón del empleo, tuvo muchas ocasiones de tratar con ellos en que mostraba siempre singular agrado, ternura y cariño que daban bien á entender el afecto que les tenía. Los demás portugueses conocían muy bien la inocencia de la causa, pero solo se explicaban con acciones y medias palabras.

Llegaron, por fin, los barcos el día después de San Juan, con un destacamento de granaderos, que se reducía á doce soldados, un cabo, un alférez y un capitán, el cual venía con todos los poderes de comisario de parte de Portugal para hacerse cargo de la entrega de los misioneros hasta el Pará. Dirigióse el capitán con sus soldados á la casa del direc-

tor, y salieron los padres á la puerta para recibirle con sumisión y decoro. Reconocido el padre superior, á quien hicieron un grande cumplimiento, pronunció con marcialidad y despejo una larga y estudiada arenga, cuya suma era que venía con los suyos á ofrecer á los misioneros lo que necesitasen y pidiesen, asegurándoles que ésta era la mente de su rey fidelísimo, y que ellos estaban allí prontos á servirles en todo. Advirtiólos también en que si alguno se desmandase en hacerles la vejación más mínima, ya fuese de los soldados, ya de los indios, le diesen pronto aviso para poner el remedio con el castigo de los delincuentes. Agradeció el superior, en nombre de todos, las ofertas del capitán, el cual, al despedirse con sus soldados, hizo que el cabo de escuadra fijase su alabarda en la puerta de los padres en señal de posesión. Dióse por ofendido, como era razón, el comisario español de una demostración tan fuera de tiempo, y además de echar por tierra por medio de un indio la insignia de la pretendida posesión, se quejó amargamente con el capitán, diciéndole que si empezaba antes de tiempo con aquellas demostraciones ó pensaba llevar á los padres como presos y con centinelas, se volvería con ellos por las montañas de Quito, lo que haría muy fácilmente atenta la docilidad y obediencia que había experimentado en ellos, pues sin escolta de bayonetas y sin ayuda de soldadesca les había conducido á todos á aquel lugar. Y sobre todo, que tuviese entendido que no sufriría en manera alguna que se pusiesen centinelas á los padres, ó se practicase con ellos la menor señal de prendimiento, particularmente antes de una entrega formal y legítima, sin la cual no estaban autorizados los portugueses para disponer de los padres. Con estas palabras dichas del comisario español con resolución y valentía, se retiró el capitán y no pensó en hacer cosa alguna con los misioneros hasta que legalmente se le entregaron.

CAPITULO IV

ENTREGA DE LOS MISIONEROS AL CAPITÁN PORTUGUÉS Y NAVEGACIÓN HASTA EL GRAN PARÁ

Mientras los padres se hallaban en un estado de indiferencia, que ni bien pertenecían al comisario español ni estaban todavía al cargo y cuidado del capitán portugués, no dejaban de tener sus cuidados y recelos por las muchas cosas que les venían al pensamiento, sobre lo sucedido en Portugal con sus hermanos. Más solícito que todos el superior Aguilar temiéndolo todo, y no se fiando de ninguno, se informó por sí mismo de lo que llevaban sus súbditos y dió un orden cerrado para que se quemasen cuantos papeles traían. Ellos eran en realidad inocentes y se reducían á las apuntaciones de los padres sobre los sucesos de sus pueblos, ó á cosas tocantes á las diversas lenguas de la Misión. Pero el orden se ejecutó

puntualmente, y nosotros nos vemos privados de varias noticias que no hemos podido encontrar por más que las hemos solicitado.

Llegó finalmente, el día 8 de Diciembre, consagrado á la celebridad de la Purísima Concepción de María Santísima, en el cual debía hacerse la entrega de los jesuítas á los señores portugueses. Dispusieron los comisionados por la tarde un gran circo de bancos, en que hicieron sentar por su antigüedad á los diez y nueve misioneros: en la testera se puso una mesa, á la cual se sentó en primer lugar el capitán portugués, el comisario español enfrente, y á los lados el cabo de escuadra que hacía de escribano y los testigos de la entrega, que venían á ser dos mestizos y otros tantos indios. Todo el teatro estaba rodeado de soldados, puestos á trechos, con sus bayonetas caladas. Dispuestas así las cosas, mostraron los comisionados los poderes de enviados, uno para entregar á los padres y otro para recibirlos á su cuenta, y conducirlos hasta el Pará. Fueron después llamando por su nombre á cada uno de los misioneros y leyendo en público una lista de su ropa, trapos y trastecitos, le despedían del congreso, hasta que recogiendo las cosuelas de los demás concluyeron con todos. Quedóse el español con los portugueses para formar los papeles y hacer los testimonios de su entrega. Hízose uno en lengua portuguesa y otro en lengua castellana, firmados ambos así de los dos comisionados como de los cuatro testigos que, al fin, sabían formar las letras de sus respectivos nombres y apellidos.

En el día siguiente, fueron acomodando el bagaje en los barcos prevenidos, y como á medio día fueron bajando los padres al puerto para embarcarse, acompañados del director de la villa, que se deshacía en lágrimas y del vicario que había mostrado con ellos varias atenciones. Seguíanle los demás portugueses é indios con gran silencio, que sólo interrumpían las muchas lágrimas que derramaban, al ver en aquel estado unos hombres, tan venerables por sus años y por sus empleos de misioneros. El señor Bazave, pretendía embarcarse con los padres, y acompañarlos hasta el Pará con el título de asistir á algunos de ellos que iban enfermos. Más los portugueses celosos en esta materia, estuvieron tan lejos de venir en ello, que ni aun le permitieron detenerse un día en el pueblo, por orden que tenían de no consentir en el dominio del rey fidelísimo á ninguno de los conductores. Lloraba, el buen, señor sin consuelo y volviéndose á los padres, cuya piedad y moderación habia experimentado en el viaje, les suplicaba humildemente que rogasen á Dios por él para que le diese gracia para hacer una confesión general. Parece que el corazón le anunciaba la muerte repentina que le aguardaba, pues se supo después por cartas de Quito, que no mucho después de su vuelta, le habían quitado la vida de una estocada. Volvierónse los indios de la misión con el señor Bazave y dejaron de oir los padres el nombre de *Padrecunapae* con que le apellidaban, que quiere decir *ladrón de padres.*

Repartieron á los misioneros en tres barcos, diez en uno, seis en otro, y en el tercero, en que iba el alferez, otros tres. El capitán caminaba solo

en su barco, á quien seguían siempre una barca grande con fogón y cocina, donde se guisaba la comida, que se sirvió siempre en abundancia y bien aderezada, hasta el Pará. Admirábanse los padres de las pocas y pequeñas poblaciones que descubrían en su navegación, cuando pocos años antes, eran un hormiguero de gentes las riberas del Marañón; que estas ventajas trajo también á la corona de Portugal su ministro con la prisión de sus antiguos misioneros. Acercábanse los barcos á estos pequeños pueblecitos, y sólo se detenían en sus puertos el corto tiempo que era necesario para meter en ellos las provisiones de víveres prevenidos por orden del gobernador del río Negro. A ninguno le era permitido salir de las embarcaciones, aun en parajes despoblados. Una vez sola dió permiso el capitán para que saliesen los padres de los barcos, mas sucedió un contratiempo que cerró la puerta para la segunda. Dióle mientras estaban los padres en las riberas, mal de corazón á un soldado, sujeto á este trabajo y con las convulsiones fuertes que lo agitaban, se arrojó al río, en que hubo de perecer miserablemente. Sacáronlo finalmente casi ahogado, y quiso el Señor que volviese en sí con el humo de tabaco aplicado á las narices. Con este caso desgraciado, quedó el capitán tan arrepentido de la facultad que había dado, que llamando al superior, le intimó aunque con mucha mesura en el modo, que en adelante ninguno saliese de su puesto, si no fuese por alguna necesidad corporal, y esto, en el tiempo solo, en que los barcos aportasen para recibir la comida, y no en otro alguno y con la condición de que, volviese puntualmente á su sitio el que por semejante causa se viese precisado á salir. De esta manera pretendía el capitán una cosa bien dificultosa, queriendo reducir á arte, tiempo y hora la necesidad indispensable de la naturaleza, que llama cuando quiere y avisa cuando le parece, según la calidad de alimentos y las diversas facultades nutritivas.

En las molestias de la navegación, no experimentaron los Padres el trabajo de los mosquitos que la suelen hacer bien penosa en aquellos ríos. Admirábanse los soldados y los indios que jamás habían experimentado aquel alivio, y atribuían esta gracia á la carga que llevaban en los barcos. Pero si el cielo se mostraba con ellos tan benigno y les quitaba esta carga, á la verdad, penosa, el padre superior les puso otra sin comparación más pesada. Esta fué la distribución diaria que entabló en los barcos por todo el tiempo de la navegación. En cuarenta días y cuarenta noches, que duró el viaje hasta el Pará, bogando los indios á toda furia y ayudados los barcos de las corrientes, observaron siempre los misioneros las distribuciones siguientes: Al mismo apuntar el día, y antes de las cinco de la mañana, se daba aviso con una campanilla para levantarse. Pasada media hora, se hacía señal para la oración mental, que duraba conforme á nuestra costumbre una hora entera. Concluida ésta, se rezaba de comunidad el Itinerario, y el superior celebraba la Misa, que no omitió día ninguno, y gozaban de ella nueve misioneros, que iban en su mismo barco; los demás tenían á bien oirla mentalmente y de memoria, fuera de

los días de fiesta en que juntos los barcos, oían la misa todos los de la comitiva.

A la refección del alma, seguía la del cuerpo, que se reducía á una jícara de chocolate con su tortita de harina de yuca brava. Hácense estos panecillos de cierta raíz que, podrida en agua, seca, y molida y reducida á polvo, da una especie de harina de que se forman unas tortillas bastantemente buenas. Llámanla yuca brava, por ser muy diferente de la otra yuca común que servía como de pan en toda la misión, con sola la diligencia de asarla conforme se sacaba de la tierra. Lo que no se puede ejecutar con la yuca brava, por ser un finísimo veneno el que se saca de ella podrida y exprimida, mas reducida á polvo y bien molida pierde indefectiblemente todas las malas cualidades. Después de este desayuno que tomaba cada padre en el sitio destinado para descansar, rezar y estudiar, se decían las horas y se oraba, ó se leía, ó se estudiaba según la devoción de cada uno, sin ser permitido á ningún misionero hablar la más mínima palabra aun entre ellos mismos. Tan riguroso silencio se guardaba, que jamás le observaban con mayor estrechez los cartujos más ajustados. Media hora antes de comer, se hacía señal con la campana para las letanías de todos los santos, y se empleaba el último cuarto en el examen de conciencia. En tiempo de comer se juntaban los barcos, de manera que, los sirvientes pudiesen pasar fácilmente de uno á otro y llevar las raciones correspondientes á los padres, los cuales estaban atados á su purgatorio, sin serles permitido levantarse del sitio y proseguían con su candado en la boca, aun cuando la abrían para comer, leyendo entre tanto la Biblia uno de los misioneros, entretanto que duraba la comida. Dicha la acción de gracias se saludaban los padres unos á otros y se desahogaban por una hora, según la costumbre de los colegios. Más á la hora puntual se hacía señal de retiro á silencio, que servía de siesta ó de descanso.

A poco tiempo se tocaba á levantar de descansar, lo que se ha de entender *per fictionem juris* porque todo el descanso, se reducía á estar en silencio, y guardar su puesto cada uno, sin estudiar, leer ó rezar entre tanto. Dada la señal, se empezaba la lección, el rezo y el estudio como por la mañana hasta ponerse el sol, que era el tiempo señalado para rezar el rosario de comunidad y de rodillas. Acabada esta santa distribución se servía la cena en la misma forma que la comida, y después de la hora de quiete, se leía la meditación para el día siguiente, por un cuarto de hora y en el siguiente se hacía el examen de la conciencia. No dejaba de ser pesada una distribución tan seguida, un silencio tan desacostumbrado y una aligación tan precisa á un pequeño sitio á aquellos buenos misioneros, viejos unos, otros enfermos y casi todos cascados de los trabajos y achaques contraídos en las misiones por diez, veinte y treinta y aun cuarenta años. Parecía bastante el que guardasen en tanta miseria y apretura, las distribuciones más sustanciales, de oración, exámenes, etcétera, pero al superior le pareció conveniente entablar el orden dicho

y los buenos viejos se acomodaron á ello, cargando con esta nueva cruz que su superior les ponía, sin hacerse cargo que es máxima poco acertada en el gobierno, querer el superior medir por sus fuerzas á una comunidad entera donde nunca faltan súbditos flacos, enfermos ó achacosos.

Pero si la distribución de entre día era penosa, en llegando la noche, se puede decir con toda verdad que empezaban los apuros, las aflicciones y desconsuelos: porque en un clima tan ardiente como es el del Marañón, que lleva su curso entero á pocos grados paralelo con la línea, el único tiempo en que se puede respirar y tomar un poco de ambiente fresco, es el de la noche; pero era necesario sacrificar este corto alivio y tan necesario en las circunstancias á la obediencia que no permitía la más mínima dilación ó demora. Dada la señal para salir del examen, metíanse al punto los misioneros debajo de una toldilla, compuesta de bejucos, mimbres y hojas, y comenzaban á sudar las entrañas en esta cárcel con el mutuo fomento de los cuerpos y por la estrechez del sitio, habiendo de estar no sólo contiguos, pero aun pegados unos á otros, y estrujados como sardinas en banasta, de manera que les era preciso á algunos dormir encogidos, sin serles absolutamente posible el extenderse á lo que pedía su natural estatura. Grande miseria, por cierto, hallar tanto tormento en lo que puso la naturaleza el descanso. Allegábase á esto los gritos descompasados de los miserables indios que bogaban día y noche sin cesar; y para divertir los infelices el sueño de que andaban siempre alcanzados, pues no dormían más de dos horas, ó á lo más tres, se veían precisados á gritar para avivarse unos á otros.

Quebraba el corazón de los padres el ímprobo trabajo de estos desdichados remeros, á quienes se daba un trato duro y cruel, según la costumbre de los portugueses. Debían los miserables remar sin interrupción alguna con solo el descanso de pasar de un lado á otro después de dos horas, para que hallase algún alivio el brazo que hacía más fuerza, y como eran los remos á manera de los que se usan en Europa, sino en forma de palancas anchas y largas, como de seis cuartas, y debían entrar en el agua casi hasta el puño, era mucho el empuje que pedían y grande la violencia que se hacían los indios, los cuales sudaban con la fatiga á chorros por los cuerpos desnudos y por las cabezas casi descubiertas á los rayos del ardentísimo sol, de que les defendían poco unos pequeños sombreros que no siempre tenían puestos. Su comida, en tanta faena y contorsión de miembros era miserabilísima y de muy poca substancia. Dos puños de farina de mandiota, que echaban en un calabazo lleno de agua les servía de comida y de bebida. Viendo los padres tanta escasez y miseria en tanto trabajo, quisieron, compadecidos de la necesidad, dar algo de su comida y bebida á gente tan hambrienta y estropeada; pero ni podían tratar con ellos, ni daban lugar á eso los soldados, que, como camaleones, traían siempre las bocas abiertas á las sobras de comida y cena. Lo más penoso á los infelices remeros era el tiempo de la noche, en que debían remar incesantemente sin tener más reposo que el de recli-

nar por turno sus cabezas, sentados en el banco, y pasado un rato, ya un soldado con su rebenque les despertaba, diciendo: «Levantaos canes.» Tan cruel y tan inhumano era el trato que les daban, como si no fuesen hombres de la misma especie, sino bestias, perros ó cerdos. Ni es de extrañar que con tan inicuo tratamiento, por más vigilancia que tuviesen los soldados, se escapasen varios echándose al agua y nadando, metidas en ella las cabezas, cuando sabían que no estaba lejos de la orilla algún pueblo, y no es fácil determinar si se ahogaron algunos desesperados.

Pasados algunos días de navegación se encontraron con un barco que venía del gran Pará, enviado de su gobernador con víveres y refrescos, todos de muy buena calidad y traídos de Europa. Con el encuentro se alegraron todos y los padres comenzaron á respirar, pareciéndoles que podían ya salir de un cuidado que los traía muy solícitos, y era el recibimiento que les esperaba en el Pará. Porque viendo esta demostración tan cuidadosa, hacían cuenta que tendrían buena acogida y hospedaje de aquel gobernador. En el día de Navidad, en atención á una solemnidad tan grande, se detuvieron los barcos por toda la mañana en una bellísima ensenada enfrente del río Negro, tan caudaloso que á no ser tan desmesurado el Marañón pudiera disputarle la grandeza. Fué este día más espléndida la comida, y los soldados comieron en la playa, echando sus brindis acompañados de salvas de fusil, á la salud del rey fidelísimo y de su capitán. Continuóse el viaje por la tarde con el mismo tesón que en los días antecedentes, y desde este pasaje cuando se pasaba á la vista de alguna población, se ponían centinelas en los barcos, con uniforme, fusil y bayoneta, y el alférez levantaba su bandera, á que correspondían con la suya los pueblos que tenían castillo. Sólo en una fortaleza que llaman de Topaos, bien fabricada á la moderna, por más que en los barcos se puso bandera, y se hicieron salvas con la fusilería, no correspondió un oidor que la gobernaba, y reconvenido, respondió que con los presos de estado no se hacían semejantes demostraciones. Parecía plausible al letrado la disculpa y hubo de pasar por ella el capitán diciendo: «pocas leyes son necesarias para conocer que tan capitán soy yo de su majestad, como el oidor puede ser gobernador de Topaos. Otra cosa observaron los misioneros en estos últimos pueblos, y era que en el tiempo de la comida jamás pasaban los barcos á la banda de las poblaciones, sino al lado opuesto, dejando el río entre medio. Conocieron por varias señales que daba ocasión á esta providencia el temor y recelo que tenía el capitán de los indios que habitaban en aquellas orillas, por haber sido feligreses de los misioneros jesuítas. Mas el temor parecía bien vano, é inútil tanta cautela porque aquellos numerosos pueblos eran ya unos esqueletos sin vecinos bastantes para traer refrescos prevenidos á los directores.

Pocos días antes de llegar al Pará notaron los padres hacia la fortaleza llamada Pauxis cierto flujo y reflujo del Marañón parecido al del océano el cual fué creciendo los dos días siguientes de manera que em-

pezaron á recelarse de las embarcaciones cuya hechura y construcción no parecía capaz de aguantar una marejada fuerte. Mas luego salieron del cuidado porque al día siguiente metieron los barcos por un caño estrecho del mismo Marañón, que á un día de navegación se junta con otro río grande por nombre Tocantino, el cual es tan ancho que para haberlo de pasar de un lado á otro, como es necesario para tomar el Pará, fué preciso esperar por un día entero á que estuviese en calma, para lograr atravesarlo sin detenerse mucho. Hízose con facilidad bogando los indios por dos horas con la mayor valentía, y sin aflojar en los remos. Descubrieron en estos vecindarios del Pará muchas embarcaciones pequeñas que, á lo que decían á los padres los soldados, iban al *negocio* en cuyo nombre entendían el comercio de zarzaparrilla, cacao, azúcar y varias maderas exquisitas, á que se reduce todo el tráfico del Pará.

CAPITULO V

ENTRAN LOS PADRES EN EL PARÁ Y SU RECIBIMIENTO

Cuando ya las embarcaciones se iban acercando á la ciudad del Pará, despachó el capitán un soldado al excelentísimo señor Ataide, gobernador de la plaza, en que daba parte cómo en el día siguiente, hacia las doce, llegarían los misioneros al puerto. Viendo los padres esta prevención, se confirmaron en la persuasión en que estaban de que serían recibidos con atención y agasajo. Porque además del refresco que habían recibido tan á tiempo antes de llegar al río Negro, habían entendido también de un sargento del Pará que se estaban disponiendo para el hospedaje y recibimiento de los misioneros castellanos las mejores casas de la ciudad. No duraron mucho las buenas esperanzas con que se lisonjeaban de ser benignamente acogidos, y comenzaron presto las sospechas, temores y recelos, por lo que fueron observando mientras más se acercaban á su destino. Al amanecer del día 19 de Enero volvió con cartas del gobernador el soldado enviado del capitán, á quien daba orden estrecha su excelencia de que no introdujese de modo alguno en día claro á los padres en la ciudad, y que tomase sus medidas para llegar al puerto al principio de la noche. Como los arrestos y cárceles de los jesuítas eran negocio de tinieblas, parece que en todas partes andaban los ejecutores huyendo de la luz. Disimuló el capitán la orden recibida, y como no comunicaba su resolución á los padres que creían haberse de entrar por la mañana, se admiraban de ver cómo de industria detenían los barcos en un recodo en donde no podían ser vistos de los navegantes.

En este sitio estuvieron los misioneros inquietos y solícitos desde las seis de la mañana esperando la determinación del comandante. Llegó el medio día, y como no se había pensado en la comida, se dispuso arrebatadamente alguna cosa que estaba más á mano, y el mayordomo recogió

todos los utensilios de mesa creyendo no ser necesarios. Pero como se ponía ya el sol, entró al capitán para saber si se debía servir alguna cosa á los padres. Sí, respondió el capitán, ni yo he dado orden en contrario. Salió el buen mayordomo, retando por el trabajo que le esperaba, en realidad no muy grande, de volver á repartir platos, cubiertos, servilletas y las demás cosas que había recibido con cuenta y razón y tenía encajonadas. Acabada la cena, que por precisión fué muy ligera, prosiguieron los padres en sus distribuciones acostumbradas, y estando leyendo el punto de meditación del día siguiente, les intimó el capitán la orden que tenía de meterlos de noche en la ciudad. En efecto, poco rato después empezaron los barcos á caminar hacia el muelle, que estaba como dos horas de camino. Al acercarse las embarcaciones, gritó el centinela: «¿Quién vive? ¿Qué gente? Respondióse desde los barcos: Prisioneros del rey. Esta respuesta, aunque no fué dada del capitán, no hizo buen estómago á los misioneros, que ya desde entonces conocieron claramente que no entraban á descansar del viaje, sino á padecer nuevos trabajos. Levantaron el corazón á Dios nuestro Señor, y se ofrecieron á cargar nuevas cruces que les esperaban en Portugal.

Luego que se entendió el arribo de los padres castellanos, apareció el muelle, que era de madera fuerte y bien trabajada, coronado de soldados bien armados. Saltó á tierra el señor capitán, y pasado un breve rato, dió orden á los misioneros de que fuesen saliendo. Obedecieron pronto, y subidas las gradas del muelle, se hallaron entre dos filas de soldados puestos sobre las armas, con sus bayonetas caladas. En esta disposición se mantuvieron mientras se buscaba y traía una red ó hamaca para transportar en ella al P. Leonardo Deubler, que por su ancianidad de más de ochenta años y por las fatigas de la navegación, no se podía menear del sitio adonde por cuarenta días había estado reducido. No dejó de pasar un rato bien notable hasta que trajeron el instrumento de la conducción del buen viejo, y en este intermedio tuvieron no poco que merecer los misioneros, porque con estar cercados de soldados, los contarían uno por uno diez ó doce veces; pues no llegaba oficial de nuevo, para incorporarse en la tropa que no los contase como cosa que le tocaba privativamente; pero más en particular el capitán que los había conducido, habiendo de hacer la entrega, andaba más solícito y cuidadoso en la cuenta. No se satisfacía por más que siempre la hallase cabal. Contaba, volvía á contar y recontaba, y si hubiera durado más el intermedio, hubiera estado siempre contando. Tánto era el miedo que le causaba la aprensión sola de que podía suceder que alguno faltase. Y á la verdad, sola la posibilidad le inquietaba, porque sabía muy bien la fidelidad de los padres y no había experimentado en ellos en toda la navegación sino docilidad, prontitud y rendimiento.

Puesto finalmente en orden con los demás misioneros el venerando anciano, tendido en su red y sostenido como en andas de algunos hombres, dió orden uno de los ministros que por allí andaba que le siguiesen.

Comenzaron al punto á caminar los padres, y á su movimiento, toda la comitiva de soldados, guardando siempre sus dos filas, de modo que parecía un remedo de la procesión del prendimiento, y más propiamente la del sepulcro, pues no faltaba el paso que suele ir en ella, pareciendo que llevaban á enterrar al P. Deubler. Después de una carrera bien larga, por reducirse todo el Pará á una calle seguida y espaciosa, llegó la procesión á la casa del gobernador, que estaba por la parte de dentro esperando á los padres á la puerta; pero como ni estos le conocían ni él se descubrió, sin hacerle especial acato ó reverencia, prosiguieron adelante, siguiendo su conductor y tomando una escalera, llegaron á cierta vivienda que al parecer era la más grande y espaciosa de toda la casa. Subió al punto el gobernador, y declarando quién era, les saludó con cariño y les hizo varias preguntas pertenecientes á la arenga que había hecho el capitán al superior en la villa de Olivenza, deseando saber por menudo cómo se habían portado con ellos, particularmente en los primeros pueblos, qué trato les había dado y qué comida, y si habían echado de menos algunas de sus cosas. Como respondiesen los padres abonando al capitán y demás portugueses, tomó el gobernador en la mano la lista de los misioneros, y según el orden con que estaban apuntados, se fué informando de cada uno, quién era, qué grado tenía cada uno en la religión y si era ya profeso. Todos fueron respondiendo con sinceridad, aunque bien conocían que eran inútiles las preguntas; pero era necesario que el juez diese á entender que en ellas había misterio, porque poco antes habían interceptado los portugueses la copia de la profesión de un sujeto, y no acababan de entender ó disimulaban saber el sentido de aquellas palabras *Vice Patris Generalis locum Dei tenentis,* para confirmar el despotismo imputado al general. Estaban entre tanto los misioneros en pie, no pudiendo ya los viejos mantenerse por su flaqueza y cansancio; pues ni les mandaban sentarse ni lo pudieran hacer sino en el suelo por no descubrir en toda la pieza más alhajas que una pequeña silleta de paja y una mesita baja donde estaba ardiendo un velón para reconocer á la gente.

Acabado el examen, que fué bien largo, se despidió el gobernador sin volver jamás á aparecer, pero encargó á los padres al teniente coronel y al teniente capitán á quienes debían acudir en cuanto se les ofreciese, porque estaban en darles gusto y lo harían con mucha voluntad y deseo. Siguieron al gobernador los que le hacían la corte, y solícitos los misioneros de saber hasta dónde se extendía su habitación, entraron por la puerta de una grande alcoba que tenía la sala, pensando que por allí se pasaría á lo interior de la casa; pero viendo que estaba todo tapiado y que no había otra salida del cuarto sino la puerta, por donde habían entrado, cayeron en cuenta de que aquella era su verdadera cárcel; porque aunque la puerta no estaba cerrada, pero la guardaba ya un centinela. Estos pensamientos pasaban en todos por la mente, cuando llegaron las camas y con ellas una tropa de ministriles que, poniéndose alrededor de la mesita, en

donde se sentó el más condecorado, fueron notando menudamente y escribiendo en un papel, cuanto traían aquellos pobres estropeados sin perdonar al trapo más despreciable, que desenvolvían con desvergüenza y enarbolaban diciendo: Esto es del P. Fulano, esto del P. Citano. Estaban los padres, entretanto, avergonzados y corridos, viendo la prolijidad y algazara con que aquella gente descocada celebraba los tesoros y riquezas que encontraban, aunque no faltaron algunos que les habían pedido, como suele suceder en estos lances, el dinero que traían con el título de guardarlo con seguridad, en que estuvieron bien molestos, por más que los padres respondían que no tenían dinero ni le podían tener por el precepto de santa obediencia que les prohibía su retención en las misiones. No dejaron aquellos corchetes de llevar también su chasco con un fardillo envuelto en una estera que á duras penas pudieron desenvolver después de mucho rato, porque se hallaron por precio de sus fatigas con un servicio miserable de palo que traía un achacoso, y como no oliese muy bien lo tiraron á un lado tapándose las narices y renegando del fardo.

Concluído el ridículo y moslesto entremés del registro, no pensaron en otra cosa los padres que en dejarse caer sobre las camas ó esteras rendidos del trabajo y cansados de estar en pie, pues eran ya las tres de la mañana y habían pasado por muchos recuentos y registros sin tener alivio y descanso en ninguno de ellos. Preguntóles el teniente coronel, al ver su desmayo, si querían tomar alguna cosa, por lo menos un poco de chocolate, que se les serviría con gusto y prontitud. Agradecieron la oferta los misioneros y sólo le pidieron que les permitiese descansar por algún tiempo, porque más que el hambre les afligía la fatiga de una noche tan larga, y porque se hallaban varios enfermos y con calentura, de las incomodidades padecidas en los barcos. A esta humilde representación se despidió el teniente prometiendo traerles por la mañana el desayuno, y quedaron solos los misioneros sin esperanza de lograr más habitación para su alivio y ensanche, en especial cuando vieron que cerraban la puerta con dos llaves y les dejaban de la parte de dentro su centinela de vista.

CAPITULO VI

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS EN LA CÁRCEL DEL PARÁ

Cansados y rendidos los pobres jesuítas del prendimiento, caminos y recibimiento, reclusos en su prisión, se echaron donde primero se ofrecía con deseo de descansar un rato, mas el cuidado y sobresalto con que se recogían no les permitió mucho alivio. Bien presto empezaron á esperar desvelados la luz del día, que suele con su claridad aliviar los corazones oprimidos de pesares. Mas aun este consuelo les faltó; porque oyendo las

seis de la mañana, en cuya hora se descubre el sol en aquellas regiones, estaba la sala tan obscura como á la media noche, y entraron en temores de pasar en aquel calabozo una noche más larga de lo que habían pensado.

Estos pensamientos revolvían en su ánimo cuando sucedió una cosa que pedía más ánimo y resolución á padecer; ellos se ofrecieron prontamente á beber aquel nuevo cáliz aunque el Señor, que así lo disponía se dió por satisfecho de la buena voluntad de sus siervos. Poco después de las seis sintieron que subía por la escalera alguna gente con mucho ruido de grillos y cadenas: sobresaltados del ruido de los hierros, aplicaron el oído para observar si venía la gente hacia ellos, y oyendo que en efecto, abrían las cerraduras de su cárcel, se persuadieron todos que venían á cargarlos de prisiones, única circunstancia que faltaba á los encarcelados. Sea Dios bendito, dijeron y hágase su santísima voluntad. Abierta la puerta, echaron luego la vista con disimulo á los que iban entrando y se confirmó su pensamiento viendo que algunos indios que traían por la cintura y brazos gruesas cadenas, se enderezaban al sitio donde estaba echado el superior, creyendo que empezaban por él á encadenarlos. Mas salieron del susto cuando oyeron que los indios pedían los vasos que había para los menesteres necesarios. Entonces cayeron en cuenta que eran estos los presos destinados para cuidar de la pieza y observaron más de cerca que aquellas cadenas las tenían sujetas por el pie, aunque para andar con más desembarazo, las ceñian ellos á la cintura y mantenían su peso en los brazos.

Luego que los presos y siervos de la limpieza hicieron su oficio, sirvieron otros criados más civiles el chocolate á los padres. Este fué de muy buena calidad, como todas las demás cosas que en el tiempo de su encierro trajeron á los misioneros. Porque en la abundancia de comida y de bebida y en lo exquisito de los géneros que se servían, se esmeró el gobernador. Tomado este refuerzo, persuadidos los jesuítas que aquella sería su prisión por el tiempo que le pareciese al señor alcaide y que no verían la luz del cielo hasta que fuesen trasladados á otra, pensaron acomodarse con algún orden y lo mejor que pudiesen en su habitación. Reducíase la sala á seis ó siete varas en cuadro incluida una grande alcoba que ocupaba mucha parte de la pieza. Tenía tres grandes ventanas bien rasgadas, pero tan bien cerradas con trancas y aseguradas con barretones de madera, clavados con gruesos clavos, que no se hubiera tomado mayor cautela para la seguridad de los mayores facinerosos. En lo más alto de las ventanas habían abierto unas tronerillas de tres dedos de altura y de una cuarta de anchura. A estas cortaduras estaba reducido todo el respiradero de la cárcel, y aun siendo tan pequeñas estaban atravesadas con tres hierros clavados para más seguridad y resguardo. Poco servían estas rendijas para respiradero de la sala ocupada por tantos hombres, pero menos servía para dar alguna luz por lo grueso de las paredes que en aquel país, á falta de piedras son de tapias muy gruesas.

Ni había en todo el Pará otro edificio de piedra fuera de la catedral, magnífica y suntuosa que fundó el gran rey D. Juan V de gloriosa memoria, enviando desde Lisboa, con increible coste, varios navíos cargados de este material para la fábrica que concluyó.

En una sala de esta calidad se acomodaron los misioneros de esta suerte: pusieron once sus camillas en el cuerpo de ella, y los ocho restantes en la alcoba; fuera de la mesilla pequeña de que hablamos, y la silleta de pajas, no había alhaja que embarazase, sino un retablo que sobresalía á unas puertas que cerraban á un oratorio, al parecer harto bueno, y como ocupaba el sitio que correspondía á una cama, se puso ésta en el centro mismo de la sala, y su dueño estaba con más anchura y despejo que los demás. La mayor parte de los misioneros no tenían más cama que una esterita tendida en el suelo, porque sólo traían entre todos siete colchones, y esos muy ruines, á causa de que en las misiones del Marañón dura bien poco semejante alhaja, y se pudre luego la lana por las grandes humedades de tan ardiente clima. Entre tanto que cada uno tomaba posesión de su sitio, comenzaron los ministriles por la parte de afuera á registrar á su placer los cajoncillos que traían los padres. Para esto, iban pidiendo las llaves uno por uno; y hecho el primer registro del primer cajón, le metían dentro y llevaban la llave del segundo, pero tenían siempre la precaución de cerrar la puerta con sus dos llaves, aunque hubiesen de entrar inmediatamente en la sala. Tal era el empeño que tenían de que no estuviese jamás abierta la puerta. Dos días duró el molesto registro, que se pudiera haber concluido en un cuarto de hora, y los padres sacaron de él la ventaja de que con los cajones quedase más embarazada la pieza.

En este mismo tiempo en que se hacía pesquisa de las cosillas que traían consigo los misioneros, el superior, recelándose de que habría su reparo de parte de los portugueses en la celebración de la Misa en su prisión, insinuó este cuidado al teniente coronel, proponiendo á su señoría que tenían, como habría observado, todo lo necesario para celebrar el Santo Sacrificio, y que su comunidad hallaría el mayor contento y consuelo en que se dijese una Misa. El señor teniente, que en realidad era de buen corazón y en todo mostraba atención y respeto, se encogió de hombros al oir la propuesta, y respondió no estar en su mano el concederlo, mas que no por eso dejaría de pasar al señor general y de hacerle la súplica de parte del superior y de la comunidad. Hízolo con diligencia, porque como á un cuarto de hora entraron dos soldados en la sala con esta respuesta: «Dice el señor gobernador, que los presos no oyen Misa»; y diciendo y haciendo, se llevaron el altar portátil para quitar la tentación de repetir la demanda. Muy contristados los padres con esta respuesta, por faltarles el único consuelo y esfuerzo que deseaban, se hicieron cargo que estaban en estado de padecer, y volviéndose á Su Majestad se conformaron con su voluntad santísima en este trabajo, que no fué el menor que tuvieron en aquella cárcel trabajada. En el mismo día

tomaron con los padres otra providencia, que fuera de serles muy molesta, perjudicó grandemente á la salud de casi todos. No había habido otra luz en la sala que la de un velón, que procuraban cebar con cuidado, y pareciendo á los oficiales que estaba la pieza muy obscura, y que era necesaria alguna mayor claridad para unos sacerdotes que debían rezar el oficio divino, si ya por presos no dispensaban en esto con ellos como en la Misa, pusieron ocho lamparillas altas, llenas de aceite de charapa ó de tortuga, que sobre servir de mucha incomodidad para dormir de noche, hicieron por el vaho espeso y fétido que despedían, mucha impresión en aquellos pobres, que buscaban aire que respirar, y no le encontraban en toda la pieza apestada de aquel humo espeso y hediondo.

La distribución que observaron los misioneros en esta dura prisión fué casi la misma que habían observado en los barcos, sin haber más diferencia que el hablar algunas palabras en voz baja, y no ser el silencio tan riguroso. Como estaba cerca la catedral y oían los toques de las Misas, hacían intención de oirlas como mejor podían, y entre día, desde la misma cárcel, visitaban el Santísimo y negociaban con estas visitas conformidad y paciencia en su reclusión. No dejaban de tener su molestia en el rezo, porque las lámparas estaban muy altas y la luz venía muy cansada por medio del ambiente de la pieza que impedía la transmisión de las especies, y así se veían precisados á rezar por turnos alrededor de la mesita, en donde perseveraba ardiendo el velón de que hablamos. No correspondía á tanta miseria y apretura la comida tan abundante y espléndida que, atenta la escasez de la ciudad, con dificultad se adelantaría más en el hospedaje de un príncipe. Ordinariamente servían á medio día cinco, seis y aún siete platos, todos exquisitos, y bien sazonados. Pero casi todo les sobraba porque el imponderable calor que sentían diez y nueve hombres con su centinela en una pieza sin respiradero, con tantas luces y debajo de la línea, no daba lugar al apetito y los tenía desvirtuados, y aun á poco tiempo les puso en estado de no poder valerse de los dientes y muelas, que se les meneaban, sin poder hacer fuerza con ellos, ni comer sin mucha dificultad el pan reciente que siempre les sirvieron á mediodía y por la noche. Cosa, en realidad, bien extraordinaria en el Pará, donde sólo usaban del pan tres personas, el gobernador, el obispo y un oidor. Bien lo daba á entender el teniente capitán, que recogía, con mucha diligencia, las sobras de pan sin hacer caso de todo lo demás, que remitía sin reserva al cuerpo de guardia de los soldados. El servicio de mesa era fino, limpio y muy proporcionado á lo exquisito de las viandas, sin haber más descomodidad que la de extender las servilletas sobre las rodillas para recibir los platos que repartían los tenientes. Hecha la repartición, se cerraba la sala con las dos llaves acostumbradas, y dentro de algún tiempo entraban unos negros con sus bandejas y lo recogían todo.

CAPÍTULO VII

SUBEN DE PUNTO LOS TRABAJOS Y MISERIAS DE LA PRISIÓN

No parecía á los principios á los padres misioneros tan duro y trabajoso este encerramiento, que les quitase la alegría exterior y brío que traían de las misiones, especialmente que tenían en su corazón la esperanza de una pronta embarcación para España. Era esto de manera que, los soldados admirados de lo que veían, celebraban aquel gusto, alegría y contento con que estaban unidos, encerrados y apretados en tan fétido calabozo, cuando los centinelas no podían aguantar el calor y vaho espeso que les sofocaba, de suerte que si pasada la hora no se remudaba prontamente la centinela interior, solían gritar diciendo: *que me ahogo, que me ahogo.* Pero cuando vieron los padres que se pasaba una y otra semana y fueron experimentando en sus cuerpos los efectos del excesivo calor, de la espesura del ambiente y del fetor reconcentrado en la pieza, entonces, apagado ya el primer brío y faltándoles la alegría, clamaban al verdadero Dios pidiendo paciencia y conformidad. El Señor que les ponía en esta prueba, fué servido de darles abundantemente lo que pedían, porque dándoles el gobernador á lo último, cuando estaban en mayor altura los trabajos, la facultad de subir algunos á otra pieza para que no se sofocasen todos en aquel horno, clamaron todos á una voz, que puesto que los retirados á otro cuarto no habían de gozar de la luz del sol, ni tener comunicación alguna con los demás, querían más estar juntos en un sitio con mayor trabajo, fomentándose con mutua caridad, y renovando en su memoria las apreturas y estrecheces de las cárceles del Japón y de Inglaterra.

Los centinelas debían mudarse de cuatro en cuatro horas, y no les era á los principios á los soldados molesto el perseverar dentro de la pieza, pero como se fué caldeando de día en día, se les hacía insufrible la guardia, y consiguieron del superior licencia para entrar á la ligera quitándose el uniforme que les sofocaba. En este tiempo se tomó también otra nueva providencia que sirvió para que por la noche se calentase más la sala, porque debiendo de asistir alguno de los tenientes á la mudanza de la centinela, por ser necesario abrir y cerrar la puerta y haciéndoseles duro levantarse por la noche, hallaron el medio de meter dentro tres soldados al principio de la noche, para que ellos mismos se remudasen sin intervención de los tenientes. De donde nacía que dormían en la cárcel otras tres personas, y era mayor el calor que se sentía.

Para llegar á entender en alguna manera el insufrible bochorno de aquel lugar, baste decir que á pocos días de reclusión cesó en los padres el sudor común natural y fluido de los cuerpos, y se siguió otro más craso

pegajoso y pestilente, de modo que la ropa quedaba al tacto mantecosa, y después de seca al sol tan dura y tiesa como una tabla ú hoja de lata. Como era tanto el sudor y estaban los misioneros tan ligeros de ropa, tuvieron que pasar por increíbles miserias. Porque todas las mañanas era preciso dar á enjugar la ropa y en tanta falta de vestiduras uno andaba con sola la sotana á la raíz de las carnes, otro con un mal jubón y sotana sin camisa, éste se vestía con una sobrecama y aquél tenía por túnica una manta agujereada para sacar la cabeza. ¿Qué diré del pestífero hedor de los vasos inmundos? Porque aunque es verdad que los negros presos venían todas las noches para llevarlos, pero ellos por no hacer más que dos viajes lo hacían tan puercamente, que dejaban las reliquias en la pieza, las cuales, juntas con el mal olor de los mismos vasos, corrompían más el vaho ya pestilente y hacían más penosa la estancia. Uno de los tenientes, movido á compasión de los padres por esta miseria, trajo, pensando hacerles servicio un sahumerio de alhucema para purificar la sala; pero como á ésta le faltaba respiradero, quedó por muchas horas una nube tan espesa de humo, que temieron morir los pobres encarcelados, y así le suplicaron por amor de Dios, que no volviese á repetir aquella diligencia, que una vez practicada les había puesto en tanto cuidado.

Antes de cumplir los cuarenta días de cárcel, cesó en todos el segundo sudor craso y mantecoso de que hablamos, y entró en su lugar otra especie no tanto de sudor como de roña, sarna ó lepra pegajosa. Todos creían que ya sudaban la misma substancia corpórea según la flaqueza y debilidad que experimentaban con esa especie de efluvios ó evacuaciones que veían salir de sus cuerpos, los cuales raían con navajas ó con las uñas para aliviarse algún tanto de aquella espesa vascosidad. Uno de los efectos que causó este maligno sudor, fué la diversidad de granos y de manchas por todo el cuerpo, con una picazón tan universal y continua, que les parecía tener puesta una camisa de ortigas. En tantos apuros, trabajos y miserias, no es de extrañar que el buen viejo P. Leonardo Deubler llegase á verse tan postrado, consumido y sin movimiento, que no se contase con su vida. Visitándole el médico, avisado del peligro, mandó que luego prontamente se le administrasen los sacramentos de Viático y Extremaunción, diciendo que no podía durar por mucho tiempo en estado tan deplorable. Ejecutólo con puntualidad el párroco, adonde pertenecía el alojamiento; y no es de omitir el consuelo grande que tuvieron los presos con la visita de su Señor, á quien adoraron con lágrimas de ternura y devoción en aquella cárcel en que por tantos días habían estado privados de su presencia. Quiso este benignísimo Señor dar la salud á su siervo, reservándole para otra prisión acaso más dura, y comenzó á mejorar con buenos caldos que le traían los tenientes con mucha caridad, de modo que pudo llegar á Portugal, como veremos.

Con la ocasión de ver los misioneros el médico en su reclusión, se determinaron á descubrirse con él sobre los trabajos y miserias que experimentaban en sus cuerpos; y más en particular el P. José Palme, que ade-

más de tener calentura y de molestarle una quebradura disimulada, padecía ciertos ahogos y no podía arrostrar cosa ninguna. Preguntóle el médico qué era lo que apetecía. «Ver la luz del cielo» respondió el enfermo con un candor singular que era parte de su carácter. «Si abren esas ventanas estaremos todos buenos y no tendremos necesidad de médico. Calló el doctor á la propuesta, pues no podía aplicar aquel remedio, y con una sangría se fué aliviando el misionero. Bien enterado el médico de lo que padecían los demás universalmente, enderezándose á los tenientes que se hallaban presentes, les dijo con resolución. «Aquí, señores, se necesita de pronto remedio.» Primeramente, á ninguno de los padres, aunque estemos en Cuaresma, darán ustedes comida de pescado. Todos, todos comerán de carne, y si es posible, desde el día de hoy. Además de esto, pueden ustedes permitir á los padres que apaguen esas luces cuando no las necesiten; basta la luz del velón en habitación tan estrecha. Ultimamente, ustedes que son testigos y saben muy bien el modo y la miseria en que se hallan estos religiosos, tendrán á bien el venir conmigo á casa de su excelencia, á quien voy en derechura á dar parte de una necesidad que no admite dilación.

Diciendo estas últimas palabras, se despidió de aquel hospital, y como era hombre de veras, activo y eficaz, se fué derecho al señor gobernador, y le expuso el estado de los encerrados, concluyendo su discurso con asegurarle que no tenía la menor duda, en que no les sacando cuanto antes de aquella reclusión, perecerían todos. Entró en cuidado el gobernador con el atestado del médico, y comenzó á pensar en el modo de aliviar á los misioneros. Al principio halló un medio que le pareció bastantemente oportuno, el cual se reducía á dividir á los padres y ponerlos en dos estancias, pero de modo que no tuviesen comunicación entre sí, y que estuviesen igualmente cerrados y sin luz del día. Pero como no viniesen en esto los padres, como arriba dijimos, y pidiesen por favor que les dejasen á todos juntos, porque con la unión se les hacía más tolerable el encerramiento, se aplicó su excelencia á disponer las cosas para enviarlos cuanto antes á Lisboa.

CAPITULO VIII

SACAN Á LOS PADRES DE LA CÁRCEL Á LOS CUARENTA Y OCHO DÍAS DE PRISIÓN, Y LOS EMBARCAN EN UNA CORBETA PARA LISBOA

Era el designio del gobernador del Pará enviar á los misioneros á á Portugal en un navío grande que se estaba componiendo en el puerto, pero como iba larga la composición del navío, y apretaba la necesidad de los padres, mudó de resolución, y se vió precisado á echar mano de una corbeta de dos palos, que por ser nueva parecía bastantemente se-

gura, aunque fuese bien incómoda, para tanta gente. Dió luego las disposiciones necesarias para el trasporte, en el pequeño vaso, sin embargo de faltarle la carga que pretendía recoger su capitán, llamado Silva. Era este muy práctico en navegaciones, y había conducido algunos años antes otros misioneros á Portugal. Por esta causa no quiso perder la ocasión el señor Ataide, viendo que se le podía fiar el empeño de conducir á los padres castellanos. Mientras se daban estas disposiciones, de que estaban ignorantes en un todo los misioneros, llegó el día 4 de Marzo en que se suele dar principio á la novena de San Francisco Xavier. Empezáronla los padres, en su reclusión encomendándose á sí y á sus indios al glorioso santo, Apóstol de las Indias y protector de misioneros.

La salida de los Padres estaba más cerca de lo que pensaban. porque en el día 10 de Marzo y séptimo de la novena estuvo ya pronta la corbeta para darse á la vela. Pero antes de salir de su prisión habían de pasar por una reseña particular como disposición previa para el embarque y entrega que se pensaba hacer de ellos al capitán Silva. Dos días antes del embarque, como á las diez de la mañana, abrieron de repente las puertas de la sala de par en par, metieron con apresuración una mesa redonda, y poniéndola en medio de la pieza, acomodaron alrededor de ella cuatro sillas. Extrañaron los presos la novedad y esperaban con ansia ver en qué paraba ó á qué se dirigía esta prevención, cuando entraron por la puerta los dos tenientes con sus candeleros que pusieron á los dos extremos de la mesa, y detrás de ellos venía un notario cojo y tan descomunal, que se llevó tras sí los ojos de los presos, porque de un tranco solo medía la mitad de la sala; tan largas eran sus zancas, las cuales no le permitía recoger la cojera. Tomaron los tres sus asientos, y llamando, en primer lugar, al superior, empezaron á describirle y divisarle con sus pelos y señales, notando el color, la fisonomía, el aire y la estatura. Lo mismo hicieron con los demás, apuntando prolijamente lo que les pareció peculiar de cada uno, sin omitir al viejo Deubler que estaba inmoble tendido en su camita en que más parecía un cadáver que persona viviente, aplicándole una candela por acá y por allá, para sacar á su gusto la figura de aquel cadáver. Por más diligencias que hicieron para sacar las descripciones cumplidas y cabales, y por más que aplicaban las luces á los sujetos para reconocerlos bien y para que no se les escapase una pinta, los buenos hombres se engañaron notablemente en la demarcación de aquellos padres. Ni es de extrañar que al notario, que por muy práctico que fuese, no se habría hallado en muchas demarcaciones de esta calidad, se le pasasen las señas verdaderas y pusiese en su lugar otras que no había por qué; porque siendo ya el día cuarenta y ocho de la prisión y estando el aire tan espeso en la pieza, que como niebla cerrada impedía las especies visuales, no pudo reconocer distintamente las personas. De donde nació, como celebraron después los misioneros, que al blanco de rostro le pusieron la nota de *bien moreno,* y al que era notablemente bermejo le aplicaron el distintivo de pelo y barba negra. Hecha

la descripción, se despidieron á la francesa y quedaron los padres solos celebrando el pasaje.

Parece que con las terribles unciones de aquella noche tan larga, habían mudado de tez y de color como sucedió en el retablo. Pues cuando entraron en la pieza resaltaba mucho el dorado y despedía unos brillos que parecía reciente, mas ahora estaba su viveza tan muerta y apagada que no se distinguía lo dorado de lo que estaba sin dorar, por más que con toda atención miraban el retablo. Los pestillos y pasadores de hierro estaban, no sólo tomados, sino llenos de moho y chorreando vapores y humedad. Lo mismo sucedía en el pavimento que, en medio de estar en alto y ser de tablas, estaba tan húmedo y empapado en podredumbre, que se se comunicaba á las demás cosas. Pues ¿qué maravilla que en los cuerpos humanos hubiese causado aquel espeso vaho y continuado por tanto tiempo algunos efectos semejantes especialmente que los sudores internos contribuían no poco á mudar la piel con las manchas y vascosidades que dejaban?

Llegado finalmente el término destinado para la embarcación de los padres, sirvieron la colación por la noche más temprano de lo acostumbrado, y entonces comenzaron los misioneros á persuadirse que era verdadera la noticia que uno de los centinelas más compasivo y cariñoso les había dado, es á saber, que les estaban esperando en un navío prevenido para su transporte á Europa. Sin embargo de esta noticia, no queriendo dar á entender que sabían algo, se mantuvieron quietos, y sin hacer hatillos ni recoger las ropillas, prosiguieron con sus distribuciones acostumbradas, esperando á los avisos de los tenientes, que eran el canal seguro por donde el gobernador comunicaba sus órdenes. No duró mucho tiempo la expectación y disimulo, porque á eso de las siete de la noche entró el teniente coronel, vestido de ceremonia, con su uniforme, bastón y peluca, é intimó con toda formalidad al padre superior que al punto y sin detención alguna se dispusiesen los padres á marchar, mientras él iba á llamar á los indios para que cargasen con los trastos hasta el puerto, y que luego inmediatamente le seguirían ellos. Poco tiempo les bastó á los misioneros para hacer sus hatillos y prevenir las cosas, que no eran muchas, y como á las ocho los sacaron y llevaron al puerto, no les perdiendo de vista el teniente coronel.

Quedó la pieza de la prisión desembarazada, como la habían encontrado, pero bien diferente en la hermosura, en el aseo y limpieza; porque el suelo estaba hediondo, las paredes y el techo, retablo y cornisas, obscurecido con el humo de las lámparas y con los vapores que habían exhalado tantos cuerpos. Sentados algunos padres en el suelo, y paseando los demás, esperaban por momentos el punto deseado de salir de su prisión. Mas hasta en la despedida de su cárcel hubieron de tener paciencia, porque aguardaron por tres horas y media, hasta que casi á la mitad de la noche abrieron por la última vez la puerta para conducirlos al navío. Púsose en el umbral un notario con la lista de los sujetos, y llamándo-

los por sus nombres, uno á uno, fueron saliendo como otros tantos corderos á la antesala. Cuatro indios sacaron al P. Deubler, que no estaba siquiera para mantenerse de pie, en una estera y lo bajaron por la escalera, siguiendo aquel doloroso espectáculo los demás padres, hasta salir todos á la calle. Formada la procesión en la misma forma que á la venida, fueron caminando, entre dos filas de soldados, hasta el muelle, cincuenta días después que desembarcados en él pasaron tantos recuentos, cuantos habían sido los oficiales que concurrieron á su recibimiento. Mas ahora, cuando estaba la noche más obscura, y por consiguiente más á propósito para que desapareciese alguno de ellos, no tuvieron por tan necesario repetir esta diligencia.

Después de una corta detención en el muelle, entraron en un barco para pasar al navío destinado. Tenía el barco, aunque pequeño, su toldilla de madera con sus ventanillas abiertas á los dos lados, y uno de los misioneros, pensando ser ésta la embarcación prevenida para el transporte á Europa, muy alegre por ver abiertas las ventanillas, puesto junto á una de ellas, dijo en voz alta: «Nadie piense en quitarme de aquí ni en pretender este sitio, que aunque incómodo, yo le escojo desde ahora hasta llegar á Lisboa.» No es de extrañar de que se explicase en estos términos el que después de cincuenta días de ahogos y de tinieblas, lograba finalmente respirar aire y mirar al cielo. Mas duró poco su contento, pues pasó luego con los demás á la corbeta prevenida, y cayó en otra cárcel, si no peor, ciertamente, nada mejor que la pasada. En todos estos viajes fueron acompañando á los padres los dos tenientes, á quienes dieron muy de corazón las gracias por el grande cuidado y solícita caridad con que les habían asistido en sus aprietos. Y á la verdad, á no haber intervenido el cariño, respeto y compasión de estos oficiales, no hubieran acaso salido vivos de la prisión los misioneros, atendidas las órdenes estrechas y rigurosas del Sr. Ataide. A la buena conducta y compasión que habían experimentado en ellos en su cárcel, correspondieron las muchas lágrimas que derramaron al despedirse de los padres, los cuales en ésta, y en otras muchas ocasiones, miraban la singular providencia del Señor, que si aflige á los suyos con una mano, con otra les da socorro y alivio.

CAPITULO IX

NAVEGACIÓN DE LOS MISIONEROS DEL MARAÑÓN HASTA PORTUGAL

Después de haber subido todos los padres al navío dispuesto para la conducción, apareció en el combés un notario con otros ministros, que hicieron la entrega al capitán. Leía el notario los nombres de cada uno, y el capitán, que estaba á la boca de la escotilla, los iba recibiendo uno por uno, poniéndoles la mano sobre la espalda, y tomando posesión de

esta suerte, les dirigía á un alojamiento estrecho que tenía prevenido en el entrepuente. Luego que aquí se vieron los misioneros, hicieron la cuenta de ir en esta segunda cárcel hasta Lisboa, y no se engañaron en este su pensamiento, porque metidos los cajoncitos de sus ajuares, sintieron correr una puerta que habían visto á la entrada y asegurarla bien con su candado. Vino el día aun antes que les cogiese el sueño, de que parece estaban olvidados, con el tal cual gozo que tenían de poder ver la luz del cielo por una ventanilla muy estrecha de la reclusión, acordándose de la noche larga de mil trescientas horas en el encerramiento del Pará. Por esta ventanilla, que era como de una cuarta de alta y como un jeme de ancha, entraba la principal luz á su estancia, porque aunque en las tablas puestas alrededor de la escotilla habían dejado dos tronerillas, pero estaban casi cerradas con la lancha colocada en la misma boca. No les costó mucho trabajo conformarse con la escasa luz que entraba por la pequeña ventana, porque hechos á vivir sin luz del cielo por tanto tiempo, les parecía ésta bastante en medio de tener algún trabajo en rezar el oficio divino. Más armonía les causó cuando conocieron que quitaban la escalera por donde habían bajado á su destino, pues perdieron de todo punto la esperanza de subir algún día á lo alto del navío, por todo el tiempo de la navegación. Pero se ofrecieron á este trabajo y prepararon los corazones á otros muchos, que suponían esperarles en el largo viaje.

En este primero día trajeron la comida á los padres desde el Pará, la cual concluida, el capitán que había prevenido sus cosas, por la mañana mandó levar anclas y se comenzó á caminar buscando el Marañón, á donde era preciso volver para tomar rumbo. Por seis noches seguidas se echó ancla á causa de las muchas islas que se hallan en aquel paraje, y sólo excusa esta diligencia á los que por allí navegan, la luna clara y despejada que asegure del peligro de caer en las islas. No se tocó al agua que llevaban de provisión por una semana entera, porque con solo echar el cubo al mar se encontraba agua dulce. Tanto lugar se hace en el mar mismo el río Marañón, que conserva sus aguas por tanto trecho.

Libre ya la corbeta de las muchas islas y entrando en alta mar, en donde no podía ser observado, el capitán Silva, bajó por la primera vez á saludar á los padres y les dijo con mucha afabilidad y muestras de cariño: «Perdoen per Dio padres, que os ordees del generale son molte fortes.» Hecha esta primera salva, prosiguió diciendo que el venir así encerrados era orden expresa de la corte, que él en cuanto estuviese en su mano les daría los alimentos que pudiese, los cuales no serían tantos ni tan cumplidos como deseaba su corazón, por ser muy rigurosas las órdenes del gobernador, y por peligrar su vida en caso de transgresión. Que por entonces dejaba abierta la ventanilla de la reclusión para que lograsen alguna luz, pero que tuviesen paciencia las veces que los marineros hubiesen de bajar á la bodega, porque era indispensable en estas ocasiones el cerrarlas, por no dejar fácil la comunicación que á todos estaba

severamente prohibida, y á unos y á otros traía cuenta quitar este tropiezo. Que sentía mucho tener poca provisión de boca para las contingencias del mar, pero que supliría con su pobreza, caso que faltare lo que se había metido para su sustento, y que por lo que tocaba al agua la tendrían con mucha abundancia. Agradecieron los misioneros la buena voluntad y sinceras intenciones del capitán, á quien dijeron cómo estaban preparados y dispuestos con la gracia de Dios para pasar por todo lo que se ejecutase con ellos, y el buen hombre enternecido de ver tanta conformidad, se fué diciendo: «¡Pobres sacerdotes!»

Bien se conoció que las provisiones que de orden del gobernador metieron en la corbeta eran cortas, como decía el capitán, porque la comida de los padres por toda la navegación fué bien escasa, y nada correspondiente á los desperdicios del Pará. Comúnmente se redujo á carne salada y bizcocho bien duro, fuera de algún otro día en que sirvieron gallina. Pero apreciaron mucho el grande alivio que tuvieron con el agua, la cual se les alargaba á discreción, de manera que aun cuando la daban desde la mitad del viaje con tasa y medida á los pasajeros y marineros, lograban de ella con abundancia los padres en seis cántaros de agua que les metieron en su estancia y renovaban á sus tiempos, sin ser parte para escasearles este consuelo el haberse derramado siete pipas grandes de las que se habían introducido en el navío por orden del gobernador del Pará. Todos los que venían en la corbeta tenían tan estrecha prohibición de tratar con los padres, que la pena de semejante transgresión no era menos que la muerte aun por la más mínima comunicación, como se lo aseguró á los misioneros mismos el mayordomo, que en una ocasión y á escondidas y con muchísima reserva pudo hablar por poco tiempo con ellos. Para quitar á los padres toda comunicación con las gentes, aun en las cosas más necesarias, y para que no pudiesen saber ni informarse de las cosas del reino, había dado orden el gobernador de que toda la asistencia inmediata de los misioneros se redujese á dos grumetillos, sin querer venir en modo alguno en conceder al capitán dos soldados que pedía para su cuidado, servicio y asistencia. Estos dos niños llevaban la comida, les proveían de agua, limpiaban los vasos inmundos, y hacían todos los demás menesteres, de manera que no vieron los padres todo el tiempo de la navegación la cara de hombre alguno, fuera de la del capitán, que una vez por semana y alguna otra vez extraordinaria, bajaba á visitarlos, la de un cirujano que trajo consigo en una ocasión, y la del mayordomo que les habló á hurtadillas. Tánto celaba el capitán, que en esta materia pudiera haber motivo ni pretexto de acusación contra los misioneros.

La gente del navío venía bien arreglada y no se oían en él los juramentos, ni las malas palabras que suelen ser tan comunes en marineros y grumetes. Rezaban todas las noches su rosario, y por la mañana oían todos la Misa que celebraba un capellán recoleto franciscano. No se permitía á los misioneros que guardaban sus acostumbradas distribucio-

nes, asistir á ella, pero como se decía en el combés, y en parte que caía sobre su reclusión y oían las señales de la campanilla, oíanla del mejor modo que podían. Desearon entrañablemente comulgar el día de Jueves Santo, y movido de este deseo el padre superior, hizo la súplica con todo rendimiento al capitán en un día de la semana antecedente que bajó á visitarlos, diciéndole que ya que había tanta dificultad atento los órdenes estrechos del gobernador en que un padre dijese Misa y comulgase á los demás, pero que ellos no tenían ninguna, antes deseaban con muchas ansias el comulgar de mano del padre capellán. Que este sería para ellos el mayor favor del mundo del que no se olvidarían por todos los días de su vida. Aquí fué donde dando un gran suspiro el capitán y lamentándose más que nunca dijo: Ah padres, este es uno de los principales capítulos estrechamente encargados del gobernador. Perdonen ustedes, padres, que no está en mi mano, y tengo muchos testigos de mis acciones. Procuró después consolar á los misioneros, añadiendo, que mucho peor alojados y tratados habían venido los padres portugueses, encerrados en la misma bodega, sin luz ninguna, mal comidos y soterrados, bajo la dirección de unos oficiales duros, sin piedad y sin misericordia, por cuya causa habían enfermado muchos y muerto varios. Diciendo estas últimas palabras el buen hombre cruzaba con sentimiento las manos y exclamaba: ¡Oh insignes padres portugueses! Con estas razones quedaron los misioneros desengañados y concluyeron que no sólo les habían suspendido, sino también excomulgado los ministros seculares.

Era preciso que los padres, hallándose en estado de padecer, probasen también de los peligros y trabajos de tempestades y borrascas. Experimentaron una de estas en el día 3 de Abril que fué para ellos el más triste y más penoso de toda la navegación. Como á las dos de la mañana se comenzó á sentir un viento fuerte que se fué arreciando conforme se iba acercando el día, de suerte que al amanecer estaban ya en gran cuidado el capitán y marineros. Ocurriendo á todos los peligros, cerraron las ventanillas de la prisión á golpes de mazo, y clavaron un buen encerado á la puerta de la escotilla quedando los presos en espesas tinieblas sin esperanza de humano socorro. No sentían otra cosa en aquella obscuridad sino los silbos del viento enfurecido, la fuerza y violencia de las olas que daban en el costado del navío, los vaivenes y balances de la corbeta y las carreras, pisadas y golpes de los marineros. Los trastos y cajones de la estancia andaban rodando de un lado al otro sin que bastasen los cordeles con que habían procurado amarrarlos de antemano: el único cántaro que á la sazón tenían lleno de agua, hecho pedazos á los balances del navío, les quitó la esperanza de probar el agua en todo el día, y los vasos inmundos derramados por la reclusión, difundían un hedor intolerable. Allegóse á esto, que habiendo llegado á entrar como media vara de agua en el combés del navío, no se pudo evitar por diligencias que se hicieron que buena parte de ella no penetrase hasta en el sitio de los padres, y así ésta, con la inmundicia ya derramada, llevaban

consigo á la parte más honda de la pieza libros, bollos de chocolate, tabaco y otras cosillas que se pudrieron y apestaron. Pero lo que en aquella obscuridad hacía parecer mayor la tempestad de lo que era en realidad y que consternaba á los más animosos, eran las voces lastimeras y el llanto de dos ó tres misioneros que sumamente tímidos se daban ya por perdidos y sin remedio alguno. Todos se confesaron mutuamente, y se dispusieron para morir viendo el peligro inminente, pero no por eso se serenaban ni aquietaban los más medrosos, que por momentos temían ser sepultados en las aguas.

Duró la aflicción y trabajo hasta el medio día en que, amainando el viento, se pudo, aunque con alguna dificultad, volver á tomar el rumbo, de donde la fuerza de la tempestad había arrebatado el navío. Tuvo el capitán la atención de enviar luego á los misioneros uno de los grumetillos para que les asegurase que estaban fuera de peligro y les pidiese de su parte que tuviesen un poco de paciencia, porque no se había podido encender fuego y no tenían cosa alguna fuera del bizcocho que poder darles de comer. Respondieron los padres que se hacían cargo de la imposibilidad de gustar cosa caliente, y que sólo pedían un poco de bizcocho y un cántaro de agua. Envió lo primero el capitán excusándose de no poder enviar lo segundo, por estar todavía el mar alborotado y no dar lugar á que se sacase agua de la bodega. No esperaban los padres mejor cena por la noche, mas el cocinero, á instancias del capitán, se dió tan buena maña, que previno para la noche, contra toda esperanza, una buena taza de caldo y media gallina para cada misionero, con que se recobraron muy bien y quedaron satisfechos, aunque hubieron de pasar por la sed que no les afligía poco hasta el día siguiente.

En este tiempo había entrado ya el navío en los 30 grados al norte, y como venían los padres hechos á un temperamento no sólo cálido, pero aun ardiente, empezaron á sentir más de lo que decir se puede el frío que siguió á la borrasca. Ayudaba mucho á que les fuese más molesto el venir tan rotos, desabrigados y casi desnudos. Porque, aunque el señor presidente había prevenido ropa en abundancia, atento siempre á darles el alivio que podía á los extrañados de los dominios de su majestad católica, no pudo llegar este socorro tan oportuno á la misión por estar rotos y cerrados los caminos con la continuación de las aguas. No teniendo efecto esta providencia, escribió con mucha solicitud al gobernador del Pará una carta muy atenta y cumplida (cuyo extracto remitió también al superior) pidiéndole que vistiese del todo á los misioneros, en la seguridad de que se le satisfaría prontamente de los gastos poniendo el dinero en el Marañón ó en Lisboa, como gustase su excelencia. No se dió por entendido el Sr. Ataide á una carta tan cortés y tan atenta, ni pensó en repartir á los misioneros la menor parte de vestuario, á pesar de haber éstos declarado su necesidad. Esta fué la causa de haber venido los padres tan faltos de ropa que no traían sobre la camisa más que una sotana de lienzo teñido y algún otro jubón blanco por no permitir otra ropa el

temple ardiente y húmedo de las misiones. Crecía de punto el frío y su impresión en los cuerpos, cuando llegaron á entrar en 44 grados de altura para tomar el rumbo á Lisboa. Empezaron desde este paraje á sentir continuos y terribles corrimientos, hinchazones, dolores de muelas, fluxiones y otras varias indisposiciones.

Pero los que padecían mucho más con la mudanza del temple y estaban esperando la muerte por momentos, eran los dos viejos venerables, Leonardo Deubler y Adán Vidman. Su vida estaba ya pendiente de un hilo, sin que bastasen sustancias y buenos caldos con que se les fomentaba. Eran más sensibles las molestias y trabajos de la enfermedad al P. Vidman por estar muy en sí, que al P. Leonardo, que empezaba á chochear; y como era Vidman hombre de singular espíritu, dió en estos últimos días singulares ejemplos de obediencia, humildad y paciencia. Padecía una total inapetencia, sin poder arrostrar cosa ninguna; pero mandándole el superior que comiese esto ó aquello, luego lo comía, venciéndose heróicamente. Significó un día al capitán que comería un poco de dulce que se le había antojado, y el superior le reprendió públicamente diciendo que á él y no á otro debía avisar de lo que se le ofrecía. Oyó la reprensión con humildad y paciencia el P. Vidman, sin dar el más leve indicio de resentimiento. Fué empeorando notablemente, y sintiendo que estaba cerca su fin, pidió licencia al superior para hablar á los padres y despedirse de ellos. Habida la facultad, se incorporó con mucho comedimiento en su lecho, y pidió con humildad y sentimiento perdón á todos de sus faltas y de la poca edificación, cuando por tantos años les había edificado con su porte ajustado, con su paciencia y aplicación al trabajo. Luego añadió con una sencillez propia suya, en prueba del testimonio de su conciencia: «Ya me parece, padres, que está cercana mi muerte, y espero de la infinita misericordia de Dios ir al cielo. Allí les encomendaré al Señor á todas vuestras reverencias.» Sin embargo de su gran debilidad, duró por algunos días, y quiso el Señor conservarle para que descansasen sus huesos con los de sus hermanos portugueses que habían muerto en el palacio ó cárcel de Azeitão.

CAPÍTULO X

LLEGAN LOS PADRES Á LISBOA Y SON CONDUCIDOS AL PALACIO DE AZEITÃO

Día 7 de Mayo de 1769, dió fondo el navichuelo en la bahía de Lisboa, cuya hermosura y magnificencia divisaron no sin admiración los misioneros por la ventanilla de su reclusión. Dió luego parte el capitán de su arribo y de la carga que le había encomendado el gobernador del Pará. Era preciso que la corte hiciese las demostraciones acostumbradas, aparentando misterios para imponer á las gentes. Vino al punto orden del ministerio, de que ninguno de los pasajeros ni de los marineros de la cor-

beta saliese de ella, con una prohibición estrechísima al capitán de que no dejase ó permitiese por caso alguno, llegar á su navío cualquier barco hasta nueva orden. Permanecieron los padres en esta suspensión hasta el día 11 en que supieron finalmente su destino, que se reducía á otra cárcel como las pasadas, en el palacio de Azeitão del célebre duque de Aveiro. Para dar lugar á los misioneros en este sitio, habían sacado de él en el día 6 de Mayo á treinta y un jesuítas que allí estaban, y los habían trasladado á las cárceles de Belén, no lejos del lugar donde reside la corte la mayor parte del año. En el mismo día en que se hizo esta funesta traslación de los padres á las sepulturas de Belén, parece que el cielo mismo quiso dar á los portugueses algunas señales de su indignación, pues vieron arder y consumirse con el fuego su nueva, magnífica y suntuosa patriarcal en Lisboa, sin ser parte para apagar y atajar la voracidad del fuego, la industria y diligencia de los ciudadanos, que tuvieron el grande sentimiento de ver consumirse en pocas horas el suntuosísimo templo que tanto les había costado, y que estimaban como una de las maravillas de la ciudad.

Desocupado el palacio de Azeitão y hecha aquella especie de cuarentena de los misioneros castellanos, el día 11 de Mayo, como á las tres de la tarde, abordaron al navío algunos ministros reales, que allí llaman desembargadores y debían asistir á la apertura de la cárcel de los misioneros. Salieron éstos de la escotilla, en donde habían estado encerrados por más de dos meses, y les pareció entrar en un mundo nuevo, adornado de mejores árboles y plantas, cercado de un cielo más claro y hermoseado de un sol más resplandeciente. Cerraban los ojos por no poder sufrir tanta luz y claridad, hasta que poco á poco, pestañeando frecuentemente, se fueron haciendo á tanta luz. Entonces cayeron en cuenta de la obscuridad en que habían venido, bien que les había parecido tolerable por el confronto de la lobreguez del Pará. Tratáronlos con atención y cortesía los señores portugueses, que viéndolos tan rotos, desabrigados y desnudos, no sólo sin capotes y manteos, pero aun casi sin sotana, dieron luego orden de que al menos los cubriesen con unas como cortinas de de paño azul que traían en sus barcos para formar toldillas y librarse de las aguas ó de los ardores del sol. El traje, aunque ajeno, desproporcionado y ridículo, más propio de locos que de unos sacerdotes, no dejó de hacer al caso á los pobres misioneros, que se agarraban de él por pasarlos el viento frío que á la sazón corría. El vestido extraordinario y la vista que con él hacían, dió motivo á las voces que corrieron por Lisboa y su comarca, de que venían en la corbeta unos hombres cazados de los portugueses, y pudo dar ocasión á que divulgaran las gacetas de que habían padecido naufragio. Echaban la culpa de tanta desnudez los desembargadores portugueses á los ministros españoles, como que habían descuidado de los padres en parte tan principal; pero otros les disculpaban como era razón, y declararon abiertamente por amor de la verdad, la carta cortés y atenta que al señor Ataide, gobernador del Pará, había

escrito el señor presidente de Quito, para que vistiese de pies á cabeza, sin reparar en gastos, á los misioneros del Marañón. Oyendo esto los señores desembargadores, recogieron velas y mudaron de conversación.

Trasladados los misioneros á unos barcos, anduvieron como dos ó tres leguas, hasta una casa de campo puesta al fin de la bahía de Lisboa. Y para que se vean los sentimientos de la gente plebeya, sobre las cosas que pasaban entonces, quiero insinuar la conversación que tenían entre sí, pero con deseo de que lo oyesen los remeros de uno de los barcos. Iba un oficial en la proa, como en los demás, celando que no hablase con los padres la gente de remo. Sin embargo de esta precaución, decía uno de los remeros: «Acábase de quemar la gran Patriarcal nueva que se hizo á tanta costa, con todo lo que había dentro, y dicen que sube la pérdida á dos millones. Así castiga Dios lo que hacen con los padres de la Compañía de Jesús. También los prenden en Castilla. Esto es cosa del diablo. Dios les dé paciencia.» Decía otro con mucho pasmo y admiración, clavando los ojos en los misioneros: «Jesús, Jesús, padres, ustedes no pueden menos de ser mártires. Rueguen á Dios por nosotros. Oía esto el oficial y ponía el dedo en la boca, pero de una manera que daba á entender que aprobaba lo que decían, y que no le disgustaba la conversación. En estas pláticas sin contestar los padres una sola palabra, llegaron á la casa de campo, adonde se enderezaban los barcos.

Esperaban en este sitio á los misioneros con un refresco magnífico, y convite verdaderamente ostentoso. Sirviéronles muchos helados, diversos platos de aves, varios géneros de dulces, muchos condimentos de leche y todo género de frutas del tiempo con un vino generoso. Con la comida y bebida que no habían gustado en tanto tiempo, tomaron aliento y se reforzaron para el viaje que, acabado el banquete como al ponerse el sol, emprendieron para el palacio de Aveiro. Montaron en unos borricos que estaban prevenidos y aparejados con tan anchas enjalmas, que mostraban bien no estar hechas para cabalgar personas, sino para cargar banastas ó cubetos. Para los dos viejos enfermos y de peligro, dispusieron una carreta con sus bueyes, y como debían girar por el camino de ruedas, diferente del camino de bestias, tuvieron la atención los desembargadores de permitir que otros dos padres les acompañasen en la misma carreta para cualquier acontecimiento que pudiese ocurrir en el viaje. De esta manera, unos por un lado y otros por el otro, comenzaron á caminar casi de noche. Los ministros del rey, iban en sus buenos caballos, en seguimiento de los que caminaban en los borricos, cuidando de que fuesen con toda comodidad, como lo mostraban en las continuas, molestas é importunas preguntas si iban con gusto, si les molestaba alguna cosa, si echaban de menos algo. Disimulaban los padres la incomodidad y dolores que les causaba el ir tan abiertos de piernas, con tan perversos aparejos, porque sobre esto que era bien patente á los ministros no caerían las preguntas, y respondían que les iba bien y que no necesitaban de nada. Un mozuelo de los que guiaban los borricos quiso subir á las ancas

de uno de ellos, y se lo impidió uno de los ministros diciendo que no era digno de atar la correa del zapato del misionero que iba montado en la bestia. También los hombres de mundo saben el lenguaje de los hombres espirituales cuando se presenta la oportunidad ó les hace al caso.

Caminaron los padres molestados del frío que sentían mucho y mortificados por la postura trabajosa en que les llevaban las anchísimas albardas, hasta las once de la noche en que llegaron al palacio destinado. Luego que los soldados los divisaron, despacharon desde su cuartel, que estaba en una casa inmediata al palacio, un buen piquete que se formó con fusil y bayoneta calada á las puertas por donde debían entrar los misioneros. Apeáronse éstos de sus borricos, sin poder enderezarse, y con ayuda de costa subieron por una escalera magnífica y espaciosa, hasta entrar en una sala capaz, que había servido á los padres portugueses de refectorio, y en donde estaban aún puestas las mesas con sus manteles y demás utensilios necesarios. Aquí tomaron asiento porque lo necesitaban, y los ministros les hicieron las preguntas que les parecieron, concernientes todas al viaje desde las misiones del Marañón. Poco después, habiendo llegado los de la carreta, apareció un notario, que de éstos encontraban algunos en todas partes, y tomó la nota de los nombres y patrias de los misioneros, sin darles más molestias, sin hacer examen y sin dar orden para el registro de las cosas que traían.

Hecha esta breve formalidad por el notario, dijo uno de los embargadores á los padres: «La casa queda toda á la disposición de Vs. Rs., pueden muy libremente acomodarse donde más les agrade, ó en la vivienda alta ó en la habitación baja, que una y otra es bien capaz. Tienen buena capilla surtida de todo lo necesario para decir Misa, y si gustan de verla desde luego, síganme, que no les desagradará.» Llenos de alegría y de consuelo los misioneros con esta noticia, se levantaron todos á una, y mostrando ser ésta la cosa de mayor gusto para ellos, le siguieron prontos, casi atropellándose unos á otros. Tántas eran las ansias que tenían de ver los altares en que podían decir Misa, después de haber estado por tanto tiempo privados del santo sacrificio. Mas ¿quién dirá la consolación de su alma y las dulces lágrimas que derramaban por sus ojos al ver una hermosa y extendida capilla con cinco altares bien dispuestos y adornados decentemente, con todo lo necesario para decir Misa á un mismo tiempo cinco sacerdotes? No podían contenerse sin mostrar el gusto que tenían en saber que podían celebrar el santo sacrificio de la Misa, y en considerar que ya estaba á su disposición aquella pequeña iglesia, tan linda y tan bien provista de todo lo necesario. El superior, en nombre de todos, dió las gracias de tanto bien como les concedían, así al ministro que les había guiado como á los demás que estaban ya juntos en la capilla. Mas ellos respondieron con aire de novedad: «Pues qué, ¿no les han permitido decir Misa en las Indias?—Los padres, dijo el superior, no la han celebrado desde el día 9 de Diciembre del año de 1768, y yo celebré la última en el 19 de Enero del 69.» Empezaron á esta respuesta á mirarse los mi-

nistros unos á otros, como quienes se admiraban de la determinación del gobernador del Pará en aquella materia, y finalmente, prorrumpió el principal en estas palabras: «Los portugueses de esas tierras, ¿no son también católicos? ¿Pues qué tiene que ver lo que está pasando á Vs. Rs. con el impedirles celebrar la santa Misa? Por donde se ve claramente que muchos de los ejecutores inmediatos de los arrestos de los jesuítas, pasaron los límites de las órdenes que recibieron de la corte, interpretando cada uno, según la disposición en que se hallaban, los mandatos superiores, como sucedió en España y ahora se vió también en Portugal.»

Mientras que los misioneros estaban con los ministros en estos discursos embelesados de ver el aseo de la capilla y el buen orden de los altares, y alegres en extremo por la esperanza y seguridad de poder celebrar todos los días, les vino un aviso apresurado que les aguó parte del contento, y se reducía á que el P. Leonardo Deubler estaba expirando. Fueron todos los padres corriendo á donde estaba echado el pobre viejo para leerle la recomendación del alma, y dar orden, si fuese posible, de administrarle los Sacramentos; mas al entrar por la puerta del aposento donde le habían puesto, dió su alma al Señor, á los ochenta y cuatro años de edad, y cuarenta de misionero en la misma camilla en que le habían sacado del navío y traído á la carreta. Los padres sólo pensaron en amortajar al difunto, á quien se dió sepultura en el día siguiente; los ministros en volverse á sus casas, y el oficial, á cuyo cargo estaba el palacio, á retirarse á su cuartel, después de cerradas bien las puertas.

CAPÍTULO XI

TRABAJOS DE LOS PADRES MISIONEROS EN EL PALACIO DEL DUQUE DE AVEIRO Y EN LAS CÁRCELES DE LISBOA

Cerrados los misioneros en el palacio que había de ser su cárcel, por algunas semanas y aun meses, tuvieron el consuelo de hallar en este retiro á dos padres portugueses, que por inválidos é incapaces de poder hacer camino, no habían seguido á sus hermanos á las cárceles lóbregas en que los sepultaron. Llamábase uno Manuel de Reyes, que fuera de la edad avanzada en que se hallaba, estaba del todo ciego y baldado de todo el cuerpo, sin poder menearse de un sitio. Pero con estar tan acabado, tenía una cara de bienaventurado é infundía consuelo y alegría en los nuevos huéspedes que le miraban con atención, y se recreaban con su vista. Pasaba su vida este buen viejo en oir por la mañana casi veinte misas, que celebraban sus hermanos en la capilla adonde le llevaban en un carretoncillo, y á medio día lo volvían á su lecho, donde estaba hecho un Job de paciencia, edificando á todos con su heroica conformidad. El otro portugués tenía por nombre Manuel López, y era sujeto de mucho mérito, como maestro que había sido por muchos años, procurador de la

misión del Marañón portugués y confesor del P. Gabriel Malagrida. Si bien este insigne jesuita no estaba tan postrado como el primero, se hallaba baldado del lado izquierdo, y estribando en un bordón se ingeniaba para andar arrastrando y pasar el día en la capilla, donde tenía su consuelo. Con estos dos padres habían dejado en el palacio dos mozos, los cuales habían servido á los jesuitas sacados á las cárceles, en aquellas cosas en que no alcanzaban á satisfacer los hermanos coadjutores. Estas eran las personas que encontraron en su encierro los jesuítas españoles.

Venían casi ignorantes allá del Marañón de lo que pasaba en Portugal y deseosos de saber de la suerte de sus hermanos; mas oyeron de la boca de los dos padres portugueses tales cosas, que quedaron con su relación sorprendidos, y echaron bien de ver que era nada lo que habían padecido ellos mismos, comparado con lo que pasaba en aquel reino bajo el gobierno de un ministro impío, cruel y despótico. Supieron las muchas y terribles prisiones de los nuestros, las nuevas cárceles ó sepulturas fabricadas para atormentarlos, la larga duración de sus miserias y la ninguna esperanza de salir de aquellos obscuros calabozos ó cavernas tantas personas de bien, que del Marañón, de Goa y de Portugal estaban sepultadas en las entrañas de la tierra.

Sobre la cárcel de Azeitão decían, en particular, que los años antes habían metido en ella 50 misioneros, traídos unos del oriente, y los otros del occidente, y que habían vivido juntos y retirados de toda compañía y comunicación humana con grande humildad, austeridad y pobreza; dando á todos ejemplo en el fervor, ayunos y penitencias, el superior mismo, que en medio de llegar á la edad avanzada de noventa años, parecía el más robusto de todos. Añadían que después de los primeros años en que la prisión había sido muy rigurosa, les habían dado algún ensanche los oficiales de guardia, y permitido salir á la puerta y dar las sobras de su exigua comida á los pobres que venían á ella. Pero que de allí les había venido el mismo trabajo y persecución, porque teniendo ya modo de escribir al padre general sobre algunas cosas que deseaban y habiendo recibido respuesta suya en que señalaba superiores en caso de muerte y les comunicaba la facultad que había recibido del Papa para tener Sacramento en su capilla para consuelo de todos; un Judas que se halló entre los 50, hecho del bando del ministro, les había vendido con ingratitud y alevosía avisando á la corte de lo que pasaba. La materia de las cartas no podía ser más inocente, pues no contenían cosa que no fuese justa y debida á unos pobres afligidos que buscaban la dependencia de sus superiores y el esfuerzo del alma para llevar con paciencia y alegría tantos trabajos. Pero la comunicación estaba severamente prohibida y era necesario hacer un escarmiento ruidoso. Luego que llegó el aviso á la corte, vinieron comisionados é hicieron un registro riguroso y sacaron ocho padres á las Torres (así se dijo por entonces aunque, en realidad, no se sabe aún á dónde los llevaron), y pusieron á los demás en más estrecha reclusión. Por último, dijeron que habían muerto en esta prisión como 30

jesuítas y que otros 31 habían sido trasladados á cárceles más estrechas, para dar lugar á los padres castellanos. Por donde se deja entender que á los primeros 50 misioneros, fueron juntando en el mismo palacio otros muchos, por orden de la corte.

No sabían los dos padres portugueses decir, en particular, qué miserias padecían sus hermanos en las cárceles de Belén y de San Julián, ni cuántos eran los que allí estaban sepultados, y sólo habían llegado á entender que eran muchos en número y que era grande la miseria y extremo el abandono. Pero lo que aquellos entonces ignoraban, lo dirá con bastante individualidad una carta de los mismos interesados que, al cabo de algunos años de prisión, pudo escribir al provincial del Rheno inferior y que, por providencia del Señor ha llegado á mis manos. La carta está escrita en idioma latino y traducida al castellano es como sigue:

«12 de Diciembre de 1766.

»Reverendo en Cristo padre provincial: Estando casi al fin del año octavo de mi cautiverio, he hallado el modo de enviar á V. R. esta carta por medio de cierto jesuíta francés que pasa de estas cárceles á su patria por la benignidad y clemencia del rey de Francia, que se ha servido de sacar á los suyos de tanta estrechez y miseria. Preso en el año de 1759, y llevado entre treinta soldados parte de á pie y parte de á caballo, todos con sus espadas desenvainadas, fuí echado en una horrible y oscura prisión ó cárcel de una fortaleza llamada Almeida en los confines de Portugal y Castilla, aunque tuve por compañeros tantos y tan importunos ratones que ni en la cama ni en la mesa me dejaban de día ni de noche, y era tanto su atrevimiento y su familiaridad, que comían conmigo en la misma escudilla, sin poderlo impedir yo por la obscuridad del lugar. Estábamos en esta cárcel, pero cada uno en su calabozo separado, 20 jesuítas. Fué bastante la comida en los cuatro meses primeros, más nos moríamos de hambre en los siguientes. Cumplido un año, nos quitaron por fuerza hasta los Breviarios, imágenes, monedas, medallas, reliquias de los santos, y llegaron á tanto que quisieron arrancar á uno la imagen de un Santo Cristo que tenía pendiente del cuello. Pero como éste que era el primero se resistiese fuertemente á tanta desvergüenza, no se atrevieron á intentar otro tanto con los demás.

»Después de tres años de hambre y de miseria (porque ni á enfermos ni á moribundos era permitido que entrase persona alguna), fuimos sacados de esta penosa cárcel sin esperarlo nosotros (con ocasión de la guerra entre España y Portugal), diez y nueve jesuitas por haber muerto uno en la prisión. Atravesamos casi todo el reino de Portugal entre soldados de á caballo bien armados, y siempre con sus espadas desenvainadas, y vinimos á parar á las cárceles de Lisboa, no sin grave daño de los tres únicos alemanes, que todos nos desmayamos notablemente. Después de ha-

ber hecho aquí noche en la cárcel de los ladrones públicos, fuimos traídos el día siguiente á esta torre presidiaria de San Julián, puesta en la ribera del Tajo, más abajo de Lisboa y cerca del mar, donde estoy con los demás en un calabozo harto más horroroso que el pasado, obscuro, subterráneo, lleno de mal olor, adonde ni penetra el aire ni entra casi luz alguna por no tener más que una rendija de tres dedos de ancha y tres palmos de larga. Para alumbrarnos se nos da un poco de aceite, la comida escasa y grosera, el agua peor, muchas veces podrida y llena de gusanos. La ración diaria de pan es de media libra, y esta misma dan y no más á los enfermos con una quinta parte de una gallina. Si con esto sana, bien; y si no que se muera. Los sacramentos de la Iglesia sólo se nos conceden en el artículo de la muerte, cuyo peligro ha de afirmar con juramento un cirujano que hace de médico, y á falta de éste, que por vivir fuera del presidio no puede venir de noche, no hay que esperar ni médico ni sacerdote. A los principios nos trataban con más rigor á los extraños que á los naturales; mas ahora todos somos iguales y nos llevan por un rasero. En tanta miseria y desnudez que casi todos estamos despojados de lo que teníamos sobre nosotros, esperamos la caridad de los que todavía tienen alguna camisa; y yo estuviera ya tiempo há en un todo desnudo y en carnes, si no se me hubiese por compasión socorrido.

»Está el agua continuamente entrando en gran copia por las puertas y paredes de estas cavernas salitrosas, humedas, apestadas de fetor y llenas de gusanos, moscas y otros insectos asquerosos, de donde nace, que así el vestido como cualquiera otra cosa luego se deshace, se pudre y se consume. Es esto de manera que el mismo gobernador del presidio no há muchos días que prorrumpió en estas palabras que le sacó la fuerza de la verdad. Cosa bien rara es ésta, todas las cosas se pudren luego y sólo los padres se mantienen. Ello parece un milagro el que vivamos para poder padecer. El buen cirujano, que conoce bien su ignorancia, se maravilla muchas veces cómo convalecen los padres de sus enfermedades y él mismo confiesa que muchos se han puesto sanos no por industria suya, sino por especial providencia ó virtud divina.

»Hay algunos que han convalecido haciendo algunos votos. Uno que estaba ya para dar la última boqueada, sanó poco há de repente con un poco de harina de San Luis Gonzaga. Otro que por estar loco y furioso á todos nos aturdía con clamores descompasados, y con gritos horrorosos nos atormentaba, púsose mucho mejor con sólo rezar un jesuita sobre él una oración. Otro, finalmente, que ha estado muchas veces á los últimos, recibido el santo Viático comienza luego á mejorar, de suerte que el cirujano suele decir con gracia: «Ya sé el remedio de éste: dadle el Santísimo, que no morirá». Hubo también uno que después de muerto quedó mucho más hermoso que cuando estaba vivo. La novedad sorprendió á los soldados y circunstantes que decían maravillados de lo que veían: «Esta es la cara de un bienaventurado.»

»Viendo nosotros esto, y experimentando que el cielo nos da fortaleza,

nos alegramos con los que mueren, y les envidiamos su dichosa suerte, y no porque se les acaben los trabajos, sino por la gloriosa victoria que consiguen. Y es cierto que los más están deseando y tienen por grande dicha caer con gloria en esta batalla. Y así, los tres padres franceses, á quienes se ha dado licencia de salir de sus cárceles y de pasar á su patria, miran con ojos tristes esta su suerte, y tienen la nuestra por más feliz que la suya. Cierto que parecemos afligidos, pero estamos siempre alegres, aunque casi desnudos y llenos de dolores y molestias. Pocos hay que tengan algún pedazo de sotana, y apenas alcanzamos con que cubrirnos decentemente. Sírvenos de cobertor una especie de silicio, hecho de no sé qué cerdas agudas y asperísimas. Un trozo de jerga viene á ser la cama, y aun estas dos cosas, como luego se pudren, nos faltan muchas veces y no se consiguen sin dificultad. Hablar con alguno, dicho se está que no se puede, y á nadie le es permitido el hablar, pedir ó interceder por nosotros. El carcelero, hombre de durísima condición y verdadero verdugo de los padres, rara vez nos dice una palabra con paz y con buen modo, y varias veces nos arranca y quita por fuerza lo que necesitamos.

«El que viniere en abjurar de la Compañía, tiene por premio su libertad, la gracia de la corte y lo necesario para vivir. Dícese que se cuentan más de mil encarcelados en el reino, y que los más, ó á lo menos muchísimos, están por causa de los jesuitas. No caben ya las personas en las torres y fortalezas, y se van haciendo cada día nuevas cárceles. Han sido también traídos á este lugar los jesuitas de Macao, de los cuales ya muchos han padecido gloriosamente por la fe entre aquellos gentiles cárceles, cadenas y otros muchos tormentos. Pero parece más agrado de Dios que aquí padezcan mucho con inocencia, que el que mueran allá por la fe de Jesucristo. Se están esperando de día en día los del Malabar y la China, que con arte y engaño han podido prender, y esto para que aquí reciban el martirio que no encontraron allá.

»Vivimos todavía en este lugar, porque Dios quiere conservarnos, 76 jesuitas de los 92 que entramos:

De la provincia de Goa	27
De la del Malabar	1
De la de Portugal	10
De la del Brasil	9
De la del Marañón	23
De la del Japón	10
De la de la China	12

»Han muerto 13 y han salido 3, con que quedamos 76. Viven todavía los viejos y venerables de Portugal, del Brasil y del Marañón, que son el P. Juan Enríquez, el P. Juan Honorato y el P. Francisco Toledo. De nuestra provincia están aquí los padres Graff, Hund, Meisterbug y el carísimo hermano Muller. Los demás estarán en las demás torres, y no he

podido saber quiénes y cuántos son. Dará más noticia de esta nuestra prisión el plan, forma y diseño que hice de estas cárceles y envié á Roma. En ésta no puedo decir más que, si fuese mayor, no cabría por la rendija por donde se debe echar.

»Rueguen á Dios por nosotros los padres y hermanos de la provincia, mas no como por miserables y desdichados, que nosotros nos tenemos por felices y dichosos; y ciertamente que yo, aunque á mis compañeros deseo mejor suerte, no trocaría la mía con las de vuestras reverencias. Pásenlo bien y trabajen gloriosamente para que crezca tanto en esas tierras la gloria de Dios cuanto se ha disminuido en estas otras.

»De vuestra reverencia siervo,

»LORENZO KAULEN, cautivo de Cristo.»

Esta es la carta que escribió este verdadero mártir de Jesucristo á su antiguo provincial de Rheno Inferior, la cual llegó á mis manos algunos años después de haber sido escrita en las cavernas tenebrosas de San Julián. En ella se leen distintamente los exquisitos tormentos que padecieron 92 jesuitas en la torre de San Julián. Pero no se habla de los demás padres que estaban gimiendo en otras cárceles. Por buen conducto he sabido en Bolonia, que los padres sepultados en los calabozos más hondos de Portugal, fueron por lo menos 138, y que en diez y siete años de prisión murieron 82, es, á saber: 26 en las torres de San Julián, 31 en el palacio de Azeitão, y 14 en otras prisiones, con otros 11 que murieron en varias de ellas después de la extinción de la Compañía. No entran en este número 23 que murieron en el camino de Goa á Lisboa, con el trato duro y por la estrechez del navío en que venían, ni tampoco aquellos ocho que sacaron de Azeitão y de que no hemos tenido noticia alguna.

Mejorados los tiempos y abiertas las cárceles tenebrosas por la justicia que comenzó á ejecutar la reina fidelísima, se hallaron algunos vivos en las entrañas de la tierra, que juntos con los que antes habían salido, cumplieron el número de 56. Además de éstos, salió también libre de la Inquisición y con sentencia muy honorífica, otro padre que estaba en ella por sectario del P. Malagrida. Esto es cuanto ha llegado á nuestra noticia en este año de 1786, de los padres portugueses, italianos, alemanes, franceses y españoles que quedaron en el reino de Portugal y que no permitió el ministro Carballo que pasasen á Italia con sus hermanos. Me ha parecido justo dar aquí alguna razón de lo que padecieron éstos por tantos años, ya que los misioneros del Marañón español tuvieron alguna parte en sus trabajos, y, si no apuraron el cáliz amargo de sus hermanos, no dejaron de probar de sus amarguras.

CAPÍTULO XII

DESPUÉS DE DOS MESES DE PENOSA DETENCIÓN EN EL PALACIO DE AZEITÓN, SE EMBARCAN LOS MISIONEROS PARA EL PUERTO DE SANTA MARÍA.

Asombrados los misioneros de Quito de los excesivos trabajos que padecían en Portugal sus hermanos, no les parecía haber padecido nada por Jesucristo ni en el Marañón, ni en el Pará, ni en el viaje que acababan de hacer. Inciertos de su suerte, se ofrecían á mayores trabajos sabiendo que estaban en poder de un ministro despótico que, como por astucia y maña había traído del oriente jesuítas que no pertenecían á la corona de Portugal, así también podía hacer con ellos algún juego de manos, sin embargo de ser españoles y de que había convenido con los ministros de España en dejarlos pasar á su destino. En estos temores que no eran del todo vanos, se aplicaron á establecerse en su reclusión del mejor modo posible y á entablar sus acostumbradas distribuciones, dejando el éxito de sus cosas á la divina Providencia.

Aunque era magnífico el palacio donde se hallaban encerrados, pero era bien poco á propósito para habitaciones de religiosos. Todas sus salas eran grandes, las piezas altas y las viviendas extendidas, y á esta causa los padres portugueses, por librarse siquiera del registro y de la vista de unos y otros, habían hecho una especie como de cancelas en que acomodaban las camas con una manta. Aquí se retiraban para dormir ó estudiar, y á la práctica de sus devociones. Aunque las divisiones no eran de mucha solidez, como formadas de sábanas ó cobertores colgados de sus cuerdas, pero parecieron bastantemente oportunas á los misioneros para sus ordinarios ejercicios y se acomodaron fácilmente en estos aposentillos. Era dificultoso que en aquella opresión y miseria hubiera la limpieza necesaria en una casa de comunidad, no pudiendo barrerse bien y con la debida frecuencia tantos retretes y escondrijos atestados de las cosas de los colegios que por orden de la corte habían metido en el palacio. Y esta era la causa de que hubiesen cundido tanto las pulgas por todos los parajes, que en parte ninguna se veían libres los padres de las molestias que les daban. Hicieron cuanto pudieron por verse á lo menos libres en parte de semejante plaga, pero era la posesión tan antigua y tan arraigada, que lograron bien poco, sin poder desalojarlas de su antiguo sitio. Aun en el santo sacrificio de la Misa se dejaban sentir tan vivamente, que no era pequeña incomodidad el celebrarlo.

Las oficinas comunes, como menos desfiguradas, eran verdaderamente magníficas y propias de un palacio tan celebrado, pero las demás estaban notablemente afeadas con las obras propias de cárcel que se habían añadido cuando las destinaron á este efecto. En particular tiraron

á quitar las hermosas vistas que tenía y á privar á los presos de la luz que por las hermosas y rasgadas ventanas bañaba y alegraba todos los rincones del palacio. Tapiadas éstas, sólo habían dejado unos pequeños postigos, y esos muy altos, que daban una luz bien escasa é impedían á los padres asomarse por ellas. En algunas piezas ni aun esto se hallaba, y entraba solamente una pequeña luz por unas troneras estrechas del mismo techo. Pero acordándose los misioneros del Marañón de las cárceles antecedentes, miraban á ésta como á una casa de recreación, en que comenzaban á respirar, y no les causaba molestia alguna la luz escasa, por haberse hallado en tanta obscuridad. Así que esta circunstancia de su prisión poco les afligía.

Algo más penosa les pareció la asistencia que les dieron por todo el tiempo que perseveraron en el palacio, porque era la misma que habían entablado con los padres portugueses, la cual era muy escasa en realidad y miserable, de manera que nunca llegaron los nuestros á satisfacer el hambre. Dábanles por desayuno media onza de mantequilla, con cuyo bocado se ingeniaban á hacer una sopita en un pedacito muy pequeño de pan que conservaban desde la noche, en que les ponían cuatro onzas y comían tres por dejar una para la mañana. No era mayor la cantidad de pan que ponían al medio día, porque estaba ya asentado que por testa bastaban ocho onzas de pan al día. Este principio se pudiera tolerar si sirviesen las demás cosas con abundancia, pero al principio correspondían los medios y los fines. Porque la carne apenas se divisaba en el caldo, y la podían servir cómodamente en los platillos pequeños que usaban comúnmente en los colegios para los postres. Esto con un medio vaso de vino poco sano, y ya podrido, era toda la comida y bebida que servían á medio día y por la noche. Ni es de extrañar que fuese tan estirado el trato de los padres portugueses, porque su pensión era tan corta que no pasaba de dos reales de vellón, y de ella se sacaba la mitad para ornamentos de la capilla, oblata de las Misas, leña y aceite, fuera de un par de zapatos que se debía suministrar cada año á cada religioso, con que sólo quedaba un real por testa para comer, cenar y beber. Con medida tan escasa trataron también á los padres castellanos, y se acomodaron á ella sin hablar palabra, pues no pensaban ser mejores que sus hermanos. Es verdad que cuando el juez de la villa venía á pagar las pensiones por los castellanos, encargaba mucho que no reparasen en gastar con ellos, porque era intención del rey fidelísimo que se les tratase con toda ostentación, pero jamás se atrevieron, por varios pretextos, á salir de lo acostumbrado. Acaso los que manejaban la pensión, se quedarían, como suele suceder, con parte de lo que entregaba el juez de la villa para los padres, ó acaso el mismo juez, que no es tampoco increíble, era muy liberal en palabras y estrecho de manos. No sé si tan cumplida asistencia aceleró la muerte del P. Adán Vidman, que á los ocho días de mansión en el palacio dió su espíritu al Señor, cumplidos los setenta años de edad, y fué llorado universalmente de todos. Su cuerpo fué enterrado con el

del P. Leonardo Deubler en el sepulcro de los padres portugueses que habían muerto los años antecedentes, el cual, á lo que entiendo, estaba en una iglesia puesta al cuidado de los padres dominicos.

Poco sabían nuestros misioneros de las cosas de Europa, porque el encerramiento era riguroso. Las puertas del palacio estaban siempre cerradas con dos gruesos cerrojos, cuyas llaves estaban siempre en manos del oficial de guardia, que venía en persona con un piquete de soldados todas las veces que debía abrirse el palacio. Fuera de esto, en la plazuela, había continuamente centinela de día y de noche, de manera que cuanto se metía ó sacaba, pasaba por un registro vigilante, y, en particular, la ropa sucia que se desenvolvía y examinaba con mucho cuidado. Libres los padres de todo pensamiento de cosas de afuera, en este retiro se aplicaban á las distribuciones espirituales que habían practicado por tantos años los padres portugueses con edificación del contorno, á que añadieron el juntarse de comunidad en la capilla todas las tardes á oir, por media hora, la lección espiritual, y á tener otra media hora de oración mental. Empleaban el tiempo que les sobraba de sus ejercicios espirituales, unos en leer cosas útiles y provechosas, y otros en hacer algunas cosas mecánicas á que tenían inclinación, y los más de ellos en remendar ropillas que, aunque pocas, estaban muy destrozadas. En esta misma prisión adelantó mucho el P. Xavier Veigel el mapa de las misiones del Marañón, que ya antes había comenzado, y su trabajo fué muy fácil y útil para nosotros, que nos hemos aprovechado de su industria y aplicación en la copia que presentamos al fin de la Historia para mejor inteligencia de las misiones de Mainas.

Teniendo los padres tan bien distribuidas las horas de todo el día, no les parecía dura la prisión, antes miraban con buenos ojos aquel encerramiento tan estrecho, y estando ya á los últimos de Junio sin tener todavía noticia alguna de su destino, trataron, atenta la calidad del sitio y lugar solitario que á ello convidaba, de hacer los ejercicios acostumbrados de San Ignacio y de retirarse más, si no del mundo, de los pensamientos de la tierra. Hecha con mucho fervor la primera semana, según la forma que prescribe en su breve librito el Santo Patriarca, propuso el superior á todos en el último día si querían hacer otra semana, y acompañarle, porque él estaba resuelto á emplear en los santos ejercicios un mes entero. Bastó la insinuación del superior para que todos aceptasen un convite tan ventajoso, y prosiguieron con él en las meditaciones de la segunda semana.

No tuvieron tiempo para concluir esta nueva semana, porque en el día segundo por la noche, después de haber tomado su parca cena, oyeron de repente el ruido de los cerrojos, que como tan grandes resonaban siempre por todo el palacio cuando se corrían. Era la hora excusada, y desde luego excitaba en los ánimos varios pensamientos aquella novedad, aunque los más entraron en esperanzas de buen anuncio, persuadiéndose de que los querían aviar para España después de dos meses de

detención. No se engañaron en ello, porque entrando en donde estaban los padres, el juez de la villa les intimó de parte del rey fidelísimo que se previniesen para salir del palacio á las tres de la mañana, y que habiendo de ir delante los trastos y las camas, las tuviesen prevenidas para cargarlas en dicha hora, y que ellos les seguirían adonde su majestad dispusiese. Hecha la intimación se despidió el juez, y los padres no tomaron un rato de descanso en toda la noche por el recelo que no les cogiese desprevidos y sin atar las camas á la hora señalada, que deseaban con ansia. Pasó esta en inquietud, cuando apareciendo en la plazuela, como á las cuatro de la mañana varrias carretas y algunas caballerías, no se atrevieron los mozos á cargar los hatillos preparados, porque el juez no aparecía. Vino, finalmente, después de haber amanecido, el que tanta prisa había dado para la prevención de las cosas. Y haciendo cargar el bagaje, dejó á los misioneros en la misma expectación en que estaban antes de su llegada, diciéndoles que á él no tocaba la conducción de las personas.

Llegó, por fin, á las nueve de la mañana otro personaje de mayor representación, y era corregidor de otra villa cercana, á cuya disposición estaba el viaje de los misioneros. Pero por ser ya hora tan incómoda y calentar mucho el sol, circunstancia que imposibilitaba bien poco á los padres, deseosos de salir cuanto antes de su prisión, determinó dilatar la partida hasta después de comer. Habíase descuidado de prevenir lo que no se tenía por necesario, y así se tomó alguna cosilla de lo que se encontró á mano, pero se suplió la falta con dar á los padres un poco de vino bueno, de lo que días antes habían recogido para el gasto de los castellanos. Pero éstos ni le habían probado hasta entonces, ni habían salido de la tasa señalada á los portugueses que se reducía, como dijimos, á medio vaso por el medio día y otro medio por la noche. No dejaba de conocer el señor gobernador, ó corregidor, las ganas que tenían de salir los presos, así por la apresuración con que comieron lo poco que se les presentó, como por el semblante y por el aire de inquietud que en ellos descubría. Sin embargo de esto, no resolvió el salir hasta las tres de la tarde, cuando ya el sol comenzaba á caer y no se dejaban sentir tanto los ardores de sus rayos. Hecha la señal de montar después de tanta flema, unos cogieron caballos, otros mulas, y los más cuerdos echaron mano de borricos, así por no ser grandes caballeros, como por huir de las enjalmas que tenían en vez de sillas las caballerías mayores. De esta manera emprendieron su viaje, deseando dejar cuanto antes un reino en que no se consideraban muy seguros.

Fué muy diferente la salida del palacio, que había sido la entrada dos meses antes. Porque entonces los desembargadores habían mostrado algún cuidado en que los arrieros tratasen á los padres con atención y cortesía. Mas ahora el corregidor sólo pensó en apresurarse por llegar á su destino cuanto antes en su buen caballo, dejandoles á la discreción de la canalla, que debía atender á las bestias. Hartos de esperar los arrieros

por el espacio de doce horas, estaban, como suele suceder en esta gente, de muy mal humor, y tiraron á descargar su furia y á desquitarse del tiempo perdido á costa de la paciencia y sufrimiento de los padres. Comenzaron, desde luego, sin el menor reparo, á dar latigazos y picar á las bestias y hostigarlas de manera que no perdonaban á los jinetes, á quienes alcanzaban también los latigazos y aun tal cual golpe de varapalo. Clamaban los misioneros pidiendo misericordia, y les suplicaban que usasen de alguna moderación; pero ellos, fieros, sordos y sin vergüenza, llevaban las bestias á todo trote, y cuando los pobres animales, agitados de tanta bulla y golpes, daban sus corcovos ó echaban al suelo algún jesuíta, lo celebraban con grandes risadas y algazara, como si fuese un triunfo. Pero quiso el Señor que en medio de tantas caídas, como era preciso que sucediese en personas poco hechas á caminar de esta manera, ninguna de ellas fuese desgraciada. Arrastrados de esta suerte por aquella vil canalla, llegaron, por último, al sitio desde donde debían embarcarse. Como la comida había sido tan escasa, esperaban algún refresco para tomar aliento, y no les disgustaba ya que se hubiese adelantado el corregidor, porque al fin habría tenido tiempo para prevenir alguna cosa. Esta la dispuso para sí, descuidando de los que venían detrás. Metidos los padres en una taberna pública entre borrachos y jugadores, tuvieron la bella ocasión de ejercitar la paciencia por dos horas enteras entre aquella chusma, mientras el corregidor, en el cuarto alto de la taberna, merendaba á su satisfacción y sin testigos, según los varios platos que iba llevando un criado desde la cocina que alcanzaban á ver los misioneros.

Al ponerse el sol bajó el conductor bien comido, y condujo á los padres á tres botes que tenían prevenidos para pasar al navío. El viento era bien recio y daba de proa la marea, con que se adelantaba bien poco por más fuerza que se hacía de remos. Costó mucho trabajo vencer la travesía, y no fué menos el peligro á la desembocadura del Tajo, porque arreciándose más el viento y empeñados los marineros en pasarlo, no obstante el riesgo que suele haber en estas ocasiones, pusieron á todos á punto de naufragar, como ellos mismos lo confesaron metidos en el empeño. Pues titubeando los demás, dijo el piloto principal, á quien obedecían todos; «No hay que temer; adelante, que no querrá Dios que perezcamos, aunque no sea más que por los que llevamos.» Conocía muy bien esta gente la inocencia de los jesuítas, como lo daban á entender bastantemente por las palabras que soltaban con alguna reserva. Y aun uno de los marineros, llegándose al oído del superior, le dijo: «Padre, encomiéndeme mucho á Dios, que no puede menos su Majestad de oir á vuestras reverencias.» Abordaron al navichuelo destinado al transporte cerca de la media noche, después de haber abordado á otros dos que estaban en la misma bahía. Tan informado estaba el corregidor de la comisión que debia ejecutar, que ni sabía á qué capitán había de entregar á los misioneros. A este modo hizo también la entrega de los padres, porque

bajando á la escotilla en busca del capitán, y viéndose embarazado con él por no entenderse los dos en lengua ninguna, por señas le encomendó la carga, y dejando las cartas que llevaba, se volvió á meter en su bote sin hablar á los padres una palabra.

CAPITULO XIII

VIAJE DE LOS PADRES AL PUERTO DE CÁDIZ: SON LLEVADOS AL HOSPICIO QUE TUVIERON EN SANTA MARÍA

Quedaron los misioneros en lo alto del navío, donde los habían metido, mirándose unos á otros y sin que ninguno les hablase una sola palabra. El conductor había escapado, el capitán no salía de la escotilla y los misioneros pasados de frío, que era tan grande, que no se acordaban haber experimentado otro mayor en todos los días de su vida. Cosa bien notable, en la estación más calurosa del año, pero muy creíble, atendiendo á que el viento había refrescado extraordinariamente desde la tarde, á que los pobres misioneros apenas habían comido ni dormido en la noche antecedente, y á que no tenían sobre sus personas más que unas malas camisas y unas sotanas desastradas de lienzo teñido. Deseaban bajar á la escotilla por librarse de tanta molestia que les hacía tiritar y dar diente con diente, pero el superior, cuya entereza demasiada tenían bien conocida en otras ocasiones, no lo permitía, diciendo que habiéndose ido el corregidor debían estar en todo sujetos al capitán del navío y no menearse del sitio sin su mandato; que ya subiría y les señalaría lugar correspondiente. No subía el capitán, y el frío proseguía molestándoles no poco, lo que fué causa para que un ode los misioneros que sabía varias lenguas bajase abajo para informarse de las intenciones del capitán. Mas luego subió diciendo que el buen capitán era tan cerrado, que no entendía nada de cuanto le había dicho en varias lenguas, y que él mismo no le había percibido sino tal cual palabra á su parecer inglesa por la semejanza que tiene esta lengua con la alemana. Helados los misioneros y deseosos de tomar alguna cosilla, porque también estaban hambrientos, todo lo dieron por perdido, y sólo pensaron ver si podían doblar la integridad ó dureza del superior para que les permitiese bajar y guarecerse del viento que casi desnudos y sin comer los mataba. En vano se cansaban con sus instancias, porque firme en su resolución á nada se daba por entendido. Finalmente, cansado uno de los padres de esperar por tanto tiempo al capitán que no debía pensar en los padres, y no pudiendo aguantar más el rigor del frío, tuvo la flaqueza, harto perdonable en las circunstancias, de bajarse con disimulo, cuyo ejemplo fueron siguiendo los demás. Acomodáronse para dormir en unos catres muy estrechos donde entraron por los pies, bajando las cabezas á manera de culebras, que para renovar la camisa entran por agujeros estrechos; tan pequeños eran los catres, por-

que no permitía más la embarcación en que, fuera del capitán, el piloto y dos grumetes, sólo iban tres personas de tripulación.

Antes de amanecer el día 11 de Julio se dieron á la vela y en medio de ser tan pocos los marineros, hacían con admirable destreza las maniobras ocurrentes. Siete días tardaron en la navegación hasta Cádiz, y en ella padecieron los padres no pequeñas incomodidades. En particular, les afligió más que medianamente el hambre, por no haber otra comida que la que ponían para sí las siete personas del navío, y ahora debía servir sin añadir nada para otras diez y siete. Como las raciones eran tan escasas, pedían los padres al capitán mismo de comer; pero él, levantando las manos al cielo, les quería dar á entender que ni podía ni tenía cosa; ni en el navío se habían metido provisiones algunas para los padres. La bebida se reducía á pura agua, muy bastante para digerir la ración, fuera de dos ó tres veces en que, por modo de extraordinario, probaron el vino que, bebido diariamente en aquellas circunstancias, no les hubiera sido de mucho provecho, y hubiera acaso desecado el poco húmedo natural que les había quedado, después de tantos sudores en el Pará.

Dieron vista á Cádiz el día 16, al fin de la tarde, y echaron áncora en su bahía en el día siguiente por la mañana. Sabida la noticia del gobierno, envió luego, como suele, visita de sanidad al navichuelo. Saludaron los jueces con atención y cortesía á los padres del Marañón, que viendo más franqueza en los españoles, que la que habían experimentado en Portugal, tuvieron mucho gusto en tratar con sus paisanos. Aquí supieron lo que no habían entendido en tanto retiro y encerramiento, que había muerto ya Clemente XIII, de buena memoria, y la elección que se había hecho al Pontificado, en la persona del cardenal Lorenzo Ganganelli, religioso antes franciscano. No les agradó la primera nueva, porque al fin tenían ya conocidas las paternales entrañas de aquel buen Pontífice, para con su madre la Compañía, y no ignoraban la necesidad que tenían en tiempos tan revueltos de su protección y amparo. En cuanto á la segunda nueva, se echaron en manos de la Providencia, que acaso había levantado al Pontificado un pobre religioso, para que, con valor, pecho y constancia, defendiese la causa común de las religiones, como tan unida con los intereses de la Iglesia. Al despedirse los jueces de sanidad, prometieron á los padres que se les sacaría cuanto antes de aquel triste albergue, porque habían visto con sus mismos ojos la necesidad y miseria. Mas como habían de venir del Puerto de Santa María los que debían hacerse cargo de los misioneros, no pudo llegar hasta el día siguiente un barco capaz con algunos comisionados, en que cupieron con desahogo los padres y acomodaron el bagaje.

No dejaban de ir los jesuitas con algún cuidado sobre la suerte y destino, y más cuando supieron que estaban otros muchos hermanos suyos repartidos por varios conventos, siendo su principal deseo estar juntos aunque fuese en alguna prisión. Salieron luego del cuidado, porque ape-

nas pisaron tierra, cuando conocieron que les conducían á la casa que era antes hospicio de jesuitas, y al presente de su majestad católica, como lo daban á entender bastantemente las armas reales, puestas sobre la puerta en donde estaba el nombre de Jesús. Era ya bien entrado el día, cuado caminaban los padres acompañados de los ministros á la casa del hospicio, y la gente del pueblo viendo á su satisfacción á los misioneros, se admiraban mucho de ver unos hombres del otro mundo tan exhaustos, ennegrecidos y derrotados, que no tenían sobre sí más que unas sotanas destrozadas, mal calzados y peor cubiertos con unos sombreros de juncos y con unos bordones en las manos. La visión era, en realidad, bien extraña y pocas veces vista, sino es que acaso los de la Sonora, que estaban á la sazón bien custodiados en el mismo hospicio, desembarcasen, que no es increíble, en la misma figura y desnudez.

Entrados nuestros misioneros en la casa que les había de servir de prisión, los detuvieron en el patio, donde se hizo la formalidad acostumbrada de tomar los nombres particulares de cada uno por medio de un notario, y después los guiaron al primer alto, sitio destinado para su habitación. El que los conducía iba señalando los aposentos, y á cada uno de ellos intimaba, de parte de S. M., que no tratase en manera alguna ni comunicase mediata ó inmediatamente con los padres de la Sonora que estaban en la misma casa, pero tan distantes que vivían en el cuarto alto, mediando el tercero entre unos y otros. Siguióse á ésto el registro de los trastos que traían, el cual se hizo delante de los mismos padres, pero con tanto descaro y desvergüenza de los ministriles, que mostraban mucho el interés en cosas de bien poca consideración. El tabaco de hoja y de polvo que traían para su consumo, dijeron que era contrabando y se lo llevaron, y encontrando uno de ellos un cajón de chocolate, no muy provisto, se iba metiendo los bollos en el bolso, diciendo: Hola, esto es estomacal. No sabía el infeliz que el chocolate era de calidad bien baja, y sin canela. Así que la maldad no suele percibir el fruto que su atrevimiento se figura. Por último, sabiendo uno de los principales que los padres venían en ayunas y traspillados de hambre, trajo una buena porción de bizcochos y un frasco de vino, mas como el hambre, aun en las personas más contenidas respeta poco los fueros de la decencia, atención y policía, fué preciso traer unos pocos más porque los picados de atentos y corteses, no llegaron á probar los primeros.

CAPÍTULO XIV

INTERROGATORIO HECHO Á LOS MISIONEROS DEL MARAÑÓN DE PARTE DE LA CORTE

Las noticias del arribo de los padres á Portugal, llegaron de Lisboa á Madrid, muy atrasadas, y á esta causa cogió su venida muy de impro-

viso á los comisarios del rey de España, los cuales, en el mismo día en que aparecieron los misioneros, recibieron pliegos en Cádiz con el aviso de que venían, y con el orden y modo que se debía observar en su hospedaje. Como no estaban hechas las divisiones que prevenía la corte, como cosa sumamente necesaria, empezaron á toda prisa á cerrar puertas y ventanas por un lado, y salidas por otro, para que debajo de una llave quedase libre la comunicación del cuadro de aposentos destinados á los nuevos padres, y por otra parte se cortase toda comunicación á los que moraban en otras habitaciones y andaban por la casa.

Al principio todo se hizo de prestado, clavando tablas donde lo juzgaron necesario para el fin que se pretendía en la reclusión, mas después con el tiempo las idearon mejor, haciendo tabiques aseados y bastantemente sólidos. Permitían á los misioneros celebrar su Misa en la capilla del hospicio, adonde iban por un camino que formaron desde su departamento. A la vuelta encontraban ya en su estancia todo lo necesario para hacer chocolate, suponiendo que ellos lo harían mejor y se sabrían servir más á su modo de este desayuno. En todo el tiempo que aquí estuvieron, que pasó de un año, experimentaron una asistencia cumplida y un trato muy honrado. Tiraban á darles gusto en todo, y sólo ponían su cuidado y vigilancia en que estuviesen cerrados. Para esto, tenían distribuidas cuatro centinelas. Una en la escalera principal, otra en el patio, la tercera en la puerta de la calle que sólo se cerraba de noche, y la cuarta debajo de las ventanas que miraban al campo, no obstante que así estas como las que miraban á lo interior de la casa, estaban fuertemente clavadas, y sólo habían dejado libres unos pequeños cuarterones.

Aun no se habían acabado de acomodar los padres en la casa, cuando el superior, no contento con las distribuciones acostumbradas, acordándose de que en la prisión antecedente se le habían frustrado sus ideas del mes entero de ejercicios, comenzó á promover el mismo pensamiento visitando en sus aposentos á todos los padres y convidándolos á tener una semana de ejercicios en honra de San Ignacio, para disponerse á celebrar su fiesta. No se negó ninguno á tan piadosa demanda é hicieron los santos ejercicios según el método y disposición dada por el superior, el cual no pudo continuar aquí hasta el mes que deseaba, por lo que diremos después, pero continuó á lo que pienso en otra parte, según era su fervor y espíritu. En uno de los días que estaban los misioneros en el santo retiro de los ejercicios, vino el señor Terri, marqués de la Cañada, y tomó de parte de su majestad, la naturaleza como él decía, que se redujeron á preguntar á cada uno de los misioneros por su nombre, y el de sus padres, por su patria y obispado, por el lugar de su noviciado y estudios, en qué parte se había ordenado de sacerdote, y en qué año (si era europeo), había pasado á las Indias; en dónde había tenido su tercera probación, en qué grado se hallaba en la religión, y finalmente qué cargos había tenido por todo el tiempo que había vivido en ella. Bien conocían los padres

que las preguntas se hacían para dar á entender los misterios á los ignorantes, pero todos respondieron con sinceridad y verdad y sin faltar en un solo punto. Con esta ocasión observó el señor marqués la desnudez de los misioneros y dió orden para que cuanto antes se los proveyese de ropa, como se hizo en bien pocos días, trayendo á cada jesuita un vestuario completo, pero tan mal cortado, que antes de poder usarlo, se ingenió cada uno á componerlo con sus manos, y á proporcionarlo á su corporatura.

No bien se había dado fin á este primer examen, cuando en el mismo día 3 de Agosto tuvieron orden del mismo marqués para que al día siguiente, á las siete de la mañana, estuviesen todos prontos á recibir ciertas órdenes que tenía que comunicarles de parte de la corte. El cuidado con que se recogieron después de la propuesta, no les dejó tomar mucho sueño en toda la noche, por las muchas reflexiones que suelen hacerse en semejantes lances. Madrugaron muy bien, y celebradas sus Misas, estuvieron desocupados á la hora señalada. Llegó á poco el señor marqués, y juntando á los diez y siete padres, les habló en esta forma: «Me ha venido orden de la corte para tomar declaración á vuestras reverencias separadamente, y he determinado, según las instrucciones que tengo, llevar á vuestras reverencias á la galería, donde estarán por ahora en los aposentillos que se hallan en ella. Y según se vaya despachando en las declaraciones, así se irán volviendo á los aposentos en que ahora viven. Procuraré que el interrogatorio se haga con la posible brevedad, para librarlos de la incomodidad del alojamiento que no es bueno. Pero estimaré que tengan presente que su majestad encarga apretadamente, que por ningún caso hablen ni traten con los padres de la Sonora.»

Diciendo esto, mandó á los padres que le siguiesen, y pasaron por dos tránsitos de cuatro que ocupaban los misioneros de la Sonora. No vieron á ninguno, porque de antemano les habían intimado que se recogiesen á sus aposentos. Esta era una diligencia de mucha importancia que se practicaba siempre que los del Marañón salían á comer, avisando á los de la Sonora con una campanilla para que no saliesen de sus cuartos y tuviesen ocasión de hablar con otros padres. Mas al subir los nuestros con el marqués á la galería, hallaron que era bien inútil la advertencia tan encargada de no tratar con los otros misioneros, porque observaron un tabique con su puerta bien cerrada que cortaba toda comunicación por más que se procurase. Puestos en el nuevo alojamiento, se llevó consigo el marqués al padre superior, á la habitación antigua para empezar por él las declaraciones.

Quedaron pensativos con la novedad los demás padres, ignorando los puntos del interrogatorio, y más viendo que solo el superior se llevaba toda la mañana. Crecía el cuidado y se aumentaba la curiosidad de saber cuanto antes á qué se reducía un examen tan prolijo, pero no podían barruntar cosa alguna, hasta que á cada uno le llegase su vez, porque los llamados y examinados no volvían á verse con los que quedaban en

la azotea. A las tres de la tarde llamaron á otro padre, y la llevó toda quedando los otros quince enjaulados en siete aposentillos muy estrechos, y en otros rincones donde se dejaba sentir muy bien el calor de la estación. En el día siguiente, que era sábado, examinaron á tres por la mañana y dos por la tarde, y se hallaron los otros con algún ensanche hasta el lunes, en que volviendo con nuevo fervor á proseguir lo comenzado, examinaron á siete, y el martes por la mañana á los tres últimos. Con esto salieron todos del cuidado, que tanto les había mortificado, viendo que todo el misterio se reducía á una grandísima patarata, que ella por sí sola daba á entender bastantemente que no se hacían los exámenes sino para deslumbrar el pueblo, con el título ó pretexto de que se tomaban largas declaraciones á los misioneros del Marañón, presos en el hospicio real, en donde estaban los misioneros de la Sonora, con grande reclusión para aparentar también que eran culpables.

Las declaraciones se redujeron á siete respuestas que dieron los misioneros á otras tantas preguntas, á que debían responder bajo de juramento, *in verbo sacerdotis*: 1.ª ¿Qué año había entrado en la Compañía el interrogado? ¿Con licencia de quién y á qué costa había sido aviado á las misiones? Después de haber señalado cada uno el año de su entrada en la religión, todos respondieron con uniformidad, á la segunda parte, diciendo cómo desde el mismo punto en que un sujeto era destinado por el provincial á las misiones del Marañón, tenía asignados 200 pesos anuales en las cajas reales de Quito, por varias cédulas de su majestad católica, que así lo ordenaban. Que con este socorro se les aviaba y se costeaba el largo viaje á la misión. Respondían los misioneros según los tiempos que habían alcanzado, porque la mayor parte del tiempo en que cultivaron los jesuítas las misiones de Mainas, no tuvieron asignación alguna, y todo se hizo á costa de la provincia, siendo el primer monarca, cuya liberalidad experimentaron las misiones, el piadosísimo rey Felipe V, por los años de 1725.

2.ª Pregunta. ¿En qué pueblos estuvo el misionero, cuánto tiempo en cada uno, y quién era el que señalaba los padres para el pueblo? Fuera de las respuestas respectivas de cada uno, añadieron, conformes todos, que al superior de las misiones señalado por el general, pertenecía señalar á cada uno el pueblo en que debía doctrinar. Porque debía por su oficio el superior cuidar del buen orden y concierto de la misión, y de que los misioneros subordinados cumpliesen con su obligación, á cuya causa visitaba de cuando en cuando los pueblos, sin dejar el más nuevo ni el más retirado ó expuesto á peligros, mudando, si le parecía conveniente, los padres de una á otra parte.

3.ª ¿En qué cosas empleaban la pensión señalada por su majestad, y si había plata ó dinero en las misiones? Respondieron que el procurador de las misiones, residente en Quito, les enviaba á costa de la pensión el vestuario, así de ropa interior como exterior, un frasquito de vino á cada uno para las Misas, un taleguito de harina para hostias, cuatro do-

cenas de cuchillos, una ó dos de tijeras, algunos anzuelos, uno ó dos mazos de abalorios, cuatro ó cinco papeles de agujas, cien varas de lienzo ordinario para cubrir á los indios, con otras treinta de bayeta y un quintal de hierro para hacer hachas y otros instrumentos necesarios en los pueblos. Añadieron que estas cosas eran el dinero ó moneda que corría en la misión, donde no conocían los indios oro ni plata, y con ella se suplía la moneda de que carecían. Y para este efecto los gobernadores reales de la provincia, con mucho acuerdo y atención á las circunstancias, habían tasado el valor de cada cosa, v. gr., un cuchillo tenía el valor de un peso, como constaba de aranceles reales que dichos gobernadores habían publicado en la provincia.

4.ª ¿Cómo se manejaban y de qué medio se valían para ganar á los gentiles, formar nuevos pueblos y mantener en ellos la gente recogida? La respuesta fué larga, así por las muchas dificultades que encierra, como por la grande prudencia que pide semejante obra, como una de las más gloriosas y trabajosas del ministerio. Respondieron que se hacían estas tentativas á tierras de gentiles con la mayor cautela, ordenando las entradas el superior ó alguno de los misioneros con su licencia, según lo que dijimos largamente en el cap. VIII del lib. XI. Viniendo más al particular, dijeron primeramente que si se tenía noticia de algunos gentiles no distantes de algún pueblo ya formado, se valía el misionero para procurar su amistad de dos ó tres indios los más capaces ó de mayor satisfacción del mismo pueblo. Con éstos enviaba á los caciques gentiles algún regalo de hachas, cuchillos y otras cosillas que aprecian ellos, instruyéndolos primero sobre las cosas que les debían proponer, y en especial la amistad que deseaba el misionero tener con ellos. Si esta primera diligencia no surtía el efecto que se pretendía, se repetían otras y se multiplicaban regalos, y si era necesario se repartían bujerías y abalorios á sus mujeres é hijos, porque la experiencia hizo ver que esto les movía mucho, y que así se amansaban aquellas fieras, hechas á vivir entre selvas y montes cerrados. De esta manera se iba madurando el negocio; y cuando el misionero conocía que se iban inclinando á los indios cristianos, que los recibían bien y que no desecharían su visita, iba en persona á verlos llevando consigo buena porción de regalillos por no dejar á ninguno descontento. Este era el modo de abrir el camino á la predicación, es á saber: la paciencia, la mansedumbre, la liberalidad y el cariño, y así prevenidos los gentiles, oían hablar con gusto de Dios, Criador de cielo y tierra, de la bienaventuranza eterna que está reservada á los buenos, y del fuego eterno del infierno en que venían á parar los malos. Con esto entraban en ganas de agregarse á un pueblo ya formado, ó de hacer alguno nuevo, persuadidos á que serían asistidos de los padres en todo lo necesario para sembrar los campos y vivir en orden y policía como los demás cristianos. No era este negocio de un día, sino de muchos años, aunque á las veces el Señor que los llamaba á la luz del Evangelio, les daba todo hecho, y quitaba con suavidad las dificultades de dejar

sus tierras, abandonar sus sembrados, y, por consiguiente, perder todas sus haciendas.

Dijeron en primer lugar que otras veces, y era lo más común en estos últimos tiempos en que apenas se tenía noticia de gentiles cercanos á los pueblos, se disponían con una prudente prevención de víveres, con un buen número de indios cristianos y con alguno ó algunos blancos, ciertas armadillas de canoas, en que iba también el superior ú otro misionero en su lugar, y algún jefe de la ejecución, á quien todos obedecían en el modo de caminar, de entrar en los bosques y de volver á las embarcaciones. En estas entradas se atendía principalmente á dos cosas, la primera á caminar por los bosques con grandísima cautela, con orden y bien armados, para evitar las muchas trampas de los gentiles ó no ser cogidos de sorpresa; la segunda, á no hacer violencia alguna á los gentiles que se hallaban, para lo cual procuraban los misioneros dirigir las marchas y entretener á los indios, naturalmente inclinados á tropelías: cómo cuándo, y en qué coyuntura se hacía sin violencia la sorpresa de los indios, y se introducía á hablarles el misionero, lo dijimos en el capítulo citado, á que por evitar prolijidad nos remitimos, porque conforme á lo que allí escribimos, respondieron á este punto los misioneros.

5.ª ¿Qué medios, al juicio y parecer de los interrogados, eran los más útiles y convenientes para la conservación y aumento de las misiones del Marañón? Respondieron en pocas palabras, y casi las mismas, que el mejor medio sería enviar ministros celosos de la gloria de Dios y servicio real, y tan desinteresados que en vez de pretender sacar de los indios alguna cosa temporal, ellos les diesen de lo suyo cuanto pudiesen; porque los indios, aunque se contentan con poco, son sumamente interesados, y no se mueven á cosa alguna sin la esperanza del galardón.

6.ª ¿Cuál era su principal empleo en los pueblos, y cómo se habían en lo tocante al gobierno de los indios? Respondieron que por establecimiento uniforme en toda la misión, fuera de las obligaciones propias de un párroco, tenían á su cargo muchas otras cosas que, aunque de supererogación al oficio no eran menos necesarias para la perfecta enseñanza de aquellos neófitos. Estas eran juntar á toque de campana á todos los niños, muchachos y solteros de ambos sexos dos veces al día, una bien de mañana y otra al ponerse el sol, para rezar las oraciones y repetir el catecismo de la doctrina cristiana, de la que cada día se les explicaba algo, y se concluía con el *Alabado*. Esta misma diligencia se practicaba con los casados y adultos tres veces á la semana, y en el domingo, fuera de lo dicho, á todos se hacía una plática moral sobre el Evangelio.

Por lo que tocaba al gobierno político y civil, se escogían entre los indios los más capaces y juiciosos, para el oficio de alcaldes, que todos los años se nombraban en el día 1.º de Enero. Después de la elección, les hacía el misionero un razonamiento sobre la obligación que tenían todos de obedecer y respetar á las justicias seculares, cuyos derechos y fueros se les explicaba, y con esta ocasión se les trataba después de la suprema

dignidad y señorío del rey nuestro señor, cuyos súbditos y vasallos eran. En orden á la forma y elección de alcaldes, añadieron que el gobernador real de la provincia los elegía por sí mismo en el pueblo en donde se hallaba en dicho día. Mas en los demás pueblos pertenecía la elección á los indios principales, como eran el cacique y los capitanes nombrados auténticamente por el gobernador, los cuales procedían en esto con la dirección del misionero. Hecha ya la elección de alcaldes en los pueblos distantes, se daba luego parte al señor gobernador, y su señoría los confirmaba; pero los alcaldes de los pueblos cercanos se presentaban en persona para recibir de su mano la confirmación.

7.ª ¿En qué lugar ó pueblo se había intimado al preguntado la cédula real de expulsión, y por qué causa había venido por la vía de Portugal? Habiendo respondido cada uno respectivamente á la primera parte, respondieron todos á la segunda que por habérselo mandado así de parte del rey nuestro señor, y por haberlo ejecutado de esta suerte los ministros comisionados para la ejecución de las órdenes de su majestad. Estas fueron las preguntas que hicieron á los padres de parte de la corte, y ellos quedaron consolados por una parte y admirados por otra. Consolábales el que varias de ellas iban enderezadas á mantener sólidamente y aumentar si fuese posible el número de los neófitos que dejaban en el Marañón, y se pudiera esperar tan buen efecto si se pusiesen en ejecución los medios que insinuaban en sus respuestas. ¿Pero dónde se hallarían operarios tales, tan celosos, humanos y desinterados como era necesario para el empleo trabajosísimo de misionero de Mainas? No les causaba menos admiración la última pregunta que les hicieron deseando saber, ¿por qué habían venido por la vía de Portugal? Y no acababan de entender cómo se habían olvidado tan presto en la corte de Madrid del orden enviado al presidente de Quito, para que los aviase por los dominios de Portugal, como camino más practicable y menos incómodo á los padres que se hallaban en las riberas del Marañón. Si no es que digamos que interviniendo muchos ministros en el negocio de la expulsión de los jesuítas, unos tenían á su cargo un ramo y otros otro, y que despachaban sus órdenes sin comunicarlas entre sí, de donde pudo nacer el encontrarse y oponerse en las providencias, como en otras varias ocasiones lo notaron los jesuítas expatriados.

CAPITULO XV

RESULTA DEL EXAMEN Y DECLARACIÓN DE LOS PADRES

Quedaron en expectación los misioneros del efecto que surtiría el largo proceso que, como contenía las declaraciones de diez y siete presos y á tantas preguntas, llegaba á formar un tomo en folio. El Sr. Terrí y los demás oficiales que se habían hallado al examen de los padres, y que

habían oído no sin lágrimas y señales de ternura las cándidas y sinceras respuestas de los misioneros, se persuadían, y varias veces se lo dieron á entender que por lo menos vendría orden de la corte para levantarle la reclusión. Pero la disposición de la corte, en vista de las declaraciones, no fué menos singular que la habían sido algunas de las preguntas. Al cabo de dos meses se escribió de Madrid al Sr. Terri en estos términos: «Los misioneros del Marañón pertenecientes á lo que fué provincia de Quito, sean tenidos como lo declara el rey nuestro señor por fieles vasallos de su majestad, y, por tanto, luego que se verifique embarque de jesuítas para Italia, se tengan presentes á dichos misioneros para que se embarquen con los primeros.» Haga cada uno reflexión sobre la consecuencia de aquél, *por tanto;* que no quiero yo detenerme en averiguar, si de ser uno fiel vasallo de su majestad, se sigue legítimamente el que sea cuanto antes expatriado y desposeído de los derechos de súbdito fiel y de verdadero vasallo.

Lo cierto es que, aunque después de las declaraciones fueron absueltos al parecer de culpa y pena, ó, por mejor decir, fueron declarados inocentes, y mandado que fuesen tenidos por tales, ellos prosiguieron en la reclusión ó cárcel por todo el tiempo que estuvieron en España, sin que en este punto se les diese alivio alguno ó se les disimulase en el encerramiento. Tiraron en esta pena, y el superior para aligerarla como pensaba, tuvo por conveniente añadir á las distribuciones acostumbradas otra nueva ocupación que no era en realidad del gusto de todos los misioneros, y no dejaba de ser notada de los seculares. Determinó que en un corredor que caía á la contaduría de los oficiales se tuviesen conferencias morales, y se empezó por la materia de rúbricas del Misal, leyendo uno de los padres y explicando el superior el sentido de la rúbrica y notando las faltas que se debían evitar. Oían los misioneros con humildad y silencio, pero á los seculares que veían esto les daba notable golpe y les causaba mucha novedad.

Juntóse á esto que algunos oficiales de guardia, deseosos de obsequiar á los padres, venían en tiempo de mesa á darles algún rato de conversación, porque en sólo este tiempo podían hablarlos y gozar de su trato. Notaban que el superior, por quien no había ciertamente de romperse la clausura, ni quebrantarse el silencio no quería responder, ni contestar á lo que le decían, porque le tiraba más la lectura de la Sagrada Escritura y de otros libros devotos que se leían en tiempo de mesa, y no gustaba de que los seculares pusiesen impedimento á tan piadosa práctica. Ofendiéronse algo los oficiales de este desvío del superior, que tenían por rusticidad, indiscreción y severidad, y avisaron al señor marqués de lo que pasaba, ponderando como suele suceder en personas de calidad, la severidad del rector y la opresión de los padres. Parecióle al Sr. Terri advertirle que remitiese algo de aquella integridad inexorable y que permitiese algún desahogo á los misioneros, los cuales, después de tantas fatigas y trabajos por mar y tierra, parecían acreedores á algún alivio y

conversación después de tantos días de silencio. No salió de su paso el superior por este aviso ni mudó de conducta, aunque entendía que no aprobaban los seglares su modo de proceder. Viendo el Sr. Terri tanto empeño, y que no sería fácil apartarle de la resolución en que estaba, se determinó á echar mano de un medio que le vino al pensamiento verdaderamente extraordinario, pero acaso el único y eficaz para conseguir el fin que pretendía.

Vino una mañana al hospicio, y sin dar parte de su resolución á los demás padres, se llevó consigo al superior al convento de San Diego de Recoletos, y encargó mucho al superior y á los religiosos el buen trato, y que se le sirviese con todo cuidado, porque era en realidad un hombre santo; pero que siendo superior de los misioneros del Marañón, y queriendo medir á todos por sus fuerzas, no le gustaba tanta santidad en el gobierno. Después de acomodado el P. Aguilar en dicho convento, volvió el marqués al hospicio, y juntando á los padres ignorantes de lo sucedido, les habló de esta manera: «He puesto, padres míos, al padre superior en el convento de San Diego, porque es muy rígido. Vuestras reverencias elijan entre sí superior que los trate con más suavidad y les rija y gobierne con menos seriedad y con algún más ensanche.» Extrañaron la resolución los misioneros, porque estimaban al superior y respetaban su virtud, y aunque no dejaban de conocer que era entereza, no quisieron verse privados de su compañía. Pero como vieron puesto en ejecución el pensamiento del marqués, y que no sería fácil el que volviese atrás después de un paso tan avanzado, le respondieron que no tendrían que hacer nada en la elección de superior, porque ya el P. Francisco, en falta suya, tenía nombrado al P. Manuel Uriarte, á quien todos reconocían por superior con mucho gusto. «Eso no, repuso el marqués con gran viveza; eso no: no le haya puesto de antemano algún precepto de rigor con vuestras reverencias. Y si insisten en ello, me llevaré conmigo á ese padre y le pondré en otro convento.» Entonces el P. Uriarte, lejos de querer mandar á ninguno, le dijo: «Señor marqués, ni á mí me ha dicho nada el padre superior, ni yo he nacido para mandar á otros; no haré ciertamente poco en cuidar de mí mismo.» A estas palabras se despidió el comisionado, diciendo: «Pues elijan ustedes á su gusto.»

Hubo varios dictámenes entre los misioneros sobre lo que debían hacer en las circunstancias, y después de una larga consulta convinieron en hacer las diligencias para que se les volviese el superior, alegando al comisionado cuantas razones se le ofrecían para que viniese á partido y no se diese esta especie de escándalo en el lugar. Pero como fuesen inútiles todos sus esfuerzos, y el Sr. Terri se mantuviese firme en la resolución que había tomado, se echaron sobre el P. Uriarte para que usase de las facultades de superior, lo cual se podía hacer con alguna cautela sin que lo entendiesen los de fuera, porque al fin esta creían ser la voluntad del superior ausente. Resistióse Uriarte tan constantemente que no pudiendo doblarle, se aplicaron á otro partido que fué nombrar por su-

perior al P. Xavier Veigel, como profeso más antiguo y que había sido superior en las misiones. No se resistió menos á tomar el cargo el P. Veigel que se había resistido el P. Uriarte. Por lo cual vino á caer la elección sobre el P. Esquini, que más dócil que los anteriores tomó el oficio de superior, que había ejercido pocos años antes en el Marañón. Así calmaron aquellas inquietudes que podemos llamar felices, pues al fin se reducían á quien debía ser menor entre sus hermanos.

Prosiguieron los misioneros en su retiro por quince meses sin especial novedad. El trato fué siempre igual y constante, la comida sobrada y la asistencia cumplida. En todo tiraban á complacerlos los comisionados, y fuera del punto de la reclusión, que se celaba con cuidado, todo lo demás estaba franco y no se les ocultaba cosa alguna. No dejó de causar alguna novedad el temple tan diferente en los misioneros, hechos por tantos años al temple calurosísimo de los Mainas, pero aunque cayeron algunos enfermos por la impresión del clima que miraban como extraño, mediante la buena asistencia que tuvieron sanaron todos perfectamente. Sólo el P. Juan Ibusti, que, con los otros de que hablamos en el cap. III, había venido por la vía de Quito, y llegado á Cádiz pocos días después del arribo de los nuestros, comenzó á enfermar tan gravemente de ahogo de pecho, y no cediendo el mal á la eficacia de la medicina, dió con mucha edificación de todos los presentes su espíritu al Señor en una casa particular, en donde estaba alojado con sus cinco compañeros. Dichoso él por haber trabajado gloriosamente en las riberas del Napo, y por haber muerto en la Europa desterrado de sus indios, pero con unos deseos ardentísimos de volver á sus amadas misiones, á donde no le tiraban las conveniencias de aquel campo, únicamente sembrado de cruces y de trabajos, sino la gloria de Dios, el celo de aquellas almas desamparadas y la propagación de nuestra santa fe.

CAPÍTULO ÚLTIMO

EMBÁRCANSE LOS MISIONEROS DEL MARAÑÓN PARA ITALIA Y SE JUNTAN LOS ESPAÑOLES Á SU PROVINCIA DE QUITO EN LA CIUDAD DE RAVENA

Llegó ya el tiempo destinado del cielo para que los padres del Marañón se juntasen con sus hermanos, establecidos ya en la legación de Ravena. Habían suspirado mucho por esta unión con su provincia, pero la navegación larga del Marañón, la detención en el Pará, el viaje para Portugal, la reclusión en el palacio de Azeitão y la demora no esperada en el hospicio de Santa María, así como les habían ofrecido una cosecha bien abundante de molestias y trabajos, así también habían mortificado sus ansias y dado tormento á sus corazones deseosos de hallar su centro y de vivir con sus hermanos. En el día 13 de Octubre de

1770 trajo, á boca de noche, al padre superior el marqués de la Cañada después de haber edificado con su retiro y oración, con su silencio y con su paciencia á los padres de San Diego, los cuales le tuvieron en grande veneración luego que llegaron á conocerle, haciéndose lenguas del padre misionero que les habían encomendado. Luego que los padres vieron á su superior en el hospicio, se persuadieron á que saldrían inmediatamente para su destino de Italia. Porque no era creíble que después de tantos meses cambiase de resolución el comisionado y quisiese permitir la junta que tan determinadamente había deshecho. En efecto, en esta misma noche intimó á los misioneros la salida del hospicio y la embarcación para Italia al día siguiente.

Alegres los padres con la noticia del embarco se previnieron con tiempo diciendo sus Misas á buena hora y disponiendo sus hatillos. Salieron del hospicio después de haber comido, no como habían entrado acompañados de soldados y á manera de prisioneros, sino conducidos por el señor marqués y de otras personas respetables. Pidióles éste en el camino, con mucha caridad, perdón de las faltas que habrían observado como era regular en el trato, alegando por excusa el no haber hecho más con ellos por las órdenes de la corte, á que debía acomodarse. Agradecieron los misioneros su buen corazón porque conocían muy bien que había hecho en su favor cuanto había podido, y creían faltar á la justicia en no mostrarle un sincero reconocimiento. Todos, uno por uno, le abrazaron tiernamente en la despedida, y el señor marqués se encomendaba á las oraciones de todos. Acabada esta última demostración de amor y cariño, se metieron en un barco que estaba dispuesto, y en la misma tarde llegaron á Cádiz y subieron á una hermosa fragata holandesa de buen buque que montaba de 40 á 50 cañones y era la embarcación destinada para el viaje á Italia.

No es fácil decir el contento que tuvieron los misioneros cuando se vieron en el navío con toda la provincia de Filipinas, con algunos sujetos de la del Perú y con dos padres de la Cochinchina, que volviendo con algunas limosnas que habían recogido para sus necesitadas misiones fueron arrestados ellos y sus mismas limosnas, antes de salir de los dominios de España. Hasta tanto llegaron las tropelías de los ministros que se creían autorizados para violar impunemente los más sagrados derechos. Entre otros jesuítas respetables por sus virtudes, literatura y canas, estaba un anciano venerable de muchos años llamado el P. Juan Laso y Vega, el cual había pasado de Andalucía á la provincia de Chile, por los años de 11 y misionado por mucho tiempo; y como los ejecutores de la expulsión le dejasen en la América por viejo é incapaz de hacer viaje á la Europa, él mismo, aunque hecho tierra, tuvo valor para hacerse meter en un navío y venir en busca de sus hermanos dando la vuelta por el cabo de Hornos. Quiso el Señor darle una navegación próspera y apareció una mañana en Cádiz con asombro de cuantos supieron el suceso y admirados de tanta resolución en un cuerpo que parecía cadáver.

Con la vista de tantos hermanos en Jesucristo, y con los tiernos abrazos que se dieron, se olvidaron los misioneros del Marañón de todos los trabajos pasados, y no les cabía el corazón en el pecho al ver tanta conformidad, unión y concordia entre tantos jesuítas y de naciones tan diferentes. A la verdad, esta entrada les pareció un remedo de la gloria, porque á la medida de las ansias de hallarse con los suyos fué ahora el gusto, satisfacción y contento de estar en su compañía. Acomodáronse buenamente entre los entrepuentes que como de embarcación bastantemente crecida daban mucho de sí, reservando la segunda popa por más cómoda para los enfermos y viejos.

Tres días estuvieron á bordo esperando viento fresco. En el tercero, que era el 18 de Octubre, se dieron á la vela con viento favorable, echando los ojos hacia el oriente y occidente, y rogando á Dios que mirase por todos los estados y dominios del rey de España y muy particularmente por sus misiones, ya que por altos juicios de su Majestad salían desterrados de un reino tan católico y de su misma patria, sin saber la causa de su destierro después de tantos exámenes impertinentes y de tantas y tan repetidas prisiones. Al entrar en el Mediterraneo se les renovaron más vivamente á los misioneros de Mainas, las especies de sus misiones, por ser este mar en muchas partes muy parecido al Marañón y asomándose las lágrimas á los ojos, encomendaban con el corazón al Señor aquellos pobres indios con quienes habían vivido tantos días serenos.

La distribución que se entabló en el navío por el tiempo del viaje, era como de religiosos que viven en sus colegios, señalando las horas y llamando á las distribuciones con toque de campana. En los días de fiesta se permitía decir una Misa, á que asistían todos en la cámara del capitán que, aunque se retiraba en este tiempo como hereje á su camarote, no impedía que la oyesen los demás de la tripulación, que casi todos eran católicos. Los comisarios españoles cuidaban del mantenimiento de los padres, á quienes dieron siempre su chocolate por la mañana, comida decente á medio día y cena razonable por la noche. Con tan buen orden no causaba molestia la navegación, porque de parte de los hombres estaba todo bien arreglado, y de parte del cielo tenían el viento tan en su favor, que al séptimo día de viaje se hallaron ya entre las costas de Córcega y de Génova, y fué constante parecer de todos que en el mismo día hubiesen anclado en la bahía de Puerto Spezia á no haberles faltado el viento que les había acompañado en toda la navegación. Sin embargo, consiguieron tomar el puerto á los once días después de haber salido de Cádiz, y no es de omitir la reflexión que hacían el capitán y piloto del navío, con ser ambos herejes. «Yo no me admiro, decía el uno al otro, de viaje tan feliz, pues traemos aquí á tantos que únicamente vienen por amor de Dios.»

Una sola cosa sucedió en la navegación, que por lo pronto turbó no poco los ánimos, y con el alboroto y azoramiento, pensaron morir quemados. Oyóse gritar en el navío, *¡fuego, fuego hacia la despensa!* Corrió luego

el capitán y las gentes con hachas y otros instrumentos, y por más que registraron, no sólo la despensa, sino el navío todo de arriba abajo, sin omitir escondrijo, nada descubrieron. No se supo de cierto de dónde había salido la primera voz, que había causado tanto susto en los navegantes. Creyóse que alguno de los jesuítas, porque entre tantos nunca falta algún medroso que con sus aprensiones incomode á los demás, viendo entrar por una rendija del navío los rayos del sol, prorrumpió en aquellas voces, figurándosele que era fuego y que estaba ardiendo ya el navío. Pero aunque el susto paró por esta vez en solo chasco, pudo ser un prenuncio verdadero de lo que sucedió poco después. Porque dejados los padres en Puerto Spezia y vuelta la fragata al puerto de Génova, se quemó desgraciadamente en el mismo sitio cargada de géneros, y estando para partir á España, como lo trajeron las públicas *Gacetas*. Estaba ya la fragata comprada por España, pero con la condición que antes de la entrega debía hacer la navegación á Italia. De esta suerte, el daño cayó sobre los mismos holandeses, que habían recibido sobre sí los daños y contingencias de la navegación que servía como de prueba.

El día 30 de Octubre el comisario español que venía cuidando de los padres, entregó á los jesuítas nacionales la pensión de 50 pesos para la manutención de seis meses, y dió á los extranjeros un socorro razonable para que se aviasen á sus tierras. Los jesuítas, con el permiso del gobernador del puerto, comenzaron á salir en el mismo día del navío sin tener ya dependencia de los españoles. Grande fué la porfía de los italianos que, oliendo los pesos duros de España, se desvivía cada uno en ser preferido para sacar á los padres en su barco: andaban tan codiciosos, que no se podía impedir, por más que se procuraba, el que no subiesen al navío sin ser llamados; hubo sus moquetes, aun entre las mujeres, que con el ojo á la ganancia, no reparaban en dimes y diretes.

Los Padres del Marañón se juntaron todos en una posada, y comieron en paz y sin testigos de vista unos malos macarrones, que no podían arrostrar por no estar hechos á este género de pastas; pero la libertad en que se veían, hizo que los comiesen sin echar de menos las comidas opíparas del Pará. Fué correspondiente á la mala pasta el vino que les sirvieron, porque les parecía aloja sin faltarle la circunstancia de picar como suele esta bebida. El superior, que se contentaba con todo y nada le parecía mal, antes alababa cuanto le ponían delante, decía: «pues á mí no me parece tan malo, y lo que creo es que todo el vino nuevo de este país es de esta calidad. No hay más que hacerse á ello, que con el tiempo irá sabiendo bien.» Sucediéles á estos padres lo que pasó también á los demás jesuítas españoles, que hechos á beber los vinos generosos de España, parecíales beber agua cuando probaban los vinos de Italia; mas después se fueron haciendo á él, sin echar de menos los vinos de su tierra. De esta manera lo que empieza la necesidad, suaviza la costumbre, y se suele hacer dulce con los años. En estas conversaciones y otras semejantes estaban divertidos los misioneros por el tiempo que duró la mesa, pero

apenas se acabó, les asaltó otro pensamiento más serio y que les causaba mucha pena.

Habíanse de dividir entre sí los misioneros del Marañón y apartarse unos de otros, cada uno para su destino, porque los ocho eran españoles y debían pasar á Ravena y los otros nueve eran italianos y alemanes. Bien quisieran vivir juntos por todos los días de su vida, acordándose de la paz con que habían vivido en Mainas, y de la concordia y caridad que había tenido tan unidos los ánimos, y estrechados los corazones en las cárceles y prisiones; pero la separación era necesaria y los términos de su viaje muy diferentes. El paso fué muy tierno y doloroso, porque al abrazarse y arrancarse unos de otros se renovaron los sentimientos de aquellos pobres indios que dejaban en el otro mundo, al cuidado de unos clérigos enviados tumultuariamente y sin vocación especial, al ministerio. Más que con palabras se hizo la despedida con lágrimas, que les caían de los ojos, y con ellas protestaban todos el encendido deseo de volver á la misión de Mainas, si la divina Providencia les abría el camino en algún tiempo para vivir con sus indios.

El superior de los españoles determinó pasar por mar hasta Liorna, donde fueron bien tratados de los guardas por los buenos oficios y diligencias del P. Jerónimo Durazu, y agasajados y festejados en el colegio por la caridad del rector. De aquí pasaron por Florencia á la ciudad de Bolonia, desde donde ordenaron su viaje á la ciudad de Ravena, que era el término de su destino. Entraron en ella el día 17 de Noviembre de 1770, casi dos años después de haber sido arrestados en el Marañón. El gusto, alegría y contento que tuvieron al verse ya incorporados en su provincia de Quito, después de tan largo viaje, de tantos desastres, necesidades y reclusiones, no es fácil decirlo con palabras. Veían la luz del cielo, de que por tanto tiempo habían estado privados, respiraban aire puro, después de tantos ahogos, andaban libres y por su pie después de tantos encerramientos, visitaban iglesias y decían sus Misas después de tantas suspensiones, reconocían, trataban y conversaban con sus queridos hermanos, y lograban de todas aquellas ventajas espirituales y temporales que lleva la vida religiosa en una provincia bien arreglada, que aunque desterrada y fuera de su centro, no dejaba por esto de vivir unida y alojada en casas particulares, bajo el gobierno de sus respectivos superiores, y según las leyes, constituciones y estatutos que guardaba, respetaba y observaba en la otra parte del mundo, donde había sido fundada, extendida y aumentada.

A. M. D. G.

ÍNDICE

Páginas.

LIBRO II

LIBRO III

LIBRO IV

LIBRO V

LIBRO VI

LIBRO VII

LIBRO VIII

Páginas.

LIBRO IX

LIBRO X

LIBRO XI

LIBRO XII

a

